

3 1761 05264163 6











Ms. Catalogue part 6.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

# EL DIABLO MUNDO.

POEMA

DE DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

DEDICOLE A SU AMIGO

DON ANTONIO ROS DE OLANO.



ESPRONCEDA

164032  
17/8/21

MADRID.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

calle del Príncipe, núm. 4.

1852.

RECEIVED BY AIR MAIL

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

ASTEN LENOX TILDEN FOUNDATION

500 FIFTH AVENUE NEW YORK 10017

LIBRARY OF THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

# PROLOGO.

La humanidad entra en los períodos de su existencia por iguales trámites que el hombre en los de la vida: infancia, virilidad y madurez; admiración y contento en la primera edad, entusiasmo y fuerza á la segunda, reflexion y exámen en la tercera; y en tanto el poeta es en el órden moral el jefe de la humanidad de su tiempo y de aquellas generaciones que vendrán, hasta donde el dedo de la Providencia trace un círculo sobre el campo de la duda, y allí ya para el poeta y sus coetáneos se levanta un muro de ignorancia, que es la frontera del saber posible, y donde una inteligencia nueva se prepara á empezar con nuevas gentes y con un nuevo poeta que, semejante al focus de la lente, en sí reuna todos los rayos luminosos que partan de la circunferencia.

La sociedad naciente cantó sin duda los fenómenos de la naturaleza; cantó la luz; cantó las sombras, el amor instintivo, la amistad sencilla, las flores, los torrentes y las aves.

De esta poesía oral que, obrada la época de transición debió perderse naturalmente, nos quedan los libros de la Biblia llenos de sencilla sublimidad; y luego después una civilización mas adelantada formuló la Egloga, el Idilio y el Himno, que no son en nuestro sentir otra cosa que reminiscencias cultivadas de aquella poesía patriarcal y campestre natural á los primeros tiempos.

Tras el período inocente pastoril, entró el mundo en la edad heroica; y Homero, trocando el caramillo por la trompa, se anunció cantando los dioses, las pasiones, el valor, las venganzas y la guerra.

La poesía épica quedó escrita; el pensamiento de aquellas generaciones formulado; Homero pasó á la posteridad junto con sus obras; el genio de Smirna fue inmediatamente admirado como un semi-Dios, y su libro actual un espejo mágico donde vieron reflejarse lo pasado, lo que no existía, con todas sus faces y colores.

Homero es la pirámide que arranca de los tiempos heroicos, monumento emientísimo, desde cuya cumbre se domina toda la Grecia de Ulises, y en su centro se guardan los nombres de los héroes todos, todas las hazañas, todo el saber, las creencias, los vicios y virtudes en conjunto de una época grande.

El síntoma de desvirtuacion se apoderó de la sociedad aquella, y la Grecia conquistadora fue sojuzgada á su vez.

La civilización, la creencia, el entusiasmo y la fuerza pasaron á Italia; pero la era romana fue ya heterogénea hasta cierto punto, y de transición hacia el Cristianismo.

Quiso Virgilio ponerse al frente de su época; pero no consiguió ciertamente mas que colocarse á espaldas de Homero.

Roma, en primer lugar, sabia mas que Virgilio, y la *Eneida*, hecha esclava voluntariamente de la *Odissea*, se afana en su seguimiento, sin advertirse el poeta de que canta un nuevo pueblo, una filosofía distinta, y de que el genio, en su independencia prescribe una regla donde quiera que estampa la huella.

Es la *Eneida*, sin embargo, un poema, artísticamente hablando, mas meditado, un libro mas correcto; y aunque siempre sobre la pauta del poeta griego, es el amor de Dido mas espiritual, un sentimiento mil veces mas justo y elevado que el amor que Homero pinta, resultado de una época mas adelantada en cultura.

Radió por fin el Cristianismo revolucionando la sociedad, y de aquella lucha de ideas confusas que se controvertían entre la neblina de la ignorancia, de aquella fe ardiente y de aquel desarrollo del alma debía resultar una época aparte de los siglos anteriores, y fue la *edad media* del mundo.

Un poeta espiritualista podia ser solo la espresion fiel y el producto de una nueva era, y esta brotó á Dante con todo el saber de su tiempo, arrollando mil preocupaciones, solo con el presentimiento de su genio, que dentro del corazon lo empujaba por la estrana senda que siguió, contraviniendo la voluntad de los sabios y los nobles, y á los sabios de su tiempo, dando norma á un nuevo lenguaje, fórmula al sentimiento y elevacion é impulso de progreso á las ideas.

Dante es, pues, la pirámide de la edad media, y su *Divina Comedia* es un faro que domina resplandeciendo sobre las tinieblas de una época nueva, para mas allá disiparlas... Asi Homero y Dante, el uno á igual altura en frente al otro, se divisan como dos términos, entre el vacío de los siglos que los separan.

Inmediato á Dante produjo la Inglaterra á Shakspeare; pero este autor, por la naturaleza de su talento, encerró sus obras en las estrechas dimensiones del teatro; y aunque todas ellas reunidas forman un tratado del mundo, se ve cómo el poeta tuvo que reposarse á semejanza de quien camina jornada por jornada, por no poder acaso cruzar de un solo vuelo por encima del campo donde la humanidad se revuelve mal contenta.

Shakspeare, sin embargo, con mas genio que saber, con mayor presentimiento que cálculo, adelantó la forma del poema dramático, que se habia atrevido Dante á indicar solo muy ligeramente: Shakspeare presintió sin duda que el drama, sin las cortapisas de las bambalinas y de los bastidores, llegaría á producir el poema dramático, que la mayor ilustracion y la filosofía aceptarían como la fórmula mas adelantada en los siglos venideros.

Así es que Goethe ha cultivado este género despues en el *Fausto*, y Byron lo impulsó á la perfeccion en el *Manfredo*.

El poema mas aventajado de este siglo que ofrecernos pueden entre su repertorio literario los franceses, es sin alguna duda el *Genio del Cristianismo*; y nosotros se lo concedemos, á la par que les negamos tenga aquel mérito tan en alto grado como ellos pretenden. El *Genio del Cristianismo* está escrito con mas poesía teológica que sentimiento poético, y por eso no convence siempre que el autor conspira á convencer. La obra de Mr. Chateaubriand no está madurada en el corazon, sino en el invernáculo del entendimiento; es un libro escrito *ad hoc*, pero no inspirado, dictado sí por la conveniencia y ayudado por la erudicion y por el cálculo... Creemos no obstante que, si bien no es un poema como los que hemos indicado de pasada, es por lo menos el mejor arte poético que se ha escrito jamás. Mr. Chateaubriand nos ha demostrado que la teología lleva infinitas ventajas á la mitología para tratar la poesía. Hay además bellezas de primer órden que imitar, esplicadas con la práctica de ellas mismas en la obra del profundo literato francés, y nos condelemos de haber trascurrido en ella una cosa que no será, pero que nos induce á creer que allí se ve al cristiano de oficio y al escritor de profesion.

La sociedad se encuentra ya en su edad de madurez; nuestra época es la de *reflexion y exámen*, como las de Homero y Dante fuéronlo de *entusiasmo y fuerza*: pero que el corazon manda el mundo, es una máxima irrefutable; con él han dominado los héroes, y con él los filósofos ardientes que lograron imprimir su sello en la humanidad, propagaron sus respectivas doctrinas.

La cabeza por sí sola, por mas fuerza lógica que encierre, no dará mas que la disertacion escolástica, y sus productos carecerán de los divinos vuelos de



entusiasmo, que tras de sí arrastra y conduce hasta la verdad que preconiza.

El corazón impresionable unido al vigor intelectual, la union de sentimientos é ideas elevadas, la meditacion y la inspiracion juntas con la magia de estilo y cierta revelacion que recorre lo pasado, que desvela en el porvenir y que sondea lo presente; ingenio fértil que agrupa los contrastes, que crea la accion y la desenlaza, concluido el objeto que se propone; en una palabra, la concepcion y el desempeño de un plan tan grande é ilustrado que abarque nuestra sociedad entera, son cualidades imprescindibles para el poeta que pretenda elevarse sobre tantos millones de hombres como el mundo moderno encierra.

El jóven don José de Espronceda se levanta con la osadía del genio, para escalar á donde un día se ha atrevido á mirar de hito en hito sin confundirse.

Aspira nuestro poeta á compendiar la humanidad en un libro, y lo primero que al empezarlo ha hecho ha sido romper todos los preceptos establecidos, excepto el de la unidad lógica.

En el prólogo del *Diablo Mundo* se ven recorridos todos los tonos de la poesía, los del sentimiento y los de la metrificacion con un desempeño que asombra, y desde luego se anuncia un pensamiento colosal en medio de una tempestad de dudas que el señor Espronceda, con la magia que posee, amontona sobre el lector, con objeto tal vez de disiparlas mas adelante.

El poeta se coloca tambien en mitad de esa atmósfera de dudas; pero cuando él levanta la cabeza para mirarlas y suelta la voz para analizarlas, medidas tendrá de antemano sus gigantescas fuerzas.

Empieza el poeta suponiendo que, enajenado en la meditacion, durante las horas silenciosas de la noche, siente un rumor extraño, el cual llama á sus sentidos y los despierta. Aquel rumor informe, aquella música angusta, aquel estrépito solemne son todas las pasiones del mundo; son todos los intereses encontrados de la vida, las afecciones, los odios, el amor, la gloria, la riqueza, los vicios y las virtudes; son el quejido en fin del universo entero que llega en revuelto torbellino á la par con la inspiracion, y esta despliega ante la fantasia mil monstruos alegóricos trazados con inimitable facilidad y pasmosa valentia.

Las visiones pasan, el ruido va gradualmente perdiéndose en lontananza, hasta que cesa donde acaba la introduccion del Poema.

El primer canto es la esposicion del gran drama que se propone desenvolver el señor Espronceda.

Un hombre agobiado por la edad, amargado por la dolorosa é inútil esperiencia, cierra desesperado un libro en que leia, y convencido tristemente de la esterilidad de la ciencia, se queda dormido.

Entonces se le presenta la muerte, y le entona un himno que convida á la paz del sepulcro. Con placer siente el anciano aterirse sus entumecidos miembros; y gozándose está en la enervacion de su espíritu, cuando la inmortalidad súbito se ostenta ante sus ojos, canta otro himno, en oposicion al de la muerte; y así como la primera se le brindó, ella tambien se ofrece al moribundo.

La eleccion es inmediata; el hombre opta por la inmortalidad, y rejuvenece. El cántico de esta deidad no se encamina á inmortalizar el espíritu; es la inmortalidad de la materia lo que ella da, y lo que el hombre recibe.

La imagen de la muerte tiene la novedad que presta este filósofo á cuanto sale de su pluma: está vestida de melancólica belleza; es dulce y apacible, es la muerte que se hace desear cuando, exentos ya de preocupaciones, sentimos el corazón cansado y el alma descontenta.

La inmortalidad, como hemos dicho, se alza luego y se adelanta sobre el horizonte pálido de la muerte,

para borrarle con su magnificencia deslumbradora.

Imposible se hace que acerquemos siquiera nuestras palabras al lujo de pensamiento, de expresion y de saber que despliega Espronceda en esta descripcion sublime, la mas afortunada acaso de cuantas se han visto hasta hoy en lengua castellana.

La variedad de tonos que á su arbitrio emplea el poeta, tonos ya humildes, ya elevados, áridos ó festivos; placenteros, sombríos, desesperados é inocentes, son como la faz del mundo, sobre la cual está condenado á discurrir su héroe. Esa *sinuosidad del Diablo Mundo* es la superficie de la tierra: aquí un valle, mas adelante un monte, flores y espinas, aridez y verdura, chozas y palacios, pozas inmundas, arroyos serenos y rios despeñados.

Espronceda, en la poesía, con tal superioridad maneja el habla castellana, que ha revolucionado la versificacion. Antes la *armonía imitativa* estaba reducida á asimilar en uno ó dos versos el galopar monótono de un caballo de guerra por ejemplo, y hoy nuestro aventajado poeta espresa con los tonos en todo un poema, no solo lo que sus palabras retratan, sino hasta la fisonomía moral que caracteriza las imágenes, las situaciones y los objetos de que se ocupa... Esta es la *armonía del sentimiento*, llevada á la perfeccion por el sentimiento íntimo y delicado del que escribe.

Como por el rugido se conoce al leon, como por el plañido se infiere del que padece cuál será el grado de su dolor, así por las entonaciones de que se vale Espronceda en el *Diablo Mundo* inferimos las palabras y los conceptos que de estas van á resultar.

Grande, dilatado, inmenso es el campo poético que el poeta ha desplegado á su frente, para trazar carrera al héroe del Poema en cuestion.

Repetimos que en nuestro juicio es el plan mayor que hasta hoy se ha concebido para un Poema. Su héroe ha rejuvenecido ya con el *doctor Fausto*, pero su mocedad no es el préstamo de un tiempo mezquino por la hipoteca y la enajenacion del alma: el protagonista del *Diablo Mundo*, sin nombre hasta ahora, ha aceptado la juventud y la inmortalidad sin condiciones.

En el drama de Goëthe, *Fausto* no es mas que un mancebo á medias, porque su corazón es siempre el del doctor, y esto le hace no participar nunca de los placeres en sazón, antes por lo contrario están siempre emponzoñados por el juicio.

Acaso fue este el pensamiento de Goëthe, y nosotros nos guardaremos de tildarlo, porque esa continuada carcoma de *Fausto* es una sublimidad del talento que lo creó.

Mas si Espronceda se propone enseñarnos el mundo físico y moral, para probarnos que la inmortalidad de la materia es el hastío y la condenacion sobre la tierra, juzgamos que su héroe, al retroceder en la carrera de la vida, debe hacerlo por completo, volviéndole la virginidad al alma, la inesperienza al juicio, y dándole unas sensaciones no gastadas.

La esperiencia, la moralidad y el saber deben pertenecer al poeta, que no es personaje de accion en el drama, sino el disertador y el genio que penetra en las entrañas de su obra.

Con fundada esperanza nos lisonjamos de que el Poema de el *Diablo Mundo* despertará en la Europa civilizada un respetuoso recuerdo de la patria de Cervantes.

Si el jóven autor, con cuya leal amistad nos honramos, no decae en ese maravilloso vuelo que ha sabido dar á los dos primeros cantos de el *Diablo Mundo*, viva penetrado de que si lo presente pertenece á los grandes poetas que murieron, el porvenir será para él.

La posteridad solamente hace pública justicia al talento que no domina por las armas.



## EL DIABLO MUNDO.

POEMA

DE D. JOSÉ DE ESPRONCEDA.

### CORO DE DEMONIOS.

Voguemos, voguemos.  
La barca empujad,  
Que rompa las nubes,  
Que rompa las nieblas,  
Los aires, las llamas,  
Las densas tinieblas.  
Las olas del mar.

Voguemos, crucemos  
Del mundo el confin;  
Que hoy su triste cárcel quiebran  
Libres los diablos en fin,  
Y con música y estruendo  
Los condenados celebran,  
Juntos cantando y bebiendo.  
Un diabólico festín.

### EL POETA.

Qué rumor  
Lejos suena,  
Que el silencio  
En la serena  
Negra noche interrumpió?

Es del caballo la veloz carrera,  
Tendido en el escape volador,  
O el áspero rugir de hambrienta fiera.  
O el silbido tal vez del Aquilon?

O el eco ronco de lejano trueno  
Que en las hondas cavernas retumbó,  
O el mar que amaga con su hinchado seno,  
Nuevo Luzbel, al trono de su Dios?

Densa niebla  
Cubre el cielo,  
Y de espíritus  
Se puebla  
Vagabundos,  
Que aquí el viento  
Y allí cruzan  
Vaporosos  
Y sin cuento.

Y aquí tornan,  
Y allí giran,  
Ya se juntan,  
Se retiran,  
Ya se ocultan,  
Ya aparecen,  
Vagan, vuelan,  
Pasan, huyen,  
Vuelven, crecen,  
Disminuyen,  
Se evaporan,  
Se coloran,  
Y entre sombras  
Y reflejos,  
Cerca y lejos  
Ya se pierden;  
Ya me evitan  
Con temor;  
Ya se agitan  
Con furor,

En aérea danza fantástica  
A mi alrededor.

Vago enjambre de vanos fantasmas,  
De formas diversas, de vario color,  
En cabras y sierpes montados y en cuervos,  
Y en palos de escobas, con sordo rumor:

Baladros, lanzan y ahullidos,  
Silbos, relinchos, chirridos,  
Y en desacordado estrépito  
El fantástico escuadron  
Mueve horrenda algaravía,  
Con espantosa armonía  
Y horrisona confusion.

Del toro ardiente al mugido  
Responde en ronco graznar  
La malhadada corneja,  
Y al agorero cantar  
De alguna hechicera vieja;  
El gato bufa y mahulla,  
El lobo erizado ahulla,  
Ladra furioso el mastín:  
Y ruidos, voces y acentos  
Mil se mezclan y confunden.  
Y pavor y miedo infunden,  
Los bramidos de los vientos,  
Que al mundo amagan su fin  
En guerra los elementos.

Relámpago rápido  
Del cielo las bóvedas  
Con luz rasga cárdena,  
Y encima descúbrese  
Ginete fantástico,  
Quizá el genio indómito  
De la tempestad.

De cien truenos juntos retumba el fragor  
En bosques, montañas, cavernas, torrentes:  
Quizá son del miedo los genios potentes  
Que el cántico entonan de espanto y terror.

Lanzando bramidos hórridos,  
Y tronchando añosos árboles,  
Irrisistible su ímpetu,  
Teñida en colores lívidos,  
Gigante forma flamígera  
Cabalga en el huracán.  
Quizá el genio de la guerra,  
Cuya frente tornasola  
Con roja vaga aureola  
El relámpago fugaz.

Aquí retiembla la tierra,  
Allí rebrama la mar,  
Altísima catarata  
Zumba y despéñase allá:

Allí torrentes de lava  
Lanza mugiente volcan;  
Aquí temerosa tromba  
Se agita en la tempestad,

Y agua, fuego, peñas, árboles  
Avida sorbe al pasar;  
Allí colgada la luna,  
Con torva cárdena faz,

Triste, fatídica, inmóvil,  
En la inmensa oscuridad,  
Mas entristece que alumbra,  
Cual lámpara sepulcral.

Allí bramidos de guerra  
Se escuchan, y el golpear  
Del acero, y de las trompas  
El estrépito marcial:

Aquí relinchar caballos  
Y estruendo de pelear,  
Allí retumban cañones,  
Lamentos suenan allá,

Y alaridos, voces, ayes  
Y súplicas y llorar;  
Aquí desgarradas músicas,  
Y cantares acullá.

Ruido de gentes que danzan  
Con bullicioso compás;  
Acá risas y murmullos,  
Riñas y gritos allá.

Allí el estruendo se escucha  
De amotinada ciudad,  
Carcajadas, órgias, brindis,  
Y maldecir y jurar.

Aquí el susurro entre flores  
Del ceñirillo galán;  
Allí el eco interrumpido.  
De algun suspiro fugaz.

Ora un beso, una palabra,  
De alguna trova final;  
Todo en confusa discordia  
Se oye á un tiempo resonar.

Breve compendio del mundo,  
La tartárea bacanal,  
Y trastornan y confunden  
Tanto estrépito á la par:

Y aturden, turban, marean  
Tanta vision, tanto afán.

#### UN CORO.

Allá va la nave:  
Quién sabe dó va?  
Ay! triste el que fia  
Del viento y la mar!

#### UNA VOZ.

Qué importa? el destino.  
Su rumbo marcó.  
Quién nunca sus leyes  
Mudar alcanzó?  
Allá va la nave;  
Vogad sin temor,  
Ya el aura la arrulle,  
Ya silbe aquilon.

#### SEGUNDO CORO.

Venid, levantemos  
Segunda Babel,  
El velo arranquemos  
Que esconde al saber.

#### UNA VOZ.

Verdad, te buscamos:  
Osamos subir  
Al último cielo

Volando tras tí,  
Con noble avaricia  
Y en ansia sin fin  
De ver cuanto ha sido  
Y está por venir.

### TECER CORO.

Mentira, tú eres  
Luciente cristal,  
Color de oro y nácar  
Que encanta el mirar.

### UNA VOZ.

Feliz á quien meces,  
Mentira, en tus sueños;  
Tú sola balagüños  
Placeres nos das.  
Ay! nunca busquemos  
La triste verdad!  
La mas escondida  
Tal vez, qué traerá?  
Traerá un desengaño!  
Con él un pesar!

### VARIAS VOCES.

#### PRIMERA VOZ.

Yo combato por la gloria,  
Su corona es de laurel,  
Cántame versos, poeta,  
Póstrate, mundo, á mis pies.

#### SEGUNDA VOZ.

Yo levantaré un palacio  
Que oro y perlas ornarán;  
Príncipes serán mis siervos,  
El pueblo, Dios me creará.

#### TERCERA VOZ.

Venid, hermosas, á mí,  
Dadme deleite y amor,  
Voluptuosa pereza,  
Besos de dulce sabor;  
Y entre perfumes y aromas,  
Bullentes vinos, y al son  
Del arpa, blanda me arrulle  
Y armoniosa vuestra voz.

#### CUARTA VOZ.

Venid, empujádme,  
La cima toqué;  
Subidme, que luego  
La mano os daré.

#### QUINTA VOZ.

Ay! yo caí de la elevada cumbre  
En honda sima que á mis pies se abrió:  
Grande es mi pena, larga mi agonía...!  
Una mano! ayudadme! compasión!

#### SESTA VOZ.

Errante y amarrado á mi destino  
Vago solo y en densa oscuridad.  
Siempre viajando estoy, y mi camino  
Ni descanso ni término tendrá!

### SETIMA VOZ.

Sin pena vivamos  
En calma feliz;  
Gozar es mi estrella  
Cantar y reir.

### OCTAVA VOZ.

Quién calmará mi dolor?  
Quién enjugará mi llanto?  
No habrá alivio á mi quebranto?  
Nadie escucha mi clamor?

### EL POETA.

Dónde estoy? Tal vez bajé  
A la mansion del espanto;  
Tal vez yo mismo creé  
Tanta vision, sueño tanto,  
Que donde estoy ya no se.

Hórrida turba, quizá  
Que en tormenta y confusion  
A anunciar al mundo va  
Su ruina y desolacion,  
Mensajeros de Jehová:

Quiénes sois, genios sombríos  
Que junto á mí os agolpais?  
Sois vanos delirios míos,  
O sois verdad? Qué buskais?  
Qué quereis? Adónde vais?

Mas de la cólica cumbre  
Llameante catarata  
En ondas de viva lumbre  
Súbito miro saltar.

Y ola tras ola de fuego  
Vuela en el aire y se alcanza  
Con estruendo y furor ciego,  
Como despeñado mar.

Y al hondo abismo en seguida  
Se precipita y se pierde  
La catarata encendida  
Que en arco rápido cae.

Océano inmenso volcado  
Rojos los aires incendia,  
En tumbos arrebataado  
Récia tormenta lo trae.

Y en medio negra figura  
Levantada en pie se mece,  
De colosal estatura  
Y de impotente ademan.  
Sierpes son su cabellera  
Que sobre su frente silban;  
Su boca espantosa y fiera  
Como el cráter de un volcan.

De duendes y trasgos  
Muehumbre vana  
Se agita y se afana  
En pos su señor.

Y allí entre las llamas  
Resbalan, se lanzan,  
Y juegan y danzan  
Saltando en redor.

Bullicioso séquito  
Que vienen y van,  
Visiones fosfóricas,  
Ilusion quizá.

Trémulas imágenes  
Sin marcada faz,  
Su voz sordo estrépito  
Que se oye sonar,  
Cual zumbido unísono  
De mosca tenaz.

Allí entre las llamas  
Hirviendo en montón,  
No cesa su ronco  
Monótono son,  
Murmurando á un tiempo mismo  
Todos juntos y á una voz,  
Y apareciéndose súbito  
Ora fuego, ora vapor.

Tendió una mano el infernal gigante  
Y la turba calló; y oyóse solo  
En silencio el estrépito atronante  
Del flamígero mar; luego un acento  
Claro, distinto, rápido y sonoro  
Por la vaga región cruzó del viento  
Con rara melancólica armonía,  
Que brotaba dó quiera,  
Y un eco en derredor lo repetía.

Voz admirable, y vaga, y misteriosa,  
Viene de allá del alto firmamento,  
Crece bajo la tierra temblorosa,  
Vaga en las alas del callado viento.  
Voz de amargo placer, voz dolorosa,



Incomprensible mágico portento;  
Voz que recuerda el alma conmovida  
El bien pasado y la ilusión perdida.

«Ay!» exclamó, con lamentable queja;  
Y en torno resonó triste gemido,  
Como el recuerdo que en el alma deja  
La voz de la mujer que hemos querido.  
«Ay! cuán terrible condición me aqueja  
Para llorar y maldecir nacido,  
Víctima yo de mi fatal deseo,  
Que cumplirse jamás mis ansias veo!»

«Quién es Dios? Dónde está? Sobre la cumbre  
De eterna luz que altísima se ostenta,  
Tal vez en trono de celeste lumbre  
Su incomprensible magestad se asienta:  
De mundos mil la inmensa pesadumbre  
Con su mano tal vez rige y sustenta,  
Sempiterno, infinito, omnipotente,  
Invisible do quier, do quier presente.»

«Y allá en la gran Jerusalén divina  
Tal vez escucha en holocausto santo  
Del querub que á sus pies la frente inclina,

Voces que exhalan armonioso canto.  
La máquina sonora y cristalina  
Del mundo rueda en derredor en tanto,  
Y entre aromas, y gloria, y resplandores,  
Recibe humilde adoración y amores.»

«Santo, Santo, los ángeles le cantan,  
*Hosanna*, *Hosanna* en las alturas sueña,  
Rayos de luz perfilan y abrillantan  
Nube de incienso y transparencia llena;  
Y en ella con murmullo se levantan,  
Paz demandando á la mansión serena,  
Las preces de los hombres en su duelo,  
Y paz les vuelve y bendición el cielo.»

«Es Dios tal vez el Dios de la venganza  
Y hierve el rayo en su irritada mano,  
Y la angustia, el dolor, la muerte lanza  
Al inocente que le implora en vano?  
Es Dios el Dios que arranca la esperanza  
Frívolo, injusto y sin piedad tirano,  
Del corazón del hombre, y le encadena,  
Y á eterna muerte al pecador condena?»

«Embebido en su inmenso poderío,  
Es Dios el Dios que goza en su hermosura,  
Que arrojó el universo en el vacío,  
Leyes le dió y abandonó su hechura?  
Fue vanidad del hombre y desvarío  
Soñarse imagen de su imagen pura?  
Es Dios el Dios que en su eternal sosiego  
Ni vió su llanto ni escuchó su ruego?»

«Tal vez secreto espíritu del mundo,  
El Universo anima y alimenta,  
Y derramado su hábito fecundo  
Alborota la mar y el cielo argenta,  
Y á cuanto el orbe en su ámbito profundo  
Tímido esconde ó vanidoso ostenta,  
Presta con su virtud desconocida  
Alma, razón, entendimiento y vida?»

«Y es Dios tal vez la inteligencia osada  
Del hombre, siempre en ansias insaciable,  
Siempre volando y siempre aprisionada  
De vil materia en cárcel deleznable?  
A esclavitud eterna condenada,  
A fiera lucha, á guerra interminable,  
Tal vez estás, divinidad sublime,  
Que otra divinidad de inercia oprime?»

«Y es en su vida el Universo entero  
Ilimitado campo de pelea;  
Cada elemento un triste prisionero  
Que su cadena quebrantar desea :  
Y ardes en todo, espíritu altanero,  
Lumbre matriz, devoradora tea,  
Como el que oculto, misterioso aliento  
Mueve la mar con loco movimiento?»

«Cuándo tu guerra término tendrás,  
Y romperás tu lóbrega prision?  
Su faz el universo cambiará?  
Crearán otros seres de inmortal blasón,  
O la muerte silencio te impondrá?  
Volarás fugitivo á otra región;  
O disipando la materia impura  
El mundo inundarás de tu hermosura?»

«Quién sabe? acaso yo soy  
El espíritu del hombre  
Cuando remonta su vuelo  
A un mundo que desconoce;  
Cuando osa apartar los rayos  
Que á Dios misterioso esconden,

Y analizarle atrevido  
Frente á frente se propone.  
Y entre tanto que impasibles  
Giran cien mundos y soles  
Bajo la ley que gobierna  
Sus movimientos acordes,  
Traspasa su estrecho límite  
La imaginación del hombre,  
Ginete sobre las alas  
De mi espíritu veloces,  
Y otra vez va á mover guerra,  
A alzar rebeldes pendones,  
Y hasta el origen creador  
Causa por causa recorre;  
Y otra vez se hunde conmigo  
En los abismos, en donde  
En tiniebla y lóbreguez  
Maldice á su Dios entonces.  
Ay! su corazón se seca,  
Y huyen de él sus ilusiones;  
Delirio son engañoso  
Sus placeres, sus amores,  
Es su ciencia vanidad,  
Y mentira son sus goces;  
Solo es verdad su impotencia,  
Su amargura y sus dolores!»

«Tú me engendraste, mortal,  
Y hasta me diste un nombre;  
Pusiste en mí tus tormentos,  
En mi alma tus rencores,  
En mi mente tu ansiedad,  
En mi pecho tus furores,  
En mi labio tus blasfemias,  
E impotentes maldiciones;  
Me erigiste en tu verdugo,  
Me tributaste temores,  
Y entre Dios y yo partiste  
El imperio de los orbes.  
Y yo soy parte de tí,  
Soy ese espíritu insomne  
Que te escita y se levanta  
De su nada á otras regiones,  
Con pensamientos de ángel;  
Con mezquindades de hombre.»

«Tú te agitas como el mar  
Que alza sus olas enormes,  
Humanidad, en oleadas  
Por quebrantar tus prisiones.  
Y en vano será que empujes,  
Que ondas con ondas agolpes,  
Y de tu cárcel la linde  
Con vehemente furia azotes?  
Será en vano que tu mente  
A otras esferas remontes,  
Sin que los negros arcanos  
De vida y de muerte ahondes?  
Viajas tal vez hacia atrás?  
Adelante tal vez corres?  
Quizá una ley te subyuga?  
Quizá vas sin saber dónde?  
Las creencias que abandonas,  
Los templos, las religiones  
Que pasaron, y que luego  
Por mentira reconoces,  
Son quizá menos mentira  
Que las que ahora le forjes?  
No serán tal vez verdades  
Las que tú juzgas errores?»

«Mas tú, como yo, impulsada  
Por una mano de bronce,  
Allá vas, y en vano, en vano  
Descansas pides á voces:

Los siglos se precipitan,  
Se hunden cien generaciones,  
Piérdense imperios y pueblos,  
Y el olvido los esconde;  
Y tú allá vas, allá vas  
Abandonada y sin norte,  
Despeñada y de tropel  
Y en aparente desórden;  
Y ora inundas la llanura,  
Allanas luego los montes,  
No hay hondo abismo ni cielo  
Que á descubrir no te arrojes!!!  
Pobre, ciega, loca, errante,  
Aquí sagaz, allí torpe,  
Tú misma para tí misma  
Toda arcano y confusiones.

Y ya por senda trazada  
Viajes sometida y dócil,  
Y sigas crédula en paz  
Las huellas de tus mayores;  
Ya nuevas galas te vistas  
Y de las antiguas mofes,  
Y rebelde de tus hierros  
Muerdas ya los eslabones,  
Yo siempre marchó contigo;  
Y ese gusano que roe  
Tu corazón, esa sombra  
Que nubla tus ilusiones,  
Soy yo, el lucero caído,  
El ángel de los dolores,  
El rey del mal, y mi infierno  
Es el corazón del hombre.  
Feliz mientras la esperanza  
Ayl tus delirios adorne!  
Infeliz cuando tu mente  
Los recuerdos emponzoñen,  
Y á la mar sin rumbo fijo  
Desesperado te arrojes!  
Ni un astro te alumbrará,  
Será en vano que á Dios nombres,  
Ora le reces sin fé,  
Ora su enojo provoques.  
Solo el huracán y el trueno  
Responderán á tus voces,  
Sin hallar puerto ni playa  
Por mas que anhelante vogues.  
Y al fin la materia muere;  
Pero el espíritu, ¿á dónde  
Volará? ¿Quién sabe? ¡Acaso  
Jamás sus cadenas rompe!!!»

Dijo, y la ignea luminosa frente  
Dejó caer desesperado y triste,  
Y corrió de sus ojos larga fuente  
De emponzoñadas lágrimas: profundo  
Silencio en torno dominó un momento:  
Luego en aéreo modulado acento  
Cien coros resonaron,  
Y allá en el aire en confusion cantaron.

## PRIMER CORO.

Génios, venid, venid  
Vuestro mal con el hombre á repartir.

## SEGUNDO CORO.

Va la esperanza á los hombres  
Para siempre abandonó;  
Los recuerdos son tan solo  
Pasto de su corazón.

## TERCER CORO.

Nosotros, génios del alma,  
Aunque en nosotros no créa,  
Somos su Dios, condenado  
Nuestro influjo á obedecer.

## PRIMER CORO.

Génios, venid, venid  
Vuestro mal con el hombre á repartir.

## UNA VOZ.

Yo turbaré sus amores  
Disiparé su ilusión,  
Atizaré sus rencores,  
Y haré eternos sus dolores,  
Mal llagado el corazón.

## SEGUNDA VOZ.

Yo confundiré á sus ojos  
La mentira y la verdad,  
Y la ciencia y los sucesos  
Su mente confundirán.

## TERCERA VOZ.

Marchitaré la hermosura,  
Rugaré la juventud;  
El alma que nació pura  
Renegará la virtud,  
Maldecirá de su hechura.

## CUARTA VOZ.

Yo haré dudar del cariño  
Que muestra al tímido niño  
El corazón maternal;  
Y haré vislumbre al través  
Del amor el interés  
Como su vil manantial.

## QUINTA VOZ.

Una barra de oro  
Su Dios será,  
La avaricia del hombre  
La adorará:  
Viles pasiones  
Gobernarán tan solo  
Sus corazones.

Génios, venid, venid  
Nuestro mal con el hombre á repartir.

## SESTA VOZ.

Mi lanza impávida  
Derribaré  
Ese Dios misero  
De vil metal.

Sobre sus aras  
Me asentaré,  
Y esclavo al hombre  
Dominaré.

Génios, venid, venid  
Y esos esclavos á mi carro uncid.



## SÉTIMA VOZ.

Yo romperé las cadenas ,  
Daré paz y libertad ,  
Y abriré un nuevo sendero  
A la errante humanidad.

## CORO.

Quién sabe! Quién sabe!  
Quizás sueños son ,  
Mentidos delirios ,  
Dorada ilusión.

Genios, venid, venid  
Nuestro mal con el hombre á repartir.

Como nubes que en negra tormenta  
Precipita violento huracan ,  
Y en confuso monton apiñadas ,  
De tropel y siguiéndose van.

Y visiones y horrendas fantasmas ,  
Mónstruos raros de forma sin fin ,  
Y palacios, ciudades y templos ,  
Nuestros ojos figuran allí ;

Y entre masas espesas de polvo  
Desaparece la tierra tal vez ,  
Cual gigante cadáver que cubre  
Vil mortaja de lienzo soez ;

Como zumba sonante á lo lejos  
El doliente rujido del mar ,  
Cuando rompe en las rocas sus olas  
Fatigadas de tanto luchar ;

Y la brisa en la noche serena  
En sus ráfagas trae la cancion ,  
Que al compás de los remos entona  
Mar adentro quizá un pescador.

Así, en turbio veloz remolino  
El diabólico ejército huyó ;  
Vagadoras pasaron sus sombras ,  
Y el crujir de sus alas sonó.

Y el yermo fantástico espacio  
Largo tiempo se oyó su cantar.  
Y á lo lejos el flébil quejido  
Poco á poco armonioso espirar.

Embargada y absorta la mente ,  
En incierto delirio quedó ,  
Y abrumada senti que mi frente  
Un torrente de lava quemó.

Y en mi loca falaz fantasía  
Sus clamores y cántico oí ,  
Y el tumulto y su inquieta porfía  
Encerrado en mi mismo senti.

Así al son agudo de bética trompa ,  
Y al compás del golpe que marca el tambor ,  
Brioso en alarde y magnífica pompa ,  
En orden desfila guerrero escuadron.

Y espadas, fusiles, caballos, cañones  
Pasan, y los ojos en confuso ven  
Brillar aún las armas, ondear los pendones ,  
Fantásticas plumas del viento al vaiven.

Relumbrar corazas, y el polvo y la gente ,  
Y se oye á lo lejos un vago rumor ,  
Y queda en su encanto suspensa la mente ,  
Y oír y ver piensa despues que pasó.

Mas ya del primer albor  
La luz pura tiñe el cielo ,  
Y al naciente resplandor  
Naturaleza su velo  
Pinta con vario color.

Y se esparce por el mundo  
Un armonioso contento ,  
Un confuso movimiento ,  
Que en pensamiento profundo  
Suspende el entendimiento.

Es verdad lo que ver creo?  
Fué un sueño lo que ví  
En mi loco devaneo?  
Fué verdad lo que fingí?  
Es mentira lo que veo?

## CANTO PRIMERO.

Sobre una mesa de pintado pino  
Melancólica luz lanza un quinqué ,  
Y un cuarto ni lujoso ni mezquino  
A su reflejo pálido se vé :  
Suenan las doce en el reló vecino  
Y el libro cierra que anhelante lee  
Un hombre ya caduco, y cuenta atento  
Del cansado reloj el golpe lento.

Carga despues sobre la diestra mano  
La ya rugosa y abrumada frente ,  
Y un pensamiento funebre, tirano ,  
Fija y domina, al parecer, su mente :

Borrarlo intenta en su ansiedad en vano ;  
Vuelve á leer, y en tanto que obediente  
Se somete su vista á su porfía ,  
Lánzase á otra region su fantasía.

«Todo es mentira y vanidad, locura!»  
Con sonrisa sarcástica esclamó.  
Y en la silla tomando otra postura ,  
De golpe el libro y con desden cerró:  
Lóbrega tempestad su frente oscura  
En remolinos densos anubló ,  
Y los áridos ojos quemó luego  
Una sangrienta lágrima de fuego.

«Ay! para siempre, dijo, la ufanía  
Pasó ya de la hermosa juventud,  
La música del alma y melodía,  
Los sueños de entusiasmo y de virtud!....  
Pasaron ay! las horas de alegría,  
Y abre su seno hambriento el ataúd.  
Y único porvenir, sola esperanza,  
La muerte á pasos de gigante avanza.»

«Qué es el hombre? Un misterio. Qué es la vida?  
Un misterio también!.... Corren los años  
Su rápida carrera, y escondida  
La vejez llega envuelta en sus engaños:

Vano es llorar la juventud perdida,  
Vano buscar remedio á nuestros daños;  
Un sueño es lo presente de un momento,  
Muerte es el porvenir, lo que fue, un cuento...»

« Los siglos á los siglos se atropellan,  
Los hombres á los hombres se suceden,  
En la vejez sus cálculos se estrellan,  
Su pompa y glorias á la muerte ceden:  
La luz que sus espíritus destellan  
Muere en la niebla que vencer no pueden,  
Y es la historia del hombre y su locura  
Una estrecha y hedionda sepultura!»



«Oh! si el hombre tal vez lograr pudiera  
Ser para siempre jóven é inmortal,  
Y de la vida el sol le sonriera  
Eterno de la vida el manantial!  
Oh! cómo entonces venturoso fuera;  
Roto un cristal alzarse otro cristal  
De ilusiones sin fin, contemplaría  
Claro y eterno sol de un bello día!....»

«Nécio, dirán, tu espíritu altanero  
Dónde te arrastra, que insensato quiere  
En un mundo infeliz, perecedero,  
Vivir eterno mientras todo muere?  
Qué hay inmortal, ni aun firme y duradero?  
Qué hay que la edad con su rigor no altere?  
No ves que todo es humo, y polvo, y viento?  
Loco es tu afán, inútil tu lamento!....»

Todos mas de una vez heinos pensado  
Como el honrado viejo en este punto;  
Y mucho nuestros frailes han hablado,  
Y Séneca y Platon sobre el asunto:  
Yo, por no ser prolijo ni cansado,  
(Que ya impaciente á mi lector barrunto)  
Diré que al cabo, de pensar rendido,  
Tendióse el viejo y se quedó dormido.

Tal vez será debilidad humana  
Irse á dormir á lo mejor del cuento,  
Y cortado dejar para mañana  
El hilo que anudaba el pensamiento:  
Dicen que el sueño del olvido mana  
Blando licor que calma el sentimiento;  
Mas ay! que á veces fijo en una idea,  
Bárbaro en nuestro llanto se recrea!

Quedóse en su profundo sueño, y luego  
Una vision...—Vision!... Frunciendo el lábio,  
Oigo que clama, de despecho ciego,  
Un crítico feroz:—Perdona, oh sábio!  
Sabio sublime, espérate, te ruego,  
Y yo te juro por mi honor, oh Fabio...!  
Si no es Fabio tu nombre, en este instante  
A dártelo me obliga el consonante;

Juro que escribo para darte gusto  
A tí solo, y al mundo entero enojo,  
Un libro en que á Aristóteles me ajusto,  
Como se ajusta la pupila al ojo:  
Mis reflexiones sobre el hombre justo  
Que sirve á su razon, nunca á su antojo,  
Publicaré despues, para que el mundo  
Mejor se vuelva, oh crítico profundo!

Que yo bien sé que el mundo no adelanta  
Un paso mas en su inmortal carrera,  
Cuando algun escritor, como yo, canta  
Lo primero que salta en su mollera;  
Pero no es eso lo que mas me espanta,  
Ni lo que acaso espantará á cualquiera:  
Tercero escribo en mi loco desvarío  
Sin ton ni son, y para gusto mio.

La zozobra del alma enamorada,  
La dulce vaguedad del sentimiento,  
La esperanza de nubes rodeada,  
De la memoria el dolorido acento,  
Los sueños de la mente arrebatada,  
La fábrica del mundo y su portento,  
Sin regla ni compás canta mi lira:  
Solo mi ardiente corazon me inspira!

Y á la estraña vision volviendo ahora  
Que al triste viejo apareció en su sueño,  
(Que algunas veces cuando el alma llora  
La muerte en consolarnos pone empeño,  
Y bienes y delirios atesora  
Que hacen mas duro, al despertar, el ceño  
De la suerte fatal, que en esta vida  
Nos persigue con alma empedernida.)

Es fama que soñó... y hé aquí una prueba  
De que nunca el espíritu reposa,  
Y esto otra vez á digresar me lleva  
De la historia del viejo milagrosa;  
Y á nadie asombre que á afirmar me atreva  
Que siendo al alma la materia odiosa,  
Aquí para vivir en santa calma,  
O sobra la materia, ó sobra el alma.

Quiere aquella el descanso, y en el lodo  
Nos hunde perezosa y encenaga;  
Esta presume adivinarlo todo,  
Y en la region del infinito vaga:  
Flojo, torpe, á traspies, como un beodo  
Que con sueños su mente el vino estraga,  
La materia al espíritu obedece,  
Hasta que yerta al fin cede y fallece.

Llaman pensar así, filosofia,  
Y al que piensa, filósofo; y ya siento  
Haberme dedicado á la poesia  
Con tan raro y profundo entendimiento.  
Yo con erudición, cuánto sabría...!  
Mas vuelta á la vision y vuelta al cuento,  
Aunque ahora que un sastre es *esprit-fort*,  
No hay ya vision que nos inspire horror.

Mas me valiera el campo lisonjero  
Correr de la política, y revista  
Pasár con tanto sábio y financiero.

Bibliógrafo, letrado y alquimista,  
Diplomático, filósofo, guerrero,  
Orador, erudito y periodista  
Que honra el siglo: esplendidos varones,  
Dicha no, pero honor de las naciones!

Y mucho mas sin duda me valiera,  
Que no andar por el mundo componiendo,  
De niño, haber seguido una carrera  
De mas provecho y de menor estruendo;  
Que si no sábio, periodista fuera,  
Que es punto menos; mas, dolor tremendo!  
Mis estudios dejé á los quince años,  
Y me entregué del mundo á los engaños!

Oh padres! Oh tutores! Oh maestros,  
Los que educáis la juventud sencilla!  
Sigan senda mejor los hijos vuestros  
Donde la antorcha de las ciencias brilla!  
Tenderos ricos, abogados diestros,  
Del foro y de la bolsa maravilla  
Pueden ser, y si no, sean diputados  
Graves, serios, rabiosos, moderados.

Y si llega á ministro el tierno infante,  
Llanto de gozo, oh padres! derramad,  
Al contemplarle demandar triunfante  
*A las Cortes un bill de indemnidad.*—  
Perdon, lector, mi pensamiento errante  
Flota en medio á la turbia tempestad  
De locas reprensibles digresiones.—  
Siempre juguete fuí de mis pasiones!!!

Por la inerte materia vaga incierta  
El alma en nuestra fábrica escondida;  
A otra vida durmiendo nos despierta,  
Vida inmortal, á un punto reducida.  
De la esperanza la sabrosa puerta  
El espíritu abre, y la perdida  
Memoria renovando, allí en un punto  
Cuanto fué, es y será, presenta junto.

Será que el alma su inmortal esencia  
Entre sueños revela, y desatada  
Del tiempo y la medida su existencia,  
La eternidad formula á la espantada  
Mente oscura del hombre? Oh ciencia! Oh ciencia,  
Tan grave, tan profunda y estirada!  
Vergüenza tén y permanece muda:  
Puedes tú acaso resolver mi duda?

Duerme entre tanto el venerable anciano.  
Mientras que yo discurro sin provecho:  
Figuras mil en su delirio insano  
Fingiéndolo en torno á su encantado lecho.  
El sueño su invisible y grave mano  
Posando silencioso sobre el pecho,  
Formas de luz y de color sombrío  
Arroja al huracan del desvarío.

Y como el polvo en nubes que levanta  
En remolinos rápidos el viento,  
Formas sin forma, en confusion que espanta.  
Alza el sueño en su vértigo violento:  
Del vano reino el límite quebranta,  
Vago escuadron de límites sin cuento,  
Y otros mundos al viejo aparecian,  
Y esto los ojos de su mente vian.

En lóbrego abismo que sombras eternas  
Envuelven en densa tiniebla y horror,  
Do reina un silencio que nunca se altera,  
Y ahuyenta el olvido del mundo el rumor,

Con lástima y pena, mirando al anciano.

Vaporosa sombra de un lejano bien,  
De vagos contornos confusa figura,  
Cual bello cadáver, se alzó una mujer:

Y oyóse en seguida lánguida armonía,  
Música suave, y luego una voz  
Cantó, que el oído no la percibía,  
Sino que tan solo la oyó el corazón.

Débil mortal, no te asuste  
Mi oscuridad ni mi nombre;  
En mi seno encuentra el hombre  
Un término á su pesar.  
Yo compasiva le ofrezco  
Lejos del mundo un asilo,  
Donde á mi sombra tranquilo  
Para siempre duerma en paz.

Isla yo soy de reposo  
En medio el mar de la vida,  
Y el marinero allí olvida  
La tormenta que pasó:  
Allí convidan al sueño  
Aguas puras sin murmullo  
Allí se duerme al arrullo;  
De una brisa sin rumor.

Soy melancólico sauce  
Que su ramaje doliente  
Inclina sobre la frente  
Que arrugara el padecer;  
Y aduerme al hombre, y sus sienes  
Con fresco jugo rocía,  
Mientras el ala sombría  
Bate el olvido sobre él.

Soy la virgen misteriosa  
De los últimos amores,  
Y ofrezco un lecho de flores  
Sin espinas ni color;  
Y amante doy mi cariño  
Sin vanidad ni falsía;  
No doy placer ni alegría,  
Mas es eterno mi amor.

En mí la ciencia enmudece,  
En mí concluye la duda.  
Y árida, clara, desnuda  
Enseño yo la verdad;  
Y de la vida y la muerte  
Al sábio nuestro el arcano,  
Cuando al fin abre mi mano  
La puerta á la eternidad.

Ven, y tu ardiente cabeza  
Entre mis manos reposa;  
Tu sueño, madre amorosa,  
Eterno regalaré:  
Ven, y yace para siempre  
En blanda cama mullida,  
Donde el silencio convida  
Al reposo y al no ser.

Deja que inquieten al hombre,  
Que loco al mundo se lanza,  
Mentiras de la esperanza,  
Recuerdos del bien que huyó:  
Mentira son sus amores,  
Mentira son sus victorias,  
Y son mentira sus glorias,  
Y mentira su ilusión.

Cierre mi mano piadosa  
Tus ojos al blando sueño,  
Y empape suave beleño  
Tus lágrimas de dolor:  
Yo calmaré tu quebranto  
Y tus dolientes gemidos,  
Apagando los latidos  
De tu herido corazón.

Visteis la luna rellejar serena  
Entre las aguas de la mar sombría,  
Cuando se calma nuestra amarga pena,  
Y siente el corazón melancolía?

Y el mar que allá á lo lejos se dilata,  
Imágen de la oscura eternidad,  
Y el horizonte azul bañado en plata,  
Rico dosel que desvanece el mar?

Y del aura sutil que se desliza  
Por las aguas, oísteis el murmullo,  
Cuando las olas argentadas riza  
Con blanda queja y con doliente arrullo?

Y sentísteis tal vez un tierno encanto,  
Una voz que regala el corazón,  
Dulce, inefable y misterioso canto  
De vago afán é incomprensible amor?

Blanda así la quimérica armonía  
Sonó del melancólico cantar;  
Vibraciones del alma y melodía  
De un corazón que fatigó el pesar.

Y la amorosa y pálida figura  
Los amarillos brazos estendió,  
Y sus lángidos ojos de dulzura  
Al triste viejo con piedad volvió.

Ojos sin luz que su mirada hiela,  
Íntima, intensa el corazón domina,  
En densas sombras los sentidos vela,  
En mudo pasmo la razón fascina.

Coagularse su sangre el viejo siente  
Poco á poco en sus venas con sabroso  
Desmayo, y que se trueca su impaciente  
Afan en un letargo vaporoso:

Entorpece sus miembros y embriaga  
Su mente aquella mágica figura,  
La breve luz de su existencia apaga  
Con su mirada de fatal ternura:

Sus labios besa con mortal anhelo  
Cariñosa la pálida visión,  
Y á las entrañas se desprende el hielo  
De sus áridos labios sin color.

Sus ojos fijos en los muertos ojos  
Desvanecidos de mirar sentía;  
Los rayos de su luz yertos despojos  
Que la mirada mágica absorbía.

Por su cuerpo un deleite serpeaba,  
Sus nervios suavemente entumeciendo,  
Y el espíritu dentro reshalaba,  
Grato sopor y languidez sintiendo.

Ya su delgada, amarillenta mano,  
Sobre su pecho á reposarla estiendo,  
Y exánime, mirándola el anciano,  
Verto é inmóvil su destino atiende.

Así al viajero fatigado, cuando  
El sueño los sentidos entorpece,  
Las fuerzas poco á poco van faltando  
Y el cuerpo perezoso desfallece;

Y perdido en el áspera montaña,  
Sobre la nieve desplomado cae,  
Su juicio se devana y enmaraña,  
Gratas visiones su desmayo trae;

Y lenta y muellemente adormecida  
La máquina mortal, lánguidamente  
Bostezar torpe la ondulante vida  
Entre los brazos de la muerte siente.

Será que consumida por los años  
Sienta placer la vida fatigada,  
En dejar de este mundo los engaños,  
El término al tocar de su jornada?

La travazon de la materia inerte  
Desatada, disuelto el cuerpo espira,  
Y el espíritu, cerca ya la muerte,  
Por la perdida libertad suspira?

Rendido en tanto el moribundo anciano,  
Con deleite la eterna paz espera;  
Su mano estrecha la aterida mano  
Que marca el fin de su vital carrera:

Cuando á otra parte con estruendo el suelo  
Crugir y el muro de su estancia siente,  
Y ven sus ojos un inmenso cielo  
Desarrollarse en luz de oro cadente.

Rico manto de lumbre y pedrería,  
Tachonado de soles á millares,  
Olas de aljofarada argentería  
Meciendo el aire en esparcidos mares.

Y un sol con otro sol que se eslabona  
En torno á una deidad orlan su frente,  
Y los rayos de luz de su corona  
En un velo la envuelven trasparente.

Magestuosa, diáfana y radiante  
Su hermosura en su lumbre se confunde,  
Agitada columna coruscante,  
Júbilo y vida por do quier difunde.

Eterno amor, inmarcesibles glorias,  
Armas, coronas de oro y de laurel,  
Triunfos, placeres, esplendor, victorias,  
Ilusiones, riquezas y poder:

Eterna vida, eterno movimiento,  
Los sueños de la dulce poesía,  
El sonoro y quimérico contento  
De la rica y estasiada fantasía:

El eco blando del primer suspiro,  
La dulce queja del primer amor,  
La primera esperanza y el respiro,  
Que pura exhaló la aromosa flor:

La faz hermosa de la noche en calma  
Y el son del melancólico laud,  
Los devaneos plácidos del alma,  
El sosiego y la paz de la virtud:

La santa dicha del hogar paterno,  
Del amigo la plática sabrosa,  
El blando sueño en el regazo tierno  
De la feliz, enamorada esposa:

El puro beso del alegre niño  
Que en torno de sus padres juguetea,  
Prenda de amor, emblema del cariño  
En que el alma gozosa se recrea:

La fe, la religión, bálsamo suave  
Que vierte en el espíritu consuelo,  
Y de las ciencias el estudio grave  
Que alza la mente á la región del cielo:

La máquina del mundo y su hermosura  
Que arrobado el espíritu contempla:  
La augusta soledad que la amargura  
Tal vez del alma combatida temple:

De la pasión el goce turbulento,  
Siguiendo atropellado á la esperanza:  
Ligero tanto que arrebató el viento  
Y despeñado á su ilusión se lanza:

El aplauso del mundo y la tormenta,  
Y el afán y el horrisono vaiven,  
El noble orgullo y la ambición sangrienta,  
De nombre avara y de esplendente prez:

Del tronante cañon el estampido,  
El lujo y el furor de la batalla:  
Del corazón el bélico latido,  
Que hace que hierva la abrasante malla:

El oro que famélico codicia  
El hombre, y en montones lo atesora;  
Alimento infernal de la avaricia,  
Que hambre mas siente cuanto mas devora:

La crápula, el escándalo y mareo  
De en vicios rica, estrepitosa orgía,  
El pudor resistiéndose al desseo,  
Y mezclándose el vino en la porfía:

La alegre danza en movimiento blando  
Que orna voluptuosa liviandad;  
Al goce, al apetito convidando  
Con sus mórbidas formas la beldad:

Cuanto fingió é imaginó la mente,  
Cuanto del hombre la ilusión alcanza,  
Cuanto creara la ansiedad demente,  
Cuanto acaricia en sueños la esperanza;

La radiante vision maravillosa  
Brinda con mano pródiga en monton,  
Y en óptica ilusoria y prodigiosa  
Pasar el viejo ante sus ojos vió.

Y entre aplausos, y músicas, y estruendo,  
Y de ella en pos la humanidad entera,  
Y en torno de ella armónica volviendo  
En giro eterno la argentada esfera:

Suenan voces y cánticos sonoros  
Que el aire en ecos derramando hienden,  
Y ángeles mil en matizados coros  
El aire rasgan y en fulgor lo encienden.

Y una voz como ráfaga de viento,  
Palpitando de vida y de armonía  
Sobre el vario magnífico contento,  
Así cantando resonar se oía.

Salve, llana creadora del mundo,  
Lengua ardiente de eterno saber,

Puro germen, principio fecundo  
Que encadenas la muerte á tus piés.

Tú la inerte materia espoleas,  
Tú la ordenas juntarse y vivir,  
Tú su lodo modelas, y creas  
Miles séres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano  
Vencedora la muerte tal vez;  
De sus restos levanta tu mano  
Nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas,  
Tú revistes los cielos de azul,  
Tú la luna en las sombras argentas,  
Tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,  
Verde pompa á los árboles das,  
Melancólica música al río,  
Ronco grito á las olas del mar

Tú el aroma en las flores exhalas,  
En los valles suspiras de amor,



Tú murmuras del aura en las alas,  
En el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra  
En arroyos de hirviendo metal,  
Tú brillantas la perla que encierra  
En su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes estiendes,  
Negro manto que agita Aquilon;  
Con tu aliento los aires enciendes,  
Tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,  
Manantial sempiterno del bien;  
Luz del mismo llacedor desprendida,  
Juventud y hermosura es tu sér.

Tú eres fuerza secreta que el mundo  
En sus ejes impulsa á rodar,  
Sentimiento armonioso y profundo  
De los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan  
Incansables artífices son,  
Del espíritu ardiente cincelan  
Y embellecen la estrecha prision.

Tú en violento, veloz torbellino  
Los empujas enérgica, y van;  
Y adelante en tu rauda camino  
A otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,  
Desaparecen y llegan sin fin,

Y en su eterno trabajo se alcanzan,  
Y se arrancan sin tregua el buril.

Vafanosos sus fuerzas emplean  
En tu inmenso taller sin cesar,  
Y en la tosca materia golpean,  
Y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo Océano  
Flota el hombre en perpétuo vaiven,  
Y derrama abundante su mano  
La creadora semilla en su ser.

Hombre débil, levanta la frente,  
Pón tu labio en su eterno raudal;  
Tú serás como el sol en Oriente,  
Tú serás como el mundo, inmortal.

Calló la voz, y el armonioso coro  
Y el estruendo y la música siguió,  
Y repitiendo el cántico sonoro  
Turbas inmensas pasan en monton.

Sus alas lanzan laminosa estela,  
Como la nave en la serena mar,  
Y entre su viva luz la luz riela  
Mas pura de la imagen inmortal.

Cruzando va cual fulgurante tromba,  
Su cortejo magnífico en redor,  
Y el viento rompe cual lanzada bomba,  
Sobre otros soles desprendido sol.

Atónito la faz alza el anciano,  
Como el que vuelve en sí en el atand,  
Con ansia, angustia y con delirio insano  
Aire buscando y anhelando luz.

Que en el regazo del no ser dormido,  
El alto estruendo en su estupor sintió,  
El intrépido canto hirio su oído,  
Y súbito sus nervios saecudió.

Y el yerto brazo de la sombra fría  
Que vierte al corazón hielo mortal,  
Aparta con su afán en su agonía,  
Volar ansiando á la gentil deidad.

Y entrambos brazos con anhelo tiende,  
Atento el canto animador escucha,  
De la vision de muerte se desprende,  
Y por moverse y levantarse lucha.

Los ojos abre al resplandor inciertos,  
La luz buscando que su luz escita,  
Sienten grato calor sus miembros muertos,  
Con nuevo ardor su corazón palpita.

La sangre hierve en las hinchadas venas,  
Siente volver los juveniles bríos,  
Y ahuyentan de su frente albas serenas  
Los pensamientos de la edad sombríos.

Y desprendidas ráfagas de lumbre  
Su cuerpo bañan y su sien circundan;  
Torrentes mil de la argentada cumbre  
Vertiendo vida, en su esplendor le inundan.

Y bajando la diosa encantadora,  
Mecida en olas de encendido viento,  
En torno de él la tropa voladora  
Esparece juventud y movimiento.

Y su rostro se pinta de hermosura,  
Viste su corazón la fortaleza,  
Brilla en su frente juvenil tersura,  
Negros rizos coronan su cabeza.

El alma en su mirar se trasparente,  
Mirar sereno, vívido y ardiente,  
Y su robusta máquina alimenta  
La eterna llama que en el pecho siente

Contra su seno la deidad le abraza,  
Y en su vello le envuelve y le ilumina,  
Y á su ruina y su destino enlaza  
El destino del mundo y su ruina

Tú los siglos hollarás  
(Sonó la voz de la altura,)   
Pasar los hombres verás,  
Del mundo la edad futura  
Como el mundo correrás.

El sol que hoy nace en Oriente  
Y que ilumina tu frente,  
Pasarán edades cien,  
Y cual hoy, resplandeciente,  
La iluminará también.

El crudo invierno, sombrío,  
Del pintado abril las flores,  
Las galas del bosque umbrío.  
Los rigurosos calores  
De los meses del estío.

Pasarán, y contarás  
Hora á hora y mes á mes.  
Y un año y otro verás,  
Y un siglo y otro despues,  
Sin que se acabe jamás.

Y eternamente vogando  
Y navegando continuo,  
Sin hallar descanso, andando  
Irás siempre, caminando,  
Sin acabar tu camino.

Y los siglos girarán  
En perpétuo movimiento,  
Las naciones morirán,  
Y se escuchará tu acento  
En los siglos que vendrán.

Pero si acaso algun día  
Lloras tal vez tu horfandad,  
Y al cielo clamas piedad,  
Y en lastimosa agonía  
Maldices tu eternidad,

Acuérdate que tú fuiste  
El que fijó tu destino;  
Que ser inmortal pediste,  
Y arrojarte al torbellino  
De las edades quisiste.

Y que el mundo te dará  
Cuanto el mundo en sí contiene:  
Que tuyo el mundo será,  
Y ya para tí previene  
Cuanto ha tenido y tendrá.



En tanto el luciente coro  
Repitió luego el cantar,  
Y remontándose al cielo  
La luz plegándose va

Entre nubes de oro y nacar  
Que esconden á la deidad,  
Y las voces en los aires  
Perdidas se escuchan ya

Allá en lejana armonía  
Como un eco resonar:

«Y que el mundo te dará  
Cuanto el mundo en sí contiene;  
Que tuyo el mundo será,  
Y ya para ti previene  
Cuanto ha tenido y tendrá.»

Dicha es soñar cuando despierto sueña  
El corazón del hombre su esperanza,  
Su mente allaga la ilusión risueña.  
Y el bien presente al venidero alcanza:  
Y tras la aérea y luminosa enseña  
Del entusiasmo, el ánimo se lanza  
Bajo un cielo de luz y de colores,  
Campos pintado de fragantes flores.

Dicha es soñar, porque la vida es sueño,  
Lo que fingió tal vez la fantasía,  
Cuando embriagada en lánguido beleño  
A las regiones del placer nos guía:  
Dicha es soñar, y el riguroso ceño  
No ver jamás de la verdad impía:  
Dicha es soñar, y en el mundano ruido  
Vivir soñando y existir dormido.

Y un sueño á la verdad pasa la vida,  
Sueño al principio de dorada lumbre,  
Senda de flores mil, fácil subida  
Que á un monte lleva de lozana cumbre:  
Después vereda áspera y torcida,  
Monte de insuperable pesadumbre,  
Donde cansada de una en otra breña,  
Llora la vida y lo pasado sueña.

Sueños son los deleites, los amores,  
La juventud, la gloria y la hermosura;  
Sueños las dichas son, sueños las flores,  
La esperanza, el dolor, la desventura:  
Triunfos, caídas, bienes y rigores  
El sueño son que hasta la muerte dura,  
Y en incierto y continuo movimiento  
Agita el ambicioso pensamiento.

Siento no sea nuevo lo que digo,  
Que el tema es viejo y la palabra rancia,  
Y es trillado sendero el que ahora sigo,  
Y caminar por él ya es arrogancia.  
En la mente, lector, se abre un postigo,  
Sale una idea y el licor escancia  
Que brota el lábio y que la pluma vierte,  
Y en palabras y frases se convierte.

*Nihil novum sub sole*, dijo el sábio;  
*Nada hay nuevo en el Mundo*, hartó lo siento,  
Que, como dicen vulgarmente, rábio  
Yo por probar un nuevo sentimiento;  
Palabras nuevas pronunciar mi lábio,  
Renovado sentir mi pensamiento  
Ansío, y girando en dulce desvario,  
Ver nuevo siempre el mundo en torno mio.

Uniforme, monótono y caído  
Es sin duda este mundo en que vivimos;  
En Oriente de rayos coronado  
El sol que vemos hoy, ayer le vimos:  
De flores vuelve á engalanarse el prado,  
Vuelve el otoño pródigo en racimos,  
Y tras los hielos del invierno frío,  
Coronado de espigas el estío.

Y no habré yo de arrepentirme á veces,  
Decir también lo que otros ya dijeron,  
A mí, á quien quedan ya solo las heces  
Del río manantial en que bebieron?  
Qué habré yo de decir que ya con creces  
No hayan dicho tal vez los que murieron,  
Byron y Calderon, Shakespeare, Cervantes,  
Y tantos otros que vivieron antes?

Y aun asimismo acertaré á decirlo?  
Saldré de tanto enredo en que me he puesto?  
Ya que en mi cuento entré, podré seguirlo?  
Y el término tocar que me he propuesto?  
Y aunque en mi empeño logre concluirlo,  
A tí no te será nunca molesto,  
Oh caro comprador, que con zozobra  
Imploro en mi favor, comprar mi obra?

Nada menos te ofrezco que un Poema  
Con lances raros y revuelto asunto,  
De nuestro mundo y sociedad emblema,  
Que hemos de recorrer punto por punto:  
Si logro yo desenvolver mi tema,  
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto  
De la vida del hombre y la quimera  
Tras de que va la humanidad entera.

Batallas, tempestades, amoríos,  
Por mar y tierra, lances, descripciones  
De campos y ciudades, desafíos,  
Y el desastre y furor de las pasiones,  
Goces, dichas, aciertos, desvarios,  
Con algunas morales reflexiones  
Acerca de la vida y de la muerte,  
De mi propia cosecha, que es mi fuerte.

En varias formas, con diverso estilo,  
En diferentes géneros, calzando  
Ora el coturno trágico de Esquilo,  
Ora la trompa épica sonando:  
Ora cantando plácido y tranquilo,  
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,  
Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto.  
Y allá van versos donde va mi gusto.

Verás, lector á nuestro humilde anciano,  
Que inmortal de su lecho se levanta,  
Lanzarse al mundo de su dicha ufano,  
Rico de la esperanza que le encanta:  
Verás luego también.... ¿pero á qué en vano  
Me causo en ofrecerte empresa tanta,  
Si hasta que el uno al otro nos cansemos,  
Tú y yo en compañía caminando iremos?

Mas vale prometerte poco ahora,  
Y algo después cumplirte, lector mio,  
No empieze yo con voz atronadora,  
Y luego acabe desmayado y frío,  
No una altiva columna vencedora  
Que jamás rinda con su planta impío  
El tiempo destructor, alzar intento;  
Yo con pasar mi tiempo me contento.

No es dado á todos alcanzar la gloria  
De alzar un monumento suntuoso,  
Que eternice á los siglos la memoria

De algun hecho pasado grandioso:  
 Quédele tanto al que escribió la historia  
 De nuestro pueblo, al escritor lujoso,  
 Al conde que, del público tesoro,  
 Se alzó á sí mismo un monumento de oro.

Al que supo, erigiendo un monumento,  
 (Que tal le llama en su modestia suma) (1)  
 Premio dar á su gran merecimiento,  
 Y en pluma de oro convertir su pluma;  
 Al ilustre asturiano; al gran talento,  
 Flor de la historia y de la hacienda espuma;  
 Al necio audaz de corazon de cieno,  
 A quien llaman el CONDE DE TORENO.

Oh gloria! oh gloria! lisonjero engaño,  
 Que á tanta gente honrada precipitas!  
 Tú al mercader pacífico, en estraño  
 Guerrero truecas, y á lidiar le escitas;  
 Su rostro vuelves bigotudo, uraño,  
 Con entusiasmo militar le agitas,  
 Y haces que sea su mirada horrenda  
 Susto de su familia y de su tienda.

Tú, al que otros tiempos acertaba apenas  
 A escribir con fatigas una carta,  
 Animas á dictar páginas llenas  
 De verso y prosa en abundante sarta:  
 Político profundo en sus faenas,  
 Folletes traza, artículos ensarta,  
 Suda y trabaja, y en manchar se emplea  
 Resmas para envolver alcarabea.

Otros oh gloria! sin aliento vagan  
 Solicitos huyendo acá y allá,  
 Suponen club, y con recelo-indagan  
 Cuando el gobierno á prisionarlos vá:  
 A estos, si los destierran, los allagan;  
 Nadie en ellos pensó ni pensará;  
 Y andan ocultos y mudando trajes,  
 Creyéndose terribles personajes.

Estos por lo comun son buena gente,  
 Son á los que llamamos *infelices*,  
 Hombres todo entusiasmo y poca mente,  
 Que no ven mas allá de sus narices:  
 Raza que el pecho denodado siente  
 Antes que oh, fiero mandarín! atices  
 Uno de tus legales ramalazos,  
 Que les dobla ante el rey los espinazos.

Otros te siguen, engañosa gloria,  
 Que allá en sus pueblos son pozos de ciencia,  
 Que creyéndose dignos de la historia,  
 Varones de gobierno y esperiencia,  
 Ansiosos de alcanzar alta memoria  
 O abusos corregir con su elocuencia,

(1) En una de las sesiones de esta última legislatura tuvo el egregio conde la llaneza de decir que habia erigido á la gloria de su patria un monumento en su historia de la Revolución de 1808.

Diputados al fin se hacen nombrar,  
 Tontos de buena fé para callar.

Estos viven despues desesperados,  
 Del ministro además desatendidos,  
 En el mundo político ignorados  
 Y del pueblo tambien desconocidos:  
 Andan en la cuestion estraviados,  
 Siempre sin fino, torpe en los sentidos;  
 Dando á saber con pruebas tan acerbas,  
 Que pierden fuerzas en mudando yerbas.

A todos, gloria, tu pendon nos guía,  
 Y á todos nos escita tu deseo:  
 Apedillarse socio quien no ansia,  
 Y en las listas estar del Ateneo?  
 Y quién, aficionado á la poesia,  
 No asiste á las reuniones del Liceo,  
 Do la luz brilla dividida en partes  
 De tanto profesor de bellas artes?

Es cierto que allí van tambien profanos  
 En busca de las lindas profesoras,  
 Hombres sin duda en su pesar livianos,  
 Que de todo hacen burla á todas horas,  
 Sin gravedad, de entendimiento vanos,  
 Gentes de natural murmuradoras,  
 Que se mofran de Villena mismo (1)  
 Evocando los diablos del abismo.

Y yo pobre de mí! sigo tu lumbre,  
 Tambien oh gloria! en busca de renombre,  
 Trepas ansiando al templo de tu cumbre,  
 Donde mi fama al universo asombre:  
 Quiero que de tu rayo á la vislumbre  
 Brille grabado en mármoles mi nombre,  
 Y espero que mi busto adorne un dia  
 Algun salon, café ó peluqueria.

O el lindo tocador de alguna hermosa  
 Coronaré en figura de botella,  
 Lleno mi hueco vientre de olorosa  
 Agua que pula el rostro á la doncella:  
*L'eau véritable* de colonia y rosa  
 El rótulo en francés dirá á mi huella;  
 Que de su vida al fin tanto blason  
 Ha logrado alcanzar Napoleon.

En tanto ablanda, oh público severo!  
 Y muéstrame la cara lisonjera;  
 Esto le pido á Dios, y algun dinero,  
 Mientras sigo en el mundo mi carrera:  
 Y porque fatigarte mas no quiero,  
 Caro lector, al otro canto espera,  
 El cual sin falta seguirá, se entiende,  
 Si este te gusta y la edicion se vende.

(1) Todo el mundo sabe que el marqués de Villena se hizo picar y encerrar en una redoma para renacer inmortal; tengo para mí que ha de ser fastidioso y dulzon al paladar el pica-dillo de sábio.

## CANTO II. (1)

A TERESA.

## DESCANSA EN PAZ.

Bueno es el mundo, ¡bueno! bueno! bueno!  
 Como de Dios al fin obra maestra,  
 Por todas partes de delicias lleno,  
 De que Dios ama al hombre hermosa muestra:  
 Salga la voz alegre de mi seno  
 A celebrar esta vivienda nuestra:  
 Paz á los hombres! gloria en las alturas!  
 Cantad en vuestra jaula, criaturas!

(*Maria*, por DON MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.)

Por qué volveis á la memoria mía  
 Tristes recuerdos del placer perdido,

A aumentar la ansiedad y la agonía  
 De este desierto corazón herido?  
 Ay! que de aquellas horas de alegría  
 Le quedó al corazón solo un gemido,  
 Y el llanto que al dolor los ojos niegan,  
 Lágrimas son de hiel que el alma anegan!

Donde volaron, ay! aquellas horas  
 De juventud, de amor y de ventura,  
 Regaladas de músicas sonoras,  
 Adornadas de luz y de hermosura?  
 Imágenes de oro bullidoras,  
 Sus alas de carmin y nieve pura,  
 Al son de mi esperanza desplegando,  
 Pasaban ay! á mi alrededor cantando.



Gorgeaban los dulces ruisseños,  
 El sol iluminaba mi alegría,

(1) Este canto es un desahogo de mi corazón: sáltelo el que no quiera leerlo sin escrúpulo, pues no está ligado de manera alguna al Poema. (*N. del A.*)

El aura susurraba entre las flores,  
 El bosque mansamente respondía,  
 Las fuentes murmuraban sus amores....  
 Ilusiones que llora el alma mía!  
 Oh! cuán suave resonó en mi oído  
 El bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entonces cual guerrera nave  
 Que el puerto deja por la vez primera,  
 Y al soplo de los céfiro suave  
 Orgullosa despliega su bandera,  
 Y al mar dejando que á sus pies alabe  
 Su triunfo en roncós cantos, va velera  
 Una ola tras otra bramadora  
 Hollandó y dividiendo vencedora;

Ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente  
 De amor volaba; el sol de la mañana  
 Llevaba yo sobre mi tersa frente,  
 Y el alma pura de su dicha ufana:  
 Dentro de ella el amor, cual rica fuente  
 Que entre frescuras y arboledas mana,  
 Brotaba entonces abundante río  
 de ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento  
 Exaltaba mi ánimo, y sentía  
 En mi pecho un secreto movimiento,  
 De grandes hechos generoso guía:  
 La libertad con su inmortal aliento,  
 Santa diosa mi espíritu encendía,  
 Continuo imaginando en mi fe pura  
 Sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente  
 Del noble Bruto, la constancia fiera  
 Y el arrojo de Scévola valiente,  
 La doctrina de Sócrates severa,  
 La voz atronadora y elocuente  
 Del orador de Atenas, la bandera  
 Contra el tirano Macedonio alzando,  
 Y al espantado pueblo arrebatando:

El valor y la fe del caballero,  
 Del trovador el arpa y los cantares,  
 Del gótico castillo el altanero  
 Antiguo torreón, dó sus pesares  
 Cantó tal vez con eco lastimero,  
 Ay! arrancada de sus pátrios lares,  
 Jóven cautiva, al rayo de la luna,  
 Contemplando su ausencia y su fortuna:

El dulce anhelo del amor que aguarda,  
 Tal vez inquieto y con mortal recelo;  
 La forma bella que cruzó gallarda,  
 Allá en la noche, entre el medroso velo;  
 La ansiada cita que en llegar se tarda  
 Al impaciente y amoroso anhelo;  
 La mujer y la voz de su dulzura,  
 Que inspira al alma celestial ternura;

A un tiempo mismo en rápida tormenta  
 Mi alma alborotaban de continuo,  
 Cual las olas que azota con violenta  
 Cólera impetuoso torbellino:  
 Soñaba al héroe ya, la plebe atenta  
 En mi voz escuchaba su destino;  
 Ya al caballero, al trovador soñaba,  
 Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,  
 Que el alma solo recogida entiende,  
 Un sentimiento misterioso y santo,  
 Que del barro al espíritu desprende;  
 Agreste, vago y solitario encanto  
 Que en inefable amor el alma enciende,  
 Volando tras la imagen peregrina  
 El corazón de su ilusión divina.

Yo, desterrado en extranjera playa,  
 Con los ojos estático seguía  
 La nave audaz que en argentada raya

Volaba al puerto de la patria mía;  
 Yo, cuando en Occidente el sol desmaya,  
 Solo y perdido en la arboleda umbría,  
 Oír pensaba el armonioso acento  
 De una mujer, al suspirar del viento.

Una mujer! En el templado rayo  
 De la mágica luna se colora,  
 Del sol poniente al lánguido desmayo,  
 Lejos entre la nube se evapora:  
 Sobre las cumbres que florece el mayo  
 Brilla fugaz al despuntar la aurora,  
 Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,  
 Juega en las aguas del sereno río.

Una mujer! Deslizase en el cielo  
 Allá en la noche desprendida estrella;  
 Si aroma el aire recogió en el suelo,  
 Es el aroma que le presta ella.  
 Blanca es la nube que en callado vuelo  
 Cruza la esfera, y en su planta huella,  
 Y en la tarde la mar olas le ofrece  
 De plata y de zafir, donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,  
 Mujer que nada dice á los sentidos,  
 Ensueño de suavísima ternura,  
 Eco que regaló nuestros oídos:  
 De amor la llama generosa y pura,  
 Los goces dulces del placer cumplidos,  
 Que engalana la rica fantasía,  
 Goces que avaro el corazón ansía:

Ay! aquella mujer, tan solo aquella,  
 Tanto delirio á realizar alcanza,  
 Y esa mujer tan cándida y tan bella  
 Es mentida ilusión de la esperanza:  
 Es el alma que vívida destella  
 Su luz al mundo cuando en él se lanza,  
 Y el mundo con su magia y galanura  
 Es espejo no mas de su hermosura:

Es el amor que al mismo amor adora,  
 El que creó las Sílides y Ondinas,  
 La sacra ninfa que bordando mora  
 Debajo de las aguas cristalinas:  
 Es el amor que recordando llora  
 Las arboledas del Eden divinas,  
 Amor de allí arrancado, allí nacido,  
 Que busca en vano aquí su bien perdido.

Oh llama santa! celestial anhelo!  
 Sentimiento purísimo! memoria  
 Acaso triste de un perdido cielo,  
 Quizá esperanza de futura gloria!  
 Huyes y dejas llanto y desconsuelo!  
 Oh mujer! que en imagen ilusoria  
 Tan pura, tan feliz, tan placentera,  
 Brindó el amor á mi ilusión primera...!

Oh Teresa! Oh dolor! Lagrimas mías,  
 Ah! dónde estais que no correis á mares!  
 Por qué, por qué, como en mejores días,  
 No consolais vosotras mis pesares?  
 Oh! los que no sabeis las agonías  
 De un corazón que penas á millares  
 Ay! desgarraron, y que ya no llora,  
 Piedad tened de mi tormento ahora!

Oh dichosos mil veces! sí, dichosos  
 Los que podeis llorar; y ay! sin ventura  
 De mí, que entre suspiros angustiosos  
 Ahogar me siento en infernal tortura!  
 Retuércese entre nudos dolorosos  
 Mi corazón gimiendo de amargura...!

También tu corazón hecho pavesa,  
Ay! llegó á no llorar, pobre Teresa!

Quién pensara jamás, Teresa mía,  
Que fuera eterno manantial de llanto,  
Tanto inocente amor, tanta alegría,  
Tantas delicias y delirio tanto?  
Quién pensara jamás llegase un día  
En que perdido el celestial encanto  
Y caída la venda de los ojos,  
Cuanto diera placer causara enojos?

Aun parece, Teresa, que te veo  
Aérea como dorada mariposa,  
Ensueño delicioso del deseo,  
Sobre tallo gentil temprana rosa,  
Del amor venturoso devaneo,  
Angélica, purísima y dichosa,  
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro  
Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aun miro aquellos ojos que robaron  
A los cielos su azul, y las rosadas  
Tintas sobre la nieve, que envidiaron  
Las de mayo serenas alboradas;  
Y aquellas horas dulces que pasaron  
Tan breves, ay! como después lloradas,  
Horas de confianza y de delicias,  
De abandono, y de amor, y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,  
Y pasaba á la par nuestra ventura;  
Y nunca vuestras ansias las contaban,  
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura:  
Las horas, ay! huyendo nos miraban,  
Llanto tal vez vertiendo de ternura,  
Que nuestro amor y juventud veían,  
Y temblaban las horas que vendrían.

Y llegaron en fin. Oh! quién impío  
Ay! agostó la flor de tu pureza?  
Tú fuiste un tiempo cristalino río,  
Manantial de purísima limpieza;  
Después torrente de color sombrío,  
Rompiendo entre peñascos y maleza,  
Y estancado en fin de aguas corrompidas,  
Entre fétido fango detenidas.

Cómo caíste despeñado al suelo,  
Astro de la mañana luminoso?  
Angel de luz, quien te arrojó del cielo  
A este valle de lágrimas odioso?  
Aun cercaba tu frente el blanco velo  
Del serafín, y en ondas fulgoroso  
Rayos al mundo tu esplendor vertía,  
Y otro cielo el amor te prometía.

Mas, ay! que es la mujer angel caído,  
O mujer nada mas y lodo inmundo,  
Hermoso ser para llorar nacido,  
O vivir como autómatas en el mundo!  
Si, que el demonio en el Eden perdido,  
Abrazara con fuego del profundo  
La primera mujer, y ay! aquel fuego  
La herencia ha sido de sus hijos luego.

Brotó en el cielo del amor la fuente,  
Que á fecundar el Universo mana,  
Y en la tierra su límpida corriente  
Sus márgenes con flores engalana:  
Mas, ay! huid, el corazón ardiente  
Que el agua clara por beber se afana,  
Lágrimas verterá de duelo eterno,  
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no quereis que llegue un día  
En que enredado en retorcidos lazos  
El corazón, con bárbara porfía  
Lucheis por arrancáoslo á pedazos;  
En que al cielo en histérica agonía  
Frenéticos alceis entrambos brazos,  
Para en vuestra impotencia maldecirle,  
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años, ay! de la ilusión pasaron;  
Las dulces esperanzas que trajeron  
Con sus blancos ensueños se llevaron,  
Y el porvenir de oscuridad vistieron:  
Las rosas del amor se marchitaron,  
Las flores en abrojos convirtieron,  
Y de afán tanto y tan soñada gloria  
Solo quedó una tumba, una memoria.

Pobre Teresa! al recordarte siento  
Un pesar tan intenso! Embarga impío  
Mi quebrantada voz mi sentimiento,  
Y suspira tu nombre el labio mío:  
Para allí su carrera el pensamiento,  
Hielas mi corazón punzante frío,  
Ante mis ojos la funesta losa,  
Donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallastes en la muerte  
Sombra á que descansar en tu camino  
Cuando llegabas mísera á perderle,  
Y era llorar tu único destino:  
Cuando en tu frente la implacable suerte  
Grababa de los réprobos el sino!....  
Feliz! la muerte te arrancó del suelo,  
Y otra vez ángel te volviste al cielo.

Roida de recuerdos de amargura,  
Árido el corazón, sin ilusiones,  
La delicada flor de tu hermosura  
Ajaron del dolor los aquilones:  
Sola, y envilecida, y sin ventura,  
Tu corazón secaron las pasiones;  
Tus hijos, ay! de ti se avergonzaron,  
Y hasta el nombre de madre te negaron.

Los ojos escaldados de tu llanto,  
Tu rostro cadavérico y hundido;  
Único desahogo en tu quebranto,  
El histérico, ay! de tu gemido:  
Quién, quién, pudiera en infortunio tanto  
Envolver tu desdicha en el olvido,  
Disipar tu dolor y recogerte  
En su seno de paz? Solo la muerte!

Y tan joven, y ya tan desgraciada!  
Espíritu indomable, alma violenta,  
En tí, mezquina sociedad, lanzada  
A romper tus barreras turbulenta;  
Nave contra las rocas quebrantada,  
Allí vaga, á merced de la tormenta,  
En las olas tal vez naufraga tabla,  
Que solo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere  
Y está en mi corazón; un lastimero  
Tierno quejido que en el alma hiere,  
Eco suave de su amor primero:  
Ay! de táluz, en tanto yo viviere,  
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,  
Que iluminaste con tu luz querida  
La dorada mañana de mi vida.

Que yo, como una flor que en la mañana  
Abre su cáliz al reciente día,  
Ay! al amor abrí tu alma temprana,

Y exalté tu inocente fantasía :  
Yo inocente también : oh ! cuán ufaua  
Al porvenir mi mente sonreía ,  
Y en alas de mi amor , con cuánto anhelo  
Pensé contigo remontarme al cielo !

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,  
En tus brazos en lánguido abandono,  
De glorias y deleite rodeado  
Levantar para tí soñé yo un trono :  
Y allí, tú venturosa y yo á tu lado,  
Vencer del mundo el implacable encono,  
Y en un tiempo, sin horas ni medida,  
Ver como un sueño reshalar la vida.

Pobre Teresa ! Cuando ya tus ojos  
Áridos ni una lágrima brotaban ;  
Cuando ya su color tus labios rojos  
En cárdenos matices cambiaban ;  
Cuando de tu dolor tristes despojos  
La vida y su ilusión te abandonaban ,  
Y consumía lenta calentura  
Tu corazón al par de tu amargura.

Si en tu penosa y última agonía  
Volviste á lo pasado el pensamiento ;  
Si comparaste á tu existencia un día  
Tu triste soledad y tu aislamiento ;  
Si arrojó á tu dolor tu fantasía.  
Tus hijos, ay ! en tu postrer momento  
A otra mujer tal vez acariciando,  
Madre tal vez á otra mujer llamando.

Si el cuadro de tus breves glorias viste

Pasar como fantástica quimera ,  
Y si la voz de tu conciencia oíste  
Dentro de ti gritándote severa ;  
Si, en fin, entonces tú llorar quisiste  
Y no brotó una lágrima siquiera  
Tu seco corazón , y á Dios llamaste ,  
Y no te escuchó Dios , y blasfemaste.

Oh ! cruel ! muy cruel ! martirio horrendo !  
Espantosa espaciación de tu pecado !  
Sobre un lecho de espinas maldiciendo  
Morir, el corazón desesperado !  
Tus mismas manos de dolor mordiendo ,  
Presente á tu conciencia lo pasado  
Buseando en vano con los ojos fijos,  
Y estendiendo tus brazos á tus hijos.

Oh ! cruel ! muy cruel !... Ah ! yo entretanto  
Dentro del pecho mi dolor oculto ,  
Enjugo de mis párpados el llanto  
Y doy al mundo el exigido culto :  
Yo escondo con vergüenza mi quebranto ,  
Mi propia pena con mi risa insulto ,  
Y me divierto en arrancar del pecho .  
Mi mismo corazón pedazos hecho.

Gozemos, sí ; la cristalina esfera  
Gira bañada en luz : bella es la vida !  
Quién á parar alcanza la carrera  
Del mundo hermoso que al placer convida ?  
Brilla radiante el sol, la primavera  
Los campos pinta en la estación florida :  
Truéquese en risa mi dolor profundo.....  
Que haya un cadáver mas, qué importa al mundo ?

## CANTO III.

« Cuán fugaces los años  
» Ay ! se deslizan, Póstumo ! » Gritaba  
El lírico latino, que sentía  
Cómo el tiempo cruel le envejecía,  
Y el ánimo y las fuerzas le robaba.  
Y es triste á la verdad ver como huyen  
Para siempre las horas, y con ellas  
Las dulces esperanzas que destruyen  
Sin escuchar jamás nuestras querellas :  
Fatalidad ! fatalidad impia !  
Pasa la juventud, la vejez viene,  
Y nuestro pie, que nunca se detiene,  
Recto camina hacia la tumba fría !  
Así yo meditaba  
En tanto me afeitaba  
Esta mañana mismo, lamentando  
Como mi negra cabellera riza,  
Seca ya como cálida ceniza,  
Iba por varias partes blanqueando :  
Y un triste adiós mi corazón sentido  
Daba á mi juventud, mientras la historia  
Corría mi memoria

Del tiempo alegre por mi mal perdido,  
Y un doliente gemido  
Mi dolor tributaba á mis cabellos,  
Que canos se teñían,  
Pensando que ya nunca volverían  
Hermosas manos á jugar con ellos.

Malditos treinta años,  
Funesta edad de amargos desengaños !

Perdonad, hombres graves, mi locura ;  
Vosotros, los que veis sin amargura,  
Como cosa corriente,  
Que siga un año al año antecedente,  
Y nunca os reveléis contra el destino :  
Oh ! será un desatino ;  
Mas yo no me resigno á hallarme viejo  
Al mirarme al espejo,  
Y la razón averiguar quisiera  
Que en este nuestro mundo misterioso,  
Sin encontrar reposo,  
Nos obliga á viajar de esta manera.

Y luego las mujeres, todavía  
 Son mi dulce manía :  
 Ellas la senda de ásperos abrojos  
 De la vida suavizan y coloran,  
 Y á las mujeres los llorosos ojos  
 Y los cabellos blancos no enamoran!  
*Griegos liceos! Célebres hospicios!*  
 (Esclama también Lope de Vega  
 Llorando la vejez de su sotana)  
*Que apenas de haber sido dais indicios,*  
 Si moristeis del tiempo en la refriega,  
 Y ejemplo sois de la locura humana,  
 Ah! no es extraño que el que á treinta llega  
 Llegue á encontrarse la cabeza cana!

Adios, amores, juventud, placeres;  
 Adios vosotras, las de hermosos ojos  
 Hechiceras mujeres,  
 Que en vuestros labios rojos  
 Brindais amor al alma enamorada:  
 Dichoso el que suspira,  
 Y oye de vuestra boca regalada  
 Siquiera una dulcísima mentira  
 En vuestro aliento mágico bañada.  
 Ah! para siempre adios: mi pecho llora  
 Al decirlos delirio: ilusión vana!  
 Mi tierno corazón siempre os adora;  
 Mas mi cabeza se me vuelve cana.

Coloraba en Oriente  
 El sol resplandeciente  
 Los campos de zafir con rayos de oro,  
 Y su rico tesoro  
 Del faldellín de plata derramaba  
 La aurora, y esmaltaba  
 La esmeralda del prado con mil flores,  
 Brotando aromas y vertiendo amores,  
 Y llenaban el mundo de armonía  
 La mar serena y la arboleda umbría,  
 Rizando aquella sus lascivas olas,  
 Y esta las verdes copas ondeando,  
 Coronadas de vagas aureolas  
 A los rayos del sol que se va alzando.

Y era el año cuarenta en que yo escribo  
 De este siglo que llaman positivo:  
 Cuando el que viejo fué, por la mañana  
 En vez de hallarse la cabeza cana  
 Y arrugada la frente,  
 Se encontró de repente  
 Joven al despertar, fuerte y brioso,  
 Y el antes fatigoso  
 Del triste corazón flaco latido  
 En vigoroso golpe convertido,  
 Y palpitantes conteniendo apenas  
 La hirviente sangre las hinchadas venas  
 Y sintió nueva fuerza en los nervudos  
 Músculos antes de calor desnudos,  
 Mientras en su agitada fantasía  
 Volando con locura el pensamiento,  
 En vaga tropa imágenes sin cuento  
 De oro y azul el porvenir traía.

El corazón henchido de esperanza,  
 Sin temor de mudanza  
 Mecida el alma en el placer futuro,  
 El ánimo seguro  
 Tras su ilusión lanzándose á la gloria,  
 Y libre de recuerdos la memoria,  
 Y el alma y todo nuevo,  
 Todo esperanzas el feliz mancebo.

La nube mas ligera  
 No empañaba la atmósfera siquiera  
 De su nuevo atrevido pensamiento;

Nuevo su sentimiento,  
 Y pura y nueva su esperanza era,  
 A su espalda las aguas del olvido  
 Sus antiguos recuerdos se llevaron,  
 Y de la vida con raudal crecido  
 Correr el limpio manantial dejaron.

Y era el primer latido  
 Que daba el corazón, y era el primero  
 Pensamiento ligero  
 Que formaba la mente, y la primera  
 Nacarada ilusión del alma era:  
 Sus ojos á mirar no se volvían  
 Los recuerdos que huían,  
 Y el denso velo de la mente oculta,  
 Porque muertos habían,  
 Muerto ya hasta el recuerdo de su nombre,  
 Que allá también la eternidad sepulta,  
 Y al despertar amaneció otro hombre.

Quien dudará que el nombre es un tormento?  
 Todo el tiempo pasado  
 Va para siempre atado  
 Al nombre que conserva el pensamiento,  
 Y trae á la memoria  
 Un solo nombre una doliente historia.  
 Hilo tal vez de la madeja suelto,  
 En el nombre va envuelto  
 El despecho, el placer, las ilusiones  
 De cien generaciones  
 Que su historia acabaron,  
 Y cuyos nombres solo nos quedaron:  
 Clavo de donde cuelgan nuestras vidas  
 En mil girones pálidos rompidas,  
 Que traen á la memoria  
 Cual rota enseña la pasada gloria:  
 Porque el nombre es el hombre,  
 Y es su primer fatalidad su nombre,  
 Y en él se encarna á su existencia unido,  
 Y en su inmortal espíritu se infunde,  
 Y en su sér se confunde,  
 Y arranca su memoria del olvido.  
 Y viviendo de ajena y propia vida,  
 Alma de los que fueron, desprendida  
 Júntase al alma del que vive, y lleva,  
 Cual parte de su vida, en su memoria  
 La ajena vida y la pasada historia.

Cuanto diciendo voy se me figura  
 Metafísica pura,  
 Puro disparatar, y ya no entiendo,  
 Lector, te juro, lo que voy diciendo.  
 Vuelvo á mi cuento, y digo:  
 Que el viejo nuestro amigo  
 Amaneció tan otro y tan ufano,  
 Tan orondo y lozano,  
 Que envidia y gloria diera  
 A un gerónimo antiguo si le viera.  
 No hablo de los gerónimos de hoy día  
 Que, flacos, macilentos,  
 Tal vez recuerdan con la panza fría  
 La abundancia y la paz de sus conventos.

Tersa y luciente brilla  
 La morena mejilla;  
 Los afilados dientes  
 Unidos, transparentes,  
 Entre sus labios de carmín blanquean,  
 Y en negros rizos por su espalda ondean  
 Los cabellos de ébano bruñido,  
 En tanto que encendido  
 Fuego sus negros ojos centellean;  
 Y su frente diáfana ilumina  
 Su rauda pensamiento,  
 Prestando á su semblante movimiento



Vivido rayo de la luz divina.  
 Ancha la espalda; levantado el pecho;  
 De férreos nervios hecho  
 El vigoroso cuerpo, y la belleza  
 Junta á la fortaleza:  
 Maravillosa máquina formada  
 Por ingenio divino,  
 De siglos mil á resistir lanzada  
 El choque y torbellino.

Y el alma? el corazon? la fantasia?  
 Oh! la aurora mas pura y mas serena  
 De abril florido en la estacion amena  
 Fuera junto á su luz noche sombría.

Nosotros, ah! los que al nacer lloramos,  
 Que paso á paso á la razon seguimos,  
 Que una impresion tras otra recibimos,  
 Que ora á la infancia, á la niñez llegamos,  
 Luego á la juventud; ah! no alcanzamos  
 A imaginar la dicha y la limpieza  
 Del alma en su pureza.  
 Quién no lleva escondido  
 Un rayo de dolor dentro del pecho?  
 Por cual dichoso rostro no han corrido  
 Lágrimas de amargura y de despecho?  
 Quién no lleva en su alma,  
 Ah! por muy jóven y feliz que sea,  
 Un penoso recuerdo, alguna idea



Que nublando su luz tuerba su calma!

Tal nuestro padre Adam.... Pero dejando  
 Comparaciones frías,  
 Que el alma atormentando  
 Nos traen recuerdos de mejores dias,  
 Y de aquella fatal, negra mañana  
 De la flaqueza ó robustez de Eva,  
 Cuando alargó la mano á la manzana,  
 Y.... Pero, pluma; queda;  
 A qué vuelvo otra vez al Paraiso,  
 Cuando la suerte quiso  
 Que no fuera yo Adam, sino Espronceda-la?  
 Ni el primer hombre, ni el varon segundo,

Sino Dios sabe el cuantos, que no tengo  
 Número conocido, y me entretengo  
 En este mundo tan alegre y vario,  
 Como en jaula de alambres el canario,  
 Divertido en cantar mi *Diablo-Mundo*,  
 Grandiloquio poema y elocuente,  
 En vez de hablar allí con la serpiente....  
 Reptil sin instruccion, poco profundo,  
 Poco *espiritual*, y al cabo un ente  
 De fe traidora y de melosa lengua,  
 El cual tal vez me hubiera pervertido,  
 Y como á Eva, para eterna mengua,  
 Deshonrado además y seducido:  
 Y al fin allí no habia

Sobre su noble frente la encasqueta  
 Ancho de vanidad, de goza henchido :  
 Y en cueros con su gorro se pasea  
 Por el cuarto, y gentil se pavonea,  
 Que es natural al mas crudo varon  
 Ser algo retrechero y coqueton;  
 Echándole al patron con esparpajo  
 Miradas que le miden de alto á bajo,  
 Sin hacer caso de sus voces fieras  
 Creyéndole en su estado natural,  
 Ni atender al estrépito infernal  
 De los que suben ya las escaleras.

Se abrió de golpe la entornada puerta,  
 Y de tropel entraron los vecinos,  
 Y hallaron al patron que á hablar no acierta,  
 Y al Hércules haciendo desatinos :  
 Su esposa la primera, medio muerta  
 De espanto y de dolor, gritó *asesinos!*  
 Porque tiene el amor ojos de aumento  
 Y quita la pasion conocimiento.

Fue del patron, cuando llegó socorro,  
 Echarlo lo primero de valiente,  
 Y recobrar su dignidad y el gorro,  
 Tomando un ademan correspondiente :  
 Y así mirando indiferente al corro,  
 Que es máxima que tiene muy presente  
 La de *nihil admirari*, y la halló un dia  
 En un tratado de filosofía.

Tendió la mano al loco señalando,  
 Y al mismo punto su inocente esposa  
 La misma infausta direccion, temblando  
 Con los ojos siguió toda azarosa!  
*Oh terrible visu!* cuadro infando!  
 Oh! la casta matrona ruborosa  
 Vió.... mas qué vió, que de matices rojos  
 Cubrió el marfil y se tapó los ojos?

Musas, decid qué vió... La Biblia cuenta  
 Que hizo á su imagen el Señor al hombre,  
 Y á Adam desnudo á su mujer presenta  
 Sin que ella se sonroje ni se asombre :  
 Despues se le ha llamado, y á mi cuenta,  
 Mientras peritos prácticos no nombre  
 La familia animal, está dudoso,  
 Entre todos al hombre el mas hermoso.

Y muy cara se vende una pintura  
 De una mujer ó un hombre en siendo buena;  
 Y estimamos desnudo en la escultura  
 Un atleta en su rústica faena :  
 Mas eso nó : la natural figura  
 Es menester cubrirla y darla ajena  
 Forma, bajo un sombrero de castor,  
 Con guantes, frac y botas por pudor.

No que me queje yo de andar vestido,  
 Y ahora mucho menos en invierno,  
 Y que el pudor se dé por ofendido  
 De ver desnudo un hombre lo discierno ;  
 Y mucho mas si el hombre no es marido,  
 Ni cuñado siquiera, suegro ó yerno,  
 Que entonces la mujer no tiene culpa,  
 Y el mismo parentesco la disculpa.

Mas es el caso aquí, qué aquella dama  
 Mujer del concejal.... Oh! sin lisonja,  
 Cómo diré la edad que le reclama  
 El tiempo que hace ya vive en la lonja,  
 Yo que me precio de galan? La fama,  
 Viéndola hacer escrúpulos de monja,  
 A los presentes reveló la cuenta,  
 Y hubo vecino que le echó cincuenta.

Tanto pudor á los cincuenta años!  
 Oh incansable virtud de la matrona!  
 Despues de tanto ataque y desengaños,  
 En este mundo picaro, que abona  
 El vicio con sus crímenes y anaños;  
 El tiempo, que peñascos desmorona,  
 No pudo su virtud jamás vencer :  
 Oh feliz don Liborio! Oh gran mujer!

Y habrá de irse sin mirar siquiera  
 A un mónstruo, á un loco? Y dejará en el riesgo  
 A su Liborio con aquella fiera  
 En trance que ha tomado tan mal sesgo?  
 No lo permita Dios; Liborio muera,  
 Y ella tambien con él. — Y aquí yo arriesgo  
 Por seguir en octavas este canto,  
 Débilmemente contar *devouement* tanto!

Ella, la pobre, á su pesar forzada  
 A ver un hombre en cueros que no es  
 Su esposo, con rubor una mirada  
 Le echó de la cabeza hasta los pies :  
 Y aunque fuerte, y honesta, y recatada,  
 Un pensamiento la ocurrió despues,  
 Que la mujer al cabo menos lista  
 Tiene en su corazon algo de artista.

Y al contemplar las formas magestuosas,  
 La robustez del loco y carnes blancas  
 Recordó suspirando las garrosas  
 Del pobre regidor groseras zancas :  
 Son las comparaciones siempre odiosas,  
 Siempre, y en el archivo de Simancas,  
 Si no me engaño, pienso haber leído  
 Que en el simíl perdió siempre el marido:

Oh cuán dañosas son las bellas artes!  
 Y aun mas dañosa la afición á ellas!  
 A sus maridos estudiar por partes  
 Cuántas estravió mujeres bellas!  
 No pensó mas moléculas Descartes,  
 Ni en mas rayos se parten las estrellas,  
 Que en partes, ay! una mujer destriza  
 A su esposo infeliz y lo analiza.

Y á par que en él aplica el analítico,  
 Al ajeno varon le echa el sintético  
 Y al mas fuerte marido en encuentra estítico,  
 Y al mas débil galan encuentra atlético :  
 Juzga al primero un corazon raquíptico;  
 Halla en el otro un corazon poético;  
 La palabra de aquel ruda y narcótica,  
 Y la del otro tímida y erótica.

Y á mi este juicio me parece exacto,  
 Y parézcale mal á los maridos;  
 Que ellos han hecho con el mundo un pacto,  
 Y sus derechos son reconocidos :  
 Y si tienen mujer, justo *ipso facto*  
 Es que su condicion lleven sufridos,  
 Que habla con su mujer el que se casa,  
 Y yo con las paredes de mi casa.

El pensamiento que cruzó la mente  
 De la honrada mujer del concejal  
 Fue, sin pasion juzgado, estrictamente  
 Cuando mas un pecado venial :  
 La honrada dueña que no sea siente  
 (Y este es un sentimiento natural)  
 Tan membrudo, tan noble y vigoroso  
 Como su huésped su querido esposo.

Y otra cosa además siente tambien  
 Que no se ha de saber por mí tampoco,  
 Ya que ella la reserva, y hace bien,

Que al cabo el hombre aquel no es mas que un loco:  
Y hay quien dice además que con desden  
Vió desde entonces, y le tiene en poco,  
(Tal impresion en ella el huésped hizo),  
A un mozo de la tienda asaz rollizo.

*Ay infeliz de la que nace hermosa!*  
Mas la verdad (si la verdad se puede  
En materia decir tan espínosa)  
Es (y perdon la pido si se escude)  
Mi pluma en lo demás tan respetuosa)  
(Y esto, ¡oh lector! entre nosotros quede)  
Mas no lo he de decir, que es un secreto,  
Y siempre me he preciado de discreto.

Quién es el hombre aquel? quién le ha traído?  
A dónde el viejo está que allí vivía?  
Cómo y de dónde en cueros ha venido?  
La noche antes don Lihorio había  
Visto en su cuarto al viejo recogido,  
Su cuenta preparada le tenía,  
Y cuando el ruido á averiguar hoy entra,  
Desnudo un loco en su lugar se encuentra.

Miran al loco todos entre tanto,  
Que por tal al momento le tuvieron,  
Y tal belleza y desenfado tanto  
Confiesan entre sí que nunca vieron:  
Viéranlo con deleite, si el espanto  
Que al encontrarlo súbito sintieron  
Les dejara admirarle; pero el susto  
Hasta á la dueña le acibara el gusto.

El los mira tambien entre gustoso  
Y estrañado, con plácido semblante,  
Con benévola risa, cariñoso,  
Señalando al patron que está delante,  
Y festejar queriéndole amoroso  
Fija la vista en él, y al mismo instante  
La mano alarga, y el patron la evita,  
Se echa hácia atrás amedrentado, y grita.

Y su desvío y desdeñoso acento  
Sin comprender tal vez, y ya impaciente  
El nuevo mozo, entre jovial y atento,  
De un salto avanza á la agolpada gente;  
En pronta retirada un movimiento  
Todos hicieron, y hasta el mas valiente,  
El audaz regidor, lo menos cinco  
Escalones saltó de un solo brinco.

No es retirarse huir, no, ni cordura  
Fuera trabar tan desigual combate  
Con un loco de atlética figura  
Capaz de cometer un disparate:  
Gritando *¡atarlo!* bajan con presura;  
Gran medida, mas falta quien le ate;  
Vélos el loco, y mas veloz que un gamo  
Prepárase á saltar de un brinco un tramo.

Oh confusion! que al verle de repente  
Rápido desprenderse de lo alto,  
Cada cual baja atropelladamente,  
Con gritos de terror, de aliento falto;  
Rueda en monton la acobardada gente,  
Y el regidor, queriendo dar un salto,  
Entre los pies del médico se enreda,  
Se ase á su esposa y con su esposa rueda.

Y el médico tambien rueda detrás,  
A un tobillo cogido del patron;  
Entrégase el pintor á Barrabás,  
Que en un callo le han dado un pisoton;  
Armase un estridor de Satanás,  
El poeta ha perdido una ilusion,

Que ha visto do la dama no se qué,  
Y á mas acaba de tocorese un pié.

Y acude gente, y el rumor se aumenta,  
Y llénase el portal, crece el tumulto,  
Su juicio cada cual por cierto cuenta,  
Y se pregunta y se responde á bulto:  
Dicen que es un ladrón; hay quien sustenta  
Que al pueblo de Madrid se hace un insulto,  
Prendiendo á un regidor, y que él resiste  
A la ronda de esbirros que le embiste.

Llega la multitud formando cola  
Al sitio en que se alzaba Mariblanca,  
Y la nueva fatal de que tremola  
Ya su pendon, y que asonó una zanca  
El espantoso monstruo que atortola  
Al mas audaz ministro, y lo abarranca,  
El *Bú* de los gobiernos, la anarquía,  
Llegó aterrando á la secretaria.

Órdenes dan que apresten los cañones,  
Salgan patrullas, dóblense los puestos,  
No se permitan públicas reuniones,  
Pesquisas ejecútense y arrestos,  
Queden prohibidas tales expresiones,  
Obsérvense los trajes y los gestos  
De los enmascarados anarquistas,  
Y de sus nombres que se formen listas.

Que luego á son de caja se publique  
La ley marcial, y á todo ciudadano  
Cuyo carácter no le justifique,  
Luego por criminal que le echen mano:  
Que á vigilar la autoridad se aplique  
La mansion del Congreso soberano,  
Y bajo pena y pérdida de empleos,  
Sobre todo, la casa de Correos.

Pásense á las provincias circulares,  
Y en la *Gaceta* en lastimoso tono  
Imprímanse discursos á millares  
Contra los clubs y su rabioso encono;  
Píntense derribados los altares,  
Rota la sociedad, minado el trono,  
Y á los cuatro malévolos de horrendas  
Miras, mandando y destrozando haciendas.

Oh cuadro horrible! pavoroso cuadro!  
Pintado tantas veces y á porfía  
Al sonar el horrisono baladro  
Del mónstruo que han llamado la anarquía.  
Aquí tu elogio para siempre encuadro,  
Que á ser llegaste el pan de cada día,  
Cartilla eterna, universal registro  
Que aprende al gobernar todo ministro.

Oh cuánto susto y miedos diferentes,  
Cuánto de afán durante algunos años  
Con vuestras peroratas elocuentes  
Habeis causado á propios y aun á estraños!  
Mal anda el mundo; pero ya las gentes  
Han llegado á palpar los desengaños,  
Y aunque cien tronos caigan en ruina  
No menos bien la sociedad camina.

Oh imbécil, necia y arraigada en vicios  
Turba de viejas que ha mandado y manda!  
Ruinas soñar os hace y precipicios  
Vuestra codicia vil que así os demanda:  
Pensais tal vez que los robustos quicios  
Del mundo saltarán si aprisa anda,  
Porque son torpes vuestros pasos viles,  
Tropel asustadizo de reptiles?

Qué vasto plan, qué noble pensamiento  
 Vuestra mente raquítica ha engendrado?  
 Qué activo y generoso sentimiento  
 En ese corazón respuesta ha hallado?  
 Cuál de esperanza vigoroso acento  
 Vuestra podrida boca ha pronunciado?  
 Qué noble porvenir promete al mundo  
 Vuestro sistema de gobierno inmundo?

Pasad, pasad como funesta plaga,  
 Gusanos que roéis nuestra semilla;  
 Vuestra letal respiración apaga  
 La luz del entusiasmo, apenas brilla:  
 Pasad; huid; que vuestro tacto estraga  
 Cuanto toca y corrompe, y lo amaneja:  
 Solo nos podéis dar, canalla odiosa,  
 Miseria, y hambre, y mezquindad, y prosa.

Basta; silencio, hipócritas parleros,  
 Turba de charlatanes eruditos,  
 Tan cortos en hazañas y rastros  
 Como en palabras vanas infinitos:  
 Ministros de escribientes y porteros,  
 De la nación eternos parásitos:  
 Basta; que el corazón airado salta,  
 La lengua calla y la paciencia falta.

Mientras al arma el ministerio toca,  
 Y se junta la tropa en los cuarteles,  
 Y ve la gente con abierta boca  
 Edecanes á escape en sus corceles  
 Cruzar las calles, y al motín provoca  
 El gobierno con bandos y carteles,  
 Y andan por la ciudad jefes diversos  
 Cuyos nombres no caben en mis versos,

Como el jefe político y sus rondas,  
 Capitan general, gobernador,  
 Los que por mucho, oh monstruo! que te escondas  
 Darán contigo en tu mansión de horror,  
 Como del mar las agolpadas ondas  
 Al impetu del viento bramador,  
 La calle entera de Alcalá ocupando,  
 Se va la gente en multitud juntando.

Y ya el discorde estrépito aumentaba,  
 Y la mentira y el afán crecía,  
 Y la gente á la gente se empujaba,  
 Codeaba, pisaba y resistía:  
 El semblante y los ojos empinaba  
 Cada cual para ver si algo veía,  
 Y en larga hilera están ya detenidos  
 Gentes, carros y coches confundidos.

Como bosque de palmas que al violento  
 Impetu dobla la gallarda copa,  
 Cuando apiñado lo recoge el viento  
 Y con su manto anchísimo lo arroja,  
 Así ondulaba en sordo movimiento  
 En la ancha calle la agolpada tropa,  
 Y la apiñada muchedumbre ruje  
 Al vaiven rudo de su propio empuje.

Y cede, y vuelve, y crece el vocerío,  
 La agitación del popular tumulto,  
 Y un pánico terror entre el gentío  
 Con asombro común resbala oculto;  
 Y en tan revuelto y congojoso lío,  
 Con ronca voz y con violento insulto,  
 Contrarios intereses y pasiones  
 Se abren plaza á codazos y empujones.

Y como negra nube en el verano,  
 Desátase en violento torbellino,  
 Y piedras llueve, y el dorado grano

Arroja al viento en rauda remolino:  
 Súbito rompe el populacho insano,  
 Se esparce y atropéllase sin tino,  
 Y huyen acá y allá, y allá y acá  
 Corre la gente sin saber dó va.

Ya habrá el lector, si como yo, del ruido,  
 Y bulla popular y movimiento  
 Alguna vez aficionado ha sido,  
 Y con juicio observó y detenimiento,  
 Visto alguno tal vez tan aturrido  
 De la fuga en el crítico momento,  
 Que dos horas después, si lo ha encontrado,  
 Del impetu primero aun no ha alojado.

Y en bandadas derrámase y se estiende  
 La antes amontonada muchedumbre,  
 Como gorriones que el gaitán sorprende  
 Vuelan del llano á la lejana cumbre:  
 Nadie á la voz del compañero atiende,  
 Nadie acude á la ajena pesadumbre,  
 Nadie presta favor, y todos gritan,  
 Y en confuso tropel se precipitan.

Y allí la voz aguardentosa truena,  
 Grita asustada la afligida dama,  
 Ladran los perros, y las calles llena  
 La gente que en tumulto se derrama:  
 Suspense el artesano su faena,  
 Cuidoso el mercader sus gentes llama,  
 Puertas y tiendas ciérranse, añadiendo  
 Nuevo rumor al general estruendo.

Y la prisa es de ver con que asegura  
 Cada cual su comercio y mercancía,  
 Y cómo alguno entre el tropel procura  
 Mostrar serenidad y valentía,  
 Y en torno de él la multitud conjura  
 A reunirse con calma y sangre fría  
 Aconseja, mirando al rededor  
 Con ojos que desmienten su valor.

Y otros audaces, de intención dañina,  
 Gózanse en el tumulto, y de repente  
 Donde la gente mas se arremolina  
 Prontos acuden á aturdir la gente:  
 Y huyen por aumentar la tremolina  
 Y confusión, y contra el mas paciente  
 Espectador pacífico se estrellan,  
 Y con fingido espanto le atropellan.

Y en tanto que unos y otros alborotan,  
 Perora aquel y el otro hazañas cuenta;  
 Páranse en corro y furibundos votan,  
 Y un solo grito acaso el corro ahuyenta;  
 Y aquellos de placer las palmas frotan;  
 Y este el sombrero estropeado tienta,  
 Párase, y el aliento ahogado exhala,  
 Y el tambor va tocando generala;

Y algunos nacionales van saliendo  
 El ánimo á la muerte apercebido,  
 El motín y su suerte maldiciendo  
 Con torbo ceño y gesto desabrido,  
 Y con voz militar, *Adios*, diciendo  
 A su aterrada cónyuge el marido,  
 Al son del parche y á la voz de alarma  
 Carga el fusil y bayoneta arma.

Y entre tanto que vienen batallones,  
 Y órdenes mil el ministerio espide,  
 Y envuelta en mil diversas confusiones  
 La autoridad en fin nada decide,  
 Y hay quien demanda á gritos los cañones,  
 Y quien las cargas de lanceros pide,

Y tal vez otro cavilando calla  
Si escogerá la lanza ó la metralla:

Y en tanto que en Madrid, cual se derraman  
Por las faldas del rojo Mongibelo  
De lava mil torrentes, que recaman  
Con ígneas cintas el tremante suelo,  
Turbas de gente alborotadas braman,  
Y se derraman con insano anhelo,  
En turbiones las calles inundando,  
Los unos á los otros espantando:

Súbito con asombro ve la gente  
Que aun al portal del regidor espera,  
Salir desnudo á un hombre de repente  
Con veloz violentísima carrera;  
Y otro tras él con cólera impotente,  
Chico y gordo y vestido á la ligera,  
Atigido, empolvado y sin aliento,  
Todos los pelos de la calva al viento.

Y á una mujer tambien desaliñada,  
Y seis ó siete mas llenos de espanto,  
Todos tras él gritando con turbada  
Voz, *que tengan al loco*, y entretanto  
Por la calle la faz alborozada,  
El leco va con regocijo tanto,  
Que causa gusto el verle tan esbelto  
Andando á brincos tan airoso y suelto.

Pero la gente, viendo la figura  
Desnuda de aquel hombre que corria  
Rápido como el viento, y la premura  
De la turba que ansiosa le seguia,  
Y las voces oyendo, y la locura  
Temiendo del que loco parecia,  
Sin otra reflexion viento tomaron,  
Y hasta tomar distancia no pararon.

Mas luego que la calma sobrevino,  
Y los mas animosos acudieron,  
Y que era huir un necio desatino,  
Los menos advertidos conocieron,  
Y á todos de saber el caso vino  
Curiosidad, hacia el patron corrieron,  
Que eran el nuevo jóven y el patron  
De tanto laberinto la ocasion.

Y en corro el caso del patron indagan,  
Y discuten tal vez puntos sutiles,  
Y los mages desvariando vagan  
Perdidos de la historia en los perfiles;  
Y oyen discursos sin que satisfagan  
Los discursos las mentes varoniles  
Que ansian profundizar, y nadie entiende  
El caso que el patron contar pretende.

—Es, pues, el caso, el regidor decia,  
Que este viejo es un loco huésped mio,  
Trocado en jóven de la noche al dia.  
—Mirad que estais diciendo un desvario.  
—Yo cuento la verdad!—Necia porfia!  
Está loco.—Señores, no me rio.  
Yo no discurro nunca á troche y moche;  
Era un viejo á las doce de la noche.

—Vamos, el regidor perdió un sentido.  
—Si eso no puede ser.—No hay quién me asista!  
Gritaba la mujer, es un perdido,  
Un servil, un ladron, un anarquista:  
Ha querido matar á mi marido.  
—Y á vos os viola si no andais tan lista;  
La repuso un chuzon, cara de pillo,  
Que alegraba con chistes el corrillo.

—Yo dije que era viejo; ahora no digo  
Que no sea joven.—Id, y el diablo os lleve.  
Y ahora se me va...—Sois un bodigo.  
—Con mas de cuatro meses que me debe.  
—Vos os contradecis.—Me contradigo,  
Y no me contradigo.—Que lo pruebe,  
Gritaba el chusco de la faz burlona;  
Idos buen hombre á reposar la mona.

Desnudo en tanto el nuevo mozo vuela,  
Párase, corre, alborozado grita,  
Mira alegre en redor, nada recela,  
Cuanto le cerca su entusiasmo escita:  
Palpar, gritar, examinar anhela  
Cuanto mira en torno de él, se agita,  
Como al amor de maternal cariño  
Mira la luz embelesado el niño.

Pobre inocente, alma que entretiene  
El mundo, y le divierte cual gracioso  
Juguete, y á mirarlo se detiene  
Con pueril regocijo candoroso!  
La luz, las gentes en conjunto viene  
Todo á herirla, cual juego luminoso  
De prodigioso mágico que alzara  
Ideal otro mundo con su vara.

Y la ciudad, y el sol, y sus colores,  
La gente, y el tumulto, y los sonidos  
En grata confusion de resplandores  
Y de armonías llega á sus sentidos,  
Cual las que esmaltan diferentes flores,  
Los verdes prados por abril floridos  
Confunden con sonoro movimiento  
Ruido y colores, si las mece el viento.

Y les presta su alma su hermosura,  
Y el corazon su amor y lozanía;  
Su mente les regala su frescura,  
Y su rico color su fantasía;  
Les da su novedad luz y tersura,  
Regocijo les presta su alegría,  
Que el alma gozo al contemplarse siente  
Del mundo en el espejo transparente.

Y en el continuo cambio y movimiento,  
Y algazara, y bullicio alegre y vario,  
Movido por recóndito portento  
Ve el mundo cual magnífico escenario:  
Lámpara el sol meciéndose en el viento,  
Y obras de artificioso estatuario  
Las figuras que en rápido tumulto  
Cruzan, y anima algun resorte oculto.

Y con su propio gusto satisfecho,  
Que en sí propia su alma se alimenta,  
Latir sintiendo alborozado el pecho,  
Nada se explica ni explicarse intenta:  
Corre al placer de su ilusion derecho,  
De su mismo placer sin darse cuenta,  
Que del placer que se gozó sin tasa  
Nadie se ha dado cuenta hasta que pasa.

Pobre inocente, alma que no sabe  
Que solo al niño su inocencia abona,  
Y que en el mundo compasion no cabe  
Que en la inocencia mofador se encona.  
Alma llena de fe, cándida ave  
Que dulces trinos en el bosque entona,  
Que sencilla de rama en rama vuela,  
Sin que su gracia al cazador conduela.

Alma que en la afliccion y la agonía  
Del alboroto popular y estruendo  
Grata danza de amor y de alegría

Con indecible júbilo está viendo;  
Cánticos la espantosa gritería  
Piensa tal vez, en su ilusión creyendo;  
Animadas escenas placenteras  
El susto de la gente y las carreras.

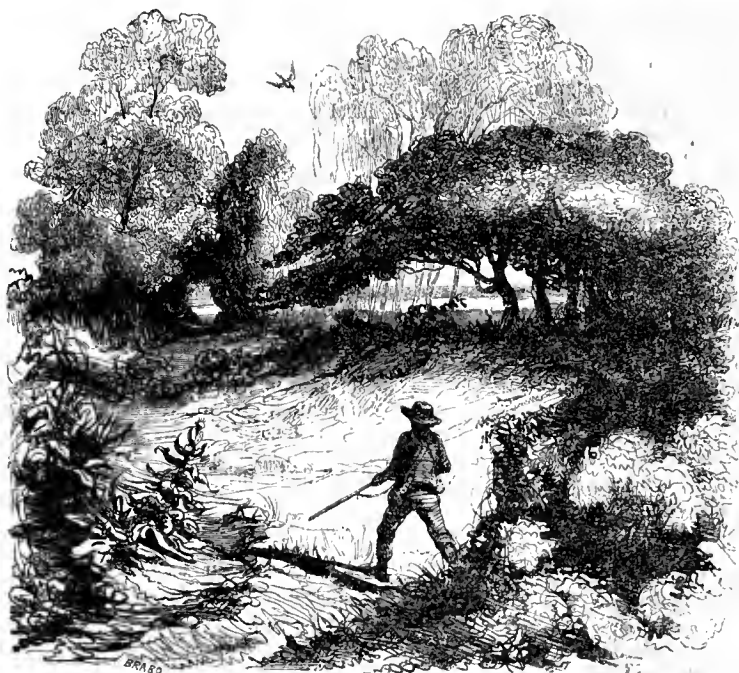
Y á tomar parte en el comun contento  
Lánzase y rompe, y en mitad se arroja  
Del bullicio mas rápido que el viento,  
Y en torno de él la gente se amanoja:  
Ni cura del ajeno sentimiento,  
Ni de verse desnudo se sonroja,  
Y ora forman en torno de él corrillos,  
Ora le sigue multitud de pillos.

Fue aquel día el asombro de la Villa  
Y escándalo de todo hombre sesudo,  
Yendo tras él de gente una trahilla  
Que aterra á veces su ademan forzado:

Allí corren los chicos, aquí chilla  
Una mujer al verle andar desnudo,  
Y algunas que los ojos se taparon,  
Por pronto que acudieron le miraron.

Y andando así, la gente ya le acosa;  
Y alguno allí de condicion liviana  
Quiere que pruebe la intencion graciosa  
Y el trato afable de la especie humana:  
Y arrojándole piedras con donosa  
Burla por gusto é intencion villana,  
Le hizo el dolor sentir, para que sepa  
Que no hay placer donde el dolor no quepa.

Que entró en el mundo nuestro mozo apenas,  
Y su dicha y el mundo bendecía,  
E inocentes miradas y serenas  
Vertiendo en torno afable sonreía:  
Cuando la bruta gente á manos llenas



Lanzaba en él cuanto dolor podia,  
Que en traspasar disfrutaban los humanos  
Su dolor en el alma á sus hermanos.

Sintió el dolor, y el rostro placentero  
Súbito coloró de azul la ira,  
Y ya el semblante demudado y fiero  
Con ojos torvos á la gente mira:  
Huye el cobarde vulgo á lo primero,  
Piedras despues sin compasion le tira,  
Gritan, *al loco*, y con temor villano  
Huyen y le señalan con la mano.

Quién de nosotros la ilusión primera  
Recuerda acaso en su niñez perdida?  
Cuál fue el primer dolor, la mano tiera  
Que abrió en el alma la primer herida?  
Ay! desde entonces, sin dejar siquiera  
Un solo día, siempre combatida  
El alma de encontrados sentimientos,  
Ha llegado á avezarse á sus tormentos.

Mas ay! que aquel dolor fue tan agudo  
Que el alma atravesó sin duda alguna;

Fue de todos los golpes el mas rudo  
Que injusta nos descarga la fortuna:  
Cuando inocente el corazon desnudo,  
En el primer columpio de la cuna,  
Se abre al amor en su ilusión divina,  
Y en él se clava inesperada espina.

Y despues! y despues!... Así el mancebo,  
Hombre en el cuerpo y en el alma niño,  
Todo á sus ojos reluciente y nuevo,  
Todo adornado con gentil alio,  
Del falso mundo al engañoso cebo  
Corre y brinda bondad, brinda cariño,  
Y el mundo, que al placer falaz provoca,  
Dolor da en cambio al alma que lo toca.

Mas deje: el mundo por su amor se encarga  
Como un chorizo de curarla al humo,  
Y de hiel rica quinta esencia amarga  
Sacar para bañarla con su zumo:  
Luego la ensancha mas, luego la alarga,  
La esquina, en fin, con artificio sumo,  
Hasta que endurecida y hecha callo,  
Suave al tacto le parece un rallo.



Grave dolor el del mancebo ha sido,  
Grave dolor, porque de aquella gente  
La injusticia y crueldad ha comprendido  
Con que paga su amor tan inocente;  
No en el cuerpo, en alma le han herido,  
Que es niña el alma y varonil la mente,  
Y de juicio y razon Dios la ha dotado,  
Para que juzgue el mal que le ha tocado.

Sintió primero cólera, y pasando  
El físico dolor al pensamiento,  
Volvió los ojos tristes, implorando  
Piedad con amoroso sentimiento;  
Madre tal vez en su dolor buscando,  
Que temple con caricias su tormento,  
*Mas los hombres no sirven para madres,*  
*Y aun apenas, si valen para padres.*

Cuando llegó un piquete, y bien le aviro,  
Que la gente auyentó con su llegada,  
Y el mozo, agradecido á su destino,  
Miraba con placer la gente armada:

Pregúntale despues de donde vino,  
Cómo va en cueros, donde es su morada,  
Y él, que no sabe hablar, nada responde,  
Los mira, y sigue sin saber á donde.

Y á donde va? A la cárcel prisionero,  
Que anda desnudo y es ya delincuente;  
El entre tanto observa placentero  
Los colores que viste aquella gente;  
Y de una bayoneta lo primero,  
Al mirarla tan tersa y reluciente,  
Tocó la punta en su delirio insano,  
Y en su inocente afán se hirió la mano.

Y este fué entonces el dolor segundo;  
Y dejaremos ya de llevar cuenta,  
Que para algo Dios nos echa al mundo,  
Y la letra con sangre entra y se asienta:  
Y así la razon gana, así el profundo  
Juicio con la experiencia se alimenta;  
Y porque aprenda, el mundo así recibe  
Al que no sabe como en él se vive.



## CANTO IV.

Rizados copos de nevada espuma  
Forma el arroyo que jugando salta;  
Ricos paisés de vistosa pluma  
En campos de aire el pajarillo esmalta;

Álzase lejos nebulosa bruma,  
De sombras rica, si de luces falta,  
Y el verde prado y el lejano monte  
Muro y término son del horizonte.

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre  
Su manto en Oriente el alba tiende,  
Y blanca, y pura, y regulada lumbre  
De su frente de nácares desprende:  
Cándida Silla á su fugaz vislumbre  
El aire en torno sonrosado enciende,  
Y en su frente la ondina voluptuosa  
Se mece al son del agua armoniosa.

Y tras la densa y fúnebre cortina  
Del hondo mar sobre la rubia espalda,  
Ráfagas dando de su luz divina,  
Mécese el sol en lechos de esmeralda:  
La niebla á trozos quiebra, y la ilumina  
Del terso azul por la tendida falda,  
Y de naranja, y oro, y fuego pinta  
Sobre plata y zafir mágica cinta.

Y en monte, y valle, y en la selva amena,  
Y en la de flores mil fértil llanura,  
Y en el seno del agua que serena  
Se desliza entre franjas de verdura,  
El ruido alegre y bullicioso suena  
De seres mil que cantan su ventura,  
Prestando su algazara y movimiento  
Voz á las flores y palabra al viento.

Las rosas sobre el tallo se levantan  
Coronadas de gotas de rocío,  
Las avejillas revolando cantan  
Al blando son del murmurar del río;  
Chispas de luz los aires abrillantan  
Salpicando de oro el bosque umbrío,  
Y si el aura á la flor murmura amores,  
La flor le brinda aromas y colores.

Y resonando.... et cétera : que creo  
Basta para contar que ha amanecido,  
Y tanta frase inútil y rodeo,  
A mí corto entender, no es mas que ruido:  
Pero también á mí me entra deseo  
De echarla de poeta, y el oído,  
Palabra tras palabra colocada,  
Con versos regalar sin decir nada.

Quiero decir, lector, que amanecía;  
Y ni el prado ni el bosque vienen bien,  
Que este segundo Adam no verá el día  
Nacer en los pensiles del Eden;  
Si no en la cárcel lóbrega y sombría,  
Que su pecado cometió también  
Viniedo al mundo por extraño hechizo,  
Y es justo que tal pague quien tal hizo.

Corrió entre tanto por Madrid la fama  
De aquella aparición del hombre nuevo,  
De cómo viejo se acostó en su cama,  
Y al despertar se levantó mancebo.  
Nueva de que era causa se derrama  
Del gran tumulto que contado llevo,  
Cuando atento el patron, subiendo al ruido,  
Halló en otro á su huésped convertido.

Hay en el mundo gentes para todo;  
Muchos que ni aun se ocupan de sí mismos;  
Otros, que las desgracias de un rey godo  
Leen en la historia, y sufren parasismos:  
Quién, por saber la cosa y de qué modo  
Pasó, y contarla luego, á los abismos  
Es capaz de bajar; quién, nunca sabe  
Sino es de aquello en que interés le cabe.

Quién, por saber lo que á ninguno importa,  
Anda desempolvando manuscritos,  
Para luego dejar la gente absorta

Con citas y con textos eruditos:  
Otro almacena provision no corta  
De hechos recientes, cuentos infinitos,  
Y mentiras apaña, y cuanto pasa  
Se entretiene en contar de casa en casa.

Este raro suceso que yo cuento  
Aquí en la capital ha sucedido;  
Y es tanta la jarana y movimiento  
En que su vecindario anda metido,  
Que muchos no tendrán conocimiento  
De un caso no hace mucho acontecido;  
Y á otros tal vez tan verdadera historia  
Se habrá borrado ya de la memoria.

Mas yo, como escritor muy concienzudo,  
Incapaz de torjar una mentira,  
Confesaré al lector que mucho dudo  
De la verdad del caso que le admira:  
Contaré el cuento con mi estilo rudo  
Al bronco son de mi cansada lira,  
Y el hecho á otros afirmar les dejo  
De haberse el mozo convertido en viejo.

Como me lo contaron te lo cuento;  
Y yo de la verdad solo respondo,  
De que el mozo salvaje del portento  
Anda alegre por allí mondo y lirondo!  
Raro misterio que en conciencia siento  
No poder descifrar por mas que ahondo;  
Mas qué mucho, si necio me confundo  
Sin saber para qué yo vine al mundo?

Que no es menor misterio este incesante  
Flujo y reflujo de hombres, que aparecen  
Con su cuerpo y su espíritu flotante,  
Que se animan y nacen, hablan, crecen,  
Se agitan con anhelo delirante,  
Para siempre despues desaparecen,  
Ignorando de donde procedieron,  
Y á donde luego para siempre fueron.

Baste saber que nuestro héroe existe,  
Sin entrarse á indagar arcano tanto,  
Que tiene para estar alegre ó triste  
Risa en los labios y en sus ojos llanto:  
Que come, bebe, duerme, calza y viste,  
Ya más civil en este cuarto canto,  
Y que Adam en la cárcel le pusieron,  
Cuando desnudo como Adam le vieron.

Baste saber que el *Diario*, en su importante  
Sección que casos de la corte cuenta,  
En estilo variado y elegante  
Que el interés del suceso aumenta  
Refiere este suceso interesante  
Al número dos mil seiscientos treinta,  
Y cómo sigue causa, el parte dado,  
No me acuerdo que juez de qué juzgado.

Y todos los de todos los colores  
Periódicos, amable cofradía,  
Que se apellidan, ya conservadores,  
Ya progresistas, y que en lucha impía,  
Cebó de los políticos rencores,  
Mondan y pulen la cuestion del día,  
De ilustracion vertiendo ricas fuentes  
En caudales fructíferos torrentes.

Ahondando la cuestion de estrago tanto,  
Buscando el móvil de motin tan fiero,  
Hallaron unos y otros con espanto  
Que era un pagado y vil aventurero,  
No disfrazado bajo el noble manto  
De la santa virtud, sino altanero,



Agente digno de la trama impia,  
Saliendo en carnes á la luz del día.

Y acusó cada cual á su contrario  
De haber pagado y encerrado al loco,  
Y del absurdo cuento estrafalario  
Que honra por cierto su invencion muy poco:  
Cuál al Gobierno acusa atrahiliario,  
Cuál supone en los clubs que se halla el foco,  
Sin que ninguno ser quiera en su ira  
Autor de tan *ridícula mentira*.

Y con lógica sana y juicio recto  
Probaron, como cuatro y tres son siete,  
Que no cabe en el mas rudo intelecto  
Que se convierta un viejo en mozalvete:  
Y alguno á los milagros poco afecto,  
Con odio á todo clerical bonete,  
Probó que nada, en un sabio discurso,  
Basta del mundo á trastornar el curso.

Y yo quedé de entonces convencido  
Casi de que era mentiroso el cuento,  
Aunque siempre mis dudas he tenido,  
Que es muy dado á dudar mi entendimiento :  
Y cuanto llevo hasta ahora referido  
Ni lo afirmo, oh lector! ni lo desmiento,  
Que por mi honor te juro no quisiera  
Que nadie mentiroso me creyera.

Y casi casi arrepentido estoy  
De haber tomado tan dudoso asunto,  
Y de á pública luz sacarlo hoy,  
Que la incredulidad llega á tal punto:  
Mas ya adelante con mi cuento voy  
Al son de mi enredado contrapunto,  
Que es mi historia tan cierta y verdadera  
Como lo fue jamás otra cualquiera.

Es el caso que Adam, preso y desnudo,  
Hace ya un año que en la corte vive,  
Dó con áspero trato y ceño rudo  
Áspera y ruda educacion recibe:  
Es cada cual allí doctor sesudo  
Que practicando de su ciencia vive,  
Toman que enseñan mas filosofía  
Que cien años de estudio en solo un día.

Sociedad de filósofos aquella,  
Andar allí desnudo á nadie espanta,  
Antes pondrán mas bien pleito y querella  
Al que lleve chaqueta, capa ó manta;  
Y así á nadie estrañó cuando su estrella  
Trajo allí al jóven que mi lira canta;  
Y un año desde entonces ha corrido;  
Y el mancebo se está como ha venido.

En cuanto á traje y nada mas, se entiende,  
Que la sana razon su juicio aploma,  
Sus sentidos aviva y los enciende,  
Y su rústico ardor desbrava y doma.  
La gracia y ademan del jaque aprende,  
Las mas punzantes voces del idioma,  
Y á sufrir, y á callar, y á caso hecho,  
Guardarse la intencion dentro del pecho.

Y como el juicio su talento rija,  
Comprende de derechos y deberes  
El intrincado código que fija  
Los gores de aquel mundo y padecerres :  
Y el noble ardor que el corazon le aguija  
En ansia de dominio y de placeres,  
Y su hercúlea simpática figura  
Del ajén : respeto le asegura.

Ni chiste ni pillada se le escapa,  
Ni gracia alguna sin respuesta queda,  
Ni las cartas mejor ninguno tapa  
Cuando entre amigos el cané se enreda :  
Revuelta al brazo con desden la capa,  
Con él, navaja en mano, no hay quien pueda,  
Que en la cárcel ahora ya no hay pilló  
Que maneje mejor que él un cuchillo.

Ni lo hay mas suelto y ágil, ni quien sea  
Mas diestro á la pelota y á la barra,  
Ni mas vivo y sereno en la pelea,  
Ni de apostura tal ni tan bizarra;  
Y á tanto va su gracia, que puntea  
De modo que hace hablar una guitarra,  
Y para acompañar se pinta solo  
Su acento varonil cantando un polo.

Y áspero á par que jugueton y atento,  
Sin que de su derecho un punto ceda,  
Hombre de pelo en pecho y mucho aliento,  
Con los *ternes* y *jaques* entra en rueda ;  
Y creciendo en arrojo y valimiento,  
En juez se erije y los insultos veda  
Del fuerte al débil, y animoso arguye,  
Y á su modo justicia distribuye.

Tal vez habrá quien diga escrupuloso  
Que es poco tiempo para tanto un año,  
Y poco fuera, cierto, si dichoso  
Vivido hubiera en lisonjero engaño;  
Mas allí, donde el látigo furioso  
La suerte vibra con semblante uraño,  
Donde ninguno de ninguno cuida,  
Pronto se aprende á conocer la vida.

Allí, dó hierve en ciego remolino  
La sociedad, ni títulos ni honores  
Son del respeto formulado sino,  
Ni sirven al que entra sus mayores;  
Tienen todos que abrirse su camino,  
Breve mundo de mas grandes dolores,  
Dó lucha el triste en su alligido centro  
Contra la sociedad de fuera y dentro.

Siempre en eterna tempestad, impura  
Mar donde el mundo su sobrante arroja,  
Lucha náufrago el hombre á la ventura,  
Sin puerto amigo que en su malleacoja;  
Pechos que endureció la desventura,  
Y que el castigo de piedad despoja,  
Cada cual de su propio pesar lleno,  
Nadie se duele del dolor ajeno.

Y en qué parte del mundo, entre qué gente  
No alcanza estimacion, manda y domina  
Un jóven de alma enérgica y valiente,  
Clarazon y fuerza diamantina?  
Apura el jarro del licor hirviendo  
Cuando el mas esforzado desatina,  
Y trastornado y halluciente bebe,  
Y aun él cien jarros á apurar se atreve.

Y es su malicia la malicia aquella  
Viva y gentil del despejado niño;  
Luz y candor su corazon destella  
En medio de su alegre desaliño;  
Su noble frente y su figura bella,  
Su audacia inspira al corazon cariño,  
Que aquella fiera gente, en su rudeza,  
Admiran el valor y la grandeza.

Y aunque es su lengua rústica y profana,  
Y su ademan de jaque y pendenciero;  
Pura se guarda aun su alma temprana

Como la luz del matinal lucero;  
Bate gentil, cual mariposa ufana,  
El corazón sus alas placentero,  
Que abrillantan aun los polvos de oro,  
De inocencia y virtud breve tesoro.

Ni leyes sabe, ni conoce el mundo;  
Solo á su instinto generoso atiende,  
Y un abismo de crímenes inundo  
Cruza, y el crimen por virtud aprende:  
Y aquel pecho, que es noble sin segundo,  
Y que el valor y el entusiasmo enciende,  
Aplica al crimen la virtud que alienta,  
Y puro es si criminal se ostenta.

Como niño que cándido se esfuerza,  
Y hacerse el hombre en su candor presume,  
Y la echa de ánimo y de fuerza;  
Miente blasfemias; fuma aunque no fume;  
No hay nadie sobre él que imperio ejerza,  
Y habla de mozas; tal, grato perfume  
Vertiendo en torno de inocencia pura,  
Al mas bandido remedar procura.

Y como en mente y en valor les gana,  
Y aventaja en nobleza y bizarría,  
Tanto les vence cuanto mas se afana  
En mostrarles mayor su gallardía;  
Y aquellas almas viejas su alma ufana  
Con noble anhelo superar ansía,  
Sin cuidarse en los lances que le empeñan  
De si es vicio ó virtud lo que le enseñan.

Y por amor á adornos y colores,  
Y entender que lo exige su decoro,  
Bordado un marsellés con mil primores  
Cuelga de su hombro izquierdo con desdoro:  
Charra un pañuelo de estampadas flores  
Ciñe á su cuello una sortija de oro;  
Calzon corto, la faja á la cintura,  
Botín abierto y gran botonadura.

Que aprendiendo á jugar ganó dinero,  
Y allí á la reja la Salada viene,  
Moza que vive de su propio fuero,  
Y en cuidar á los presos se entretiene:  
El parecer, tal vez, la hizo salero;  
Y ella, que es libre y que á ninguno tiene  
Cuenta que dar, dineros y comida  
Le trae, de amores por su Adam perdida.

Y ya le ha aconsejado en su provecho  
La pobre moza de su amor prendada;  
Que aunque de rumbo, y garbo, y franco pecho,  
Y en su modo y palabras desgarrada,  
Y aunque le mira en cueros, que es bien hecho,  
Con dulce encanto y alma enamorada  
Le aconsejó vestirse por decencia,  
Y él se dejó vestir sin resistencia.

Vagando va confuso el pensamiento  
En torno á la mujer del mozo ardiente,  
Sin poderse explicar el sentimiento  
Que por sus nervios esparcido siente;  
Mas su vista le da dulce contento,  
Respira en ella un delicioso ambiente,  
Que mágico embelesa sus sentidos  
Tras la ilusión de su placer perdidos.

Y su voz, aunque áspera, que suena  
Grata á su oído, el corazón le adula;  
Y de ansiedad confusa su alma llena,  
Ni su ilusión ni su placer formula:  
Lejanos son de amante centinela  
Que entre la brisa perfumada andula,

Al aire de su dulce devaneo  
Perdido vaga su genial deseo.

Y cuando ella con amor le mira,  
En la ansiedad vehemente que le aqueja,  
Y en el ardor violento que le inspira,  
Quiere romper la maldecida reja:  
Y la sacude con violenta ira,  
Porque acercarse á ella no le deja;  
Tremulo de furor sus miembros latén,  
Y sus arterias dolorosas batén.

Látigo, y grillos, y penoso encierro,  
Pronta á saltar sobre él la muchedumbre,  
Tratado allí como indomable perro,  
Le impusieron forzada mansedumbre:  
Cual vigoroso potro tasca el hierro,  
Bota y arranca de las piedras lumbré,  
El mozo así, sujeto á su despecho,  
Siente un dolor que le desgarrá el pecho.

Fiero leon que á la leona siente  
En la cercana jaula de amor llena,  
Que con lascivo amor ruje demente,  
De cólera erizando la melena,  
Y la garra clavando en la inclemente  
Reja, en torno los ámbitos atruena;  
Y el duro hierro sacudido cruje  
De tanto esfuerzo á tan tremendo empuje.

Que al placer le convida su hermosura,  
Mas á sus ojos mágica, que el cielo  
Con su sereno azul bañado en pura  
Luz que colora el trasparente velo:  
Placer que inspira al corazón bravura,  
Fuerza á sus nervios y valiente anhelo,  
Su máquina impulsada y sacudida  
Al ignorado goce á que convida.

Que los ardientes ojos de la bella,  
Y el que mayo pintó de rosa y nieve  
Semblante alegre que salud destella,  
Redondas formas y cintura leve,  
Y gallardo ademán, ligera huella,  
Pie recogido en el zapato breve,  
Y blanca media que al tobillo pinta  
De negro á trechos la revuelta cinta;

Y el hueco traje que flotante vaga  
En rica de lujuria y vaporosa  
Atmósfera de amor, que el alma balaga,  
Y escita los sentidos codiciosos,  
Y que enseñar al movimiento amaga  
Cuanto finje tal vez la mente ansiosa,  
Que allí penetra en la belleza interna  
Tras la pulida descubierta pierna:

Sácanle al rostro en torbellinos rojos  
El fuego del volcán que el pecho asila,  
Lanzando llamas sus avaros ojos,  
Encendida la lúbrica pupila:  
Miser del que entonces sus enojos  
Ay! provocara! la ira que destila  
Su impotencia en su alma, rebosando,  
Sobre él cayera su dolor vengando!

Visteis al toro que celoso brama,  
La cola ondeando sacudida al viento,  
Que el polvo en torno levantando inflama,  
Envuelto en nube de vahoso aliento,  
Y ora á su amada palpitante llama  
Ora busca en su cólera violento,  
Con erizado cerro y frente torva,  
Quien el deseo de su amor estorba?

Así el mancebo en derredor revuelve  
La vista en ansia de feroz pelea;  
De nuevo á sacudir la reja vuelve,  
Que trémula á su empuje titubea;  
Calmarse, en fin, á su pesar resuelve,  
Siente que en vano lucha y forcejea,  
Y ella le habla, y él triste la mira,  
Y sin saber qué responder, suspira.

Que él no sabe con ella hablar de amores,  
Sino sentir en su locura ciego;  
Suspiros son la voz de sus dolores,  
Y son sus ansias en sus ojos fuego:  
Ella entre tanto calma sus furöres,  
Que él siempre cede á su amoroso ruego,  
Y en sus salvajes ojos se desliza  
Dulce rayo de amor que los suaviza.

Porque es á un tiempo la manola airosa,  
Gachona y blanda como altiya y fiera,  
Y sabe con su Adam ser amorosa,  
Y esquivar con los otros y altanera:  
Paloma fiel, cordera cariñosa,  
Aunque de rompe y rasga, y de quimera,  
Y mal hablada, y de apostura maja,  
Y que lleva en la liga la navaja.

Y está de su pasión tan satisfecha,  
Tan ancha está de su gallardo amante,  
Que hasta la tierra le parece estrecha,  
Y no hay dicha á su dicha semejante:  
Cuando á la espalda la mantilla echa  
Y las calles se lleva por delante,  
Pensando en el gachon que su alma adora,  
En su propia hermosura se enamora.

Corazon toda ella, y alma, y vida,  
Y gracia, y juventud, desprecio siente  
Hacia la sociedad, libre y erguida,  
Hollándola con planta independiente.  
Dejando á su pasión franca salida,  
Un *pues mejor* rasgado é insolente,  
Con cara osada por respuesta arroja,  
Si alguno, reprendiéndola, la enoja.

Pobre mujer, para sufrir criada,  
Vil la marcó la sociedad impia,  
Viviendo en medio de ella condenada  
A perpetua batalla y rebeldía;  
Hija del crimen, sola, abandonada  
A su propia experiencia y su energía,  
Sin mas lazo en el mundo ni consejo  
Que un padre preso, criminal y viejo.

Era el tío Lucas, padre de la bella,  
Hombre de áspero trato y de torcida  
Condición dura y de perversa estrella,  
Sin cesar por su boca maldicida;  
Pocas palabras, de indolente huella,  
Mal encarado y de intención dormida,  
Chico, y ancho de espaldas, y cargado,  
Largo de brazos y pati-estevado.

De chata y abultada catadura,  
De entrecana y revuelta espesa ceja,  
Ojos saltones y mirada dura,  
Blanca patilla á trechos y hermeja,  
La frente estrecha y de color oscura,  
Rojo el pelo como áspera guedeja,  
Inaccesible al peine, aborrecido,  
En vedijas la cubre enmarañado.

No hay cárcel ni presidio en las Españas  
Que no conserve de él alta memoria;  
Ciudad que no atestigüe de sus mañas,

Ni camino sin muestras de su gloria:  
Y consignada está de sus hazanas,  
En procesos sin fin su inclita historia,  
Aunque oscura y truncada, que á la pluma  
Fió muy poco su modestia suma.

Lleva á rastra los pies andando, y mueve  
Pesada y vacilante la cabeza,  
Su pensamiento é intención aleve  
Mostrando en su abandono y su pereza:  
Mosquito insigne, por azumbres bebe  
Sin vacilar un punto su firmeza;  
Siempre fumando, el labio ya tostado  
Con el tabaco negro y requemado.

Raya en sesenta años, y cincuenta  
Hace ya que empezó sus correrías;  
Quiénes fueron sus padres no se cuenta,  
Ni dónde ha visto sus primeros días:  
Siempre sagaz, diversa historia inventa  
De sus viajes, familia y fechorías,  
Cambia su nombre y patria, dando largas  
Así á las horas de su vida amargas.

Este honrado varon, cuando desnudo  
Adam entró en la cárcel, y la gente  
Le examinaba con anhelo rudo,  
Esplicó el caso con sesuda mente:  
No habeis, les dijo, visto nunca un mudo?  
Qué diablos os *chungais* de un inocente?  
Y apartó á todos, con afecto raro  
Dando á su mudo protección y amparo.

Y como luego el inocente diera  
Pruebas de su vigor y valentía,  
Y abriera á uno en desigual quimera  
Contra las piedras la cabeza un día,  
Tanto amor le cogió, que la severa  
Faz desplegando, que jamás reía,  
Hablaban siempre de él guiando el ojo  
Con cierta sonrisita de reojo.

«El chaval! — el chaval!» decía entre sí,  
«Meterle mano, que mejor gazapo  
»No ha regalado el Livano al Buchi (1);  
»Vamos con él á quién es el mas guapo:»  
Y cuando vió que el mozo hecho un zahorí  
Camina viento en popa á todo trapo,  
Y aprende, á hablar, y en ardimiento crece,  
Y hacerse un hombre de provecho ofrece;

Fundó esperanzas el astuto viejo,  
Y comenzó á formarle á su manera,  
Y le oye el jóven con sagaz despejo  
Y con mas atención que conviniera:  
A él y á nadie mas pide consejo,  
Sometida al talento su alma fiera,  
Que en las cosas del mundo el viejo es dueño,  
Y el candoroso Adam le tiene en mucho.

Su observación profunda y su experiencia  
Ha reducido á máximas la vida;  
Es cada frase suya una sentencia,  
Cada palabra una ilusión perdida:  
Torpe y lento en hablar, vierte su ciencia  
En truncados períodos sin medida;  
Mas en su gesto su intención marcada  
Que en el valor de la palabra hablada.

Como entreabierta garra alza la mano;  
Siempre de quite al frente el movimiento,  
Y habla gruñendo como perro alano  
Con ojos de través y sordo acento:

(1) *Elescribano al verdugo en la jerga de la cárcel.*

Sobre la frente el pelo roji-cano,  
La barba sobre el pecho, al mozo atento,  
Que su doctrina codicioso espera,  
Una noche le habló de esta manera.

Hijo mío, pocos años  
Me quedan ya que matar,  
Porque á mí me han de acabar  
La viuda (1) ó mis desengaños.

A tí mañana; á mí hoy:  
Yo soy punta y tu eres mango;  
Este mundo es un fandango;  
Tu vienes y yo me voy.

Mira; de nadie te fies;  
Hijo Adam, vive en acecho;  
Lo que guardes en tu pecho  
Ni aun á tí mismo confies.

La gente... no hay un amigo:  
Al que cae, la caridad...  
De una mala voluntad  
Tienes un falso testigo.

Si mojas (2) á alguno, cuida  
De enduñarle al corazón...  
No se olvida una intención  
Y un beneficio se olvida.

Eres mozo; al mundo sales;  
De los montes se hacen llanos:  
Buena suerte y muchas manos,  
Y callar y vengañar males.

A malos trances mas brios:  
Como la mar es en suma  
El mundo; pero en su espuma  
Se sustentan los navíos.

Las mujeres... la mejor  
Es una lumia (3); en el suelo,  
El diablo no tiene anzuelo  
Mas seguro ni peor.

Ellas te chupan el jugo,  
Y te espantan los parnés (4);  
Cuando carne comer crées,  
Estás comiendo besugo.

El hombre aquí ha de enredar  
Sin que le enrede el enredo;  
Tu no te chupes el dedo,  
Que no hay que pestañear.

Mala siembra, mala siega:  
Nada me va, nada sé,  
Quien mas mira menos ve,  
Y dí la verdad, Juan Niega.

Esto es negro para tí;  
Pero ya lo entenderás,  
Y acaso te acordarás,  
Cuando lo entiendas, de mí.

Poco en verdad el candoroso mozo  
De tan profundas máximas comprende,  
Con tal misterio y maleante embozo  
Hablándole de un modo que no entiende:  
Y al través de su rústico rebozo

Si el sentido tal vez sagaz trasciende  
De alguna frase, en su confuso empeño,  
Cuanto adivina le parece un sueño.

Un mundo que una luz pura ilumina,  
Que viste y cubre un tan hermoso cielo,  
Mansion habrá de ser donde camina.  
El hombre siempre con mortal recelo?  
Y será la mujer, creación divina,  
Vida del alma y generoso anhelo,  
Brillante de placer y de hermosura,  
Enemiga también, también impura?...

Será del hombre el hombre el enemigo,  
Y en medio de los hombres solitario,  
El su sola esperanza y solo amigo,  
Verá en su hermano su mayor contrario?  
Grillos, cadenas, hambre y desabrigo  
Siempre serán el lúgubre sudario  
Que vista, al entregarle á su abandono,  
El hombre al hombre en su implacable encono?

Será tal vez que en bandos dividida,  
Luche furiosa en obstinada guerra  
La raza de los hombres fratricida  
Alterando el reposo de la tierra?  
Qué brazo audaz que justo se apellida  
Contra su voluntad allí le encierra?  
Quién llama criminal á aquella gente  
A quien oye decir que es inocente?

Y él, que recuerda como un sueño apenas  
De su vida el primer dulce momento,  
Por qué á vivir en ásperas cadenas  
Vino, y cruel con bárbaro tormento  
El hombre de dolor las manos llenas  
En su inocencia lo arrojó violento,  
Castigando con grillos y prisiones  
El natural vigor de sus pasiones?

Estas y otras reflexiones rudas  
Hierven en su ofuscada fantasía;  
Como aparece entre las sombras mudas  
Incierto rayo de la luz del día:  
Turbio su juicio, amontonando dudas,  
Sin fórmula vagando en la sombra  
Nube de que su mente está cubierta,  
Ni acierta á hablar, ni á preguntar acierta.

Tosió entre tanto su mentor, que arranca  
Del pulmon á pedazos su catarro,  
Y remoja la voz, que se le atranca,  
Sorbíendose de vino medio jarro:  
De un negro torcidon como una tranca  
Pica, lia y enciende su cigarro,  
Chupa y empuja con la uña el fuego,  
Y en su discurso así prosiguió luego:

Tu que has hecho? no has salido  
Chibato (5); del cascanon:  
Sin razon ó con razon  
A la sombra te han traído.

Es sino de criaturas:  
No te gruñirá el barí (6);  
A mí me tienen aquí  
Un chota (7) y mis desventuras.

Se berreó (8) el maldecido,  
Y dos señores muy llanos

(1) Viuda, la horca.

(2) Mojar, dar de puñaladas.

(3) Lumia. Mujer de mala vida, ramera.

(4) El diuero.

(5) Jóven, nuevo.

(6) Juez. No te gruñirá el barí, el juez poco te ha de hacer.

(7) Delator.

(8) Hablar mas de lo que conviene.

Vinieron con cuatro alanos  
A sorprenderme en mi nido.

Yo, como soy muy cortés,  
Escusé su compañía,  
Hasta que ví no podía  
Ni por manos ni por pies.

No se llevaron mal chasco  
Seis pobretes..... la del humo.....  
Que por ahí andan presumo ;  
Yo aquí á la sombra me rasco.

Por ellos me dí á partido ;  
Dando largas ello irá ;  
Que no los traigan acá,  
Y nada se habrá perdido.

Tú, pobrecillo, reserva  
Lo que ahora vas á saber ;  
Que en el mundo hay que aprender  
A sentir crecer la yerba.

El que lo gana lo jama (1) ;  
A buscársela, hijo mio ,  
A hacer tu mismo tu avío ,  
Que el que no llora no mama.

Y tú, para ti has de hacer :  
Yo te pondré en buen camino ;  
Hijo, si tienes buen sino,  
Pau te queda que roer.

Los seis pobretes..... mas plata  
Valen que ha dado el Perú :



Son muy gentes : verás tú  
Seis meloncitos de cata.

Muy hombres, muy campechanos,  
No porque yo los alabe ;  
Pero es cosa que se sabe,  
Como las suyas no hay manos.

Saladilla te dirá  
Lo que has de hacer: malos mengues (2)

Te lleven á ti y sus dengues,  
Que tan derretida está.

Los seis pobretes reciben  
Tambien de este pobre viejo  
De cuando en cuando un consejo,  
Y, Adam, como pueden viven.

Yo bien te quisiera dar  
Rentas y capellanía ;  
Pero el que no tiene usía  
Se lo tiene que ganar.

(1) Comer.  
(2) Diablos.

El refrán dice, hijo Adam,  
Que Dios es omnipotente  
Y el dinero es su teniente,  
Y que sin el din no hay dan.

Con que salud, y andar vivo,  
Que por tu bien tengo empeño;  
Y adios, que ya viene el sueño;  
Cada mochuelo á su olivo.

Quedóse Adam, mientras espera el día,  
Rumiando las palabras del bandido;  
Pasar el mundo en confusion veía  
Con loca fiebre y delirante ruido:  
Luego en grata embriaguez su fantasia,  
Embargándole el sueño su sentido,  
La imagen en vision encantadora  
Le trajo amor de la mujer que adora.

Grata vision, que venturosa calma  
Su loco enajenado pensamiento,  
Que trae regalo y esperanza al alma,  
Ignorado deleite y sentimiento.  
En mitad del desierto umbrósa palma  
Que temple su calor calenturiento,  
Y á cuyo pie el viajero se reposa  
En paz de amor y languidez sabrosa.

Vision en cuyos brazos descansando  
Su oscura cárcel y ansiedad olvida,  
En jardines de rosas respirando  
El encantado aroma de la vida:  
El alma allí con movimiento blando  
En el columpio mágico mecida  
De su propia ilusion, cuenta un tesoro  
De esperanzas sin fin, de ensueños de oro.

Alma jóven y pura, que suspende  
En la region del aire un devaneo,  
Y que en su propia luz la luz enciende,  
Y da forma y vision á su deseo:  
La atmósfera tal vez ruda le ofende  
Del ignorado mundo y su mareo;  
Mas si siente sus puntas dolorida,  
Su propia juventud cura su herida.

Que hay en el alma, cuando nueva agita  
Sus áureas alas, una fuente pura,  
Que alegre riega la ilusion marchita  
Y renueva su fuerza y su hermosura:  
Bebiendo de ella el corazon palpita,  
Hasta que al fin secándose la apura,  
Y en vez de la ilusion se alza la pena  
Que el manantial purísimo envenena.

Así en su propia alma su consuelo  
Halla el mancebo, y de la pura fuente  
Con las aguas de vida su desvelo  
Templa, y el sueño perezoso siente:  
Y luego, en alas de su propio anhelo,  
De la amada mujer cruza en su mente  
La blanca imagen, que por mas delicia  
Amorosa le besa y le acaricia.

Brilló entre tanto, si decirse puede  
Que brilla en una cárcel nunca el día,  
Donde á su luz la sombra nunca cede  
Ni un rayo el sol al corazon envía:  
Donde la tregua que al dolor concede  
Un breve sueño con crueldad impía  
Rompe la aurora, y vuelve á su faena  
El cautivo amarrado á su cadena.

Donde las horas hilan su tejido  
Sin enredar tal vez una esperanza,

Y el tiempo al parecer pasa dormido  
Sin señales de alivio ni mudanza:  
Donde tal vez el término cumplido  
Que la ilusion del desdichado alcanza,  
Es en su ruda, inexorable suerte,  
En un suplicio una penosa muerte.

Donde..... pero tambien el hombre olvida  
Allí su pena en su locura insana;  
Ríe y canta, y devánase su vida  
Que entre el ayer se enreda y el mañana:  
La llaga del dolor adormecida  
Templa un olvido, una esperanza vana,  
Que es el presente lago alborotado,  
Dó el porvenir se enturbia y lo pasado.

La causa en tanto en un rincon dormía,  
Sin cuidarse de Adam el escribano,  
Y un año largo de prision corria,  
Y nadie de él se acuerda: y un verano  
Y otro pasara, y ciento, y pasaria  
Un siglo entero, y mil, y todo en vano;  
Situacion en las cárceles no estraña,  
Gracias al modo de enjuiciar de España.

Cuando la hermosa que al mancebo adora  
Quién sabe como, acaso malamente,  
Logró de la pereza vencedora  
Del juez que diese á Adam por inocente:  
Vista la causa en fin, llegó la hora  
De darle libertad, y delincuente  
No pudiéndole hallar, le sentenciaron  
Las costas á pagar que otros causaron.

Las costas, pues, con otras vagatelas  
Pagó de sus ahorros la Salada;  
Cálzase el escribano las espuelas,  
La causa aviva, y la dejó zanjada:  
Oh! cuánto amor, el corazon desvela  
De una hermosa mujer enamorada!  
Cómo voló á la cárcel aquel día  
Rebosando la nueva en su alegría!

Párase ante la cárcel; precipita  
Acá y allá agitada sus paseos;  
Frenético su espíritu se agita;  
Sueña su alma amantes devaneos;  
Un siglo en su ansiedad loca, infinita,  
Cuentan cada minuto sus deseos,  
Allí esperando á que el Escriba venga  
Y oír gritar «Adam con lo que tenga.» (1)

Llegó por fin el anhelado instante;  
Corrió á la reja la feliz manola;  
Toda turbada látele el semblante,  
Que amor con mil colores arrebola;  
Y trémula la mano, y anhelante  
Con un ansia no mas y una idea sola,  
Entre la verja entrándola la agita,  
Y con el gesto y con la voz le grita.

Y como tigre que acechando hambriento  
Tal vez descubre presa en la llanura,  
Y en arco el cuerpo arrójase violento,  
Salta, y entre sus garras la asegura;  
No con ansia menor al dulce acento  
Que entrando hasta en sus tuétanos murmura,  
El mozo corre á donde ve su bella  
Que al través de la reja se atropella.

Oh del primer amor dulces escenas  
Que presencia risueño un escribano!

(1) Grito con que en la cárcel llaman al preso que ponen en libertad; el mismo grito sirve para llamarlo y ponerlo en rapilla.

Palomas inocentes de amor llenas  
Que se huelgan delante del milano!  
Romped, en fin, romped esas cadenas  
Con que el destino os separó tirano,  
Y otras os teja de aromosas flores  
El buen Dios protector de los amores.

Abrazó Adam al redomado viejo,  
Honrado padre de su amada prenda,  
El cual, frunciendo el rígido entrecejo,  
Le apartó donde nadie los entienda;  
Y á solas repitiéndole el consejo  
De la noche anterior, le recomienda  
Prudencia y tino y ánimo en la vida,  
Y le abraza otra vez por despedida.

Cuánto júbilo al alma y alborozo,  
Cuánto loco placer, cuánta alegría,  
Sintió alterado el indomable mozo  
Libre al mirarse y á la luz del día!  
Las arterias palpitante de gozo,  
Baña la luz su audaz fisonomía,  
Y de contento el corazón desbecho  
Suená á sus golpes conmovido el pecho.

Y ella veloz con su ademan de maja,  
Su planta firme y su gentil soltura,  
La calle al lado de su amante baja  
Llamando la atención su donosura;  
Y ambos en medio á la común baraja  
De gentes que atraviesan con presura,  
Y que á su garbo y gentileza atienden,  
Ojos á un tiempo y corazón suspenden.

Y él al mirarse al lado de su bella,  
Y al tocarla tal vez su tacto es fuego;  
Fuego que lanza vívida centella  
Que el alma y corazón penetra luego;  
Páranle á un tiempo su ignorancia, y ella  
Que contiene su ardor con blando ruego,  
Y acaso su ardimiento también doma  
Cuando recuerda la pasada broma.

Que ha comprendido Adam que aquella gente  
Que él con recelo y cuidadoso mira,  
Es acaso la misma que inclemente  
Piedras y lodo al inocente tira:  
Y cual furioso loco va impaciente  
Junto al loquero que temor le inspira,  
Así la rienda puesta á sus arroyos,  
Gira enredor sus recelosos ojos.

Un pobre cuarto bajo en una casa  
Pobre, la moza en Avapiés habita,  
De baja planta y de fachada escasa,  
Limpia por dentro y de esmerada cuita:  
La llave con incierta mano pasa,  
Y el mancebo feliz se precipita  
Tras ella en la mansion, que amor ahora  
Con tintas mil de su ilusión colora.

Tintas que bañan en su lumbre pura  
La pobre estancia con celeste encanto,  
Vertiendo en torno aromas de dulzura  
Que amor derrama de su aéreo manto:  
Morada acaso triste, acaso impura,  
Mas de la dicha ahora templo santo,  
Convertido en Eden de ricas flores  
Al soplo germinal de los amores.

Que solo allí con la mujer que adora,  
Cuya hermosura la mansion encanta,  
Bastan apenas al mancebo ahora  
Los ojos á admirar belleza tanta:  
Y el fuego que frenético atesora

El corazón y su vigor levanta,  
Y su inquietud redobla, fulminante  
En ráfagas de luz brota al semblante.

Y entre sus manos trémulas su mano,  
Sus labios devorándose encendidos,  
Al rudo impulso y al furor tirano  
De sus tirantes nervios sacudidos,  
El, ignorante en su delirio insano,  
Respondiendo latidos á latidos,  
Al corazón la aprieta, el juicio pierde,  
La besa hambriento y con placer la muerde.

Y una nube quimérica ya vela  
Sus sentidos, y vaga y vaporosa,  
Placer, deleites y delirios zela,  
Y confunde su dicha vagarosa,  
Y la hermosura disipada vuela  
De la mujer que espárcese amorosa,  
Y donde quiera él gusta, toca y mira  
Dicha, hermosa es ilusión respira.

Aire que con riquísimos olores  
Baña su negra cabellera riza,  
Luz vagarosa y blanda que de amores  
En los húmedos ojos se desliza;  
Voluptuosa niebla de colores  
Que un deliquio dulcísimo matiza,  
Los cerca en derredor, embebecidos  
En su lánguida magia los sentidos.

Amor encuentra en su sabrosa boca,  
Y en sus ojos de amor, amor respira;  
Afan de amores en su frente loca  
Latir contempla si á su hermosa mira;  
Furor ardiente que al amor provoca  
El en su aliento abrasador aspira,  
Y ella á su furia y su pasión demente  
Doblar su amor al estrecharle siente.

Y amor en voluptad se desvanece,  
Y va á perderse en el remoto cielo,  
Que hasta allí disipándose parece  
Que elevan sus espíritus su vuelo;  
Y el aura del deleite que las mece  
Y confunde sus almas en un velo,  
Cubriéndolas de gloria y de ventura,  
Allá las alza en sueños de dulzura.

Sueños que en torno en formas nacaradas  
Vagos acá y allá revolotean,  
Y en las venas latiendo arrebatadas  
Entre la sangre trémulos serpean;  
En los rígidos nervios desplegadas  
Sus alas placidisimas ondean,  
Sobre la frente bulle su armonía  
Y ofuscan con su luz la fantasía.

Genios de amor, deidades de hermosura,  
Don de la juventud, nuevas creaciones,  
Que en el primer placer el alma pura  
Llueve desde su cielo de ilusiones;  
Inmenso amor, riquísima ventura  
Que ignoran los mortales corazones  
Que el varonil vigor aun no han sentido  
Y está el candor de su niñez perdido.

Oh! á su inocencia, á su infantil pureza  
La fuerza juvenil junta el mancebo,  
Nueva á sus ojos es tanta belleza,  
Nuevas sus ansias y su goce nuevo;  
Antes que la ilusión en su cabeza  
Seque el deseo con picante cebo,  
Dicha, ilusión, amores y delicias  
Se atropellan en él con sus caricias.



Y allí en tropel, cual vierte su rocío  
En las mañanas del abril la aurora  
Sobre las verdes ramas del sombrío  
Y en las pintadas flores que enamora,  
Al alma y cuerpo con amante brío  
La turba de placeres voladora,  
Que en torno en algazara se levantan,  
En círculos de júbilo la encantan.

Olas que van y vienen en su mente  
Son sus alborotados pensamientos,  
Confusos todos en tumulto ardiente  
Brotando el corazón sus sentimientos;  
Y al armonioso estrépito latente  
Absortos los sentidos, los violentos  
Impulsos del amor muestran pasmados  
En éstasis de gozo arrebatados.

Oh! cómo vibra y en acorde canto  
El alma de ella al alma de su amante!  
Oh! cómo tanto amor, delirio tanto  
Se retrata en su célico semblante!  
Oh! cuál le presta su ignorado encanto  
Su espíritu á su espíritu flotante,  
Como el arco del músico se agita  
Cuando violenta inspiración le excita!

Que, como cuando arrebatado azota  
Al muelle mar el huracán violento,  
Las apiñadas olas que alborota  
A merced van del combatido viento,  
Así en la llama eléctrica que brota  
El alma en cada nuevo sentimiento,  
Envuelta el alma ajena y sacudida  
Vaga á merced de la pasión perdida.

Y ahora que así las almas considero  
Prestándose placer, gloria y tertura,  
Pararme un punto y lastimarme quiero  
De mi propio disgusto y desventura;  
Que ya gastado de mi ardor primero  
El tesoro riquísimo seapura,  
Y en mi amargo dolor continuo lloro  
Perdido malamente aquel tesoro.

Aunque por otra parte me consuela  
No tener ya que ir como iba un día  
A escape con el alma y dando espuela  
Al alma que en mi curso antecogía;

Ni soñada esperanza me desvela,  
Ni doy crédito ya á mi fantasía,  
Y si de amor no late el pecho mío  
También en cambio á mi placer me bastio.

Oh! bendita mil veces la experiencia,  
Y benditos también los desengaños;  
Piérdese en ilusión, gánase en ciencia;  
Gastas la juventud, maduras años.  
Tanta profundidad, tanta sentencia,  
Tantos remedios contra tantos daños,  
A qué los debes, mundo, en tanta copia  
Sino á la edad y á la experiencia propia?

Y habrá tal vez alguno que sostenga  
Que no vale la ciencia para nada?  
Y habrá menguado qué á probar nos venga  
Que está la dicha en la ilusión cifrada?  
Pues hay cosa que mas nos entretenga  
Que medir de los astros la jornada,  
Y saber que la luna es cuerpo oscuro,  
Y aire ese cielo al parecer tan puro?

Viva la ciencia, viva; y si en el mundo  
Perdiste ya del alma la energía,  
Y en ella guardas con dolor profundo  
Algun recuerdo de un dichoso día,  
Con viva aplicación, meditando  
Engólfate en los libros á porfía,  
Que aunque ellos nunca calmarán tu pena  
Al menos te dirán qué es luna llena.

Y entre tanto vosotros, los que ahora  
Pinté embriagados de placer y amores,  
Gozad en tanto vuestras almas dora  
La primera ilusión con sus colores:  
Gozad, que os brinda la primera aurora  
Con el jardín de sus primeras flores;  
Coged de amor las rosas y azucenas  
De granos de oro y de perfumes llenas.

Y sed vosotros isla de verdura  
Donde repose yo cansado y yerto,  
Del sol que ennegreció mi frente pura,  
Y del árido viento del desierto:  
Idea de suavísima dulzura  
Vosotros sed dó el pensamiento incierto  
Fije su vuelo, y vuestro aroma blando  
Venga á mi corazón su afán templando.

## CANTO V.

### INTERIOR DE UNA TABERNA EN EL AVAPIES.

En un rincón, junto á una mesa, Adam con la Salada;  
ella contemplándole con recelosa curiosidad, él distraído: grupo de majos á un lado, grupos de manolos y manolas que danzan. Un hombre con traje mitad seglar, mitad eclesiástico, flaco, ruin de estatura, chato, lampiño, pellejo arrugado, pelo pobre rojizo, chisgarabís repugnante, toca la guitarra. Su edad cuarenta años (1).

#### EN MANOLO.

Buen ánimo, padre cura,  
Vamos, otra seguidilla.

(1) Si modelo y dechado de todas las virtudes son el mayor número de nuestros sacerdotes, en todos tiempos, y especialmente en los malaventurados que corren, ha habido y se encuentran algunos miserables, hez y escoria de tan respe-

#### PRIMERA MANOLA.

Qué sería está Saladilla!

#### SEGUNDA MANOLA.

Chica, por poco seapura.

#### PRIMERA MANOLA. (Al Cura).

Diga Vd., cara de fuelle,  
No canta Vd?

#### EL CURA.

(Con ademán salado que le sienta muy mal).  
¡Salerosa!

table clase. El lector se acordará también, como nosotros, de haber hallado en su vida alguno que haciendo gala de su desvergüenza, se parecía quizá al mezquino ente que aquí tratamos de describir.



PRIMERA MANOLA.

Viva la gracia!

SEGUNDA MANOLA.

Molhosa:

Mala mano te desuelle.

EL CURA. (*Apurando el vaso*).

Sangre de Cristo! Al avío!

SEGUNDA MANOLA.

Vamos pues, toque usted aprisa:

EL CURA.

Consumé: siga la misa,

Y ayúdame, hijo mío.

(*A un mozalvete que alternará con él cantando*).  
 (Mientras rasga la guitarra, desaparece la fisonomía del cura esuezo entre millares de innobles gestos).

(Canta). No hay religion mas santa  
 Que la de Cristo,  
 Que señala á los moros  
 Como enemigos.  
 Guerra á los cueros,  
 Porque matando moros  
 Se gana el cielo. (*Danzan*).

SALADA.

Estás triste, dueño mío?

No respondes?

ADAM. (*Distraído*).

No sé; siento

Una ansiedad, un tormento...

SALADA.

Me matas con tu desvío:

Mira, Adam, me miro en tí

Como en Dios: qué mal te oprime?

Por Dios, Adam, por Dios dime

Que tambien me amas así.

ADAM. (*Con frialdad*).

Sí, te amo.

SALADA. (*Con ternura*).

No es verdad?

Yo con locura: suspiras?

No respondes? no me miras?

(Adam recorre con los dedos la mesa, y los ojos bajos profundamente pensativo; ella con zozobra le mira fijamente y los ojos húmedos de lágrimas. Sigue la danza).

PRIMERA MANOLA. (*Con desgarro*).

Jalea de Navidad!

Quién me la compra?

SEGUNDA MANOLA.

(Señalando á Adam y á la Salada).

Qué par!

La romántica! ya llora:

Traigan agua á la señora

Porque se va á desmayar.

EL CURA. (*Canta*).

La mujer y las flores

Son parecidas;

Mucha gala á los ojos

Y al tacto espigas:

Y yo, que tengo

El corazon herido,

Nunca escarmiento.

(Corre de guapos). PRIMER GUAPO.

Con que es aquel?

(Señalando á Adam con el gesto).

SEGUNDO GUAPO.

Aquel es.

TERCER GUAPO.

Un trago, que pase el miedo.

SEGUNDO GUAPO.

Señor Matorrales, quedo,

Que es muy hombre.

TERCER GUAPO.

Por los piés?

SEGUNDO GUAPO.

Y por las manos.

PRIMER GUAPO.

Ámigo,

Dice el refran que su silla

Pierde el que se va á Sevilla.

SEGUNDO GUAPO.

Y es natural.

TERCER GUAPO.

Pues yo digo

Que la cortaré la cara. (*Manolos bailando*).

PRIMER MANOLO.

Coja usted tierra, salero.

SEGUNDA MANOLA.

Estoy por decir no quiero.

EL CURA. (*Mirando de reojo á los majos*).

Buena danza se prepara.

(Canta). Tienes una boquirris

Tan chiquitirris,

Yo me la comeriba

Con tomatirris.

EL CHICO. (*Canta*).

Y en tus ojillos,

Ay! se me baila el alma

Que me derrito.

PRIMER GUAPO.

No te ha conocido?

TERCER GUAPO.

No:

Está ella muy distraída.

SEGUNDO GUAPO.

Quien bien quiso tarde olvida.

TERCER GUAPO.

Pues ella pronto olvidó.

TABERNERO.

Una azumbre se me debe.

TERCER GUAPO.

Eche Vd. otra, que quiero

Que el mozo aquel tan salero

Y aquella niña lo pruebe.

ADAM. (*A la Salada*).

Me ahogo! siento un deseo

Salada, no sé de qué:

Un afan...

SALADA.

Yo sí lo sé;

No me quieres: bien lo veo.

ADAM.

Vistes aquel pez dorado

Que en tu casa, en un fanal,

Breve lago de cristal,

Da vueltas aprisionado,

Y en la ventana al sol mira

Tejiendo en torno colores,

Y en las macetas las flores

Donde la brisa suspira;

Y ya escucha su rumor

Que le encanta, y le suspende

Ya la llama que se enciende,  
Ya la beldad de la flor;  
Y en su cárcel cristalina  
Nada con mas ligereza  
Por gozar de la belleza  
Que los ojos le fascina?  
Pues así yo, dueño mío,  
La tierra, la luz, el cielo,  
Disfrutar con loco anhelo,  
Y sin saber cómo, ansio.

SALADA.

Mira, si tú, vida mía,  
Me amaras como yo á ti,  
Todo eso hallaras en mí  
Y tu ansiedad calmara.  
Yo, que tu amor solo anhelo,  
Para templar mis enojos  
Busco mi luz en tus ojos,  
Hallo en tu frente mi cielo:  
Y estando á tu lado, Adam,  
Ni ese sol ni el cielo veo:  
Que eres todo mi deseo  
Y eres tú todo mi afán.  
Decir ternuras ignoro,  
Ruda y salvaje nací,  
No sé qué pasa por mí,  
Ni tampoco por qué lloro.  
Fuego en mi amargo dolor,  
Fuego de Dios en mi estrella,  
Que no me formó mas bella  
Para aumentarle tu amor.  
Mal haya, mal haya amén  
Cuándo le ví; y quién te viera  
Que al mirarte no aprendiera  
Al momento á querer bien?

ADAM.

Ves tú cuando tornasola  
Los cielos la luz del día,  
Y huye la noche sombría,  
Y en tintas mil arrebola  
La aurora el blanco celaje,  
Y cantan á la alborada  
Las aves en la enramada,  
Luciendo el vario plumaje?  
Mas placer, mas luz, mas vida,  
Mas amor vierte á torrentes  
Ese estrépito de gentes  
Que en multitud confundida  
Ayer ví cuando á tu lado,  
Con tanto afán, tanto gozo,  
Tanta gala y alborozo,  
Hajaban tantos al Prado.  
Adornos tan relucientes,  
Ricos trajes y colores,  
Coches, caballos, primores,  
Y gustos tan diferentes;  
Y el lujo y la gentileza  
De aquellos tan altaneros  
Que llamas tú caballeros  
Y damas de la nobleza;  
Cómo pueden no admirar  
Al que siquiera los mire?  
Quién habrá que no suspire  
Por su grandeza igualar?

SALADA.

Quién mejor que tú entre ellos?  
Por el mejor de mas brio,  
No trocara yo, Adam mío,  
Un rizo de tus cabellos.

ADAM.

Ó estoy loco, vive Dios,  
Ó no me entiendes, Salada.

TERCER GUAPO.

(Se acerca al primero con el jarro de vino).

•Vé y dales la cambiada,  
Y brinda tú por los dos.

(Quedan en observacion en el rincon opuesto los dos guapos).

PRIMER GUAPO. (A Adam y á Salada).

Dios bendiga lo que cria  
Bueno, y lo estoy yo mirando.

LA SALADA. (Con desgarro).

Vaya un don necio.

PRIMER GUAPO.

Estimando,

Mi alma, mas cortesía.

Mocito, un sorbo siquiera. (A Adam).  
(Adam sin mirarle continúa distraído).

SIGUE EL PRIMER GUAPO.

Y Vd., niña?

SALADA.

Me hace mal

La espuma.

PRIMER GUAPO. (Acercándose al oído de ella).

Viva la sal;  
Está el gaché de quinera?

SALADA.

Sabe Vd. los mandamientos?  
Pues el quinto no moler.

PRIMER GUAPO.

Se me olvidan sin querer  
A voces.

GUAPO TERCERO.

(Al segundo en acecho desde el rincon opuesto).

Bebo los vientos  
Do pura cólera.

SEGUNDO GUAPO.

El majo

De monos sin duda está.

PRIMERA MANOLA. (Corro de baile).

Un saponcio, que me dá!

PRIMER MANOLO.

Viva ese desparpajo!

EL CURA. (Canta).

Nunca mató á los hombres  
La pena negra.

Desventuras y males

Y penas vengan:

Ayl las mujeres  
A los hombres mejores  
Les dan la muerte!

PRIMER GUAPO.

Mocito, Vd. ha perdido (A Adam).  
El habla?

SALADA.

Vaya un moscón.

ADAM.

No gasto conversacion.

PRIMER GUAPO.

Se da Vd. por ofendido?  
Pues lo siento.

ADAM. (Con calma).

Se acabó.

SALADA.

Lo quiere Vd. claro?

PRIMER GUAPO.

Sí.

SALADA.

Que está Vd. demás aquí.

PRIMER GUAPO.

*(Se rasca con sorna y meneos truanescos).*

No entiendo indirectas yo.

TERCER GUAPO. *(Al segundo).*

El demonio me retienta.

Compañero. *(Continúan en acceho).*

SEGUNDO GUAPO.

Crie Vd. pecho.

PRIMER GUAPO.

Tengo una sangre!

SEGUNDO GUAPO.

El despecho.

PRIMER GUAPO.

Y la inclina que lo aumenta.

*(Corro de baile).*

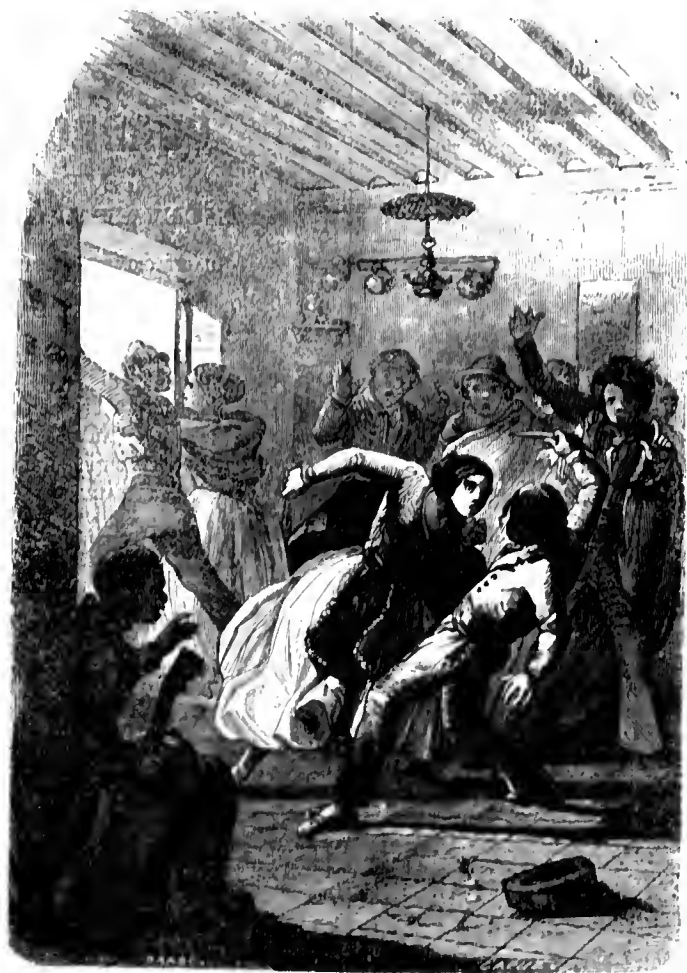
PRIMERA MANOLA.

Pae cura, usté se enronquece.

SEGUNDA MANOLA.

Hija, dale un caramelo.

EL CURA.

De verle á tí me amartelo,  
Pichona.

SEGUNDA MANOLA.

Me lo parece.

EL CURA. *(Canta).*

Arrecógote y brinca,

Meneate y salta,

Porque tanto meneo

Me lleva el alma.

EL CHICO. *(Canta).*

Jesus qué liga!

Y es lo bueno que nunca

Miente la pinta.

SALADA.

Con que nó?

PRIMER GUAPO.

Pues por supuesto.

*(Adam se levanta y lo coge con fuerza del brazo).*

ADAM.

Buen amigo, basta ya.

*(Le separa sujetándole sin trabajo y vuelve á sentarse).*PRIMER GUAPO. *(Echa mano á la navaja).*

Un demonio bastará,

Que el brazo me ha descompuesto.

TERCER GUAPO.

*(Al segundo, echándose ya en medio).*  
Compañero, me perdi.

SEGUNDO GUAPO. (*Siguiéndole*).

Ya se armó.

TERCER GUAPO.

(*Desembozándose y presentándose á la Salada*).

Mala carcama,

Dí, me conoces? pues toma.

(*Le tira una navajada á la cara que no le dá*).

SALADA.

Esas se dan siempre así.

(*Le entra el cuchillo junto al corazon*).

TERCER GUAPO.

La unción! favor! me han herido!

TABERNEIRO.

En mi casa!

EL CURA.

Las lió.

(*Tira la guitarra y sale á escape*).

(*Huyen todos precipitadamente; coge á Adam la Salada del brazo, y salen juntos por la puerta de la trastienda*).

ADAM.

Qué has hecho tú?

SALADA.

Qué sé yo?

Corre pronto.

TABERNEIRO.

Me han perdido.

(*Gente, justicia que acude, etc*).

FIN DEL CUADRO.

Tú el espíritu, amor, tú eres la vida  
De la mujer que en tu ilusión se ceba,  
Y halla en tí solo su ansiedad cumplida  
La que tu dardo penetrante prueba:  
El viento en remolinos sacudida  
Acá y allá inconstante el alma lleva  
Del hombre, y pasajero devaneo  
Eres no mas de su primer deseo.

Inmenso mar que brinda al navegante  
Con mansas olas y sereno viento,  
Y una playa riquísima y distante  
Que ilumina á su gusto el pensamiento.  
Y una luz que se pierde rutilante,  
Y brilla con inquieto movimiento,  
Glorias, tesoros, la esperanza ofrece  
A su ambición que su delirio acrece.

Cuánto en la juventud la vida es bella!  
Con músicas regala nuestro oído,  
Los ojos guía reluciente estrella,  
Brinda la flor aromas al sentido:  
Lánzase el hombre con ardor tras ella,  
Como al dejar el águila su nido  
Buscando al sol, y con seguro vuelo  
Volando á hallarle en el remoto cielo.

Quién parará su rápida carrera?  
Quien pondrá coto á su afán ardiente?  
Corre campo á buscar, como la fiera  
Que se lanza en el circo de repente;  
Arrebata tal vez en su primera  
Locura al que se opuso indiferente;  
Lo abandona despues: Ay! desdichada  
La mujer que se oponga á su pasada!

Flor que arrebató de su tallo el viento,  
La roba enamorado y se la lleva,  
Bésala y acaríciala violento  
Con nuevo ardor y con locura nueva:  
Bebe su aroma de su olor sediento,  
Y las hojas la arranca; en ella ceba  
Su amoroso furor, y al fin la arroja  
Cuando marchita y sin olor le enoja.

Y sigue, y allá va, y allá se lanza,  
Y allá acomete, la región buscando,  
Que la imaginación apenas alcanza  
A pintarse, su vuelo remontando:  
Y él allá va, y ardiente se abalanza,  
Cayendo, y despeñado, y tropezando,  
A merced de su propia fantasía,  
Tras la engañosa estrella que le guía.

## CUADRO II.

### ESCENA PRIMERA.

HABITACION DE LA SALADA,

ADAM Y LA SALADA.

SALADA. (*Acariciándole*).

Gachon mío, di, no das  
Un beso á tu pobre amante?

ADAM.

Por qué has herido á aquel hombre?

SALADA.

Por qué? porque yo á mi padre  
Le he oído decir, que aquel gana  
El pleito que pega antes.

ADAM.

No sé por qué no me gusta  
Ver esas manos con sangre:  
Son tan lindas! llevar flores  
Mejor que un puñal les cae.

ADAM.

Bien puede ser; y si quieres,  
Tan solo por agradarte,  
Nunca cogeré un cuchillo,  
Y aun dejaré que me maten.

(*Con gachonería*).

ADAM.

Que hermosa es! (*La da un beso*).  
(*La Salada juega con sus rizos*).

SALADA.

Cómo en ondas

Los negros rizos le caen!  
Quisiera tener millones  
De almas para adorarte,  
Y en cada cabello tuyo  
Enredar una. No sabes  
Cómo te amo, Adam mío,  
Y en esos ojos que arden,  
Quisiera ser mariposa  
Para en su luz abrasarme.  
Echate, Adam, en mi falda:  
Así, estás bien? cuál te late  
El corazón! no es verdad  
Que es solo mío? Ah! dame  
Otro beso; mas qué tienes?  
No me escuchas?

ADAM. (*Entre sí*).

Por qué nacen  
Pobres como yo los unos,  
Y nacen los otros grandes?

SALADA.

Qué murmuras?

ADAM.

Tú que has visto  
Esos ricos tan galanes,  
Que en poderosos caballos  
Con jaeces tan brillantes  
Galopan, ó reclinados  
En magníficos carruajes  
Parecen que se desdennan  
En su soberbia insultante  
De mirar á los que cruzan  
A pié, como yo, las calles;  
Tú, en fin, que el mundo, aunque en vano,  
Quisiste ayer explicarme,  
Mundo que en mil confusiones  
Mas me enreda á cada instante,  
Dime, esas damas tan bellas  
Con esos garbos y trajes,  
Viven así? dime, hablan  
Como nosotros? qué hacen?

SALADA. (*Con gesto desabrido*).

Dueño mío, somos hijas  
Toditas de un mismo padre,  
Y la mejor es tan buena  
Como yo, y gracias!

ADAM.

Me hablasto  
De eso de un padre comun  
Tambien ayer.

SALADA.

Son de carne  
Y hueso como tú y yo:

ADAM.

Es inútil que me canse:  
Ni yo te acierto á entender,  
Ni tú aciertas á explicarte.  
Pero dime, cuáles son  
Sus diversiones, sus bailes,  
Su vida, sus alegrías,  
Sus casas? Cómo se hace  
Para juntarse con ellos,  
Con ellos vivir, hablarles,  
Y en lujo, poder y galas,  
A su grandeza igualarse?

SALADA.

Te acuerdas, Adam, del pez  
Dorado, que entre cristales  
Jira admirando del Sol  
Los rayos en que se parte,  
Y oyendo el rumor del aura  
Entre las flores suave,  
Embebecido en su música  
Ansia quebrantar su cárcel,  
Por gozar de la armonía  
De luces, flores y aire?  
Pues pobre pez, si cumpliera  
Su voluntad, que al hallarse  
En otro ajeno elemento  
Del elemento en que nace,  
Céfiros, luces y flores  
Le dieran muerte al instante.  
Sueños son esos, Adam,  
Los que tu mente distraen.  
Aire que anhelas coger,  
Porque los sueños son aire:  
Entre esas gentes altivas,

Quien mas de nosotros vale  
No alcanza sino desprecios  
En premio de su donaire:  
Nuestros enemigos son,  
Y el modo de ser iguales,  
Es en la misma moneda  
En que nos pagan pagarles.  
Y piensa... pero no quiero  
Pensar en ello, ni caben  
Pensamientos de otro amor  
En tu corazon de ángel;  
Pero... Si acaso esas damas...

(*Con ira celosa*).

Las de las blondas y encajes...  
Tal vez... Si tú en tu delirio  
De mí olvidado... No sabes,  
Adam, de lo que es capaz  
Una mujer por vengarse;  
Pero no, no: no es verdad:  
Tu amor es mío: Adam, dame  
Mil besos, uno tan solo  
Que mis inquietudes calme.

ADAM.

Puede ser: pero por qué  
Riquezas que son palpables,  
Galas que miran mis ojos,  
No han de estar nunca á mi alcance?  
Tanta ansiedad me fatiga,  
Mil pensamientos combaten  
Dentro de mí, pasan, huyen...  
Un beso, mi bien.

(*Le besa la Salada con amor*).

Regale

Tu boca mi corazon:  
Y entre tus brazos descanse  
De tanto afán. (*Se duerme*).

(*La Salada le contempla dormido con ternura íntima, y le hace aire con un abanico, mientras le guarda el sueño. Besa de cuando en cuando la frente hermosa y serena de Adam, y le separa los rizos que el aire suele traer á vagar sobre ella*).

SALADA.

Se ha dormido.

Qué hermoso es! Qué suaves  
Sobre sus cerrados ojos  
Las negras pestañas caen!  
Cómo respira! No hay flores  
Que tan rico olor exhalen  
Como para mí su boca:  
Cómo en su frente se esparce  
Tanta belleza reunida  
A tan varonil y grave  
Magestad! Qué diferente  
De los otros hombres! Nadie  
Mas feliz que yo!... Amor mío!  
Ah! Déjame que te ame  
Toda mi vida, y me muera,  
Mi bien, así contemplándote!  
Pero por qué esta zozobra  
Con que el corazon me late?  
Por qué de súbito siento  
Ira y locura, y matarle  
A veces cuando le miro,  
Quisiera, y luego matarme  
A mí tambien! Porque sea  
Mío solo? Quién robarne  
Mi dicha y su amor intenta?  
Él es mío, no ama á nadie  
Ni puede amar sino á mí:  
A mí sola, á mí; y quién sabe  
Si siempre así me amará?  
Oh! el corazon se me parte  
De solo dudarlo! Entonces...

Triste la que me arrebató  
 Su corazón! Oh! morir  
 Solo me queda en tal trance!  
 Matarle y morir, y luego  
 Idolatrar su eadaver!  
 Y qué mujer de mis brazos  
 Será capaz de robarte,  
 Adam mío? (*Con ternura*).  
 Como suda!

(*Le enjuga la frente con un pañuelo blanco*).

Oh! sean mis manos cárcel  
 De ese corazón que es mío;  
 Que no me lo robe nadie.

(*Le pone ambas manos sobre el pecho, como para aprisionarle el corazón*).

Oh! deshojad sobre su frente flores  
 Del noble mozo en su primer mañana;  
 Guardad su sueño, amores;  
 Mimad conmigo su beldad temprana!  
 Dejadme en mi alegría  
 Cuidar yo sola de la flor que es mía.

ADAM. (*Despierta*).

Qué calor! dónde estoy?

SALADA.

Aquí, bien mío.  
 No me ves? á mi lado.



ADAM.

Oh! si, soñaba;  
 Pero un sueño tan dulce, un desvarío  
 Tan alegre, que el alma me robaba.

SALADA.

No hay sueño alguno por feliz que sea  
 Que yo no cambie por mirar tus ojos,  
 Y tu el sueño al dejar que te recrea,  
 Viéndome al despertar sientes enojos.

(*Reconviniéndole dulcemente*).

ADAM.

Era un sueño.... Sabrás. hermosa mía.

Que era una tarde en el florido abril,  
 Cuando viste del campo la alegría,  
 Hojas al bosque, flores al jardín:

Vagaba solo yo por la ribera  
 Del Manzanares: lo que fué de tí  
 No sé, Salada mía, ni siquiera  
 Cómo yo solo me encontraba allí.

Cuando de pronto á la azulada cumbre  
 De un monte lejos me sentí volar,  
 Y un hilo suelto al aire en viva lumbre  
 Vi ante mis ojos fúlgido ondear:

Yo, asido al hilo, trepo á la montaña.  
Oh! enánto entonces á mis plantas vi!  
Cuántos accents y algazara estraña,  
Alzarse alegre de repente oi!

Haciendo generosa gentileza  
Cien caballeros rápidos pasar  
Ágiles vi, domando la fiera  
De sus caballos que al galope van.

Y entre la luz de remolinos de oro  
Que deslumbran los ojos como el sol,  
Mujeres, de beldad rico tesoro,  
Brindando glorias y vertiendo amor:

Y danzas, juegos, y algazara y vida,  
Magnífico tropel y movimiento,  
Riqueza abandonada y esparcida  
Cuanta puede crear el pensamiento.

Y yo tambien con ellos me juntaba,  
Y con oro y con trajes de colores  
Ya cual aquella gente me adornaba,  
Y era tambien señor entre señores.

Y tambien mis caballos á mi brio....

SALADA.

Y ni un recuerdo para mí entretanto!  
Ni un recuerdo guardabas, Adam mio,  
A esta pobre mujer que te ama tanto!

ADAM.

Y en un caballo con la crin tendida,  
La cola suelta vagarosa al viento,  
Y la abierta nariz de fuego henchida,  
En alas iba yo de mi contento.

Y zanjas, montes, valles y espesuras;  
Y ramblas, y torrentes traspasaba,  
Y otros montes despues, y otras llanuras,  
Y nunca fin á mi carrera hallaba.

Y siguiendo á mi loca fantasia,  
Ginete alborozado en mi bridon,  
Latiendo de entusiasmo y de alegría  
Mi anhelo redoblaba su furor:

Mi frente sudorosa palpitando  
Azotaba mi rostro el huracan;  
Mis ojos fuego en su inquietud lanzando,  
Campo adelante devorando van:

Oh! que placer! En medio al torbellino,  
Oír el trueno rebramar y el viento,  
Siguiendo en polvoroso remolino  
El impetu veloz del pensamiento:

Y en incesante vértigo y locura,  
Desvanecida en confusion la mente,  
Cuanto el deseo y la ilusion figura  
Arrojarse á alcanzarlo de repente!

Oh! yo entendia voces y cantares,  
Y vi mujeres ante mí volar,  
Y atrás quedaban gentes á millares,  
Y encontraba otras gentes mas allá.

Oh! si me amas, si tu amor es cierto,  
Llévame al punto donde yo soñé:  
Un caballo! un caballo! campo abierto!  
Y déjame frenético correr.

Viento que en torno de mi frente brame,  
Rayos que sienta sobre mi tronar,

Triunfos y glorias y riquezas dame  
Que derramen mis manos sin cesar.

SALADA.

Oh! Adam! Adam! Tu corazon no es mio!  
Oh! Tu ambicioso corazon delira;  
Ay! que me lo robó tu desvario,  
Y por solo mi amor ya no suspira!

Pobre mujer, que puedo yo ofrecerte,  
Ni qué te puedo en mí desdicha dar?  
Ten compasion de mí; dame la muerte:  
Oh! no me dejes sin tu amor llorar.

Ah! dime, dónde, dónde yo podria  
Hallar esas venturas para ti?  
Dónde? mas, ah! que la desdicha mia  
En mi impotencia me arrojó á morir!

Jamás, jamás, Adam, nunca hasta ahora  
Mi bajeza en el mundo he conocido;  
Mi corazon, que desgarrado llora,  
Tan amargo dolor nunca ha sentido!

Oh! qué me da mi condicion villana?  
Despreciab'e mujer, juguete vil,  
Arrojada en el mundo una mañana  
Cuando la luz entre miserias vi!

Cuando entre bosques que el viajante ignora  
Mi madre moribunda me parió,  
Nacida al mundo en maldecida hora,  
Fruto podrido, hija de un ladron!

Sabes, Adam, lo que le guarda el mundo  
A la que nace como yo nací?  
En una cárcel un rincón inmundo,  
Y un hospital quizá donde morir:

Una belleza, infame mercancía,  
Que una pobre mujer por oro trueca,  
Y gozando en su propia villanía  
Un corazon que el infortunio seca.

Y en pecado y vergüenza concebida,  
Y en la frente el escándalo, marchar  
A abrirse campo en su azarosa vida  
Con lucha eterna é incesante afán.

Miserable de mí! yo habia vivido  
Contenta con mi orgullo en mi bajeza!  
Tú no lo sabes; pero tu has herido  
Un alma, en fin, que á comprenderse empieza:

Tu, Adam mio, sin querer has hecho  
Pedazos mi amargado corazon,  
Perdida ya la que guardó mi pecho  
Ilusion dulce de un dichoso amor.

Oh! ven acá, te estreche en mis brazos;  
Déjame en mi dolor llorar así:  
Fueran, Adam, eternos estos lazos,  
Y yo llorara en mi afliccion feliz!

Déjame que te bese con locura,  
Déjame que te apriete al corazon!  
No sé que voz secreta en mi amargura;  
Adam, me dice, que á perderte voy.

Perderte! y para siempre! y yo, que nada  
Quiero ya, sino á tí, voy á perderte?  
Déjame así morir, así abrazada,  
Muriendo yo bendeciré mi muerte!

Mira, Adam mio, alma de mi vida,

Yo no soy mas que una infeliz mujer,  
Pobre en el mundo, una mujer perdida,  
Con solo desventuras que ofrecer.

No tengo nada; pero te amo tanto!  
Tengo un tesoro para ti de amor!  
Oh! no me dejes, muévate mi llanto,  
Muévate mi afligido corazón.

Oh! no me dejes! y pues ansias oro  
Y dichas que no alcanzo á darte yo,  
El mundo te prodigue su tesoro,  
Y yo, tu esclava, te daré mi amor.

Yo sufriré en silencio tus desvíos,  
Yo, tu erizada, partiré tu pan,  
Y una mirada de esos ojos míos  
Hará mi dicha, premiará mi afán.

Ah! no me dejes nunca!

ADAM.

Yo dejarte?  
Y para qué, y por qué? Tú, mi querida!  
Ni cómo, aunque quisiera abandonarte,  
Juntos tú y yo lanzados en la vida?

Tu desdicha en tus quejas adivino:  
Y habrá de ser eterno tu dolor?  
Qué poderosa mano á ese destino  
Para siempre, Salada, te amarró!

Oh! en esas tierras donde yo soñaba,  
Allí, dó todo es glorias y placer,  
Allí, dó nunca de gozar se acaba,  
Ven, mi Salada, ven y te amaré.

Un caballo, un camino, y á ese cielo  
Yo escalaré; yo siento dentro en mí  
Fuerza bastante en mi ambicioso anhelo  
Para cambiar, quién sabe! el porvenir.

SALADA.

(*Dejándose arrebatar del entusiasmo de Adam*).

Juntos! juntos los dos! Oh! sí, marchemos,  
Rompamos del destino las cadenas;  
El mundo no es Madrid; juntos volemos  
A otras gentes hallar y otras escenas.

Qué, á donde quiera llevaré en mi frente  
Grabado el sello de vergüenza? No:  
Que en otras tierras y entre nueva gente  
Ennoblecida brillaré en tu amor.

Huyamos, sí, de la laguna impura  
Donde entre cieno sin tu amor viví;  
Huyamos á esas tierras de ventura  
Que á entrambos nos ofrece el porvenir.

Gracias! gracias! amor, bendito seas,  
Que mi bajeza me revelas tú;  
Huyamos luego, Adam, donde descas,  
A otro país que alumbrará otra luz!

## ESCENA SEGUNDA.

*Dichos y el CURA.*

(Poco después hasta seis hombres de malas cataduras y modales rústicos).

EL CURA, (*Frotándose las manos*).

Albricias! No hemos salido  
De mala! Por la tetilla

Derecha le entró, y si acierta  
A entrarle mas una línea,  
*Pax Cristi.*

ADAM. (*Aparte á la Salada*).

No se por qué  
Me irrita solo la vista  
De ese sapo.

SALADA.

Adam, huyamos:  
Y yo contenta vivía! (*Aparte*).

EL CURA. (*Con tono truhanesco*).

Vive Dios, señor Adam,  
Que tiene usted una niña  
Que da la vida á un cristiano,  
Lo mismo que se la quita:  
Tan buena para un barrido  
Como un fregado: que vivan  
Esos ojuelos que matan  
Princesa, y esas manitas!

ADAM. (*Con impaciencia*).

Ea! basta, qué queréis?

EL CURA.

Si incomoda mi visita,  
Me iré: mas ya me hago cargo,  
La gente se divierte  
Como Dios manda: solitos.  
El demonio me maldiga!  
Mas siento yo interrumpir.....  
Pero..... vamos..... yo creía.....  
Que para todo había tiempo....  
Luego, como corre prisa  
Nuestro negocio, y los otros  
Van á acudir á la cita....  
Y segun me han dicho, Vd.  
Es tambien de la partida....  
Yo, por eso..... La señora,  
Que me conoce hace dias,  
Sabe muy bien que no soy  
Yo mosca nunca; en mi vida  
La he estorbado para nada.....  
Cada cual allá se avía,  
Y á vivir. Qué, no es verdad,  
Señora Salada?

SALADA. (*Aparte*).

Grima

Me dá de oírle.

EL CURA.

Lo otro

No es cosa que á Vd. le aflija:  
El ya habrá muerto á estas horas,  
Y la señora justicia,  
Como no sabe quien fué  
Quien le apagó, ni en su vida  
Sabrá tampoco á quien tiene  
Que acudir, queda *per istam*:  
Aquí no hay nada que hacer  
Sino apandarse unos dias,  
Y aguardar, que Dios mejore  
Sus horas. Tiberio viva,  
Y el pan á dos cuartos, prenda!

(*Acercándose al oído con instancia y picardigueta*).

Vamos, una preguntilla:  
Qué le ha dado usted al mocito  
Que está que parece quina?

SALADA. (*Con desabrimiento*).

Oiga Vd. padre curiana.



A un ladito, que me tizna.  
(*Entran los seis*).

PRIMERO.

La paz de Dios, caballeros.  
(*Van entrando: unos se sientan, otros se quedan de pié, algunos sacan tabaco*).

EL CURA.

Ya está la gente reunida.  
(*Dá un silbido, y se asoma á una reja, adonde acude un chico con quien habla*).

Pupas, ya sabes la seña,  
Corre á tu puesto y avisa

SEGUNDO.

Con que es la cosa esta noche?

TERCERO.

(*Al primero señalando á Adam*).

Es este el mocito, Chispas,  
Que recomendó su padre?

PRIMERO.

Pues; el mismo.

CUARTO.

A Saladilla  
El diablo le ha vuelto el juicio.

TERCERO.

Padre cura, qué noticias  
Tiene?

EL CURA.

Muchas y muy buenas.

PRIMERO.

Pues desembuche.

QUINTO. (*Señalando á Adam*).

La pinta  
Es de un elefante en leche.  
Mocito, hay ánimo?

ADAM.

Y diga,



Para qué me ha de faltar?

SESTO.

Como es la primer cabrita  
Que desuella.....

ADAM.

La primera  
Vez que he pensado en mí vida,  
Pensé alcanzar con la mano  
Donde alcanzaba la vista.

PRIMERO.

Bien dicho.

(*El padre Cura entretanto ha estado hablando á los otros*).

CUARTO.

Y en eso está?

EL CURA.

Luego que quedó Chiripas  
En abrir por la cochera  
Y darnos entrada arriba,  
Dije para mi capote:  
Recemos la letanía,

Y entonemos un *Te Deum*,  
Porque la ocasion la pinta  
Calva; y para sosegar  
Mi conciencia, dije á un quidam  
Que en la taberna de enfrente  
Estaba, que hiciese esquina  
Sin quitar ojo á la casa,  
Y pagara por Chiripas  
Cuanto bebiese, que yo  
Esta noche volvería  
Con mi guitarra y mi acólito  
A echar cuatro seguidillas  
Y alegrar el barrio.

TERCERO.

Y oiga;  
Entra en el ajo Chiripas?

EL CURA.

El, como es natural,  
No quiero que nunca digan  
Que fué capaz de vender  
Ni hacer una alevosía  
A la que le dá su pan;

Eso no, bueno es Chiripas....  
No digo yo á su ama, á nadie  
Hará una mala partida.

PRIMERO.

Y hace bien.

EL CURA.

Pero es distinto  
Que en estando ya dormida  
La gente, que entreis vosotros  
Y le ateis, y luego os sirva,  
Llevándoos, sin hacer ruido  
Ni ver á nadie, á la misma  
Alcoba donde su ama,  
Que no espera la visita,  
Pormirá: y así ha quedado  
En que la cosa se haría,  
Para no tener que ver  
Después él con la justicia,  
Cumplir como buen criado  
Y hombre de bien. Yo en la esquina  
Mientras, haré la desecha,  
Y allí con mi guitarrilla,

(Hace gestos de jaleador).

Y cuatro coplas, y alza  
Que te se vé hasta la liga,  
Y toma y vuelve por otra,  
Tendré la gente reunida  
De la calle: por si acaso  
Cacarea la gallina  
Que no se oiga, y que en paz  
Vosotros hagais la limpia.

TERCERO.

Y habrá fango?

EL CURA.

Hasta los colos:  
Es la condesa de Alcira  
Viuda con muchos millones,  
Y alhajas, y piedras finas,  
Y mas condados, y rentas,  
Y tierras que el mapa pinta,

PRIMERO.

Moneda acuñada, padre,  
Y deje de baratijas.

SEGUNDO, (refregándose las manos).

Y es buena moza?

TERCERO.

Me gusta  
La pregunta! Que sea rica  
Y haya donde entrar la mano,  
Y mas que tenga comida  
La cara de lamparones.

ADAM. (Con interés).

Y es de esas damas que habitan  
Palacios?

CURA.

Uno tan grande,  
Que en entrando no se atina  
A salir: pero no hay miedo,  
Que para eso está Chiripas,  
El lacayo incorruptible  
Y fiel, que hallara salida  
Al laberinto de Creta.

(Se vá haciendo de noche. La Salada entra con un  
belon encendido).

ADAM.

Tendrá coches?

EL CURA.

Y berlinas,  
Y cabriolés, y oro y plata

Mas que producen las Indias

PRIMERO.

El chibato! De oirlo solo  
Los ojos se le encandilan.

LA SALADA. (Aparte).

(Con los ojos llenos de lágrimas).

Pobre de mí!

PRIMERO.

Chica, lloras?

SEGUNDO.

Por qué llora Vd., mi vida?

ADAM. (Sin reparar en ella).

Vamos pronto, vean mis ojos  
Cuanto vió la fantasía;  
Toquen mis manos en fin  
Los sueños de mi codicia.

TERCERO.

Buen pollo; qué á este le pongan  
Donde haya.

PRIMERO.

Bien se esplica.

SEGUNDO. (A la Salada).

Pero por qué llora Vd?

PRIMERO.

Cosas de mujeres.

QUINTO.

Niña,

Le duele á Vd. algo.

LA SALADA.

El alma  
Y el corazon; Adam, mira,  
(Se adelanta con energia á Adam).  
Ves estas lágrimas? Son  
Las primeras que en mi vida  
Me ha hecho derramar un hombre;  
No hagas tu que mi desdicha  
Se trueque en rabia, y se cambie,  
Adam, mi ternura en ira:  
No quiero, no, tú no irás,  
Porque yo no quiero.

EL CURA.

Chispas!  
Que mala yerba ha pisado  
La mocita!

SALADA.

Tu imaginas  
Que esa mujer es hermosa:  
Pensabas que yo querria,  
Que lo imagino tambien,  
Dejarte ir? Ah! tu olvidas  
Que yo te amo, y te finjes  
Ilusiones y alegrías  
En otra parte, sin mí,  
Con otra mujer? La hija  
Del ladron cambiar presumes  
Con desprecio por la altiva  
Condesa, por la señora  
Que arrastra coche? Deliras.  
Sí, tu te has dicho á ti mismo:  
Es una mujer perdida;  
La que ha nacido en el fango  
Que llora en el fango y viva:  
Tú has olvidado mi amor,  
Mi delirio, mis caricias...  
Ingrato! que sin tu amor,  
(Con ternura y saltándose las lágrimas).  
Sin ti detesto la vida:  
Que no tengo mas que á ti,

Que te amo : Oh ! de rodillas  
Yo te lo ruego, Adam mio;  
No vayas; te lo suplica  
Tu pobre Salada, no...  
Perdona, Adam, alma mia,  
No vayas, no; el corazon  
Me dá que alguna desdicha  
Nos va á suceder... No vayas.  
No harás lo que yo te pida?

ADAM.

No ir? Salada, no ir yo  
Cuando fortuna me brinda,  
Y en realidades mis sueños,  
En verdad mi fantasia  
Trueca? Quién? Yo, yo no ir?  
Yo no ir?... Tú desvarías.

PRIMERO.

Pero ven acá; tu quieres  
Que tu galan sea un gallina?

SALADA.

Tú á qué has de ir? Si supieras,  
Adam mio, cuán indigna  
Hazaña van á emprender  
Estos hombres! Ah! tú huirías  
De ellos. Tu corazon  
Noble, dí, no te avisa  
De la baja del hecho?

EL CURA.

Vaya una rara salida!  
El demonio predicándose  
Un sermón de moralista.

ADAM.

Mira, Salada, no sé  
Si la acción que se medita  
Es buena ó mala, ni entiendo  
Que es mal ni bien todavía,  
Y allá voy : cualquiera sea  
El hecho, dicha ó desdicha  
Nos traiga, yo he de seguir  
La inspiración que me anima :  
Acaso he nacido yo  
Para vivir en continua  
Agitación? No podré  
Seguir á mi fantasia  
Jamás? No, Salada, no :  
Glorias y triunfos me pinta  
Mi deseo : la fortuna  
A mi anhelo campo brinda  
Donde cumplirlo : yo quiero  
Ver, palpar cuanto imagina  
Mi mente ; de una ojeada  
Ver todo el mundo que gira  
A mi alrededor : allí luego  
Tú vendrás, donde yo elija  
Un sitio para los dos.  
Oh! si me amaras, tú misma  
Me llevarías. — Y quién  
Habrá jamás que me impida  
Volar donde yo desee?  
Fuera injusto! y romperían  
Mis manos, sí, las cadenas  
Que aprisionaran mis iras.

PRIMERO.

Bien dicho.

LA SALADA. (Con mimo).

Dime, Adam mio,  
Me amas? Por qué te irritas?  
Oh! no te enojos conmigo :  
Dame un beso, una caricia :  
Ya que te empeñas en ir....  
Otro beso : no podrías  
Ir otra vez, dueño mio?  
Dejarlo para otro día?  
Las horas se me hacen siglos  
Sin tí, todo me fastidia :  
Yo, que pensaba esta noche  
Pasarla en tu compañía  
Tan feliz, y acariciarte  
Tanto! no hay mayor desdicha,  
Tú ya lo sabes, Adam,  
Que una esperanza fallida.  
Si te vas, qué haré? Llorar.  
Otro beso : no hay delicia,  
Igual : los dos aquí solos,  
Entre amores y caricias  
Corriendo las horas : yo,  
Te contaré mis fatigas,  
Mi amor cuando estabas preso ;  
A tí no te cansa oírlos!  
No es verdad, mi bien? Ah! dame  
Otro beso.....

ADAM. (Conmovido).

Vida mía!  
No llores, no, yo te amo.....  
Yo haré lo que tú me pidas.

TERCERO.

Eso es, ya está hecho un mandria.

SEGUNDO.

Y lo que sabe la indina!....

EL CURA.

Señores, aquí se quede  
El que quiera, que maldita  
La falta que nadie hace.  
Nuestra condesa de Alcira  
(Con intención á Adam).  
Nos aguarda con sus coches,  
Su palacio y joyerías :  
Nosotros vamos allá,  
Con que, amigo, hasta la vista.  
(Dándole á Adam en el hombro.)

SALADA.

Maldita sea tu lengua  
Que me arrebató mi dicha!

ADAM.

Oh! es verdad! y yo olvidaba.....  
SALADA. (Arrojándose en sus brazos).  
Adam mio!

ADAM. (Con aspereza).

Mujer, quita.

(Se arranca de ella : la Salada cae desplomada de dolor en una silla. Salen los bandidos, y Adam el primero).

FIN DEL CUADRO.

## CANTO VI.

Era noche de danza y de verbena,  
Cuando alegra las calle el gentío,  
Y en grupos mil estrepitosos suena  
Música alegre y sordo vocerío.

Sonó pausada en el reloj la una;  
La paz reinaba en el sereno azul;  
Bañaba en tanto la dormida luna  
Las altas casas con su blanca luz.

Y en un palacio, alcázar opulento  
De soberbia fachada, en un balcon  
Penetraba su rayo macilento  
Entreabierto el cristal por el calor.

Lámparas de oro, espejos venecianos,  
Áureos sofás de blanco terciopelo,  
Sillas de nácar y marfil indianos,  
Los pabellones del color del cielo.

Caprichos raros de la industria humana,  
Relieves y elegantes colgaduras,  
Jarrones de alabastro y porcelana,  
Magníficas estatuas y pinturas,

Ornan confusas la soberbia estancia  
Que allá se pierde en mágica crujía,  
Salones tras salones, y á distancia  
Se abre de mármol ancha gradería.

Y allá á un jardín, mansion encantadora,  
De las hadas conduce, y mil olores  
Esparce en los salones voladora  
La brisa que los roba de las flores.

Quién la deidad, el ídolo dichoso  
De aquel templo magnífico será?  
Templo soberbio, alcázar grandioso  
Que con oro amasó la vanidad!

Bella como la luz de la serena  
Tarde que á la ilusión de amor convida,  
El alma acaso de amarguras llena,  
Hermosa en el verano de la vida,

Una mujer dormida sobre un lecho  
Riquísimo allí está, los brazos fuera,  
Palpitale desnudo el blanco pecho,  
Vaga suelta su negra cabellera;

La almohada á un lado, la cabeza hermosa  
En un escorzo lánguido caída,  
Turbios ensueños á su frente ansiosa  
Vuelan tal vez desde su alma herida.

Una velada lámpara destella  
Su tibia luz en rayos adormidos,  
En desórden brillando en torno de ella  
Mil lujosos adornos esparcidos.

Aquí un vestido de francesa blonda,  
La piocha allí de espléndidos brillantes,  
La diadema de piedras de Golconda,  
Sobre el sofá los arnados guantes:

De flores ya marchita la guirlanda,  
Allí sortijas de oro y pedrería,

Arrojada en la alfombra rica banda  
Bordada de vistosa argentería...

Bandas, sortijas, trajes, guantes, flores,  
No os quejeis si os arroja con desden:  
El placer, la esperanza y los amores  
Ella arrojó del corazón también!

Ay! que los años de la edad primera  
Pasaron luego y la ilusión voló,  
Y al partirse dejó la primavera  
Al sol de julio que agostó la flor.

Y al alma solo le quedó un deseo,  
Y un sueño le quedó á su fantasía,  
Loco afán y engañoso devaneo  
Que en vano en este mundo hallar porfía:

Y el corazón que palpitaba ufano  
Henchido de esperanza y de ventura,  
Donde placer halló, lo busca en vano,  
Perdida para siempre su frescura:

Y en vano en lechos de plumon mullidos  
En rica estancia de dorado techo  
Se reclinan sus miembros adormidos  
Mientras despierto le palpita el pecho:

Y en él inquieto el corazón se agita,  
Y un tropel de descos y memorias  
Su mente á trastornar se precipita  
Volando ansioso tras mentidas glorias:

Y en vano busca con avaro empeño  
Paz para el corazón en sus rigores;  
Sus ojos cerrará piadoso el sueño;  
Pero no el corazón á sus dolores.

Despierta, cuenta con mortal hastío  
Las horas en su espléndida mansion,  
Lánzase al mundo y con afán sombrío  
Huye otra vez de su enojoso ardor:

Todo le cansa, en su delirio inventa  
Cuanto el capricho forja á su placer;  
Y ya cumplido, su fastidio aumenta  
Y arroja hoy lo que anhelaba ayer.

Oh! que no hay artífice en el mundo  
Que sepa fabricar un corazón,  
Ni sabio hay ni químico profundo  
Que encuentre medicina á su dolor!

Los trajes, bandas y aromosas flores,  
Aquellos oros por allí esparcidos,  
Extranjeros riquísimos primores  
A que eligiese á su placer traídos,

Viólos apenas y arrojólos luego  
Acá y allá lanzados con desden;  
Que hasta su alma y el sentido ciego  
Todo le cansa cuanto en torno vé:

Y duerme ahora, y su entre abierta boca  
Donde entre rosas se entrevé el marfil,  
Respira del afán que la sofoca  
Fuego que el corazón lanza al latir:

Sus labios mueve, y en su hermosa frente  
Rasgos inquietos cruzánse en monton;  
Cual detrás de la nube trasparente  
Sus rayos lanza moribundo el sol;

Y acaso entre una lánguida sonrisa  
Resbalar una lágrima se vé,  
Cual suele al movimiento de la brisa  
Diáfana gota por la flor correr.

Por qué esa angustia y respirar violento?  
Por qué soñando con dolor suspira?  
Tan hermosa y con tanto sentimiento!  
Ay! Por qué al corazon lástima inspira?

Un hombre en tanto de feroz semblante,  
De repugnante y rústico ademan,  
Y en la diestra un puñal, con vigilante  
Faz cuidadosa y temeroso andar,

Súbito entró en la estancia, y silencioso  
A la dormida dama se acercó,  
Contemplóla un momento receloso,  
Y por sus pasos á salir volvió.

«Duerme como un liron,» — dijo en voz baja  
A otros que afuera y en aguardo estan,  
Y añadió, mientras cierra su navaja: —  
«Manos, pues, á la obra y despaegar.»



Y con destreza y silencioso tino  
Abren y descerrajan á porfía.  
Alegre el corazon del buen destino  
Que sus intentos favorece y guía:

Y aquí amontonan, y acullá recogen,  
Rompen allí y arrojan con desden,  
Y aquí los unos con cuidado escogen,  
Despedazan los otros cuanto ven;

Y con ansia brutal oro buscando  
Con insaciables ojos la codicia,  
Riquezas y tesoros anhelando,  
Riquezas y tesoros desperdicia.

Estremécese el alma al menor ruido  
De temeroso sobresalto llena;  
Páranse un punto, aplican el oído,  
Y vuelven otra vez á su faena.

Y en medio á su azaroso y mudo empeño  
Rompe el silencio súbito rumor,  
Y vuelven todos con airado ceño  
Los ojos con afán donde sonó;

Y lleno de infantil sandia alegría  
Miran á Adam que escucha embelesado  
La estrepitosa súbita armonía  
Que oculta en un reloj de pronto ha hallado.

De gozo el alma y de esperanzas llena  
Y ávido de sorpresa el corazón,  
Indiferente actor de aquella escena  
Registra todo con pueril candor:

Y aquí contempla y palpa los colores  
De rico pabellón de oro bordado;  
Allí admira los nítidos primores  
Del limpio nácar y el marfil labrado:

Mas allá en la pared le maravilla  
Aparecida mágica figura,  
En cuyos ojos animados brilla  
Cándida luz de celestial dulzura:

Formas aéreas que copió en el cielo  
La mente de Murillo y Rafael,  
Virgen divina, celestial consuelo  
Que trasladó á la tierra su pincel.

Y un caballero vió que le miraba,  
Que vivo allí lo trasladó Vandik,  
Que activo y con desden le contemplaba,  
De noble aspecto y ademan gentil,

Y el tierno amor que el rostro de hermosura  
De la Virgen purísima le inspira,  
Trocó luego en orgullo la bravura  
Del caballero aquel que adusto mira.

Intrépidos en él clavó sus ojos  
Brillantes de belleza y juventud,  
Y provocar queriendo sus enojos  
Llegóse á él y le acercó la luz.

Tocóle en fin, é imaginóse luego  
Que sombra nada mas la imagen era;  
Y al irse despechado y con desago  
Lanzó al retrato una mirada fiera.

Y volviendo la espalda vió arrogante  
Un mancebo galán que hacia él venia,  
De negros ojos y gentil semblante  
Que al suyo reparó se parecia;

Y sonrióse, y vió con gusto extraño  
Su figura airoísima allí dentro,  
Que tan terso cristal de aquel tamaño  
Nunca hasta entonces la copió en su centro.

Y alegre el corazón miróse al punto  
De sí agrado, y reparó en su traje,  
Y volviendo al retrato cejijunto  
Luego lo comparó con su ropaje;

Y aparecióle que mejor cayera  
Aquel vestido en él que el que tenia,  
Y mejor que su daga considera  
Aquella larga espada que ceñia.

Y una ninfa despues blanca y desnuda  
Al aire vé que suelta se desprende,  
Gentil guirnalda que su salto ayuda  
En sus manos purísimas suspende:

Suavísima figura y hechicera  
En escogido mármar de Carrara,  
Que al aire desprendida va ligera,  
El juicio pasma y los sentidos para.

To lo lo mira Adam, todo lo toca,  
Todo lo corre con prolijo afán,  
Y allá en los sueños de su mente loca  
Ser gran señor imaginando está:

Y carrozas, y triunfos, y contentos,  
Raudos caballos de indomables brios,  
Y raros y magníficos portentos  
Brindan á su ansiedad sus desvarios.

Y esto deja entre tanto, aquello toma,  
Destapa un pomo de dorada china,  
Viértese encima su fragante aroma,  
Allá á otro objeto su atención inclina;

Toca y enciende un rico pebetero,  
Báñase en ámbar súbito la estancia;  
Y en un sillón sentándose frontero  
Gózase en su dulcísima fragancia.

Mas allá relumbrante joyería  
Sobre una mesa derramada está,  
Y se prende una flor de pedrería;  
Luego al espejo á contemplarse va:

Niño inocente que encantado vaga  
En medio al crimen que acompaña ciego,  
Que cuanto en torno vé todo le halaga  
Y á todo codicioso acude luego:

Que de la cárcel á los dulces lazos  
Pasó encantado en su primer amor,  
Y la bella Salada entre sus brazos  
Enamorada de él le aprisionó:

Que luego el mundo apareció á sus ojos  
Adornado de gala y de alegría,  
Y su vista creó nuevos anteojos,  
Nuevos ensueños que gozar ausia:

Y libre allí cual caprichoso niño,  
Que alegre corre y libre se figura,  
Si burló acaso el maternal cariño  
Y por campo y ciudad va á la ventura;

Así la dulce libertad sentida  
Adam huyó de su infeliz manola;  
Y allí en su gozo embebecido olvida  
La que le llora enamorada y sola:

Y así mirando y revolviendo todo,  
Párase ante un magnífico reló,  
Y de gozarlo imaginando modo  
Toca, y la oculta música sonó.

Al impensado estrépito los ojos  
Volvieron todos, y mirando á Adam  
Saltaron á sus rostros los enojos,  
Y aun alguno echó mano á su puñal:

— «Clávale ahí: maldita sea la hora  
Que ese menguado con nosotros vino.» —  
— «Por poco, señor Curro, se acalora» —  
Repuso Adam mirando al asesino.

Y con sereno rostro y con desdén  
Señalando al puñal se sonrió,  
Dobló el bandido á su sonrisa el ceño  
Y colérico á herirle se arrojó.

Trabárase la lid, si un alarido,  
Un agudo chillido penetrante,  
Parando el movimiento al forajido.

— «Alto, dijo, volviéndose, hablar quedo,  
Voy á tapar la boca á esa mujer:  
Nadie se mueva, no hay que tener miedo,  
Hacer el hato vivo y recoger.»

Favor, favor! con afanoso acento  
Una mujer en su desórden bella,  
Súbito en el salón falta de aliento  
Y que en sus propios pasos se atropella,

Preséntase, y mirando á los bandidos,  
Siente la voz helársele, y suspira,  
Y piedad implorando entre gemidos  
Los bellos ojos temerosos gira.

Ojos que vierten lágrimas y velan  
Su clara luz realzando su ternura,  
Mientras suspiros en sus labios vuelan  
Con fatiga que aumenta su hermosura;

Y mientras caen los agitados rizos  
Que la sofocan á su ansiosa faz,  
Aumenta en su congoja sus hechizos  
La blanca mano que á apartarlos va.

Y su voz, que se ahoga entre suspiros  
Sinpática entenece el corazón,  
Ecos suaves, regalados tiros  
Que al corazón de Adam lanza el amor:

Sintió piedad mirándola afligida,  
Que era su hermoso rostro como el cielo,  
Cuando si llueve en la estación florida  
Colora el sol el trasparente velo.

Qué ciegos ojos la beldad no encanta?  
Qué duro corazón no vuelven blando  
Los ojos lastimeros que levanta  
Al cielo la mujer que está llorando?

Los ladrones allí y en torno de ella,  
Los estúpidos rostros agitados,  
Y ella postrada y en extremo bella  
Los ojos y los brazos levantados,

—«Silencio, juro á Dios! — Con mano ruda  
Dijo asiéndola un brazo el capataz :  
Atale ese pañuelo, atrás lo anuda,  
Y que hable para sí si quiere hablar.»

Dijole á otro, que á la dama hermosa  
Un pañuelo doblando se acercó,  
Mientras el capataz con su callosa  
Mano la boca á la infeliz tapó.

Miraba Adam, miraba á la hermosura  
De la gentil y dolorida dama :  
Miraba luego á la cuadrilla impura  
Que su belleza con su aliento infama.

Y cuando al bruto bandolero mira  
Poner su mano rústica en su boca,  
Arrebatado en generosa ira  
Que á fiera lid su corazón provoca,

Tira de su cuchillo y se adelanta  
Saltando en medio al círculo, y cogió  
Del cuello al capataz con fuerza tanta  
Que en el suelo de espaldas le arrojó :

Y en la diestra el puñal, la izquierda tiende  
Describiendo una línea circular,  
Y la turba, que al verle se sorprende,  
Dos ó tres pasos échase hacia atrás.

Oh ! ; Cuán hermoso en su gallardo empuño  
Palpitante la faz, vivos los ojos,  
Vuelve el bizarro mozo, y cuál su ceño  
Añade gentileza á á sus enojos!

Aquellos rizos que en sus hombros flotan  
Tirada atrás la juvenil cabeza,  
Las venas que en su frente se alborotan,  
Su ademán de bravura y ligereza,

Y aquella dama que postrada llora,  
Yerta á sus pies y la razón perdida,  
Y que azorada y temerosa ahora

Yace temblando á su rodilla asida;

Y en torno de él las levantadas diestras  
De sus contrarios del cuchillo armadas,  
Con ademanes y feroces muestras  
Su muerte á un tiempo amenazando airadas:

En medio aquel desórden y el despojo,  
Cuán grande en ardimiento y gallardía  
Muestran al mozo que en su noble arrojo  
Un genio fabuloso parecía!

Alzase en tanto la navaja en mano,  
Los labios comprimidos de la ira,  
Como pisada víbora el villano  
Que cayó al suelo y que rencor respira;

Y él y los otros al mancebo saltan,  
Salta el mancebo que los ve llegar,  
Y antes que á él lleguen los que así le asaltan,  
Logra la espalda en la pared guardar.

Quieto allí contra el ángulo resiste  
Ojo avizor el impetu primero,  
Y á veces salta y en la turba embiste  
Con presto brinco y con puñal certero.

Y en silencio que solo algun rugido  
Sordo rompe ó mascada maldición,  
Sigue la lucha, y al mancebo ardido  
La vil canalla acosa en derredor.

Como trabaja de feroces perros  
Sobre el cerdoso javali, que espera  
Con diente avaro y encrespados cerros  
Se arrojan á cebar su saña fiera;

Y aquí y allá con ávida porfía  
Le aceosan, y el colérico animal  
En cada horrible dentella envía  
La muerte al enemigo mas audaz.

Así, pero no así, sino mas fieros,  
Con mayor furia y sin igual rencor,  
Acometen á Adam los bandoleros;  
Crece la lucha y crece su furor;

Y cual ligero corzo que parece,  
Saltando zanjas, que en el aire va,  
Salta si un golpe á su intencion se ofrece,  
Y vuelve á la pared cuanto lo da :

Y entre ellos luchando, en medio de ellos  
Revuélvese y barájase y desliza  
Su cuerpo, y fatigados los resuellos  
Pueden apenas sostener la liza,

Y aquí derriba al uno, al otro hiere,  
Y como *terne* diestro se repara,  
Y á todos á uso de la cárcel quiere  
Marcarles las heridas en la cara;

Y unos turbados de manejo tanto,  
Y otro caídos de vencida van,  
Cuando los gritos á aumentar su espanto  
Llegan de gentes que se acerean ya :

La justicia, dijeron : y el violento  
Choque suspenden, corren al balcón,  
Y Adam corre tambien, y huye al momento  
Que la palabra de *justicia* oyó.

Fatal palabra! La primera ha sido  
Que oyó en su vida pronunciar tal vez;  
Hospedado en la cárcel la ha aprendido,  
Y ni en sus sueños la olvidó despues.

Oyó justicia y olvidó á la hermosa  
Dama que generoso defendió;  
Riquezas, lujo, estancia suntuosa.  
Y allí á la calle del balcón saltó.

Y sin pensar, sin calcular la altura

Unos tras otros á la calle van :  
Ninguno allí del compañero cura,  
Sálvase como puede cada cual ;

Pero hubo alguno que en tamaño aprieto,  
Mas práctico y sereno, haciendo un lío  
De cuanto recoger pudo en secreto,  
Sin curar las palabras tuyo y mío,

Saltó á la calle con sagaz donaire  
Apretada su prenda al corazón :  
Y desprendido se soltaba al aire  
Cuando la gente en el salón entró.

Cuenta la historia que el audaz mancebo,  
Como en Madrid tan nuevo,  
Corrió dos ó tres calles sin destino,  
Y huyendo acá y allá y á la ventura,  
Solo se halló, y en una calle oscura  
Al saltar del balcón perdido el tino.  
Y luego se asegura,  
Y mira alrededor si alguien le sigue,  
Y tranquilo prosigue,  
Mas sin saber á donde su camino,  
Iba despacio andando.

Súbito hirió su oído  
La bulla y haitoteo  
De una cercana casa, y al ruido  
Dirigió nuestro héroe su paseo.  
Rumor de gente y música se oía  
Y voces en confusa algaravía,  
Y al estrépito alegre se juntaba  
Choque gentil de vasos y botellas,  
Y al son de la guitarra acompañaba  
Alguno que cantaba,  
Y con lascivos movimientos ellas.

Dió la vuelta á la esquina,  
Y en la casa del baile y la jarana  
Vió con sorpresa que á calmar no atina  
De par en par abierta una ventana,  
Y en una estancia solitaria y triste,  
Entre dos hachas de amarilla cera,  
Un fúnebre ataúd, y en él tendida  
Una jóven sin vida,  
Que aun en la muerte interesante era,  
Sobre su rostro del dolor la huella  
Honda grabado habia  
Doliente el alma al arrancarse de ella  
En su congoja y última agonía.  
Y allí cual rosa que pisó el villano,  
Y de barro manchó su planta impura,  
Marcada está la mano  
Que la robó su aroma y su frescura.

Una mujer la vela,  
Vieja la pobre, y llora dolorida  
Junto el cadáver, y volverle anhela  
Con besos á la vida :  
Y ora llorando olvida  
Hasta el estruendo y fiesta bulliciosa,  
La lúgubre paz viene,  
Y en darla dulces nombres cariñosas,  
Y en besar á la muerte se entretiene.  
Y á veces abren súbito la puerta  
Que adentro lleva á donde suena danza,  
Y sin respeto y de tropel se lanza  
Un escudron de mozos, que á la muerte  
Con impureza toca contemplando  
Búrlanse de la vieja, profanando,  
Con torpes agudezas la sombría  
Miseria imagen de la muerte fría.

Y ella es de ver, la vieja codiciosa

En medio de su amarga  
Y sincera afliccion, cuál la rugosa  
Mano al dinero alarga,  
Y á los mozos impíos  
Les llama entre so lozos *hijos míos*,  
Y de llorar ya rojos  
Enjuga en tanto sus hinchados ojos.  
Y entre suspiros mil echa su cuenta,  
Y luego se lamenta  
De nuevo, y á su misero quebranto  
Volviendo la infeliz, vuelve á su llanto.

Y en tanto alegre suena  
En la cercana sala el vocerío,  
La danza, el canto y bacanal faena,  
Regocijo, guitarra y desvarío.  
Miraba Adam escena tan extraña  
Con piadoso interés desde la reja,  
Y á la cuitada vieja,  
Que en agradar sus huéspedes se amaña,  
A par que en llanto de anargura baña  
El cadáver aquel, que parecia  
Que con toda su alma lo queria.  
Y el baile y la alegría  
De la cercana estancia le admiraba,  
Y el bullicioso y placentero ruido  
Que confuso llegaba  
A mezclarse á deshora á su gemido,

Y de saber y averiguar curioso  
El caso doloroso  
Que unos celebran tanto,  
Y aquella mujer llora  
Con tan amargo llanto,  
Llamó luego á la puerta, y desfadada  
Una moza le abrió toda escotada,  
El traje descompuesto,  
Con desgarrado modo y deshonesto.

Y entró en un cuarto donde vió á una mesa  
Entre la niebla espesa  
De humo de cigarros medio envueltos,  
Seis hombres asentados  
Con otras tantas mozas acoplados  
En liviana postura,  
Que beben y alborotan á porfía;  
Y aquel el vaso apura,  
Y el otro canta, y en inmunda orgía,  
Con loco desatino  
Al aire arrojan vasos y botellas,  
Ellos gritando y en desórden ellas,  
Y con semblantes que acalora el vino.  
Y aquel perdido el tino  
Tiéndese allí en el suelo;  
Y este bailando con la moza á vuelo  
A las vueltas que traen  
Trozando en su cuerpo de repente,  
Ella y él juntamente  
Sobre el riendo á carcajadas caen.  
Bebe tranquilo aquel; disputan otros;  
Brincan aquellos como ardientes potros  
Que roto el freno por los campos botan,  
Y mientras todos juntos alborotan,  
Alguno con el juicio ya perdido  
Murmura en un rincón medio dormido.

Solicita una moza al forastero  
Llegóse, y preguntóle qué queria,  
Llamándole buen mozo lo primero,  
—«Quisiera yo, alma mia,  
Adam le respondió, si se me deja,  
Ver á esa pobre vieja  
Que está en ese aposento  
Velando á la difunta.»—Ay, es su hija!  
A las seis se murió: buen sentimiento  
Nos ha dado la pobre: era una rosa:  
Todas nosotras la queríamos tanto!



Dios la tenga consigo: tan hermosa,  
Y ahora muerta! Vea Vd., Pobre Lucía!  
Razon tiene en llorar doña Maria.  
Entre Vd. por aquí.—Y abrió una puerta,  
Y hallóse Adam con la afligida madre,  
Y el cadáver miró, y á hablar no acierta.

Reina siempre enredor del cuerpo muerto  
Una tan honda soledad y olvido,  
Tan inmensa horfandad, allí tendido  
Desamparado ya del trato humano,  
Sin voluntad, sin voz, sin movimiento,  
Que en vano el pensamiento  
Presume ahondar tan misterioso arcano,  
Y recogido su ambicioso giro  
Pliégame al corazon que ahora un suspiro.

Miraba Adam, miraba los despojos  
De aquella un tiempo que animó la vida,  
Sobre el cadáver los inmóviles ojos,  
Y el alma con angustia y dolorida:  
Y turbia y embebida  
La mente, contemplándola allí atento,  
Embargó sus sentidos  
Un mudo inexplicable sentimiento  
En el vacío del no ser perdidos.

Y olvidó donde estaba,  
Parado y aturrido el pensamiento,  
Y miraba y callaba  
Sin hacer ademan ni movimiento,  
Mas que de cuando en cuando suspiraba.

Rompió el silencio la angustiada vieja  
Con lastimada voz, y entre quebrantos  
Que encuentra eco á su doliente queja  
Y halla un consuelo entre pesares tantos,  
Viendo al mancebo aquel desconocido  
Lloroso como ella y dolorido,

—«Véala Vd., señor, cuando cumpla  
Apenas quince años!... Hija mía!»  
—«Buena mujer, repuso con ternura  
Volviendo Adam en sí de su letargo,  
Cómo en tanta tristura,  
En tanto duelo y sentimiento amargo,  
Permitís ese estrépito á deshora,  
Y danza y bulla tanta.  
Mientras dolor tan íntimo quebranta  
Vuestro llagado corazon que llora?»

—Ay, respondió la vieja desolada,  
Vivo de eso, señor; no tienen nada  
Que hacer esos señores  
Conmigo y mis dolores!  
Vivan ellos allá con sus placeres,  
Y mientras besan el ardiente seno  
De esas locas mujeres,  
Yo, con el corazon de angustias lleno,  
Beso aquí solitaria en mi agonia  
La boca de mi hija muda y fria.  
Hija mía, hija mía!  
Ah! para el mundo demasiado buena!  
Dios te llevó consigo;  
Mas es dura mi pena,  
Y cruel, aunque justo, mi castigo.

Dijo: y rompió con tan amargo llanto,  
Que la voz le robó su sentimiento,  
Y en su mortal quebranto,  
Convertido en sollozo su lamento,  
El llanto que hilo á hilo le caía  
Por sus mejillas pálidas corria.

—«Yo, buena madre, ignoro,  
Nuevo en el mundo aun, lo que es la muerte,  
Adam le respondió; pero quién pudo  
Arrebatarte ahuido  
La que fué nuestro encanto, de esa suerte?»

Será imposible ya darla la vida?  
La antorcha ahora encendida,  
Si la apaga mi soplo de repente,  
Juntando la otra luz, resplandeciente  
Torna al punto á alumbrar: y aquella llama  
Que en la existencia de esa niña ardía  
No hay otra luz que renovarla pueda?  
Acaso inmóvil para siempre y fria  
Con el aliento de la muerte queda?  
Vos sois pobre tal vez... Ah! Con dinero  
Quizá se compre; débil y afligida,  
Los muchos años vuestro ardor primero  
Gastaron, y el elixir de la vida  
Se halla lejos de aquí... Decidme dónde;  
Decidme dó se esconde,  
Y yo allá volaré; sí, yo un tesoro  
Robaré al mundo y compraré la vida,  
Y la apagada luz, luego encendida  
Vereis brillar, y enjugaré ese lloro,  
Volviendo al mundo la que os fue querida.  
Dónde, decidme, encontraré yo fuego  
Que haga á esos ojos recobrar su ardor,  
Dónde las aguas cuyo fértil riego  
Levante fresca la marchita flor?

Dijo así Adam con entusiasmo tanto,  
Con tan profunda fé, con tanto celo,  
Que la vieja, á pesar de su quebranto,  
Alzó á él los ojos con curioso anhelo.

—«Pobre mozo! delira!  
Si comprar esa vida se pudiera,  
Esta vieja infeliz que yerta miras,  
Por un hora siquiera,  
Por un solo momento  
De ver abrir los ojos celestiales,  
Y otra vez escuchar el dulce acento  
De la hija querida de su alma,  
Qué puedes figurarte que no haría?  
Qué crimen, qué castigo  
Por recobrarla yo no arrostraría,  
Y otra vez verla palpitár conmigo?  
Sabes tú que una hija es un pedazo  
De las entrañas mismas de su madre?  
Por un beso no mas, por un abrazo,  
Y morirme despues, el mundo entero  
Pidiendo una limosna correria,  
Y con los piés desnudos y mi llanto  
Piedras enterreciera en mi quebranto,  
Y al mundo mi dolor lastimaria.  
Oh! que del alma mía  
Pobre Lucía, te arrancó la muerte,  
Y el corazon contigo de mi pecho  
Arrancó de esa suerte,  
A tantos males y aflicciones hecho!  
Hora fatal, maldita  
Por siempre la hora aquella  
Que el hombre ariel te contempló tan bella!!!  
El Señor me la dió y él me la quita!  
Cómo ha de ser!!!—Y el corazon partido,  
Secos los ojos exhaló un gemido.

En remolinos mil su pensamiento  
Vagando Adam por su cabeza siente,  
Que no acierta á explicarse el sentimiento  
Que á par que el corazon turba su mente.  
—El Señor me la dió y él me la quita!  
Repite luego en su delirio insano,  
Y penetrar tan insondable arcano  
Su mente embarga y su ansiedad irrita.

El Dios, ese que habita  
Omnipotente en la region del cielo,  
Quién es, que inunda á veces de alegría,  
Y otras veces cruel con mano impia  
Llena de angustia y de dolor el suelo?  
Nombrar le oye dó quiera,

Y á todas horas el mortal le invoca,  
Ora con ruego ó queja lastimera,  
Ora tambien con maldiciente boca.

Tal devauaba Adam su pensamiento  
Que en vano ansioso comprender desca,  
Y en medio al rudo afán que le marea,  
Los hombros encogió: dudas sin cuento  
De su ignorancia y su candor nacidas,  
No del alma lloradas y sentidas,  
Sueños de su confuso entendimiento,  
Su mente asaltan, y por vez primera  
Adam súbito siente,  
Volar queriendo, sin saber adonde,  
Del corazón ardiente  
La perpetua ansiedad que en él se esconde.

—Cómo en vuestro dolor, dijo inocente  
Madre infeliz, la cana cabellera  
Tendida al aire, y los quemados ojos  
Con muestra lastimera  
Y bañados de lágrimas, de hinojos  
No os postráis ante Dios? Ah! si él os viera,  
Desdichada, á sus pies, cual yo á los míos,  
Y los ojos de lágrimas dos ríos,  
Y ese del corazón hondo lamento  
De amarga y melancólica querella  
Oyera, y el profundo sentimiento  
Que en esa seca faz marcó su huella  
Y en vuestro corazón lijó su asiento,  
Contemplara cual yo: por qué á la rosa  
Que súbito secó ráfaga impura  
No renovara su color hermosa,  
Y volviera su aroma y su frescura?  
Desdichada mujer, oh! Ven conmigo;  
Juntos floremos á sus pies tus penas;  
El nos dará su bondadoso abrigo;  
A la fuente volemós  
Eterno manantial de eterna vida,  
Y la rica simiente allí escondida  
Juntos recogeremos.  
Seca, buena mujer, tu inútil llanto,  
Vuélvete la esperanza tu energía,  
Y el cuadro de tu mísero quebranto,  
Soledad y agonía  
Muestra á ese Dios, y con humilde ruego  
Que no será, confía,  
Sordo á tus quejas, ni á tu llanto ciego.

La vieja en tanto levantó los ojos  
Al techo, y murmuró luego entre dientes,  
Quizá sordas palabras maldicientes,  
O quizá una oración, que el mas sufrido  
Suele echar en olvido  
A veces la paciencia, y darse al diablo,  
Y usar por desahogo  
Refunfuñando como perro dogo  
De algun blasfemador rudo vocablo;  
Mas todo se compone  
Con un Dios me perdone,  
Que así mil veces yo salí del paso,  
Si falto de paciencia juré acaso:  
Y cierto, vive Dios, si no jurara  
Que el diablo me llevara,  
Que cuando ahoga el pecho un sentimiento  
Y el ánimo se achica, porque crezca,  
Y el corazón se ensanche y se engrandezca

No hay suspiro mejor que un juramento,  
Y aun es mejor remedio  
Para librar el tedio,  
Mezclarlo con humildes oraciones,  
Como al son blando de acordada lira  
La voz de melancólicas canciones  
Confundida suspira;  
Y así tambien se dobla la esperanza,  
Que á donde falta Dios el diablo alcanza;  
Yo á cada cual en su costumbre dejo,  
Que á nadie doy consejo;  
Y así como el placer y la tristeza  
Mezclados vagan por el ancho mundo,  
Y en su cauce profundo  
A un tiempo arrastran flores y maleza,  
Así suelen tambien mezclarse á veces  
Maldiciones y preces,  
Y yo tan solo lo que observo cuento,  
Y á fé no es culpa mía  
Que la gente sea impia  
Y mezcle á una oración un juramento.  
Testigo aquella vieja  
De la antigua conseja  
Que á San Miguel dos velas le ponía,  
Y dos al diablo que á sus pies estaba,  
Por si el uno fallaba,  
Que remediase el otro sú agonía.

Mas juro, vive Dios, que estoy cansado  
Ya de seguir á un pensamiento atado,  
Y referir mi historia de seguida,  
Sin darme á mis queridas digresiones,  
Y sabias reflexiones  
Verter de cuando en cuando; y estoy harto  
De tanta gravedad, lisura y tino  
Con que mi historia ensarto.  
Oh, como cansa el órden! No hay locura  
Igual á la del lógico severo:  
Y aquí renegar quiero  
De la literatura,  
Y de aquellos que buscan proporciones  
En la humana figura,  
Y miden á compas sus perfecciones.

La música no oís y la armonía  
Del mundo, donde el apacible ruido  
Del viento entre los árboles y flores  
Se oye la voz del agua y melodía,  
Y del grillo y las ranas el chirrido,  
Y al dulce ruiseñor cantando amores  
Y las de mil colores  
Nubes blancas y azules y de oro,  
Que el cielo á trechos pintan:  
La blanca luna, el estrellado coro  
No veis, y negras sombras á lo lejos  
Y entre luz y tinieblas confundidos  
El horizonte terminar perdidos  
Negros velos y espléndidos reflejos?  
Y la noche y la aurora...  
Pues entonces... Mas basta, que yo ahora  
Del rezo ó juramento  
Que allá entre dientes pronunció la vieja  
Así como el que deja  
Senda escabrosa que acabó su aliento,  
Al llegar á este punto me prevalgo  
Y de este canto y de su historia salgo.





BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

---

# EL BERNARDO.

POEMA HEROICO

111 L

DOCTOR D. BERNARDO DE BALBUENA.



MADRID.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

calle del Príncipe núm. 4

1852.

# ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

PUBLISHED BY THE INSTITUTE



## NOTICIAS DEL AUTOR.

El doctor don Bernardo de Balbuena nació en la villa de Valdepeñas, provincia de la Mancha, año de 1568, de Gregorio de Villanueva y Luisa de Balbuena, hijosdalgo en aquel pueblo. Se ignora donde empezó su carrera escolástica, y quienes fueron sus primeros maestros; pero se sabe que era todavía muy joven cuando pasó á Nueva-España, y que acabó y perfeccionó sus estudios siendo individuo de uno de los colegios de Méjico. Allí se hizo distinguir muy pronto por su aplicación y su saber, y por el talento que tenía para la poesía, llevándose ordinariamente los premios en las justas poéticas, que se celebraban con frecuencia. Por los años de 1608 vino á España, se graduó de doctor de teología en Sigüenza, y obtuvo la abadía mayor de la iglesia de Jamaica, de donde fue promovido á la silla episcopal de Puerto-Rico en 1620. En esta isla falleció siete años después, á los cincuenta y nueve de su edad, y sus huesos fueron sepultados en la capilla de San Bernardo, que él había fundado en la catedral.

Las obras que de él se conocen son las siguientes: 1.ª *La Grandeza Mejicana*, publicada en Méjico año de 1609, y se reduce á una descripción en tercetos del poder, población, riqueza, é industria de aquella capital. 2.ª *El Siglo de Oro*, novela pastoral en prosa y verso, donde insertó doce églogas imitando á Teócrito, Virgilio y Sanázaro, muy estimadas de los inteligentes; impresa en Madrid en 1608. *El Bernardo*, ó sea la victoria de Roncesvalles, poema heroico en veinte y cuatro libros, dado á luz en Madrid en 1624. Otras obras compuso segun parece, entre ellas *La Cristiada*, *La alteza de Laura*, un *Arte nuevo de Poesia* y una *Cosmografía universal*, que no se han impreso, y acaso se perdieron cuando los holandeses invadieron á Puerto-Rico, y robaron la librería de Balbuena. A esta circunstancia alude Lope de Vega en aquellos versos del *Laurel de Apolo*.

*Tenias tú el cayado  
De Puerto-Rico, cuando el fiero Enrique,  
Holandés rebelado,  
Robó tu librería,  
Pero tu ingenio no, que no podia.*

Estas son las noticias que escasamente han podido rastrearse de este poeta, consultando el archivo de la iglesia parroquial de Valdepeñas, la historia de Puerto-Rico, la biblioteca de don Nicolás Antonio, y tal cual especie que él apunta en su *Grandeza Mejicana*. Sus obras, siguiendo el mismo destino que las memorias de su vida, iban ya á perecer por la escasez de los ejemplares á que estaban reducidas. En tales circunstancias el editor ha creído hacer un servicio importante á nuestras letras reimprimiendo el poema, que es la principal producción de Balbuena, y merece un lugar tan distinguido entre los apreciadores de las musas españolas. El desaliño repugnante de la edición antigua solo es comparable con el abandono inconcebible que se tuvo en su corrección. Balbuena á la sazón se hallaba en América, y los que se encargaron de publicar su obra en España correspondieron muy mal á su confianza. Además de las erratas groseras, fáciles de advertirse por cualquiera lector menos instruido, son innumerables las que destruyen el sentido hasta el punto de hacerle ininteligible, ó que vician torpemente la medida y cadencia de los versos. Nada se ha omitido en la edición presente para corregir en lo posible estos lugares; y los que quieran cotejar algunas de sus páginas con otras de la primera, se convencerán al instante de la enorme diferencia que hay entre las dos, y del cuidado que el editor ha puesto, para que el *Bernardo* se vea impreso al fin de una manera correspondiente á su mérito, y digna del público, á cuya utilidad se dedica.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

## D. FRANCISCO FERNANDEZ DE CASTRO,

CONDE DE LENOS Y ANDRADE, MARQUÉS DE SARRIA, DUQUE DE TAURISANO ETC.

ESTE poema heroico del famoso *Bernardo del Carpio*, en que se describe la esclarecida descendencia de la excelentísima casa de Castro, ha mas de catorce años que se le dedicó su autor en esa corte al gran Mecenas de todas las buenas letras y habilidades de España, el excelentísimo don Pedro Fernandez de Castro, que está en el cielo, hermano de V. E.; y despues que la suya, con la agradable benignidad de su nobilísima condicion, no se desdenó de honrar la obra pasando los ojos por ella, debajo de la aprobacion de su clarísimo ingenio se ganó privilegio para imprimirla, lo cual hasta ahora no se ha hecho, por las dificultades con que de ordinario caminan las cosas que van sobre diligencia de cuidados ajenos. Ahora su autor, que puede decir que ha salido de nuevo al mundo de las soledades de Jamaica, donde este tiempo estuvo como encantado, por refrescar el gusto en la memoria de haber hecho este pequeño servicio, á quien se debian los mayores de la tierra, la ha mandado poner en la estampa. Suplica á V. E., como á dignísimo sucesor, no solo de la nobilísima casa y estado, sino de las demás heroicas y soberanas virtudes, entendimiento, magnanimidad y gentileza de ánimo de su tan querido hermano, la favorezca con admitirla por suya, y dar licencia que ella y su autor gocen, debajo de la proteccion y amparo de un tan gran príncipe, la honra y acrecentamientos que desean, cuya excelentísima persona guarde nuestro Señor muy felices años etc.

EL DOCTOR DON BERNARDO DE BAIBUENA:

### PRÓLOGO.

AUNQUE sacar ahora á luz este libro, en alguna manera desdice de lo que en rigor toea á mi oficio y dignidad, y á la profesion de púlpito y estudios de teología, porque el tiempo, dueño de las acciones humanas, de tal manera altera y muda las cosas, que lo mismo que en uno era gala y bizarría, en otro suele heredar diferentes nombres; con todo eso, lo que en una ocasion fue virtud reconocerlo por tal, en otra no puede ser vicio: y así este poema, demás de haber sido los primeros trabajos de mi juventud, fábrica y compostura del calor y brio de aquella edad, que tiene por gala semejantes acometimientos y partos de imaginacion, todo él es sugeto heroico y grave, lleno de honestidad, modestia y pureza de lenguaje, y cual de necesidad se requeria para celebrar el real origen y descendencia de la excelentísima casa de Castro, una de las mas calificadas de Europa.

Y aunque para el vulgo y generalidad del pueblo, que por la mayor parte lee estos libros, sin mas advertencia que á sola la armonia de los consonantes, ó al superficial deleite de la fábula, no habia que hacer este discurso, ni menos para los doctos, que versados en letras humanas, saben de todo fundamento lo que yo aquí puedo repetir; todavia quise servirles el plato con salsa, á los unos, que procuren seguir los preceptos de su arte, y á los otros, que si quisieren salir de su ordinario paso, y entrar al fondo de las cosas, hallen senda y camino por donde. Y así digo, que deseando yo en los principios de mis estudios, y

por alivio de ellos, poner en ejecucion y práctica las reglas de humanidad, que en la poetica y retórica nos acababan de leer (clase por donde todos en la niñez pasamos), y celebrar en un poema heroico las grandezas y antigüedades de mi patria en el sugeto de alguno de sus famosos héroes, cuyas admirables hazañas, asombrando con magestad el mundo, tambien con la de su fama pregonan el descuido de su nacion; me puse á buscar un asunto, que levantando con su espíritu el mio en la grandeza de sus partes, se llegase tanto á la perfeccion del arte, que siguiendo yo el que de esta facultad Aristóteles nos dejó en sus obras, esta mia saliese, sino con toda perfeccion, con los menos descuidos posibles.

Este fue el fundamento de acometer en aquella primera edad, con los brios de la juventud, y la leche de la retórica, á escribir este libro, que pudiera haber salido á dar cuenta de si muchos años há, pues de diez que se le concedieron de privilegio, son ya pasados mas de los seis, y poco menos de veinte que se acabó, aunque no de perfeccionar, que esto es inacabable. Al fin sale ahora por gusto y consejo de personas que le tienen bueno, y le saben dar mejor en casos de mayor importancia, persuadido, que no por haber trocado el tiempo el estado y profesion de las cosas, era justo se perdiesen aquellos primeros trabajos que para algo podrian ser buenos, supuesto que el dejarlos perder y olvidar para siempre, no era de provecho para nada, con que me convino ajustar á su voluntad la mia, y dar por la misma regla cuenta de las que fui siguiendo en el discurso de esta obra.



Y sea la primera, que por cuanto las fábulas que se fundan en alguna breve historia, dice el Filósofo, que son las de mayor artificio y lustre, y las que de la centella de la verdad dan el rayo del deleite vestido de mas verisimilitud y hermosura, trabajé en hallar una, que sirviendo de fundamento á mi poema, en sí misma fuese breve, admirable, y de varon famoso, y tan llena de rastros de grandeza en la memoria de los hombres, que desde luego el tratar de ella la hiciese agradable y deleitosa.

Tal me pareció la de nuestro famoso español Bernardo del Carpio, breve en su discurso, como lo son casi todas las historias de aquel tiempo; admirable por la pomposa fama con que siempre sus hechos se han celebrado de memoria en memoria hasta la nuestra; de príncipe heroico, desdiciendo de la real sangre de los godos, y por el consiguiente de la mayor nobleza de la tierra.

Y porque la accion en estas obras ha de ser una, y esa de la persona principal (que llaman épica) la mas famosa, escogí la mas célebre victoria de Roncesvalles, donde con la gente española el rey don Alonso el Casto su tio, por cuyo general iba, destruyó la potencia de Carlo Magno, que venia á dar sobre Asturias, venciendo por su persona y las de sus españoles, los tan celebrados paladines de Francia, y dando de su mano, con el último de sus golpes, muerte á Roldan, el principal de todos. en que se remata la accion y el libro, porque siendo aquella muerte la del hombre mas famoso que por aquellos siglos habia, pasar adelante en sus victorias, fuera descreer en la grandeza y magestad de ellas.

Algunos del número primero, á quien en estos discursos respondo, me habrán ya en diversas ocasiones hecho cargo, que esta victoria de Roncesvalles, y muerte de los doce Pares, en ella se tiene comunmente por incierta y fabulosa, segun la apurada diligencia de los mas graves historiadores de España, que con ser en favor suyo, hay pocos que la admitan por verdadera; con que parece, que desde luego entra esta mi obra manca, pues toda su máquina se funda sobre cimiento dudoso, y aun por ventura de todo punto falso: pues los encantamientos de Orlando, las bravezas de Reinaldos, las traiciones de Galalon, las mágicas figuras y cerros de Malgesi, y las demás caballerías de los doce Pares, con su tan celebrado cronista y arzobispo Turpin, mas tienen de fabuloso que verdadero, no solo en las historias graves, mas aun en el juicio y estimacion de un moderado discurso.

Digo pues á toda esta objecion, que lo que yo aqui escribo es un poema heroico, el cual, segun doctrina de Aristóteles, ha de ser imitacion de accion humana en alguna persona grave, donde en la palabra *imitacion* se escluye la historia verdadera, que no es sugeto de poesia, que ha de ser toda pura imitacion, y parto feliz de la imaginativa. Donde de paso se verá cuan inadvertidamente hablan los que la principal calidad de sus obras en verso hallan que es el no haberse desviado un punto de a verdad: como quiera que cuanto mas de esta tuvieren, tanto ellos tendrán menos de poetas, pues dice el mismo Filósofo, que si la historia de Heródoto se hiciese en verso, no por eso seria poesia, ni dejaria de ser historia como antes, que es la razon porque tampoco Luciano es contado entre los poetas, con haber escrito en verso. Porque la poesia ha de ser imitacion de verdad, pero no la misma verdad, escribiendo las cosas, no como sucedieron, que esa ya no seria imitacion, sino como pudieran suceder, dándoles toda la perfeccion que puede alcanzar la imaginacion del que las finge, que es lo que hace unos poetas mejores que otros; y así para mi obra no hace al caso que las tradiciones que en ella sigo sean ciertas ó fabulosas, que cuanto menos tuvieren historia, y mas de invencion veri-

simil, tanto mas se habrá llegado á la perfeccion que le deseo.

La accion y fundamento del poema es este: el artificio de su ampliacion, es imitando las personas mas graves de la Iliada de Homero, porque la del rey Casto es la de Agamenon; la de Bernardo, la de Achiles, al cual la diosa Tetis dió á criar al centauro Chiron, como la hada Alcina dió á Bernardo al sabio Orontes; Ferraguto es Ajax Telamón; Galalon Ulises; Morgante Diomedes; Roldan Hector; y así de los demás.

Y porque á la magestad heroica, conforme á nuestra religion, hacen falta para lo verisimil las deidades y semideos, con que los antiguos hacian tan admirables y pomposos sus poemas; el Boyardo, y los que le han seguido, inventaron en su lugar las Hadas y encantamientos de los magos, que siendo potestades superiores, sirven de levantar la fábula, y hacerla en el deleite y alegoría mas vistosa y admirable. Yo en esto seguí lo que hallé inventado, por tratar de las mismas hazañas, y de los mismos héroes, que la comun tradicion nos da muertos á manos de nuestro Bernardo, y de sus españoles; y así este poema se puede llamar el cumplimiento, la última línea, y la clave, que de lleno en lleno cierra el artificio y máquina de sus fábulas, y aquellos portentos y asombros, que de los príncipes de aquel siglo con tanta admiracion ha celebrado lo mejor de Italia y Francia.

En la narracion de la fábula, de tal manera proseguí su discurso, que sin comenzarla por el principio, quedase en el fin patente y descubierta en todas sus partes: porque así como el mundo consta de dos géneros de cosas, unas naturales, y otras artificiales, así tambien hay dos modos de contar y hacer relacion de esas mismas cosas, uno natural, que es el histórico, y otro artificial, que es el poético; y así como seria defecto en el discurso natural, no comenzar las cosas con claridad desde sus principios, siguiéndolas ordenadamente hasta los fines, así lo seria en el artificial contarlas sin artificio, y como las cuenta el historiador; y así conviene, que la narracion poética no comience del principio de la accion que ha de seguir, sino del medio, para que así al contarla toda, se comience, se prosiga, y acabe artificiosamente, y traya con eso en su discurso aquel deleite que el artificio con su novedad, y la novedad con su admiracion suelen causar, tanto mayor, quanto mas ingenioso es, y mas sutiles y menos violentas invenciones descubre.

Sirve tambien este modo de contar las cosas con artificio, de engañar disimuladamente el receloso gusto del lector, que siempre con la prolijidad se cansa: el cual, comenzando su lectura por el medio de la fábula, caminando tras los deseos de saber su principio, al encontrarlo, se halla tan cerca del fin, que no le es molesto acabar lo que resta; y esta es la razon porque mi poema no se comenzó, como dice Horacio, por los huevos de Leda, esto es, del conocimiento de Bernardo, ni de su educacion y crianza, sino de los alborotos de la guerra de Francia, que ya le hallaron criado, y hecho hombre valeroso en el mundo, sin dejar por eso de contar su nacimiento y origen, sus hazañas y descendencia, y cuanto de él, y de sus sucesores han escrito los historiadores mas graves de nuestra nacion hasta ochocientos años después de su muerte, con lo mas florido de las antigüedades y nobleza de España, descripciones de lugares, montes, rios y fuentes, castillos y palacios suntuosos, con una casi universal geografia del mundo sembrada artificiosamente por él, y las costumbres mas notables de sus naciones, y aquellas que por haber dejado vistoso rastro de sí en las memorias de las gentes mas dignas juzgué de ser celebradas.

Y no solo este artificio se guardó en lo principal de la accion; mas aun en sus episodios, ó digresiones no hay fábula, que antes de mostrar su fin, no ponga

al lector en las manos los principios de otra, de no menor deleite y gusto, dejando siempre la primera en el mayor riesgo, y en lo mas apretado del nudo, y donde el deseo queda mas violentado, y el deleite mas empeñado en lo porvenir: artificio á mi parecer poderoso á llevar entretenido hasta el fin con el natural apetito de saber al gusto mas tibio y helado que en él entrare.

Para todo lo cual, y para mejor tejer las narraciones de un poema tan largo, sin cansar demasiado con ellas, procuré que la persona del autor hablase en él lo menos que fuese posible, con que tambien se pudo añadir á la fábula mas deleite: siéndole por esta via permitido el estenderse á cosas mas admirables, sin perder la verisimilitud; porque si la persona del poeta contara los monstruos de Creta, ó el origen de la ciudad de Granada, careciera lo uno y lo otro de apariencia de verdad: mas referidos estos casos por tercera persona, queda con todo lo admirable, y el autor no fuera de lo verisimil. Porque sino lo es, que Gravinia se convirtiese en árbol, y Estordian en gusano de seda, eslo, y muy posible, que aquellos cuentos por entonces anduviesen en las bocas de los hombres de aquel mundo, y los unos los contasen á los otros debajo de aquella misma opinion que los oian: que si de la imitacion poética, la porción mayor de su fin es el deleite, en ningun modo le podrá dañar el enriquecerla de ese tesoro por todos los caminos posibles.

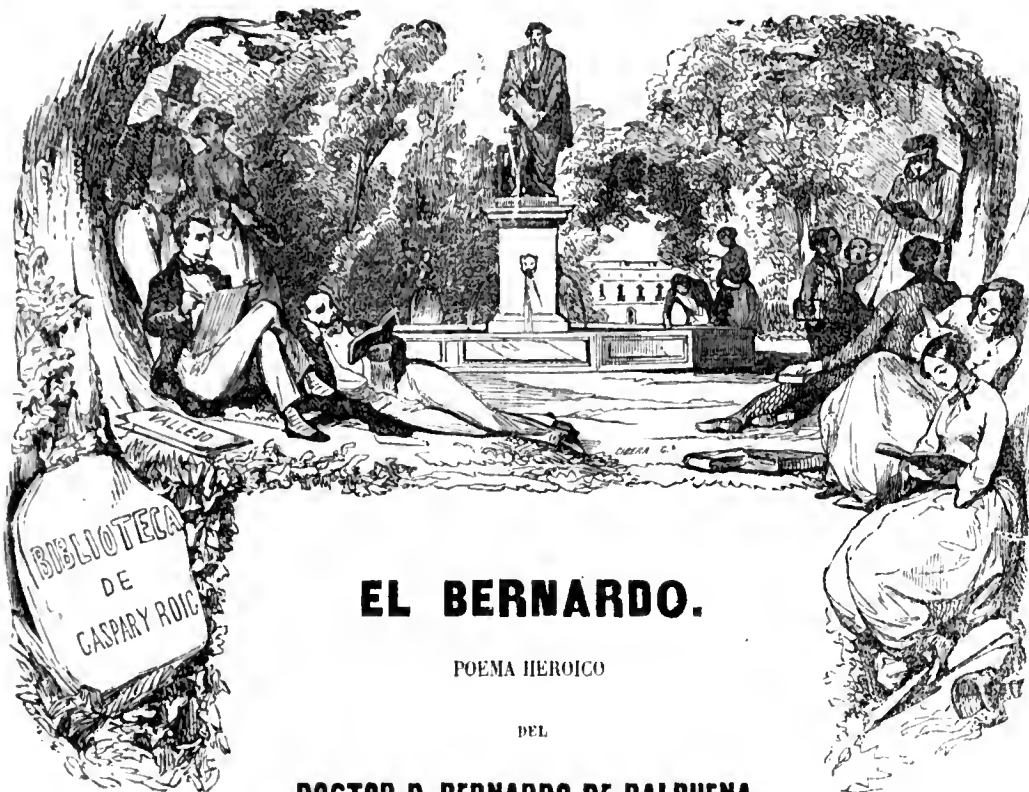
Mas porque este con perfeccion no se consigue menos que moviendo las pasiones del ánimo, y estas con ninguna cosa se mueven tanto, como con la compasion y el miedo en los sucesos ajenos, que mientras mas lastimosos y tristes, mas poderosos son á mover los presentes; hice lo posible porque este poema en sus partes, y en su todo, fuese una apurada tragedia, y que así lo principal de su deleite le naciese de la compasion de tantas muertes lastimosas, sucesos trágicos, destrozos de gentes, truenos de reinos, y caidas de principes, como por él van sembrados, con que no solo se deleita el gusto, se mueve el ánimo, y sus pasiones; mas aun con su enebierta moralidad y alegoría le deja instruido en las virtudes y saboreado en ellas, dibujándole entre el deleite

de la fábula, y sus colores retóricos, en la persona de Bernardo, que es la épica, un príncipe soberano, invencible, generoso, lleno de heroicas virtudes, de magnanimidad y fortaleza; en la del casto Alfonso, un rey prudente y católico; en la de Carlo Magno, un victorioso y potente monarca mal aconsejado: la atrevida libertad de un lisonjero en Galalon; un mancebo disoluto y libre en Ferraguto; un prolijo hablador en Galirtos; en Angélica una distraida cortesana, á quien ya el tiempo va marchitando los claveles de su rostro, y las flores de su juventud; en Garilo un astuto ladron; y en Arleta una sagaz ramera, y una hechicera supersticiosa: la gran fuerza del favor en la fuente de la hada Iberia; en el desgraciado Arnaldo, los embelecos y fábulas de un alquimista; la disoluta vida de un tirano en Bramante, y las desatinadas blasfemias de un soberbio en las de su hermano Morgante; y en lo principal de la accion, lo poco que hay que fiar en favores de fortuna y prosperidades de tiempo.

Mas porque tocar la moralidad, fuera dilatar demasiado este discurso, remito al lector que la quisiere al fin de cada libro, y de aquí al principio del primero, por donde desde luego entre haciendo anatomía, sino de la apurada observacion del arte, á lo menos de un cuidadoso é infatigable deseo de acertar con la vena del deleite, para dar con ella en la del su gusto.

Y porque el ser los versos de muchas dicciones y sinalefas, los hace llenos y sonoros, y el tener pocas, flojos y humildes, y dos asonantes juntos disminuyen la suavidad de las cadencias, y los consonantes en verbales humillan mucho el estilo, y le descacenan, se ha huido todo lo posible de estas dos cosas, procurando llenar los versos de manera, que en cinco mil octavas que tiene este poema, que son cuarentá mil versos, no se hallará uno que sea de solas tres dicciones, sino que el menos lleno tiene cuatro, y de ahí para arriba, de ocho y de nueve, de catorce y quince sílabas, y algunos de catorce dicciones, y diez y ocho sílabas, como el último de la octava primera de la página 97 del tomo II, que dice:

Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte.



## EL BERNARDO.

POEMA HEROICO

DEL

DOCTOR D. BERNARDO DE BALBUENA.

### LIBRO PRIMERO.

**ARGUMENTO.** Describe este primer libro los estados de España y Francia, los alheretes de la guerra, el gran viaje de la Hada Alcina á los palacios de Morgana, la prision del conde de Saldaña, y de don Teudonio, el cual da cuenta al conde de su linaje, y antigua privanza con el rey Casto, y como el tirano Manuces se apoderó del reino de Leon, y por negociacion suya el emperador Carle Magno envió con don Gayferos un gran socorro de gente, que Rodamonte desbarató en el camino, con la muerte de Rosia y su amante, y la hermosa arquitectura de los palacios de Morgana.

Cuéntame, ó Musa, tú, el varon que pudo  
A la enemiga Francia echar por tierra,  
Quando de Roncevalles el desnudo  
Cerro gimió al gran peso de la guerra:  
¡Tanto en Alcina hizo un dolor mudo!  
¡Tanto el celoso ardor que su alma encierra!  
¡Tanto la envidia obró, tanto la saña  
De defender su invieta tierra España!

Allí donde de un grave desafío,  
El trágico suceso lastimoso,  
A los piés de un Leonés, el cuerpo frio  
Del francés arrojó, mas orgulloso:  
Tú de esta fuente caudaloso rio,  
De su real sucesion fruto precioso,  
Por quien la fama ya promete á Castro  
Láminas de oro y bultos de alabastro:

Mientras que de Austria el sucesor divino,  
Por honra á su diadema soberana,  
A su diestra el asiento mas vecino,  
Cual mereces en dártele se ufana;  
Y el nuevo mundo de gozarte indigno  
En voz te adora y en librea humana,

Y tu sangre heredada de mil reyes,  
Honor le envia, y moderadas leyes;

Muestra aquí tu valor, que si allanares  
Del Parnaso á mi voz las agrias cuestras,  
Las alas que en mis hombros levantares,  
Te dejaré en tu heróico templo puestas:  
Estense Apolo y Baco en sus altares,  
Este dando furor, y aquel respuestas,  
Que tú que en magestad al mundo sobras,  
Con tus grandezas honrarás mis obras.

Donde en el mar cantábrico se acaba

La rica Europa, y en su golfo helado,  
Las fértiles arenas ciñe y lava  
Al inculto español nunca domado;  
Un pequeño rincon solo quedaba,  
Que al bárbaro furor habia sobrado,  
Y en él el casto Alfonso recogido,  
De estrecho y breve término ceñido.

Aquí se conservaba antiguamente,  
Como en el duro pedernal guardada,  
La santa luz de una centella ardiente,  
Jamás del infernal yelo apagada:  
Aquella ilustre y bélica gente  
De la fortuna hija regalada,  
Corona universal, cetro secundo,  
De honor á España, y de gobierno al mundo.

Y bien que entonces del furor de Marte  
Viese arruinado su florido asiento,  
Y del moriseo bárbaro estandarte,  
De sombras lleno y de pavor el viento;  
El que mas tuvo en sus despojos parte,  
Menos seguro vió su vencimiento,  
Que no trueca su tierra á gente estraña,  
Menos que á sangre la invencible España.

No se vió en Colcos nunca vellocino  
 Bañando el aire con vislumbres de oro  
 Entre mas enemigos, cuando vino  
 La flor de Grecia á entrar en su tesoro;  
 Ni las manzanas del metal mas fino,  
 Que Atlante cria y beneficia el moro,  
 De mas Hércules fueron asaltadas,  
 Ni con mas sed ni mas calor buscadas,  
 Que el agradable reino y fértil tierra,  
 Que el Bétis riega, fue de gente extraña;  
 Que es hambre de oro la sangrienta guerra,  
 Hija cruel de la ambicion y saña:  
 Y los tesoros que en su seno encierra  
 Siempre inquietaron á la rica España,  
 Desangrando sus venas por mil modos,  
 Griegos, romanos, árabes y godos.

A todos dió la bárbara codicia  
 De sus metales locotravivimiento  
 De violar con hidrópica avaricia  
 Los sacros bosques de su alegre asiento;  
 Hasta que al fin de Arabia la malicia,  
 Con soberbia crueldad, y horrible intento,  
 Mas de sangre sedienta, que de imperio,  
 Volvió el suyo en estrecho cautiverio.

Y aunque desde aquel dia lastimoso,  
 Que sobre el desgraciado Guadalete,  
 Cayendo el nombre ilustre y cetro honroso,  
 Donde en el mar de Cadiz se entremete,  
 De azares hizo el hado su reposo,  
 Y que de su grandeza se interprete,  
 El agorero rio, en quien hundido  
 Su invencible valor quedó en olvido;

La paz y magestad que antes gozaba  
 Vuelta guerra y comun desasosiego,  
 Cuanto en sus anchos términos sonaba  
 Era de un feroz Marte el voraz fuego:  
 La altiva frente desdeñosa y brava,  
 De ardiente rabia llena y furor ciego.  
 Viendo sembrado en su español distrito  
 Del mauro pueblo el número infinito.

Y bien que á un triste asalto y ronco estruendo  
 Vió siempre su primer sosiego asido,  
 Despues que entre peñascos revolviendo  
 Sobre el honor y crédito perdido;  
 Saltó del cuello altivo sacudiendo  
 El yugo infame á que le habia rendido,  
 Sin gozar tiempo, término ni tierra,  
 De asaltos libre, y de ambicion de guerra.

Mas en la que al presente está alterada  
 A toda antigua competencia escede,  
 Sin que desde la cumbre mas nevada  
 Del Alpe helado al firme Atlante quede  
 Pueblo, gente, ó nacion tan olvidada,  
 Que en ella con su riesgo no se enrede,  
 Que este fue el ademan en que fortuna  
 Quiso de mil tragedias hacer una.

Ni cuando sobre aquella cueva altiva,  
 Alcazar real de la perdida España,  
 Del valiente Alcaman la furia esquivá  
 Cubrió de gente y tiendas la campaña;  
 Y á no le reservar persona viva,  
 Espigada de lanzas la montaña,  
 Un nuevo rey acometió escondido,  
 Que con mil hombres le dejó vencido.

Ni cuando á sus magnánimas conquistas  
 El Católico Alfonso abrió la mano,  
 Y con mas lanzas que Trinacria aristas  
 Pasó á Galicia ejército asturiano;  
 Y en varios lanceos, y en copiosas listas,  
 Gran número añadió al pueblo cristiano  
 De victoriosos triunfos, cuya gloria  
 Eterna da á los siglos su memoria.

Ni otro alboroto, brega, ni ruido,  
 De los que en aquel tiempo peligroso  
 El grave reino vieron consumido,

De asaltos lleno, y falto de reposo;  
 Ni con mayor estruendo y alarido  
 Sonó el arnés de Marte belicoso,  
 Que hoy sobre la cerviz y altiva frente  
 De la francesa y española gente.

¿Las causas de tan nuevas disensiones  
 Qué furia las sacó sobre la tierra?

¿Cuál dios de tan valientes escuadrones  
 La ira trazó de esta enconada guerra?

¿Nacieron de odio antiguo sus pasiones?

¿O del furor que la ambicion encierra?

¿O las cosas violentas cuesta arriba

Su misma pesadumbre las derriba?

¿Por dónde abríre senda á los portentos  
 Que estos siglos sembraron por el mundo?

¿En cuáles casos, sobre cuáles cuentos

Mi esteril verso volveré fecundo?

¿De esta antigua preñez de pensamientos,

Cual el primero haré, cuál el segundo?

¿Qué brazo, qué valor, qué brio, qué saña,

El discurso guiará desta hazaña?

Por los campos sepulcros olvidados

Se han visto temerosamente abiertos,

Y los enjutos cuerpos descarnados,

De triste amarillez salir cubiertos:

Los ojos sin mover embelesados,

La voz sin fuerza, los cabellos yertos,

Pregonando desdichas no pensadas,

Con los vivos trocaron sus moradas.

El mar sus peces espantó bramando,

Y la tierra tembló de su bramido,

A quien mil monstruos fueron afeando

De vista y talle nunca conocido:

Donde tal madre se asombró mirando

El hijo que ella misma habia parido,

Y muchos sin nacer, en no aprendidas

Palabras, dieron voces escondidas.

Y donde el nuevo horror en sangre fria

Los alientos volvia mas briosos,

Donde con mas violencia prometia

Tristes tragedias á los lastimosos;

Era sobre los ánimos que via

De lo mejor del orbe victoriosos,

Que siempre los favores de fortuna

Crecen para menguar como la luna.

Reinaba en las regiones de Occidente

Carlo Magno, un gran principe famoso,

Príncipe á quien las águilas de Oriente

Su estandarte volvieron mas pomposo:

Obedecido de invencible gente,

Y sobre mil ciudades poderoso,

A cuyo nombre ilustre y lirios de oro

Reverenció el cristiano, y tembló el moro.

Los altos muros de trofeos cargados,

(Fama á sus victoriosos escuadrones)

Los altares y templos coronados

De conquistadas armas y pendones;

Despojos de enemigos destrozados

De indómitas y bárbaras naciones,

Que las mas peregrinas y extranjeras

Llenas vieron de espanto sus banderas.

¿Quién á los altibajos de la vida

Punto dará, y compás tan acertado,

Que cortando del tiempo á su medida

El círculo feliz saque cuadrado?

Ninguno hasta el fin de la partida

Se sueña á sus contentos ajustado,

Que en suerte humana todo es movimiento,

Ni mal que dure, ni placer de asiento.

Triunfante el victorioso Carlo Magno

Con los favores de la instable rueda,

Persuadido vivia, que en su mano

El punto estaba de tenerla queda:

Frágiles trazas del juicio humano,

Que quien mas fia en él, sin él se queda,

Que cierto es en la noche mas serena  
El descrecer la luna en siendo llena.

Despues de haber el mundo amenazado  
La fama con la voz de sus victorias,  
Despues de dar su nombre celebrado  
Con letras de oro escrito en mil memorias,  
Despues de haberle á su sabor colmado  
Fortuna el vano plato de sus glorias,  
Y que cebado en ellas su contento  
Menos temia del contrario viento.

Para reseña y fin de sus mudanzas,  
Y freno de ambiciosos corazones  
En su fama y pomposas esperanzas,  
Hoy la flaqueza muestra de sus dones;  
Y pues á las mas firmes cor lizas  
Las desvanecen flacas ocasiones,  
Del bien ó el mal, que el tiempo nos envia,  
Será el juez mas cierto el postrer dia.

Tenian sus belicosos paladines  
Lleno el mundo y la fama de proezas,  
Que en lisonjera lengua á varios fines  
Nuevas ensanchas daba á sus grandezas:  
Sonando en le mejor de sus clarines  
De Orlando las victorias y bravezas,  
Los muertos reyes, los gigantes lieros  
De su invencible brazo prisioneros.

Del bravo Almonte y nuevo rey troyano,  
Y el altivo Agricon la sangre ardiente,  
Que halló su espada, y derramó su mano  
Sobre las yerbas, aun se está caliente;  
Y de Cimoseo el instrumento vano,  
Ya sin raios ni luz resplandeciente,  
Por orla al vencimiento, y triste caso,  
Del soberbio Agramante, y rey Gradaso.

Mas como no hay valor siendo estremado  
Sin carcoma de pechos envidiosos,  
El mundo deste antiguo error llevado  
Lleno estaba de quejas y quejosos:  
De tan largas venturas enfadado,  
Que no hay sin agraviados victoriosos,  
Ni hombre tan ajustado, y tan querido,  
Que de alguno no sea aborrecido.

Las hadas que á las cosas variables  
De nuestro inferior mundo dan gobierno,  
Y en cavernas y grutas espantables,  
Vecinas viven del silencio eterno;  
Y del antojo humano los mudables  
Gustos al suyo revalidan tierno,  
Y en sus vácios asientos desiguales,  
Los bienes acrecientan y los males.

Estas de los franceses paladines  
En general estaban agraviadas,  
Destruídos sus palacios y jardines,  
Y su halago y caricias despreciadas:  
Alcina sus tritones y delfines,  
Focas, ballena, y redes delicadas,  
Desechas va, y en libertad Rugero  
Del torpe lazo en que se vió primero.

Despreciada Morgana y su riqueza,  
Fehosilla su fama destruida,  
Falerina su astucia y sutileza,  
Olofana sus gulas y comida;  
Filtorana su amor y su belleza,  
Y la soberbia máquina caída  
De Limaturia, Bruna y Aquilina,  
Y el juvenil ardor de Dragontina.

Ninguna en el fatal colegio habia  
Sin queja de francés, ninguna al cielo  
Sin lágrimas miró desde aquel dia  
Que la furia de Francia pisó el suelo:  
Sino fue Logistilla, que seguia  
De esta parcialidad el mejor celo,  
Y sobre todas la afeitada Alcina  
Es la que á su venganza mas se inclina.

Esta en un lago oscuro de horror lleno,

Su jardin y su casa destruida,  
Consumiéndose estaba en el veneno  
De la afrentosa injuria recibida:  
Bien que su fértil isla y bosque ameno  
Cobrar pudieran la beldad perdida,  
Y ella su alcázar con mayor tesoro  
De cristal reformar, y lazos de oro.

Mas ardiendo en deseos de venganza  
A solo este deleito y gusto aspira,  
Que es mujer agraviada con mudanza,  
Metida en un celoso infierno de ira:  
Conoce que le ofende la tardanza,  
Y que si la ocasion se le retira,  
Su agravio pasará, que el tiempo leve  
Las penas traga, y los agravios bebe.

Y como con la cólera quemada  
Se alumbra y sutiliza el pensamiento,  
De uno en otro discurso dió la Hada  
En la traza mejor para su intento:  
De aquella rica y peligrosa espada  
Que Falerina obró en su encantamento,  
En conjunciones de menguante luna,  
Y temples de mudanzas de fortuna,

Se acuerda, y revolviendo sobre el caso  
Los libros de su ciencia peregrina,  
Sin dejar del Oriente al turbio ocaseo  
Planeta, signo, aspecto, y luz divina,  
Que no consulte, siga, y mida el paso,  
Llegó á saber que el hado determina,  
Adquiera aquella espada vigor nuevo  
En la templada sangre de un mancebo.

Fáltóle un punto cuando fue forjada  
En las observaciones de su estrella,  
Y esta falta con sangre reparada,  
Sus vivos filos volverán sin mella:  
Invencible, y su artifice vengada  
La dejará, y á Alcina sin querella,  
Si la bañare en una oculta guerra  
La mas heroica sangre de la tierra.

De un mago aspecto el abreviado punto  
Á decirle llegó que el mar Tirreno  
Ya sobre sus cristales tiene junto  
A un galeon de amor y de armas lleno  
Un jóven español, que puesto á punto  
Se via entrar por su entoldado seno,  
Á que la autoridad de un rey severo,  
Blason y armas le dé de caballero.

Es de suyo el contento bullicioso,  
Y Alcina que le ha puesto en la venganza,  
Al orgullo de su ánimo brioso,  
Cada hora le es un siglo de tardanza:  
Una carroza de cristal lustroso,  
Que una piedra preciosa á otra se alcanza,  
De oro las ruedas, de marfil los tiros,  
Los clavos de diamantes y zafiros;

Para ir á los jardines de Morgana  
Hace aprestar, y en forma contrahacha  
De varia plumeria y pompa ufana,  
Al yugo dos soberbios grifos echa:  
Que en invencible vuelo por la vana  
Region del aire, una alba hermosa hecha  
La llevan, y ella derramando amores,  
Llueven hechos aljofar por las flores.

En silla de oro, y rica pedreria,  
En el triunfante carro recostada,  
Con mayor luz que la que saca el dia  
La mañana de mayo mas pintada;  
De perlas, de rubis, y argenteria  
Por el cabello vuela una lazada,  
Que haciendo el rostro un sol, sirve de llama,  
Que en bellos arreboles se derrama.

De blanca tela de oro con plumajes,  
De diamantes y aljófares mentidos  
Vestida, y por las puntas y follajes  
Erres de perlas y cuajados nudos:

Entre doradas nubes y celajes,  
Volando pasa por los aires mudos  
Al lago blanco que Morgana habita,  
Entre el frío Geta, y el helado Escita.

Tomó la Hada toda esta belleza  
Del primer arrehol de la mañana,  
Que del mago pincel la sutileza  
Lo sano enferma, y lo doliente sana;  
Lo feo agracia, al muerto da viveza,  
La encogida vejez vuelve lozana,  
Y al fin hacen y fingen sus unturas  
Alegres tences, nuevas hermosuras.

Hoy la suya amasó de un rojo cielo  
El vengativo gusto de la Hada,  
Y á la enemiga Francia torció el vuelo,  
Por ver cual nuevo ardor la da ocupada:  
Miró, y gozando triunfos sin recelo,  
La vió de pompa y fiestas coronada,  
Tan llena de victorias, que en su adorno  
Un despojado mundo goza en torno.

Si bien de la jornada y pretensiones  
En que Saturno agüera su caída,  
Nuevo rumor balló, y alteraciones,  
En armas toda, y en furor metida;  
Contrapuestos sus llenos escuadrones  
Á una tasada gente, así rendida  
Al violento rigor del duro hado,  
Que apenas tierra en que morir le ha dado.

Contempla la soberbia y aparato  
Del belicoso ejército, y las fiestas  
Que á vueltas de la guerra y su rebato  
En públicos carteles vuelan puestas;  
Y en esto divertida un breve rato  
Pasa el Reno sus aguas y florestas,  
Y Holanda un tiempo dura é inelmente  
Mira ya de agradable y culta gente.

Deja el fuerte Calés á la siniestra,  
Y los peñascos Anglicos nevados,  
La Chersoneso Cimbrica á la diestra,  
Con el mar que le escarva los costados;  
Y Zelandia amenísima le muestra  
En los golfos de Esquenía sus pescados,  
Donde volando el carro cristalino,  
Á la Noruega tuerce su camino.

En el Gótico mar mira al Oriente  
De Colmar los alcázares famosos,  
Ahora patria, y otro tiempo fuente,  
Y origen de los godos belicosos;  
Y siguiendo la costa del Poniente,  
De la Suecia goza los preciosos  
Metales, que revientan por los riscos,  
Y las fieras que amparan sus lentiscos.

Pasa á Fimarquia, y sobre el cristalino  
Y endurecido mar que la costea,  
Conoce en el peñasco subentino  
El peligroso golfo que la ondea;  
Y dando á las espaldas el continuo  
Fuego, que en la encubierta Tileumea  
Á las alturas de Biarma sube,  
Y allí se baja de su hueca nube.

Estampa de las ruedas las molduras  
En la vega de Elsingue placentera,  
Gozando de las nuevas hermosuras  
Que en sus flores sembró la primavera;  
Y por entre arboledas y frescuras  
Del lago blanco llega á la ribera,  
En cuyas playas el mayor espacio  
Ocupa de Morgana el gran palacio.

Fueron en este lago antiguamente  
De Galatea los baños celebrados,  
De cuyo pecho y cuerpo transparente  
La tibia leche y el cristal mezclados  
Le dan nombre y color, y la corriente  
De Varciga á la mar nuevos pescados,  
Que de sus revoltosos y anchos senos

Por secretos caminos le hace menos.

Illuminando jazmines y azucenas,  
Rosas y lirios, que el placer retoza,  
De blanco aljofar, y de olores llenas  
Las ruedas van de la imperial carroza;  
Y la playa, el cristal, y ondas serenas,  
La Hada mira, y con la vista goza  
De un florido tapiz, y alfombra rica,  
De cuanto abril y mayo multiplica.

Del inmortal laurel en la guirnalda  
Que en torno ciñe el lago, considera  
Bruñida plata, y cercos de esmeralda,  
Que un resplandor en otro reverbera;  
Y en las floridas rosas de su falda  
De pedrería una estrellada esfera,  
De no menor beldad que la que en vuelo  
Trastorna por sus bóvedas el cielo.

Dentro del fértil lago, hácia la parte  
Que le apunta la luz de la mañana,  
Ó por natural curso, ó fuerza de arte,  
Está una fresca isleta y tierra llana;  
De cien torres ceñido un baluarte,  
Donde resurte vuelto espuma cana  
El cristal tierno, que en hermosos lejos  
Sirve á sus playas y árboles de espejos.

Aquí sobre cimientos de alabastro,  
Y mármoles preciosos, se levanta  
Hecha de un cerco en conjunción de un astro  
De un real palacio la soberbia planta;  
Sin que de cimbras ni canteras rastro  
Quedase al mundo de grandeza tanta,  
Que Morgana lo hizo en sola un hora,  
Al romper blando de la tierna aurora.

En doce altivas torres dividido,  
Donde el diestro primor de un nuevo Apeles  
Mil lazos relevó de oro bruñido  
Al vuelo de sus altos chapiteles;  
El jaspeado muro compartido  
En dorados balcones y rejeles,  
Y el claro ventanaje en mil maneras  
De alegre luz, y claras vidrieras.

Las altísimas bóvedas cargadas  
Del peso real de un bárbaro tesoro,  
De bruñido alabastro las portadas,  
Los firmes quicios de metal sonoro;  
Sobre que se revuelven ajustadas  
Las puertas de marfil, y clavos de oro,  
Que es esta Hada la que al mundo vano  
Las riquezas reparte de su mano.

Crece un fresco jardín sobre la playa,  
A sus resacas y frescor dispuesto,  
Del quebrado cristal florida raya,  
Y del deleite humano alegre puesto;  
Donde Pomona de su verde saya  
El regalo mayor dejó traspuesto,  
Sembrando por sus yerbas y sus flores  
La humana industria todos sus primores.

De un lustroso cristal muro ahmenado  
La corva playa ciñe del Poniente,  
De dorados balcones rodeado,  
Al precioso jardín pomposa frente:  
Donde del rico mayo el matizado  
Artificio, en la cerca transparente  
De rayos de oro forma, y de vislumbres  
Hermosos visos, y encendidas lumbres.

Que al jugar por los árboles el viento,  
Y el sol dorar sus hojas de esmeralda,  
Del claro golfo en el mudable asiento,  
Del real jardín la altísima guirnalda;  
Á la vista hace del que mira atento,  
De verde, azul, de rosicler, y gualda,  
Bellos reflejos, claros resplandores,  
De un mezclado color de mil colores.

Tal de vidrio sutil hinchadas pomas,  
Del claro alinde por el terso poro,



Alegres fluyen de lustrosas gomas  
Jardines de esmeralda, y bosques de oro;  
Y en bellos tumbos de preñadas lomas,  
La matizada cera abre tesoro  
A unos alegres visos, que en reflejos  
La vista engañan con fingidos lejos.

Y así la llada por la selva amena,  
Mientras volando pasa su carroza,  
De aljofar y oro la campaña llena,  
Sus flores mira, y sus olores goza:  
Ve el palacio, el jardín, y la serena  
Playa, donde el verano se remoja,  
Que en aquel punto al despuntar el día  
Loces sembraba, y rosas producía.

Ya de las torres un clarín bastardo  
La salva hacia á la amorosa Aleina,  
Que en vista alegre y ánimo gallardo  
Doblando iba la playa cristalina:  
Cuando en hábito humilde, y paso tardo,  
Entre dos mirtos, y una parda encina,  
Un bulto vió... mas yo que un mundo entero  
Confuso miro, y darlo en órden quiero;

La pluma vuelvo á la intrincada masa  
De historias, que en afiento y son divino,  
Como de un nuevo abril flores sin tasa  
Por este asunto brotan peregrino:  
Después diré de la encantada casa;  
La traza, el modo, y fin deste camino,  
Que de la historia aquí la grave suma,  
Tras su vuelo arrebató el de mi pluma.

Y el triste y ronco son de las cadenas  
De un conde por envidia aprisionado,  
Aunque al rey sordas, porque son ajenas,  
Ya mi música y voz han destemplado:  
Y sus canas de honor y llanto llenas  
Piden que deje el cuento comenzado  
Por ver de sus delitos el proceso,  
Que es obra santa consolar un preso.

Tuvo el rey Casto una gallarda hermana,  
Y hubo en Saldaña un conde valeroso,  
Ella Venus en gala cortesana,  
Y él en braveza un Marte belicoso:  
Y ambos de la nobleza castellana  
La fuente del caudal mas abundoso,  
En quien mostraron su poder á una  
Los tiempos, el amor, y la fortuna.

El tiempo les dió en gracia y gentileza  
Colmada á sus deseos la medida,  
Y del pródigo amor la ancha largueza  
Todo el vivo placer con que convida:  
Solo de la fortuna la tibieza  
Su gloria dejó en llanto convertida  
Con que sus gustos vueltos en dolores  
Tuvieron mas de amargo que de amores.

Duró el tiempo feliz de los amantes  
Lo que el sagaz recato en su cuidado,  
Que en el amor los gustos inportantes  
Son hurtos de contento reservado:  
Al fin con ocasiones semejantes  
Del cielo llegó el tiempo señalado,  
Que á Bernardo con próspero ascendiente  
La vida había de dar, y luz presente.

Y luego que en los signos mas dichosos  
Que en sus esferas vió el cielo sereno,  
Y á gozar de los siglos venturosos  
Salíó encogido del materno seno,  
Incitado de pechos envidiosos  
El rey, quitando á la templanza el freno,  
De su hermana, y el conde de Saldaña,  
A pesar se vengó de toda España.

Y en justa pena al descortés delito  
De haberse tras su antojo desposado,  
Y en la ciega pasión del apetito  
Su real palacio y opinión manchado,  
Con dura ley y riguroso edito

Ocultó el niño, el conde aprisionado,  
A su hermana hizo monja, con que pudo  
Torcer del firme matrimonio el nudo.

Sobre tres quintos lustros daba el cuarto  
De su curso infeliz la mayor parte,  
Que de gustos ayuno, y penas harto,  
La honra y la fama de Saldaña y Marte:  
En el mas solo y encubierto cuarto,  
En que un torreado alcázar se reparte,  
Vivia en su cadena y prision fuerte,  
Si es la vida en prision vida y no muerte.

Guardaba el mundo tan oculto al conde,  
Que ya los vivos le tenían por muerto,  
Y si está preso, nadie sabe donde,  
Que el rey por mas seguro lo ha encubierto;  
Y siempre á un desdichado corresponde  
Olvido general, favor incierto,  
Que la fortuna al trastornar su esfera,  
Ninguna gloria antigua deja entera.

De un ofendido rey el rigor grave  
Ponerle pudo en cárcel tan estrecha,  
Que ni del día ni la noche sabe,  
Ni cual favor le daña, ó le aprovecha:  
Del trato mas hidalgo y mas suave  
Con mas recelo vive y mas sospecha,  
Que es grave riesgo, y de áspero castigo  
Un ofendido rey por enemigo.

Así en larga cadena aberrojado,  
El preso conde sin vivir vivía,  
Cuando un hombre de nuevo aprisionado  
Su tristeza aumentó, y su compañía:  
De aspecto afable, rostro autorizado,  
De discreción un centro y cortesía,  
Que son las partes que con fiesta doble  
El lustre muestran de la sangre noble.

Cenido en torno de un doblado muro  
En la Mota de Luna un cuarto había,  
Que un ciego caracol por mas seguro  
A sus lóbregos senos descendía:  
Secreta estancia, calabozo obscuro,  
Donde jamás llegó la luz del día,  
Y tal que al delincuente mas amigo  
De cárcel le servía, y de castigo.

A esta bajó Teudonio por mas fuerte,  
Que así el honrado preso se llamaba,  
Y al afligido conde allí la muerte  
Por sobrarle la vida le faltaba:  
Llegó el huésped, y tuvo á feliz suerte,  
Aunque en la ciega sepultura entraba,  
Ver otro muerto allí, que todavía  
Consuela en la allicion la compañía.

Diéronse en cortés trueco afablemente  
El pésame, y la bien venida á una,  
Doliéndose cada uno del presente  
Daño que al otro ha hecho la fortuna:  
El conde, como aquel que ha estado ausente  
Del cielo, el claro sol, y errante luna,  
Tantos años cerrado en el profundo,  
Podíase ya contar por de otro mundo.

Y deseando saber qué nuevo estado  
Las cosas alcanzaban de la tierra,  
Quién gobernaba el reino, á cuál cuidado  
La dulce paz está, y á cuál la guerra;  
Dejando su valor disimulado,  
Que quien luego lo dice todo yerra,  
Así con un fingido regocijo,  
Afable, vuelto á don Teudonio, dijo:

«Señor, aunque en mis culpas he aprendido  
Que jamás el castigo faltó en ellas,  
Sé tambien que no siempre un afligido  
Padece, y sufre agravios por tenellas:  
Que el tiempo muchas veces compelido  
Del contrario rigor de las estrellas  
Trocarse vemos, y enviar al suelo,  
En vez de alegre sol, borrasea, y yelo.



Y ahora vuestra presencia resplandece  
Aun entre estas tinieblas de tal modo,  
Que en su compuesta gravedad parece  
Retrato singular del valor godo.  
Yo, señor, soy un hombre en quien fenece  
De mi principio y fin el nombre todo,  
No tengo mas valor, ni mas estado,  
Que ser dichoso ayer, y hoy desdichado.

No os quiero ya informar de mi derecho,  
Que en la cárcel no hay preso con delito,  
Todos están sin culpa, y sin provecho  
Es dorar á la culpa el sobreserito:  
Solo os ruego, señor, si á un noble pecho  
Amor con sola ceremonia y rito  
Puede obligar, conozca ahora el vuestro,  
Que le deseo servir en mas que nuestro.

Y en recambio me deis de vuestras cosas  
La parte que sin riesgo os pareciere,  
Seguro que en las tristes, ó dichosas,  
Mi gusto os seguirá como pudiere:  
Mas si estas son demandas peligrosas,  
Que ni el lugar ni el tiempo las requiere,  
Contadme en trueco, porque así se ahorren,

En el mundo qué mundo y tiempos corren.  
¿Qué cetro le gobierna y rige ahora?  
¿Qué guerras hay de nuevo? ¿qué dictados?  
¿Si es ciega todavía la señora  
Que da y reparte reinos empréstados?  
¿Quién se señala en armas? ¿quién adora  
La fama? ¿quién celebra sus cuidados?  
¿Qué ritos? ¿qué premáticas? ¿qué leyes,  
O qué lisonjas privan con los reyes?»

Así el conde, y Teudonio así admirado  
De la prudencia y gravedad del preso,  
En tanto que habló estuvo colgado  
De su dulce discurso y raro seso:  
De aquel discreto preguntar pagado.  
De las preguntas, y su grave peso,  
La entereza del ánimo, y el modo,  
Tan de pecho real y heroico en todo.

Y en sus penas suspenso y divertido,  
Sin conocer al olvidado conde,  
Teudonio, mas de honrado y comedido,  
Que gustoso de hablar, así responde:  
«Si los agravios con que me ha traído  
Fortuna aquí, lugar me dan por donde





Aliviar tu cadena, y mis prisiones,  
Gran campo han descubierto tus razones.

La tierra está sembrada de portentos,  
De grandezas hasta ahora nunca vistas,  
Famosos hombres, de altos pensamientos,  
Armas, guerras, furor, pleitos, conquistas:  
Fieros jayanes, bárbaros intentos,  
Altivos reyes, que en copiosas listas  
El mundo sacan al soberbio alarde

De un desman nuevo en que hoy se enciende y arde.

En gran riesgo está España de perderse  
Preñada de costosos enemigos,  
Lijero el rey y fácil de creerse,  
Y sin lealtad y fe los mas amigos:  
Harto desto en mis causas puede verse,  
Y servir mis agravios de testigos,  
Pues mis nuevas cadenas y prisiones  
Son de eterna lealtad los galardones.

Es Teudonio mi nombre, y mi famoso  
Linaje en todo el orbe conocidos  
Del feliz Recaredo en rio copioso  
Por sucesion legitima traido  
Hasta don Pedro, duque valeroso  
De la Cantabria, padre esclarecido  
Del Católico Alfonso, y del valiente  
Fruela, de corazon y de alma ardiente.

Fue sucesor de Alfonso otro Fruela,  
Y el generoso infante Vimarano,  
Por quien del rey su hermano la cautela  
Cruel le hizo, y fratricida hermano:  
Deste un hijo quedó en su infiel tutela,  
A quien en recompensa dió el tirano  
Del muerto padre, y de su injusta saña,  
En título el condado de Saldaña.

Del Fruela primero, hijos famosos,  
Aurelio fue, Teudonio y don Berinudo,  
Soldado el uno, y reyes poderosos  
Los dos, que en cuanto el tiempo darles pudo:  
Teudonio otros dos hijos belicosos  
Dió al mundo, y de los dos el mas membrudo,  
Por animoso, intrépido y osado,  
El conde don Osonio fue llamado.

Deste nació mi padre, y por el suyo,  
Como he dicho, me llaman don Teudonio,  
Y esta es la sangre que amo y la que huyo,  
Y este de mi linaje el testimonio:  
Ni la fortuna me faltó, sin cuyo  
Favor en el estado y patrimonio  
Ser la nobleza suele grave carga,  
En honras corta y en congojas larga.

Estado tuve, y tengo suficiente  
Por mí, y por mis mayores levantado,

De reyes como el rey soy descendiente,  
Y tan leal con él como agraviado :  
Un tiempo me trató por su pariente,  
Con favor y caricias de privado,  
Mas siempre las privanzas de los reyes,  
Como viven sin ley, mueren sin leyes.

Cuando de Nugariz la furia esquivaba  
Con ochenta mil moros de pelea  
Entró en Asturias, y á su voz altiva  
Tembló cuanto en sus términos rodea :  
Yo que de mis primeros años iba  
Dando al mundo el ensaye y la tarea,  
Por el gusto del rey toda la tierra  
General me aclamó de aquella guerra.

Nuestro pequeño campo en el de Lutos  
Al morisco dejó desbaratado.

Que las infames párias y tributos  
Pedia soberbio, y de ánimo arriscado;  
Y pasando con libres piés enjutos  
Sobre el roto escuadron empantanado,  
Crucé de Miño y Duero ambas riberas,  
Y asombré á Portugal con mis banderas.

Largo es contarte desta gran jornada  
Los sucesos y lances por menudo,  
Públicos fueron, y ella tan nombrada,  
Que al mundo hacer temblar su fama pudo :  
No quedó filo de enemiga espada,  
Ni resistencia de contrario escudo,  
De Oviedo hasta Lisboa, que no fuese  
De la opinion y ley que yo le diese.

Y aunque para las fuerzas de la guerra  
En campo la persona real venia,  
El baston general de mar y tierra  
A cuenta anduvo siempre de la mia :  
Tomé á Lisboa, y cuanto dentro encierra  
Di franco á mi española infantería,  
Con que la volví rica, y vi triunfante,  
Mas por faltarle yo no fue adelante.

En este tiempo con la hermosa Berta,  
De Carlo rey francés querida hermana,  
Santo bimeño el montañés concierta,  
En solene aparato y pompa ufana;  
Y en la rica ciudad ahora desierta,  
Que á Ulises ya fue un tiempo cortesana,  
Del grave asiento á las futuras bodas  
Las condiciones se firmaron todas.

Despachóse á mi cargo la embajada  
Por gusto real, ó pretension agena,  
De quien por dicha el ver la mia colmada  
Era para la suya estorbo y pena :  
O fuese que ocasion tan señalada  
Con solo mi valor quedaba llena,  
Yo al fin con el asiento y real presente  
Partí, dejando al rey por mi teniente.

De parte del ejército asturiano,  
De sargento mayor hacia el oficio  
Basilio de Manuces, un villano  
Catalan falso, hecho de arteificio :  
A quien pudo el dinero dar la mano,  
Y subirle del reino en perjuicio  
A la plaza que ocupa, y no merece,  
Mas donde él manda todo le obedece.

Era bisnieto del traidor Manuces,  
Que con Tarif capituló concierto  
De dar á sus escuadras andaluces,  
Reñida la ciudad y su rey muerto :  
Este, pues, que por caños y arcaduces  
Tan limpios vino al mundo, y salió enjerto,  
Hijo de una africana esclava lora,  
Con mezcla catalana y sangre mora;

Luego que el campo y gente victoriosa,  
Sin mi quedó en dos bandos dividida,  
Y su hambrienta codicia, y la ambiciosa  
Sed de mandar no se balló oprimida,  
Con maña astuta y traza cavilosa,

La mas granada gente reducida  
A su opinion en riesgo no pequeño,  
De la guerra y la paz se alzó por dueño.

Fuese en secreta astucia apoderando  
De las fuerzas del reino, y porque habia  
Leales cabezas del contrario bando,  
Cuya ambicion las suyas reprimia;  
Por dar mas nervio al usurpado bando,  
Y entrada á su insolente tiranía,  
Dos parientes del conde de Saldaña  
Nuevos cómplices hizo en su maraña.

Estaba el conde preso injustamente,  
Y aun lo está todavía sino es muerto,  
Sin que criado, amigo, ni pariente  
De su prision alcance el lugar cierto;  
La culpa á tanta pena insuficiente,  
El rigor grande, el perdonarle incierto,  
Agraviada de España la nobleza,  
Y el obstinado rey en su dureza.

Esto en su arbitrio fue ocasion bastante,  
Y el fingirse falaz protector della,  
De hacer mal quisto al rey, y su arrogante  
Animo, con mas fuerte y lirne estrella;  
Creció en hinchado aplauso en lo restante,  
Y al fin por esta senda sin perdella,  
Un sin principio pudo, mal nacido,  
Privar del reino al rey inadvertido,

Libróse en nueva astucia y presta huida  
De las traidoras armas del tirano,  
Que para asegurar la infame vida,  
Contra su rey tomaba ya en la mano :  
El nuevo asombro de la real caida  
A la corte llegó de Carlo Mano  
Conmigo, en que se vió ser mi persona  
La leal cabeza de su real corona.

La triste nueva el mundo alborotado  
Dejó, y de mi embajada el grave asiento  
Sin fuerza, que en no haberla el cielo dado,  
Frustrado vino y sin sazón su intento;  
Hallóse el reino y rey necesitado,  
El imperio teniendo un fin violento,  
De árabes lleno y bárbaros jayanes,  
Y ausentes sus invictos capitanes.

Bien que en medio el aprieto en que Agramante  
A Francia tuvo en la ocasion presente,  
Su inclito emperador campo bastante  
Al rey envió de su francesa gente;  
Y por ausencia del señor de Anglante,  
A quien vió á la sazón el rubio Oriente  
De amores preso de su reina bella,  
A Gayferos nombró general della.

Con valiente escuadron de pechos briosos  
De Carlo Magno el generoso yerno,  
De Paris los alcázares famosos  
Soberbio deja, y vuelve á mirar tierno :  
Llevando de su esposa los hermosos  
Ojos por norte y luz de su gobierno,  
Que el niño amor por las recientes bodas  
Quiso á una gloria aventurarlas todas.

No se atrevió á quedar la bella incauta  
En las mudables manos de la ausencia,  
Que es amor con la sogá le la garganta,  
Y hacer sin fruto y premio penitencia :  
Es niño amor, cualquier cosa le espanta,  
Y en gustos dilatados no hay paciencia :  
Tierno Gayferos, Melisendra bella,  
La guerra larga, no quiso ir sin ella.

Dejó del rio Siene los cristales,  
Y la costa Aquitania al diestro lado,  
De Orlens los muros, y altos pantanales  
De Bourges y el rio Erve medio helado :  
Y tocando en Limojes sus breñaes  
Pasa, y llega á Garona, en que alojado  
Sobre una fértil vega hizo alarde  
De su aparato bélico una tarde.

De doce veces mil fue la reseña,  
Gente en cursadas guerras escogida,  
Bien que á la que fortuna es zaharena,  
No importa mas despierta que dormida :  
Una mañana cuando el alba enseña  
De aljofar su guirnalda guarnecida,  
De aquel aljofar que al romper la aurora  
Su luz primera, el cielo en flores dora,

El rey de Argel, el fiero Rodamonte,  
Con una escuadra de enemiga gente,  
Saliendo de una selva, entrando á un monte,  
Dió sobre el nuevo campo de repente ;  
Y apenas con la luz del horizonte  
La desvelada centinela siente  
La mora tropa, cuando al arma grita,  
Y ella al son de un clarín se precipita.

Hallónos descuidados el asalto,  
Y el sagaz enemigo en ordenanza,  
La grita, el algazara y sobresalto

Fue la primera y la mayor matanza :  
Quién corre á las trinchéas, quién de un salto  
Caballo cobra sin espada y lanza,  
Va sin saber adonde, y de esa suerte,  
Por guarecer la vida da en la muerte.

Uno busca las armas, que dormido  
Ya le solían servir de cabecera,  
Otro por yelmo de su arnés lucido  
Del caballo se encaja la testera :  
Quién arrogante, quién despavorido,  
Quién con alma cobarde, quién con fiera,  
Quién con espada, quién con solo escudo,  
Y quien de rabia armado va desnudo.

El astuto enemigo que el desórden  
Vió del dormido campo, el suyo aguija,  
Y antes que de oro los penachos borden  
Los rayos del que al mundo regocija,  
Nuestro alboroto atropellando en órden,  
Codiciosos del saco y la partija,



Con trápala, alarido y alboroto  
Quedó al primer asalto el francés roto.

Rodamonte de Sarza, que en la tierra  
De la muerte fue el dardo mas agudo,  
Y al cielo de la paz no movió guerra,  
Solo porque subir allá no pudo,  
Una luciente cimitarra afierra,  
Y echando á las espaldas el escudo,  
Entró por el ejército normando,  
Aquí y allí rompiendo y destrozando.

El rostro al uno, al otro la cabeza,  
A otro llevó los pies, á otro los brazos,  
Hecho dos dejó á otro de una pieza,  
Y á otro de tres golpes seis pedazos :  
Híende, mata, rebana, descabeza,  
Y sin defensa, estorbos y embarazos,  
De aquí, de allí, de aquesta, ó de otra suerte,  
No alcanza golpe que no sepa á muerte.

Parecía en el herir vivo trasunto  
De Briareo en su batalla brava,  
Cuando á un tiempo con todo el cielo junto,  
Con cien brazos y espadas peleaba :  
Desbaratando y rebatiendo á un punto  
Su alfanje á Marte, á Hércules su clava,  
A Palas su gorgon, su flecha á Apolo.  
Y el rayo ardiente al rey del alto polo.

Gayferos que á la bella Melisendra  
Abrazado en sosiego y paz dormía,  
Al alboroto despertó, y contienda  
De la desbaratada infantería ;  
Salta del lecho y sale de su tienda  
Con sola espada, al tiempo que venía  
El africano bárbaro arrogante,  
Con mil vencidos pechos por delante.

Deten, canalla vil desordenada,  
Dice el francés, y de un escudo afierra,

Y con él, con su cólera y su espada,  
Con Rodamonte y su soberbia cierra;  
Y apuntando á la gola una estocada,  
Aunque por su desgracia el golpe yerra,  
Tal fue su furia y su llegar tan presto,  
Que le llevó seis pasos descompuesto.

Valióle al yerno del francés caudillo  
Coger al rey de Argel de sobresalto,  
Que á tener mas lugar de prevenillo,  
Su muerte fuera el descompuesto asalto:  
Yo solo que lo ví puedo decirlo,  
Que fui á ayudarle en verle de armas falto,  
Al tiempo que el jayán de rabia loco  
Le era para vengarse el mundo poco.

Lanzando humo y fuego la visera,  
Y los dientes quebrando de coraje,  
Sobre el francés la cimitarra fiera  
Hace á dos manos que furiosa baja:  
Fue su reparo el ir á la ligera,  
Y un salto que por medio no le raje,  
Que á esperarle fiado en el acero,  
Dos Gaiferos hiciera del primero

Al desviarse del bajóla espada,  
Y á un duro risco en inmortal empeño  
La mitad de ella se quedó clavada,  
Y bramando de cólera su dueño;  
Por junto al firme puño destroncada,  
Y viendo el golpe en vano, aquel pequeño  
Trozo que de su alfange halló consigo,  
Furioso envió á buscar á su enemigo.

El bravo Alcín, y el bello Atenedoro,  
Ambos competidores y galanes,  
Que por la dama que gozó Medoro  
Otro tiempo pasaron mil afanes;  
A la sazón que el descompuesto moro  
De la espada arrojó los gavilanes,  
En favor iban del francés Gaiferos,  
Matando el uno, el otro haciendo fieros.

Y aunque Alcín el tiro el moro de arrogante,  
A Atenedoro dió que era el postrero,  
Que no está todo el riesgo en ir delante,  
Ni el peligro mayor en ser primero:  
La celada le abrió, que á ser diamante  
Lo mismo fuera entonces que de acero,  
Poniéndole los sesos por el suelo,  
Y á Alcín eternas treguas en su celo.

Gaiferos que vió el golpe, y la herida,  
Y que le libró de ambos su destreza,  
No huye el riesgo, que salvar la vida  
Padeciendo la honra no se grandeza,  
Y aunque está la ventaja conocida,  
Y armado de los pies á la cabeza  
El moro, y él sin armas todavía,  
En mas que el hierro está la valentía.

Por la cimera le alcanzó un mandoble,  
Que de plumas dejó sembrado el suelo,  
Y forzó al fiero rey que humille y doble  
El cuello altivo á su orgulloso celo;  
Que honra herida en sentimiento noble,  
No hay cosa que acometa con recelo,  
Tras él le da una punta y otra punta,  
Por quien tal vez la roja sangre apunta.

El moro que se halla sin espada,  
Y de un hombre sin armas ofendido,  
En rabia ardiendo con la vista airada,  
Parece al cielo vuelto áspid herido;  
Y de la peña que dejó cortada,  
Un duro risco en alto suspendido  
Contra el francés arroja, y arrojara  
El monte Tauro que á sus pies hallara.

Bien así el ciego Polifemo bruto,  
En descompuesta cólera encendido,  
Sintiendo irse por agua el griego astuto,  
En su humilde vellón entretejido;  
De la puerta del sótano con luto

El gran peñasco asíó, y tiró al ruido  
Del libre preso ya, y el peso grave  
Hiciera en medio el mar hundir la nave.

No fue de riesgo el espantoso tiro,  
Aunque se llevó á Fabio por delante,  
Fabio infeliz, que natural de Epiro  
En Francia subió á noble de farsante;  
Y dando el alma el último suspiro,  
Confesó que la culpa de arrogante  
Mudar le hizo de oficio y pasatiempo,  
Y en la guerra morir antes de tiempo.

Mas no dejó su muerte sin vengauza  
El francés capitán, que al homicida  
A dos manos por medio el cuerpo alcanza  
De un revés diestro una mortal herida;  
Dada en tal ocasion, con tal pujanza,  
Que á no estar la escarcela guarnecida  
Con redobladas láminas de acero,  
Mucho antes le matará que Rugero.

Fue encenderle la cólera al gigante,  
Que saliendo de sí de rabias lleno,  
Un duro roble asíó que vió delante,  
Cual seca caña de liviano hero;  
Y de él ya hecho un bárbaro montante,  
Lleva á dos manos sin templanza y freno  
A descompuestos golpes el medroso  
Campo huyendo de su herir furioso.

Las calientes entrañas escondidas  
Ya por el valle aquel deja sembradas,  
Los destrozos, crueldades y heridas  
Sin cuento fueron para ser contadas;  
Diferencias de muertes nunca oídas,  
Antes puestas por obra que inventadas,  
Aquí destroza y hunde, acullá mata,  
Y un campo entero asombra y desbarata.

Así tal vez del Alpe se desgaja  
Peñasco altivo en impetu furioso,  
Que á buscar en el centro humilde baja  
A pesar de los árboles reposo;  
Y si la encina, el fresno, ó roble ataja  
A su caída el vuelo presuroso,  
Hasta arrojarle en el profundo valle  
Por cuanto encuentra rompe, y hace calle.

Tal el jayán en su tropel violento  
El roto campo con furor derrama,  
No causa mas horror el ruido viento  
Cuando en las olas del Egéo brama;  
Y á escarpar solo el marinero atento  
A Santelmo en devotos gritos llama,  
Que del moro el destrozo y el gemido  
Del campo humilde á su furor rendido.

Y mientras el soberbio rey de Sarza  
Tales blasones labra á costa nuestra,  
Bravo en ver que el francés huya, y se esparza,  
Medroso de los golpes de su diestra;  
El valiente Alancredo de Galarza,  
Del montañés valor su parte muestra,  
Defendiendo la bella Melisenda  
De mil moros que acuden á su tienda.

Era el jóven feliz de ánimo vivo,  
Briosa portacion, y fuerza brava,  
Galan, diestro, cortés, bizarro, altivo,  
Que el rojo bozo apenas le apuntaba;  
De una bella mujer recien cautivo,  
Que á la francesa infanta acompañaba,  
Y la forzó de intento su ventura,  
Mas que el sol bella, y mas que el mármol dura.

Dióle el gusto y el alma por despojos  
A las primeras vistas de su gala,  
Y ella por una gloria mil enojos,  
Que amor es peso que jamás se iguala:  
Bien que tal vez con halagüenos ojos  
Le acaricia al descuido y le regala,  
Que no hay mujer tan dura y desabrida  
Que del todo aborrezca si es querida.

Tocóle aquella noche ser de guarda  
A la real tienda, cielo de su gloria,  
Adonde en sueño en vuelta la gallarda  
Rosía, del ní de si tiene memoria:  
Mas el que ama de veras nunca aguarda  
A si es ó no su voluntad notoria,  
Que en cuanto liace, habla, piensa, siente,  
Siempre se da el amante por presente.

Fue por ser visto el montañés gallardo  
Mas puesto á lo galán que á lo seguro,  
Bizarra calza de amarillo y pardo,  
Grabado, pero ardiendo en oro puro;  
Plumas en el sombrero, y por resguardo  
De una acerada cofia el temple duro,  
Relumbrante rodela, espada y daga,  
Y un gran valor que á todo satisfaga.

De verde y plata el fino arnés grabado,  
De aljofar y oro los bordados tiros,  
Una banda de perlas y encarnado,  
Y un collar de diamantes y zafiros;  
Y un barco entre dos aguas engolfado,  
Que las altera un ciego con suspiros,  
En la rodela, y este mote abierto,  
»Donde está el bien dudoso, el mal es cierto.»

No se vió en los cristales de Zeliso,  
Ni trastornó las flores del Parnaso  
En mas lozano talle su nareiso  
Siguiendo á un presto corzo en campo raso;  
Ni con mas gracia, mas primor ni aviso  
Notó Beocia su gallardo paso,  
Cuando fue de sus selvas el tesoro  
Con arco de marfil y flechas de oro:

Que el brioso Alancredo con su gente  
A hacer la ronda fue, y guarda á su dama,  
Donde los arboles del Oriente  
Le saludaron con su nueva llama;  
Y el mauritano campo de repente,  
Con la ocasion de un gran renombre y fama,  
Dándole amor aliento, el honor brio,  
Y su espada de sangre mora un rio.

El rubio orion, que con su alfange de oro  
El mundo alumbraba, parecia á la puerta  
De la real tienda, cuando el cauto moro  
La asaltó en sueño sepultada y muerta;  
Y el de su nuevo amor viendo el tesoro  
Al riesgo puesto de una suerte incierta,  
Y que aun los bravos huyen, sale ciego  
De honra y amor de dos haciendo un fuego.

»Teneos, dice, cobardes, ¿dónde os lleva  
El deseo infame de vivir sin honra,  
Que antes de hacer de los contrarios prueba,  
Desu temor haceis vuestra deshonra?  
Tened, parad, volved, haced que os deba  
Mi espada el verla un rato como os honra,  
Y de este orgullo os da, que ahora os espanta,  
A costa suya una venganza santa.

Si tanto miedo os pone el de la muerte,  
¿En cuál parte del mundo no se halla?  
¿Dónde ó cómo podrá la humana suerte  
Dejar por mas que huya de alcanzalla?  
¿Adónde al flaco campo huió del fuerte,  
Cobarde, vil y misera canalla?  
¿A qué castillo, á qué ciudad, qué muros,  
Si con trincheas aqui no estais seguros?»

Dijo, y en tanto que él con sus razones,  
Y los sangrientos filos de su espada,  
Venció algunos honrados corazones,  
Y mató alguna gente desmandada:  
Una escuadra de alarbes nasamones,  
Gente en las sirtes libicas criada,  
La tienda real entró, prendiendo en ella  
A Melisendra ilustre, y Rosía bella.

El montañés que mira su esperanza  
Mudada en posesion de un torpe moro,  
Y que en cualquiera punto de tardanza

A mortal riesgo queda su tesoro:  
Furioso en medio el escuadron se lanza,  
A rescatar con sangre y no con oro  
La vida de su alma que es amante,  
Y está á verle morir su amor delante.

Hiere de tajo, de revés y punta,  
Y á voces, golpes, gritos y heridas,  
De amor la furia á la de Marte junta,  
Rinde, espanta, acobarda, y quita vidas;  
Y al que la suya vió llevar difunta,  
Con manos sin temor descomedidas,  
Los ojos cau que osó verla agraviada,  
Ambos se los cosió de una estocada.

A otro el brazo cortó, dejando asida  
La mano al velo de oro y halagüeño,  
Por donde la prendió medio dormida,  
Y le quitó la libertad y el sueño;  
Y ya en ella y su honor restituida,  
»Toma, dice, señora, este pequeño  
Servicio, del que indigno de tal palma  
No se atreve tambien á darte el alma.»

Ella en alegres ojos y alma ardiente,  
Con un tierno suspiro vergonzoso  
El riesgo le pagó y favor presente,  
Que á mas que esto un mirar es poderoso;  
A la sazón que un bárbaro inelemente  
Al francés lecho perturbó el reposo,  
Por saquear la bella Melisenda,  
Y el rico mueble á su asaltada tienda.

Pone punto al amor, y á la honra acude  
Suya en un trance tal, y de la infanta,  
Y sin que el jayán fiero el paso mude,  
La cabeza le deja sin garganta:  
Haciendo en esto que la reina dude,  
Si el bulto muerto mas que el vivo espanta  
El lecho, antes de gusto, ya cubierto  
De roja sangre, y un contrario muerto.

Los demás que en la tienda al robo atentos  
Por interés sin honra habian entrado,  
Asombrados de golpes tan violentos  
Por la vida renuncian lo robado;  
Y al victorioso amante entre lamentos  
De francesas beldades rodeado,  
Que asidas todas de él, pensó cada una  
Guarecer en la suya su fortuna.

La tienda reforzó cual mejor pudo.  
Y al paso se hizo una invencible roca,  
Donde un ciego monton de pueblo rudo  
Confuso arremetió con furia loca;  
Por capitan un Zahará membrudo,  
Nacido del rio Cénega en la boca,  
Que al filo de una corva cimitarra,  
A un hombre dentro de su arnés desgarró.

Acertóle uno al montañés valiente,  
Y no bastando á todo la rodela,  
Parte aunque poca le alcanzó en la frente,  
Que le sirvió á su cólera de espuela:  
Tras él la chusma de la negra gente,  
En confuso escuadron y estrecha muela,  
Por todas partes le acomete y pica,  
Y en sangre ajena y propia le salpica.

Uno le arroja un dardo, otro una flecha,  
Otro el venablo que á sus piés enclava,  
Este con él se afirma, aquel le flecha,  
Este hiere de alfange, aquel de clava:  
Parecia nube y tempestad deshecha,  
Que instrumentos de guerra granizaba,  
Cruzando por el aire hechas cometas,  
Chuzos, lanzas, gorgueces y saetas.

Y él como áspera roca á todos vientos,  
En medio el turbulento mar sentada,  
Que de los alterados elementos  
Es por mil partes juntas contrastada;  
La mar carcome, y bate los cimientos,  
De rayos, aires, y ondas asaltada,

Y ella firme en sus ásperos bajos  
De lejos pone espanto á los navios.

Andaba por mil partes mal herido,  
Aunque de todas á su honor vengado,  
Que no hay en su esgrimir golpe perdido,  
Ni en su reputacion tiempo olvidado;  
Mas ya de tanto bárbaro ofendido,  
Y de ayuda y socorro desahuciado,  
La rodela arrojó, y asió la espada,  
Que ha de dejar su cólera vengada.

Y al feroz capitan en brio lozano,  
Al pasar de dos brazos quitó el uno,  
A otro dejó en un pié y sin una mano,  
Y á otro cortadas ambas sin ninguno:  
A este biere de corte, á aquel de llano,  
Y este y el otro ensarta de uno en uno,  
Hiende, parte, rebana, descabeza,  
Y cuando al parecer acaba, empieza.

La bella Rosia que en sangriento día  
Su caro español ve pisar la tierra,  
Y la pena del riesgo en que le via  
Al rostro saca lo que el pecho encierra:  
Deseosa de tenerle compañía,  
Y con vista de paz templar su guerra,  
Sin ocasion salió, que la sacaba  
Cloto, y el filo ya á su estambre daba.

Eran escarches de oro sus cabellos,  
De un cielo de marfil ricas techumbres,  
Que en tiernas rosas y jazmines bellos  
De su garganta dan doradas lumbres:  
Los ojos de azabache, y dentro de ellos  
De placenteras niñas dos vislumbres,  
Que al sol retozan, que en coral hacia  
La rica concha de quien nace el día.

Salió á ver el ejército enemigo,  
Y así le dice á su español brioso:  
»Tu brazo el cielo esfuerce, ó caro amigo,  
Y de riesgo te saque tan dudoso:  
Animo amor, que moriré contigo,  
¡Oh Anercio triste, agüero prodigioso,  
Fortuna cruel, que á la primera suerte,  
Quieres que sea el favor azar de muerte!»

Aun mas queria decir, cuando de lleno  
La voz le atajó un dardo, que venia  
Deseoso de llegar al blanco seno,  
Donde su cielo la beldad tenia:  
Cayó cual tierna flor en valle ameno,  
Al tiempo que su amante revolvía  
A darle el alma y vida por despojos,  
Y cobrarla él de nuevo de sus ojos.

¡Oh tragedias de amor, glorias de viento  
Las que el tiempo nos muestra en sus mudanzas!  
¡Vienen en sombra, sombras de contento,  
Tesoros de engañadas confianzas!  
¡Con qué facilidad mudan asiento  
Las mas bien asentadas esperanzas!  
¡Oh mi gloria, acabada ya, y perdida!»

Dijo Alancredo al golpe de su vida.

Quiso ir á recibir entre sus brazos  
El desmayado cuerpo de su dama,  
Y los primeros y últimos abrazos  
Con que sin tiempo le convida y llama;  
»Mas lo merezco, dice, tales lazos,  
Ni que de mí en el mundo quede fama,  
Si antes no le quitare con la vida  
La gloria de tu muerte al homicida.»

Así dijo, y cual Hércules furioso,  
Con el incauto don de Deyatira,  
Rompe, quiebra, destroza, y presuroso  
Los altares trastorna ardiendo en ira;  
Hasta llegar al mensajero odioso  
Que el presente le dió, y temblando mira,  
Y en él á su furor ciego entregado,  
A no poder ya mas muere vengado;

Así de Rosia el sin ventura amante

Furioso entró en el escuadron tejido,  
Rompiendo cuanto encuentra por delante,  
Hasta el cobarde moro mal nacido;  
Que con medroso y tímido semblante,  
Del tiro y daño hecho arrepentido,  
Las espaldas volvió, mas no se fuera,  
Aunque por padre á Dédalo tuviera.

Por el crespo cabello, áspero y duro,  
Bramando le ase, y dél rastrando tira,  
Y haciendo que le den paso seguro,  
Seguro va á pesar de quien le mira,  
Adonde yace entre un confuso muro  
De armas un rostro bello, en quien espira  
Del mundo la beldad, de honor lo justo,  
De amor lo fino, y de su amante el gusto.

Llega, y haciendo campo con la espada,  
El delincuente preso le presenta,  
Y así le dice con la voz turbada:  
»Remate triste de mi alegre cuenta,  
Suspende por un rato la jornada,  
En tanto que esta víctima sangrienta  
En tu altar sacrífico, y yo tras esto  
A seguirte y morir por tí me apresto;

Que no es bien que la pena de perderte  
Pueda menos en mí que un enemigo,  
Y que la aprehension del bien de verte  
No me lleve tras tí á verme contigo:  
Mi corta vida se acabó en tu muerte,  
Y así es muy fácil de acabar conmigo;  
Sigo tus pasos, que á quien vive en pena,  
La muerte mas penosa le despena.

Ya la vida me sobra, y el suave  
Deleite del morir siento en el pecho,  
Gloria y gusto que no se alcanza y sabe  
Sino es al punto deste paso estrecho:  
Que el cielo á este secreto echó la llave  
Porque el mundo quedase de provecho,  
Que á saberse lo dulce de la muerte,  
Fuera el largo vivir adversa suerte.»

Así dijo, y al moro que fue causa  
De la triste tragedia clavó al punto  
La daga al corazon, con que hizo pausa  
Su miedo, y se estendió el cuerpo difunto;  
Y tomando en sus brazos quien le causa  
Tormento, vida y muerte todo junto  
Los ya turbados ojos un instante  
Para mayor dolor puso en su amante.

Y con la débil voz enflaquecida,  
Como aceptando el sacrificio hecho:  
«¡Ay, dice, honesto amor, prenda querida,  
Cuan tarde conocí tu honrado pecho!  
¡Inglaterra, que te vine á dar la vida,  
A tiempo que ya no era de provecho!  
Siendo para morir con pena eterna,  
Dura en la vida, y en la muerte tierna.

Mas si una alma es de estima en quien mudanza  
No habrá ya para siempre, en ella viva...»  
Fue á decir tu memoria, y no le alcanza  
La última parte que quedaba viva:  
Cayó muerta, y con ella la esperanza  
Del triste amante, que con ansia esquivaba  
Del presente dolor, y la perdida  
Sangre, también allí quedó sin vida.

En tanto el francés campo, á la potencia  
Del fiero rey de Argel, cayó delante,  
Sin caudillo que hiciese resistencia  
Al furor de su ejército arrogante;  
Que á unos el miedo, á otros la imprudencia,  
Para darlos rendidos fue bastante,  
El moro con soberbia vanagloria,  
Del despojo gozando, y la victoria.

Yo en tanta confusion del ya vencido  
Campo francés las sobras derramadas  
Cual pude recoger, aunque mal herido,  
En escuadron y mangas concertadas;

Gente visóna, pueblo mal regido,  
Que los de pundonor y armas honradas,  
Por varios trances, en diversos modos,  
Sin dar un paso atrás murieron todos.

Cuatro mil desta gente alborotada,  
Al ronco son del repentine asalto,  
A defender su honor mal enseñada,  
En mi real estandarte hicieron alto:  
Melisendra á Sansueña fue llevada,  
Su esposo, de armas y de sangre falto,  
Quedó donde un soldado fugitivo  
Por muerto entre los muertos le halló vivo.

Con estas sobras de vencida gente  
Al socorro pasé del rey ingrato,  
Que en Samos, en custodia suficiente,  
Sin magestad vivía ni aparato;  
Cual ya otra vez huyendo la insolente  
Tiranía se libró de Mauregato,  
Que de aquel santo claustro la guarida  
Dos veces le dió el reino, y dos la vida.

Rehice allí sus fuerzas con la mía,  
Y el bastante presidio reforzado,  
La vuelta de Leon tomé otro día,  
Injusta corte del tirano alzado;  
Por si abría puerta, ó encontraba guía  
De reduccion al pueblo rebelado,  
Y con deseos tambien de ver mi esposa,  
Del cielo de mis gustos alba hermosa.

Filareo un noble caballero godo,  
Candillo fiel de aquellas dos banderas,  
Que en Mondoñedo contra un campo todo  
De unas hojas se armaron de liagueras;  
A cuya sombra se peleó de modo,  
Que cobraron cien bellas prisioneras,  
Y á España dieron libre del pedido,  
Y á Figueroa blasones y apellido:

Deste fue hija Arlinda, por quien vivo  
Alegre al rayo de sus ojos bellos,  
Desde el día que amor blando y esquivo  
Para mi bien labró su alcázar dellos:  
Vilos en mi niñez, fui su cautivo,  
Y todo el cielo de mi gloria el vellos,  
Hasta que en día feliz, y hora dichosa,  
Rey de mis gustos fui, y ella mi esposa.

Trazóse el nudo de mi honrado intento  
Para la vuelta y fin de la jornada  
Del viaje de Lutos, y este asiento  
La ocasion suspendió de mi embajada:  
Llevado pues de mi amoroso aliento,  
Y la real pretension justificada,  
Por si en los tratos descubriese modo,  
Que al rey pueda importar y al reino todo.

Llegué á la corte en hábito encubierto,  
El riesgo huyendo del tirano brio,  
Solo al infiel Garilo descubierto,  
Un hombre hecho de solo el favor mio;  
Sagaz, traidor, doblado, astuto, incierto,  
Con mas mudanzas que el raudal de un rio,  
Y con un medio tan de azares lleno,  
Ventura fue salir suceso bueno.

Peligro es levantar á honras mayores  
Sin gran virtud humildes nacimientos,  
Solía decir este ayo de traidores  
En favor de sus falsos pensamientos:  
Que los niños se engañan con amores,  
Y los hombres con falsos juramentos;  
Y que en su mejor ley el mundo quiere,  
Que-aquel tenga mas del que mas puidiere.

Entré escondido, y en su humilde teché  
Con fingido recato recibido  
Lo mas guardado le mostré del pecho,  
Y el fin honrado tras que habia venido;  
Y habiéndole del alma alcaide hecho,  
Dél, y la obscura noche guarecido,  
A mi Arlinda fui á ver, yendo conmigo

El alevoso en hábito de amigo.

Hallé la ilustre casa alborotada,  
Y mas se alborotó con mi venida,  
Por nueva desventura no pensada,  
De loca ocasion bárbara nacida;  
El sin lealtad tirano en mano armada,  
Insolente furor y alma atrevida,  
Enamorado de mi esposa bella,  
Casarse á su pesar quería con ella.

Habia intentado el caso por mil modos,  
Ruegos, lisonjas, fieros, amenazas,  
Y habiéndole salido en vano todos,  
A las armas se fue, y dejó las trazas;  
Y un escuadron de cien bastardos godos,  
De aleve sangre y de mestizas razas,  
Envío, que por fuerza ó ruegos rinda  
Del padre el gusto, y de su hija Arlinda.

Vine de un nuevo enjambre de cuidados  
Cercada la confusa fantasía,  
Los puertos todos del favor tomados,  
Y la salud sin esperanza y guía:  
Mas el aprieto y casos ponderados,  
El breve tiempo, la venida mía,  
La fuerza del tirano, el mando injusto,  
Y el peligro comun de honor y gusto;

Todo alumbró el confuso entendimiento,  
Y una quimera fabricó de vista,  
Que puede mucho un noble pensamiento,  
Y es la necesidad grande tracista:  
O fue desesperado arrojamiento,  
O sentencia que el cielo dió en revista  
Contra el tirano infiel, cuya insolencia  
En nada halla y tiene resistencia.

Yo fui de parecer que libremente  
Al rey se entregue mi querida esposa,  
Corriendo un velo de alegría aparente  
Al triste ceño y cara vergonzosa;  
Pues pretenderla resistir sin gente,  
Volverla afrenta fuera mas vistosa,  
Y donde la insolencia y fuerza daña,  
A veces suele aprovechar la maña.

Fue ya opinion del ofendido viejo,  
De Hércules Libio ilustre descendiente,  
Que donde no alcanzare el gran pellejo  
Del fuerte leon, se añada el de serpiente:  
Que las fuerzas se ayudan del consejo,  
Y el animoso aprenda á ser prudente,  
Que donde á ganar nada se aventura,  
Perderse no es valor sino locura.

Esto dispuse, y no perder su lado,  
Que es el riesgo de honor grave herida,  
Y en hábito de dueña disfrazado,  
Para la muerte encaminé mi vida:  
De un secreto puñal el brazo armado,  
Que de uno de los dos fuese homicida,  
Del tirano, ó si acaso errase el hecho,  
Se entrase de temor dentro en mi pecho.

Convino el grave acuerdo efectuarse  
A la priesa mayor que el tiempo daba,  
Sin ver el daño que era no guardarse  
Del traidor que allí en vez de amigo estaba:  
¡Oh! ¡cómo debe un cuerdo recatarse,  
Si al mejor tiento la lealtad se acaba!  
Y la sin premio envidia muchas veces,  
Para matar con una hace dos teces.

Arlinda con la guarda del tirano,  
Y con la mia dejó su honrada casa,  
Y al palacio guió, en que el rey en vano  
Contando el tiempo los minutos pasa,  
Trazando el gusto de entregarse en vano  
En la alta posesion de un bien sin tasa,  
Que un gran deseo sueña montes de oro,  
Que suelen ser al despertar de lloro.

El sin lealtad Garilo de otra parte,  
Sin mayor premio que mostrarse ingrato,





A riesgo de ambos trata de dar parte  
Al falso rey de mi encubierto trato;  
Y á toda prisa y diligencia parte  
A decir con el suyo mi recato,  
En el de un memorial, que contenia,  
Tras su infame traicion la lealtad mia.

Ya la cuadra real se habia cerrado,  
Y el rey con las cortinas en su lecho,  
Al lado suyo Arlinda, yo á su lado,  
Bañando ambos en lágrimas el pecho;  
Y él con el tierno suyo enamorado,  
Procurando ablandarla sin provecho,  
Cuando sonó en la guarda de improviso,  
Que al rey le traen un importante aviso.

Garilo al rey gallego es quien lo envia,  
Y á quien la honra y vida importa el caso...»  
Así su dulce historia proseguia  
El noble godo, cuando el sábio Eraso  
Su nuevo alcaide, sienten que venia,  
Y él por oírlos entretuvo el paso,  
Y Teudonio el aviso de Garilo,  
Y yo tambien, pues se ha quebrado el hilo.

Que el rumor de la guerra es ya de modo,  
Que el aire en ciega confusion envuelve,  
Y en la francesa furia y valor godo  
Rayos Marte del rojo alfange vuelve:  
Trae revuelto Morgana el mundo todo,  
Sola ella es quien su cólera revuelve,  
Y la ira mujeril cuando se ensaña,  
Entre las iras es la de mas saña.

Y aunque en el lago blanco retirada,  
Vergonzosa quedó aquel triste dia,  
Que Orlando pudo con la nueva espada  
El jardin destrozár en que vivia;

Ni dél, ni de su injuria está olvidada,  
Que en tristes ansias la alimenta y cria  
Dentro el alma, buscando de continuo  
Para vengar su deshonor camino.

El grave ultraje á su guedeja de oro,  
Con libre y atrevida mano hecho,  
Y en la encantada sala del tesoro,  
Ya el precioso carbunco sin provecho,  
Los reyes libres, y olvidado el moro,  
Ardiente fragua á su lascivo pecho,  
Trocado todo en gustos de venganza,  
Que son los que en mujer no hacen mudanza.

La ciega noche atenta contemplando  
Del pardo cielo aspectos y señales,  
Fue en puntos de efemérides sacando  
De los pasados los futuros males:  
Saturno al sol en diámetro mirando,  
Marte con un cuadrado aspecto, iguales  
Desde Canero á Saturno, y al sol mira;  
El aire altera, el mundo enciende en ira.

Y en estos astrouómicos secretos  
La mudanza de un reino vió escondida,  
Y en sus soberbias gentes mil efetos  
A su salud contrarios, y á su vida:  
Cerró el libro, y con cercos mas perfetos  
A un apremiado espíritu homicida  
La cuenta pide, y que la dé si sabe  
Adonde el cielo agüera un mal tan grave.

A la honda boca de una obscura cueva  
Deseñada la halló el siguiente dia,  
Y en medio sus conjuros la luz nueva  
El alma la asombró que la seguía;  
Huyó á su centro, y ella con la nueva  
De deseada venganza y alegría



La vuelta daba, cuando dió con ella  
La bella Alcina, en su carroza bella.

Son del mago colegio estas dos Hadas  
Las que mas se conforman en los gustos,  
Y así ahora de su antiguo amor llevadas  
Al cuello hacen los lazos mas robustos;  
Y en la carroza de marfil sentadas,  
Olvidados de Francia los disgustos,  
Entiérno labio y pláticas sabrosas  
Cuenta se dan y piden de sus cosas.

Llegan al real palacio de Morgana  
Cuando ya el sol de lleno le embestia,  
Y entre el rocío del campo y la mañana  
En lumbreras de oro y de cristal se ardía,  
Donde el diestro pincel con mano ufana  
Bellos dibujos á la vista envía,  
Sonando el pueblo dentro, antes dormido,  
De las puertas de bronce al gran ruido.

Cercada de sirvientes la carroza,  
De bellas ninfas, y bizarros pajes,  
Que en fresca juventud, y sangre moza,  
Salarios gozan de la llada y gajes,  
Pasan la altiva puerta, en quien retoza  
La vista por bellísimos follajes,  
De ricas piedras hábraro tesoro,  
En finos jaspes con perfiles de oro.

Entran al primer patio en forma ovada,  
De altas columnas de alabastro hecho,  
Donde en arcos de bóveda sentada  
La cimbra sube, y vuela el antepecho:  
De allí, en dos nuevos cuerpos levantada,  
La máquina se encumbra al postrer techo,  
Que en varias acrotérias se remata,  
De enlazados estucos de oro y plata.

Aquí al gran peso de un cristal de roca,  
Al frío rigor del polo congelado,  
Una clara inmortal fuente provoca  
A sed el apetito mas templado:  
Cien faunos lanzan agua por la boca  
En armonía y son diferenciado,  
Y en otras tantas urnas cien hermosas  
Ninfas las ondas cogen deleitosas.

Estas sufren en peso otra ancha taza,  
Sobre quien una y otra y otra crece,  
De tantos caños, y tan varía traza,  
Que el sutil artificio desvanece:  
Y así en nuevos primores los engaza  
Los unos por los otros, que parece  
Que es toda junta, en su primor distinto,  
De agua y cristal un bello laberinto.

El patio, á toda cuenta y primor hecho,  
De encajes bellos de bruñidas losas,  
Y por los corredores, trecho á trecho,  
De valiente pincel prendas vistosas:  
De plata los balaustres y antepecho,  
De jaspes escaleras anchurosas,  
Cuyas pomposas puertas y ventanas  
Dan de ébano y marfil sombras galanas.

De relevado estuco y artesones  
Las bóvedas bellísimas, con cuantas  
Piedras de ingrato amor, transformaciones  
De bellas ninfas, y torcidas plantas  
Da la parlara Grecia en sus ficciones,  
Y en sus verdades las historias santas,  
Cuyo diestro pincel abre en la vista  
De gusto al alma un nuevo coronista.

De cuadros de primor ricos encajes  
Coronan la imperial tapicería,  
Con faunos, fuentes, riscos y follajes,  
Dianas, Venus, cazas, montería:  
Una Flora entre rosas y celages,  
Un muerto Adonis, una Procris fría,  
Aquí un Faeton cayendo, acullá un Midas,  
En oro las arenas convertidas.

Pasaron las dos Hadas á sentarse

En persianos tapetes de brocado,  
En una sala, que á dejar mirarse  
Su techo de oro y pedrería grabado,  
Pudiera de pobreza avergonzarse  
Neron con su palacio celebrado,  
Aunque fue el desconcierto sin segundo,  
Que el oro embelbió en sí de todo el mundo.

Exalando perfumes y vapores  
De aromas finas, pebeteros de oro,  
Con lo mejor de Arabia, y sus olores  
Fiesta á la diosa hacen del tesoro;  
Y de cítaras, liras y cantores,  
Vigüelas y harpas, un tropel sonoro,  
En conforme y suavísima armonía,  
Le añaden gala á la en que nace el día.

En gozar della, y ver la hermosura  
Del fértil campo en bellos miradores,  
De la aurora pasaron la frescura,  
Y del sol los primeros resplandores:  
Mientras el maestresala, que procura  
Las mesas adornar y aparadores,  
Con vasos de oro, en pompa ufana y larga,  
De rica y nueva magestad los carga.

En la sala de Apolo la real fiesta  
Por mas ostentacion hizo aquel día,  
Dicha así, de una imagen suya puesta  
En un rico Parnaso que allí había,  
Con soberbios collados y floresta,  
De árboles de oro y varia pedrería,  
Aves de alegres plumas y colores,  
Y ricas perlas en lugar de flores.

Viase Dafne en medio, convertida  
En un fresco laurel; viase á su lado  
El dios de amor, la venda desceñida,  
Riendo el triunfo, al arco recostado:  
Llorando Apolo, Dafne arrepentida,  
El mundo triste, y el cruel vengado,  
Y entre las arboledas de Peneo  
Tañendo á veces y cantando Orfeo.

Es de la altiva sala la techumbre  
Un repartido cielo en mil estrellas,  
Que del sol de un carbunco enciende lumbrer  
La plateada luna á un tiempo, y ellas;  
A quien sigue la escelsa pesadumbre  
De clavos de cristal y ruedas bellas,  
Con su cerco vital, cuyo tesoro  
La esfera parte en varios climas de oro.

Los apartados pólos, donde el yelo  
El blanco nacar da á las ondas frías,  
Las templadas regiones, y aquel suelo  
Donde tú, Apolo, soplo ardiente envías;  
El Oriente abrasador del cielo,  
Término de las noches y los días,  
Profunda sima, y anchurosa cava,  
Adonde el mundo sin morir se acaba!

El abrasado igual meridiano,  
De luz sembrado y puntas de oro fino,  
Cuya dorada y no torcida mano  
Fiel lumbrer al mundo llueve de continuo;  
Los trópicos de invierno y de verano,  
Del sol cerrada cárcel y camino,  
Uno de nieve y tempestad cubierto,  
Y en siempre nuevas flores otro abierto.

La línea de igualdad, cuyas vertientes  
Los montes miran sin ninguna altura,  
Que unas tiznadas y desnudas gentes  
Cultivan en eterna calentura:  
Los coluros que ciñen ambas frentes  
A los dos nortes, y con luz segura,  
El estrellado cerco que los guía  
Adonde vive sin morirse el día.

Hay un camino de oro que divide  
Del círculo vital la anchura ardiente,  
Por quien el rubio sol que el cielo mide  
Ya con luto se ha visto entre la gente;

Y la encantada luna, que preside  
Al flojo sueño en su mayor creciente,  
Se vió alegre salir con sus estrellas,  
Y faltarle la luz en medio dellas.

Relumbra aquí el dorado vellocino  
Que un tiempo á Colcos hizo ser famosa:  
Y el toro que con cuernos de oro fino  
Nadando el mar pasó una ninfa hermosa:  
Dos niños, uno humano, otro divino,  
El canero y su ligura portentosa,  
El leon con la cerviz de oro estrellada,  
Y la virgen de espigas coronada.

El peso ajustador de nuestras horas,  
El escorpion de su veneno armado,  
El que con arco y flechas voladoras  
De tierna nieve deja el campo helado:  
El frio capricornio, que en sonoras  
Borrascas da el sereno mar turbado,  
El copero que á Júpiter infama  
Con los dos peces de argentada escama.

Las frias nieblas del nevado Atlante,  
El dorado orion armado y fiero,  
Que al triste y solitario caminante  
De guia á veces sirve y compañero:  
El carro de oro en ruedas de diamante,  
Las dos osas, las guardas, y el lucero,  
Y el fijo norte que á sus piés relumbra,  
Que es quien las horas de la noche alumbra.

O sea pincel sutil, ó mago aliento,  
Fuerza de ingenio, yerbas, ó conjuro,  
No hay en el cielo esfera, movimiento,  
Signo, estrella, planeta ni conjuro,  
Aspecto, casa, conjuncion, aumento,  
Oriente claro, ni Poniente obscuro,  
Que por esta ancha sala, y su discurso,  
No haga en su natural periodo curso.

El año, la semana, el mes, y el día,  
Creciendo en su volar, y descreciendo,  
La clara luz á la tiniebla fria,  
Con bellos rayos de oro hace ir huyendo:  
De la flor tierna que el verano envía,  
Dulce fruto el otoño está vertiendo,  
Por sustento al invierno y al estío,  
Este rico en calor, el otro en frio.

Sin lo que hermoso aquí la vista goza,  
Que es del mundo la máquina abreviada,  
La alegre escuadra de aves que retoza,  
Toda la vuelve en suavidad bañada:  
Canta, gorgoea, despierta, y alborozá  
A Orfeo, que ayude, si á Morgana agrada;  
Mas si ella con su gusto no lo entabla,  
Todo ello es oro muerto que no habla.

Sirve esta alegre pieza de intervalo,  
Y antecámara de otra mas secreta,  
Donde su estudio tiene y su regalo:  
De libros en quietud y paz perfecta:  
Yo en su dulce memoria me regalo,  
Que á un pacífico gusto y vida quieta  
En sabia juventud nada le iguala,  
Y mas con tal estudio, y con tal sala.

Aquí las reales mesas coronadas  
De costosas bajillas de oro fino,  
Con preciosos manjares ocupadas,  
Vestidas dió aquel día el blanco lino:  
Donde en comida espléndida á las lladas  
Las tazas colman de espumante vino,  
Y en graves salvas sirven y aparato  
La real ostentacion de cada plato.

### ALEGORIA.

De tal manera se puso el blanco y último fin desta obra  
en la moralidad y enseñanza de costumbres, que lo que  
en otra parece accidental y accesorio, puede confesarse  
en esta por principal intento; y así en ninguna parte va  
tan oscura, que no descubra y dé algunas centellas y

resplandores de si, mostrando debajo de la dulzura del  
velo fabuloso, la doctrina y avisos convenientes á la vir-  
tut; de modo que si aquí por evitar prolijidad no se des-  
cubre toda la alegoría, podrá con este estilo sacarla quien  
con atención la leyere.

En las prosperidades de Francia, tan vecinas á su  
caída, se descubre la poca estabilidad de los bienes tem-  
porales, y como entonces tiene el prudente mas que tem-  
er, cuando en mayor grandeza se halla, porque ni á  
la virtud le faltó emulacion, ni á la envidia modos para  
dañar.

Las lladas significan los efectos y pasiones del ánimo  
sensitivo, y así ninguna hay en que no se pinte alguno  
delllos: Alcina, el apetito amoroso; Morgana, el de la  
riqueza; Fehosilla, el de la fama; Falerina, que labró  
la espada para matar á Orlando, las astucias de la guer-  
ra, á cuyas manos suelen morir los mas invencibles ca-  
pitanes.

En Teudonio, tan privado en el gobierno del rey Cas-  
to, y luego puesto por él mismo en prision, se mues-  
tra lo poco que hay que fiar en favores de príncipes,  
que tan dispuestos están á pasarse de un extremo á  
otro, porque en cuanto hombres, aunque reyes, son  
mudables.

En la tragedia de Alancredo y Rosia se muestran cuan-  
tos juntos y engazados andan en los amores los gustos y los  
disgustos; y en la de Manuces en medio de los suyos,  
el ordinario fin de un tirano.

En Garilo, que traídamante quiere vender á su ami-  
go, el gran riesgo que hay en fiar secretos de importan-  
cia á hombre de quien no se tenga entera satisfaccion.

En la amistad de Alcina y Morgana se dice, que el  
apetito de la sensualidad y el de las riquezas, son las  
dos pasiones que mas unidas están en el deseo humano,  
y que hasta en los cursos de los cielos pretende el rico  
tener dominio.

## LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO. Cuenta Alcina á Morgana la causa de su venida,  
las admirables cosas que vió en la cueva de los llados: y para  
darle entera relacion de la persona de Bernardo, que las ha  
de dar vueltas de Orlando, y los demás paladines; refiere  
el origen de los godos en España, de cuyo linaje el descendiente,  
Morgana, agradada de la relacion del mancebo, promete darle  
para adornar de su persona las celebradas armas de Aquiles.  
Píntase la casa de lo fama, y la que hay de la venida del  
Francés. Libra Ferraguto una ninfa de las manos de un satiro,  
que se convierte en la fuente del Desengaño, y la ninfa en un  
lienzo de su labor en profecía le muestra algunos vaterosos  
capitanes de España.

Templó en tanto Gadir su laud dorado,  
Y todo en furor bélico encendido,  
Por el aire sutil dejó sembrado  
Del suave acento no resonar medido:  
De tan varia harmonía acompañado,  
Que el alma cautivó por el oído,  
Al dulce son que en los sentidos dejan  
Los golpes de las cuerdas que se quejan.

Y dando á los bemoles compañía  
La dulce voz de su divino canto,  
La beldad comenzó á cantar, que el día  
Al mundo saca en su rosado nanto:  
Las flores que derrama la alegría,  
En que á la noche trueca el ciego maná,  
Y en invisible y blando movimiento  
De negras sombras barre y limpia el viento.

Hurta á la luna el oro de su esfera,  
Y á las estrellas su argentado brio,  
Entolda de jazmines su litera,  
Respira el aire blando aljofar frio,  
Sale el dorado sol, la mar se altera,  
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío,  
Y de su barro el caluroso aliento,  
El bajo suelo humea, y arde el viento.

Y ya despues que toda esta hermosura  
Al bello rostro acomodó de Alcina,  
Y el lisonjero labio su dulzura  
Envuelta dió en destreza peregrina:  
La antigüedad del largo tiempo obscura

Veloz cantó, y la priesa en que camina  
El origen del mundo, y cuando el cielo  
Feliz principio halló á su inmortal velo.

Cantó de las modanzas de fortuna  
En su inconstante esfera el punto breve,  
Cantó al sol sus eclipses, y á la luna  
La luz que con dorados cuernos bebe:  
Cantó el fatal colegio, y de una en una  
Las Hadas celebró su canto leve,  
Tocando á vueltas no menuda parte  
De heróicos hechos del sangriento Marte.

Y acabada la música y comida  
En pomposa grandeza y aparato,  
La una magestad á la otra unida  
A gozar fueron del jardín un rato:  
En cuya alfombra fértil y florida,  
Vivo de la beldad dormía el retrato,  
Al templar con los árboles y el viento  
El tierno ruiseñor su alegre acento.

Había por él diversos cenadores,  
Sobre estanque y arroyos cristalinos,  
De estatuas adornados y primores,  
Y de diestro pincel cuadros divinos:  
Allí burlas y juegos de pastores,  
Personajes de risa y desatinos,  
Aquí brutescos, acullá grimazos,  
Y de olmos y de parras mil abrazos.

Después que con jazmines y claveles,  
Azules lirios y encarnadas rosas,  
Lo mas vistoso hurtando á sus vergeles,  
Sus cabezas volvieron mas vistosas:  
Al margen de un arroyo entre laureles,  
Sobre alcatifas pérsicas preciosas,  
A sombras frescas de una vid lozana,  
Así Alcina habló, y oyó Morgana:  
«Si ya deseas saber, oh reina hermosa,  
De mi nueva venida el fundamento,  
Que causa hacerme pudo venturosa,  
A hurtarle á tu vista este contento;  
Negocios graves, ocasion forzosa,  
A salir me obligaron de mi asiento,  
Aunque el gusto de verte lo hiciera,  
Del muerto mundo cuando allá estuviera.

Mas hoy este regalo y mi venida  
A tu servicio queden, y á mi cuenta,  
Que tú en venirme á ver serás servida,  
Y yo en verte cual ves rica y contenta:  
Un agravio comun nunca se olvida,  
Ni á un noble la memoria de su afrenta,  
Ni á un amigo, si lo es en lo que digo,  
La injuria que le hicieron á su amigo.

Después que tu jardín fue destrozado  
Por la mano de aquel francés furioso  
Que ganó á Balisarda, y ha ganado  
Contra nuestra nacion nombre famoso;  
Nunca de mi memoria se ha borrado  
De la afrenta el ultraje vergonzoso  
En que su espada nos dejó, y quedamos  
Las que de sangre tuya nos preciamos.

Y aunque ninguna goza en tu linaje  
Derecha accion á la fatal bebida,  
De cuyo vaso y su inmortal brebaje  
El brio descende á nuestra larga vida,  
Que recibido no haya algun ultraje  
Esta nacion francesa mal nacida,  
Todas sin hacer caso de los suyos,  
Como á mas principal lloran los tuyos.

Á tí contenta sola, á tí vengada,  
Desea en esta ocasion la mas briosa,  
Y yo mas como mas interesada,  
Y en yerros contra tí menos piadosa,  
Que como rica debes ser honrada,  
Y en solo este cuidado cuidadosa,  
Ninguna diligencia he perdonado,  
Oye lo que con ellas he alcanzado.

Donde el mar Jónico al Ténaro le baña  
Los verdes jaspes de su fértil vena,  
Y en bosque espeso y hórrida montaña  
Sobre las nubes se encarama y sueña:  
De entrada obscura, y abertura estraña  
De negro hollín, herrumbre, y lamas llena,  
Una espantosa cueva se descubre,  
Que el cielo y mar con humo altera y cubre.

Por esta se camina al ciego mundo,  
Y Alcides á esta luz sacó el cerbero,  
Cuando de las deidades del profundo  
Victorioso salió, arrogante y fiero:  
Aquí la muerte tiene otro segundo  
Caron, que asista y sirva de portero,  
A cuyo aliento y cálido bochorno  
El vivo huye, el muerto tiembla en torno.

En cierto aspecto de menguante luna  
La obscura cueva está en segura entrada,  
Hasta donde en los libros de fortuna  
La humana cuenta se nos da ajustada:  
Por tu ocasion aquí en hora oportuna,  
De fantasmas bajé y horror cercada,  
A consultar tu caso, y ser testigo  
De lo que allí hallé, y aquí te digo.

Después que por torcidos escalones,  
Vacíos de claridad, bajé á los senos  
De la tierra, y sus negros artesones,  
De hollín tiznados, y de sombras llenos,  
Antes del triste término y mojones;  
Del reino de Pluton vi unos serenos  
Campos, y allí un castillo, á quien el día  
De la suya una luz dudosa envía.

En la jurisdiccion de los mortales  
Este alcázar está, y quien dentro vive,  
De aquí el hado, los bienes y los males  
A la tierra despacha, y apercibe:  
Aquí con altibajos desiguales  
Fortunas labra, y su valor describe;  
Y aquí es al fin la casa de moneda,  
De cuanta el tiempo por el mundo rueda.

Aquí Demogorgon está sentado  
En su banco fatal, cuyo decreto  
De las supremas causas es guardado  
Por inviolable y celestial precepto:  
Las parcas y su estambre delicado,  
A cuyo huso el mundo está sujeto,  
La fea muerte y el vivir lucido,  
Y el negro lago del oscuro olvido.

Aquí se labra el siglo venidero,  
Y las humanas inviolables leyes,  
Que ni el tiempo las muda lisonjero,  
Ni las quebrantan principes ni reyes:  
Cuelga el último día del primero,  
Y en torpe yunta de alquilados bueyes  
Ara la vida el mundo, y nadie advierte  
Que es el vivir dar pasos á la muerte.

Aquí en negro dosel sin luz sentadas  
Tres diosas hilan las humanas vidas,  
Al curso las madejas devanadas  
De nueve ruedas de cristal lucidas:  
Donde en el huso apenas marañadas,  
Las blandas hebras crecen mal torcidas,  
Cuando de todas tres la mas ligera,  
Por lo hilado corre la tijera.

Copos de suertes y colores varias,  
Unos blancos sin tez, otros lustrosos,  
Unos á quien los reyes pagan párias,  
Y otros que pechan á les mas astrosos:  
Cuales de tornasol hebras voltarias,  
Cuales de rica luz hilos preciosos,  
Cuales de alquimia, y cuales de oro fino,  
Y en cada cual su hebra y su camino.

El siglo venidero, la mudanza  
De reyes, reinos, casas y dictados,  
Lo que el distrito de fortuna alcanza,



Lo que al decreto toca de los hados:  
Cuanto se pesa con mortal balanza,  
Los que vendrán, presentes y pasados,  
Cuanto es, cuanto ha de ser, y cuanto ha sido.  
Aquí se hila, corta y da tejido.

De los tiempos la masa vi abreviada,  
Manar al mundo y revolver sus cosas,  
La vida de congojas asaltada,  
La muerte de sus bascas temerosas:  
La fortuna dichosa y desdichada,  
Con sus dos caras ambas engañosas,  
Volando en sus favores y desdenes  
Los males engazados con los bienes.

Y entre estos mundos, al que ya nacía,  
Humilde vi la victoriosa Francia,  
Que un mancebo y su espada le tenía  
Por el suelo sembrada su arrogancia:  
Miréla, y admirada en lo que vía,  
Aquella conocí ser la inconstancia  
Del bien humano, que los mas cumplidos  
Forzados vienen, y se van corridos.

No me admiré de ver que tanta alteza  
En tragedia tan triste se trocase,  
Que es cierto que en mortal naturaleza  
Todo tiene su fin, y ha de acabarse:  
La rueda me admiró con su presteza.

Que apenas deja de la vista hallarse,  
Allí, ¡oh fortuna! quien de ti se fia,  
Verá cuan firme tiene su alegría.

La espada Balisarda vi presente,  
Que un victorioso jóven á tu instancia  
En la sangre bañaba de un valiente,  
Que asombró el mundo, y dió valor á Francia,  
De oro con estas letras en la frente:  
»Bernardo, honor de España, aunque en distancia  
Brevísima su fama así encogida,  
Que apenas al nacer fue conocida.»

Cual la dudosa luna amortiguada  
En los principios del helado invierno,  
Entre negros celages ofuscada,  
Falto muestra de luz el rostro tierno:  
Y antes de ver el alba desecada.  
El oro pierde de uno y otro eterno,  
Haciendo el tibio resplandor difuso,  
De mil colores un color confuso.

De tal manera entre una niebla oscura  
De Bernardo la fama se quedaba,  
Y sin lumbre, sin luz, ni hermosura,  
Confusamente aquí y allí volaba:  
Cortas las alas, pobre de ventura,  
Y aunque el confuso espíritu alentaba,  
Faltábale la pluma, y no podía

La oscuridad huir, que la ofendia.

No porque su grandeza no subiese  
Adonde hasta hoy nadie ha llegado  
Mas un astro infeliz quiso que fuese  
Corta de voz, y de valor sobrado:  
Faltó quien á sus alas añadiese  
Una pluma de estilo moderado,  
Y así en lenguajes bárbaros melida,  
Arriueconada quedará, y perdida.

Hasta que el tiempo que ofuscarla pudo  
Hermosa y clara al cielo la levante,  
Y de su obscuro y encantado nudo

Un nuevo verso y voz la desencante;  
Esto por las molduras de su escudo  
Grabado vi, y con letras de diamante,  
»A otro de su nombre está guardado,  
El romper con la pluma este nublado.»

Mas si gustas saber con fundamento  
Quien este valeroso jóven sea,  
Qué sangre puso en él tan firme aliento,  
Qué obligacion honrada le espolea;  
Sabrás, hermana, aunque es prolijo el cuento,  
Que en su real nacimiento dió una idea  
De su furor la quinta esfera al suelo,



Bernardo del Carpio.

Y otra de afable amor el tercer cielo.

En esta rica Escandinavia hermosa,  
A quien la antigüedad llamó otro mundo,  
Y desde aquí con vuelta deleitosa,  
Casi en torno la ciñe el mar profundo:  
Madre ilustre de gente belicosa,  
De fértil suelo, y de vigor fecundo,  
Donde este rico lago halló asiento,  
Que hoy da á tu alcázar real firme cimiento,

Tres soberbias provincias y regiones  
Pisan su invicto suelo, y la postrera,

Cuyo distrito y bárbaros mójones  
Del mar Germano tocan la ribera:  
Oficina de indómitas naciones,  
De inculta vida fue, y de gente fiera,  
Donde los gotas fueron, y los dacos,  
Y el primer godo aró bosques opacos.

De aquí salieron por diversas vías  
De antigua gente en gruesos escuadrones  
Valientes hombres, que las tierras frías  
Pueblos producen de altos corazones;  
Buscando en que habitar partes vacías,

Por venirles ya estrechos sus rincones,  
Los vándalos, los cimbríos, los sùevos,  
Y los alanos mas que todos nuevos.

Pues entre estas naciones, que su tierra  
Dejaron por estrecha, aunque abundosa,  
Y á revolver el mundo y darle guerra  
En figura salieron temerosa,  
Los godos fueron gente en quien se encierra  
Nobleza humana en sangre belicosa,  
Y que de los monarcas mas potentes  
Siempre temidos fueron por valientes.

Tras la alta insignia de un leon bermejo,  
Que en azules banderas tremolaba,  
Y de tres capitanes de un consejo,  
Animo altivo, y arrogancia brava,  
A ser salieron de grandeza espejo  
Al mundo en la region donde él se acaba,  
Del cielo á su nobleza prometida,  
Y al feliz brio de su valor debida.

No salieron con pechos ambiciosos  
A solo hacer alarde de valientes,  
Mas con la paz pidiendo, aunque briosos,  
En que habitar lugares suficientes:  
No guerra, campos piden anchurosos,  
Del gran derecho usando de las gentes,  
Que el pueblo que en su tierra no cabia,  
Que se llegue permite á la vacia.

Negó el Imperio la demanda justa,  
Y la inquietud parió desasosiego,  
Que es hacer guerra justa de la injusta,  
Negar lo justo de un humilde ruego:  
Y dando á la razon fuerza robusta,  
Su despreciado campo á sangre y fuego  
De Italia destruyó una larga parte,  
Y en el rio Tiber la ciudad de Marte.

Y á tal colmo subió el de su potencia,  
Que hacia y deshacia emperadores,  
Hasta que en útil premio y conveniencia  
A su rey y futuros sucesores  
Honorio dió en legitima tenencia  
La España, á quien los bárbaros furores  
De los sùevos, vándalos, y alanos,  
Al imperio usurparon de las manos.

Fue el trato que al rey godo le quedase  
Lo que entre el Pirineo y mar se encierra,  
Y que del yugo vándalo sacase  
A su corona la usurpada tierra;  
Con que su invicto campo reservase  
A Italia y Roma de su injusta guerra,  
Dando por precio al español estado,  
Cuanto en el Lácio suelo habian ganado.

Ora sea ó no justificado el hecho  
Con que se habian en él introducido,  
Su cetro tenia ya el primer derecho  
De ocupacion por armas adquirido:  
Y así al ceñido imperio útil provecho  
La ley fue del contrato establecido,  
Y por aqui legitima, y no estraña,  
La entrada de los godos en España.

Murió Alarico hecho el trato en todo,  
Si bien no pudo verlo efectuado;  
Sucedíole Ataúlfo el primer godo  
Que en España metió campo formado:  
Ganó hasta Barcelona, y allí, el modo  
De su gobierno próspero asentado,  
Por mano le mató de Ernullo fiero,  
Que las suyas por rey besó primero.

Siguióle el desgraciado Sigerico  
En el reino tambien como en la muerte,  
Con mas vana codicia de ser rico  
Que en campo armado belicoso y fuerte:  
Dióle el tiempo en gran cuerpo ánimo chico,  
Con que se ahogó en él la buena suerte,  
Matándole en la paz por mas casera,  
La espada que en la guerra no lo hiciera.

Tras este el reino dieran á Wafía,  
Porque la siga y haga sin partido;  
Salió en armada flota á Berbería,  
Que el aire la venció, y volvió corrido;  
Y con él la arrogante valentía  
Del gótico poder nunca vencido,  
Para hacer firme pié en el reino inestable,  
La antes odiosa paz halló agradable.

Sucedió á su real pecho el animoso  
De Teodoro, á quien los adivinos  
Triste muerte anunciaron, y él furioso  
A buscarla salió por mil caminos,  
Contra el soberbio Atila victorioso  
De Tolosa en los campos convecinos,  
Donde en sangriento innumerable estrago  
El rey bebió entre el vulgo el comun trago.

Bien que su belicoso Turismundo,  
Del muerto padre en la áspera venganza,  
Contra el azote del vencido mundo,  
De firme acero arrió su invicta lanza;  
Fuera al primer azote ella el segundo,  
Si envidia no enfrenara su pujanza,  
Cuando al bárbaro rayo de la guerra  
Las fuerzas le templó, y quitó la tierra.

Tuvo por sucesores dos hermanos:  
El sin piedad incauto Teodorico,  
Que á un humilde rey vándalo en sus manos  
Matar le hizo, y á él su hermano Eurico:  
Fratricida cruel, pero de humanos  
Respetos, noble, afable, ilustre y rico,  
Que á su reino dió ley y á su corona,  
La orla de Zaragoza y de Pamplona.

Compeliendo á bramar al cielo en vano,  
En un toro de alambre á Burdeno,  
Alarico entró al reino, y por su mano  
La ambicion lo usurpó de Clodoveo;  
A este le sucedió un bastardo hermano,  
Y á este el valor, que de Ámalo y Balteo  
Las nobles sangres puso en un supuesto,  
Y en él un nombre de los dos compuesto.

Matáronle en Narbona, y entró luego  
Teudis, en cuyo tiempo el real de Francia  
En España sembró sangriento fuego,  
Con mayor daño suyo que ganancia:  
Matóle un brazo loco en furor ciego,  
Sucedió de Teudiselo la arrogancia,  
Y á esta de Egica la arriana suerte,  
Y á ambos tras torpe vida infame muerte.

Atanagildo entró determinado  
De echar de España la romana gente,  
Siguióle Liuvia, y por acompañado  
El cruel Leovigildo, rey prudente;  
Aunque soberbio, y sin piedad airado,  
En grandeza y tesoros eminente,  
De Recaredo padre, y de su hermano  
El mártir Emergildo sevillano.

Fue el singular y noble Recaredo  
Del cetro y silla real sucesor dino,  
De Francia vencedor, de Roma miedo,  
Y de la fe restaurador divino;  
De amada magestad, brioso denuedo,  
De tan feliz estrella, y noble sino,  
Que del real valor que le acompañaba  
Eterna sucesion gozará España.

Sucedíole de Liuvia el reino breve  
De esperanzas en flor sembrado en vano,  
Que Viterico con espada alevé  
Segarlas pudo al cetro toledano:  
Dejándolo él con muerte menos leve  
A Gundemiro, el que en fervor cristiano  
Los templos hizo con piedad sagrados,  
Inviolables defensas de culpados.

Tras este el elocuente Siseluto  
Por dos veces triunfó de los romanos,  
Y á los hebreos con público estatuto



Dejar les mandó el reino, ó ser cristianos:  
Entró al suyo de lágrimas y luto,  
Niño de tierna edad y años lozanos,  
Su hijo Recaredo, y murió luego,  
Que aun no lloró á su padre con sosiego.

Heredóle Suintila, y fue el primero  
Que el reino hizo de España monarquía,  
Y tras él Sisenando copió el fuero  
De la jurispaiola policía;  
Chintila entró en resplandeciente acero,  
Mas que por sucesion por tiranía;  
Y Tulga al mundo dió en veloz corrida  
Solos deseos de gozar su vida.

Alzóse con el reino Chindasunto,  
Y rucedióle su hijo valeroso  
El católico y noble Recisunto,  
De ánimo insigne, y corazón piadoso;  
Tras quien á Wamba hizo el pueblo junto  
En concorde eleccion rey poderoso,  
Y él dando temporal por infinito,  
La púrpura trocó en sayal benito.

Dió en sucesion el reino no estimado  
Al conde Ervigio, rey ahora intruso  
En la real silla, donde no forzado  
A Egica su famoso yerno puso;  
Por quien Vitiza entró en adverso hado,  
De cuyo infeliz tiempo el torpe abuso  
A obscurecer llegó y deslucir todos  
Los graves hechos de los reyes godos.

Fue ayo de perniciosas libertades,  
Y el que estragó de la compuesta España  
En las nobles virtudes sus beldades,  
Tanto un mal rey con su insolencia daña:  
Desnudó de sus muros las ciudades,  
A las armas quitó el acero y saña,  
Y al mal regido reino dió permiso  
Del sensual deleite en cuanto quiso.

Privólo del Rodrigo en campo armado,  
Que su robusto pecho y brazo fuerte,  
En sensuales deleites estragado,  
Su grandeza perdió y ganó su muerte;  
Un antiguo palacio dió encantado  
En su alcazar real la infeliz suerte,  
A cuyo firme umbral el bronce duro  
Mil siglos tuvo en su quietud seguro.

Nadie en la antigüedad fue así atrevido  
Que el acero rompiese á sus candados,  
Medroso que el furor allí escondido  
Sus desastres tenia encarecelados;  
Deste rey solo al pecho distraído,  
La fiel codicia le vendió pintados,  
Los bárbaros que á España en triste día  
Un encantado hulto prometia.

Turbóse el rey al infeliz agüero,  
Aunque el lascivo amor mas le turbaba  
Con una dama, y su desden severo,  
Niña, lozana, activa, hermosa y brava:  
Por ganalla perdió su reino entero,  
El fue el último godo, ella la Cava,  
Su padre Julian, por él España  
Bárbara presa de una gente estraña.

En las selvas cayó del rio Leteo  
Del sin ventura rey el cetro y mando,  
Quedó perdida España, harto el deseo  
En sus destrozos el morisco bando;  
Mas ¿qué no puede un vicio torpe y feo,  
Y el descuido de un rey lascivo y blando!  
Todo al fin lo abrasó y tragó en su rabia  
La torpe secta que nació en Arabia.

Hiciera punto aquí el linaje godo,  
Su altivo reino, y el valor de España,  
En miserable riesgo puesto todo,  
Al tirano furor de gente estraña;  
Si un nuevo rey, por milagroso modo,  
Del áspero solar de una montaña

No levantara el cielo, ya cansado  
Del fiero anote y del rigor pasado.

Fue este feliz restaurador Pelayo,  
Del despojado rey noble sobrino,  
En quien conservó el cielo vivo un rayo  
Del gótico valor, brio peregrino;  
Y el triste reino en su mortal desmayo  
Nuevo aliento cobró, nuevo camino,  
A la rica esperanza, antes sin vida,  
De recobrar la libertad perdida.

Pelayo al reino dió un brazo animoso  
Por sucesor de su ánimo valiente,  
A quien la breve vida quitó un oso:  
Y el Católico Alfonso entró prudente  
A gobernar el cetro valeroso,  
Por digno rey de la española gente,  
Y en linaje, valor, brio y denuedo,  
Incluido sucesor de Recaredo.

Deste fue hijo el áspero Frúela,  
Que en corazón cruel y ánimo impuro  
Un hermano mató, sin mas cautela  
Que deseos de gozar reino seguro:  
Fue de su religion fiel centinela,  
De su sagrada fe inviolable muro,  
Y al estragado clero, en casto celo,  
La limpia honestidad volvió del cielo.

Fue alegre prenda de una hija hermosa  
Del que en Guena fue duque contrario  
Al potente Martel, que en la alevosa  
Francia á rey le subió el tiempo voltario;  
Abuelo del que ahora reina, y osa  
Con sus duques nombrarse tu adversario  
De cuya real sangre así enemiga  
De Carlo Magno y su francesa liga,

El Casto rey nació que ahora enfrena  
Con riendas de oro la invencible España  
Y su hermana menor doña Jimena,  
Que al mundo dió del conde de Saldaña  
La invicta espada de victorias llena,  
Cuyas grandezas en prudente saña  
Harán los hados sin que el curso muden,  
Que ahora espanten, y despues se duden.

Este es el gran Bernardo, á quien el cielo,  
Por benignos favores de su estrella,  
A su brazo rendido dará el suelo,  
Que guia de flor de lis la empresa bella:  
Hará vengado á su ofendido abuelo,  
Satisfará tu agravio y mi querella,  
Y á un golpe que la fama le atribuya,  
De Francia la honra y la opinion por suya.

Es al presente un jóven valeroso,  
De real disposicion, feroz denuedo,  
Noble, fácil, cortés, compuesto, brioso,  
De pecho altivo, y corazón sin miedo;  
En paz afable, en guerras desdeñoso,  
De España al fin, que es cuanto decir puedo,  
Que un ánimo español de sangre noble  
En cuantas goza el mundo es fiesta doble.

En la corte nació del rey su tío,  
De adonde el sabio Orontes, dundo nuestro,  
Pequeño le robó, y por gusto mío  
Ayo le ha sido fiel, guarda y maestro:  
Salió cual se esperaba de su brio,  
En todas armas valeroso y diestro,  
Cuya temprana espada y brazo fuerte  
Su rey libró de una alevosa muerte.

No se crió en regalos ni en blanduras,  
Ni el ocio padre fue de heróicos pechos,  
Que del deleite humilde las dulzuras,  
Solo son de almas pobres ricos lechos:  
Desde que á las primeras lúces puras  
Abrió los tiernos ojos, los vió hechos  
A soledades y asperezas solas,  
Y á oír del sordo mar las roncadas olas.

En el cespicio Archipiélago copioso

De ásperas islas un preñado monte,  
De la jovial Creta al golfo ondosó,  
Su cabeza descubre á mi horizonte;  
Y entre el Samo y el Mergo pantanosó,  
Y entre el principio de Asia y Negroponte  
Hecha deja una isleta y costa brava,  
Que le aría en otro tiempo se llamaba.

En cuyos solitarios arenales,  
Del atrevido Icaro la pluma,  
Aun eternas conserva las señales,  
Sin que el mudable tiempo las consuma;  
Y su nombre en las ondas inmortales,  
De herviente cubierto y blanca espuma,  
Sobre el sepulcro temeroso suena,  
Puesto al rigor de su mudable arena.

El sabio aquí por la esperanza mia  
A su cargo tomó la ilustre empresa,  
Y en noble crianza, y sabia policía,  
Salva guardó la destrucción francesa:  
Probando en aventuras que fingia  
De su niñez la inclinación traviesa,  
Y tras ella sus años juveniles,  
Al grave pundonor de hechos gentiles.

Vestile anoche un rico arnés de acero,  
Y armóle hoy caballero un rey persiano,  
Guardando á mis lecciones el agüero  
De un observado aspecto soberano:  
Con que ya su valor veo tan entero,  
Que golpe no dará en vacío humano,  
Y á darte nuevas desta buena suerte,  
Las alas me prestó el deseo de verte.

Ya pues, diosa feliz, en lo restante  
Por tí mi jóven se gobierne y rija,  
Y contra el brazo y el furor de Anglante  
Armas iguales tu saber le elija;  
Que aunque es á todo su valor bastante,  
Con prevención prudente el bien se fija,  
Acudiendo á esta empresa por ser tuya  
Yo de mi parte, Orontes de la suya.

Está de tu favor necesitado  
El católico reino de Castilla  
Contra el francés orgullo, que agraviado  
Por fuerza quiere la española silla;  
Y al valiente doncel recién armado  
La soberbia del mundo se le humilla;  
Solo tu amparo pido, que en la tierra  
De la paz es el nervio y de la guerra.

Si el francés enemigo se apodera  
De España, queda muerto el valor godo,  
Todo el mundo rendido á su bandera,  
Que el cielo ha dado á España el mundo todo:  
Suyo ha de ser en esta edad postrera,  
Y de Francia será, si por tal modo,  
Por fuerza ahora ó cautelosa maña,  
Su brio introduce en el valor de España.

Tu agravio queda sin venganza justa,  
Y para siempre nuestro honor manchado,  
Si el ímpetu francés á la robusta  
Fuerza de España queda incorporado:  
La nueva causa desta guerra injusta,  
Que entre estas dos naciones se ha trabado,  
De aquí tomó corriente; advierte el modo  
Que señora te dé una vez de todo.

Hijo dije que fue del rey Friela,  
El que lo es hoy de Asturias y Galicia,  
Mas quedó niño, y con su infiel tutela  
De Aurelio usurpó el reino la malicia:  
Sucedió del rey Silo la cautela,  
Y á este de Mauregato la avaricia,  
Que por gozar de infame cetro de oro,  
Bellas párias pagó en tributo al moro.

Sucedió don Bermudo á Mauregato,  
De pecho real y de ánimo prudente,  
Que al casto primo dió del reino ingrato,  
Como antes era suyo el cetro y gente:

Este es hoy de virtud vivo retrato,  
En la guerra y la paz sabio y valiente,  
Invicto vencedor, feroz guerrero,  
Casto en la vida, en el juzgar severo.

Mas viéndose de larga edad ceñido,  
Y de ilustres deseos rico el pecho,  
En el estrecho término encogido  
De un combatido muro y pueblo estrecho;  
Sin forzoso heredero conocido,  
Con quien dejar su reino satisfecho,  
Vió tambien que aunque sobre fortaleza,  
Es confusión un mundo sin cabeza.

Y destos graves pensamientos llena  
La heroica fantasía el rey severo,  
Entre el cargo y descargo de la pena  
De ver su invicto leon sin heredero,  
De sus trazas tomó la menos buena,  
Sin fiarla de prudente consejero:  
¡Notable error! y en ya resuelta instancia  
Ceder quiere su cetro en el de Francia.

Moviale ver el brazo victorioso  
Del nuevo Augusto César de Occidente,  
Y el español distrito belicoso  
Así ocupado de enemiga gente:  
Quería dejar un capitán famoso  
A su invencible ejército decente,  
Que con su autoridad al pecho frío  
Pusiese, á ser posible, mayor brio.

Que á él su prolija edad mas le convida  
Al ocio blando que á la dura guerra,  
Y del mauro la gente mal nacida  
De aumentar trata la usurpada tierra:  
Mas la rica esperanza concebida  
Del noble fin que el real cuidado encierra,  
Ya el tiempo con suceso no esperado  
En ambiciosa guerra la ha trocado.

Que el reino al no decente ofrecimiento  
Del Católico rey al rey de Francia,  
De su imprudente arbitrio descontento,  
Su valor ofendido y su arrogancia,  
Que revoque pidió el dañoso intento  
Con la segunda la primera instancia,  
O la obediencia le alzarán debida,  
Y harán no poco en le dejar con vida.

Esto á anular bastó el concierto hecho  
Con público estatuto y embajada,  
Y agraviado el francés, quiere de hecho  
La injusta sucesion con mano armada;  
Y que la fuerza á falta de derecho  
Le dé el reino, y sobre esto es la jornada,  
De Francia la soberbia y de Castilla  
Desta fuente bebieron su rencilla.

Vencidos ya Agramante y Desiderio,  
Aquel rey africano, este lom bardo,  
En el feroz poder del nuevo imperio,  
Sobre España el Francés baja gallardo;  
Y ella no tiene en todo su hemisferio  
Otro valor igual al de Bernardo;  
Y este basta, que un brazo valeroso,  
Un campo, un reino, un mundo, hace dichoso.

Hasta ahora el riesgo ha estado por mi cuenta  
Del rico enjerto, y de la invicta rama,  
Que ha de dar sombra al mundo, á Francia afrenta,  
Y á su España de honor lustrosa llama:  
Haz ahora tú, hermana, que yo sienta  
Que en esto vuelvo por tu gusto y fama,  
Y que eres diosa del tesoro humano;  
Que la guerra y la paz tiene en la mano.»

Al dulce hablar de la afeitada Aleina,  
Morgana en gran deleite estuvo atenta,  
Que es la lisonja dulce golosina;  
Que al necio rico en ambicion sustenta;  
Y ufana con el nombre de divina,  
Así arrogante respondió, y contenta,  
Sin mirar que la llada en cuanto emprende,



Solo á su gusto y no al ajeno atiende.

Siempre creí que en tu cuidado puesto,  
Vivía seguro el de mi honra y vida,  
Que mas promete tu nobleza que esto,  
Y en mas que esto te estoy agradecida:  
El cielo á mi venganza está dispuesto,  
Que pues la veo de tí favorecida,  
Ya no la dudo ni recelo en nada;  
Tú quedarás contenta, y yo vengada.

Por varios modos pretendi vengarme,  
Y todos ellos me han salido en vano;  
Ya del fiel Galalon quise ayudarme,  
Ya de la injusta muerte de Troyano:  
De Agramante el valor pudo alentarme,  
El tártaro furor, y el africano,  
De Mandricardo, y Rodamonte fiero,  
Mas á aquel mató Orlando, á estos Rugero.

En graves pensamientos ocupada  
El placer me halló de tu venida,  
Ya en mis perplejas dudas enterada  
Del Francés riesgo en su fatal caída:  
Aunque ignorando la dichosa espada  
De tal hazaña digna y tal herida,  
Ahora que tu saber me la ha mostrado,  
Oye lo que al presente me da el hado.

Ya sabes que son mios de derecho  
Los tesoros del mar y de la tierra,  
Y que á mi cetro y gusto paga pecho  
Cuanto en los senos de los dos se encierra:  
Pues donde del mar Jónio el bravo estrecho  
De Acroceranio bate la alta sierra,  
Cierta joya en el mundo celebrada  
Días ha que á un grave fin tengo guardada.

Aquellas armas que del griego Aquiles  
A Ulises se entregaron por sentencia,  
De ricas perlas llenas y perfiles,  
En quien Vulcano echó toda su ciencia;  
Donde en reales de mágicos buriles  
Grabada está una oculta descendencia  
De héroes ilustres, que vendrán al mundo  
Del primer poseedor, y del segundo;

Del crespó mar una áspera tormenta  
Allí hasta hoy las dió depositadas,  
Sin que el furioso Telamon consienta  
Que le sean de mortal mano tocadas:  
Vive en su muerto corazon la afrenta  
De haberle sido sin razon quitadas,  
Y en virtud deste pensamiento altivo,  
Muerto para guardarlas se está vivo.

Si ya este nuevo espíritu valiente  
El fin supiere hallar desta aventura,  
Yo mi favor le prestaré decente,  
Y él me hará de su valor segura.»  
Así Morgana al margen de una fuente  
Al blando viento hurtaba la frescura,  
Y yo al saber de su hablar atento  
Tambien bebí de su discurso el viento.

Cuando el tiple marcial que el clarín vierte,  
Y el ronceo son de trompas y atambores  
Con que el mundo camina hácia la muerte,  
Su plática deshizo entre las flores:  
Cesó el sepulcro en que la Hada advierte  
Que el arnés vive lleno de primores  
Del griego capitán, á cuya mano  
Hector murió, y tembló el muro troyano.

Que el quinto cielo ya en sangrienta rueda  
Por la tierra marcial furor derrama,  
Y en invisible aliento da el que pueda  
Crecer á soplos de ambicion la llama:  
Del rey francés los triunfos, con que queda  
En magestad vencido el de la fama,  
El quemado enojo, los desvíos,  
Y del leonés los indomables bríos.

Entre la tierra, el cielo el mar y el viento  
Un soberbio castillo está labrado,

Que aunque de huecos aires su cimiento,  
Y en frágiles palabras amasado,  
Basa no tiene de mayor asiento  
El mundo, ni los cielos se la han dado,  
Pues á solo él y su muralla fuerte,  
No ha podido escalar ni entrar la muerte.

En las nubes esconde sus almenas,  
La tierra y cielo desde allí juzgando,  
De anchos resquicios y atalayas llenas,  
De ojos cubiertas sin dormir velando;  
Y con mas lenguas que la mar arenas,  
Ajenas vidas y obras pregonando,  
Sin que palabra, aunque pequeña suene  
Que de rumor las bóvedas no llene.

Fama, monstruo feliz, vario en colores,  
Es quien las torres del alcázar vela,  
Y en plumas de vistosos resplandores  
Por todo el orbe sin cansarse vuela:  
Favores pregonando y disfavores,  
Que allí el parlero tiempo le revela,  
De ojos vestida, de alas y de lenguas,  
De unos contando loores, de otros menguas.

Vuelan sus claraboyas por la cumbre  
De la enarcada bóveda del cielo;

Sobre pilares de oro, cuya lumbré  
El aire baña y da hermosura al suelo:

Vuelve en cuadrados ecos su teclumbre  
De huecas voces un sonoro vuelo,

Que en confuso rumor los patios llena,  
Y un rico mundo de grandezas suena.

Los firmes quicios de las altas puertas,  
Sin guardadoras llaves ni candados,

A todo tiempo y toda gente abiertas,  
De cualquier calidad, snerte y estados:

Las ocultas verdades descubiertas,  
Los antiguos engaños disfrazados,

Los vulgares rumores, cuyo enjambre,  
Al deseo de saber crece la hambre.

A estos sin que el reciente rastro borre  
El vulgo la ignorante oreja aplica,

Y al ciego aliento quo en sus patios corre  
La mas templada boca multiplica:

Los cuentos que uno oyó en la primer torre,  
Tan mudados en otra los publica,

Que volviendo á encontrarlos sus autores  
Nuevos los juzgan, y los dan mayores.

El firme umbral de sonoro bronce  
Al grave peso de la gente gime,

Que el vario tiempo por el anhelio esconce  
A todas horas de aquel mundo esgrime;

Aquí de nudo eterno el mortal gonce  
Los siglos vence, y á la muerte oprime,

Y en vuelo infatigable y ancha pompa,  
El son retumba de una hueca trompa.

Humilde á los principios se levanta,  
De ronca voz y de alas encogida,

Mas crece el tibio vuelo en fuerza tanta,  
Que á la luz deja en su cundir vencida;

De feroz vista y proporción que espanta,  
En vivas lenguas y ojos convertida,

Y de tal propiedad y tal sugeto,  
Que á todo hace, y no á guardar secreto.

Así á los cielos ruego le suceda  
Al vuelo heróico de mi corta pluma,

Que si hoy humilde y por el suelo queda,  
Mañana suba á ser de honor la espuma;

Y en lo alto ya de la voluble rueda,  
El tiempo ni la halle ni consuma,

Mas con su altiva voz tan hueca suene,  
Que el mundo espante y sus regiones llene.

De todas las humanas invenciones,  
Soberbias torres, máquinas, trofeos,

Bellos teatros, ricos panteones,  
Altas columnas, graves mausoleos,

anchos doriscos, sacros iliones,

Colosos, arcos, termas, coliseos,  
Pínel, estatuas, bronce, escultura,  
Y otra si hay mas constante ó mas segura;

En todas cunde la infeliz polilla  
Del voraz tiempo, autor de las verdades :  
No hay real corona, ni suprema silla,  
Sagrado imperio, muros ni ciudades  
Contra sus fuerzas, todo lo aportilla,  
En todo imprime y causa novedades :  
Los reinos muda, sus linderos trueca,  
Y hoy donde ayer fue mar, ya es tierra seca.

¿Quién me dirá de la usurpada España  
El cetro oscuro de ásperos alanos?

¿Qué terrones rompió la ineulta saña  
De almonidas y antiguos turdetanos?

¿Quién los épalos fueron, cuya saña  
Al Betis dió los muros sevillanos?

Los zacintos, los celtas, los ancones,

¿En cuál mundo tuvieron sus regiones?

Ya el tiempo los tragó en ruedas voltarias,

La romana y la griega monarquía,  
De Virgilio y de Homero plumas varias,  
Murieron, y ellos viven todavía :

Si á sus versos los reinos dieron párias,

También yo espero que á la musa mía

Rinda, á pesar del tiempo y de envidiosos,

Roma sus muros; Rodas sus colosos.

Estos deseos, sabrosa medicina

Contra la muerte son de honrados pechos,

Que el alma eterna de nacion divina

Eternizar también desea sus hechos :

¿Quién á un famoso nombre no se inclina?

¿Quién la honra no antepone á otros provechos?

¿Quién tan inútil y de humilde suelo,

Que de una inmortal voz no aine el señuelo?

Pues este altivo monstruo en pasos blando,

De pechos nobles pasto apetecido,

Hoy por un ciego mundo hace volando,

Con mayor voz que nunca, mas ruido :

La nueva infausta guerra pregonado,

El valor del francés nunca vencido,

El aprieto de España y de sus cosas,

Unas alegres y otras lastimosas.

Y entre las que el clarín con mayor vuelo

Del vulgo humilde al real dosel levanta

Es de Francia el ejército, que el suelo

Con sombra cubre y con braveza espanta :

Por cuanto ciñe el mar y abraza el cielo,

Ni otra voz suena ni otra gloria canta,

Que siempre el vario monstruo se recrea

Con los que la fortuna lisonjea.

También la invicta España en contra viene

Del comun enemigo á la potencia

Con cuanto dentro encierra, hasta el que tiene

En religion y leyes diferencia :

El que de arar la tierra se mantiene,

Los que en mandarla alcanzan eminencia,

Al que en alcázar real ó humilde choza,

La nueva guerra asesta, ó la paz goza.

Los que á Duero cultivan sus jazmines,

Y al río Miño las riberas rojas,

Y de Ebro los principios y los fines,

De nieblas frias y corrientes flojas;

Los que del Tajo habitan los confines,

Y pisan de sus álamos las hojas,

Y el que sin fruto en Guadiana pesca,

O al Betis ciñe la ribera fresca.

Marsilio en prevenirse fue el primero

Contra el comun pavor que asombra á España,

Y al rey Casto ofreciendo un campo entero

El de su gente infiel puso en campaña :

Mandando á Ferragut, que al mauro fiero

Por gente pase natural y estraña,

Y á la de Cataluña por Valencia,

De Africa anude y junte la potencia.

Fue Ferragut un bárbaro brioso,  
De fornida estatura de gigante,  
Miembros doblados, ánimo orgulloso,  
Colérico en sus gustos y arrogante :  
En fuerzas firme, en cuerpo poderoso,  
Belloso rostro y áspero semblante,  
Y en el llegar con su opinion al cabo  
Entre los valerosos el mas bravo.

A insignes triunfos de armas inclinado,  
Y á desolver del mundo las regiones,  
Y dejar fama en él, que es un cuidado  
Que no cabe en estrechos corazones :  
Todo hasta el marcial pecho era encantado,  
Y este lleno de honradas pretensiones  
A sembrar sale belicosa saña,  
De Zaragoza á lo mejor de España.

Del Ebro claro á la corriente fria  
Alterando llegó en rumor la tierra,  
Con rayos de orgullosa valentia,  
Que es la paz de de su espíritu la guerra;  
Y del florido salto que hacia  
La preñada cuchilla de una sierra,  
Como en grillos de plata vió ceñido  
Del humilde collado el turbado erguido.

Así enfrenada la corriente brava,  
De arboledas vestido y de frescura,  
Que el sosegado curso que llevaba  
A la vista engañara mas segura :  
El bosque en sus cristales se miraba,  
Y dando y recibiendo hermosura  
de Flora, á vueltas via el brazo tierno  
Rosas sembrando del florido cuerno.

La fresca vid al álamo sombrío  
Sus ramos dulcemente encadenaba,  
Y á costa del humor del manso río  
De una inmortal frescura le adornaba,  
Donde al ardiente sol, el blando frío  
Con pardas frescas sombras convidaba,  
Y á contemplar en su cristal profundo  
Otro bosque, otro cielo y otro mundo.

En este alegre soto entretenido  
Sus flores Ferragut pisa contento,  
Y del lugar y del calor movido,  
Un nuevo busca y apacible asiento :  
Este halla fresco, el otro mas florido,  
Aquí hay mas verde juncia, allí mas viento,  
Hasta que de uno en otro remolino,  
De un raudal espumoso al salto vino.

Al sordo murmurar que se despeña,  
El hondo valle suena comarcano,  
Y de una peña dando en otra peña,  
De aljofar lleno salta al verde llano :  
Aquí una cueva está, que aunque pequeña,  
Hecha parece por divina mano,  
En cuyo húmedo seno y hueco frío  
Las deidades habitan de aquel río.

Donde en tiernos cuidados ocupadas,  
En grutas de cristal y ondas ceñidas,  
Las ninfas sobre telas delicadas  
Sus amores dibujan y sus vidas :  
Las rubias hebras de oro marañadas,  
Entre la blanda lana retorcidas,  
A vueltas muestran de sus lazos bellos  
Mil lances de primor dellas y dellos.

Aquí entre olores que tributa el prado,  
Al ronco estruendo del cristal rompido,  
El moro en graves trazas ocupado,  
Sin saber cómo se quedó dormido :  
Débil Morfeo en paso sosegado  
El sentir le robó sin ser sentido,  
Al blando entrar de una quietud suave,  
Que al sueño abrió, y al alma echó la llave.

Y apenas de la vista en las ventanas  
El sentido comun fijó dos sellos,  
Y de las cosas las figuras vanas

Hechas aire sutil voló por ellos,  
 Cuando con luces no del todo vanas  
 El sueño le mostró en retratos bellos  
 Un alarde, á quien dan rayos adustos  
 Los malogrados fines de sus gustos.

Sueña que se halla en los alegres días  
 Que á Doralice festejó en Granada,  
 Cuando á un breve favor largas portias,  
 La puerta le dejaron mas cerrada:  
 Las armas y pomposas gallardias  
 En la amorosa empresa celebrada  
 De Angélica y la bella Guadalara,  
 Del Brabonel amante prenda cara.

Prosigue amor en su pesado sueño,  
 Y hácele en Babilonia enamorado  
 De Bagdadia, y que en Persia alzó por dueño  
 A la Hada Argiran de su cuidado:  
 Que á la duena del lago en dulce empeño  
 Tambien sin premio le entregó el cuidado,  
 Y de Marfisa fue atrevido amante,  
 Y oculto de la bella Bradamante.

Que á Flordelis y á Flordespina quiso  
 En diferentes partes y en ninguna,  
 O sea por cuidadoso ó por remiso,  
 Favorable le vino suerte alguna:  
 O sea estrella cruel, hado preciso,  
 Azotes, ó regalos de fortuna,  
 O la aspereza de su rostro y talle,  
 Que era oille temor, miedo miralle.

Nadié le codició por tierno amante.  
 Ni él en saberlo ser halló ventura,  
 Con que el parlero sueño fue bastante  
 A despeñarlo en una cueva oscura,  
 Donde en lloroso vió y mortal semblante  
 La bella granadina hermosura,  
 Que á la arrogancia de su pecho fiero  
 Su primer gusto fue, y su amor primero:

Parécete que en triste cárcel puesta,  
 Donde halagüeñas lágrimas vertía,  
 Con medroso ademan y habla modesta  
 Breve socorro á su aflicción pedía:  
 Quiso darle las obras por respuesta,  
 Y del pesado sueño la agonía  
 Su quietud le hurtó, y en medio el prado  
 Un sátiro á una ninfa vió abrazado.

Ahora fuese que al sabroso frío  
 A recrearse sin temor saliese,  
 Y á gozar de algún álamo sombrío  
 Su labor y la siesta le moviese:  
 O que en la cueva del cereano río  
 En cuidadosas lazadas le prendiese,  
 O que ahumado encanto le fingia  
 Lo que durmiendo oyó y despierto via.

En mil lazos el sátiro encadena  
 El delicado cuerpo transparente,  
 Y la boca de amarga espuma llena,  
 Ya el dulce aliento de la ninfa siente,  
 Que á desdenosos golpes le refrena,  
 Y en teson duro, y forcejar valiente,  
 El torpe nudo huye, y feo semblante  
 Del atrevido deshonesto amante.

Procura liberrar el tierno cuello  
 Del peligroso nudo de sus brazos,  
 Y el sátiro importuno el bulto bello  
 Mas encadena en amorosos lazos:  
 El cendal rompe, troza los cabellos,  
 Y el cuerpo sin piedad hace pedazos,  
 Y todo en vano, que aunque no rendida  
 Está de la ocasion del gusto asida.

Cual parda sierpe, que de nudos llena,  
 El águila real lleva á su nido,  
 Las alas con sus roscas encadena,  
 Y en ellas cuerpo y piés le tiene asido;  
 O oscura yedra, que en maraña amena,  
 El tronco á un olmo deja entretrejo;

O el blanco risco que la jibia tiñe;  
 O el pulpo en negros lazos teje y ciñe;

Tal el lascivo sátiro envolvía  
 La bella ninfa en su prision forzada:  
 El moro que entendió la demasia  
 Del torpe amor y el tiempo ocasionada,  
 Del fresco lecho salta en que dormía,  
 Y al vano amante la desnuda espada  
 Al ciego corazon le guió de suerte,  
 Que echó fuera el amor y entró la muerte.

Cayó descoyuntado al mortal yelo  
 El corvo fauno, y una alegre fuente  
 Las nuevas flores del pintado suelo  
 En su cristal bañó resplandeciente:  
 O fuese influjo de observado cielo,  
 O de mágica fuerza cereo ardiente,  
 Al desangrado amante entre la yedra  
 El mundo recibió mudado en piedra.

Y un celoso cristal por la herida  
 De desengaños lleno corrió al río,  
 Tal que si al gusto á verse en él convida,  
 Tal vez le vuelve en tristes sombras frío;  
 Que al pecho no dió amor duda escondida,  
 Que clara no la dé el licor sombrío,  
 Los celos, las sospechas, los antojos,  
 Descifrados su luz pone en los ojos.

El hijo de Lanfusa fue el primero  
 Que el alinde probó de la onda pura,  
 Y ya por culpa ajena, ó rostro fiero,  
 Del suyo le asombró ver la figura:  
 O sea sospecha, ó caso verdadero,  
 El le sabe, y amor que le asegura,  
 Que de su arco los menos agraviados  
 Salen cuando no heridos asombrados.

Ni importa en nobles gustos ser amado;  
 Que en alegre verano y pasto tierno,  
 Al corderillo que hay mas regalado  
 A vueltas crece de la lana el cuerno:  
 El caso de Anteon, ¿á cuál honrado  
 En el alma no imprime miedo eterno?  
 Pues no hay Diana fiel si se le antoja,  
 Que en ciervo no convierta á quien la enoja.

Para humillar de su altivez la rueda  
 En gustos locamente confiados,  
 Labrada esta parlera fuente queda  
 De un libre desengaño de cuidados;  
 Donde el Narciso de favores pueda  
 En el agua escribir los mas fundados,  
 Y gozar en sus márgenes y orillas  
 De los hurtos de amor las maravillas.

Del feo bulto del fauno heredó el nombre;  
 Y de su pecho y cuernos agua fria,  
 Y su fama en el mundo tal renombre,  
 Que de divino oráculo servia:  
 ¡Ciega locura aventurar el hombre  
 Sin ganancia el caudal de su alegría!  
 ¡Vana curiosidad, locos antojos,  
 Donde es mejor no ver que tener ojos!

Bien que al cristal de su parlero seno,  
 Hermosos campos y pinturas bellas,  
 Un tierno niño amor de gustos lleno,  
 Sobre un cielo de flores por estrellas:  
 Mil bellas ninfas por un bosque amerto,  
 Venus que alegre se regala entre ellas,  
 Y al compás de sus sátiros que espantan  
 Bailan las unas y las otras cantan.

Cuanto el antojo del que al agua llega  
 Por gusto pide halla retratado,  
 Montañas de oro la codicia ciega  
 De Midas, si aun le dura ese cuidado:  
 Cazas Adonis en su fértil vega,  
 Desengaños de amor quien no es amado,  
 El nuevo amante pensamientos tiernos,  
 El galán galas, el celoso infiernos.

Los caballeros guerras y aventuras,



Los sabios mil secretos naturales,  
La vista melancólicas pinturas,  
Los placenteros ojos otros tales:  
El labrador sus mieses mal seguras,  
El pescador sus cañas y sedales,  
La dama bella amor, galas la fea,  
Y cada cual al fin lo que desea.

En campo abierto el agua transparente  
Un tiempo al mundo dió sus maravillas,  
Mas el ciego concurso de la gente  
Que á ver llegó sus márgenes y orillas,  
Con disgustos turbada la corriente,  
Rojas volvió sus flores de amarillas,  
Hasta que en defendida niebla oscura  
La ninfa le encantó la hermosura.

Fue esta aparente máquina de cosas  
Sombrios cercos de la hada Alcina,  
Que á liacer las de Bernardo mas pomposas  
Su nuevo estudio y su saber camina;  
Y de España las sangres belicosas,  
A que su natural gusto la inclina,  
Entre estas sombras quiere y su aparato  
Al mundo dar un singular retrato.

A este fin levantó en sus huecos senos  
De un rico alcázar la belleza estraña,  
Cuyas cornisas y artesones llenos  
De lazos de oro tan sutil maraña,

De marciales su esos mas ó menos  
Que en venideros siglos tendrá España,  
Crecientes olas que en lenguajes mudos  
Los campos honrarán de mil escudos.

Hasta aquel siglo de oro, y rey prudente,  
Que como antes la vuelva monarquía,  
Y el lleno goce en el de su creciente,  
Y sin menguante corra su alegría:  
Esto en muros de vidrio transparente,  
Y en cristalinos tumbos de agua fría,  
La ninfa dibujó, y en niebla oscura  
Encantó hasta su tiempo su hermosura.

Al primer riesgo de la sabia fuente  
El lascivo animal perdió la vida,  
La ya vengada ninfa en la corriente  
Del claro rio sin temor metida:  
Viéndose con castigo suficiente,  
En su ofendido honor restituida,  
A su libertador vuelve lozana,  
Y á darle el premio del favor se humana.

Los espumosos tumbos refrenando,  
De entre ellos levantó el gallardo cuello,  
Con las nuevas vislumbres deslumbrando  
Al que se atreve con su riesgo á vello;  
Y en lazada sutil de un cendal blando,  
En crespos lazos reformó el cabello,  
Que á no ser de mas precio su tesoro,

El día comprara dél sus rayos de oro.

Halló el moro caída entre las flores

De un sirgo azul la tela delicada,

De matices cubierta y de primores,

Milagros de la aguja de la llada :

Donde en preciosas sedas y colores

Una historia sutil vió dibujada,

Parte labrada ya, parte en amago,

De punto natural, ó aspecto mago.

Nunca de Palas la sutil aguja,

Cuando Aragne intentó su competencia,

A los heróicos dioses que dibuja,

Igual perfeccion puso ni igual ciencia :

Ni el divino cendal que sobrepuja

Toda invencion de humana suficiencia,

Sembrar pudiera en el atento moro

Igual deleite ni mayor tesoro.

No entendió las figuras, aunque pudo

Su gallardo ademán entretenello,

Y atento á verlas por un rato mudo

El gusto le dejó del cendal bello;

La sabia ninfa que del torpe nudo

Del ya muerto animal vió libre el cuello,

Y al caballero en entender atento

De su labor el escondido cuento,

Por conveniente paga que al servicio

En algo igual de su espada hecho,

Y el premio al recibido beneficio

La magestad descubra de su pecho :

Quiso al moro dejar, que es noble oficio,

En su presente gusto satisfecho,

Con breve relacion de cuanto incluso

En el rico cendal su aguja puso.

Huyóse de las aguas el ruido,

Y por hacerse espejo á su belleza,

El rio en nuevo estanque convertido,

Inmudable volvió su ligereza;

Y ella en palabras de inmortal sonido

Así al invicto moro vuelta empieza :

«Bien que sea tu valor en cuanto haga

De su antigua virtud la mayor paga;

Tal vez á un fiel servicio le ennoblece,

Que digno dél quien le recibe sea,

Y el gusto y gloria de la hazaña crece

Cuanto es mayor la parte en que se emplea :

Pues porque el tuyo en lo que en sí merece

Su colmo goce y su creciente vea,

Contarte quiero á quién por modo honrado

Con tu invencible espada has obligado.

Conocerás de paso los varones

Que en mi heróica labor voy dibujando,

Que sombras de proféticas visiones

No se pueden gozar solo mirando :

Y yo que el gusto miro en las acciones,

Ya los deseos del tuyo estoy juzgando;

Oye, pues, te diré, moro valiente,

Lo que desear saber, y hay en mi fuente.

Una soy de las ninfas deste rio,

De su juncia nacida en las riberas,

Ya en otro tiempo el ejercicio mio

Fue por los montes fatigar las fieras :

Ninguna selva ni lugar sombrío

Sin los despojos de mi caza vieras;

En armar redes y acechar paradas

Las mas diestras no fueron tan nombradas.

Sin lanudos sabuesos ni lebreles

Al jabalí rendí y al oso fiero,

Y si hay fieras mas fieras y crueles,

Esas trataba de amansar primero :

De rosas coronada y de laureles,

Mas tuve, sin querer, de un prisionero,

Que de lo que yo entonces me preciaba

Era de un arco, undardo, y una aljaba.

Y no me estraga el áspero ejercicio

La atezada beldad de mi figura,

Que si estimarla en poco no fue vicio,

Nunca mas la estimé de lo que dura :

El terso espejo, cuyo amargo oficio,

Es siempre preparar nueva hermosura,

Nunca la mia templó, ni en clara fuente

Por nuevo adorno contemplé mi frente.

Ya Febo estas montañas abrasaba,

En iguales balanzas puesto el día,

Cuando yo sus collados trastornaba

Rastrando un ciervo que flechado habia :

El cansancio el calor me acrecentaba,

Y una fresca alameda que nacia

De las orillas deste hondo rio,

Señas hacia temblando á un viento frio.

Tejiendo en frescas hojas y altas ramas

De sombríos sauces y ásperos laureles

Tupidas cuevas, y floridas camas

De azules lirios, carmesies claveles,

De atada yedra y revoltosas gramas,

Vistosos lazos, rejas y cancelos,

Donde el blanco jazmin hacia ventana

Al tierno grumo de la vid lozana.

La murta, madreselva y arrayanes,

Los almeces cercaban y algarrobos,

Y ellos con sus brutescos ademanos

De hojosas ramas resonantes globos;

Por donde las calandrias y faisanes

Cruzando daban silbos y corcovos,

Y el sol por su tupida celosía

Su luz queria engazar, y no podia.

Bebiendo al fresco viento el soplo blando

Al frio llegué de la ribera amena,

Por donde se iba sin mover pasando

En brazos de cristal la onda serena,

Cuyo profundo seno va volcando

Los granos de oro en la menuda arena;

Meto el pié dentro, y como siento el frio,

Desnuda me arrojé en el manso rio.

A veces con la una y otra mano

Si asir procuro de las ondas frías,

Ellas haciendo mi trabajo vano

De mí se huyen por diversas vias :

Vuelvo y revuelvo el cristalino llano,

Y entre el huir del agua, y mis porfias,

Sentí por ellas nuevos remolinos,

Y ví temblar los árboles vecinos.

El dios deste lugar sagrado rio,

De verdes cañas y ovas coronado,

El rostro y barba llenos de rocío,

Lloviendo arroyos de sudor helado :

En una mano un álamo sombrío,

Y en una urna de vidrio reclinado,

Del lugar con el mio mas vecino

Salió rompiendo el muro cristalino.

Al descubrir el dios quedé turbada,

Y á huir medrosa comencé desnuda,

Y él viéndome sin ropa despojada

De mi arco de oro, y de su flecha aguda,

Ardiendo sintió el alma antes helada,

Y de su nueva pretension no duda,

Que al gran señuelo que el amor le hacia,

Ningun estorbo en él serlo podia.

Yo huyo dél, cual tímida paloma

Del presto gavilan que le da caza,

Y él el seguirme tan por suyo tema,

Como á paloma el gavilan de raza :

Saliendo deste valle á aquella loma

Subía, y como nada me embaraza,

En lugar de correr crea que volaba,

Y siempre á mis espaldas le llevaba.

En esto veo su sombra de improviso,

Que el sol ya por mis hombros la subía,

Sino era de algun álamo, ó aliso,

Y por suya el temor me la vendia :

Mas no era el presto dios nada remiso,

Ni sus piés solos cabe mí sentia,  
Que ya casi en mis pasos tropezaba,  
Y su aliento el cabello me volaba.  
Pasmóme el corazon un miedo helado,  
Y allí sin poder mas me ví rendida,  
Que al desenvuelto amante el premio amado  
Metiendo espuelas via en la corrida:  
Los ojos volví al cielo, y el cuidado  
Le entregué de mi honra y de mi vida,  
Y á la casta Diana en tal estrecho  
Esta breve oracion dije en mi pecho:  
«Divina diosa, si por mí ofrecidas  
Victimas fueron humos de tus aras,  
Y sus puras entrañas encendidas  
Llamas en nombre tuyo dieron claras;  
Si aljaba y flechas traje á tí debidas,  
Y tu selva aprobó sus diestras varas,  
Deste fiero enemigo, y su torpeza,  
Deliendo, oh casta diosa, mi limpieza.»

A este fresco lugar en que ahora estamos  
Diciendo estas palabras descendia,  
Cuando Diana de entre aquellos ramos  
Salió esparciendo en mí una niebla fria:  
Las dos en medio della nos salvamos,  
Y el fugitivo dios, que ya ponía  
En mi sus brazos, aunque quedó ciego,  
Por mil partes cercó la nube luego.

Yo viendo tan solícito enemigo,  
Aunque de la triforme luz guardada,  
Y en su inviolable amparo y casto abrigo  
Segura estaba de dañarme nada;  
La beldad ciega, que vivía conmigo,  
Inquieta me traía y alterada,  
Cual tímida cordera, que presente  
El lobo en torno del aprisco siente.

Cuando medrosa entre un sudor helado  
Me ví ir toda abrasando y consumiendo,  
Que á modo de rocío delicado  
De sus senos la nube fue lloviendo:  
Los huesos ya en cristal se habían trocado,  
Y como yelos se iban derritiendo,  
Corriendo entre las yervas, y el amante,  
Que el agua conoció, mudó el semblante.

Dejó la grave magestad pesada,  
Y en vermis nuevas ondas atrevido,  
«La empresa mia, dijo, es acabada,»  
Y en sus aguas tras mí se ha convertido:  
Yo viendo pretension tan porfiada  
Rendime, y al tomarle por marido,  
Vi que á mudar el celestial decreto  
Ningun humano curso hace efeto.

Entre estos riscos ni morada tengo  
De cristal duro y blancos pedernales,  
Y aquí con otras ninfas me entretengo  
En dibujar empresas inmortales:  
Del dios Jano por recta línea vengo,  
Y saben las antorchas celestiales  
Que es Iberia mi nombre, y mi estandarte  
La mejor sombra del sangriento Marte.

Fue Tubal nieto del famoso Jano,  
De quien segunda vez renació el mundo,  
Y á poblar esta tierra de su mano  
De Armenia vino sobre el mar profundo:  
Deste nació el segundo rey hispano  
Llamado Ibero, y yo deste segundo,  
Este es mi antiguo origen, deste Ibero  
Nombre tomé, y le di á este mundo entero.

Soy pues la que hoy en grave pompa y vuelo  
Sus cosas guía, y soy la que su fama  
Con pio derramará, y heroico celo,  
Por cuanto el rojo sol su luz derrama:  
De entre las ondas de mi claro yelo  
El cielo ha de sacar te inmortal llama,  
Que dará vida y ley á un mismo paso,  
Desde la rubia aurora al turbio ocaso.

Quisierate mostrar, pero no quiero,  
Los preciosos tesoros de mi cueva,  
Las grandezas que al siglo venidero  
Por todo el orbe su corriente lleva:  
Los triunfos, y el camino verdadero,  
Que al mundo sacará una gente nueva,  
A reducir debajo de su lanza  
Cuanto rodea el sol, y el mar alcanza.  
Los apartados reinos, y las gentes  
Por los senos del mundo derramadas,  
El fin del mar las playas diferentes,  
Y aquellas islas del calor tostadas,  
Que al valor de mis claros descendientes  
Por las estrellas viven reservadas,  
Aunque no caben todas en la tierra,  
Lo menos cunden que mi pecho encierra.

Mas no es posible alcance tantas cosas  
El presto huir de un tiempo tan escaso,  
Ni tú, en horas tan breves, mis famosas  
Grandezas puedas ver sino es de paso:  
A otro brazo las lumbres poderosas  
La victoria pasaron deste caso,  
Y á tí lugar famoso al márgen suyo,  
En honra al real valor del brazo tuyo.

Mas por bastante paga al beneficio  
De haber en mi favor tu espada honrado,  
Ya que el precioso hado te es propicio,  
Y tanto tu nobleza me ha obligado;  
Del mundo por venir un breve indicio  
Quiero que en mi labor veas abreviado,  
En nueve hermosos rayos, cuya llama  
Con los nueve compite de la fama.

Este lienzo entre lazos de oro fino  
Al mundo guarda vivos sus retratos,  
Cuya estampa y dibujo peregrino  
Labrando me entretiene alegres ratos:  
Dijo, y desde el remanso cristalino  
La tela desdobló, que dió baratos  
A sus ojos mil rayos de contento,  
Y ella así prosiguió su alegre cuento:  
«Estos que de mi aguja retratados  
Dan gloria á las edades venideras,  
Son nueve capitanes celebrados,  
Tras de quien vienen todas mis banderas:  
Los triunfos á sus hechos reservados  
Celebrados quedarán si los vieras,  
Que yo ahora no he de darles mas renombres,  
De que aquí los conozcas por sus nombres.

Este que ves entre moriscas lides  
Con seis azules roeles señalado,  
Antiguas armas del gentil Persides,  
En tiempo del rey Artus celebrado,  
Es el godo alemán Nuño Belchides,  
Y este escuadron que en sombras abreviado  
Aun se está en los principios de mi aguja,  
Y su luz la del cielo sobrepuja,  
El fruto es de su tronco, que al cercano  
Mundo que ha de venir promete el cielo,  
Y yo en su nombre al reino castellano  
Príncipes dignos de su invicto suelo;  
Y á Castro y Lemos, colmo soberano  
Desta creciente, cuando en feliz vuelo  
Nazca un Apolo por patron y guía  
De una famosa historia suya y mia.

El que tras él no quiere atras quedarse,  
Y su opinion tan adelante lleva,  
Que á todo el ancho mundo hará estimarse,  
Si á hacer llegare de su espada prueba;  
Pues aquí no pudieron dibujarse,  
Celebre sus hazañas con voz nueva,  
Y al conde Hernan Gonzalez sin segundo,  
No solo España, pero todo el mundo.

De la real sangre que sucede y mana  
A Sandoval desta sagrada fuente,  
Lerma gozará duques, y hará ufana



A España un soberano descendiente;  
De cuya sabia y fiel prudencia humana,  
El grave sucesor de un rey prudente,  
Hará el mejor gobierno que en Castilla  
Haya tenido la española silla.

Este de blancas plumas señalado,  
Que el campo de morisca sangre baña,  
Si el frigio Hector no ha resucitado,  
Famoso Cid será, y honor de España:  
Temblará Mauritania en verle armado,  
Y en el frío ataud, grandeza estraña,  
Hecho á vencer con su ademan altivo,  
Tambien vencerá muerto como vivo.

Mira tras este al que por propio nombre  
El de Gran Capitan será debido,  
Y si el retrato te parece de hombre,  
Es porque en mortal lienzo está tejido:  
Su fama, sus hazañas, su renombre,  
No en columnas de mármol esculpido  
Al mundo dejará para memoria,  
Mas toda Italia cantará su gloria.

Este á quien favorece la fortuna  
Al parecer con tan alegre cara,  
Si los hados le sacan de la cuna,  
Marqués será famoso de Pesquera:  
Victoria eterna en inmortal columna,  
Digna promete á su grandeza rara,  
Y él al honor de España un gran tesoro,  
En el rey preso de los lirios de oro.

Aquel por tantos mares venturosos  
En pequeños bajeles engolfado  
Es Hernando Cortés, que en mil colosos  
Su nombre ser merece eternizado:  
Deseubrirán sus ojos venturosos,  
Y rendirá su esfuerzo afortunado,  
Otro mundo, otro cielo, y otro polo,  
Que es poco para él un mundo solo.

Este que tiene el venerable cuello  
De un bello toison de oro enriquecido,  
Y colgado del peso dél y dello  
Del suelo lo mejor y mas florido;  
Si acaso el mundo mereciere vello,  
Como el ser su monarca ha merecido,  
Duque de Alba será, y honor de España  
En Portugal, en Flandes, y Alemania.

El que sobre este carro cristalino  
El mar gobierna en venturoso freno,  
Si al mundo hallare su valor camino  
Para dejarlo de victorias lleno,  
De Santacruz será marqués divino;  
Y si la parca en su enlutado seno  
Antes de tiempo su valor no encierra,  
Temblar hará el furor de la angia tierra.

Aquel en quien las horas presurosas  
El curso abreviarán con tal corrida,  
Que apenas á las puertas deleitosas  
Llegar le dejarán de nuestra vida,  
Cuando entre negras sombras tenebrosas,  
La tierna faz de amarillez teñida,  
Dejará el aire claro y nuevo día,  
Que en su real presencia amanecia;

Yo digo de aquel príncipe famoso  
Que á España vestirá de luto y llanto,  
Después que su valor vuelva espantoso  
El seno de Corfú, y el de Lepanto:  
Y desde allí con triunfo victorioso  
Al espanto del mundo ponga espanto,  
Mostrando en esto ser hijo segundo  
De Carlos Quinto, emperador del mundo.

¡Oh estrellas! ¡cómo fuistes envidiosas  
A la gloria de España! oh duro hado!  
Si al golpe de sus suertes valerosas  
No les faltara tiempo señalado,  
Tú solo á mil regiones poderosas  
Pusieras yugo y freno concertado,

Desde donde se yela el fiero Scita,  
Adonde el abrasado Mauro habita.

Dadme, oh hermosas ninfas, frescas flores  
Para esparcir sobre la tierna frente,  
En sacrificios y debidos loores  
Deste mi soberano descendiente:  
Y vosotros divinos resplandores  
Desbaced los agüeros felizmente,  
Y aquella sombra y triste centinela,  
Que sobre su cabeza en torno vuela.

Destas nueve bellisimos luceros,  
En oro ahora y rosicler grabados,  
Sin otra inmensa copia de guerreros,  
Entre sombras y luces esforzados,  
A los siglos prometen venideros,  
Honra á los vivos, gloria á los pasados,  
No sé si diga en tan veloz corrida  
Otro que aquí de intentó se me olvida.

Vive en el mundo, y es el adversario  
Mayor que ha de encontrar tu brazo altivo,  
Por quien un nombre heróico el tiempo vario  
Para siempre dará á tus obras vivo:  
Dejara el alabar á tu contrario,  
Mas véotele mirar con rostro esquivo,  
Y es de tan grandes llenos la figura,  
Que aun asombra su luz puesta en pintura.

Es pues el valeroso brio dispuesto,  
Que allí campea entre plumajes de oro,  
Y en tierna edad, y en ademan compuesto  
Al francés rinde, y doma al pueblo moro,  
El invicto Bernardo, en quien he puesto  
De mi esperanza el sin igual tesoro,  
Cuya braveza ha de librar la mia  
De un yugo de ambicioso tiranía.

Ya en nuevo arnés grabado representa  
Un invencible Marte al turbio Egeo,  
Donde al rigor de una áspera tormenta  
De un casto amor le alcanzará el deseo;  
Y con el rey de Persia en lid sangrienta  
Ya esta noche le ví, y ahora veo  
Que fue el segundo trance, y el primero  
De que triunfó con voz de caballero.

Otro tuvo en defensa de su tío  
En los famosos bosques de Miduerna,  
Donde de mora sangre un rojo rio  
Su dura espada abrio, y su mano tierna:  
Allí sin otras armas que su brio  
Su rey libró, y ganó una fama eterna;  
Mas son ensayes, que en las veras puesto,  
Su espada rendirá de un mundo el resto.

Matará en Benavente y en Zamora  
Al soberbio Alcaman, y al rey Oreste,  
Que con la suya la pujanza mora  
Hará que ni le valga ni le preste:  
Dejo el campo de Orcejo, dejo ahora  
El riesgo del rey Casto, y muerto en este  
El antiguo don Bueso, que á Castilla  
Humillar quiso á la Aquitania silla.

Dejo trances de honor, dejo victorias,  
Que mil clarines volverán sonoros,  
Y de quien de memorias en memorias  
La fama hará el mayor de sus tesoros:  
Las tierras que en pomposas vanaglorias  
Dará á su rey, y quitará á los moros,  
Dejo y dejo tambien el triunfo manco  
De Barbaste, Sobrarbe, y Monteblanco.

Ni de la conquistada Barcelona  
Digo ya el merecido Principado,  
Ni el tributar la Italia á su persona  
En escano real cetro dorado:  
Ni el ponerle al imperio la corona  
A un golpe de su espada en tal estado,  
Que por bien que la fama ande ceñida,  
Siempre á sus piés se la dará rendida.

Que esto es lo menos de su brazo fuerte,

Y de los bravos que hoy pisan el mundo,  
A los mas por su mano lia de dar muerte,  
Y harto el primero hará en quedar segundo:  
Ni pienses que es el nuevo encarecerte  
De sutil invencion parto fecundo,  
Que ya algun dia tú has de ser testigo  
De lo mas y lo menos que aquí digo.

Lugar precioso en esta rica tela  
Queda á otros nobles hijos de la fama,  
En cuya heróica historia me desvela  
La industria de mi mano y de su fama;  
Y aquesta luz que en torno dellos vuela,  
Es la que á eterno nombre y voz los llama,  
Ahora en tanto que ellos nos suceden,  
Oye lo que los hados te conceden.

«Si en esta clara fuente siete veces  
Al rayo de la luna te lavares,  
Y á los difuntos dioses tus jüeces  
Con nocturnos incienso aplacares,  
Y una sagrada víctima le ofrees  
Al dios conservador destos lugares,  
Con lumbre de laurel y hojas de olivas,  
Harán que al mundo eternamente vivas:

Y tu edad y tu siglo se renueve  
Como los campos con las frescas flores,  
Sin que tu vista eterna noche pruebe,  
Ni tus sentidos sientan sus temores;  
Mientras Ebro á la mar tributos lleve,  
Y por abril nacieren los amores,  
Y el cielo coronaren las estrellas,  
Y los años volaren en pos dellas.

Mas si por no observar las impresiones  
De los celestes astros lo dejas,  
Y destas ceremonias y oraciones  
Indigno el limpio y grave arnés juzgares,  
De las otras forzosas ocasiones  
Este rocío temple los hazares,  
Y en tu antes duro trato vuelva el mio  
Gusto agradable lo que fue desvío.

Perderá las congojas del profundo  
Sueño que te inquietó la fantasía,  
Pues gozar de inmortal vida en el mundo  
El cielo te lo da por otra vía,  
Si merecieres el lugar segundo  
En los contestos de una historia mia,  
Que ha de durar mas siglos en la tierra,  
Que ondas derrama el mar y arena encierra.»

Dijo, y de en medio del sagrado rio  
Con la mano arrojó licor bastante,  
Con que al valiente moro creció el brio,  
Y lo áspero lavó al feroz semblante:  
Volviendo lo argentado del rocío  
El antes rostro bárbaro elegante,  
Desnudo del primer capote y ceño,  
Que de horrible le hacia zahareño.

De una apacible gravedad compuesto,  
Hasta en los ojos de la envidia amable,  
Así en gallarda proporcion dispuesto,  
Que aun el áspero gusto volvió afable;  
Que mas se da con la ventura que esto,  
Como sin ella es todo abominable:  
El agrado, la gala, y la hermosura,  
No son mas que un rocío de ventura.

### ALEGORIA.

Por la cueva del Hado se entiende la providencia divina, á quien todas las cosas están sujetas.

En la relacion de los reyes godos se muestran los altibajos del tiempo, y como ni el cetro y corona de las magestades de la tierra, ni por altos ni por grandes se libran de sus mudanzas.

En Iberia abrazada con el sátiro, cuan poderosa es en el vicio de la sensualidad la fuerza de la ocasion, y como para librarse della conviene que entre de por medio la fuente del desengaño.

En el rocío que á Ferraguto le lavó el rostro, y mejorándole el ser le perfeccionó la figura, se descubren los admirables efectos que la ventura hace en el hombre, y como á veces hasta de lo porvenir le da noticia, como la Hada á Ferraguto.

## LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO. Ferraguto envidioso de las alabanzas de Bernardo se parte á buscarle para probarse con él. Prosigue Teudonio su historia, y en ella las grandezas de un valeroso Joncel, que libró al rey Casto de cierta traicion, y dasa á conocer el conde. Trata de las fiestas de Francia, y del conaejo de guerra del César donde queda confirmada la guerra contra España, y el modo con que el sabio Orontes robó á Bernardo.

QUERIA el moro por tan ricos dones  
Mostrarse agradecido y obligado,  
Cuando sin aguardar á otras razones  
La Hada se volvió en cristal helado;  
Y él vestido de nuevas perfecciones  
El camino siguió de su cuidado,  
De gustos lleno, y desabrida pena,  
Con el bien propio, y con la fama ajena.

Del Ebro inculco por la fértil grama  
De sus mismas acciones va admirado,  
Fria de envidia el alma con la fama  
Que al gallardo Leonés promete el hado:  
Celos le yelan, el honor la inflama,  
Y en él, y en su esperiencia confiado:  
«Será posible, dice, que en el mundo  
Hay quien me baje á mí al lugar segundo!

Primero en ciega confusion hundido  
Todo lo dejará este brazo liero,  
Los que ahora viven, los que ya han vivido,  
Cuanto me espera á mí, cuanto yo espero:  
Mio es, mio ha de ser, y mio ha sido  
En todos trances el lugar primero,  
Este defenderé con dura guerra  
A cuanto surca el mar y ara la tierra.

No volveré á los ojos de mi gente  
Sin quitar á mi honor este embarazo,  
Y ver si dese Montañés valiente,  
Lo que no hizo el mundo hará su brazo:  
A buscarle quiero ir al mar de Oriente,  
Y quitarle la vida en su regazo,  
Antes que toque en tierra, y haya brio  
En ella que compita con el mio.»

Así dijo; fantástico y brioso  
Su caballo guió para Valencia,  
Que es el honor herido en pecho honroso  
Viva inquietud, agravio sin paciencia:  
Dos dias anduvo sin hallar reposo  
Tras el fin de su vana competencia,  
Discurriendo por ella, y sin camino,  
De un desatino en otro desatino.

Mas ya al tercero, cuando el sol sembraba  
Del dorado Zenit rayos mayores,  
Y el pastor caluroso se amparaba  
Al fresco de las sauces entre flores,  
Por el nuevo camino que llevaba  
En ligeros caballos voladores,  
Huyendo vió venir una doncella,  
Y un caballero en los alcances della.

Ella á gritos pidiendo al cielo ayuda,  
Y él con solo el intento de alcanzalla,  
Con la cobarde espada alta y desnuda,  
Por herilla, prendella, ó por matalla;  
Sacó el Moro feroz la suya aguda,  
De quien los bravos tiemblan en miralla...  
Cuando Teudonio en la prision de Luna  
Así en cuentas está con su fortuna.

Llegó el aleaide entreteniendo el paso  
Con sagaz atencion á lo que habia,  
Acogiéronle bien, viólos de paso,



Que solo á requerirlos descendia:

Sintió de nuevo el nuevo preso el caso,  
Su corta fe, su escasa cortesía,  
Y mordiendo los labios al ultraje,  
Entre un suspiro reprimió el coraje.

Y vuelto al conde, dijo: «al fin cual digo  
De la cuadra real llegó á la puerta  
El aviso traidor del falso amigo,  
Cuando ni pudo entrar, ni la halló abierta;  
Y viendo el riesgo y fin del enemigo,  
Y mi importante traza descubierta,  
El rebozo troqué en que satisfacga  
Mi muerto honor la prevenida daga.

Y antes que el frío temor, en las entrañas  
Entera entró, y se la escondi dos veces,  
Con que el sensual amor y sus marañas  
Huyó corrido entre sangrientas heces:  
¡Oli cómo el tiempo da vueltas estrañas!  
¡Oh cómo humilla locas altiveces!  
Matóle al fin del muerto honor la traza,  
Y una ventana le colgó á la plaza.

Yo allí aclamando «¡libertad! ¡victoria!  
¡Leon por el rey Casto!» con que á un punto  
De los contrarios no quedó memoria:  
Que á mi voz viva, y á su rey difunto,  
Libres dejaron la usurpada gloria,  
Las armas, y el rendido alcázar junto,  
Hecho ya en roja sangre un negro charco,  
Con mi espada y las gentes de Filarco.

Sacudió el yugo infame del tirano  
El reino fiel del oprimido cuello,  
Haciendo en estos trances de mi mano  
Que el despojado rey volviese á sello:  
Prendi, tracé, compuse, y todo en vano,  
Pues al fin se olvidó tan presto dello;  
Vino á hacer córtés luego, y á ser vino  
En mis alegres bodas el padrino.

Mostró correspondientes los favores  
A la importante fe de mis servicios,  
Siendo en todos mis votos los mejores,  
Y mis sanos consejos mas propicios;  
Hasta que el malsinar de hombres traidores  
Esta privanza leal sacó de quicios,  
Trocándose los vientos favorables,  
Que hombres, aunque sean reyes, son mudables.

Mahamut, Arrez de Mérida, fue un moro  
De falso pecho y de ánimo atrevido,  
Que ardiendo en ambicion rompió el decoro  
Al rey Hissen de Córdoba debido;  
Y con su gente, y bárbaro tesoro,  
Ya el africano yugo sacudido,  
Del rio Vierzo entró en el campo vasto,  
Y al amparo se vino del rey Casto.

A este por orden y consejo mio  
En fiel guarda le puso á las fronteras  
Que el Miño riega, y crece el Duero frio,  
Por hondos saltos y ásperas laderas;  
Y allí en dos lustros por su ardiente brio  
Almundo espanto dieron sus banderas,  
Y el reforzado puesto en que vivía  
Asaltos á los moros cada día.

Era temida hasta en su misma gente  
La aspereza del bárbaro inhumano,  
Enemigo feroz, brazo inclemente  
Al pueblo infiel y ejército africano;  
Un hermano no menos que él valiente  
Tuvo, á quien sobre el muro zamorano  
Un día, por sedicioso y homicida,  
El rey Casto prendió, y quitó la vida.

Encendió al moro el presumido agravio  
En deseos de vengar su hermano muerto;  
Era mudable, trascendido y sabio,  
De sangre castellana y mora enjerto;  
Y como de traidor tenia el resabio,  
Y de astuto el falaz pecho encubierto,

Encerró en él con pundonor discreto  
De la traicion que ndia el gran secreto.

Y por mostrar que del perdido hermano  
La odiosa muerte ya tenia olvidada,  
Al Casto rey envió á pedir humano  
Importante favor á una jornada;  
Y á mi por de mas nombre, y mas cercano  
A la persona real, dió encomendada  
La suya, y de su causa me hizo agente  
Con mil lisonjas, y un falaz presente.

Dióse el despacho á diligencia mia,  
En despediente afable, y grato modo,  
Y en la conquista y tierras que pedía  
Sin nada reservar se le dió todo:  
Mas no el traidor alcaide pretendia  
Favor, sino venganza del rey godo,  
Enviando con el nombre de embajada  
Doblada gente, y prevencion doblada.

Del trono real á descansar bajaba  
Al valle de Miduerna comarcano  
Tal vez el Casto rey, donde gozaba  
De ver correr un oso de verano;  
Y el montañés Filarco le hospedaba  
Con espléndida mesa y franca mano  
En un real bosque, que en binchada loma  
Sobre las puntas de aquel bosque asoma.

En esta insigne casa de contento  
De alcaide el fiel Garilo nos servia,  
Puesto en olvido el alevoso intento,  
Con que á tener mas tiempo me vendia;  
Aunque él á la traicion trocando el viento,  
La doró con decir que pretendia  
Con aquella ocasion verse á mi lado,  
Para morir allí, ó salir honrado.

Es fácil de engañar un noble pecho,  
Y en un traidor jamás faltan engaños;  
Este pues, que parece que fue hecho  
Para sacar á luz los mas estraños,  
Era en Miduerna alcaide á mi despecho  
Por el gusto de Arlinda habia dos años,  
Cuando de Mahamut la torpe gente  
A Leon llegó con su falaz presente.

Y ahora por grave suma de tesoro,  
O la esperanza de otra mas cumplida  
En él, porque escondió el escuadron moro,  
Del Casto rey deseando la venida,  
Donde la fuerza los guardó del oro,  
Sin ser de nadie su traicion sentida,  
Hasta que el señalado tiempo vino,  
Y un notable suceso en el camino.

El Casto Alfonso al real jardin derecho  
A espaciar se guió, cuando en un llano,  
Que el monte da á la humilde selva hecho,  
Un doncel pareció, y un hombre anciano:  
El viejo alto, feroz, calvo, derecho,  
De rostro enjuto talle cortesano,  
Palabras pocas, y modestia mucha,  
Dos grandes bienes al que ve y escucha.

Del doncel solo no sabré pintarte  
La gallarda postura con que vino,  
Que al brio natural llegado el arte,  
Era en humano traje ángel divino:  
Hijo hermoso de Venus y de Marte  
En su aire le juzgáras peregrino,  
Y humilde de Narciso la pintura,  
Si como yo te hablára su hermosura.

Niño que el tierno bozo le apuntaba,  
De cuerpo algo mas grande que pequeño,  
De alegres ojos, y de vista brava,  
Suave en el mirar, y zahareño:  
Temor el verlo y alegría causaba,  
Y el rostro armado de capote y ceño,  
Mezclando á lo hermoso lo robusto,  
La cifra hacia del deleite y gusto.

En un bravo fantástico caballo

De la color y lustre del armiño,  
Que Genil vió nacer, Bétis criallo,  
Y de su juncia aun no perdió el cariño;  
Sin poder con el freno sosegallo,  
Lozano el potro, y el ginete niño,  
Y así trocando manos y visajes  
Heria el juez, temblaban los plumajes.

De azul, tela de plata, y encarnado,  
Rico jubon, colete y calza al uso,  
El boemio en armiños aforrado,  
Que el regalo y la gala juntos puso:  
Con broches de diamantes recamado  
Y perlas en labor y órden confuso,  
Y en el sombrero, en plumas y en airones,  
Engastes de rubis hechos florones.

La calza de obra, y ricas entretelas,  
Lanzando rayos con vislumbres de oro,  
De puntas de diamantes dos espuelas,  
Y de rubis por ellas un tesoro:  
El blando freno, estribos y charnelas,  
Con pardos nieles de artificio moro,  
La guarnicion de la gallarda espada,  
De esmeraldas y perlas amasada.

Varios entalles de oro en cada hebilla,  
Sonando del pretal las guarniciones,  
De verde brocatel la corva silla,  
Y del mismo matiz riendas y aciones;  
Gripado lo embutido de platilla,  
Y en nuevos trebolillos y florones,  
Con asientos de perlas y rubazos,  
Floridos brichos y escarechados lazos.

Así tal vez entre celajes pardos  
Suele bullendo en luz resplandeciente,  
Con bellas alas de oro y pasos tardos,  
El lucero alegrar al rojo Oriente;  
Y entre peñascos de ámbares gallardos  
Dorar las nuevas rosas de su frente,  
Recamando de aljófares y grana  
El tierno día, el mundo, y la mañana.

Tal el doncel llegó, tal el mirallo  
Deleite puso y gusto en los presentes,  
El rey por le hablar paró el caballo,  
Hecho un tejido muro de sus gentes:  
Cuando el sabio Gentil, que á presentallo  
Al casto rey venia, estas prudentes  
Palabras sembró al aire, y fue escuchado  
Del circunstante pueblo descuidado.

»Aunque jamás en mi, rey poderoso,  
Ni hubo causa ni habrá para ofenderte,  
Por si fui en algun lance sospechoso,  
Y tu gusto agraví por complacerte,  
El brazo deste jóven valeroso  
De mi culpa podrá satisfacerte,  
Cuando su espada ampare, no vencida,  
De varios riesgos tu importante vida.

Tienes con él mas parte que conmigo,  
Con ser yo por mil partes todo tuyo;  
No tardarás en conocermé amigo,  
Y en suficiente prueba el valor suyo,  
Que el furor de un doméstico enemigo  
Te aguarda en este parque, para cuyo  
Remedio todo lo posible le hecho  
En reducirle á tiempo de provecho.»

Dijo, y el Casto responder queria  
Del grave anciano al noble ofrecimiento,  
Cuando el jayán Fracaso, que venia  
Por traidor capitan del falso intento,  
Viendo que el rey el paso suspendia,  
Feroz salió en su loco atrevimiento,  
Temiendo en verle así por cosa cierta  
Ser su oculta traicion ya descubierta.

Con cien valientes moros del castillo  
Muera el ingrato rey salió gritando,  
Suspendímonos todos en oílo,  
Al Casto en frágil escuadron cercando,

Por donde á todo riesgo abrió portillo  
Del furor ciego el enemigo bando,  
Dejando su confusa arremetida  
Los mas bravos Guzmanes sin la vida.

El doncel de la selva compelido  
De un brioso ardor, y el gusto de mostrallo,  
Niño lozano, y de ánimo atrevido,  
La espada sacó á un tiempo, y el caballo;  
Y cual si temeroso ciervo herido  
Le espoleara el deseo de alcanzallo  
Salió contra la bárbara embosecada,  
Sacando mas que el sol rayos su espada.

Era Fracaso un moro berberisco,  
De grueso cuerpo y ánimo doblado,  
En rostro sierpe, en ira basilisco,  
En vista torpe, en lengua libertado:  
Cuba de alegre vino, que el morisco  
Que en esto se desmanda es consumado,  
Y á la sazón sobre un frison polaco  
Hecho venia recién comido un Baco.

Lleno el celebro de arrogancia y vino,  
Cual fantástica torre iba el primero,  
Cuando el diestro doncel salió al camino,  
Vestido uno de seda, otro de acero:  
Hízole al moro errar su desatino,  
Y acertarle el contrario un revés fiero,  
Que dejó por el suelo su braveza,  
Y á él y á sus contrarios sin cabeza.

Pasó sin alma el cuerpo en el caballo,  
Cual si vivo buscara á nuestra gente,  
Donde al miedo primero de mirallo,  
La nueva admiracion creció presente;  
Acudió á toda rienda por vengallo  
De su morisma el escuadron valiente,  
Que en confuso alarido sin reparo  
Por el nuestro rompió de claro en claro.

Eran los diestros moros escogidos,  
Armas, lanzas, caballos, caballeros,  
Al alevoso asalto apercebidos,  
Y á cualquier trance de ánimos enteros:  
Los nuestros solo á caza prevenidos,  
Aljabas de color, petos ligeros,  
Propios para huir desa manera,  
O de la muerte ahora, ó de una fiera.

Quedaron los mas bravos por el suelo,  
Sembrados los no tales por el llano,  
Que ni del rey ni de su honor el celo  
Freno dar pudo á su temor liviano:  
Encontróse Dorasto con Tranquelo,  
Aquel moro valiente, este cristiano,  
Y vinieron al prado sin sentido,  
El moro muerto, y el cristiano herido.

Volvióse á levantar, cobró sangriento  
Su fiel caballo, y el contrario escudo,  
Y con él, con su espada, y con su aliento  
Del rey lo fue mientras durarle pudo:  
Yo á su lado siguiendo el mismo intento,  
Vestido de lealtad, de armas desnudo,  
La defensa que pude, y que debía,  
Sin dar un paso atrás hice aquel día.

Mas ¡quien dirá entre tantas las proezas  
Que el doncel bello en este tiempo hacia!  
¡Los peligrosos golpes, las destrezas  
Con que unos daba y otros rebatía!  
Certando piernas, brazos y cabezas,  
A este ayudaba, al otro defendía,  
Aquí se ampara, y acullá ejecuta,  
Y á todo acude con presteza astuta.

A Mosquino llevó una espalda entera,  
Mollita de Coimbra renegado.  
Que por ser brava su mujer y fiera  
A ser moro se fue desesperado,  
Donde encontró una vieja hechicera,  
Que fue siempre en casarse desdichado,  
Y dicho en el golpe que hoy le deja

Libre de una celosa y de una vieja.

El diestro brazo le arrancó del codo  
A Fulco, gran maestro, de un montante,  
Con que le arrebató su saber todo,  
Y de muy sabio le dejó ignorante;  
Y al taur Alein le dió un revés de modo  
Que ambas las manos le quitó delante,  
Y él hecho á perder manos en el juego  
Quedó del golpe con algun sosiego.

A Zegrildos pasó de parte á parte,  
Valiente capitan de Peñaranda,  
Y á Boacel derribó, y á Galimarte,  
Y á Berberuz el de la roja banda:  
Hiere, rompe, destroza, hiende, y parte,  
De aquí y de allí, de aquesta y la otra banda,  
Hecho en la gallardía, y la persona,  
Un formidable hijo de Belona.

Cual rayo ardiente, que en revuelta llama  
De tres puntas, los rústicos haberes  
Del campo asuela, y la copada rama  
Del sauce, alegre sombra á mil placeres,  
Humeando deja, el hueco monte brama,  
Gime el cielo al caer, la rubia Ceres  
Arde en secas aristas, y en su daño  
La madura esperanza esconde al año.

Ni era menor el daño que hacía  
El escudron contrario en nuestra gente,  
Que uno muere, otro cae, otro huía,  
Otro queda hecho piezas por valiente:  
El soberbio Abdelmon, que pretendía  
Ser de Malioma oscuro descendiente,  
Y en su ciego Aleorán tener cauciones  
Para mudar decretos y opiniones,

Traía un diestro herir tan presuroso,  
Que era el asombro del sangriento llano;  
Derribó á Peñalver, mató á Frago,so,  
Uno bravo leonés, otro asturiano:  
Topó al burlon Grafil, truhan gracioso,  
Que con lenguaje libre, y cuerpo enano,  
Solía satirizar por su deporte  
Los desenhados del rey y de su corte.

Mas dañóle aquel día uno que él tuvo,  
No ser en tuir como en hablar prolijo,  
Que haer entouces á Abdelmon le pluvo  
Nuevo donaire del que tantos dijo;  
Y en verle así pequeño se detuvo,  
Y al brazo se le ató por regocijo,  
Hecho de espada, que antes era escudo,  
Dado á su tabalí en el suyo un nudo.

Pudo la alegre burla estarle á cuento,  
Que á sombras del juglar nadie le heria,  
Cuando una flecha por el libre viento  
A poner tregua en su placer venia;  
Dió en la visera, y acertando á tiento  
Los sesos le costió en la fantasía,  
Quedando muerto, y el enano vivo,  
Por dueño ya del que antes fue cautivo.

El Casto rey entre escabrosas breñas  
A su gente formó fragil reparo.  
Y con mañosa industria á sus pequeñas  
Fuerzas trazó defensa, y puso amparo:  
Bien que contra las armas estremeñas  
El vencer fuera incierto, el morir claro,  
Si el doncel de la selva le faltara,  
O su presta venida se tardará.

Sacó el morisco orgullo tres gigantes,  
Resplandeciendo en láminas de acero,  
Uno en los abrasados Garamantes  
Nacido, otro en las Sirtes, otro en Duero:  
De gruesos cuerpos, y ánimos bastantes  
A rendir el furor de un campo entero,  
Y para en él llevar nuestro rey preso  
Un fuerte carro de acerado peso.

El mauro Dragonel que iba delante,  
Armadas de un alfanje ambas las manos,

Con presto herir, y con feroz semblante,  
En campo á un tiempo entró con diez cristianos:  
Mató á Feinigue, músico y danzante,  
Al duro Orbelio y á Franconio hermano,  
Que en ciego pleito andaban por su herencia,  
Y el gigante igualó la diferencia.

Aun todavía con ellos combatiendo,  
Muerto el uno del todo, el otro herido,  
El gallardo doncel pasó corriendo  
Del gran combate por lo mas tejido;  
Y ora de intento fuese, ó no pudiendo  
Detener el caballo desabrido,  
En el jayan chocó, y á todo vuelo  
Como una gruesa torre vino al suelo.

Quedó sin la una pierna en la caída,  
Y encima della y dél muerto el caballo:  
Causó la no pensada arremetida  
El dar en el gigante, y derriballo,  
Ver el confuso campo de vencida,  
Preso el anciano rey, y por librallo  
A toda furia arremetió, y al paso  
Le ofreció el cielo el venturoso caso.

De la escogida escuadra, á quien cumplía  
En Lugo al Casto rey dar preso y vivo,  
A pesar de quien mas lo defendía  
En su carro Zairan le entró cautivo;  
Y con la rica presa que hecho habia,  
A larga rienda y paso fugitivo,  
Sin aguardar al fin de la revuelta,  
Cumplida su intencion daba la vuelta.

¿Quién del real jóven contará el denuedo  
Al diestro entrar del peligroso alcance,  
El derribar á Dragonel, y el miedo  
Que á todos puso este segundo lance?  
Yo lo ví, y lo toque, y apenas puedo  
Creer que hombre mortal tal brazo alcance;  
Corriendo su caballo á todo vuelo  
Una lanza al pasar cogió del suelo.

Y puesta sin perder tiempo en la enja,  
La enristró contra el fiero Calimargo,  
Que un áspero alcornoque sobrepuja  
En bestial proporción de duro y largo;  
Y cual menudo aljofar limpia aguja  
Taladra, cruza, y pasa sin embargo,  
Así el tierno doncel, ó el feroz Marte,  
Al gran jayan pasó de parte á parte.

Rindió la brutal vida al golpe honoroso;  
¡Caso extraño! Pues oye lo restante:  
Gabeldul que volvió el rostro espantoso,  
Y muerto de un encuentro vió al gigante;  
Bramando contra el cielo asíó furioso  
Un alfanje, al doncel que halló delante  
Quiso sin creer que fuese el homicida,  
Que su muerte pagase con la vida.

Mas sacóle el caballo así ligero,  
Que dieron golpe y cólera en vacío,  
Bien que en un hombro abrió el furioso acero  
De un pequeño rasguño un rojo río,  
Con que el jóven que huyó volvió mas fiero,  
Y viendo del contrario el desvarío,  
Le ayudó de una punta, y puso en punto  
De ir aunque vivo á dar sobre el difunto.

Enlazó con los brazos su caballo  
El jayan de la firme punta herido,  
Perdió el sentido, mas volvió á cobrallo,  
En nuevo espanto y cólera encendido,  
Y alta la espada hacía el doncel por dallo  
En dos partes de un golpe dividido,  
Ciego al pasar topó en el jayan muerto,  
Y turbado perdió golpe y concierto:

Y el doncel á un revés la mano airada  
Con tal donaire revolvió, y tal fuerza,  
Que aunque de tierno brazo, y nueva espada,  
El golpe le obligó se agovie y tuerza;  
Y abierta una espantosa cuchillada

Al hombro diestro, cuanto mas se esfuerza  
A la venganza, y en sus rabias muere,  
Mas tibio aliento y roja sangre pierde.

Que al diestro reportarse del contrario,  
Y hacer con cauta ligereza herida,  
Sin tiento andaba, en movimiento vario  
La fuerza, y no la cólera perdida;  
Y en golpes ciego, en iras temerario,  
A dos manos la firme espada asida,  
Uno se afirma á dar, y á darle entero,  
Hiciera dos un cáucaso de acero.

No pudo huir el jóven valeroso  
El riesgo todo, y cuando mas no pudo,  
El golpe entró á coger con brio airoso  
En la sangrienta espada y el escudo,  
Donde al grabado acero un cerco hermoso,  
Y de diamantes al plumero un nudo  
A tierra derribó, y abrió en la frente  
De roja sangre una vistosa fuente.

Valió al doncel que por el blando viento  
Del corvo alfanje un tercio dió en vacío,  
Que á no hallarse tan junto un fin violento  
Sin tiempo hiciera malograr su brio;  
Y entre arañños y plata el río sangriento  
De rubis pareció, y de nieve un río,  
Creciendo con los nuevos arreboles  
Brio en su brazo, y en su espada soles.

Y así al salir rompió con tal violencia,  
Que el corvo escudo y el brazal siniestro  
Le echó al suelo, y con ellos la paciencia,  
Contra el bizarro ardor del doncel nuestro:  
Dejó el jayan la espada, y sin prudencia  
Quiso asir con la mano al jóven diestro,  
Que de un dulce revés á todo vuelo  
Dos dedos de los cinco le echó al suelo.

Tal vez así en aquel florido puesto  
Cerdoso jabali se vió acosado  
De un sabueso irlandés, que en contra puesto  
Ladrando le entretiene desarmado,  
Hasta que del venablo el golpe diestro,  
Ya por el yerto lomo soterrado,  
Furioso cierra, y quiere desa suerte  
Morir matando á quien le dió la muerte.

No de otra suerte el bárbaro gigante  
Morir desea matando á su enemigo,  
Rabioso en ver que á su ánimo arrogante  
Un desarmado niño sea el castigo:  
Y él con la diestra punta por delante,  
Por entre malla y ualla abrió un postigo  
Al ronco pecho, que arrojó con brio  
De requemada sangre un negro río.

Venia en el servicio del rey Casto  
Altravicio, un fantástico maucebo,  
De aguda presuncion, de ingenio vasto,  
De antiguas vidas un archivo nuevo:  
Momo de habilidades, cuyo pasto  
Fue siempre decir mal, y de ese cebo  
Sacó por menor paga, y mayor mengua,  
Dos riendas en la cara, y no en la lengua.

Autor de estrafalarias opiniones,  
Vano hablador, baraja de porfías,  
Tan lleno de razon, y de razones,  
Que venciera con ellas un Golias:  
Adulador, quimera de invenciones,  
Y por dar en privado aquellos dias,  
Y fingirse algo allí donde era nada,  
Al rey acompañaba en la jornada.

Este cobarde, que huyó el primero,  
Viendo el temido riesgo reparado,  
A hacer volvía del gallardo y fiero,  
Con limpia espada y ánimo hurtado,  
Al tiempo que el gigante iba ligero  
A abrazarse al doncel, y él recatado  
Le barrenó de una estocada el pecho,  
Y dándole lugar pasó derecho.

Fué á dar con el bascoso desatiento  
En el vano Altravicio que venia;  
Cayó sobre él, y como leon hambriento  
A rabiosos bocados le comia;  
Y él que en su boca nunca tuvo tiento,  
Muriendo en otra conoció aquel día,  
Que es justo el cielo en que permita y quiera,  
Que allí cada uno con sus armas muera.

Ya el preso rey en su carroza estaba  
De la sangrienta lid un largo trecho,  
Con diez soldados, cuya vista brava  
Cobarde hacia al mas valiente pecho:  
Síguenle algunos, pero el que llegaba  
No era al segundo golpe de provecho,  
Hasta que ya el doncel, muerto el gigante,  
Gallardo á su pesar pasó adelante.

Mató un caballo, y manca la carroza  
El curso refrenó, y un diestro moro  
Alcambisto, nacido en Zaragoza,  
Alcaide en Portugal, casado en Toro,  
De anciano parecer, y sangre moza,  
Armado en blanco con plumajes de oro,  
A enconrallo salió, y pudo enconrallo  
Sino cayera su andaluz caballo.

Pasó furioso el moro, el doncel visto  
Su riesgo revolvió mas concertado,  
Dando al segundo encuentro de Alcambisto  
Del roto escudo un cerco destrozado,  
Por donde el hierro de la lanza listo  
Pasó el acero y parte del costado,  
Quedando sin escudo, y sin sentido,  
Y el buen caballo en un cuadril herido.

Grande fue el golpe, y grande su castigo,  
Y la pena tan bien ejecutada,  
Que con ser él autor, yo fiel testigo,  
Pienso que es su verdad, verdad soñada;  
Pues hecho dos de solo un enemigo,  
Con tal velocidad corrió la espada,  
Que rebanando acero, carne y hueso,  
Sacó el caballo un monstruo horrible en peso.

El del doncel cayó ya sin aliento,  
De la fuerza que puso en la herida,  
Al dar el desigual golpe violento  
En la feliz segunda arremetida:  
Saltó el jóven, pisó el prado sangriento,  
De adonde con veloz arremetida  
A la carroza fué, á quien por parillos  
Las piernas cortó á tres de seis caballos.

Púdolo hacer sin riesgo, que los nuestros  
Ya conociendo la victoria ufanos,  
Que del tierno dencel los golpes diestros  
Con tanta admiracion les dió en las manos,  
En el herir y en el huir maestros,  
Rodearon los rendidos africanos,  
Que allí pagaron la traicion urdida,  
O con la honra huyendo, ó con la vida.

El herido doncel, tras un caballo  
De los que al rojo campo andaban sueltos  
Al ciego bosque entró, y por alcanzallo  
En la morisca lid nos dejó envueltos:  
Ninguno le siguió ni fué á buscallo,  
Hasta que ya de la victoria vueltos,  
De alegre gusto y de despojos llenos,  
Su singular valor echamos menos.

El rey que vió su libertad y vida  
Deberla toda á aquella heroica espada,  
Y la honra y magestad antes perdida  
Con sus famosos golpes restaurada,  
No viendo el dueño, y viendo su pardida  
Tan sin sazón ni tiempo acelerada,  
Y que ni el sábio que antes le traía,  
Ni él por el campo y bosque parecia;

A notorio milagro le tuvimos  
De nuestro gran Patron, que de aquel modo  
Ya muchas veces batallar le vimos,



Y á su espada rendirse un campo todo:  
Otros que eran los ángeles creímos  
Que antes la cruz labraron al rey godo,  
Porque de las hazañas la braveza  
Sobraba á toda humana fortaleza.

Diez moros, tres fantásticos gigantes,  
Y otros tantos valientes caballeros,  
Los mas dellos caudillos importantes,  
De pechos bravos y ánimos guerreros,  
De otras tantas heridas penetrantes,  
Altivos golpes, y altibajos fieros,  
Rendidos, libre el rey, y todo hecho  
De un tierno brazo y desarmado pecho.

¡Quien pudiera creer que fuera humano  
Brazo tan tierno, y pecho tan altivo,  
Tras la codicia de buscarle en vano  
Sin le poder hallar muerto ni vivo!  
Hasta que por las nuevas de un villano  
El rey las tuvo dél, de su ayo esquivo,  
De sus heridas, y el gallardo lustre  
De su linaje real, y sangre ilustre.

Mas ya esto sobra á mi prolijo cuento,  
Y es cansarte añadir nuevas historias,  
Que ni son de tu gusto ni mi intento.  
Y las mas para tí poco notorias:

Y así digo, señor, que el fundamento  
Fué de mi daño, frágiles memorias  
De mis servicios, y sin culpa mia  
La traidora emboscada de aquel dia,

Que como del florido parque el daño  
Nació, en que iba á hospedarse el rey seguro,  
De Filarco y de mi temió el engaño,  
Y sospechas cobró del fuerte muro:  
Mandó arrasarlo, y con rigor extraño  
De esteril sal cubrir el campo duro,  
Y derribar por él torres y almenas  
De mas lealtad que de desastres llenas.

Huyó el traidor alcaide, con que puso  
Escrupuloso al rey de nuestro trato,  
Y á prendernos de hecho se dispuso,  
Por ser tan justiciero como ingrato;  
Que olvidar los servicios es el uso  
Que en la corte se vende mas barato;  
Y el que ni muda ley, ni guarda leyes,  
Desde el menor lacayo hasta los reyes.

Esta es la historia y curso de mi vida,  
Y la traición que aquí me trajo preso,  
Con otras circunstancias añadida  
De menos importancia, y de mas peso:  
Mas porque no sea en todo desabrida

Ni dura mi prision, ahora tu seso,  
Señor, la temple, y si te viene á cuento  
Me di quién eres, para no ir á tiento.

Que si por la presencia he de juzgarte,  
Templanza, autoridad, talle y figura,  
Bastantes causas dan de respetarte  
Tu mucha gravedad y compostura;  
Y aquesta misma estimacion es parte  
De hacer la mia en tu valor segura,  
Y que desee saber con fundamento  
Que aire alteró de tu fortuna el viento.»

Así Teudonio dijo: el de Saldaña  
Con pecho y corazon sobresaltado,  
Como que en una historia tan estraña  
Algun caso le toque no pensado:  
Oyendo del doncel de la montaña,  
Niño de tierna edad, y ánimo osado,  
De sangre real, la suya alborotada,  
Así con voz le respondió turbada;

«Señor, si desde luego no he traido  
A tus piés con humilde reverencia  
Aquel respeto á tu valor debido,  
Y el que pide y se debe á tu presencia,  
Esta dura cadena lo ha impedido,  
Y el no fiarme aquí de la experiencia,  
Para creer que á un príncipe tan alto  
Fortuna obligue á dar tan bajo salto.

Mas ya que el tiempo por consuelo mio  
Quiso igualarte á mí en tu desventura,  
Y que de mi fortuna el desvarío  
Con otro mayor cure su locura;  
En mi intencion y tu valor confío  
Que alcanzaré perdon y honra segura,  
De quien la puede dar al mundo todo,  
O preso, ó libre, de cualquiera modo.

Perdona si dilato, y no te digo  
Todo el secreto y casos de mi vida,  
Que la honra que me hizo igual contigo  
No la quiero tan presto ver perdida,  
Hasta pedirte ahora como amigo,  
Y no como inferior, dejes cumplida  
Tu historia, y me declares si has sabido  
Quién fue el doncel tan bien encarecido.

De dónde vino á se volver tan presto  
Un tierno niño, y un jayán tan fuerte,  
Que lo deseo saber, para tras esto  
En todo sin estorbo obedecerte:  
Perdóname, señor, serte molesto,  
Que al ver tan llena mi felice suerte  
De tu afabilidad y gracia ha sido  
Quien me ha vuelto enfadoso de atrevido.»

Don Sancho así con pecho alborotado,  
Aun sin saber de qué, y con voz prudente,  
Humilde al gran Teudonio, y reportado  
El nombre pide del doncel valiente:  
Cuando del dulce estilo acariciado,  
Término cortesano y elocuente  
Del preso ignoto, en gravedad compuesta,  
Esto nió á su pregunta por respuesta.

«En triunfo triste, y suspension callada,  
El destrozado rey daba la vuelta,  
Del riesgo aun la persona alborotada,  
Y en deseos de venganza el alma envuelta;  
Cuando al sordo bajar de una cañada,  
De los cristales de Ezla en flores vuelta,  
Dellas cubierto el rústico Silvano  
Salía de su vecina selva al llano;

Y ante el brioso alazán que el rey traía,  
Postrado con medroso encogimiento:  
«Señor, dijo, á la humilde choza mia,  
Que á los piés tiene deste monte asiento,  
A la hora vino ayer que se fué el día  
La alegre vista de un doncel sangriento  
Con un viejo sagaz que era su guía,  
Y á tu réal mano este papel envía.

Por enjugar la sangre á las heridas  
Del amado doncel paró un instante,  
Y en bálsamos de yerbas conocidas  
Mitigado el dolor pasó adelante.»  
Del Casto Rey las nuevas recibidas  
En gusto general, ver lo restante  
En el papel mandó, y el que servía  
De secretario dijo que decia:

«Al Casto Alfonso, el Mago Orontes Griego,  
Salud, y muerte al bando sarracino,  
Cual la que el cielo hoy dió al del rio Mondego  
Estorbo de tu gusto, y mi camino:  
El mismo esta partida ordena, y ruego  
Al curso eterno del volar divino;  
Por tales puntos sus estrellas guie,  
Que á tu honra bienes sin cesar envíe.

El tierno brazo que con nueva espada  
Hoy hizo extremo della en tu servicio,  
Y de bárbara sangre barnizada  
Dió de la suya real bastante indicio;  
No ha vuelto su partida acelerada  
Antojo nuevo de inconstante vicio,  
Mas celestial impulso que le llama  
Por este curso al colmo de su fama.

Conviene á la salud y al noble aumento  
De su importante nombre esta partida:  
A tiempo volverá que mas contento  
que pena ahora cause en su venida;  
Que yo que solo á tu servicio atento  
Mi tiempo gasto, y trazo el de su vida,  
Muerto hoy sin su favor te vi en mi ciencia,  
Y ahora en riesgo á él sino hace ausencia.

Esta causa nos lleva, esta nos pudo  
A tus mentes volver de los de Oriente,  
Despues que en turbio cielo, y dia sañado,  
Niño en Miduerna le robé á tu gente:  
Dos llenos lustros en silencio mudo  
De España por mas bien ha estado ausente,  
Probando en el honor de hechos preclaros  
La noble vida de sus miembros caros.

No en deservicio tuyo el robo ilustre,  
Mas en favor de su importante vida  
El hado le trazó, porque deslustre  
Su espada el golpe de la mas temida:  
Al fin del reino el bien, de España el lustre,  
Es saugre de la tuya producida,  
Tu sobrino Bernardo, aquel que ha sido  
Tan llorado este tiempo por perdido.

De Francia no te altere el rompimiento  
Si guerra da á tu oferta en vez de gracias,  
Que es nube hinchada de ambicioso viento,  
Que en daño suyo ha de llover desgracias;  
Y de tu gran sobrino el firme aliento,  
Así sus brios y sus fuerzas lácias  
De un golpe dejará, que sea testigo  
El de ser sangre tuya, y yo tu amigo.»

Esta en suma es la carta, oye quién sea  
El sobrino del rey, y por qué via:  
Junto de Oviedo en una alegre aldea,  
Donde la corte un tiempo residia,  
En gallardo ademan, y real librea,  
Una infanta bellísima vivia,  
Niña de tierna edad, y alma lozana,  
Y del Rey Casto Alfonso única hermana.

Siendo el padrino amor, en lazo ardiente  
Unió con ella un conde de Saldaña,  
De la gótica sangre descendiente,  
Y de la nata del valor de España,  
Privado ilustre, y de su rey pariente;  
Mas en una desdicha todo daña,  
Y así no valió al conde en cosa alguna  
Amor, privanza, saugre, ni fortuna.

Tomó en agravio el rey lo que pudiera  
A feliz suerte de su hermosa hermana,  
Si el real respeto con rigor no fuera

Contrario en esto á la razón humana :  
Quiso que el conde en larga prision muera ,  
Y en clausura la infanta soberana ,  
Nacido della ya el doncel gallardo ,  
Que de su abuelo se llamó Bernardo .

Críóle el Casto rey con nombre de hijo ,  
Tiempos gustos de amor , y fe paterna ,  
Hasta que en la ocasion de un regocijo  
El sabio Orontes le robó en Miduerna :  
La causa ni la sé , ni nos la dijo ,  
Ni de dónde nació amistad tan tierna  
Con el doncel , y con el rey gallego ,  
Siendo el uno español , y el otro griego .

El Casto con la alegre nueva ufano  
Del doncel ya llorado por perdido ,  
Viéndole vivo , y por su altiva mano  
A su primer grandeza reducido ,  
Ni al moro teme , ni al poder cristiano ,  
De la esperiencia y la esperanza asido ,  
Antes para la guerra venidera  
Solo que vuelva su sobrino espera .

Y sino son lisonjas de la fama ,  
O el tiempo sin sazón corta la espiga ,  
No hay lengua en cuanto España se derrama  
Que otras grandezas que las suyas diga :  
Uno Marte español , otro le llama  
Alcides nuevo , y todo en voz amiga  
Celebra , ora de vista , ora de oídas ,  
Sus cosas grandes , ciertas ó fingidas .

La guerra que con Francia está aplazada  
Del mundo sin por qué mortal ruina ,  
Es toda de ambición ocasionada ,  
Y de imprudente traza repentina...  
Mas ¿ qué accidente ó causa no pensada  
A tal congoja y lágrimas te inclina ?  
¿ Qué desgracia ó pasión puesta en olvido  
Mi cuento á la memoria te ha traído ?

Si es por hallarte sin por qué enterrado  
A tal sazón en sótanos estrechos ,  
Que cual yo pienso el ocio desalmado  
Cárcema es interior de honrados pechos ,  
El reino está y el rey tan apurado  
De hidalgos que lo sean en sus hechos ,  
Que no solo abrirá esta cárcel fiera ,  
Mas aun las de la muerte si pudiera .

Mitiga ahora , señor , tu acerbo llanto ,  
Y de cualquiera causa que proceda ,  
Qué podré hacer por ti me advierte en tanto  
Que este altibajo de fortuna rueda ,  
Que tu valor en mí ha podido tanto ,  
Que nada el mío te negará que pueda ,  
Ora vaya en tu dicha , ora en la mía  
El desear yo tanto tu alegría .»

Dijo , y el preso conde á sus razones :  
« Oh invicto don Teudonio , cuán al vivo  
Tus palabras descubren los blasones  
De la real sangre por quien muero y vivo :  
No tiene ni ha tenido el rey prisiones ,  
Cárcel cruel , ni calabozo esquivo ,  
Que puedan agraviar y hacer ultraje ,  
A quien no fuere de tu real linaje ;

Y así lo que pudiera al mas perdido  
Ser provecho y favor á mí me daña ,  
Pues mi culpa mayor es no haber sido  
De la sangre real la mía estraña :  
Yo soy , si acaso soy , primo querido ,  
El desdichado conde de Saldaña ,  
Que tanto ha que enterrado y muerto vivo ,  
Que no sé si me vi algún tiempo vivo .»  
¡ Oh cielo santo ! don Teudonio dijo ,  
¡ Posible es que veo viva la persona  
Así agravada del valiente hijo  
Del conde de Saldaña y Barcelona !  
¡ Oh humano engaño ! ¡ oh corto regocijo !...»  
Mas ya mi voz el llanto desentona ,

Que venturas halladas en cadenas ,  
Solo para lloradas salen buenas .

Otra vez cantaré de los varones  
El muerto gusto de su alegre vista ,  
Sus mal afortunadas pretensiones ,  
Que una desgracia no hay quien la resista ;  
Y ahora entre los franceses escuadrones  
Sus fuerzas todas la fortuna alista ,  
Y en sonando de Marte el ronco acero ,  
Ningun atento gusto queda entero .

Cargada de favores de fortuna  
Altiva estaba la indomable Francia ,  
Su fama por el cuerno de la luna ,  
Y sobre el mismo rumbo la arrogancia ,  
Sin triste azar , sin disonancia alguna ,  
Sin guerra ni enemigo de importancia ,  
Y solo contra España declarado  
El orgulloso brío de su estado .

De galas llena y bélico aparato  
Su imperial ambiciosa corte crece ,  
Y en pompa ilustre da vivo retrato  
De cuanto en gusto humano se apetece ;  
A quien de la fortuna el rostro ingrato  
Ahora agradable sus favores crece ,  
Y al viento hinchado de su luna llena  
La hueca trompa de la fama suena .

Por la real sucesion al reino hispano  
Alarde hizo el placer desta riqueza ,  
Y en laurel victorioso el pueblo ufano  
Ceñida al César dió la real cabeza :  
Mas de un signo infeliz el curso vano  
Templó al público estruendo la grandeza ,  
Y en su contrario aspecto pudo tanto ,  
Que el comun regocijo volvió en llanto .

Ya en astas de oro deslumbrando el viento  
Sus victoriosos estandartes planta ,  
Cuyo altivo y revuelto movimiento ,  
Si á unos causa placer , á otros espanta :  
Ya entre su alegre tremolante aliento ,  
Sus triunfos cuenta , sus victorias canta ,  
Y en públicos carteles de alegría  
Fiestas aplaza , y les señala día .

Dar en pomposo alarde los trofeos  
Que el tiempo dió á sus inclitos varones ,  
La no vista creciente de deseos ,  
Las conquistadas bárbaras naciones ,  
Será gastar el tiempo con rodeos ,  
Y por cortar la letra hacer borrones ,  
Que es querer cifrar mucho en breve suma  
Cargar de tinta sin sazón la pluma .

Otra musa los cante si tuviere  
Con mas obligacion menos cuidados ,  
Que la mía en su tasada pluma quiere  
Casos forzosos , y esos limitados ;  
Pues de los cortos bienes que escribiere  
Hasta los dejos quedan olvidados ,  
Y al gusto humano no hay dolor mas grave  
Que el bien pasado en quien sentirlo sabe .

Solo unas fiestas pediré á la fama ,  
Que así ensancharon con su trompa el vuelo ,  
Que no en mas partes de su luz derrama  
Rayos al mundo el dios que nació en Delo :  
Si el tronco se conoce por la rama ,  
Esta en que se enramó y se enredó el suelo  
Se llame en cuanto ronda y ve la luna ,  
Rama del mayor tronco de fortuna .

Por suyo en Perpiñan tenían el día  
Que se diesen los muros de Girona ,  
Girona , á quien el César pretendía  
Por orla nueva á su imperial corona :  
Mas ya entibiado el punto á la alegría  
Con el desprecio de la real persona ,  
Que España no estimó por ser cabeza  
Pequeña á su magnánima grandeza .

La vuelta de París tomó , dejando



Al grave Orlando el peso de la guerra,  
 Donde en su parlamento platicando  
 La sucesion de la asturiana sierra,  
 Que en derecho le funden pide el mando  
 Y accion que tiene á la española tierra,  
 Si hay alguna, ó quien sombra della saque,  
 Pues basta á la ambicion cualquier achaque.

Cuán raras veces la verdad desnuda  
 Hasta el real dosel va sin sospecha  
 de adulacion, que la transforma y muda,  
 Y entre oropel la da lisonjas hechia:  
 Guisanla porque suele amargar cruda,  
 Y tales salsas el engaño le echa,  
 Que con el amor propio la hace al justo  
 Maná que cuadra y viene á cualquier gusto.

Como al triunfante hijo de Pipino,  
 Que en verle al español cetro inclinado,  
 No hubo voto ni voz de paladino  
 De contraria opinion en el senado:  
 Todos firman y afirman, que en divino  
 Y en humano derecho está fundado,  
 Que entre y suceda en el distrito hispano  
 O rey francés, ó emperador romano.

Como rey tiene ya el primer derecho  
 De la renunciacion que el Casto hizo,  
 Y como emperador es el derecho  
 Sucesor, y el que hoy reina advenedizo:  
 Esto Turin, un gran Lieurgo hecho,  
 Dió por su parecer, y le relizo  
 Don Reynel con el suyo, don Grimaldo,  
 El ciente don Galban y el rey Geraldo:

Y bien que cada cual por su camino,  
 Y á diferente pretension guiado,  
 De derecho dan nombre al desatino,  
 De una ciega ambicion ocasionado:  
 Solo el anciano Malgesí adivino,  
 En los agüeros de Merlin fundado,  
 En pié se levantó, y en voz severa  
 A su príncipe habló desta manera:

«Es el ser singular tan peligroso  
 En resueltas materias de importancia,  
 Que aun acertando queda un hombre odioso,  
 Y en manchadas sospechas de arrogancia;  
 Pues ¿qué será si el caso está dudoso,  
 Y en la opinion contraria la ganancia?  
 Y el parecer opuesto y descuidado  
 Del gusto que ha de ser aconsejado.

Servirá solo de quedar corrido  
 Quien á todo este riesgo se arroja,  
 Mas no por esto un pecho bien nacido  
 Es bien que en miedos y sospechas pare:  
 Yo, señor, desta junta he conocido,  
 Que quien el gusto tuyo reforzare  
 Con su opinion será, decirlo quiero,  
 El mejor capitan y consejero.

Por eso no hay en todo el parlamento  
 Voto por escribir ni firma en blanco,  
 Que ha descubierto ya en tu real intento  
 Para sus tiros la lisonja el blanco;  
 Y así en lo que ahora por servite intento  
 Temo que ha de salir la suerte en blanco,  
 Que te veo ya resuelto por mil modos,  
 Y es mucho ir uno solo contra todos.

Pero la fe me obliga y la obediencia,  
 Que como á mi señor y rey te debo,  
 A pedir, no que mudes la sentencia,  
 Que esto es ya mucho á un parecer tan nuevo;  
 Mas que se mida con mayor prudencia  
 Lo que quizá á decirte no me atrevo,  
 Medroso que mis dichos verdaderos  
 No les llamen, mudado el nombre, agüeros.

Vanamente se funda quien te dice  
 Que á Francia incumbe España por derecho,  
 Si la antigüedad sabia contradice  
 Con su razon á la opinion y al hecho:

Por bien que con lisonjas autorice  
 Tu gusto en esto mas que tu provecho,  
 Verá, si ver quisiere, libre á España  
 De ajeno cetro y dependencia estraña.

Si atiendes al antiguo origen suyo,  
 Fundada fue por el primer hermano  
 De Noé bisnieto: si al derecho tuyo  
 De rey francés, ó emperador romano,  
 Antes que el franco Merobeyo, cuyo  
 Cetro ha venido á tu prudente mano;  
 Ataúlfo fueron y Alarico reyes,  
 Que á Italia, España y Francia dieron leyes.

Y si tu pueblo no se precia en vano  
 De ser de un hijo de Héctor descendiente,  
 Y el de Priamo, y ambos del troyano  
 Dárdano, de Atlante italo pariente;  
 Siendo el décimoquinto rey hispano,  
 De España es el origen de tu gente,  
 Y ella, de quien nació en nuestro hemisferio  
 La antigua Troya y el romano imperio.

Esta es la antigüedad, cuanto al derecho  
 Que en la renunciacion has adquirido,  
 Si pudo darte alguno el rey de hecho,  
 Ya de hecho tambien lo ha suspendido:  
 Ni tengas por ofensa lo que ha hecho,  
 Pues tu grandeza en nada descrecido,  
 Que no está en muchos reinos, ni en tenellos,  
 Sino en un pecho real y digno dellos.

Cuanto mas, que si el rico y fértil suelo  
 De España puede con sus venas de oro  
 Dar codicia, tambien dará recelo  
 Ver que leones guarden su tesoro:  
 Trueca, señor, la empresa, trueca el celo,  
 Y el riesgo del cristiano al pueblo moro,  
 Sientan Valencia y Aragon tu saña,  
 Que esto es ganar, y no perder á España.

Sabe que del gran mundo en los secretos  
 Por donde el cielo sus discursos guia,  
 El hacedor del tiempo en sus efectos  
 A España ofrece eterna monarquia;  
 Y en inviolables pactos y decretos  
 A sus reyes y real genealogía,  
 Lo que hay desde la aurora hasta donde  
 El sol alumbraba cuando aquí se esconde.

Yo así al cielo lo oí, y así de un sabio  
 Está en firmes figuras definido,  
 Y en justa pena á un ambicioso agravio  
 Un dragon de oro ante sus piés rendido:  
 Hable á su antojo el lisonjero labio,  
 Yo solo digo y sé lo que he leido,  
 Y que va ya en los fines de su cuenta  
 El riesgo, la venganza y el afrenta.

Así dijo, y del grave parlamento  
 No quedó quien en ánimo y semblante  
 No aprobase con nuevo encogimiento  
 De su razon la fuerza por bastante,  
 De la eficacia el vivo sentimiento,  
 De la resolucion el brio importante,  
 Que la clara verdad se trae consigo,  
 Sin respeto de amigo ni enemigo.

Era de insigne crédito la ciencia  
 Del sabio por los cursos de Aqueronte,  
 Y el lustre de la noble descendencia  
 De ambas sangres Mongrana y Claramonte,  
 Quien le hizo el oráculo y prudencia  
 Que al gobierno imperial mas pese y monte,  
 Por ser príncipe y sabio, que en efeto  
 Es bueno un gran señor para discreto.

Ya reducido á plática ordinaria  
 Un sordo hablar corrió por el senado,  
 Quién dando esta razon, quién la contraria,  
 Conforme á su intencion, ó su cuidado:  
 El César de opinion perpleja y varia,  
 Ni del todo resuelto ni mudado,  
 Entre un discuso y otro divertido,



De la ambición y la razón herido;

Cuando del falso bando de Pontiero  
El traidor Galalon ardiendo en ira,  
Con rostro grave, y con desden severo,  
Así al César habló, y á solo él mira:  
«Si lo que con palabras decir quiero,  
Con la luz lo dijera que me inspira,  
Vieras, señor, ser aire sin causarte  
Los montes con que piensas espantarte.

Pero si la razón ha de ir vestida  
Como á la guerra armado el caballero,  
Yo que no oí retórica en mi vida,  
Quizá no acertaré á dar la medida,  
Que soy soldado al fin, no palabrero;  
Mas si aquí fuere corto en la jornada,  
Mas que sus lenguas cortará mi espada.

Y tú, invicto señor, César Augusto,  
A quien en triunfar carro de leones,  
Ya con brazo enfrenar veo robusto  
Las españolas bárbaras naciones,  
Manda callar los magos, que no es justo  
Que agüeren tu valor supersticiones,  
Ni como á niño con asombros vanos  
Quieran atar tus victoriosas manos.

Si Malgesí con loco fingimiento  
Así no admite en el saber segundo,  
Que él solo vió de Adán el testamento,  
En los agudos reyes manda el mundo:  
Lo que en sus vueltas guía el firmamento,  
Lo que en las gentes trazan del profundo,  
Lo que es, lo que ha de ser, y lo que ha sido,  
Con un lazo lo vió en un bosque asido.

Cuando en venganza pública colgado  
De un pie le tuvo el risco de Miduerna,  
Dándole el infernal cuaderno amado,  
Afrenta humana en penas de la eterna:  
Si allí su ciencia le dejó burlado  
En causa leve, y ocasion tan tierna,  
¿Por qué se finge de saber profundo  
En la revolución de todo un mundo?

Los ciegos ojos á la luz presente  
Soñando quieren ver lo venidero,  
Y con vano temor á un rey prudente  
Hacer lo que no harán brazos de acero:  
Si la española á la francesa gente  
Origen dió, y su cuento es verdadero,  
El reino es nuestro, á tierra propia vamos,  
Los godos nos la usurpan, ¿qué esperamos?

Mas no es justo se admitan sus razones  
En discurso gentil ni ánimos puros,  
Ni en grave junta de inclitos varones  
Mágicos hablen, lóbreos y oscuros:  
Allá en ciegos desvanes y rincones  
Sus cercos formen, recen sus conjuros,  
Y solo suenen los reales techos  
Nobles palabras de hidalgos pechos.

Si el Casto rey te dió su cetro y silla,  
Y á instancia ya del reino te la niega,  
Tu valor tiene en poco el de Castilla,  
Pues á no te estimar por su rey llega:  
Como dice la mágica cartilla  
Del que á tí te predica, y él reniega,  
Que en esto no te ofende ni lastima.  
Si un reino tu grandeza desestima.

Es ignorancia de quien solo sabe  
Descalzo andar entre papeles y untos;  
¿Quién hizo al vano Malgesí tan grave,  
Que á medir llegue del honor los puntos,  
Y que el tuyo y el nuestro menoscabe,  
Pudiendo él solo mas que todos juntos?  
Y siendo en su decir el vano adorno,  
Mancha á tu fama, á tu opinión solo.

Al fin, señor, el parecer mas sano  
Destos invictos príncipes y mio,

A tu grandeza y nombre soberano,  
Y á la reputación del francés brio,  
Es que á pesar del mundo por tu mano  
Conquistes el gallego señorío;  
Y pues la tierra á tu derecho toca,  
Tuya será, que aun para tuya es poca.»

Dijo, y mirando con desden severo  
Al francés sabio reventando enojos,  
Rióse, haciendo escarnio altivo y fiero,  
Y él centellando fuego por los ojos:  
Al libre hablar del magacés parlero,  
Fundado del rey Carlo en los antojos,  
La mano quiso ya en la espada puesta  
Darle en ella librada la respuesta.

Alteróse el confuso parlamento,  
Y en nuevas opiniones dividido,  
Con riesgo de un notable atrevimiento  
El hablar castigara desmedido,  
Si el grave César desde su alto asiento,  
Para apagar el fuego ya encendido,  
No mandara salir, aunque agraviado,  
Al sabio y á los suyos del senado.

Tenia facundia el magacés astuto  
Y gracia en persuadir cuanto quería,  
O fuese de la yerba moli el fruto,  
Que Alcina de su huerto le dió un día,  
O porque con lisongas el mas bruto  
Dar gusto sabe, y Galalon sabia  
Disimular las suyas de manera  
Que un Argos vuelto en linco no las viera;

Y entonces fue su hablar general gusto,  
Por el que á todos daba la jornada,  
Y porque al cielo en su castigo justo  
El mismo delincuente da la espada:  
Faltó del parlamento el brio robusto  
Del grave hijo de Amon, siendo agraviada  
La autoridad del sabio no admitido,  
Maganza victoriosa y él corrido.

Pero antes de salir de la gran sala  
Así al senado dijo un aspid vuelto:  
«Aunque ninguna recompensa iguala  
Mi agravio, ver al rey francés resuelto  
En el consejo, y la intencion mas mala  
Que el mundo vió para quedar revuelto,  
Me lastima, que siempre un noble pecho  
Mas mira el bien común que su provecho.

Mas si ya es la desgracia irremediable,  
Y el veneno hasta el alma ha penetrado,  
Si el mundo y su grandeza deleznable  
Límite tiene y curso señalado,  
Si contra el hado y suerte inevitable  
Ni hay fuerza real ni imperio reservado,  
Caiga la francés pompa, caiga hambrienta  
De humana sangre, y vénguese mi afrenta.

Que yo os anuncio, y pongo por testigo  
Esta verdad cuantas el mundo encierra,  
Que de todos los príncipes amigos,  
Que á ver llegaren la española tierra,  
Cuando quieran contar los enemigos,  
Los que vivos salieron de su guerra,  
Les sobrarán, si mi saber no es vano,  
Dos dedos de los cinco de la mano.

Dijo, y dejando el grave parlamento,  
Parte confuso, y parte acobardado,  
Con inviolable y firme juramento  
De no volver, se va, hasta ser vengado;  
Y al deseado Reynaldos por el viento  
A pedir fue donde le habia encantado  
Una llada en los reinos del Oriente,  
Justa venganza al deshonor presente.

El rey con los demás que en su consejo  
A la revuelta del mueven el labio,  
Unos de encanto y de caduco viejo,  
Y otros nombres le dan de noble y sabio;  
Hasta que al fin con altarcar perplejo

De varios pareceres, en agravio  
Del mal aconsejado Carlo Augusto,  
Los mas discordes quedan en su gusto.

Y ya de esta imprudente opinion todos,  
En la del falso Galalon fundada,  
Que cruel pretende por diversos modos  
La imperial magestad ver acabada;  
Contra el estrecho reino de los godos  
Sangrienta guerra queda declarada,  
Y que á las flores del abril siguiente  
Campo se forme, y se levante gente.

Que el galan Durandarte á Desiderio  
Su gente haga bajar de Lombardia,  
Y Galalon las fuerzas del imperio  
En Bretaña reforme y Picardia,  
Que á Roldan se dé aviso, y á Silverio,  
Marqués de Fox, y duque de Pavia,  
Que concluido el cerco de Girona,  
Por Perpiñan descienda hácia Narbona.

Que dejando presidio suficiente  
Al real de Barcelona y Cataluña,  
Con lo sobrado marchen de la gente  
Por Cominges derechos á Gascuña;  
Dónde en todo el florido abril siguiente  
Del campo el resto llegue, y con la uña  
Del águila imperial haciendo garra,  
Por Roncevalles se entren en Navarra.

Y que entre tanto las famosas fiestas,  
Que en Perpiñan se dieron aplazadas,  
En Paris se prosigan, y en compuestas  
Barreras, y soberbias palizadas:  
Los estandartes y banderas puestas  
Levanten gente, y den armas grabadas,  
Sin que haya cosa en cuanto el reino encierra  
Que no sea asombro y gallardía de guerra.

Esto salió por último decreto  
Del francés parlamento y grave junta,  
Mas mientras al ponerlo por efeto  
La gente y el ejército se ve perfeto  
Y en medido escuadron se va perfeto  
Las lanzas cuento á cuento, y punta á punta,  
Con grato gusto quiero del oyente  
Un oculto secreto hacer patente.

Praxitel, sabio y noble estatuario  
Primero de Corinto, recogia  
El oro, el bronce duro, el jaspe vario  
Del Tinaro, y de Ormuz la pedería,  
El rojo azofar, el luciente pario,  
El verde mármol que la Etolia cria,  
Abriendo despues dello sus buriles,  
Vuellos divinos, láminas sutiles.

¡Oh cuanto ha menester quien lo que escribe  
Vestirlo piensa de inmortal memoria!  
¡Y en cuerda alma y cuidado fiel concibe  
El parto heroico de una grave historia!  
¡Qué fácil al principio se recibe  
La empresa! ¡qué dudosa es la victoria!  
¡Qué de caudal, estudio y advertencia  
Pide en rigor cualquiera menudencia!

Sabroso estilo, espíritu templado,  
Heroica voz, lenguaje casto y puro,  
Ni plebeyo en lo humilde ni pesado,  
En lo soberbio ni en lo grave duro;  
Ni altivo, ni arrogante, ni afectado,  
Ni largo, estéril, ni por breve obscuro,  
Ni que en regla y compas jamás se aparte,  
Freno á la lengua, y al ingenio el arte.

Buena eleccion para la traza y modo,  
Y para el disponer perseverancia,  
Y una firme paciencia sobre todo  
Contra un censor hinchado de arrogancia,  
Que da en soberbia presuncion del codo  
A la mayer dulzura y elegancia,  
Y no hay espejo de cristal de roca  
Que no empañe el aliento de su boca.

¿Quién se libró del riesgo de una falta?  
¿Quién se dió á todos gustos por cumplidos?  
¿A qué regla ó compas no sobra ó falta  
En lo mas ajustado y mas medido?  
No hace el brazo mortal raya mas alta,  
Nadie puede dar mas que ha recibido,  
A alcanzar con mi pluma adonde quiero,  
Fuera Homero el segundo, y yo el primero.

Mas contra el ciego error de una quimera  
Cien Midas hay si un sátiro no falta,  
Y así anudando la razon primera  
Del cuidadoso desvelo en no hacer falta,  
El que en estilo grave y voz severa  
Antigua historia escribe heroica y alta:  
Porque contra mi crédito no lleve  
Don Teudonio esta falta por ir breve;

Si algun cuidado á su discurso atento  
Saber descáre en este heroico paso,  
Con mas adelgazado fundamento  
Del robo ilustre el importante caso;  
Que á Orontes trajo por el blando viento  
Del Oriente á los reinos del ocaso;  
Quién le dió nuevas de Bernardo, y cómo  
Con un hecho salió de tanto tomo;

Quién le obligó á encargarse del infante,  
Qué gusto, qué interés por esta via,  
La voluntad del sabio Nigromante  
A tan nueva lealtad y amor movia;  
Todo fue de un gran fin causa bastante,  
Dirélo, si á la heroica musa mia  
Del oyente otorgare la paciencia  
Para una breve digresion licencia.

Y que por esta sola vez rompiendo  
La brevisima accion y corto asunto,  
Que á toda priesa y brevedad siguiendo  
Desde el primero voy al postrer punto,  
Pueda volver atrás, donde cogiendo  
El agua en su principio todo junto,  
Con clara brevedad se entienda y vea  
Cuanto aquí falta, y el lector desea.

Yo al punto volveré de mi victoria  
A nueva diligencia y paso largo,  
Que es breve el tiempo, y grande la memoria  
Que para darla al mundo está á mi cargo:  
Pues luego que de amor la dulce gloria  
Al conde y á su esposa en llanto amargo  
El Casto rey volvió, y en noche obscura  
Uno puso en prision, y otro en clausura;

A Bernardo erió en mantillas de oro,  
Con nombre de hijo, y con igual cuidado,  
Guardando á su real sangre el decoro,  
Y á la alta estrella de su invicto hado;  
Cuya luz dijo, que del pueblo moro  
Verdugo cruel seria en campo armado,  
Y los agudos filos de su espada  
Muro invencible de su patria amada.

Entre los que en sagaz destreza vana  
De los astros midieron la influencia,  
Y del natural hado y suerte humana  
El sutil peso hallaron en su ciencia,  
Fue Alcina por el gusto de Morgana,  
Y Orontes en su mágica esperiencia,  
Por el gusto de Alcina, en cuyo gusto  
Se dice que alcanzó mas de lo justo.

Era Orontes un viejo descarnado,  
De vivos ojos, y mirar compuesto,  
Cetrino en la color, alto, delgado,  
Cuidadoso, sagaz, grave, modesto,  
Calvo, corva nariz, rostro afilado,  
Blanca la barba, en el vestido honesto,  
Y que en su aspecto, gravedad y talle  
Velle ponía aficion, gusto hablalle.

De conjurados cerceos y abusiones  
Mas que Zoroastes y Merlín sabia.  
Ocultos pactos, firmes convenciones

Con todo el reino de Pluton tenia :  
 Con un breve carácter diez legiones  
 De apremiados espíritus trala ,  
 Mas sujetos al yugo de sus leyes ,  
 Que al de un recio gañan dos tardos bueyes .

Lo que Merlin no supo , que es la tasa  
 Con que crece la mar y vuela el viento ,  
 Dónde el firme pisar halló la hasa  
 Sobre que el mundo estriha y hace asiento ,  
 Quién al tiempo pasado alquiló casa ,  
 O en qué camina tanto el pensamiento ,  
 Este sabio lo supo , y mayor fuera  
 Si solo conocerse á sí supiera .

A este entregó la cuidadosa Alcina  
 Al tierno niño conde de Saldaña  
 Su noble crianza , su sagaz doctrina  
 Al santo rito y cristiandad de España ,  
 Y que de un riesgo y muerte repentina  
 Libre le saque su cautela y maña ,  
 Que envidia á un gran valor siempre hizo guerra ,  
 Y el del infante es único en la tierra .

Dióle para esto un libro de Morgana ,  
 Que es de magos el cerco mas seguro ,  
 Y su aspecto Pluton , á quien se allana  
 La ciega potestad del reino obscuro :  
 Que al rico todos dan en pompa vana  
 Lisonjera obediencia hasta aquel muro :  
 Que el de la muerte abraza , donde el yerno  
 De Ceres vive y muere en fuego eterno .

Quedó con la virtud del nuevo encanto  
 Orontes superior á los mas diestros ,  
 Sirviendo de aprendices en su encanto  
 Los que antes le servian de maestros :  
 Esto pudo el cuaderno , y puede tanto  
 En casos venturosos ó siniestros ,  
 Que trocó los del niño , y le trocará  
 Al cielo el curso si él volar dejara .

Temian los sabios de la altiva Francia  
 Por ver su invicto rey en tanta alteza ,  
 Del inconstante tiempo la inconstancia ,  
 Y de sus bienes la infeliz firmeza ;  
 Y los franceses magos con instancia  
 Procuraban saber desta grandeza ,  
 Cuando se habia de cansar fortuna ,  
 Y hacer menguante la creciente luna .

Entre estos Malgesí fue el mas famoso  
 Sutil encantador , fiel estrellero ,  
 En alumados cercos prodigioso ,  
 Y en fantásticas sombras agorero :  
 En las negras cavernas poderoso ,  
 Que con ladrar asombra al Cancervero ,  
 Donde ni alma ni sombra su horno ardiente  
 Recuece , que á su voz no este obediente .

Era , según Turpin , por línea recta  
 Quinto nieto del rey de Tuberlanda ,  
 Padre que fue de Nemia la discreta ,  
 Dueña del lago que reinó en Irlanda :  
 Que en negra tumba y bóveda secreta  
 Vivo metió á Merlin , y en cama blanda  
 Le encantó , donde en bosques resonantes  
 Brama en la gruta y árboles de Armantes .

Desta los libros heredó , y la ciencia ,  
 Por gusto , profesion , parte , y pariente ,  
 Y de estudio ayudado y diligencia  
 En los mágicos cursos fue eminente ;  
 Donde vió con profética evidencia  
 El fin cercano á la francesa gente ,  
 Y del niño español la rica espada  
 De su mas noble sangre matizada .

Ligó en dos nuevos cercos poderosos  
 Su filo y brazo tierno , ¿ cosa estraña !  
 Que sus lirios se vieron victoriosos ,  
 Francia en las nubes , y á sus piés España :  
 « Estos , dijo , no son lances dudosos ,  
 Si el fingido Asmodéo no me engaña ,

Y hace alterar con su mudanza y truecos  
 Las vanas sombras destos bultos huecos .

Este es el negro humo que compuso  
 La falsa secta que nació en Arabia :  
 El que soñó el alquimia , y el que puso  
 En los amores la celosa rabia ;  
 El que al mundo sacó y vendió el abuso  
 Que con lisonjas de oropel enlabia ,  
 El que intentó privanzas y favores ,  
 Y en la corte el barniz de aduladores .

Mas vuélvanse las cosas alteradas  
 Al primer vuelo , y al lugar debido ;  
 Corran del curso natural guiadas ,  
 No con hado violento y detenido : »  
 Dijo , y apenas de las dos lazadas  
 Se vió el mágico nudo dividido  
 Cuando el mundo tembló y cayó por tierra  
 La flor de Francia en la gascona sierra .

Asombró al sabio de la rica espada  
 El riguroso golpe , asombró el vuelo  
 Del brazo altivo , y ver su patria honrada ,  
 Las águilas y lirios por el suelo :  
 Quitar quiere al doncel la vida amada ,  
 Y contra el curso del volar del cielo  
 Detener el feliz , que por su mano  
 Dispensa á España el brazo soberano .

Esto en un cerco Malgesí trazaba ,  
 En ciego antojo y ánimo obstinado ,  
 Cuando el niño Bernardo atento andaba  
 En ver volar un sacre remontado :  
 Orontes que tambien tras él volaba  
 Sobre la alta cerviz de un grifo alado ,  
 De las nubes llover se dejó al suelo  
 En blando curso , é invisible vuelo .

Y el gallardo doncel por quien venia  
 En sus brazos tomó , y ligero vuela ,  
 Y no en la silla , porque no sabia  
 Templar el niño el freno con la espuela :  
 Huyó con él , quedó el francés sin guia ,  
 Burlada su engañosa centinela ,  
 Que es calva la ocasión , y el punto della  
 Que consiste en gozalla es no perdella .

Ya del monte Ida en una alegre plaza  
 Otra vez hizo una águila divina  
 De un bello niño semejante caza ,  
 De igual beldad y gracia peregrina :  
 Si aquel le sirvió á Júpiter la taza  
 De nectar en su esfera cristalina ,  
 A este el cielo á servir le lleva , y llama  
 Honra á sus gentes , y á sus siglos fama .

Fue hecho el hurto en cercos tan seguros ,  
 Oculto apremio , é invisible paso ,  
 Que á Malgesí y sus mágicos conjuros  
 Encubierto quedó y nubló el caso :  
 Sus ciegos caracteres halló oscuros ,  
 Su traza sin sazón , su tiempo escaso ,  
 Y su apremiada sombra vigilante  
 De virtud superior vuelta ignorante ,

Así al volver sin tiempo la cabeza  
 El músico de Tracia , en la salida  
 Del Ténaro sin luz , cuya maleza  
 Se ve entre verdes pórfidos nacida ;  
 Vuelta vió en aire vano su riqueza ,  
 Dos veces muerta su costosa vida ,  
 Que él por temprano , y Malgesí por tarde ,  
 No hay quien el punto de ventura guarde .

Esta fue la ocasión que al sabio griego  
 Ayo le dió del español Bernardo :  
 A este fin le robó , este fue el ruego  
 De Alcina , este en su vida el fiel resguardo :  
 Mas lo que Malgesí en sus rumbos ciego  
 Ganó con fría venida y paso tardo ,  
 ¿ Quién lo sabrá decir ? ¿ con cual aliento  
 Seguir podrá el alcance á tan gran cuento ?

Mas conviene , señor , contarlo todo ,



El viejo Orontes.

Por digna prenda del valor de España,  
En quien el santo celo al cetro godo  
Un reino prometió de gente extraña :  
Allí por nuevo y soberano modo  
De Leon sonaron en la real montaña  
La vez primera en aparato ufano  
Los mundos que hoy gobierna vuestra mano.

Allí con ciento y veinte lustros antes  
Que el sol viese de España las banderas  
Voltear los abrasados garamantes,  
Y asombrar de Etiópia las riberas,  
Como en sombras se vieron sus triunfantes  
Carros romper las tiernas vidrieras  
Del cristalino reino, que por muerte  
De Saturno á Neptuno cupo en suerte ;

Y que había de ser suyo este ancho mundo,  
Donde el día muere de volar cansado,  
Con el rico tesoro en su profundo,  
De rubio oro y de perlas amasado :  
Esto en este paréntesis segundo  
Es fuerza no dejarlo destroncado,  
Que las grande imágenes en torno  
Para sus llenos pidén grande adorno.

De aquí tambien cortó á las velas paño  
De un feliz curso en nuevo atrevimiento,  
Con que el mago francés en vuelo extraño  
De su encantado barco surcó el viento :  
Grandes cosas al fin de aqueste engaño  
Toman en este grave asunto asiento,  
Y así es fuerza seguirle por historia  
De España digna, y de inmortal memoria.

#### ALEGORIA.

En Ferraguto ofendido con la fama de Bernardo, se pinta el ánimo de un ambicioso, que las ajenas alabanzas tiene por baldon y menosprecio propio.

En el socorro del rey Casto se ve como el cielo nunca desampara á los suyos; ni las traiciones, como por la mayor parte se efectúan á ciegas y atropelladamente, llegan á tener buen suceso.

En el conocimiento de don Tendonio y el conde de Saldaña envuelto en lágrimas, se muestra que sin la libertad ningún bien hay que sea de gusto.

En el consejo de guerra del César, se ve cuan poderosa es una lengua lisonjera en un ánimo ambicioso.



## LIBRO CUARTO.

**ARGUMENTO:** Deja Orontes por su ciencia á Malgesí colgado de un árbol, donde cayéndosele el libro de sus conjuros, un demonio con la fuerza dellos saca algunas legiones del infierno para destruir á España, y su ángel Custodio los refrena; y haciendo alarde de los muchos mártires españoles que la persecucion de los moros ha dado al cielo, promete á España un nuevo mundo en premio á su católica religion. Bernardo, entrando en un barco milagrosamente, llega á bordo de un galion, donde halla presa á Agélica la bella; y habiéndose allí armado caballero por mano de un rey persiano, hace batalla con él por la libertad de la reina de la China, la cual es arrebatada de un carro de fuego por el aire.

No bien el sabio Orontes satisfecho  
Del robo ilustre en negro hollin tiznado,  
De la órden superior un humo estrecho  
Contra el mago francés dejó emboscado:  
Que en su incauta venida sin provecho  
Al pasar le dejó de un pié colgado,  
Como negra corneja, que el anzuelo  
Las alas le ase, y le detiene el vuelo.

Era la horrible sombra el rey que á cargo  
Los necios tiene, y sus descuidos doma,

Con quien ya fuera el álamo mas largo  
A su pié puesto el punto de una coma:  
Este al pasar le echó pesado embargo,  
Y en lo alto lo dejó de una ancha loma,  
A una encantada cerda dada un nudo  
Tal, que apenas romperle el tiempo pudo.

Este fue el ciego lazo en que caído  
Le vió España, y el conde de Pontiero,  
Con el que aquí y allí quedó corrido,  
Y en ambas partes sin su honor entero;  
No habiéndole ayudado ni valido  
Aquí la ciencia, ni acullá el acero,  
Que hay sabios que ni saben, ni son buenos  
Sino es para agüerar males ajenos.

Perdió turbado el mágico cuaderno,  
Y quedó preso sin recurso alguno,  
Que de mil que sacó del hondo infierno,  
A la necesidad no halló ninguno:  
Escepto Trashurgin, que el lago averno  
Duende no vomitó mas importuno,  
Que por cansado hablador sin jugo,  
Hasta al infierno sirve de verdugo.

Este acudió, mas no á prestarle ayuda,





Que soñó el imprudente Calcabino;

No tengo mi furor tan olvidado,  
Ni el odio interno á esta enemiga gente,  
De las que en el bautismo se han lavado,  
La mas firme, católica y prudente,  
Que si pudiera habérmela tragado,  
No haya en mi boca hambre suficiente;  
Mas ¿quién podrá contra aquel brazo eterno,  
Que es de su mundo universal gobierno?

Alzad los ojos á esa clara nube,  
Que en torno viñe vuestras negras sienes,  
Y de España vereis adonde sube  
El aumentado colmo de sus bienes:  
Yaquel sangriento azote, en quien ya tuve  
De su deseado fin firmes rehenes,  
La antorcha ha sido con que el pueblo ilustre  
De su valor ha descubierto el lustre».

Dijo, y de los ministros inferiores  
Cada uno alzando la infernal cabeza,  
En luz divina, y rubios resplandores,  
Un vulto vieron de inmortal belleza;  
Un mancebo gentil, cuyos colores  
La nieve y rosas vencien en fineza,  
Y el rico manto en varia pedrería  
Rayos le presta al sol, y lumbre al día,

Con dos pomposas alas, cuyo vuelo  
Al aire da los rojos arboles,  
Que el nacar de la luz pinta en el cielo,  
Cuando hace al día bellos tornasoles:  
Por gala armado, mas que por recelo,  
De una celada azul y peto goles,  
Que en rubís está, y este en esmeraldas,  
Arden y alumbran por las nubes pardas.

El yelmo en varias plumas enrizado,  
Al cuello un tahalí de piezas de oro,  
De un entero zodiaco grabado,  
Desde el templado géminis al toro:  
Y por el peto, y manto de brocado,  
Todo sembrado el celestial tesoro  
De imágenes, de signos y planetas,  
En luz distintas, y en virtud perferas.

Un venablo en la mano, cuyas lumbres  
Al enemigo asombran que las mira,  
Y el brioso esgrimir de sus vislumbres  
Temor y espanto á los contrarios tira:  
Así del cielo por las huecas cumbres,  
Cuando al vellon de Coleos se retira  
El bello dios que tuvo cuna en Delo,  
El mundo alegra, y regocija el cielo;

Y el encogido invierno entre celajes  
Lloroso huye, y baja la cabeza  
Al alegre verano, que en ropajes  
Llovidos viste el mundo de riqueza:  
Tal deja los nocturnos personajes,  
De envidia deslumbrados, la belleza  
Del príncipe de España, á cuya mano  
Dió su defensa el brazo soberano.

Bajan los rostros de temor rendidos,  
Suspensos los furiosos ademanes,  
De aceda envidia y de dolor corridos  
Mas que primero dentro en sus afanes:  
Tales, que á no tenerlos oprimidos,  
Huyeran del infierno á los desvanes,  
Como la noche huye de la aurora,  
Cuando el aljofar cuaja que antes llora.

Mas el divino príncipe de España,  
Con su agradable y natural braveza,  
«Estad canalla, dijo, estad cizaña  
Del mundo, alzad á oírme la cabeza;  
Y sepa cuanto de Aqueronte! baña  
El negro lago y hórrida maleza  
Y el ronco can asombra con ladridos,  
Y de las furias siente los gemidos:

Que todo junto ese infernal espanto,  
Que al mundo el centro y el reposo quita,

Desde el negro dosel de Radamanto  
Al frágil leño en que Cháron habita;  
Con cuanto de la muerte el triste llanto  
En niebla cubre y sombras precipita,  
Que contra España aquí vomite y eche,  
Haré yo que ni baste ni aproveche.

Es verdad que aquel padre soberano,  
Que sobre el cielo tiene silla eterna,  
Y del mundo las riendas en la mano,  
Cuanto hay en él con su saber gobierna:  
Este reino entregó al furor tirano  
De la mahometana rabia interna,  
Que con natural odio y pecho osado  
Tanta cristiana sangre ha derramado.

Mas no fue todo causa de venganza,  
Aunque eran mas que arenas sus delitos,  
Que en la pia y justísima balanza,  
Diez buenos pesan mas que mil precitos:  
Otros secretos fines, que no alcanza  
El criado saber en sus distritos,  
Dieron fuerza al azote y desconsuelo,  
Que de nuevos tesoros pobló el cielo.

¿Qué venas de oro el fértil Duero eria,  
Qué fino jaspe el temple de Granada,  
Qué turquesas Zamora, qué Almería,  
En finisimas ágatas sentada,  
Qué vario resplandor de pedrería  
Levantó el rayo de la luz dorada  
En su playa oriental, cuando la embiste  
La alegre aurora tras la noche triste;

Que mas la altive, illustre, y ennoblezca,  
Y mas grados le dé de gloria y fama,  
Que esta calamidad; por mas que crezca,  
Y que el humo la empañe de su llama,  
Dándole noble sangre, que en riqueza  
El cielo que la coge y la derrama?  
Que de tan rica y fértil sementera  
Menor cosecha y fruto no se espera.

¿Qué reino, qué ciudad goza en España  
Del fértil suelo que su marca encierra,  
Que no le deba á la morisca saña  
Algun precioso mártir de su tierra?  
¿Qué nacion hay en ella tan estraña,  
A quien le falte gloria en esta guerra?  
Dejo aparte las palmas que su mano  
Victoriosa quitó al furor romano.

Y ahora ¿á quién no admira aquella fuente  
De illustre sangre, y de saber divino,  
Que ayer corriendo en Córdoba caliente  
Encima dió del Betis cristalino!  
Y el que antes llevó turbia la corriente  
Con la ceniza y fuego peregrino  
De Isác y sus secuaces, ya con luto  
Sangriento lleva al mar rico tributo.

Yo digo el sabio Eulogio, nuevo espanto  
De vuestro abumado reino tenebroso,  
Que despues que pobló el alcázar santo  
De escuadra insigne y campo victorioso;  
Y en las hijas de Artemia pudo tanto,  
Que á tres de un golpe dió triunfo glorioso,  
Y su patricio suelo volvió rico  
Con la sangre de Paulo y Ludovico.

Despues que entre suavísimas prisiones  
Luz dió y esfuerzo á Flora y á María,  
Y tras su voz con limpias persuasiones  
Corrió al rojo martirio Leocrecia:  
Rodeado de lumbrosos escuadrones,  
Su triunfo guió por donde vuela el día,  
¿Qué pérdida venir le pudo á España,  
Que á la ganancia iguale desta hazaña?

Mirad de ese encumbrado Pirineo  
La florida vertiente, mas preciosa  
Por la sangre que en ella correr veo  
De Alodia santa, y de su hermana hermosa,  
Que por sus ricas pastas, que al deseo

Humano hartaron, cuando en voz famosa,  
Arrojando tesoros del profundo,  
Sus llamas dieron nombre y plata al mundo.

¿Cómo la masa cándida bendita,  
Gloria del cielo y honra de Cardena,  
Gozara España, si la sed maldita  
De humana sangre fuera mas pequeña?  
Y los ramos y piés que troncha y quita  
Al sufrido Rogelio, con que enseña  
A pisar mundo, y alcanzar sin manos  
Por golpes muertos bienes soberanos.

Al mártir Gundesindo, toledano,  
Y el hijo del rey moro que hoy le rige,  
Que para serlo la paterna mano  
El cielo ahora en su favor le elige :  
A Sisinando, noble lusitano,  
Y el gallardo Fandila, que corrige  
El juvenil foror, y hace sagrada  
Del real Guadix la tierra y de Granada.

Y de Getulia ardiente la houra antigua,  
Que lo fue de Alcalá en su nacimiento,  
Y con su sangre en Córdoba averigua,  
Que al mundo no quedó ciudad de asiento;  
Con otro inmenso pueblo que atestigua  
Contra el pagano, en cruz y altar sangriento,  
La fe que dejó al hombre encomendada  
El rey que saqueó vuestra morada.

¿Con qué comprara España tal tesoro,  
Aunque para hallarlo desvolviera  
Los firmes montes tras sus venas de oro  
De la codicia la hambre mas hartera?  
Ni penseis, hijos del eterno lloro,  
Que el gran Rector de la estrellada esfera  
Tiene entregada para siempre á España  
Al grave yugo de esa gente extraña.

Que ya de hoy mas sin que en menguante vea  
El primer punto de su nuevo aumento,  
Ni corvo alfange poderoso sea  
A usurparle otro paso de su asiento,  
Mi español reino irá como desea  
En próspero y dichoso crecimiento,  
Hasta aquel siglo de oro y feliz día,  
Que como antes la vuelva monarquía.

Ni solo el mundo que ahora ondea y baña  
De sus dos mares el mudable yelo,  
Y esta encumbrada y áspera montaña,  
Que con los francos parte clima y suelo,  
Le ha dado el cielo á mi invencible España,  
Que no en valde le ha dado España al cielo  
Tantas cabezas por su amor perdidas,  
Que es rico el cielo, y paga en ambas vidas.

Antes á su católico monarca  
Un nuevo mundo ha dado y nueva gente,  
Donde corra su ley y ponga marca,  
Desde el alba á las sombras del Poniente;  
Y una ignota nacion, que ahora embarca  
El feo Cháron sobre su lago ardiente,  
Despierte con su luz á nueva vida,  
Del mortal sueño en que la veo dormida.»

Dijo, y batiendo las ligeras alas,  
Que el aire dejan de vislumbres lleno,  
Haciendo alarde de su brío y galas,  
Y un arco de oro en su volar sereno;  
Gallardo vuelve á las soberbias salas  
Del estrellado alcázar, donde en freno  
De oro gobierna las crecientes olas  
De las varias fortunas españolas.

Así sobre los vientos se levanta,  
Tras la serenidad de un pardo día,  
La iris roja y azul, que siembra y planta  
Por el cielo colores de alegría;  
Y en lirios de oro su vislumbre santa  
El aire encrespa, y en sus sombras cria  
Los bellos arbores en que sube  
A lo alto desde el hueco de su nube.

Quedaron los espíritus inmundos  
De envidia y confusion desalentados,  
Y los rabiosos pechos en profundos  
Dolores y congojas anegados :  
Arruinara su cólera mil mundos,  
A no hallarse impedidos y apremiados  
Del ángel superior, mas sobre el mago  
Vuelan á hacer el impedido estrago.

Y bramando en tristesísimos aullidos,  
En torbellino y lóbrega manada,  
Ya sobre el árbol, ya sobre él subidos,  
Mas le afligen y aprietan la lazada :  
Así en las ramas donde están sus nidos,  
La banda de estorninos alterada,  
Cruza, vuela y revuela por el viento,  
Trocando ramos y mudando asiento.

Creció el liero combate de manera,  
Que entre las negras sombras alteradas,  
Si el francés de su fe no se valiera,  
Alma dejara y vida rematadas;  
Mas de entre el humo de la gente fiera;  
Hecha una cruz las manos levantadas,  
«Jesús, dijo, socorre un siervo triste,  
Por quien para morir en cruz naciste.»

Y apenas de aquel nombre soberano,  
A quien el cielo y el infierno adora,  
El dulce acento resonó en el llano,  
Bien que en compás de lengua pecadora;  
Cuando toda deslicha en humo vano  
La infernal junta se apagó á deshora,  
Quedando limpio el aire, claro el cielo,  
Y de mil monstruos escombrado el suelo.

Malgesi aquella noche y otro día,  
Que de su lazo le duró el tormento,  
De rezar no dejó, si bien no habia  
Caudal de qué en su oscuro pensamiento :  
Solo un breve renglon de oracion pía,  
Que escrito vió á las puertas de un convento,  
Ese sabia, y ese en dulce vuelo  
Llevado de la fe se oyó en el cielo.

De enmendar prometió la incauta vida,  
Y el pacto oscuro con Pluton guardado,  
Mas siempre fue difícil la salida  
Del mal que ya en el cuerpo está arraigado :  
Al que mas llora la salud perdida,  
Deja la enfermedad menos reglado,  
Que es la costumbre un enemigo fuerte,  
Y mudar condicion á par de muerte.

Puesto de un pié en sus mágicas prisiones  
Dos días en ciego humo vivió á oscuras,  
De su ciencia burlado, y las razones  
Que primero adoraba por seguras,  
Donde de noche en hórridas visiones,  
De día en bultos, sombras y figuras,  
Con fingido temor daban castigo  
Al vano presumir del falso amigo.

Hasta que de los bosques comarcanos  
Rústica tropa de villanos vino,  
Que al lazo haciendo cruces con las manos  
El nudo desataron peregrino;  
Con que libre se halló de miedos vanos  
El mal regido mágico adivino  
En el deseado robo del infante,  
En años niño y en valor gigante.

Esta es la oculta traza, la cautela  
Es esta, y este el generoso intento,  
Que á hacer á España cuidadosa vela,  
De Grecia trajo á Orontes por el viento.  
Mas sobre el mar una pequeña vela  
Así volar entre sus olas siento,  
Que amainar ó perderse le conviene,  
Y á mi ver donde va el que en ella viene.

El que con su primer atrevimiento  
Sobre el agua halló nuevos caminos,  
Y del incierto mar y sordo viento,



os rincónes buscó mas peregrinos,  
Fijo al principio con medroso tiento  
En la ancha playa y puertos convencinos,  
El viento en calma y con la mar serena,  
No osa apartar los ojos de la arena.

Crece el aliento, crece la osadía,  
Y olvida poco á poco la ribera,  
Engolfase hoy, engolfase otro día,  
Y halla la mar mas blanda y menos fiera:  
Pierde el primer temor que le tenia,  
Y á nuevo cielo y mundo abre carrera,  
Ni golfos teme ya, ni de la airada  
Scila la herviente espuma aljofarada.

Que el gusto en sus presentes pretensiones  
Atropellando pasa inconvenientes,  
Descubre otras riberas y regiones,  
Otro cielo y estrellas diferentes,  
Otras costumbres, leyes y naciones,  
Otra habla, otro trato y otras gentes,  
Y llega al fin del mundo, y playas solas,  
Adonde el ronco mar quiebra sus olas.

Tal mi pequeño esquife va rompiendo  
El peligroso golfo en que me hallo,  
Unas veces en calma, otras corriendo,  
Y apenas del temor puedo apartallo:  
Por nuevo mundo y cielo discurriendo,  
Y pues ya el detenello es anegallo;  
Nobles deidades, que guiais mi intento,  
Socorred mi barquilla con buen viento.

Y tú, gloria y honor, cetro segundo  
Destas ricas antárticas regiones;  
Que cerradas de inmenso mar profundo  
Ven otro cielo, estrellas y oriones;  
Vuelve los ojos á su nuevo mundo,  
Oye mi voz, atiende á sus razones,  
Serás mi Apolo, y en la lira suya  
Pondrá mi canto y la grandeza tuya.

Darle has honra y favor en escuehallo,  
Y en brio lozano con su nuevo aliento,  
El barco tras quien va podrá alcanzallo  
Con mas facilidad el pensamiento:  
Que conforme á la altura en que me hallo,  
Si aquí me falta de tu soplo el viento,  
En calma quedará y en golfo incierto,  
Sin esperanzas del amado puerto.

Por el mar ancho en desenvuelto vuelo  
Un barquillo sin alas discurría,  
Y ahora ¡oh lustre del ibero suelo,  
Sucesor digno del que en él venía!  
Luego que al mundo el sin igual modelo  
De tu raro valor, con el que cria  
Tu antigua sangre real, hizo en Miduerna  
Principio ilustre á tu memoria eterna.

Venciendo el campo alevé con su espada,  
Su tío en libertad por ella puesto,  
Sin darse á conocer dejó asombrada  
La corte al rey, y del contrario el resto;  
Y con la bella oculta retirada  
Mas lustre en sus hazañas, y tras esto,  
Con las nuevas del nuevo coronista,  
Nuevos deseos de gozar su vista.

Despues que el griego mago á sus heridas  
Con frescas yervas dió salud bastante,  
Por montañas y sendas conocidas  
A las playas guiaron de Levante,  
Por breñas y quebradas escondidas  
Entreteniéndolo al generoso infante,  
A fin que en la distancia del camino  
El curso hiciese de un contrario sino.

Los floridos collados que Ezla riega  
Dejan atrás, y la Sublancia loma,  
Donde el gran Trismegistro en fértil vega  
La ciudad hizo que deshizo Roma;  
Y allí de un cerro, que á las nubes llega;  
«Ves, hijo, dijo Orontes, donde asoma,

Tras de aquel risco y áspera montaña,  
Tu antiguo patrimonio de Saldaña.

Allí el que te dió el ser su estado tuvo,  
Y en todo este ancho mundo tus mayores,  
Y á tí mas fama en él, que en ellos hubo,  
Te espera en tus divinos sucesores:»  
Desde allí hasta Fontible se entretuvo  
En ver las fuentes de Ebro, que entre flores  
Lloran hechos cristal por sus mejillas  
Dos riscos en las torres de Mantillas.

Templando el sol con los alientos frios  
De las nevadas cumbres de Idueva,  
Pasan por bosques y árboles sombríos,  
Entre Bribiesca y Burgos la fresneda:  
Pisan de Rioja los alegres rios,  
Los collados de Niela y Valvaneda,  
De Orbion las altas sierras y peñones,  
Sitio antiguo de Uracos Pelendones.

Aquí miran el lago monstruoso  
Que á Duero dá las aguas y arrogancia,  
Y de adonde con ímpetu furioso  
Baja á buscar los muros de Numancia;  
Y entre Agreda á la diestra, y el frondoso  
Bosque de Tarazona á igual distancia,  
Pasan del rio Moncayo la alta sierra,  
A quien dió nombre el que á Palatuo guerra.

Bajan de allí á Tudela, y á Ebro el llano  
Vadean humilde por canal estrecha,  
Dejan á Jaca á la siniestra mano,  
Y á Huesca en Aragón á la derecha;  
Y entre Urgel y Cardona el gran pantano,  
Que al pedregoso Ayton sus aguas pecha,  
Y el campo de Girona ven seguros,  
Y allí el de Francia en torno de sus muros.

Era pública voz que la persona  
Del César al ejército asistía,  
Y de sus paladines la corona  
Con la suya llevaba y componía;  
Y Bernardo en el campo de Girona  
Que le arme caballero pretendía,  
Mas desabrido ya de la inconstancia  
Del Casto, el rey tomó la posta á Francia.

Triste al doncel la no esperada nueva  
Dejó, viendo alargar se deseo santo  
De dar al moro de su brazo prueba,  
Y al mundo nuevo con su espada espanto;  
Y este cuidado tan sin él le lleva,  
Y en su disgusto divertido tanto,  
Que el caballo sin rienda, y él sin tino,  
Al tomar de una senda erró el camino.

De su ayo astuto, y su encubierta gente,  
Perdido se halló en un bosque espeso,  
El sol ya en las montañas del Poniente,  
De las tinieblas trastornando el peso:  
Dió en caminar sin luz confusamente,  
Y por derecha senda, ó curso abieso,  
Llegó al mar de Colibre, cuando el día  
En el de la Coruña se escondía.

Era en la sorda playa la resaca  
El son con que la noche iba creciendo,  
Y á cada tumbo por la selva opaca  
Las fieras con bramidos respondiendo:  
El viento que ni crece ni se aplaca,  
Las estrellas sus rayos esgrimiendo,  
El con su gusto, y sus deseos en guerra,  
Suspense, solo, y sin saber la tierra.

Dejó la silla, y el caballo suelto  
Pacer sin rienda en el florido llano,  
Receloso que su ayo allí le ha vuelto  
Para del César lo apartar en vano;  
Y en este antojo el suyo fue resuelto,  
De no tomar las armas de otra mano,  
Ni heroica hazaña acometer que importe,  
Hasta ser uno de su casa y corte.

Mas luego que el descuido entre las flores

Robando el alma le dejó dormido,  
Una voz tierna hecha de temores  
Pidiéndole favor llegó á su oído :  
O fuese el viento, ó sueños burladores,  
O el sabio que se buyó lo haya fingido,  
Porque en principios no del todo humanos  
El lo diese á sus hechos soberanos.

Parécete haber visto una doncella  
De un su enemigo sin por qué aligida,  
Y que era el enemigo tal, que en ella  
El gusto tiene puesto de su vida :  
Que el querella causaba su querella,  
Y el ser amada la hace desabrida,  
Y sin mas ocasion que esta agonía,  
Breve socorro á su afliccion pedía.

Salíó alterado, y puso con presteza  
Furiosa mano á su atrevida espada.  
Buscando en vano la mortal belleza,  
Que de su favor vió necesitada :  
Sacude el sueño, y culpa su pereza,  
Y con el alma inquieta, y voz turbada,  
Por no la haber con tiempo socorrido,  
Así despierto habló á quien vió dormido.

«¿Dónde, ó nueva deidad, mandas te siga?  
Muéstrame mi ventura, ó tú, el camino,  
En que tu intento y gusto se consiga,  
Y el mío de tanto bien no salga indino :»  
Dijo, y por ver en vano se fatiga  
Por donde fue lo que en el sueño vino,  
Que el no ver lo que vió en sombra tan bella,  
Que es falta cree de luz, ó sobras della.

Á su lado halló unas armas bellas,  
De flores de oro y pedrería sembradas,  
Blancas y salpicadas con estrellas,  
De un verde azul y rosicler grabadas;  
Como pudo mejor se armó con ellas,  
Y á su cuerpo y á su ánimo ajustadas,  
En belicoso fuego se encendía,  
Deseando ver lo que durmiendo vía.

Un rastro de oro, cual cometa ardiente,  
Volando vió cruzar el hueco viento,  
Por rayo de un rumor, que de repente  
Sacar pareció al mundo de su asiento :  
La cercana deidad Bernardo siente,  
Y adórala en su oculto pensamiento,  
Con los pasos siguiendo, y con la vista,  
Del rayo ardiente la dorada lista.

Llegó á la playa, y de la mar salada  
Los piés mojó en la combatida arena,  
Pasando entre el silencio sosegada  
La noche de quietud y sueños llena :  
Sin viento el golfo, en calma sosegada,  
Como en estanque claro agua serena,  
Y el cielo noche y vidas abreviando,  
Sobre ejes de oro sin parar volando.

Un pequeño batel en la arenosa  
Playa sin ver con qué vió detenido,  
Y embarcándose en él ; extraña cosa !  
Volando se engolfó en el mar tendido :  
De entre las manos no tan presurosa  
Sale dejando el ave el caro nido,  
Ni el harponcillo de oro mas ligero  
De su arco despidió el mejor flechero.

Cual ave ó flecha por el blando viento  
Sin dejar rastro el agua va cortando,  
En varias cosas puesto el pensamiento,  
Y como en todas acertar trazando :  
De unas en otras su alto pensamiento  
Cual va su esquife por el mar volando ;  
Mas siga ahora su gusto, huya su pena,  
Que de lo que él propone el cielo ordena.

El carro de oro sobre el hombro diestro  
Del mauritano Atlante volteaba,  
Y en el del sol el carretero diestro  
A los caídos Antipodas bajaba,

Y de su vela al marinero nuestro  
Rendir el primer cuarto convidaba,  
Cuando el esquife á un galeon armado,  
Sin ver cómo, ó por quién, se halló abordado.

El quieto mar en calma le tenía  
Pegadas á los árboles las velas,  
La gente aun su bullicio mantenía,  
Y el primer cuarto sus recientes velas :  
El bullicioso esquife que venía,  
Al temor puso y alboroto espuelas,  
Tales, que el que llegaba mas atento  
Temía por uno que miraba ciento.

Llegó al real bordo el encantado barco,  
Y en deseos de mostrarse los primeros,  
Alperso el rojo, y Galbarin el carco,  
Dentro saltaron con braveza y fieros :  
Uno diestro en espada, el otro en arco,  
Y ambos de los persianos caballeros  
De mas denuedo, y opinion mas sabia,  
Aquel nacido en Persia, este en Arabia.

El altivo español con la templanza  
Que á disfrazar bastó su desden fiero,  
Brioso y comedido á la pujanza  
Salíó del uno y otro caballero ;  
Y á qué deseado puerto la esperanza  
Al pesado galeon lleva ligero  
Humilde preguntó, y al, cómo, y dónde,  
Así de dos el uno le responde.

«A la gran Siria la derrota lleva,  
Si Eolo nos ayuda con su aliento,  
Que encerrados los aires en su cueva,  
Con prolijo calmar nos da tormento,  
Y andar haciendo de los vientos prueba,  
Es propiamente andarse tras el viento :  
Orimandro, famoso rey de Oriente,  
Navega aquí con su invencible gente.»

Bernardo entonces «lo que á mi me toca  
Sabrás, dijo ; que soy un navegante,  
Que no he hallado con fatiga poca  
De mi viaje el fin que veo delante :  
Mi nombre el Caballero de la Roca,  
Poco famoso, y menos importante ;  
Busco á tu rey, y solo hablarle quiero,  
Si se deja hablar de un caballero.»

«Mi rey, respondió Alperso, dar no escusa  
En todo tiempo á todos grata audiencia,  
Ni el verdadero principe rebusa,  
Ni en calidades hace diferencia :»  
Entró Bernardo por la nao confusa,  
Y á los dos que le dieron la licencia,  
El contralecho barco á lo profundo  
Libre arrojó de aquel mudable mundo.

Pasó gallardo, la visera alzada.  
Sin ser de nadie en nada defendido,  
La cámara de popa vió labrada  
De precioso marfil y oro bruído,  
De persianos tapices entoldada,  
Y allí á una bella dama un rey rendido,  
De aspecto bravo, bien que ya no lo era,  
Que le habia vuelto amor de acero en cera.

La reina del Catay, la luz mas pura,  
Que fue de Europa y Asia fuego ardiente,  
La que entregó á Medoro la ventura,  
Y á ella los reinos del rosado Oriente ;  
La angélica beldad, la hermosura  
Que á nadie dejó libre, el rey potente,  
Hecha su alma un altar de amor injusto,  
Por ídolo traía de su gusto.

Y en contemplar su hermosura atento  
Mas que hombre estatua muerta parecía,  
Insaciable en hartar el pensamiento  
Del sabroso veneno que bebía :  
Cuanto mas bebe queda mas sediento,  
Que es el amor mortal hidropesía,  
Y el gusto que se veda en quien padece,

El que solo se estima y apetece.

Con blandos ruegos la sazón buscaba  
De hallar menos altiva su aspereza,  
Mas ni ese ni otro medio aprovechaba,  
Que donde falta amor todo es dureza:  
Cuando él á su desden mas se humillaba,  
Mas ella hermoſeaba su fiereza,  
Que es la mujer de suyo áspera roca,  
Si amor de cerca ó lejos no le toca.

«Gloria de esta alma tuya: le decia  
En su dolor, y en ella transformado,  
Si por haber aquesta vida mia  
Al gusto de tu altar sacrificado,  
Con ese llanto anegas mi alegría,  
Y el adorarte pagas con enfado,  
¿Qué mas grave tormento se me diera,  
Si contra ti otra culpa cometiera?

Bien sabes que fue el término de verte  
Feliz principio de rendirte el alma,  
Ni te es del todo oculto que en quererte  
Al mio ningún amor llevó la palma:  
Si solo el dulce bien de obedecerte  
Mis gustos tienen por el tuyo en calma,  
Anatomía suficiente han hecho  
Tus bellos ojos en mi humi de pecho.

No con mayor lealtad el cristal puro,  
Ni sosegada fuente en valle ameno,  
Detrás mostró del trasparente muro  
A los ojos su limpio y casto seno;  
Ni en torreado alcázar mas seguro  
Príncipe fue de sobresalto ajeno,  
Que en mi pecho se vió, y está en mis ojos,  
Gozando un casto amor dobles despojos.

Si con temor te sirvo y reverencia,  
Y adoro y temo tanta hermosura,  
Si entre mi sufrimiento y tu violencia  
Cada hora el oro de mi fe se apura;  
Y si es justo vivir en tu presencia,  
Siendo mi cielo en cárcel tan oscura,  
Aborrecido, y lleno de firmeza,  
Hable por mí, responda tu belleza.

Bien sabes que tu ira la he temido  
Cual verdugo el cuchillo y brazo alzado,  
Cual violencia de príncipe ofendido,  
Cual pequeño batel al mar airado,  
Cual vulgo en nuevos bandos dividido,  
Cual avaciento golpe desusado,  
Cual tirano cruel gente alterada,  
Cual sagaz capitán gente emboscada.

Y que entre estos temores te he servido  
Cual siervo al interés alicionado,  
Cual pretensor en corte entretenido,  
Cual á juez dudoso hombre culpado,  
Cual paje nuevamente recibido,  
Cual por conjuro espíritu apremiado,  
Y por comparacion mas ajustada,  
Cual nuevo amante á dama disgustada.

Y tú por esto me has aborrecido  
Cual á cruel enemigo declarado,  
Cual labrador á un avariento ejido,  
Cual noble pecho á un corazón hinchado,  
Cual á competidor favorecido,  
Cual ánimo ambicioso hombre privado,  
Cual prolija visita alma enfadada,  
Y á libres ojos dama reatada.

Entre estas muertes vivo, y desta suerte  
Tu aspereza me está martirizando,  
Mi esperanza en los brazos de la muerte,  
Ya entre vive y no vive agonizando,  
Muriendo por los gustos de quererte,  
Que es en leyes de amor vivir reinando;  
Mas ahora viva ó muera!, muerto ó vivo,  
Jamás morirá en mi la fe en que vivo.

Ponme al sol que la seca arena abrasa,  
O adonde él muere envuelto en tierna nieve,

Ponme al cielo que llueve ardiente brasa,  
O al que nieve, granizo, y rigor llueve,  
Por donde el día con su carro pasa,  
O la callada noche el suyo mueve,  
Que en luz, y tinieblas, en calor, y en frío,  
Dejaré por ser tuyo de ser mio.»

Dijo, y cual si de blanco mármol fuera  
Quedó sin habla, sin color, sin vida;  
Solo dió el llanto muestra verdadera  
De estar al triste cuerpo el alma asida:  
¡Duro paso de amor, que enterneciera  
Del Caspio mar la roca mas ceñida!  
Y en Angélica obró su sentimiento,  
Lo que en acero duro el blando viento.

Cual parda encina en años arraigada,  
De un desahrido ciervo acometida,  
Que mientras mas de aquí y de allí asaltada,  
Mas á su firme centro se halla asida;  
O cual peña en revuelto mar sentada,  
De una, y otra, y otra ola combatida,  
Que el aire y agua lavan las estrellas,  
Y firmes quedan en sus montes ellas:

Talá los dulces ruegos y blanduras  
Del Persa rey Angélica quedaba,  
Rotas de la razón las ligaduras  
Con que las suyas convencer trazaba;  
Volviéndose á las voces mal seguras  
Del deleitoso son que la encantaba,  
En muda lengua, y en semblante duro,  
Sierpe enroscada al mágico conjuro.

Bernardo con razón quedó admirado  
De dos tan diferentes voluntades,  
De aquel amor y desamor, causado  
De sus mismas contrarias cualidades:  
De Orimandro el valor considerado,  
De su pena y dolor las propiedades,  
A compasión y lástima obligaba,  
Mas que á quitarle lo que aun no gozaba.

Mas aquel firme y generoso aliento,  
Y aquella fuerza del autor divino,  
Que por el ciego mar, y sordo viento,  
El alto fin guió de aquel camino,  
Era á todo su bien impedimento,  
Y la violencia del contrario sino,  
Que en no admitido gusto determina  
Que muera el rey por la gallarda China.

Llegó el doncel el rostro descubierto,  
Y el persa en verlo entrar salió alterado,  
Que ante su ingrata dama el pecho abierto,  
Dándole estaba el alma arrodillado:  
La que dormido vió halló despierto,  
Y viendo el tierno gusto violentado  
En que allí está, contra el presente agravio  
Así á Orimandro vuelto movió el labio.

«Por tales cursos el del cielo guía  
El vario fin de las humanas cosas,  
Que á veces gloria del do or se eria,  
Y de un contrario azar suertes dichosas;  
Y en la fruta que al gusto parecía  
Sazonada, en fisonjas mentirosas  
Suele estar la ponzoña entremetida,  
Y tras la flor la vibora escondida.

Y así, famoso rey, si al justo cielo,  
Que aquí por varios trances me ha traído,  
Con mi venida diere algun recelo  
Al gusto en que te hállo entretenido:  
El discurrir de su piadoso vuelo  
A nuestro bien va siempre dirigido,  
Y aquel que de su mano y trazas viene,  
Es el que mas á quien lo da conviene.

Si del incierto fin de mi venida  
De propósito hubiese de informarte,  
Sería tomar tan lejos la corrida  
Con desabridos cuentos enfadarte:  
Mas la causa entre muchas preferida,

Que en tanto riesgo me obligó á buscarte,  
Es pedir de tu mano el verdadero  
Honor, título, y voz de caballero.

Soy un mancebo, como ves, dispuesto  
A recibir, señor, lo que te pido,  
Noble en linaje, y la probanza desto,  
El valor que á este punto me ha traído,  
Que en pecho hidalgo un corazon compuesto,  
Ya por su propia sangre es bien nacido;  
Yo siento ahora en mí que soy cual digo,  
Y cada uno es de sí el mejor testigo.

Lo demás, si tú gustas por ahora,  
Para tiempo y sazón mas larga quede,  
Que descubrir de un hombre en sola un hora  
El pecho, ¿quién sin Dios hacerlo puede?  
Esto, señor, por la que el tuyo adora,  
Pues nada pido injusto, me concede;  
Después sabrás de la venida mía,  
Quién soy, á lo que vengo, y quién me envía.»

Dijo, y el rey con esto satisfecho  
Quedó, sino seguro, reportado;  
Bien que el medroso amor, el noble pecho  
No le dejó aunque libre, asegurado:  
Que lo mas imposible da por hecho,  
Porque el amante viva recatado;  
Y en las leyes de amor quien no temiere  
Burla, si dice que de veras quiere.

Y así le respondió: «de tu venida  
La causa podrás darnos que quisieres,  
Y á los largos discursos de tu vida,  
O añadir gustos, ó acortar placeres:  
Que una imaginación tan divertida  
En nada dudará que le dijeres,  
Baste por tí que el título pedido,  
Ya en desearlo le hayas merecido.

Y si al henroso peso estás dispuesto,  
Que en la voz del heroico nombre carga,  
Y en esos delicados hombros puesto,



Pesado yugo no es, ni grave carga;  
Sino reparas en lo mas que es esto,  
Menos el riesgo de la muerte amarga  
Tu brio enfrenará, yo te concedo,  
Sino cuanto me pides, lo que puedo.»

Dijo, y en silla de marfil labrada  
Por mayor aparato fue á sentarse,  
Antiguo rito, y ceremonia usada,  
En que actos tales suelen celebrarse;  
Bernardo, desciñéndose la espada,  
Fue á la oriental princesa á presentarse,  
Y á los piés puesto del soberbio estrado,  
Así le dijo ante ella arrodillado,

«Retrato vivo del valor humano,  
Sino eres sombra ó humbre del divino,  
Reseña y toque del pincel y mano  
Que á tan gran perfección abrió camino;

O seas toda del coro soberano  
Angel de luz, ó bulto peregrino  
De la masa mortal, en lo que quiero,  
Séame tu alta beldad dichoso agüero.

Esta espada, señora, que te juro,  
Que en servirte estará siempre ocupada,  
De esa tu tierna mano, ó marfil puro,  
Para nuevas victorias me sea dada;  
Que este favor me guardará seguro,  
Y á ella de ajenas fuerzas inviolada,  
Mostrando que al caudal humano escedes,  
Si esto es lo menos de lo mas que puedes.»

La suspensa beldad de divertida  
Apenas dió al doncel grata respuesta,  
Que en sus disgnstos y aflicción metida,  
Estaba en tristes sentimientos puesta;  
Que aun de cuidado ajeno es ofendida

La mujer que de veras es honesta,  
Y su fama y honor tan delicado,  
Que á un soplo, ó queda muerto, ó destemplado.

Calló, y fue su callar templadamente  
Dediscricion tan lleno y de cordura;  
Que al discurso mas vivo y elocuciente  
En proporcion venciera, y en dulzura;  
Y en grave pundonor la activa frente,  
De arrogancia mas llena y hermosura,  
Que de flores la aurora ajofarada,  
Al gallardo doncel ciñió la espada.

El Persa rey en nuevo triunfo aparte,  
De una trompa marcial al roncó estruendo,  
Espuelas calzó de oro al novel Marte,  
Y a todo en helicoso fuego ardiendo;  
Y de perlas un bárbaro estandarte,  
Con las persianas armas descegiendo,  
Así en senblante y ánimo severo,  
La fe juró debida á caballero.

«Por estas invencibles armas juro,  
Y los secretos desta noche muda,  
Que envuelta va pasando en airé obscuro,  
De espantos llena, y de color desnuda;  
Por ese claro y estrellado muro,  
Que nuestras vidas con sus velleas muda,  
Y el resplandor de sus lumbreras bellas,  
Y la deidad que asiste en él, y en ellas;

Que la inviolable fe de caballero,  
Que al nombre heroico debo que hoy recibo,  
Segura y salva á todo un mundo entero,  
El tiempo guardaré que fuere vivo:  
Ni por mi punto perderá el severo  
Marte el grave rigor del suyo alivio,  
En cuanto en sus sagradas leyes manda  
El feroz rey que gobiernó en Irlanda.

Daré favor á quien pidiere el mío,  
Y á quien no le pidiere si está oprimido,  
Y en libre campo, y justo desafío,  
Ni hacer consentiré ni haré exceso:  
Dijo, y dejando con gallardo brío  
Del bárbaro estandarte el grave peso,  
Así en nuevo ademan al persé fiero,  
Que atento le escuchó, le habló severo.

«Invierto rey, si al celebrado pacto  
En tus heroicas manos se le debe  
Asiento firme, y que en respeto intacto  
Siempre delante el de su intento lleve,  
Si ya no en sola ceremonia el acto  
Presente ha de acabar su curso breve,  
Mas la justa promesa á tí debida,  
El suyo es bien que iguale al de mi vida.

La misma fe á tu real valor jurada  
Sin culpa me ha de dar nombre de ingrato;  
Si tú con voluntad mas concertada  
No granjeas ese cielo, ó su retrato:  
Y su hermosura, al parecer forzada  
En su libre la das y honroso trato,  
Donde podrás por término debido  
Granjear, pues lo mereces, ser querido.

El manjar de sabor mas sazonado,  
A quien le falta gusto es desabrido,  
Y adonde no hay amor todo es enfado,  
Y el mas alto valor aborrecido:  
El mundo por tu brazo conquistado  
Podrá ser, y no un pecho endurecido,  
Y mas de una mujer que importunada,  
Lo mismo que antes le agradó le enfada.

Las de mas tiernas almas, mas brías,  
Por no humillar de su arrogancia el viento,  
De los gustos que están mas descecosas,  
Fingen mas sacudido el pensamiento:  
El descuido las vuelve cuidadosas,  
El cuidado es especie de tormento,  
Los que menos procuran sus favores,  
Son los que entre ellas gozan los mayores.

Quieren sin igualdad ser tan señoras,  
Que nada fuera de su gusto valga  
Y que el señale cual reloj las horas  
Al curso de la vida mas lidalgas:  
Si esto es cual vez el gusto que tú adoras,  
Cómo harás que ajustado al tuyo salga,  
Si en él con nuevas leyes forzar quieres  
La antigua libertad de las mujeres?

Vuelve, señor, pues á tu honor conviene,  
El que hasta aquí á esta dama has usurpado,  
Busca otras reglas, que el amor las tiene,  
Mejores que estas para ser hallado:  
La humildad no disgusta, y entrefiene,  
Que amor no cabe en corazón hinchado;  
Servir y portar todo lo alcanza,  
Cuando ambas cosas se hacen con templanza.

Y esto no yo, mas la razon lo pide,  
Y la obligacion nueva en que nie hallo,  
Con ambas cosas tu apetito mide,  
Porque ninguna en tí pueda estorballó,  
Que lo que sin sazón su efecto impide,  
Yo estoy resuelto ya de atropellallo,  
Y que esta vez nos dé la incierta suerte,  
O á ella la libertad, ó á mí la muerte.

Cuál suele destrazado peregrino,  
Del largo mar y tierras enfiada,  
De lejos viendo el fin de su camino,  
La amada patria y puerto deseado,  
De un no esperado viento repentino  
Hallarse en nuevos riesgos arrojado,  
Cuando ya libre consagrar queria  
Su roto barco al diós que fue su guia.

Tal el Persiano rey oyendo estaba  
Cuanto el doncel del mar decirle quiso,  
Que de iras lleno su furor llegaba  
En desesperacion á ser remiso:  
Y ya por esto, ó porque su alma brava  
Mostrar pudiese en trance tal su aviso,  
En grave aspecto á la demanda puesta  
Hicó este breve discurso por respuesta.

«Aunque en vuestras razones se conoce  
La mucha que es seguir su dulce acento,  
Ni el tiempo quieró ni mi honor que goce  
El de un tan acertado pensamiento:  
Que el bien mezclado al mal se desceñe,  
Y así, aunque en mí confuso pecho siento  
El bien y el mal, y lo mejor ajeno,  
Aquello solo sigo que repugno.

Que la invencible fuerza de los hados,  
Cuando ha de echar un alma por el suelo,  
Si los sentidos deja desatados,  
A los sanos consejos que da el cielo,  
Traelos al libre gusto tan trocados,  
Que en vez de alivia sirva de suelo,  
Y aquel que á la razon va mas medido,  
Es della con mas dudas admitido.

Y así los vuestros, aunque en la apariencia  
De su valor descubren la importancia,  
Conmigo hacen tan mala conveniencia,  
Que toda su armonia es disonancia;  
Y el cielo en esta nueva diferencia  
Concluir de un golpe quiere mi arrogancia,  
Trayéndome para ello á tal estado,  
Que sea sin pedirlo aconsejado.

Si la vida, la honra, y el contento  
En mí se han de acabar todo en un día,  
Y á la fortuna, amor, y mi tormento  
Tanto estorbo les es la vida mia,  
Nada me podrá ser impedimento  
Que no muera vengando mi alegría,  
Y consuelo es al fin de desdichados,  
A no poder ya mas morir vengados.

Y vos, valiente y nuevo caballero,  
Si á vuestros pies quedare sin la vida,  
Cuando sepais la causa porque muero,

La juzgareis por bien ó mal perdida;  
Que por lo que padezco, y lo que quiero,  
Tengo por experiencia conocida,  
Que en materia de gusto, y pretendello,  
Estorba al alcanzallo el merecello.»

Dijo, y cual bravo toro, que admitido  
Ve en su lugar quien le ha desafiado,  
En rabia ardiendo, en zelos encendido,  
Corva la frente, el pecho levantado,  
Escarvando la tierra al fresco cido,  
A un golpe piensa de quedar vengado,  
Y la contienda y zelos acabada,  
Libre y señor de su vaquilla amada;  
Bien así el rey de Persia en rabia ardia,  
Y á la incierta venganza se aprestaba,  
Con los medrosos zelos no podía  
La cólera enfrenar que ardiendo estaba:  
El yelmo de oro, que á la noche fria  
Un nuevo sol de pedrería formaba,  
Se enlazó, y la ancha plaza del navio  
Palenque dió al dudoso desafío.

Era en forzosos trances el persiano  
En golpes diestro, en ánimo orgulloso,  
En gusto y paz discreto y cortesano,  
En guerra y armas fiero y peligroso:  
Ahora con su ardiente amor lozano  
En nada halla á su quietud reposo,  
Ni al novel tierno en su español denuedo  
Un mundo de contrarios pondrá nido.

Los brazos altos, y altas las espadas,  
De un bético furor dejan llevarse,  
Y las valientes fuerzas abreviadas  
De un golpe quierén por igual vengarse,  
Que es flaqueza en defensas escusadas  
Buscando tiempos sin sazón cansarse,  
Y no abreviar pudiendo la victoria  
Hacer el pecho indigno de su gloria.

Crece el furor, y ponen sus espadas  
Lumbres al aire, y á la mar plumeros,  
Y al cortar cercos de oro en las celadas,  
Las rodillas por tierra sus guerreros;  
Cuyas robustas fuerzas alentadas  
Así se aumentan con los golpes fieros  
Que en cada cual parece que revive  
Nueva fuerza y vigor del que recibe.

La altiva causa de la lid sangrienta  
Suspensa mira el riguroso estrago,  
De cuyos golpes la áspera tormenta  
La mar pretende hacer de sangre un lago:  
Y ni del todo triste ni contenta  
Tiene cualquier favor por aciago,  
Que de su ocasionada hermosura  
Ninguna guarda juzga por segura.

Teme que venza el rey, y no querría  
Ver salir su contrario victorioso:  
Desea, cuando Bernardo le heria,  
Ser escudo del golpe peligroso;  
Y si en el persa siente mejoría,  
Eso también la saca de reposo,  
Que entre antojos contrarios puesta en duda,  
A cualquier viento, al fin mujer, se muda.

Ni se hallaban los dos menos revueltos  
En golpes vivos, y en las lenguas mudos,  
Cual dos leones de Numidia sueltos,  
De rabia llenos, y piedad desnudos:  
En roja sangre sus arneses vueltos,  
Y en mal formados cuartos los escudos,  
Y la indómita saña tan entera,  
Que ella parece acéró, y ellos cera.

A la argentada luz de Cintia bella  
Son en el diestro herir retrato vivo,  
Uno del orion armada estrella,  
Otro del rojo serpentario esquivo:  
De la vara fatal del dios que en ella  
Trae dos dragones de oro fugitivo,

Que en continuo anublar los pechos llenos,  
De ira derraman sin cesar venenos.  
Dos largas horas la victoria en duda  
Suspensa tuvo la neutral batalla;  
Y á cada golpe la opinion se muda,  
Ya en este, ya en el otro de alcanzalla:  
Y sembrado el combés de la menuda,  
Blanca hebilla y de enlazada malla,  
Entre la roja sangre que corría  
Un escarabajo rosicler fingía.

Mas ya cansado el persa de reparos,  
De fieros golpes y de sangre lleno,  
Del roto escudo los gravados aros  
Del ciego aire arrojó al cristal sereno:  
Rompió al caer del mar los tumbos claros,  
Y desatando al sufrimiento el freno,  
A dos manos tomó la firme espada,  
Que ha de dejar su cólera vengada.

Con ella, y con la furia que alcanzaba,  
Que á las parejas con su amor corría,  
Al español buscó, que le esperaba  
Debajo el medio escudo que tenía:  
Si lo halla esta vez, con ella acaba  
De sus rabiosos zelos la porfía,  
Que donde quiera que su golpe acierte,  
Si hallare vida meterá la muerte.

Mas el diestro novel que vió el mandoble  
Bajar cortando en dulce silbo el viento,  
Del presto cuerpo hurtó el aliento noble,  
Dando lugar á su furor violento;  
Y él un pequeño rasgo al peto doble  
Abrió del hombro á la escarela á tienta,  
Tal que entre su grabado y pedrería  
La eclíptica del cielo parecía.

Y él al volver en sí del golpe fiero,  
Con tal violencia le arremió una punta,  
Que no bastando del templado acero  
Contra su fuerza la defensa junta,  
Por un costado entró, donde ligero  
Un nuevo río de roja sangre apunta,  
Y ayudando otra, y de un revés el vuelo  
El grave rey de Persia vino al suelo.

Mas no tan presto al jugador valiente  
El hueco globo saltó á la ancha mano  
Desde la firme losa, que en ardiente  
Vuelo le escupe por el aire vano,  
Como el persa feroz la altiva frente  
Del suelo que hirió levantó ufano,  
Y en no vencido aliento, con voltario  
Luchar se anuda y ciñe á su contrario.

Las firmes garras codicioso emplea  
En anudar al gran pilar de España,  
Que con igual codicia le rodea,  
Y el cuerpo, hombros y piernas le maraña:  
Nuevo, aunque humilde modo de pelea,  
Donde las fuerzas prueban, y la maña,  
Entre un estrecho revolver de brazos,  
A hacer las honras ó el honor pedazos.

De las heridas las sangrientas fuentes  
Al mar tributan con calientes rios,  
Y su falta en los firmes combatientes  
Las fuerzas mengua, pero no los bríos:  
Danse en abrazo cruel nudos valientes,  
De sangre propia llenos y vacíos,  
Y aquí y allí en teson revuelto y varios  
El menos brioso lleva á su contrario.

Del bizarro español tengo recelo,  
Que es arrogante y bravo su enemigo,  
Y aunque le ha hecho desgraciado el cielo,  
Nadie le ha hecho injuria sin castigo:  
Si falto de virtud no viene al suelo,  
También de esta verdad será el testigo,  
Que ya feroz dos veces ha intentado  
A esconderle una daga en el costado.

Mas el leonés brioso, á quien agrada



Ver su alegre victoria antes del día,  
Libre de sí le sacudió, y la espada  
A buscarle tras él furiosa envía:  
Y hedha dos la riquísima celada,  
Dió fin el ciego amante en su porfía,  
La de su ingrata dama antes cumplida,  
Que ella de su crueldad arrepentida.

Triste y sin gusto el cast-lleno pecho  
En la caída quedó del rey Persiano,  
Teniendo haber su indigna muerte hecho  
Cruel principio al de su heroica mano:  
Y él en su sangre y su furor deshecho,  
Si á todos dió dolor, no al inhumano  
Corazon de su dama, que quisiera,  
Que porque mas penara no muriera.

La feroz gente del vencido amante,  
Que su rey vió en tan triste estado puesto,  
A vengarlo ó morir salió arrogante,  
Con armas dobles, y con paso presto:  
Cercan al vencedor, que en brio bastante  
A toda aquella injusta furia opuesto,  
Ningun golpe recibe, que el mas fuerte  
Su herida no le pague con la muerte.

Cual leon de Libia, ó jabali cerdoso,  
De mastines sin dueño rodeado,  
Que entra, acomete, y sale victorioso  
Del tímido escuadron desordenado,  
Y á uno, á dos, y á tres deja brioso  
De sus blancos colmillos ostigado,  
Y el mas lozano, y de mayor guedeja,  
Que antes mas le seguía, mas se aleja:

Tal del leon montañés en sangre envuelto  
Las nuevas garras dan espanto y grima  
Al pueblo infiel, que en paso desenvuelto  
Medroso huye su espantosa esgrima:  
Y él, libre ya del vulgo inútil, vuelto  
Al desangrado rey, que aun vive, anima  
A volver del desmayo, y dar aliento,  
Si ha quedado por donde, al pensamiento.

Como el que en tristes sueños se hundía  
Al ciego huche de una siorpe brava,  
Si entre sus negras garras le halla el día  
Despierto ve lo mismo que soñaba;  
Tal el persiano amante en sí volvía,  
Y tal en saugre envuelto contemplaba  
La obscura imágen de la muerte fiera,  
A cuyo autor habló desta manera:

«Justa venganza de mi injusta vida,  
Para esto de los dioses enviado,  
Déjala ya de un golpe concluida,  
Abrevia tu victoria y mi euaidado,  
Que es cruel compasion, piedad fingida,  
Dejar con vida un cuerpo desdichado,  
Y el que mas de oro á su placer se viste,  
Es á una alma sin él sepulcro triste.

Ya he visto por mi mal lo que amor puede  
En un pecho á quien falta la ventura,  
Cuanto á un breve placer la pena escede,  
Y el mas fundado bien cuan poco dura:  
Si esto así al mas dichoso le sucede,  
Dame de un golpe suerte mas segura,  
Que es dar la vida á quien la muerte agrada  
Género de crueldad disimulada.

Mas si este bien con los demás me veda  
La estrella que á este paso me ha traído,  
Este ahora á lo menos me conceda  
Por premio á lo que en daño la he seguido:  
Que esta tasada vida que me queda  
Se pierda donde el resto se ha perdido  
A los piés de una ingrata, con que vea  
Cada uno de los dos lo que desea.

Ella mi alegre muerte, y yo su amada  
Cara, en verme morir grata y contenta,  
Veré tambien si estar desenojada  
Su hermosura y gracias acrecienta:»

Dijo, y la real cabeza reclinada,  
Que Bernardo en sus brazos le sustenta,  
En diversos remedios que le aplica,  
Así el de la esperanza fortifica:  
«No se ahogue en tu mal la confianza,  
Que los tiempos trocar podrán su suerte,  
De los vivos es propia la esperanza,  
Que llega hasta las puertas de la muerte:  
Vive, que si fortuna y su mudanza  
Han podido á tal término traerte,  
El pardo cielo de celages lleno,  
De turbio suele amanecer sereno.»

Así le anima, si en tan triste estado  
Palabras son materia de consuelo;  
Y habiéndole la sangre restañado,  
Curar le hace, y levantar del suelo,  
Y de la bella dama al rico estrado  
Llevarlo, como á trono de su cielo:  
Mas ella le dejó, y se salió fuera,  
Que es darle vida el esperar que muera.

Quedó el persiano viendo la aspereza  
Ni de nuevo sentido ni admirado,  
Que habia ya hecho en él naturaleza  
Ser con desdenes y rigor tratado:  
Bernardo la crueldad con la belleza  
Amasada juzgó en un mismo grado,  
Sobre el tirano pecho que en el mundo,  
Ni en desden tuvo ni en beldad segundo.

Iban pasando entre el silencio mudo  
La oscura noche, y sus calladas horas,  
El aire negro de color desnudo,  
Lloviendo en sueños sombras burladoras,  
Que en dulce lazo, y encantado nudo,  
Las penas atan en su herir traidoras,  
Y el sosegado mar riendo en calma  
De la tormenta en que se anega el alma.

Cuando el cielo en sus ejes trastornando  
La húmeda noche con sonoro estruendo,  
Las circunstantes sombras fue aclarando  
De una fogosa nube el bulto horrendo:  
En sesgo vuelo por el aire blando,  
Con prestas alas de oro descendiendo  
Sobre el suspenso mundo, á quien traía  
Antes del alba el no esperado día.

Y ella en ardientes cerros repartida,  
Al ronco son de un espantoso trueno,  
La luz dejó de que venia tejida  
El aire de dorados rayos lleno;  
Y una nueva deidad de luz vestida  
Feroz salió de su abrasado seno  
Con tanta magestad, que en el navío  
Al pecho mas brioso quitó el brio.

Un carro ardiente de metal sonoro,  
Cuyo pesado yugo en sus prisiones  
Hace humillar con las coyundas de oro  
La enroscada cerviz de dos dragones,  
Volar se vió, y ardiendo entre el tesoro  
De sus gravadas ruedas y florones  
Un tierno corazon, y allí esculpido  
De fuego azul «Venganza de Cupido.»

Al tiempo que estas sombras temerosas,  
Nocturnos monstruos de celages hechos,  
Las fuerzas refrescaron mas briosas  
Con luz medrosa á los presentes pechos,  
La grito comenzó y voces llorosas  
De Angélica, que en lazos de oro estrechos  
Por superior violencia el bulto preso,  
Al grave carro dió liviano peso.

Y luego que huyendo en sombra vana  
Las fantasmas volaron por el viento,  
Y el rojo oriente y lúcida mañana  
De luz al mundo dió dorado aliento,  
Todos por justa dan de la inhumana  
Reina la grave pena y el tormento,  
Y bien que el cielo así lo ordene y maude,

Porque á ingratos ningún castigo es grande.

Mágicos cercos de la Hada Alcina,  
Al encantado carro dieron vuelo;  
Y allí apremiado de la ingrata china  
En silla ardiente el corazón de yelo:  
O sea al persiano rey dar medicina,  
O de la Hada cuidadoso celo,  
De su leonés, y el riesgo que corría  
En la angelica dulce compañía.

Que era en trato y beldad tan poderosa  
Y así elicaz en un sabroso engaño,  
Que nadie la vió afable; ó desdenosa,  
Que libre se escapase de su daño,  
Después diré de la carroza hermosa  
Y su celestial robo el curso extraño,  
Que es largo aquí tan dilatado cuento  
Y corto á ingratitude cualquier tormento.

El persa rey, á quien la Hada en vano  
Para sanarlo le quitó la vida,  
Quedó cual sin sus flores el verano,  
La esperanza también en flor perdida:  
Sin alma, que en el carro soberano  
A la belleza fue del robo asida,  
Y él en el ciego caso no pensado,  
Cual con hora menguada hombre atajado.

Las manos con mortal dolor torcia,  
Y al riguroso cielo levantadas,  
«Si allá algún dios, con lágrimas decía  
La cuenta toca de ahnas desdichadas,  
De las injustas penas de la vida,  
¿Cómo, estrellas, volais tan desdichadas!  
Y tú, muerte, que el gusto en tiel conviertes,  
¿Cuando con una acabarás mil muertes!

Ligero tiempo, que cual libre flecha  
Del mundo haces correr el curso blando,  
Veloces días de medida estrecha,

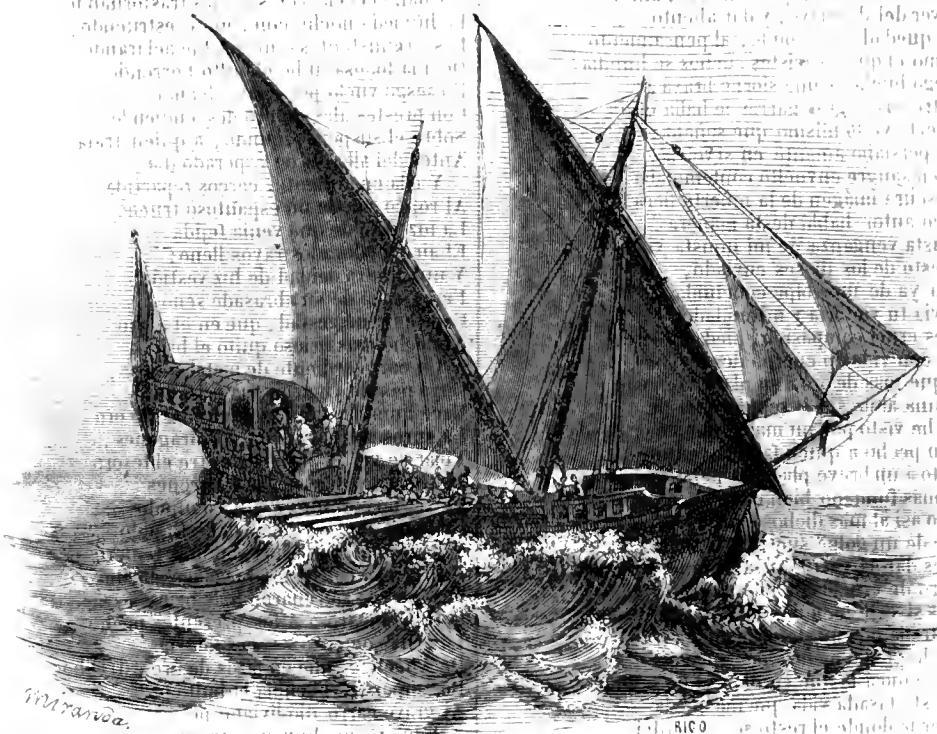
Ruedas que el bien y el mal vais devanando;  
Y tú, mi gloria, que á su corte hecha  
Por el aire deshecha vas volando,  
¿Cuando dareis la vuelta á mis enojos,  
Y volverán á ver su luz mis ojos?

Mas ya que el ofendido cielo ha sido  
Quien en venganza de mi loco intento  
La robada beldad habrá traído,  
La vez segunda al triste altar sangriento,  
Y de la infeliz Créta el encendido  
Fuego abrasa á vueltas mi contento,  
Dando al cuchillo sin poder varella  
El blanco cuello de mi imagen bella;

Si á peso del dolor se da el contento,  
Si al peso de los bienes dan los males,  
Si á breve bien pequeño sentimiento,  
Si á pérdida mayor penas iguales;  
Conózcase por esto mi tormento,  
Que soy quien perdió bienes celestiales,  
Y granjeó por un regalo tierno  
De vida celestial muerte de infierno.»

Dijo, y en la experiencia de su daño  
Concluyó que era falta de ventura,  
Basa en que estriba el laberinto extraño  
Del intricado error de su locura:  
Mas del amor el delicioso engaño  
Con nuevas esperanzas le asegura,  
Que aunque dudosa y larga medicina,  
Las postas son en que el deseo camina.

Y el gallardo español con el recelo  
De que tan noble Rey sin culpa muera,  
Así le dice, y da por mas consuelo  
De su venida relacion entera:  
«Si por la cuenta y cómputos del cielo  
La muestra viene á ser mas verdadera,  
No hay porque un golpe tanto te lastime,



Ni adverso azar que un alma desanime.  
De tus gustos no temas, que si el viento  
No con fantasmas me engañó aparentes;  
Y en sueño vano, y loco fingimiento,

El tiempo á conocer me dió á tus gentes;  
Del grave riesgo de ese altar sangriento,  
Y el cuchillo que así en el alma sientes  
Libre tu dama la conserva el cielo,



O en tronos de oro allá, ó acá en el suelo.

La noche ya en el denegrido Oriente  
Sus cortinas de luto desdoblaba,  
Y el torpe nudo á la cansada gente  
Los lazos del cuidado desataba;  
Y en ocio los sentidos blandamente  
Con dulce delirar encadenaba  
Cuando mi cuerpo sobre un verde prado  
En su nudo también quedó ligado.

Y no tan presto por la sombra vana  
El alma á su quietud voló sabrosa  
Cuando la bella imagen soberana  
Mis ojos vieron de tu ingrata diosa;  
Y en grave presunción, y en pompa ufana,  
Mas que en el tierno Oriente el alba hermosa,  
A mí se vino, y con semblante amigo,  
«Ven á librar mi honor de su enemigo.»

Dijo, y dando la vuelta con sereno  
Rostro, vestida de una luz rosada,  
De olor dejó divino el aire lleno,  
Y el resplandor mi vista deslumbrada;  
Y ella subida al estrellado seno,  
De una vislumbre celestial bañada,  
De una vista, tras su presto vuelo,  
Aquella estrella mas contó en el cielo.

Estas armas despierto vi á mi lado,  
Y el pequeño batel en que venía,  
Donde sin ver por quien me hallé embarcado,  
Tras el deseo de ver lo que antes vía,  
Y el barco por sí mismo gobernado  
Aun que iba volando parecía  
Hasta el hordo real deste navío,  
Donde en entrando en él vi hundirse el mío.

Pues si del mundo el superior gobierno  
Aquí me trajo en tan sabroso engaño,  
Y á librar de tu fuerza el bulto tierno  
El fin guió de mi viaje extraño,  
La oculta traza del saber eterno,  
Ni por el suyo fue ni por tu daño,  
Que para haberle de quitar la vida,  
Superflua hubiera sido mi venida.»

Dijo, y por el Oriente el alba helada  
Falta salía de luz y de alegría,  
La mar aunque sin viento alborotada  
Con sordas olas el galeon batía  
En huecos tumbos de cristal preñada;  
Y cuando á veces sin pensar venía  
Un tardo viento que en las velas daba,  
Mayor tristeza y soledad causaba.

El desendo sol turbio encogido  
A sembrar comenzó lumbre al Oriente  
Entre negros celajes escondido  
De su ancho rostro de oro el rayo ardiente;  
Y el ronco son de un aspero gemido  
Suenan en la nao, y su abigida gente  
Que donde al gusto huye la alegría,  
Así amanece el sol, y nace el día.

#### ALEGORIA.

En la prision de Malgessi se muestran los grandes daños que se siguen de perder una ocasión: y el quedar colgado de un árbol al tormento de los espíritus, el recordamiento que queda de haber perdido por descuido la ocasión, y las varias congojas que al hombre contemplativo siguen en la vida activa fuera de su quietud.

Los demonios, que tratan de destruir á España, muestran la insaciable sed que tienen de nuestra perdición; y con que gusto y facilidad la harían, si el freno de la potencia divina no los detuviese, significada por el Angel Custodio de España, que descubre cuan cortas fuerzas son las del infierno para bender á los que el cielo tiene por amigos.

En Bernardo, que guiado de un cometa se entra en un barquillo encantado, que le lleva donde Orimandro le arma caballero, se muestra que al varon obediente, que sin reparar en inconvenientes, de veras se pone a

seguir las inspiraciones del cielo, el tiene cuidado de sacarle victorioso, y honrado de las mismas ocasiones en que le pone.

Por Orimandro, que sale vencido y lastimado en la honra y el cuerpo, se ve como el vicio todo lo lastima y afea. Y Angelica robada en un carro de fuego, es el pensamiento amoroso de un amante, que volando navega sin saber adonde, y jamás tiene hora de reposo.

## LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO. Huye Garlito á Francia, donde encuentra á Orimandro y otros paladines. Ferraguto libra á Argina de un soldador, y ella le cuenta el martirio de las dos santas Nuncio y Alodia, libra también á Anchari, esposo de Argina, y ambos mueren cristianos. Encuentrase con Yurel, hijo de Gahana, y por relación se enamora della, y al margen de una fuente, ve en sueños su hermosura, y la de sus famosos paladines. Plácese al fin del libro el consejo de guerra del rey Casto.

Ex tanto el francés campo de Girona,  
Rendida la ciudad, salía marchando  
Por las ásperas sierras de Narboña  
A gozar de Gascuña el aire blando;  
Y ya el real asentado en Carcasuna,  
Por su deleite el valeroso Orlando  
A correr las fronteras de la tierra  
En yoz salió y en hábito de guerra.

Con él el duque Maimo de Pavla,  
Don Silverio de Fox, Dardín Dardcha,  
Sansón, duque y marqués de Picardía,  
Alberto, rey preteuso de Sansueña,  
Con otra ilustre y grave compañía,  
La honra del campo y flor de su reseña,  
Que al castillo caminan no distante,  
Que un tiempo por Rugero labró Atlante.

Era vulgar rumor que entre las breñas  
Del helado Pomier suben en vuelo  
Del roto muro las gastadas senas,  
A dar escalas con su frente al cielo,  
Donde del Mago anciano no pequeñas  
Grandezas goza el crispado suelo,  
Y á ver las de su ejército triunfante  
En tropa alegre va el señor de Anglante.

En placenteras fábulas sabrosas  
De sucesos de campo y montería,  
Olvidados de aquellas peligrosas  
Vueltas que al mejor tiempo envía,  
Al dar fin á las cumbres deliciosas,  
Con que un monte de flores se vestía,  
Dos muertos hombres, y otros seis huyendo,  
El viaje suspendieron el estuyendo.

Otro que tras los pasos perezosos  
Y huellas de un cargado dromedario,  
Por entre árboles ya en pasos madrosos,  
Con sus regates revoltoso y vario;  
Viendo de los franceses belicosos  
El escuadron á su intencion contrario,  
Con astucia sagaz, y maña aguda,  
A pedirles llegó fingida ayuda.

Es desta ocasión bella el nuevo caso,  
Florido ramo de mi heroica historia,  
Por grave azar, que el amagado paso  
Suspendir pudo de su gran victoria,  
Diez lunas volvió á Francia el campo escaso,  
De gente esta ocasión, esta su gloria,  
A España suspendió, por tantos meses,  
Su venida alargaron los franceses.

Tantos la rica sala del tesoro  
Detenidos los dió cerços dorados,  
Y entre la sed, y la virtud del oro,  
En dulce suspensión embelesados,  
La ardiente hambre del metal sonoro,  
Con su vislumbre mágica trocados  
Los dió en mudas estátuas, hasta tanto

Que un muerto balto destruyó su encanto.

Y hasta ver libres los cautivos pechos  
De la avarienta sala, el campo junto,  
La famosa jornada, y sus pertrechos,  
Por un zodiaco entero hicieron punto:  
La culta causa de tan altos hechos,  
Delgada raíz deste ahora nuevo asunto  
De aquí se ocasionó, esta humilde fuente  
Largo curso añadió al de su corriente.

Garilo, ya que el infeliz suceso  
De la oscura traición del bosque opaco,  
Contra su lealtad dió largo proceso,  
Y culpas al descuido de Filarco,  
El rey ya libre, y el contrario preso.  
Por el río Ezla se salvó en un barco,  
A pesar de quien quiso en aquel caso  
Por vengar su traición tomarle el paso:

Salvóse al fin, y á guarecer la vida  
En sus trazas juzgó por mas seguro  
Hacer á Mahamut de su huida  
Forzosa causa, y de su amparo el muro:  
Contando el que á su gente mal regida  
Del río Parque dió en el cerco obscuro,  
Pero nueva tan triste no podía  
Ser con ningún afeite de alegría:

Recibió el moro con semblante acedo  
La mala relación, y á que fue á dalla,  
Que el traidor siempre enfada, y siempre el miedo  
Da al falso corazón triste batalla:  
Quedó atajado, mas con nuevo enredo  
Dorar quiso la culpa, ó remendalla,  
Y hacer de nuevo con su antiguo oficio  
Si puede á su ofendido rey propicio.

Descubrió en los del bando sarracino  
Animos llenos de encubierta saña,  
Que siempre entre traidores el mas fino  
Amor nace sembrado de zizaña:  
Creyó por ese paso abrir camino  
A una nueva traición, cuya maraña  
Al andaluz dejase sin la vida,  
Y á él su leal opinion restituida.

Comenzó alevé el infeliz contrato,  
Metiendo incauta prenda en el que urdia.  
Mas faltó discreción, faltó el recato  
Que el grave caso y su ocasión pedía:  
Y descubierto el encubierto trato,  
Garilo huyó, huyó su compañía,  
Pagando todos la traición urdida,  
O con culpable ausencia, ó con la vida.

El falso entablador del traidor juego,  
Con los que guarecer del riesgo pudo,  
De la noche huyó por lo mas ciego,  
Al dulce amparo del silencio mudo:  
Llegan á Ribadeo, y pasan luego  
En hombros de cristal su cerro agudo,  
Y en su pequeño golfo al franco suelo  
Remos y velas dan entre agua y cielo.

A vista de Bayona, y su ancha playa,  
Libres pasaron sin tocar en ella,  
Y de Belne la costa, y corrá raya,  
Que con sus espumosas olas mella:  
El Curiano monte, que atalaya  
Del frío Garona la ribera bella,  
Pasando á Bordeaux con agua viva,  
Y hasta cerca de Argen el río arriba.

De allí hacía Lenguaodoc la tierra adentro  
La quietud saltearon del camino,  
Hasta un antiguo bosque, que al encuentro  
De Pomier y Tarascou les vino:  
En cuyo verde y escondido centro  
Las ruinas hay de un muro peregrino,  
Que un tiempo fue ya célebre morada,  
Jardín de un rey, y casa de una Hada.

Después que en Salabres la hada Morgana  
Al rey Artus su hermano vió perdido,

Y el destrozado campo en la inhumana  
Victoria entre un sangriento río cenido,  
Por el hondo Garona en pompa ufana  
Aquí al vencido rey trajo escondido,  
Donde al mundo quedase con su ayuda  
La fama de su vida y muerte en duda.

Allí encantado, ó sin encanto muerto,  
Si vive, ó sino vive, está encantado,  
Sin que la causa de quedar desierto  
El castillo hasta ahora se haya hallado:  
Si ya del desamparo no es lo cierto  
De la Hada rica el natural enfado.  
Contra Orlando, por quien del suelo franco  
Su real jardín mudó al del lago blanco.

Y porque al viento el arruinado muro  
Con sombras tiene de apariencias vanas,  
Del bosque horrible, y del castillo oscuro,  
Las gentes todas huyen comarcanas:  
Aquí Garilo y su escuadron seguro  
De asombros se amparó, y por las cercanas  
Aldeas y caminos plata y cobre  
Al rico quita, y la esclavina al pobre.

No lejos de aquel bosque hay un castillo  
Guardado de otras gentes de su trato,  
Que al catalán hicieron su caudillo,  
Y á riesgo y á ganancia fiel contrato:  
De estos eran los seis que entre el tomillo  
Y árboles de Pomier sacó el rebato,  
Huyendo por sus ásperos confines  
De los ya descubiertos paladines.

Y el que tras el cargado dromedario  
Con revoltosas vueltas discurría  
El astuto Garilo, del voltario  
Escuadron falsa y cautelosa guía:  
Que por aquel desierto solitario  
En cuidadas y encubierta espía  
Los dos muertos siguió, y en la ancha senda  
Vidas á un tiempo les quitó y hacienda.

Huyeron los demás, y él con sosiego  
Intrépido al francés escuadron vino,  
A quien de deslumbrado volvió ciego  
De su astucia un engaño repentino:  
Con humilde pidiendo y sagaz ruego  
En el riesgo le amparen del camino,  
De aquella escuadra, cuyo brazo fuerte  
Por robar sus amigos les dió muerte.

Cayeron todos que el valiente pecho  
Del feliz español se había librado  
A propias fuerzas del dudoso estrecho  
Con que de los que huyeron fue asaltado,  
Y que el verlos venir dejó deshecho  
El peligroso asalto comenzado,  
Temiendo los franceses valedores  
Los seis mal concertados saltadores.

Y él no contentó del sutil engaño  
Con que el riesgo salvó de su delito,  
Y á cuenta puso del ageno daño  
Del castigo á su culpa ancho distrito,  
Un nuevo enredo de artificio extraño  
Así por los presentes dejó escrito,  
En dulce delirar, que al mas agudo  
Deslumbrar su encubierto estilo pudo.

Ni tiene lo hecho por bastante hazana  
Si á todos no los roba y deshalija,  
Y aquel fiero escuadron contrario á España  
De armas su astucia y de altivez no alija:  
Y así después que en cautelosa maña  
Licencia para hablar pidió prolija,  
Desta suerte empezó, y con este enredo  
El gusto les ganó, y les perdió el miedo.

«Ya que el rigor de la enemiga estrella,  
Que tras si lleva el curso de mi vida,  
Y haciendo de desgracias prueba en ella,  
La trae de un riesgo en otro divertida,  
Si á pesar suyo el tiempo quiere hacella

A sus mortales golpes no vencida,  
Y á la esperanza aun en tan largos casos  
Lugar le queda donde dar mas pasos;  
No es justo que reserve prueba alguna,  
Ni humana diligencia que no intente,  
Si punto no hay de tan menguante luna  
Que algun dia no halle su creciente:  
Sabré cual puede ser en la fortuna  
De los suyos el don mas excelente,  
O si es acaso de imposibles hecha,  
Como el rigor desta cadena estrecha.

Del rey Hércules libio, que en España  
De tres cuerpos sacó un tirano aliento,  
Y de tres cuellos la cabeza estraña  
Al rojo suelo dió un golpe sangriento,  
Mi linaje descendiendo...» Asi en maraña  
Fingida entrada abrió á un prolijo cuento  
El sutil catalán; pero yo al brio  
Del bravo Ferraguto vuelvo el mio.

A toda rienda por un verde llano  
De un caballero dije que lunia  
Un bulto en la belleza soberano,  
Y en rostro un rayo del pintor del dia:  
Cuando á su amparo levantó la mano  
El bravo aragonés; y al que venia  
Ya ejecutando el golpe, el suyo al vuelo.  
Le echó arrogancia y villa por el suelo.

Volví la dama y viendo sin cabeza  
El furor que la suya amenazaba,  
Del suceso admirada y la braveza,  
Que muerta aun no menor espanto daba,  
«¡Oh invicto brazo! dijo, ¡oh fortaleza  
Heróica! el cielo guarde alma tan brava  
Contra injuntos agravios, en quien fio  
Ver por tal mano reparado el mio.

¡Socorre, ó ilustre resplandor de Marte,  
En un dudoso trance mi alegría,  
Antes que sean mis desdichas parte  
A dar la muerte al que es la vida mia!  
No lejos deste bosque, por la parte  
Que este florido monte se desvia  
A darle paso á un río que yo pienso,  
Que á Ebro corre á pagar tributo y censo,

Una soberbia puente ambos costados  
Con dos torres altísimas le cierra,  
Y estas llenas de bárbaras soldados  
El comercio han quitado de la tierra:  
Aquí á los que de paz van descuidados  
Prenden sin fe, y á los que van de guerra  
Con ardidés la hacen tan villanos,  
Que ninguno se escapó de sus manos.

Allí el bien, que me deja aquí perdida,  
Preso, ó sin alma está, que es lo mas cierto;  
Acude pues, señor, á dar la vida,  
O sepultura honrada á un hombre muerto:  
De paso te diré de mi venida,  
Y de mis desventuras lo encubierto,  
Quién soy, con quién y adonde hacia jornada,  
Que quien como yo está no encubre nada.»

Dijo, y el moro hacía la parte guia  
Que antes salió huyendo la doncella;  
Quién fuese preguntando, y por qué hufa  
Y el feroz caballero iba tras ella,  
Cómo con tal denuevo la seguía,  
Si era para matalla, ó por prendella;  
A quien la dama en desmayado aliento  
Así empezó de su tragedia el cuento.

«Del valiente Dedrán, que un tiempo quiso  
Ser absoluto emperador de España,  
Y lo fuera si á su ánimo y aviso  
No se mostrara la fortuna estraña  
Nieta soy, y heredera del preciso  
Hado que á él engañó, y á mí me engaña,  
A pesar que del tiempo el movimiento  
A una alma puede dar bienes de asiento.

Hija de Doriscan, y una cristiana  
Noble, de los tribulos de Galicia,  
En Córdoba nací, y con pompa vana  
Nágera me crió por su patricia;  
Donde en destierro honrado, y suerte ufana,  
Del rey Albucásar dió la avaricia  
A mi agraviado padre esa frontera,  
Donde él viviendo su grandeza muera.  
Alíatan dió despues el reino de Oca  
A Zumail, un ambicioso viejo,  
Que en hambre de oro, y en prudencia poca,  
Cuanto halla tomará, sino es consejo:  
Este embriagado de avaricia loca,  
En los montes prendió de Castrovejo  
Dos tiernas niñas, huérfanas, doncellas,  
Mas que el sol limpias, y que el alba bellas.

La culpa era dejar su ley paterna  
Con que el rey su avaricia disfrazaba,  
Y el ciego ardor de la codicia interna  
Con que el infame corazon celaba:  
Nunilo la mayor, y la mas tierna,  
La honesta y bella Alodia se llamaba,  
Cristianas, aunque ricas, y el tirano,  
De alma avariciosa, y corazon villano.

Vendia el rigor por celo de su seta,  
Y de impedir la Religión Cristiana,  
Aunque era en lo interior hambre indiscreta  
Del patrimonio de una y otra hermana;  
Y por hacer la causa mas secreta,  
Y la injusta prision menos liviana,  
Con impedir del dulce trato el uso  
En diferentes cárceles las puso.

La niña Alodia, compania dichosa,  
Fue en depósito honesto de la mia,  
De las beldades dos la mas preciosa,  
Pecho inculpable, rostro de alegría:  
Era en prudencia y alma generosa,  
Y tan afable trato, que solia  
Dejarme con él llena el alma ufana  
De un ardiente afición de ser cristiana.

Si tal vez la aceché por verla sola,  
En ferviente atencion orar la via,  
Y que de alegre luz divina una ola  
De cuando en cuando el rostro le embestia;  
Y en soberanos lustres la arrebola  
El rosicler de gloria que salía  
De un Dios, que puesto en cruz traía consigo,  
Por inviolable esposo y dulce amigo.

No es de mi edad juzgar cual sea mas justa,  
La ley cristiana, ó la del pueblo moro,  
Y en casos de opinion cualquiera gusta  
Vestir la suya de un hablar sonoro:  
Mas ahora sea justa, ó sea injusta,  
Yo en la árabe nací, y en esa adoro;  
Y aunque su Alcorán creo, creo y juro  
Que si Mahoma es Dios, es Dios oscuro.

No hace milagros como habernos visto,  
Que en favor de su ley, y quien la sigue,  
El nombre hacen y la cruz de Cristo,  
Cuando en mas sangre el mundo los persigue:  
Ni hallo yo en la mia aquel bien quisto  
Modo de proceder que se consigue  
De la cristiana, cuando sus sugelos  
A sus reglas se ajustan y precetos.

Hace hombres concertados y compuestos,  
Mansos, sufridos, blandos, conversables,  
Llenos de fe y de amor, castos, modestos,  
Gratos, humanos, dóciles, afables,  
Del todo humildes, sin cautela, honestos,  
Medidos, comedidos, y así estables,  
Y puestos en razon, cuenta y justicia,  
Que no halla que tacharles la malicia.

Nuestro Alcorán si como dicen vino  
Del cielo, eserito fue por otra mano,  
No es tan llano y tan claro su camino,

Ni tan fundado en el discurso humano:  
Tiene de cruel su parte, y de sanguino,  
Y no poco de bárbaro y tirano,  
Pues con la espada y con las armas quiero,  
Que aquel sea en el mejor que mas pudiese.

Rióse el feroz moro á las razones  
Con que la dama su Alcorán condena,  
Que como hombre sin ley, ni cree opiniones  
Ni que hay para unos gloria y otros pena:  
Tiene nuestros milagros por ficciones,  
Su secta ni por mala ni por buena,  
Solo por Dios á su ánimo invencible,  
Y por de burla á todo lo invisible.

No le replicó nada, ella siguiendo  
Por su camino y su discurso, dijo:  
«Presa la bella Alodia, un monstruo horrendo  
El avariento rey tenía por hijo,  
Con quien nació en el mundo, y fue creciendo  
Un arrogante espíritu prolijo,  
Que siempre, ó por la cara, ó las costumbres,  
Del padre saca el hijo las vislumbres».

Este fue todo estampa de su padre,  
Fantástico, avariento, y disoluto,  
Sin que noble amistad le asiente y cuadre,  
Falso, libre, mordaz, doblado, astuto,  
De parto incierto, y fementida madre,  
Y al fin de tales árboles tal fruto,  
Llamado Harpali, ó sucia harpía,  
Que todo lo manchaba y confundía.

Este de la honestísima doncella  
Alodia, y de su rostró soberano,  
Un torpe y necio amor concibió en vella,  
Con loca presunción y ánimo insano:  
Creyó que era tan fácil como bella,  
Y él por soberbio hijo de un tirano  
Bueno para querido, y fue simpleza,  
Que amor ni estriba en sangre ni en nobleza.

No dió por sus ofertas y servicios  
Escarnios ni desdenes la cristiana,  
Ni de oracion mudó ni de ejercicios,  
Ni se le mostró tierna ni tirana;  
Ni el ver los reyes á su amor propicios  
Altiya la hizo, ni volvió lozana;  
Ni triste el riesgo, y verse en casa ajena,  
Que nada en quien no hay culpa causa pena.

A los principios en su afable trato  
Todo Harpali creyó que estaba hecho,  
Y que el ser rey le prometía barato  
Aquel como otros gustos había hecho:  
Mas cuando llegó á ver con mas recato  
La entereza y valor del casto pecho  
De una tierna beldad, que en ser constante,  
No era niña y mujer, sino gigante.

Quedó asombrado, y al negarle el gusto,  
Con el desden creció la llaga fiera,  
Y viendo á mayor fuerza mas robusto,  
El pecho que antes parecía de cera,  
Nueva sentencia dió en el suyo injusto,  
Que ame por fuerza, ó que por fuerza muera:  
Mas buscar al amor por esa pinta,  
Es blanquear el ébano con tinta.

No está mas firme á los combates fieros  
Del cierzo helado la montaña de Oca,  
Cuando peñascos y árboles enteros  
Su soplo vuela, y su rigor apoca;  
Ni en sus cumbres y cerros altaneros  
Antigua encina, ó carcomida roca,  
Que así entera se libre, y se defiende  
De un torbellino, y su áspera contienda;

Como la casta niña á las blanduras  
Y amenazas del bárbaro enemigo,  
Sin que de hierro las prisiones duras,  
Ni del tierno regalo el trato amigo,  
Hiciese mella en las entrañas puras,  
Nien ellas otro amor hallase abrigo,

Que el de su honestidad, y del precioso  
Retrato vivo de su muerto esposo.

Viendo el tirano Harpali vencido  
Su pensamiento y trazas de una niña,  
Y que en deseos y ansias consumido,  
Ni un soplo de esperanza se le alija,  
Ya de amante en contrario convertido  
Robarla quiere, y que esto la constrinja,  
Con gusto acedo, ó voluntad sabrosa  
A serle, ó torpe amiga, ó dulce esposa.

Por un muro almenado que ceñía  
De un florido jardín el fértil suelo,  
Y parte de una cuadra en que dormía  
Yo con la hermosa Alodia sin recelo,  
A Harpali le pareció se abría  
Paso á sus gustos, puertas á su cielo,  
Y que era fácil por allí la entrada,  
Para haberla á sus manos descubida.

Ya el sacrilego amante, confiado  
De saquear el cielo, entretenía  
Su torpe gusto en ver del sol dorado  
El carro de oro en que camina el día;  
Y en aguardar su ausencia desvelado  
Las horas cuenta, y de la noche fría  
El manto pide por agüero y luto,  
De su fin triste, ó pensamiento bruto.

Llegó la noche obscura, aunque serena,  
De broches de oro y pedrería sembrada,  
Y al medio curso de tormentas llena,  
De agua, rayos, y truenos asombrada;  
Braman los vientos, la arboleda suena  
Con ruido mas que de aire alborotada,  
Creció la obscuridad, y el negro velo  
De la sombra escondió en su luto el cielo.

De ásperos vientos la baraja obscura  
Con sordos ecos de furor bramaba,  
Y del cercano monte la espesura  
Roncos gemidos por las penas daba:  
Del frio polo sin luz la ciega altura  
En temerosos truenos resonaba,  
Que el cielo al parecer se defendía  
Del moro que robarlo pretendía.

Despertóme el rumor, corri medrosa  
A ver mi amiga, y á valerme della;  
Halléla en oracion, la cuadra hermosa,  
Llena de luz, y un ángel bello en ella:  
Una luciente espada en la briosa  
Armada mano en son de defendella,  
Con un grabado peto en que el tesoro  
De ricas piedras daba precio al oro.

De argentados columnos ambas plantas  
Ceñidas, y la suelta vestidura  
Al estrellado cielo en luces santas  
Vencía, y á la nieve en la blancura:  
Pomposas alas con vislumbres tantas,  
Que ante ellas la del sol quedara oscura,  
Diciéndole en acento soberano,  
«Ya, virgen, estás libre del tirano».

Cerróme los sentidos el espanto,  
Indignos de gozar la luz del cielo,  
Con la presencia y el lenguaje santo  
Del ángel, de su espada, y de su vuelo:  
Quedéme desmayada hasta tanto  
Que el nuevo día despertó en el suelo,  
Y yo de mis temores y fatiga  
En el dulce regazo de mi amiga.

Alegre en verla de placer floraba,  
Que al ángel que antes vi se parecía,  
Y aunque en grave respeto la trataba,  
Amorosas caricias le decía:  
Ella que por ventura cierta estaba,  
Que aquel había de ser el postrer día  
De gozarnos en tierno regocio,  
Así mezclando lágrimas me dijo:

«Ya es tiempo, ó dulce Argina, de pedirte

Que cual reina me cumplas la promesa  
De ser cristiana, y nunca arrepentirte  
De profesar lo que mi ley profesa:  
Yo iré presto delante á prevenirte  
En el cielo corona de princesa,  
Que en premio del amor que me has tenido,  
Así me lo ha mi esposo concedido.

A grandes golpes de dolor se labra  
El cetro y la diadema para el cielo,  
No ha de ser solo, amiga, de palabra  
El darle á Dios lo que le debe el suelo:  
Sus puertas ese tierno pecho le abra,  
Porque la halle al alma su consuelo,  
Y sin hacer de otros contentos caso,  
Por todos hasta allá pase de paso.

Bien sé que los espantos de la muerte  
En varios riesgos te traerán metida,  
Que tal es siempre y fue la humana suerte  
Servir acibar al que á miel convida:

Y como si el morir fuese mas suerte  
Que el padecer viviendo en esta vida,  
Quiere en adversa ó próspera fortuna  
Mascar mil muertes mas que tragar una.

Tu serás desto ejemplo, amada Argina,  
Que gran discurso por pasar te queda,  
Mas todo en tí á dichoso fin camina,  
Y así el cielo lo ordena que suceda:  
Lo que ahora el amor que á tí me inclina  
Con mas ansia me pide, es que yo pueda  
Llevar de tí esta prenda y fe dichosa,  
Que has de ser de mi amado esposo esposa.

Y que pues nuestras almas ya son una,  
Es bien que tambien tengan solo un dueño,  
Un bautismo, una fe, una ley, y á una,  
Ambas á un Dios la demos en empeño:  
Que cuanto alumbra el sol y ve la luna,  
Sin este solo bien es sombra y sueño,  
Y yo en tenerte amor eterno y puro,



Eternos bienes para tí procuro.»

Así mi amada Alodia me pedía  
La fe que así le di, y he mal cumplido,  
Cuando del pueblo que en furor se ardía  
En mi casa cundiendo fue el ruido:  
Llanto, alboroto, estruendo y vocería

En confuso era y bárbaro gemido;  
Sobresaltéme yo, y con regocijo  
Ella se sonrió, y llorando dijo:

«Aquí, oh querida Argina, la corona  
De un reino eterno ofrecen á tu hermana,  
Este confuso grito la pregoná,

Vamos por ella en pompa soberana :  
Tendrás tuya en la corte una persona  
Que prive con el rey, y te haga ufana,  
Y en cuanto le pidieres por mil modos  
Bienes sin fin te los alcance todos.»

No entendí su razón, quedé atajada  
Viendo crecer el sonoro estruendo,  
Y que la casa en armas ocupada  
Se iba en ciego alboroto confundiendo :  
Cuando de la ocasión certificada,  
Pasmada me dejó el suceso horrendo,  
Estraño caso, puesto por testigo  
De un ofendido cielo en su castigo.

De un moral arrimado al fuerte muro,  
Adorno y sombra del florido huerto,  
Con que Harpali bajar pensó seguro  
Al malogrado fin de su concierto;  
Colgado le dejó en el aire oscuro  
Un ángel á los ojos descubierto  
De los que iban con él, y el mas osado,  
Lloró despues que le lloró alorcado.

Era la única prenda del tirano,  
Corta y frágil columna á su esperanza,  
Cayó por tierra, y su soberbia mano  
Al mundo asolar quiso en su venganza :  
Tuvo sospecha de Aliatan mi hermano,  
Que en contiendas de amor y de privanza  
Traian pasión por ciertas moras bellas,  
Que donde hay celos todas son querellas.

Menos que esta ocasión fue necesaria,  
Con la desgracia del dolor presente,  
A la ciega arrogancia temeraria  
Del ofendido bárbaro insolente :  
Era en todo mi casa real contraria  
A la suya de humilde suelo y gente;  
Esto solo bastó, que un bien nacido  
Siempre es del que no es tal aborrecido.

Mi anciano padre al defender su casa  
Por el furor tiránico fue muerto,  
Y tras él vueltas en ceniza y brasa  
Sus altas torres y el lugar desierto :  
Mi hermano viendo la crueldad que pasa  
Por senda oculta se salvó encubierto;  
Yo quedé presa, Alodia sentenciada  
A ser por su limpieza degollada.

Trajerón á la cárcel á Nunilo,  
Y al verse y despedirse ambas hermanas,  
Gruesas perlas regaron hilo á hilo,  
De un celestial jardín rosas tempranas :  
La mayor con honesto y grave estilo,  
Dulce afecto y palabras cortesanías;  
Mientras el cruel verdugo se apercebe,  
Esto en el alma de su Alodia escribe :

«Ya la dichosa suerte concedida  
De aquel rey soberano por quien mueres  
A eterna palma y triunfo te convida,  
Reina serás si esta corona adquieres :  
Mira, tierno regalo de mi vida,  
Que sois hacer lo que hacer me vieres,  
Que aunque primero por tu ejemplo muera,  
No llegarás al premio la postrera.

¿Quién no conoce de la humana suerte,  
Que al fin por bien que de morir rehuya,  
Le ha de alcanzar del tiempo el golpe fuerte,  
Que los regates y el huir concluya?  
Si ningún vivo se libró de muerte,  
Loco es quien piensa rescatar la suya;  
Y mas si por la carga desabrida  
De un vivir breve pierde inmortal vida.»

Así dijo, y el rostro soberano  
Revestido de gloria parecia,  
Que ya desnudo de aquel lazo humano  
Nueva deidad y luz en él vivía :  
Las madejas del oro, que el liviano  
Aire en el cuello de marfil bullía,

Por la cabeza se enlazó gallarda,  
Y el fiero golpe del alfanje aguarda.  
Llevó su filo á cercen la cabeza,  
Cayó el hermoso cuerpo destronado,  
Que su hermana compone y adereza  
Con rostro alegre y pecho reportado :  
Y con igual sosiego y entereza

Que si fuera á un banquete regalado,  
Sin que la muerte ni su error la esquivase,  
Para el segundo golpe se apercebe :

Habiasele á su hermana descubierto  
El blanco pié con la mortal congoja,  
No quedando compuestas ni en concierto  
Las limpias faldas por la sangre roja :  
La tierna niña, que hasta el cuerpo muerto  
Quiere guardar honesto, alegre alfoja  
Una colonia azul, en que trenzaba  
El mas fino oro que el Hidaspes lava.

Con ella recogió sus vestiduras,  
Y á su compuesta honestidad previno,  
Sirviéndole las tiernas ligaduras  
De fuertes grillos á su amor divino ;  
Y con palabras que la piedras duras  
Blandas volvieran, el rostro cristalino  
Al cielo vuelto, mientras prevenía  
El tierno cuello al golpe, así decía :

«Alma dichosa, que del casto velo  
Ya libre y suelta del amor llevada  
En triunfal carro hasta el empero cielo  
De victoriosas palmas vas cercada,  
Suspende entre esos globos de oro el vuelo,  
O de mis tiernos años prenda amada,  
Que si un golpe te dió diverso mundo,  
Un cielo juntas nos dará el segundo.

Y el hierro que las dos dividir pudo,  
Podrá con mejor título juntarnos  
Cortando el mortal hilo, mas no el nudo  
Con que el divino amor supo enlazarnos :  
Y á tí, precioso alfanje, cuyo agudo  
Corte en la terna para no apartarnos  
Juntas nos ha de dar diadema santa,  
Aquí humilde te espera mi garganta.»

Dijo, y al punto de rodillas puesta  
Sobre el difunto cuerpo de su hermana,  
Que allí sirvió de altar, y ahora compuesta  
Al sacrificio y víctima temprana,  
El filo agudo de la espada presta  
Segó el cuello, y el alma soberana  
En un resplandeciente y claro vuelo  
A vista de mil ojos subió al cielo.

Quedaron en la tierra desangrados  
Los cuerpos, de un precioso olor divino  
Y nueva luz de gloria acompañados,  
Que de la suya descubrió el camino :  
De corruptible daño preservados,  
A pesar del tirano desatino,  
Que por mil modos ya pretendió en vano  
El honor usurparles soberano.

Mas mientras con malicia infiel pretende  
Destruirles su opinión, manchar su fama,  
Con mayor gloria y resplandor se estiende  
La misma luz que su crueldad infama :  
Y en la cristiana devoción se enciende  
Mayor aliento y fervorosa llama,  
Que siempre la verdad tiene su fuerza,

Por mas que envidia con pasión la tuerza.  
Yo en la cárcel quedé esperando el día  
En que otro golpe hiciese en mí el tirano,  
Mas faltóle esta culpa por la mia.  
Que fuera tras de aquel el mio liviano :  
Un moro corlobés al rey servía,  
Mancebo ilustre, de Daraja hermano,  
Esposa de Harpali, y sobrina mia.

Aunque él deudo ninguno no tenía.  
Este con nombre y pretension de esposo



En noble trato y voz me regalaba,  
Y yo por su valor y ánimo honroso  
De amor honesto y sin doblez le amaba:  
Este sintió que el pecho riguroso  
Algo del rey tirano se ablandaba,  
Que el tiempo con mudanzas y ocasiones  
Los toros doma, y vence los leones.

Dió en escuchar mi causa con blandura,  
Y de la cárcel me llevó á palacio,  
De un torpe amor ardiendo en llama oscura,  
De su imprudente pecho el gusto lácio:  
Ya en libertad me vi menos segura,  
Y mi muerte venir menos de espacio,  
Si mi amado Auchali no me acudiera,  
O el casto cuerpo ó su opinion muriera.

Mas viendo el riesgo y la prision remisa  
Trazó conmigo de sacarme della,  
Con firme pacto y condicion precisa  
De ser su esposa, y de seguir su huella:  
Aceptéle el partido, y con divisa  
Troçada, por huir mejor con ella,  
Por fuera de camino nos libramos,  
Hasta que á Soria y Agreda llegamos.

Seguíamos para Córdoba el camino  
Del amor de la patria acariciados,  
Mas de la tierra nueva el poco tino  
En varios riesgos nós dejó entrapados;  
Y al pasar este arroyo cristalino,  
De una escuadra de gente infiel cercados,  
Que á nuestro gran descuido de repente,  
El muro vomitó de una ancha puente.

Allí á mi dulce esposo entre el malvado  
Escuadron le ví dar mil golpes fieros,  
De allí escapé del brazo acelerado,  
Que ya vió en mi garganta sus aceros:  
¡Ay cielos, que allí en sangre está bañado!  
Antes que muera, ¡oh flor de caballeros!  
Acudí á socorrer el mas honesto  
Pecho, que el mundo en tal estrecho ha puesto.»

Así la hermosa Argina, el grave cuento  
Siguiendo de su vida, vió á su esposo  
Roto el escudo, el fino arnés sangriento,  
Y en el herir el brazo perezoso:  
Haciendo él brio de su honrado aliento,  
El término fatal mas presuroso  
Que el morir sin socorro era sin duda,  
Mas donde el cielo acude todo ayuda.

El tratar con los buenos puede tanto,  
Que al malo suele convertir en bueno,  
Y la conversacion de un pecho santo  
Sacar triaca de lo que es veneno:  
Neron con su crueldad nos pone espanto,  
Animo un César de clemencias lleno,  
Eneas piedad, maldad Sardanapalo,  
Que el bueno es bueno en todo, y malo el malo.

Las tiernas niñas que el empireo cielo  
Gloriosas pisan con doradas plantas,  
Y ya desnudas del humano velo  
De toison de oro ciñen las gargantas,  
Vuelos los ojos al ingrato suelo,  
De quien triunfaron con victorias santas,  
Viendo entre tantos riesgos y fatiga  
Por un vano temor su amada amiga;

Con santa intercesion hecha á su esposo  
De las cosas trocaron gusto y fuero,  
Que tras el apetito deleitoso  
Iban en riesgo á un gran despenadero:  
Esto la trajo al paso peligroso,  
Esto tambien le descubrió el guerrero,  
Que en favor de Auchali partió arrogante,  
Por dar favor al uno y otro amante.

El cordobés en peligrosa guerra,  
Y en gallardo ademán se combatía  
Con la vil tropa de la infausta tierra,  
Que junta sin por qué le acometía,

Y el vivo aliento que su pecho encierra  
Así el honor herido le encendía,  
Que en la desigualdad que se hallaba  
En mas que defenderse trabajaba.

Bien que á faltar la venturosa suerte  
Del brazo heróico que á valerle vino,  
A hacerle compeliere el pecho fuerte  
El término forzoso mas vecino,  
Y vencedor, la vencedora muerte  
A todos por igual diera un camino,  
Que el alentado ardor que en él se via,  
La honra mas no la vida guarecia.

De diez valientes moros asaltado,  
Los seis peleando, los demás sin vida,  
Roto el arnés, el cuerpo destrozado,  
La sangre y no la estimacion perdida:  
Llegó el aragonés, y el brazo alzado,  
«Afuera, dijo, gente mal nacida,  
Que los que intentan tales desafueros  
No son hijos de padres caballeros.»

Tres de los que en favor de su contrario,  
Entrar le vieron con tan vivo aliento,  
En confuso tropel y encuentro vario.  
Por tres partes contra él rompen el viento;  
Y del encuentro el golpe temerario,  
De tres lanzas las dos rompe violento,  
Una en el firme escudo, otra en la frente,  
Saliendo la tercera impertinente.

Cual parda encima de trofeos cargada,  
Al blando soplo de un delgado viento  
Las hojas tiemblan, y ella en encrespada  
Pompa se eriza al fresco movimiento,  
Así el moro quedó, si bien su espada,  
De tres al uno, en un revés violento,  
Un brazo le dejó y un hombro menos,  
Y de nuevo aire los pulmones llenos.

Los dos que sobran vuelven; y al caido  
Furiosos quieren dar justa venganza,  
Y en desiguales golpes y ruido,  
Uno al escudo y otro al yelmo alcanza:  
Parece del arnés que trae vestido,  
Que es Ferragut el yunque sin mudanza,  
Y ellos los que al hatir de sus visarmas,  
Sobre él le forjan á porfia las armas.

Así el uno y el otro le golpea,  
Y él quedo sin mudarse un lance aguarda;  
Y como, aunque le hieren, ni voltea  
Su espada, ni á las suyas se resguarda,  
Da ocasion que cualquiera dellos crea  
Que está herido de muerte, ó que acobarda,  
Hasta que al golpe de un revés extraño,  
Con el castigo vino el desengaño.

Del dulce filo al rebanar ligero  
A Glauro le llevó brazo y cabeza,  
Glauro sin gravedad moro embustero,  
Que las canas se tiñe y adereza;  
Y no parando allí el sabroso acero,  
Dos hizo á Caligante de una pieza,  
Que seis mujeres enterró en Porcuna,  
Sin llorar ni enlutarse por ninguna.

Y sin hacer de aquellas muertes caso  
Al puesto de Auchali corre ligero,  
Cuando un grueso jayán le atajó el paso,  
Armado sin primor de hojas de acero:  
Bajaba de la puente al campo raso,  
Al brutal gusto del combate fiero,  
Y viendo los tres golpes del pagano,  
El quiso hacer el cuarto de su mano.

Sin recelar su espada, ni ser vista  
Del encantado hijo de Lanfusa,  
Por cima la dorada sobre vista,  
La vista el golpe le dejó confusa:  
Cayó en el suelo sin aliento y vista,  
Ningun libre sentido alcanza ni usa,  
Que un traidor cuando acierta á ser valiente,

Un mundo entero matará de gente.

Bajó sobre él el sin lealtad gigante,  
Y en ver que vivo está le llevó preso:  
Cayó Auchali rendido en este instante,  
Y su Argina también cayó sin seso:  
Llegó á prenderla el falso Garamante,  
Y desmayada levantóla en peso,  
Llevando las brutales manos llenas,  
Cual oso montaraz con dos colmenas.

Ya á la entrada llegaba de la puente  
Cuando volvió en su acuerdo Ferraguto;  
Y hallándose al calor de tanta gente  
Al brazo asido de un gigante bruto,  
Herido del honor cual rayo ardiente  
La hárbara prision dejó sin fruto,  
Y el rigor nuevo de sus golpes varios,  
Ciego alboroto y miedo en los contrarios.

Trocó el Jayan la dama por la espada  
Para segunda vez cobrar su preso,  
Y aunque le ve la frente desarmada,  
No juzga acometerle por escoso;  
Ni él al sentirse herir estimó en nada  
De la traidora mano el grave peso,  
Ni el ver que sus bárbaros soldados  
Doce contra uno le arman los costados.

Antes así en su escuadra se revuelve  
Cual entre aristas ciego torbellino,  
A este bierre, á aquel da, y al otro vuelve  
En concierto mayor su desatino:  
A uno el pecho y entrañas le desvuelve  
El dulce corte del acero fino,  
A este del roto arnés lleva un pedazo,  
Y aquel deja en tres piés con solo un brazo.

Dió un reparo al jayan, que á dar venia  
Sobre él con nueva y desigual visarma,  
Que en cien puntas de acero relucia,  
Y á un golpe un hombre de metal desarma:  
Hízole errar la furia que traía,  
Y al vacío herir en dos quebrada el arma,  
Quedóle solo el destroncado trozo  
De Palia muerto, y Ferragut de gozo.

No perdió tiempo, que al volver la frente  
La calva diosa asió de la ventura,  
Y el acerado alfanje al vuelo ardiente  
Un revés le alcanzó por la cintura;  
Por donde el hierro entró, y salió una fuente  
De requemado humor y sangre oscura,  
Y de otro á cercen le llevó una pierna,  
Cual blanca y corva hoz mimbrera tierna.

Así toro andaluz desjarretado  
Suele al prado venir dando bramidos,  
Y en el sangriento suelo destroncado  
La selva asombra, y braman los ejidos:  
El cobarde escuadron desordenado  
Los muertos quedan, huyen los heridos,  
Cual de buitre gloton hambrientos cuervos,  
Y de perro irlandés tímidos ciervos.

Miró buscando el victorioso moro  
Con vista atenta la agraviada Argina,  
Y vióla, cruel, juntando aljofar y oro  
Al rosicler de una sangrienta mina:  
Con las hebras limpiando y el tesoro  
De su cabeza la mortal, que inclina  
En su regazo desmayada y muda,  
Puesta en si vive ó sino vive en duda.

Llegó el moro cuando ella enternecida  
A su esposo el primer acento daba,  
Que en un suspiro dió señal de vida  
El que antes pareció que muerto estaba:  
«¡Ay, dice, dulce amor! ¡prenda querida!  
Si aquella casta fe que me obligaba  
Á seguir vuestro noble gusto es cierto  
Que en este cuerpo vivo aun no se ha muerto;  
Vuelve, noble Auchali, esos graves ojos  
A estos que ya por ellos son dos rios;

Serenarán sus luces mis enojos,  
Y en gloria volverán los males míos:  
Mas si estos son de amor vanos antojos,  
Y entre estas sierras y árboles sombríos,  
Mi bien se ha de acabar, y la alegría  
Que apenas en mi alma amanece;

Aquí una sola fiera en sus entrañas  
A los dos juntos dé sepulcro vivo:  
¡Oh Alodia santa! luz de las montañas,  
Por cuyas firmes esperanzas vivo;  
Si á los que en gloria están no son estrañas  
Las graves ansias y el dolor esquivo  
De los que en vida amaron, destas mias  
¿Cómo, señora, tanto te desvías?

Socorre ahora, oh regalada esposa  
Del que reina te pudo hacer divina,  
Desde esa celestial patria dichosa  
El dolor desta tu afligida Argina:  
Que la palabra que te dió piadosa  
Te cumplirá, si de cumplirla es dina,  
Mas ¡ay de mí! que el no la ha ver cumplido  
A este presente riesgo me ha traído.»

Dijo, y el belicoso Ferraguto  
Con templadas palabras la consuela,  
Que aunque de alma sangrienta, no es tan bruto  
Que de un grave dolor no se conduela:  
Mas viendo que llorar el mal sin fruto,  
Ni lo hace sano ni que menos duela,  
Para poner en tantos llantos tasa  
De las palabras á las obras pasa.

Y con la libertad del jayan muerto,  
Entre las verdes yerbas desangrado,  
El cerrado castillo quedó abierto,  
De la gente servil desamparado,  
Y de un lóbrego sótano encubierto,  
Carcel de un grave pueblo aprisionado,  
Haciendo libre la mortal cadena,  
Cien almas de una vez sacó de pena.

Y dando ya la puente y su rastrillo  
Segura puerta y paso volvió á Argina,  
Que á su esposo abrazada el amarillo  
Rostro entre su sangriento pecho inclina:  
Lleva á curar sus llagas al castillo,  
Si hay para tantas juntas medicina,  
Que aplicarle remedios es el cierto  
Al menos vivo mientras no está muerto.

Estaba de abastadas provisiones  
El sin lealtad castillo apercebido,  
Que de las comarcanas poblaciones  
Feroz robaba el pueblo mal nacido:  
Y de los que oprimia en sus prisiones,  
El mal ganado mueble recogido,  
Caballos, armas, joyas, plata y oro,  
Que á sus dueños volvió con gusto el moro.

Hallóse entre estos presos un cristiano  
Que el Soricano Alpidio se decía,  
De noble sangre y pecho castellano,  
Preso á traición del falso Arcandreo un día:  
Y como caballero y cortesano,  
Que así entonces lo usaban, conocia  
Preciosas verbas, cuyos jugos tales  
Bálsamos podían ser de todos males.

Este tomó la sangre, y las heridas  
De Auchali reparó lo mas que pudo,  
Bien que en grandeza y número medidas  
Con desconfianzas lo volvieron mudo:  
Mas las dos voluntades conocidas  
Por el discreto cirujano agudo  
De los amantes dos, que aunque paganos,  
Suspiros daban de deseos cristianos;

Ya el victorioso Ferragut partido,  
Y de los mas honrados prisioneros  
El diferente pueblo reducido  
A varios fines y diversos fueros,  
Habiendo el tiempo y la ocasion medido



Así á los dos amantes verdaderos,  
Con caricias habló, y un dulce trato  
Cuan to pretende haber compra barato.

«No es menester, señores, preveniros  
De acreditar en vuestro amor mi pecho,  
Pues mas que en mi razon podré deciros,  
Por mi os diré lo que por vos he hecho;  
Que aunque es todo escasezas en serviros,  
En lo que hasta ahora he sido de provecho  
No he faltado, y amor por obra enseña,  
Que esa no está en ser grande ni pequeña.

El puesto ahora seguro es peligroso,  
Que Bramante cuyo es querrá cobrallo,  
Y aun vengarse del brazo poderoso  
Que con su espada pudo sujetallo:  
Yo estoy de vuestro bien tan deseoso,  
Que si el mio importare aventurallo,  
Por él tendré á mayor ganancia hacello,  
Que todo un mundo que me aparte dello.

No lejos de aquí está una antigua ermita,  
Que yo un día hallé saliendo á caza,  
Donde en santa quietud un hombre habita  
De sangre noble y cortesana traza:  
Mientras que el brio perdido rescuita  
El santo cielo y la ventura engaza  
De nuevo vuestras cosas, ya podremos  
Del riesgo allí escapar que aquí tenemos.

Que yo como español hidalgo os juro,  
Que debajo mi amparo y casto abrigo,  
Mientras viniere hallareis seguro.  
En todos trances vuestro honor conmigo:  
Y por mi ley cristiana y fe aseguro  
A vuestro gusto en todo obras de amigo,  
Sin que ninguna el mio intento y haga,  
Que á los dos no contente y satisfaga.»

Esto Alpidio les dijo, y con bastantes  
Razones trocó así sus tiernos pechos,  
Que ya mudando ley los dos amantes  
A la ermita con él se van derechos;  
Donde aunque de los golpes penetrantes  
Murió Auchali, despues que fueron hechos  
Ambos cristianos, á la viuda Argina  
A una ciudad llevó circunvecina.

Y allí en santa clausura un nuevo esposo  
Ganó de inmortal gloria su deseo,  
Trociándose en el cielo poderoso  
Para el bien de su alma este rodeo:  
Tanto el trato de un bueno es provechoso,  
Tanto se medra en un honrado empleo,  
Que á tantos bienes siguen otros tantos,  
Y tanto con su Dios pueden los santos.

Mas Ferragut despues que dejó puesta  
La puente en libertad, y á sus cautivos,  
Cuando el alba de aljófares compuesta  
Los antes muertos campos vuelve vivos,  
Y las horas en torno haciendo fiesta,  
Con mudanzas y pasos fugitivos  
El negro luto vuelven nacer fino,  
El reposo dejó, y tomó el camino.

Era el tiempo en que el año se remoja,  
Y la tierra preñada de bellezas  
Sus flores pare, y sus olores goza,  
Y alegra ambas á dos naturalezas:  
Cuando en los prados el placer retoza,  
Y Venus llena al mundo de riquezas,  
Comienza el ruiseñor quejas de amores,  
Y enguirnaldan sus bueyes los pastores.

Por una selva que el hùmor del rio  
De rosas llena y de árboles tenia,  
Y las aves sin dueño con el frio  
Sus ramas de suavísima armonia,  
Bravo el moro bajaba; y de un sombrío  
Bosque, que el tumbó de la sierra hacia,  
A caballo salir vió un hombre anciano  
Tras él dos perros, y un neblí en la mano.

Paróse á ver al moro el caballero,  
De su apostura y gallardía pagado,  
Y viendo en su ademan ser forastero,  
Y el limpio arnés de golpes señalado;  
Sospechando el suceso verdadero,  
Con grave estilo, y con semblante honrado,  
Cortés le saludó, y con voz prudente  
Nuevas pidió de su enemiga puente.

Y sabiendo que ya el gigante es muerto,  
Y del traidor castillo libre el paso,  
El pecho por los ojos descubierto,  
Alegre el viejo al no esperado caso:  
«Ay señor, dijo, si el suceso es cierto,  
Y vuestro el golpe de valor no escaso,  
Dadle su entero punto á la milicia,  
Y á una gran sinrazon haced justicia.

Yo, señor, de Galaf rey de Toledo  
Soy tio, de Alhamud su padre hermano,  
Es mi nombre Yucef, y decir puedo  
Que á toda España gobernó esta mano:  
Y el tiempo, que jamás supo estar quedo,  
De uno en otro vaiven fue tan liviano,  
Que me ha traído á lo que veis ahora,  
Que quien mas vive mas desgracias llora.

Treinta cumplidos lustros he vivido,  
De ciento y cincuenta años son mis canas,  
Y mi alfange el primero y mas tenido  
Que pasó de las sirtes africanas:  
Del escuadron de Muza fui elegido  
Sucesor, las fronteras toledanas  
Mias fueron un tiempo, y yo en su tierra  
Rey de la paz, y dueño de la guerra.

Cansó el mudable tiempo á la fortuna,  
Y á mi tambien los mandos y el gobierno;  
Cuya carga sabrosa é importuna,  
En hombres puse de Alíatán mi yerno:  
Y de una vida quieta, á quien ninguna  
Iguala, codicioso el pensamiento,  
De la pesada autoridad cansado,  
Troqué el público bien por el privado.

Dejo el cetro real, y aquí me vengo,  
Donde un castillo en puesto suficiente  
De alegre recreacion y gusto tengo  
Al salto del cristal desta corriente:  
Allí en ociosa vida me entretengo,  
Y en quietud vivo de mi pueblo y gente,  
Con libros, con pinturas, y con caza,  
Lo que un regalo al otro no embaraza.

Era tambien del patrimonio mio  
Deste castillo la torreada puente,  
Que el paso hacia seguro, y por el rio  
Se cobraba un portazgo suficiente:  
Hasta que ya el soberbio desvarío  
Del rey Bramante la usurpó á mi gente  
Bramante, que tambien con alma avara  
De Toledo usurpó á Guadalajara.

Alzaron el comercio de la tierra  
De sus fieros soldados las crueldades,  
Siendo el origen de la nueva guerra  
Del jayan bruto torpes libertades:  
Ha dos veces seis lunas que se encierra  
De un yermo en las incultas soledades,  
Ofendiendo por celos insolentes  
Con su torpe vivir el de las gentes.

Hija del rey Galafre es Galiana,  
Cuya beidad se entiende que del cielo,  
Hecha de alguna pasta soberana;  
Para asombro bajó y honor del suelo;  
El ambar y arrebol de la mañana,  
Que entre rayos y aljófares de yelo  
El mundo argenta, y su tiniebla aclara,  
Dirás que son vislumbres de su cara.

Y aunque es del alba el rostro, y la cabeza  
Del sol entero que tras ella nace,  
Y los ojos dos rayos de belleza,

Con que su luz temer y amar se hace:  
Mayor que la hermosura es la grandeza,  
Y la honestidad mas, con que deshace  
O entibia el fuego que primero espira  
Con los rayos que dije en quien la mira.

Pues desta gran beldad que asombra el mundo,  
Y por Venus mortal Toledo adora,  
Bramante, que en soberbia es el segundo  
Lucifer que hoy entre los hombres mora,  
Dió de su pecho cruel al centro inmundo  
La bella estampa de su muerte autora;  
Y á su arrogancia pensamiento altivo  
De no dejar el suyo en hombre vivo.

Y llena el alma ya de esta locura  
Varios modos buscó de conseguilla,  
Dando en las justas pompa á su hermosura,  
Y á todo el mundo asombro y maravilla:  
Hasta camino abrió y senda segura  
Desde Toledo á su usurpada villa,  
Que como á intento fuera de camino  
Iba y venia por él su desatino.

En este tiempo un moro valeroso,  
De agradable presencia y alma moza,  
Llamado Brabonel, sobrino brioso  
Del rey que ahora gobierna á Zaragoza,  
A Toledo llegó, y vió el rostro hermoso  
Que el rico Tajo en sus riberas goza,  
Y entrando en competencia con Bramante  
Perdió el antiguo por el nuevo amante.

Es Brabonel galán, es cortesano,  
Un fenix en primor y en gallardía,  
Bravo en las guerras, en la paz humano,  
De afable trato, lleno de hidalguía:  
Bramante un feroz bárbaro inhumano,  
Sin término, lealtad, ni cortesía,  
No fue mucho llevarle allí del alma  
Como del cuerpo la triunfante palma.

Salíó el jayán corrido en varios trances  
Que entró con su contrario en competencia,  
Dándole siempre el disfavor alcances  
Del ofendido gusto á la impaciencia;  
Hasta que al fin por escusar los lances  
Del desden hizo de Toledo ausencia,  
Como toro vencido, que al mas fiero  
La vaca deja, que seguia primero.

A este castillo que á tu cuenta dejas  
Como á frontera á recogerse vino,  
Donde de agravios lleno y tristes quejas  
Su reino dejó el nuestro, y el vecino;  
Corriendo en riesgo y condicion parejas  
Las leyes del cristiano y sarracino,  
Sin respeto de fe, reino, ni reyes,  
Que quien vive sin ley no guarda leyes.

Harto ya de afligir nuestra comarca  
Huyó á nuevo presidio y nueva tierra,  
Dejando en esta su señal y marca,  
Y en ambas con crueldad, discordia, y guerra:  
Mas si es que ya la inexorable parca  
En su vientre el rigor tirano encierra,  
Restituye á su antiguo castellano  
El vencido castillo de tu mano.»

Así el anciano moro persuadía  
Su causa al de Aragon feroz caudillo,  
Y en su alma amor y zelos encendía  
De Galiana el valor con solo oílo:  
Cuando huyendo vieron que venia  
Un caballero, y otro por herillo,  
De la fuerza que puso en alcanzallo,  
Al hacer golpe destroncó el caballo.

Salíó ligero del cual raudo viento,  
Mas viendo que es á pié seguirle en vano,  
Al bosque se volvió mudando intento,  
Su bayo muerto ya en el fresco llano:  
Ferragut le siguió, y el ya contento  
Yucef, que si en la edad y el pelo es cano,

Niño es siempre el deseo hecho de antojos,  
Y niñas las que miran en los ojos.

En medio el bosque al pié de un saúce umbroso  
Un caballero vieron recién muerto,  
Y el que á pié se volvió tras un hermoso  
Caballo de armas y sudor cubierto:  
Queriale asir del freno, y él brioso  
Huyendo hacia su trabajo incierto,  
Cuando corriendo vieron que venia  
Una doncella que favor pedia.

«Socorre, dice, oh Bahamel, la pena  
De tu esposa, y traicion de un falso amigo,  
Que Arcali el alma deste acibar llena  
La lleva en su poder, yo soy testigo:  
Y entre tanto que tu por la honra ajena  
La tuya en guarda das á un enemigo,  
Te la robó en la fuente cristalina,  
De quien saliste á dar favor á Alpina».

Quedó con las heridas y el espanto  
De las amargas nuevas sin sentido,  
El triste caballero en tierno llanto  
De lágrimas y sangre convertido:  
Y en Ferragut su pena pudo tanto,  
Que habiéndole el derecho concedido  
De su venganza, se partió á hacella  
Por donde habia venido la doncella.

No fue ella á guiarle, que quedó curando  
Las llagas de su herido caballero,  
Y él su presta venganza deseando  
Por no perder sazón partió ligero:  
De su perdida tierra al rey dejando  
Para la restaurar derecho entero,  
Con que el contento ya sin mas seguillo  
A poner volvió cobro en su castillo.

Aquel día y el siguiente anduvo el moro  
Por la confusa selva sin camino,  
Y cuando el sol entre celajes de oro  
A templar comenzó su ardor divino;  
Al doblar de una sierra oyó el sonoro  
Murmurar de un arroyo cristalino,  
Y á la ribera del entre las flores  
La choza vió de un hato de pastores.

Nunca soberbio alcazar fabricado  
En columnas de mármoles preciosos,  
Con ventanaje y torres almenado,  
Lejos puso en su vista mas hermosos,  
Que la humilde cabaña, y su ahumado  
Techo y de los mastines perezosos  
El frioladraz, que á la hambre y sus enojos  
La boca le hace el juego, y no los ojos.

¡Cuán moderados requisitos pide  
En su rigor la condicion humana,  
Y en qué de partes la ambicion divide  
Lo que al adorno incumbe y pompa vana!  
Su cuerpo el moro entre las flores mide,  
Y á la despensa rústica aldeana  
Humilde pide moderada cena,  
Que no hay mal pan cuando la hambre es buena.

Reformó de los rústicos manjares  
Con el vientre tan bien el apetito,  
Que los pavos y tortas singulares  
Las sobras siempre son de un gusto ahito:  
Y viendo por los ásperos vallares  
Subir balando el recental cabrito  
A las maternas ubres, que cargadas  
De gruesa leche buscan sus majadas;

Lo poco que quedaba de la tarde  
De nuevo lo gastó tras su demanda,  
Y al tiempo que mas hiere y menos arde  
El sol que sobre el mar de Cadiz anda;  
Desde una sierra vió en vistoso alarde,  
Con varias flores de una y otra banda,  
Hacer por entre un risco y dos alisos  
A una columna de cristal mil visos.

Volvió la rienda el cuidadoso moro

A la luz de los vivos resplandores,  
Y al pié del risco sobre arenas de oro  
Una fuente bullir vió entre las flores;  
Que de una en otra en murmurar sonoro  
Al prado daba en su llorar favores,  
Y con su claro estanque al bajo monte  
De cercos de cristal bello horizaba.

Una cueva en su tumbo socavada  
El yerto lomo de aquel cerro abría,  
En lo mas firme del incorporada,  
Que de albergue á la fuente le servía:  
De verde yedra y flores entoldada,  
Que un taray con sus sombras defendía,  
Y su virtud secreta convidaba.

A no pasar de allí el que allí llegaba.  
Entre el verde taray y los alisos  
Un padron de cristal con sus reflejos  
Al caer del tibio sol daba los visos,  
Que al moro hicieron señas desde lejos:  
Y allí entre las molduras de sus frisos  
Con letras y caracteres bermejos,  
«Esta es la cueva y fuente del contento,  
Donde al vivo se sueña el pensamiento.»

Dejó la silla el moro, quitó el freno,  
Y del prado hizo dueño á su caballo,  
Entretenido por el bosque ameno  
En el deleite y gusto de mirallo:  
El yerto monte de mosquetas lleno,  
De verde yedra el reboloso tallo,  
Que por ásperos riscos y grimazos  
Con mil vástagos da tiernos abrazos.

Y por gozarle la belleza entera  
Al florido vergel fue sin trabajo,  
Subiendo el monte humilde de manera,  
Que siempre el pié mas firme era el mas bajo:  
Llegó á la verde cumbre, y por de fuera  
Del pendiente peñasco vió en un gajo  
Escrito: «Esta es la cueva de Jorguines,  
Hada del sueño, fuentes y jardines.»

Miró en el fondo de la clara fuente,  
Y vió nadar por ella peces de oro,  
Y del mismo metal resplandeciente  
La arena y guijas: admiróse el moro,  
Y escondiendo la mano en la corriente,  
Asió y probó á sacar de su tesoro,  
Lucientes piedras, que eran acá fuera  
Pardas guijas, y arena verdadera.

Con su oculta virtud el agua hacia  
En sus cristales tan vistosos lejos,  
Que oro, aljofar menudo y pedrería  
Su arena y peces parecían de lejos:  
Limpia, serena, transparente y fria,  
Al gusto dulce, y de sabrosos deijos,  
Templó el calor el moro con su yelo,  
Y recostóse en el florido suelo.

Ya en esto el carro de la luz volcando  
El oro y rosicler del horizonte,  
Sus argentadas crustulas bañando  
De ambar bajaba á la raíz del monte:  
Las blancas playas del Japon buscando,  
Que en las de España aguardan se trasmonte,  
Para hacer del barniz de aquella esfera  
El nacar de su aurora y luz primera,

Saliendo al cielo obscuro trechó á trecho  
Bellas centellas, Ferraguto hizo  
Del prado alfombra, y de las flores lecho,  
Perdido entre las yerbas y el carrizo;  
Donde contando al estrellado techo  
Los diamantes del carro movedido,  
Las penas, los cuidados, y á su dueño  
Sin sentir se llevó un sabroso sueño.

Y luego que el silencio á los sentidos  
En dulce olvido puso sepultados,  
Y á la interior potencia reducidos  
En otro nuevo mundo embelesados;

Entre jazmines y árboles floridos,  
Sobre un soberbio risco fabricados,  
Tres palacios vió ó soñó que via,  
Labrados del pincel que asombra al dia.

Los muros de alabastro, y las molduras  
En negro y fino pórvido cortadas,  
De enlazados follajes y figuras  
En ventanaje y bóvedas sembradas:  
Cien torres de cristal, cuyas alturas,  
Con chapiteles de oro coronadas,  
Las nubes buscan, y al subir sobre ellas  
Vencen en luz, y asombran las estrellas.

Eran las puertas de ébano bruñido,  
Que un embutido de marfil esmaltó,  
Las bisagras de acero, y de fornido  
Bronce el engace y nudo que las ata:  
Con sierpes de oro el firme umbral ceñido,  
Aldabones en máscaras de plata,  
Lumbreras, claraboyas y balcones,  
Con rejas de mezcladas invenciones.

En nueve hermosos patios repartido  
De la soberbia casa el rico asiento,  
De altas columnas dóricas ceñido  
De fino jaspe en cada patio ciento:  
De forma ovada en perfeccion cubido  
El cuerpo y alquitrabes por el viento,  
En cuatro partes que al crecer descrecen,  
Y entre las nubes vuelan y fenecen.

Las puertas adornadas de festones  
De istriadas columnas, y de lazos,  
Frisos, triglifos, ménsulas, cartones,  
Acrotérias, metopas y cimazos;  
De oro y estuco pinas y artesones,  
Frontispicios y bellos lagrimazos,  
Y en las bóvedas y altos lacunarios  
Varios florones, y motivos varios.

De follajes vestidas y colores  
Las antorchadas cimbrias y arquitrabes,  
Las altas salas, y anchos corredores,  
De historias llenas y sucesos graves,  
Ferozes guerras, bárbaros amores,  
Al hecho fieros, y al pincel suaves;  
De alabastro los muros, y sobre ellos  
De rica estofa mil tapices bellos.

Resplandeciendo con bajillas de oro  
Las ricas mesas de precioso alerce,  
A quien el grave peso del tesoro  
Por mayor magestad agovia y tuerce;  
Resonando en los techos un sonoro  
Ruido, que parece que se esfuerce,  
De rato en rato, y que á su sueño breve  
El gusto roba el de un amigo alevé.

El moro que aun dormido se congoja  
Por ver quien el ruido y golpes causa,  
Y entrando en una sala se le antoja,  
Que una voz tierna en resonante pausa  
Dulce favor le pide, y que al que enoja  
De su deleite á la amorosa causa  
La vida quita, y con rabioso ceño  
Tras los gustos prosigue de su dueño.

Entró á una cuadra, y vió en un rico estrado,  
Sobre alcatifas de oro y pedrería,  
La beldad misma que antes desvelado  
Amor le dibujó en la fantasía:

Un rostro de la luz del sol cortado,  
Y en un dosel que su sitial cubría,  
Con letras de esmeraldas y topacios,  
«Esta es Galiana, y estos sus palacios.»

Dejó del rico adorno la grandeza  
De nuevo ardiendo su ánimo brioso,  
Que amor en sueños crece la belleza,  
Y el mas frio corazon vuelve amoroso;  
Y á veces pinta con mayor destreza  
Entre el mudo silencio y el reposo,  
La beldad en el alma, que sería



No tan bella quizá vista de día.

Estando entre el deleite y los deseos  
De la nueva ambicion de sus antojos,  
Dando el rendido pecho por trofeos  
Del halagüeño trato de sus ojos:  
La cuadra llena de unos bultos feos,  
Llevarle pareció en ricos despojos  
La gloria que gozaba, y que queria  
Defenderla del riesgo, y no podia.

Parécele que llevan la hermosura  
Que en su pecho el amor pintó robada,  
Y que á él no es posible aunque procura  
Con brio en su favor sacar la espada:  
Y al congojoso ardor desta apretura,  
El alma sin aliento alborotada  
Furiosa rompió el sueño, y de repente  
Al margen se halló de la ancha frente.

Y como absorto en las figuras vanas  
Que en vuelo huyen por la eburnea puerta,  
Aun gozando sus luces soberanas  
La vista ni dormida ni despierta:  
En el bosque sintió quejas humanas,  
Y de un triste gemido la voz muerta,  
Y en duda si es el doloroso acento  
La verdad del soñado pensamiento.

Furioso deja la sonora fuente,  
Y en abrigado escudo y firme espada  
Al ciego bosque entró, por donde siente

Rastro de la afligida voz cansada...

Despues diré el suceso, que un prudente  
Rey, el alma de penas rodeada,  
Siento para contarlas que me llama,  
El á mi, yo á mi pluma, ella á la fama.

El bravo Alfonso el Casto, rey gallego,  
Católico en la fe, en las armas fuerte,  
Sabio en la paz, cuidadoso en el sosiego,  
Y en las guerras intrépido á la muerte;  
Viendo abrasarse en belicoso fuego  
La invieta España, con prudencia advierte,  
En un largo discurso entretenido,  
Los males que han de la ambicion nacido.

Con Toledo está Córdoba alterada,  
Valencia contra Córdoba y Toledo,  
Pamplona contra Huesca, y con Granada  
Murcia y Guadix, Segovia con Olmedo:  
Mérida en armas, Badajoz alzada,  
Lisboa desierta, Portugal con miedo,  
Lugo sobre el rio Miño hecho un pantano  
Con la reciente sangre de un tirano.

No se habia descuidado el rey brioso  
Del áspero castigo merecido  
Del traidor Mahamud, que en poderoso  
Ejército, y valor nunca vencido,  
Sobre el rio de Galicia caudaloso  
Lo fue á buscar, halló y dejó vencido,  
Pasándole en su campo y su castillo

Cien mil aleves cuellos á cuchillo.

Murió peleando el moro caviloso,  
A quien cortó Adelgastro la cabeza,  
Adelgastro un feliz brazo brioso,  
Del rey Fabila hijo, y su braveza:  
El que en Obona, sitio peñascoso,  
De un real convento alzó la alta grandeza,  
Y en el costoso cerco de Girona  
Dos jayanes mató por supersona.

Este la fiel cabeza desangrada,  
Que en Mérida lo fué, sacó en la mano,  
Con que dichosamente rematada  
La guerra y victorioso el rey cristiano,  
A Leon volvió, dejando reformada  
La tierra y supo allí que el francés Mano,  
Con soberbia ambición, y alma imprudente,  
Contra las suyas levantaba gente.

Pudiera el rey Leonés entrarse á vueltas  
De las civiles guerras de los moros,  
Y á costa de sus bárbaras revueltas  
Ciudades adquirir, ganar tesoros,  
Si las doradas lises contra él vueltas  
No le fueran estorbo, y los sonoros

Clarines del ejército que marcha,  
A su encendido fuego helada escarcha.

Mas viéndose impedido, y obligado  
A la defensa y guarda de su tierra,  
El victorioso campo, que ha sobrado  
De Mahamud en la sangrienta guerra  
Que marche manda, y suba reforzado  
Por Avilés, Fontible, y la alta sierra  
De Espinosa y Pomar, sin que en tal caso  
Ebro le tuerza y le detenga el paso.

Y entre Santa Gadea, y la Vitoria,  
A Pamplona se acerquen por Tafalla,  
Y allí hasta ser de Francia mas notoria  
La venida hagan muestra de esperalla:  
Y á la rica ciudad, que por memoria  
Pompeyo puso almenas y muralla,  
Trabajen de abrasar, que es de importancia  
Que no esté á devoción del rey de Francia.

A á don Fortun Garcés, rey de Navarra,  
Favor se pida, y paso afortunado,  
Cuyo denuesto y corva cimutarra  
Vencer sabe al francés en campo armado:  
Y el Breton por temor de su bizarra



Gente le da tributo acostumbrado,  
Comprando á sus robustos Roncaleses  
La paz de un año en tres grasientas reses.

Alrey Marsilio, ya que no le pida  
Por su reputacion favor España,

Como la que en la guerra mas temida  
Jamás la quiso de otra gente estraña  
La paz á peso de oro concedida  
A Aragon por Galicia, y la montaña,  
Se confirme de nuevo, y harto digo,

Que España otorgue paz á su enemigo.

Así el rey Casto en su sitial sentado  
Entre sus ricos hombres discurría,  
En el gobierno y trazas desvelado  
De lo que al reino y su salud cumplía:  
Cuando para hablar en el senado  
Licencia pidió un jóven, que traía  
Del muro de Sansueña, y de su gente,  
Grave embajada para el rey prudente.

Fueron de aquellos siglos fama honrosa  
Los torreados muros de Sansueña,  
Ciudad insigne, en gente populosa,  
Lo que hoy es de Pamplona aldea pequeña:  
El tiempo con su fuerza poderosa  
Sus grandezas volvió una ineulta breña,  
Haciendo que esta suba, y la otra rueda,  
Que esto y mas que esto con sus vueltas puede.

Dícese que el famoso Ballugante,  
Del primer Viarabí segundo hermano,  
Con franceses despojos de triunfante  
Gente fundó el gran pueblo de su mano:  
En muros y edificios elegante,  
En sitio fuerte, en mármoles galano,  
Famosa corte un tiempo, y del vecino  
Pueblo competidores de continuo.

Fué cárcel de la bella Melisenda  
En prision noble su almenado muro,  
Donde Gaiferos por ineulta senda  
Con las armas de Orlando entró seguro  
A librar su cautiva amada prenda,  
Como la suya Orfeo al reino obscuro:  
Mas si este la perdió por imprudente,  
La suya dió al francés el ser valiente.

Ganó el Casto Alfonso al rey Tidor,  
Y á su reino la puso por frontera,  
De armas ceñida contra el pueblo moro,  
Que en sangrientos rebatos persevera:  
Tenian sus torres chapiteles de oro,  
Y el firme muro, que de jaspes era,  
Por mas emulacion contra Pamplona  
De almenado alabastro la corona.

De cien torres altísimas cargado  
Da su alcázar real espanto al rio,  
A quien un soto de álamos cercado  
De bosque sirve, y de jardín sombrío:  
Aquí Bastan, Alcaide celebrado  
Un tiempo de Zamora, con su brio  
Sus fronteras enfrena, y aquel día  
Su mensajero al Casto Alfonso envia.

Diósele grata audiencia, entró, y besando  
La mano al rey, y habiendo conseguido  
De hablar licencia el generoso Ovando;  
Uno entre mil valientes escogido  
Para este grave caso, levantando  
La voz, dijo: «señor esclarecido,  
Sansueña, y su virey, de tu alegría  
Con mi persona el parabien te envia.

Goees felices años la victoria  
Que á Miño espanto dió, y la nueva guerra  
A tus piés reales traya en triunfo y gloria  
Cuanta honra el mundo en su ambicion encierra;  
Y en trofeos dignos de inmortal memoria  
La tuya asombre con su voz la tierra,  
Y por ley de tu mano y estatuto  
Párias te den sus reyes y tributo.

Celebrando en real pompa la grandeza  
De tu victoria, célebre jornada  
Da á Sansueña Bastan, noble cabeza,  
De juventud florida coronada:  
Entre alegres boloridos la braveza  
De Zumaíl la vió sobresaltada,  
Que á echar por tierra su almenada cerca  
Con cien mil combatientes se le acerca.

Por socorrer á Mahamud en Lugo  
De Nájera este ejército salia,

Que para echar de sí el infame yugo  
De Córdoba y Hesen juntado habia  
Y el hado que ya fue cruel verdugo  
En la muerte infeliz de Harpalia  
Hijo de Zumaíl, le trajo un moro  
A su corte, llamado Cardiloro,

Hijo del rey, que en Ayamonte tiene  
Cetro sobre el tendido Guadiana,  
Y nieto del que digo, á quien conviene  
El reino por su madre Bahamana;  
Pues este moro que á heredarle viene,  
De ambicion lleno y de arragancia vana,  
Hecho dueño del campo, su real seña  
Y el camino volvió para Sansueña.

Llegó dentro en Nájera el aviso  
De tu ilustre famoso vencimiento,  
Con que de rabia hundir el mundo quiso  
En cruel venganza y bárbaro escarmiento,  
Y culpando á su pecho de remiso  
La jornada mudó, y trocó el intento;  
Dejó la Rioja, y por camino llano  
A Ebro el curso hurtó á la diestra mano.

No huye de sus aguas perezosas,  
Que en Sansueña ha jurado de bebellas  
De Arga, y que á sus murallas espaciosas  
Hombre no ha de dejar ni almena en ellas;  
Y no son todas befás jactancias,  
Que la cruel experiencia vuela entre ellas,  
Y el bárbaro feroz por donde pasa  
Todo en cruel fuego y en rigor lo abrasa.

Trae voz de far seguro y libre paso  
Al francés, que ya marcha por su tierra,  
Y á pesar nuestro con sus armas raso  
El fragoso camino de la sierra:  
Este es, señor, de mi venida el caso,  
Y aviso que te traigo desta guerra,  
Deste nuevo enemigo á tu corona,  
Unido á la de Francia, y de Pamplona.

Por Viana á Sansueña va derecho,  
Con grande orgullo, y con mayor pujanza,  
Y puesta tu ciudad en este estrecho,  
Solo en tu real valor halla esperanza;  
Que aunque de Viriato el fuerte pecho  
Volviese al mundo á gobernar su lanza,  
En el presente riesgo sin tu amparo  
Nuestro sabio temor haria mas claro.»

Dijo, y envuelta el rey en mil cuidados  
La casta alma y prudente fantasía,  
Los unos de los otros atajados,  
Ni en este asiento, ni en aquel se fia:  
No halla cuales son los acertados,  
Cuales seguir ó desear debria,  
Que al discurrir de su alto pensamiento  
Todo se altera y mueve en un momento.

Como tal vez con rayos tembladores,  
En nocturna quietud luna argentada,  
De un jardin bello hiere entre las flores  
Remansos sin color de agua espejada,  
Reverberan los vivos resplandores  
En la cercana bóveda dorada,  
Y bullen sus vislumbres sin provecho  
Los varios lazos del dorado techo.

#### ALEGORIA.

Garilo que huyendo de unos amigos en otros con ninguno se asegura, significa la inquietud que trae el vicio, y quien le sigue, y como una mala conciencia á sí misma se lleva, donde quiera que va, por azote de su culpa.

En Argina librada por Ferraguto, en la historia y sucesos de su vida, lo mucho que importa tratar con buenos, pues no se interesa menos que serlo por su intercesion.

Ferraguto, enamorado por relacion de la hermosa



de Galiana, muestra que un hombre distraído, con cualquier causa, por liviana que sea, se ocasiona á sus sensualesidades.

En las parcialidades y guerras civiles de los reyes moros de España, se descubre el gran daño que viene á un reino de tener muchas cabezas, y lo que la ambición sabe sembrar de disensiones, cuando halla dispuestos para ello los ánimos de los príncipes.

## LIBRO SESTO.

ARGUMENTO. Cuenta Garilo una fábula á Orlando, y á los suyos, á fin de divertirlos, preguntándoles cual sea el don mayor de la fortuna. Descubre Bernardo desde el navio persiano una fresquita, donde lleva á Orimandro para curarle; halla en ella á Gundemaro, un noble español, que despues de curar al rey sus heridas hace á Bernardo una agradable relacion de sus infortunios.

Así el prudente Alfonso la inquieta  
Fantasia baraja en varios modos,  
Y al peso del gobierno con discreta  
Prevencion los tantea y mide todos:  
Dan y toman el caso en su secreta  
Consulta el rey y sus valientes Godos,  
Buscando á tantos golpes de fortuna  
Salida honrada si ha quedado alguna.

Así, señor, en vuestro real consejo,  
Presidiendo á sus graves senadores,  
De sabia magestad sois limpio espejo,  
Y al mundo repartis honra y favores:  
Homero en letras, Néstor en consejo,  
Freno al mayor, amparo á los menores;  
Y así tambien os miro, y considero,  
Armado de prudencia en vez de acero.

Allí, despues de varias opiniones,  
Del consejo de guerra fue acordado,  
Que á toda diligencia las legiones  
Del victorioso campo reforzado,  
Con don Tibalte rompan los mojones  
Del navarro distrito, y alojado  
Sobre Sansueña pare, y entre tanto  
Su córte pase á Burgos el rey santo.

Así en su sala real, de sabios llena,  
El santo rey en cetro y silla de oro  
Los graves casos de la guerra ordena,  
Y al frances pone espanto, y miedo al moro:  
Cuando en las sierras de Narbona suena  
Del astuto Garilo el falaz lloro,  
Con que engañado á quien le escucha lleva  
Al ciego enredo de su historia nueva.

Era Garilo de ánimo doblado,  
En sutiles astucias atrevido,  
Vario, cauto, mudable, recatado,  
De enjuto rostro, y corazon fingido,  
De color verdinegro retostado,  
De erizado cabello, retorcido,  
Los alterados ojos, aunque vivos,  
Atraidorados al mirar, y esquivos.

De Mauregato el rey bastardo hijo  
En Girona nació de una aldeana,  
En traicion siempre el pensamiento fijo,  
Resabios de la leche catalana;  
O el triste agüero que el furor predijo  
De la paterna sangre mauritana,  
Que ahora en pomposo estilo, y voz valiente,  
Así engañando va la franca gente.

«Segun de mis mayores he aprendido  
Aquella sangre real hierve en mi seno,  
Que al triforme Gerion de cuello erguido  
Doblado yugo puso, y firme freno;  
Y aunque en humildes paños encogido  
De reyes el linaje tengo lleno,  
Que es el mayor valor que á una persona  
Las obras le quilata y perficiona.

Del caudaloso Tarno en la ribera  
Un aldea humilde goza su frescura,  
Adonde en busca de la luz primera  
Dejó el antiguo seno en noche obscura:  
Aquí tambien nació, que no debiera,  
Por principio á mi ciega desventura,  
La aldeana mas bella, y mas lozana,  
Que jamás se vistió ropa aldeana.

Si en humano retrato su belleza  
Posible fuera ó lieito sacalla,  
De rosas coronada la cabeza  
Gloria de la beldad fuera el miralla:  
Mas sube á tal quilate esa fineza,  
Que á querer la arrogancia dibujalla,  
A lo menos perfecto no llegara,  
Aunque el pincel de la afición pintara.

Nacimos juntos y aligal nacia  
Amor en nuestros tiernos corazones,  
Que al blando trato y la igualdad crecia  
De agradables placeres y pasiones:  
Penas tambien entre el contento habia,  
Que el amor donde faltan sinrazones  
El tierno gusto con su dulce estraga,  
Y aquello que apecece le empalaga.

Son lo fino de amor los sinsabores  
De un no sé qué de cierta niñería,  
Y las mezcladas penas con favores  
El dulce riego que lo aumenta y cria:  
Ni en el campo el verano es todo flores,  
Ni en amor todo gusto y alegría,  
Antes mezclados gustos y disgustos,  
Del suyo son los verdaderos gustos.

Entre esta variedad de sentimientos,  
Ya temiendo, ya huyendo, ya esperando,  
Grandes cosas pasé, en que mis contentos  
Creciendo á veces fuéron y menguando:  
Amor á mis felices pensamientos,  
Ahorá contradiciendo, ora ayudando,  
Si la fortuna en algo me terciara,  
Su triunfo estaba y mi victoria clara.

Mas fue á mi blanda fe tan rigurosa,  
Y á mis tiernos propósitos tan fuerte,  
Que cuando la hallé mas amorosa,  
Jamás sin un azar me salió suerte:  
Y á quien con vista mira desdeñosa  
El tesoro en carbones le convierte,  
Que cuantas glorias su inconstancia vende,  
Son si falta sazón bienes del duende.

Ya la ocasion, ya el tiempo me faltaba,  
Ya el un estorbo al otro sucedia,  
Ya el padre, ya el hermano me ocupaba,  
Ya la luz, ya la noche me ofendia:  
O no tenia cuidado, ó me sobraba,  
O ya me desvelaba, ó me dormia,  
Que donde no hay ventura todo es muerte,  
Por bien que acuda al paladar la suerte.

Eran mis inconstancias de manera  
Que nada me acertaba á dar concierto,  
Ni ser en el amor de blanda cera,  
Ni al frio desden mostrar el pecho abierto:  
Que el sabor y regalo que pudiera  
Resucitar sin fe un amante muerto,  
En mí era enfados de tibieza seca,  
Que una desgracia hasta los gustos trueca.

Y como el fino amor no es otra cosa  
Que un reloj de artificio concertado,  
Ó de pulso sutil y mano airosa  
Un instrumento músico templado,  
Que de su consonancia numerosa  
Lo fino está en un punto delicado,  
Cuya armonia mientras mas perfeta  
Con mayor disonancia se inquieta.

Así cualquiera humilde niñería  
Con tal facilidad nos alteraba,  
Que á un blando soplo de aire parecia



Que el mundo con borrascas se anegaba :  
Andábamos sin luz en medio el día,  
Ciegos tras el que ciego nos guiaba,  
Gozando entre temores indiscretos  
De un inconstante amor varios efectos .

Del viejo Tarno en la ribera amena  
Con cierta salva antigua está guardada  
Una rústica cueva, en que se suena  
Tener la primer agua su morada :  
De verde orin y antiguas lamas llena  
Vi una pendiente pena socavada,  
A donde en fértil urna cristalina  
El claro y fugitivo Dios se inclina .

De selva antigua y húmeda alameda,  
En confusa espesura rodeada,  
En rama y hoja el bosque así se enreda,  
Que el sol no halla á su fresca entrada ,  
Donde vestido de amorosa seda,  
De ovas la verde frente coronada,  
De las ninfas en medio el casto coro  
El río enjuga sus cabellos de oro .

Yo aquí en la regalada compañía  
De mi amorosa Gila entretenido,  
De los bienes gocé en que amor tejía  
Los graves males donde me ha traído:  
Y aquí la noche de un siguiente día  
Venir los dos dejamos con olvido,  
Para de mil fatigas y dolores  
Coger el fruto y flor entre las flores .

Fue concierto sin orden desastrado  
De amor y mocedad hecha de antojos,  
Tiempo mas largo, día mas pesado,  
Ni el mundo tuvo, ni le abrió en mis ojos:  
Ni de Faeton corrió mas abrasado  
El cielo lleno de carbuncos rojos,  
Que tú, Apolo, tuviste el alma mia  
El largo curso de aquel corto día .

Ni del nuevo laurel aborrecida  
Con tantas veras fue tu hermosura,  
Ni de Tisbe y de Píramo tenida  
Tu luz y tu beldad por mas oscura,  
Ni de nadie tu ausencia pretendida  
Con tanto gusto fue y con tal locura,  
Ni á nadie con negar tus rayos diste  
Noche mas ciega, confusion mas triste .

Tuvo mi Gila á Silvio por hermano,  
Y yo á Tarciso por mi caro amigo,  
Tarciso, que por fácil y liviano  
Le era entonces contrario y enemigo:  
Y de mi amor y mi concierto vano  
Solo este por mi gusto fue testigo,  
Para traerme la fortuna al puesto  
De la última miseria en que me ha puesto .

Aquella noche junto á la posada  
Donde el tesoro de mi bien vivía,  
Al tiempo de la seña concertada  
El tiel Tarciso por me hablar venía:  
Cuando de su enemigo en la celada  
Cayó, que armado por su mal le había,  
Y con ir descuidado obró de suerte,  
Que el oculto agresor le dió la muerte .

El desagrado Silvio en tierra muerto  
A la sazón cayó que yo llegaba  
Al desdichado fin de mi concierto,  
Y la justicia al nadador buscaba:  
Como pasar me vieron encubierto,  
Y que sin ocasion me recataba  
Con la sospecha de antes concebida  
En los livianos pasos de mi vida ,

A la cárcel de allí, y de allí á la muerte  
Sin mas culpa y razon fui condenado,  
Feliz engaño, venturosa suerte  
Si el verdugo la hubiera ejecutado:  
Mas la oculta verdad, diamante fuerte,  
Que es encubierto sol entre nublado,

Cuando en mi bien pensé que anocheecía,  
Dió con su nueva luz principio al día .

Tarciso de piadoso amor movido,  
Intrépido al rigor de la sentencia,  
A la cárcel se fué, y allí rendido  
Su culpa descubrió por mi inocencia:  
¡Oh hazaña leal de pecho no fingido  
Digna de mas que humana reverencia,  
Modelo de amistad, no de la tierra,  
Donde tan poca fe y lealtad se encierra!

Yo sin culpa quedé, y el condenado,  
Y por mi libertad puesto en tormento  
El viejo Alfeo, padre regalado  
Del dueño de mi honesto pensamiento:  
El libre vulgo, y su rigor notado,  
Y el honor de su hija por el viento,  
Juntarnos pretendió, y con solo un nudo  
Atar todas las lenguas, y no pudo .

Yo que tan adelante mi ventura  
Vi, cuando el tierno amor no me obligara,  
De Gila la nobleza y la hermosura  
Por grillos y cadenas me bastara :  
Tuve ya mi bonanza por segura,  
Mi buena suerte por notoria y clara,  
Mas ni en fortuna sale bien sin cuenta,  
Ni en el amor bonanza sin tormenta .

Por mi Tarciso á muerte condenado,  
Yo por su causa en gloria tan cumplida,  
Fuera de ingrata villanía notado  
No rescatar su muerte con mi vida :  
De la cárcel resuelto y arrojado  
Franquearle quise y pudé la salida,  
Al fin libre salió por traza mia,  
Y yo de todo el bien que antes tenía .

Alfeo desde allí por sospechoso  
En la muerte me tuvo de su hijo,  
Y en Gila el dulce título de esposo  
En un punto se dijo, y se desdijo :  
Acabóse en esto el ser dichoso,  
Sucedió nuevo llanto al regocijo,  
Y en las alegres bodas por lo dicho  
Silencio se nos puso, y entredicho .

Entre males y bienes navegando  
Algunos dias fui de esta manera,  
Mi Gila y la fortuna variando  
Ya á mis quejas, de mármol, ya de cera :  
Hasta que de una vez fue derribando  
La máscara falaz y lisonjera,  
Poniéndome por fin de su mudanza  
Donde ni llega el bien ni su esperanza .

Contra Tarciso el agraviado Alfeo  
Modos para vengarse procuraba,  
Si faltaba la edad á su deseo,  
La ira y el coraje no faltaba :  
Ved de fortuna el áspero rodeo  
Por donde el de mis cosas gobernaba ,  
Cierta dama á mi amigo entretenía,  
Que Gila sospechaba que era mia .

Y en aquel tiempo que la noche obscura  
A los delitos da paso seguro,  
De su amor á gozar la hermosura  
Tarciso entraba por un roto muro :  
Adonde algunas yó en sazón segura  
Acudí á verle entre el silencio obscuro,  
Y Alíco tras su venganza las mas dellas  
Contaba al cielo todas sus estrellas .

Era un anciano labrador sin gusto,  
Temeroso, pertinaz, cauto y callado,  
De hombros metido, y de ánimo robusto,  
De espesa barba, y pelo ensortijado :  
Cejas y labios gruesos, rostro adusto,  
De juicio malicioso, y portiado,  
Estrechas sienes, y discurso duro,  
Y en nunca perdonar villano puro .

Pues como entre otras noches la postrera

A Tarciso acechase su enemigo,  
Y yo al salir, en ronco acento, amenera  
El traidor, » dijo, y ciego entré conmigo :  
Sin sospechar ni conocer quien era,  
El justísimo cielo me es testigo,  
Que antes de tener culpa, el pecho abierto,  
Ante mis piés cayó de un golpe muerto.

Al caer conocí mi desventura,  
Y el contrario rigor del duro hado,  
Sálveme á vueltas de la noche oscura  
Del ciego pueblo contra mí alterado :  
Ni disculpa bastó ni fue segura  
Al corazón de Gila alborotado,  
Mas de rabiosos celos desahogada,  
Que de ver á su padre sin la vida.

Convino por huir la infame muerte  
De dulce vida hacer amarga ausencia :  
¡Ingrata Gila! pues por complacerte  
Todo mi bien dejé ante tu presencia :  
Si para despedirme, y para verte  
Me volviste, cruel, á dar licencia,  
¿Por qué no me la diste?... mas si dieras  
Para quedar, señora, si pudieras.

Pues siendo ya forzosa mi partida  
La palabra me diste, que bastaba  
Para anudar la trabajosa vida,  
Que incierta en mí y dudosa se mostraba :  
La triste hora llegó á la despedida,  
Y que no vuelva, dijo, me mandaba,  
Sin le llevar el don mas soberano  
Que la fortuna ofrece de su mano.

Y aunque grandes regiones he corrido,  
Rastro de lo que busco no he hallado,  
Ni quien á mi pregunta dé sentido,  
Ni el punto alcance á ver de mi cuidado :  
Lo que dar no se puede me há pedido,  
Porque en buscarlo muera desterrado,  
Que no puede tener otra salida  
Demanda al parecer tan no entendida.

De una desgracia en otra, y de una en una  
Hasta morir por todas discurriendo,  
Pidiendo sin juicio á la fortuna  
Lo que ni ella entiende, ni yo entiendo :  
Ella no da felicidad alguna,  
Y yo felicidad suya pretendo,  
Y buscar bien perfecto de su mano,  
Es pedir sangre noble al que es villano.

Nuevo camino por el mundo abierto  
En nuevas gentes tengo; que he cursado  
Las escuelas de Atenas, y el desierto,  
Egipto de hombres sabios habitado,  
Sin á mi enigma hallar sentido cierto :  
Y á no haber sus oráculos callado,  
A la parlera Grecia fuera á solo  
Consultarle sus tripodes á Apolo.

Ya al rastro incierto deste fin sin guía  
De la misma fortuna el rigor grave,  
Sobre el estrecho mar de Africa un día  
Al sordo viento destorcí la llave :  
Cuyo soplo mostró que su porfía  
Haciendo iba la mia mas suave,  
Pues al cruzar por un mordaz bajío  
A mí solo salvó, y rompió el navío :

Donde de hambre y sed me consumiera  
Si con sola una muerte se vengara,  
Y para darme mil no previniera  
De un corsario sin ley la fusta avara :  
Que no así presto en su voraz galera  
De un reino me dió el cómitre la vara,  
Cuando de mí tasado bien airada  
Con cien muertes quedó desagriada.

Quizá le enfada que ande por el mundo  
Los puntos quilatando de sus bienes;  
Cuál el primer lugar, cuál el segundo  
En sus favores goce y sus desdenes;

Pues ni en la tierra ni en el mar profundo  
Treguas conmigo quiere ni rehenes,  
Enviándome en la suerte mas contenta  
Riesgo en la tierra y en la mar tormento.

Abre sus velas el corsario al viento,  
La playa de menudas olas llena,  
Acentos de placer y de contento  
Es cuanto en las cercanas playas sueña :  
Mas la inconstante, cuyo fundamento  
Fabricado en las ondas es de arena,  
No tardó en tomar cuenta á esta alegría  
Mas que en venir la noche, y irse el día.

Vimos del sol la lámpara encendida  
En el agua salada amortiguarse,  
Y la noche también de agua nacida  
Entre negros celages levantarse,  
La mar alborotada y desahogada  
Con huecos tumbos de olas encrespase,  
Viniedo siempre de Eolo en aumento  
El frío soplo y destemplado aliento.

Al fin, cuando apuntaba en el Oriente  
El nuevo día de color de grana,  
Sembrada en el salado mar la gente  
El sol la vió de su primer ventana :  
Y de una roca el vergantín pendiente  
La blanca costa con la espuma cana  
Amenazando está, y allí fortuna  
Sus victorias contando de una en una.

De la cercana playa en el arena,  
Cual de antigua ballena vomitados,  
Entre temor, entre alegría y pena,  
Algunos nos hallamos arrojados :  
Y la ribera de despojos llena,  
Volvimos á robar bienes robados,  
Que á los pobres y ricos de contento  
El estado trocó al trocarse el viento.

El corsario murió, y los mas preciados  
De su alevé y constante compañía,  
Y de la chusma cual y cual llevados  
Del gusto fueron tras su incierta guía :  
Conmigo solos dos pechos honrados,  
Que á un remo una cadena nos ceñía,  
Se avivieron, y este alto dromedario  
De lo mejor cargamos del corsario.

Y aquellos seis alevés salteadores  
Hoy á mis compañeros dieron muerte,  
Y estos son que he contado los favores  
Mas ricos y granados de mi suerte :  
Visto habeis de mí mal los borradores,  
Ved si alguno en vosotros hay que acierte  
Para mi bien el don mas soberano  
Que la fortuna ofrece de su mano.

De tres años fue el plazo señalado  
Para en su rastro desolver el mundo,  
Y de los dos el uno es ya pasado,  
Y mas de las tres partes del segundo.  
» Dijo; y cual si quedara enajenado  
De un grave pasmo y éxtasis profundo  
Hizo cierto ademan, que aunque língido,  
Dejó al de mas dureza enternecido.

Su traza, y la elocuencia de su cuento  
De todos con blandura exagerada,  
Cada cual desvelaba el pensamiento  
En la pregunta rústica intrincada :  
¿Qué bien tengo fortuna de momento?  
¿Qué gloria que no sea barnizada?  
¿Qué soberano don Gila entendiese  
Que el vario monstruo de importancia diese?

«Las riquezas serán, dijo un grosero,  
Que es el don mas perfecto y deseado,  
Que á quien vive en el mundo sin diuero  
El mas supremo bien es bien soñado :  
Al rico el mas mordaz es lisonjero,  
Y el pobre mas dichoso desdichado,  
Sino mostradme un rico con disgusto,

O algun pobre que en serlo halle gusto».

No pasó el catalan por ese engaño,  
Que mil ricos halló sin alegría,  
No se corta el contento de ese paño,  
Ni solo el oro los placeres eria:  
Midas nos servirá de desengaño,  
Que un mundo en rubias masas convertia,  
Y de hambre se acabara si los vanos  
Tesoros no llevara de las manos.

Cuanto mas què el deseo de riqueza  
Al compas que ella crece va creciendo,  
Y el ver tan inconstante su firmeza  
El alma va y el gusto careciendo:  
La ayuna amarillez de la pobreza  
Se está cuanto mas lejos mas temiendo,  
Que al fin son bienes muertos, y no hay duda  
Que los gobierne un monstruo que se muda.

Ricardo dijo, «en bienes de fortuna  
En toda estimacion el mas cumplido,  
Que acompañando sale de la cuna  
Un hombre hasta las ondas del olvido,  
Sin que le borre adversidad alguna,  
Es sangre ilustre, y parto bien nacido,  
Don aunque de fortuna tan cuadrado,  
Que quitar no le puede una vez dado.»

Alguno dió con la opinion presente  
La duda por resuelta y acabada,  
Mas visto el caso con madura frente  
Felicidad salió poco fundada:  
Mil reyes al nacer vió el sol de Oriente,  
Que al ponerse vió en muerte desastrada,  
Y otros volar al cuerno de la luna  
De oscuros paños, y de humilde cuna.

Silverio activo en ambicion fundado  
«El don, dijo, que Gila te ha pedido,  
Del sacro imperio es el mandar hinchado,  
Del ánimo mortal tan pretendido:  
Si violar el derecho está vedado,  
Por causa de imperar se ha permitido,  
No hay carga tan pesada y mal tan grave,  
Que no se vuelva con mandar suave.

Y bien que en estos reinos de fortuna  
No se puede alcanzar bien sin mudanza,  
No hay en todo el creciente de la luna  
Un punto, ó dure ó no, de mas prianza:  
Si á la enigma desdice en cosa alguna,  
Es no haber tal don en tu esperanza,  
Ni en Gila, si ya no es que esa suerte  
De sí te echase para nunca verte.»

Garilo respondió, «cuanto se encierra  
Del dulce mando en el pesado oficio,  
Es en traje de paz sabrosa guerra,  
Y con voz de virtud honrado vicio:  
Que á los que hace dioses de la tierra  
Su quietud les ofrece en sacrificio,  
Y no es mas la grandeza del imperio  
Que honrosa sujecion y cautiverio.

Y á lo que dices que en mi corto pecho  
Pensamiento no cabe y don tan grave,  
Quiero que sepas que en lo mas estrecho  
Este ancho mundo y otro mundo cabe:  
Y no es esta ambicion de mas provecho  
De lo que la fortuna ordena y sabe,  
Pues con trocar ó destrocar la mano  
Cabe mas que eso en el valor humano.»

De la aguda respuesta en lo arrogante  
Mostró el sabio español su ánimo activo,  
Que no hay en su nacion pecho importante  
Que un pensamiento igual no tenga vivo:  
El mas humilde en sangre, el mas distante  
De su humildad tal vez en rostro esquivo  
Desprecia, y á pesar del parto inmundo  
Hijo se hace del sol, que es sin segundo.

Esta manera en pláticas sabrosas  
Dulces porfias levantan y cuestiones.

Los unos de unas, y otros de otras cosas,  
Sus discursos fundando y sus razones;  
Hasta poner las penas amorosas,  
Fortuna, entre la cuenta de tus dones,  
Como si á amor ser ciego no bastara,  
Sin que un ciego furor le gobernara.

Quien á tal opinion dió fundamento,  
No es posible que fuese enamorado,  
O si lo fue, lo fue de cumplimiento,  
Por algun caso de interés forzado;  
Pues el fruto de un claro entendimiento,  
Y la eleccion de un gusto regalado,  
Hizo de la fortuna don escaso,  
Que no da bien ni mal sino es acaso.

Orlando, ya despues que en largos cursos  
Sobre el don altercaron de Garilo,  
Conformándose que eran los recursos  
De su viaje buscar la fuente al Nilo,  
Cuando salian ya á nuevos discursos,  
El al presente así le anuló el hilo:  
«Todos han dicho, dijo, y yo podria,  
Si entre tanta opinion cabe la mia.

Y tú, villano, si á los varios casos  
Que en sumario discurso has referido,  
Y de tu vida á los mudables pasos  
Con atencion hubieras advertido,  
Mas claro los favores mas escasos  
A tus enigmas dieran el sentido,  
Y el oriculo allí vieras mas cierto  
Entre tus mismas cosas descubierta.

Y si la fama que á tu Gila has dado  
Pintando su beldad no es ingeniosa,  
En el don que ha pedido se ha mostrado  
No menos avisada que hermosa:  
Buscar lo que te falta te ha mandado,  
Mira tú si te falta alguna cosa,  
Y esa misma le lleva, que sin falta  
Ninguno busca lo que no le falta.

A burla de tu enigma delicada  
Parece mi respuesta dirigida,  
¿Qué voluntad habrá tan ajustada,  
Que no le falte ó sobre la medida?  
¿Qué suerte tan perfecta y acabada  
Saldrá sin un azar en esta vida,  
Donde cuando mas rico estés de bienes  
Hallarás que te faltan mas que tienes?

Pues si todo su bien por este modo  
La fortuna lo da al mas bien librado,  
A quien le tiene ya dado del codo,  
¿Con qué podrá dejarlo remediado?  
Sino decimos que en faltarle todo  
Le sobre todo el bien á un desdichado,  
Y en no tener felicidad alguna  
Tenga ganado el juego á la fortuna.

Mas si se ha de entender de alguna suerte,  
Y tu demanda tiene algun sentido,  
Ya que en vida falaz sujeta á muerte  
Ni entre bienes de tierra hay bien cumplido,  
El mas rico, mas dulce, y de mas suerte,  
De todo mortal gusto apetecido,  
Es el que falta en tí, y á veces falta  
Al que en fortuna echó raya mas alta.

Y aunque buscar sin el feliz contento,  
Buscar en ciega noche el sol seria,  
Suele tener tan flaco fundamento,  
Cual le tiene la causa que le envia:  
Y el bien que al irse hereda el sentimiento,  
Es no haber visto el rostro á la alegría  
Mas que para martirio á la memoria,  
Quedándole del bien sola la historia:

Pues aunque esté conforme á su hechura  
Es como los demás de poco asiento,  
Por aquel breve tiempo que nos dura  
En nada halla estorbo nuestro intento:  
Todo con su presencia lo asegura,

Enfrena el mar y desenfrena el viento,  
Y de tanta deidad es su cadena,  
Que á veces la fortuna misma enfrena.

Cuanto sujeto á tiempo y á mudanza  
Se ve en el claro espejo de la luna,  
Cuanto cabe en deseos y esperanza,  
Esta es en dispensarlo sola una :  
Es la medida, el peso, y la balanza  
Y fuente de los bienes de fortuna,  
Y aun suele subir tanto su creciente,  
Que es la fortuna arroyo de su fuente.

Es su nombre Ventura, y su ejercicio  
Colmar de bienes al deseo humano,  
Levantarnos las cosas de su quicio  
Hasta darles renombre soberano :  
Dorar con nombre de virtud el vicio,  
Y en solo andar colgado de su mano,  
No darás tropezón ni desatino,  
Que no te haga adelantar camino.

La sangre, las riquezas, el imperio,  
Y todos los demás bienes colmados,  
Son infamia, pobreza y vituperio,  
Sino vienen con esta acompañados :  
Libertad sin ventura es cautiverio,  
Los cautivos con ella libertados,  
Y es tal que pudo y puede entre mortales  
Sacar males de bien, y bien de males.

Sola esta en el discurso de tu historia  
Si bien lo consideras te ha faltado,  
Esta en infierno convirtió tu gloria,  
Y de una muerte en otra te ha arrojado :  
Esta pues busca, y halla, y de la escoria  
Te volverá el crisol oro acendrado,  
Y sin mover el pié ni alzar la mano  
Harás jornada, y llegarás temprano.

Al fin del bien humano es los extremos,  
Y aunque en esto no duda, todavía  
Centar quiero una historia, en que veremos  
Con su extraña verdad clara la mía :  
Todas las cosas que en el mundo vemos,  
Cuantas se visten de la luz del día...  
Así Orlando empezó, mas yo á Bernardo  
Mi pluma guio, y tuerzo el vuelo tardo.

Que ya le veo en el galeón persiano,  
Vencido el rey, y Angélica robada,  
Triste, aunque victorioso, que es villano  
Quien del ajeno mal no siente nada :  
Curó al rey las heridas de su mano,  
Apaciguó la gente alborotada,  
No siendo menos blando que robusto  
El que antes fue verdugo de su gusto.

Y no sabiendo para cual derrota  
Las velas amurar al tardo viento,  
Que en crespas olas con tibieza brota  
Del cristalino y húmedo elemento,  
Desde la gavia al Sur no muy remota  
Una isla vieron de agradable asiento,  
Que llena desde lejos se figura  
De agradables florestas y frescura.

Parece alegre sitio acomodado  
A curar al rey, persa sus heridas,  
Y que el vencido pueblo destrozado  
Las fuerzas cobre entre el temor perdidas ;  
Y ver si halla también puerto poblado,  
Donde de aquellas playas no sabidas,  
Isleño natural, ó gente estraña,  
Navío le flete en que volverse á España.

La errada proa el práctico piloto  
Al punto á sus cereanas playas vuelve,  
Y de común consentimiento y voto  
La blanca costa en que surgió desvuelve :  
Salta la ehusma, crece el alboroto,  
Suenan el ruido, y el clamor revuelve  
Quebrado en ecos por las altas rocas,  
Que azotan los delines y las focas.

Salió á reconocer Glauro la tierra,  
Gran piloto y cosmógrafo persiano,  
A quien Planco obligó á seguir la guerra  
Por haber muerto á Periarcon su hermano :  
Este subió á la cumbre de una sierra,  
De adonde descubrió un florido llano,  
Y en la mar en la punta de un bajío  
Destrozos de una barca y de un navío.

A la orilla de un río entre las flores  
Sobre un pequeño monte vió enredada  
Una humilde chozuela de pastores  
Antigua al parecer y despoblada,  
Desiertos los demás alrededores,  
Y al esconce del cerro una ensenada  
Playa ligera y abrigado puerto,  
Entre una selva y un peñasco abierto.

De la áncora mordaz el corvo diente  
Firme agarró por el arena blanda,  
Saltó Bernardo en tierra, y diligente  
Al rey llevar mandó de la otra banda,  
Y un rico pabellón resplandeciente,  
Por el mucho oro y perlas plantar manda,  
Sobre arrimos de plata y argollones  
En que repose, y curen sus pasiones.

Y en tanto que se planta y adereza,  
Con corvo arco pasó tras un venado  
Del bosque inculco la áspera maleza  
A la vecina cumbre de un collado,  
Donde una humilde choza alzar cabeza  
Vió alegre, y aunque sola halló á un lado  
Unas armas y escudo, y recién hecho  
De yerba y flores un pintado lecho.

Púsose á atalayar desde la puerta  
A un lado y otro, cuando junto al río  
Un hombre vió venir por la encubierta  
Que al sol hacía el páramo sombrío,  
Flaco, místico, sin tez, la color muerta,  
Aunque gallardo en el semblante y hrio,  
Que hacía Bernardo en viéndolo se vino,  
Y él á encontrarlo le salió al camino.

Soludáronse afable y cortesmente,  
Y humilde el español pidió al isleño  
Si lo sabe le diga de la gente  
De aquella isla florida, y de su dueño :  
Si es desierta ó poblada, si al presente  
Sabe en ella lugar grande ó pequeño  
Donde curar un caballero herido,  
Que allí fortuna le arrojó perdido.

« Señor, dijo el isleño, esta ancha tierra  
Toda es de suelo y clima desdichada,  
Un mar profundo y áspero la encierra,  
Desierta en lo demás y despoblada :  
Y si algo habita aquí en discordia y guerra  
Es á mi parecer gente encantada,  
Que en fantasmas y bultos inhumanos  
De noche cruza por los aires vanos.

Poco ha que la fortuna desdeñosa  
Su areca hizo estampas de mi huella,  
Con un viento y borrasca peligrosa  
Que armó en el aire mi contraria estrella,  
Quedando yo en su playa pedregosa  
Vivo para morir despacio en ella,  
Que á quien como ahora á mí se muestra brava  
Por no acabar sus males no le acaba.

Otro maneco se salió conmigo,  
Los demás sorbió el mar por sus riberas,  
Y este sin culpa mas que ser mi amigo  
Ya por los montes es manjar de fieras,  
Que solo basto yo para testigo  
De su inconstancia, y los que mas de veras  
En su rueda midieron altibajos,  
Ni se vieron tan altos ni tan bajos.

Es de mi vida larga la tragedia,  
Y tal que amarga aun el contar la historia,  
Que mientras un dolor no se remedia,



Siempre es pesada y triste su memoria :  
Vamos á ver tu herido , que en la media  
Ladera deste monte , si en mi gloria  
Mi seso no quedó tambien deshecho ,  
Una yerba he notado de provecho .

Y aun segun de tus armas las señales  
No á ti te dañará el precioso pisto ,  
Remediará siquiera agenos males ,  
Quien ya los suyos sin remedio ha visto , »  
Dijo : y Bernardo con palabras reales  
Las gracias rinde , y el en paso listo  
A toda diligencia va , y revuelve  
Mil yerbas , y una entre ellas coge , y vuelve .

Llegaron á la playa , y en su lecho  
Al rey de Persia hallaron desangrado ,  
Que en la mudanza y ejercicio hecho  
Se habian las rojas llagas reventado :  
Mostró el médico alli su hidalgo pecho ,  
Y de la yerba el bálsamo preciado  
Mitigando el dolor de las heridas ,  
Que las dejó á dos curas guarecidas .

A los demás heridos de su mano  
Curó en término hidalgo y modo afable ,  
No obstante que traia el rey persiano  
Consigo á Eleno , medico intratable ,  
De manos cruel , y corazon villano ,

Y demás de ser áspero y mudable ,  
Mas erres tuvo al grado y mas errores ,  
Que Roma y sus primeros fundadores .

Pero el favor que donde quiera manda ,  
Mandó que sabio y acertado sea ,  
Que la salud si el mal se le desmanda  
Dios la da sin que el médico lo vea :  
Ni el fuego aprieta , ni el aceite ablanda ,  
Si él no da la virtud , ni nadie crea  
Que la purga le mate , ó le dé vida ,  
Sino es la eterna ordenacion cumplida .

Esto es del vulgo , y del que hizo á Eleno  
Por favor protomédico persiano ,  
Que nadie ignora que contra el veneno  
La triaca halló el saber humano :  
Y una yerba el isleño entre aquel heno ,  
Con cuyo jugo , y su prudente mano ,  
Por naturales terminos regidos  
Al rey sanó , y á los demás heridos .

Agradó tanto al valeroso godo  
Del esculapio nuevo la cordura ,  
El trato afable , el cortesano modo  
De sales lleno , y grave compostura ,  
Que deseoso de saber del todo  
De su vida el suceso y la ventura ,  
Que en dolor vivo y esperanza muerta

Le echó en parte tan áspera y desierta;

Un día al delgado viento de la playa,  
Sobre una roca en que la mar batía,  
Y al resurtir en una corva raya  
La blanca espuma aljófares bullía,  
Sirviendo á sus cristales de atalaya,  
Y haciendo dellos mas alegre el día,  
Puestos los dos entre el poñaseco fijo,  
Así al isleño el español le dijo:

«Las muchas partes que el valor descubre  
En las noblezas de tu fieróico pecho,  
Y la sabia prudencia que en él cubre  
El dolor fiero en que le traes deshecho,  
Cuanto con tu recato mas se encubre,  
Tanto mayores cosas del sospecho,  
Y hallo en sus señales y costumbres  
De un hidalgo español claras vislumbres.

Sácame desta duda, y pueda ahora  
Contigo algo el amor que en mí has hallado,  
Dime de la fortuna burladora  
Las varias vueltas con que aquí te ha echado:  
Cuéntame en fin tu vida, y su mejora;  
Si alguna en esperanzas te ha quedado,  
Y cree si aquesto mucho te parece,  
Que ya lo que te estimo lo merece.

Y mas te juro en fe de caballero,  
Que jamás por mi culpa te arrepientas  
De haberme hecho este gusto, con que quiero  
Que solo el tuyo en mis intentos sientas:  
Y si en los tuyos puede un verdadero  
Amigo aprovecharte, me consientas  
Que ocupe yo el lugar del que te falta,  
Pues no la hay en mi amor ni en fe tan alta.»

Dijo, y el noble isleño entre no poca  
Confusion se halló corto y atado,  
Oyendo al caballero de la Roca,  
Que así el bravo español era llamado:  
Es fuerza obedecer por lo que toca  
Dar gusto al que es de todos adorado,  
Mas halla sus discursos tan estraños,  
Que no los contará en un siglo de años.

Admirase tambien que en su pregunta  
Le llamase español por alabanza,  
que en tan tierno sugeto se halle junta  
Con tan grande braveza tal templanza:  
Al fin aunque ni entiende ni barrunta  
Que sea quien es, conoce en su crianza  
Que es digno de que en todo le obedezca,  
Y que él lo mismo que le ofrece ofrezca.

Y así le respondió, «pues que no puedo  
A tan nueva merced dar recompensa,  
Ni á las obligaciones en que quedo  
Pagar sin le hacer notoria ofensa,  
Con referirte el espantoso enredo.  
Y aquella nube de peligros densa  
Que aquí me despenó en eterno luto  
Te habrá pagado mi alma su tributo.

Es España mi patria, y en España  
El reino de Leon, y allí Abiados,  
Un castillo en que al pié de una montaña  
El rey Froyla nos dejó heredados:  
De los inclitos condes de Saldaña  
De aquellos cuatro tengo dos costados,  
Los otros por mi padre don Ramiro  
Son de la sangre real de Gundemiro.

Es mi nombre Gundemaro, y yo todo  
De la nobleza montañés nacido,  
Criado en el palacio del rey Godo,  
Y de su córte y del favorecido,  
Hasta que el tiempo por estraño modo,  
De mi enemiga estrella competido,  
Mudó el curso feliz, y ya impedida  
Su corriente trocó la de mi vida.

Ya por tres veces la inconstante lumbre,  
Que desde el primer cielo el mar revuelve,

Sus mudanzas siguiendo y su costumbre,  
En plata el oro de sus cuernos vuelve;  
Y otras tantas Facton de su vislumbre  
Le bañó el hueco rostro, que desvuelve  
De las tinieblas los ocultos casos,  
Y en los hurtos de amor medrosos pasos.

Despues que ausente á la asturiana córte  
Al curso voy de mi contrario sino,  
Ciego en la tierra, y en la mar sin norte,  
Y aquí y allí sin rumbo ni camino:  
Fuera de estilo, y de hallarlo córte  
De mi vida al confuso desatino,  
De una desgracia en otra, y de una en una  
Esprimentando azares de fortuna.

Por la ambicion francesa el rey de Asturias,  
Que es mi rey, está en grave estrecho puesto,  
Contra cuyas montañas las tres furias  
Han conmovido de la tierra el resto;  
Y á mí tambien del tiempo las injurias  
Traído me han á este escondido puesto  
Por la misma ocasion que un desdichado  
Hasta el ageno mal halla á su lado.

Despachó embajadores el rey Casto  
A los circunvecinos reyes Moros  
Por favor de dineros, que al gran gasto  
De la guerra son cortos sus tesoros:  
Mas para que sin fruto el tiempo gasto  
En cuentos largos de rodeos sonoros,  
Si al ancho curso de la pena mia  
Cualquiera tiempo es corto, y breve el día?

Fue destas embajadas mia la una  
Al toledano rey, y al de Granada,  
Y ocasionada dellas mi fortuna  
La suya comenzó con mi jornada:  
Llegué á Toledo, y mi creciente luna,  
Allí de dicha y de favor colmada,  
A menguar comenzó por el camino  
Que luego hice al reino granadino.

Supe que al rey en una alegre caza  
Robó su Doralice un jayán fiero,  
Y que á una fuerte inspuñable plaza  
La llevaba con solo un escudero:  
Juzgué el poner en socorrerla traza  
Precisa obligacion de caballero,  
Y hacer al rey y al reino mas propicio  
Con la nueva ocasion de tal servicio.

Dejé mi gente, y tras la justa empresa  
Por la espesura entré de una montaña,  
Perdime por tomar una atraviesa  
Con la ignorancia de la tierra estraña;  
Y de una selva en otra, y desta en esa,  
Cruzando á tienta el monte y la campaña,  
Sin camino, sin senda, ni sin guia  
A Málaga llegué perdido un día;

Donde de una galera de corsarios  
Que echó á la costa un áspero Levante,  
Y del furor del tiempo y sus contrarios  
No quedó dellos vivo hombre importante,  
Entre otras presas y despojos varios  
Que dió y quitó la mar como inconstante,  
Fue una cautiva hermosa á maravilla,  
Que cual perla oriental salió á la orilla.

Y sin ser su riqueza conocida  
De la codicia bárbara insaciable,  
En almoneda pública traída  
Se puso en precio el suyo inestimable:  
Y en pujas y pregones distraída  
La beldad se vendió mas agradable,  
Que en cuanto alumbra el sol, y el mar encierra,  
El cielo puso á vistas de la tierra.

Una honesta y bellissima doncella,  
De luces llena y varios resplandores,  
Rodeada al cuerpo un almalafa bella  
De un rico zarzahan de mil colores:  
Su cara un cielo de beldad, y en ella



Mas gracias que hay en el verano flores,  
El cabello que al ébano escedía  
Mas blanco el cuello de marfil volvía.

Unos rasgados ojos, que en mi alma  
Dos ventanas rasgaron á su gloria,  
Con dos arcos de amor al triunfo y palma  
Con que le dió en la mano la victoria:  
Su bella frente aquesta playa encalma,  
El viento que la bulle mi memoria,  
Y los labios y dientes de su boca  
El coral y las perlas desta roca.

Al cuello humilde una cadena floja  
Los vergonzosos ojos en el suelo,  
Las dos mejillas que con perlas moja  
De la color del rosicler del cielo:  
De dolor traspasada y de congoja,  
Y yo de compasion y de recelo,  
Lo que allí obró en mi alma su fatiga  
La piedad dejo que por mí lo diga.

En pregones todo esto se vendía  
Al tiempo que llegaba yo á la feria,  
Y el corazon que sin témor venía  
A dar conmigo en la última miseria:  
Quedé ciego en la luz que muerta vía,  
Juntóse á mi dolor nueva materia  
Con verme pobre, que en cualquiera paso  
Hace ser rico un hombre mucho al caso.

Via venderse todo mi tesoro,  
Yo sin caudal ni crédito en la plaza,  
Y que el dinero de un plebeyo moro  
A eterna servidumbre le amenaza:  
Vendí mis armas y unas piezas de oro,  
Que hicieron de mi amor alarde y plaza,  
Y con dos mil zequies por esta vía  
Di libertad á quien quitó la mia.

Bella cautiva, me llegué y le dije,  
Noble prision de honrados corazones,  
Si á quien nació para prender le aflige  
Verse sujeta á bárbaras prisiones,  
Y ese gallardo corazon que rige  
Del gusto el reino, y del amor los dones,  
Está en su libertad, y sin ninguna,  
Que así trueca sus suertes la fortuna.

Si mi pobreza di por tu tesoro,  
Tambien por tu rescate un reino diera,  
Solo me queda esta cadena de oro  
Para enlazar tan bella prisionera:  
Así dije, y quitando la del moro  
Puse la mia y ella por defuera  
El bello rostro del color mas fino  
Que abre en la rosa el aire matutino.

Fuese tras mí despues de asegurada,  
Que solo con lo hecho pretendia  
Ponerla en noble libertad honrada,  
Salva de toda fuerza y demasia:  
Y de mí trato y término obligada,  
Que es lo que amor hidalgo engendra y eria,  
Y satisfecha ya por mil maneras,  
Que no trataba engaños, sino veras;

Despues de haber con nuevo juramento  
En mí su honestidad asegurado,  
Y al recato y las trazas de su intento  
El secreto y prudencia encomendado:  
«Sabe, leonés, me dijo, estame atento,  
Que á mas que esto quien eres me ha obligado;  
Yo soy para morir en tu obediencia  
La triste Arlaja infanta de Valencia.

De Zulema sobrino, hija de Abdalla,  
Cuyo es el reino cordobés de hecho,  
Que el soberbio Aliatan usurpa y halla  
Que viene á su ambicion corto y estrecho:  
Mató á mi tío en una cruel batalla,  
Y á mi padre quitó todo el derecho,  
Y hoy apretado del poder tirano  
Solo gobierna el pueblo valenciano.

Deste soy hija, y de Algaycel hermana,  
Un valiente y gallardo sarracino  
Del cetro y la corona valenciana  
Y el reino cordobés sucesor diño,  
En cuya compañía una mañana  
Saliendo á eza al bosque mas vecino  
Del castellano Júcar en la boca  
Con que al sucrene golfo besa y toca;

Fuese toda la gente repartida  
Tras varias cazas por el monte espeso,  
Y yo tras una cierva entretenida  
Que levantó el ladrido de un sabueso:  
Gran rato anduve sin sentir perdida  
Cuando la suerte de mi hado avieso  
A la playa del mar me sacó sola,  
Cual perdido bajel entre ola y ola.

Fuí á dar sin ver por donde en la celada  
De una enemiga fusta de cristianos,  
Que de unas cañas dulces amparada  
Cruzaba del río Júcar los pantanos;  
Donde de su violencia arrebatada  
Con el sneco y con la presa ufanos,  
Temerosos quizá del enemigo,  
Libres se hicieron á la mar conmigo.

Yo por asegurar que su violencia  
Algo en agravio de mí honor no trate,  
Quién era dije á todos en presencia,  
Prometiendo á cada uno gran rescate,  
Mirándome con nueva reverencia  
Y dando en ello trazas un debate  
Así se ocasionó entre dos villanos,  
Que de lenguas vinieron á las manos.

Fue creciendo el enojo de manera  
Sobre quién mi persona guardaría,  
Que espada no quedó ni vida entera  
De cuantas antes el saetín traía:  
Vino la noche tenebrosa y llera,  
Creció la mar y el viento, y cuando abría  
La luna su ventana en el Oriente  
Dió otro henco en el nuestro de repente.

Saltaron dentro algunos, y admirados  
De la espantosa mortandad sangrienta  
Ya en su primer temór asegurados  
De solos mis despojos hacen cuenta:  
Cuando el viento mas grueso en mas linchados  
Tumbos la mar parió ciega tormenta,  
Dividiendo el rigor del turbio charco  
Los presos bordos de uno y otro barco.

El mio aquella noche y otro día  
Con el viento y la mar fue porfiando,  
La costa huyendo que de lejos vía  
De espuma y arrefies blanqueando:  
Pero ya al tiempo que la luz salía  
Entre pardos celajes, trastornando  
Arbol, velas y entenas, dió el navio  
Deste muelle en la punta de un bajío.

De seis que dentro echó el furor en vano  
Los tres huyeron del perdido leño,  
Los otros degolló el vulgo liviano  
Que por esclava á ti me dió en empeño:  
Y aunque al principio el trato fue villano,  
En darme hicieron tan honrado dueño  
Que adore de fortuna el desatino,  
Pues no tuvo tal bien otro camino.

Ahora querria, señor, si ati te agrada,  
Que antes que aquí de nadie sea sentida,  
O por mar ó por tierra disfrazada  
A mi patria me vuelvas conocida,  
Que yo te doy palabra en fe de honrada,  
Que aunque me vea reina obedecida,  
En menos tenga el cetro, y mas le huya,  
Que el título y blason de esclava tuya.

Así mi bella valenciana dijo,  
Y yo de nuevo puesto en mil cuidados,  
De alegre sobresalto y regocijo



En verlos sin pensar bien empleados,  
Hacer el viaje por la mar elijo,  
Y en un ligero bergantín fletados  
A cuenta y riesgo de un anciano moro,  
Y cien equieus de una cadena de oro.

Al tiempo que en las puertas del Oriente,  
De azucenas y rosas coronada,  
La aurora rompe el velo transparente,  
Que la luz de oro en sí tiene guardada,  
El barco á vela y remo diligente  
La punta dobla de trofeos sembrada.  
Que á la torre de Velez hurta el viento,  
Y á ella la mar su carcomido asiento.

Y con el fresco soplo de un lebeche,  
Que embistió en popa la latina vela,  
La corva playa de la mar en leche  
Ligero pasa y engolfado vuela:  
Y sin que el viento el llepo lienzo estreche  
A Almuñecar descubre, cruza, y cuele.  
Por su abrigado puerto puesto enfrente,  
Seguro de los vientos del Poniente.

A Salobreña y á Motril dejamos  
Hirviendo su arenal en blanca espuma,  
Y tras el sol y el día nos entramos  
Por Castilferro, y antes que consuma  
Su soplo el aire al alba despertamos  
Encima las roquetas, y allí en suma  
Dimos á nuestro curso cristalino  
Tres veces treinta millas de camino.

Echóse el aire al levantarse el día,  
Por mostrarnos de espacio la frescura  
De los bellos jardines de Almería,  
Y de sus palmas la rayada altura:  
De Nicia la preciosa pedrería,  
Que como el cielo con la noche oscura  
Por su playa y collados centellea,  
Y al sol convida que en su luz se vea.

Calmó ya aquí de todo punto el viento  
Entre el Algayda y sus floridos ramos,  
Y por gozar del agradable asiento  
Una caleta de la mar buscamos:  
Acabó aquí su curso mi contento,  
Y el viaje que conformes comenzamos,  
Aquí perdí mi bien, de aquí mi hado  
La tragedia empezó, que aun no ha acabado.

Hambroz, un fiero bárbaro arrogante,  
Que degolló á Toledo su nobleza,  
Y en favor de Aliatan puso en levante  
La tierra en riesgo, el reino en estrechez:  
Desde la fortaleza de Alicante  
Con fustas espantaba y con braveza  
El mar de España, y la desdicha mia  
Surto en Algayda le balló aquel día.

Fue á dar nuestro bajel en la encubierta,  
Donde entre flores retirado estaba,  
Y allí apenas su armada descubierta  
Huyendo el barco como entró tornaba:  
Mas no salta tan viva ni despierta  
Viviera altiva ni serpiente brava  
Tras el gazo que en las yerbas siente,  
Como á la nuestra se arrojó su gente.

Cercaron el batel, fuenos forzoso  
Hacer para mas daño resistencia,  
Mas contra un enemigo poderoso  
El escudo mejor es de paciencia:  
Yo sin armas, el trance peligroso,  
El pensar defendernos imprudencia,  
Al fin quedó nuestro poder rendido,  
Presa de nuevo Arlaja, y yo herido.

Conocióla el corsario y como amigo,  
Y vasallo en caricia cortesana,  
Humilde y grave le llevó consigo  
A un bello y rico estrado de oro y grana,  
Que si era hija de Abdalla su enemigo,  
También de su rey era prima hermana,

Y aunque los reyes sigan sus rencores,  
Siempre son los demás sus inferiores.  
Admiróse de verla en tal estado,  
Supo el suceso y luego determina  
En ligero batel de oro entoldado  
Enviarla en pompa á su grandeza dina:  
Yo sin provecho herido en un costado,  
Privado del vivir por medicina,  
Quedé con el corsario el gusto en calma,  
Y por sanar el cuerpo muerta el alma.

No quiso Hambroz por causa de la herida  
Que en compañía de la infanta fuese,  
Como si fuera remediar la vida  
Hacer que ausente de mí bien muriese:  
Dióle su fe, que en siendo guarecida  
La llaga, y que en mejor salud me viese,  
Con aparato y real magnificencia  
A su servicio me enviará á Valencia.

Con esto me quedé, y la bella Arlaja  
Pasó antes de embarcarse por mi lecho,  
Donde con tiernos ojos, y voz baja,  
«A Dios, dijo, tesoro de mi pecho,  
Mira por tu salud», y aquí le ataja  
La lengua un nudo de congojas hecho,  
Y el corsario también que á verme vino,  
Y á embarcar á la infanta de camino.

Fuese, y quedé con la esperanza á solas  
Luchando entre temores y sospechas,  
Engolfada en memorias, cuyas olas  
En un ausente son tristes endechas:  
Colgado el gusto y la salud de solas  
Las dos palabras últimas, deshechas  
En bálsamo de amor, que la herida  
Sanó al cuerpo, y al alma dió la vida.

De Algayda hizo el moro por la costa  
Al descuido importantes correrías,  
Hasta que al puerto y su canal angosta  
De Caridemo que robó esos días  
Sus desdichas llegaron por la posta,  
Y á dar triste remate en sus porfías  
La armada Berberuz, otro corsario  
Que en Córdoba es de Hambroz bando contrario.

Seguia la parte y opinión de Abdalla  
En aquella renida diferencia,  
Encontró la ocasión yendo á busealla,  
Y puso en no perdella diligencia:  
No venia el fiero Hambroz á dar batalla,  
Sino solo á meter gente en Valencia,  
Que los cristianos se decía por cierto  
Que con su armada estaban de concierto.

Y que un rico convento que tenia  
La iglesia del gran mártir San Vicente  
Darles el muro libre pretendia,  
Y meter dentro en la ciudad su gente:  
Hizo reseña allí, y aunque la via  
En número inferior no en ser valiente,  
Ni humilló el brio, ni perdió el decoro,  
Que es hidalgo, y de Córdoba, aunque moro.

Pelearon con crueldad ambos corsarios  
Sin sentirse al principio mejoría,  
Que en trances de arinas y sucesos varios  
Neutral fortuna su timon regía:  
Hasta que ya en favor de sus contrarios  
A Hambroz fue decreciendo con el día,  
Siendo aquel el postrero de su gloria,  
Y de Valencia el triunfo y la victoria.

Murió como valiente el africano,  
Y los suyos con él sin quedar uno,  
Yo preso, y tal me ví, que por mí mano  
Quise dar fin á mal tan inoportuno:  
Venia con el corsario valenciano  
El principe de Fez, con quien ninguno  
En gallardo, discreto y animoso,  
Si á competir llegó fue victorioso.

Este no sé por cual rigor de estrella

En la batalla se encontré conmigo,  
Y mudable en lugar de fenecella  
De contrario cruel se volvió amigo:  
Dióme fortuna su amistad, y en ella  
Por un breve favor largo castigo.  
Que nunca sabe dar á un desdichado  
El bien cabal ni el mal sin ir doblado.

Así de Abenragel la amistad vino  
A ser nueva ocasión de desventura,  
Y tanto dió en quererme el sarracino,  
Que ya era mas que voluntad locura:  
En fiesta, en burla, en veras, de continuo,  
A cualquier hora, tiempo y coyuntura  
Había de estar conmigo, y sino estaba,  
En nada gusto ni contento hallaba:

Ya Berberuz su victoriosa armada,  
Al dulce son de la sonora trompa,  
Con que la fama suena sobornada  
Su nombre invicto en grave aplauso y pompa,  
Por la mar de sus golpes asombrada  
Manda que el espólón sangriento rompa  
La vuelta de Valencia, donde vea  
En su triunfo el estruendo que desea.

Cobré la vida cuando supe cierto  
El fin de la batalla y la derrota,  
Y que iba ya en el Grao á tomar puerto  
Al son de mil clarines nuestra flota:  
Llegamos, y de lejos descubierto  
El real palacio, mi alma se alborota  
Con un muerto placer, tibia alegría,  
Que sus nuevas desdichas le advertía.

Y aunque sin gusto el corazón, y en duda  
Con el frío recelo que en él mora,  
Así en lenguaje muerto y habla muda  
Sus torres salva, y su muralla adora:  
¡Oh alcázar bello, cielo en quien se muda  
El vario curso de mi bien cada hora,  
¿Entro al deseo, blanco de sus tiros,  
Esfera donde vuelan mis suspiros!

¡En tí está la belleza en quien mis ojos  
Sus gustos empeñaron y alegría,  
Y el triunfo donde amor por sus despojos  
La libertad colgó del alma mía!  
¡Ricos palacios, fin de mis enojos,  
Sálveos el cielo, y con la luz del día  
En feliz vuelo vuestros techos de oro  
De gloria bañe, como á mí de lloro!

Así del veloz tiempo el curso humano  
Con agradables vueltas solícite  
A vuestras flores inmortal verano,  
Que á no morir jamás las resucite:  
Y desta playa el cristalino llano  
Con ricas perlas y coral visite  
Vuestros umbrales de oro, y á pié enjuto  
De lo mejor del mundo os dé tributo.

Que á mis gustos presteis dulce acogida,  
Y á un extranjero fiel noble hospedaje,  
Que siendo tesoreros de mi vida  
Grave traición será hacerme ultraje:  
Y á esa hermosa cautiva, á quien rendida  
Mi alma está en humilde vasallaje,  
Le deis nuevas de mí, digáis que vivo  
En fe de ser de su beldad cautivo.

Así decía yo en mi pensamiento  
Mientras el real bajel iba á dar fondo,  
Y el piloto sagaz al rumbo atento  
La áncora corva y el boyal redondo  
Apresta, y con la sonda mide á tiento  
El lugar mas seguro y menos hondo  
Donde surgir, y la demás canalla  
Salta en la arena en el lugar que halla.

Llévome el noble Abenragel consigo,  
Donde antes enviado el alma había,  
A ver al rey, y hablalle por amigo,  
Y la ocasión buscar de mi alegría:

Fue como suele el tiempo mi enemigo,  
Pues ni por esta ni por otra vía,  
En muchos dias que en su córté estuve,  
Ni órden de hablalla ni de vella tuve.

Mi amigo, á quien quizá en igual cuidado  
O poco menos mi desdicha puso,  
Y de la bella infanta enamorado  
El no poderla ver triste y confuso;  
Un día por me dejar mas obligado  
A contarme sus males se dispuso,  
¡Estraño caso! que una misma suerte  
Me restauró la vida, y dió la muerte.

Contóme en suma el todo de su vida  
Sin pensar que tuviese parte en ella,  
Que un año había la traía perdida  
Desvelado en servir la infanta bella:  
Y aunque era siempre aceda y desabrida,  
Al fin dejaba que pudiese vella,  
«Mas ahora, dice, está tan retirada,  
Que de sí misma y quien la ve se enfada».

Después que por descuido de su hermano  
En Júcar la prendió un corsario un día,  
Y rescatada fue por un cristiano  
Que Hambroz quitó la vida en Almería:  
Nunca el alegre rostro soberano  
El lustre ha dado en ella que solía,  
Con sus doncellas retirada vive,  
Que un muerto gusto en nada le recibe.

Deseo, pues ya como solía no puedo  
Del dulce bien gozar que ausente adoro,  
Con la invención de algun sutil enredo  
De mis males contarle el gran tesoro,  
Que lo que amor no pudo, quizá el miedo  
Causar podrá del importuno lloro,  
Trocando en algo aquel altivo pecho  
De blanda nieve y pedernal hecho.

Así el de Fez envuelto en su cuidado,  
Y fuera de los míos me contaba  
De su mal lo presente y lo pasado,  
Y contra mí de mí se aconsejaba:  
Había un sarao y música trazado,  
Y viendo que la infanta se escusaba,  
Trocó en darle una música el ornato  
De su real grandeza y aparato.

La plata de los cuernos de Diana,  
Ya envuelta en las cenizas del Poniente,  
Con los retintes de color de grana  
Tibia volvía su luz resplandeciente:  
Y entre el mudo silencio y sombra vana  
Sembraba el sueño olvidos en la gente,  
Y de la vía láctea el tesoro  
El aire obscuro de centellas de oro.

Cuando de Abenragel el aparato  
Salir la noche vió de su posada,  
En unas andas negras su retrato  
Con blanca gente en torno amortajada:  
Verdes las hachas, que de rato en rato  
Tristes gemidos daban, y sembrada  
De cometas la noche, parecía  
Primer retrato del postrero día.

Al ronco y triste son de unas cadenas  
Que del ataud colgaban enlutado,  
Entre las verdes luces, donde apenas  
Humo sus esperanzas se han tornado,  
Dos carrozas salieron, ambas llenas  
De bellisimas moras, que en trabado  
Coro sonaban varios instrumentos  
De suave son, y consonos acentos.

Arpas, vihuelas, órganos, rieles,  
Clarines, chirimías y trompetas,  
Flautas, dulzainas, cítaras, rabeles,  
Sonajas, cornamusas y cornetas,  
Y otras varias pandorgas y tropeles  
De consonancias y armonías perfetas,  
Que en música suave y acordada

Todo una gloria parecia trahada.

Y en un soberbio trono de brocado,  
Sobre carro triunfal que en oro ardía,  
De ocho unicornios de Africa llevado,  
Con mayor luz que en el que sale el día,  
De Arlaja el bulto al natural sacado,  
De beldad lleno y magestad venia,  
Con mil cupidos que en alegre vuelo  
Cometas dan por flechas de oro al cielo.

De antiguos dioses en cadena de oro  
Presos por mas grandeza acompañada,  
A sus piés nueve musas, y el sonoro  
Plectro de Apolo y citara dorada:  
Yo esta figura hice en traje moro  
Por darme á coñocer en la jornada,  
Y en esta pompa y magestad de espacio  
Llegó el carro al terrero de palacio;  
Donde un fúnebre mauoleo hecío

De artificiales juegos puesto á punto,  
Al entregarle el enlutado lecho  
Humo se volvió y sombra todo junto:  
Y ya el ruido y su temor desecho  
Con las tristes memorias del difunto,  
La antes funesta llama, al regocijo  
De música parió un alegre hijo.

Hubo mucho de todo, al fin entre esta  
Folla de corte, en hábito de Apolo,  
Con ademan de entretenir la fiesta  
Una cancion canté en una arpa solo,  
Por tal estilo y término compuesta,  
Que en voz del abrasado mauoleo  
Mis endechas floré, canté mi vida,  
Y acusé una palabra mal cumplida.

No perdió punto Arlaja en la encubierta  
Cifra que al disimulo se cantaba,  
Que aunque no en los balcones descubierta



Entre sus damas disfrazada estaba:  
Puso fin á la fiesta el ver abierta  
La ventana de la alba que apuntaba,  
Que para gozar della antes del día

Salí en aquel mas presto que solia  
En él al noble príncipe africano  
La infanta envió á decir, que en todo habia  
Estimado el regalo cortesano:

Y que sin tantos gastos gustaria  
Oír sola la voz, la letra, y mano  
De la arpa pasada, y la ballaria  
Para esto en los balcones de su huerta  
Aquella noche sola, y encubierta.  
Dejó ufano al de Fez la nueva gloria  
Del presente favor mal entendido,  
A mí lleno de gusto y vanagloria  
Hallar lo que temia haber perdido:  
Mas, ¡oh humana tragedia, en quien notoria  
La inconstancia descubre el mas cumplido  
De tus inciertos bienes, cuan á tienta  
Camina el hombre y va tras su contento!

Llegada la ocasion y hora pedida  
Por tantos gustos, aunque á varios fines,  
Solos los dos, la arpa prevenida,  
A hacer fuimos la ronda á los jardines:  
Donde la bella Arlaja entretenida  
Nueva belleza daba á los jazmines  
De un balcón apartado, que caía  
Al muro altivo que el vergel ceñía.

La sabia Ardelia, una gallarda mora  
Amiga suya en compañía con ella,  
Esta en viéndonos, dijo: «mi señora  
La infanta me mandó venir por ella  
A deciros, señor, que por ahora  
No es posible hablarlos, ni vos vella,  
Por cierto inconveniente, y caso justo,  
Que el paso le ha estorbado deste gusto.

Dice, que aunque hallarse en vuestra fiesta  
Su enfado lo estorbó, os esta obligada,  
Y así lo reconoce, y yo con esta  
Razon he hecho y dicho mi embajada.»  
Mi amigo Abenragel, viendo traspuesta  
La gloria que ya dió por alcanzada,  
Bien conoció que amor con la ventura  
Pocas veces se encuentra, y menos dura.

Respondióle con modo cortesano  
Hasta en su mismo agravio agradecido,  
«Mas que sentia haber traído en vano  
Quien á solo servirla habia venido,  
Que era aquel caballero castellano,  
Que á no ser tan discreto hubiera sido  
Tan grave falta causa de tenella,  
O en su amistad, ó en las firmezas della.»

Dicho esto, Ardelia por sagaz estilo  
Dando disculpas, y admitiendo cargos  
De mí supo quien era, cuando el hilo  
De las quejas quebró, y de los descargos,  
De la siempre dudosa pareca el filo,  
Y haciendo breve suma en cuentos largos  
Su gloriosa esperanza trocó al fuerte  
Abenragel en triste azar de muerte.

### ALEGORIA.

En el cuento de Garilo se muestra lo poco que aprovechan trazas, donde al ejecutar no terefa la ventura: y como la prudencia humana sin el favor divino entendido por la fortuna, es de ningun efecto. Todo lo cual se ve aun mas claro en los infortunios de Gundemaro.

### LIBRO SÉTIMO.

ARGUMENTO. Prosigue Gundemaro su historia, y acébase en un extraño encantamiento. Ferragut despierta á los gritos de una doncella, que le cuenta las desgraciadas tragedias del caballo Clarion, al cual sigue el moro todo el día, y al fin á su vista le coge un villano, y se le lleva, y él encuentra una hermosa tienda donde le sucede una estraña aventura. Llega al Tajo, y libra á Galiana, infanta de Toledo, de una traicion con que la pretendia robar Biarabi, rey de Pamplona.

«¡Oh varios cursos de la vida humana  
(Gundemaro signó) fines inciertos,  
Pesadas penas de alegría liviana,  
Dolores vivos de placeres muertos,

Alquimias y oropel en que devana  
Engaño el gusto, el tiempo desconciertos,  
Dulce esperanza, desvario eterno,  
Que prometiendo gloria dais infierno!  
Corre tras sus manzanas Atalanta,  
Y solo el oro y no el engaño advierte,  
Febo tras Dafne hállala hecha planta,  
Anteon hielda que en ciervo le convierte:  
Vuela á poner Euridice la planta  
Sobre una flor, encuentra con su muerte,  
Vuelve su amante á verla, y su contento  
A un volver de cabeza es todo viento.

Tal es la suerte humana, y su firmeza,  
Y así anda el hombre tras su antojo á tienta,  
Encandilale el gusto la belleza,  
Corre tras el placer, halla el tormento:  
Midas en su oro hambres y pobreza,  
Faeton en su altivez abatimiento,  
A Abenragel y á mí por una senda  
Dieron buscando paz muerte y contienda.

Al tiempo que por término encubierto  
A escusas suyas me iba declarando,  
Y a fable Ardelia por un modo incierto  
En su amor y favores obligando:  
Alfajardos, un moro sin concierto,  
Que el palacio real venia rondando,  
A quien Abenragel quitado habia  
Los gustos de una mora en Berbería,  
Hizole el noble Gámbelud privado  
De Abdalla, y capitan de infanteria,  
Hasta que á mas fortuna levantado  
A serlo de la guarda subió un día:  
Este de un furor loco arrebatado,  
Fantástico del cargo que regia,  
Que son las dignidades en efeto  
Toque de los quilates del sugeto;

Soberbio en las pujanzas de su oficio,  
Con furia arremetió desordenada,  
Y haciendo del celoso al real servicio  
Al principe pasó de una estocada:  
Cayó el jóven mortal, creció el bullicio  
De la canalla vil alborotada,  
Que á las voces del moro alharagüento  
En confuso tropel llegó sin tiento.

Mas no salió tan á su salvo el caso,  
Que antes que ser pudiese socorrido,  
De mil heridas desangrado y laso:  
Sin vida ante mis pies quedó tendido:  
Sin que la furia popular un paso  
Perder me hiciese del recien caído,  
Y muerto Abenragel, bien que pudiera  
Con la noche salvarme si quisiera.

Pero creció la gente y alboroto,  
Y medrosa la infanta de mi muerte,  
Que me rindiese manda, y por su voto  
Las armas entregué, y troqué la suerte:  
Dime preso al alcaide Polinoto,  
Que del alcázar real en lo mas fuerte  
De un cuarto, á un redoblado muro incluso,  
Entre cadenas lóbregas me puso.

Fue de la torre en el lugar mas bajo,  
Que mas negro aire, y menos luz tenia,  
Y por una escalera con trabajo  
Para doblarse en él se descendia:  
Aqui solo quedé, y el que me trajo  
Por la infanta y Ardelia el mismo día  
A decirme volvió, que por valarme  
Juntas vendrian aquella noche á verme.

Llegó de la bora el tiempo descado,  
Y habiendo despeñado al carcelero,  
Bajar adonde estaba aprisionado,  
Vi á media noche el alba y el lucero:  
Trocóse en cielo el sótano alumado,  
Mi mal en bien, mi pena en gusto entero,  
Mis tormentos en gloria, y las prisiones

En cadenas de dulces eslabones.

Sacáronme del limbo dos deidades  
Que en la belleza parecían del cielo,  
Mas la fortuna, cuyas variedades  
Mis cosas llevan sin cansarse en vuelo,  
Mi bien trocó en tan tristes novedades,  
Que de no rematarlas me recelo,  
Que quiere un monstruo hacer en mí que pueda  
Ser centro de las vueltas de su rueda.

El príncipe Algaycel que en la belleza  
De Ardelia ardía, y su desden le helaba,  
Y entre zelos, temores, y aspereza,  
Muerto vivía, y sin dormir soñaba;  
Cuando de la escalada fortaleza  
Yo al cuarto de la infanta atravesaba  
Con ella de la mano, á él le traía,  
O su amor ciego ó la desdicha mía.

Iba á velar el sueño de su dama,  
O á despertar su muerte, y mi tormento,  
Que ni fortuna duerme, ni quien ama,  
Ni á un desdichado importa andar con tiento,  
Pues hasta los desvelos de otra cama  
A perturbarle vienen su contento:  
El príncipe llegó, turbóle el caso,  
De amor y honor herido á un mismo paso.

Era valiente y poco reportado,  
Y como tal arremetió furioso  
Con su alfange, y un manto de brocado  
Por reparo á mi estoque peligroso:  
Yo que venía bastante armado  
De semejantes casos receloso,  
Quien por contrarios ha de abrir camino,  
Coo hierro es fuerza le abra de continuo.

Era cierto el perder honor y vida,  
O quitarlo sin culpa al enemigo.  
¡Lance extraño, desgracia nunca oída,  
Ni usada en tal rigor sino conmigo!  
Al fin él de sí mismo fue homicida,  
El cielo es juez, mi corazón testigo,  
Que si otra puerta en riesgo tal se abriera,  
Mil vidas por salvar la suya diera.

Mas la opinion de Arlaja, y la honra mia,  
Al valiente Algaycel dieron la muerte;  
¡Oh fortuna cruel, golfo sin guía,  
Suerte imposible que el tahir la acierte!  
Trocóse el fin, trocóse la alegría,  
Y las cosas trocáronse de suerte,  
Que ya no tuvo Arlaja por seguro  
Sin mí quedarse en el paterno muro.

A cuñado de Orbelio, un falso amigo  
De Ardelia, prevénido un barco estaba  
En la playa del mar, para conmigo  
De Barcelona hallar la costa brava:  
No se atrevió la infanta á ser testigo  
Del triste día que al rey se le acercaba,  
Ni quedar sola la otra mora bella,  
Ni Arlaja sin los dos, ni yo sin ella.

Y así por donde yo saliera solo,  
A no haber la desgracia sucedido,  
Los tres salimos, cuando encima el polo  
Bootes su media vuelta había cumplido:  
Y antes que el oro del pretal de Apolo  
El aire diese de ámbares teñido  
A la playa llegamos, y sin tiento  
Las velas dimos y esperanza al viento.

A Orbelio le contaron el suceso,  
Caso en todas maneras escusado,  
Que en cualquier trance próspero, ó avieso,  
Nunca el secreto pierde por guardado:  
Andaba el mar al embarrarnos grueso,  
El Grao gentil de un céfiro picado,  
Que en furioso levante se volvía  
De rato en rato al acercarse el día.

Descubríonos la luz lejos de tierra  
En una tempestad furiosa envueltos,

Que fortuna cruel por darnos guerra  
Traía los aires con la mar revueltos;  
Hasta que en los peñascos de una sierra,  
En blanca espuma y salitrales vueltos,  
En Denia el viento que en sus cuevas suena,  
Ya el barco roto nos echó en la arena.

Aquí murió del todo la esperanza;  
Siendo en humanas trazas imposible  
Librarse de la muerte, quien no alcanza  
Con ánimo inmortal cuerpo invisible:  
Que al rey ¿quién le estorbara la venganza,  
O le ocultara en caso tan horrible  
Por breve senda, ó por rodeo prolijo,  
Al que su hija robó, y mató á su hijo?

Mas al abrigo que al cercano monte  
De una enroscada vuelta el puerto hacia,  
Hurtando la mitad á su horizonte,  
En casa humilde un pescador vivía:  
Aquí cuando ya el carro de Faetonte  
En el mar contrapuesto se hundía,  
De las olas y vientos arrojados,  
De alegre albergue fuimos amparados.

Era del pobre Amilear la cabaña,  
Que siendo mercader dió en cortesano,  
Y con soberbia y ambicion que engaña,  
Cuanto en logros juntó despendió en vano:  
Y ya gastado y viejo á esta montaña  
Entre redes le echó el tiempo tirano,  
Adonde en comedido vasallaje  
A nuestro barco dió nuevo hospedaje.

Descansando aquel día y el siguiente  
En la choza estuvimos recogidos,  
Sin saber de Valencia ni su gente  
Nada de los sucesos referidos:  
Que el proceloso viento mas se siente  
Por montes, que por valles escondidos,  
Y las nuevas de corte, y sus consejas,  
Cuando á los pobres llegan ya son viejas.

Volviéndose via el golfo mas tratable,  
Y Amilear con mis dones obligado,  
Pasaje libre y compañía afable  
Me había hasta Barcelona asegurado;  
Cuando de la fortuna el variable  
Timon de nuevo el mar dejó alterado,  
Y en las presentes cosas tal mudanza,  
Que no nos quedó un soplo de esperanza.

Tenia el pescador (extraño caso!)  
Por hija una bellísima doncella,  
Zorayda dicha, de valor no escaso,  
Que en su casa nació, ó se crió en ella:  
A esta el fácil Orbelio en fuerte paso  
Miró, y á amarla le inclinó su estrella  
Con tan ardiente amor, que fue bastante  
De leal volverlo en desleal amante.

Temió quizá el tormento de la ausencia  
Viendo acercarse ya nuestra partida,  
O que los alborotos de Valencia  
La hacienda le costasen, la honra, y vida:  
El fin en alevosa conveniencia  
Al huesped antes fiel dejó vendida  
Su honra, y todo mi bien, sin que se escluya  
La vida mía, y la que lo era suya.

Fueron á dar los dos traidoramente  
Aviso á Denia del suceso extraño,  
Mas la bella Zorayda diligente  
Los tratos entendió, sospechó el daño:  
Y por salvar la infanta de su gente  
Seis remeros tomó, y en dulce engaño,  
Mientras que en la fría noche ya vecina  
El falso Orbelio á su traicion camina;  
Basteciendo conforme á la estrechura  
Del tiempo un barco que pescando andaba,  
Dentro nos puso, y ella mas segura  
Que el fijo norte que el timon guiaba:  
A vela y remo por el agua obscura,

Que crespas luces temerosas daba  
Al herir de los remos, é ir bogando,  
Ligera en alta mar nos fue engolfando.

Cobró tan gran amor Zorayda bella  
A la infanta, y de Orbelio tal espanto,  
Que por medio de velle, y de no vella,  
A su casa dejó en amargo llanto :  
Temió del vario amante la doncella  
No hiciese en sus amores otro tanto,  
Que en vano se lamenta y llera el daño,  
Quien pudo y no escarmienta en el extraño.

También, si ya esto no es sospecha mia,  
A un gallardo Leonés Zorayda amaba,  
Que disfrazado por su amor servía :  
En el humilde oficio que ella usaba :  
Este es el que al principio le decia,  
Que al vientre ayuno alguna fiera brava  
Vivo aquí trasladó dicho Florianio,  
De Aurelio hijo, y de Adelgastro hermano.

La noche toda navegando fuimos  
A vela y remo, y cuando el alba abría  
En el Oriente de oro los racimos,  
De que se cuaja y se enguinalda el día,  
A Ibiza quedar por popa vimos,  
Y á Formentera dando el rumbo y guía.  
A Mallorca pasamos por de fuera,  
Entre el cabo de Palmas, y Cabrera,

Y dentro al Balearico metidos,  
Fortuna con sus vueltas ordinarias  
De nuevo comenzó roncós bramidos  
De olas, vaivenes, y mudanzas varias :  
Los vientos de las nubes rebatidos  
Resuenan por las bóvedas contrarias  
Del turbio cielo, y sus helados polos,  
Solo inmutable á nuestros ruegos solos.

Fuimos sin rumbo cierto algunos días  
De un furioso Poniente contrastados,  
De un bordo y otro por diversas vías  
Las velas rotas y árboles quebrados :  
Hasta que en medio de las ondas frías  
Crecer un día vimos los collados,  
Que por la cuenta y cómputo marino  
Son en Sicilia el cabo de Paquino.

Aquí ya en salvo puestos aferramos  
Entre el rojo coral el corvo diente,  
Y en tierra Florianio y yo saltamos,  
Buscando en ella algún poblado y gente :  
Y tanto el ciego bosque penetramos,  
Que andando un día perdidos, al siguiente,  
Cuando á la playa por el río volvimos,  
Ni el barco surto ni su rastro vimos.

No lejos un batel bogando andaba  
Junto á la costa al desbravar del río,  
Y un pobre viejo dentro, que pasaba  
La vida en él pescando á su albedrío :  
Este solo parece que esperaba  
A darnos tristes nuevas del navio,  
Y así se fue en cumpliendo con su oficio,  
Por dejarnos el barco y ejercicio.

Contónos este al fin (¡oh casos varios!  
¡Fortuna incierta, laberinto extraño!)  
Que de un navio cretense de corsarios  
El nuestro presa fue y triunfo lozano.  
«En Creta hay sacrificios ordinarios,  
Bonde al altar de un ídolo inhumano  
Deguellan cada mes una doncella  
De las que en corso prenden la mas bella.

Por aplacar la fuerza de Mercurio,  
Patron de los isleños mercaderes,  
De Júpiter y Maya hijo espurio,  
Autor de embustes, nuevas, y placeres :  
Desde el golfo Carpacio al mar Ligurio  
Busca para su altar bellas mujeres  
El cretense falaz de engaños lleno,  
Tal que para ser malo solo es bueno.

Ciertos piratas destos dieron tico.

A Furno aquí, y á Módica adelante,  
Y el bajel nuestro en resistencia flaco  
Para alijar el suyo fue importante :  
Mas tres beldades, que en su seno opaco  
Hallaron, la menor será bastante  
Para aplacar su dios, y que allí acabe  
La injusta pena de rigor tan grave.

Que en venganza á la muerte de una dama,  
Que lo era del que rige el caduceo,

Si ya no fue algún incubo, que en fama  
Del falso dios trazó ese devaneo :  
De una peste cruel la ardiente llama  
Así el reino ha abrasado al rey Tifeo,  
Que todo en él camina á un fin violento  
Muerta la reina, el hado aun no contento.

Y es entre el rudo vulgo opinion cierta,  
Que hasta ser en su altar sacrificada

Otra beldad mayor que fue la muerta,  
Ni el contento estará, ni ella vengada.  
Así el barquero dijo, ¡oh suerte incierta!  
Ni buena en duda, ni mejor hallada :  
Considera, señor, cuales quedamos  
Los que á este paso sin pensar llegamos.

Saltó el viejo en la playa, y mas ligero  
Que del presto lebrél huye el venado

Por el bosque se entró, y mi compañero  
En el barco que vio á la orilla atado :  
Yo entré tras él con prodigioso agüero  
De una nube de fuego rodeado,  
Que si en tierra se pierde la ventura,  
Buscarla por la mar será locura.

A bogar comenzamos con los remos  
Cada uno por su parte, y de la orilla  
Apenas se escondieron los extremos,  
Y del cerro de Espaca la cuchilla;  
Cuando el navio cretense volar vemos,  
Llevando á jorro el nuestro de trailla.  
Y como si ya todo fuera hecho  
El dolor nos templó, y alegró el pecho.

Duró aquella esperanza, y su alegría,  
Lo que la luz duró de aquella tarde,  
Que ella, el gusto, mi bien, la luz y el día,  
Todo á un tiempo murió: solo el cobarde  
Pecho muriendo vive todavía,  
Y en fuego eterno de memorias se arde,  
Que en fuego me embarqué, y en fuego vivo,  
En medio el yelo de mis muertes vivo.

Creció con las tinieblas un levante,  
Que á obscuras anudó los demás vientos  
En ciega lucha, y confusión bastante  
A trastornar del mundo los cimientos :  
Barrió la negra noche el día restante,  
Y en sordos silbos, y ásperos acentos,  
Las enlutadas focas y delfines  
Nos agoraron desastrados fines.

No sé cual dios el gobernalle tuvo  
A un barquillo tan vil en tal tormenta,  
Que de mil veces que anegado estuvo  
Libre salió del riesgo, y de su afrenta :  
Pero si algún milagro en estos hubo,  
Ya mi ventura lo escribí á su cuenta,  
Que no se da el vivir á un desdichado  
Para mas bien que darle el mal doblado.

Al fin si es bien, señor, el no cansarte  
Con tan prolijos cuentos, cuando el alba  
Su luz mostró llorosa, en esta parte  
Donde tu nao surgió, y está ahora salva;  
Por trofeo de Venus, y de Marte,  
Haciendo al tiempo y sus mudanzas salva,  
Los dos tristes navios que seguimos,  
Hechos pedazos por las rocas vimos.

Y sin que nadie se escapase de ellos  
Mi gloria allí murió, y aquí me trajó  
La fortuna y amor por los cabellos



Del bien mayor al escalon mas bajo:  
Quise ir para anegarme en medio dellos,  
Y mi desdicha huir por el atajo,  
Mas no lo consintió, que su porfía  
Es que yo viva, y muera mi alegría.

De mar un grueso tumbo echó el barquillo  
Por cima destas rocas en la tierra,  
A pesar de mi amor, que su seguílo  
Me luce con mi fe la mayor guerra:  
Mi amigo Florian sin prevenillo  
El día siguiente entró por esa sierra  
De una ligera caza ocasionado,  
Que era su muerte, y parecía venado.

Un mes ha ya que vivo en este yermo  
Solo, sin esperanza ni alegría  
Que ni de día ni de noche duermo,  
Ni sé cuándo es de noche ni de día:  
El alma alborotada, el cuerpo enfermo,  
La vista absorta, el desear sin guía,  
Asombrado de noche con legiones  
De espantosas figuras y visiones.

De Arlaja por los aires veo la sombra  
Las mas noches pasar triste y callada,  
Otras con débil voz me llama y nombra,  
De rosas y jazmines coronada:  
Tambien con gritos Florian me asombra,  
Y Ardella en tiernas lágrimas bañada  
Pide que me consuele, y si amanece  
Todo en la luz se apaga y desvanece.

O es por aquí el infierno, ó mi tormento  
Produce y cria sombras tan penosas,

De quien si el cielo me ha librado, siento  
Que es por estas reliquias poderosas:  
Contra quien ni aprovecha encantamento,  
Ni engaños de fantasmas mentirosas,  
Que son las que en fe santa me han librado  
De tantos riesgos como te he contado.»

Así el leonés Gundémaro la historia  
De sus prolijos males abreviaba,  
Y el carro en que Faeton perdió su gloria  
Las ruedas de oro el crespo mar bañaba:  
Quando en soberbio triunfo y vana gloria,  
En carroza de nacar que volaba,  
Al puerto ven llegar una doncella,  
Mas que el sol rubia, y que la luna bella.

Venus sobre su concha parecía,  
De perlas y esmeraldas coronada,  
Que nuevamente de la mar salía,  
De su antigua belleza acompañada:  
Mas apenas el carro en que venia  
Vió la arena de aljofar escarchada,  
Quando la luz trocó de su tesoro  
En blanca cierva con los cuernos de oro.

Y sentada sobre ella la hermosura  
Que antes sobre sus nácares volaba,  
Con ligereza igual por la espesura  
Del bosque entró, que al mar sus sombras daba:  
Quando los dos que en la enriscada altura,  
Oyendo el uno, el otro hablando estaba,  
A ver el fin de tan mudables puntos  
La espantosa beldad siguieron juntos.

Gundémaro al entrar en la montaña,



Ni la corcilla vió, ni á quien seguía,  
Bernardo entre sus breñas una extraña  
Maravilla halló de mil que había...  
Mas ya de Ferraguto la maraña,  
Que el ciego amor en sueños le lingia,

Ardiendo el pecho en amorosa llama,  
Mi nueva voz á sus grandezas llama.  
Es del amor sutil la flecha altiva  
Rayo sin resplandor, fuego encubierto,  
Cuyo blando calor con fuerza esquivia



Bronces derrite al corazón mas yerto:

A David prende, á Salomón derriba,  
Y deja al gran Sansón á sus pies muerto,  
Amarrando á los remos de su banco  
Al niño, al mozo, al viejo, al negro, al blanco.

De un sueño, de unas nuevas, de un antojo,  
De un no sé qué, de un aire, y niñería,  
De un afable mirar, de un volver de ojo,  
Al alma nace, y sin sentir se cria:  
Dale vida el placer, fuerza el enojo,  
Y si de veras es nada le enfria,  
Que contra el arco suyo y de la muerte,  
Ni basta habilidad ni alcázar fuerte.

Pues este aliento y fuerza poderosa,  
Que en todo anda sembrado y repartido,  
Con la luz de una imagen amorosa,  
Durmiendo á Ferragut dejó vencido:  
El pecho ardiendo, el alma deseosa  
De ver despierto lo que vió dormido,  
Cuando el ruido sonó confuso y ciego,  
Que el gusto le quitó, y rompió el sosiego.

Entró á buscarlo por la selva el moro  
Al mismo tiempo que la luz salía,  
Sembrando al aire los corales y oro  
Que el nuevo sol por su horizonte cria:  
Y dudando si aquello era el sonoro  
Estruendo de armas que, soñando oía,  
Atento tras la voz anduvo tanto,  
Que la causa encontró del triste llanto.

Dos caballeros vió y una doncella,  
Todos tres muertos, y otra que lloraba  
Sus desastradas muertes, con aquella  
Triste y penosa voz que antes sonaba:  
Miróla el moro, conocióla en vella,  
Que era la que el día ante les llevaba  
A Bahamel la nueva dolorosa  
Del robo que Auchalí hizo en su esposa.

Al mismo Bahamel halló caído  
Muerto encima su espada, y viendo un paso  
Tan lastimoso, el moro enternecido  
Detuvo el suyo sobre el campo raso:  
Y dándole por modo comedido  
Consuelo á la que llora el triste caso,  
Pídele cuenta y diga si lo sabe,  
Quién fue la causa de rigor tan grave.

«Que si por la demanda en que me puse  
Sucedió, dice, tanto desconcierto,  
Sin que el mundo halle brazo que lo escuse,  
O el mío le vengará, ó quedará muerto.»  
Así el moro le pide no rehuse  
Darle cuenta del caso, ella cubierto  
De llanto el rostro, y de color difunta,  
Llorando satisfizo á su pregunta.

Andaba suelto, y despuntando el heno,  
Un lozano caballo en medio el prado,  
Con la silla de plata, y de oro el freno,  
Y bordada mochila de brocado:  
De la color de un blanco armiño, y lleno  
De un enjambre de moscas salpicado,  
En los pies remendado, y en la frente,  
Ojos fogosos, anhelar valiente.

Nervoso el pecho, abiertas las narices,  
Corta la cin, pequeña la cabeza,  
La cola recogida y las cervices,  
Señales de gallarda ligereza:  
De extrañas pintas, manchas y matices,  
Despedazando el freno su braveza,  
Y dando á sospechar en el sosiego,  
Que está entre abrojos, ó pisando fuego.

No fue su igual el Cílaro famoso,  
Que de Polux domó el doblado hierro,  
Ni del viejo Saturno en mas brioso  
Cuerpo los duros miembros ciñó un hierro:  
Cuando el cuello arrugado y espantoso  
Con nueva y gruesa cin erizó el cerro,

Y con relinchos de su pecho indinos  
Del monte Pelion asombró los pinos.

«Este caballo, la doncella dijo,  
Toda en congoja y lágrimas bañada,  
A quien el cielo con rigor maldijo,  
Y una beldad le dió tan codiciada,  
Triste remate fue del regocijo  
Desta gente que ves despedazada,  
Mas bello y desgraciado que el Seyano,  
Ni el que por tierra echó al valor troyano,

Oye el extraño discurrir del hado  
(Si es verdad lo que del me contó Alpina).  
Verás el mundo todo eslabonado  
Colgar de sola una virtud divina:

Si hay signo bien ó mal afortunado,  
O todo á tienta y sin saber camina,  
Aquí lo entenderás, y en este paso  
Verás lo que hace la ventura al caso,  
En Tracia, de la casta que allí tuvo  
Otro tiempo Diomedes el tirano,  
Este potro nació, y Clarionte le hubo,  
Rey del valle de Ródope inhumano:

En sangrientos pesebres le mantuvo,  
Y hecho y enfrenado de su mano,  
Tan gallardo salió, que de alentado  
Diez leguas corre, y para atropellado.

Al rey Clarionte lo quitó Ricarte,  
El día que le mató junto á Mantible,  
Y á él Norman Bartolache, y Radagarte,  
Cuando á traición le hirieron en Fontible:  
Y aunque quiso cobrarlo Durandarte  
Del magancés caudillo, fue imposible,  
Hasta que el gran Reinaldos en persona,  
Vida y caballo le quitó en Girona.

Presentado de allí le dió á Rugero  
Por mano de Hipalca su doncella,  
Y el día que lo estrenó con triste agüero  
Yendo de Mompeller para Marsella,  
Junto á Arlés puesto el Conde de Pontiero  
Con su gente en celada cayó en ella,  
Donde murió á traición alanceado  
De un infiel pueblo magancés cercado.

Quedara oculta esta alevosa muerte,  
Si Espinabel pagado del caballo  
No se le hiciera codiciar la suerte,  
Que la había de vengar con arrastrallo:  
Púsole el traidor piernas, corrió el fuerte  
Desenfrenado potro hasta arrojallo  
En medio de la plaza de Marsella,  
A ojos de Bradamante, y su doncella.

Allí en presencia suya hecho pedazos  
Al magancés dejó el caballo fiero,  
Viéndole Hipalca muerto entre los brazos,  
Y no en su silla cual pensó á Rugero:  
Notorios vió los cavillos lazos  
Del fementido bando de Pontiero,  
Alteróse la bella Bradamante,  
Y el sobresalto le abortó un infante.

Y al quinto día con la nueva cierta  
De la muerte infeliz del paladino,  
La antes dudosa amante quedó muerta,  
Y cumplido el temor del adivino:  
Y por tantas desgracias descubierta  
La traición de Maganza, un río sanguino  
Labró Morgana, y de la gente impía  
Cien falsos condes degolló en un día.

Dióse el caballo destos desatinos  
De aquella vez al príncipe Carloto,  
Que él lo prestó después á Valdovinos,  
Cuando de Mantua le mató en el soto:  
Y al fin por varios trances y caminos,  
Con desgracia, ruido y alboroto,  
Las muertes de ambos dieron el agüero  
Del infeliz Clarion por verdadero.

Quedó al César el bárbaro caballo

Por prenda á la imperial caballeriza,  
Y él al rey de Paniploña su vasallo  
Con la mochila se le envia pajiza:  
Y ardiendo en oro el gusto de mirallo  
La vista alegre, y su color matiza  
Con la bordada pedrería, que en larga  
Rueda es al rico jaez preciosa carga.

Encontró al mensajero Ballugante,  
Y sabiendo de donde, y á donde iba,  
Vida y presente le quitó arrogante,  
Con alma fiera, y presuncion altiva:  
Envióselo á Marsilio, él con semblante  
Real el don recibió, que es lo que aviva  
Los fuegos del amor, y quien conserva  
De muerte el gusto, y vivo le conserva.

Y al mismo fin mandó á la bella Alpina  
Que á Galafre le dé, rey de Toledo,  
A quien en una fuente cristalina  
De una espada cruel lo quitó el miedo:  
Pidió favor la mora peregrina  
Al triste Bahamel, y él con denuedo,  
De ánimo valeroso, y noble pecho,  
Vengarle prometió el agravio hecho.

Había venido con su nueva esposa  
Aquel día antes por el bosque á caza,  
Y el verde margen de una fuente hermosa  
De estrado entonces les servia y taza:  
De allí salió á la empresa peligrosa,  
Contra los que de infame estirpe y raza  
A la dama quitaron el caballo,  
Y él á los dos la vida por cobrallo.

Dejó Bahamel en la agradable fuente  
Por guarda de su esposa un falso moro,  
Ni honrado, ni hidalgo, ni valiente,  
Auchali dicho, hijo de Alcandoro:  
Que de truhan de Ulid subió á teniente  
De alcaide en Baza, aunque afrentado en Toro,  
Mas dió en ser rico, y convirtióse en godo,  
Que el dinero lo da, y lo puede todo.

Este por fuerza se llevó robada  
Esa triste hermosura recién muerta,  
Y yo cual tú me viste alborotada  
Del caso corri á dar la nueva cierta:  
Anoche Bahamel á esta cañada  
En su rastro llegó, y aquí despierta  
El alma en el dolor, y él de rendido  
Sobre la yerba se quedó dormido.

Y luego que el sentir quedó sin dueño,  
Soñó que en fresco estrado, y verde cama,  
No lejos de la suya, en no pequeño  
Gusto dormía con otro la que él ama:  
Confuso despertó, contóme el sueño,  
Y á tienta vino donde halló su dama  
Durmiendo en estas flores, y dormida,  
De zelos ciego, le quitó la vida.

Creyó zeloso que Auchali sería  
El que alegre dormía en su regazo,  
Y viendo que despierto revolvía  
En su defensa el atrevido brazo;  
Con el ciego cuidado que venia  
Feroz le cñe en desdichado abrazo,  
Dándole de un puñal atravesado  
Por cama el heno, y por sepulcro el prado.

Fue sobre él por cortar la cabeza,  
Y halló á sus piés su desdichado hermano.  
El sin ventura Abenani!, ¡oh fuerza  
De fortuna cruel, hado inhumano!  
Volvió el herido en sí, vió su hraveza  
Muerta, y viéndose muerto por la mano  
De quien mas le queria, entendió claro,  
Que á los golpes del cielo no hay reparo.

Contónos que viniendo le Toledo,  
No lejos vió de allí llevar robada  
La bella dama, entre congoja y miedo  
De triste llanto y lágrimas bañada:

Y que aunque á defenderla con denuedo  
La mano puso á su alevosa espada,  
El infame Auchali, de una herida  
Libre se la quitó, y dejó sin vida.

Apenas pudo dar razon del caso,  
Cuando la lengua le atajó la muerte,  
Y el ya sin fuerzas débil cuerpo laso  
Reció se estremeció, y se mostró fuerte:  
Y Bahaniel que así en el postrer paso  
Su casta esposa y á su hermano advierte,  
Por furor loco y torpe desconcuerdo,  
Mas que ellos el dolor le dejó muerto.

Y haciendo en un brevisimo discurso  
De sus azares y dolores suma,  
Sin rastro de esperanza ni recurso  
Que la ocasion de su dolor consuma:  
Muerta ya la razon con el concurso  
Y avenida de males halló en suma,  
Que de infinitos que hay de varios modos,  
En un breve morir se ahorraron todos.

Y sin que mi presencia fuese parte  
A reprimir su furia acelerada,  
Rabioso se pasó de parte á parte  
El débil corazon con esa espada:  
Y esta es al fin, señor, por no cansarte  
Su tragedia, y la historia desdichada  
Del caballo Clarion, que á maravilla  
Nadie sin caer subió en su ingrata silla.

Dáme ahora favor, dame tu ayuda  
Para salir de trance tan confuso,  
A quién, ó cómo vaya, ó dónde acuda  
En este estrecho en que el rigor me puso:  
Así la dama dijo, el moro en duda  
Un breve rato se quedó difuso  
En pensamientos y discursos varios,  
De gusto todos y placer contrarios.

Pero viendo el caballo que pacia  
Mal, por tenerse todavia el freno  
Que aunque era de oro, el oro le impedía  
El oro de las bestias, qué es el heno;  
Agradado del talle y gallardía  
Probarle quiere, y si es de azares lleno,  
Para no reparar en ese agüero  
Basta ser español y caballero.

Mas el caballo hecho á ver dislates,  
Las riendas huye á quien el oro agrava,  
Y vuelto aquí y allí en varios regates,  
Lozano la alienada clin embrava:  
Hasta que ya á los últimos remates,  
Donde un arroyo en sus cristales lava  
Los postreros jazmines de aquel prado,  
Se entró en el bosque, y le dejó burlado.

Saltó el moro tras él, y con el salto  
El brioso animal se alteró un poco,  
Con que en paso mas libre, á lo mas alto  
Del monte fue subiendo poco á poco:  
Creció el antojo con hallarse salto  
De aquello que primero tuvo en poco,  
Y ya con mas codicia, y mayor paso,  
Sigue lo que al principio siguió á caso.

Treinta millas le fue al alcance extraño,  
De una breña saltando en otra breña,  
Que el gallardo caballo de lozano  
Ahora le aguarda, y luego le desdeña:  
Así á las veces de un querer liviano,  
Y de una fácil ocasion pequeña,  
Se empeña un gusto hasta morir por ella,  
Y abraza á todo un monte una centella.

Ya el sol con quien el moro parecia  
Que apostaba á correr hácia el Poniente,  
Su sombra que antes alcanzar queria  
Atras le ataba perezosamente:  
Cuando al pié de una cumbre que subia,  
Su caballo vió al márgen de una fuente,  
A quien de el prado la florida falda

Rica taza le sirve de esmeralda.

Vió que llegó á beber, y que un villano  
Poniendo bien la sifa saltó en ella,  
Y en las fornidas aucas el serrano  
Semblante de una rústica doncella:  
Dióles el moro voces, pero en vano,  
Que sin responder él ni escuchar ella  
Libres se van, y en truco del caballo  
El enludo le dejan de buscallo.

Baja ligero, y de coraje brama  
Al poco caso que hace el que le lleva,  
Pues al ronco gritar con que le llama,  
Ya en término cortés, ya en furia nueva,  
Ni para, ni responde, antes su dama,  
A quien con rostro humilde ablandar prueba  
A que le escuche á modo de rogalla,  
Sonriéndose dél camina, y calla.

Temió no sea la referida Alpina,  
Que el real caballo al rey Galafre lleva,  
Y que él caya en mal caso si la indina,  
O haga en la estorbar lo que no deba:  
Mas no tampoco quiere que en indina  
Descortesia alguno se le atreva,  
Ni en burlas le desdeñe por tal modo,  
Que es no sentir disimularlo todo.

Y así viendo que nadie le responde,  
Delante puesto, ya fiero inhumano,  
Las riendas de oro quiso asir, por donde  
Las lleva mal parejas el villano:  
Mas él sin responder le corresponde  
Con una vara en la atrevida mano;  
Tal que por los artejos desarmados  
Pensó al herir dejárselos quebrados.

Huyó la mano el moro atormentada,  
Y un fiero grito dió que asombró el valle,  
Y sin paciencia ya de una puñada  
Vida y caballo se arrojó á quitalle:  
Erró el golpe la cólera sobrada,  
Volvió á quererle asir, y volvió á dalle,  
Y del dolor y rabia faltó poco  
Para quedar entre el coraje loco.

Medio pino tomó para matallo,  
Y hacerle con iguales armas guerra,  
Mas de dos coces el feroz caballo,  
A él y á su soberbia echó por tierra:  
Cayó también cabe él al derriballo  
La doncella, y huyendo por la sierra  
Se entró el bravo animal con el villano,  
Que el duro freno le llamaba en vano.

Templó al moro el dolor de su caída  
Ver que también cayese la doncella,  
Que mas quisiera hallarse sin la vida,  
Que causa justa en sí de quejas della:  
Acudió á levantarla por cumplida  
Satisfacción que le ha pesado, y ella  
No haciendo caso dél, callada, y queda,  
Sentada está, sin que movella pueda.

No le responde á nada que se diga,  
Fiera, inmutable, como un mármol dura,  
Ni el moro sabe que consejo siga,  
Ni como entienda el fin desta locura:  
Al fin se fué, y dejóla en su fatiga,  
Y ella viéndose libre se apresura  
Tras el ligero curso del caballo,  
Y el que iba encima dél por alcanzallo.

Puesta la luz del cielo en dos balanzas,  
Y al mar de Atlante lo último del día,  
Por sus gonces, sus puntos y mudanzas  
El sol se entraba, y Nécate salía:  
Cuando perdido el tiempo y esperanzas  
El moro que el caballo antes seguía  
Solo se halló, confuso, y atajado,  
A la orilla de un río, en medio un prado.

Y enfadado de ver el nuevo enredo  
Con que á pié se quedó, pasó adelante

Así altivo y feroz, que daban miedo  
Su fiero ceño y áspero semblante:  
Cuando la furia le templó y denuedo  
De una tienda el primor así elegante,  
Que al rayo de una luz que dentro había  
También el oro del brocado ardía.

Entre frondosos árboles plantada  
Estaba el murmurar del manso río,  
Sitio oportuno, y parte acomodada  
Para en ella hurtarle el cuerpo al frío:  
Llegó cortés á demandar posada,  
Y halló el albergue y pabellon vacío,  
Con rico estrado, y prevenida cama,  
Y al rayo de una luz sola una dama.

De poca edad, y mucha hermosura,  
Niña de alegre gusto parecía,  
La frente un claro cielo, en cuya altura  
Sobre la nieve el sol resplandecía:  
De gentil cuerpo y agradable hechura  
El rostro del color que nace el día,  
La garganta gentil, y el blanco pecho  
De frescas rosas y jazmines hecho.

Dado al descuido un nudo en el cabello,  
Donde el sutil amor quedó enredado,  
Para hacer lazos y marañas dello,  
Y el pensamiento atar al mas delgado:  
Dos arcos de un dorado y sutil vello  
De cien flechas y mas cada uno armado,  
Que van volando, y dan en las entrañas  
Al mover de las cejas y pestañas.

Dos mayos de azucenas y claveles  
En un verano son sus dos mejillas,  
Sus dulces labios de coral rieles  
Con que rie el placer por sus orillas:  
De aljofarados dientes dos caireles,  
Y en cada uno un millón de maravillas,  
Verdes los ojos, y sus luces bellas  
Mil soles, que son poco dos estrellas.

De un mirar regalado, y halagueño  
Que acaricia, ocasiona, y necesita  
A dar el alma libre en dulce empeño  
Al precio de beldad tan exquisita:  
Con el donaire de un capote y ceño,  
Que mas á un muerto gusto resuscita,  
Ni así el ambar y música provoca,  
Como el aliento y habla de su boca.

Los tiernos pechos dos pequeñas pomas,  
De rosas hechas, y apretada leche,  
De un real valle de amor menudas lomas,  
Que al ensacharse le hacen que se estreche:  
No hay Panclaya con todas sus aromas,  
Que olor mas fino que sus pechos eche,  
Ni Venus de mástil ni de oro indiano  
Con dedos mas bien hechos que su mano.

De tela de oro azul manto bordado  
De arminios, rica turea de escarlata,  
De alcátifas de Persia el grave estrado,  
Con bufete de nácares y plata;  
Donde en follajes de cristal grabado,  
De un ardiente blando la luz retrata  
Un agradable cielo en la figura  
De aquella nunca vista hermosura.

La rosada mejilla en la una mano  
Mostrando el brazo, y la otra descubierta  
Como al descuido en ademan profano  
La rica holanda en gayas de oro abierta;  
Dando por mas deleite al gusto humano  
La belleza que guardan encubierta  
De la aguja las redes peligrosas  
En el pecho de tierna nieve y rosas.

No habia en el pabellon mas que una lumbre,  
Ni mas que aquella hermosura sola,  
Que cual fino diamante su vislumbre  
Todo con bellos rayos le arrebola:  
Es de la tienda real la altiva cumbre

Una encantada y cristalina bola,  
Por donde las estrellas y la luna  
Sus cursos hacen sin mudanza alguna.

Toda de oro bordada y pedrería  
Por de dentro parece y por defuera,  
De árboles, cazas, flores, montería,  
Una agradable y fresca primavera:  
En perlas el jaziní se contrahacia;  
Cuya hoja de esmeraldas finas era,  
Los florones de escarches amarillos,  
Gripados de argentados trebolillos.

Dejó asómbrado al moro la belleza  
De la suntuosa tienda, y de su dueño,  
Las sedas, perlas, oro, la riqueza,  
El bosque oculto, y el lugar pequeño;  
Y sobre todo la real grandeza.

Y aquel mirar alegre y zahareño  
De la hieldad mayor que el mundo supo,  
Que allí entre las demás grandezas eupó.

También la nueva soledad le admira,  
Sin gente de respeto ni servicio,  
Con una sola luz que alumbraba, y mira  
Todo el mudable y único edificio.  
Y que suspensa y sin querer suspira,  
De algun mal interior notorio indicio:  
Todo esto contempló desde la puerta,  
Sin que la dama al parecer lo advierta.

Mas ya determinado por su gusto  
El secreto saber de esta aventura,  
Con rostro humilde y corazon robusto  
El rico umbral pasó, y en voz segura:  
«Guarde, señora, dijo, el cielo justo,  
La gloria de tan rara hermosura,  
Haciendo mas suave y menos larga  
De los cuidados la pesada carga.»

Alzó los ojos, con que dar pudiera  
A los ya muertos de sus lumbres vida,  
A ser las leyes de la muerte fiera  
Como las del amor mas homicida:  
Y por mejor probar su fuerza entera  
En fingido alboroto desabrida,  
Con vista afable y lengua zahareña  
Le atrae á un mismo tiempo, y le desdeña.

Al fin despues de varios cumplimientos  
Lugar le concedió en el rico estrado,  
Pidiéndole la causa y los intentos  
De haber en tiempo tal allí arribado:  
Contóselos el moro en breves cuentos  
La empresa del caballo desgraciado,  
Y como ya era próspero y dichoso.  
Pues á lugar le guió tan venturoso.

Rió en grandes donaires la doncella  
La no entendida burla del villano,  
Y por sacarle con sosiego della,  
«Señor, le dijo, en este verde llano,  
Aquella cristalina fuente bella  
Está encantada por la sabia mano  
De la hechichera Arleta, que un engaño  
En ella puso de artificio extraño.

Esta tuvo amistad con cierto moro,  
Gran capitán de Zaragoza y Baza,  
A quien sin guardar término y decoro  
Una mora usurpó de humilde raza:  
Es rica, y donde quiera manda el oro,  
Y él con mayor codicia que no traza  
Dejó la dama pobre por la rica,  
Que á todo un gusto sin lealtad se aplica.

Tiene un castillo cerca de esa fuente,  
Y en él el falso amante entretenido,  
De adonde salen cuando el día al Oriente  
Los dos á monte por el verde ejido:  
A este fin la zelosa diligente  
Del agua empozónó el cristal lucido,  
Porque saliendo á caza sea quien fuere,  
Sus disgustos le pague si bebiere.

Quita el sentir la fuerza del veneno,  
Por largo rato, mientras con bastantes  
Fuerzas el gusto trueca, y lo hace lleno  
De lo que le solia enfadar antes:  
Pudo ser que bebiesen deste cieno  
Aquellos dos villanos caminantes;  
Y sin sentir ninguno lo que hiciese,  
La referida burla sucediese.

Yo, señor, estoy sola, que mi gente  
Toda se fué á un castillo de mi hermana  
Cerca de aquí á la parte de Poniente,  
Para volver con ella á la mañana:  
Quedóse una doncella y un sirviente  
A hacerme compañía, y hoy con vana  
Curiosidad se entraron por la selva,  
Sin que hasta ahora ninguno dellos vuelva.

Mas ya entiendo sin duda por las señas  
Que son los que cogieron tu caballo,  
Y sin juicio van por esas breñas,  
Y yo en el riesgo en que me ves me hallo:  
Triste, sola, y metida entre estas peñas,  
Mas ya que tú veniste á remediallo,  
Podrás darme tu amparo, y ser mi abrigo,  
Sino te causa miedo estar conmigo.»

Dijo esto por tal modo la doncella,  
Y así en suaves ojos halagüenos,  
Que sin sentido el moro quedó en vella,  
Entre deleite y gustos no pequeños:  
Hasta que al fin ocasionado della,  
De sus halagos y fingidos ceños,  
Preso en sus lazos, y en su lumbre ciego,  
Tierno le dijo su amoroso fuego.

Ella ni le acaricia ni desecha,  
Ni contenta se muestra ni enfadada,  
Que todo á veces en donaire lo echa,  
Y á veces todo al parecer le agrada:  
Va haciendo la cadena mas estrecha,  
Y el moro ya con alma enamorada,  
Del todo se le rinde y aliciona,  
Y por ojos y boca lo pregona.

Calla, y con no rehusar le da licencia  
Que entre sus blandas manos se regale,  
Y en trato afable y grata diligencia,  
A convidarle con los gustos sale:  
De un rico cofre saca á su presencia  
Preciosos dulces, donde el moro ignale  
Su gusto en todo, porque en todo vea  
Que ya de veras dársele desea.

El ya rendido amante no consiente  
Semejantes excesos de tal mano,  
Mas que á él con alma y corazon ardiente  
Mostrar le deje huésped cortesano:  
Crecen los fuegos, y él que arderser siente  
En el de amor, no cabe de lozano,  
Adorando entre sí el primer trabajo,  
Que á tan dichoso punto y fin le trajo.

«No es el caballo, dice, desgraciado,  
Como por burla me contó la dama,  
Pues á tanta ventura me ha guiado  
De collado en collado, y rama en rama:  
Siempre del mal ó el bien exágerado  
Son menores los hechos que la fama;  
Cuando tenga mil tachas mi caballo,  
Este bien solo me hará adorado.»

Así en pláticas dulces y sabrosas  
Cenando están los dos de oro en un plato,  
Dando ella de sus manos amorosas  
Presas de amor al moro cada rato:  
Ya preguntando diferentes cosas,  
Ya con libre decir, y con recato,  
Que le importa saber si tiene dueño,  
Si es de gusto comun, ó zahareño.

El moro á todo en cortesano estilo,  
Ya en veras le responde, ya en donaire,  
Y mientras del hablar siguen el hilo,

Si acaso da en la vela un soplo de aire,  
Que humillando la luz muestra el pábilo,  
Todo se turba y desvanece en aire,  
Que sin la llama el pabellon no luce,  
Antes cual débil sombra se trasluce.

Parécense los árboles y el cielo,  
Y aun se apaga en la dama la belleza,  
Mas luego que la luz cobrã su vuelo,  
Todo se vuelve á su primer riqueza:  
Cree viendo esto el moro sin recelo  
Que es desvanecimiento de cabeza,  
Que el mucho caminar; y el comer poco,  
Le trae el sentido divertido y loco.

Y metido ya en veras con la dama  
Librement le dice su deseo,  
Ella con vano escudo de su fama  
El gusto le entretiene por rodeo:  
«Ser verdad que adoreis esta que os ama,  
Yo en esto, dice, lo conozco, y veo  
Que pudiendo salir sin demasía  
Con vuestra voluntad pedis la mia.

Mas yo de todo en todo seré vuestra  
Si me jurais lo que pediros quiero  
Por ese noble pecho y mano diestra,  
Y la fe que debeis á caballero:  
Que nuevas culpas ni ocasion siniestra  
De vos me apartarán, sin que primero  
Me deis satisfaccion de una doncella,  
Que usurpado me ha un gusto por mas bella.

Hame tiranizado un caro amigo,  
Que era otro tiempo el alma de mi gusto,  
Y en fe que dió de se casar conmigo,  
De mi le di mas parte que era justo;  
Y aunque por vos, señor, en lo que digo  
Tratar cosas pasadas sea disgusto,  
Es fuerza que me deis esta palabra,  
Y así mi voluntad su puerta os abra,

Que cuanto á desear esto me mueve  
Ya no es gusto de amor, sino venganza.»  
El moro que en su rostro entré oro y nieve  
Ardiendo en fuego siente su esperanza,  
No solo una palabra y don tan leve  
Le otorga, jura y da; mas si en balanza  
De un mundo entero el contrapeso hiciera,  
Y el mundo fuera suyo, un mundo diera.

Y ya con la licencia que le ha dado  
Quiso en mas libre trato entrar con ella,  
Hacer campo de amor el rico estrado,  
Y allí suya del todo la doncella:  
Cuando con el burlar desordenado,  
El sujetarla, y defendérsele ella,  
La vela se cayó, y sin lumbré alguna,  
Lo que encubria la luz mostró la luna.

Sobre una cama de pajizo heno  
Abrazado se halló á una flaca vieja,  
El turbio rostro de berrugas lleno,  
De solo un ojo, y con ninguna ceja;  
La hundida boca, cavernoso seno,  
Con los podridos dientes mal pareja,  
Dando al vecino olfato grueso aliento  
De algun recien abierto monumento.

Duro el cabello, entre aplomado y cano,  
Peor que el de Tesifone, y Megera,  
La encorvada nariz, que al gusto humano  
En flaco iguala, de color de cera:  
De nudosa raíz el cuerpo enano,  
Con mas años que el tiempo, y toda entera  
Tal que al valiente moro y su denuedo,  
Lo que el mundo no pudo, puso miedo.

Así el hambriento pobre peregrino,  
En seca paja de un rastrojo cehado  
Rico se sueña al fin de su camino,  
En cuadras de oro, y camas de brocado;  
Y en medio el gusto un viento repentino  
El sueño vuela, y bállase abrazado

A su estéril bordon, y hambre ayuna,  
Al frío rayo de la blanca luna.

Con secos nervylos, y con duros brazos,  
Así al moro ciñó, que no podia  
Del cuello huir los escabrosos lazos,  
Por mas que la apartaba y deshacia:  
Quiso de rabia hacérselos pedazos,  
A no ser en los suyos villanía,  
Y ella mas firme que la yedra al olmo  
Llegar su antojo quiere y gusto á colmo.

¿Quién ha visto en un águila enroscada  
Vibora azul, ó pardo cocodrilo  
A una palma enredarse levantada  
De las crecientes del vadoso Nilo?  
¿O á Mercurio en su vara celebrada  
De dos serpientes el nudoso hilo?  
Tal parecian los dos, y en tal hechura,  
El en la rabia, y ella en la figura.

«No es razon, dice, ni camino justo,  
Que poniéndome yo en vuestra tutela  
Por solo ser en fuerzas mas robusto,  
Esta me hagais sin que mi honor os duela.»  
Pensó quizá el envejecido gusto  
Que aun todavia ardía la candelá,  
Y así llevaba el friomelindre al cabo  
Con el amante ya rabioso y bravo.

Mas viendo que de veras la desecha  
La sacude de sí, huye, y aparta,  
Que sin luz su invencion quedó deshecha,  
Medrosa que la deje, y que se parta;  
Las duras garras por el cuello le echa,  
Y de su aliento y tósigo le harta,  
Pidiendo á vueltas á la amada presa  
La fe debida á su primer promesa.

«No soy tan fea, le dice, cual parezco,  
Que ya fui cuando moza celebrada,  
Y aun hoy pena por mi quien no apetezco,  
Y me trae con sus lágrimas cansada:  
Si estos enfados y desden merezco  
Por daros yo tan franca mi posada,  
No os envié yo á llamar, vos me buscastes,  
Y con falsas promesas me engañastes.

Cumplidas, falso, pues, ó á todo el mundo  
Por cruel os mostraré, y por alevoso,  
Sin que de mí os huyais, aunque al profundo  
Rincon bajeis del centro cavernoso:  
El galan que por vos hice segundo  
Quiero me deis para que sea mi esposo,  
Y me vengueis de quien me le ha quitado,  
Y os honreis hasta entonces con mi lado.»

Bastante prueba dió de su nobleza  
En esto el reportado sarracino,  
Pues templando á su enojo la braveza  
De hacer se abstuvo un nuevo desatino:  
Solo arrojando la infernal fiereza,  
Que asido le tenia; «ese canino.  
Rostro, dijo, será quien te ha usurpado,  
Si ya alguno te amó, el haberte amado.

Del será bien vengarte con hacelle  
Un Euclides de rayas y figuras,  
Sin que puedas ya mas entretienelle  
En vanas aparentes hermosuras:»  
Así dijo, y porque iba á detenelle  
Con nuevos embelecos y posturas,  
De si la desvió con tanto brio,  
Que yéndole abrazar abrazó al rio.

Cual encogida y debil hojarasca,  
Que de árbol seco arranca el raudal viento,  
Y volando la lleva su borrasca  
Trocando puntas, y mudando asiento;  
Tal la hechicera fue con mortal basca  
De uno y otro traspíe rodando á tienta,  
Hasta dar en el agua, en que se hundiera,  
Si ya de carne, y no de pluma fuera.

Fuese el moro feroz desesperado

Viendo el deleite vuelto en amargura,  
Y del caballo mal afortunado,  
Aunque de noche clara la ventura:  
Mas no mucho se fue, cuando á su lado  
De Arleta vió la hórrida figura,  
Que para mas enfado del que tiene  
A pedirle la fe y palabra viene.

Pensó rendirle el alma de coraje  
Volviendo el moro altivo el rostro á vella,  
Y sin que ya el hidalgo honor le ataje,  
Con la espada alta arremetió tras ella:  
Huyó la vieja haciéndole un visaje  
Que le asombró miralla, y por cogella  
En unos mimbres tropezó sin tino;  
Y el feroz rostro le abrazó un espino.

No hay sierpe á quien la azada del villano  
Haya en dos medias partes dividido,  
Que así fiera vomite por el llano  
El humo del veneno recocado,  
Como el aragonés moro inhumano,  
Viéndose en tantos modos perseguido  
De aquella que matalla es caso indino,  
Y sufrir sus locuras desatino.

Y así por apartarla de sus ojos  
A correr comenzó por la espesura,  
Y ella para seguille, y dalle enojos,  
Con las alas del viento se apresura,  
«Traidor, hasta que cumplas mis antojos,  
Le dice, y la palabra y se perjura  
Que me diste, en desierto y en poblado,  
Ó viva ó muerta, me traerás al lado.»

Así corriendo por la selva espesa  
Dos largas millas fueron sin cansarse,  
Que ni él dejó el huir á toda presa,  
Ni ella el decir injurias, y acercarse;  
Hasta que un hondo río que atraviesa  
El paso les tomó, y forzó á pararse,  
Y el moro revolviendo de repente  
Viva cogió la vieja impertinente.

Y á un árbol de los muchos de su orilla  
Harto ya de sufrir la dejó atada,  
Y en livida veloz para no oilla  
Apresuró hasta el día su jornada:  
Salía ya el alba en su argentada silla,  
De rosas y azucenas coronada,  
Cuando el moro salió del bosque al llano,  
El ancho río á la derecha mano.

Y á la otra parte en un ancon que hacia  
La corva ala de un cerro puesto en frente,  
Entre arenas y aljófares bullia  
El cristal puro de una limpia fuente:  
Junto á ella puesto un pabellon se via,  
Y en torno del durmiendo armada gente,  
Dos apretadas barcas en el río,  
Y una espía en un álamo sombrío.

Llegó el furioso moro á preguntalle,  
Qué atalaya de allí, ó á quién espera,  
Cuya es la tienda y gente de aquel valle,  
Y si querrán pasarle á su ribera:  
Agradóle del moro el garbo y talle,  
Y este el primero fue, y la vez primera,  
Que de un hidalgo se pagó un villano,  
Y un navarro alavés de un castellano.

Y así le respondió: «en la hermosa tienda  
Tiene el rey de Pamplona alojamiento,  
Mas luego arrepentido de que entienda  
Que le quiso dar gusto, mudó intento;  
Y haciendo al verro sin sazón emienda,  
El receloso Ferraguto atento  
Al encubrir y descubrir razones,  
Barcas, espía, tienda, y prevenciones.

Bien entendió que el caso era de cuenta,  
Pues el rey Biarabi por su persona,  
A riesgo suyo y de su honor le intenta  
Tan lejos de los muros de Pamplona:

Tiene con él enemistad sangrienta  
Por feudatario á la imperial corona,  
Y que es traición recela, porque sabe  
Que en un navarro moro todo cabe.

Por esto quiere el caso por entero,  
Y á la espía le ruega que se abaje  
A llevar de un extraño caballero  
Si es posible á su rey cierto mensaje:  
Tanto decirle al fin supo el guerrero  
De ruegos y promesas, que el viaje  
Aceptó, y arrojándose en el prado,  
El moro le prendió, y quedó burlado.

Y haciéndole que calle, aunque no quiera,  
Con él se retiró en una espesura,  
Donde del caso la verdad entera  
Le pide, ó que bárra allí su sepultura:  
Así lobo feroz lierna cordera  
Que por su boca asió á su cueva oscura  
Lleva, sin que ya pueda libre y horra  
A su pastor pedir que la socorra.

«Señor, por el profeta en quien adoro,  
Temblando respondió, y por este paso  
En que me ha puesto la codicia de oro,  
Que no sé el fundamento y luz del caso;  
Que de un plebeyo, y no castizo moro,  
Nunca para altas cosas se hizo caso,  
Solo podré contarte lo que he oído,  
Ora sea cuento cierto, ora fingido.

El sagaz Biarabi, rey de Pamplona,  
Debajo de traer cierta embajada  
De parte del rey Carlos en persona,  
Gente metió en Toledo disfrazada:  
A Rangorio, caudillo de Girona,  
Del gigante Arganzou la firme espada,  
Y á Zaldarán, señor de la montaña.  
De un ojo solo, y de estatura extraña.

Este de cepa y de linaje oscuro,  
Aunque él se hace de su rey pariente,  
Es el que á cargo tiene dar seguro  
Del río este ancho vado con su gente;  
Y de un herrado carro el firme muro  
En que salvar la presa diligente,  
Que se entiende será una bella mora,  
Hija del que en Toledo reina ahora.

Son varios los incrédulos rumores  
Que deste robó cuentan en secreto,  
Unos dicen que el César por amores  
Así al rey lo mandó, que es su sugeto;  
Y un caballo también de los mejores  
Del mundo le envió para el efeto,  
De cuya ligereza se valiese,  
Y el hecho sin temor acometiese.

Y que Rangorio á la jornada vino  
Para mayor seguridad del caso,  
Mas ni eso lleva al parecer camino,  
Ni es de creer que en semejante paso  
Un monarca tan sabio, un rey tan dino  
De serlo del oriente hasta el ocaso,  
Cuando del tiembla el mundo, por livianas  
Causas de amor se burlen de sus canas.

Otros Rangorio padre de Oliveros  
Fingen el nuevo autor deste cuidado,  
Mas yo en secreto oí á dos caballeros  
Hacer á Biarabi solo el culpado;  
Que acometido de enemigos firos  
Su reyno, y de leoneses rodeado,  
Olvidada su edad anda perdido,  
En amorosas burlas divertido.

Al fin sease cual fuere el fundamento,  
El caso cierto es ya que Galiana,  
La dama de mayor merecimiento  
Que hoy se conoce mora ni cristiana,  
Sino hay algun notable impedimento:  
Aquí presa estará de hoy á mañana:  
Esto es cuanto del caso decir puedo,





Y lo que aquí esperamos de Toledo.»

Así el moro decía, compelido  
De los miedos del hijo de Lanfusa,  
Cuando en el bosque oyeron el ruido  
De una algazara y trápala confusa:  
Saltó el aragonés apercibido,  
La espía se le huyó, y por la difusa  
Campaña mil tragedias con espanto  
Materia dieron de venganza y llanto.

Mostróse claro el alevoso intento  
Del robo ilustre que hacer procura  
El rey de la ciudad, á quien dió asiento  
El que perdió en Farsalia la ventura:  
Y Ferragut celoso hasta del viento  
Que en el río suena, y brama en la espesura,  
No aguardó á saber mas, dejó la espía,  
Y á buscar acudió el rumor que oía.

Vió venir tras un hombre desarmado  
Con limpias armas dos por darle muerte,  
Y sin poderle socorrer clavado  
Al suelo le dejó un venablo fuerte:  
Volviéronse con paso apresurado,  
Y el moro leal que la traición advierte,

Con alma y pecho audaz y piés ligeros,  
Siguiendo fue los falsos caballeros,

Y no lejos de allí, al entrar de un valle,  
Otro vió alancear como el primero,  
Sin que á ninguno socorrer ni dalle  
Favor pudiese su ánimo ni acero,  
Cuando por una estrecha y verdo calle  
De la selva salir vió un caballero  
Con aljaba de monte de brocado,  
Y un cruel trozo de lanza atravesado.

Fue cayendo á los piés de Ferraguto  
Desangrado y mortal, creyendo fuese  
Del enemigo bando ánimo bruto,  
Que lo que otro empezó acabar quisiese:  
Y ya pagando el general tributa,  
Como antes de morir reconociese  
Que el moro era neutral, y no enemigo,  
Así le dijo en tono y voz de amigo:

«¡Oh invencible valor, cualquier que seas  
Que en ademan gallardo y real persona  
De mí muestras dolerte, y que deseas  
Vengar mi muerte, acórrerme, y perdona  
El no poder guiarte donde veas



De Toledo agraviada la corona  
Del rey mas falso, y gente mas traidora,  
Que en Meca cree, y su Alcorán adora!

Danos favor, gran Cid, si á tu presencia  
El valor de esa espada corresponde,  
Y al mundo le ha quedado resistencia  
Con que hacerla, y términos por donde;  
Socorre la beldad y la excelencia  
Mayor que en toda su grandeza esconde,  
A una ofendida infanta, y á un honrado  
Rey, de otro infame rey sin se agraviado.

Con ademan de una fingida caza,  
Y alancear una feroz leona,  
A este soto sacó la industria y traza  
Del falso Biarabí, rey de Pamplona,  
La bella Galiana, y á una plaza  
Encubierta guiando su persona,  
Nos trajo á la mitad desta floresta,  
Donde tenia una emboscada puesta.

Allí con cruel ánimo y denuedo  
Un tejido escuadron de gente muda  
Salió á robar la infanta de Toledo,  
Y á dar al rey en su traicion ayuda:  
Hizo su oficio el repentino miedo  
Sobre la que halló de armas desnuda,  
Unos huyeron, y los mas honrados  
Han muerto, cual yo ahora, alanceados.»

Así ya con la muerte y sus congojas  
El toledano á Ferragut decia,  
Cuando por la espesura de las hojas  
Uno huyendo de otros tres salia,  
De azules sobrevistas, y armas rojas,  
De sierpes llenas de oro y plumeria,  
Y el que huía una marlota gualda,  
En un hombro herido, y una espalda.

Salió á hacer reparo el moro altivo  
Contra los tres celados en matalle,  
Y al mas ligero de un revés esquivo  
De medio arriba lo dejó sin tallo:  
Al otro medio muerto y medio vivo  
Por su entero sepulcro le dió el valle,  
Y al tercero con él tal escarmiento,  
Que siendo plomo se volvió de viento.

Saltó el aragonés sobre un caballo  
Siguiendo al que huye de su aguda espada,  
No tanto por herillo ni alcanzallo,  
Cuanto por ir á dar en la emboscada:  
Al fin supo el temor tambien guiallo,  
Que en una plaza de árboles cercada,  
En desigual batalla vió metidos  
Catorce armados contra diez heridos;

Y en donde preso un sol con diez estrellas,  
Eclipsada la luz de su hermosura,  
Hecha un vistoso cielo dél y dellas  
De aquel sangriento prado la frescura:  
La bella Galiana y sus doncellas  
Llorando su presente desventura,  
A cuenta y guarda de un feroz gigante  
Temblando están de su brutal semblante.

Así en turbios y rígidos celajes,  
Entre les cuernos del templado toro,  
Humedeciendo al aire sus plumajes  
De las pleyadas el medroso coro,  
Llorosos hace y lóbregos visajes  
De tierno aljofar y arreboles de oro,  
Viendo de orion armado el brazo fiero,  
Y de su alfanje el relumbrante acero.

Puso el gallardo hijo de Lanfusa  
Los ojos en la bella Galiana,  
Que aunque llorosa, y en su mal confusa,  
Su hermosura descubre soberana:  
Aquella hermosa y luz que infusa  
Del libre sueño vió en la sombra vana,  
Cuando el amor con ella le hizo presa,  
Y en su alma la dejó y su gusto impresa.

Halló despierto á quien mostró dormido  
El día pasado el agua de una fuente,  
Y ser deste alboroto aquel ruido  
Que hacia soñando una espantosa gente:  
Cuando en rabiosa cólera encendido,  
Y en nuevos gustos del placer presente,  
Tan fiero, que mirallo atemoriza,  
Haciendo entró por los contrarios riza.

Sobre el gran yelmo de templado acero  
Una enroscada y bella sierpe de oro,  
Por alas los penachos del plumero,  
Y por veneno y silbos los del moro,  
Encontró á Grabelidos el primero,  
Una de las tres llaves del tesoro  
Del reino de Pamplona, y de sus rentas  
Le remató en su alcance el delas cuentas.

Alfajardo, y Zegridos, dos hermanos,  
El uno amante nuevo, el otro esposo,  
De dos moras de rostros soberanos,  
Que ausentes lloran su tardar penoso;  
Al uno la cabeza y las dos manos  
Que levantaba á hacer un golpe honroso,  
Y al otro de una punta atravesado,  
Por comun sepultura les dió el prado.

Creció del ciego ruido el alboroto  
Con el nuevo socorro del pagano,  
Volviendo los que andaban por el soto  
Dando la caza al pueblo toledano:  
Y al fiero Arlange, que el alfanje boto  
De herir, y en sangre envuelto el brazo y mano,  
Tornaba de mil muertes victorioso,  
Un altibajo le alcanzó espantoso.

Y dándole primero á Gorgio muerte,  
Un músico del rey, que á dar venia  
Solaz, y no á reñir, porque á su suerte  
Las pretensiones no regló aquel día;  
Contra Arlange un revés volvió tan fuerte,  
Que todas las victorias que traía  
Por el suelo le echó, y en larga pieza  
Del cuello la fantástica cabeza.

Y dando á las espaldas el escudo,  
Con la espada á dos manos fue haciendo  
Mortal estrago, y por el pueblo rudo  
Crecer el alboroto y el estruendo:  
El feroz Biarabí, que ya no pudo  
Mas el rigor sufrir del brazo horrendo,  
Ni los furiosos golpes que en su gente  
Da y ejecuta la feroz serpiente:

Con una lanza como gruesa entena  
Contra él por medio del furor se lanza,  
Y en el soberbio pecho que resuena  
En negro aliento soplos de venganza,  
El encuentro acertó, y de estruendo llena  
La selva y de los trozos de su lanza,  
Bramando vuelven por los robles secos  
Del sordo monte los quebrados ecos.

Perdió el gallardo moro los estribos,  
Abrazándose al cuello del caballo,  
Al tiempo que diez golpes vengativos  
De ira llenos bajaban á buscallo:  
Fue despertar en su furor mas vivos  
Los brios de vengarse, y provocallo  
A un increíble y espantoso estrago,  
Y á dar al rey de su traicion el pago.

Así en los duros yunques de Vulcano,  
En las cavernas del Tinacrio monte,  
Si el rayo se desliza de la mano  
Al negro Esterpe, ó al horrible Bronte,  
Rompe en fiera estampida por el vano  
Contorno de su lóbrego horizonte,  
Llevando el ronco estruendo en un instante  
Fraguas, obras, y obreros por delante.

Con semejante furia, y con violencia  
Igual volviendo en sí el feroz guerrero,  
A Lurco mata, alcaide de Plasencia,

A Gripol, á Alberindos, y á Bambiero :  
Y sin hacer caudal ni diferencia  
Del humilde villano al caballero,  
A Cepola, escudero de Algaberte,  
Y á su amo, de dos golpes dió una muerte.

Y vuelto al rey, que con feroz denuedo  
Alta la espada por le herir volvía,  
A recibille el golpe estuvo quedo,  
Y de la muerte se escapó Argalia,  
Que ya la iba tragando con el miedo  
Del jayan bravo que sobre él venía,  
Dió el golpe encima de la sierpe de oro,  
Haciendo que lo sea en rabia el moro.

Y en respuesta le dió tras de una punta,  
Que le encarnó aunque poco en el costado,  
Un ligero mandoble, en que fue junta  
La colérica rabia al justo enfado :  
Llevóle medio escudo, y con difunta  
Color el rey cayó desacordado,  
En la cabeza, el hombro, y pecho herido,  
O muerto al verde prado, ó sin sentido.

Y revolviendo la furiosa espada  
Al vulgo que á vengarle se apercebe,  
A este de intento, al otro de pasada,  
En todo su rigor y enojo escribe:  
Con que de la otra gente amedrentada  
La esperanza y el ánimo recibe,  
Y con tan buen caudillo en su presencia,  
Mas que antes hacen firme resistencia.

El valiente Arganzon, que en guarda puesto  
De las doncellas y la infanta estaba,  
Viendo caído al rey, huyendo el resto  
De solo un brazo, y su arrogancia brava;  
Bramando al cielo sale de su puesto,  
En la ancha mano su acerada clava,  
Con que una horrible pasta á un golpe fiero  
Las armas piensa hacer y el caballero.

Era Arganzon del reino de Pamplona  
Alferez real, de corazon valiente,  
Nacido segun unos en la Sona,  
Y segun otros en la Nubia ardiente,  
De corpulenta y bárbara persona,  
Armado de unas conchas de serpiente,  
De muchas fuerzas, y ninguna maña,  
A quien su rey pasó de Argel á España.

Fundó en Navarra sobre una alta breña  
Un castillo gentil, que el gran Teobaldo  
A Guevara ganó, y mudó su seña,  
Las bandas y panelas de Grimaldo :  
Dando á su ilustre casa no pequeña  
Magedad desta Peña el fiel respaldo,  
Ganada á fuerzas del soberbio Argante,  
Pariente y sucesor deste gigante.

Este pues viendo el espantoso estrago  
Que la aragonesa furia hace en su gente,  
Al rey caído en un sangriento lago,  
Y á sus golpes medroso el mas valiente;  
Dando órden que Bramul con tierno halago  
La infanta lleve en órden suficiente  
A las barcas, y allí en el albedrío  
De Zaldarán la entregue, y pase el río;

Con pecho osado, y ánimo brioso,  
Alta la espada, y su furor mas alto,  
A dar fue en Ferragut un peligroso  
Golpe ayudado de un ligero salto :  
Erróle con la cólera, y furioso,  
De rabias lleno, y sulrimiento falto,  
La bisarina arrojó, sacó la espada  
En mora sangre sin lealtad manchada.

Mas antes que ejecute el golpe fiero,  
Uno tal le prestó el sagaz pagano,  
Que el medio escudo, aunque de fino acero,  
Le llevó al suelo, y parte de la mano :  
Dió un bramido el jayan, y el caballero  
Otro segundo le asentó de llano

Encima el duro yelmo, que sin tino  
Al verde suelo del caballo vino.

Creyó que habia acabado la jornada  
De aquel golpe espantoso la violencia,  
Y así esgrimiendo la lustrosa espada  
Sin hallar en reparos resistencia,  
De tajo, de revés, y de estocada,  
Hiere, destroza, mata, y diferencia  
Con horribles señales y heridas,  
Cuerpos, armas, personas, muerte, y vidas.

De las medrosas sobras que han quedado  
Al destrozado campo de Pamplona,  
Ya sin caudillo en son desordenado  
Huye á salvar cada uno su persona:  
Y el vencedor gallardo que el cuidado  
Mayor quel suyo alienta, y aficióna  
El de la bella infanta, ya trataba  
De seguir á Bramul que la llevaba.

Cuando Arganzon volviendo en su sentido  
Furioso contra el cielo se levanta,  
Que en verse de mortal valor rendido  
Los muertos pisa, y á quien vive espanta ;  
Y el corvo allange en alto suspendido  
Un golpe al moro dió con fuerza tanta  
Sobre el dorado yelmo á todo vuelo,  
Que dió con él de espaldas en el suelo.

Bajóse por cortarle la cabeza,  
Cuando el brioso aragonés gallardo,  
Con nuevo aliento, y nueva fortaleza,  
Mas ligero saltó que un presto pardo,  
Huyendo con mañosa ligereza  
El golpe altivo del jayan bastardo,  
Aunque en el hombro le alcanzó sinistro  
El filo agudo del alfange diestro.

Cortóle de la malla el fino lazo,  
Y gracias al encanto de Lanfusa,  
Que tambien le llevara entero el brazo,  
Sino hallara en su virtud escusa :  
Mas él que solo siente el embarazo  
De no seguir la infanta, no rehusa  
Sus golpes, ni hace dél ni dellos cuenta,  
Que en uno piensa de cobrar cincuenta.

Y así despues que de uno y otro lado  
Del acerado arnés la fina malla  
El soberbio jayan cortó alterado  
En descompuesta y bárbara batalla,  
Ferragut le acertó un descaminado  
Golpe del yelmo en la dorada talla,  
Tal que él, y la cabeza, y pecho abierto,  
Espantable cayó en el suelo muerto ;

Con ruido igual al que en los valles hace  
De las sierras de Cuenca y de Segura  
El pino altivo que en sus hombros nace,  
Y en los suyos la mar vuelve segura ;  
Que si el yerro le tronca, y le deshace,  
Suenan al caer, y tiembla la espesura,  
Las hojas en los árboles vecinos,  
Y el pez en sus remansos cristalinos.

No quedó al golpe horrible altiva espada  
De cuantas antes contra sí tenía  
Que no buyese, viendo destroncada  
La mayor fuerza con que el rey venía :  
La gente antes vencida y desarmada  
Contra Bramul, que á se escapar huía  
Con la infanta, sin armas y sin tino  
Peleando le estorbaba su camino.

Hasta que libre ya de la refriega  
En que quedaba el moro diligente,  
Lloviendo sangre de su espada llega  
A dar socorro y ánimo á la gente:  
No fue de dura esta segunda brega,  
Que un desmayo entibió el furor ardiente  
De los navarros moros, viendo cierto  
Ser Arganzon vencido, y su rey muerto.

Huyeron por el bosque divertidos

A los ocultos valles de la sierra,  
Quedándose entrampados y perdidos  
Los mas por la ignorancia de la tierra :  
El bravo aragonés que vió rendidos  
Los principales nervios de la guerra,  
Envainando su espada, y su braveza,  
Así la empresa de su gusto empieza.

Llegándose á la infanta, que admirada  
Está de las bravezas de su mano,  
De sus medrosas damas rodeada,  
En tono humilde, y modo cortesano !  
« ¡ Oh beldad, dijo, en quien se ve cifrada  
La entera gloria del tesoro humano,  
Que en las centellas desos ojos vuela,  
Y ardiendo el alma sus antojos vela !

Si este humilde servicio entrar en cuenta  
Puede con el que el mundo os pecha y paga,  
Y en noble gusto un tal deseo se cuenta  
De cualquier deuda por bastante paga;  
Sin hacer de otro bien caudal ni cuenta  
Así mi presuncion deste se paga,  
Que en fe se atreve de tan buena suerte  
A ofrecerse por vuestro hasta la muerte.

Soy, si la fama deste brazo y mano  
Volar tan alto con mi nombre pudo,  
El hijo de Lanfusa y de Uliano,  
De Huesca rey, y de Aragon escudo :  
Del gran Soldan de Babilonia hermano,  
Y soy el que sin armas, y desnudo,  
Maté á Argalia en Francia peleando,  
Y las suyas quité al valiente Orlando.

Y así la fama de esa luz preciosa,  
Que ya clara en mis ojos reverbera,  
Fue en mi libre cuidado poderosa,  
Y á sus rayos mi alma tan de cera,  
Que por virtud y fuerza milagrosa  
Viva se imprimió en ella de manera,  
Que sin mas esperiencias mi memoria  
Hecha quedó un retrato de su gloria.

Y la ventura que al principio quiso  
Darme de tal tesoro alegre nueva,  
Siendo mi guía, hizo de improviso  
Que por mas bien este favor le deba,  
Trayéndome á tan nuevo paraíso  
Por dulce alivio, y por bastante prueba,  
Que si es grande la voz de esa belleza,  
Es la fama menor que su grandeza.

Luego que amaneció en mi pensamiento  
La justa estimacion desta noticia,  
Sin hacer caso de otro humilde intento  
De ser vuestro me dió noble codicia:  
Cobrando mi rendido pecho aliento  
Para con él vengar vuestra injusticia,  
Y gozar juntamente el bien que aspira  
Ese divino rostro en quien le mira.

Y así se debe todo á la grandeza  
Que el cielo puso en vos, y á mi la gloria  
De saber adorar tanta belleza,  
Y gozar sin pensar desta victoria :  
Todo junto pretende en vuestra alteza  
Deste servicio y voluntad memoria,  
Con que en mi crezca el ánimo en serviros,  
Y en tanto bien amor temple sus tiros.»

Dijo, y la alegre gente cortesana,  
Que á la espada sobró del enemigo,  
En torno de la bella toledana  
Cobraba aliento ya, y seguro abrigo :  
Y ella con la victoria mas lozana,  
En rostro afable, y en semblante amigo,  
Al gran libertador que atento via  
La dulce boca á responder abría.

Cuando vieron salir de la espesura  
Un brioso y desenvuelto caballero,  
Sobre un caballo de gallarda hechura  
Todo cubierto de oro, y él de acero,

Con una dama tal, que su figura  
Admiró los presentes... mas primero  
Que mi pluma á este cuento se entremeta  
Volverla quiero á la olvidada Arleta,

Que no es razon que porque el tiempo haga  
Su oficio en ella, como en todos suele,  
Ya que uno al irse con rigor le paga,  
No venga otro tras él, y la consuele :  
Que si con su volar todo se estraga,  
Tambien es justo que en sus penas vuele,  
Y se acabe el dolor como el contento,  
Y nada tenga en su inconstancia asiento.

Del encantado moro el justo enfado  
Atada habia dejado á la hechicera  
Al duro tronco de un ciprés copado  
Del fugitivo Tajo en la ribera,  
Donde cuando apuntaba el sol dorado  
Tras la estrella del alba placentera,  
Una villana vió medio desnuda  
Con lágrimas pidiendo al cielo ayuda.

Dióle voces la maga, y la doncella  
Con ellas de repente alborotada,  
Medrosa á los principios quedó en vella,  
De su fealdad y gestos asombrada,  
Hasta que al fin compadecida della  
Llegó á darle favor, y desatada  
Ella en pago le pide como amiga  
Para ayudarla el fin de su fatiga.

« Señora, dijo, aunque contarla quiera,  
Ni sé decir ni entiendo el cómo ha sido,  
Ayer desde mi aldea á esta ribera  
A cazar vine con mi padre un nido;  
Y no sé adónde, ni por qué manera,  
Me puso en un caballo, y él subido  
En la silla tambien, donde queria  
Furioso nos llevaba y nos traía.

Metíonos por la lóbrega espesura  
Deste bosque sin luz, y andando á tienta  
De un riesgo en otro, sin hallar segura  
Senda ni guía á nuestro ciego intento,  
La noche fuimos toda á la ventura,  
O sin ella, hasta ya que al pardo viento  
El lucero aclaró, y con su tesoro  
De blanca plata hizo el carro de oro.

Entonces en el soto de improviso  
Una fiera saltó, y alborotado  
El brioso animal hurtarle quiso  
La vuelta dándola él desordenado :  
Dió conmigo en el tronco de un aliso,  
Y en su huir á mi padre desdichado  
Colgado le llevó de un corvo estribo,  
Haciéndole quiza pedazos vivo.

Yo por estos ribazos, y estas peñas,  
Con el ansia de darle algun socorro,  
Cual me ves destrozada de sus breñas,  
Sin saber dónde á socorrelle corro.»  
Dijo, y entre unas vástagas pequeñas  
De álamos, que hacen en el prado un corro,  
Los bufidos oyeron del caballo,  
Acudiendo las dos por atajallo.

Halláronle entrampado en los grimazos  
Que un ciego bosque de álamos hacía,  
Hecho el villano entre sus piés pedazos,  
De un estribo colgado todavía :  
Dió la doncella en él tristes abrazos  
De sobresalto llena, y de agonía :  
Arleta asió del freno por la rienda,  
Tomando el paso de una estrecha senda.

Conoció en el caballo, y el suceso,  
Ser el que iba buscando Ferraguto,  
Aquel moro feroz que en su alma impreso  
El brio dejó de un pensamiento bruto :  
Y sin dar mas consuelo en el avieso  
Caso de la doncella, ni en su luto,  
Sola se la dejó, y se fue contenta,



Que del ajeno mal ¿quién hace cuenta?

Va con ella doméstico el caballo,  
Y ella agradada de su vista y talle  
A Brabonel pretende presentallo,  
Y con esta ocasion nueva obligalle:  
Y si él cual debe no le estima, dallo  
En premio á quien prometa de vengalle  
Del afrentoso agravio que le hizo  
Aquella noche el moro advenedizo.

#### ALEGORIA.

En las tragedias de Bahamel y su esposa, hechas tan á ciegas, y con tanta desgracia, se muestra lo mucho que en los sucesos humanos pueden las estrellas bien ó mal afortunadas, que aunque no llegan á forzar la libertad del albedrio, no hay duda que en las cosas

inferiores es gran fuerza la del hado, que segun la opinion de algunos, referida por Santo Tomas, es la disposicion del signo en que cada uno es concebido, al cual aunque le es superior el libre albedrio, en muchas cosas se deja vencer de su violencia, y principalmente en aquellos casos que el saber y prudencia humana no alcanza á prevenir, y eso quieren decir las desgracias del caballo Clarion, que la fuerza de las estrellas predomina en los brutos, y en la parte sensitiva, y no en el albedrio humano y voluntad racional.

En Ferraguto abrazado con Arleta, se muestra cuan cierto es en el hombre caer de las manos del deleite en las del arrepentimiento: la vela de Arleta significa los aparentes antojos de un deseo amoroso, y cuan otras de lo que son pinta y barniza las cosas.

Ferragut peleando con las geates de Biarabí en favor de Galiana, es figura de la irascible contra los estorbos que se le ofrecen al paso del conseguir el fin que el hombre pretende: y en Biarabí destruido y frustrado de su intento, como un traidor pocas veces se escapa de morir á manos de su traicion.

## LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO. Describese quién fue Arleta, la cual presenta el caballo Clarion á Rangorio porque le veague de Ferraguto, á quien hallan con la infanta de Toledo, acabando de vencer la gente que la llevaba presa. Llega el campo de España á San-sueña, haciendo una gallarda reseña á vista de sus muros. Sale Carlidoro á reconocerlos, ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata de robarla la siguiente noche. Serpille y Celedon compañeros suyos hacen grande estrago en la gente dormida del real cristiano. Carlidoro, como lo trazó, roba á Florinda, y huyendo con ella da en una escuadra de cristieñas, donde le matan, y á ella sin conocer la llevan presa á la tienda de su esposo.

FUE Arleta (es bien, señor, que sepais esto  
Para mas luz de su famosa historia)  
Una maga falaz, cuyo compuesto  
Rostro aun conserva Tajo en su memoria,  
Y en una carcomida gruta puesto



Su primera beldad hace notoria,  
Y del furor de su ánimo insolente  
Esto por tradicion cuenta la gente.

En su florida edad de agrado y gusto,  
Aunque altiva en su trato, y deshonesto,  
Con que en celosas rabias y disgusto

Siempre á Toledo trajo en bandos puesta:  
Amiga de Yucef, moro robusto,  
Que á toda España gobernó, y con esta  
Mano en su pretension no hubo interese  
Que no intentase, y con que no saliese.

Mas el tiempo que todo lo consume  
Dió y tomó como en otras en sus cosas,  
Dióle males que cuente, años que sume,  
En ferias de las perlas y las rosas;  
Quedándose tan vana, que presume  
Que aun pueden ser al gusto apetitosas  
Las fruncidas arrugas, y las sanas  
De los húmedos ojos sin pestañas.

Tirando de la edad cuanto mas pudo,  
La ponzoña del tiempo y del afeite  
El turbio rostro le dejó sañado,  
De unciones lleno, destilando aceite:  
Y el débil cuerpo de raíces nudo  
Con las vivas memorias del deleite:  
Mártir de nuevas aguas y legias,  
Que en reumas trueca el curso de los dias.

Perdió con ellas los manchados dientes,  
De un ojo el sol, y la una y otra ceja,  
Que estos son los toisones escelentes  
Que el torpe vicio á quien le sigue deja:  
Al fin hecha de humor horribles fuentes,  
Por todas partes consumida y vieja,  
Dió en procurar con infernales medios  
A su antigua pasion nuevos remedios.

Tenia en el Tajo entre una obscura breña  
Una encubierta gruta en que vivia,  
Y una fuente llamada de la Dueña,  
Que de ara á sus conjuros le servia:  
Quizá fue á donde ahora es Fontidueña,  
Y su nombre heredó desta harpía,  
Que hay fama que en su pueblo aun persevera  
Nobleza desta antigua hechicera.

Tenia la fuente siempre emponzoñada,  
Y enturbiando sus aguas el sentido,  
Dejaban la memoria embelesada,  
Y el gusto al suyo sin querer rendido:  
Con que en torpe deleite ocasionada  
Deseo no tuvo sin le ver cumplido,  
Sino el de Ferragut, cuya locura  
Las luces apagó de su hermosura.

Esta pues con las riendas del lozano  
Caballo Clarion va su camino,  
Trazando en sí de darlo de su mano  
Al que ya hizo de sus gustos dino:  
Al feroz Brabonel zaragozano,  
O á quien le busque y mate al sarracino,  
Pretensor bravo del gallardo potro.  
Que al uno adora, y aborrece al otro.

Gozó de Brabonel algunos dias  
En vario engaño y ciegos embelecicos,  
Hasta que al fin por encubiertas vías  
De su cueva huyó á los montes secos;  
Sin valer ya con él magas porfias,  
Ni de su halago los fingidos ecos,  
Y presa de su amor entonces iba  
Con la memoria y la aficion mas viva.

Cuando al bajar de una pequeña loma  
Vió un caballero de unas armas goles,  
Que bañada la espada en sangre asoma  
Cual sol de abril en rojos arreboles,  
Y que el camino hácia la selva toma  
Tras dos gallardos moros españoles,  
Que el caballo le han muerto por dejalle  
Sin que seguirlos pueda á pié en el valle.

Alcanzó al uno de un revés ligero,  
Que lo fue mucho mas que su caballo,  
Yendo al suelo caballo y caballero,  
Sin que trate el que huye de ayudallo:  
Y acertando el segundo golpe fiero  
Le abrió del hombro al pecho, y pudo dallo

Tan á gusto y sabor, que el que húa  
Con solo alfanje y sin arnés venia.

Al otro le valió su ligereza,  
Y el victorioso caballero armado,  
Volviendo á todas partes la cabeza,  
A Arleta vió bajar por el collado,  
El caballo del diestro, que en belleza  
Escude á cuantos Betis ha criado,  
Con el rico jaez que al huello ufano  
Sonando el oro le hace mas lozano.

Era este caballero el gran Rangorio,  
Padre que es de Oliveros, y de Baldo,  
El que en Mopsa mató en su Consistorio  
Alevemente al conde don Grimaldo:  
Aquel conde nobleza de Sertorio,  
De Montesinos padre, y de Teobaldo,  
Que á España huyeron, y de su renombre  
A la Peña de Francia dieron nombre.

Este por Carlo Magno era en Girona  
Gran duque, y á esta empresa toledana  
Con el falso rey vino de Pamplona  
Por ver de Brabonel la espada ufana,  
Con quien probó aquel día su persona  
Dentro en la inculta selva comarcana,  
Mientras que el rey como hambriento lobo  
De una tierna cordera hacia su robo.

Y estando en lo mejor de la batalla  
A ellos vieron venir tres caballeros,  
Publicando el peligro en que se halla  
En el bosque la infanta y sus monteros:  
El moro Brabonel por ayudalla,  
En fe le pide de inclitos guerreros  
En aquel punto dejen el combate,  
Y al día siguiente alarguen su remate.

No lo otorgó el francés, que era su intento  
Que Biarabi saliese con la empresa,  
Cuando los tres con ciego atrevimiento,  
Viendo á traicion llevar su infanta presa,  
A un tiempo juntos su furor violento  
A dar sobre él bajaron con tal priesa,  
Que sin que Brabonel pueda estorballo  
Mataron sino á él á su caballo.

Y no admitiendo el de Aragon la suerte  
Que á su victoria el tiempo le ofrecia,  
Las riendas vuelve, y de su pecho fuerte  
El brio á dar favor á su alegría:  
Rangorio de los tres dió á los dos muerte,  
El tercero huyó á servir de guia  
A Brabonel, cuando el preñado monte  
Al valle parió á Arleta, y á Clarionte.

Salíó á ver el retrato en que tenemos  
Juntos el de hermosura y de fiera;  
Caballo y dama, donde visto habemos  
De las obras del tiempo la firmeza:  
Ambos de los azares los estreinos,  
Uno en torpe fealdad, otro en belleza,  
Ahora Rangorio en ambos entrampado  
¿Como se librará de desgraciado?

Preguntóle, á quién lleva aquel caballo,  
Y respondió á sabor la astuta vieja,  
Que es suyo, y que lo lleva para dallo  
En premio á quien la vengue de una queja:  
Ofrecese el francés á procurallo,  
Y ella á su gusto y voluntad lo deja,  
Con tal que hasta vengarla en cualquier via  
Segura le haga y noble compañía.

Refirióle que habiendo regalado  
De casa y cena á un falso caballero,  
La habia sin culpa suya deshonrado,  
Y mostrado á sus blandos ruegos fiero:  
«No sé, dió el francés, lo que ha pasado,  
Yo haré lo prometido verdadero,  
Lo demás tú lo sabes, solo digo  
Que tenia hambre quien cenó contigo.»

Miróle de mal gusto la ramera,

Y á no haber dado ya el caballo, es cierto  
Que por solo aquel mote no le diera,  
Aunque le diera á Ferraguto muerto:  
Mas viendo que enojarse entonces fuera  
Perderlo todo, prosiguió el concierto  
Como astuta y sagaz por mil maneras,  
Echando en burlas las pesadas veras.

Y él con ella á las ancas por la selva  
A buscar fue la gente de Pamplona,  
Antes que el fiero Brabonel revuelva  
De Toledo á amparar la real corona:  
Mas por presto que á dar alcance vuelva  
Al amado escuadron, y á la persona  
Del encantado y diestro Ferraguto,  
Su primer fiesta habrá trocado en luto.

Y como en los azares que traía  
El francés cabe todo, vió temprana  
Su cierta destruicion en alegría  
En que la gente estaba toledana:  
Que este es el gran guerrero que salia  
Del monte, y suspendió de Galiana  
La respuesta, y de Arleta el desenfado,  
La que mas que los muertos manchó el prado.

Fue general la turbacion siguiente,  
Galiana en conocer por el escudo  
De tres coronas al francés valiente,  
Y él en ver tal destrozo quedó mudo:  
Arleta hallando á Ferragut presente  
Tenerse de temor en pié no pudo;  
Cayendo del caballo sin aliento  
A los piés de su altivo pensamiento.

El moro mas que nadie alborotado  
Viendo el caballo tras que ayer corria,  
Y de otra parte el bullo embalsamado  
Que enal muerta fantasma le seguia;  
De uno rabioso y de otro alborotado,  
Romper por todo su furor queria...  
Mas del acometido rompimiento  
Otra vez se dirá el furor violento.

Que ya Tibalte á vista de los muros  
Y levantadas torres de Sansueña,  
A trinchar y hacer fosos seguros  
Del gran Leon encamina la alta seña:  
Y en distintas escuadras por sus duros  
Collados va en bellísima reseña,  
Tal que la antigua magestad de España  
El aire, aunque oprimida, en triunfos baña.

De Sansueña el alcaide un tiempo espóso  
Fue de Brunilda, hermana del rey Silo,  
En quien de un parto tuvo peligroso  
Dos hijos, y mil lágrimas á hilo,  
Muriendo para dar fruto precioso,  
Con mas gracias que flores riega el Nilo,  
En una bella niña y un infante,  
Como la luz que al día va delante.

Al niño hurtó un esclavo en un desierto,  
O cruel le mató sin culpa alguna,  
Mas de la niña el cielo hizo un enjerto  
En su rostro del sol y de la luna:  
Tomó en sus ojos la hermosura puerto,  
Desde donde ella y el amor á una  
Los dulces tiros hacen, cuya guerra  
En un cielo de paz vuelven la tierra.

Fue su nombre El-rinda, y ella un mayo  
De flores, cuyo pecho y alma activa  
De un fuerte amor el poderoso rayo  
Al primer golpe la dejó cautiva,  
Y hoy de una larga ausencia el frio desmayo  
Apenas la esperanza tenia viva,  
Cuando en sus vueltas la fortuna incierta  
Viva con una la volvió de muerta.

Del conde don Tibalte un noble hermano,  
Que Argildos de Velasco se decia,  
Por su teniente en el real cristiano  
Puesto en favor de la ciudad venia:



Altivo, jóven, de ánimo lozano,  
Pecho fuerte, y robusta gallardía,  
Que en la corte de Oviedo con bastante  
Favor fue desta dama tierno amante.

Vino el valiente godo á la jornada  
Solicitado de amoroso ruego,  
A ver su gloria con la vista amada,  
Cuyas ausencias le han tenido ciego:  
Y porque el rayo de su ardiente espada  
Allí importa que ayude á sembrar fuego,  
Al fin entre el furor que el alma encierra  
En busca de su paz vino á la guerra.

De finos jaspes con relieves de oro  
En lo mas alto de una torre habia  
Un bello mirador, que el campo moro,  
Y de Arga la ancha vega descubria:  
Aquí á las voces de un clarín sonoro,  
Que descubrió la hermosa infantería,  
En rico estrado de oro la gallarda  
Florinda su vistoso alarde aguarda.

Cercada de bellísimas doncellas,  
Y de esperanzas y deseos cercada,  
Por ver la entrada de los campos ellas,  
Y ella por ver de su amador la entrada:  
Con rica cinta de esmeraldas bellas,  
Y un delfín que las traga por lazada,  
En agüero feliz que está en bonanza,  
Cebida ya del fin de su esperanza.

Puesto á su lado el venerable Artero,  
Que plástico en la guerra les dijese  
Bandera por bandera el campo entero,  
Y quien su capitán y escuadra fuese:  
Fue la gente llegando, él con severo  
Aunque alegre semblante, en que se viese  
De su cordura y discreción el modo,  
Así fue señalando el campo todo.

El que á su cuenta trae el estandarte  
Real, y el aire enciende con su acero,  
Debajo cuyas grevas viene un Marte,  
Mas que el que en Tracia riñe altivo y fiero:  
Aunque de godo tiene una gran parte,  
De la antigua montaña es el primero  
Tibalte de Velasco, y desta gente  
Digno caudillo y general prudente.

Bello Centauro en medio los barbechos  
Pinos de Osa parece en brío y talle,  
Cuando con dos espaldas y dos pechos  
La espesa selva asombra y rompe el valle:  
Tiemblan á sus piés anchos los barbechos,  
Las fieras y ganados le hacen calle,  
Y él dejando tras sí la alta montaña  
Las fuentes turba, y hunde la campaña.

Del antiguo Idubeda, que ya puso  
Nombre á esta inculta sierra, es descendiente,  
Y la gallarda escuadra que en difuso  
Montón le cerca de su casa y gente,  
Diestra en la alegre caza, y en el uso  
De herir de lejos con venablo ardiente,  
Cuyas flechas y dardos enastados  
Por los aires alcanzan los venados.

El que sigue tras del con su bandera  
Es el valiente jóven Coribanto  
De Tenca sangre casta verdadera:  
El siguiente es el noble Radamanto,  
Que una hidalga escuadra rige entera  
Del valle de Solorzano, y el inanto  
De hoces de verde plata y lirios de oro  
Siembra en su nueva gala un real tesoro.

Claverindo es aquel, y las legiones  
Que la fértil Rioja el valle opaco  
Con rejas rompen, y los ricos dones  
De Ceres gozan y del libre Baco:  
Aquel es Aldigér, cuyos florones  
Del limpio arnés y del bruñido jaco  
Los rayos dan, que ahora con sus bríos

Vuestros ojos deslumbran, y los míos.

Su gente siempre á guerras inclinada,  
Y puesta al enemigo por frontera,  
Con corvo arado, y con luciente espada  
A un tiempo abre del surco la carrera:  
La que tras ella en ala concertada  
De un dragon de oro sigue la baudera,  
Es de las quiebras de esta insignie sierra  
Escogida la flor de cuanto encierra.

Del valle de Bastán los mas valientes  
Aquellos son de los escaques de oro,  
Hechos á defender por sus vertientes  
De sus famosas minas el tesoro:  
Aquel es Berlicano, los siguientes  
Son Peralta y Cerdán, que al pueblo moro  
Han ganado en diversas ocasiones  
De sus graves escudos los blasones.

De dos mil es su bella escuadra junta,  
Gente insigne, ligera, y belicosa,  
Arrogante, feroz, y que se apunta  
En cólera y furor por cualquier cosa:  
No sabe en general herir de punta,  
Ni de lejos la flecha peligrosa  
Despide á donde haga golpe vario,  
Mas pecho á pecho rinde á su contrario.

Monsalve es quien la guía, por ausencia  
Del príncipe Teobaldo de Guevara,  
Cuya grave persona y real presencia  
Su ilustre sangre muestra al mundo clara:  
Nacido donde de Arga la violencia  
En rocas de cristal rompe y declara  
Entre un preñado monte, y su eminente  
Risco el vistoso origen de su fuente.

Es el que la argentada luna vuela  
En campo azul el lusitano Argante,  
Famoso cazador y que en la escuela  
De Cupido gran tiempo fue cursante:  
Diez años la bellísima Clarela,  
Que ahora es ya su esposa, fue su amante,  
Y tantos en su ardiente sangre moza  
La esperanza vivió del bien que goza.

De ochocientos caballos le acompaña  
La bella escuadra que en Setúbal hizo,  
A quien freno ni espuela, industria ó maña,  
Ligereza les da ni brío postizo:  
Es fama que al frescor de su campaña  
Del mar vecino el viento movizado,  
En sus fecundas yeguas dió la eria  
Que despues con su padre competia.

Desto se precian, y de haberles hecho  
El rey Tubal primeros deste mundo,  
Dando principios á su pueblo estrecho  
(Si es como dicen) sobre el mar profundo:  
Con ellos van los que el dorado techo  
Guardan de Bamba, y su jardín fecundo,  
En Ilircana, y aquellos que en Mondego  
Las sombras gozan de su fértil riego.

Las armas destes son ligeros dardos,  
Dorados yelmos, y argentadas mallas,  
Con que veloces cruzan, y gallardos  
Cual mejor gustan tejen sus batallas:  
Los que ya allí de sus plumeros pardos  
La alegre sombra da en nuestras murallas,  
Son ochocientos asturianos fuertes,  
Diestros á hacer en sus contrarios muertes.

Dos tantos trae el escudron siguiente,  
Todos de lo mejor de la montaña,  
Y ambos á cargo y cuenta del valiente  
Róm, que allí su luz la vista estraña:  
Este del rey Hesperio es descendiente,  
Que antiguamente gobernó en España,  
Y aquel lucero de oro en medio un cielo,  
Armas son y memoria de su abuelo.

Fue Hesperio un gran gigante, de quien toma  
Italia nombre, y nuestra España aumento,



Y de Romi, su nieta, el suyo Roma  
(Si es de la fama verdadero el cuento);  
Que este del sacro Tiber la anchia loma  
Hizo gemir, y abrió el primer cimiento  
Del muro, á quien despues los dos hermanos  
Con la sangre bañaron de sus manos.

Allí viene Fabricio, ¡oh adverso hado!  
Sin su querido fijo cual solia,  
De su alma vida, abrigo de su lado,  
Y bella lanza, si en Leon la habia:  
Con la hermosa Gaviria desposado  
Por festejar sus bodas salió un día  
A caza, y el correr de un oso fiero  
Hizo un segundo Adonis del primero.

De Bardulia mil fuertes moradores  
Siguen el tremolar de su bandera,  
Hombres duros, incultos, sufridores  
De los trabajos y la hambre fiera:  
Menosprecian las penas, son mejores  
Cuanto mas el rigor les persevera,  
Cantan en los tormentos, y las furias  
Al verdugo acrecientan con injurias.

Son de su natural duros y atroces,  
Que su tierra de hierro y pedernales  
Hecha una dura pasta, los feroces  
Animos cria á su cosecha iguales:  
A la ira prestos, al herir veloces,  
Y al aceptar pendencias liberales,  
La madre mas piadosa al hijo amado  
De acero le arma y le ocasiona armado.

Está toda Cantabria á la influencia  
Del fiero norte, y su importuno yelo,  
Hiriéndola de lleno la inclemencia  
De aquel cuartel de riguroso cielo;  
Con sola esta pequeña diferencia,  
Que en las figuras de su tardo vuelo,  
Los dragones, los osos, las serpientes,  
Son allá arriba estrellas y acá gentes.

Pues ya con el clarín de aquesta guerra  
Sus belicosos pechos alentados,  
No quedó valle en su fragosa sierra,  
Que cual Tebas no espigue hombres armados:  
Los que en desentrañar la dura tierra,  
O en las ardientes masas ocupados,  
El metal labran, que de luz vestido  
En las hornazas hierve con ruido.

Los que del Deva gozan los cristales  
Que le entrega el helado Pirineo,  
Y á los que en sus salados minerales  
De blanca sal les dan sabroso empleo:  
Los que del mundo habitan los puntales  
Sobre las nubes puestos por trofeo,  
Y en la Peña Udalacha y en Ambroto,  
Sombrio gozan y agradable soto.

Es este el fresco valle de Arrazola,  
Con quien se aunan por diversas vías  
Los que por las riberas del Urrola  
El rumor sordo asombra de herrerías:  
Cuando en ardientes llamas arrebola  
Del pardo hierro las escorias frías,  
El que al valle de Aytona, y de Zumaya,  
De nimbres ciñe la florida raya.

Brigante es el que allí con plumas varias  
Cual rojo león fantástico campea,  
Y Arnesto el que se sigue, de contrarias  
Opiniones y modos de pelea:  
Aquel quita á las armas ordinarias  
El entero espaldar, donde se vea,  
Que yendo en las espaldas sin abrigo,  
Jamás las ha de dar al enemigo.

Mas Arnesto de solo acero viste  
Las espaldas, y el resto desarmado,  
A su contrario mas seguro embiste  
Que si de dobles petos fuera armado:  
En prevenirse con recato insiste

Al que puede venir descaminado,  
Que el enemigo que delante halla  
Harto hace en defenderse en la batalla.

Tras estos dos, que un solo arnés bastante  
Defensa y armas da en cualquiera guerra,  
Con las suyas le sigue lo restante  
Del río Lezo, y su abundante tierra:  
El valle de Olearso, el relumbrante  
Menlasco, la encumbrada y fértil sierra  
Que el río Vidaso rompe cuando llega  
A ver de Urantzua la espaciosa vega.

Quinientos firmes hombres de armas lleva  
Cada uno destos dos, á quien se junta  
La gente que del río Arajes prueba  
Romper los yelos con pesada yunta:  
La de Arracilo antigua, y la mas nueva  
Del Irnio monte, y su nevada punta,  
Gentes todas indómitas, feroces,  
De diestras manos, y de piés veloces.

Tienen por triunfo de su brazo fuerte  
No perdonar la vida al enemigo,  
Mas vencer ó morir de cualquier suerte  
Sin otro que su escudo por abrigo:  
Juzgan por sola venturosa muerte  
La que en la guerra queda por testigo  
De su braveza, y sin valor ni fama  
Quien tras largo vivir murió en la cama.

El de aquella dorada cruz por seña  
Es nieto del famoso Ballugante.  
Fundador de los muros de Sansueña,  
Y sucesor del Mauritano Atlante:  
Vino á la luz que nuestra ley enseña  
Por oración del santo monge Arhante,  
Que la alta Peña de Udalacha habita,  
Y el mundo rige allí desde su ermita.

Con él vienen los pueblos que de Soria  
En vida agreste labran las montañas,  
Y la sierra Menistra, cuya anoría  
Derrama el río Jalon de sus entrañas:  
Los que del Caco antiguo la memoria  
Entre los surcos guardan y espadañas  
Del frío Moncayo, en cuya cumbre ufano,  
Su alcázar tuvo el nieto de Vulcano.

Fue este el primero que en la fragua ardiente  
De las masas de hierro forjó espadas,  
Y el que el yelmo inventó resplandeciente,  
Y anudó al jaco mallas enlazadas:  
Del tercio de Ibarbuen era esta gente,  
Mas hoy guía sus escuadras reforzadas.  
De Atlante el sucesor, que un trance honrado  
Vida á su dueño le quitó, y cuidado.

Mas que diré de ti, oh Alces valiente,  
Sino que tú eras solo poderoso  
Con tu gran corazón, y el de tu gente  
A volver desta guerra victorioso:  
Tras ti los que del Dueña en la corriente  
De beber gozan su cristal sabroso,  
Y los que de Gijón los fuertes muros  
Obra romana aun guardan hoy seguros.

Los marítimos pueblos de su costa,  
Y los que de Pelayo el estandarte  
En escuadra vió humilde, y á la angosta  
La voz seguir de un no temido Marte,  
Y á los que el paso estrecha y ensangosta  
Del valle Riar la venturosa parto,  
Que sus cenizas guarda en fama eterna  
De Cobadonga en la feliz caverna.

Entre ellos van los mismos que al río Deva  
Ven ir volcando yelmos acerados  
De sesenta mil moros, que con nueva  
Muerte los dejó el cielo allí enterrados:  
Huesos y armas al mar trastorna y lleva,  
Los labradores calzan sus arados  
Con los arneses que de la alta sierra  
El río que la carcome desentierra.

Fabio es aquel que en rayos de diamantes  
Y acero ardiendo lleva el yelmo duro,  
Gran capitán de Orense, y sus triunfantes  
Pueblos aquellos de aquel polvo obscuro:  
Estos con sus cuchillas relumbrantes  
Hechos un escuadrón tejen un muro,  
Mas fuerte que de mármoles cuadrados  
A los que dentro dél se hallan guardados.

Allí segura encierran su bandera,  
Y aun su reino pudieran todo junto  
Si en tan estrecho término cupiera,  
Sin dél perder ni de su honor un punto:  
Con los que al rojo Miño su ribera  
Cultivan, y un fastástico trasunto  
De Marte hechos sus montañas yermas  
Labran, y gozan las romanas termas.

Van los que de su río la ancha fuente  
Ven, y al de Lugo fecundar la sierra,  
Y el noble pueblo, á quien de Baco ardiente  
El nectar baña la abundante tierra:  
Hierven las cubas, su licor caliente  
Hace al mundo sabrosa y dulce guerra,  
Y ellos de anchas cortezas de alcornoque  
Rodelas usan, y acerado estoque;

Pintadas de serpientes y leones,  
Bandas, castillos, águilas, estrellas,  
Sin poner por trofeos ni blasones  
Los bellos rostros de sus ninfas bellas:  
Tienen por sacrilegio en sus cuestiones  
Que yendo allí sus damas den en ellas,  
Y caso á su arrogante pecho injusto  
Que aun las sombras ofendan de su gusto.

Y ellos tan cerca riñen de ordinario,  
Quemiden pié con pié el desnudo estoque,  
Porque del yerro ajeno el golpe vario  
En daño de su autor sus armas toque;  
Que así la espada aliera del contrario  
De su frágil rodela el alcornoque,  
Que se queda con él, y desarmado  
Es fácil de matar cualquier soldado.

Larsio es aquel de aquella luna nueva,  
Gran hombre de á caballo en ambas sillas,  
Sertorio el otro, que las gentes lleva  
De Fontible, y las torres de Mantillas:  
Allí va Sacrisildo haciendo prueba  
Del real valor que de ambas las Castillas  
Heredó de sus padres, y á su lado  
Montalvo el rojo resplandece armado.  
Los que en la sierra Orbion las moradas  
Gozan de los antiguos Pelendones  
Vienen tras él, y todas la cañadas  
Que de su lago asombran las visiones:  
Gentes á ver fantasmas enseñadas,  
Que otra cosa no son que los varones  
Ya vueltos vanas sombras, que en Numancia  
Contra Roma mostraron su constancia.

Es fama que estas gentes ya cansadas  
De la prolija hambre, y cerco duro,  
Sus mismas armas contra sí asestadas  
Fuego sembraron en su intacto muro:  
Y de sus firmes venas desangradas,  
Rojas manchas de Duero al cristal puro,  
Que despenado va de tierra en tierra  
Huyendo al mar de su espantosa sierra.

De Berlanga, Gormaz, Osina, Arlanda,  
De Tordesillas, de Zamora, y Toro,  
Es la gente feliz que aquella banda  
De negro luto sigue en campo de oro:  
Aquel es del gran conde de Miranda  
El estandarte real, este es Montoro,  
Capitán de Simancas, y el siguiente  
De Calahorra la invencible gente.

Estos, los cuales matan en su tierra,  
Armados poner suelen por los muros,  
Y con muertas fantasmas hacer guerra,

Y sus flacos adarbes mas seguros:

Y cuando el año se les alza y cierra,  
Y el pan les falta, y los bizcochos duros,  
Ni eso les rinde, ni les hace daño,  
Que como tengan guerra no hay mal año;  
Que armados salen de hambre, y la comida  
Al enemigo quitan mas valiente,  
Y cuando no hallan mas quitan la vida,  
Y los cuerpos traen muertos á su gente:  
Y no es carne para ellos desabrada,  
Que la ira con la hambre es suficiente,  
Para que si en sus trojes falta el trigo,  
Se coman con sabor al enemigo.

Este es el grave Firmio, cuyo pecho  
Del antiguo Diomedes descendiente,  
Un fénix trae por timbre de oro hecho  
En llamas de un balaz resplandeciente:  
Empresa de Vergidio, que al estrecho  
Vierzo un tiempo dió nombre, y con su gente  
En rubias masas de metal sonoro  
A sus altas medulas sangró el oro.

Allí de Carracedo el negro lago  
La gente da á este guerra que él recibe,  
Suelta y feroz, que en su encubierto pago  
De pescar sierpes por las aguas vive:  
No sabe que es tener tiempo aciago,  
Ni de la muerte horror, solo concibe  
Deleite el alma cuando en dura brega  
A echar las garras al contrario llega.

No usan blancos venablos, ni su flecha  
La cuerda escupe en arcsos desiguales  
Mas duros robles de áspera cosecha,  
Empedrados de vivos pedernales:  
Porque mas les probó que en guerra estrecha  
Ver del contrario rostro las señales,  
Y ellos en medio del sangriento estrago  
Sierpes parecen de su obscuro lago.

Así el Leonés decía, y la hermosa  
Florinda, «dime, dijo, ó sabio Altero,  
De aquellos dos hermanos la pomposa  
Librea que allí descubre el limpio acero:  
De un tallo son, de un cuerpo, y una airosa  
Alma pienso les da el aliento entero,  
Segun en sus acciones se remedan,  
Que ambos van, ambos pasan, ó ambos quedan.»

Rió Altero, «y no sois, señora, dijo,  
Vos sola quien cayó en esa sospecha,  
Que ya en muchos se dijo, y se desdijo,  
La misma conjetura por vos hecha:  
Y ellos no hermanos son, mas padre é hijo,  
Y si mas firme puede, y mas estrecha  
Ser la fe y la amistad, mas firme y bella  
La dió á los dos su venturosa estrella.

Leonardo es el padre, que en Valencia  
De una hija del rey hubo á Lisardo  
En una cueva, donde la violencia  
Huyendo le llevó de un suelto pardo:  
Hallóla allí, y no hallando resistencia  
En su gusto, no fue en cumplirlo tardo,  
Niño, y niña tambien la mora bella,  
Que salió madre, donde entró doncella.

Parió á Lisardo, y en mantillas de oro  
A su padre le envió en grave presente;  
Gastando él en criarle un gran tesoro,  
Nada á su real grandeza diferente:  
Y hoy en el rostro, el tallo, y el decoro,  
Lo mismo cree que vos toda la gente,  
Y ellos con gusto del sabroso engaño,  
Siempre se visten de un arnés, y un paño.

Mas el que allí con plumas amarillas  
El oro aviva del grabado escudo,  
Si bien la débil vista percibillas  
Entre el contento y sobresalto pudo,  
Mi nieto Alcindo, diestro en ambas sillas,  
Fuerte en la brida, en la gineta agudo,

En el brio me parece, en que sin tasa  
Honra da á mi vejez, lustre á su casa.

Ya conozeo de su águila la aguda  
Vista y las plumas de oro con que vuela,  
Oh jóven bello, á quien mi lengua muda  
Siempre en contar tus hechos se desvela,  
Dete el cielo feliz próspera aynda  
Cortando tarde la preciosa tela,  
En que tu heroica juventud recama  
Honra á tu patria y á su nombre fama.

Tenga en tu diestra la fornida lanza  
Mas firme encuentro, y golpe mas cumplido,  
Que tu padre infeliz tuvo en Arlanza,  
Donde á mis flacos piés le ví tendido:  
Apenas me dió en ti nueva esperanza  
El cielo, apenas tú de un mes nacido  
Eras, cuando se halló viuda tu madre,  
Yo sin mi amado hijo, y tú sin padre.

Del bárbaro Argalmi la inútil clava,  
Mientras él con Chaquin, y el fuerte Ardante,  
A una su espada y su ánimo probaba  
Con diez vencidos moros por delante,  
Bajó á traicion; ¡oh cielo! á quien tocaba  
Vida y brazo guardar tan importante,  
¿Por qué al padre infeliz darle quisiste  
Golpe tan grave, confusion tan triste?

Cavó muerto á mis piés, ¡oh hado inhumano!  
Que aun lugar no me dió el dolor que siento  
A cerrarle los ojos con mi mano,  
Ni á mi boca pasar su último aliento:  
Mas al cruel homicida no con vano  
Furor el mio pasé, que así sediento  
De su sangre la mia satisface,  
Que honor, vida, y victoria le deshice.

Vengué tu muerte al fin, pluguiera al cielo  
La suerte, oh hijo amado, se trocara,  
Y con mi inútil carga el rojo suelo  
La tuya alegre y nueva rescata...»  
Así en perlas bañando el blanco pelo,  
Que venerable adorno da á su cara,  
Altero, entre el dolor y la alegría,  
Del vivo y muerto hijo proseguia.

Movió así el grave llanto el noble pecho  
De las tiernas doncellas, que ninguna  
Dejó de acompañarle; él satisfecho  
De aquella compasion de su fortuna,  
Enjugando los ojos sin provecho,  
«De cuantos! dijo, ¡ay Dios! sin culpa alguna  
Mi vista ver su gallardía no supo,  
Mientras sin fruto en lágrimas me ocupo!

¿De cuantos sin razon no he dado cuenta;  
Dignos de que la haga el mundo dellos!  
¿Cuántos de aquella nube polvorienta  
La sombra cubre, y el placer de vellos!  
Allí ha de ir Alfajardos, la sangrienta  
Luna, y los dos luceros son aquellos,  
Que á vista de los moros de Tafalla  
Quitó á Almanzor en singular batalla.

Deste os quisiera haber mostrado el brio,  
Y el tuyo, ó generoso Calimarte,  
Que á su lado andas siempre con sombrío  
Penacho hecho un fantástico dios Marte:  
Mas de ti, ó nuevo alférez de quien fio,  
Que á la sombra he de ver de tu estandarte  
Triunfar á Oviedo, y las francesas sañas  
Rendidas al valor de tus hazañas!

¿Qué diré de tí digno; ó Virbio fuerte,  
De Portugal caudillo, y de Galicia,  
Qué diré de tu brazo, de tu suerte,  
De tu experiencia y brio en la milicia?  
Del intrépido ardor contra la muerte,  
Y del inmortal nombre la codicia,  
Con que en batallas veinte y seis campales  
A los pechos sacastes las señales?

Ninguna á las espaldas recibiste,

Que como á ellas siempre echaste el miedo,  
Por no mostrarlo en tí jamás las diste  
Al contrario, ni aun yo alcanzarlas puedo;  
Mas ya, señora, desta insignia triste  
Que aquí subiendo va mira el desnudo,  
Y aquellas negras plumas, que en su vuelo  
La fama espanta al mundo, y toca al cielo.

Ovento es el que dentro en la enlutada  
Insignia llora el padre recién muerto,  
De insigne lanza, y de temida espada,  
Y pulso en el justar mas firme y cierto:  
Hijo invencible del famoso Estrada,  
Grave mago, y astrólogo encubierto,  
Que supo cuantas en figuras bellas  
Por su via lactea cierne el cielo estrellas.

Supo de los secretos de los días  
La gran revolucion, supo en el fuego  
Adivinar por diferentes vias  
Del mundo por venir el curso ciego:  
Y aunque esto, oh noble astrólogo, sabias,  
Nunca supiste del contrario Orbeo  
Huir el traidor golpe, que invisible  
A tu pecho metió la muerte horrible.

Lleva este de las torres de Coruña,  
Y campos de Tresmiera, mil soldados  
Del leon rapante tras la garra y uña,  
De pieles de osos y alcornoque armados.  
Este es Ricardo del valor de Orduña,  
Aquellos dos de azul y blanco armados  
Dos hermanos, Arnalte es este el fiero  
Caudillo de la casa de Bibero.

Aquel es Cleofonte, aquel Doraco,  
Insigne este en el arco, el otro en maza,  
Y el de aquel fino y relumbrante jaco  
Oton, señor del parque de Peraza:  
El que al volar de aquel plumero opaco  
Los rayos de oro de su yelmo abraza,  
Es el ilustre Alpidio, insigne hermano  
Del que ahora rige el pueblo zamorano.

Trae de Astorga á su cargo las banderas  
Astorga, á quien de Astirios las campañas  
Nombre y cimientos dieron, y sus fieras  
Armas el asturiano á las montañas:  
Cuarenta son de á cinco las hileras,  
Que de Sanabria el lago entre espadañas  
Al son armó de su clarín, y el rio  
Tera les añadió arrogancia y brio.

Casi otros tantos de argentada malla  
La ribera vistió del claro Orbeo,  
Cuyos collados la áspera batalla  
De los Suevos cubrió de sangre y fuego,  
Cuando de esta nacion por acaballa  
Hizo el rey Teodorico horrible entrego  
Al gótico furor, y de sus gentes  
El ancho rio bebió sangrientas fuentes.

Usan estos por armas largas ondas  
De blanco linó y sedas de colores,  
Que al despedir su tiro con redondas  
Vueltas hacen vistosos resplandores:  
Llueven de piedras turbulentas ondas,  
Despiden desde lejos sus furores,  
Y de sus estallidos por los huecos  
Montes retumban los sonoros ecos.

El que el guion de aquellos lobos pardos  
Cual veis lleva tras sí es Grabelio el fuerte,  
Y los que le acompañan los gallardos  
Pueblos que al Nervio rio dió la suerte:  
Estos en prestas flechas y anchos dardos  
Al contrario escuadron envían la muerte  
Volando, como escuadras de aves juntas,  
Que el aire rompen por diversas puntas.

Allí va el pueblo que la corva raya  
Del fresco monte de Bilbao cultiva,  
Y para grandes flotas por su playa  
Los gruesos robles y álamos derriba:

El de Vermeo cabeza de Vizcaya,  
Y el que de los Pelasgos se deriva,  
Y á sus consultas públicas aplica  
Su grave sombra el árbol de Garnica.

Mas mirad ya el que al resto de la gente  
Tanto en su mismo esfuerzo se adelanta,  
Que debajo de sí su altiva frente  
Los campos mira, y á quien mira espanta:  
De seis cerros de acero es el valiente  
Escondido con que da vislumbre tanta,  
El limpio arnés grabado de oro fino,  
Y en vez de lanza un desmochado pino.

Este es el bello Argildos, que en la tierra  
Ni hay beldad ni braveza que le iguale,  
En quien con aparato real se encierra  
Cuanto luce en amor y en la honra vale:  
Después del general de aquesta guerra,  
La que mas en valor campea y sale  
Es su persona, y la que en grita y pompa  
Mas dela fama suena en la ancha trompa.

Aun no del rubio bozo el blando vello  
La limpieza del rostro le ha escauchado,  
Y en cuatro campos el altivo cuello  
De otros tantos jayanes ha cortado:  
Trae por empresa en campo verde un sello  
De una flor, y por letra «es mi cuidado»,  
Y aunque el sagaz intento oculto guarde,  
El fuego muestra que en sus venas arde.

Así el prudente Altero en voz severa  
A la bella Florinda describía  
Del campo real bandera por bandera  
El alarde pomposo en que venía:  
Y ella colgada de la voz postrera  
Con nuevos alborozos de alegría,  
Al bello jóven por su triunfo y palma  
Desde allí por los ojos le dió el alma.

Y no hallando de amor el fuego ardiente  
Lugar de dilatar su gran contento,  
A dár orden en ver su amado ausente  
Dentro se retiró de su aposento:  
En nada halla quien ama inconveniente,  
Todo lo allana un amoroso intento,  
A esto se entró, y á reposar á solas  
De sus deseos las crecientes olas.

En tanto en el ejército pagano,  
Que al amparo del muro de Pamplona,  
Con tremolantes lunas, y en lozano  
Contorno le ciñó feroz corona,  
El asiento escogía de su mano  
En que alojar su campo, y su persona,  
El bravo Cardiloro, que aquel día  
El real baston de general regia.

Fantástico y soberbio, porque un moro  
Mágico y lisonjero le adivina,  
Que ahora sea de gusto, ahora de oro;  
Allí le espera una abundante mina,  
De adonde ha de robar de un gran tesoro  
La joya en su valor mas peregrina,  
Con que avatiente y vano ya se sueña  
Señor de todo el oro de Sansueña.

Por un oculto soto que hace el río  
Solo se entró á buscar con pecho ardiente  
Para un asalto el puesto mas vacío,  
De pertrechadas fuerzas, y de gente;  
Cuando al fresco de un álamo sombrío  
Un barco de oro vió, y en el presente  
Una beldad, que al moro descuidado  
Suspenso en verla le dejó, y turbado.

Metida en un profundo pensamiento  
Con el recelo y gusto parecía  
Que entre olas de pesar y de contento  
El cuidado en el alma iba y venía:  
Ya el rostro entristecido y soñoliento,  
Ya con nuevo alborozo y alegría,  
Que á quien con atencion lo consider

Cuanto hay dentro en el alma sale fuera.

Así en alto blandon tierna candelá,  
Dispuesta á todos vientos da y recibe  
Sombras y claridad, se abrasa y yela,  
Y una vez se amortigua, otra revive:  
Y la eclipsada luna puesta en vela  
Del nocturno silencio así concibe  
Al trasponerle el sol sus resplandores  
Un mudable color de mil colores.

Estuvo el moro á contemplar un rato  
En nuevas avenidas y concursos,  
De miedo, de osadía, y de recato,  
Buscando á su dolor varios recursos;  
Donde la alteracion de rato en rato  
Mas claros le mostraba los discursos  
De la suspensa dama, en quien sin duda  
Amor vió ser el que la altera y muda.

Cobró de esta sospecha atrevimiento  
Para llegar con ánimo á hablalle,  
Que cualquiera liviano pensamiento  
Baja la estimacion, y humilla el talle:  
Y al tiempo que salió á probar intento,  
Ella se entró sin velle ni miralle,  
Quedando deslumbrado, y el altivo  
Gusto entre su esperanza muerto y vivo.

Y como si la vida le llevara  
El aire de aquel bulto de alabastro,  
Sin fuerzas queda, y sin vigor se para,  
Cual mago absorto al contemplar de un astro:  
Sin brio el pecho, y sin color la cara,  
Solo muriendo por sacar de rastro  
Quién sea la luz que allí le dejó en calma,  
Y con vista de paz le venció el alma.

Venían en guarda de su real persona  
Serpilo, y Celedon, moros valientes,  
Nacido uno en Sansueña, otro en Pamplona,  
Pláticos en su tierra, y en sus gentes:  
Estos de un mirto espeso en la corona  
Ocultos mandó estar, porque presentes  
Con la suya no estorben la salida  
Del bien que ya es el todo de su vida.

Y él vuelto á su lugar como primero,  
Sin los ojos mover de la ventana,  
Si á salir vuelve mira del lucero  
La segunda vislumbre soberana:  
Mas viendo al día en su escalon postrero,  
«A gozar de la noche es cosa llana  
Salir estrellas, dice, mas la mia,  
Si es sol, ¿cómo la espero antes del día?»

Que mucho que el mancebo Salamino,  
Que vivo el sol dejó, le halle ahogado  
Del firme acero de un balcon divino,  
Que cielo un tiempo fue de su cuidado,  
Si al fin le vió su dama; mas yo indino  
De semejante bien, aunque he colgado  
Cuerpo, alma, y pensamientos de tus rejas,  
Ni me quieres mirar, ni verte dejas.

Mas tiéndase esta noche á eternos años,  
que tantos será yo de tu esperanza,  
Sin dar un paso atras en los extraños,  
Por donde amor me arroja y abalanza:  
O sea este el tesoro, ó sean los daños,  
Que fortuna me agüera, y su mudanza,  
No sé nada de mí, ni quién me ha puesto  
En un deseo de morir tan presto.»

Dijo, y no mas atento el engolfado  
Piloto en medio de la noche oscura,  
El instrumento puesto, y el cuidado  
De dar mas cierto el punto de su altura,  
La vista tiene fija en el nublado  
Que del Norte escondió la hermosura,  
Ni está en mas suspension alta la ceja,  
Que el moro en la ventana, y en su reja.

Y no en vano del todo, pues ya cuando  
Del horizonte pardo el aire puro



Fue entre el mudo silencio desdoblado  
De la vecina noche el manto obscuro,  
Entre esperanza y miedo vacilando  
Volver al balcón vió en pecho seguro  
La beldad misma, que antes tan acaso  
El alma libre le llevó de paso.

Era del gran Bastán la prenda bella,  
Que allí á esperar salía un tierno amante,  
Que ya á la luz de la primera estrella  
Prometió amor ponérselo delante:  
Y el miedo, el gusto, el sobresalto en ella  
Las mudanzas hacían del semblante,  
Que en mil cuidados puesta entre ola y ola,  
Miedo la enfria, y gusto la arrebola.

Descaron enlazar su honrado gusto  
En nudo santo, y en contrato honesto,  
Volviendo el ciego antojo estado justo,  
Y el apetito libre en regla puesto:  
Mas no sabiendo todas siempre á gusto  
Las graves diferencias que hubo en esto,  
El vano pundonor de los tratantes,  
Nuevas lágrimas fue en los dos amantes:

Hasta que puestos ya en romper por todo,  
Libres quieren gozar de su derecho,  
Que honra y amor son fuego, y tiene el godo  
En una y otra llama ardiendo el pecho:  
Y á concertar la traza, y dar el modo,  
Para esa noche está el concierto hecho,  
Y ella á esperar allí su caro amigo  
Salió, y acertó el moro á ser testigo.

Es la esperanza una tormenta fija  
Puesta entre los cuidados y el contento,  
Que cuando mas se acerca, mas prolifa  
Su dilación le vende al pensamiento;  
Por cuyo fin la enamorada hija  
Del que á Sansueña rige, hurtando el viento  
Al cansado esperar; que en tales casos  
Suele donde no hay uno dar mil pasos,

Tomó una arpa, á cuya melodía  
Las ansias y el ardor de su deseo  
Admirados quedaron, como un día  
El feo Plutón á la del tracio Orfeo:  
Que ni le era inferior en su armonía  
La bella dama, ni en sus males veo

Otro infierno mayor, si en curso iguales  
Fuera el suyo inmortal, ó ellos mortales.

Nunca en el alto Péloro cubierto  
De blancos huesos voz mas regalada  
Parténope entonó, cuando en su puerto  
Sonó del griego Ulises la jornada,  
Ni con mas riesgo el caminante incierto  
Del peligroso canto y voz se agrada,  
Que dió Florinda, cuando lengua y mano  
Puso en su arpa, y la escuchó el pagano.

De la Medusa Górgon la cabeza  
En insensible mármol convertía,  
Los ojos que miraban su fiera  
Aunque no al ciego que su voz oía :  
Mas de la dama el canto y la belleza  
Así ambos los sentidos suspendía,  
Que oída y vista en agradable calma,  
Piedra volvía el cuerpo, y fuego el alma.

Tal quedó el moro al son del instrumento  
Y la celestial voz de la doncella,  
Cuando á su canto y su regalo atento  
Pasos oyó de recatada huella :  
Detuvo sossegado hasta el aliento  
Por ver el fin de la aventura bella,  
Y vió un armado jóven que llegaba  
De vista al parecer gallarda y brava.

Vióle que estuvo un rato desde afuera  
Por gozar de la música escuchando  
Quejas de la esperanza lisonjera,  
Que siempre va los gustos dilatando :  
Haciendo enternecer la voz entera  
Un dulce suspirar de cuando en cuando,  
Que el deleite aumentaba y la alegría,  
Si ya no en quien cantaba, en quien oía.

Hasta que al fin llegando donde pudo  
Con menos voz hablar, y mas recato,  
«¡Oh gloria, dijo, en quien amor desnudo  
La suya toda muestra en un retrato!  
;Dulce voz, que mi llanto ha vuelto mudo!  
;Sirena, á cuya música el ingrato  
Mal, que en mi pecho vive y daña tanto,  
La virtud ha encantado de tu canto!  
;Salve el cielo tal gracia y hermosura,  
Y esta próspera entrada me conceda  
Por el premio mayor de mi ventura,  
Que ya gozarla sin recelos pueda ;  
Que si este alegre agüero no asegura  
Mi gloria de una vez, ya no me queda  
Basa en que estribe y ponga mi esperanza,  
Ni en tal tormenta soplo de bonanza!»

Dijo, y la voz del nadador de Abido  
Nunca en las rocas y peñascos huecos  
De la torre de Sexto entre el ruido  
De sus olas formó mas dulces ecos ;  
Ni fue en mayor deleite recibido  
Sobre sus playas y arenales secos,  
Que un día abrieron puerta á su ventura,  
Y otro á sus huesos, fama, y sepultura ;  
Que el noble godo, y venturoso amante,  
Fue de su tierna dama acariciado,  
En dulce afecto de ánimo constante,  
Y corazon sin tasa enamorado :  
Al fin despues que en relacion bastante  
De sus cosas contaron el estado,  
La alegría de verle, y la impaciencia  
De las sospechas, y del mal de ausencia,

El bien, y el mal, las penas, los contentos,  
Los varios altibajos de su vida,



Hasta de los soñados pensamientos,  
Si alguna tienen, la razon fingida ;  
Dejando en dulces pláticas y cuentos  
De la noche gran parte consumida,  
Y á la siguiente remitido el modo  
De hacerse de una vez dueños de todo.

San de acuerdo comun que aquella parte  
Donde ahora están tratando su ventura,  
Para escalar el foso y baluarte  
Escala traya el montañés segura :  
Y añadiendo el horror del ciego Marte  
Al negro manto de la noche obscura,



Una arma falsa toquen, que en Sansueña  
Del robo y del recato sea la seña.

Y en hábito de mora disfrazada,  
Como á nueva cautiva en la contienda,  
Ni del vulgo ofendida ni notada,  
Salva la ponga en su encubierta tienda;  
Donde de honor y riesgo asegurada,  
Es fácil que su padre condescienda  
Con las pedidas bodas, y razones,  
Que han estorbado vanas presunciones.

Con esto ya que se acercaba el día,  
Y el tierno despedirse á los amantes,  
Toda vuelta esperanza su alegría,  
En igual soledad se hallaron que antes;  
Y el moro oculto que escuchado había  
El fin de los conciertos importantes,  
De zelos impaciente ardiendo en ira,  
Si en estos muere, en su calor respira.

Quiso fiero y zeloso hacer pedazos  
Al español caudillo, y bien pudiera  
Dejarle muerto en los traidores lazos,  
Antes que el golpe ni su alfanje viera,  
Sino le parecieran embarazos  
A otras mejores trazas en que espera,  
Al hacer su venganza mas cumplida,  
Dejarle sin honor, y con la vida.

Tiene por caso á sus designios llano,  
Conforme al encubierto trato hecho,  
Ganar al uno el juego por la mano,  
Y en el otro los gustos de su pecho:  
Y á la jornada en que ahora viene ufano  
Segura entrada en aquel paso estrecho,  
Y hacer á su victoria puerta llana  
Del cielo de su gloria la ventana.

Deste discurso reportado el moro,  
Por donde vino se volvió á su gente,  
Lozano en las sospechas que el tesoro  
Era aquel de su próspero ascendiente:  
Daba ya al frío polo en cercos de oro  
Casi entera su vuelta la serpiente,  
Y el perezoso carretero helado,  
Al sol tenía su yugo trastornado.

Cuando el enamorado sarracino,  
A vista del ejército cristiano  
Al suyo iba pasando, en el divino  
Bulto ocupado el discurrir liviano:  
Y el gallardo Serpilo, que el vecino  
Campo advierte en quietud y sueño vano,  
Y de las ya dormidas centinelas  
Los muertos fuegos, y acabadas velas;

Vuelto á su capitán: «mira, ó valiente  
Cardiloro, le dice, que olvidados  
Tus contrarios del brio de tu gente  
En sueño están, y en vino sepultados:  
¿No es posible, señor, que no te afrente  
Enemigos tener tan descuidados?  
Mas quien, estando tú en el campo, duermes,  
Bien es que á no sanar durmiendo enfermes.

Si el justo cielo con silencio ayuda,  
Y á mi espada le da el valer que espero,  
Al sordo amparo desta noche muda,  
Darte mil enemigos menos quiero:  
Yo solo, yo, señor, por mal que acuda  
Mi espada, haré mi dicho verdadero,  
A ti, y mi amado Celedon, tu tienda,  
Siguiéndola os dará esta estrecha senda;

Que á mi no sé cual dios el pecho ardiente  
A tan heroica empresa me levanta,  
Y al muerto real desta dormida gente  
Ahora me arroja con violencia tanta:  
Tú, amado Celedon, si este potente  
Brazo es la muerte de mi empresa santa,  
Al muerto cuerpo ya en el campo frío,  
Serás en darle sepultura pio.»

Dijo, y saltando la primer barrera,

Desnudo al campo de temor se arroja;  
Pasmóse Celedon la vez primera,  
El sobresalto le atajó, y congoja:  
Del arriscado amigo considera  
El liel desnudo que á morir le antoja,  
Impedido el seguirle, y obligado  
A no dejar del general el lado.

Mas viendo su peligro manifiesto,  
«Espera», dijo, y vuelto á Cardiloro,  
Con tiernos ojos, de rodillas puesto,  
«Oh gloria, prosiguió, del pueblo moro:  
Si algún día te tocó de amor honesto  
Tu noble pecho dulce flecha de oro,  
Si sabes qué es amar á un caro amigo,  
Oye, oh invicto señor, lo que te digo.

El que allí ahora en temeraria muerte  
Un campo asalta de enemigos lleno,  
Desta alma es la mitad, desta alma advierte  
Es por fe y amistad cielo sereno:  
Juntos nacimos, la dichosa suerte  
Juntos nos dió una patria, un pueblo, un seno,  
Un gusto, unos placeres, una vida,  
Que ahora teme amor verla partir.

Por la beldad que adoras (si de alguna  
Noticia el soberano amor te ha dado)  
Por tu alma, por tu honor, por tu fortuna,  
Por tu vecino reino, por tu estado,  
Por cuanto está debajo de la luna,  
O sobre ella te da gusto, ó cuidado,  
Permitas, que á los que hizo uno la suerte  
En vida, no los haga dos la muerte:

Mas que con tu licencia ahora pueda  
Escolla y muro hacer á un caro amigo,  
Que el breve espacio que á tu real nos queda  
Seguro está, y sin riesgo de enemigo.»  
No dijo mas, que el tiempo se lo veda,  
Y el moro de tan liel lealtad testigo,  
El amor nota, y la braveza advierte  
Del tierno corazón, y el pecho fuerte.

Y «acude, ó alma gentil, dijo el severo  
Cardiloro, á tu gusto, acude, y anda,  
Y déos la alta victoria, que yo espero,  
El cielo que esos nobles pechos manda;  
Con tal que de los dos sea yo el tercero,  
Como lo fuera aquí en vuestra demanda,  
Si como es de mi oficio el concedella,  
Permitido me fuera entrar en ella.»

Así dijo, y siguiendo su camino  
Celedon á su amigo llega, y dice:  
«¿Por dicha, oh invicto Cid, ya por indino  
De tu lado me tienes? ¿ya desde  
En mi pecho la fe de quien continuo  
Tantos alardes en su abono hice?  
¿Así pagas mi amor? ¿así me obliga  
Tu gusto á que hasta el fin el mio te siga?

¿Y por ventura yendo en el abrigo  
De tu gallarda espada no sabría  
Sus golpes imitar, y un enemigo  
Darte siquiera menos con la mia?  
Y si esto no, á lo menos por testigo  
Presentarme podrá tu valentía,  
Aunque sea tal que no le importe nada  
Otro abono mayor que el de su espada.

Mas ya por demás tratas de escusarte,  
Ruede como quisiere la fortuna,  
Que como de tu lado no me aparte,  
De las tuyas no temo vuelta alguna.»  
«Oh de mi pecho fiel la mejor parte,  
Serpilo respondió, con quien ninguna  
Desgracia temo, ya que con tal lado  
Poco es acometer un campo armado.

No creas, oh noble aliento de mi pecho,  
Que quiebra de mi amor, ni de tu brio,  
Tu espada me quitaba, y mi provecho,  
De quien ya el todo de mi empresa fio:



Mas dejar solo un gran resguardo hecho  
En tu heróico valor al riesgo mio,  
Y si moria, morir con esperanza  
De pío entierro, y de cruel venganza.

A este fin te dejaba, ó caro amigo,  
Y por tu anciana y tierna madre ausente,  
De su larga vejez único abrigo,  
Y de tu nueva esposa gusto ardiente:  
Mas ya que tu valor viene conmigo,  
Y en mi alma el brio que me das se siente,  
No dilatemos mas el hecho altivo,  
Ni hombre nos quede de importancia vivo.

Ven tras mí, y con atenta vista advierte  
Por donde ahora el honor tras sí nos guia,  
En esto está acertar ó errar la suerte,  
Ser descuidada ó cuidadosa espia:  
El sueño es viva imágen de la muerte,  
O ser muerte caliente, ó muerte fria,  
Dormir en nudo obscuro, y paz interna,  
O noche temporal, ó noche eterna.

Mira cuan cerca están nuestros contrarios  
De pasar un estremo en otro estremo,  
Y del cielo y sus altos lacunarios  
La nueva luz que sola adoro, y temo:  
¿De qué estamos perplejos? ¿de qué varios?  
Fuego es de honor en el que me ardo y quemó;  
A ellos, gran capitan, que es escusado  
Quererle suspender su curso al hado.»

Dijo, y sacando la luciente espada  
Por entre los nevados fuegos vuela,  
Y á Isarco, y Zaldiban, que en camarada  
Hecho habian hasta entonces centinela,  
En torno de su hoguera amortiguada,  
Ya con el vino, y la pasada vela,  
Confiados en tener campo seguro,  
Blanda cama les daba el suelo duro.

Allí entre el fuego y la ceniza fria  
Segó al uno y al otro la garganta,  
Dichosos, á velar hasta que el dia  
Vestido vieran de su lumbre santa:  
Uno era cazador, y otro seguia  
De la caza de amor la red que espanta,  
Mas del feroz Serpilo el brazo airado  
A aquel quitó el afán, y á este el cuidado.

Mató tras esto en la segunda posta  
Cuatro dormidas centinelas juntas,  
Mató al vano Alfagér, al noble Acosta,  
Y á Enrique el fiel, de tres agudas puntas:  
Y per la raya de una senda angosta  
Al pabellon fue á dar, donde trasuntas,  
Ó sutil Targa, en broncees, lo que Apeles  
Con sus conchas no hará, ni sus pinceles.

Abriendo en sutil lámina de acero  
De Piramo y de Tisbe los amores,  
Aquel dia le halló el sueño postrero,  
Y del cruel Serpilo los furoros:  
Pasóle el corazon de un golpe fiero,  
Y saltando la sangre dió colores  
Al relieve infeliz, que en triste suerte  
Ocasión fue y agüero de su muerte.

Puesto cabe él en éxtasis profundo,  
No dormido, mas ciego en su cuidado,  
Al alquimista vió sutil Raimundo  
Sobre un antiguo escudo recostado,  
Midiendo del napelo, y del segundo  
Elixir la sustancia, el punto, el grado,  
Y de quintas esencias fabulosas  
Una imposible máquina de cosas.

Habia gastado en experiencias vanas  
De su hacienda la flor, y de sus dias,  
Y trocando el cabello negro en canas,  
Aun no se habian trocado sus porfias:  
Mas llegó el fatal golpe, y sus livianas  
Esperanzas volvió de ardientes frias,  
Librándole ocasión tan oportuna

De otros mayores golpes de fortuna.

Y entrando por el campo soñoliento  
Horrible estrago hace el moro fuerté,  
Dando su espada y su furor violento  
Mil diferencias de una sola muerte:  
A este barrena el pecho, aquel á tiento  
Deguella, y pasa al fin la adversa suerte  
Del modo que halla al grande, y al pequeño,  
Del sueño temporal á eterno sueño.

Este en su corvo escudo recostado,  
El otro sobre el yelmo adormecido,  
Uno encima la blanda yerba echado,  
Y otro en las grevas de su acén tendido;  
Cual con nuevo dolor desatinado  
La boca abre á dar voces, y embebido  
Por ella el hierro de la presta daga,  
La voz se vuelve atras, y el morir traga.

Coello, un portugués de ánimo ardiente,  
Hidalgo tierno en sangre y en amores,  
Poeta, amante, músico y valiente,  
Cuatro heróicos y célebres furoros;  
Con el retrato de su dama ausente,  
A quien habia cantado mil primores,  
Como el sueño le halló en su fantasía,  
Las manos en la cítara, dormia.

Torcido el rostro hácia el retrato bello  
En señal de caricias á su dama,  
Dormido al gusto y al placer de vello  
En las corazas de su arnés por cama,  
Segó el alfange el desmayado cuello,  
Estremeciósse el cuerpo, el pecho brama,  
Y al palpar las manos con instancia  
En las cuerdas formaron consonancia.

Marcio, y Catino, grandes bebedores,  
Que parte de la noche han ocupado  
Con la taza y los dados, en vapores  
Del dulce mosto el sueño habian brindado:  
Los enjutos barriles por la flores,  
Cada uno sobre el suyo recostado,  
Dormian en torno de la mesa y fuego,  
A donde el vino los dejó, y el juego.

Debía de soñar Marcio que brindaba,  
Y abriendo la ancha boca bebió entero  
El sangriento cuchillo, que llegaba  
De degollar al torpe compañero:  
Triste el alma salió en ver que dejaba  
Posada tan alegre, cuando el fiero  
Golpe por quien la suya dió Catino,  
En vez de roja sangre vertia vino.

Mató tras este á Marco, y á Sarrento,  
Escuderos de Marcio, mató á Soria,  
Que entre sus dos caballos soñoliento  
Para ir no tuvo á su cuartel memoria:  
Pasó el celebró á Furnio, que de viento  
Mil torres exhaló, y de vanagloria,  
Y al truhan Galba, que despierto, y quedo,  
Entre los frascos se escondió de miedo.

De allí entró donde el docto Algeo dormia  
A la luz de una vela, en que su pluma  
De un grave poema heróico que escribia  
De versos habia hecho una gran suma:  
Un rico arco grabado de atauxia  
A su lado, y un libro adonde suma  
Del triforme Gerion de ambas Españas  
El reino antiguo, y célebres hazanas.

El arco que allí tiene fue el que Alcides  
Al templo del Lucero dió en despojos,  
Donde colgado le halló Almonides,  
Cuando á vengar de un conde los enojos  
Pasó con Muza á España, cuyas lides  
Los rios volvieron y los campos rojos:  
El lo envió á Zelin, Zelin á Oncalla,  
Y él á su bello nieto el rubio Abdalla.

Cuando en sangrienta lid los albaneses  
A Abdalla despojaron sobre Duero,

El docto Argeo entre otros dos arneses  
El rico arco ganó al gigante fiero :  
Y en sus pomposos versos los reveses  
Del tiempo, arco invencible, aquel postrero  
Sueño le halló pintando, cuando el hilo  
Del canto y cuento le cortó Serpilo.

Puso en el arco los curiosos ojos,  
Y al sabio poeta, que admirando estaba  
Las musas con su espíritu, entre rojos  
Suspiros lanzar hizo el alma brava :  
Quiso de su victoria por despojos  
Llevarse el arco y la dorada aljaba,  
Y por matar á Egil, y al Turnio Mesa,  
Que á su lado halló, olvidó la empresa.

Causado de herir, soberbio mira  
Las varias muertes, y el estrago hecho,  
Y no por eso se alza ni se tira,  
Ni atras da un paso del dudoso estrecho ;  
Antes entre el sangriento horror suspira  
Hirviendo en ira el arrogante pecho,  
Y las armas ya botas, y el sin fuerza,  
A nuevos daños su crueldad le esfuerza.

Cual tigre hircana en el apriseo mudo,  
Harta de degollar grueso ganado,  
La tierra en roja sangre, y el membrudo  
Lomo de nuevas manchas salpicado,  
Garleando cesa un rato, y en menudo  
Anhelar cobra aliento el pecho airado,  
Y mientras del destrozo se retira,  
Cuanto el hambre menguó crece la ira.

Ni el bello Celedon, gallardo Marte,  
Menor estrago y mortandad hacia,  
Que del plebeyo pueblo una gran parte,  
Gente sin nombre y cuenta, muerto habia :  
Mató á Gilberto, que en decir con arte,  
Y herir de punta su primor tenia,  
A Terpandro cantor, y al fuerte Etolo,  
Marte en braveza, y en belleza Apolo.

Corren los rios de sangre, y por la tierra  
Las perlas arrebolan de la aurora,  
Y él en su oculta y alevosa guerra  
Con ella misma á mas herir se azora :  
Entra donde á medir Ulloa se encierra  
Del precioso hado el ascendiente y hora,  
Ulloa digo, un astrólogo ignorante,  
Que mas cielos halló que cargó Atlante.

Habia toda la noche astrologado  
Gustoso, que su estrella le asegura  
Tras prolija vejez sepulcro honrado,  
Mas mintió su astronómica figura ;  
Qué el bello Celedon con su dorado  
Puñal le dió temprana sepultura,  
Y abriéndole el cerebro con dos puntas,  
Volaron dél dos mil estrellas juntas.

Mató á Hepódamo, á Tirsas, y á Falerno,  
Al rubio Telga, y á Lisardo el fuerte,  
Y al bello Demorato, jóven tierno,  
Esposo ayer de Alcida, hoy de la muerte ;  
Y á tí, ó siempre infeliz viejo Salerno,  
Que antiguo pretensor sin hacer suerte,  
Causado en corte de esperanzas nuevas,  
Los memoriales convertiste en grevas.

Llegó la muerte al fin, y sino entero  
El premio, dióte el pago de su mano,  
De haber dejado el hábito primero  
En que á Dios consagraste el pecho humano :  
Y viendo entre los rayos del acero  
El tierno rosicler del día cercano,  
«Ya, dice, ó gran Serpilo, hace el alba  
Al día, y á esta dormida gente salva.

Ya basta el venturoso estrago hecho,  
Y victorias que el cielo nos ha dado.  
La honra toda es tuya, sea el provecho  
Mio en que no violentes mas el hado :  
Este luciente yelmo, que del lecho

Quité á un muerto enemigo, he reservado,  
Para que sus pomposas plumas sean  
Alas en que volar tus glorias vean.

Solo este para tí codicié en cuanto  
Oro y plata encontré del enemigo :  
Toma, ó Serpilo, y vamos, que ya el manto  
Estrellado, que ha sido fiel testigo  
De tu braveza, entre el nocturno espanto  
Sus broches de oro esconde, toma, amigo,  
Y por este encubierto valle huyamos,  
Antes que lo hecho con la luz perdamos.»

Dijo, y Serpilo, «ó gloria, le responde,  
De tus mayores, y honra de la mia,  
Yo tambien otro don codicié, donde  
Uno entre libros sin temor dormia :  
Un arco bello, cuya aljaba esconde  
Cien flechas entre nacar y atauxia,  
Que luego que le vi, el robusto oficio  
De tu caza le di por ejercicio.

Y con el gusto de quitar la vida  
A otros que estaban en la misma tienda,  
El alma en tantas muertes repartida  
De traerte se olvidó la rica prenda :  
Mas tuya es, y ha de ser, aquí escondida  
Tu persona se esté, y aquí me atienda,  
Que junto aquel hogar que allí blanquea.  
La prenda está que darte amor desea.»

Dijo, y sin ser á detenerlo parte  
Los ruegos del amigo, que adivina  
Sus malogrados fines, dél se parte,  
Y por el infeliz arco camina :  
O fuese nuevo ardor del duro Marte,  
O Apolo que vengar la alma divina  
De su poeta quisiese, ó que ya el hado  
Al fin habia de su virtud llegado ;

El breve tiempo que duró esperalle  
En el puesto, sobre él dió de repente  
Argildos, que á correr salia el valle  
Con una escuadra de lucida gente :  
Dióle al amor la noche, y quiso dalle  
A Marte el alba, y en ginele ardiente  
Recorriendo las postas de las velas  
Venia por las nocturnas centinelas.

Vieron á Celedon, que al corto abrigo  
De una encina trataba de esconderse,  
Donde esperando á su imprudente amigo  
Amor pudo obligarle á detenerse :  
Cércale el español bando enemigo,  
De quien él por huir y defenderse  
Gallardos golpes con su alfanje hace,  
Su vida ampara, y su honra satisface.

Trebonio fue el primero que atrevido  
Llegó pidiendo el nombre, el pueblo y gente  
Del victorioso moro, y aturdido  
A sus piés le arrojó un golpe valiente :  
Mas ¿ qué te vale, oh misero, el cumplido  
Brazo y esfuerzo de tu pecho ardiente,  
Si al tegido escuadrón que se abalanza,  
Ni el firme escudo ni el alfanje alcanza?

Ya el gallardo mancebo en sangre tinto  
Con las varias heridas teñia el suelo,  
Cuando el vano Serpilo en el distinto  
Rumor las señas vió de su recelo ;  
Que victorioso entachonado cinto  
La rica aljaba de arrogante vuelo  
Le bajaba á los hombros, y en la mano  
El arco duro hacia gemir ufano:

Suspendió el paso y el medroso pecho,  
No de su riesgo, mas del caro amigo,  
Atenta y triste centinela hecho,  
Puesto al tronco de un árbol por abrigo :  
Conoce á Celedon, y el sin provecho  
Brio de sola su bondad testigo  
Con que en confusa brega se revuelve,  
Y diez por cada golpe juntos vuelve.

Y él con las nuevas flechas que traía,  
 Encurvando sobre una el arco duro,  
 Al confuso escuadron diestro la envía  
 Desde el hueco troncon del roble obscuro :  
 Acertó á Breño, y el reciente día  
 Que iba naciendo por el aire puro  
 De los ojos le esconde, y en las sienes  
 Clavada le hace dar ciegos vaivenes.

Vuélvense todos á la oculta parte  
 Que la homicida flecha trajo el vuelo,  
 Buscando á tienta el encubierto Marte,  
 Cuando otra por el mismo paralelo  
 De la tirante y firme cuerda parte,  
 Y al medroso Blodon, que con recelo  
 Gritaba, «¿quién tiró?» la punta aguda  
 Su voz clavó, y dejó su lengua muda.

Argildos que de afuera entretenido  
 En ver pelear el fuerte moro estaba,  
 De su gallardo aliento conmovido  
 Guarecerle la vida deseaba :  
 mas por los nuevos tiros ofendido,  
 El aloja vuelta de piadosa en brava,  
 «Matadle, dice, y vénguese en su pecho  
 El grave daño por su causa hecho.

Y un frío venablo que en la mano tiene  
 Con tal destreza al firme pecho arreja,  
 Que ni el grabado escudo le detiene,  
 Ni de su peto la acerada hoja :  
 Cual destroncado toro á tierra viene  
 Con la parda asta ya en su sangre roja,  
 Su amigo que caído le vió en tierra,  
 Furioso salta á descubierta guerra.

«Yo, yo, dice, yo soy quien hizo el daño,  
 Teneos, que nada os debe ese inocente,  
 Yo el autor fui del riesgo y mal tamaño,  
 Y del sangriento estrago en vuestra gente,  
 Yo la ocasion tracé, yo urdí el engaño,  
 Yo soy quien os hacía la guerra ausente,  
 El nada os debe, el cielo me es testigo,  
 Sino es el ser de un desdichado amigo.»

Dijo, y lanzando el arco por el suelo  
 Furioso su sangriento allánje saca,  
 Y con desesperado brio el celo  
 Venga de su amistad, y su ira aplaca;  
 Y á Salmido y Parolo, que á su vuelo  
 Delante halló por resistencia flaca,  
 Uno en el muslo herido, otro en el brazo,  
 Libre el paso le dieron de embrazo.

Y á ser de su mortal rigor testigo  
 A pesar de mil puntas llega y mira  
 El peligroso golpe, el enemigo  
 Darlo, y del firme heróico brazo la ira :  
 Y viendo así morir su caro amigo  
 De rabia brama, y de dolor suspira,  
 Y el desangrado moro en habla breve  
 A que se salve así le alienta y mueve:

«Huye, amigo, de aquí, huye ligero,  
 Mientras muriendo yo salvo tu vida,  
 Dame este dulce bien por el postrero,  
 Y no hallaré la muerte desabrida :  
 Y cuando haya cesacion, ó por dinero,  
 O por sangre en mejor sazón vertida,  
 A mi alligida madre el cuerpo lleva,  
 Y á ser su nuevo amor el mío te mueva.»

Dijo, mas ni el dolor, ni los contrarios  
 Lugar le dan de responder al moro,  
 Que de heridas y golpes temerarios  
 Sobre él descarga un martillar sonoro :  
 Parece al recibir los tiros varios  
 En coso estrecho jarretado toro,  
 Y en el herir y acometer gallardo  
 En escombrada plaza suelto pardo.

A este liere, á aquel da, y al otro acierta  
 En revuelto y confuso torbellino,  
 Mató á Cerdan, hirió de un golpe á Berta,

Luchador diestro aquel, y este adivino :  
 Y ya el amigo y la esperanza muerta,  
 Aunque su real pudiera abrir camino,  
 Y salvarse, no quiso, mas el lado  
 Muerto guardar, que vivo había guardado.

Hasta que á golpes y dolor deshecho  
 El noble corazon del moro fuerte,  
 Pasado de un cruel venablo el pecho  
 Mas fiel que amor tocó, ni hirió la muerte,  
 Ya sin aliento ni armas de provecho,  
 Cerrando el curso de la humana suerte,  
 Y haciendo al mundo de su fe testigo,  
 Sin vida dió á los piés del muerto amigo.

¡Oh heróico ejemplo de amistad divina,  
 Aunque en bárbaros pechos descubierta,  
 Si de mis nuevos versos la adivina  
 Virtud del todo en mí no ha sido incierta,  
 Jamás el tiempo que inmortal camina  
 Del ciego olvido te verá cubierta,  
 Antes de siglos y años vencedora  
 Tu fama irá, como tu sangre ahora!

En tanto el nuevo amante Cardiloro  
 Impaciente en sus gustos y alterado,  
 Del ya vecino sol los rayos de oro  
 Presentes mira, y aborrece airado;  
 Que de tinieblas hecho su tesoro,  
 Cuanto con la luz ve le causa enfado,  
 Y entre esperanzas un deseo fuerte,  
 Es lucha de la vida con la muerte.

Llegóse al fin el tiempo, y prevenido,  
 Como prudente y recatado amante,  
 De suficiente escala, y de escondido  
 Recato, y armas, y ánimo bastarle;  
 Con un cristiano paje el mas querido,  
 De fe mas sana, y pecho mas constante,  
 Dos breves horas antes del concierto  
 De la noche infeliz salió encubierto.

Comenzó el campo moro el nuevo asalto  
 Con que él hiciese el robo mas seguro,  
 Que el torpe miedo y ciego sobresalto  
 La vista turban mas que el aire oscuro :  
 Comenzóse la grita, él puesta en alto  
 La escala, abierto de Sansueña el muro,  
 Vió la ventana donde amor le envía,  
 Puerta á su gloria, y sol antes del día.

La bella amante subito engañada  
 Con las dulces memorias de su esposo,  
 Del son de Marte y del amor turbada,  
 Del pajecillo, y de su hablar medroso,  
 La alta escala bajó, y fue disfrazada,  
 Haciendo el traje moro mas airoso,  
 Si las tinieblas consintieran vello,  
 Del gallardo ademan el bulto bello.

Con solo un cofrecillo en que traía  
 Lo mas precioso de sus joyas puesto;  
 Y viendo que el rumor de armas crecía,  
 Con paso apresurado y descompuesto,  
 Dando á entender el moro que huía  
 No el miedo de la gente, sino el puesto,  
 Comenzó á desviarse por el llano  
 Del muro hacía el ejército cristiano.

Viene todo en las armas encubierto  
 Para no ser de nadie conocido,  
 Y el paje astuto con sagaz concierto  
 A cualquier lance impuesto y prevenido :  
 Y poco á poco por el campo abierto,  
 En son de huir la gente y el ruido,  
 Llevar quería la dama á una espesura,  
 Donde estuviese del tropel segura.

Quando el moro infeliz que iba delante,  
 Haciendo franco el paso con la espada,  
 Ciego dió en una escuadra, á la importante  
 Defensa de aquel paso diputada :  
 Y sin volver el nombre el vano amante,  
 De veinte su persona rodeada,

Por mil partes le hieren, y por una  
A la muerte abrió puerta su fortuna.

Entre el izquierdo brazo, y la loriga,  
Una encubierta punta desmandada  
Tan dulcemente entró, que sin fatiga  
Del cuerpo cortó al alma la lazada:  
Cayó el moro, y tras él la dulce amiga  
Del capitán cristiano desmayada,  
Con el engaño de tener por cierto  
Que no era el moro, mas su esposo el muerto.

Fue á tiempo el darle muerte á Cardiloro  
Que el montañés llegaba alborotado,  
Por ver del repentino asalto moro  
El que él iba á hacer anticipado:  
Y oyendo de las armas el sonoro  
Ruido ir en aumento recatado,  
Con una oculta escuadra de Guzmanes  
Venía á requerir sus capitanes.

Venía también á hacer secreta guarda  
Al balcón de oro, de su gloria puerta,  
Cuando muerto vió al moro, y la gallarda  
Dama á su lado desmayada, y muerta:  
No conoció su luz, ni á verla aguarda  
De la amorosa suspension despierta,  
Mas en su amor el alma divertida,  
La que buscando va deja perdida.

Creyó que fuese alguna dama mora  
Del que á desgracia han muerto en la contienda,  
Y ella, y el paje que cabe ella llora,  
Presos manda llevarlos á su tienda:  
Y tras el bien que deja, y que adora,  
Con su escuadra tomó una estrecha senda  
Que á la torre va á dar, donde su gente  
Ya culpándole está de negligente.

Va buscando la gloria que ya tuvo  
Caida ante sus pies sin conocella,  
Cuando la culpa de perderla estuvo  
En no llegarse como pudo á vella:  
Mas ¿quien lo advierte todo, ó en quien hubo  
Tan sabia prevención, que pueda en ella  
Medir las ocasiones, y en ninguna  
Perder lance á las vueltas de fortuna?

No hay descuido en amor que no se pague,  
O sea el cobrar remiso, ó sea contado,  
Ni estado tan feliz que no lo estrague  
El desmán de un suceso no pensado;  
Que si da la fortuna antes que amague.  
¿Qué escudo bastará á su golpe airado?  
Fue á dar con el balcón el godo tierno,  
Y en vez de alegre gloria halló el infierno.

Vió escalado su muro, y puesto fuego  
Ya por allí el balcón resplandeciente,  
Y que en tropel confuso y furor ciego  
Por él entraba la morisca gente:  
Y un soberbio jayán de nación griego,  
Señor de Negroponto, puesto en frente,  
Que da favor y fuego á los de arriba,  
Y á voces el combate y cerco aviva.

Reverberan las llamas en las hojas  
Del arnés limpio de bruido acero,  
Y el aire obscuro con vislumbres rojas  
Al jayán vuelve mas horrible y fiero:  
Crece el rumor, el fuego, y las congojas  
En el dorado alcázar, y él entero  
Con su furor el gran tesoro sustenta,  
Y á todos golpes da, y armas presenta;

Cual tal vez cabe un riseo cavernoso  
De negra escama pálido serpiente,  
Que en renovadas conchas poderoso  
Muestra la cresta azul resplandeciente,  
Y si del fuego que hizo el perezoso  
Gañan junto á su cueva el calor siente,  
Saltando á él sin que temor le ocupe;  
Tres leguas silba, y la pozoña escupe?

Quedó el amante de la dama bella,

Que en salvo puesta sin pensar tenía,  
Viendo la escala; y que el jayán sobre ella  
La torre con su gente entrado había,  
Suspensa el alma, alborotada en vella,  
Y en vario discurrir la fantasía,  
Dándole vuelta á su pesar la suerte  
En tormento el placer, la vida en muerte.

Así tal vez villano entretenido  
En acechar de una perdis medrosa  
Para hallarla de noche el caro nido.  
Si al estender la mano codiciosa  
Al escorpión tocó que la ha comido,  
Atrás rehuye, y con la temerosa  
Luz de sus vivos ojos ve el engaño  
Del riesgo suyo, y del ajeno daño:

Tal de Velasco la nobleza antigua  
Suspensa se quedó viendo el gigante,  
Como nocturna y lóbrega estantigua  
Entre el humo y el fuego resonante,  
Y del confuso vulgo y gente ambigua  
El tropel ciego y el furor bastante  
A tomar la ciudad, mas en un punto  
El miedo y suspension se acabó junto.

Y como el que en los brazos de Morfeo  
Se sueña de un león fiero asaltado,  
Que despierto en el bosque Dodoneo  
Le ve sobre algún riseo encaramado:  
Hallando ser verdad el devaneo  
Del sueño sale á él alborotado,  
Trocada en riesgo la apacible caza,  
Y con la fiera y su furor se abraza;

De tal manera Argilidos viendo el paso  
A que sus cosas trajo la ventura,  
Furioso hacía el gigante Radagaso  
Sale amparado de la noche obscura:  
Y antes que el fernz moro sienta el caso,  
Un revés le alcanzó por la cintura  
Que le hizo dar de manos, y le hiciera  
Dos, si el filo al cortar no se torciera.

Saltó el gigante cual dragón herido  
Del duro césped que arrojó el villano,  
Y al tierno amante en fuego convertido  
Del mismo en que arde el torreón cristiano  
La respuesta volvió con tal ruido,  
Que acertando en el yelmo sonó el llano,  
Como si por socorro en ver que se arda  
La torre disparara una lombarda.

El español que dos deidades juntas  
Hora y amor le hierven en el pecho,  
Una tras otra hiere de dos puntas  
Al que su gloria puso en tal estrecho:  
Que del fornido acero por las juntas,  
Lago de roja sangre dieron hecho  
El antes verde prado, cuyas flores  
Muertas respiran, y solían amores.

Al recibir el moro la una herida,  
Otra al bravo leonés le dió en un brazo,  
Que aunque sin daño y riesgo de la vida,  
De acero y carne le llevó un pedazo:  
Y dando y recibiendo una avenida  
Y tempestad de golpes, hizo el plazo  
De su vida mas breve un altibajo,  
Que un brazo al rey de Ponto le echó abajo.

Mas como si la fuerza se pasara  
Del destroncado brazo al brazo vivo,  
Así con nueva fuerza da y repara  
Golpes á su contrario el griego altivo:  
En esto el fuego con su rubia cara,  
Para tacer el combate mas esquivo,  
Apoderado del dorado techo,  
Con su costoso daño hacia provecho.

Y la española escuadra que venía  
Por guarda del hermano de Tibalte,  
Y en ciega tropa arremetido había,  
Cubriendo el campo de sangriento esmalte,

Mezclada entre los bárbaros subía  
Por la alta escala, haciendo que no falte  
Quien con la sangre mora no pequeña  
Parte apague del fuego de Sansueña.

Del son confuso el resonar valiente,  
Y de la llama el rechinar sonoro;  
Asombró el pueblo, que tenía su gente  
Segura por allí de el campo moro:  
Caen almenas, y vuela en brasa ardiente  
La ancha techumbre de artesones de oro,  
Y de gruesas columnas jaspes varios  
Tristes sepulcros dan á sus contrarios.

Hizo el fuego las señas con sus llamas,  
Y acudió á aquella parte el furor todo,  
Los unos á perder vidas y famas,  
Y otros á hallarlas por el mismo modo:  
Al fin del ciego bosque entre las ramas  
Del asturiano campo y pueblo moro  
Lo mejor se juntó, y duró el rebato  
De la confusa noche el mayor rato.

Murieron muchos de una y otra parte  
En la confusa bárbara refriega,  
A unos dando el rendido baluarte  
Muerte común y sepultura ciega,  
A otros la espada del sangriento Marte  
Los vendimia en agraz, y en flor los siega  
Por varios trances, que el morir es cosa  
De todas la mas cierta, y mas dudosa.

### ALEGORIA.

La hermosa reseña del campo de España significa la que el entendimiento hace de las virtudes para conseguir el fin de la felicidad política.

En el suceso de Serpilo y Celedon se descubre la hermosura y fuerza de la verdadera amistad: en el estrago que hacen en el campo dormido, la poca seguridad de la vida humana, y como no hay campo seguro para la muerte: y en la de Cardiloro, y sus vanas pretensiones, cuan inciertos y mal entendidos salen siempre los oráculos y pronósticos humanos en las cosas por venir.

## LIBRO NONO.

ARGILDOS. Argildos, creyendo que Florinda es muerta, ó robada, se quiere matar de pena, y ella sospechando ser su esposo el muerto toma veneno para matarse, y sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo siguiendo una cieva encuentra á Angélica en las uñas de un dragón, señalá por las oscuridades de una cueva, y hallase enredado en un extraño encajamiento, donde Proteo le descubre quien son sus padres. Arleta pide á Galiana Justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con Rangario, á quien mata, y quita el escudo, y por las armas del es tenido por francés, y acometido de la gente que de Toledo venia en favor de Galiana, de quien queda preso por culpa de su caballo: oye en un bosque ruido de armas, y por ver qué sea, se pierde con la oscuridad de la noche de los que iban con él.

ARGILDOS ya, despues que a Radagaso  
Con gallardo esgrimir quitó la vida,  
Y á Arganda, un moro capitán, de paso  
Cabeza y pecho abrió de una herida;  
En compañía del prudente Eraso,  
Que una escuadra á sus piés tenía rendida  
De alarbes berberiscos, que en España  
La gente fué de mas coraje y saña:

Ganando el paso de la escala y muro  
A costa de su sangre, y de la ajena,  
El amante subió libre y seguro  
A ver su gloria, y á hallar su pena:  
Que entre el negro carbon del humo oscuro  
A vueltas de otros tristes llantos suena  
Que Florinda murió, ó es cosa cierta  
Que está cautiva y presa, sino es muerta.

Creése que consumida de la llama  
Entre carbonos de oro es ya ceniza,  
Y que de su valor sola la fama  
Viva ha dejado la sangrienta riza;  
Porque el oculto cuarto de la dama  
Puerta fue del asalto, y la postiza  
Escala su balcón, y el mauro fiero  
En ella ejecutó el furor primero.

Llegó la fama ya verificada  
Con bastantes indicios al amante,  
Que de dolor el alma traspasada  
Quedó á una muerta estatua semejante.  
Como el preso sin culpa, que ya dada  
En su causa sentencia ve delante  
El verdugo que á darle muerte viene,  
Cuando por libre en su opinion se tiene.

Tal quedó Argildos, que un morisco pudo  
De un golpe echarlo desde el muro al suelo,  
Que ni para la espada ni el escudo  
Fuerza dejó ni brio el mortal yelo:  
Dado de pena en la garganta un nudo,  
Caído el corazon, y el desconsuelo  
Mayor que tal desgracia se atribuya,  
O á poco amor, ó á negligencia suya.

Quiso darse la muerte con su espada,  
O dejarse matar de un enemigo,  
Sino fuera en su honor, ó en su pasada  
Culpa un breve morir corto castigo:  
Mas esto, y la esperanza amortiguada,  
Aun no muerta del todo, abrió un postigo,  
Por donde entró una furia de tal modo,  
Que pensó huirlo en su venganza todo.

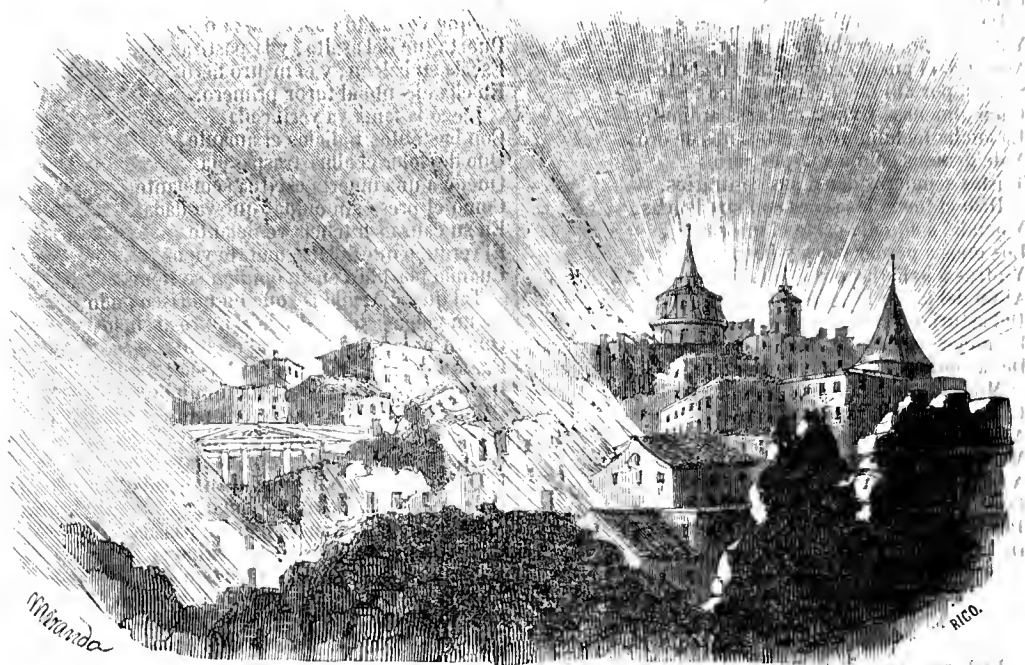
Tocaba á recoger el campo moro,  
Viendo engrosado mas que convenia  
El asalto que el mozo Cardiloro  
Sin justa causa comenzado habia:  
Cuando el valiente Argildos el sonoro  
Rumor de los clarines revolvía  
A hacer cruel venganza y escarmiento  
De la triste ocasion de su tormento.

Y aunque cubierto del nocturno luto,  
Y de tinieblas lóbregas revuelto,  
Al rayo de su espada el campo bruto  
En un confuso infierno quedó vuelto:  
Cogiendo en negra sangre horrible fruto  
Del rabioso dolor en que va envuelto,  
Dando golpes á ciegas, que de día  
Tendrá bien que contar la pluma mia.

En tanto la afligida hermosa dama,  
Ya persuadida que es su esposo el muerto,  
Con los perdidos lustres de su fama  
En el trazado fin de su concierto.  
El pecho ardiendo en amorosa llama  
Su amor llora perdido, y descubierta,  
Sin sombra ni apariencia de disculpa,  
Que encubrir pueda ó disculpar su culpa.

Al ciego amparo de un rincón obscuro  
De la tienda, que fuera cielo claro  
A saber cuya era, y cuan seguro  
Allí tenían sus males el reparo,  
Con llanto amargo, que un peñasco duro  
Tierno hiciera en su triste desamparo,  
Así de sus dos manos hecho un nudo  
Quejas al cielo da en lenguaje mudo.

«¡Oh cielo que ya tienes el tesoro  
Cuya memoria un pecho enriquece,  
Y á mí en triste ocasion de eterno lloro.  
Para nunca haber fin la pena mia!  
Si del sol que perdí, y perdido adoro,  
Ya en tu horizonte amaneció su día,  
Y mi alma, que es sin él la noche profunda,  
Jamás espera ver su luz segunda.  
¿Por qué en este desvan lóbrego y triste,  
Para solo llorar desgracias hecho,  
Quedar pensando el cuerpo permitiste,



Que es sin su vida de ningún provecho?  
Las vislumbres del gusto con que diste  
Mas dulce al alma el nudo, y mas estrecho,  
¿Dónde se fueron á volver estrellas,  
Llevándose mi bien volando en ellas?

¡Ay tierno esposo! ¡nombre regalado,  
A quien yo por mi mano di la muerte!  
¡Cruel piedad! ¡concierto desdichado,  
Debajo el dulce fin de complacerte!  
¡Inconstante fortuna! ¡adverso hado!  
¡Menguada hora de infelice suerte,  
Que tantos juntos abracé conmigo,  
Para solo quitarme un dulce amigo!

¡Alma dichosa, que en amor ardiendo  
Sobre tu mismo fuego te levantas,  
Y ya campos de gloria van midiendo  
De tus piés santos las divinas plantas,  
Mientras del tercer globo estás cogiendo,  
Entre sus rosas y azucenas santas,  
Los castos pensamientos en que tuve  
La fe sembrada que en tu ley mantuve!

Vuelve los ojos, mira el sacrificio  
Que ahora á tu deidad hacer espero,  
Que vivir fuera yo de tu servicio,  
Ni puedo ya, ni aunque pudiese quiero:  
El alma en ir tras sí hace su oficio,  
Y yo el mío en morir, pues por tí muero,  
Acoge ahora esta piadosa ofrenda,  
Que el dolor sana, y el honor remienda.

Y el cielo justo, pues que lo es, ordene,  
Que en honra de un amor y fe tan pura,  
Lo que apartados al morir nos tiene,  
Muertos nos junte en una sepultura.»  
Dijo, y toda turbada en ver que viene  
La infeliz hora de la muerte oscura,  
Resuelta ya en tomarla en cualquier via  
Antes que asome con su lumbré el día;

Con varias trazas considera el modo  
Mas fácil de matarse, y mas honesto,  
Antes que haga por el campo todo

La fama el primer yerro manifiesto:  
Al fin con pecho real y ánimo godo  
Entera en su memoria halló puesto  
El camino mejor mas breve y llano,  
En tomar un veneno de su mano.

Acuérdase que en guarda y fiel recato  
Le dió su anciano padre un pomo de oro  
De mortal confeccion con que un ingrato  
Indio, por órden de un esclavo moro,  
Matarle quiso, y descubrió el trato  
Los quemó vivos, y el mortal tesoro  
Ella por mas guardado, y mas recluso,  
Entre sus joyas sin pensar le puso;

Y que en el rico cofre que allí viene  
Su desgracia le puso, ó su ventura,  
Y así vuelta ya alegre en ver que tiene  
Tan vecina la muerte, y tan segura,  
Ni perpleja ni en duda se detiene:  
Tómale, y al buscar la cerradura  
Halla menos la llave, que al ruido  
Allá se le olvidó ó se le ha perdido.

Vuelve euitada á su primer congoja,  
Y tanto el cofre aquí y allí revuelve,  
Que el acero sin ver cómo se afloja,  
Y abierto á su primer contento vuelve:  
Todo quiere que muera, ó se le antoja,  
Las joyas saca á tienta, y las desvuelve,  
Hasta que á hallar al fin entre ellas viene  
La que la muerte en fiel custodia tiene.

Mas como obscuro está, ni acierta á abrilla,  
Ni su artificio sabe, ni lo entiende,  
Y así llorando dice: «¡oh gran mancilla,  
Que tan cara la muerte se me vende,  
Que ni buscalla basta, ni seguilla,  
De mí se esconde sola, y se defiende,  
Que es posible que ordene el cielo justo,  
Que aun no alcance el morir porque es mi gusto!

¡Oh cómo tiene el corazón humano  
Vislumbres ciertas de saber divino!  
¡Cuántas veces me dijo el miedo en vano



Que era lo que intentaba desatino!  
 ¡El huir de mí sin me tocar la mano,  
 El no me hablar palabra en el camino,  
 Todo era igual congoja y agonía,  
 Que á ambos un triste fin nos prometia!»

Esto entre sí decía, revolviendo  
 La muerte aquí y allí cuando en las manos  
 Cierta licor sintió, ¡oh suceso horrendo!  
 Que sin mas consultar temores vanos,  
 Cierta ya que el veneno iba saliendo,  
 Llegó la boca y labios soberanos  
 Para beber por ellos lo que cupo  
 Al corazon mas fiel que el mundo supo.

Y apenas el licor pasó la boca,  
 Cuando quedó la dama sin sentido,  
 Tal que mirarla á lástima provoca  
 Y deja al mas cruel entenebrecido:  
 O muerta, ó sino muerta con tan poca  
 Esperanza de vida, que perdido  
 Ya el sentimiento, en lágrimas cubierta,  
 Desde ese punto se contó por muerta.

Ya en esto del color de la azucena,  
 De alfófar lleno el manto de brocado,  
 Cercada el alba de una luz serena  
 De Oriente entraba en el balcón dorado;  
 Cuando de sobresaltos y de pena  
 El noble Argildos vuelve acompañado  
 Con rostro triste y paso perezoso,  
 Ni vencido, ni alegre victorioso.

Como tal vez sobre los bosques de Ida  
 Soberbio toro vuelve á su manada,  
 Sin traer consigo al pasto la querida  
 Novilla que á traición le fue robada,  
 Que el paso lento, la cerviz caída,  
 La piel en sangre y en sudor bañada,  
 Al cielo á cada paso vuelto brama,  
 De amor se queja, y su becerra llama:

Así el valiente golo se retira,  
 Vuelto ya el campo á su primer concierto,  
 De congojas cercado, ardiendo en ira,  
 De triste luto el corazon cubierto,  
 De sombras lleno cuanto en torno mira  
 Al dolor vivo, á la esperanza muerto,  
 Y á su real tienda llega, cuando el día  
 A ver lo que el asalto obró salía.

Halló á la puerta en hábito de moro  
 Al cautivo Roselio envuelto en llanto,  
 El paje con quien hizo Cardiloro  
 El enredo que á todos costó tanto:  
 Miróle Argildos y en la nieve y oro  
 De su rostro y cabello, cuerpo y manto,  
 Vió al natural á su Florinda bella,  
 Y fue admirado á arrodillarse ante ella.

Creyó que como estaba concertado  
 En hábito morisco habia salido,  
 En el de paje el de mujer trocado  
 Por mas ligero y menos conocido:  
 Mas cuando de mas cerca vió burlado  
 Su antojo, y ser de veras ha entendido  
 Hombre en el habla, y diferente el trato  
 De aquella de quien es vivo retrato;

Volvió otra vez á su dolor primero,  
 Aunque con nueva admiracion y espanto,  
 En ver aquel gallardo prisionero,  
 Que á su Florinda se parecia tanto:  
 Dióle razon del caso un escudero,  
 Diciéndole: «señor, á noche, en tanto  
 Que el asalto duró, el capitán Bueso  
 Trajo una mora, y á este moro preso.

La mora en tristes lágrimas metida  
 Allá dentro, y el moro en este prado,  
 Llorando están la libertad perdida,  
 Y la nueva alliccion del triste estado:»  
 Dijo, y Argildos la alma divertida,  
 La vista, el sentimiento, y el cuidado

En su primer dolor, apenas siente  
 La breve cuenta de su leal sirviente.

Y de congoja y sobresaltos lleno,  
 Ni á esto, ni á aquello atiende ni repara,  
 Entrándose en la tienda cuando el freno  
 Del sol asoma con su lumbré clara;  
 Dándole luz bastante el día sereno  
 Para ver la belleza al mundo rara,  
 Que la ventura ya quiere que vea,  
 Sin saber como, ni por donde sea.

Como tal vez el labrador cansado  
 De buscar el novillo que ha perdido,  
 En quien todo el caudal tiene empleado  
 De las pobres cosechas de su ejido,  
 Entra bajando el monte descuidado  
 A una cueva sin luz y allí escondido  
 Acaso le halla entre las ollas de oro,  
 De un antiguo y riquísimo tesoro;

Así el tierno amador con los temores  
 Que su imaginacion triste le ofrece,  
 Sin pensar encontró los resplandores  
 Del tesoro mayor que le enriquece:  
 De su bella Florinda vió las flores  
 Con que de nuevo ya su amor florece,  
 A un rincón de la tienda desmayada,  
 Toda de joyas y beldad cercada.

Danae quizá, cuando entre lluvias de oro  
 Bajó á su lecho celestial riqueza,  
 Tuvo en sus faldas otro igual tesoro,  
 Mas en su rostro no otra igual belleza:  
 «O soberano cielo en quien adoro!  
 (Dijo el godo, aun no libre de tristeza)  
 ¿Anda fortuna haciendo devaneos  
 Entre su ciego antojo, y mis deseos?

No es este el bello sol que mi alma alumbra?  
 ¿Este no es su retrato verdadero?  
 ¿Es sueño, ó sombra, ó luz que me deslumbra?  
 ¿O la fingida imagen por quien muero?  
 ¿O es la imaginacion con que acostumbra  
 Pintar la gloria amor, que sigo y quiero  
 Para volverme con deseos loco  
 Del mismo gusto y bien que veo y toco?

¿Háase quebrado en dos el limpio espejo  
 En quien solia mirarse la hermosura,  
 Que tan por un nivel, tan por parejo,  
 Se muestra en dos mitades su figura?»  
 Así dijo, y con ánimo perplejo  
 En el secreto de la enigma obscura  
 Llegó á la bella dama, y á un pequeño  
 Moverla le rompió el sabroso sueño.

Despertó sin sentido alborotada,  
 De sudor y de lágrimas cubierta,  
 Y en ver su tierno amante mas turbada  
 Sospecha todavia que esta muerta;  
 Hasta que vuelta en sí, y desengañada,  
 No que en vana fantasma y sombra incierta  
 Su esposo está, mas en alegre vida,  
 En nueva admiracion quedó metida.

Así en la escena trágica aparece,  
 Al desatarse el nudo y la maraña,  
 En que su alegre ó triste accion fenece,  
 La antes oculta novedad estraña,  
 Con que la pena ó la alegría crece,  
 Que las pasiones mueve, y las engaña,  
 Poniendo los sucesos diferentes  
 Admiracion y espanto en los presentes.

Va tuvo sabios la opinion humana,  
 Que por ver los dislates de la vida,  
 Los ciegos desvarios, y la vana  
 Locura en sus propósitos metida,  
 Creyeron que esta fábrica mundana  
 Del santo cielo estaba desasida,  
 Sin ley ni dependencia en su gobierno,  
 De libre brazo, ni saber eterno.

Mas que el divino artífice, que solo



El globo hizo y máquina presente,  
La luna variable, fijo el polo,  
A Bootes frio, y al leon caliente,  
Como el día le dió á la luz de Apolo,  
Y la noche al reposo de la gente,  
Así tambien sin diferencia alguna  
Los hombres á las vueltas de fortuna.

De aquí daban nacidos los errores,  
La variedad de vidas y de muertes,  
La mudanza de estados y favores,  
Las infelices y felices suertes;  
Ser reyes unos, otros labradores,  
En pobres chozas ó en castillos fuertes;  
Y aquel andar á tientos los mortales,  
En medio de los bienes y los males.

Todo esto hacian alhajas de fortuna,  
Que es del reloj divino órden entera,  
Sin quien no mueve el mar ola ninguna,  
Ni una arena hay de mas en su ribera:  
Esta el cielo y la tierra tiene en una  
Lazada y dependencia verdadera,  
Ordenando las cosas de tal modo,  
Que cada cual sea parte de este todo.

Mas hay en esto modos naturales  
Con que sus cursos corren vuestras vidas,  
Que ni es todo milagros celestiales,  
Ni todo caso y suertes no entendidas,  
Que muchos de los bienes y los males  
Nacen de cosas bien ó mal regidas,  
Y el albedrio hizo de su mano  
Piadoso á César y á Neron tirano.

Bien que hay casos tambien donde no puede  
La prudencia estorbarlos ni el aviso,  
Que el mundo hace que su vuelta ruede  
Por donde él quiere y no el prudente quiso:  
Y Ulises por mas curso que le quede  
De experiencia y saber, no hará el preciso  
Golpe vano que el hado le predijo,  
Que al fin morirá á manos de su hijo.

Aquí entra ya la buena ó mala suerte,  
Donde no alcanza el albedrio humano,  
Que al uno hace errar, y á otro que acierte  
Por donde no pensó ni fue en su mano:  
Esta dió á Cardiloro ayer la muerte,  
Huyendo della por camino llano,  
Y la vida guardó á Florinda bella,  
Cuando ella mas trataba de perdella.

¡Estraño caso! en la bugeta de oro  
Que el veneno mortifero traia,  
La contrayerba del mortal tesoro  
Por sí en licor suavisimo tenia;  
Que tal fue siempre en esto el uso moro  
Dar el remedio donde el mal venia,  
Y á la dama tambien su buena suerte,  
Hallar la vida por buscar la muerte.

De un frio áspid de Libia soñoliento  
La mortal confeccion era amasada,  
Y el mitridato por el mismo intento  
Durmiendo la dejaba reparada:  
Trocó á las cosas la ventura el viento,  
Y la afligida dama alborotada  
Bebió por beber muerte en la bebida  
Un dulce sueño que le dió la vida.

Estando en esto todos divertidos,  
Roselio abrió la puerta al desengaño,  
Y de los desconciertos referidos  
El discurso contó y suceso estraño:  
Los dos tiernos amantes advertidos  
Del bien presente, y del pasado engaño,  
Al cielo alaban, que por tales pasos  
Piadoso rigelos humanos casos.

Publicóse la nueva venturosa,  
Y el amante sagaz viendo trocada  
En ocasion honesta la amorosa,  
Que antes viniera á ser grave y pesada;

Al triste alcaide, padre de su diosa,  
Que por muerta la tiene, ó por robada,  
Aviso envia y da nueva cumplida  
Ya de su libertad, y de su vida.

Vino el anciano capitan gozoso  
Al real en grave pompa y aparato,  
Resuelto de no ser al valeroso  
Godó á tan nuevo beneficio ingrato:  
Si él gana hija, que ella gane esposo,  
Y el premio todos de un honroso trato,  
Trocándose por casos semejantes  
En paz la guerra de los dos amantes.

Estos milagros hace la ventura  
Cuando se muestra un poco aficionada,  
Yerros dora, descuidos asegura,  
La muerte en dulce sueño da trocada:  
El cautiverio en libertad segura,  
La guerra y pena en gloria y paz sagrada,  
Y así á las cosas trueca el sobrescrito,  
Que á veces saca premios del delito.

Fue el valeroso alcaide recibido  
En real aplauso y magestad decente  
De la gallarda dama, y su querido  
Amante, y la demás guerrera gente:  
Donde luego que vió al recién venido  
Preso, en nada á Florinda diferente,  
«¡Santo Dios! dijo, ¿qué ventura es esta  
En tan notable maravilla puesta?

¿Quién trajo aquí esta nueva hermosura  
En jóven tan gallardo, y tan apuesto?  
¿Es de claro linaje, ó sangre obscura?  
¿Quién me sabrá decir lo que hay en esto  
Ó es el que yo en una espesura,  
Cuando en amargo llanto y luto puesto  
La traicion me dejó de un moro ingrato  
Robándome este rostro, ó su retrato.

Decidnos, bello moro, ó fiel cristiano,  
Vuestra tierra, nacion, ley, y nobleza,  
A quien el alto cielo dió la mano  
Tan abundante en gracia y gentileza.»  
Así el alcaide dijo, y el lozano  
Doncel con nuevas prendas de belleza,  
De empacho y sobresalto de quien era,  
Turbado respondió desta manera:

«Señor, de mis parientes y linaje  
Mas noticia no tengo ni experiencia,  
Que haberme desde niño visto paje  
De Abdalla, rey tirano de Valencia:  
De adonde hasta aqui hice un viaje  
Por un rodeo lleno de violencia,  
Que así, señor, pasó...» y así queria  
Decir lo poco que de sí sabia;

Quando en confusa trápala y ruido  
Por la real tienda entraba un moro bravo  
De un vulgo y furia popular asido,  
Y un valiente caudillo de otro cabo:  
Hanle entre los cautivos conocido  
Por el rojo Alfaquíz, antiguo esclavo  
Del alcaide, y aquel que ahora dijo  
Que en una caza le robó á su hijo.

Fue de la arma pasada el desconcierto  
De tanto riesgo en el real pagano,  
Que hallando lo mejor del campo muerto  
El viejo Zumail, moro liviano,  
Desesperado huyó, huyó encubierto,  
Y el resto se dejó al furor cristiano,  
Entre cuyos despojos y tesoro  
Raulin prendió al antiguo esclavo moro.

Prendióle, y todolleno de cuidado  
A que del tierno padre en la presencia  
El rico hurto descubra, aprisionado  
Le trajo en tanta guarda y diligencia:  
Quedó de nuevo el campo alborotado...  
Mas mientras se sosiega, y dan audiencia,  
Al nuevo preso, de Bernardo quiero

La luz seguir de su invencible acero.

Ya despues que con trágico lamento  
Fin dió á su historia el español gallardo,  
Y deslumbrado en su beldad á tienta  
Se entró tras una corza el gran Bernardo  
Por la incógnita selva, en el aliento  
Y ligereza que un dispueto pardo,  
Cuando en la Libia la hambre le persigue,  
Y un lobo por las breñas de Atlas sigue.

De las ásperas quiebras de la sierra  
Carrido un no pequeño trecho habia,  
Cuando abrirse de lejos vió la tierra  
Que en tumbo hinchado sobre el mar caía,  
Y al negro abismo que su vientre encierra  
Arrojarse la luz tras quien venia,  
Admiróle el suceso, y fue con nueva  
Curiosidad á entrarse por la cueva.

Cuando en el verde suelo vió caída  
La hermosura de Angélica, y sobre ella  
Una enrescada sierpe, que atrevida  
En sus artejos quiere deshacella:  
Aquella beldad misma que su vida  
En aire obscuro vió cual clara estrella,  
La noche que á Orimando en su presencia  
Su luz arrebató maga violencia.

Admiróse el mancebo, y conolido  
De la ingrata belleza, aquella espada  
Que ella por mas favor le habia ceñido,  
A volver por sus causas obligada,  
Bravo sacó y con ánimo atrevido  
Corre á librar la dama desmayada,  
Que el dragon en la boca se la lleva  
Por las entrañas de la obscura cueva.

Entró tras él el animoso infante  
Al sordo estruendo de la sierpe horrible,  
Sintiendo detenerse por delante  
De un fuerte y singular brazo invencible;  
Hasta que en fuerza y ánimo constante  
Vencido de la máquina terrible  
El importuno estorbo en son horrendo  
Fue por el negro sótano cayendo.

Piensa que ha ya bajado hasta el profundo,  
Segun las vueltas y traspies que ha dado,  
Cuando de nuevo se halló en el mundo  
Con dos gigantes sobre un fresco prado,  
Que el uno ha muerto el animal inundo,  
Y el otro por el oro ensortijado  
Del hermoso cabello á toda priesa  
La Angélica beldad se lleva presa.

Deten, negra fantasma, el jóven grita,  
Y tras él sale á remediar el caso,  
Cuando el otro jayan le ataja y quita  
Con firme maza el importante paso:  
Tal que si el primer golpe no le evita  
Un salto atrás en aquel campo raso,  
Contra el valor de los eternos astros  
De su muerte quedaran tristes rastros.

Iba sin mas defensa el caballero  
Que de su limpia espada la destreza,  
Con que el jayan de corpulento acero  
Sus golpes perder hizo y su braveza,  
Acertándole algunos el guerrero  
A pesar de su altura en la cabeza,  
Por donde en vez de sangre salen toscas  
Bandas de abispas, y de negras moscas.

¡Horrible caso! por el negro viento  
El importuno y mal nacido enjambre  
Sobre el bravo español vuela sin tiento,  
A hortar en él las rabias de su hambre:  
Siéndole su inquietud mayor tormento,  
Que el encantado bulto y tez de alambre,  
Que la cruel maza encima dél revuelve.  
Y en alados gusanos se resuelve.

Como entre los tomillos y el romero  
Del fértil monte Híbla causa pena

El belicoso enjambre al aso fiero,  
Que sin tiempo desfonda la colmena,  
Dando el liviano corecho el golpe entero  
De dulce ambrosia de enemigos llena,  
Y haciendo la defensa de su vida  
Sabrosa la victoria y desabrada.

Así el menudo ejército que vuela  
Sobre el rostro y los ojos de Bernardo,  
Le inquieta, le congoja, y le desvela,  
Sin valerle defensa ni resguardo:  
Ni le aprovecha maña ni cautela,  
Ni importa ser ligero ni ser tardo,  
Que lo ha con enemigos inconstantes,  
Que se atreven á reyes, y á gigantes.

Mas de nuevo le asombra un nuevo caso  
En esta extraña y desigual conquista,  
Que en picando la avispa, el bulto escaso  
Volvia en rojo rubí ó blanca amatista:  
Y donde quiera que fijaba el paso  
Rastro quedaba en relumbrante lista  
De las preciosas piedras que ya en vuelo  
Moscas vinieron hechas por el cielo.

Así en su trono real Midas sentado,  
Y convirtiendo cuanto toca en oro,  
Si acaso vino un esuadron al lado,  
Que en torno vuela con hablar sonoro,  
Lo que le llega en oro cae mudado,  
Con que el espanto crece y el tesoro,  
Y si la tierra pisa, deja en ella  
Resplandecientes rastros de su huella.

De pedrería cubierto el valle ameno  
Ya la braveza del leónis tenia,  
Y el fingido jayan de avispas lleno  
Con solos ademanes combatia:  
Cuando quitando al sufrimiento el freno,  
A pesar de la maza que esgrinía  
Un golpe le acertó por la cintura,  
Que cortó en dos la bárbara figura.

La mitad se quedó en el verde prado  
De bronce hecha imágen verdadera  
Del invicto español, que retratado  
En ella goza su hermosura entera:  
La otra mitad en vuelo levantado  
Subir se vió por la estrellada esfera,  
De lenguas llena, y de dorada llama,  
Con la trompa y las alas de la fama.

Cobró el invicto montañés sosiego  
Vencido aquel fantástico enemigo,  
Y á dar alcance y guerra corre luego  
Al que se lleva á Angélica consigo:  
Viola entrar por la llama de un gran fuego,  
Y sin buscar mas puerta ni postigo  
Tras él se entró, que á quien honor pretende,  
Ni el fuego espanta, ni el temor le ofende.

Así el fuego se cuenta que en su esfera  
Es con su tibia luz tan perezoso,  
Que aun no llega á esponjar la blanda cera,  
Ni á ser mas que un vapor elaro y lustroso:  
Pasó libre la luz que reverbera,  
Y hallóse en un sepulcro tenebroso,  
Que en una obscura tumba parecia  
Al débil rayo de un farol que ardia.

Rondaba en torno dél un cuerpo muerto,  
Negra fantasma, ó sombra descarnada,  
Quedó pasmado, y el cabello yerto,  
Suspense el paso, y la color mudada:  
Hasta que reportado: «oh, tu, encubierto  
Cadáver, dijo, dime en voz prestada,  
Sino la tienes propia, por cual cueva  
Un jayan bruto preso un ángel lleva.»

Juzgó que en las honrosas pretensiones  
Del ir tras la virtud es caso indino  
Pensar que aun á los muertos las razones  
Falten para mostrar senda y camino:  
Ni que puedan fingidas ilusiones

Torcer el curso del saber divino,  
Que á cada vida tiene, y cada hado,  
El punto fijo y centro señalado.

Esto á pedir con libertad le obliga  
El carcomido bulto luz bastante  
Del huido jayan, y el con amiga  
Caricia le adestró con ir delante,  
Pidiéndole por señas que le siga  
Por un hundido sótano distante,  
Que secas las arterias y pulmones  
Aire le falta en que formar razones.

Fueron bajando un caracol difuso  
Al rayo de la lámpara de fuera,  
Que en aire negro, y cóncavo confuso,  
Con luz dudosa y tibia reverbera;  
Hasta que de los piés las plantas puso  
De un negro rio profundo en la ribera,  
Que con ronco furor de peña en peña  
Por sus hondas cavernas se despeña.

Un pequeño batel puesto á la orilla  
Está entre cañas y ovas zaborando,  
Donde aquella mortal sombra amarilla  
Se entró, al ilustre jóven convidando:  
Notable y nunca oída maravilla,  
Que obedeciéndole él, y ella bogando  
Por los despeñaderos de aquel rio,  
Mas recio va que el agua á su navío.

Cercado de figuras temerosas,  
Que á la luz se descubren, que levanta  
El oro de las sierpes escamosas,  
Que con su horrible centellear espanta:  
Y sobre negras ondas espumosas  
El frágil leño al centro se adelanta,  
Donde la luna sus mudanzas mide,  
La noche reina y el horror preside.

Así en el requemado Flegetonte  
La barca de la muerte, y su barquero,  
Temple á las almas muda, y horizonte,  
De un claro mundo, á un espantoso y fiero:  
Y Alcides cuando entró por Aqueronte  
A enlazar las gargantas del cerbero,  
Así en el débil leño á todo vuelo  
Los límites feroz pasó del suelo.

Sintió en el sosegado movimiento  
Del temeroso viento denegrido,  
Haber ya hecho la barquilla asiento,  
O en agua mansa, ó puerto conocido:  
Buscó el piloto por el barco á tienta,  
Y viendo que se le ha desvanecido  
Causóle horror, que en golfo tan esquivo  
Aun hace un muerto compañía de vivo.

Hiere á una parte y otra con la espada,  
Y en el fondo del agua con los remos,  
Y ni halla de aquí ni de allí nada,  
Ni al rio corriente, ni al remanso extremos:  
Solo de horribles sierpes ve cuajada  
La negra espuma, como ver solemos  
Con el presto relámpago que embiste  
Los pardos bultos de la noche triste.

Así el menudo centellar que sale  
De las sierpes al agua, y los dragones,  
Solo con sus vislumbres tristes vale  
Para aumentar del miedo las pasiones,  
Haciendo que un temor á otro se iguale,  
Las negras sombras, y húmedas visiones,  
Con el espanto del lugar horrible,  
Bastante prueba á un ánimo invencible.

El valeroso jóven que se halla  
Ni bien en este ni en el otro mundo,  
Sin guía, senda ni luz, ni en que buscalla  
En el herviente lago y golfo inundo,  
Que ni su barca sabe gobernalla,  
Ni como vadear el rio profundo,  
De un bordo en otro en vano se fatiga  
Buscando el puerto ó la ribera amiga.

«Sin duda, dice, el cielo me ha traído  
Por alguna soberbia culpa mia,  
Donde en eterna noche confundido  
Con el miedo ande siempre en compañía:  
Mas si en esta caverna y lago hundido  
Mi nombre ha de quedar, y aquí me guía  
El mal dispuesto influjo de mi estrella  
A morir sin por qué tan mozo en ella;

Deme un famoso brazo con quien pueda  
Quedar como quien soy de un golpe honrado,  
Que no es gran cosa hacer la fatal rueda  
Que un hombre si es mortal muera ahogado:  
Y si algun tiempo por vivir me queda,  
Tampoco es bien pasarlo aquí encerrado,  
De cualquier suerte quiero ver si puedo  
Destas cuevas romper el ciego enredo.»

Dijo, y con ambos remos presuroso  
Boga á buscar el fin de la laguna,  
Y sin tomar aliento ni reposo  
Se cansa en vano sin mudanza alguna:  
Párecelle que vuela mas furioso  
Su barco que la esfera de la luna,  
Y no se mueve mas, ni da mas paso,  
Que en Tesalia las cumbres del Paruaso.

Veinte millas hubiera navegado  
Con el recio bogar si se moviera,  
Cuando el remo arrojó desalentado,  
Sin esperanza ya de hallar ribera;  
Volviendo al cielo todo su cuidado,  
Y pidiendo, si es fuerza que allí muera,  
No hereden cuerpo y alma unas serpientes,  
Pues nacieron de padres diferentes.

Pide tambien en su secreto pecho  
Favor á la purísima María,  
Y á su santo Custodio, que el estrecho  
Camino le abra, y vuelva á ser su guía:  
Y viendo que es cansarse sin provecho  
Gastar las fuerzas mas en tal porfía,  
Se está quedo esperando á ver la suerte  
Que el tiempo echa en su vida, ó en su muerte.

Y mientras sepultado en el profundo  
Entre horribles figuras se lamenta,  
Tambien la superior parte del mundo  
Al cielo obscuro sus estrellas cuenta:  
Cubierto el primer suelo y el segundo  
Del negro manto que el temor aumenta,  
Guardando las tinieblas sin figura  
Sus privilegios á la noche obscura.

Y así en silencio y suspension callada  
Todo permaneció hasta el nuevo día,  
Que un rayo entró de luz amortiguada,  
Por donde un muro sin pensar se abría:  
Y en una hermosa sala matizada  
De oro precioso, y varia pedrería,  
Sobre una rica cama de brocado.  
Con sus congojas se halló embarcado.

Vió que eran los dragones y serpientes,  
Que antes le perturbaban con vislumbres  
De oro y preciosas piedras transparentes,  
Que á la cuadra enlazaban las techumbres:  
Las espumas aljófares pendientes  
De un rico pabellon alegres lumbres,  
Y la barquilla en que iba tan estrecho,  
La blanda pluma de un dorado lecho.

Tuvo por sueño todo lo pasado,  
Sus temores riendo y su recelo,  
Y saltando del lecho apresurado,  
Corrió alegre á gozar del claro cielo:  
Abrió una puerta de marfil grabado,  
Por donde entró la luz, y halló que el suelo  
Era todo de un vidrio transparente,  
Como el cerúleo mar resplandeciente,

En que de los tesoros de la sala  
Caían unos vivisimos reflejos,  
Que en vista y proporcion no les iguala



La industria de los cóncavos espejos,  
Siendo serpientes de oro hechas por gala  
Los que dragones parecían de fejos,  
Fingiendo las vislumbres de un topacio  
El contrahecho asombro en el palacio.

Mas ya saliendo por la ebúrnea puerta  
Tras el sabroso fin del dulce engaño  
Un nuevo mundo vió, á quien da cubierta  
Un cielo de agua sin lesion ni daño :  
Admiróse de ver que al aire abierta  
El ancho mar por artificio extraño  
La bellissima bóveda levante  
A la de un claro cielo semejante.

Y que los rayos del dorado Febo,  
Que por las cumbres vuelan celestiales,  
Con nuevo día en aquel mundo nuevo  
Luz á su nacar den, y á sus corales :  
Y en claros visos con sutil relieve  
Del mundo así relumbran los cristales,  
Que con vislumbres de oro y resplandores  
Iris hagan bullir de mil colores.

Entre las aguas los ligeros peces,  
Con ses go movimiento y curso blando,  
Por varias partes, y en diversas veces,  
Las crespas ondas ir se ven cortando :  
Y al rubio sol sus escamadas teces,  
Como cuerpos opacos relumbrando,

Su luz en globos lúcidos se enaja,  
Y en contrarios aspectos se baraja.

Así el vulgo sospecha que en el cielo  
El sol camina, y vuelan las estrellas,  
No asidas, mas cada una en suelto vuelo,  
O mas bellas en luz, ó menos bellas,  
Dando en confuso y suelto enjambre al suelo  
Del oro de su lustre las centellas,  
Con un eterno curso sin trabajo,  
Cual es de un grave cuerpo el irse abaja.

Admiróse de ver la hermosura,  
Que en claros y argentados arboles  
Por el agua entremete la luz pura,  
Tejiendo en ella varios tornasoles :  
Y del lustroso nacar la blancura,  
Que en conchas y revueltos caracoles  
Las aguas crian, y con tez de plata  
Sus suelos cubren de belidá barata.

Dase en aquellos campos espaciosos  
El rocío en aljófares enajado,  
De balajes, jacintos, y listrosos  
Carbuncos y amatistas retocado :  
De espejado cristal riscos lustrosos,  
Arboles rojos de coral preciado,  
De zafiros, crisólitos, topacios,  
Los montes llenos, muros, y palacios.

Ricas florestas, huertos y jardines,

Con parras de oro y pámpanos de plata,  
Rubies por uvas, perlas por jazmines,  
De aljófar argentada cada mata :  
Dorados pavos, bellos francolines,  
De azules plumas, nieve, y escarlata,  
Que por las esmeraldas y cristales  
Vuelan, y dan vislumbres celestiales.

Así en triángulos da el cristal cuajado  
Al encrespar los aires con plumajes,  
De oro, nácar, azul, verde y morado,  
Pomposas sombras, lúcidos follajes :  
De que el bravo español mas admirado,  
Que de los antes lóbregos visajes  
Del contrahecho barco, y de su dueño,  
Piensa que es todo engaño, ó todo sueño.

Y entrando por los campos, no distante  
De la ancha puerta, un prado deleitoso  
De tiernas flores lleno el radiante  
Asiento muestra de un castillo hermoso,  
De arquitectura y fábrica elegante,  
Aunque de vidrio frágil y lustroso,  
Cuyas resplandecientes torres bellas  
Con sus follajes tocan las estrellas.

Las ricas galerías y ventanas,  
Antepechos, y lúcidos balcones,  
De hermosas ninfas con libreas galanas,  
Dan á la vista raras perfecciones :  
De lirios, alelis, rosas tempranas,  
Triunfales arcos, frisos y festones,  
Y en las ricas cabezas de oro llenas,  
Coronas de claveles y azucenas.

Es de la juventud y la hermosura  
Tierno albergue el alcázar delicado,  
Donde la alma, salud, y su frescura,  
La alegre sangre, y el vivir templado,  
Vida á su parecer gozan segura,  
Si bien de frágil vidrio el real tejado,  
Y por vecina una importuna vieja,  
Que hora de gusto el suyo no les deja.

Puesto en frontera deste gran palacio,  
Sobre una parda carcomida roca,  
Otro distante dél no largo espacio,  
Las nubes con sus rotas cimbrias toca :  
En campo estéril, agostado y lacio,  
De oscuros senos, y de vista poca,  
Lumbreras cortas, patios mal seguros,  
Antiguas torres, y arruinados muros.

Habitan dentro horribles sabandijas,  
Necias mujeres de ánimas volitarias,  
Flacas, feas, fantásticas, prolijas,  
Frias, falsas, caducas, herbolarias :  
De arrugas llenas, callos, y de rijas,  
Enfermedades, y apostemas varias,  
Por caudillo una vieja así enfadada,  
Que á nadie placer da ni gusto en nada.

Toda menor que de la mano al codo,  
De enfermedades y de horror cubierta,  
Corto el cano cabello, el cuerpo todo  
De flacos pliegues lleno, y color muerta,  
De raíces hecha, y hecha de tal modo,  
Que corza no hay tan viva ni despierta,  
Águila real, nebli que se abalance,  
A quien no dé su ligereza alcance.

Es la triste vejez de edad cansada,  
Ligera posta en alcanzar mortales,  
Y las brujas de que anda acompañada  
Ciega baraja, y confusion de males :  
Melancolía, flaqueza, y la pesada  
Enfermedad de puntos desiguales,  
Tejiendo á vueltas dellas mil engaños  
Las edades ladronas de los años.

Todo este infausto campo de enemigos,  
Sin dormir noche, ni escusarse día,  
Por las ventanas da, y por los postigos,  
Al vidrioso alcázar batería :

Dejando á sus victorias por festigos  
La mustia tez, y muerta gallardía,  
Que á cada hora lastiman, y con vanos  
Escudos se defienden de sus manos.

Déjó admirado al español caudillo  
La nueva guerra y desigual batalla,  
Viendo pelear con flores de castillo,  
Y hacer dellas defensas y murallas :  
Y el contrario escuadron, que á resistillo  
Peto no basta ni acerada malla,  
En diestros tiros, y con maña astuta,  
Irreparables golpes le ejecuta.

Vió á Angélica la bella á una ventana,  
Por quien tan largo afán tomado habia,  
Y que una hada envejecida y cana  
Ya por cogerla á su balcon subia :  
No aguardó mas, salió en alma lozana  
A defender la que á librar venia,  
Cuando en ciego tropel y alto alarido  
Del sin ley escuadron fue acometido.

Rodeado de fantásticas quimeras,  
Horribles gestos, lóbregos visajes,  
De aquí y de allí le dan de mil maneras  
Pesados golpes, bárbaros ultrajes :  
No los negros moscones, ni las fieras  
Llamas, ni los nocturnos personajes,  
Por donde allí llegó, ni todo junto,  
En tal riesgo le puso, ni en tal punto.

Ni fue con mayor ímpetu asaltado  
En venganza de el muerto Polidoro,  
De Hecuba y sus mujeres el malvado  
Y fiero rey de Tracia hambriento de oro ;  
Ni Orfeo al pié del Ródope sentado,  
Selvas plantando su cantar sonoro,  
Herido en mas confuso desatino  
De la bacanal turba hirviendo en vino.

Que el tierno jóven del enjambre esquivo,  
Que al frágil vidrio con furor contrasta,  
Y las bellezas de su muro altivo  
Con sordas invisibles linas gasta :  
Mas porque herir su pecho fugitivo  
Indigna hazaña sale á su real casta,  
Y es bajeza manchar en tan vil gente  
El limpio acero de su espada ardiente ;

Con el trozo de un remo carcomido,  
Que en el húmedo suelo se halló á mano,  
Tras el escuadron dió descomedido,  
Haciéndole la fuerza ser villano :  
Y aquí un mónstruo espantado, y otro herido,  
Todos medrosos huyen por el llano,  
Sola la vieja que al balcon subia  
En alcanzar á Angélica porfia.

Cual pardo huron, ó astuta comadreja,  
A cazar sube un pájaro en su nido,  
Que al hueco abrigo de una corva teja  
Seguro se juzgaba, y escondido :  
Tal la arrugada y carcomida vieja,  
Pegada al muro sin hacer ruido,  
Poco á poco se acerca á la hermosura,  
Contra quien no hubo libertad segura.

Cuando el gallardo jóven, que volvía  
De los vencidos mónstruos victorioso,  
El bulto asió de la mordaz harpia,  
Que trepando iba el muro peligroso,  
Y arrojándolo al suelo, ya quería  
Ponerle el pié como á raton medroso,  
Cuando ella humilde á su furor rendida  
Así merced le pide de la vida :

« ¡ Oh invicta gloria del valor de España !  
No ofendas las grandezas de tu mano  
Mostrando ahora sin sazón tu saña  
En dar injusta muerte á un vil gusano ;  
Sabe que no saldrás de esta montaña  
Si yo el camino no te diera llano ;  
Oye que no hay tan mustio y seco heno

Que para algun efecto no sea bueno.

Proteo es cierto espíritu marino  
Que las llaves del mar inmenso tiene,  
El que abre y cierra el paso, y da camino  
A cuanto de sus aguas se mantiene,  
Alcaide de este alcázar cristalino,  
Y el que atalaya cuanto al mundo viene,  
Y en él alcanza á ver lo que desea,  
Antes que salga á luz, y antes que sea.

Este en lo hondo de una gruta obscura,  
Que el ciego seno ocupa desta cueva,  
Luz si lo vences te dará segura,  
Y de cuanto deseas saber nueva;  
Mas es de tal ingenio, y tal hechura,  
Y tal rodeo en sus discursos lleva,  
Que si ya no es venciéndole primero,  
Dél no sabrás suceso verdadero.

Con cadenas de perlas has de atalle,  
Que será lo demás cansarte en vano.  
Dijo, y cuando mas puesto en escuchalle  
Sin sospechas estaba el asturiano,  
De entre los pies salió cruzando el valle,  
Cual nocturno murciélago, el enano  
Bulto de la encubierta hechicera,  
O sea Alcina, ó la vejez palera.

Sospechas hay que fue la misma hada,  
La que en su natural figura quiso,  
Sin liarla de otros medios recatada,  
Al doncel dar de España el nuevo aviso:  
Otros que la vejez torpe y cansada,  
Que es de suyo habladora de impróviso,  
Con el vano temor se fue de boca,  
Y por pies luego á su arruinada roca.

El jóven que al principio no hizo caso  
Del sabio aviso de la astuta vieja,  
Viendo cerrado del castillo el paso,  
Las puertas, ó con llaves, ó con reja;  
Y junto al muro, en medio el campo raso,  
De una cueva la boca mal pareja,  
Y en un padron sobre ella por trofeo;  
«Mirada del mudable dios Proteo.»

Habiendo leído en el romano Homero  
La historia deste monstruo variable,  
Bien que la tuvo por ficcion primero,  
Ahora le pareció cosa probable:  
Y entrando sin mas láminas de acero,  
Que de su espada el brio irreparable,  
Un jayan viejo vió en un risco echado,  
De larga barba y rostro descarnado.

Y de aljófar menudo una cadena  
Caida ante sus pies, quizá seria  
Con la que el brazo de Aristeo se suena  
Que apretado le tuvo y preso un día;  
O con la que él se deja atar sin pena  
Cuando alguno le vence su porfía,  
Al fin él por las señas y el trofeo  
Del jayan conoció que era Proteo.

Y deseando saber de su camino,  
De su patria y linaje lo mas cierto,  
De quien su ayo por modo peregrino  
En sombras siempre le habló encubierto:  
Sobre él ligero entró, y el adivino  
Que vió violado su sagrado puerto  
De humanas plantas, arrogante y fiero  
Asombrar quiso al español guerrero.

Y en un pardo dragon haciendo roscas,  
Y echando por la boca y ojos fuego,  
Se fue mudando entre las peñas toseas,  
Que antes servian de cama á su sosiego:  
Mas el valor que á las horribles moscas  
Volvió en preciosas joyas, cerró luego  
Con el marino monstruo nigromante  
Con nuevas fuerzas y ánimo bastante.

Y por las alas, cresta, y las escamas,  
Le anuda y ciñelos fornidos brazos,

Sin temor de los silvos y las llamas

Con que asombros le finge y embarazos:  
Cuando crecer de un árbol vió las ramas  
Por entre sus fortísimos abrazos,  
Y las escamas de oro vió en figura  
De un grueso tronco y su corteza dura.

Sonrióse el mancebo valeroso,  
Y ahora mas firme, dijo, estás conmigo,  
Cuando en horrible fuego sonoroso  
A arderse comenzó el vano quejigo:  
Quiso ya allí soltarlo receloso  
De quemarse abrazado á su enemigo,  
Y reportóle el ver que es llama santa,  
Que solo con fingir quemar espanta.

El humo es quien le ciega y da congoja,  
Por ser la gruta lóbrega y pequeña,  
Hasta que vuelto en aire se le antoja  
Que está abrazado al gajo de una peña,  
Y que entre el fuego de la llama roja  
Humo se volvió el árbol con su leña,  
Y el sabio se le ha ido de la mano,  
Quedándose él á un risco asido en vano.

Queríale ya dejar desconfiado  
De sujetar un trago tan mudable,  
Cuando en lo alto de un risco vió asomado  
Su calvo rostro y barba venerable:  
A solo Atlante le visto así pintado,  
Hecho de un monte el cuerpo inespugnable,  
Al tiempo que de peñas y maleza  
Le asomaba la górgona cabeza.

Bernardo se admiró, y con la cadena  
Que al pié de aquel peñasco halló asida,  
Probó en torno á ceñille, y de agua llena  
En río quedó la peña convertida:  
Anegarle pensó, y salir de pena  
El mago con la súbita avenida,  
Mas el firme español, ni abrió los brazos,  
Ni le alojó los cristalinos lazos.

Es gran Proteo el tiempo en sus mudanzas,  
¿A quien no se le trueca entre las manos?  
A unos se huyen, á otros da esperanzas,  
Y á todos reglas y consejos sanos:  
Oráculo y reloj de adivinanzas,  
Teatro universal de los humanos,  
Presa del sabio, pérdida del necio,  
Y del mundo la joya de mas precio.

Ya en dragon vuelto muere de su cola,  
Ya en su fuego consume las edades,  
Ya con sus avenidas de ola en ola  
Piedra toque se vuelve de verdades:  
Ya tizna con su humo, ya arrebola  
Con nuevo rosicler nuevas beldades,  
Y al fin en tantas cosas se convierte,  
Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte.

Todo lo vence y muda, y si algo puede  
Al natural vencer de su inconstancia  
Fijar su rueda, ó que por mas que rueda  
No le lleve á vida su importancia,  
Es no perder ninguno, con que escede  
El sabio al que vestido de ignorancia  
Con cualquiera ocasion y miedos vanos  
Se le desliza y huye de las manos.

Mas al que en no dejarlo persevera  
Altísimos secretos le descubre,  
Y de la edad pasada y venidera  
Cuanto el olvido y su silencio encubre,  
Y en triunfo ilustre y honra verdadera  
Su fama de inmortales lauros cubre,  
Como al sabio español constante avino  
Con el mudable espíritu marino.

Quedó en tan obstinada fortaleza  
Apurado el teson de su porfía,  
Que vuelto á su primer naturaleza  
De bascas reventaba, y de agonía:  
Cuando lleno el semblante de fiereza,



Hecho del siglo por venir espía,  
«¿Qué buscas, dijo, oh invicta fortaleza,  
En la sorda quietud de esta aspereza?

Ocho siglos ha ya que condenado  
A perpétuo silencio me ha tenido  
En esta horrible gruta el hijo amado  
De Dios, que vió Betlem recién nacido :  
¿Quién de nuevo perturba mi cuidado?  
¿Quién á tan bajos mundos te ha traído?  
¿Qué pretendes, qué buscas, qué me pides  
Con tan estrechas é importunas lides?»

«Bien sabes tú, le respondió Bernardo,  
Oh autor de las edades, rico archivo  
Del mundo y sus historias, el gallardo  
Deseo que me trajo á verte vivo :  
Lo que sabes de mí, lo que al resguardo  
De mi viaje importa, y al motivo  
Que vencerte me hizo, aquesto quiero  
De tí en lenguaje y cuento verdadero.»

Dijo, y el sabio desabrido viejo,  
De un divino furor arrebatado,  
Con turbado capote y sobrecejo,  
Torciendo el cuerpo al uno y otro lado,  
En ronco son y aliento mal parejo  
El duro pecho abrió al rigor del hado,  
Y con rabiosa basca y desatino  
Dió así á las cosas por venir camino :

«Quebrante el cielo, oh España, tu grandeza,  
A quien el mundo todo veo rendido,  
Y á mí contra mi orgullo y fortaleza,  
A las presentes ansias compelido :  
Y tú imagen mortal de su braveza,  
Cuyo brazo á este punto me ha traído,  
No esperes ver de mí, sino es forzado,  
Bien ni favor que te prometa el hado.

Sobrino eres del rey que ahora gobierna  
El reino de Leon y el asturiano,  
El mismo que libraste tú en Miduerna  
De la alevisa espada de un tirano :  
Hijo de hermana suya, y por paterua  
Línea de un sucesor de Vimarano,  
Conde en Saldaña, y porque tú naciste  
Puesto en dura prision y cárcel triste.

Tu ilustre madre en religion sagrada  
El rigor tiene de tu casto tío,  
De que te dará cuenta mas fundada  
Un noble preso al desbrabar de un río :  
Librarle has de la muerte, y con doblada  
Razon harás por ambos desafío,  
Mas no esperes en tiempos ni ocasiones  
Tus tristes padres libres de prisiones.

Bien podrá el cielo darte con exceso  
Triunfos contra el francés y el pueblo moro,  
Y al tuyo su valor vencido y preso  
En Duero, Benavente, Orbejo y Toro;  
Y que en Orcejo rindas en á don Bueso,  
Y todo un infiel campo en Valdemoro,  
Y hagas otros lances semejantes  
En moros, paladines y gigantes.

Y que tan noble sangre con fecundo  
Curso y ricos favores de tu estrella  
Gobierne á España, y lo mejor del mundo,  
Naciendo reyes y monarcas della :  
Que seas en tus empresas sin segundo,  
Amor de una honestísima doncella,  
Y sucedan de tí por mas extremos  
Mil príncipes á Castro, Sarria y Lemos.

Y que el difunto bulto que encontraste  
El sepulcro guardando de su cueva,  
En ricas armas tu persona engaste  
De tu invicto valor bastante prueba,  
Que del frágil alcázar que libraste  
De la vil gente que tras sí lo lleva,  
Los presos saques victorioso y grave,  
Y yo te dé para ello puerta y llave.

Que en el furor de Francia, que ya viene  
De Leon á usurpar el reino y tierra,  
El cielo trace, y tu ventura ordene  
Por tuyo solo el triunfo de la guerra :  
Que tu invencible espada y brazo llene  
De franca sangre la Gaseona sierra,  
Y que de lo demás que de esta gloria  
Tu fama trace una inmortal historia.

Todo ese colmo junto podrá el cielo  
Darte como lo tiene decretado,  
Y hacerte mientras vivas en el suelo  
Invencible, querido y respetado :  
Mas no hará por no trocarse el vuelo  
Al gran decreto del divino hado,  
Que libre goces de prision tu padre,  
Ni halagos tiernos de amorosa madre.»

Dijo, y de un ronco trueno y son quebrada  
La bóveda de vidrio que tenía  
Del hondo mar la máquina cargada,  
Que el contrahecho cielo componía,  
A un tiempo en sordo estruendo despeñada  
La voz clara ahogó que antes se oía  
Con el futuro hado entre las gentes,  
Que en las torres vivían transparentes.

A quien dejó la súbita caída  
Del cielo de cristal, y sus estrellas,  
Sin sentimiento, ya que no sin vida,  
Entre riscos, coral y conchas bellas :  
En tanto que el raudal de la avenida  
Sus gruesas olas derramó, y con ellas  
Bañó otra vez los nácares profundos,  
Y el uno se tragó de los dos mundos.

Mas ya despues que el espantosa estruendo,  
Que dejó á todos fuera de sentido,  
En su rumor cesó, y el sol volviendo  
La clara luz volvió que había perdido :  
Libre Bernardo vió que iba saliendo  
De un real jardín á un mirador florido,  
Por una sala que en dorada altura  
Mas nubes venea, y rinde su hermosura.

Admiróle el bellísimo edificio,  
Todo de lazos de oro artesonado,  
Sin que viese antes del sombra ni indicio,  
Ni por dónde ni cómo allí ha llegado :  
Y ya del todo vuelto en su juicio  
De nuevo se espantó viéndose armado  
De unas tan ricas armas, que parece  
Que el día por sus vislumbres amanece.

Cuajadas de preciosa pedrería,  
Peto, celada, grevas, brazo y mano,  
De oro un leon por cresta, á quien hacia  
Sombra un plumero por el aire ufano;  
Y en el grabado acero descubria  
La obra de los buriles de Vulcano,  
En las nieladas sombras por concetos.  
De historias por venir varios secretos.

En el lumbroso cescudo relevada  
La fama vuelta muda de palabra,  
Las alas cortas, y la lengua atada,  
Su trompeta quebrada, y ella entera :  
De una confusa niebla rodeada,  
Con esta letra de oro por defuera :  
«Tiempo vendrá que estos nublados rompa  
Nueva ala, nueva lengua y nueva trompa.»

Admirado de tantas novedades,  
Dudoso en atender sus mismas cosas,  
Los ojos vuelve á ver las variedades  
Que el jardín muestra de árboles y rosas ;  
Cuando venir á él vió dos beldades,  
Mas que el lucero y la mañana hermosas ;  
Que en trato afable y noble cumplimiento,  
Grato le dan y dulce acogimiento.

Y el gallardo mancebo cortesano,  
Con igual compostura y reverencia,  
«El cielo, dijo, haga de su mano



Próspero agüero tan gentil presencia;  
Y sepa, diosas, yo, si el seso humano  
Al punto alcanza de tan alta ciencia,  
¿Qué deidad rige, qué saber profundo  
En torno trae este encantado mundo?

¿Qué magestad encierra este palacio  
En la de sus soberbios edificios;  
A cuyo cargo está en tan breve espacio  
Tanta máquina y suma de artificios?»  
Dijo, y la rubia Arbelia, que un topacio  
En lustre, resplandor, viso y bullicio  
Es su cabeza, y ella un cielo en todo,  
Así respuesta dió al valiente godo:

«Prueba al invicto ardor de tu persona  
Las maravillas son de nuestra tierra,  
Y sus vencidos mónstruos la corona  
Del inmortal valor que en tí se encierra:  
La fama, quien aprecia y galardona  
Los justos riesgos de la paz y guerra,  
Y ese tu brazo al fin, quien solo pudo  
De esas armas vestirse y dese escudo.

La diestra lima del autor del fuego,  
Cual ves las hizo para el fuerte Aquiles,  
Y dél las heredó un astuto griego  
Por viva lengua y pláticas sutiles:  
Perdiólas Telamon, y el que hizo ciego  
A Polifemo entre otras cosas viles,  
Al mar las arrojó, como el prudente  
Que el oro arroja por salvar la gente.

Llegaron al sepulcro sobre aguadas,  
Que por ellas se abrió, y el Jónio altivo  
Quizá las estimó por mas guardadas  
En Ajax muerto que en Ulises vivo:  
Allí las tuvo hasta hoy depositadas  
La horrible sombra de su bulto esquivo,  
Para que tú heredases sus perfiles,  
Y ellas en tu valor un nuevo Aquiles.

Hoy se cumplió el decreto de los hados,  
Y á darle el lleno á este lugar veniste,  
Donde por seña y pasos nunca usados  
Ya con victoria y con tu honor saliste:  
Estos bellos alcázares dorados,  
Y este jardín que un mayo eterno viste,  
Son de la hada Alcina, en cuya mano  
Todo el deleite está del gusto humano.

Ella en mi lengua este secreto ha puesto,  
Y á que de mí lo sepas me ha enviado,  
Rogándote que bajes á su honesto  
Jardín, á ser de nuevo acariciado  
De los que libertaste del compuesto  
Castillo de sutil cristal labrado,  
Y de Orimandro, á quien también Alcina  
Ya á sus males ha dado medicina.

Gundémaro, y su esposa, que perdida  
Tantos días lloró, viven contentos,  
Donde lo estarán mas con tu venida,  
Por colmo á sus alegres pensamientos:  
Dijo, y del gran leonés obedecida,  
A ver fué los floridos aposentos.....

Al tiempo que en los campos de Toledo  
Batalla hacían la rabia, la ira y miedo.

Medrosa Arleta, bravo Ferragut,  
Feroz Rangorio, triste Galiana,  
Por donde el Tajo al mar lleva el tributo,  
Y abre una vega de álamos lozana:  
Llenos dejó los ánimos de luto,  
Rangorio en verlos muertos, la lozana  
Infanta en verle á él, Arleta al moro,  
Y él el caballo y su mochila de oro.

Y en esta suspension, la que primero  
Del silencio la voz sacó parlera,  
De alevoso acusando al caballero,  
Fue la atrevida y lóbrega hechicera,  
Que briosa y temblando ante el severo  
Semblante y hermosura verdadera,

De la gallarda infanta de Toledo,  
Así le dijo entre esperanza y miedo:

«Soberbia magestad, cuya belleza  
Aun la envidia á negarla no se atreve,  
Pues casi iguala con la igual grandeza,  
Que ya un tiempo gocé ligero y breve:  
Si á las que en hermosura y gentileza  
Hermanas tuyas somos se nos debe  
Favor, válgame ahora en tal presencia,  
Ya que no mi justicia, tu clemencia.

Bien sabes, reina hermosa, que fue mio  
Brabonel, y yo un tiempo su cuidado,  
Y que mas tu favor que mi desvío  
Sin culpa de los dos me le ha quitado:  
No quiero entrar contigo en desalio,  
En si ó no me lo tienes usurpado,  
Mas porque seas de veras su señora,  
Tuyo es, yo te le doy, gózalo ahora.

Con tal que deste falso caballero  
La afrenta quede de mi honor vengada,  
Y á una promesa cumplimiento entero  
A cuenta dé de mi beldad gozada,  
De darme un preso, ó ser mi prisionero,  
El alma prometió en mí fe abrasada,  
Mas un nuevo placer siempre se estraga,  
Y en inconstantes gustos empataga.

Cúmplenme, pues conviene, el juramento,  
¿Oh falso! ó darte he al mundo por perjurio,  
Que no es bastante excusa que á tu intento  
El gusto te saliese agüado ó puro:  
¿A quién sucede todo á su contento?  
¿Qué bien tiene la tierra tan seguro,  
Que en invariable estado permanezca,  
Y cual luna mortal no mengue ó crezca?

El mundo es un teatro en que fortuna  
Sus varios entremeses representa  
De inconstantes figuras, y ninguna  
Sale que con la suya esté contenta:  
Desde las tiernas fajas de la cuna,  
Al estrecho ataúd, todo es tormenta,  
Ya sopla un aire, ya vuelve otro viento  
Los pasados placeres en tormento.

Bien fuera que á los varios personajes  
Que á su tragicomedia el tiempo envía,  
Tu solo antojo diera el rostro y trajes  
Con que el teatro alegran cada día:  
¿Tu gusto por ventura en sus ropajes  
Hallar sin mezcla quiere la alegría?  
¿O yo sola en el mundo soy la fea?

¿Yo sola soy? ¿no hay otra que lo sea?  
Muchas Arletas hay, corre la venda,  
Y verás las á oscuras, si se apaga  
El nacar y la púrpura que enmienda  
La nueva tez que la vejez se traga:  
Muere su luz, renace la contienda  
Del vario tiempo que les pecha, y paga  
Plata por oro, lirios por corales,  
Y ébano por las perlas y cristales.

¿Cuántas al vuelo del sutil copete  
Te mostrarían las blancas sienes calvas!  
¿Cuántas sin el barniz que se entremete,  
Ni tan rubias serían, ni tan albas!  
¿Cuántas la luz fingida de un sainete  
De infinitos defectos hace salvas!  
¿Cuántas bajarían de su cielo,  
Si el corcho les faltase, á ser del suelo!

Alguna dió tu antojo por perfecta,  
Que ha menester también vela encantada,  
No es en esta desgracia sola Arleta,  
Dime una tú á quien no le falte nada:  
La beldad ni esta aquí ni allí sujeta,  
Mas solo al gusto de quien es gozada,  
Y él no es mas que un engaño que le vende  
Por gloria á cada cual lo que pretende.

Este gusta de hacer un avariento

Tan á su estrecho estómago medido,  
Que si ya atesorar pudiese el viento,  
Tendría el respirar por prohibido:  
Otro en pródigos gastos tan sin tiento  
Hasta el amigo deja destruido,  
Uno se finge hipócrita ajustado,  
Y otro sica por gala el desenfado.

Quién en sus graves causas se congoja,  
Y las vanas agenas solicita,  
Quién se mete en cintura, quién se alfoja,  
Quién se pone las cejas, quién las quita:  
Quién con loco furor, si se le antoja,  
Vivos en tierra, y muertos resucita,  
Quién los humos murmura de otra casa,  
No viendo el fuego que la suya abrasa.

Uno compra los dientes en la tienda,  
Al otro se los quitan por perjuero,  
Uno se vuelve lince, otro se venda  
Por no ver á lo claro ni á lo obscuro:  
Cada uno tras su antojo, y por su senda,  
Sneha que va el camino mas seguro,  
Y sin ver cual debria sus dislates,  
Murmura los ajenos disparates.

Yo hermosa nací, y en ser hermosa,  
Y tenerme por tal, á nadie ofendo,  
Cual soy me viste, no soy otra cosa:  
Esto es lo que hay en mí, y esto te vendo,  
Al gusto que en ti ardía fui sabrosa,  
Si al tiempo se apagó que estaba ardiendo,  
Ni yo eché el agua, ni es razon se ordene,  
Que otro por lo que tú pecaste pene.

Y tú tambien, ó singular princesa,  
Justicia es que me ampare de ingrato,  
Y que me cumpla mandes la promesa,  
Y torne de su amor al primer trato:  
O mientras no saliere con la empresa  
De darme á Brabonel, guarde el contrato  
De estar conmigo, como en fe segura  
Al gozar prometió mi hermosura.

Que yo haré cuanto en mi mano fuere  
Por no dar á su amor competidores,  
Que es al amante que de veras quiere  
El bien de mayor gusto en los amores:  
Ni celos sentirá, sino los diere,  
Ni de altivo desden los disfavores,  
Que las nuevas beldades traen consigo,  
Sin reserva de amigo ni enemigo.»

Así á la toledana hermosura  
Justicia la arrogante maga pide,  
Y del moro feroz la fe perjura  
En culpa agrava, y con razones mide;  
Cuya demanda, y lóbrega figura,  
La justa risa con espanto impide,  
Y Ferragut corrido, y de ira ciego,  
Bramando lanza por los ojos fuego.

Y vuelto al arrogante caballero,  
Que en forma de sangriento desafío  
De Arleta hace la parte altivo y fiero,  
Así le dijo: «ese caballo mio,  
Que traes, ladron, hurtado, cobrar quiero  
De ti, y quitado ya el caballo y brio,  
No por tu persuasión, mas por mi gusto,  
Daré á la maga el don que pide injusto.

Digo que le daré derecho en todo  
De Brabonel, sin que haya quien lo impida,  
Aunque el francés orgullo, y valor godo,  
Con la espada le ayuden mas temida:»  
Arrestóse el jayán en este modo,  
Porque parecia la ocasion nacida  
De cólera, y no celos, y ambes juntos  
A una cerraron sin mirar mas puntos.

Arrojaron de golpe los caballos  
A ejecutar las bárbaras heridas,  
Cuyos limpios aceros al tentallo  
Senoras dieron y altas estampidas:

Y los furiosos brios en proballos  
Quitar pudieran otras tantas vidas,  
A no hallar en el fino temple escusa  
Del acero y los bados de Lanfusa.

Llevó el cristiano al moro medio escudo  
De un revés, y él salió en un brazo herido  
De una punta que balló su filo agudo  
Puerta en un brazalete desmentido:  
Cuando el caballo á Ferragut no pudo  
El tesen sustentar que había tenido,  
Siéndole fuerza del saltar á tierra.

Y á pié acabar la comenzada guerra.  
Siguiólo en el intento el paladino,  
Que no quiso gozar de esa ventaja,  
La infanta viendo el caso repentino,  
Y á los dos dentro en su mortal baraja,  
Por lo oculto del bosque convecino  
A la imperial ciudad medrosa ataja  
Con su bello escuadron, que en cada hoja  
Algun nuevo enemigo se le antoja.

Así blanca paloma, que ya presa  
En las de un gavilan sin culpa ha sido,  
Si acaso de las aves la princesa  
Contra él se arroja del caliente nido,  
Medrosa suelta la encogida presa  
Al forzoso combiate constreñido,  
Y ella á esconderse temerosa huye,  
Mientras el uno al otro se destruye.

Solo Arleta quedó de ojos impuros  
A ser de la cruel guerra infiel testigo,  
Que hecha á ver muertos, y á rezar conjuros,  
De ver despedazar gusta á su amigo,  
Y los dos brazos con redobles duros  
Para hacerle en sí mismos el castigo,  
De mil modos se hieren, y en mil modos,  
Para una muerte los intentan todos.

Diestro Rangorio al reparar la herida  
De un presto revolver de Ferraguto,  
Tras una limpia punta no abatida  
Con tal fuerza se entró el francés astuto,  
Que seis pasos fue el moro de vencida,  
Midiendo el campo no de sangre enjuto,  
Y otra le hizo en los sangrientos llanos,  
Donde tenia los piés, poner las manos.

Mas no tan presto subita pelota  
En blancas losas salta rebatida,  
Cuando el gallardo jugador la bota,  
Y por las nubes nos la da escondida;  
Como él saltó con la paciencia rota,  
De ver su espada y furia resistida  
De un solo brazo, y que le tenga puesto  
El nombre en condicion, y en riesgo el restó.

Y así ya con mas tiento en su batalla,  
Alerto al firme herir de su adversario,  
Y al deseo de vengarse, y acaballa,  
Feroces golpes da impaciente y vario:  
Acertóle uno en la dorada talla  
Del firme peto, que un vaiven contrario  
Le hizo dar, y pensar le hubiese hecho  
Dos partes el arnés, y cuatro el pecho.

Mas paró el riesgo en que una estrecha puerta  
Por el fornido acero abrió al costado,  
Que el lazo de la malla descubierta  
De un fino rosicler dió arrebolado:  
Y no fue sangre sola, y color muerta,  
La que salió del pecho desarmado,  
Que un furor corrió á vueltas, que un entero  
Muro rompiera de templado acero.

Mas la atencion del presto sarracino,  
Que la furia venir vió desmandada  
Del herido alemán, y el desatino  
De los ardientes rayos de su espada,  
Con él cerró, y saliéndole al camino,  
Su destreza y su cólera igualada,  
Bien pensó hacerlo á su sabor pedazos

En duros nudos de sus firmes brazos.

No ejecutó el cristiano la herida  
Por falta de lugar; mas pecho á pecho  
La lid sangrienta á lucha reducida,  
Al moro puso en peligroso estrecho:  
Y una furia con otra rebatida,  
Vaivenes fueron dando largo trecho,  
En un duro teson y ardiente saña,  
Y alas fuerzas probando, ya la maña.

Y viendo que es cansarse en la porfia  
Su ciega lucha, y anhelar profundo,  
Bravos dejan, y en nueva gallardía  
El asalto primero hacen segundo:  
Ya las dos partes, de las tres del día,  
Que con golpes el moro asombró el mundo,  
Pasado habían, y desta lid postrera  
Corria sobre dos horas la tercera.

Cuando el arnés y el gusto destrocado  
Al herido y soberbio paladino  
Un golpe le alcanzó al yelmo grabado  
De redoblado acero y temple fino:  
Y cual si fuera tierno vidrio helado,  
Por tres partes quebrado al suelo vino,  
Y el francés sin sentido y sin memoria,  
Dejando á España el cuerpo y la victoria.

Creyó el moro feroz que estaba muerto,  
Y quiso quitar solo el escudo,  
Cuando del rayo del honor despierto  
Volverse á su primera opinion pudo:  
Y en desigual combate ya cubierto  
De sangre el rostro, y en el alma un nudo  
En verse en tal extremo, y al pagano  
Sin herida ó rasguño de su mano;

Un golpe tal le dió por la cabeza,  
Que con sol le mostró estrellado el cielo,  
Y segundándole otro su braveza,  
En riesgo estuvo de venir al suelo:  
Cuando en desordenada fortaleza,  
Bravo cerró con él, y á todo vuelo,  
El uno con el otro marañado,  
Ambos vinieron al sangriento prado.

Así tal vez en la Marsilia arena  
Dos libias serpientes vomitando llamas,  
Entre el horrible aliento que resuena  
Del negro pecho y ásperas escamas,  
En espantosos nudos dejan llena  
De veneno la tierra, y si las ramas  
Su efecto no hacen de la oculta ruda,  
Una con otra en roseas mil se anuda.

En igual brega y nudo semejante  
La verde yerba trillan los guerreros,  
Probando el paladin en el gigante  
De una afilada daga los aceros:  
Mas viendo que ella es cera, y él diamante,  
De su muerte vió claros los agüeros,  
Y el moro en el herir del brazo frio,  
Irle faltando á su contrario el brio.

Quitóle de la mano el limpio acero,  
Que ya con fuerzas débiles regia,  
Y por entre el brazal de un golpe fiero  
A dar al débil corazon le envia:  
Donde dos veces ya lo escondió entero,  
Y á los ojos con él la luz del día,  
Vengando sus alevnes desatinos,  
Y al padre de Teobaldo, y Montesinos.

Estendióse el mortal cuerpo difunto,  
El moro limpia su sangrienta espada,  
Y para proseguir se pone á punto  
De su dama la empresa comenzada:  
Tomó el escudo al muerto, y viendo junto  
De sí la sin lealtad maga turbada,  
Que el caballo infeliz de la contienda  
Manso le ofrece, y se le trae de rienda;

En él subió de un salto, y ella en otro  
De los que andaban sueltos por el prado,

Topando acaso un mal domado potro  
De sobrepaso y freno desbocado:  
Y por la posta el uno tras del otro  
Del bosque entraron por lo mas cerrado,  
Siguiendo entre una planta y otra planta,  
El fusco rastro de la bella infanta.

Las cinco partes de las seis del cielo  
Ya el solpasado el horizonte habia,  
Y el primer orbe con su rauda vuelo  
Al otro mundo trastornaba el día:  
Cuando al doblar de un monte el fértil suelo,  
Que el rico Tajo de alelis vestia,  
En cuidadoso paso diligente  
Venir un escuadron vieron de gente.

En son de guerra y militar concierto,  
Y en órden puesto el real pendon, seguia  
Por capitan un árabe, que alerta  
Al ver de Ferragut la gallardía,  
Y el blason del escudo descubierto,  
El mismo que antes el francés traia,  
Cómplice en la traicion ya le pregona  
Del vencido tirano de Pauplona,

Con él se afronta, y de una gruesa antena,  
Que por lanza traia, el hierro agudo,  
En el templado y firme acero suena  
Del sospechoso y redoblado escudo:  
Y el alma del jayán de rabias llena  
La ardiente espada saca, y donde pudo  
Un golpe le alcanzó, que á ser de lleno,  
Hecho dos le enviara al blando heno.

Habia con sus cien lenguas por Toledo  
Ya publicado la parlera fama  
Del traidor rey el cauteloso enredo,  
Y el robo injusto de la bella dama:  
Y el ofendido padre con denuedo  
A la venganza que su honor le llama  
Salido habia tambien, acompañado  
De la mayor potencia de su estado.

Y en diversas escuadras repartidos,  
Unos siguen el rastro, otros los pasos  
De la floresta atajan prevenidos  
De armas y esfuerzo á semejantes casos:  
Destos eran doscientos escogidos  
A cuenta de Anfrangol, los que en los rasos  
Campos del Tajo por aquel camino  
Encontró á su pesar el sarracino.

Que engañado en la insignia del escudo  
El brioso capitan quiso lozano  
De su fornida lanza el hierro agudo  
Probar en los aceros del pagano:  
Que en verse así tratar de un hombre mudo,  
La roja espada en su arrogante mano  
Tal relámpago dió, y golpe tan fiero,  
Que hiciera, á encarnar bien, dos del primero.

Mas volvió el toledano así furioso  
Con la suya en la mano, que al guerrero  
Antes que de otro golpe peligroso  
El temple afrente de su limpio acero,  
Sobre el grabado arnés un tajo airoso  
Con tanto brio le alcanzó, que entero  
El brazal rebanó, y lo mismo hiciera  
Al brazo, si de acero el brazo fuera.

Mas ya enfadado el de Aragon, rompiendo  
Del reportado sufrimiento el punto,  
Así el lumbroso alfanje revolviendo,  
Que al aire es de un sutil rayo el trasunto,  
Sobre el moro bajó con tal estruendo,  
Que escudo, brazo, y yelmo todo junto  
Fizo pedazos, y partió derecho  
Cabeza, barba, cuello, hombros, y pecho.

Resonó al golpe con acento horrible  
El bosque opaco, y la ribera de oro,  
Pareciendo á los ojos imposible  
De humano brazo así partido un moro:  
Y en la asombrada escuadra, que el terrible



Triste suceso vió en gritar sonoro  
Contra la espada cruel para venganza  
De su muerto Anfrangol no quedó lanza.

No dió gusto la furia sarracina  
Esta vez al jayan, aunque desea,  
Mas que el dulce vivir, guerra continua,  
En que su espada hacer grandezas vea;  
Porque ha dos dias que sin comer camina,  
Y dellos uno entero que pelea,  
Y aunque encantado, y de ánimo brioso,  
Es hombre al fin, y ha menester reposo.

Mas viendo el cruel intento de venganza  
Que trae sobre él la furia de Toledo,  
Como entre flores de un jardín se lanza  
A resistir su trápala y denuedo;  
Con tales golpes, que á quien uno alcanza,  
Ni ha menester segundo, ni yo puedo  
Contarlos todos, ni decir los ciertos,  
Ni aun la suma hacer de tantos muertos.

Quitó á Zelin el brazo del escudo,  
Y á Focion, que en constancia nunca oida,  
Ni reir ni llorar supo, envió señudo  
A mudar condicion en la otra vida:  
Al astrólogo Arbildos, que no pudo

Levantarle figura á esta salida  
Por la priesa del caso repentino,  
De un golpe dejó hecho un tercer sino.

Mató á Gelon, á Rufo, y á Tíboro,  
Este noble, y los otros dos tratantes,  
Y á los dos, padre é hijo, Elin y Eloro,  
Nacidos en los duros Garamantes:  
El gallardo mancebo Casiodoro,  
Que de su nueva esposa aquel dia antes  
Gozó el gusto primero, al otro mundo  
Desde allí le envió sin el segundo.

Y cual si algun peñasco firme fuera  
Inespugnable está á sus adversarios,  
Roto el arnes, y la braveza entera  
Al dar y recibir golpes contrarios:  
Un nuevo rayo de la quinta esfera  
Es de su espada en los efectos varios,  
Pues ni del campo pierde ni del brio,  
Hecho el contrario ya de sangre un rio.

Martorio era un plebeyo ciudadano,  
Que de humildes principios pretendia  
Por sus logros hacerse mas temprano  
Contrahecho señor, que convenia:  
Había comprado al pueblo toledano

El oficio de alférez, y aquel día,  
Tomando posesion de su contento,  
El imperial pendon volaba al viento.

Iba en el medio de la escuadra amiga,  
Haciendo de sí y dél pomposa rueda,  
Ocasionando su ambicion que diga  
Cada uno de ambas cosas cuanto pueda:  
Y mirando la cólera enemiga  
Del brazo altivo que pasar les veda,  
Asombrado de guerra tan de veras,  
Buscaba de huir nuevas maneras.

Al corpulento vientre en que estribaba  
La real bandera, y por se hacer visible  
En lo abultado y grueso reventaba,  
Con furor asestó la espada horrible:  
Volvió espantado de su vista brava,  
Y por huir del golpe si es posible,  
En un pantano trabucó, cayendo  
La hidrópica fantasma y bulto horrendo.

Ferragut que á hacer golpe espantoso  
Iba en todo aquel monstruo corpulento,

Sin poder mas el animal brioso  
Sobre él cayó y allí sobre ellos ciento:  
Al morisco ahogó el charco lodoso,  
Y el de Aragon, aunque de invicto aliento,  
Cargando en el del campo todo el peso,  
Quedó por culpa del caballo preso.

Al tiempo que el infante de Toledo,  
En favor de su padre y de su hermana,  
Con noble escuadra, y con gentil denuedo  
Por la selva llegaba comarcana  
Al revuelto escuadron lleno de miedo,  
En la ocasion al parecer liviana  
De un solo caballero, que ha podido  
Dejarlo roto ya, que no vencido.

Era el principe ilustre toledano,  
De noble inclinacion, y ánimo justo,  
Cortés, prudente, sabio, afable, humano,  
De real presencia, y apacible gusto:  
A quien su padre infiel por fiel cristiano  
La vida le quitó en decreto injusto,  
Trocando mártir ya el infante tierno



El reino temporal por el eterno.

Enamoróse de la ley cristiana,  
Por la dulce armonía y dependencia  
Que della tiene la razon humana  
En discreta y política prudencia:

Trocando por diadema soberana  
Reino mortal, y dándole en herencia  
Honra á Toledo, ejemplos á Zamora,  
Y á Ledesma el sepulcro en que hoy le adora.  
Este llegando á ver el imprudente

Alboroto del campo mal regido,  
Que por prender un capitán valiente  
De veinte estaba sin concierto asido:  
Y que ni el golpe y peso de la gente  
Preso le da, ni su valor rendido,  
Teniendo á golpes su escuadrón deshecho,  
El valor conoció al heroico pecho.

Y juzgando que un brazo valeroso  
Sin causa hacer no sabe demasia,  
Apartar manda el vulgo bullicioso,  
Que aun preso el moro su furor temia;  
Y en grave rostro y término amoroso,  
El bullicio aplacando que crecia,  
Libre le pide en fe de caballero  
En sus manos se dé por prisionero.

Que el vida y honra le hará segura,  
Tanto como su espada y su braveza,  
Y así en ley de quien es lo afirma y jura,  
Con que templó el gigante su fiera:za:  
Llegando á conocer quien se asegura  
Por la noticia y voz de su nobleza,  
Que de un heroico príncipe la fama  
Por nobles y plebeyos se derrama.

Súpose luego el peligroso engaño  
Conque el moro español fue acometido  
Por Anfrangol, que abrió la puerta al daño,  
Que todos por su culpa han recibido:  
Y aunque la herida del mandoble extraño,  
Que al agresor partió le ha enternecido,  
La razón misma le hace que atribuya  
Por justo el daño, pues la culpa es suya.

Ya en esto algunos que al furor sangriento  
De la traición pasada habían sobrado,  
Y la sembrada fama por el viento  
De lengua en lengua han hasta allí llegado,  
Celebrando al autor del vecinamiento,  
De todos conocido y admirado,  
Por aquel espantoso brazo fiero,  
Que por contrario le tenían primero.

Uno la muerte dada por su mano  
Al brutal Arganzon relata y cuenta,  
Otro el golpe feliz que al rey pagano  
El orgullo quitó, y sanó la afrenta:  
Este de Arleta pinta el bulto enano,  
Y de Rangorio aquella lid sangrienta,  
Y juntos todos el común provecho  
Del golpe heroico por su espada hecho.

Y como en libertad la infanta puesta,  
Y el enemigo campo destrozado,  
Libre y salva tomó por la floresta  
El camino mas breve, y mas guardado:  
Con que trocada ya la guerra en fiesta,  
Porque en el horizonte arrebolado  
Con el postrero resplandor queria  
Dar á la noche su lugar el día;

Alojándose el resto de la gente  
Por la vecina selva, el noble infante,  
Con guarda y compañía suficiente,  
Y el moro aragonés, fueron delante,  
Al castillo del paso de una puente,  
A pasar de la noche lo restante,  
Y tomar por allí camino breve,  
Que otro día á Toledo en paz los lleve.

Tratando de las bárbaras ficciones  
Conque el navarro rey trató el engaño,  
Y las nunca pensadas ocasiones,  
Que suyo hicieron el ajeno daño:  
En gusto iban hablando los varones,  
Cuando el bosque sonó en rumor extraño  
De armas templadas, que á sus golpes fieros  
De los arneses gimen los aceros.

Entraron con recato apercebidos,  
Por saber cuya fuese la batalla,  
Que entre los pardos árboles metidos,  
Tras cada mala piensan encontralla:

Suenan las armas crecen los ruidos,  
Y nadie lo que todos oyen halla,  
Cerrándose la noche mas obscura  
Con el sombrío horror de la espesura.

Un largo trecho por el valle umbroso  
Entre ciega espesura van errando,  
Creciendo del ruido belicoso  
La grita aquí y allí de cuando en cuando:  
Ferraguto con pecho mas brioso,  
O con mayor desgracia, esperimentando  
La del brioso caballo en que venia,  
El camino perdió, y la compañía.

Y engañado del son en que resuena  
Del ciego bosque el monte comarcano,  
De una alta cumbre de asperezas llena  
Un fuego descubrió en el verde llano:  
Volvió allá el freno, y por la selva amena,  
Siempre el confuso ruido mas cercano,  
Al fuego caminó, que parecia  
Que tambien como el sol se le escondia.

### ALEGORIA.

En los sucesos de Florinda y su esposo, se muestra el cuidado que Dios tiene de los inocentes, y como ninguna desgracia llega á quien él de su mano quiere guardar, que es la verdadera ventura con que todas las cosas se aciertan.

Angélica en las uñas del dragon, y arrojarle Bernardo á quitarla dellas, significa el imperio humano, y como el hombre animoso y varonil, llevado de la hermosura del premio, se arroja á las dificultades, de donde, como Bernardo, sale victorioso y triunfante, dejando fama eterna de si en el mundo, que es lo que significa el jayán vuelto en estatua de bronce, y una fama volando por el aire, y los resplandecientes rastros que la virtud deja de si, á quien las envidias y emulaciones antes hermosean que dañan: como se ve en el encantamiento del jayán de alambre, y sus abispos. En el del miedo fingido se ve, que la verdadera fortaleza vuelve en viento los temores humanos, que parecen algo, y son nada.

Los alcázares de vidrio en el suelo de la mar, significan, que el calor y la humedad son los autores de la hermosura, y de la juventud, y cuan frágiles defensas son las suyas hechas de rosas contra los golpes del tiempo figurado en Proteo, que en sus mudanzas nos descubre su inquietud, y que en ninguna figura permanece y al que no le pierde, descubre secretos dignos de grande consideración.

En Arleta, que acusa á Ferraguto ante Galiana con nombre de fementido y alevé, se avisa que ninguno se atreva á hacer cosa fea en confianza que no se sabrá, porque cuando menos se reecele se hallará con la vergüenza en el rostro, y su delito descubierta, y á vista de los ojos que mas lo pensó encubrir.

### LIBRO DECIMO-OCTAVO.

ARGUMENTO. Ferragut perdido por unas selvas halla un castillo donde le sucedió un sabroso encantamiento: quiere despenarle el caballo Clarion, y él le deja, y llega á pie á una fortaleza, donde da muerte al jayán Bramante, y libra á Boralice, y al rey su padre, y á Galirios, los cuales hacen compañía á la infanta hasta Granada. Y Galirios por entretenimiento del camino cuenta la artificiosa fabula del origen del deleite.

Ya en el rigor de un delicado gusto,  
A un temeroso escrúpulo aplicado,  
Se ha puesto en opinión, si es caso justo  
El de un moro llevar tan dilatado:  
Y celebrando su ánimo robusto  
Pasar por otros golpes, olvidado  
De no menor asombro y gallardía,  
Que honrar pudieran la esperanza mia.

De un Roldán, de un Astolfo, de un Gayferos  
Graves sucesos, casos peregrinos,



Y del feroz Reynaldos, y Oliveros,  
Famosos hechos de silencio indinos:  
Encantamientos varios, golpes fieros  
De bravos héroes, y altos sarracinos,  
Que por su fama fueron de aquel mundo  
Dignos de mas lugar, que del segundo.

Mas no basto yo á todo, ni es mi intento  
Los hechos celebrar de gente estraña,  
Sino es en cuanto heróico fundamento  
A esta victoria y célebre hazaña:  
Que por principio y fin de mi alto cuento  
El valor muestra de la invicta España,  
Y le ha de hacer de un golpe en esta guerra  
Suya toda la fama de la tierra.

Que ¿quién hay que teniendo hombres famosos  
En su nacion, celebre los ajenos?  
Y ¿tratando de hechos valerosos  
Los mas olvide por contar los menos?  
O ¿cuál clima dió al mundo mas briosos  
Pechos de mas fervor y alteza llenos,  
Que nuestra España da en parto fecundo  
Fin y principio del valor del mundo?

¿Qué cisne alcanza tan gallarda pluma,  
Canto tan numeroso, y voz tan grave,  
Que hacer pueda á sus bazañas suma,  
Y este mi intento comenzado acabe?  
¿Quién hay que á su valor llegar presume?  
¿Sus invencibles héroes quién los sabe?  
O ¿quién no sabe la escelencia suya,  
Sin que yo la encarezca, ó disminuya?

¿Qué ingenio hay tan estéril que no tenga  
Entrada en ella á una famosa historia,  
O ya á contar sus nobles hechos venga,  
O á hacer de sus ejércitos memoria?  
¿O bien con sus riquezas se entretenga,  
O su alta magestad haga notoria,  
Con que parece que la puso el cielo  
Por cabeza de Europa, y fin del suelo?

Todo en ella es prodigios de un perfeto  
Y singular valor que la acompaña,  
¿Quién pues teniendo aquí tan gran sugeto  
A mendigarle irá de gente estraña?  
Yo en esto, oh patria amada, el dulce afeto  
Mostrar pretendo en que el amor me engaña,  
Y hace creer que puedo en lo que intento  
Hijo tuyo hacer mi pensamiento.

Ni suene aquí el ingrato que procura  
A su patria usurpar lo que le debe,  
Y con torpe ignorancia y lengua obscura  
Contraria espada á celebrar se atreve:  
Yo vuelvo á Ferragut, pues su ventura  
Hoy le hizo español, y que yo lleve  
La presuncion de serlo en la memoria,  
Para anudar con gusto el de su historia.

Buscando el llano va por la espesura  
Al ronco son de espadas, que resuena  
Por la alta sierra, á quien la noche obscura  
De riscos finge y de malezas llana:  
Y al clara fuego en senda mal segura  
Al pié fue á dar de la floresta amena,  
Que entre sus verdes árboles y flores  
Majada era de un hato de pastores.

Aquí de hambre y sueño fatigado  
Bastante cena halló, y humilde cama,  
Que en la florida yerba recostado  
Fue el cielo cobertor, pluma la grama,  
Donde en silencio se quedó olvidado,  
Hasta que del zenit la ardiente llama  
Al mundo el sol llovió de ardor vestida,  
Que en sueño le rompió, y le ató la vida.

El toledano príncipe, y su gente,  
Sin otro riesgo mas, ni mayor daño,  
Cada cual por camino diferente  
Se dividieron con un mismo engaño:  
Después diré la causa, que al presente,

Despierto el moro, busca el petro estraño,  
Que en regates paciende por la selva  
Le hace que á desandar lo andado vuelva.

Llévóle por cogello entretenido  
De rama en rama por el bosque ameno  
A una estrecha quebrada, en que metido  
Ponerse consintió el dorado freno:  
Saltó en la silla el moro, y divertido,  
Ni en azares repara ni ve lleno  
De desgracias el potro, cuya estrella  
Agüera cuanto halla, y cuanto buella.

Anduvo el día por la inculta selva,  
Ignorante y perdido en su camino,  
Ni sabe si prosiga, ó si se vuelva  
De aquel su comenzado desatino:  
Camina y anda, y mientras mas se enselva,  
Menos guía le queda y menos tino,  
Y menos gusto en ver cuan mal segura  
Hacia los suyos sale la ventura.

Como el gañan que la alquilada yunta,  
Con que el seco rastrojo desvolvia,  
Perdida le dejó la corva punta,  
Que entre los surcos mas que el sol lucia:  
Falto de aliento, la color difunta,  
De cerro en cerro busca todo el día,  
Tal el descaminado Ferraguto  
Trastornando quebradas va sin fruto.

El sol entre las nubes del Poniente,  
Aunque con tibios rayos dilatava  
La misma sombra que calladamente  
De su errado camino le avisaba:  
Cuando yendo á enmendarlo vió presente,  
Donde un collado á un monte se humillaba,  
De un castillo la torre al cielo junta  
Las nubes taladrando con su punta.

Vuelve la rienda, y para allá camina,  
Deseoso de saber donde se halla,  
Y en tanto que anda mas menos atina,  
Sin camino, sin senda, ni encontralla:  
Pica el caballo, y corre á su molina,  
Que la piensa huir yendo á alcanzalla,  
Juzgando de la torre si la mira,  
Que él se está quedo, ó que ella se retira.

Perdió tras este afán lo que del día  
Hurtar le pudo alenriscado monte,  
Hasta que el soplo de la noche fria  
Todo el oro barrió del horizonte:  
Que sin trillada senda ni otra guía  
Los pasos le pusieron de Clarionte  
A las grabadas puertas del castillo,  
Llamando en duda si querrán abrirlo.

Cuando al hueco balcón de una ventana  
Su fiero aspecto descubrió un gigante,  
La harba y cara denegrida y cana,  
Al coloso de Rodas semejante:  
Y en ronca voz, aunque con habla humana,  
Alegre haciendo el áspero semblante,  
La causa pide á su venida incierta,  
Y por favor le manda abrir la puerta.

Entró el moro arrogante, aunque con miedo  
De algun fingido trato peligroso,  
Que del gigante y su primer denuesto  
Cualquier término honrado es sospechoso:  
Cuando en los anchos patios bello euredo  
De damas se mostró en tropel hermoso,  
Que á recibirlo salen, y á librallo  
De las pesadas armas y el caballo.

Admirado de ver la hermosa,  
Y del castillo las pinturas varias,  
Que á pesar lucen de la noche obscura  
A cuenta de mil claras luminarias:  
Puesto el cuidado en la primer figura  
Que á la ventana vió, cosas contrarias  
Al sentido parecen verdadero  
Lo que ahora mira, y lo que vió primero.



Así al que de repente abre los ojos  
A ver el techo de oro artesonado,  
Si antes le habian del sueño los antojos  
En lóbrega mazmorra aprisionado,  
Alegre mira en aire los enojos  
Del triste miedo y cárcel que ha soñado,  
Y en la cuadra y sus galas deleitosas  
El diferente estado de las cosas.

Súbente en varias lumbres á una sala  
De oro labrada toda y pedrería,  
Y á una cuadra de allí, que por mas gala  
De brocado entoldada parecia :  
A lo alto de sus bóvedas no iguala  
Del cielo la preciosa argentería,  
Cuando en las frias noches del invierno  
Mas lleno está de luces, y mas tierno.

En medio de la cuadra ardiendo habia  
En leones de oro un lecho de brocado,  
De nacar un bufete de atauxia,  
De olores finos, y de luz cargado :  
La vista el moro aquí y allí volvia  
De la gustosa variedad llevado,  
Y por un breve rato deste modo  
No miró nada por mirarlo todo.

No fue de Cleopatra la Jitana  
El capitan romano mas servijo,  
Ni en mas ostentacion y pompa ufana  
De Faro en su alta torre recibido ;  
Ni en la cuadra del cielo soberana,  
Donde Juno acaricia á su marido,  
Entran á le servir diosas mas bellas,  
Ni en sus techumbres lucen mas estrellas.

Sentóse en una silla de oro, y puesto  
Sobre su arnés un manto de escarlata,  
Bordada en él la historia de un apuesto  
Pastor, que con cien ojos se recata :  
Del fingido Mercurio, que dispuesto  
Ya de cerrarlos de una vez remata  
Su vida con su voz, que un doble trato  
Suele engañar á un Argos en recato.

Llegó una hermosa dama, que traía  
En fina porcelana real conserva,  
Que aunque de azúcar hecha parecia  
Con cuernos de oro alborotada cierva,  
Que en almibar nadando pretendia  
De la flecha buir la mortal yerba,  
Que en el cuerpo llevaba soterrada,  
Yendo así la verdad mas disfrazada.

«Señor, dijo la dama, aquel gigante  
Que hospedaros mandó, y es noble dueño  
Desta casa, y que á todos con semblante  
Alegre albergue da dulce y risueño ;  
Mientras viene á servirlos con bastante  
Gusto de hacerlo así, como en empeño  
Del suyo, os ruega refresqueis la boca  
Con este dulce que á beber provoca.»

El moro al noble trato agradecido  
En cortesés palabras le responde,  
Comiendo del regalo, que en olvido  
Sus males puso sin saber por donde :  
Sirviéndole tras ello un encendido  
Y suavisimo vino, en quien se esconde  
Tanta virtud, que en todas ocasiones  
Del alma olvida, y borra las pasiones.

Compuesto era quizá el alegre mosto  
Del nectar que en el cielo se vendimia,  
Que del mundo inferior todo su agosto  
No llega aquí, ni alcanza su vendimia :  
No hay bien cumplido en él, todo es angosto,  
Finge contentos de oro, y son de alquimia :  
Si este le dura al moro, no hay recelo  
De que el dulce brebaje sea del cielo.

Sintióse descansado de la pena  
Que el yerro le ha causado del camino,  
Y en un dulce reposo el alma llena

De los vapores del alegre vino:

Cuando un sordo rumor de gente suena,  
Y en aparato y resplandor divino  
Cien ninfas van entrando por las salas  
De hermosos rostros, y costosas galas.

En grave aplauso al desigual gigante  
Haciendo vienen magestad y estado,  
A quien del rico manto rozagante  
Diez dellas traen la falda de brocado :  
El cortesano moro con semblante  
Alegre á recibille fue admirado  
De su estraña fealdad, y la belleza  
Que en torno ciñe y cerca su riqueza.

Tomó en frente del mero rica silla,  
Y hablando en varias cosas le parece  
El pomposo jayan sombra sencilla,  
Que cada rato en su estatura crece :  
La barba y cara cana y amarilla,  
Mirar su obscura altura desvanece,  
Que de la rica cuadra, desde el suelo  
Tocar parece con la frente al cielo.

Así del viejo Atlante el bulto horrendo,  
A vista de la górgona fiera,za,  
En hinchazon hidrópica creciendo  
En la luna fue á dar con la cabeza :  
Donde por el gran peso retorciendo  
De la agoviada espalda la grandeza,  
No hay signo en el zodiaco ni estrella,  
Que no se pare á descansar sobre ella,

Es nuevo el caso, y como tal le admira,  
Y mas que todo la espantosa junta  
De las dispuestas damas, en quien mira  
Medrosos rostros de color difunta :  
Ora sea que en las luces se retira  
El bello lustre del matiz que apunta  
Al rosicler de la atezada cara,  
Cuando alumbra del sol la antorcha clara.

O que la obscura noche con sus olas  
Los vivos resplandores les empaña,  
O que del blando afeite en ellas solas  
El ordinario desluzmar engaña :  
Al fin entre sus garbos y sus golas,  
La vista un no se qué de horror estraña  
Entre aquella beldad, que aunque escogida,  
Rastro descubre de beldad fingida.

Suspense estaba en este asombro el moro,  
Cuando la horrible máquina que sube  
A herir con su alta frente el techo de oro,  
Deshecha huyó como aparente nube :  
Saliendo della un celestial tesoro  
A Diana semejante, cuando sube,  
Caído el velo ya que la encubria,  
A media noche contrahaciendo el dia.

En la pomposa silla del gigante  
De su sombra nació una imagen bella,  
Tanto á su pensamiento semejante,  
Que viva pareció Galiana en ella :  
Y ardiendo en nuevo amor el tierno amante,  
Vida le era el oilla, y gloria el vella,  
Cuando al gusto del vella, y del oilla,  
Se le añadió otra nueva maravilla.

Las tiernas damas que en diversas pintas  
Al alma por la vista abrian antojos,  
Cual cometas en luz de oro distintas  
Se huyen y van de los atentos ojos,  
Formando al aire unas doradas cintas  
De sutiles vislumbres y arcos rojos,  
Como á las nubes vuela en sus centellas  
Nocturno incendio á deshacerse en ellas.

Así un bañado rostro en el ardiente  
Licor, que ya fue alegre, mostró ardiendo,  
En tibio fuego, y luz resplandeciente :  
La sutil llama va el humor bebiendo,  
Acaba de enjugarle, y de repente,  
Sin negro humo ni sonoro estruendo,

En aire ya resuelta se derrama  
Del blando incendio la adorada llama.

Así aquella aparente hermosura,  
Que en humanas figuras se partía,  
Medallas de oro hecha la mas pura,  
Rayos de fuego sin quemar fingía:  
Cuya dorada luz, ya en sombra oscura  
Desvanecido, al aire se volvía,  
Cual relampago ardiente, cuyo fuego  
Deja al que mira, al deshacerse, ciego.

Quedóse solo el hijo de Lanfusa  
Con la aparente imagen de su gusto,  
Ciega la vista, la atención confusa,  
Y en fuego ardiendo el corazón robusto,  
Buscando á tanta novedad escusa,  
Y al nuevo engaño el fundamento justo,  
Y cómo de aquel bien en que se sueña  
Parte pueda alcanzar grande ó pequeña.

Parece que viene, ó se le antoja,  
La bella toledana en su contento,  
Que aunque enojarse finge, no se enoja.  
Ni tiene á libertad su atrevimiento:  
Cuando en nueva se vió y mortal congoja  
Sobresaltado el ciego pensamiento  
Con nuevo antojo, que es la astuta Arleta,  
La que en lazos de amor sabroso aprieta.

Fue el miedo tal, que despertó asombrado,  
Y en un valle se halló al pasar de un río,  
Entre matas de adelfa recostado,  
Al cielo abierto, y al sereno frío:  
Tuvo por vano sueño lo pasado,  
Y si algo no lo fue, fue el desvario,  
Que aun despierto y con luz medroso sueña  
De la maga sagaz de Fontidueña.

Sube á caballo y desdénoso pasa  
Por medio el río profundo, cuando el día  
Alegre á coger sale de su casa  
Las mismas perlas que en las flores eria:  
Baja del monte á la campaña rasa,  
Y del bosque salió por otra vía  
Una ligera cierva, que llevaba  
Las alas de un arpon, con que volaba.

Parecióle, mirada de repente,  
La que de azúcar vió de oro en un plato,  
Cuando á la luz de la delgada gente  
Cenar soñó, y tener de gusto un rato:  
Creyó aquello por sueño, y lo presente  
Por la verdad de lo que vió en retrato,  
Y así «sin duda esta corcilla brava  
Es, dijo, la que yo alcanzar soñaba.»

Siguela con sus perros una diosa,  
Que de la luz del sol pareció hija,  
Sobre una blanca lacánea vistosa,  
Que el viento la espolea y regocija:  
Conoció el moro á la princesa hermosa,  
Que amor le ha puesto en la memoria fija,  
La misma que al sabor del blando sueño  
Aquella noche le aceptó por dueño.

Arrínale las piernas al caballo,  
Que de brioso no conoce espuela,  
Por correr tras su gusto y por gozallo  
En el gallardo brio con que vuela:  
Doce leguas corrió sin reportallo,  
Siempre llevando á vista la cautela  
De la corcilla y dama, que engañosas  
Así los cursos truecan de sus cosas.

Hasta que al despeñarse á una quebrada  
Ligero se arrojó de los arzones,  
Pasando la feroz desenfrenada  
Bestia en ciegos traspies y tropezones:  
Volvióse el moro á pie, y de la cañada  
Al subir los estériles terrones  
La cierva volvió á ver, y á quien la sigue,  
Falsa beldad que su quietud persigue.

En corvas uñas de un león brioso

Despedazada vió su blanca cierva,  
Corrió á quitarle el cebo apetitoso,  
Cuando del prado en la florida yerba  
Ella garza se hizo, el león furioso  
Presto neblí, que en diestra ala conserva  
La primera intencion, y á todo vuelo  
Dándole fue regates hasta el cielo.

La infanta que siguió por todo el día  
La cierva que ya es garza en medio el prado,  
Un revuelto peñasco parecía  
En que ella y su caballo se han trocado:  
Dejó asombrado al moro lo que vía,  
Y en duda si durmiendo, ó si encantado,  
Así ligero se le trueca y miente,  
Lo mismo que en las manos toca y siente.

Toda la confusion desta mañana  
En un mágico cerco fingió Arleta,  
Desde que metió al moro en la montaña  
Del sordo ruido de armas inquieta,  
Hasta las sombras en que aquí le engaña,  
Por apartar de su alma á la discreta  
Galiana, y desterrarle de Toledo,  
Que tiene celos dél, y della miedo.

Y por lograr su gusto en el estraño  
Y mágico aparato, ya hay quien diga,  
Que en el fingido alcázar ciego un año  
En su poder le tuvo, y fue su amiga:  
Mas ni esto es cierto, ni un fingido engaño  
Tanto podía durar, ni la enemiga  
Maga mas le tuviera que aquel día,  
Ni mas firmeza en su inconstancia habia.

Algunos otros por allí perdido  
Por cobrar se entretuvo á Clarionte,  
Y no pudiendo haberlo, desabrido  
Por la aspereza se emboscó de un monte:  
Y de una aldea en otra entretenido,  
Un día cuando el sol de su horizonte  
Tenia la cumbre y el zenit del cielo  
Rayos de oro lloviendo y lumbre al suelo,

Por las ásperas sierras de Segura  
Entre altísimos pinos caminaba,  
No lejos de una ciega gruta oscura,  
Que el claro Betis con cristales lava:  
A una tajada Peña, cuya altura  
Silla á las nubes en sus hombros daba,  
La ventura que ya otra vez le guía  
Cansado y sin pensar le sacó un día.

Está un castillo en esta oculta Peña  
De un muro inespugnable rodeado,  
Entre el respaldo de una espesa breña  
Por mayor fortaleza incorporado:  
El río que en duros riscos se despeña  
Por el uno le cerca y otro lado,  
Con una angosta senda y puerta estrecha  
De dos peñascos sin industria hecha.

El despeñarse del profundo río,  
Y el romper por los árboles el viento,  
Y de las aves con el blando frío  
El dulce son y sonoro acento,  
Templarle hizo á Ferraguto el brio,  
Y cansado de andar sin gusto á tiento  
Su quietud desear, que es caso feo  
No tenerla siquiera en el deseo.

No hay cumplido contento en suerte alguna,  
¿Quién hay que con la suya esté contento?

Envidia el labrador la real fortuna  
Y el rey al labrador su humilde asiento,  
El viejo al que gorgean en la cuna,  
El mozo lo que al viejo le es tormento,  
El soldado la paz que al monge encierra,  
Y el monge piensa ballar paz en la guerra.

Al que labró el castillo esto bastaba,  
Mas al moro del mundo es poco el resto,  
Que no cabe en el puño la mar brava,  
Ni alma ambiciosa en tan estrecho puesto:

Esto el valiente capitán pensaba  
En una suspensión sabrosa puesto,  
Cuando al silencio del atento oído  
De armas deshizo un bárbaro alarido.  
Del rauda Betis el cristal huyendo,  
Que en duros riscos abre ancho portillo,  
Del ronco acero el temeroso estruendo  
Al que escucha no da lugar de oílo:  
Mas ya en deseos de sangre el moro ardiendo  
Brioso sube al áspero castillo...  
Después diré sus golpes, que ahora al fiero  
Dueño del firme muro decir quiero.

Esta alta fuerza hablaba peñascosa  
El antiguo Yucef, cuando decía,  
Que de Bramante el alma desdeñosa  
Loca de celos conquistado había:  
De aquí á la tierra hacia guerra odiosa,  
De aquí salía á robar, y aquí volvía,  
De insufribles desdenes retirado,  
Sin otra ley que la de un gusto airado.

Aquí de los enfados rebatido  
De la adorada infanta de Toledo,  
A vengar disfavores reducido  
De loco antojo y bárbaro desnudo,  
La tierra tiene y reino destruido  
De su escabrosa condición el miedo,  
Corriendo un mismo riesgo en el camino  
El rey, y el remendado peregrino.

Cuarenta damas de las más hermosas  
Que su crueldad halló tenía robadas,  
O en asaltos y guerras peligrosas,  
O con traidoras fraudes conquistadas:  
Estas le habían de asistir forzosas,  
De ricas telas de oro aderezadas,  
A un cruel servicio y débito ordinario,  
O con forzado gusto, ó voluntario.

Y por su antigüedad se iban llegando  
A su lado, á su mesa, y á su cama,  
Y no bien se acababa el día, cuando  
Puesta quedaba en libertad la dama,  
Y otra de nuevo en su lugar entrando,  
Para así alimentar la brutal llama,  
Y en este estilo por la injuria de una  
No perdonar la fama de ninguna.

Con las doncellas esta ley guardaba  
Bárbara condición, soberbio intento,  
Con que á su torpe parecer vengaba  
Su injuriado arrogante pensamiento:  
De los que en cruel altar sacrificaba  
A un ídolo de humana sangre hambriento,  
Poblaba de reliquias las almenas,  
De sangre y tristes luminarias llenas.

Cada mañana hizo un sacrificio,  
Y cada tarde destruyó una dama,  
Sin dar segunda vista al torpe vicio,  
Ni proseguir dos noches una cama:  
La caza era de día su ejercicio,  
Y no de fieras, mas según es fama,  
Por las selvas, caminos, y poblados,  
Caminantes cazaba descuidados.

Tenían la tierra despoblada y sola  
Sus asaltos y presas ordinarias,  
La mauritana gente y la española  
Puesta al rigor de sus traiciones varias,  
Que por vengarse de una dama sola,  
Todas quiso que fuesen sus contrarias,  
Y en este intento el sin lealtad tirano  
Al moro hacia igual con el cristiano.

Injusta presunción, necio cuidado,  
Perder el propio por el gusto ajeno,  
Y pretender sin fe un amor forzado,  
Vacío de glorias, y de enfados lleno;  
Mas ya el aragonés moro, llevado  
Del ruido de armas por el monte ameno,  
Llegando fue á la temerosa roca,

Que con las puntas en las nubes toca.

Por donde vió la senda mas trillada  
Hasta encontrar subió la estrecha puerta,  
Entre dos firmes peñas asentada,  
De fuertes planchas de metal cubierta:  
Halló que por de dentro está cerrada,  
El aguardar que le abran cosa incierta,  
Y el ruido que en sus bóvedas sentía,  
Cuanto mas se acercaba, mas crecía.

Por pardos riscos y quebradas peñas  
Como pudo se fue acercando al muro,  
Buscando entre las rocas y las breñas  
Para poder subir lugar seguro:  
Cuando al profundo río dos pequeñas  
Ventanas hechas vió en un mármol duro,  
Y en triste suspensión á la una dellas  
En forma de mujeres dos estrellas.

De las dos conoció que era la una  
La bella Doralice granadina,  
Que como en cerco de oro blanca luna  
Su hieldad resplandece peregrina,  
Dando en llorosos ojos de una en una  
Mil perlas sobre el agua cristalina,  
Con que el Betis soberbio al primer grano  
A enriquecer los mares corre ufano.

«Nunca creí que tierra tan fragosa  
Guardara, dijo el moro, tal riqueza,  
¿Acaso en esta roca venturosa  
Vive escondida al mundo la belleza?»  
Entonces de las dos la más hermosa  
Con nuevo llanto alzando la cabeza,  
«No vive, dijo, en cárcel tan oscura  
Sino la misma muerte y desventura.

Huye, triste de tí, huye ligero  
La infame tierra y el lugar odioso,  
Sino te amarga el mundo venidero,  
Y como á mí el vivir te es enfadoso:  
Que aquí no habita sino un monstruo fiero,  
Y con él los que el cielo riguroso  
Por el castigo de sus culpas echa  
A morir en cadena tan estrecha.»

«Señora, dijo el moro, á los decretos  
Del justo cielo no hay defensa alguna,  
El toque y prueba de ánimos perfectos  
Son las contrarias vueltas de fortuna:  
Mas si deste castillo los secretos  
Sabeis, y sus entradas, mostradme una;  
Que ver vuestro dolor me ha persuadido  
Poder serviros, y el favor que os pido.»

«El muro, dijo Doralice, es hecho,  
Cual veis, de argamasa piedra viva,  
No os pongais, caballero, en tanto estrecho,  
Buscad otra ocasión menos esquivá:  
El entrar por ahora es sin provecho,  
Y mucho el riesgo que la entrada os priva,  
Si ya con vos vinieran otros ciento,  
Aun fuera temerario arrojamiento.»

«En poca deuda os soy, respondió el moro,  
Pues mi honra os debe menos que mi vida:  
Dejadme entrar, que el cielo en quien adoro  
Si me quiere guardar, no hay quien lo impida.  
Si esos suspiros, si ese triste lloro,  
No son cual pienso en vos cosa fingida,  
A trueco de enjugar ojos tan bellos,  
Pequeño riesgo es el morir por ellos.»

«Ya eso, le respondió la dama bella,  
A mas me obliga que á os negar la entrada.  
Si, lo que el cielo no permita, en ella  
Vuestra temprana muerte está guardada:  
Mas si con tanto gusto os vais tras ella  
Deshaced esta reja con la espada,  
Y tendremos al fin quien en tal pena  
A arrastrar nos ayude esta cadena.»

Así la mora dijo valerosa,  
No creyendo que el fuerte sarracino

Con la espada rompiera la espantosa  
Reja, y del duro acero el temple lino:  
Mas cual de cera azul pasta amorosa  
Toda del primer golpe al agua vino,  
Y Doralice viendo el hecho altivo  
Temió que fuese Rodamonte vivo.

Entró á un jardín vestido de frescura,  
Donde con otras vió la dama bella,  
Que en triste llanto envueltas y hermosura  
A su pesar se entretenían con ella:  
Contaronle el rigor de su clausura,  
El desgraciado curso de su estrella,  
Las leyes del castillo en que se halla,  
Y por sospechas la cruel batalla.

De allí pasó, entre andenes retocados  
De resicleros, donde en golpes lieros,  
De treinta alarbes brazos rodeados,  
Se combatían dos bravos caballeros:  
Los alimtes y escudos destrozados,  
Los bríos y los ánimos enteros,  
De ardiente sangre y de furor cubiertos,  
Y el estrecho palenque de hombres muertos.

Mirábalos Bramante ardiendo en ira,  
Que no quiere humillar su brazo fuerte,  
Y por no herirlos de dolor suspira,  
Y ellos por no poderle dar la muerte:  
Ferragut, que el notorio agravio mira,  
Por la canalla vil se entró de suerte,  
Que de su ira los rayos mas pequeños  
Verdades fueron, y parecen sueños.

Del primer golpe derribó un guerrero,  
Y del segundo al que tras del venía,  
Del tercero también cayó el tercero,  
Que al cuarto y quinto les sirvió de guía;  
El sexto hizo igual con el primero,  
Y el séptimo á buscar al sexto envía,  
Y al fin de las primeras diez heridas  
A sus piés derribó otras tantas vidas.

Y no el jayán con esto satisfecho,  
Llama lanzando por los ojos viva,  
A uno rabioso rompe y rasga el pecho,  
Otro hiere, otro mata, otro derriba,  
Otro menudas piezas deja hecho,  
Y un golpe á dos y á tres de vista priva,  
A este barrena, á esotro descabeza,  
Y al otro lo desmembra pieza á pieza.

Cual rayo en nube ardiente congelado,  
Ya rebatido del contrario yelo,  
De roncós truenos y furor cercado  
Rompiendo sale con su furia el cielo;  
Si de la roja mies fértil sembrado  
Tierno se ofrece á su violento vuelo,  
Las cañas arden, huyen los pastores,  
Y el mundo tiembla al ver sus resplandores.

Nadie juzgara que de brazo humano  
Pudieran proceder golpes tan fuertes,  
Ni que una limitada y mortal mano  
Diese en tan breve espacio tantas muertes:  
Y tú también, ó bárbaro inhumano,  
Que tu presente destrucción adviertes,  
De tu arrogante pecho el primer brio  
Tibio siente el calor y el fuego frio.

El bravo aragonés aun no cansado  
Del cruel destrozo que á sus piés tenía,  
Tras las flacas reliquias que han sobrado  
Cual lobo entre corderos discurría,  
Hasta donde el gigante retirado,  
Contemplando el estrago que hacia,  
Tal despecho y dolor en su alma siente,  
Que se deleita en ver morir su gente.

Cual de la ardiente Libia león herido  
Del dardo cruel que el Nasamon le tira,  
En fuego de venganzas encendido  
La cola hiere, y con su herir se aira,  
Y al puesto y al lugar mas defendido

Con atrevidos pasos se retira,  
Y sustentando allí la inútil plaza,  
Las lanzas quiebra y flechas despedaza.

Así el jayán de su furor llevado  
Al encuentro salió al moro valiente,  
Y ha de vengar en él determinado  
El sangriento destrozo de su gente:  
Y un corvo alfanje en alto levantado,  
Del yelmo altivo el gran dragón luciente,  
Que iba entre plumas con pomposo vuelo,  
Todo del primer tajo vino al suelo.

Dos pasos volvió atrás desacordado,  
Dando traspiés del golpe recibido,  
Que á no ser cuerpo y armas encantado,  
Le diera en dos mitades dividido:  
Mas no tan bravo el escorpión pisado,  
Ni con tanta presteza deja el mudo,  
Como el moro acudió á vengar su injuria,  
Mas del honor herido que otra furia.

Y sobre el acerado y ancho escudo  
Al descortés jayán dió tal respuesta,  
Que á pesar de su fino temple pudo  
Del yelmo hallar la relevada cresta:  
Y á no torcer la espada el filo agudo  
La vida en riesgo le dejara puesta,  
Que así entró rebanando, cual si fuera  
Por un delgado estaño, ó blanda cera.

Mas no quitó al gigante belicoso  
Nada de su opinión el golpe liero,  
Que antes volvió al combate peligroso  
Con mayor arrogancia que primero:  
Y un mandoble acertó tan poderoso  
Del limpio escudo en el grabado acero,  
Que en el suelo quedó el mayor pedazo,  
Y en la fama la envidia de tal brazo.

Y dando y recibiendo desta suerte  
Mortales golpes de uno y otro lado,  
De los dos el mas flaco y menos fuerte  
A su enemigo tiene acobardado:  
Cada cual quiere rescatar su muerte,  
O con ella alcanzar crédito honrado,  
Y este ha de ser, según que la honra ordena,  
Comprar la vida con la muerte ajena.

Bramante su ardiente ira desenvuelve,  
Y los pesados golpes dobla y carga,  
Ya desta parte, ya de la otra vuelve,  
Y aquí la tempestad y allí descarga:  
Mas su contrario en uno se resuelve  
De averiguar por si brega tan larga,  
Y con reportación templando el brio  
En mil no acierta á dar uno en vacío.

El suelo de armas y de horror cubierto,  
Y ellos por todas partes desarmados,  
Dando y sufriendo golpes sin concierto,  
De sangre están y de sudor bañados:  
Un tajo Ferragut en descubierto  
En uno le alcanzó de dos costados,  
Cuyo rigor y desigual destreza  
Ir dando de ojos le hizo larga pieza.

Y á no ser de tan fino temple hecho  
El rico arnés, con sola esta herida  
El agraviado reino satisfecho  
Quedara, y el gigante sin la vida:  
Pero faltó entrar con pié derecho,  
Y así salió la espada rebatida,  
Aunque á pesar del sobrepeto grueso  
El penetrante golpe llegó al hueso.

Nunca sierpe se vió tan espantosa  
Como á este tiempo el desleal Bramante,  
Ni ánimo de arrogancia tan briosa  
Que no dude ponérsele delante.  
Y él, cual la mar bramando tenebrosa,  
Alterada de un áspero levante,  
Con ambas manos el alfanje alietta,  
Para dar de una vez fin á la guerra.



Hizo ademan el moro de esperalla  
A la menguante sombra de su escudo,  
Y él con tanto furor bajó á buscallo,  
Que mal ejecutar su golpe pudo :  
Mas el diestro español al desvalle ,  
La espada así encarnó su filo agudo ,  
Que entre el reparo , y el salir de tajo ,  
Una pieza le echó del hombro abajo.

Segundóle al pasar otra herida ,  
Y otra y otra dobló mas peligrosa ,  
Y entre una y otra malla desmentida  
Una punta halló puerta sabrosa :  
Pudiera por allí salir la vida  
A encarnar mas la espada venturosa ,  
Y contentóse con dejar caliente  
De roja sangre una copiosa fuente.

No pareció á Braban caso seguro  
Brioso esperar á tanta gallardía ,  
Ni de sus planchas , ni en su temple duro ,  
Ni de su fuerza ni su maña fia :  
Párecle ya estrecho el ancho muro ,  
Que antes un mundo entero no temia ,  
Y nada sano el combatir ligero ,  
Si es cual parece su contrario acero.

Mas ya en rabiosa cólera encendido  
Los golpes redoblando sin concierto ,  
A no ser encantado el combatido ,  
De cua'quiera quedara dellos muerto :  
Está fuera el gigante de sentido ;  
Que un monte hubiera con su espada abierto ,  
Y halla á su contrario mas constante  
Que á un tierno vidrio un muro de diamante.

No sabe por qué via aprovecharse  
De enemigo tan fuerte y poderoso ,  
Ni como con su cólera vengarse ,  
Pues vengarse ó morir le es ya forzoso :  
Al fin como no puede reportarse ,  
Ni su espada hacer un lance honroso ,  
Resuélvese en cogerle entre los brazos ,  
Y allí hacerle á su placer pedazos.

Con nudos mil le ciñe , y le recoge ,  
Y de su maña y fuerza se aprovecha ,  
Ya se entra , ya se aparta , ya se encoge ,  
Ya en la lucha se empina , ya se estrecha :  
Ya de los hombros con furor le coge ,  
Y aquí y allí le vuelve , y le desecha ,  
Bien que así Ferragut su fuerza alienta ,  
Que en igual peso el gran teson sustenta.

Largo rato anduvieron forcejando  
Con pertinaz porfía y fuerza extraña,  
Perdiendo tierra á veces y ganando,  
Ya las fuerzas probando, ya la maña:  
Las vueltas de fortuna esperimentando,  
Que al vanamente confiado engaña,  
Y al loco con favores desvanece,  
Y al atrevido ensalza y favorece.

De la prolija lucha ya enfadado  
Hizo pié el de Aragon en un recuesto,  
Y de un vaiven sin maña y tiempo dado  
Su enemigo de sí echó descompuesto:  
Y él de su misma furia arrebatado  
Sin pensar se halló en el suelo puesto,  
Y Bramante en sus pasos tropezando  
Largo trecho tras del fué trabucando.

Mas sin mostrar ni sombra de recelo  
Que pudiese agraviar su fortaleza,  
Bramando al aire, y escupiendo al cielo,  
De nuevo la cruel batalla empieza:  
Y la espada esgrimiendo en raudal vuelo  
A dos manos de encima la cabeza,  
Con tal furor descendiende, y tal ruido,  
Que dejó á su contrario sin sentido.

Y otro y otro segunda, y otros ciento  
Así aprieta, que un yunque de diamante  
No resistiera el fuerte movimiento  
Del desabrido hermano de Morgante:  
Y el de Ulid con enfado y corrimiento  
De verse así tratar, bravo, arrogante,  
Contra el firme enemigo que le enoja  
El roto escudo y la paciencia arroja.

Tembló el córcega infiel al grito fiero  
Que el de Aragon bramó determinado  
De dar á sus portías el postrero  
Y último golpe á lo que había empezado:  
No se vió rostro ni semblante entero,  
Ni corazon de veras reportado,  
Que del general miedo el pasmo frio  
Al rostro hurtó el color, y al pecho el brio.

Y él con la gallardía acostumbra,  
Y firme pulso que su brazo encierra,  
La peligrosa relumbrante espada  
Con ambas manos afrentado afierra:  
Y á dejar en su filo averiguada  
Su clara fama, y la dudosa guerra,  
Sobre el ya temeroso rey Bramante  
Bajó el aire cortando resonante.

No en ademan mas vivo y mas gallardo  
Júpiter sobre Encélado levanta  
La altiva diestra, cuyo ardiente dardo  
A todo el mundo, al gigante espanta;  
Cuando el Etna encendido á su resguardo  
Desde la cumbre tiembla hasta la planta,  
Que ya de Doralice el nuevo amante  
La espada alzó contra el sensual gigante.

Y en tan lleno furor bajó derecho  
El filo agudo por el aire blando,  
Que escudo, brazo, yelmo, rostro y pecho  
Las entrañas y el vientre palpitando,  
Dos partes el gran corso quedó hecho,  
Y en medroso silencio resonando  
Por las doradas bóvedas corriendo  
Un rato el eco fue del golpe horrendo.

Así rayo veloz al viejo encino,  
Que antes servía de sombra á todo un llano,  
Al suelo arroja en trueno repentino,  
Y el eco asorda al valle comarcano;  
Vuelve medroso huyendo del camino  
El que á su abrigo va á ampararse en vano,  
Tiembla el pastor, el segador se admira,  
Y el dueño del rastrojo calla y mira.

Tales los circunstantes admirados  
Dejó el no visto golpe poderoso,  
De asombro los contrarios retirados,

Y de miedo encogido el mas brioso:

Los dos que Ferragut halló cercados  
En trance sin su ayuda peligroso,  
Ya libres en pomposa vanagloria  
El parabien le dan de tal victoria,

El grave Estordian, rey granadino,  
Era dellos el uno, otro el anciano  
Galirtos, rey de Alora, su vecino,  
De edad madura, y corazon lozano,  
Que en segimiento al robo peregrino  
Que Bramante hizo á un bosque comarcano  
En Doralice por librar su daño  
Al riesgo entraron del castillo extraño.

Mas ya dejando libre la guarida,  
Antes de tantos prisioneros llena,  
La tierra en su quietud restituida  
Libre se vió de sobresalto y pena:  
Y la Argentina sierra antes temida,  
Rota ya del tirano la cadena,  
Se llamó con el nombre que hoy le dura  
Desta seguridad Sierra Segura.

Cada uno desde allí tomó el camino  
Que mas á su propósito hacia,  
Este á su patria, el otro á su destino,  
Conforme el fin ó el gusto que le guia:  
El amante de Arleta al granadino  
Hasta su reino hizo compañía,  
Y Galirtos tambien lleno de antojos  
Tras Doralice, y sus alegres ojos.

Fue rey de aquellos siglos celebrado  
Galirtos por vejez y alma altanera,  
Alegre el rostro, el cuerpo avellanado,  
Los ojos vivos, la faccion severa:  
Ya los dientes la edad le habia robado,  
Y no la libre lengua palabrera,  
Porque en sus amorosas ocasiones,  
Lo que en gusto faltare dé en razones.

Había gozado ya de la influencia  
Suave de los seis planetas de oro,  
Y en la helada decrepita cadencia  
La marchita vejez del cauto moro:  
En el periodo andaba, y la presencia  
Del frio Saturno, en quien está el tesoro  
De gravedad, de peso y de juicio,  
Que en otros es virtud, en él fue vicio.

Era de universal gusto notado,  
De antojadizo amor sin fundamento,  
Libre por rey, por hablador cansado,  
Y por amante la region del viento:  
¿Qué torpe mudo no será cansado?  
¿O qué largo hablador dará contento?  
¿O á quien no causa, si al extremo toca,  
O el hablar mucho, ó nunca abrir la boca?

Pues deste rey, ya amante temerario,  
A Doralice sigue el gusto entero,  
Y por el mismo trae de ordinario  
Un enano sutil por escudero:  
En gesto seco, en el vestido vario,  
En la habla un millon, en bulto un cero,  
En orgullo jayan, y el cuerpo todo  
Como de la encogida mano al codo.

Tratando en risa su persona apuesta  
El Cid aragonés, y el granadino,  
Al sombrío cruzar de una floresta  
El enfado engañaban del camino:  
Que menos ocasion y causa que esta  
Lo suele hacer, y el bulto peregrino  
Del pequeñuelo enano en lo restante  
Para ocupar el tiempo fue gigante.

Que su dueño que hablara sin cansarse,  
Mas que una ciega Babilonia entera,  
Y ahora el nuevo placer le hace estremarse,  
Y la alegría de suyo es gran partera:  
Por mostrar su elocuencia, y señalarse,  
Volviendo por su enano una quimera



Ingeniosa intentó, y con regocijo

Corriendo el freno á su caballo, dijo :

«No es este hommilde enano el mas cenceño,  
Ni el menor que en su género ha nacido,  
Que ya conozeo yo otro mas pequeño,  
De menor cuerpo, y mas entremetido :  
Aunque de fuerzas tales, que á su dueño  
Tras sí por los cabellos lleva asido,  
Con ser tan chico, breve é imperfeto,  
Que este fuera gigante en su respeto.

Y pues es engañar los pensamientos  
Alivio del espíritu cansado,  
Y divertirse en agradables cuentos  
El camino hacer menos pesado :  
Yo, si ahora á escucharne estais atentos,  
En un discurso quiero moderado  
Contar la heróica historia deste enano,  
Que los gigantes vence por su mano.

Vereis en su discurso la inconstancia  
Del tiempo, y las mudanzas de la vida;  
Donde en un punto suele la arrogancia  
Mayor verse agotada, ó divertida :  
¿Quién tuvo hasta su fin perseverancia?  
¿En quién una ocasion recién nacida  
No supo despertar nuevos antojos,  
Y hacer pechera el alma de los ojos?

De la inconstancia humana haro nos cuenta  
El desmembrado cuerpo de Bramante,  
Que ayer á su insaciable alma sedienta  
Un mundo sensual no era bastante :  
Mas cuando el cielo viene á tomar cuenta  
A una obstinada vida semejante;  
Suele abreviando plazos en un punto  
Dar el castigo y la amenaza junto.

Quien presume de sí, quien se gloria  
De ánimo invicto y pecho generoso,  
Si su pasión no vence, ¿en qué se fia,  
Aunque de un mundo salga victorioso?  
Aunque de la hiperbórea gente fria  
Hasta el ardiente mauro polvoroso  
Se oya su voz, y tomen della leyes  
Los caspios cetros, y los indios reyes.

Tener espada, hrazo y fortaleza  
Para enfrenar los duros Garamantes,  
Dejándose vencer de su torpeza,  
Ni es valor, ni sus fuerzas importantes :  
Mas, ¡oh monstruo sin ley! cuya braveza  
Los reyes doma, y vence á los gigantes,  
¿Quién sale de tí libre, amor tirano?  
Goloso azar del apetito humano.

¿Quién puso tu república en la tierra  
Con ley tan inviolable, y rey tan bruto,  
Que ni en el paz se halle, ni en la guerra,  
Hidalgo que lo sea á su tributo?  
¿Qué fuerza es esta, amor, que en tí se encierra?  
¿Quién te hizo en poder tan absoluto?  
¿Cuál es tu origen? ¿cuál tu fuerza? ¿y cuáles  
Los lazos con que enredas los mortales?

¿Eres deidad, amor, ó eres quimera  
Recibida del vulgo en sus engaños?  
¿Es tu fama fingida ó verdadera?  
Néstor del tiempo, niño de mil años :  
Un grave cuento de su edad primera  
En la mia aprendi con los extraños  
Sucesos que hay en él, en quien consiste  
El todo de quien eres, y quien fuiste.

En medio un claro mar, que al alba bella  
Del día le abre la primer ventana,  
Debajo de la mas feliz estrella  
Que vida al mundo y resplandores mana;  
Una isla tiene asentada, y dentro della  
Cuanto bien cabe en la codicia humana,  
Tan florida y tan llena de tesoro,  
Que es, puesto á su riqueza, polvo el oro.  
Libre de pecho, de tributo esenta.

De hidalgos linajes habitada,  
Donde en vida pacífica y contenta  
Segura un alma vive y descansada:  
De gusto aquí el mas pobre se sustenta,  
Ni cárcel hay, ni impedimento en nada,  
Su nombre es luz de un sol resplandeciente,  
Tierra de libertad de libre gente.

Esta parte del mundo no ha salido  
Ni hecho triste ausencia el siglo de oro,  
Todo como al principio está florido;  
Sin turbios aires, ni importuno lloro:  
Aquí solo el contento se ha escondido,  
Y el erario del bien y su tesoro,  
Cuan to se libra aquí todo es bonanza,  
Sin recelos ni sombras de esperanza.

Por frescos prados de un abril eterno,  
Todo vestido de inmortal verano,  
Mil libres almas con acento tierno  
Canciones siembran por el aire vano:  
Y agenas de enojos y turbio invierno  
Frescas guirnaladas tejen de su mano,  
Con que del todo libres y gozosas  
Salen sino es del tiempo victoriosas.

Solia esta alegre tierra deleitosa  
Ser rica población, reino potente,  
Que como de regalos abundosa  
Ya fue buscada de infinita gente :  
Mas despues que con mano poderosa  
Amor, que es enemigo diligente,  
A surgir acertó en su primer puerto,  
La dejó hecha un páramo desierto.

En él corren su costa de ordinario  
Cruelles piratas, varios salteadores,  
Que en triste sujecion y yugo vario  
Encadenan sus libres moradores:  
La ambicion es aquí feroz corsario,  
Los intereses grandes robadores,  
La hambrienta codicia en mil derrotas  
Ha hecho á nuevas Indias grandes flotas.

Estas son y otras vanas pretensiones  
Las que este noble reino han desflorado.  
Quien á mí me sacó de sus rincones  
De amor fue un rico pensamiento honrado:  
Con dos ojos me puso mil prisiones,  
Ellos me han desta tierra desterrado,  
Por vos sin libertad, mis ojos, vivo,  
Que yo libre nací, aunque soy cautivo.

Esto á su alegre cuento fabuloso  
Vuelto, añadió, á la bella Doralice,  
Con un grave recato cauteloso,  
Porque á nadie su amor escandalice :  
Mas todos ven del viejo rey celoso  
A quien el mote y la lisonja dice,  
Y riendo su loco pensamiento,  
El rie tambien á bulto, y sigue el cuento.

«Esta tierra inmortal, ó mortal cielo,  
De una libre señora ora regida,  
Que aunque sin esperiencia á todo el suelo  
Su gusto y parecer daba medida:  
Es ley, es arancel, corte y modelo  
De los pasos y efectos de la vida,  
Que ahora sea justo, ahora injusto,  
Nada se hace fuera de su gusto.

O sea hecho de gana, ó sea forzado,  
O sea por interés, ó por contento,  
Si ella no lo decreta, es escusado  
Que la obra llegue á colmo y cumplimiento:  
Es tan señora en todo lo eriado,  
Que aun enfrena y corrige el pensamiento,  
Con ser el ave, que entre las del suelo,  
Mas suelto tiene y desenvuelto vuelo.

Su nombre es Voluntad, niña hermosa,  
Y de su natural bien inclinada,  
Aunque el ser moza tierna y poderosa,  
Dejarla suele á veces engañada:



Estimando su vista codiciosa  
 Por oro lo que es pildora dorada,  
 Y por regalo, vida, y por deleite,  
 La fea muerte entre un fingido afeite.

El amor con la flecha de la fama  
 Desta gallarda niña fue herido,  
 Y como es fuego, con su misma llama  
 Fácil de un nuevo amor quedó encendido:  
 Ya suspira, ya llora, ya se inflama,  
 Lo que hace sentir, ha ya sentido;  
 Alguno, quizá dijo vuelto al cielo,  
 Muera, traidor, cual muero sin consuelo.

Padece, llora, experimenta, y gusta  
 De tu llanto y dolor, muerte y tormento,  
 Que es justo premio de venganza justa  
 Un tal castigo para un tal intento:  
 Si hay cuchillo de fuerza mas robusta,  
 Sea el verdugo amor de tu contento.  
 Porque entre ese dolor, rabia y discordia,  
 Aprendas á tener misericordia.

Así el niño padece, y con su fuego  
 Sin poderlo apagar queda apagado,  
 Desea su quietud, y teme luego  
 El hallarse con ella, y sin cuidado:  
 Si se anuda la venda queda ciego,  
 Si descubre los ojos deslumbado,  
 Busca remedio, y luego no le quiere,  
 Y por lo mismo que aborrece muere.

Ya recostado entre tempranas flores,  
 Y allí redes y lazos disfrazando,  
 Ya entre doradas nubes sus amores  
 Por mayor inquietud suya mirando:  
 Nuevas maneras de alcanzar favores  
 Para su nuevo menester trazando,  
 Y en todas sin provecho desvelado,  
 Que aun ignora la dama su cuidado.

No halla senda á su mal, no halla camino  
 Para salir de dudas y opiniones,  
 Que siempre es el amor, si es amor fino,  
 Largo en el padecer, corto en razones:  
 Al fin tentar ventura le convino,  
 O morir anegado en sus pasiones,  
 Un paje tiene amor, grande instrumento  
 De aclarar cosas, dicho atrevimiento.

Es hablador, agudo, y desenvuelto,  
 Propio para llevar y traer mensajes,  
 De encogidos temores libre y suelto,  
 Aun con los mas compuestos personajes:  
 Sin empacho, colérico, resuelto,  
 Claro, sin encubiertas ni celajes,  
 Y tal cual menester lo habia Cupido,  
 Para aclarar sus dudas escogido.

A este le descubrió su pensamiento,  
 Y él á los libres ojos de su dama,  
 Que como libre hizo el sentimiento,  
 Y escudo de la escusa de su fama:  
 Quedó corrido el paje sin su intento,  
 Y su dueño mas dentro de su llama,  
 Crece su mal, y agrava su querella,  
 Mas que el dolor, no ver la causa della.

Que á un rico alcázar de inmortal diamante,  
 De la prudencia y la razon labrado,  
 Por medrosas sospechas de su amante  
 La libre Voluntad se ha retirado:  
 Conociendo el amor no ser bastante  
 A tanta fuerza un niño desarmado,  
 Destruir quiere la enemiga tierra  
 Comprando alegre paz con triste guerra.

Quiere juntar ejército famoso  
 Descubriendo con esto su potencia,  
 Y vencedor en pecho generoso  
 Usar con los rendidos de clemencia:  
 De ociosos pensamientos un ocioso  
 Escuadron traza flaco en resistencia,  
 Y en dar asaltos y armas tan cursado,

Que trae al enemigo desvelado.

Este quiere formar que á la victoria  
 Con el hallar no piensa impedimento,  
 Deja la libre tierra de su gloria,  
 Y va sin ella sobre el blando viento:  
 En amistad de sola la memoria,  
 Verdugo cruel de un triste pensamiento,  
 Haciendo mil potajes al sentido,  
 Amargo el mas sabroso, y desabrido.

Tiene el amor una famosa amiga,  
 Dicha solicitud ó diligencia,  
 Gran le negociadora en su fatiga,  
 Y un águila en cualquiera competencia:  
 De torpe ociosidad cauta enemiga,  
 De gran ventura y mucha suficiencia,  
 Esta quiere el amor por diligente  
 Le junte ocioso ejército de gente.

Sale á buscarla con tendido vuelo,  
 Vuelve y revuelve en esto mil regiones,  
 Puesta en solicitar cosas del cielo,  
 Creyó hallarla en varias religiones:  
 Que sin curar de pretension del suelo,  
 Escogeria honradas pretensiones;  
 Pero desengañóle la experiencia,  
 Que el olvido halló por diligencia.

«No voy bien por aquí, dijo Cupido,  
 ¿Quién ha el confuso mundo hechizado?  
 ¿Con qué engaño el descuido se ha escondido  
 En el lugar del principal cuidado?»

Si en causa tal, si en bien tan escogido,  
 Rastro de diligencia no he hallado,  
 ¿Dónde la encontraré? ¿con qué artificio  
 A la virtud se la ha usurpado el vicio?»

Dijo, y dando la vuelta, sus pisadas  
 Sobre la arena estéril halló impresadas,  
 Conociólas, y en ellas ir guiadas  
 A livianas y frágiles empresas:  
 Y siguiendo su rastro, marañadas  
 Las halló en pretensiones tan aviesas,  
 Que sospechoso dijo, y admirado,  
 «O yo por aquí voy, ó el mundo errado.»

Llegó en esto á su reino, y en su casa  
 Nueva le dieron della sus amantes,  
 Y de allí con el rastro fresco pasa  
 A ver los cortesanos negociantes;  
 Donde su imagen vió sembrando brasa  
 De ambicion en materias disonantes,  
 De avariento interés, de honra y de amores,  
 Y nuevos oficiales de señores.

Con vanas cortesanas reverencias  
 En nuevos pretensores convertida,  
 Tan largos de esperanzas y conciencias,  
 Que no los ceñirá una eterna vida:  
 Aquí el amor halló dos diferencias  
 De edades, una larga, otra ceñida,  
 Saliendo entre los cargos y descargos  
 La vida corta, y los negocios largos.

Aquí la diligencia embarazada  
 En cosas de livianos pensamientos,  
 Su pretension y pena declarada,  
 «Cumplirás, dijo Amor, nuestros intentos:  
 Recoge entre esa gente mas granada  
 Sus livianos y ociosos pensamientos,  
 Que estos son, dando yo la batería,  
 Mi mayor munición y artillería.»

Dijo, y en vano vuelo á ver las damas  
 De la solicitud pasó á palacio,  
 Donde encendiendo impertinentes llamas  
 Ocioso y libre se quedó de espacio:  
 Durmióse amor aquí entre verdes ramas  
 De un trébol siempre en flor, marchito y lacio,  
 Y al despertar al aire de una toca,  
 Quedóse entre los ojos y la boca.

No fue la diligencia perezosa  
 En juntar grueso ejército á Cupido,

Que tambien hay en corte gente ociosa,  
Que alcanza y goza de lo mas florido :  
El señor, el galán, la dama hermosa,  
El paje, el caballero entretenido,  
Todo es ociosidad, solo desea  
El rey quietud, y tiempo el que pleitea.

No tiene tasa, número, ni cuenta  
La ociosa gente, y pensamientos vanos,  
Que en la corte juntó para su intento  
La Diligencia de los pies livianos :  
Ni cercau tantos átomos el viento,  
Ni á todo el mar de arena tantos granos,  
Como la torpe Ociosidad pesada  
Vanos soldados trajo á esta jornada.

Ocupada en jugar con un ventalle,  
Y ver quien pasa, vuelve, cruza ó mora,  
Bostezando á la puerta de la calle  
La Diligencia habló á su contendora :  
Digo á la Ociosidad, floja de talle,  
De ajenas vidas gran trasechadora,  
Y allí con ella, que á su lado asiste,  
La Hambre ayuna, y la Pobreza triste.

Y no fue poco que á la Diligencia  
Ociosidad obedeciese en algo,  
Porque suele huir de su presencia  
Cual presta liebre del hambriento galgo :  
Mas el amor, á cuya omnipotencia  
No hay reino libre ni solar hidalgo,  
Juntó estos dos extremos, que ya vemos  
Que siempre anda el amor por los extremos.

Y en una nueva flota de ocasiones  
Embarcada la gente llegó un día  
A vista del castillo y los balcones  
Donde la honesta Voluntad vivia;  
Y abreviando de tiempo y dilaciones  
A jugar comenzó la artillería:  
Con tal carga de vanos pensamientos,  
Que el alcázar tembló por los cimientos.

La Ociosidad, que aquí no andaba ociosa,  
Puso en la primer torre su bandera  
De la Imaginacion, dama ingeniosa,  
Y de sus armas frágiles frontera :  
Era esta estancia, mas que fuerte, hermosa,  
Por de dentro pintada, y por defuera,  
De fábulas, que el verlas enamora,  
Que es la imaginacion grande pintora.

Rendida esta primera fortaleza,  
Mas recia comenzó la batería,  
Hasta entrar el alcázar de firmeza  
En que la libre Voluntad vivia :  
Allí la Ociosidad con su torpeza  
Indució cuanto en la torre habia,  
Y de la reina un consejero honesto  
En tinieblas dejó y prisiones puesto.

Y alcanzada con esto la victoria,  
La libre Voluntad quedó rendida,  
Y el Amor al despojo de su gloria  
En triunfo vino y magestad debida :  
En carro de alegría transitoria  
Una S en cada rueda retorcida,  
Que todas dan un amador perfecto,  
Solo, sabio, solícito, secreto.

Era el triunfante carro de unos lejos  
Por tan nuevo artificio dibujados,  
Que mientras que se miran mas de lejos,  
Mas perfectos se gozan y acabados :  
De cerca son rasguños mal parejos,  
Como al descuido y sin concierto dados,  
Y ya vueltos de espaldas son de suerte,  
Que no es mas fea de mirar la muerte,

Y no tiraban la carroza hermosa  
Tigres, águilas, fieras, ni dragones,  
Mas con una igualdad maravillosa  
Cuatro ninfas de raras perfecciones;  
Que era cualquiera de ellas poderosa

Tras el carro llevar mil corazones,  
La Gracia, Discrecion y Gentileza,  
Y la Hermosura frágil de cabeza.  
La Gracia de mil visos parecia  
Hecha de un no sé qué tan agradable,  
Que sin saber decir á qué sabia,  
A todos gustos era deleitable :  
Hacia tan á compás cuanto lacia,  
Con tanta sal, y rostro tan afable,  
Que encendia el corazon en vivo fuego  
De unas centellas que se acababan luego.

La Discrecion en todas ocasiones,  
Dama noble, compuesta y corregida,  
En gusto, en trato, en obras, en razones,  
Es un compás de amor, regla y medida,  
Sin melindre, doblez, ni afectaciones,  
Clara, afable, y con nadie desabrida,  
Solo le halla yo un inconveniente,  
Que es huir demasiado de la gente.

Las otras, Hermosura y Gentileza,  
En los talles iguales, y en la vida,  
Si la edad no estragara su belleza,  
No viera el mundo cosa mas florida :  
Dellas toma el amor su fortaleza  
Con que á la de Sanson deja vencida,  
Y á ellas el solo tiempo las empeece,  
Que en aire las cosume y desvanece.

Destas cuatro hermosísimas doncellas  
El carro del Amor fue arrebatado  
Hasta el alcázar, donde todas ellas  
Presa la libre voluntad le han dado :  
Y como el sol en medio sus estrellas,  
El trono de placeres rodeado,  
Triunfante saca amor su invicta lanza,  
Coronada de flores de esperanza.

Pero llevóle la guirnalda el viento,  
Que en su casa no hay bien que sea fundado,  
Y supo que con nuevo encantamento  
El interés había tiranizado  
De un golpe el frágil reino del contento,  
Y allí en un auto público sacado  
Por afrenta mayor su estatua al vivo,  
Para venderlo al mundo por cautivo.

Fuérle forzoso al rey de los amores  
Ir en persona á castigar la afrenta,  
Y el daño que en sus fieles servidores  
Del interés causó la gula hambrienta :  
Y á su dama cercada de dolores  
Dejó sin alma, sola, y descontenta,  
Con la memoria y la esperanza ardiendo,  
Una labrando, y otra entreteniendo.

Tiene una dama amor por enemiga,  
Ciega invisible, y que jamás parece,  
Que enluta el corazon, cansa y fatiga,  
Y todo con su sombra lo oscurece :  
Unos Ausencia quieren que se diga,  
Otros infierno donde amor padece,  
Mas yo la llamo en pena de sufrilla,  
De los sueños de amor la pesadilla.

Esta luego que amor dejó su casa,  
La reina puso en ásperas cadenas,  
Donde le daban el placer por tasa,  
Y el tormento y dolor á manos llenas :  
Comidas frias, y de mano escasa,  
Gustos pasados, y presentes penas,  
Desabridos pasajes de memoria,  
Que siempre alarga la pasada gloria.

De esto, y de la frialdad de la posada,  
El gusto le estragó cierta tibieza  
De un frio y calentura acompañada,  
Y dolores de estómago y cabeza :  
Causaba el frio la comida helada,  
Aceda, sin sabor, ni fortaleza,  
Y una tibia esperanza que acudia,  
La calentura á ratos le encendia.

El tiempo que es un médico famoso,  
Bálsamo universal de pesadumbres,  
Viendo el mal de la reina peligroso,  
De la ausencia causado y sus costumbres,  
Y que ningún emplasto provechoso  
Sus verbas pueden dar ni sus legumbres,  
Que el gusto encienda, y rescúele el brio,  
Porque son frías, y su mal es frío.

Determinó buscar por otra vía  
Remedios que le dar si alguno alcanza,  
Y casi de hallarlos desconfía,  
Viendo estar ya sin pulsos la esperanza :  
Hasta que supo al fin donde vivía  
Una inquieta mujer dicha Mudanza,  
Encantadora, bruja y herbolaria,  
Y en todos tiempos y horas gran voltaria.

No fue Circe tan mágica hechicera  
Cuando en fieras los hombres convertía,  
Ni en la mar tan mudable y tan ligera  
La blanca espuma que en las peñas cria :  
Ni así tan presto el camaleón se altera,  
Ni las sombras se mudan en un día  
Mas veces, ni la luna, el agua, el viento,  
Ni el tiempo, que es un puro movimiento.

Este espíritu vario, si es decente  
Dar á quien no sosiega donde viva,  
Su casa tendrá hecha en la corriente  
De agua raudal sobre la espuma altiva :  
O allá en las Amazonas, que es la gente  
De su trato y su ser menos esquivo,  
Que al fin ella es mujer, y ellas mujeres,  
Y amigas todas de mudar placeres.

Allí el tiempo la halló, que otro ninguno  
Según es de mudable la alcanzara,  
Y habiendo consultado el importuno  
Mal de la ausente reina ilustre y clara,  
El remedio que vió mas oportuno  
Fue darle una pocion, ¡bebida rara!  
Que para otro tal caso había traído  
La noche antes del río del olvido.

Con esto se acabó el encantamiento,  
Y la reina cobró salud cumplida,  
Nuevos ojos el ciego entendimiento,  
Y la razón nueva alma y nueva vida :  
Y todos de común consentimiento  
Vuelta para la patria dan querida  
De alegre libertad, por un florido  
Prado en que siempre duerme el flojo olvido.

Iba delante la Razon guiando,  
Y rogándole el diestro consejero  
Que no volviese el rostro atrás mirando,  
Porque es volver el rostro mal agüero :  
Así al músico Orfeo avino, cuando  
Segunda vez perdió su amor primero,  
De mirar se han seguido mil enojos,  
Y á ningún ciego han hecho mal los ojos.

Mas si es la voluntad siempre enemiga  
De obedecer ajenos pareceres,  
La privación de suyo da fatiga,  
Y mayor en antojos de mujeres :  
Y así la reina, porque no se diga  
Que mira y sigue mas que sus placeres,  
Volvió los ojos sin tener paciencia,  
Ni sujetarse á leyes de obediencia.

Volviéolos, y cubierto vió de flores  
A sus espaldas un vistoso prado,  
Y en ventanaje de oro y miradores  
Un alcázar real sobre él labrado :  
Un cierto no sé qué de sus amores  
El aire pareció que le había dado,  
Y que entre aquellas yerbas florecía  
De sus pasados gustos la alegría.

Agradóle del campo la frescura,  
Y antojósele en él pasar la siesta,  
Porque es la voluntad de su hechura

De antojos toda, sin razón compuesta :  
Dió nueva rienda á su primer locura,  
Guió al castillo, y con alegre fiesta  
Fue recibida de una dueña honrada,  
Gran sabidora de la edad pasada.

Su nombre era Memoria, y sus oficios  
Representar comedias é invenciones,  
Pintar agravios, y borrar servicios  
En las mas aprobadas condiciones :  
Hacer de hiel el gusto son sus vicios  
Con refrescar pasadas ocasiones,  
Sabroso el mal, y amargos los contentos,  
Que en la memoria truecanse los vientos.

Cinco famosas puertas señaladas  
Tiene el castillo en torno á sus almenas,  
De historias y de fábulas pintadas,  
De varios cuentos y entremeses llenas :  
Las faltas propias, limpias y doradas,  
Feas y abominables las ajenas,  
De estas en bronce y mármol infinitas,  
Y aquellas en liviano polvo escritas.

La reina halló la historia dibujada  
De sus placeres en la primer puerta,  
Y ta razón allí quedó encantada,  
Y ella del sueño en que dormía despierta ;  
Donde la antigua herida solapada  
Corriendo se vió sangre descubierta,  
Vuelta ya de diamante blanda cera,  
Que es la Memoria grande hechicera.

Y con la dulce fruta de ocasiones,  
Que la huésped ofrece á manos llenas,  
Volverse determina á sus prisiones,  
Que son de amor sabrosas las cadenas :  
Camina tras sus nuevas pretensiones  
Por unos montes fértiles de penas,  
Que son de soledad tierra baldía,  
Con sola la Memoria en compañía.

De una confusa niebla rodeada,  
Que se vuelve diluvios en los ojos,  
La esteril tierra sera y agostada,  
De espigas llena y de ásperos abrojos :  
Vil cizaña entre el dulce amor sembrada,  
De recelos, sospechas y de antojos,  
Y otras incultas yerbas venenosas,  
Que son ortigas, y parecen rosas.

Cayendo en cada yerba y tropezando  
Iba la voluntad descaminada ;  
De quien poder tomar lengua buscando  
Por la fragosa tierra despoblada :  
Cuando se fue de lejos divinando  
En el aire una casa fabricada  
Entre celajes y neblinas frías,  
De ventanaje llena y celosías.

Esta una roca de peñascos era,  
Donde un bravo y feroz gigante asiste,  
Que en usar malos términos se esmera,  
Y en ser sin ocasión verdugo insiste :  
De acedo trato y condición severa,  
De llaco rostro, atraidorado y triste,  
Rabia es su nombre, y Zelos su apellido,  
Que por cualquiera es harto conocido.

De linces y basiliscos son sus ojos  
Con que él mismo se aflige y desbarata,  
Cuanto mira y no mira es con antojos,  
Y con miedo y sospechas cuanto trata :  
El verle es muerte, el no mirar enojos,  
La duda aflige, la verdad le mata,  
Venganza es su comida, y sin venganza  
Cosa que bien le sepa no la alcanza.

Luego que vió el gigante á las doncellas,  
Sin escuchar preguntas ni razones,  
Como era su costumbre dió con ellas  
En unas estrechísimas prisiones :  
Sin que suspiros, llantos, ni querellas  
Alojados les den los estabones

Del ciego error que el ánimo inquieta.  
Y el corazón la vida y alma aprieta.

En un negro y oscuro calabozo  
Prisión puso á las damas el gigante,  
A cuya puerta está enterrado el gozo,  
Y la esperanza del mas adelante :  
Allí en la reina hizo tal destrozo,  
Que á faltarle el socorro de su amante,  
En cárcel triste y en prisión muriera,  
O en duro pedernal se convirtiera.

Mas supo amor las nuevas de su dama,  
No me acuerdo ya bien cómo, ó por dónde,  
Quizá el paje de amores fue la fama,  
Que á veces mas que preguntais responde :  
O por ventura su amorosa llama,  
Que á quien bien ama nada se le esconde,  
No tengo al fin el cómo en la memoria,  
Que ha mucho que no cuento ya esta historia.

Y con lima sutil de desengaño  
A mil golpes forjada de ocasiones ;  
Ya de la cárcel restaurado el daño  
De su dama deshizo las prisiones :  
Y el mismo que fue causa del engaño,  
También triaca fue de sus pasiones,  
Y en un carro acerado de firmeza  
Salió de la zelosa fortaleza.

Y aunque por entre espinas ; y entre ahrojos,  
Que son las flores del zeloso prado,  
La reina ya con mas alegres ojos,  
Animo y corazón mas sosegado,  
Triunfando de sospechas y de antojos,  
En compañía de su niño alado  
A los paraísos vino del contento,  
Donde el perfecto amor tiene su asiento.

Aquí destos finisimos amantes,  
Tras discurso tan largo de pasiones ;  
Como un vidrio nació de dos diamantes  
Un lierno niño hermoso de facciones :  
Y aunque sus padres eran ya gigantes  
En cuerpo, en amistad y en condiciones,  
El salió enano en todo y tan cenceño,  
Que no hay pigmeo en el mundo mas pequeño.

Es el hijo el Dileite, que en ser chico,  
Y costar caro, sigue los extremos,  
Dulce, sabroso, apetitoso y rico,  
Y que huye y se esconde á vela y remos :  
Desta ocasion nació, y os certifico  
Que á nadie cuesta menos, solo vemos  
Que á mí suele vendérseme barato,  
Cuando con gusto me oyen si hablo un rato.

### ALEGORIA.

La natural obligacion que el hombre tiene á su patria se pinta en la introduccion del libro. El recelo de Ferragut en el castillo del Jayan, muestra lo mucho que importa la buena opinion de la persona para no tener el trato por sospechoso, y el hallarse restituído á su ser venturoso, por faltarle el caballo Clarion, significa, que el hombre distraído en sus vicios, si despues se reforma con la Virtud, vuelve á hacer obras dignas de alabanza, cual fue matar al tirano Bramante, y poner en libertad la tierra, y los que en ella estaban opresos : pero si vuelve á dejarse llevar de su sensualidad, olvidado de la razon, como le sucede en Africa con Angélica, viene á morir en su obstinacion, y queda perdida para siempre cuanto honor y fama habia ganado, como allí queda Ferragut.

En la novela de Galirtos se descubre la armonia y irabazon de las potencias interiores, y los efectos de la parte sensitiva y lo mucho que el deleite cuesta, y lo poco que dura.

## LIBRO UNDECIMO.

ARGUMENTO. Roban segunda vez unos corsarios á Angélica á vista de Orimandro, que en compañía de Bernardo se embarca en su seguimiento : y habiéndola perdido de vista hace grandes sentimientos, y cuenta su vida y linaje, y la ocasion por donde Angélica vino á su poder. Orlando con la ocasion de la pregunta de Garilo, cuenta en una artificiosa fábula lo mucho que la ventura puede, disculpándose agudamente ella de su antigua locura.

En tanto ya despues que alegre Alcina,  
Por frescas luertas y dorados lechos,  
Con su aparato y ciencia peregrina  
De sus héroes ganó los nobles pechos ;  
A embarcarse con gusto á la marina  
Venian de ricos dones salisfechos,  
Gundemaro, Bernardo y Floridano,  
Las damas de los dos, y el rey persiano.

Queríanse hacer al mar, cuando á gran prisa  
Correr á un barco vieron diez corsarios,  
Que habian de tres damas hecho presa  
En la isla con sus robos ordinarios :  
Entre ellas del Catay la real princesa  
Conoció el persa rey, y los contrarios  
Huyendo de sus manos los primeros,  
Golfos del ancho mar cortan lijeros.

Desamparan huyendo la ancha playa  
Con dos ninfas, y Angélica con ellas,  
Y el libre esquite de cristal la raya  
De riscos llena huye, y conchas bellas :  
De nuevo el brio al persa rey desmaya,  
Y de nuevo se anima á socorrellas,  
Viendo que su fortuna burladora  
Con varios riesgos si que el bien que adora.

A cada cual el fin de su ventura  
Alcina en su jardin dió por su mano,  
Sola en todas la Angélica hermosa  
Oculta siempre estuvo al rey persiano :  
Jamás la alcanzó á ver, siempre en clausura  
La Hada ocultó el rostro soberano,  
Hasta aquella ocasion del dia postrero,  
Por mas dolor, ó por mejor agüero.

Si á Venus parió el mar, como se suena,  
La mar es propio reino de amadores,  
Que todo amante siembra en el arena,  
Y sin número son los sembradores :  
Y ella en sus senos de agua y ondas llena,  
Y el amor de fatigas y dolores,  
Hondos piélagos son, donde se anega  
El que en tiempo mas próspero navega.

Algunos creen que la zelosa Alcina  
A Angélica persigue con cuidado,  
Y que culpas ajenas pena indina  
Llueven sobre su nuevo enamorado :  
Mas bien sea esto, ó sea su malicia  
Estrella, que le lleva violentado,  
El la vió á tiempo que su vista bella  
Mas dolor le causó que gusto el vella.

Y entrando en su galeon á toda prisa  
Al gran Bernardo pide que se quede,  
Que no ir á socorrer á la princesa,  
Ni con su obligacion ni gusto puede :  
«El tuyo se haga, dijo, mas en esa  
Causa no veo ninguna que me vede  
Seguir yo y reforzar tu brazo tuerte,  
O en feliz vida, ó en honrada muerte.

Donde fueres iré á buscar tu gusto,  
De los demás se quede el que quisiere,  
Que un valor semejante es caso injusto  
No seguirlo hasta el fin, sea el fin cual fuere :»  
Dijo, y todos dijeron que era justo  
Lo que dijo ; y que quiere lo que quiere,  
Con que embarcados de comun intento,  
Las anchas velas dan al fresco viento.

Llevaron todo el día á remo y vela  
El bergantin á vista de la proa,  
Y cuando al sol la tibia tarde yela  
La luz sobre la playas de Lisboa;  
Con la misma codicia con que vuela  
El presto acometer de una cañoa,  
De través les salió, y en su presencia  
Con la suya venció su diligencia.

Barloáronse los barcos con denuevo.

Y brio de pelear, y al rey persiano,  
Que viendo este suceso perdió el miedo  
Que antes tenia de seguirla en vano,  
Mostró el cielo teniendo el viento quedo  
Cuan corta marca es la del brazo humano,  
Y que el poder del rey, sea cual se fuere,  
No alcanza aunque lo estire donde quiere.

Calmó el viento, y quedó el galeon en calma,  
Y los barquillos dos en mortal guerra,  
El rey de Persia á rescatar su alma  
A pesar quiere de la mar y tierra  
Pasará á nado, que si el viento calma,  
No calma el fuego que su pecho encierra,  
No fue poco enfrenar su desatino,  
Segun el punto á que su furia vino.

Pero llegó la noche, y con su luto  
El un barco y el otro se ha escondido  
Y al campo á quien las aguas dan tributo  
En lágrimas dió el suyo el rey perdido;  
Que aunque salió del sol el sustituto,  
Su rayo de oro en plata convertido,  
Ni ese, ni el alba, ni el siguiente día  
Al persa dieron luz de su alegría.

Bernardo á su valor alicionado  
Divertir sus congojas procuraba,  
¿De cuál le trajo amor á cual estado?  
¿Dónde á Angélica vió? le preguntaba:  
¿Si se embarcó forzado, ó de su grado?  
¿De qué ocasion su desamor manaba?  
A quien el rey con su voz enlaquecida,  
«Oye, dijo, el proceso de mi vida:

Entre la Susiana al Oriente,  
Y la áspera Carmania montuosa,  
Y entre el Pérsico mar, y puesta enfrente  
La helada Media, una provincia hermosa,  
Persia llamada, en belicosa gente,  
De la Asia es la mas rica y mas famosa,  
Cabeza de mil reinos y mil reyes,  
Que todos de las suyas toman leyes.

De aquí solo á mi brazo la obediencia  
Los dioses concedieron inmortales,  
Y á mi cetro, mi voz, y mi potencia,  
Cien coronas y cetros orientales:  
Mis mayores aquí por excelencia  
Con riendas de oro dan leyes iguales,  
De aquí Ciro fue rey, de aquí Artabano,  
Jerjes, Sapor, Cabades el humano.

Este hizo á las pérsicas mujeres  
Que fuesen del comun (notable edito)  
A quien sucedió en reinos y en haberes  
Cosros su hijo, de ánimo inaudito,  
Tal que hechos de sangre sus placeres,  
Barniz dió della al pérsico distrito,  
Deste procedió Hormisda, Artildo deste,  
Gran rey de la Cardusia, gente agreste.

De los Axianos pueblos á Tartaria  
Subió Artildo, y de aquí mi padre vino,  
El invicto Agrican, cuya contraria  
Luz de planeta y enemigo sino  
Quitó á traicion la vida, y la voltaria  
Fortuna, con el mismo desatino,  
A los piés puso de un francés bastardo  
La sangre de mi hermano Mandricardo.

Mas yo daré á las suyas con la mia  
Nuevo color, y al campo nuevo esmalte,  
O las veré vengadas, si el que cria

En mi este brio no hace que me falte:  
Este es el lin que en mis cuidados guia,  
Y causa que mi honor se sobresalte,  
Las veces que oye del sin luz Poniente  
Contar las armas, y nombrar la gente.

Son varios los agravios con que el pecho  
La francesa nacion me enciende y arde,  
Y los que un jóven paladin ha hecho  
De nuevo á un mi vasallo el rey Aliarde;  
Que del honor de su dorado techo,  
Haciendo de su espada y fuerza alarde,  
A su bella Gautina, prenda amada,  
De su helada vejez sacó robada.

Y al rico camarín de su tesoro,  
Por desprecio á la cola del caballo,  
Rastrando le llevó un mahoma de oro,  
Que no queda valor con que aprecio,  
Sin que del pueblo arábigo ni el moro  
Parte fuesen las armas á estorbillo:  
Dejo otros insolentes desafueros  
De Orlando, el conde Dirlos y Oliveros.

Que todos en mi alma ardiendo veo  
En gustos de venganza, á todos juntos  
En esto la haré, y este trofeo  
A los vivos daré y á los difuntos:  
Todos en mi memoria á mi deseo  
Con sangre escriben del honor los puntos,  
Sangre de hermano y padre, cuya fama  
A ir tras la suya me provoca y llama.

Absoluto señor, rey conocido,  
Por su muerte quedé al persiano estado,  
De mis vasallos con amor servido,  
Hasta de la fortuna respetado:  
Viéndome mozo, y de poder cumplido,  
Y no de ánimo corto y apretado,  
Llamado del furor y sangre ardiente  
Sali á buscar los mundos del Poniente.

Y dejando en mis reinos el concierto  
Que á mi sosiego y suyo convenia,  
Para embarcarme al deseado puerto  
De mis gentes cercado salí un día;  
Y al dar las velas al viaje incierto  
Todo viento por próspero tenia,  
Que como á fin dudoso caminaba,  
Cualquier derrota ó viento me bastaba.

Si el deseo de venganza me movia  
á devolver el mundo y sus regiones,  
La fama que por él iba y venia  
De hazañas llena de inclitos varones  
Mas me alentaba á procurar la mia  
Por provincias de incógnitas naciones,  
Porque es corto y mas corto cuanto encierra  
Deseo que no sale de una tierra.

Los agüeros por Társico notados,  
A quien nunca engañó vuelo ningungo,  
Y dos valientes toros degollados,  
Negro á la Tempestad, blanco á Neptuno,  
El vientre y los pulmones consultados  
Desplego el lienzo al zéfiro oportuno,  
Zarpan las anclas, y la nao ligera  
Mi patria deja, el puerto y la ribera.

Y entre estas no ajustadas pretensiones  
El gusto en varias cosas divertido,  
Desterrado á buscar nuevas regiones  
Volando me entro por el mar tendido,  
Variando por diversas ocasiones  
Hasta el punto que el tiempo me ha traído  
A este lugar incierto, á donde el hado  
El bien que me quitó tenga guardado.

Con un templado norte viento en popa  
Salgo del seno pérsico volando,  
Y deseoso de ver la rica Europa  
Voy la olorosa Arabia costeando:  
Por entre las Zenobias y Saropa  
La cuadrada Dioscórida buscando,



Dejo en el golfo Indico á Colidos,  
En las nubes sus bosques escondidos.

A Melinde dejé á la diestra mano,  
Y las dos Agatocles al Oriente,  
Descubro á Tilos de inmortal verano  
En palmares y olivas escelente:  
La infeliz Meca, y su profeta vano,  
Y de Eritrio el sepulcro puesto enfrente,  
Y otras mil islas ya por popa dejo,  
Y á la punta me voy del mar Bermejo.

Desde allí hasta el gran Cairo fui por tierra.

Y bajé por el Nilo á Alejandria,  
Que las grandezas que el Egipto encierra  
No me pudieron atajar la mia:  
Y haciéndome el deseo mayor guerra,  
Que un mundo extraño y nuevo me pedía,  
En el Mediterráneo mar me arrojé,  
Por firme norte el rumbo de mi antojo;

Que siempre en las regiones apartadas  
Grandezas se prometen espantosas,  
Aunque despues de bien examinadas  
Iguales sean con las otras cosas:  
Dejé las maravillas celebradas  
Del Cairo y sus pirámides famosas,  
Y deseoso entré en el mar profundo  
De atravesar los límites del mundo.

Llenas las velas de apacible viento  
Apenas por el mar salí volando,  
El marinero con la vista atento  
De la alta gavia el puerto contemplando,  
Y el vidrioso y húmedo elemento  
Con la liviana espuma blanqueando,  
Cuando el sabio piloto con voz gruesa,  
«Amaina, amaina, grita, amaina apriesa.»

Un viento agudo entre una niebla envuelto,  
Que exalacion del agua parecia,  
A soplar comenzó poco mas sutil  
Que su primera vista prometia;  
Y el mar con esta alteracion revuelto

Mayor disgusto que temor ponía,  
Cubren las nubes de un obscuro velo  
El claro día, y el sereno cielo.

Crece la tempestad, crece el tormento,  
Y el rechinar de cuerlas y alaridos,  
Carga la ciega noche, carga el viento,  
Cargan truenos y rayos encendidos:  
Ya la alta gavia toca el vano asiento  
De las nubes, ya en agua sumergidos,  
En ciega confusion, y horrible prueba,  
Aquí y allí el revuelto mar los lleva.

Aquella noche, un día y otro día,  
Y sin ese otros diez fuimos corriendo,  
Sin ninguna, ó con poca mejoría,  
A la fortuna la cerviz rindiendo:  
Mas cuando el ya olvidado sol vestía  
De oro la mar, y de quietud su estruendo,  
A su alegre bonanza en nuestros pechos  
Gozosos sacrificios dimos hechos.

En medio este ancho piélago sentada  
Creta es por el gran Júpiter famosa,  
Con cien nobles ciudades ilustrada,  
De fértil suelo, y gente belicosa:  
Aquí á arrojar me vino la pasada  
Tormenta en otra en todo mas furiosa,  
Pues aquella fue cierta profecía  
Desta, en que ya se anega el alma mia.

Hace la isla un escondido seno  
De seis tajadas peñas abrigado,  
Con sus pendientes gajos, y un ameno  
Bosque en floridos cercos coronado;  
Donde en llana quietud el mar sereno  
Libre del libre viento está guardado,  
Aquí el barco surgió, y aquí mi gente  
En su arena aferrar vió el corvo diente.

Dan fondo, amainan velas, y un ligero  
Batel luego á la mar parió el navío,  
Con que el pequeño pueblo forastero  
Alegre se arrojó al bosque sombrío:



Sube al cielo el acento placentero,  
La playa suena, el encogido brio  
Cobra vigor, la deseada arena  
Sale de varias invenciones llena.

Társico en el sacar primero ha sido  
Del duro pedernal centellas de oro,  
En cuyo agüero por ventura asido  
El fuego horrible vió en que ardiendo lloro :  
Este y aquel de pedernal nacido,  
Que igual al pedernal es la que adoro,  
Si aquel fue temporal, y el mio eterno,  
Uno es fuego mortal, y otro de infierno.

En la yesca arrebató una dudosa  
Centella y vuelta allí dorada brasa,  
Entre la seca leña una amorosa  
Llama cundiendo va al principio escasa :  
Lléganle un árbol y otro, y poderosa  
Un roble, un pino y una encina abrasa,  
Lo que antes la ahogara y consumiera,  
Brio le pone y fuerza mas entera.

Sacan el duro pan, á quien mohoso  
Dejó el humedo mar, y tiempo airado,  
Y el rojo y lento trigo en el fogoso  
Cerco vuelven enjuto y retostado :  
Hácenlo al gusto menos trabajoso  
Entre la dura piedra quebrantado,  
Desabrida vianda, mesa odiosa,  
Para sola la hambre apetitosa.

Tienden un toro en la ribera amena,  
Y en nuevo son y alegre atrevimiento  
Las entrañas desnudan, y resuena  
El arrancar los huesos de su asiento :  
Da la sangre color rojo á la arena,  
Y á ellos con la esperanza nuevo aliento,  
Siembran las brasas de pedazos crudos,

Cercadas de asadores no desnudos.

Cobran las fuerzas y vigor perdido  
Sobre la blanda yerba recostados,  
Olvidan el rumor, caese el ruido,  
Entre el reposo y vino sepultados :  
Yo á esta sazón de un limpio arnés vestido,  
Con solo mi descuido y mis cuidados,  
Por la selva me entré, que no debiera,  
Pues se quedaba mi ventura fuera.

De una espesura en otra discurriendo  
No mucho anduve, que sentí ruido,  
Y hacía la parte que venia volviendo,  
De mil fieras sembrando vi el ejido :  
Juntas y todas de un temor huyendo,  
Entre fiebres tambien el leon temido,  
Que entonces hizo allí el comun castigo  
Con el tierno cordero el lobo amigo.

Has visto antiguos bosques encendidos  
En roja llama, á quien esfuerza el viento,  
Que del fuego el estruendo y estallidos  
Las fieras saca de su verde asiento,  
Y á las que halla en sus amados nidos  
Les da en ellos eterno alojamiento,  
Y huyen del peligro amontonados.  
Lobos, corderos, osos y venados.

Pues no de otra manera su manada  
Por el espeso bosque discurría,  
Y la selva no menos alterada  
Que con cercano fuego parecia :  
Yo la vista y no el alma sosegada,  
Mirando á donde el daño procedía,  
Un fiero monstruo ví, una sierpe horrenda,  
Que al monte abría, quebrando pinos, senda.

El medio brutal cuerpo tenia enjerto  
Con alas de serpiente venenosa,



De la cintura arriba el talle abierto,  
En feroz proporción sombra espantoso :  
De espesas cerdas ásperas cubierto,  
Con rostro indigo de doncella hermosa,

Unas y brazos de dragon tenia,  
Quimera dirás que es, ó invencion mia.

No fue antojo, señor, ni falsa idea,  
Bien que á no haberlo visto lo dudara,



Y ser hija la horrible sombra fea  
De algun confuso sueño imaginara :  
Sobre el mas alto pino señorea  
Su fiero cuerpo y su hermosura rara  
Juntando en dos extremos su figura,  
Igual con la fealdad la hermosura.

Cual entre secas agostadas cañas  
De roja mies en péscico sembrado.  
Rompiendo va sus frágiles marañas  
Un receloso ciervo el cuello alzado :  
Al tierno bramo con que amor le engaña,  
Que no hay estorbo á pecho enamorado,  
Y por lo mas cerrado y mas espeso,  
Mejor camino y rastro deja impreso.

Así por la confusa selva espesa  
El monstruo iba rompiendo los jarales,  
Y cual turbio raudal rota la presa,  
Peñascos lleva, encinas y animales :  
Y en la senda que al bosque deja impresa,  
Matas, robles y fresnos hace iguales,  
Ni le es del pino mas la enhiesta viga,  
Que al segador la caña de la espiga.

Si causó alteracion con su venida,  
Tú, sin decirlo yo, lo habrás pensado,  
Alto el cabello, la color perdida,  
El miedo me llevó el sentir robado :  
La voz á la garganta quedó asida.  
La sangre muerta entre un sudor helado,  
Si otra vista la vida no me diera,  
Allí de aquel primer temor muriera.

Traia, ¡oh cielo santo! he de decillo,  
Entre sus corvas niñas aferrada  
Una divina imagen, un cachillo,  
Que de su muerte la dejó vengada :  
¡El alma en su viril tiembla en oílo!  
Traia á la beldad toisma robada,  
Un bulto de marfil, una figura,  
Que es del pintor retrato su pintura.

¡Mi vida muerta en sus crueles manos,  
Mi muerte en ellas desmayada y viva!  
Puesta sobre sus hombros inhumanos  
La firme basa en quien mi bien estriba!  
¡Presa la que con lazos soberanos  
Para no rescatar almas cautiva!  
¡Mi Angélica, mi bien, mi luz, mi guia,  
La fiera entre sus brazos la traia!

Si has visto sobre un risco montuoso  
La bella cazadora de Diana,  
O sobre roca en mar tempestuoso  
Arrojada una virgen soberana,  
O en seco roble, duro y espinoso,  
Enredada la verde vid'lozana,  
Que aunque allí su florido abril imita,  
Sobre el desnudo tronco se marchita;

Pues la imagen así de mi alegría  
En los brazos del monstruo se enredaba,  
Hermoso y blanco cisne parecia,  
Que de algun seco tronco preso estaba :  
O cual de Grecia á Persia pasó un día  
Huyendo el que á salvarlo lo llevaba  
De algun Zeújis, un ángel bello alado,  
A sus piés un dragon de oro enroscado.

Aquí el amor me dió el primer asalto,  
Aquí me cautivé de una cautiva,  
Aquí mi gloria vuelta en sobresalto  
Una muerta beldad la dejó viva :  
Aquí me dió fortuna el bien mas alto,  
Si lo es amar una beldad esquivo,  
De entre las manos de aquel monstruo fiero  
A mi pecho salió el arpon primero.

Al principio entendí que era Diana,  
O alguna diosa de aquel bosque umbroso,  
Que así robada una fantasma vana  
Por caso la llevaba milagroso :  
En gualdas vuelta la color de grana

Marchitó al rostro su clavel hermoso,  
Cual tierna y fresca rosa dividida  
Del verde tronco que le daba vida.

O con gritos hiriendo las estrellas,  
O con desmayos muerta se quedaba,  
Con sus medrosos llantos y querellas  
Hasta la misma fiera se ablandaba :  
Yo que nací para morir por ellas,  
Y á solo esto mi estrella me guiaba,  
En un punto cobré el color perdido,  
Del nuevo fuego del amor nacido.

Pico el caballo, á quien el duro freno  
Apartarlo del miedo no podia,  
Que aquí y allí por entre el bosque ameno  
Huyendo me llevaba y me traía :  
La fiera que me vió, en el verde seno  
De un crespo pino puso á mi alegría,  
Y á mí se vino, cuyo brazo fuerte  
Sombra me pareció del de la muerte.

Con la facilidad que es arrancada  
De tierna mata una encarnada rosa,  
Que la dama con mano descuidada  
En su cabeza vuelve mas hermosa,  
Y della nuevamente coronada  
Su descuido prosigue victoriosa,  
Sin mas estorbo que bajar la mano,  
Y cortar el capullo mas galano;

Así el contrechito monstruo me arrebató,  
Y por fuerza me arranca de la silla,  
Y entre sus manos ásperas me trata  
Cual de tierno alelí rosa amarilla :  
Y ni me arroja, hiere, ni maltrata,  
Antes se me avasalla y se me humilla,  
Dame asiento en el hombro, y su cabeza  
Por engañosa y frágil fortaleza.

Creyó que bastaría aquel engaño,  
Para que en su belleza divertido  
Del suyo me olvidase con mi daño,  
Y me dejase aquel vencer vencido :  
No sé quién me libró del lazo extraño,  
Ya en su falsa beldad entretenido,  
Que vuelto sobre mí la daga afierro,  
Para con sangre desteñir mi yerro.

Por una y otra parte intento en vano.  
De dar rojo barniz al limpio acero,  
Y es todo el fruto atormentar la mano,  
Que el diamante es mas blando que su cuero:  
Hasta el áspero vello queda sano,  
Y no se altera ni huye el monstruo fiero,  
Antes cuanto mas trato de su muerte  
En regalos los golpes me convierte.

En la cabeza entre guedejas de oro,  
Que coronadas de arrayan traía,  
¡Milagro extraño! su mayor tesoro  
En el engaño de una flor tenia :  
Si un poco con la mano la desdoro,  
Cebado en la beldad que en ella via,  
Aun no bien la he tocado, y asombrada  
Por tierra cae la fiera desmayada.

Vuélvese á levantar torpe y marchita,  
Y en el hombro me arroja cual primero,  
Vuelvo á tocarla, muere y resucita,  
Mejor me trata cuanto mas la hiero :  
¡Estrano combatir! ¡guerra esquisita  
De un bulto así fantástico hechicero!  
Por hija de la tierra la tenia,  
Que al caer nuevas fuerzas le investia.

Mas despues que me dijo la experiencia  
Que era la flor la fuente de su brio,  
Y que en una atrevida diligencia  
El mas fértil rosal queda vacío :  
Hallando de lígida resistencia,  
El muro principal de su desvío,  
Cierro la mano, y al furor violento,  
Flor, guirnalda, y rigor deshizo el viento.

Cayó la fiera por el verde suelo  
Vuelta de ágil y diestra perezosa,  
Y ya descoyuntada en mortal yelo  
Fria se halló en la tierra polvorosa :  
Yo volviendo los ojos junto al cielo,  
Vi sobre un árbol mi gallarda diosa :  
«Si tal fruta, señora, dan los pinos,  
Con razon son los dioses sus vecinos.»

Así le dije, y por el tronco arriba  
Donde mi gloria estaba fui subiendo,  
Bajo cargado de la fruta altiva,  
Mis hombros carga celestial sintiendo :  
No los de Atlante (si es verdad que estriba  
El cielo en ellos) ni Hércules viviendo  
Sustentar pudo carga mas preciosa,  
Que si él cargó su cielo, yo mi diosa.

Toea con sus hermosos piés el prado,  
Y valos engastando en nuevas flores,  
Su pecho no del todo asegurado  
Entre varios celos y temores :  
Teme á la fiera, á mí y al despoblado,  
Señal que no sentia mis dolores,  
Pues no hay corte mas bien acompañada  
Que los desiertos con la prenda amada.

Mi caballo busqué, que temeroso  
Por la selva se entró tascando el freno,  
Y poniendo á las ancas mi reposo,  
Sin él me fui de sobresaltos lleno  
Por donde el menstro vino, receloso  
De no perderme por el bosque ameno :  
Vanó temor, á quien su gloria nueva,  
Vencido el riesgo, con victoria lleva.

Mil regalos le dije, y mil ternuras,  
Que el amor me enseñaba y mi cuidado,  
Unas disimulaba por oscuras,  
Y otras pasaba en risa y desenfado :  
Contome sus pasadas desventuras,  
Los presentes desdenes de su hado,  
Quién fuese, dónde, y cómo la cogiera  
El contrahecho monstruo y sierpe fiera.

Dijome que era reina del Oriente,  
Princesa del Catay, por quien el mundo  
Mas sangre derramó, y perdió mas gente,  
Que agua y arenas tiene el mar profundo :  
Que se casó en los reinos del Poniente,  
Niña, con Ganímedes el segundo,  
Y que por vello tiene algun recelo,  
Que lo ha robado, como al otro, el cielo.

Contóme que las justas pretensiones  
De hallarle la traian distraída,  
Y que de unas en otras ocasiones  
Cautiva y sola á Creta fue traída ;  
Y allí con imprudentes abusiones  
Por diosa de las flores recibida,  
Donde en honras y fiestas semejantes  
La fiera la robó dos horas antes.

Con estos cuentos, con la luz del dia  
A un tiempo nos faltó bosque y camino,  
Y fuenos fuerza, por faltarnos guía,  
La oscuridad pasar que allí nos vino :  
Yo sin dormir, velando á mi alegría,  
Y el bulto contemplando peregrino,  
Y ella tambien sobre el florido suelo,  
De amor el uno, el otro de recelo.

Restituyendo al mundo las colores  
Que la ausencia del sol llevó robadas,  
La aurora entre argentados resplandores  
Sale, siguiendo Apolo sus pisadas :  
Las lozanas libreas de las flores,  
De varia pedrería y luz sembradas,  
Brotando todo al declararse el dia,  
Gusto, regalo, gozo y alegría.

Yo sin dormir, que amor me desvelaba,  
Y el sueño me quitaba y el reposo,  
Donde mi vida desmayada estaba

En un liviano sueño cuidadoso,  
Con silencio llegué : mas no tan brava  
El aspid deja el lecho perezoso,  
Como las flores ella de su asiento,  
Temerosa de algun atrevimiento.

Mas ya de su recelo asegurada  
A proseguir volvinos el camino,  
Por el rastro y la senda mal trillada  
Que de la horrenda sierpe el bulto vino :  
Y no mucho despues de gente armada  
Un formado escuadron vimos vecino,  
Que á buscar á su diosa, y mi alegría,  
Por el camino que íbamos venia.

Llegan á ver la que en el vientre horrendo  
Hallar creyeron de la oscura fiera,  
Y no les asegura estarla viendo,  
Que aun la esperiencia dudán verdadera :  
Piensan que sea su sombra, que volviendo  
Del cielo, aun en sus campos persevera,  
Y el rey que entre sus ojos se abrasaba,  
Viva la vía, y muerta la loraba.

Era Tifeo en el cretense suelo,  
Aunque extranjero, rey obedecido,  
A quien castigos del piadoso cielo  
Traen en varias desgracias afligido :  
Y entonces por templar de su hado el vuelo  
Daba en seguir la escuela de Cupido,  
Que es fuego el niño amor, y suele puesto  
Sobre la seca leña arder mas presto.

Llevaron para ser sacrificada  
A Creta en un cruel altar sangriento  
La Angélica beldad, en quien trocada  
Mi vida, mi alma y mi memoria siento :  
Vióla Tifeo en su vejez helada,  
Y encendióle su vista el pensamiento,  
Que el alma siempre es moza, y con antojos  
Las niñas se remozan de los ojos.

Impidió el rey cretense el sacrificio  
Haciéndolo el del alma ya rendida,  
Mas como ni uno ni otro fue propicio  
La voluntad sobró de comedida :  
Si amor no da quilates al servicio  
Ninguna intencion buena es admitida,  
Y sean desta verdad estampa viva  
Dos reyes á los piés de una cautiva.

Libró el cretense de la muerte odiosa  
Mi dulce vida, y en sus reinos hizo  
Tuviese propio altar, y fuese diosa,  
Que esto y mas puede un amoroso hechizo :  
Hasta que aquella horrible fiera hermosa  
Su ciego error é idolatria deshizo,  
Trayéndola en sus uñas como cebo,  
Para hacerme á mi idólatra nuevo.

Habia dos años que aquel reino triste  
Sobresaltado estaba é inquieto,  
Que al hado que á su gusto ordena y viste  
La mortal vida todo está sujeto :  
Tú, ciego amor, el instrumento fuiste,  
Fiero verdugo del fatal decreto,  
Que tu trato y rigor esperimentado,  
A tí, por mas cruel eligió el hado.

¿Querrás saber adonde hallaron fuente  
Los males que han á Creta perseguido?  
¿Qué furor los crió? ¿qué rabia ardiente?  
¿A qué deidad en ella se ha ofendido?  
Oye el extraño caso, advierte y siente,  
Suceso es raro, mas verdad ha sido,  
Ni tú lo dudarás, ni yo lo dudo,  
Hízolo el cielo, que hacerlo pudo.

De Aleucastro, gran duque de Colonia,  
Único hijo, y único deseo,  
De la española sangre y la apolonia,  
Es, segun dice el mundo, el rey Tifeo :  
Cuyo cristiano rito y cerimonia  
De su patria llevaba al pueblo hebreo,

Cuando amor al viaje peregrino  
 Los pasos atajó, y cortó el camino.  
 Y la cretense ilustre monarquía,  
 Que hoy en soberbio cetro de oro enfrena  
 Toda por suya se la dió en un día,  
 Aunque de ley cristiana y patria ajena :  
 De la infanta Calipso que regia  
 Su reino entonces vió la luz serena,  
 Y tanto en sus cuidados pudo el vella,  
 Que su patria olvidó y su Dios por ella.  
 Gozó su amor, y en nudo y lazo honesto  
 De duque de Colonia en rey de Creta  
 El estado mudó, y mudó con esto  
 En mas sabrosa ley su ley discreta ;  
 Pues este noble rey, grave y modesto,  
 Y de Calipso la beldad perfeta,  
 Que hoy desde su gran reino al de la China.  
 La fama nos la vende por divina.

Una hija tuvieron que en grandeza  
 Y beldad diosa humana parecia,  
 Dúlcia llamada, cuya gentileza  
 Cuentan que á las mas grandes escedia :  
 De un año era la niña, y en belleza  
 Con todas las tres gracias competia,  
 Cuando su madre quiso hacer propicios  
 Los dioses con devotos sacrificios.

Un real jardin en el palacio habia,  
 De un bosque espeso antiguo coronado,  
 Que de regalo y muro le servia,  
 A los caseros dioses dedicado :  
 Era cierto rumor que en él vivia  
 De las ninfas el coro ensagrado,  
 Adonde en vivas plantas escondidas,  
 Estrechas gozan y delgadas vidas.

En medio del jardin al cielo abierto  
 Un inviolable y sacro altar estaba,  
 Que lo alto de un espeso laurel yerto  
 Con su confusa sombra le amparaba :  
 De los Penates aposento cierto,  
 Donde ordinario incienso humeaba,  
 Aquí la reina con horrible espanto  
 El altar vió temblar y el laurel santo.

O fuese de los signos causa oculta,  
 O del hado justísimo decreto,  
 O en la divina celestial consulta  
 Tuviese lo interior algun defeto ;  
 Nuevo prodigio del temblar resulta  
 Que el sacrificio se quedó imperfecto ;  
 Los muertos animales consultados  
 Sucesos dieron sin pensar turbados.

De rosas y jazmines coronada  
 El huerto tiene una preciosa fuente  
 Del tiempo sin artifice labrada,  
 Que al bosque fertiliza su corriente :  
 La fiesta no del todo celebrada,  
 Con el fuego el altar resplandeciente,  
 Calipso con mil flores en la falda,  
 Aquí llegó á tejer una guirnalda.

Y una ama honesta que á la infanta hermosa  
 En el pecho abrigada entretenia,  
 Y con templada leche sustanciosa  
 Su dulce y tierna carga mantenia ;  
 Junto al estanque una encarnada rosa  
 Gravinia, que así el ama se decia,  
 A la niña cortó, y el dulce oficio  
 De sus desgracias fue el primer indicio.

Cuento notorio, fue sabido en Creta:  
 La primer rosa apenas fue cortada,  
 Y en rojas gotas dió y sangre perfeta  
 La tierra en torno el ramo salpicada :  
 Tembló Gravinia, y la deidad secreta  
 Adora que en la planta está encerrada,  
 Cuando al vecino bosque fue corriendo  
 Nuevo temblor y movimiento horriendo.

Temerosa Gravinia atrás volviera

Los prodigios huyendo pavorosos,  
 Si en el sangriento prado no se asiera  
 Arraigándose en él sus piés hermosos :  
 Procura con dolor sacarlos fuera,  
 Y ellos vueltos en lazos revoltosos,  
 Desnudos ya de su primer figura,  
 Corriendo se entran por la tierra oscura.

Entre una bruta y áspera corteza  
 Escondiendo se fue el semblante airoso,  
 Y su antigua hermosura y gentileza  
 Del duro tronco buyó en bulto espantoso:  
 Las manos da furiosa á la cabeza  
 Contra el tesoro del cabello hermoso,  
 Y de otro ser vestidos ella y ellos,  
 Verdes hojas arranca por cabellos.

La tierna niña endurecer se siente  
 El blando pecho que colgada estaba,  
 Y falto de substancia, la caliente  
 Leche ya poco á poco le faltaba,  
 Del duro tronco la áspera creciente  
 Hasta el delgado estómago ocupaba :  
 Gravinia, allí la reina te ayudara,  
 Si con las fuerzas que perdió se hallara.

Lo que pudo guardó, y á toda priesa  
 Cogió del árbol la primer manzana,  
 Y huyendo el nuevo asombro, á la princesa  
 Pecho le dió, y posada mas humana :  
 Corrió el cretense pueblo á ver la empresa  
 De la violenta furia soberana,  
 Glauco ya sin mujer presente estaba,  
 Y los calientes ramos abrazaba.

Toda dentro del árbol se escondia  
 La arraigada beldad, cuya belleza  
 En ásperas crecientes deshacia  
 Por el tronco la rústica corteza :  
 Ya de los labios el coral se huia,  
 Tiemblan los hombros, sienten la dureza,  
 Caen por las hojas lágrimas, y en ellas  
 Mil perlas son entre esmeraldas bellas.

En tanto que la voz halló camino,  
 Y el nuevo ser no entró por la garganta,  
 Así dicen que dijo tu destino,  
 Hermosa niña, aquella nueva planta ;  
 Que el órden celestial, brazo divino,  
 Es quien las cosas de su ser levanta :  
 «Si alguna fe se da á los desdichados,  
 Oye, Dúlcia, tu suerte, oye tus hados.

Por las deidades soberanas juro,  
 Que almas son ya destas calladas plantas,  
 Que estoy sin culpa del castigo duro  
 Con que ora, ¡ oh hado adverso ! aquí me plantas :  
 Y si es falso mi ánimo ó perjurio,  
 La aguda hacha arroje al fuego cuantas  
 Ramas me diere el tiempo, y sin frescura  
 Mis troncos caian por la tierra dura.

Y á tí tambien sin culpa, desdichada,  
 Corta suerte tu estrella te ha ofrecido,  
 Tierna niña, tu vida está engastada  
 En aquel tronco en fuego consumido :  
 Creta con él vendrá á ser abrasada,  
 Así en el cielo queda establecido,  
 Mientras puedo sentir su tierno brazo,  
 Consentid que me dé el último abrazo.

Y si piedad en vuestros pechos queda,  
 De estos mis nuevos ramos la frescura,  
 Del agudo cuchillo haced que pueda  
 Vivir sin daño de los dos segura :  
 Y á la raíz que este jardin enreda  
 El fresco humor le dé inmortal verdura,  
 Sin que jamás rigor de brazo airado  
 Mi cuerpo deje y tronco deshojado.

Ya la voz, ya la vista se me acaba,  
 Siento en los ramosirme dividiendo,  
 Y frio el calor que espíritu me daba  
 Entre el macizo tronco consumiendo : »

Dijo, y el bello rostro que quedaba  
Se fue, viéndolo todos, deshaciendo,  
Hielóse la ganganta delicada,  
La palabra quedó en la lengua helada.

Dejó el ser y la habla todo junto  
Gravinia en árbol nuevo convertida,  
Y al mas brioso de temor difunto,  
La color, el aliento y voz perdida :  
La reina al rojo altar sin perder punto  
A guarecer en el tizon la vida  
De su hadada y tierna infanta pasa,  
Donde ya ardiendo estaba vuelto en brasa.

Del fuego le sacó, y en agua muerto  
Cobráste, oh Dúlcea, nueva hermosura,  
Y en un lugar seguro y encubierto  
Tu vida con su muerte se asegura :  
Divino ramo, pero extraño enjerto,  
Poner en seco tronco la ventura,  
De humor y no de lágrimas enjuto,  
Señal que ni promete flor ni fruto.

Creció la infanta, y su tizon hadado  
En oro incorruptible se guardaba,  
A su cruel madre fue en custodia dado,  
Y no á quien mas su guarda le importaba :  
A tí se habia de dar, Dúlcea, tu hado,  
Pues á tí sola el bien ó el mal tocaba,  
Si nadie quiere ser de sí homicida,  
¿Quién guardará mejor que tú tu vida?

Calipso otra parió tras esta diosa,  
Como tras de la aurora nace el día,  
Segunda en tiempo, pero en ser hermosa  
A todas competencias excedia :  
Otra Diana, ó Venus amorosa,  
Dúlcea ausente, Crisálba parecia,  
Si la beldad segunda no naciera,  
Dúlcea fuera en su mundo la primera.

Esto digo, señor, por relaciones  
De los que oí contar el caso en Creta,  
Sin disminuir ni acrecentar razones,  
Ni á las tuyas buscar causa secreta :  
Mas no porque en humanas perfecciones  
Piense que alguna iguale en ser perfeta,  
Ni juntas todas á la real princesa,  
Que amor me puso en la memoria impresa.

Fue Crisálba de todos preferida  
Por suerte, condicion, gracia y cordura,  
Del reino y de sus padres escogida,  
Que mas que esto se da con la ventura :  
Dúlcea graciosa, y nada desabrida,  
Y en belleza un milagro de hermosura,  
Fáltóle dicha, y fueron en su pecho  
Los tesoros del tiempo sin provecho.

Iguales sin igual, la soberana  
Suerte cayó en Crisálba mas cumplida,  
Siguió Dúlcea la alegre caza ufana ;  
Cuyo ejercicio le quitó la vida :  
Ceñida al talle y rito de Diana,  
La púrpura igualmente recogida,  
Y descubierto aquello que podia  
Fuego ardiente volver la nieve fria.

De la rodilla abajo descubierto,  
Cual clavel sobre nieve deshojado,  
El pecho de alabastro y grana abierto,  
Y el un brazo y el otro arremangado :  
El dorado cabello sin concierto,  
Como al descuido con un nudo atado,  
Un arco corvo y una aguda flecha,  
Este en la izquierda, y esta en la derecha.

Colgada de los hombros rica aljaba,  
Donde sonando van las flechas de oro,  
Hasta la turbia envidia enamoraba.  
Que de lejos contempla su tesoro :  
Así la corte en general la alaba,  
Y así el palacio real por tu decoro  
Un divino pincel le dió en un rato,

Desta muerta beldad vivo un retrato.

Alli en el ademan se ve pintada  
Que al presto corzo ó javalí seguía,  
En tan viva destreza, que engañada  
La vista deja llena de alegría :  
Cabe ella un alta haya coronada  
Con despojos de varia montería,  
De osos las presas, de leon los nervios,  
Y cuernos duros de ligeros ciervos.

De allí aprendí á decirte la manera  
Con que siguió esta Infanta su ejercicio,  
Dichosa ocupacion, si su hado fuera  
Tanto como el amor le fue propicio :  
Mas cuando el bien decir se queda fuera,  
No hay suerte sin azar, beldad sin vicio,  
Que subir sin ventura en esta vida,  
No es mas que andar trazando la caída.

Cuentan que el dios Mercurio por el viento  
A negocios del cielo abría camino,  
Cuando la bella infanta en firme aliento  
Un leon flechaba sobre un pardo encino :  
Siente trocado su primer intento,  
Vuelto amante mortal de hombre divino,  
Tuerce la via derecha, deja el cielo,  
Y ofrece todo su cuidado al suelo.

Y no se esconde á la mortal Diana,  
Tan confiado va en su gentileza,  
Que sabe cierto que á la vista humana  
Dulce y tierna prision es la belleza :  
Y bien que su hermosura es soberana,  
El cuidado le da mayor fineza,  
Que para la beldad es el cuidado,  
Lo que la fuente para el verde prado.

El cabello compone, ajusta el manto,  
Las alas y el dorado caduceo,  
Que tanto alumbran y relumbran tanto,  
Que Apolo queda en su presencia feo :  
Causó á la virgen su belleza espanto ;  
Y el dios cumplió con ella su deseo,  
Si antes le era la caza deleitosa,  
Ya le es muerte dejar la selva umbrrosa.

No escondieron los montes su delito  
Por mas que acrecentó á la caza el uso,  
Siendo el crecido talle el sobrescrito  
De lo que allí encubierto el tiempo puso :  
El mustio rostro en su color marchito  
El de su incauta madre trae confuso,  
Siente arrogante con dolor la afrenta  
Y mas del vulgo siente que la sienta.

Y como la honra en nobles corazones  
A toda otra importancia es preferida,  
Y el sentir que anda puesta en opiniones,  
Peor que muerte en una honrada vida ;  
Calipso abreviar quiso sus pasiones,  
Beber la muerte en sola una bebida,  
Y «muera, dijo, quien su honor deshonra,  
Pues es muerte civil vida sin honra.»

Saca el ramo fatal de oro vestido,  
Que era de su valor la mayor seña,  
Y del engaste ya desguarnecido  
Entre fragil le pone y seca leña :  
Y al enemigo fuego lo ha ofrecido,  
Que otra venganza tiene por pequeña,  
Tres veces encenderlo intenta, y luego  
Otras tantas lo hurta al mortal fuego.

Ya lo saca una vez, y otra lo arroja,  
Ya el fuego apaga, ya lo resucita,  
Con lágrimas el seco tizon moja,  
Ya en la brasa lo pone y ya lo quita :  
La honra y el amor en una hoja  
La muerte tienen y la vida escrita,  
Si lo que el uno quiere, el otro niega,  
¿Quién podrá componer lucha tan ciega?

Ya el miedo del delito que intentaba  
El rostro mancha de color de cera,

Ya el encendido enojo le alteraba,  
Y le robaba la color primera:  
Ya en cruel muerte á su hija amenazaba,  
Ya se mostraba madre verdadera,  
Cual inconstante nao en mar airada,  
De un viento y otro aquí y allí llevada.

Muere el amor porque la honra viva,  
Sale la injusta muerte victoriosa;  
Bárbaro pecho, cruel, de madre esquivada,  
Si tanto estimas una lama honrosa,  
Mira, arrogante furia vengativa,  
Que no es honra matar así una diosa,  
Ni la hace menor, sino mas ancha,  
Quemar el paño por sacar la mancha.

En la mano el fatal tronco tenia,  
En su cruel intento ya quemado:  
«Si de este el fuego ha de nacer, decia,  
Que el triste reino dejará abrasado,  
Perezca aquí tu vida con la mia,  
Antes que el daño llegue á ser doblado  
Que los raros principios portentosos  
No prometieron fines mas dichosos.

Es mas que el vidrio la honra delicada  
Al limpio adorno de una real doncella,  
De huirse fácil, de guardar pesada,  
Muerte el seguilla, y muerte el no tenella:  
Con mentira y verdad queda manchada:  
La obra imprime y la palabra en ella,  
Y aunque la mancha en la verdad se lava,  
La señal queda, que jamás se acaba.

¿Pues yo qué aguardo si en el vulgo siento  
La tuya, incauta Dúlcea, andar perdida  
De lengua en lengua por el mudo viento,  
A quien tú has dado lengua tan cumplida?  
Si es menos que tu culpa este tormento,  
Todas deudas se pagan con la vida,  
Si joya en tí de mas valor hallara,  
En esa el yerro de tu honor vengara,

Que el vulgo pregonero de maldades  
En veneno convierte cuanto toca,  
Ni mira ni perdona calidades,  
Ni que la culpa sea mucha ó poca:  
Mas juntando mentiras con verdades  
La infamia crece, y el honor apoca,  
Y para dar al blanco adonde tira,  
La verdad hace igual con la mentira.

Fenezca, pues, tu vida y mi contento,  
Aunque eres digna de mayor castigo.  
¿Dónde me lleva este furor violento?  
Mas que el amor es el honor mi amigo:  
¿Soy madre, ó soy verdugo, ó instrumento  
De alguna furia que sus pasos sigo?  
¿Qué es del materno amor, y el pecho tierno,  
Que un día tu cielo fue, y es hoy tu infierno?

¿Tan presto un solo enojo me ha robado  
Mil penas y dolores que me cuestas?  
¿De dulce madre el nombre regalado  
De tan liviano peso es en mis cuestas?  
Vive, que si el amor es del culpado,  
No han de pagar tus lágrimas sus fiestas:  
Mi hija fue á decir, mi Dúlcea dijo,  
Y aun deste mi amoroso se desdijo.

¿Qué digo? ¿estoy en mí? ¿estoy trocada?  
¿Creta será á una adúltera ofrecida?  
¿O si fuera tu vida desdichada  
En la primera brasa consumida!  
Estuviera tu muerte ya olvidada,  
Sin señal en mi pecho la herida,  
Atajada tu culpa, y mi pecado,  
Y el presente dolor fuera pasado.

Recibe el justo precio á sus hazañas,  
Y el castigo menor, que lo mereces,  
Y abrase este cruel fuego mis entrañas,  
Pues que naciste allí, y aquí feneces:  
Dos vidas que me debes tan estrañas

Quiero cobrar de tí, no de dos veces,  
Con una muerte quedaré contenta,  
Pagada de dos vidas, y una afrenta.

La primera te dí, cuando en mi pecho  
El ser que ahora tienes recibiste,  
Y la segunda que este daño ha hecho,  
Cuando librada en este ramo fuiste:  
Todo queda en tu muerte satisfecho,  
Muere, que al fin para morir naciste,  
Y no irás sola, que este mismo fuego  
Tras tí me llevará á buscarte luego.

Dijo, y temblando el brazo desmayado,  
El rostro vuelto, que su error no viese,  
El funesto tizon al fuego ha dado,  
Que un gemido mortal se oyó que diese:  
De la invencible llama rodeado,  
Como por todas partes se encendiese,  
Dúlcea ignorante, y de su mal ausente,  
Con un nuevo calor arder se siente.

Las entrañas el fuego le consume  
Sin causa, y de repente procedido,  
Y aunque con su valor y brio presume  
Vencerlo, queda su valor vencido:  
Ya la enemiga parca se resume  
En dejar el estambre dividido,  
Cae en el triste lecho desmayada,  
Cual tierna fruta sin sazón cortada.

Crisalba entre sus brazos soberanos  
El desmayado cuerpo sostenia,  
Apriétale las suyas con sus manos,  
Como quien darle su salud queria:  
No juzga sus dolores por livianos,  
Mas tampoco creyó que se moria,  
Dúlcea perdida la color de rosa,  
Así le habla y tiembla temerosa:

«¡Llamarme con delgadas voces siento  
Del seno obscuro de la tierra helada,  
Tristes sombras cruzar veo por el viento,  
Y que me llaman todas de pasada:  
Fáltanme ya las fuerzas y el aliento,  
Cielos, ¿á cual deidad tengo agraviada,  
Que en medio de mi dulce primavera  
Con tan nuevo rigor quiere que muera?

Siento, hermana, el dejarte, y no la muerte,  
¿qué mayor muerte quieres que dejarte?  
Si me era paraíso y gloria el verte,  
¿Qué gozaré dejando de gozarte?  
Si el morir siento menos que perderte,  
No es por que quedas, mas por no llevarte  
Dónde me llaman: ¡ay Crisalba mía,  
Que es temeroso trance esta agonía!

Sola á ti he dado cuenta de mi vida,  
Sola á ti he descubierto mis amores,  
Como á la secretaria mas querida,  
Que el cielo pudo darme en sus favores:  
Si eres desta alma la mitad partida,  
Si te obliga el amor á mis dolores,  
Esto, ¡oh mi amada prenda! solo pido  
Por alivio del paso á que he venido;

Que si acaso aquel dios, cuya memoria  
Siempre en mi alma vivirá guardada,  
Llegaré aquí, despues que la victoria  
Mía esté por la muerte declarada,  
Le cuentes con dolor mi amarga historia,  
Y por fin de la muerte desdichada  
Dirásle, hermana, que á este paso fuerte,  
Mas me mató su ausencia que mi muerte.

Que si con estos ojos ver pudiera  
Su beldad cual está en mi fantasía,  
Pequeño brazo el de la muerte fuera  
Para dejarme sin la vida mía:  
Y si por ser mortal al fin muriera,  
Muriera no tan falta de alegría,  
Sirviéndome su boca de aposento  
A este mi último espíritu y aliento.

Y si es de veras dios, y no ha fingido  
El encendido amor que me ha mostrado,  
Hiciera al fin con su valor cumplido  
Este paso y dolor menos pesado:  
Siento la muerte, porque no he vivido,  
Y en edad peligrosa me ha hallado,  
Cuando al mundo mi vida parecía  
Alegre flor al despertar del día.

Siento que esta semilla soberana,  
Que ahora viva en mis entrañas siento,  
Antes de ver la luz muerte temprana  
Compre á cuenta de darle yo el sustento;  
Y que la parca cruel en la liebra vana  
Antes de urdirle dé el golpe violento,  
Y en el breve morir solo le cuadre  
Ser hija y heredera de tal madre.

Siento que ya la vida se me acaba,  
Y que el alma comienza á desahirse,  
Y el fresco aliento que vigor me daba  
Dentro del pecho en fuego convertirse.  
Así la bella Dúlcia se acababa,  
Cual se ve tierna antorcheta consumirse,  
Y Crisálba mas muerta que su hermana,  
Así le aplica una esperanza vana.

«Vive, mi Dúlcia, de temer segura,  
Que no será tu mal tan poderoso,  
Aunque se junte á él mi desventura,  
Que de tal vida salga victorioso:  
No se desdore así tu hermosura,  
Que el carmesí de ese clavel hermoso  
No le verá la muerte, aunque atrevida,  
Por no cobrar en verlo nueva vida.

Si el cielo me da un nudo como puede,  
Yo ligaré tu alma con la mía,  
Y haré que entre las dos así se enrede,  
Que sigan ambas una misma vía:  
Ni la mía vaya ni la tuya quede  
Ausente de su dulce compañía,  
Antes iguales en ventura y suerte  
Pasen por una vida, y una muerte.

Gozarnos hemos tiempo sin medida,  
No estés de lo contrario recelosa,  
Y allá la muerte tras la edad cumplida,  
En su lugar será pieza forzosa:  
Vendrá menos aceda y desabrida,  
Que al fin es la vejez carga penosa,  
Y en un mismo sepulcro venturoso  
Un lecho gozaremos, y un reposo.»

Así Crisálba á Dúlcia consolaba,  
Y así Dúlcia se estaba consumiendo,  
Y aquella poca vida que faltaba  
Por el aire sutil se fue huyendo:  
Huyó el aliento que el vivir le daba,  
Como marchita y débil flor cayendo,  
La brasa consumida y acabada,  
Entre blanca ceniza amortiguada.

Si cien lenguas distintas y acordadas  
El cielo á esta sazón me concediera,  
Y en ellas las palabras mas limadas  
Que hay en la clara discreción pusiera,  
Fueran de aliento corto y limitadas,  
Si encajarse con ellas pretendiera  
El dolor, sentimiento, angustia y llanto  
Que en Crisálba causó el mortal espanto.

¡Oh humana suerte de inconstancias llena,  
Con quien ni vale gracia ni hermosura,  
Ni el cetro real que un mundo y otro enfrena,  
En su misma grandeza se asegura!

¡No hay tiempo claro, ni alma tan serena,  
A quien no siga invierno y noche oscura,  
Ni alegre sangre en juveniles años  
Libre de riesgo y máquinas de engaños!  
¡Ahora el cabello enlaze y la garganta  
Con las perlas del mar que Arabia cria,  
Y en púrpura de Tiro asiente cuanta

Riqueza el monte Imabo a Petsia envía!  
¡Ahora de la beldad que al mundo espanta  
Las flores goce, y donde muere el día  
Suene su voz, y corra desde Oriente  
Libre de lengua en lengua, y gente en gente!

¡Todo ello es sombra, fábula y engaño,  
Despiertos sueños de la humana vida,  
Que corre y vuela de uno en otro daño  
Hasta donde la muerte está escondida,  
Cortando á todos de vestir de un paño,  
Sin hacer diferencia en la medida,  
Que son el pobre, el rico, el flaco, y fuerte,  
Iguales á las puertas de la muerte!

¡No del Tigris las ondas espumosas,  
Que en furiosos raudales van pasando,  
Ni de Venus las aves amorosas  
En sesgo vuelo por el aire blando,  
En curso igualan las humanas cosas,  
Que los tiempos tras sí llevan volando,  
La pena sola, y el dolor mas breve,  
Parece á donde está que no se mueve!»

Así iba el rey de Persia lamentando  
Su larga historia, corta de ventura,  
Al tiempo que también el conde Orlando  
Del valle de Pomier por la espesura,  
A Garilo y los suyos declarando  
La artificiosa enigma antes oscura,  
Con el discurso deste dulce cuento  
La verdad confirmó de su argumento.

«Todas las cosas que en el mundo vemos,  
Cuántas se alegran con la luz del día,  
Aunque de sus lenguajes carecemos,  
Su habla tienen, trato, y compañía:  
Si sus conversaciones no entendemos,  
Ni sus voces se sienten cual la mía,  
Es por tener los hombres impedidos  
A coloquios tan graves los oídos.

¿Quién publica á las prohibidas ovejas  
Sus sabios aranceles y ordenanzas?  
Y ¿á quién el ruiseñor envía sus quejas  
Si siente al cazador las asechanzas?

¿Quién á las grullas dice, y las cornejas,  
De los tiempos del mundo las mudanzas?  
Y al prado que florece mas temprano,  
¿Quién le avisa que viene ya el verano?

¿Quién sino estos lenguajes, que escondidos  
No de todas ovejas son hallados,  
Mas de sus sordas voces los ruidos  
Los raros hombres á quien dan cuidados:  
Tan absortos los traen, tan divertidos,  
Y en tan nuevas historias ocupados,  
Que es fuerza en esto confundirse todos  
En varios casos por diversos modos.

Creese que del ruido que las cosas  
Unas con otras hacen murmurando,  
De su armonía y voces deleitosas  
Las suspensiones dan de cuando en cuando;  
Que en su canto y palabras poderosas  
Así el seso se va desengazando,  
Que el de mas grave precio se alborota,  
Y el saber de mayor caudal se agota.

Desto á veces se engendra la locura,  
Y las respuestas sin concierto dadas,  
Sin traza al parecer, sin coyuntura,  
Ni ver cómo ni á quién encaminadas:  
Los árboles, los campos, su frescura,  
Las fuentes, y las cuevas mas calladas  
A quien llega á sentir por este modo,  
Todo le habla, y él responde á todo.

Y el no entender ni oír este lenguaje  
Con que el mundo se trata y comunica,  
Y á su Criador en feudo y vasallaje  
Eternos cantos de loor publica;  
La ocasión cuentan que es cierto brebaje,  
Que el engaño en naciendo nos aplica,



RIG

De groseras raíces de la tierra,  
Que el seso embota, y el sentido cierra.

Mas aquel que por suerte venturosa,  
Y favorable rayo de su estrella,  
La voz desta armonía milagrosa  
Libre de imperfeccion llega á entendella;  
Al cuerpo la halla y alma tan sabrosa,  
Que á todas horas ocupado en ella  
A solo su feliz deleite vive,  
Y de otra cosa en nada le recibe.

No es invencion ni fábula compuesta,  
Que ya por mí este caso ha sucedido;  
Llegando sin pensar á una floresta,  
Junto á una cueva en un lugar florido:  
Al pié de un roble por pasar la siesta  
Al son del agua me quedé dormido,  
Y una serpiente en tanto que dormia  
Los oidos y el rostro me lamia.

Desligóme el sentido de manera,  
Que cuando desperté quedé admirado,  
Porque en formado tono, y voz entera,  
Hablar oí las flores del collado;  
Y un árbol por historia verdadera  
Me contó, que en la cueva de aquel prado  
Medoro hizo á Angélica la bella

Seis dias antes dueña de doncella.

Sobresaltéme, y escuchando atento  
El bosque sospeché que era encantado,  
Y por albricias del amargo cuento  
Furioso todo lo dejé asolado:  
Partime con un nuevo descontento,  
Oyendo hablar las selvas, el ganado,  
Los árboles, los rios, y las fuentes,  
Las piedras, los collados, y las gentes.

Esta fue la ocasion que ya algun dia  
De mí el mundo creyó que loco estaba,  
Porque aunque preguntaba y respondia,  
Ni el porqué vian ni con quién hablaba;  
Hasta que Astolfo por la estraña via  
De un licor peregrino que él usaba,  
Me cerró como de antes los oidos,  
Y volvió á su concierto los sentidos.

Pues en el tiempo que escuchando anduve  
Encubiertas historias no entendidas,  
Increibles son las fábulas que tuve,  
Sin querer aprenderlas, aprendidas:  
Y entre otros cierto dia me detuve  
En oír de unas tragedias nunca oídas,  
Lo que ahora quiero que por prueba quede  
De lo que vale la ventura y puede.



Y no se entienda quo es cuento inventado  
De mi persona y gravedad indino,  
Que aunque de humilde cuerpo, va fundado  
En caudal y discurso peregrino:  
No está todo el valor en lo abultado,  
Menudo es el aljófár, y si es fino  
No pierde por menudo en buen consejo  
Lo que por limpio gana, y por parejo.

Junto á los arruinados paredones  
De la antigua Cartago llegué un día,  
Y cansado de oír lamentaciones  
Que cada piedra contra el tiempo hacia  
Juzgando por las mias sus pasiones  
A la sombra de un álamo, que abría  
Pomposa rueda con sus ramos huecos,  
De un ruiñeñor me puse á oír los ecos.

Venia su nueva libertad cantando  
Que de una jaula de oro al libre cielo  
Burlada la prision, el aire blando  
En ligero cortó, y delgado vuelo:  
Y las vecinas selvas convidando  
De su arpado canto el gran señuelo,  
Así cercado de aves, y de espanto,  
Oyendo todas prosiguió su canto.

«¡Oh dulce libertad! dichosa prenda,  
A ningún bien humano comparada,  
Sin quien del mundo la dorada rienda  
Es por mas bien que dé carga pesada:  
Ni alcázar de oro, ni bordada tienda,  
Jardines, ni comida regalada,  
Música, cantos, aparatos, galas,  
Ricas bajillas, y entoldadas salas:

Ni los demás deleites que al sentido  
El real cetro y su lisonja ofrece,  
Todo sin libertad es bien fingido,  
Falsa alquimia sin ley, que oro parece:  
Ya en rica jaula, y en jardín florido,  
A quien lo mejor de Africa obedece,  
Vi yo mi albergue hecho, y mi arpada  
Lengua de graves reyes escuchada.

Defendido de archeros, que por horas  
La guarda hacen de mi altiva casa,  
De sabroso manjar, y aves cantoras,  
La mesa puesta, y los saraos sin tasa:  
Estanques de cristal, fuentes sonoras,  
Y lo que á todo junto escede y pasa,  
Perdido el riesgo, el miedo, y la sospecha  
De sutil red, y de invisible flecha.

Mas todo junto, ¡oh libertad preciosa!  
Contigo ni se iguala, ni te llega,  
Por tu riesgo troqué mi paz sabrosa,  
Y el real jardín por esta estéril vega:  
Sola entre sus deleites una cosa  
A mi gusto tu nuevo estado niega,  
Que es privarme de ver la llena luna  
De aquel soberbio mónstruo de fortuna.

Yo digo del feliz Rustaquio, hijo  
Del bárbaro Abdelmon, humilde ollero,  
Que hoy en su afortunada estrella fijo  
De la ancha Libia vuela el cetro entero:  
Solo deste en mi libre regocijo  
Me falta el bien de ser su prisionero,  
Que de un hombre dichoso, aun las cadenas  
De bienes suelen ser y gustos llenas.

Cuando en el trato humano considero  
La alta magestad, la real grandeza  
Con que un hombre avasalla un mundo entero,  
Y se hace dél á su pesar cabeza:  
La ciencia de un filósofo, el severo  
Rostro de un senador, la fortaleza  
De un soldado, el nivel de un arquitecto,  
Y el compás de un artífice perfecto:

La luz del sol, del mundo la alegría,  
Las perlas de la mar, los granos de oro  
Que en sus entrañas para el hombre cria,

Fuentes de gusto, venas de tesoro,  
Mármoles, jaspes, bronce, pedrería,  
Que por curiosidad, pompa y decoro,  
Da á sus teatros y ciudades bellas,  
Y el suntuoso primor dellos y dellas:  
La religión, el trato, las maneras  
De fiestas y comidas regaladas,  
Prados, jardines, cazas, montes, fieras,  
Músicas, y pinturas delicadas,  
La luz, el aire, el cielo, sus esferas,  
Para el servicio humano fabricadas,  
Las flores, frutas, fuentes, mares, rios,  
Sus bosques, selvas, y árboles sombríos:

Y otros varios deleites de que goza  
El hombre en esta vida á su contento,  
Cuando la juvenil sangre retoza,  
O se madura ya el entendimiento:  
La salud, el linaje, la edad moza,  
Que es del placer el verdadero asiento,  
Y el gusto del saber, que de la cepa  
Humana no hay sabor que tanto sepa.

Cuando todo esto considero, y miro  
Criado el hombre, y hecho á su regalo,  
Lo juzgo por feliz, y no me admiro  
Que perder tanto bien tenga por malo:  
Que tire del vivir, que es dulce tiro,  
Y sin precio un brevisimo intervalo  
De vida, en que gozar de la presente,  
Que el cuerpo muerto al fin ni ve ni siente.

Mas cuando vuelvo á ver la humana suerte  
Sujeta al tiempo, y á miseria tanta,  
Y cual frágil cañuela es el mas fuerte  
Cedro que el monte Libano levanta:  
Cuando vecino al polvo y á la muerte  
Está el dosel que mas se le adelanta,  
Los miedos, sobresaltos, sinsabores,  
Vejez, enfermedades, y dolores.

Y sobre todo el curso irreparable  
Con que en los breves dias se consume  
El bien mayor, el gusto mas durable  
Del que en su estado y fuerzas mas presume,  
Halló al hombre tan pobre, tan instable,  
Que toda su grandeza se resume  
En ciega vanidad, locos vaivenes  
De propios males, y de inciertos bienes.

Todo es sombra, y no mas: mas donde en todo  
Es digna de llamar la humana suerte,  
Es á ver cuan á tienta, y de qué modo  
Anda el hombre en la vida, y en la muerte:  
Aquí le dan la mano, allí del codo,  
Aquí le hacen errar, allí que acierte,  
¡Oh laberinto humano! ¡cuán á ciegas  
Los gustos das, ó los contentos niegas!

De la jurisdiccion de la fortuna  
Estos turbios celajes forjó el hado,  
Sin que haya vista tan de lince alguna  
Que el fondo alcance á ver de su nublado:  
Sola ella en dispensar su antojo es una,  
Y Rustaquio Abdelmon su mas privado,  
En cuyo bien jamás supo estar queda,  
Hasta darle la cumbre de su rueda.

Por todas las edades que en el mundo  
Mi estrecha alma gozó vital aliento,  
De fortuna favor tan sin segundo  
Mi vista vió, ni en su memoria siento:  
Y la larga experiencia en que me fundo  
No es de un año ni dos, de diez, ni ciento,  
Millares de años son, y años perfectos  
Los que el mundo he cursado, y sus secretos.

Dejo ahora el contar como criadas  
Las almas ya, por áspero castigo  
De sus primeras culpas, son ligadas  
En frágil nudo al cuerpo su enemigo:  
Y como de uno en otro barajadas  
Siempre mudando van casa y ahriago,

Y en nueva forma y vida diferente  
Eternas vueltas dan eternamente.

Hoy suelen habitar un cuerpo humano,  
Y mañana hallarse en el de un bruto,  
Yo fui primero un capitán troyano,  
Después Armodio un noble disoluto:  
Una vez fui gigante, otra fui enano,  
Otra Lisander un mordaz astuto,  
Y dentro de Pitágoras el mudo  
Al mundo hice un filósofo saúdo.

Después fui rey, después un elefante,  
Tras esto la ramera Aspasia, y luego  
Atenodoro, un fiel representante,  
Y Epidices, cobarde orador griego:  
Fui Terpandro, gran músico y danzante,  
Que á la arpa añadió una cuerda, y ciego  
Olvidé los primores que sabía,  
Camello fui otra vez, gallo otro día.

Médico de opinion, y mal poeta,  
En Periandro nací, y el seso lleno  
De quimeras seguí tras la imperfecta  
Senda sin encontrar un verso bueno:  
Fui Epicuro gloton, fui la indiscreta  
Filomena, fui el asno de Sileno,  
Fui Focion hablador de dichos vanos,  
Y fui Ademédes, jugador de manos.

Fui Eráclito el risueño, fui el mendigo  
Parresias, fui Diomédes el tirano,  
Y entre estos varios mundos al abrigo  
De un árbol de oro fui pavon lozano:  
Puesto de la fortuna por testigo  
A los ciegos discursos de su mano,  
Donde de un barajado mundo á tienta  
Los disgustos reparte, y el contento.

En medio lo poblado de la tierra  
Un altísimo monte se levanta,  
Que un yerto cerro y escabrosa sierra  
Hasta las cumbres es desde su planta:  
Su altura aquí en pomposos ramos cierra  
De un árbol celestial la insigne planta,  
De esmeraldas sus hojas, de oro el tronco,  
Lustroso de una parte, y de otra bronco.

Lleva por fruta y flor honras y afrentas,  
Una y otra fortuna indiferente,  
Y ella en sus ramos puesta con violentas  
Manos la coge y da confusamente:  
Al pié del árbol van olas hambrientas  
Sin tiento de confusa y ciega gente,  
Que por los riscos sin cesar trepando,  
Unos cayendo van, y otros volando.

En piñas de oro cae la fruta altiva,  
Y coge cada cual la mas galana,  
Y si bien todas de oro caen de arriba,  
Una podrida sale, y otra vana:  
Unas llenas de muerte, otras de esquivia  
Afrenta y otras de honra soberana,  
Este lisonjas halla, el otro honores,  
Y á otro un áspid le pica entre las flores.

De gusto aquel, y de tesoros llena  
Su piña coge, y al cerrar la mano  
En lugar del contento halla pena,  
Y las riquezas vueltas aire vano:  
Por uno al fin que acierta con la buena,  
La suerte yerran mil, ¡oh engaño humano!  
Que la fortuna puesta sobre todos  
De un error rie los diversos modos.

Yo aquí imitando su pomposa rueda,  
En la que de mis plumas componia,  
Lozano pavon vuelto á la vereda,  
Del curso humano fui gran tiempo espía:  
Y aunque vi allí grandezas de que pueda  
Hacer alarde aquí la lengua mia,  
Ni en esta edad hallé ni en otra alguna,  
Como la de Abdelmon igual fortuna.

Muchos hay que de humildes fundamentos

Se alzaron á supremas dignidades  
Príncipes hubo, cuyos nacimientos  
Apenas los conocen las edades:  
Pero fueron al fin sus crecimientos  
Hijos de sus altivas voluntades,  
Saliéndole á ayudar en el camino  
Por esta ó la otra parte á su destino.

Mas Rustaquo Abdelmon que hoy rige al mundo  
Todo es parto feliz de la fortuna,  
Ella el paso primero, ella el segundo  
Dió, y los demás en su creciente luna:  
Ni él la solicitó, ni su fecundo  
Reino le debe diligencia alguna,  
Que cuanta magestad goza en su altura,  
Todo es hinchado golpe de ventura.»

Esto cantaba el ruiseñor al vuelo,  
De las aves que oyéndole se espantan,  
Que con arpadas lenguas siempre al cielo  
Misterios á este semejantes cantan:  
Y no sin causa, que en el mauro suelo  
Así en las cosas de Abdelmon discantan,  
Que de cuantos adoran en la luna  
Por monstruo le confiesan de fortuna.

Rústico hijo de un humilde ollero,  
En Africa le halló su estrella un día,  
Que formar el dibujo verdadero  
De un hombre venturoso pretendia:  
Fue de su dicha el escalon primero  
Un real carbunco, en quien el sol hacia  
Nuevo retrato snyo, y entre peñas  
El á los ojos con vislumbres señas.

Huyendo una enroscada sierpe, que arde  
En sus escamas de oro el campo raso,  
Que el triplicado silbo al pié cobarde  
A tiempo le hizo huir medroso el paso,  
Donde la rica piedra haciendo alarde,  
Esta de su beldad tropezó á caso,  
Y al caer sin tiento en el estéril llano,  
Fortuna misma se la dió en la mano.

Y él sin hacer de su valor estima  
Tibía la lleva y desgadamente,  
Cuando á Vanicio vió que era la prima  
En presuncion de su aldeana gente:  
Vióle la piedra, y vió como no estima  
Su resplandor el bárbaro insipiente,  
Que en ignorantes manos la mas fina  
Perla se vuelve humilde cornerina.

Y él conociendo el sin igual tesoro  
Que en su estrecha materia se incluía,  
En cuya estimación es pobre el oro,  
Y humilde la mas noble pedrería;  
Guardándole á su dicha aquel decoro  
Que á tan nuevo favor se le debía,  
De todo su caudal se necesita  
Por comprar la preciosa margarita.

Compróla, y dió por ella su pobreza,  
Y con ella quedó próspero y rico,  
No sabe en qué emplear tanta riqueza;  
Que el mundo todo á su grandeza es chico:  
Ya del sayal le enfada la bajeza,  
En brocado trocar quiere el pellico,  
Sobre su estéril paja está acostado,  
Y allí se sueña en tálamo dorado.

Despierta, y confiado en su tesoro  
De pajes se rodea y de criados,  
Ricas bajillas, reposteros de oro  
Del pincel de su antojo fabricados:  
«El día, dice, y la ventura adoro,  
Que tales siglos me tenían guardados  
Para ser en la tierra sin segundo,  
Pues nací pobre, y mando ahora el mundo.»

Bien en este carbunco hay dos millones,  
Un grave estado compraré del uno,  
Ricas presecas del otro, altivos dones,  
De aparato cual otro fue ninguno:

Y aun tales podrán ser las ocasiones,  
Y el tiempo en mi favor tan oportuno,  
Que llegue á ser emperador potente,  
Desde el tostado egipcio al mauro ardiente.

Al humilde Rustaquio, que es el hombre  
Que para mí halló esta gran riqueza,  
Cuando de ver mi magestad se asombre  
Daré altivo la mano á su pobreza:  
O ilustre celo con honrado nombre  
De criado, si alcanzare á tanta alteza,  
Y no es paga escésiva al beneficio,  
Admitirle desde hoy en mi servicio.

Mia esta rica piedra de derecho  
Era, como tambien ahora es mia,  
Que el ollero Abdelmon en mi barbecho  
Se la halló, porque tras mí venia:  
Yo no tengo como él ánimo estrecho,  
Que desde que nael ser rey queria,  
Y la feliz estrella en cuanto ofrece  
A los brios que inclina favorece.

Que nube al viso humano tan oscura  
Es la fortuna, el hado y su destino!  
¡Por qué rodeos camina la ventura  
Cuando quiere salirlos al camino!  
Pobre Rustaquio vió entre la verdura  
Este tesoro que á mis manos vino,  
¿Quien entonces le viera juzgaria  
Por suya la ventura, y era mia?

Así Vanicio en bárbaros discursos  
Quimeras fabricaba por los vientos,  
Midiendo el cielo á palmas, y á sus cursos  
Dando y quitando ley y movimientos:  
Tan vario, que á ser de oro los concursos  
Y avenidas de vanos pensamientos  
Que á su ambicion venian, ni la hartaran,  
Ni sus torpes locuras concertaran.

¡Qué de Vanicios en humildes lechos  
La luz contempla de la aurora fria,  
Que un mar de locas pretensiones hechos  
Todas las cumplen esperando el día:  
Y en quimeras y monstruos contrahechos  
Desvelan la inconstante fantasía,  
No viendo que las cuentas sin dineros  
En saliendo la luz son todas ceros!

Abdelmon de otra parte en el cuidado  
De cien rubios equis con que Vanicio  
Compró el precioso globo, desvelado  
De su aldea se finge un gran patricio:  
Mas la fortuna á cuenta de su hado,  
Codicioso de dar al mundo indicio  
De sus milaeros dió muestra segura,  
Que no consiste en trazas la ventura.

Tenia Abdelmon por lisonjero amigo  
A Almohadí, cierto árabe embustero,  
De sus secretos singular testigo,  
Y de su alma desnuda dueño entero:  
Este en traje de paz fiero enemigo,  
Deseoso de hacer presa en el dinero,  
A las ruinas de un antiguo muro  
Se le hizo enterrar por mas seguro.

Y aquella noche el cauteloso moro,  
De hambrienta codicia el pecho lleno,  
A robar del sincero amigo el oro  
Por las tinieblas fué de un bosque ameno:  
Cuando á tiento huyendo el fiel tesoro,  
De un frio áspid halló el mortal veneno,  
Que trocándole el curso de la suerte,  
Por rubio oro le dió pálida muerte.

Entretanto á Abdelmon en triste sueño  
Morfeo le pinta de su amigo el caso,  
Despierta, y va á buscar de su pequeño  
Tesoro el breve globo, y bulto escaso:  
Y viendo el pago que el mortal beleño  
Al falso moro dió, suspendió el paso  
De la muerte medroso, y la serpiente

Que aun en torno del muerto enserpe siente.

Mas libre con la nueva luz del día,  
Su pequeño tesoro toma y parte,  
Del ardiente calor de Berbería  
Hácia la mas oculta y ciega parte:  
Porque en la muerte que presente via  
Teme que alguno sin razon le encarte,  
Y no le aprovechó, que el oro hallado,  
Que á otros suele salvar, le hizo culpado.

Por la codicia de los rubios tejos  
Seis cuadrillas salieron á huscalte,  
Y una dellas bajar le vió de lejos  
De una alta sierra á un encubierto valle,  
Y que entre unos manglares mal parejos  
Tropa alarbe le espera por roballe,  
Donde vida y dineros le quitara,  
Si la que á prenderle iba no llegara.

Ya las rendidas manos en un lazo  
Presas le halló la escuadra diligente,  
Que á toda priesa el áspero ribazo  
Saltó, y dió en los alarbes de repente:  
Y ellos en firme y en gallardo brazo  
Preso y vidas defienden juntamente,  
Y al brio de sus rústicos contrarios  
Varias heridas dan, y golpes varios.

Ya en porfiada batalla y cruda guerra  
Los unos en los otros marañados,  
Pedazos hechos la sangrienta sierra  
Caer los vió en sus faldas destrozados:  
Y de ocho dos valientes de la tierra  
De Abdelmon, en mil partes lastimados,  
Vivos solos quedaron, y el cautivo  
A costa de sus muertas vidas vivo.

Parecióles esterbo y demasia  
Volver preso de allí el cautivo mozo,  
O porque su temor se le impedia,  
O la codicia ó bárbaro destrozo:  
Despojáronle al fin lo que traia,  
Y de la selva en un profundo pozo,  
Que su delito deje mas cubierto,  
Lo despeñaron, y quedó por muerto.

Dióse por tal Rustaquio desde luego,  
Y trazó la fortuna su caída  
Por mejor levantarle, y así el ciego  
Pozo no le quitó, mas le dió vida,  
Que como quien despierta del sosiego  
De un dulce sueño el alma divertida,  
A mirar comenzó por el profundo  
Si via los reinos ya del otro mundo.

Y no del hondo infierno llama horrible  
En ciego humo, y reclinarse sonoro,  
A un tibio rayo vió de luz visible  
Mas rubias masas de centellas de oro:  
Volvió del todo en sí (¡caso increíble!)  
Y en medio se halló de un gran tesoro,  
Que allí la ciega antigüedad, ó el hado,  
A su ventura le tenia guardado.

Salía por cien torcidos escalones  
La bóveda sin luz de oro preñada  
A unos desbaratados paredones,  
Fábrica en otros siglos celebrada:  
Sacó el moro feliz de los montones  
De joyas una entre otras señalada,  
Un rico alfanje, cuya pedrería  
Una ciudad su estimacion valia.

Quiso en Tunez venderle á menosprecio,  
Que la hambre no come perlas ni oro,  
Y el espanto de joya de tal precio  
A voces dió por saltador al moro:  
Llévante preso al rey, que con desprecio  
De su ánimo real, quiere el tesoro,  
Y por él en la torre de palacio  
Cárcel le dieron y prision de espacio.

Budebuz, rey famoso de Marruecos,  
Por lo infeliz de una batalla brava,



De la alta torre en los desvanes huecos  
Despojado del reino y preso estaba ,  
A cuyo oído los preñados ecos  
Del gran tesoro que Abdelmon negaba  
Llegaban , y deseó por experiencia  
Ver del moro el aseo y la presencia.

Fue cosa fácil darle gusto en eso  
Por serles cárcel una misma torre ,  
Hizo graves preguntas el rey preso  
Al mancebo en la fama que del corre ,  
Y halla que en todas tiene fondo y peso ,  
Y una estrella feliz que le socorre ,  
Y casi le arrebató en rauda vuelo  
A levantar su nombre y fama al cielo.

De otra parte Abdelmon estando cierto  
Ser de Marruecos rey el que allí estaba ,  
O fuese virtud propia, ó encubierto  
Rayo de luz que su ánimo guiaba ;  
Al real valor , aun no del todo muerto ,  
Del feroz rey , y su persona brava ,  
El preso moro se inclinó de suerte ,  
Que servirle ofreció hasta la muerte.

Era prudente el rey , y en los sucesos  
Notó del moro una feliz ventura ,  
Y enderezar con ella sus aviesos  
Mas que furor le pareció cordura :  
Quiso el rigor templar de sus excesos  
Con arrimarse á senda mas segura ,  
Y mientras su fortuna no serena  
Valerse en sus azares de la ajena.

Descubrióle su pecho , y él gozoso  
En firme confianza se prefirió  
De dar la mano al rey , y un venturoso  
Con cuanto intenta sale , y cuanto quiere ,  
Contentóse el de Túnex codicioso  
Con su alfanje feliz sea cuyo fuere ,  
Dando á su dueño libertad , y en ella

Cumplidos los fueros de su estrella.

Al rey despues en su prision esquivó  
Con sutil artificio por su mano  
Seguro le escaló la torre altiva ,  
Y libre le sacó del rey tirano :  
Y en su escondida cueva entre la viva  
Luz del tesoro le escondió ufano ,  
Cuya inmensa riqueza despues pudo  
De armas y gente armar al rey desnudo.

Hizo su general el despojado  
Al fiel Rustaquo , y él con su ventura  
El reino recobró , y le dió el estado  
Con mayor cetro y silla mas segura :  
Que no se contentó de ver ganado  
Lo que halló perdido , mas en dura  
Sujecion puso yugo y quitó leyes  
Del africano suelo á treinta reyes.

El suyo agradecido á sus servicios ,  
Ya con paterno amor y fe sincera ,  
En dulce premio le ofreció propicios  
Los brazos de Aja su única heredera ,  
Pagando con los mismos beneficios  
Que obligado le halló , y desta manera  
De humildes padres le hizo el alto cielo  
Gran miramamolín del libio suelo.

A Vanicio en sus trazas y su cuenta  
Diverso fin le dió la incierta suerte ,  
Que entre la paz y la codicia hambrienta  
Le dieron por robar la joya muerte :  
Y sus bajillas , pajes , y su renta  
Con él la tierra en polvo los convierte ,  
Tan incierta es como esto y tan oscura  
En los humanos casos la ventura.

#### ALEGORIA.

En Angélica perseguida de Venus , y de Alcina , que  
significa el afecto sensual , se muestra que por irle fati-

tando con el tiempo la flor de la juventud, era fuerza que tambien en los ojos que la via fuese faltando el deleite que antes causaba, ó porque el honor significado por Angélica es siempre perseguido y amancillado de la sensualidad: y así á los que los van siguiendo con pensamientos no tan limpios y castos como convenia, al mejor tiempo les falta el viento, y perdiendo la hora se quedan en calma.

El tizon hadado de Dúlcea, apagado con agua por mandado de su ama, cuyo espíritu le profetiza su vida y muerte, son las tres cosas que concurren en la generación: es á saber, calor, humedad y espíritu, y su muerte significa lo poco que hay que fiar en la juventud, salud, y hermosura del cuerpo humano.

En la novela de Orlando se ve la trabazon y correspondencia que todas las criaturas tienen con su principio, y como todas son pregoneras de su providencia divina.

En el canto del ruiseñor se muestra como de los bienes humanos el mas precioso es la libertad: y en los sucesos de Rustaquio Abdelmon, de que pequeños principios nacen las magestades del mundo, y cuan poco valen los discursos de la prudencia humana donde no favorece la divina.

## LIBRO DUODÉCIMO.

**ARGUMENTO.** Roba Garilo á Orlando y á sus compañeros, y que dándose ellos vueltos estatuas de oro en una sala encantada, él se va triste y solo á dar en una cabaña de un pastor: reconoce el alcalde de Sansueña á Roselio por su hijo, el cual refiriendo el discurso de su vida, cuenta la gran penitencia que el rey don Rodrigo hizo despues que perdió á España, con el origen del cabo de San Vicente, y la desgraciada tragedia de Brocel y Glaura.

Así siguiendo el ingenioso Orlando Su opinion fue, y su enento peregrino, Concluyendo en lo uno y otro, cuando El día en su luz, y el sol en su camino: Y el astuto Garilo, que en el blando Discurso á su jornada robó el tino, De un intricado bosque en la espesura Se los dejó, y halló la noche oscura.

La catalana astucia, el bosque ciego, La oscura noche, y el fallarle guía, A otorgar les forzó el dañoso ruego De la traidora cautelosa espía: Y un caido alcázar, que del tiempo el fuego Convirtiendo iba ya en ceniza fria, En sus rotos desvanes sin abrigo, El que no tiene ofrece á su enemigo.

Fuese la noche entre quietud y sueño, Y sabrosos olvidos de cuidados, Y al levantarse el día con risueño Semblante, y ojos garzos y dorados, El castillo hallaron sin su dueño, Y los que en él estaban despojados De arneses unos y otros de vestidos, Y á un modo en mil maneras ofendidos.

Suben á lo alto de una antigua torre Por descubrir lo que en el campo habia, Cuande á la lonja que á la puerta corre Guardarla un hombre armado parecia: El conde alivo que su arnés recorre, Y el brioso Brilladoro en quien venia, Mas del desprecio que del robo hecho, Fuego lanza la vista y rabia el pecho.

Cual espumoso rio, que deshecha La presa que enfrenado le tenia, Furioso rompe, y por la puerta estrecha Lo mismo saca que antes le impedia, Y no de sus riberas se aprovecha, Antes furioso dellas se desvia, Y de verse oprimir mas enojado Lleva entre los pesebres el ganado:

Bien así la ira del francés caudillo, Viéndose despreciado de un villano,

No una almena le tira, ni un ladrillo, Mas furioso con una y otra mano La alta torre trastorna del castillo, Que á estremecer bajó su estruendo el llano, Donde si Brilladoro no huyera, Muerto de un golpe y enterrado fuera.

Medrosos unos, y otros admirados Del ademan con que á vengar sus quejas Muros envia, torres y tejados, Los hombros encogieron y las cejas: Y el torreón con sus mármoles labrados, Aun las molduras todavia parejas, Así se vía entre árboles plantado, Que nacer parecia do aquel prado.

Garilo que estar vivo eree apenas Al pié temblando del francés trofeo, Y que tras él se vienen las almenas, Como tras de la música de Orfeo; La sangre y brio se le heló en las venas, Y arrepentido de su mal deseo Hierro al caballo mete en los costados, Que el miedo hace giñetes estremados.

Corrió una legua sin llamarle el freno, Y aun allí alguna almena le hallaba, Que como rayo á quien le falta el trueno Tras él venia volando, y le alcanzaba: Hasta que en un espeso bosque ameno, Donde su oculta gente le esperaba, Se entró, y quedó de Orlando el brazo duro Arrojando tras él deshecho el muro.

De los demás franceses despojados La burla mas ó menos celebrada, Bellos furiosos, delles reportados, De unos reida y de otros suspirada: Por entre antiguos mármoles quebrados De la arruinada torre desmochada Que el conde abrió, y una enebierta escala La luz les hizo señas de una sala.

Antecámara de otra parecia, A cuya puerta estaban dos candados, La arquitrabe y molduras de atauja, Aunque ya de matices deslustrados: Las puertas de marfil y pedrería, Los pilares de pórfido labrados, Y en el témpano encima el frontispicio, De la avaricia entretallado el vicio.

Puesto en las ondas del Estigio lago, De sed el infeliz Tántalo ardiendo, Muriendo por tomar dellas un trago, Y por no le tomar tambien muriendo: Que deste injusto vicio es justo pago Vivir deseando lo que está temiendo, Y tener las riquezas sin gozallas, Para solo el tormento de guardallas.

Viendo puertas con tantas cerraduras, No hubo francés que no alargase el paso, Por si hallara detrás de sus pinturas Los tesoros de Midas y de Craso, O algunas armas, ropa y vestiduras Para remedio del presente caso: Llegan, y á dos vaivenes dan sin duelo Con puertas y candados en el suelo.

Y todos en monton confuso entrando Por la sala temblar se vió el castillo, No iba con ellos el prudente Orlando, Aunque bastó el rumor á divertillo, Donde en el muro estaba fulminando Con duras rocas al gascon caudillo, Y la sala quedó cual de repente Los techos borda el sol del rojo Oriente.

De blanco mármol con relieves de oro, O era labrado, ó serlo parecia, Y entre mosaicos lazos por decoro Un Oriente de varia pedrería: De acunados esentos gran tesoro

Montones hecho por el suelo habia,  
Si en la hidrópica sed del oro hubiera  
Fin y tasa, esta sala se le diera.

Alguno en su paja cama echado,  
A quien necesidad quitó la cena,  
Rico durmiendo, y pobre desvelado,  
Su choza vió de igual tesoro llena:  
Y de quien la noche antes fue olvidado  
Solo que sueña poco le da pena,  
Llenando grandes sacos de oro ardiente,  
Que en sombra volverá la luz siguiente.

Bien así á la francesa gente avino  
El bello camarín de la riqueza,  
Donde apenas dió lumbré el metal fino,  
Cuando á todos rindió su fortaleza:  
Y llevados en ciego desatino  
De la hambrienta codicia sin pereza,  
Todos en dando un paso en el tesoro  
Vueltos quedaron en estatuas de oro.

Llegó á la sala el conde en el instante  
Que ya perdían el ser los delanteros,  
Y él sin osar mover el pié adelante  
La codicia perdió de los dineros:  
Y á ellos en lo insensible semejante  
Sin sentido quedó, y sin compañeros,  
Tan absorto en la máquina que via,  
Que otra estatua como ellos parecía.

No sabe si ellos ó él está encantado,  
Porque si ellos lo están, él lo parece,  
Maldice y culpa su contrario hado,  
Que tanto sus intentos aborrece:  
Mas el suceso bien considerado,  
«El pago, dice, tiene que merece  
Su locura, que gentes avarientas  
Hechas estatuas de oro están contentas.

¡Oh como el interés del oro estraga  
Al alma el gusto, al cuerpo los sentidos!  
Un hombre entero su ambición se traga,  
Y en los respetos los mejor nacidos:  
Así su vino turba, así embriaga,  
Que cual Circe los deja convertidos  
En fieros brutos de ánimos atroces,  
O sorda estatua al cielo, y á sus voces.

Entre la negra lama y turbia horrorra  
Del Aqueronte lago está en tormento  
Un espíritu triste en noche obscura,  
Seco de hambre, y de calor sediento:  
Con el agua á la boca, que procura  
Entrarse dentro dél, y él sin aliento  
Temiendo decrecer el río un trago,  
En pena eterna está en su eterno amago.

No en vano por blason desta su ciega  
Dorada sepultura el mármol tierno  
Da retratado al que á su puerta llega  
Este antiguo vecino del inlierno:  
¡Oh avaro inútil, que en confusa brega  
De ayuna hambre, y de temor eterno,  
Pasas la vida, y gozas de sus bienes,  
Como los que te faltan los que tienes.

La noche toda sin dormir velando  
Los sin fruto acuñados sacos de oro,  
A quien tocar de miedo estás temblando,  
Porque no hable su metal sonoro:  
¿Qué importa estar, ó idolatra mirando  
Que tus cofres de acero en su tesoro  
De Libia guarden las riquezas juntas,  
Y aren tus campos fértiles cien yuntas?

¿Qué importa que la cueva de Arimaspes  
El oro con que al mundo desafia  
En tu casa trastorne, y el Hidaspes  
Cuantas drogas por él la Misia envía?  
¿De la fría Scitia los vetados jaspes,  
Ó el metal rojo que en su arena cria  
El Ebro, el Indo, el Ganges, el Pactolo,  
Y mas que todos cuatro el Tajo solo?

¿Qué importa que del rojo mar la espuma  
En perlas vuelta te la den sus playas,  
Y del rico Quinsay una gran suma  
Por ambos mares á tus puertas trayas?  
¿Qué importa que en los cerros de tu pluma  
Se encierre el Tibar, y por tuyas hayas  
Cuantas masas derriiten y dan llenas

De espanto los respaldos de sus venas?

¿Si al fin temblando en medio tu tesoro

Al rostro enfermo de la hambre ayuna

Triste te rindes, y en cuitado lloro

De imprudente condenas la fortuna,

Que te dió á tiento tantas cargas de oro,

Mas sin fruto cual blanco de la luna,

Pues estar en tus cofres es lo mismo

Que el no haberlas sacado del abismo?»

Dijo, y mil trazas prueba, por si alguna

Divertirlos podrá de aquel tormento,

Mas no le acude á su intencion ninguna,

Que el oro es poderoso encantamento:

Y viendo tan trocada su fortuna,

«¡Oh cielos, dice, que en mi daño siento

No haber cosa en los hombres menos cierta,

Que el dia mas vecino á nuestra puerta!

Dístemela victoria de Girona,

Y esta noble y burlada compañía,

Con quien dejando el campo en Carcasona,

Ayer solo á buscar placer venia:

Hallo menospreciada mi persona,

Robado, triste, á pié, solo, sin guia,

Mi gente á riesgo en medio esos desiertos,

Y al parecer mis compañeros muertos.

Mas si es orden del brazo soberano,

Que el mar enfrena, y las estrellas rige:

El es el dueño, corra de su mano,

A su cuenta está todo, ¿quién me aflige?»

Así decia el Senador romano,

Y así de su imprudencia se corrige,

Buscando modos para ver si puede

Hacer que allí su compañía no quede.

Mas si asir con un lazo procuraba

La estatua que mas cerca parecia,

Apenas el cordel dentro llegaba,

Quando una sierpe de oro se volvía:

Y del pedazo que defuera estaba

Su encanto la troncaba y dividía,

Y en metiendo una vara por la puerta,

La mitad de oro parecia enjerta.

Así de Etna en los hornos encendidos,

Donde su bronce el ciclope derrite,

Los robles caen en brasas convertidos,

Que con el oro su color compite:

Y de los ramos de otro ser vestidos

Hace que el tronco se desgaje y quite,

Y que lo que antes era haya, ó pino,

El lustre herede del metal mas fino.

Cansado el conde de trazar al viento

Cosas que todas le salían en vano,

El castillo dejó, y su encantamento,

Y á pié se entró por un florido llano:

Por compañía solo su tormento,

Quando de lo alto de un collado enano

Un humo descubrió y paredes viejas,

Cabaña humilde de un pastor de ovejas.

Habia llevado de su error la pena

Tres dias sin comer desalentado,

Perdido el tino por la selva amena,

Y mas que en ella dentro en su cuidado:

Sin gusto el alma de congojas llena,

Quando arribó confuso y destrozado,

Ayuno, sin espíritu, ni aliento,

Del rústico pastor al fresco asiento.

Al rebaño llegó, que unos ribazos

Subia en las verdes faldas de un barbecho,

Y un merino carnero entre los brazos



A la estrecha cabaña fue derecho,  
Y á medio asar se le comió á pedazos,  
No del todo en su hambre satisfecho,  
Antes temió el pastor por lo que vía,  
Que tras él los demás se comería.

Dióle al deseo de reposar el prado  
Florido lecho, un cesped almohada,  
Y á un flojo cuerpo del calor causado,  
Las flores son alfombra regalada :  
Y el sueño y el descanso deseado,  
Vianda sin mas salsas sazonada,  
Que aquel cansancio que en los miembros anda,  
Del suelo duro hace cama blanda.

Al fresco silbo del templado viento,  
Que entre álamos y alisos bulle ufano,  
El sueño le borró del pensamiento  
La antigua pena con sabrosa mano...  
Cuando en Sansueña el noble alcaide atento  
A conocer el preso moro anciano :  
«Este es, con nuevo sobresalto dijo,  
El robador de mi perdido hijo.»

Y como en triste llanto se disuelve  
Sin dar respuesta, en confusion metido,  
Con la medrosa vista le revuelve,  
Y del doncel le preguntó perdido :  
¿A qué fin le hurtó? ¿cómo le vuelve?  
Y ¿adónde hasta ahora le ha tenido?  
A quien con miedo, sobresalto y lloro  
Así le respondió temblando el moro :

«Mi muerte veo, señor, y no tu hijo,  
Yo le robé en un ciego bosque umbroso  
Acaso sin pensar, pero bien dijo  
Quien la ocasion llamó ladron forzoso :  
No previne caverna ni escondrijos,  
Ni llacas postas en que huir medroso,  
La suerte me llevó por los cabellos,  
Sin procurar sus lances, ni entendedlos.

Saliendo tú en Miduerna á caza un día  
Con el rey Casto, y él con su sobrino,  
Con él tu hijo, y yo en su compañía,  
Una nublada tempestad que vino  
La caza nos deshizo y la alegría,  
Y á los dos nos llevó fuera de tino,  
Por entre incultos montes y vallados,  
Dos días sin ver por dónde derrotados.

Hallé al tercero un hato de pastores,  
Y allí tomando lengua ví que estaba  
Diez leguas de Miduerna y de sus flores,  
Que pensando acercarme me alejaba :  
¿Quién halló esclavo fiel á sus señores?  
¿A quién la servidumbre no le agrava?  
¿Quién no quiere ser libre? ¿quién procura  
Quitar de sí para otro la ventura?

Pidióle á la ocasion luego el deseo  
Mi libertad á costa de la ajena,  
Y al fin por no hacer largo rodeo,  
Pues ya mi historia para nada es buena,  
Huyendo desde aquí empecé á ser reo,  
Y desde aquí mi culpa me condena,  
Sí el apetito natural es culpa,  
O en mi delito puede haber disculpa.

A Valencia de aquí me fuí derecho,  
Y á tu hijo llevé en mi compañía,  
Que le hizo mas daño que provecho  
La desleal aficion que en él tenía :  
Y viendo el no pensado yerro hecho,  
Con quien igual satisfaccion no había,  
Al rey Abdalla se le dió por paje,  
Con la cuenta y razon de su linaje.

El le crió en su corte y su palacio,  
Yo desde allí á vivir vine á Toledo,  
No sé de aqueste tiempo en el espacio  
Que sea del, solo esto decir puedo.»  
Y con triste semblanza y rostro lacio  
Esperando la muerte estuvo quedo,

Sin mirar á Roselio de turbado,  
Ni conocerle por estar mudado.

Pero su padre, á quien la sangre ardiente  
Ya la verdad del caso le decia,  
Llorando de placer en su alma siente  
Lo que decirle nadie no sabia :  
Y con gusto abrazando tiernamente  
Al que por muerto en su opinion tenia,  
Cuenta le pide ya con regocijo  
De sus desgracias, y el mancebo dijo :

«Los trabajos, señor, en la memoria  
Tienen otro sabor que en los sentidos,  
Que la pena acabada es toda gloria,  
Y los pesares buenos para oídos :  
Y así los casos de mi nueva historia  
Volverán el deleite referidos

Que otro tiempo quitaron, oye atento  
El extraño suceso de mi cuento.

Desde que á las ventanas de la vida  
De la razon llegó la luz primera,  
Comenzando á aclarar con su venida  
De la niñez dormida la ceguera :  
Al primer escalon de mi subida  
Me conocí cautivo de manera,  
Que quiso la ventura que perdiese  
Antes la libertad que la tuviese.

Bien que un tibio recuerdo me quedaba,  
No de mi patria, padres, ni parientes,  
Sino de un no sé qué, que me avisaba  
Haber venido allí de extrañas gentes :  
Mas luego con el gusto se olvidaba,  
Solo atento á gozar de los presentes  
De la corte de Abdalla, en quien tenía  
Padre, patria, regalo, y compañía.

Tiene Abdalla el gobierno de Valencia  
Con dominio tiránico usurpado,  
Aunque por poca sangre y descendencia  
Le quieren otros dar el principado,  
Y que sea el cordobés reino su herencia,  
Y el intruso tirano revelado  
Aliatán, que hoy le goza y pone leyes,  
Guerreando en razon desto ambos los reyes.

Son grandes las cautelas y los tratos  
Que Aliatán y los suyos han movido  
Contra Abdalla, y no menos los recatos  
Con que desto en Valencia se ha vivido :  
En cierto cuartel suyo por contratos  
De gabela y servicio mal pedido,  
Y otros tributos graves y tiranos,  
Vivian como en prision ciertos cristianos.

Allí del segoviano San Vicente  
A quien Daciano dió por mortal vida  
Corona eterna, en un lugar decente  
Tenian cuerpo y parroquia conocida ;  
Donde acudia de la cristiana gente  
La mas noble, devota y corregida  
A un convento, debajo del auxilio,  
Reglas y vocacion del gran Basilio.

Era Mauril prior deste convento,  
En sangre ilustre, y en costumbres santo,  
Cordobés en honrado nacimiento,  
Y en nobles pñdonores otro tanto :  
De Aliatán primo, en cuyo fundamento  
El rey quiso intentar, con todo enanto  
Calor le fue posible, un trato doble  
De gran riesgo, á no ser Mauril tan noble.

Está el convento al valenciano muro  
En un fuerte lugar incorporado,  
Para cualquier traicion paso seguro,  
Si los de dentro venden el cuidado :  
Este intentó Aliatán comprar seguro  
Que Mauril por pariente ó por privado  
Gustaria de venderle, y desa suerte  
Daría á Valencia saco, y al rey muerte.

Mas si eran mármol las demás almenas,



Aquellas halló el rey que eran diamante,  
De mas lealtad que de argamasa llenas,  
Y el monge cordobés en ser constante:  
Esto en gran riesgo se trataba apenas  
Con el secreto y término importante,  
Y Hambroz corría la costa con su armada,  
Por si se hallase á la traicion entrada.

Mas Berberuz, un moro su adversario,  
Que de Valencia la opinion seguia,  
Venció y quitó la vida á este corsario  
Encima el puerto Caridemo un dia:  
Y ahora alguno del bando del contrario  
Descubriese el intento que traia  
Hambroz y la secreta inteligencia,  
Con que pensaba echar gente en Valencia;

O que por otra via y otro modo  
El peligroso trato se entendiese,  
Su inocencia mostró el cristiano godo  
Cuando no fue posible le valiese;  
Que nunca en el descargo se cree todo,  
Por mas que la verdad se ajuste y pese,  
Porque es disculpa al fin, y la disculpa,  
O mucha ó poca presupone culpa.

Quedó el rey con sospechas y recato  
De Mauril, que no pudo descargarse,  
De no haber descubierto á tiempo el trato,  
Que en la misma traicion podia vengarse:  
Fue creciendo tras esto cada rato  
La fama, que Aliatán viene á juntarse  
Con los cristianos, y otros que en Valencia  
Por contrato le han dado la obediencia.

Y aunque nuevas de vano fundamento,  
Pudieron con el suyo dar cuidado  
Y ocasion á un tirano mandamiento  
Contra el opreso pueblo baptizado:  
Que dentro de diez dias mude asiento  
En la ley, ó en el reino, y que pasado  
El término, se prenda por esclavo  
Quien no llevaré el bando real al cabo.

Fue grande el repentino sobresalto  
Que en la rica ciudad causó este edito,  
Porque irse era perderse, y quedar falto  
En la ley de su Dios, mayor delito:  
Si alguno se iba, en popular asalto  
En él daban los moros, y por rito  
De su Alcorán y secta mal nacida  
La hacienda le quitaban y la vida.

Como hambrientos sabuesos, que al que llega  
Humilde á demandar limosna al rico,  
Su importuno y confuso aullar le niega  
De la mesa alcanzar un vil zatico:  
Y si huyendo su enfadosa brega,  
Y aquel rabioso arremangar de hocico,  
Da la vuelta, arremeten denodados  
A dar con rabia en el sayal bocados.

Así á los valencianos los moriscos  
Con sus denuestos tratan y baldones,  
Y ellos por quiebras huyen y por riscos  
De su misma hacienda y posesiones;  
Que cual hambrientos lobos, que en apriscos  
Los corderos destrozan y vellones,  
En hacienda y persona la ira aceda  
Muestran en el que va, y en el que queda.

El santo abad Mauril, contra quien junta  
Toda esta nube y tempestad llovía,  
Viendo que á sola su persona apunta,  
Y á su humilde y devota compañía;  
Haciendo della una medrosa junta,  
Propuso el riesgo en que su estado via,  
El rigor del tirano, su inclemencia,  
Y la morisca bárbara insolencia.

Y viendo urgente y sin reparo el daño  
Que el cielo les envia por recuerdo  
Del sueño de su culpa, y desengaño  
Mundano, sale de común acuerdo,

Que huir del propio para el reino extraño  
Es en tal ocasion de ániño cuerdo,  
Y discreta ganancia echar perdida  
La capa al toro por salvar la vida.

Y que cuando otro bien ni causa tenga  
Esto mas que librar al gran Vicente  
De un segundo Daciano, y que no venga  
Su cuerpo á manos de la maura gente,  
Que en hacer dél escarnio se entretenga,  
Es sano acuerdo y causa suficiente  
El ponerlo por obra, dando todos  
Para este intento los mejores modos.

Al fin salen de acuerdo de embarcarse  
Con la santa reliquia al dia siguiente,  
Y del nocturno luto aprovecharse  
Con traza oculta y paso diligente:  
Ya el sueño comenzaba á descolgarse  
Con su quietud hácia la humana gente,  
De las estrellas que de en medio el cielo  
Rayos llovian de silencio al suelo.

Cuando los santos monges ocupados  
En huir del reino y la ciudad tirana,  
A dos barcos que estaban aprestados  
Llevan su mueble y prenda soberana;  
Yo el alma y los sentidos sepultados  
En un pesado sueño y sombra vana,  
Sobre la blanda pluma de mi lecho  
Retrato estaba de la muerte hecho.

Allí en trágico, horrible y triste sueño  
La confusa ciudad soñaba ardersé,  
Y todo el real alcázar con su dueño  
Sin culpa mia sobre mí romperse:  
Cuando á este punto vi en rostro risueño  
Un santo bulto cabe mí ponerse,  
Así hermoso, y de alegre luz vestido,  
Que solo fe pudiera ver dormido.

Como el que con los ojos de repente  
Dió en las medallas del dorado techo,  
Que con la húmeda luz resplandeciente  
De la luna está una ascua de oro hecho:  
Si antes le iba á tragar una serpiente,  
Queda viéndose libre satisfecho,  
Así yo me hallé, y así me avino  
Llegando á mí aquel bulto peregrino.

Conocí luego el rostro soberano  
De mi abogado mártir San Vicente,  
Que muchas veces antes no con vano  
Cuidado en su sepulcro vi presente:  
Y asíéndome la mia con su mano,  
«Huye, hijo, me dijo diligente,  
La odiosa tierra, y servidumbre triste,  
Si ya te desees ver donde naciste.»

Sobresaltóme el sueño, y temeroso  
De angustia lleno, y de sudor despierto,  
Y en mí sentido vuelto un doloroso  
Suspiro me dejó el cabello yerto:  
Salté del blando lecho receloso,  
Y en el bulto encontré de un hombre muerto.  
Que entre un gemido y otro en aquel punto  
Alma rendia y aliento todo junto.

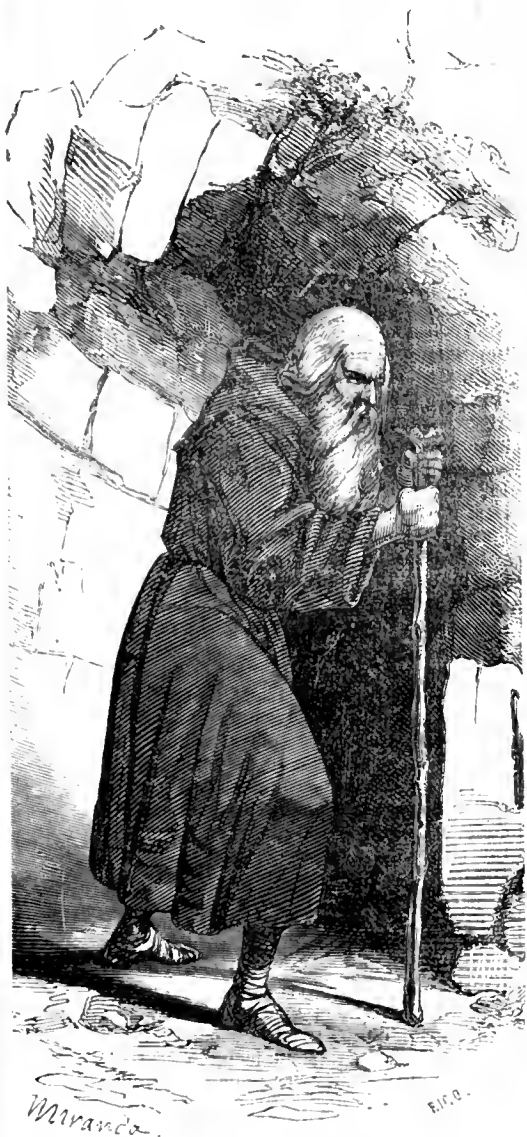
Llegué en turbado y temeroso paso  
A conocer el bulto, y vi tendido  
En un sangriento lago (¡extraño caso!)  
Del rey Abdalla al principe querido:  
El gallardo Algaicel al cielo rasó,  
De una estocada el corazon partido,  
El alma me pasmó, el cabello verto,  
Por un rato á sus piés me quedé muerto.

Mas vuelto sobre mí con mas recato  
El peligro miré en que estaba puesto,  
Muerto á mis piés del principe un retrato,  
Y del alcázar en quietud el resto:  
Yo solo á ser del alevoso trato  
Sin culpa alguna el agresor dispuesto,  
¿Quién me salvará el riesgo de la vida

Si doy el muerto, y no al que fue homicida?

Comencé á discurrir por cual camino  
Entrar pudo ó salir el delincuente,  
Cuando á tienta y sin ver donde camino  
Del real jardín me hallé cabe una fuente;  
Y entre la turbacion y el desatino  
De un postigo la puerta vi patente,  
Por donde vi que del suceso extraño  
El sin piedad autor metió el engaño.

Y á mejor confirmar la incierta duda  
A la vecina playa sali atento,  
Buscando el rastro entre la sombra muda,  
Cuando oí de cerca apresurado aliento:  
Este es, dije, el traidor, y con desnuda



El Rey Rodrigo, Ermitaño.

Y Mauril que rezando los guiaba  
En tono grave, y paso medrado:  
Yo viendo que de mí se recataba,  
En mi primer sospecha confirmado,  
Tan cargado me vi de desconcierto,  
Que pensé que iban á enterrar mi muerto.

Conocióme el abad Maurilo, fuese  
En la voz, ó lo que es de creer mas sano,  
Mi venida en espíritu supiese,  
Que á un amigo de Dios todo le es llano:  
Y humilde, «oh mi Reselio, dijo, cese  
El brio sin causa de tan noble mano,  
Que el cielo, y no otro brazo de enemigo,  
Es quien al reino ha dado este castigo.»

Fue causa el monge de mayor espanto  
Con su vista y palabras no entendidas  
Hasta que entre el sonoro humilde canto,  
«No es salvar todo, dijo, humanas vidas,  
Que las reliquias deste mártir santo,  
Aunque en esta urna estrecha recogidas,  
A salvar nos obligan su tesoro,  
Del cielo digno, y no de un pueblo moro.»

Así dijo, y á mi alma la memoria  
Lo que antes entre sueños visto habia,  
Y del sagrado mártir la notoria  
Merced, que á cuenta de quien es me hacia,  
Sacándome del riesgo con victoria,  
Riesgo mortal que á dar en mí venia,  
Su santo cuerpo adoro, y el cuidado  
De mí le di, y con él me hallé embarcado.

Cien cristianos sin niños ni mujeres  
Dentro hallamos ya de dos navios,  
Que con su pobre mueble y sus haberes  
Huían del reino infiel los desvarios:  
Y antes que con dorados rosicieres  
El alba tiña sus plumajes frios,  
De un fresco viento en vuelo arrebatados  
El espumoso mar nos vió engolfados.

Mas apenas la luz del nuevo día  
El Oriente sembró de rayos de oro,  
Y la enemiga tierra que huía  
La vista nos quitó del pueblo moro:  
Cuando una obscura nube densa y fria,  
De aire impelida con rumor sonoro,  
En medio nos cogió, trayendo llenos  
De ciega tempestad los turbios senos.

Tres dias fuimos sin luz confusamente,  
O tres noches en una, si hubo en ella,  
O pudo haber entre la humana gente,  
Día sin sol, y noche sin estrella:  
Y al cuarto, cuando el alba en el Oriente  
Su nueva tez mostró rosada y bella,  
De lejos vimos las alegres cumbres  
Del puerto de Marbella, y sus alumbres.

Del crespo mar el áspero camino  
Tan breve hecho en temporal tan vario,  
Del cielo pareció favor divino,  
A quien nunca sopló viento contrario:  
Ambos leños á un tumbo cristalino,  
Como asidos de engace voluntario,  
A una surcan la mar sin riesgo, llena  
De ocultas rocas, y mudable arena.

Y aunque era sin quietud ciega tormenta  
De viento y agua en que íbamos metidos,  
En otra iban mayor y de mas cuenta  
Mi memoria turbada, y mis sentidos:  
De mi vida los riesgos, la violenta  
Desdicha de Algaicel, los no entendidos  
Fines de mi viaje y dónde el viento  
A dar iria á nuestro curso asiento.

Fue por entonces el suceso incierto  
Del malogrado príncipe, ni ahora  
Se sabe mas que haber sin culpa muerto,  
Siendo su hermana de su muerte aulora:  
Y habiéndose la tierra descubierto,

Espada, y no advertido arrojamiento,  
Al bulto me llegué, y en voz valiente,  
«¿Quién sois? le pregunté, teneos, ¿qué gente?»

Hallé un coro de monges, que llevaba  
Un alaúd al vecino mar cargado,

Y un sol alegre tras la cuarta aurora,  
Al encubierto abrigo de una sierra.  
A hacer llegamos agua, y tomar tierra.

Donde con gusto de recelos lleno,  
Y alegría mezclada en temor vano,  
Aquel día nos dejó el tiempo sereno  
En el favor de un pescador cristiano,  
Cuyas nudosas redes de aquel seno  
Polilla solían ser, y en trato humano  
Fiel albergue nos dió, y de su trabajo  
Las pobres sobras que tenía nos trajo.

Era el intento, aunque en prolija vuelta,  
Buscar la humilde costa de Galicia,  
Donde en tierra desnuda de revuelta  
Libres huir la alárabe codicia:  
Gozando en vida de ambiciones suelta  
Los dejos de la bárbara milicia,  
Que sin los sobresaltos de la guerra  
Nadie el bien sabe que la paz encierra.

Ayudados del viento y las corrientes  
El día nos vió en la boca del Estrecho,  
Donde de los peñascos eminentes  
Del monte Avila y Calpe vimos hecho  
El termino del mundo, y de las gentes,  
Y aquel inmenso golfo sin provecho  
A la frecuentacion del trato humano,  
En que obscuro se estiende el Oceano.

Entramos viento en popa por la puerta  
Con que el un mundo al otro comunica  
De sus golfos las aguas, y cubierta  
De blanca espuma da su arena rica:  
Y del seguro puerto y playa abierta  
De Algecira y Tarifa buye y pica  
Nuestra medrosa flota, y mientras pasa  
Las ruinas de Carteya mide y tasa.

Los rotos muros que de jaspes pardos  
Ya fueron, y hoy de tiempo son carcoma,  
Donde hizo el imperio á los bastardos  
Hijos de España una bastarda Roma:  
Dejando á mano izquierda los gallardos  
Jardines y arboledas de quien toma  
Nombre Afrodísia, vimos al remate  
Del día á Trafalgar sobre Barbate.

Y allí en la cumbre de una aguda sierra  
Los destrozos y mármoles gastados  
Del antiguo sepulcro, que hechos tierra  
Guarda del Gerion miembros doblados:  
Y al vecino Conil, que haciendo guerra  
Con gente y atambor á los pescados,  
Revuelve mas atunes en el mar de Tracia.  
Que Proteo focas en el mar de Tracia.

Ya de la antigua Cádiz las almenas  
A los rayos del sol daban ventanas,  
Y á nuestros ojos de oro y lumbré llenas  
Noticia de las playas comarcanas;  
Cuando el viento empezó á calmar, que apenas  
Sus costas vimos con la espuma canas,  
Ni á Guadalete ya en tinieblas denso,  
Ni á su puerto, á quien da cristal por censo.

Al día siguiente nos halló el lucero  
Del gran templo mirando las ruinas,  
Que ya hubo consagrado en lo postrero  
Del Betis á sus luces cristalinas:  
De aquí con infeliz y mal agüero  
Llena de gentes vimos peregrinas  
La Jabega, que en trato humilde y bajo,  
Ni la fortuna estima, ni el trabajo.

Y un viento allí se levantó tan vivo,  
Que á correr nos forzó hasta Ayamonte,  
Donde de flores lleno el cuerno altivo  
Guadiana pasa carcomiendo un monte:  
A ver del hondo Oceano el motivo  
Con que á España da moros y horizonte,  
Y el cristal de sus bondas traga y cierra  
El paso al mundo, el término á la tierra.

Aquí ya un viento sur dejó revuelto  
En remolinos de agua el mar hinchado,  
Y un rebotado vendaval, mas suelto  
Que el tiempo prometia y el cuidado,  
Tormenta se volvió, y el cielo envuelto  
En el velón de un lóbrego nublado,  
A romper comenzó de entre sus senos  
Roncos bramidos de confusos truenos.  
Fue creciendo la noche y la tormenta  
Tanto del primer viento y del segundo,  
Que parecia que la mar hambrienta  
De aquella vez tragarse queria el mundo:  
Rompe el árbol, la jarcia y racamenta,  
La quilla y el timon en lo profundo  
De un peñasco, y el barco todo abierto,  
El mas vivo en la fe se dió por muerto.

Mas bien se vió que el mar santo al celo  
De sus fieles devotos mostrar quiso,  
Que para obedecer á los del cielo  
No hay tiempo, viento acá, ni mar remiso;  
Pues cuando todo ya el caudal del suelo  
Sin remedio se hallaba, de improviso  
El santo nos libró, y solo el santo  
Pudiera en tal tormenta, y tal quebranto.

Hechos pedazos árboles, entenas,  
Velas, timones, jarcias y navios,  
En blancas playas de arboledas llenas,  
De arrecifes cercadas y bajos,  
Encallados sin riesgo en sus arenas,  
Entre dos claros y agradables rios,  
Que mas amena hacen su frescura,  
Dejándonos se fue la noche oscura.

En medio la famosa corva punta,  
Que para fin de Europa puso el cielo  
Al sacro promontorio, en quien barrunta  
El mundo que da fin, y punto el suelo;  
Allí donde las mares hacen junta  
De sus cristales y se mezcla el yelo  
De Tile con los libios arenales,  
Y al Poniente las conchas orientales.

Libres aquí del riesgo ya pasado,  
Con notoria evidencia conocimos,  
Que el santo este lugar nos habia dado  
Por suyo, y de su nombre le pusimos:  
Y si antes se llamó Cabo sagrado,  
En esperanzas de lo que á él trajimos,  
Ya pues le goza, por la edad siguiente  
Cabo se llamará de San Vicente.

Saltamos en la alegre playa, y luego  
De agradables bullicios se vió llena.  
Quién buscando agua, quien sacando fuego,  
Quién trazando el almuerzo, quién la cena:  
Quién sube el monte arriba, y con sosiego  
Del bosque mira la espesura amena,  
Quién la leña acarrea, y quién estaca  
Lugar en lo mejor á su barraca.

El prudente Mauril del ya deshecho  
Bajel mandó sacar el cuerpo santo,  
Rodeando en procesion un largo trecho  
De la ribera con piadoso llanto:  
Y puesto en tierra el venerable pecho,  
«Oh padre, dijo, cuyo eterno manto  
Abriga, cubre, y da pasto fecundo  
A cuanto hay de tu cielo á nuestro mundo:

Tú que te has hecho cargo del sustento  
De las vidas, del aire, y de la tierra,  
Y sin que siembren das mantenimiento  
A cuantos peces este golfo encierra:  
Tú Señor, cuyo oculto y santo intento  
Al pié nos trajo de esta inculca sierra  
Por fin del mundo, al fin que no sabemos,  
Que aquí á mas no poder te obedecemos;

Tú mira por tu pueblo, pues es tuyo,  
Admitiendo en sus culpas su descargo,  
De nuevo á tu poder le restituyo,

Todo es tuyo, Señor, quede á tu cargo:  
Y vos gran mártir de Valencia, en cuyo  
Amparo hicimos un rodeo tan largo,  
Sednos propicio, y dadnos pueblo estable,  
De aire benigno, y tierra saludable.»

Dijo, y habiendo todos repetido  
En lo interior del alma el mismo ruego,  
Y adorando el patron recién venido,  
A su oficio volvió cada uno luego:  
Cuando al santo Mauril ha parecido  
Humo en un risco que es señal de fuego,  
Y una cruz en la cumbre de una peña,  
Que de las señas es la mejor seña.

Y acompañando algunos sus pisadas  
Hacia el farol nos fuimos de la vida,  
Por entre breñas de ásperas quebradas  
Buseando al cerro la mejor subida:  
Era todo de peñas encrespadas,  
La altiva frente y falda guarnecida  
De enhiestos pinos, palmas y algarrobos,  
Seca retama, y frágiles escombros.

Doblando al yerto monte la aspereza  
Su alta cumbre escalamos con trabajo,  
Por donde alzando al cielo la cabeza  
La invicta España humilde ve debajo:  
Y sobre el hombro de mayor grandeza  
Otro peñol levanta y otro gajo,  
Que de torres cercado, y gruesas puntas,  
Un rico y bello alcázar forman juntas.

La cruz en una dellas era hecha  
De un altísimo pino desmochado,  
De su nativo asiento en la derecha  
Peña sin mas primor incorporado;  
Naciéndose ella cruz de su cosecha  
Con sólo haberla de hojas desnudado,  
Y pareciendo abajo tan pequeña.  
Que apenas forma una visible seña.

Enfrente della, y de un estrecho llano,  
Que al ancho mar de mirador servía,  
Una humilde caverna hecha á mano,  
O cavada del tiempo parecía:  
De quien vinos salir un hombre anciano,  
Que la barba y cabello le cubría,  
Del color de la nieve todo el pecho.

Alto, fornido en proporción, derecho,  
De aspecto grave, venerable en todo,  
Del tiempo y su aspereza consumido,  
Aunque en su traza, compostura y modo,  
Bien daba á conocer lo que habia sido:  
Un vivo resplandor del valor godo,  
No de otro mendigado ni fingido,  
Que por sí mismo hizo desde luego  
Respetásemos todos su sosiego.

Así el anciano Enoc, ó el santo Elias,  
Tras tantos siglos en igual sugeto  
Se mostrarán al mundo (si los días  
Alcanzan por allá á hacer su efecto)  
Y en robusta vejez por las sombrías  
Frescas ramadas del jardín secreto,  
A donde ahora están depositados,  
De años irán y autoridad cargados.

Y él con semblante real, y pecho dino  
De lo que estaba en él disimulado,  
Al sabio abad Mauril humilde vino,  
Diciendo en rostro alegre, «oh padre amado,  
¡Por cuán torcido y áspero camino  
El cielo á este destierro os ha arrojado,  
Para consuelo á un ánimo afligido,  
Y remedio del alma de un perdido!

Cien años hizo ayer que en esta tierra  
Con esperanza entré deste buen día,  
Regando con mis lágrimas la tierra  
Ajena ahora, y otro tiempo mía;  
Donde conmigo en ordinaria guerra,  
Cansada lucha, y desigual porfía

Siempre he vivido, pero ya se llega  
El fin dichoso de tan larga brega.

El santo mártir, que hoy con su tesoro  
Viene á hacer rico el pobre albergue mío,  
Que libre me sacó del campo moro  
Para en este llorar mi desvarío;  
A quien pensé labrar altares de oro,  
Y templos de alabastro y mármol pio,  
Días ha que medió desta venida  
La esperanza por alma de mi vida.

Y ya que levantar en su memoria  
(Como un tiempo pensé) muros no puedo,  
Ni en duros broncees entallar la historia  
De su martirio en Córdoba y Toledo;  
No le ha faltado á mi ánimo la gloria  
De cumplir este voto, aunque con miedo,  
Que hombre que á su Criador ofendió tanto  
Pueda agradar con su ejercicio á un santo.

Con él tengo y mis lágrimas ya hecha  
Una humilde capilla de mi mano,  
Que aunque sea al huésped tal posada estrecha,  
La trazó amor, obrero soberano:  
Esta es que veis, y si esta no aprovecha  
Será altar este monte, España el plano  
Del templo, el sol la lámpara, y el cielo  
La bóveda en que dé la fama el vuelo.»

Dijo, y con reverencia y con espanto  
Atentos todos su discurso oímos,  
Y desde luego en opinión de santo  
En su vista y palabras le tuvimos:  
Y él guiando á la ermita, por el canto  
De una tajada peña descendimos  
Algunos pasos á un pequeño llano  
Del cielo hecho por grandeza á mano.

De veinte piés en proporcion cuadrado  
Dentro de un risco un patio se hacía,  
De un bastante pretil acompañado  
Por la parte de Oriente y Mediodía:  
Y por todas las otras abrigado  
De un peñasco que al cielo se subía,  
Y hacia el frío Norte una caverna hecha,  
Ancha en los senos, y en la boca estrecha.

Parece que el Autor del mundo quiso,  
Cuando labró aquel risco de su mano,  
Un mirador hacer del paraíso  
En lo escondido de su breve llano:  
Y en medio del un templo de su aviso,  
Cuyo altar y sagrario soberano  
La estrecha cueva fuese, y su capilla  
De los siglos la octava maravilla.

La parte superior, que á la inclemencia  
Del riguroso tiempo está rendida,  
La humana industria en sabia diligencia  
De enjutas palmas la tenia vestida:  
Y del grave ermitaño la prudencia  
Así la estrecha cuadra repartida,  
Que era humilde oratorio, y contra el viento  
Albergue sano, y cómodo aposento.

La limpia gruta que de altar servía  
Con tapices de palmas entoldada,  
Que el sabio anciano con primor tejía  
Para vestirse á sí, y á su morada:  
Ya pudo usar mejor tapicería  
Un tiempo, pero aquella fue prestada,  
Y así al mejor se le acabó, mas esta  
Eterna quedará en su templo puesta.

Del sangriento calvario el gran trofeo  
De flores recamado por defuera,  
Al sacro altar devoto camafeo  
Y pia reverencia al lugar era;  
Y á los presentes general deseo  
De conocer la magestad severa  
Del dueño, mas ninguno hay tan osado,  
Que á decirle se atreva su euidado.

Mas viendo del altísimo antepecho

El mundo que á los ojos descubria,  
Muda estatua el mas sabio quedó hecho  
Absorto contemplando en lo que via:  
Del mar profundo un largo y ancho trecho,  
Que mudables espejos parecia,  
Y entre sus crespas olas de aire llenas  
Los delfines cruzando, y las ballenas.

El risco activo en un diluvio entero  
De luciente cristal las selvas moja,  
Que de aquel desigual despeñadero  
Con espantoso estruendo al mar se arroja:  
Y de una Peña en otra á lo postrero  
Del monte hirviendo da su espuma floja,  
Haciendo antes pedazos por los riscos  
Cristales, flores, perlas, y lentiscos.

Por otra parte el monte, cuyos pinos  
Parece que se esconden en el cielo,  
Y entre tajadas peñas los espinos  
De rocas cubren y bosqueja el suelo:  
Trepala yedra, suben remolinos  
De flores y de yerba por señuelo  
Al presto gamo que por ellas salta,  
Y de verlas temblar se sobresalta.

Silban por entre almece y algarrobos  
Las mirilas, las calandrias y gilgueros,  
Retezan por la grama, y dan corcovos,  
Las liebres y gazapos placenteros:  
Huyen los ciervos, rumian los escobos  
Las cabras, y en las peñas y agujeros  
El conejo se esconde, y por sus quiebras  
Enroscadas asoman las culebras.

Todo esto al son del bosque, y del ruido  
Del rio que por los riscos se despeña,  
De las aves el canto no aprendido,  
Y del monte la verde y crespas greña:  
Desde aquel alto y abreviado nido,  
Que labró el cielo en medio de una Peña,  
Se ven sin otras nuevas maravillas  
Resacas de la mar y sus orillas.

El contemplar la rística hermosura  
Los sentidos tenia embelesados,  
Y entre aquellos asombros la figura  
Del dueño de sus yermos olvidados:  
Cuando él, en tono lleno de dulzura,  
Así al nuevo concurso de cuidados,  
Que advirtió en nuestros ánimos atentos,  
En su boca formó graves acentos.

«De cuán enano cuerpo, y cuán menudas  
Son las humanas fábricas, medidas  
A las grandezas que entre peñas rudas  
Suelen en un desierto estar perdidas:  
Qué humildes las mas altas, qué desnudas  
De magestad y luz las mas vestidas,  
Qué primor mendigado, y qué pobreza,  
Las de mas precio, y de mayor gracia!

Los artesones de oro sustentados  
En dóricas columnas, y á par dellos  
Ricos jáspe, y pórfidos vetados  
De azules venas, y de lazos bellos;  
A dos días de vistos y tratados,  
Si al principio admiraron, cansa el vellos,  
Enfadan los tapices, y el aseo  
Del mas pintado alcázar queda feo.

Son tibios los colores y pinceles  
Que el mundo mas celebra y solemniza,  
Puestos con las alfombras y soseles  
Con que mayo unos riscos entapiza:  
El fino rosicler de sus claveles,  
Lo azul del lirio, la color pajiza  
De un ya maduro trigo, y aquel fresco  
Que con su aliento bulle en lo grutesco;

Aquel confuso amontonar de cosas,  
Arrojadas acaso, y diferentes,  
Aquí yedra, allí espinas, allá rosas,  
Riscos, flores, peñascos, rios y fuentes,

Y unos lejos que vuelven mas vistosas  
Las mismas cosas que se ven presentes,  
Un pedazo de playa, una montaña,  
Que al cielo sube, y á la vista engaña.

Y donde sobre todo de su dueño  
El gran tesoro y el caudal se infiere,  
Es que al grande, al mediano, y al pequeño,  
Todo se da de valde á quien lo quiere:  
No hay puerta, no hay cancel, desvío, ni ceño,  
Sea la hora, el lugar, y el día que fuere,  
Que siempre para el gusto y el provecho  
Puesto se está el tapiz, y el toldo hecho.

Ora cruzando vayan los desiertos  
De algun inculto bosque, ó engolfado  
En medio de los mares encubiertos  
Al frio Scita, y al Burney tostado;  
O en el del Sur sobre peñascos yertos  
El romper goce del cristal helado,  
Cuyos tumbos la playa y el arena  
De blanco nacar da y mariscos llena.

O bien se baje donde en vuelo ardiente  
La línea equinocial midiendo el día,  
Con alas de oro encima de su frente  
La suya enarca llena de alegría;  
Que allí entre aquellos páramos sin gente  
(Si el mundo aun tiene allí tierra baldía)  
Sus solitarios y ásperos espacios  
De los reyes humillan los palacios.

Que aun contemplando aquí el humor fecundo  
Que sus anchos desiertos fertiliza,  
Con ignorante miedo de que el mundo  
Allí el rojo calor le haga ceniza:  
O que su ignoto piélago profundo  
Las crespas olas con que el tumbo eriza  
Entre las rocas quiebre, y se consuma  
Trocada su altivez en blanca espuma.

O imaginando estrellas nunca vistas  
De Europa, ó sus peñascos, no tocados  
De humanas plantas, entre varias listas  
De preciosos metales engastados  
En pastas de diamantes y amatistas,  
Siempre llenos he visto mis cuidados  
Del deleite que causan peregrino  
Estos rascuños del pincel divino.

Un siglo entero, que de nuevo un mundo  
Hacerle suele, y trastornar la vida  
Del mas robusto pecho, y mas fecundo  
Calor que en miembros de jayán se anida,  
Para gozar este balcon profundo  
Pequeña ha sido y corta su corrida:  
¿Que mucho ahora os suspenda el alma entera,  
Siendo esta en que le veis la vez primera?

Mas demos ya el asiento en lo importante,  
Que el tiempo huye del mundo por la posta,  
Y si es digna de gloria semejante  
Esta humilde capilla y cueva angosta,  
Con himno santo en procesion triunfante  
Subamos el Patron desta ancha costa!  
A este alcázar del cielo, que hasta ahora  
La cárcel fue de un alma pecadora.

Y si teneis quizá, como yo siento,  
Deseos de saber quién soy y he sido,  
Por qué culpas el cielo este aposento  
Me dió, y en él los años que he vivido,  
En dando al mártir en su ermita asiento  
Lo sabreis: vos ahora, esclarecido  
Y sábio abad Mauril, sedme propicio  
En que yo haga al santo este servicio.»

Dijo, y todos con ánimo dispuesto  
De dar cumplido de su gusto el modo,  
A la ancha playa del peñol enhiesto  
Siguiendo fuimos al humilde godo,  
Que á los piés del invicto mártir puesto,  
En lágrimas de amor deshecho todo,  
Tierno los besa, y con su fe cumplida

Hacer lo mismo á todos nos convida.

Suplió la devoción y el placer mudo  
De aparato al triunfo soberano,  
Y al encumbrado altar, ya no desnudo,  
El gran mártir subimos segoviano:  
Y bien que el pueblo en procesion menudo,  
En pecho grande fue, y amor cristiano,  
Donde en solemnidad, música y canto  
La misa aquel día dijo el abad santo.

Y el humilde ermitaño prevenido  
Al disfrazado Dios en pan de vida  
Con santa confesion, y encendido  
Fuego de amor, y pena no fingida  
De sus pasadas culpas con rendido,  
Añimo, y lengua en llanto derretida,  
Antes del sacro pan, en el pajizo  
Templo esta general confesion hizo.

«Pues ya el Rector del cielo soberano,  
Que hasta ahora mis ofensas ha sufrido,  
Al término presente de su mano  
Para mas gloria suya me ha traído:  
Sea el mundo testigo, sea escribano  
La fama ya otra vez como lo ha sido  
De mis escesos, y al pasado cargo  
Junte, si alguno tiene, este descargo.

Y pues ofendí al cielo, y puse al mundo  
En riesgo, y al infierno deje abierta  
Para que á cuenta mia su profundo  
Vientre de almas engorde, una ancha puerta;  
Pues fui el primero sin tener segundo,  
Ni haberle de tener, que vió desierta  
A España de valor, y sus regiones  
Asombradas de bárbaras naciones;

Oyan los cielos, ángeles y santos,  
Testigos y jueces de mi vida,  
La tierra, el aire y mar, con todos cuantos  
En ellos tienen parte conocida:  
Oya el infierno en medio de sus llantos,  
Y la caterva y plebe denegrida

De almas y negros bultos, que en eterno  
Dolor rodea y ciñe el lago averno;

Y todo finalmente el circuito  
De la universal máquina criada,  
Y sobre todo el español distrito  
Como parte mas lesa y agravada:  
Oyan todos, pues todos mi delito  
Saben, desde el zenit y zona helada,  
Que ciñe á mi primer nacion la frente,  
Hasta del Garamante el suelo ardiente;

Como yo el desdichado rey Rodrigo,  
Por propias culpas mías declarado  
Para verlugo al celestial castigo  
Que á la infeliz España ordenó el hado:  
De rey que debía ser vuelto enemigo,  
De Witiza siguiendo el desenfado  
Y vicios que sembró, que yo debiera  
Escardar, si el que al reino debía fuera;

Sepan que yo fui solo el instrumento,  
Y mi culpa la puerta á tantos males,  
Que aunque en el soberano entendimiento  
De quien sus leyes toman los mortales,  
Para otro oculto y no sabido intento  
En tablas estuviesen inmortales  
Con roja sangre escritos, y sus nombres  
Inmudables al brazo de los hombres;

Yo solo aceleré con mis delitos  
La divina justicia, yo imprudente  
Graves escesos cometí infinitos,  
Y airado hice al rey omnipotente:  
Todos contra mí solo están escritos;  
Yo solo fui de España el fuego ardiente,  
Que al descuido de un rey un reino viene  
Al triste estado que ahora España tiene.

Y aunque todos son carga en mi memoria,  
Y yo asombro por todos del infierno  
(Si el que con su pasión compró mi gloria  
No me da libre de su fuego eterno)  
El que al discurso de tan triste historia



Siempre mi corazón halló mas tierno,  
En mis ojos mas lágrimas, mas tiros  
En mi alma, y en mi boca mas suspiros;  
Fue de Ataulfo el afeado gesto  
Que por leal sacó, y por obediente

De la enemiga Atanagilda en esto,  
Como en pasarse en Africa insolente:  
Grave delito fue haber descompuesto  
Al rey Witiza, y siendo mi pariente,  
Con el favor romano, y mis antojos,



Privádole del reino y de los ojos.

Grave delito fue el voraz desseo

De entrar en mi usurpada monarquía,

Y de la torpe vida el vicio feo

Que en mi ofendido reino permitía,

Y el desnudar del belicoso arreo

La invicta España en quien su paz tenía,

Como que yo de intento al triste caso

Del feroz mauro diera llano el paso.

Y entre todas mis culpas la famosa,

Y que mas se descubre, y mas campea

A los ojos del vulgo, la alrentosa

Fuerza y estupro de una falsa idea,

Que á un ciego antojo pareció hermosa,

Y á la triste memoria amarga y fea,

Hija de un traidor conde, que en ser malo

Aun yo el mayor de todos no le igualo.

Y si fue culpa dará la pureza

De mi gótica sangre la africana,

Y dejar Zara ley, reino y riqueza,

Mas por ser mia, que por ser cristiana;

Y la curiosa y bárbara fiera

De abrir la antigua cueva toledana,

Donde el hado de España estaba oculto

En las espaldas de un mudable bulto;

Y otras ocultas culpas y defetos,

Que al libro de mi vida harán cargo

En públicos sumarios, ó en secretos,

Tras un discurso y un vivir tan largo:

Aunque todos cien años imperfetos

Me cuestan de dolor y llanto amargo,

Siempre que á Ataulfo en la memoria miro,

Con nueva pena y confusion suspiro.

Tanto á un leal criado se le debe,

Y cual este en lealtad nadie le tuvo,

Ni si él viviera del vasallo alevé

La traicion el efecto hubiera que hubo:

Murió como español, mas murió en breve,

Que el cielo que en la vida le mantuvo,

Mientras quiso que el reino mio fuese,

Por quitármele hizo que muriese.

Murió, y no hallando en la agostada España

Brazo á quien dar del campo el cetro honroso,

El salir yo con él á la campaña

En riesgo general me fue forzoso:

¡Encuentro duro de fortuna estraña,

Que sobre el rio Leteo dió espantoso

Vaiven conmigo, y á sus piés con todo

El nombre y pundonor del valor godo!

Ocho veces la lámpara febea

Salió alumbrando el mundo, y ocho veces

La negra sombra de la noche fea

De la luna alteró las blancas teces;

Y tantos dias la mortal pelca,

El sol y las estrellas por jueces,

En España duró, sin durar ella

Mas en su libertad, que en fenecella.

De allí ya viendo que el rigor del cielo

Era, y no otro el azote del castigo,

Sin esperanza de favor del suelo

El campo dejé y reino al enemigo:

Y aquí de angustia lleno y desconsuelo,

Si conmigo venia, dí conmigo,

De un rústico vestido disfrazado,

Que compré por la púrpura y brocado.

Cien cursos ha revuelto el gran planeta,

Que por doce escalones de oro mide

El cerco de la vida, y de imperfeta

Vuelta los demás círculos divide:

Despues que entré á la soledad secreta,

Que en este inculto páramo reside,

Siempre pidiendo, aunque con lengua muda,

A mis culpas perdon y al cielo ayuda.

Y es tan piadoso el Padre soberano,

Que sin mirar del pródigo perdido

La grave ofensa y término villano

Con que á mas no poder se ha reducido,

Con favores de padre, y padre humano,

Regalado y en palmas me ha traído

Hecho otro Benjamin hasta este punto,

Que el premio espero de su sangre junto.

Dióme este rio néctar, y el sustento

Estos almeces, palmas y algarrobos,

Esta secreta cueva el aposento,

El suelo cama, y colchas sus escobos:

Despertando al cuidado soñoliento

De noche los aullidos de los lobos,

Para enviar con dulce desconsuelo

Por mis mañines lágrimas al cielo.

Destá suerte he corrido el curso entero

De un siglo en vida dulce y sosegada,

Llena de paz y de ánimo sincero,

Bien que de algunos miedos asaltada:

Mas fuera de aquel gusto verdadero

De verla en Dios, y por su amor gastada,

Aun en lo natural así regala,

Que la de mas deleite no la iguala.

En santa ociosidad vagando á veces

Por los secretos ángulos del cielo,

O á sus cóncavos, nudos y combeces

Atento contemplando el curso y vuelo;

O á las palmas pidiendo y á las nueces

Sustento y sombras, al florido suelo

Verdes tapides, cantos á las aves,

Aliento al aire, al mar bramidos graves.

En esta ocupacion y este ejercicio

La vida he preparado y la conciencia,

Para dar cuenta della en el juicio

De aquel en quien espero hallar clemencia;

Y ahora mas, pues me vino á ser propicio

En tal trance el gran Santo de Valencia:

Vosotros deste bien nobles autores,

No me negueis con él vuestros favores.

Ayudadme á la fin de la jornada

Los que el cielo hacer testigos quiso

De mi vida presente y la pasada,

Y séale al mundo general aviso:

Que el rey Rodrigo, si dejó manchada

Por incauto su fama y por remiso,

Ya con cien años de continuo llanto,

Si sus manchas lavó no saldrán tanto.

Toda esta magna conjuncion que junta

Favorece á los árabes furoros,

Y en Sagitario y su primera punta

Harán los dos planetas superiores;

El fin y el punto de mi muerte apunta,

Hasta ella sola llegan los mayores

Términos del periodo de mi vida,

Si antes no abrevia el cielo la partida.»

Así dijo, y postrándose en el suelo,

En lágrimas el pecho consumido

De humilde contricion, al Rey del cielo

En la hostia santa recibió escondido,

Con tanto gusto y general consuelo,

Que en un profundo raptó suspendido,

Y levantado de la tierra un codo,

Dió el alma á su Criador el postrer godo.

Quedó ya con dos santos la capilla

Hecha del cielo un singular retrato,

Y todos de tan nueva maravilla

Llenos de admiracion y de rebato:

Viendo al rey godo que perdió á Castilla

Morir tan sin grandeza ni aparato,

Cuando en el mundo se tenía por cierto,

Que en él había cien años antes muerto.

Hízose humilde entierro al rey potente

Conforme el tiempo y ocasion pedía,

En un sepulcro que por mas decente

Dentro labramos de la Peña fria;

Donde Mauril, que en todo era eminente,



Un epitafio puso, que decia :  
«Aquí yace Rodrigo en este suelo,  
Después que perdió á España ganó el cielo.»

Y en lo mejor del apacible llano,  
Y mas acomodado con la ermita,  
Fundamos un humilde pueblo ufano  
De tener prenda en sí tan exquisita :  
Contentos del asiento y temple sano,  
Libre de la inquietud, tropel y grita  
Del morisco furor, y la insolencia  
Del bárbaro gobierno de Valencia.

Y ya contentos con la humilde suerte  
Que allí nos arrojó al rincón del mundo,  
En vida quieta una agradable muerte  
Prometia á todos su calor fecundo :  
Cuando la ciega diosa que lo advierte,  
Contraria nuestra en el desden segundo,  
Cruel quiso acabar de dar sin duelo  
Con todo el edificio por el suelo.

Tuvo el rey de Ayamonte Cardiloro,  
Padre del que me trajo á mí á la guerra,  
Por hija á Glaura del cabello de oro,  
Y la beldad mayor que vio la tierra :  
Si el cielo al mundo trasladó el tesoro  
Alguna vez que en su pintura encierra  
En esta mora fue, y sin faltar punto  
Allí con su pincel lo puso junto.

Nacieron Cardiloro, y esta hermosa  
Medalla de beldad y de desdicha  
Juntos, debajo alguna peligrosa  
Combusta radiacion sin luz ni dicha :  
Solo Saturno en casa venturosa,  
Venus del todo muerta y entredicha,  
Y los demás planetas por los signos  
Menos proporcionados y beniguos.

Era Zafira de los dos infantes  
Tia, y supersticiosa hechicera,  
Que por agujeros, rayas y semblantes  
La ventura alcazaba venidera :  
Esta entre varias cosas disonantes  
Una vino á sacar por verdadera,  
Que serian ambos muertos por engaños  
De amor en lo mas tierno de sus años.

A Cardiloro ayer costó la vida  
El cauteloso robo de mi hermana,  
Pues de la suya oíd la nunca oída  
Desgracia, y sin sazón muerte temprana ;  
Vereis que no hay lazada desasida  
De nudo y de pendencia soberana,  
Ni á poder trastornar la órden del cielo  
Las fuerzas llegan ni el saber del suelo.

Cuando Hércules abrió por el estrecho  
De Gibraltar la puerta á los dos mares,  
No quedó luego todo el golfo hecho,  
Ni hundidos de una vez tantos lugares ;  
Que algunos altibajos trecho á trecho  
Hechos quedaron islas y lunares  
De aquella su canal angosta y brava,  
Donde no asentó el golpe de la clava.

Destas las islas Verdes fueron unas,  
Que Afrodísias llamó la edad pasada,  
Y en floridos vergeles á ningunas  
Iguales cercos dió la mar salada :  
Aquí entre estanques, flores y lagunas,  
Sobre una peña de cristal cuajada,  
De la maga Zafira en largo espacio  
La fábrica ocupó del real palacio.

Aquí se retiró la astuta mora  
Con la hermosa Glaura su sobrina,  
Glaura infeliz, y desdichada autora  
De una triste tragedia repentina :  
Crióse oculta allí como la aurora  
Entre aljófares, rosas y neblina,  
Que cuando sale á despertar el día  
Cuantos la miran viste de alegría.

Así sucedió á Glaura, que escondida  
En la isla Verde nadie supo della,  
Hasta que ya, la maga consumida,  
El rey la trajo, y á su corte en ella  
Todo el deleite y gusto de la vida,  
Pues nadie la miró, que en solo vella,  
De sus alegres ojos al bullicio,  
El alma no creciese en sacrificio.

Cuando su luz por todo el horizonte  
Hacia de la propia y gente extraña  
Rica la humilde corte de Ayamonte,  
Y famosa en las de Africa y España,  
Un fiero nieto del antiguo Almonte,  
A quien Roldan mató en una montaña  
Por incapaz de amor y hombre furioso,  
Llamado Boacel el desdeñoso ;

Este allá en Tremecen por Agolante  
El principado de Aregol tenia,  
Cuando de Glaura oyó el nombre triunfante,  
Que la fama en su corte lo estendia :  
Y en tal punto le oyó, que fue bastante  
A quitarle el sosiego en que vivia,  
Y antojado sacarle de su tierra  
A buscar la que ausente le hace guerra.

En loco aplauso, en aparato y galas  
Tras su amorosa empresa salió el moro,  
Y dando al viento de un navio las alas  
A la corte arribó de Cardiloro ;  
Donde por nuevas no del todo malas  
Supo que Glaura del cabello de oro,  
De la corte y su tráfago enfadada,  
En el Algarbe estaba retirada,

En una casa de placer, tratando  
Con sus damas de caza y montería,  
Sin saberse de cierto el tiempo cuando  
A la ciudad del campo volveria :  
Boacel que en su afición se está abrasando  
En sus deseos mas dentro cada día,  
A un ciego antojo que razon no escucha,  
Cualquier pequeña dilacion es mucha.

Y así con nombre de ir tambien á caza,  
Y conocer del reino las fronteras,  
Con gran tropel de gentes de su raza,  
Berberiscas, indómitas y fieras,  
De Ayamonte salió buscando traza  
De descubrir á Glaura sus quimeras :  
Llegó á la casa de placer, y hallóla  
Por daño nuestro el impaciente sola.

Que un día antes la infanta habia salido  
Por el áspero Algarbe á montería,  
Y el insufrible moro desabrido  
De tanto azar como en su antojo via,  
Haciendo del gallardo y atrevido  
Cercar el monte quiso, y ver si habia  
Modo para que su ánimo robusto,  
Pues que todo es cazar, cazase gusto.

Salió, y el desvariar de la fortuna,  
Que el mundo guisa del sabor del hado,  
Huyendo el pantanal de una laguna  
Con él dió en nuestro pueblo descuidado :  
De humildes chozas sin defensa alguna,  
En triste sitio y puesto desgraciado,  
Y á los que da en seguir la desventura,  
Aun donde ya no hay mundo los apura.

Sobresaltóse el móro de repente  
Viendo la humilde poblacion, y viendo  
Ser allí nueva, y de cristianos gente,  
Furioso en ella dió un asalto horrendo,  
Destrozando la misera inocente,  
Que del peligro valenciano huyendo  
Por tantos mares, y rodeo tan largo,  
Allí á buscar llegó su fin amargo.

No dejó el mauritano furor ciego  
Rastro de nuestro pueblo ni memoria,  
Que de casas y gente á sangre y fuego

Las luminarias hizo á su victoria:

Algunos reservó, no humilde ruego,  
Mas pomposa ambición y vanagloria  
De dar blason á su sangrienta traza,  
Y á Glaura los despojos de su caza.

A mí, ó fuese que el hábito de moro  
Con que salí de la prision de Abdalla,  
Me hiciese parecerlo, y por decoro  
Del me diesen la vida en la batalla;  
O que el autor del cielo en quien adoro  
Quiso para traerme aquí guardalla,  
Yo al fin con otros dos salí del fiero  
Imprudente Boacel por prisionero.

El resto, como en caza de inhumanas  
Fieras, por entre peñas y agujeros,  
A las manos murieron africanas  
De aquellos implacables lobos fieros:  
Sin que el humilde ruego, ni á las canas  
De Mauril, ni sus santos compañeros,  
Que de rodillas les pedían rendidos  
Las vidas diesen, ni piedad, ni oídos.

El alarido y grita que volaba  
Del vulgo al cielo, á quien favor pedia,  
Aunque en quebrados ecos, donde estaba  
Glaura llegó, y su hermosa compañía:  
Y la que á ver medrosa se acercaba  
De adonde el triste lamentar salía,  
Viendo la mortandad, á rienda suelta  
Huyendo de temor daba la vuelta.

Mas el furioso nieto de Agolante,  
Que conoció las cazadoras bellas,  
Con la victoria y el amor triunfante  
Alegre por el bosque entró tras ellas:  
Y en lo mas fresco dél, poco distante  
Del asolado pueblo, halló entre ellas  
El bello brio de Glaura, que en el mundo  
Por aquel tiempo no tenia segundo.

Quedó el moro de nuevo sin sentido,  
Y acariciado de la bella dama,  
Por bien pagado dió lo que ha servido  
Hasta aquel punto á cuenta de su fama:  
Y ya en su mismo amor desvanecido,  
En su alma adora la sabrosa llama  
Que allí le trajo, y el dichoso sino  
Que de gozar tal bien le hizo dino.

Contóle bravo el arrogante hecho,  
Presentándole todas las cautivas,  
Que dijo haber guardado por cohecho  
De su gusto, y no de otro intento, vivas:  
Y que á mi, de mi talle satisfecho  
Solo queria por paje, y con altivas  
Palabras, lleno de su vano antojo,  
Dió á los suyos el resto del despojo.

Puso la mora en mi los ojos bellos,  
No se si todo fue sospecha mía,  
O gran descuido suyo, yo vi en ellos  
Que nada mi presencia la ofendia:  
Y en la inquietud de huillos y volvellos,  
Ya la de su alma y corazón leía,  
Entre algun quebrado ay, de aliento entero,  
De su nuevo cuidado prègonero.

Preguntóme mil cosas con cautela,  
Hijas del gusto de hablar conmigo,  
Mi edad, mi patria, sangre y parentela,  
Y quién me hizo de aquel pueblo amigo:  
Cosas sueltas sin causa, en que revela  
Amor á veces mas de lo que digo,  
Gustando de todo ello el ignorante  
Bárbaro inadvertido, y ciego amante.

Pasóse en esto el resto de la tarde,  
Y venida la noche el moro hizo  
Con sus bajillas de oro rico alarde,  
Y banquete á su gusto antojadizo:  
Y como el fuego que en las venas arde  
Del amor con la gula se rehizo,

Consumió la humedad, y huyó el sueño  
De las vivas congojas de su dueño.

Y no hallando parte de reposo  
En la pluma y quietud del blando lecho,  
De su tienda salió el moro vicioso  
A ver la de su dama sin provecho:  
Al tiempo que ella en un disfraz hermoso  
Con igual inquietud salia en el pecho,  
Quizá á buscar su antojo y devaneo  
Que esto y mas que esto cabe en un deseo.

No se pudo saber de la salida  
A tal hora de Glaura cosa cierta,  
Ni adonde en tal disfraz desconocida  
Iba de noche, y sin por qué encubierta:  
Si ya no fue que sin pensar metida  
En nuevo arder de pretension incierta,  
Tras el devanear del pensamiento  
Salía, sin saber dónde iba, á tiento.

Descubrió el moro el bulto denegrido  
De la amada beldad sin conocella,  
Y viendo que al hablalla y al ruido  
Atrás volvió lo temerosa huella,  
Sospechando traicion, un prevenido  
Venable le arrojó, que dió con ella  
En el suelo, clavado el blanco pecho,  
Que al tiempo hizo hermoso sin provecho.

«¡Ay de mí, dijo, desdichada, y muerta  
En lo mejor del gusto, y de mis años!»  
Acudió el homicida á ver la incierta  
Causa de desvarios tan estraños:  
Y vió la luz de sus deseos cubierta  
De sangriento arrebol, y los engaños  
De su imaginacion deshechos todos  
Por tan contrarios y no vistos modos.

Quedó pasmado, la color difunta,  
Y todos juntos en desgracia tanta  
Corren á ver la miserable junta,  
Que en torno se hace de su triste infanta:  
Y ella clavada en la acerada punta  
Tan bella está, que aunque mortal espanta,  
Rodeada de sus damas, cuyo llanto  
Es á la noche horror, y al bosque espanto.

Llegué tambien yo á vueltas, que la suerte  
Me llevó con los otros á ayudalla;  
Y viéndome llegar, trabóme fuerte  
De la mano, y al tiempo de apretalla:  
«¡Ay causa, dijo de mi triste muerte!  
Si la vida perdí yendo á buscalla,  
No pierda...» y no acabó, que en esto el filo  
De la parca cortó al estambre el hilo.

Quedamos todos muertos viendo muerta  
La bella infanta, mas Boacel furioso,  
Que en su muerte sintió la suya cierta,  
Ya con semblante horrible y pavoroso,  
La aguda punta de arrebol cubierta,  
Que caliente sacó del pecho hermoso,  
Que á tal trance le trajo y á tal punto,  
En el suyo escondió, y cayó difunto.

Doblóse el llanto, el alboroto y grita  
Tal con la nueva muerte, que un retrato  
De infierno el bosque fuera, si infinita  
Su pena fuera, y no de un breve rato:  
Fuese la noche, y vióse en sangre escrita  
La celestial venganza al desacato  
Hecho al Patron de aquel dichoso suelo,  
Que así á los de su corte venga el cielo.

Quisieron dar los moros sepultura  
Del sacro monte en un florido cerro  
A los dos cuerpos juntos, fue locura,  
Y el segundo añadir al primer yerro:  
Que la amistad de un malo no es segura  
Aun en la fria huesa y mudo entierro,  
Al contrario del bueno, que convida  
Como Eliseo al muerto con la vida.

Y como á defender á los superbos

Hijos de confusion el desacato  
De dar del torpe amor á los dos siervos  
Sepulcro ilustre en fúnebre aparato,  
Un sombrío escuadrón de negros cuervos  
A dar bajó sobre ellos cruel rebato,  
De cuyos picos y ásperos artejos  
El de mas compasión huyó mas lejos.

Y ellos como verdugos enviados  
Para aquel fin del celestial gobierno,  
Los cuerpos, cuyas almas y cuidados  
Son lóbregos tizones del infierno,  
En espantoso vuelo arrebatados  
A un pardo risco por castigo eterno  
De sus delitos, y el furor tirano  
Del sin fe ni piedad rey Agolano;

Los llevaron, y allí sobre ellos puestos,  
Entre el carrizo y huecas espadañas,  
Con gritos atronando descompuestos  
La postrera quietud de las Españas,  
Puerta á los fuegos dieron deshonestos,  
De que ya fueron hornos sus entrañas,  
Entrando con los picos dentro dellas,  
Hasta mostrar su hollín á las estrellas.

Así en el yerto risco peñascoso  
Del inclemente Cáucaso se estiende  
A roer el pecho al escultor curioso  
El bñite horrible que sobre él desciende:  
Y el escuadrón de arpías asqueroso  
Así en Arcadia al ciego rey ofende,  
Arremetiendo con las corvas presas  
A asir el pan, y traslornar las mesas.

No están sobre el cadáver recién muerto  
Mas importunas moscas asentadas,  
Cuando del asqueroso horror cubierto  
El tibio humor le enjugan á picadas;  
Ni cuando el campo de Ilión desierto  
Dejaron las argólicas espadas,  
De muertos lleno y de sangrienta espuma,  
De cuervos vió ni buitres mayor suma.

Dieron las corvas uñas á los ojos,  
Y espanto á los que allí quedaron vivos,  
Que fueran á no huir nuevos despojos  
De sus presas y artejos vengativos;  
Pues si algunos con bárbaros anteojos  
De armas se visten y ánimos altivos  
Para librar su rey de aquel tormento,  
Vencidos vuelven de su vano intento.

Y no solo á ellos, mas la corte entera  
Del rey, que allí en Zalama fue prolija,  
Y en triste luto y lóbrega litera  
Llevar el cuerpo quiso de su hija;  
El negro enjambre y gente vocinglera  
Con importunos vuelos los cobija,  
Haciendo que de ver su horror medroso  
Huyendo vuelva el pecho mas brioso.

Dejáronlos allí al tormento horrible,  
Y á libre voluntad de los soldados,  
A guardar el alcázar invencible  
Del mártir de Segovia acostumbrados:  
Desde el sangriento golpe del terrible  
Daciano, que sus miembros arrojados  
En la playa dejó, y negó á Valencia  
Para enterrarle en su arenal licencia.

Allí el ave de Apolo hizo la vela  
Sobre el sagrado cuerpo, y allí estuvo  
En cuidosa y perpétua centinela,  
Y campo á todos con su fe mantuvo:  
Y ahora también en su defensa vuela  
Sobre su sacro monte, y al que tuvo  
Animo de ofenderle, se presume  
Que en eterno tormento le consume.

Yo desde allí en poder de Cardiloro  
Quedé por suyo, y él en noble trato,  
Sirviéndose de mí no como moro,  
Aquí me trajo, donde en el rebato

De anoche quedó muerto, y el sonoro  
Discurso de mi vida, y su retrato  
Es este, y este el áspero rodeo  
Al bien que ahora sin pensar poseo.»

### ALEGORIA.

Orlando, que saliendo á caza, queda tras el gusto de su novela perdido y engañado por Garilo, significa que muchas veces el entendimiento, por divertirse en curiosidades sin provecho, queda perdido, y llevado de un error en otro hasta perecer. Y en el encantamiento de sus amigos convertidos en estatuas de oro, como la avaricia es un vicio tan torpe, que vuelve á los hombres estatuas, absortos en la sedienta codicia del dinero. En la historia de Roselio se ve lo mucho que importa el tener devoción con los santos: y como el desacato que se les hace, y el agravio hecho al inocente, pocas veces deja el cielo de castigarlo, y en el rey Rodrigo los soberanos efectos de la penitencia.

### LIBRO DÉCIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Describese el gran aparato de las fiestas de Francia la ferocidad de Morgante rey de Córcoga, y las bravezas que hizo con las nuevas de la muerte de su hermano Bramante. Prosigue Orimandro en cantar los monstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una armada de corsarios, donde libra de prisión á Arcángelica la bella, princesa del Catay; y enamorado de su hermosura, la pierde en una gran tormenta, de donde se se escapa nadando sobre una antena.

Así Roselio en su sabrosa historia  
Los que oyéndole están entretenia,  
En el sentido haciendo y la memoria  
Una mezcla de pena y de alegría:  
Del santo rey la conocida gloria,  
El trágico furor de Berberia,  
Del uno y otro amante el desatino,  
Y el justo premio de sus culpas dino.

En tanto con las fiestas aplazadas  
El francés hinchó de alegría la tierra,  
Desde el frío golfo y gentes apartadas  
Que el encubierto mar Gótico encierra,  
Hasta donde sus ondas abreviadas  
Del Calpe rompen la encumbrada sierra,  
Alborotando su clarín bastardo  
La ardiente sangre al pecho mas gallardo.

La Gran Bretaña al templo de la fama  
Dió en otro tiempo bellos resplandores,  
Cuando al guerrero dios la blanda llama  
Del dulce amor templaba los furores:  
No habia jayan feroz sin tierna dama,  
Casados con las armas los amores,  
Lleno aquel rico mundo de altos hechos,  
De ilustres brazos, y de heroicos pechos.

De héroes famosos llena la presencia  
Del siglo que hoy asombra su memoria,  
Del antiguo Merlin la grave ciencia,  
De Artús la mesa, de Amadis la gloria;  
Del rey Perion la ilustre descendencia,  
Del triunfo del honor famosa historia,  
Viviendo aunque en dos cuerpos con un alma  
El tierno mirto y la triunfante palma.

Por las selva de Ardenia á sus venturas,  
En pomposa beldad y altiva frente,  
Pasar solian tiernas hermosuras,  
Tascando en oro el palafren ardiente:  
Encerradas aun hoy no están seguras,  
Que á un rayo de metal resplandeciente  
Viene en la cuadra de mayor recelo  
Danae rendida, y su recato al suelo.

Aun no el ciego interés con su codicia  
La fe tenia cual hoy lirinizada,  
Ni habia entonces parido la avaricia

Los monstruos que hoy la tienen afeada,  
Ni del picante Momo la malicia.  
La casa daba del honor manchada,  
Todo era gentileza y gallardía.  
Cuanto en el mundo y en su gente habia.

El siglo de oro pudo ser llamado  
De aquella edad el tiempo venturoso,  
Cuando del mayor rey la honra y estado  
En ser valiente estaba y generoso:  
Mas no, que el siglo nuestro es el dorado,  
Y el mundo hoy en sus cosas mas precioso,  
Donde el oro ha llegado á tanto lustre,  
Que es obscuro sin él la sangre ilustre.

El rey Carlos también gozó gran fama,  
Insigne corte, y bravos caballeros,  
Mas como les faltó de amor la llama,  
No pudieron llegar á los primeros;  
Que los que el vulgo paladines llama,  
Y yo principes de ánimos guerreros;  
Son hombres encantados, que su hechura  
De humana tiene sola la figura.

Orlando el principal capitán dellos  
Era, según la fama, hombre encantado,  
Velloso el cuerpo, y ásperos los vellos,  
De hombros metido, de color tostado;  
Turbios los ojos, duros los cabellos,  
Gruesa la barba, el pelo ensortijado,  
De miembros mas fornidos que elegantes,  
Y de fuerza mayor que dos gigantes.

Reinaldos fue también un hombre esquivo,  
De ánimo y corazón determinado,  
Ambicioso, sagaz, astuto, allivo,  
Colérico, atrevido y recatado;  
Pocas veces de amor se vió cautivo,  
Ni supo á tiempo amar, ni ser amado;  
Flordelis fue testigo, y lo es con ella  
El tierno amor de Angélica la bella.

Los demás belicosos paladines  
De altivez fueron y soberbia llenos,  
Conquistando á la fama sus clarines,  
Su tierra al mundo, y á la mar sus senos:  
Tibios al dulce amor, de cortos fines,  
Que para amores nunca fueron buenos,  
Hombres duros, incultos y feroces,  
De fieros pechos, y ánimos atroces.

Si el gallardo Ruger fue tierno amante,  
No era en nación francés, era africano;  
Si supo amar la bella Bradamante,  
Una temprana flor no hace verano:  
Esta sin otras dió causa bastante  
De las hadas al clausuro soberano,  
Que alegre acariciando al pueblo moro  
Contrario fuese de los lirios de oro.

Así también el ordinario oficio,  
Que en la corte de Francia se sabía,  
Era de armas el áspero ejercicio,  
Que su nación cólerica pedía:

Y entre el cansado Marte y su bullicio  
Apenas rayo del amor salía,  
Que mejor siempre las francesas flores  
En armas aprobaron que en amores.

Y en justas ahora de placer metidos  
Su tierra miran de alegría poblada,  
Los circunstantes reinos conmovidos,  
Con grandezas la fama sobornada:  
De la imperial ciudad por los ejidos  
La milicia del mundo está sembrada,  
Que á varios fines, por diversos modos,  
Á la voz de la fiesta acuden todos.

Lleno el país de pláticos soldados,  
Ricos penachos por los yelmos puestos,  
Sobre recios frisones de enrespados  
Plumeros de oro y chapera compuestos:  
Almas fogosas, pechos arrieseados,  
Por cualquier aire á se arriesgar dispuestos,

Que la francesa cólera, el mas grave,  
Aunque la quiere reportar no sabe.

Quién de una bella infanta al diestro lado  
Lleva en su nuevo amor gusto cumplido,  
Quién en el bosque oculto el bufo amado  
Llorando halló el agravio recibido;  
Quién á cobrar el ya perdido estado  
Su brazo ofrece y su labor cumplido,  
Y contra el gran poder fuerza bastante  
De obscuro mago, ó descortés gigante.

Unos en negro luto andas doradas  
Llevan entre el bordado terciopelo  
Un muerto rey de tierras apartadas,  
Que pidiendo venganza viene al cielo:  
Que siempre acude á fiestas tan nombradas  
Buscando fama lo mejor del suelo,  
Donde se desagranan ofendidos,  
Y se suelen cobrar reinos perdidos.

Otros de armas y yelmos encantados,  
Nacen, viven y mueren en cuestiones;  
Otros de tierna cera, hombres cansados,  
De duro cuerpo y blandos corazones:  
De día por los desiertos abrasados,  
De noche por estériles terrones,  
Que la guerra y amor piden de fuero  
Para sufrir su vida hombres de acero.

Cual con la bella imagen de su fama  
Resplandeciendo lleva el ancho escudo,  
Cual un pardo dragon en roja llama  
Despedazando un corazón desnudo,  
Cual parlero clarín de altiva fama  
Vuelto por falta de una pluma mudo,  
Que la lanza mayor por sí no alcanza,  
Sin quien ayude al cuento de la lanza.

Las selvas, los desiertos, los caminos  
De desafíos llenos y revueltas,  
Combates, bregas, riñas, desatinos,  
Dulces pasiones en locura envueltas:  
Unos lanzas buscando, otros padrinos,  
Otros justas de galas, y otros vueltas  
Las espaldas á todos sus cuidados,  
Van en el de su amor embelesados.

Está en medio de Francia París puesta,  
Ciudad insigne, corte populosa,  
De edificios bellísimos compuesta,  
En letras y armas clara y poderosa:  
Y ahora en la voz de la aplazada fiesta  
En placenteras galas tan vistosa,  
Que no hay rincón en ella que no sea  
Deste insigne aparato su librea.

Las torres, los balcones, las ventanas  
Ardiendo en luminarias inmortales,  
Cuya luz á las máscaras livianas  
Alegre vista da y sombras iguales:  
Llama el clarín, responden las campanas,  
Al atambor sonoros atabales,  
Y alegres chirimías y cornetas  
Al tropellado son de las trompetas.

Vanse por todas partes ensayando  
Hombres de armas, bridones y ginetes  
De relámpagos de oro el aire blando  
Cubriendo los grabados coseletes  
Entre el bruído acero trémolando  
Plumas, bandas, banderas, gallardetes,  
Ricos despejos del vencido moro,  
De perlas llenos, y de cifras de oro.

Las calles y las plazas tan cubiertas  
A todas horas van de gente armada,  
Que el ronco estruendo y súbitas reyertas  
Ni oír consiente, ni entenderse nada:  
De la insigne ciudad las francas puertas  
Dando seguro paso y libre entrada  
A varia gente en ciegos escuadrones,  
Sin mirar leyes, ni aceptar naciones.

Aquí tabladados hacen y estacadas,

Allí palenques, acullá barreras,  
Altos andamios, firmes palizadas,  
De varias trazas fuertes y maneras:  
Quién limpia el corvo escudo, quién grabadas  
Armas, sillas, penachos y testeras,  
Quién en jaeces de oro y paramentos  
Labra á su amor costosos pensamientos.

Quién da de tembladora argentería  
A su plumero varios resplandores,  
Quién graba un limpio arnés, quién desafia  
Y vence la iris bella en sus colores,  
Quién la antigua bisarina, que servía  
De inviolable blason á sus mayores,  
Descuelga ya de mármoles extraños,  
Donde la guardó el tiempo largos años.

Es el concurso grande, y la agonía:  
Varia, varios los pechos valerosos,  
Que en noble empresa es honra la porfía,  
Y señores del mundo los briosos:  
Llegan mil aventuras cada día,  
Sucesos de armas, lances amorosos,  
Justas y desafíos de gigantes,  
Pruebas de amor, y casos semejantes.

Al venidero mes que abre las flores  
La fiesta principal está aplazada,  
Que entre las rosas brotan los amores,  
Y fiestas sin amor no valen nada:  
Si algun azar no entibia estos furoros,  
Gala el mundo no vió mas señalada,  
La fama lo dirá... que un jayán liero  
Ahora á mi pluma lleva el vuelo entero.

Está del mar Ligústico cercada  
Córcega dicha Cirno antiguamente,  
Aspera, peñascosa, mal sentada,  
De mal clima, mal suelo, y mala gente:  
Del gran jayán Morgante gobernada,  
Que en una roca sobre el mar pendiente  
Su inespugnable alcázar se levanta  
Con que á la isla enfrena, al mundo espanta.

Del pardo Bronte, que en la estrecha altura  
De Meliguna un tiempo tuvo fragua,  
Por recta línea y sucesión no obscura  
Así la suya el tiempo antiguo fragua:  
A Scila en su primera hermosura  
El ciclope gozó dentro en el agua  
De su madre Anfritre, y della tuvo  
Al fuerte Auson, y al inclemente Onubo.

Mató Onubo á su hermano, y de un pequeño  
Niño, que de Dorisca dejó al mundo,  
Llamado Lipar, el humilde isleño  
De Lipara heredó nombre segundo:  
Deste nació Ligusto, que en empeño  
También dejó su nombre al mar profundo,  
Naciendo Cirno dél, y deste Almoute  
De Onubo abuelo, y del segundo Bronte.

De Bronte fue Dorisco descendiente,  
Y Fulborando padre de Morgante,  
Que heredó el reino y la soberbia gente  
De Córcega, y fue hermano de Bramante,  
Que huyendo dél por de ánimo inclemente  
A Toledo pasó, y fue vano amante  
De Galiana, y este en este modo  
Es del rey corzo el real linaje todo.

Hacia la áspera costa al mar profundo  
Hoy levanta un peñasco la cabeza,  
Que en otro tiempo anduvo por el mundo  
Hecho hombre, y de mortal naturaleza:  
Quien de su primer ser sacó el segundo,  
Y sus miembros vistió de tal dureza,  
Yo lo diré despues, que ahora quiero  
Al bravo corzo retratar primero.

Era un marino risco en estatua,  
Cuerpo abultado, músculos fornidos,  
Anchas espaldas, gruesa la cintura,  
Larga y corva nariz, ojos torcidos,

Verdinegro en color, basto en hechura,  
Barba y cabellos eressos y tupidos,  
Y de tan firmes fuerzas, que pudiera  
Mudar un monte, si mudable fuera.

Una ancha cimitarra que jugaba  
De blancos filos un quintal tenia,  
Conque del primer golpe destrozaba  
Entero un hombre y dos y tres partía:  
Y á este respecto lo demás llevaba  
Del reforzado arnés que se vestía,  
Asaltando arrogante un campo entero,  
Ora armado de seda, ora de acero.

Trazando un día en su ánimo orgulloso  
Cómo en Francia esgrimir podría su maza,  
Y en sus fiestas hacer su brazo airoso  
El general espanto de la plaza:  
A sus piés puesto un mensajero odioso  
Con triste nueva humilde le abraza,  
Y el golpe le encarece furibundo  
Con que el cruel Bramante huyó del mundo.

Dejóle el nuevo caso embelesado,  
En el cómo y el cuando cuidadoso,  
Mas vuelto en sí de aquel primer cuidado  
Impaciente se muestra y desdenoso:  
Y de un cruel furor arrebatado  
Cuanto delante está rompe furioso,  
Todo lo hace igual, nada perdona,  
Gente, vestidos, armas, ni persona.

Cual sierpe antigua en siesta calurosa,  
Hacia el terrón que le arrojó el villano  
Se alza, silba, y revuelve la escamosa  
Concha sembrando muertes por el llano:  
Y á la garganta y lengua penzosa  
Del mortífero pecho saca en vano  
(La sed prolija que sufrió en su cueva,  
Y oculta allí para matar la lleva.)

Así del torpe desabrido pecho  
Del bruto rey de Córcega revienta  
En rabioso furor veneno hecho,  
En que el confuso corazon alienta:  
Y al que la nueva trajo sin provecho  
En debidas albricias de su afrenta  
(Las que le dió den siempre al que se ceba  
En ser correo de una mala nueva.)

Del débil pié le coge, extraño aliento!  
Y á dos veces que el brazo da la vuelta,  
En triste ruido por el sordo viento  
Va cual de rústica honda piedra suelta:  
Bajó buscando el húmedo elemento,  
Y el agua blanda en crespa espuma vuelta  
Recibió el cuerpo en pena convertido,  
Ya por el aire enjuto endurecido.

Que cual de estrecho frío detenida  
Nube en el hueco viento congelada,  
En blanca nieve baja endurecida,  
Y en menudos vellones apretada:  
O cuando á duros globos reducida  
En aljófares gruesos cae horrada,  
Sin sangre el cuerpo así del miedo helado  
En duro pedernal cayó trocado.

Y allí la humana forma consumida  
Quedó en medio la mar vuelto rogado,  
Que quien por mucho andar perdió la vida,  
Justo es que para siempre se esté quedo:  
Así este cuento, ó fábula fingida,  
El vulgo canta en Córcega sin miedo  
Que lo tenga por tal, siendo lo cierto  
Que el correo fue sobre aquel risco muerto.

Que descendiendo por el aire blando,  
A quien la ira del cruel gigante  
Sin alas hizo penetrar volando,  
Nombre al risco le dió, bullo y semblante:  
Y él todavía en su furor bramando  
Con ánimo impaciente y arrogante  
Sin que respeto ni temor le ocupe,



Torpes blasfemias contra el cielo escupe.

Mas por alegre ornato, ó por decoro,  
Que por la religion, ni su cuidado,  
De los Penates el casero coro  
De su cuadra un altar tenia dorado:  
Y aunque en precio y valor era un tesoro,  
De la avenida del furor llevado  
La rabia estrenó en ellos de manera,  
Que ninguna deidad le quedó entera.

De Júpiter un nuevo Icaro hizo,  
Que al turbulento mar bajó volando;  
A Venus y á su hijo antojadizo  
Dos Leandros que á Sesto iban nadando;  
A Marte entre las manos le deshizo,  
Y mejor lo hiciera peleando,  
A Vulcano arrojó con tal enojo,  
Que de ambos piés al caer le dejó cojo.

No hicieron tanto estrago los gigantes  
Del monte Pelion en su antigua guerra,  
Licaon, y otros mónstruos semejantes  
Que contra el cielo levantó la tierra:  
Como en sus simulacros elegantes  
La ira que el pecho de Morgante encierra,  
Que en una hora rompió mas dioses viles,

Que en mil años criaron los gentiles.

Y de impaciencias lleno, y de despecho,  
Una horrible venganza determina,  
Contra la afrenta y el agravio hecho  
Del gran Bronte á la real sangre divina:  
Y en este fuego ardiendo el turbio pecho  
A pié y sin armas para el mar camina  
A destruir el mundo por España,  
Y es poco el mundo en que vengar su saña.

Solo, sin lanza, espada, ni escudero,  
Ni mas que el ciego ardor que le seguia,  
Al turbio mar en un batel ligero  
Furioso se arrojó, y furioso envia  
El barco sin timon ni marinero  
Por el confuso piélago sin guia,  
En señal que con ánimo iracundo  
Esta vez acomete á todo el mundo.

Mas ya el soberbio mar tambien hinchado  
Se fue en verse pisar embraveciendo,  
Y el jayan de sus olas afrentado,  
Que haya otra mayor furia está temiendo:  
Y así en su enojo cruel precipitado  
Lanzarse quiere por el golfo horrendo,  
Y á pesar de los vientos y su guerra



Salir del ciego mar á hundir la tierra.

Mas viendo el sordo piélago que hervia  
En perjuicio de su loco intento,  
Rabioso contra el cielo se volvía,  
Contra la fe, contra la mar y el viento:  
A sus cobardes dioses desafiá,  
Al mar escupe el destemplado aliento  
Del aire á grandes voces embravece,  
Con que su rabia y la tormenta crece.

Rompió ya de una vez Neptuno el freno,  
Y á las turbias estrellas se levanta  
Corrido en ver que de su hondoso seno  
La furia al mundo, y no á un gigante, espanta:  
Y el frio sople de tormentas lleno  
Las velas hiere con braveza tanta,  
Que es su hinchada soberbia semejante  
Al ciego error del bárbaro Morgante.

Seis días anduvo sin ningún sentido  
Tras varias experiencias de fortuna,  
Ya entre las crespas olas sumergido,  
Ya por la humilde arena, ya en la luna;  
Hasta que el turbio mar mas corregido  
Del viento no mostró señal alguna,  
Poniéndole á él entre bajeles varios  
De una enemiga flota de corsarios.

Corría á barlovento de un navío,  
Que á esperar su intencion paró sin miedo,  
Y el corzo viendo el aparente brio  
También por ver el fin se estuvo quedo;  
Cuando vió que en confuso desvarío  
Al barloarse con igual denuedo,  
Como enjambre de abejas importuno  
Innumerables leños cercan uno.

Morgante que entendió la demasía  
Del duro asalto al combatir primero,  
Ardiendo en los deseos que traía  
De abrasar con su llama el mundo entero:  
Contra toda la flota que venía  
En su barquillo arremetió ligero,  
Que sin armas, á coces, y á bocados,  
Todos pensó dejarlos anegados.

La gruesa entena del primer navío  
Furioso toma cual delgada caña,  
Y con mandobles della, y de su brio:  
Destrozo hace y mortandad estraña:  
Cunde la rabia, crece el desvarío,  
El furor ciego, la indomable saña,  
Y de cualquiera de sus golpes fieros  
Deshace y hunde los navios enteros.

Unos sin vida, otros sin figuras,  
Muertos deja unos, y otros atronados,  
Otros los huesos, carne y coyunturas,  
Molidos, hechos masa y aplastados:  
Arboles, gavias, jarcia, obencadurás,  
Grumetes, marineros y soldados,  
Como granizo sin dolor ni pena  
Derriba, y caen á palos con la entena.

Así en la antigua Arcadia encina dura,  
Que á veces varear suele el villano,  
De gajos y bellota no madura  
A recios golpes cuaja el fértil llano;  
Y fruta, ramas, hojas y verdura,  
Todo lo iguala su pesada mano,  
Y si la hambre crece y la mohina,  
Desmocha y quiebra á palos media encina.

Echó un navío á fondo en dos pedazos,  
Y á otros cuatro rompió jarcias y entenas,  
A cuál sin piernas deja, á cuál sin brazos,  
Y á cuál las manos de los sesos llenas:  
Atropellando estorbos y embarazos  
La capitana asíó por las cadenas,  
Y hubiera al saltar dentro por un lado,  
Si él no la enderezara, zozobrado.

De humilde vulgo y torpes marineros  
Sin defensa mayor la halló cargada,

Y de su entena á dos redobles fieros  
Toda en el primer círculo escombrada:  
Unos alagua, y otros mas ligeros  
Volando van por cima de la armada  
A buscar su caudillo, que se halla  
Del aboradado barco en la batalla.

Con un gran capitán que en él traía  
El supremo lugar por su braveza,  
Y en su ancho escudo un rojo león que hacia  
Blason á su invencible fortaleza;  
Y él con la diestra espada que esgrimia  
Por muestras de su brio y su destreza,  
A sus sangrientos piés tenia rendidas  
De los mas bravos las mejores vidas.

Al tiempo que el jayán subió al navío,  
En su contrario el franco caballero  
Echó de un golpe dos con mortal frió,  
Y ahogó el orgullo en el que entró primero:  
Y á este, y aquel, y al otro quita el brio,  
Manchando en roja sangre el limpio acero  
En varios modos, que es su brazo fuerte  
Diestro en dar mil figuras á una muerte.

Cayó un mortal desmayo en el ruido  
Que en torno hacia la confusa armada,  
Viendo su incauto general caido,  
Y su esperanza sin sazón cortada:  
Lo mejor de sus fuerzas destruido  
Del filo agudo de una sola espada,  
Y del cruel jayán la fuerza altiva,  
Que ahora de nuevo en su favor arriba.

Y él heredando del contrario muerto  
El corvo alfanje y el valiente escudo,  
Por entre la canalla sin concierto  
Sembrando muertes va su filo agudo:  
Cuál hasta las entrañas cae abierto,  
Cuál sin piés acabar de huir no pudo,  
Cuál sin brazos se halla, cuál se queja  
Con solo un brazo, un hombro, y una oreja.

Aquel antes ocioso, ya ocupado  
En volver las entrañas á sus senos,  
Mira otro que cabe él se halla admirado  
De verse la mitad del cuerpo menos:  
Uno su diestro brazo destroncado  
Busca, y viendo sobre él tantos ajenos,  
Mientras le encuentra la segunda herida  
El otro le arrebató con la vida.

El rudo Telamon, cuando en venganza  
De su agravio asolaba el campo griego,  
Y en furiosa locura su pujanza,  
Ni admitia escusa, ni escuchaba ruego;  
Ni hizo mas riza ni mayor matanza,  
Ni se vió con su cólera mas ciego,  
Creyendo al golpe de su ira necia  
Ser los testuces principes de Grecia.

Que en igual ó mayor carnicería  
De Córcega se vía el rey brioso,  
Tal que á todos los ojos parecia  
Entre manso ganado león furioso:  
Y euando mas la mortandad crecia,  
Mas el combate crece peligroso,  
Que por mil partes los navios corsarios  
Gente llovian inflen en los contrarios.

Seis medios signos el herir primero  
Durado á costa del corsario habia,  
Cuando de lejos un navio velero  
A dar sobre ellos vieron que venia:  
Ninguno lo juzgó por buen agüero,  
Lo mas del caso se verá otro día...  
Que de Bernardo aquí la heroica fama  
Mi humilde musa á nuevas voces llama.

Con él deje á Orimandro en su ejercicio  
Pintando en su adicción dulces dolores,  
Que este es de un triste el ordinario oficio,  
Y el amor grande escuela de pintores:  
Déjele de escuchar, porque es indicio



De no acabar jamás tratar de amores,  
Mas ya aquí me conviene oírle un poco,  
Pues no es el solo deste tema el loco.

Volvían á la gran Creta navegando  
Lo que en contrario tiempo han descaído,  
De un bordo y otro el crespo mar sureando  
Con el jaleque el tramontana asiado,  
Y el rey de Persia su dolor contando  
Así á Bernardo lleva entretenido:  
«La fatal brasa en aire consumida  
Sin resplandor quedó, Dúlce sin vida.

Desta muerte infeliz el golpe extraño  
Los males dió que á Creta han perseguido,  
Desta crueldad nacieron, deste daño  
El reino está en desgracias consumido:  
Alzáronse las nubes con el año,  
Dejó su fuego el aire corrompido,  
Y el fértil campo ya agostado y seco  
De sus tributos hizo estéril trueco.

Sembró Mercurio horrible pestilencia  
De lieras serpientes y aires venenosos,  
Que la reina mataron sin clemencia,  
Y fueron menos que ella rigurosos:  
Cumpliéndose del hado la sentencia,  
Que a Creta dió en agüeros espantosos  
De su llama infeliz una centella,  
A fin que su quietud se abrase en ella.

Está el ignoto laberinto hecho  
Por la mano de Dédalo ingeniosa,  
De la rica ciudad un breve trecho,  
Al ciego amparo de una selva umbrosa;  
Donde un real monstruo de doblado pecho  
Posada tuvo y cárcel engañosa,  
Y al fin la luz de un hilo delicado  
Hacerlo pudo claro de intrincado.

De aquí espantosos nacen todavía  
Disformes bultos, sombras infernales,  
Este el fuego encendió que en Creta ardía,  
Y parió en ella los presentes males:  
Sobre este obscuro laberinto un día  
Un rico templo de arcos inmortales  
Se vió nacido, ardiendo su tesoro  
En las basas de cien columnas de oro.

De una arqueada bóveda era hecho  
Tan alta, que en la vista se perdía,  
Y con las piedras su dorado techo  
Un estrellado cielo componía;  
Con cien ventanas que de trecho á trecho  
De luces la llenaban y alegría,  
Abiertos en molduras y perfiles  
Balcones de oro, rejas y pretilos.

En medio la alta fábrica preciosa,  
De un enlutado pórvido labrada,  
Una sombría tumba está pomposa,  
Sobre diez ninfas de cristal sentada:  
Y otra enlutada bóveda vistosa  
De mosaicos follajes antorchada,  
Así en arcos levanta su tesoro,  
Que humilde hace en su respeto al oro.

En hombros destas ninfas se sustenta  
La enlutada y funesta pesadumbre,  
Y con sus diestras manos se alimenta  
Al templo una inmortal y eterna lumbre:  
Y así al mundo sus luces acrecienta  
Con la que al oro enciende en su techumbre,  
Que hizo bajando al mar que se dijese,  
Que el día en Creta á no morir naciese.

Del real sepulcro en las doradas barras,  
Con que su arqueada bóveda crecía,  
De un dragon de oro en las azules garras  
Una guirnalda daba lumbre al día:  
Brillando toda está luces bizarras  
De flores de tan rica pedrería,  
Que igualar su tesoro á los de Craso,  
Es comparar la mar á un chico vaso.

Por hojas, esmeraldas, y por flores,  
Rubis ardientes, perlas cristalinas,  
Rubios topacios, iris de colores,  
Blancos jacintos, amatistas finas,  
Y entre las agoreras Amandinas  
Con esta letra un real carbunco frío,  
«Por la venganza tuya, y honor mío.»

En el hueco sepulcro otro letrero  
La muerte entre diamantes descubría,  
Y aunque amasado de oro el rostro fiero,  
Con el verso mataba, que decía:  
«En cada luna una doncella espero  
Que aquí degüelle la venganza mía,  
Hasta que ponga otra mayor belleza  
Esta hermosa guirnalda en su cabeza.»

Turbado del prodigio de la muerte  
A ver el nuevo templo el pueblo vino,  
Confuso del rigor con que le advierte  
Su destrucción el celestial destino:  
Ley sin piedad, cruel, y adversa suerte  
La juzgara el tirano mas sanguino,  
Librarse quieren todos del tormento,  
Mas no poner ninguno el instrumento.

Del consejo del rey salió acordado  
Que se ejecute lo que el cielo ordena,  
Y el sacrificio, cual lo pide el hado,  
Se ofrezca cada mes la luna llena;  
Hasta que en sangre laven su pecado,  
Y con la culpa quede igual la pena,  
Y á este fin se procure por la tierra  
La beldad que mayor caudal encierra.

De los reinos de amor las mas hermosas  
A grande espensa y gastos son buscadas,  
Y para las exéquias dolorosas  
En pronósticos tristes alistadas:  
Aquí solas las feas son dichosas,  
Y todas las hermosas desdichadas,  
Si ser en algo venturosa quiere  
Váyase á Creta la que fea fuere.

Sus gentes en la islas comarcanas  
Ni oro han dejado ni doncella hermosa,  
Escogiendo en las flores mas tempranas  
Para su triste altar la mejor rosa:  
Al fin entre estas víctimas humanas  
Un día cautivaron á mi diosa,  
Y el rey viendo la luz por quien yo vivo,  
De una cautiva se sintió cautivo.

Pervirtió el nuevo amor los sacrificios,  
Y la que iba á ser víctima sagrada,  
En lugar de los dioses mas propicios  
Por diosa instituyó fuese adorada:  
Mas ya el cielo cansado de sus vicios,  
Al nuevo altar de la beldad amada  
Dió por verdugo la disforme fiera,  
Que le vengara si por mí no fuera.

De allí, cual dije, liberté la vida  
De quien la mia en pago me ha quitado,  
Y en triunfo ilustre á la ciudad traída  
Nuevo decreto el real consejo ha dado:  
Que á las primeras suertes sea admitida,  
Y sujeta al rigor del duro hado,  
Sin que mando de rey ni otra potencia  
En algo altere esta última sentencia.

De doce de la urna aborrecible  
La última fue á salir mi amada diosa,  
Con que el cielo mostró en señal visible  
Ser la menos decente y mas hermosa:  
Ya once altares corrian sangre horrible  
De infeliz hermosura, ¡pestaña cosa!  
Que mas la hambre y mortandad crecía  
Cuando algun sacrificio se hacia.

Un año en Creta me dejó encantado  
El vano amor, y mil me entretuviera  
Con un cabello sin quebrarse atado,

Que es la esperanza dulce hechicera:  
Después que le quité en el fértil prado  
Mi bella diosa á la serpiente fiera,  
Porque me diese la enemiga suerte  
Con el fin de su vida el de mi muerte.

Ya el enlutado día se acercaba  
Que al mundo había de echar en noche oscura,  
Y el sol que á él y á mí nos alumbraba  
En la indigna y temprana sepultura:  
Ya el verdugo el cuchillo aparejaba,  
Y la luna sin luz y sin figura,  
Su variable curso apresurando,  
Iba creciendo, y mi placer menguando.

Y aunque incierta su muerte, la sospecha  
Bastó á turbar el gusto de mi vida,  
Que un desdichado siempre da por hecha  
Contra sí la desgracia mas temida:  
La cadena arrastrando mas estrecha  
Que en la prision de amor fue conocida,  
De un mal en otro procurando en vano  
Un favor breve de su ingrata mano.

Trazando de un dolor varios intentos  
En uno me resuelvo y determino,  
Que es no poner en duda mis contentos,  
Ni fiar mas suerte á mi contrario sino:  
Mas romper del altar fueros sangrientos,  
Y del robar el sacrificio indino,  
Pensé acertar, y tiene amor mandado,  
Que no acierte á servir quien no es amado.

Puse en el puerto á punto este navío,  
Mi gente por el bosque entretejida,  
Y á pesar deleretense señorío  
De la muerte otra vez libré á mi vida,  
Sin darle cuenta del intento mío,  
Medroso que de altiva y desabrida,  
Fuera el altar del sacrificio injusto  
De mas gusto en el suyo, que mi gusto.

Allí robé la que mi alma triste  
Donde quiera que está tiene robada,  
Y aquí la traje, y como tú la viste  
Siempre sin ocasion la vi enfadada:  
Que el dulce premio en que el amor consiste  
Es suerte, y fue la mía desgraciada,  
No pide otra ocasion el que quisiere,  
Si aborrecido de quien ama fuere.

Si bien yo fuese donde nace el día  
De nueva lumbre y resplandor vestido,  
El poderoso sol flaco sería  
Contra las sombras deste ingrato olvido:  
Que desta ausencia la tiniebla fria  
En que me tiene el desamor metido,  
Ni donde sale el sol, ni donde acaba,  
La luz podrá hallar que le alumbraba.»

Dijo, y al curso de su amor dudoso  
Cogió la rienda, y alojóla al llanto,  
Y sintiendo no en gusto desdeñoso  
El leonés su dolor hizo otro tanto,  
Que es de cruel pecho, á un caso doloroso,  
Tener el corazón de duro canto:  
El rey su llaga aprieta en lo secreto,  
Que aunque estaba alligido era discreto.

Con pecho heróico el grato mal reprime  
Del ardiente furor de su agonía,  
Aquella diosa en su memoria imprime  
Que tantos sacrificios le debía:  
Y porque el corazón no desanime  
Finge esperanza donde no la había:  
«Quizá, dice, el dolor del mal que siento  
Será algun día especie de contento.

Cual pecho avaro en allegar tesoro  
Con deleite el trabajo facilita,  
Que la hambrienta codicia y sed del oro  
A insufribles tormentos necesita:  
Tal esta dulce muerte, en quien adoro,  
Mi vida alegre, mi alma resucita

Con el nuevo placer y el gusto nuevo,  
Que en morir por tan noble causa llevo.»

Así el rey Persa al gran Bernardo hablaba  
Y entre esperanzas y temor moria,  
Que este con sobresaltos le ahogaba  
Lo que aquella adulando le ofrecía:  
Con nuevo miedo amor su pecho agrava,  
Y la confusa guerra en que venia,  
Es no saber si la beldad robada  
Segunda vez á Creta fue llevada.

Que aquel divino brazo riguroso  
Que la robó con superior violencia,  
Será en ambas desgracias poderoso  
A ejecutar del hado la sentencia:  
Todo tiene su fin triste, ó dichoso,  
Darse debe á los dioses la obediencia,  
No es su poder como el del hombre estrecho,  
Mas siempre lo que el cielo ordena es hecho.

Bernardo afable aquel dolor consuela,  
«Todo, le dice, está en su sabia mano,  
Ni el pie se mueve, ni la pluma vuela,  
Sin licencia y acuerdo soberano:  
Es fuerza que el dolor lastime y duela,  
Que es duro golpe en corazón humano,  
Mas la cordura en todas ocasiones  
Los gustos mide, y templá las pasiones.

Y esta funda mortal que al alma viste  
Es lumbre de esmaltada vidriera,  
Que si es dorada, azul, alegre, ó triste,  
Tal luz dentro en la sala reverbera:  
Y bien que el punto del valor consiste  
En grave pecho de igualdad entera,  
Mas cuerpo humano de contrarios hecho  
No puede al alma dar mas firme pecho.»

Así el noble leonés, y así el persiano,  
Uno sus cosas cuenta, otro las guía,  
Y en blanda paz mitiga el pecho humano,  
Cual suele la agradable compañía:  
Cuando del feo Triton el reino cano  
Crespo se revolvió, y se escondió el día,  
Braman los vientos, crece la tormenta,  
Perdido el norte, el cómputo, y su cuenta.

Ahora es tiempo, oh luz del tercer cielo,  
Que alegre llueves dulce amor fecundo,  
Y tu resplandor quinto, cuyo vuelo  
El ocio quita y flojedad del mundo,  
Que ambos templados envéis al suelo  
A mi pluma un feliz saber profundo,  
Con que cante en espíritu doblado  
Un tierno amor y un fiero Marte airado.

Un ejercicio y otro son vapores  
Que al seso suben con la sangre nueva,  
Y á la imaginacion hechos fueros  
Su mismo brio y su inquietud los lleva:  
¿Qué armas hay en la tierra sin amores?  
¿Qué gloria que al amor no se le deba?  
Oya el mundo mi voz, que hace mi pluma  
Hoy de Marte y de amor una gran suma.

Seis veces tras la lámpara febea  
Con la suya Diana alumbró el mundo,  
Y siempre el viento en áspera pelea  
Feroz luchaba con el mar profundo;  
Cuando entre hinchados tumbos de marea,  
Impedido el primero del segundo,  
Fue la persiana vela descubriendo  
De un conflicto naval el ronco estruendo.

Y allí un gigante que en favor de un barco  
Contra todo un ejército pelea,  
Volviendo de azul rojo el hondo charco  
Un bauprés espantable que voltear:  
Y con mas vidas á sus pies que el arco  
Derribar suele de la muerte fea,  
Al combatido leño saltó, cuando  
Los dos á ver su furia iban llegando.

Pusieron á mirar, mas ya informados

De la alevosa desigual batalla,  
En favor del jayan, entre quebrados  
Bajeles pasan por la vil canal:  
Cuando lloroso grito en los costados  
De una galera fácil de abordalla  
Se oyó de presos, cuya voz aguda  
A Dios pedían venganza, al mundo ayuda.

Saltó el diestro leonés en la aferrada  
Fusta buscando á quien favor pedía,  
Y allí esgrimiendo su atrevida espada  
Rayo entre flacas mieses parecía:  
Uno hiende, otro parte, otro tajada  
La cabeza por medio al agua envía,  
A cuál hiere de punta, á cuál de tajo,  
Y á cuál arroja al mar del bordo abajo.

Con tanta gallardía volteaba  
La diestra espada el jóven valeroso,  
Que ya el de mas denuedo se apartaba  
De sus mortales golpes temeroso:  
Así en el turbio Egeo la mar brava,  
Soplando yelo el aguilon nublado,  
Escombra de sus piélagos hinchados  
Navíos y navegantes destrozados.

Bajó donde la triste voz salía  
Sin temor del primer impedimento,  
Que quien vivo quedó, mas pretendía  
Que su propia venganza, su contento:  
Bajó, y vió que en prision estrecha habia  
De cerradas cadenas de tormento  
Una bizarra escuadra de doncellas  
De tierna edad, y de figuras bellas.

A Creta las llevaban los corsarios  
Cautivas para ser sacrificadas,  
De islas diversas y de pueblos varios,  
O bien por fuerza, ó por traicion robadas:  
Bernardo, ya rendidos los contrarios,  
Y las duras cadenas quebrantadas,  
Cercado salió de ángeles gozoso,  
Como de estrellas el lucero hermoso.

Un bravo caballero halló entre ellas  
De bello rostro y gracia soberana,  
Cuya gran perfeccion dió en las mas bellas  
Menos perfecta su altivez lozana:  
Como la luna humilla las estrellas,  
O á los nortes la luz de la mañana,  
El así desarmada la cabeza  
Con la beldad rendía y la braveza.

El cabello, que al oro obscurecía,  
En un nudo de perlas enlazado,  
El claro rostro como el nuevo día,  
Cuando sale de aljófares bañado:  
Y aunque armado un dios Marte parecía,  
Todavía su semblante delicado  
Mostraba entre caricias y desvíos  
De dama mas que de varon los brios.

Los negros ojos con belleza armados  
De unas largas pestañas retorcidas,  
Como el coral los labios delicados,  
Los dientes perlas de rubies ceñidas,  
Las mejillas dos soles deslumbrados  
De un claro y fino rosicler teñidas,  
Y la serena frente tersa y pura  
Cielo donde se adora la hermosura.

Bellos arcos las cejas, que á galanos  
Golpes la muerte enarca y amor tira,  
Y las flechas sus ojos soberanos,  
Con que enamora y mata á quien los mira:  
El cuello altivo, y las torneadas manos,  
De quien la rara perfeccion se admira;  
Si aquel sustenta una techumbre de oro,  
Estas de amor reparten el tesoro.

Traía descubierto el rostro bello,  
Y todo lo demás del cuerpo armado,  
Dado al descuido un nudo en el cabello,  
Descuido hecho para dar cuidado:

Nadie lo vió, que entre el placer de vello  
No quedase en sus hebras marañado,  
Y no á pocos tambien costó la vida  
La red de mano del amor tejida.

Quedó Bernardo viendo su hermosura,  
Sino del todo preso, ya emplazado,  
Que á su grave y honesta compostura,  
Cierta heróico valor sintió mezclado:  
Y en el brio, el donaire y la figura  
De Angélica un vivísimo traslado,  
Solo que esta beldad le parecia  
Mas tierna y de mas lustre y gallardía.

No se engañaba el español con ella,  
Ni en lo que toca á su beldad se engaña,  
Que en el Oriente de la reina bella  
Del gran Catay nació en una montaña:  
O sea Medoro, ó sea la quinta estrella,  
Padre feliz de la belleza estraña,  
Ella es hija de Angélica, y por ella  
La llaman Arcángélica la bella.

Corre por las regiones del Oriente  
Ser de Marte feroz hija esta dama,  
Que en una alegre caza el dios valiente  
De Medoro ocupó la blanda cama:  
O sea cuento vulgar, ó sea aparente  
Engaño mago, ó lisonjera fama,  
La voz corre, y los rastros desta historia  
Así el tiempo los guarda en la memoria.

De un antiguo edificio en las ruinas  
La rica China al pié de Palavedra  
Dos torres conserva hoy en dos esquinas,  
Ya de grama cubiertas, ya de yedra:  
Y en sus cimientos de turquesas finas  
Tres bultos en tres ámulas de piedra,  
Y entre el témpano escrito y la cornija,  
«Marte, la reina y su invencible hija.»

Es tradicion antigua, y que concuerda  
Con la razon del tiempo en sus historias,  
Que una reina hermosa mas que cuerda,  
Cuyas son destas torres las memorias,  
Y guardan que la suya no se pierda,  
Por su mano alcanzó ilustres victorias  
De príncipes y reyes del Poniente,  
Que por hija de un dios fue tan valiente;

Entre cuyos relieves peregrinos  
Parte de su beldad se goza impresa,  
Que aun las llamas del tiempo en los divinos  
Bultos no la hecho como suelen presa:  
De Angélica la bella, y de los finos  
Rayos de Marte el gran Quinsay confiesa  
Que esta infanta nació, bien que del todo  
Si el tiempo ajusta no se alcanza el modo.

¿Quién la medalla de beldad mas fina  
Que el tierno sol miró dió á Marte ardiente?  
O ¿quién con nombre y opinion divina  
La forma se vistió del dios valiente?

Si fue del aire y su region vecina  
Algun incubo espíritu potente,  
En contrabhecho cuerpo cristalino  
Como á la madre de Merlin le avino:

Si fue embuste de mago, ó poderoso  
Aspecto de feroz planeta altivo,  
O en observado punto venturoso  
Traza del ermitaño fugitivo,  
Que de los labios de coral goloso  
Para hurtarles el desden esquivo  
Marte se hiciese, y á su pecho frio  
Algun Reinaldos diese fuerza y brio:

Del todo la verdad está encubierta,  
Solo se sabe que esta alegre hija,  
De la célebre Angélica cubierta,  
De hierros iba allí en prision prolija  
Mas bella que la aurora descubierta,  
Cuando al mundo su aljófár regocija,  
Y á quien ahora la mira, mas hermosa

Que entro el rocío de abril temprana rosa.

Bien que toda esta gracia y hermosura  
Para mayor martirio le fue dada,  
Que Venus, por le ser madrastra, jura  
Que en amor ha de hacerla desgraciada :  
Y la beldad, faltándole ventura,  
No es mas que para lástimas criada,  
Y pocas gozan de ambas en sus puntos,  
Que tantos bienes nunca acuden juntos.

Traía lumbroso arnés y armas grabadas  
Con rosas blancas y plumajes de oro,  
De varia luz y pedrería sembradas,  
De grueso aljófar oriental tesoro :  
Con roja sangre á golpes salpicadas,  
De braveza y beldad nuevo decoro,  
Desarmadas las manos y cabeza  
Por extremos de gala y fortaleza.

Sintió el tierno leónés su alma asaltada  
De un ciego y no entendido pensamiento,  
Juzgando por de dama delicada  
Del gallardo donaire el movimiento :  
Su alegre mover de ojos, su rosada  
Color, su blando y dulce acogimiento,  
Si bien en brio parece de otra parte,  
No hija suya, mas el mismo Marte.

La gallarda princesa que ha salido  
Con las demás en libertad amada,  
Y el contrario poder halla rendido  
A la altiva opinion de aquella espada,  
El nuevo estrago mira repartido  
Por la enemiga gente destrozada,  
Los bravos golpes, las heridas fuertes,  
Y de un solo vencer las varias muertas.

Uno hasta el resonante pecho abierto,  
Otro en dos medias partes dividido,  
Aquel á golpes desmembrado y muerto,  
Y este sin brazos y sin piés tendido :  
El corazon tiene otro descubierto,  
Otro de un tajo hasta los piés partido,  
Este en sus brazos tropezó huyendo,  
Y aquel se fue á pedazos consumiendo.

Con razon admirada del destrozo  
Del Catay la princesa delicada,  
De envidia lleno el corazon y gozo  
La invicta mira y valerosa espada :  
Y en nuevo sobresalto y alborozo  
Desea ver la visera levantada  
Al encubierto autor de tal proeza,  
Por ver como su esfuerzo, su belleza.

Mas el confuso estruendo de la armada  
Que al abordado barco combatia,  
A ponerse obligaba otra celada,  
Mas que á quitarse la que ya tenia :  
Cuando la nao de Persia acelerada  
Por medio de las otras se metia,  
Hasta llegar donde pelea el gigante,  
Y el rey ponerse al lado de Morgante.

Bernardo que le vió, procura en vano  
Su barco enderezar á darle ayuda,  
Mas en un punto un áspero solano  
De nuevo el grueso mar altera y muda :  
El aquilon y el ábrego liviano  
El día segunda vez vuelven en duda,  
Y un descompuesto huracán de tierra  
A todos puso en paz con nueva guerra.

De los confusos vientos esparcidos,  
Y de las crespas olas arrojados,  
Iguales vencedores y vencidos  
Por el revuelto mar se ven sembrados:  
Todo es confusos golpes y bramidos  
De los duros peñascos azotados,  
Y de la destrozada plebe el llanto,  
Que de la confusion crece el espanto.

Solo en la tempestad que va cargando  
La de Morgante y su rigor no cesa,

Que mas que el turbio vendaval bramando,  
Cual hinchado raudal rota la presa,  
Rompiendo, deshaciendo, y desmembrando  
A diestro y á siniestro vuelve apriesa,  
Lanzando al agua por los aires vanos  
Piernas, brazos, cabezas, piés y manos.

A uno parte por medio, á otro le alcanza  
Un revés que le vuela del navío,  
A otro que con denuedo se avanza  
Le deja de un ardiente golpe frío :  
A este, al otro, y aquel hiere, y se lanza  
Entre todos con tal destreza y brio,  
Que sin que el ser ligero á nadie preste,  
Aquí y allí revuelve, á aquel y aqieste.

Raudal, tal vez así en veloz molino  
Furioso suele al levantar la presa  
Del espumoso tumblo el remolino,  
La ancha rueda mover en igual priesa :  
Y el tierno pez, que al curso cristalino  
Del rio por su desgracia se atraviesa,  
Hecho piezas le arroja, y ni se para,  
Ni en lo que hace su furor repara.

No piensa dejar vivo hambre en el mundo,  
Que amigos y enemigos hace iguales :  
Y ya que su cruel brazo iracundo  
Haya igualado á todos los mortales,  
Bajar con sus bravezas al profundo,  
Y hacer guerra á las gentes infernales,  
Y á Lucifer quitar su asiento eterno,  
Y ser él la soberbia del infierno.

El sabio Malgesi que allí venia,  
Viendo al corzo jayan alborotado,  
Que en su favor primero combatia,  
Y enemigo comun se ha declarado,  
Sacó un secreto libro que traia  
De rayas y caracteres tiznado,  
Y del navio en el pañol obscuro  
Sus nuevos cercos comenzó, y conjuro.

Lo que en el caso obró su encantamiento,  
Quién le encaminó allí, y á qué venia,  
Cómo tanto al navio creció el viento,  
Que ya en los aires navegó algun día,  
Dónde fué á dar con su volar violento,  
Quién las bolinas y el timon regia,  
Qué gentes iban dentro, y de qué modo,  
En mejor ocasion lo diré todo.

Que ahora en golfo y tormenta tan deshecha  
No es bien dejar al gran Bernardo solo,  
Que libres ya de la cadena estrecha  
Sacado habia á gozar la luz de Apolo  
Mil bellas diosas; pero qué aprovecha,  
Si el cielo se turbó de polo á polo,  
Y el mundo envuelto en una niebla fria  
La esperanza perdió de ver el día!

Ciérrese el aire de una nube obscura,  
Y en las tirantes cuerdas brama el viento,  
Suenan de voces, llanto y desventura  
Un triste son, y doloroso acento :  
Unos toman la triza, otros la amura,  
Los mas fuera de sí, y todos á tienta,  
Cuál va á la escota, cuál al chafaldete,  
Cuál busca la mesana, y va al trinquete.

Las tristes damas fuera de prisiones,  
Viendo de nuevo el viento y la tormenta,  
De nuevo comenzaron sus pasiones,  
Y de nuevo cada una se lamenta :  
Ruegos, votos, plegarias, oraciones,  
Llantos, gritos sin número ni cuenta,  
Confusas voces, quejas y gemidos  
Rompen el aire, y hieren los oídos.

En ciegos y confusos torbellinos  
Los cuatro vientos hacen cruel batalla,  
Del cespío Egeo los turbios remolinos  
Ya por sus playas el cretense halla,  
Y el Jónico sus embates cristalinos

Por los riscos adriáticos encalla,  
Llevando el viento en otro igual espacio  
Las olas de las sirtes al Carpacio.

No se vió confusión tan temerosa,  
Ni el mar sus ondas vió tan alteradas:  
Del Norte con borrasca impetuosa  
Mil sierras de agua vienen levantadas,  
Y del austro la fuerza poderosa  
Otras embiste en ellas mas hinchadas,  
Dejando el barco en medio sin hundirse,  
Y el mar en duda á cual furor rendirse.

Los rayos por los aires escupidos  
En las olas causaban nuevos truenos,  
En la nao nuevos gritos y alaridos,  
En la mar nuevos montes de agua llenos,  
Que hasta las altas nubes impelidos,  
Sin llover cogían agua de sus senos,  
Y aun el barco tal encima dellas,  
A su pesar vió el cielo y las estrellas.

Y no furioso azota un solo viento  
El combatido golfo que hervía,  
Que á defender cada uno el firme asiento  
Que el mundo en suerte le aplicó, porfía:  
El austro al águila hiere violento,  
El de Levante al que se traga el día,  
Y cada cual por sí la mar profunda  
Teme que su region le anegue y hunda.

Y desta lucha la confusa brega  
Al combatido barco hacia provecho,  
Que si un golpe al través de mar le anega,  
Otro le ayuda á navegar derecho:  
Y tan á plomo el viento y mar le llega  
De aquí y de allí, que en el confuso estrecho,  
Cuando en una ola zozobrando viene,  
Otra al contrario llega, y le detiene.

Bien una milla fue metiendo un lado,  
A punto ya de zozobrar del todo,  
Las velas rotas y el timon quebrado,  
Y el bordo dentro de la mar un codo;  
Y otro golpe tras él desordenado  
Lo enderezó por admirable modo,  
Y le sacó de entre las olas, como  
Ballena antigua sacudiendo el lomo.

Así un furor con otro se empalaga,  
Y así sin orden va entre un mar violento,  
Que tantas temerosas muertes traga,  
Cuántas olas sobre él encrespa el viento:  
Ya por las nubes, ya en el suelo estraga  
De las torcidas conchas el asiento,  
Ya metiendo de lo, rota la rienda,  
Cada cual á su santo se encomienda.

Quebrados ambos ejes parecía  
Venirse abajo la estrellada esfera,  
Y que cuanto hay criado se volvía  
Al ciego caos y confusión primera:  
Así el diluvio universal sería  
Cuando la mar voló tan altanera,  
Que se tragó sus playas y arenales,  
Y escondió el mundo á todos los mortales.

Bernardo en otra mas grave tormenta  
Metido el corazón siente anegarse,  
Y con ojos y la vista atenta  
El alma, sin saber de quien, robarse:  
Halla en mirar que el fuego se acrecienta,  
Y á trueco de mirar quiere abrasarse,  
No viendo mas que si estuviera en calma  
Del cuerpo el riesgo, en el que corre el alma.

Hermosa vista tiene el mar cubierto  
De blanca espuma en olas encrespado;  
Hermoso es un gran golfo descubierto,  
Y mas hermoso cuanto mas airado:  
Mas es á quien lo mira ya del puerto,  
Y á su contrario desde allí engolfado,  
Que si hay tormenta deleitosa y bella,  
Será mirando al enemigo en ella.

Iba la ciega noche amortiguando  
La poca luz que sobre el mundo habia,  
Y el frio viento y tempestad cargando,  
La nao con nuevo miedo acometía:  
Y el montañés á todos animando  
Otro armado Santelmo parecía,  
Que aquí y allí sin descansar un punto,  
Provee, anima, acude á todo junto.

La hija de Marte, que con vista atenta  
Su desenvuelto brío y gracia mira,  
Y que al ciego rigor de la tormenta  
Cada una en solo su valor respira;  
Que es su tesón quien el del mar sustenta,  
Y al descompuesto viento enfrena la ira,  
Con balagüeno rostro se le llega,  
Y así le dice, y que descansen fuerza:

«Bravo entre los nacidos, si es posible  
Que de un revuelto mundo el peso junto  
Hacer no puede á tu ánimo invencible  
Que de su real valor descrezca un punto;  
Si humillar tu fortuna es imposible,  
Y de un dios de la mar hecho un trasunto  
Quieres tener en peso nuestras vidas,  
Que mil veces sin tí fueran perdidas,

Descansa ahora, y con tu alegre vista  
Regala nuestros ojos un momento,  
Y ya que el tiempo á fuerzas nos conquista,  
También no nos usurpe este contento:  
Alza un rato, señor, la sobrevista,  
Que estas damas, y yo en su pensamiento,  
Deseamos conocer, no por oídas,  
A quien debemos la salud y vidas.

No hay enemigo aquí que con recelo  
Te pueda hacer que vivas cuidadoso,  
Que aun la inclemencia del airado cielo  
Basta á enfrenar tu brazo venturoso:  
Y así destos azares el consuelo,  
Que á nuestros sobresaltos da reposo.  
Es tener de nosotras cada una  
Colgada su esperanza en tu fortuna.»

Dijo, y las blandas últimas razones  
Con voz fueron tan dulce y amorosa,  
Que mostró ser en su ademan y acciones,  
No caballero, sino dama hermosa:  
Y Bernardo mas dentro en sus prisiones,  
«Contra la fuerza, dijo, poderosa  
De amor, si es enemigo verdadero,  
Poca defensa son armas de acero.»

Quitóse el yelmo, y aunque el pardo día  
Por oscuros celajes iba huyendo;  
Su rostro así sembró nueva alegría,  
Que suspendió á la noche el suyo horrendo:  
Su aire, de la española gallardía  
En los presentes ojos imprimiendo  
Cierta gusto y placer: que siempre agrada  
Cualquiera nueva perfección mirada.

Suele entre parda nube de aire oscuro  
De oro estar una llama amortiguada,  
Que á deshora rompiendo el frágil muro  
Toda la vuelve en claridad bañada,  
Y al que está en sus tinieblas mas oscuro  
La ociosa vista deja deslunbrada:  
Tal se halló la hija de Medoro  
Al quitarse Bernardo el yelmo de oro.

Los blandos ojos con que amor cautiva  
El virginal temor puso en el suelo,  
El rostro de color de grana viva,  
Cual con celajes de oro el claro cielo:  
Tan bella entre turbada y pensativa,  
Que arder hiciera un corazón de hielo,  
Dando en la gravedad de su semblante  
Nuevo asalto á los ojos de su amante.

Ella los suyos en Bernardo á veces  
Como al descuido pone, calla y mira,  
Aquí y allí los vuelve, y las combeces

Del barco mide, y sin querer suspira :  
Y viendo sus soberbias altiveces  
Rendidas sin pensar, cruel se aira ;  
Que amor es blanco fuego, y donde prende ,  
Mientras que mas le ceban, mas se enciende .

Cual simple pajarillo, que en la fuente  
De una falsa hermosura convidado ,  
Su presto vuelo entre la liga siente ,  
Sin ver cómo, impelido y atajado :  
Y mientras menos su prision consiente ,  
Mas revuelto se halla y mas ligado ,  
Hasta que al fin se deja de vencido  
En el lazo quedar que le ha prendido :  
Tal la princesa del Catay hermosa  
Sin conocer de quién, se halla vencida ,  
Y como de una fuerza poderosa  
El alma á un dulce sin sabor rendida :  
Y el leonés con su vista deleitosa  
No tiene el alma con menor herida ,  
Que á cada encuentro de ojos, por su palma  
El corazón le ofrece, y rinde el alma .

« Si son verdades, dice, ó son antojos ,  
Bellos ojos mostráros tan amigos ,  
¿ Si es con cuidado darme los despojos ,  
De que los míos son lieles testigos ?  
Mas no es posible que en tan bellos ojos  
Caber pueda celada de enemigos ,  
Que ojos alegres de cualquiera suerte  
Son señas de vida, y no de muerte . »

Esto en su corazón Bernardo siente ,  
Y en los filres espíritus del alma  
Cierta oculta virtud, que en fuerza ardiente  
Rendir le hace á su altivez la palma :  
Y la nueva beldad que ve presente ,  
Mientras le tiene su recelo en calma ,  
Sin saber como, en un divino modo  
En sí lo rinde y lo transforma todo .

Mas á este tiempo en la tormenta horrible,  
Que de un revuelto infierno era el trasunto ,  
A un tiempo el ciego viento y mar terrible  
El flaco barco acometieron junto :  
Cuando el leonés con ánimo invencible  
El diestro gobernalle asió en tal punto ,  
Que salir le hizo en admirable modo ,  
Al tiempo que iba á zozobrar del todo .

A nadie le dejó color entero  
En rostro y pecho la ocasión presente ,  
Que no hay tan esforzado caballero  
Que asirse á fuerzas con la mar intento :  
Pero con todo el español guerrero  
Un punto no humilló su brio valiente ,  
Como si fuera sin zozobra alguna  
El rey del mar, ó el dios de la fortuna .

La bella hija de Angélica llevada  
De otra no menor fuerza poderosa ,  
En dulces pensamientos ocupada ,  
Ni en la tormenta ni en su mal reposa :  
Ya al timon, ya á la vela, ya cansada  
Del grave peso de la flecha ansiosa ,  
Mientras no puede mas toda rendida ,  
Por los ojos descubre la herida .

Cuando en el austro un negro torbellino  
La triste nao acometió de lado ,  
Con que el árbol mayor al agua vino  
Por la firme carlinga destroncado :  
Rompió el vaiven dos enras de camino ,  
De una amura el bauprés quedó colgado ,  
Rota la triza, y fuera de su engaste  
El cuadernal, roldanas y el guindaste .

De nuevo aquí el peligro hizo doblado  
El miedo, el ansia, y voces afligidas ,  
Que ya el barco en rigor se vió anegado  
Por dos tablas de un golpe desmentidas :  
Nadie salvará sino es delin á nado ,  
Las damas en sirenas convertidas

Lloran la miserable humana suerte ,  
Que en mar ó en tierra no hay huir la muerte .

Así tal vez en la nevada altura  
Del helado Apenino hiere el viento ,  
Los montes gimen, brama la espesura ,  
Y á los Alpes asorda el roncó acento :  
Y si la encina en su vejez madura  
A fuerzas quiere conservar su asiento ,  
Nunca la tempestad ni el viento pasa  
Hasta dejarla por el suelo rasa .

Un barco en esto al grueso bordo atado  
Del suyo el gran leonés vió que venía ,  
Nueva esperanza al pecho alborotado  
Que mas fuerzas mostraba que sentía :  
Pues del confuso viento y su cuidado  
Nada en su alma sin tormenta había ,  
Siendo el riesgo mayor en el que ahora  
El recelo le pinta á su señora .

Mas no tan presto en la montaña de Ida ,  
De Júpiter el águila ligera ,  
Tras de la amada presa conocida  
De la encubierta nube salió fuera ,  
Y á la tierna beldad trovana asida  
Con su robo á buscar volvió su esfera ,  
Como el brio español el barco puso  
Del bordo al agua, y en el agua al uso .

Y sobre un firme cabo reforzada  
Su inquietud contra el sordo mar y el viento ,  
De las damas la escuadra alborotada  
Del bajel ocupó el humilde asiento :  
Y ayudado la hija regalada  
De Angélica al autor de su contento ,  
En un punto dejaron el navio  
De hermosura y de lágrimas vacío .

Solo faltaba el nuevo caballero ,  
Y de la bella china una doncella  
Por saltar dentro, cuando el viento liero ,  
Al cruel rigor de una enemiga estrella ,  
Rompiendo el cabo le apartó ligero ;  
Que Venus sigue á su entenada bella ,  
Y tiene por de burlas la tormenta ,  
Si el soplo de la ausencia no la aumenta .

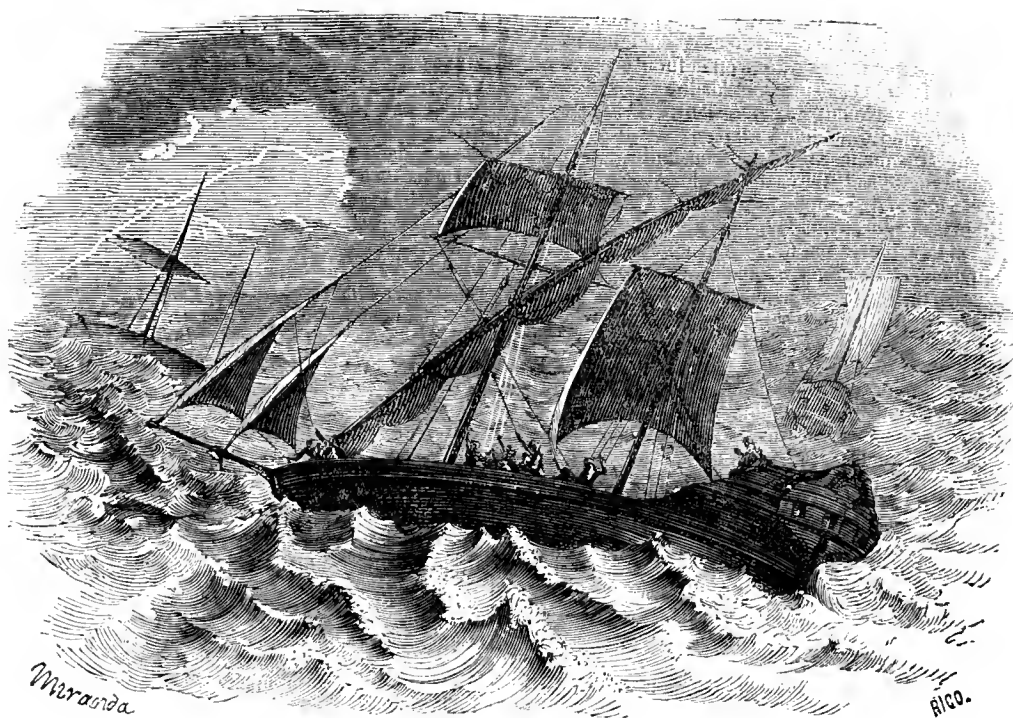
Así tal vez por la caverna oscura  
Del sacro monte Ténaro sin vida ,  
De Eurídice la sombra mal segura  
A los ojos se fué desvanecida  
Del amante de Tracia sin ventura ,  
Que á detenerla con su amor asida ,  
Los brazos le arrojó, y sacó en la mano  
La ocasión sola de llorarla en vano .

Tal el barquillo lleno de hermosura ,  
De luceros, de estrellas, y de soles ,  
Por el espanto de la noche oscura ,  
Sin ver donde, escondió sus arreboles .  
No hay persona en la mar ni hora segura ,  
Todo en ella es mudanza y tornasoles ,  
Que es reino de una dama que sin duda  
De solo ser mudable no se muda .

Lo que allí sucedió al bajel hermoso  
Parte después será de un nuevo aliento ,  
Que ahora veo en gran riesgo el mas brioso  
Pecho que ató la mar, ni rompió el viento :  
Y á su arruinado barco perezooso ,  
Sin gobernalle ya, y sin movimiento ,  
Cada golpe de mar que le da entero ,  
De la fortuna parecia el pastretero .

Es el mudable Jónio un mar violento ,  
De tempestades lleno, y de bajios ,  
De yerbes arrecifes, donde el viento  
Rompe y hace pedazos los navios :  
Sus islas pobres, y de mal asiento ,  
Asperas, escabrosas, de aires frios ,  
Donde Itaca fue un tiempo celebrada ,  
Por el prudente Ulises patria amada .

Entre ella y el seno Ambrico famoso ,



Que ahora son los golfos de Lepanto,  
Donde el hijo de Carlos poderoso  
Al espanto del mundo puso espanto,  
Al roto barco del leonés brioso  
La luz le amaneció del cielo santo,  
La mar algo tratable, el recio viento  
No tan desconcertado ni violento.

Parecía que fortuna ya cansada  
De luchar con los aires se rindiese,  
Y vencida, á la fusta no domada  
La palma y vencimiento concediese:  
La tierra ya de lejos saludada,  
Que el alto Epiro se entendió que fuese,  
Por donde el vasto Jónio se atraviesa,  
Y el firme pié al Acroceraunio besa.

Mirando estaba el español valiente  
De Alcione los jardines celebrados,  
Y Léucada engolfada al mar de Oriente,  
Siendo antes tierra firme sus collados;  
Y el promonto Fálaro eminente,  
Que en uno de sus riscos encrespados  
(Si debe ser la antigüedad creída)  
La nao quedó de Ulises convertida.

La florida Zacintos, y á su diestra  
Los altos montes de Cefalonía,  
Donde el reino Teléboe se le muestra,  
Que por sus costas de robar vivía;  
Y la ondosa canal á la siniestra,  
Que abrió á pesar de Italia estrecha vía,  
Para pasar sus olas enrizadas,  
De nobles terebintos coronadas.

Aquí el barco á la luz del nuevo día  
Perdido se halló, aunque no anegado,  
Ya sin fuerzas la gente que tenía,  
Si alguna en tanto riesgo habia sobrado:  
Olfa, que así la dama se decía  
De la princesa del Quinsay dorado,  
Perdida su señora de improviso,  
Arrojarse en la mar turbada quiso.

Y mil veces sin esa lo hiciera,  
Si el nuevo amante no la reportara,  
Y en discreto decir, la pena fiera  
Que el alma le oprimió no le ablandara:  
Donde á vueltas tambien le ruega quiera  
Decirle algo de aquella beldad rara,  
Que á ambos dejó en confuso desconuelo  
¿Quién sea, de qué nación, qué tierra, ó cielo?

Olfa que en las grandezas del mancebo  
Ser algun disfrazado dios creía,  
«Marte invencible, dijo, á quien ya debo  
Mil vidas, oye...» y proseguir quería;  
Cuando con nueva voz, y espanto nuevo,  
El roto barco en dos ven que se abría,  
Que ya encallado en una firme peña,  
La muerte á todos dió la postrer seña.

El sentarse en el áspero bajo,  
Y hacerse á un golpe dos (¡extraña cosa!)  
Fue todo á un tiempo, y con un norte frio  
Bramar la mar de nuevo temerosa:  
De todos solo el castellano brio  
Quedó entero en su fuerza poderosa,  
Que los demás con solo el temor ciego  
Por muertos se contaron desde luego.

Fuese hundiendo el barco destrozado  
En ancho y espumoso remolino,  
Donde bien su valor mostró abreviado  
Del Casto Alfonso el sin igual sobrino:  
Que de su arnés humbroso despojado,  
Sobre la gruesa rosca de un gran pino  
La bella china puso desmayada,  
Ya en sus mismos temores anegada.

Y dando con sus armas á la entena  
Rico peso, tambien por no dejallas  
Donde el antiguo griego en nueva pena  
Por culpa suya trate de guardallas:  
Entra la crespas mar de espumas llena,  
De sus olas rompiendo las batallas,  
La playa busca, cuando al turbio viento



Fortuna al parecer da nuevo aliento.

### ALEGORIA.

Por las fiestas de Francia, tantas veces repetidas, y tantas estorbadas de inconvenientes, se muestra la poca estabilidad de los placeres humanos, y cuan inciertas son sus esperanzas, y los muchos estorbos que les salen al camino. Morgante es figura de la ira, que sin guardar término ni razón, desenfrenadamente corre á su venganza: y los monstruos de Creta to son de la desorden de un reino, donde el rey deja la senda de la virtud. Por Bernardo, que se enamora de Arcángelica en medio de una gran tormenta, se dice que el hombre enamorado del apetito de la venganza figurado en Arcángelica, es llevado por mil tormentas y sobresaltos á dar al través consigo, y quedar perdido.

### LIBRO DÉCIMOCUARTO.

**ARGUMENTO.** Sale Bernardo arrojado de la tormenta á la costa de Acaya en compañía de Olfa, que le da cuenta de quien sea Arcángelica, cómo salió tan valerosa en armas, y la opinión que hay de que sea hija del dios Marte: tocando á vueltas de su discurso una galana geografía de casi toda la Asia. Bernardo entra en la cueva de la diosa Témis, donde halla un admirable retrato de la vida humana, y los monstruos que al mundo parecen la ignorancia, y el engaño.

Qual bello cisne sobre el crespó vado  
De Meandro, sin que en él se le consuma  
Del blanco pecho el tumbo levantado,  
Cercos engarza de liviana espuma;  
Y en remolinos de cristal cuajado



Humedeciendo va la hueca pluma,  
Hasta que al fin entre la juncia verde  
Al suave son de su cantar se pierde.

Así luchando el español guerrero  
Por las saladas ondas discurría,  
Diestro piloto hecho y marinero  
A la pesada entena en que venía:  
Dando consuelo al llanto lastimero  
De Olfa, que en hermosa parecía  
Bella sirena, si de cuando en cuando

En cantar convirtiera el ir llorando.

Que sea el fuerte Tritón, ó el rey Neptuno,  
O la mudable imagen de Proteo,  
El crespó mar sospecha; que ninguno  
Que sea mortal alcanza igual trofeo:  
Y así por dios del mar de uno en uno  
Cuanto los campos cruzan de Nereo  
Le rindieron debido vasallaje,  
Y anunciaron el próspero viaje.

Hasta que la fortuna ya afrentada

De verse de un mortal brazo vencida,  
En el tumbo espumoso disfrazada  
De la ola de un lebeche embravecida,  
A Olla, su amparador, y la aferrada  
Entena echó á la costa encanecida,  
Por donde de Beocia en corva raya  
El rio Celiso rompe la ancha playa.

Por medio la region focense corre,  
Naciendo en las alturas del Parnaso,  
Celiso, en cuya orilla está una torre  
Rota y gastada ya del tiempo escaso:  
Templo antiguo de Temis que socorre  
Con su saber el mundo á cada paso,  
O ya dando hombres nuevos, ó medido  
A la razon el gusto del sentido.

Aquí ya libre del rigor pasado  
Bernardo afirmó el pié en la seca arena,  
Molido el cuerpo, el brio quebrantado,  
Y Olla con él de espanto y temor llena:  
Y el riesgo en verse libres olvidado,  
Sola la nueva ausencia les da pena  
De aquella celestial belleza rara,  
En cuya vista nada les faltara.

Y aun no del todo el enlutado cielo,  
Desnudo y libre del rigor pasado,  
En nueva sombra y tempestad el suelo  
De agua tenia y vientos anegado,  
Cuando en un tibio y mudo consuelo  
Al antiguo edificio derribado,  
Que á la ancha boca está del turbio rio,  
A buscar van abrigo contra el frio.

Así en los mismos pardos arenales,  
De otra mayor tormenta y desconcierto  
Echados, cuando el suelo á los mortales  
De agua se vió y de confusión cubierto  
Deucalion y Pirra en los umbrades  
Fueron del sacro templo á tomar puerto,  
Pidiendo á Temis, pues lo sabe todo,  
De la restauracion del mundo el modo.

Mostróse el turbio dia presuroso  
Mas que otras veces lo es breve y pequeño,  
Por entre el aire lóbrego y nublado  
Vanas fantasmas destilando el sueño,  
Cuyo silencio hizo del reposo  
Del mundo á la quietud sabroso dueño,  
Y al amante español, y á su doncella  
Huir con tristes pensamientos della.

Vino la noche, cuya niebla oscura  
Espantos á una parte y á otra lleva,  
Y el frio cierzo cernido en nieve pura  
En altos pinos sus bravezas prueba:  
Suenan los aires, brama la espesura,  
Crece el rigor, y el viento se renueva  
Llenos el Norte, helados ambos senos,  
De ardientes rayos, y de roncós truenos.

Cuando, sin otra prevencion de cena,  
Buscando amparo á la region nublada,  
Y abrigo al viento que en los bosques suena,  
Una caverna vieron tenebrosa:  
La oscura boca de malezas llena,  
Que en su enlutada tumba sospechosa,  
Desde un rincón del carcomido muro  
Lugar da, mas secreto que seguro.

Fuéronse con escrúpulo bajando  
Al escalon primero de la gruta,  
Solo donde poder dormir buscando  
Un pequeño compas de tierra enjuta:  
Y como en parte estraña recelando  
Agudo silbo de serpiente bruta,  
Euroscado dragon, ó cana fiera  
De rojo tigre, ó súbita pantera.

Hizo el leónés del sótano á la entrada  
Escrutinio en las ramas y malezas,  
Probando con la punta de la espada  
Del ciego seno su áspera estrechez:

Y hallando parte enjuta y abrigada,  
De yerba y secas cañas, adereza  
A la medrosa dama un breve lecho,  
Alvía á los enjutas de su pecho.

Y á par della sentado le suplica  
Si le ha quedado aliento, le dé cuenta  
De la ausente hieldad que el alma rica  
De esperanzas en gloria le sustenta;  
¿Por qué, ó cómo al marcial furor se aplica?  
¿Quién la trajo á tal riesgo y tal tormenta?  
¿Cuál sea su patria, cual su nombre y fama?  
Dijo, y así le respondió la danna:

«Regalo celestial, fruto fecundo  
De dulce amor y suertes de fortuna  
La hieldad dieron, que única en el mundo  
Adoró el sol, y respetó la luna:  
Bella princesa, resplandor segundo  
Del reino que á la luz sirve de cuna,  
De Medoro y de Angélica la bella  
Parto feliz en venturosa estrella.

Marte lloviendo helicosa lumbre  
Subía á la sazon con mayor brio  
Por sus dorados gonges á la cumbre  
Del austral capricornio húmedo y frio;  
Y del carro acerado la vislumbre  
En su mayor pujanza y señorio,  
Sobre el grado penúltimo subido  
Hasta los veinte y ocho habia corrido.

Venus con la blandura acostumbrada  
Le iba templando en parte la aspereza,  
De los demas planetas rodeada,  
Cada cual en su punto y fortaleza:  
Solo Saturno, cuya frente airada  
Tristes anuncios daba á su belleza,  
En veinte grados puso su tesoro  
Del enemigo vellocino de oro.

Esta admirable conjuncion de sinos  
A la gran China dió esta real princesa  
Arcangélica dicha, que en divinos  
Rayos de luz en tu alma vive impresa:  
Junto al Quinsay en muros peregrinos  
Por un bosque bellissimo atraviesa  
El castillo de Mangi, de quien viene  
Al reino el nombre, y el honor que tiene.

De doce millas su torreado muro  
De fino jasper en proporeion cuadrado,  
Con mil torres altísimas seguro,  
Donde está un grueso ejército alojado:  
En cada esquina de alabastro duro  
Un altísimo alcázar levantado,  
Guyas torres y almenas por decoro  
Sustentan ricos chapiteles de oro.

La altiva frente que al Oriente mira  
Rica puerta abre de bruñida plata,  
Que al sol sirve de espejo en que se mira,  
Y con sus rayos otro sol retrata:  
Esta al rey solo se abre, y se retira:  
Dándole paso, él solo pisa y trata  
Sus umbrales, y en otros mas escasos  
El vulgo estampa sus humildes pasos.

En medio el ancho muro, que cubierto  
Todo está de arboledas y jardines,  
De fuentes y de estanques, por concierto  
Puestos entre arrayanes y jazmines,  
Se ven por juncias y agua en vuelo incierto  
Briosos cruzar los bellos francolínes,  
Y dar los cisnes música á las flores,  
Y al alba fresca tiernos ruiseñores.

Saltan los corzos, y la liebre corre  
Por entre murta, sándalo y verbena,  
Libre de que le siga ni le barre  
Otro paso los suyos en la arena:  
Una á otra se sigue, y se socorre  
Con fiesta y grita de retozos lleva,  
Gozando de sus juegos y primores

La luz de los altivos miradores.

En medio el real jardín, sobre un collado  
De cinamomos y canelas lleno,  
A quien las rosas y azahar nevado  
Con menos costa vuelven mas ameno,  
Está de verdes mármoles labrado  
El imperial alcázar, cuyo seno  
En ricas salas de oro y pedrería  
Eterno guarda, y sin morirle el día.

Yo no se bien si la caverna ó gruta  
Del peñascoso Ténaro deshizo  
Sus verdes jaspes, y al Quinsay tributa  
Con lo que este vistoso alcázar hizo;  
O de los bacrianos en la inculta  
Scitia, el pueblo inconstante y movedido  
Tiene alguna cantera de esmeraldas  
Mayor que el monte Acámaso en sus faldas.

Ó las minas de Copto, que en Egipto  
A Tebas dan sus mármoles preciosos,  
Dieron á la India el bello circuito,  
Que dió á este real jardín lejos vistosos:  
Todo el cercado en torno de infinito  
Aparato, de estatuas y colosos,  
Bultos, mónstruos, figuras y medallas,  
Y otras varias grandezas y antiqualas.

Por cien torres en torno se dilata  
Con chapiteles de oro por cabellos,  
Y mil balcones de luciente plata,  
Que heridos del sol deslumbra el vellos:  
Lo de dentro suspende y arrebatá  
Con dibujos bellísimos, y en ellos  
Llenas las salas, patios, corredores,  
De guerras, cazas, fábulas, y amores.

Aquí el gran Chino por su gusto tiene,  
Cuando la corte deja, su morada;  
Aquí á aliviar la grave carga viene  
Del cetro de oro y magestad pesada:  
Aquí en alegres cazas se entretiene,  
Y goza quieta vida regalada,  
Y aquí tambien entre frescura tanta  
Del Quinsay se crió la bella infanta.

Ya quince vueltas el autor del día  
En las balanzas de oro habia ajustado  
La clara luz con la tiniebla fría,  
Y otras tantas al mundo renovado,  
Vistiéndolo de flores y alegría,  
Después que el quinto círculo dorado  
Del cielo hizo en Angélica la bella  
El divino retrato dél, y della.

Y estando la una y otra retirada  
Deste real bosque en la agradable vida,  
Una en correr las liebres ocupada,  
Y otra en rendir las fieras divertida,  
En el Canfú surgió una gruesa armada,  
Y el ruido y temor de su venida  
Subió al jardín por la corriente arriba  
De un río que al bajo mar Quinsay derriba.

Zambri, soberbio rey de la Moscana,  
Nieto del desdenoso Radamanto,  
A quien Roldán mató, y con su temprana  
Muerte heredó su nieto imperio y llanto,  
El en que comenzó su edad lozana  
Veria en ella á vengar, trayendo cuanto  
Poder su reino alcanza, y cuanto encierra  
En aparato y máquinas de guerra.

Quería arrogante á cuenta de su empresa,  
Y la vertida sangre de su abuelo,  
Por su mujer ganar á la princesa.  
Y de la China el ancho y fértil suelo:  
Llegando sobre el parque con tal priesa,  
Que antes que se tuviese de él recelo  
Había allanado ya su fortaleza,  
Y preso de las des la una belleza.

A Angélica prendió, y sus damas todas,  
Creuyendo que iba la princesa en ellas,

Con que ya dentro en sus felices bodas  
Mas que Atlante consigo lleva estrellas:  
Y sin temer las tristes tornabodas  
Conque la instable diosa hace mellas  
En los mas firmes gustos, con su gente  
Al mar se hizo la vuelta del Poniente.

La gallarda Arcángélica acosada  
Del riesgo atroz, y asalto repentino,  
De su mismo valor estimulada  
Un arnés se vistió de acero fino;  
Y no con flaca y femenil espada  
La alta defensa de su honor previno,  
Mas cual bella amazona se arrebató,  
Y con belleza y armas riade y mata.

Sola su lanza, sin la humilde gente  
Que de encuentro llevó, quitó la vida  
Al jayan Madagasear, que en Oriente  
El brazo fue y la espada mas temida:  
Al rey de Gozurat, que la eminente  
Luz de los polos tiene por medida  
De horizonte, al de Albasia, y al de Tibar,  
Y al negro y grueso mónstruo de Zancibar.

Siguió el alcance y bella retirada  
Del incauto Zambri, libre y dispuesta  
De no volver á ver sino es vengada  
De Mangi los vergeles y floresta:  
Y en un navio que rindió embarecada  
Entre la flota, que con grita y fiesta  
Del victorioso triunfo alza la vela,  
Ciega se embarca, y tras su agravio vuela.

Como del Caspio mar en la ancha playa  
Hircana tigre de corage llena,  
Autes que el cazador por piés se vaya  
Los suyos ella estampa en la arena,  
Y por el rastro que dejó se ensaya  
A vengar el agravio de su pena,  
Y á bocados cuanto hay mata y destruye,  
Y á seguir vuelve el cazador que huye:

Así del blando chino la princesa  
Al seguimiento y presto alcance vino  
Del que á su dulce madre lleva presa,  
Furiosa destrozando en el camino,  
Por cuanto alde sus golpes se atraviesa,  
Y de morir en ellos se hace dino,  
Hasta abordar la rica capitana  
Del bárbaro Zambri, rey de Moscana.

Y allí, á pesar de la enemiga gente  
Que en el naval ejército venia,  
La suya dentro echó, y cual rayo ardiente  
Por las contrarias armas discurria:  
Mató al rey vano, y la arrogante frente,  
Donde forjó imprudente fantasía  
De ser su esposo, en un gallardo tajo  
Del confuso celebro la echó abajo.

Y en tanto en gente y armas abundante  
La voz llegó del general socorro  
Con fuerza tal, que al campo Radamante  
Fusta no quedó entera, ni hombre horro,  
Ni chino barco, que con brio triunfante  
Urea vencida no llevase á jorro,  
Debiéndole al valor de la princesa  
La honra mayor de la importante empresa.

Mas cuando ella en rendir la capitana,  
Y en dar muerte á su rey se detenía,  
El príncipe de Ormuz que al de Moscana  
De general por tierra y mar servía,  
Ardiendo en torpe amor su alma liviana  
Por la Angélica reina que traía  
Presa á su cargo con el nuevo espanto  
Del muerto sucesor de Radamanto.

En presta zabra con medrosa presa,  
A vueltas del sangriento herir confuso,  
La reina de Catay de nuevo presa  
Con lo mas rico del despojo puso:  
Y cual presto alcotan que ha hecho presa

Volando huye por el mar difuso,  
Ciego, trocando honor, navios y gente,  
Por un robado amor huye al Poniente.

La princesa que al triunfo y alegría  
Del vencimiento halló lo mas precioso,  
Que allí en tan nuevo oficio la traía  
Robado del ladron de Ormuz medroso,  
Hundir el mundo con furor queria,  
Y de ira ciega en bando riguroso,  
Sin dejar ni una fusta reservada,  
Abrasar manda la enemiga armada.

Ciento y diez velas que al rigor de Marte  
Parecieron sobrar, sin sacar dellas  
De enemigos despojos mayor parte  
Que las cautivas damas y doncellas,  
Barloadas todas de Vulcano el arte  
En resonantes globos y centellas,  
De sus grasientos senos subió en vuelo  
Los roncós gritos y la llama al cielo.

Yo aquella pienso fue la vez primera  
Que el ancho mar temieron se abrasara,  
Que sus golfos el fuego consumiera,  
Y en ceniza su arena se trocara:  
Y ardiendo la enemiga armada entera  
La ciega noche obscura volvió clara,  
Para que así mejor viesse la fama  
Sobre un golfode mar otro de llama.

Hecha por la princesa su victoria  
Esta espantosa y triste luminaria,  
En que no quedó rastro ni memoria  
De la potencia y presuncion contraria:  
Tras el corsario de su honor y gloria,  
Que su alma lleva en huida temeraria,  
En un navío se arrojó velero,  
Mas de valor armada que de acero.

Trájome sola á mi en su compañía  
Para el servicio suyo, y dando al viento  
Las velas tras el bárbaro que huía  
Vencimos en correr al pensamiento:  
Pasamos por el Pilbo y la Zangia,  
De isla en isla tomando guia y tiento,  
Cruzando en vuelo al cristalino campo,  
Entre el Japon y el cabo de Liampo.

Dejamos ambos Líquios á la izquierda,  
Y á la diestra la costa de Chíncheo,  
Dando al camino y la congoja cuerda  
Hasta la alta Camboja y el Burneo:  
A Gilolo de lejos se me acuerda  
Que vimos, y en bellissimo rodeo  
Las Malucas vistiendo con sus flores  
Los aires de aromáticos olores.

La bella y rica Chersoneso de oro,  
Con su ciudad y reino de Malaca,  
En seguimiento del cobarde moro  
De árboles nos mostró su costa opaca:  
Y entre la Taprobana, y el tesoro  
Que por sus costas baña la resaca,  
La vuelta dimos sin alguna altura  
A la punta y combés de Cincapura.

De allí el rumbo siguiendo del piloto,  
Que á la inquieta princesa, mal contenta  
Del mar presente y círculo remoto  
Que haciendo va en su viaje, daba cuenta:  
A un descompuesto viento el árbol roto  
Corrimos la ancha costa alharaquenta  
De Samatra, ciñendo nuestra frente  
De la alta equinoccial el cerco ardiente.

Y á la luz del eanopo, que allí claro  
Como un limpio carbunco se les muestra,  
El peñasco de Cídara al reparo  
De un abrigo quedó, y á la siniestra  
El cabo de Naguacar, puerto raro,  
Donde aquel día surgió la barca nuestra,  
Y halló entre los que habitan por sus peñas  
Del corsario de Ormuz el rastro y señas.

Seis dias antes salió del mismo puerto,  
Y nosotros aquel que en él entramos,  
De Mengala cruzando el golfo abierto  
Hasta que á la isla de Zeylan llegamos;  
Y el promontorio Cori, descubierto  
Por Trabancor hasta Cochín pasamos,  
Y allí hácia Calicut un bajel vimos,  
Que en lo alto ser de Persia conocimos.

Fuimosle aquella tarde dando caza  
Con la siguiente noche, y cuando el día  
El triste luto al raundo desenlaza,  
Que por la muerta luz puesto se habia,  
Ya en sus señales claro y en su traza  
Ser vimos el de Ormuz, en quien venia  
La Angélica beldad sin culpa presa,  
Y en su demanda la oriental princesa.

Con nuevo regocijo y alboroto  
Embestimos con él y al abordallo,  
Solo seis caballeros y el piloto  
Con las armas vinieron á estorballo:  
Quedó rendido, y por la jarcia roto  
Del encuentro primero, y al entrallo,  
Encima vieron del combés cubierto  
De tela de oro negro un hombre muerto.

Supimos que de Ormuz el rey Blancarte,  
Tras quien se hacia la infeliz jornada,  
Era el muerto, y que Angélica su parte  
Hizo en dejarse en su prision vengada.  
Sobre el cabo de Cori, el baluarte  
De una florida selva da abrigada  
De los vientos de Oriente una bahía,  
Donde el rey fugitivo llegó un día.

Quiso cansado de la mar bajarse  
Al márgen de una fuente cristalina,  
Entre blancos jazmines, que á emboscarse  
Por su espesura el mismo olor inclina,  
O por entretenerse, ó por holgarse  
Con la robada diosa de la China,  
De quien habia en sus deseos venido  
De una esperanza en otra entretenido.

Suspense el día, que pasó volando  
En esperar sus reyes á la orilla,  
De Ormuz se vió el navío, hasta cuando  
Al mar de Goa el claro sol se humilla,  
Que por la temerosa selva entrando  
La fria imagen vieron amarilla  
De su imprudente rey, que en el desierto  
Iluyéndose su amor le dejó muerto.

Creese que en el favor de su regazo  
Con dulce paz le degolló dormido,  
¡Torpe locura! ¡peligroso lazo!  
Fiarle de mujer quien la ha ofendido:  
Entraron por la selva un gran pedazo,  
Mas cególes el rastro y el sentido  
La obscura noche y tierra no sabida,  
Y la pena de ver su rey sin vida.

Así el sordo navío en llanto amargo  
Degollado mostraba su rey muerto,  
Con quien al rico Ormuz por su descargo  
De luto iba de lágrimas cubierto:  
Y al pasar de Trabancor el mar largo,  
Haciendo escala en su vecino puerto,  
De la vengada reina tuvo nueva,  
Que de sus playas la salvó una cueva,

Y en un navío para el llano Egipto,  
Dando las velas á un terralliviano,  
Ya libre se embarcó de su delito,  
Si alguno fue matar á un rey tirano:  
Así con triste y lastimoso grito  
Razon de si nos dió el navío persiano,  
A quien la real princesa libremente  
Con su rey muerto le dejó y su gente.

No le entregó á la tragadora llama,  
Como á la flota hizo su enemiga,  
Mas reservarlo quiso para fama,

Que la venganza de su agravio diga :

Y tras quien le dió el ser, cual tierna gama,  
Al real piloto manda que prosiga  
Su derrota, y en bello circuito  
Las Arabias costee, y vuelva á Egipto.

En la punta de Aden una tormenta,  
De no menor rigor que la pasada,  
La nao despedazó en furia violenta  
Sobre una roca en agua sepultada:  
Y sin que el intratable mar consienta  
Por su crespo cristal hacer jornada,  
En seis siguientes lunas que así estuvo,  
Como en cerrada cárcel nos detuvo.

Hasta que de la punta del mar Rojo  
A dar fuimos por tierra á Alejandría,  
Por entre rotos mármoles, despojo  
Del tiempo en que el gran Cairo florecia:  
Con nuevo rastro siempre, y nuevo antojo  
De la que reina donde nace el día,  
Que de allí en busca de su amado ausente  
El rumbo había tomado del Poniente.

Ha muchos años que el gentil Medoro,  
Ausente de los ojos de su dama,  
La dulce risa vuelta triste lloro,  
Y desierta dejó su alegre cama:  
La causa ni la alcanzo, ni la ignoro,  
O sea cierto rumor, ó incierta fama,  
Yo la diré despues, que ahora digo,  
Que á buscar fue de allí á su caro amigo.

Diéronle nuevas dél en Tolonita,  
Donde se entiende que llegó primero,  
Con que el muerto deseo resucita,  
(Si es mortal el amor que es verdadero)  
A la madre tambien la hija imita,  
Y en busca de ambos un navío ligero  
Al mar arroja, y tras su sangre ardiente  
Los graves reinos busca del Poniente.

Arrojónos en calmas y en tormentas,  
De isla en isla rodando y puerto en puerto,  
Al mar Carpacio, que es de olas violentas  
Un importuno y ciego desconcierto;  
Y en el Egeo tras él playas sedientas  
De Creta vimos, y en el golfo abierto  
De Corfú su arenal, por donde un día  
El viento nos echó en Cefalonía.

Allí por lances y peligros varios  
La mar nos despenó, y allí perdimos  
Nuestro bajel, y en otro de corsarios  
Que en el puerto hallamos nos metimos:  
Andaban en sus robos ordinarios  
De la herviente costa á los arrimos  
Cien piratas á cuenta de un gigante,  
Gran capitán de Creta, y rey de Jante.

Era uno destos el navío que digo,  
Contra quien dos de la cercana tierra,  
Por peligroso y bárbaro enemigo  
En trance entraron de sangrienta guerra,  
Donde de la princesa el brazo amigo  
Mostró bien lo que el bravo pecho encierra,  
Siendo los aires de su ardiente espada  
Nueva tormenta á la enemiga armada.

Retirólos á golpes insufribles  
La bella sucesora de Medoro,  
Proezas haciendo y golpes increíbles  
En favor del navío de Arcandoro:  
Mas hacer bien á bárbaros movibles,  
Es sembrar por la mar arenas de oro,  
Y este en las sirtes de Africa nacido,  
Había á mudarse en ellas aprendido.

Vió á la princesa, hallóse enamorado,  
Y en torpe modo, y con grosero estilo,  
No del todo el combate sosegado,  
Corriendo aun sangre de su espada el filo,  
Llevando de ignorancia en su cuidado  
Mas que en sus siete bocas agua el Nilo,

A requestarla se atrevió en el brio  
De hallarse humilde dueño de un navío.

Pasó en donaire el loco atrevimiento  
De su beldad la gravedad severa,  
Y fue mucho en tan nuevo sentimiento  
Guardarse en su sereno rostro entera:  
Mas dando al gusto bárbaro otro viento  
El alma y la intencion mudó primera,  
Y el mismo día que se mostró su amante,  
Y ella á darle la vida fue bastante.

Hallándola dormida, de repente  
En la prision estrecha en que venia  
Con las fuerzas la puso de su gente,  
Y cual me hallaste á mí en su compañía:  
Y esto en compendios hasta el día presente  
La historia es suya, y la desdicha mia,  
Y de Angélica hija y de Medoro,  
La que ausente suspiras, y yo adoro.

Pondráte admiracion, que de dos pechos  
Tan blandos y amorosos por su parte,  
Solo á tiernas batallas de amor hechos,  
Sin nombre ni opinion en las de Marte,  
Naciese el brazo invicto, que á despechos  
Del mundo así campea su estandarte  
En los valientes dél, que con su sombra  
Lo mas florido de su rueda asombra.

Sabrás, oh invicto aliento dela fama,  
Que el generoso Artildo, insigue en ciencia,  
Padre que fue del mio, y yo la rama  
Mas asida á su tronco y descendencia,  
Cuando mas niña esta invencible dama,  
O á mí á solas, ó á ella en mi presencia,  
Mil cosas de su esfuerzo le anunciaba,  
Que ahora las veo, y antes las dudaba.

Decía tambien que su animoso pecho,  
Donde aun á la materia vence el arte,  
No era todo de humana masa hecho,  
Que tenia de divino una gran parte;  
Que de los dioses uno, en nudo estrecho  
De amor paterno, á su ánimo reparte  
Su natural furor, y el caso todo  
Pasó, segun Artildo, en este modo:

Dicen que Marte en condicion severo  
Ya en otro tiempo fue de amor vencido,  
Sin que las armas de templado acero  
Defenderle pudiesen de Cupido:  
Y aunque el suceso es grave, es verdadero,  
Que el cielo lo confiesa, y él rendido  
En las sutiles redes de su lecho  
Da por probado el adulterio hecho.

Vulcano en ciegos nudos de oro atados  
A su esposa y á él los halló un día,  
Y aunque en sus lazos presos, mas ligados  
Del lazo en que su hijo los tenia:  
Bajó los graves dioses convidados  
A la gran presa que cazado habia,  
Dios hubo que tuviera á dicha buena  
Trocar su libertad por tal cadena.

El sol lo descubrió, cosa notoria  
Fue por el mundo su amoroso cuento:  
Mas envidiosos hubo de su gloria,  
Que dudosos habrá de lo que cuento:  
Olvidóse la afrenta en su memoria,  
Aunque no la ocasion de su contento,  
Trocando el freno del primer recato  
En desenvuelto y descubierto trato.

Sobre la playa y secos arenales  
Que al mar Carpacio enfrenan la braveza,  
Y á pesar de las ondas inmortales  
Siria levanta al cielo su cabeza:  
Hecha de rica pasta de metales  
La antigua Chipre está, cuya belleza  
Aumenta el monte Acámaso, y su faldas  
Llenas de ricas minas de esmeraldas.  
Aquí sobre su concha cristalina

Venus del mar salió la vez primera,  
De la espumosa lluvia y sangre fina  
Que sudó al mundo la estrellada esfera:  
Aquí tiene su altar y su cortina,  
Y en él su habitación mas verdadera:  
Y al fin aquí, como á su propio imperio,  
Se retiró despues del adulterio.

Un dia que el dios sangriento á reercarse  
Al claustro vino de su alegre dama,  
(Si á la fama algun crédito ha de darse,  
Que estos son propios cuentos de la fama)  
Cupido comenzó á vanagloriarse  
De los varios efectos de su llama,  
¿Qué dios, qué hombre, qué fiera se ha librado  
Deste arco duro, y de su arpon dorado?

Júpiter quiero que me sea testigo,  
Pues Marte con mi madre está ocupado,  
Si el rubio Apolo usó un desden conmigo,  
Hable el laurel si me dejó vengado:  
Mercurio, y Baco, mi mayor amigo,  
El frío Neptuno, y Radamante airado,  
Dirán si desde el cielo al bajo infierno  
Hay pecho libre deste brazo tierno.

No sé qué medio ninfa, ó medio estrella,  
Ocupada en seguir el monte y caza,  
Se alaba de que está de mi centella  
Su alma libre, y sin rendir su plaza:  
Mujer lozana, cazadora y bella,  
Y sin sentir el lazo con que enlaza,  
Es burla; que en la red mas olvidada,  
La que piensa cazar queda cazada.

De los dioses ninguno se ha librado,  
Los hombres mal pudieran defenderse:  
¿Al rústico pastor tras el ganado,  
Quien no gusta de verlo entretenerse,  
Proponer en ausencia su cuidado,  
Y en presencia temblando retraerse?  
Una vez arrogante, otra se humilla  
Al brio de su lozana pastorecilla.

Son varios los efectos y pasiones  
Que en corazones causo descuidados,  
Conforme á las diversas ocasiones  
En que los hallo y tengo encadenados:  
Quien quisiere salir de mis prisiones,  
Y romper sus fortísimos candados,  
Rompa ocasiones, atará deseos,  
Que los demás atajos son rodeos.

Gusto de ver llorar uno en ausencia  
La fuerza que le hace su cuidado,  
Otro en zelós perdida la paciencia  
Por lo que él en su cama ha fabricado:  
A otro en medio los gustos de presencia  
Un antojo le doy que es ya olvidado,  
Con que viendo lo mismo que via antes  
A los enanos juzga por gigantes.

En estas entremeses divierto  
Mi ociosa paso y descuidada vida,  
De esperanzas y engaños mantenido  
Y sobornado de alegría fingida.  
Traeme en sus ojos ahora entretenido  
Una reina adorada y perseguida,  
Que en el mundo es escándalo y centella,  
Y en el Catay Angélica la bella.

Es tanta su beldad, tanta su fama,  
Que quisiera por verla no ser ciego,  
Aunque fuera la yesca de mi llama,  
Con tal que se encendiera de su fuego:  
No vi su rostro, mas urdí la trama  
Que á mil sirvió de muerte, á mí de juego,  
Y su real brio, á quien faltó segundo,  
De tropezon universal al mundo.

¿Qué valor hubo en él digno de cuenta,  
Que no escandalizase su hermosura?  
¿Qué riesgo, qué bonanza, qué tormenta,  
Qué empresa, qué batalla, qué aventura?

¿Qué pecho libre, qué alma tan exenta,  
Qué presa no pusiese en cárcel dura?  
¿Qué ojos tan graves, pecho tan esquivo,  
Que si los suyos vió no esté cautivo?

De reyes y de príncipes servida,  
¿Qué cetro le negó su vasallaje?  
Uno el juicio pierde, otro la vida,  
Otro el reino, otro el nombre, otro el linaje,  
Hasta que vió á Medoro, y del rendida  
Trocó un mundo de reys por un paje:  
Si la agravíe, será disculpa mia,  
Que ciego no miré lo que escogia.

Así braveando está el niño arrogante  
Mientras que á tienta un arco nuevo encuenda,  
Gustando Venus y su altivo amante  
Del blasonar y del poner la cuerda:  
Marte oyendó la fama resonante  
De la oriental belleza, con la izquierda  
Dicen que sin ver cómo fue herido  
A escuso de su madre de Cupido.

Dióle en el alma ociosa con destreza,  
Que es el amor sutil en demasia;  
Ya el tesoro de Venus es pobreza,  
El sol tinieblas, y la noche el dia:  
Trucea inmortal por la mortal belleza,  
Y á una diosa una dama preferia;  
Pero no hay que admirarse destes juegos,  
Que en casa del amor todos son ciegos.

Las duras armas de bruído acero  
En el templo de amor deja colgadas,  
Y tierno amante de soldado fiero  
A su entonado pide alas prestadas;  
Que aunque es un pensamiento en ser ligero,  
Antojos nuevos son glorias pesadas  
Que aunque en sus hombros learos los lleven,  
Parece en el volar que no se mueven.

Del frío Geta en el helado clima  
Ocioso deja el carro en sangre tinto,  
Y en la guerrera Tracia airado arrima  
Del corvo alfanje el tachonado cinto;  
De su cruel rayo la espantosa grima,  
Que al mundo baja en resplandor distinto,  
La frente limpia con que el aire empece,  
Y en sangrientas vislumbres resplandece.

Deja el grabado armés, cuya acerada  
Máquina su abrasado cielo oprime,  
Y la nublosa clava reforzada,  
Que el polo con su grave peso gime;  
Del corvo escudo, y la tajante espada,  
Las turbias luces que espantosa esgrime,  
Con que la Libia enciende, abrasa á España,  
Y al sol los claros rayos de oro empaña.

Deja al fin el potente dios terrible  
Del acero el estruendo resonante,  
Deja el ceño espantoso, y vista horrible,  
A una sombra fantasma semejante:  
Volviendo blando amor, si esto es posible,  
Aquel su fiero y áspero semblante;  
Mas ¿qué digo un semblante solo fiero?  
Un pecho, un alma, un dios todo de acero.

Sale volando, y de un alegre viento  
Una nube formó resplandeciente,  
Parecida á su nuevo pensamiento  
En lo hermoso, vano y transparente;  
Y en buscar la ocasión de su contento,  
Presto, ansioso, colérico, impaciente,  
A un cabo y otro busca por la tierra  
La que ha de poner paces en su guerra.

Los ojos tiende por el bajo suelo,  
De diversas naciones ocupado;  
A Europa mira, y su benigno cielo,  
Su rico asiento, su vivir templado:  
La fértil Libia, que con seco vuelo  
Sus blancas costas lleva al diestro lado  
Con las sirtes sin tez, á quien da cama

El mar, que en medio dellas se derrama.

Deja á la izquierda el Norte y sus alturas  
De un inmortal invierno acompañadas,  
Y á sus verdes espaldas las llanuras  
Del Ponto y sus arenas escarchadas:  
Del frío Tanais las costas mal seguras,  
De bárbaras naciones cultivadas,  
Y del vecino Colcos el tesoro,  
Si aun dura entero el vellocino de oro.

Mira el boreal Zarambe peñasco,  
Cercado de arrecifes inhumanos,  
La antigua Troya, y su Hion famoso,  
Sepulcro ya de griegos y troyanos:  
El Sigeo, peñasco peligroso,  
El Proponto, los Bósforos cercanos,  
Con los que guardan las reatas almenas,  
De mil tragedias dolorosas llenas.

A Zaistro y sus aguas espejadas,  
Que al son de blancos cisnes las despeña  
Meandro de riberas marañadas,  
Que de seguir un curso se desdenna:  
Y del rio Pactolo las doradas  
Ondas con que en ruido alegre enseña,  
Que no hay bien ni favor mas sin provecho  
Que la riqueza en avariento pecho.

Del monte Ida la cumbre levantada,  
Y el bosque donde París dió el juicio  
Sobre la competencia celebrada,  
Que al mundo su furor sacó de quicio:  
Aquí Marte con alma enamorada  
Dicen que dijo: «tengo por indicio,  
Que á Venus se dió allí el premio de hermosa,  
Porque antes no nació mi nueva diosa.»

De allí mira el gran templo de Cibeles,  
Su inútil gusto, y vana hipocresía,  
Sus sacerdotes bárbaros infieles,  
De triste complexion y sangre fría:  
Los Zalibes incultos y crueles,  
Ricos del oro que su asiento cria,  
Y el rio Halis y su curso avieso,  
Famoso por el bado del rey Creso.

Mira tambien al Iris caudaloso  
Como su cristalino curso espacia,  
Y el bravo Termodonte sonoro,  
Fines de Capadocia y de Farnacia:  
El altísimo Latmo peñasco,  
Que á Endimion vió dormido en tanta gracia,  
Que la luna bajó á guardalle el sueño,  
Y á gozar los amores de su dueño.

Sobre la costa del Carpacio mira  
La alta Cilicia con su monte Tmolto,  
Donde el dios Pan tocó su ronca lira  
En competencia del dorado Apolo:  
Y el Tauro que sueumbra en torno gira,  
Y de la nieve de un collado solo  
Ciduo por sus vertientes se dilata  
Con limpias ondas de bruñida plata.

Del Caspio mar las playas espumosas  
Mira, y sus arrecifes espantables,  
Cercados de naciones belicosas,  
Gentes bárbaras, fieras, intratables:  
Las hiperbóreas cumbres monstruosas  
De vertientes y campos saludables,  
Y á los que dan sus selvas acogida  
En sabrosa quietud y larga vida.

Mira entre los Cerámicos y Hipicios  
Las libres Amazonas sin varones,  
Gente traída al mundo por indicios,  
Mas que por verdaderas relaciones:  
Los que habitan del Cáucaso los quicios,  
Y cultivan sus fértiles terrones,  
Al pié del risco altísimo y nevado  
A que está el sabio Prometeo ligado.

Los Scitas sin república formada  
Sus ásperos desiertos conservando

A quien de Batros la corriente helada  
Va con prolija vuelta rodeando:  
Mira al austro en altura toas templada  
Irse las dos Armenias dilatando,  
Y sobre sus collados espaciosos  
A Nifates y Tigris caudalosos.

Mira cual nacen de unas mismas fuentes  
El Eufrates y Araxes sonoro,  
Que por despeñaderos diferentes  
El mar buscan en curso impetuoso:  
Este al Hircano lleva sus crecientes,  
Y aquel al seno Pérsico famoso,  
Haciendo rica y fértil de pasada  
La gran Mesopotamia celebrada.

Cansado de mirar tantas regiones,  
Sin ver en ellas la que va buscando,  
Los ojos vuelve, y mira los rincones  
Del celestial incendio lumeando:  
Las negras etiopicas naciones,  
Y el mar sobre sus costas reventando,  
Y el Nilo, si por dicha tiene fuente,  
Entonces al dios Marte fue patente.

Por Egipto y Arabia entremetida  
Vió del mar Rojo la delgada punta,  
Que aunque de playas ásperas ceñida  
Casi al Mediterráneo mar se junta:  
Y allí de blancos nácares tejida  
La rica Tilos, donde amor barrunta  
Que fueron los primeros minerales  
De las preciosas perlas orientales.

Mira la carcomida sepultura  
Del rey Eritrio sobre Ogiris puesta,  
Y de la Siria la áspera llanura  
Toda á la sombra de su nube opuesta:  
De Palestina adora la ventura  
Que á todo el mundo la hizo manifiesta,  
Por haber muerto en ella un Dios, que ahora  
Vivo y glorioso el Cristianismo adora.

De Jope mira el muro envejecido,  
Que nació al mundo en su primer verano,  
Y de Sodoma el campo convertido  
En lago infame, y á la diestra mano  
El noble rio Jordan fresco y florido,  
Y de Samaria el pedregoso llano,  
Los fértiles palmares de Idumea,  
Y la encumbrada y alta Galilea.

Mira hacia el Sur las Náxtras regiones,  
Y en ellas las Arabias incluídas,  
La Petrea y sus estériles mojones,  
Y el Sinai de selvas escogidas,  
Donde fueron por Dios las peticiones  
De un profeta escuchadas y admitidas,  
Y con estilo y nota verdadera  
Al mundo se escribió la ley primera.

De la desierta Arabia los mudables  
Collados mira y su abrasada arena;  
La Feliz y sus campos saludables  
De rica mirra y cinamonos llena:  
De Pancaya las selvas admirables,  
Que al mundo sudan en copiosa vena  
El incienso y el bálsamo oloroso,  
Del saludable cielo don precioso.

Mira en sus arboledas deleitosas  
La fenix de dorada plumería,  
Que en solo aquellas selvas venturosas  
Y sus montañas se sustenta y cria:  
Allí entre frescas yerbas olorosas  
Vive sin otro amor ni compañía,  
Y cuando la vejez tras sí la lleva,  
El fuego la consume y la renueva.

Prosigue y mira en su ligero vuelo  
Entre el Tigris y Eufrates abreviada  
La fértil tierra que parió en el suelo  
La confusion de lenguas marañada:  
La torre que pensó escalar el cielo,



Su ciudad de jardines coronada,  
Y Ninive en un tiempo tan temida,  
Ya por los duros Scitas destruida.

Los bellicosos caspios, cuyas flechas  
Las caspias puertas guardan poderosas,  
Por un milagro de natura hechas,  
Entrada á mil naciones monstruosas:  
Los que de Media labran las estrechas  
Yugadas y sus playas árenosas,  
Y los que hácia el persiano señorío  
A Parcoato beben el rocío.

Los caducios, que en riscos escondidos  
Estrechos labran y avarientos llanos,  
Y los de Gorgiana mas tendidos,  
De trato y condicion menos humanos:  
De Hércules los altares encendidos,  
Que aun humean incienso de sus manos,  
Y de Persia las fértiles llanadas,  
Todas de ásperas cumbres rodeadas.

La Pártia con su gente aborrecible,  
Del furor de los godos desterrada,  
Sin lealtad y sin fe, cruel, movable,  
A guerra y sediciones inclinada;  
Y los que de la Hircania, la invencible  
Tierra de inculta hacen cultivada,  
Y en medio sus altísimos pinares  
Ligeros tigres cazan á millares.

Las dos Carmanias ambas montuosas  
Mira, y la belicosa Cedrosia,  
Los collados y selvas espantosas  
De la estéril y helada Aracosia:  
De Arbitos las vertientes caudalosas,  
Y las aguas que al Indo claro envia,  
Y los Paraponisos belicosos  
En todo, y no en olivas abundosos.

Deja ya atrás del Indo las riberas,  
Y el monte Imavo á la derecha mano,  
Y sobre las sardónicas laderas  
Cual rayo va cortando el aire vano:  
Descubre el Gange entre naciones fieras,  
Que con dorada arena y curso llano  
Rompiendo los collados orientales  
Del mar busca los secos arenales.

Mira el gran muro y raya que divide  
Del Scita inculco el regalado China,  
Y dentro della el reino en que preside  
La luz que sus deseos encamina:  
Los campos, bosques y los montes mide,  
Y con cuidado y prevención divina  
Vuelve y revuelve, y con la vista atenta  
Hasta las ramas de las selvas cuenta.

Descubre entre arboledas y espesuras  
Ciudadales, pueblos, torres almenadas,  
De huertas, de jardines, de frescuras  
Bastecidas, compuestas y adornadas:  
Con chapiteles de oro las alturas  
De las suntuosas puertas coronadas,  
Y las murallas que la vista goza  
De alegre pasta azul, de fina loza.

El oro mira que en las ricas venas  
De la avarienta tierra está perdidó,  
Minas de pedrería y plata llenas,  
Tesoro á ojos mortales escondido:  
«¡Tierras dichosas, fértiles y amenas,  
(Dijo Marte en su vista divertido)  
Hoy me ha bajado amor del quinto cielo  
A verme pobre en vuestro rico suelo!»

Mira el alcázar y el palacio ufano  
Que la belleza Angélica encubria,  
Y ante la puerta real un fresco llano,  
Donde en concurso y tropa de alegría,  
La ilustre gente y pueblo cortesano  
Con gallardas libreas discurría,  
De campo y montería los ropajes,  
Con varios y fantásticos plumajes.

Los perros con sus saltos placenteros  
De alegría llenan el florido llano,  
Los sacres y falcones altaneros  
Ya de placer se arrojan de la mano:  
Los caballos feroces, bravos, fieros,  
Los frenos muerden con braveza en vano,  
Nevando el campo con la blanca espuma,  
Que entre las manos hacen se consuma.

Mil géneros de perros enseñados  
Todos á un fin, pero de mil maneras,  
Cuales tras los prestisimos venados  
Diestros en abreviarles las carreras,  
Cuales ligeros, cuales mas pesados,  
Cuales para aves, cuales para fieras,  
Con galgos, con saluesos, con ventores,  
Prestos ginetes, diestros corredores.

Destos diversos ejercicios llena  
De lo alto mira Marte la ancha plaza,  
Conoce que la causa de su pena  
Sin acordarse della sale á caza:  
Y dice contemplando la cadena  
En que el tirano amor su gloria enlaza,  
«¡Hermosa cazadora de Cupido,  
Ya un dios entre tus redes ha caído!»

Asoma en esto á la grabada puerta,  
Vistiendo el verde campo de alegría,  
De perlas, oro y pedrería cubierta,  
Cuanta belleza el mundo conocia:  
Dejó una nueva gloria descubierta,  
Suave el viento, y apacible el día,  
Reconociendo á hermosura tanta  
Vasallaje del sol la lumbre santa.

De tela de oro en rozagante vuelo  
Pendia la grave falda de brocado,  
Con cuanta pedrería al rico suelo  
De Oriente da y tributa el sol dorado:  
En luces de diamantes dando el cielo  
De su beldad al mundo retratado,  
Donde en cualquier desden que andando hacia,  
Arderse en rubias llamas parecia.

De la color del día sus cabellos,  
Del alba y de su luz las cejas bellas,  
Y amaneciendo un cielo dellas y ellos,  
Aun se ven en sus ojos dos estrellas,  
Que al alma que las mira en rayos bellos  
Del pedernal de amor envían centellas,  
Los labios de un rubí, la boca enana  
De un limpio aljófar engastado en grana.

Cual suele en el rosado y fresco Oriente,  
Dando principios de oro al nuevo día,  
La clara aurora con serena frente  
Barrer del mundo la tiniebla fría,  
A la cansada soñolienta gente  
Perlas lloviendo, rosas y alegría,  
Tal la reina salió, y del mismo modo  
Su vista lo vistió de placer todo.

Quedó Marte confuso, y su cuidado  
Entre esperanza y miedo divertido,  
De tanta hermosura deslumbado,  
Y de su misma pretension corrido:  
El día sereno, el viento sosegado,  
De una templada nube el sol vestido,  
Dicen que el dios de zelos lo hacia,  
Porque no viese Apolo lo que él vía.

Sobre fogosa y blanca hacanea,  
De vistosos lunares remendada,  
Pequeña, recogida, y que pasea  
Debajo el blando freno concertada:  
Con toda la beldad, que por librea  
De la suya dió el cielo retratada,  
Angélica salió, y salió tras ella  
El día, que cobra su hermosura en vella.

Aquel dichoso y regalado moro,  
Hijo de amor, nacido en Tolemita,  
Que en ojos negros, y en cabello de oro,

Un tierno humano serafin imita :  
 El rey chino, el bellissimo Medoro ,  
 Cuya acabada perfeccion limita  
 Que el poder natural pase adelante ,  
 A estampa mas perfecta y elegante :

Este en traje galan, y hábito suelto,  
 De azul y plata á lo español vestido,  
 En oro, perlas y en olor envuelto  
 El triunfo del amor sacó cumplido ,  
 Sobre un frison gallardo y desenvuelto,  
 Despedazando el freno desabrido ,  
 De cuerpo, talle y condicion perfeto,  
 Feroz, bravo, brioso é inquieto.

Un rico manto por los hombros puesto  
 De la mas fina púrpura de Tiro,  
 A quien mezclados dan soberbio peso  
 Las perlas, el diamante y el zafiro;  
 Con un ancha cenefa de oro grueso,  
 Que alegre muestra en rozagante giro  
 El gran cerco de estrellas, por quien guia

La luz que arrastra tras su carró el dia.

Cual águila real, que do lo alto  
 La deseada caza considera ,  
 Con gozo, con temor, con sobresalto  
 Revuela, sube, baja, vuelve, espera,  
 Y codiciosa de acertar el salto  
 Cercando va la descuidada liera,  
 Aguardando sazón y coyuntura  
 De mas descuido, y parte mas segura;

Tal el soberbio Marte iba volando  
 Entre torreadas nubes escondido,  
 Al sol los rayos de oro deslumbrando,  
 De otros mas poderosos encendido,  
 Nuevas trazas y modos fabricando  
 De ver su gusto y su deseo cumplido :  
 Llegan al monte entre una y otra traza,  
 Y dan principio á la famosa caza.

Libres de las pigüelas mil azores  
 A arrojar se comienzan de la mano;  
 Los diestros agudisimos ventores



A henchir de la escondida caza el llano,  
 Con que los prestos galgos corredores  
 No hacen entre mil un lance en vano :  
 Sigue este, alcanza aquel, el otro incita,

Crece la caza, el alboroto y grita.

Entre el tropel, ruido y barabunda  
 De ciervos una tímida manada,  
 Hizo que el campo alegre se confunda

Tras el lance y la presa deseada :  
Que todo en voces de placer lo hunda  
La trápala de gente alborotada ,  
Y por el-bosque y selva á campo abierto  
Se siembre , corra , y vuele sin concierto.

Siguen aquello que se les antoja  
Con grita , voces , con furor y estruendo ,  
Uno vuelve , otro pica , otro se arroja ,  
Otros aparta , aparta van diciendo ;  
Ataja , ataja aqueste , el otro afloja ,  
Barausta , rompe , salta , vuelve huyendo ,  
Sal , cruza , dale , ten , alarga y pica ,  
La grita y confusion se multiplica .

Uno cae , otro huye , otro revuelve  
Perdido sin ver como en la espesura :  
Otro siguiendo un ciervo va , y se vuelve  
Confuso y anegado en la espesura :  
Este se apea cansado , aquel desvuelvo  
Tras un tigre la selva mal segura ;  
Gamos , liebres , leones y venados ,  
Heridos , presos , muertos y atajados .

Medoro , ó fuese fuerza , ó fuese acaso ,  
Salió contra un ligero ciervo herido ,  
Que aquel dios liberal , ó el tiempo escaso ,  
Le ofreció por llevarle divertido :  
Queda Angélica sola , y llano el paso  
A cuanto el nuevo Marte ha pretendido ,  
Nuevo , porque era nuevo enamorado ,  
Y el amante no es mas que su cuidado .

Alteróse la tarde al grueso aliento  
Que exhaló Marte de su nube obscura ,  
Brama el confuso bosque , brama el viento ,  
De hojas desentoldando la espesura :  
Rúsgase el enlutado firmamento ,  
En humo y fuego vuelta su hermosura ,  
Agua , tormenta , rayos y granizo  
La alegre caza y su placer deshizo .

Tráenles los cielos ya de luto envueltos  
La noche sin sazón en medio el día ,  
Y ellos en agua y confusion revueltos  
Cada cual sigue por su incierta vía :  
Volaban los caballos desenvueltos ,  
Pero mas la tormenta que traía  
La obscura nube en sus hinchados senos  
De ardientes rayos y confusos truenos .

Gusta Marte de verlos anegados ,  
Su alegre fiesta en aire convertida ,  
Tales son los contentos mas fundados ,  
Todo tiene su fin en esta vida :  
La dama por quien son estos nublados  
En una cueva se quedó escondida ,  
Segura estoy que Marte sepa adonde ,  
Que á los ojos de Dios nada se esconde .

Entre un horrible y espantoso trueno ,  
De ardientes rayos y de luz vestido ,  
De gozo , espanto , y de contento lleno  
Marte bajó en Medoro convertido :  
Y al tocar su furor el valle ameno  
Tembló el gran mundo de su pié oprimido ;  
Pero la magestad en esto cesa ,  
Que ella y amor á comer á una mesa .

De aquel ayuntamiento milagroso  
Esta beldad nació gallarda y brava  
(Sino es del todo vano y fabuloso  
Lo que mi sabio abuelo nos contaba)  
Perdióse en esta caza el rey hermoso ,  
O sea que el dios que la honra le quitaba ,  
Con ella le quitó también la vida ,  
Entre medrosos zelos consumida ;

O sea otra oculta causa , no hay del suelo  
Quien no esté del secreto deslumbrado :  
Solo de la princesa el sabio abuelo ,  
Por sus mágicas artes informado ,  
Alcanzó que la luz del quinto cielo  
Es quien tal nieta y tal beldad le ha dado ,

Y de Artíldo el saber , que en mi memoria  
Como la he dicho aquí puso esta historia .»

Así en la gruta la japona bella  
La razón á Bernardo da cumplida  
De su ausente afición , y al fenecella  
De un blando sueño se quedo vencida :  
Y él ocupada el alma en entendella ,  
Con tantas novedades divertida ,  
De la que el tierno amor hizo su dueño ,  
Hallar no puede , aunque lo busca , el sueño .

Paréccele sentir , ó se le antoja  
Rumor de gente dentro de la cueva ,  
O sea el pensamiento , ó su congoja ,  
O el blando viento que las hojas mueva :  
En pié se pone , y con la limpia hoja ,  
De la vaina desnuda , atenta y prueba  
A entrar con lentos pasos sin ruido ,  
Al tiento de las señas del oído .

Fue al parecer bajando largo trecho ,  
Cuando dentro se halló de una ancha sala ,  
De un medio globo de cristal el techo ,  
Obrado todo de artificio y gala :  
El suelo de alabastro y jaspes hecho ,  
A quien ningún primor humano iguala ,  
Dos bellas puertas en el muro esterno ,  
La una de marfil , la otra de cuerno .

En cada cual sobre una silla de oro  
Sentada una hermosa dama habia ;  
La de la diestra mano en su decoro  
Un cielo de virtudes parecia ,  
Con una poma que el mortal tesoro  
Del mundo en su respecto humilde hacia ,  
Labrada en un carbunco que enviaba  
La luz que aquellas cuevas alumbraba .

Estaba la otra á la segunda puerta  
Con una taza de oro en las dos manos ,  
En una bella máscara encubierta  
De lascivo mirar , y ojos livianos :  
De perlas toda y pedrería cubierta ,  
De lustre , tez y resplandores vanos ,  
Por trono altivo un pobre cadahalso  
De falsas piedras hecho , y de oro falso .

Y de la sala en un rincón profundo  
Abrirse un ciego pozo parecia ,  
Por donde de hombres nuevos en el mundo  
Como de hormigas un montón salía :  
Así en Tebas se vió el campo fecundo  
Que un tiempo armadas gentes producía ,  
Cuando de Acteon el prudente abuelo  
De serpentinó dientes sembró el suelo .

Mas si era admiración la nueva fuente ,  
Que hombres en abundante vena ería ,  
Mayor espanto daba la corriente  
Dellos , que al trono de oropel subía  
A beber de la taza el mosto ardiente ,  
Con que la enmascarada diosa hacia  
Un brindis de venenos esprimido  
Al incauto escuadrón recién nacido .

Jamás de tantas olas asaltadas  
Vió el mar del Sur sus carcomidas rocas ,  
Ni á las vadosas siertes sobre aguadas  
Mas arenas ciñeron y mas focas ;  
Ni por el fresco abril mas apiñadas  
Aves de Africa á España vuelven locas  
A cantar los agravios de Tereo ,  
O á Tracia á oír la música de Orfeo .

Que al sitial van llegando de oro injusto  
Gentes de todas marcas y figuras ,  
De las que el hondo pozo en brío robusto  
Escupe de sus cárceles oscuras ,  
(¡Estraño caso!) que en tocando al gusto  
Del venenoso jugo las dulzuras ,  
Todos en fieras se iban convirtiendo  
De espantable figura y bulto horrendo .

Quién en león , en tigre , en oso , en pardo .

En cocodrilo, en topo, en sierpe, en oso,  
 Quién en fiero avestruz, quién en gallardo  
 Pavon, quien en cabron, quien en raposo,  
 Uno en ligero ciervo, otro en buey tardo,  
 Otro en torpe jumento perezoso,  
 Y en otras espantosas formas fieras  
 De esfinges, hidras, scilas y quimeras.

Así de Circe el encantado vaso  
 Un tiempo á Italia dió animales nuevos,  
 Cuando á pisar las playas del ocaso  
 De Grecia trajo Ulises cien mancebos,  
 A quien en cuerpo horrible y bulto escaso  
 El Lacio entre sus flores y renuevos  
 Brutos establos dió y albergue iumundo,  
 Para escarnimiento y confusion del mundo.

Mas sin que nadie en el ajeno daño  
 Del suyo halle sospechas, todos juntos,  
 Tras el goloso vino del engaño,  
 Ciegos renuncian del honor los puntos:  
 Y hechos en nueva forma y traje extraño  
 De horribles monstruos ya nuevos trasuntos,  
 En tropa salen por la eburnea puerta  
 De un fresco viento á la campaña abierta.

Cual, ó cual de aquel número confuso,  
 Mas que por eleccion por su ventura,  
 De la trulla saliendo, y del abuso  
 Del vulgacho sin fe, ley ni cordura,  
 A la otra puerta, donde el cielo puso  
 De virtud un crisol y beldad pura,  
 Por las gradas subia del estrado,  
 De ricas perlas y de luz sembrado.

Y la diosa gentil que allí alumbraba,  
 De ardiente caridad y amor vestida,  
 Al venturoso monstruo que llegaba  
 Volvia la forma y la salud perdida;  
 Y del lumbroso globo que manaba  
 La luz que daba claridad y vida,  
 Sacando al rayo una sutil centella,  
 Hacia milagros y finezas della.

Los antes torpes monstruos y quimeras  
 Hombres los vuelve ya la luz divina,  
 El contrahecho bulto y ser de fieras  
 En nueva humana forma y seso inclina;  
 Y no con las demás sombras ligeras  
 La aparente beldad desencamina  
 Su curso, mas por puerta diferente  
 La senda hurta á la engañosa gente.

Quedó admirado el principe de España  
 De tan extraño y necio encantamiento,  
 Parece que duerme, y le maraña  
 Algun confuso humor el pensamiento;  
 O que con sombras otra vez le engaña  
 De la sutil Alcira el hueco viento,  
 Que truecos de tan grandes novedades  
 No pueden suceder ni ser verdades.

Y en este discurrir de fantasia  
 Suspenso estaba y divertido acaso,  
 Deseoso de saber que se hacia:  
 La caterva de monstruos de aquel vaso:  
 ¿A qué fin tales formas les vestia?  
 O ¿adónde van con su imprudente paso?  
 Cuando la diosa de la poma de oro  
 Así le dijo en razonar sonoro:

«No temas, ó invictísimo guerrero,  
 Honra de la española monarquía;  
 Que en feliz paso, y venturoso agüero,  
 Te trajo el tiempo á la presencia mia:  
 La diosa Temis, norte verdadero  
 Del mundo soy, y la segura guia,  
 Que con prudencia reglo el mortal gusto,  
 Para saber pedir y amar lo justo.

Del cielo y de la tierra fui engendrada,  
 Y por bien de mi madre quedé en ella,  
 En guarda de la luz que aquí encerrada  
 Cual ves conservo en esta poma bella:

Del que asombra en el Cáucaso, robada  
 De un rayo fue de la mayor estrella,  
 Para dar vida y almas celestiales  
 A hombres de barro y bultos materiales.

Fui en otro tiempo oráculo del mundo,  
 Mas ya mi casa y templo está olvidado,  
 Y yo huyendo del á lo profundo  
 Desta gruta su altar he retirado;  
 Y aquí encerrada desde aquí confundo  
 Con mi presencia el vulgo desgraciado,  
 Y el ignorante enjambre que estas cuevas  
 Y aquella taza dan figuras nuevas.

Ni creas que es burla y vano fingimiento  
 Lo que en estos desvanes aparece,  
 Ciego y sombrío rincón del aposento  
 En que el hado sus suertes establece;  
 Que aquí las leyes traza y el aumento  
 Con que allá el mundo se gobierna y crece:  
 Esos truecos que ves de hombres en fieras  
 Aquí son sombras, mas allá son veras.

En la luz sola desta poma rica  
 La discrecion del mundo está en un cero,  
 Que ella por sí no es nada, y si se aplica  
 Al seso humano lo hace verdadero;  
 El cielo al suelo dió de su botica  
 Desta ambrosia un ádarme, y casi entero  
 Se está aquí sin tocar, que al gran rebaño  
 Todo lo ha hecho suyo el necio engaño.

Advierte en esas olas y crecientes  
 Manantiales de la vida humana,  
 Como las avenidas de sus gentes  
 A parar van á aquella dama ufana,  
 Que en monstruos los convierte diferentes  
 Con darles en su taza cortesana  
 De ignorancia y de engaño una hebrida,  
 Que dura su embriaguez lo que la vida.

Y así impacientes salen de sus manos  
 A otros nuevos caminos mas aviesos,  
 Torpes, sin ley, sin traza, huecos, vanos,  
 De desvarios llenos y de escesos:  
 Cual y cual por gran dicha quedan sanos  
 Con la luz de mi rica poma, y esos  
 Por estas cuevas suben mal trilladas,  
 Siguiendo de los menos las pisadas.

Tú seguirás tambien ese camino,  
 Pues ya el cielo te hizo de mi bando,  
 Y ahora de nuevo este licor divino  
 Te irá por donde fueres alumbrando :»  
 Dijo, y como un aljófar cristalino,  
 Encendido en la luz de un fuego blando,  
 Un claro rayo le arrojó á la frente,  
 Mas que el bello del sol resplandeciente;

Y como con el alba el dia vistoso,  
 Así quedó de luz acompañado,  
 Saliendo por la puerta deseoso  
 De ver lo que allí esconde y guarda el hado:  
 De un fresco valle el campo deleitoso  
 De admirables tragedias vió ocupado.....  
 Mas vuelvo al conde Orlando, que dormia  
 Sobre las flores, y es ya entrado el dia.

#### ALEGORIA.

En el templo arruinado de la diosa Temis, que lo es de la sabiduría y discrecion humana, se muestra cuan caídas están estas dos cosas en el mundo. Por Arcángélica hecha valerosa amazona, se descubre cuan hermoso es el apetito de la venganza en sus principios, y cómo se enamora del brazo poderoso que la puede poner en ejecución; y como sin el fuego que arde en el pecho no se puede hacer perfecta venganza, que es lo que significa el incendio de la flota. El rayo de luz de la poma de la diosa Temis significa que la prudencia humana no es mas que un rayo de la divina. Las dos puertas del templo son los dos caminos de la virtud y el vicio, y en el ena-

morarse Marte de la hermosura de Angélica, se ve cuán poderosa es la sensualidad en los que no huyen las ocasiones.

## LIBRO DÉCIMOQUINTO.

ARGUMENTO. Encuentra Orlando á Garilo sobre su caballo, vaie siguiendo hasta un castillo, donde se le hace fuerte. Quiere el francés ponerle fuego, y el catalán lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra dentro, y cobra sus armas. Garilo se le huye y esconde en la tienda de un alquimista, que le cuenta la sutil novela del engaño, y Garilo despues roba al alquimista el famoso anillo de Angélica la bella. Malgesi levanta con sus conajeros su navio volando por el viento, llevando dentro de él á Reynaldos, Murgante y Orimandro, á los cuales en un admirable discurso va mostrando toda la hermosura de Europa.

¡ Oh nuevo y dulce sueño, ó claro indicio  
De la armonía que el autor del cielo  
En el humano célebre edificio  
Por imagen trazó de su modelo !  
La gran suma de cosas que al oficio  
Del pensamiento dan ayuda y vuelo,  
Aquel no sosegar con su armonía  
El reloj de la libre fantasía :

Aquella interior luz que repartida  
En espíritus libres arde y vuela  
Por el cerebro casa de la vida  
En inmortal ciudad y centinela :  
La humedad en sus celdas recogida  
Que secretos altísimos revela,  
La razón, la memoria, el movimiento  
Del inquieto y libre pensamiento :

Buscando de reposo un breve rato  
El dulce sueño hallé, y ahora fuese  
La masa de grandezas que aquí trato  
Que al silencio del alma se atreviese,  
O de la diosa Temis el retrato,  
Que acabé de pintar, se revolviere  
De mi ceñida frente en las cavernas,  
De especies llenas y humedades tiernas.

Sea al fin sueño, antojo, ó fantasía;  
En aquel breve rato de reposo,  
Que el silencio por suyo me tenía,  
En agüero feliz y hado dichoso,  
Una beldad, que como el sol al día  
Alumbra al mundo sobre un carro hermoso,  
Vi de pomposos grifos, que en sonoro  
Aliento gimen en sus yugos de oro.

Y á un altivo collado en que me hallaba  
Cogiendo á tienta de sus faldas flores,  
Ella que por las nubes volteaba  
Su carroza y caballos voladores,  
Las riendas de oro que en su furia brava  
Templar suelen del curso los furoros,  
A mí las vuelve, y «salve el cielo, dijo,  
Los nobles pensamientos de tal hijo.

¡ Oh cómo se gastó del primer mundo  
El ansia de saber, quedando hecho  
Teatro de ignorantes el segundo,  
Sin gusto en él ni antojo de provecho !  
¿ Quién sabe de su alma en lo profundo  
Amar á la virtud ? ¿ quién tiene el pecho  
No lleno de altivez y vanidades,  
Mas de hambrienta codicia de verdades ?

Quién no deia llevarse al vuelo extraño  
De una ambición que el ánimo embriaga ?  
¿ Y vuelto en el sentado, y el tamaño  
Coloso hasta su mismo ser se traga ?  
¿ A quién de la avaricia el corto paño  
Con humildes propósitos no estraga,  
Sujetando de un logro al vil renombre  
La soberana magestad del hombre ?

Todo lo mas del mundo, el labio puesto  
Tiene al engaño en su dorada taza ;

¡ Loca embriaguez ! pues la virtud tras desto,  
Ni hace ni osa de sus gustos plaza :  
Del sabio, el noble, el casto, del modesto,  
Y del que á sola la virtud se abraza,  
Un necio burla, si á un adarme llega  
La pobre plata que en su cofre allega.

Mas tú, ó espíritu noble, que aunque fuerzas  
Te falten, no han faltado los deseos  
De seguir la virtud, en quien refuerzas  
A tu inmortalidad nuevos trofeos,  
No vuelvas el pié atrás, ni el paso tuerzas,  
Por mas que con locura y devaneos  
Los ignorantes griten, que ellos solos  
Las musas son del mundo, y los Apolos.

Y porque en feliz curso la jornada  
De tu española monarquía acabes,  
Y tu heroica grandeza comenzada  
De historias llenas y sentencias graves ;  
Conmigo ven, que estoy determinada,  
Al vuelo de mi carro y de sus aves,  
Mostrarte para luz de tu escritura  
Clara una senda ; en estos días obscura.»

Dijo, y en la carroza, que era hecha  
De oro, cristal y rica pedrería,  
Subir me manda, y por la vía estrecha  
La vuelta dió á donde nace el día :  
¡ Extraño caso ! ¡ pero qué aprovecha !  
¿ Si lo que ahora aquí, y entonces vía,  
Por hoy el mundo y yo lo hemos dejado,  
Él por ocioso, y yo por ocupado ?

Vi el cielo, vi la tierra, vi el profundo  
Mar con puntas y playas diferentes,  
Y entre el primero golfo y el segundo,  
Montes, selvas, ciudades, rios y fuentes ;  
Y vuelto un nuevo Tritolemo al mundo,  
No sé que iba sembrando entre las gentes,  
O eran perlas ó flores que cogia,  
Cuando la diosa hacía mi venia.

Mas ahora de la densa nube obscura  
Flores sembrase, ó fruta, espino, ó rosas,  
No sé mas de que en dulce paz segura  
Mil gentes me miraban cuidadosas :  
Uno asombrado de la humilde altura,  
Otro con nuevo escrúpulo en mis cosas,  
Teniendo aquel volar por aciago,  
Y á mí por nuevo encantador ó mago.

Otros llamaban vano mi trabajo,  
Y el sembrar por el aire desacuado,  
Yo caminando por tan noble atajo  
Sin responderles nada hacia del cuerdo :  
Si eran perlas de ley, ó aljófar bajo,  
Ya no me acuerdo bien ; solo me acuerdo,  
Que unos al toque las hallaban sanas,  
Y que otros las dejaban caer por vanas.

Y yo encima del aire levitando  
Debajo via de mí los altos montes,  
Bien que no sin temor, y con cuidado  
De que no tenga el mundo dos Faetones :  
Y en deleitoso vuelo, aunque soñado,  
Temples mudando, climas y horizontes,  
Cercué la tierra, y con feliz agüero  
Me ensayé en este curso al venidero.

Cuando el ruido y voces de la gente,  
Que al oír mi nueva voz iba llegando,  
( ¡ Oh cielos, qué disgusto ! ) de repente  
Triste me arrebató del sueño blando :  
Y volviendo en mi acuerdo vi presente  
Desarmado y á pié al valiente Orlando,  
Que en los hostezos y el color difunto  
El tambien despertaba en aquel punto.

En la majada de un pastor serrano  
Al fresco viento le dejó dormido,  
Contemplando en el cielo soberano  
Las vueltas con que el mundo da ceñido ;  
Y en el pajizo lecho del villano,

Que aun verle dormir está encogido  
Temiendo su braveza, entre las flores  
El alba le salió de mil colores.

El carro dè oro al fin de su camino  
Ya con la luz llegaba amortiguada,  
Y en el suyo el cansado peregrino  
Del rocío la esclavina aljofarada:  
Su gastado tizon de seco pino  
De la mano arrojaba fatigada,  
Y la presencia del cercano día  
De mil centellas una lumbré hacia:

Cuando el francés caudillo el pobre lecho,  
Y el encogido huésped receloso,  
Con agradable estilo satisfecho,  
En su antiguo dejó y primer reposo,  
Y el camino á poblado mas derecho  
Encaminado dél tomó furioso,

Jurando de vengarse de Garilo,  
Aunque se esconda donde nace el Nilo.

Ya el sol por el zenit de oro subia  
A la mas alta cumbre de su esfera;  
En peso, y en nivel poniendo el día,  
Y á su luz dando hermosa rueda entera  
Cuando atajar la senda que traia  
Un claro arroyo vió, y en su ribera  
Un caballero, que á pasar la siesta  
Con sombras le convidó la floresta.

Conoció en verlo su caballo el conde,  
Sus armas, y el ladron que las traia;  
No así manchada tigre salta á donde  
El hijo halla que perdido habia,  
Ni el rio que entre peñascos se le esconde  
Con su furia atajó la en que venia,  
Cual la otra orilla de un ligero salto



Señor se hizo del lugar mas alto.

Mas no se vió salir al campo raso  
Ligera fiebre de ventor sentida  
Con mas desenvoltura y presto pasa  
De á donde el miedo la halló escondida,  
Ni enjuto galgo en semejante caso  
Mostró mas codiciosa arremetida,  
Que el uno en el huir sobre el caballo,  
Y el otro en el deseo de alcanzallo.  
Furia de aceda cólera espolea

Al ofendido conde, á su enemigo  
Temor, que el flojo Brilladoro sea  
Culpa en su mal, verdugo en su castigo:  
Por aquí huye, por allí rodea,  
Hasta el castillo de un gascon amigo,  
Donde al entrar cerró la estrecha puerta,  
Que es grave el riesgo de quedarse abierta.  
Llegó Roldan tras él, y en las almenas,  
Para mas le aumentar rabia y coraje,  
De los consortes de Garilo llenas,



Cón duras piedras le hacen hospedaje :  
Así llovidas en monton, que apenas  
El riesgo fue menor que no el ultraje,  
Obligándole en pasos descompuestos  
Su persona humillar á mudar puestos.

Brama furioso, y quiere en ira ardiente  
Al cobarde escuadron encastillado  
Darlo en venganza al deshonor presente  
En fuego de su cólera abrasado :  
De un bosque antiguo la encrespada frente  
Cien nudosas encinas le ha prestado,  
Para hacer aquel albergue injusto  
Inmortal luminaria de su gusto:

Nunca el que á Polifemno dejó ciego  
Para abrasar el Ilión troyano  
Mas pinos tuvo, cuando al campo griego  
Leña ofrecía y llamas de su mano :  
Ni á tantos cedros juntos puso fuego  
Eneas en el fuego italiano,  
Cuando al campo de Turno, ya sin vida,  
Dejó su patria en garza convertida.

Vió Garilo, y tembló del bosque opuesto  
Que á su gruta ha de dar de llama un baño,  
Y si arde el monte, el riesgo en que está puesto  
El y su casa, y de su mueble el daño;  
Y á todo trance el ánimo dispuesto  
Tentar quiere si puede un nuevo engaño :  
Cierto postigo en el castillo habia  
Por donde nadie entraba ni salia.

Por este, en nuevo traje disfrazado,  
Con mustio aliento el catalan caudillo  
La vuelta dió, al amparo de un collado  
Que las espaldas guarda del castillo :  
Y en débil paso, y rostro desmayado  
De miedo, ó de perfumes amarillo,  
Dándole otro ladron para el engaño  
Un hábito prestado de ermitaño.

De una gruesa maroma un cordon hecho,  
Ceñido un saco de grosera sarga,  
Unos graves anteojos sin provecho,  
Y un basto pino en que se agovia y carga :  
Prolija barba, que al hundido pecho  
Por mas fingida autoridad se alarga,  
Ancho sombrero y cuentas sonadoras,  
Y al lingido rezar pausas sonoras.

Así el sagaz Ulises de la cueva  
Del ciclope salió disimulado,  
Y en piel de oveja con figura nueva  
Pasó el astuto griego disfrazado,  
Dejando que le tiente, y haga prueba  
Si es él, ó sino es él quien le ha cegado,  
Metiéndose atrevido entre los brazos,  
Que le hicieran, á ver quien es, pedazos.

Era el falso Garilo en sus acciones  
De astuta inclinacion y ánimo extraño,  
Vivo en palabras, diestro en ilusiones,  
Y el lingido embeleco el mismo engaño;  
Y tal que por cumplir sus intenciones,  
Ni el suyo teme ni el ajeno daño,  
Sin mas necesidad, ni otra codicia,  
Que la insaciable sed de su malicia.

Bien que ahora le inclina á lo que hace  
El ser de Francia el capitan valiente,  
Que en el modo que puede satisfase  
De su nacion la enemistad presente;  
Y aun esto mismo al conde le deshace  
De su justa venganza el fuego ardiente,  
Que hay quien diga que en Francia tiene estrella  
España, y que él tambien morirá en ella.

Salió el astuto hipócrita al camino,  
Y al desabrido conde en rostro humano,  
Fingiendo un abstinento peregrino,  
Que besase le dió esclavina y mano :  
Besó el noble francés, hombre divino,  
En pecho humilde, y corazon cristiano;

Y él «¿á qué fin, en plaza tan pequeña,  
Se arrastra, dijo, y junta tanta leña?»

«A fin de hacer hoguera, dijo el conde,  
El almenaje inhiel deste castillo,  
Con cuantos en su estrecho albergue esconde,  
Que un mundo entero no podrá impedirlo.»  
Tan bravo está el francés, tal le responde,  
Que de verle temió, tembló en oílo,  
Mas reportado á sus embustes sale,  
Que no hay Ulises que en fingirle iguale.

Procuró con razones diferentes  
De humildes persuasiones mitigalle  
Los pasados enojos y presentes,  
Que podrán si se encienden abrasalle :  
¡Oh lo que pueden rostros aparentes,  
Un alma oculta en un fingido talle!  
¡Y cuánto importa en la mayor caricia,  
Que haya al tocarla puntas de malicia!

«Dejad, dijo, señor, vanos anteojos  
De abrasar sin por qué un pueblo cristiano,  
Que es peligroso caso en los enojos  
Vengarse el ofendido de su mano :  
Es corto el ver de los humanos ojos,  
Y la reportacion camino sano,  
Y en ningun caso ó trance conveniente  
Que pague ajena culpa el inocente.

Uno os tiene ofendido en esta casa,  
Y otros sin culpa están de su delito,  
Si es la razon quien los castigos tasa,  
No es justo que este ahora sea infinito :  
Bien sé, señor, lo que en nuestra alma pasa  
Que del pecho es el rostro el sobrescrito;  
Mas tambien sé que sois honrado y sabio,  
Y á nadie como á tal haceis agravio.

De hombres sin culpa un áspera cadena  
De aquesta torre está en un desvan ciego,  
Mirad cuanto inocente, por la pena  
Que uno merece, se tragará el fuego :  
Otras trazas buscad, que esta no es buena,  
Y lo que en esto os digo es mas que ruego;  
Y á dios, que el cielo á daros este aviso  
Traerme aquí desde mi celda quisio.»

Era el francés católico, y tenia  
En pia veneracion los religiosos,  
Y et bravo y noble corazon le hacia  
No dudar en los casos mas dudosos :  
Horrigila hizo en él por esta via  
En Babilonia lances peligrosos,  
Que es malo de entender un trato doble,  
Y fácil de engañar al pecho noble.

Fuese Garilo, el paladin dudoso.  
Quedó en varios discursos repartido,  
Cuando en un palafren de paso airoso  
Una dueña tambien parió el ejido:  
El día huyendo en vuelo perezoso,  
El sol del horizonte dividido,  
Y apuntando por una y otra mata  
La llena luna de encendida plata.

Era la astuta dueña prevenida  
Del torpe gusto de Garilo esclava,  
Que del castilló la sacó instruida  
Al encubierto engaño que trazaba :  
Llegó al francés, y en pena y voz lingida  
Haciendo falsas muestras que lloraba,  
«¿Sabeis, dijo, señor, si á un peregrino  
Está senda prestó feliz camino?

Tiene á su devocion la llave y gente  
Deste castillo, cárcel de mi gusto,  
Y en una de las suyas al presente  
Preso mi esposo está en tormento injusto,  
Y en la mano del santo penitente  
Mi bien, mi mal, mi gusto y mi disgusto :  
¿Decidme, pues, señor, si acaso tengo  
Modo de hallar al que buscando vengo?

«De aquí se apartó ahora, dijo el conde,



Mas pensarlo hallar será escusado,  
Que entre el silencio no sabreis adonde  
En sus vigi'as estará ocupado:  
Mas mirad si sabeis cómo, ó por dónde  
Yo pueda entrar á este lugar cerrado,  
Que segun él me reveló de paso  
Hará á nuestra importancia mucho al caso.»

«Entrar yo, dijo ella, es fácil cosa,  
Que nunca se negó á mujer la entrada,  
Mas la vuestra será dificultosa,  
De mucho riesgo, y poco fruto en nada,  
Que la gente de dentro es peligrosa,  
A engaños y traiciones enseñada,  
Y así será mas fácil á mi llanto  
En busca proseguir del monge santo.

Yo á las espaldas del castillo amigo,  
Si por desgracia ya no está cerrado,  
Fácil entrada sé por un postigo  
De una puerta sin llave ni candado,  
Seguro y franco paso á un enemigo  
De sabia prevencion y gente armado;  
Mas vos solo, y sin armas (¡ caso fuerte!)  
Será ofrecernos ambos á la muerte.»

«Perded ese temor, respondió el conde,  
Y dejadme el secreto paso abierto,  
Que yo no os pido el cómo, mas por dónde  
Hoy de dormir escuse en el desierto:  
Y si á este riesgo alguno corresponde,  
Y es siempre el fin de la fortuna incierto,  
Sea el hacerme este favor de modo  
Que corra mi persona el riesgo todo.»

«Señor, dijo la dueña, por mi gusto  
Yo no os pusiera en semejante aprieto,  
Mas pues ahora seguir el vuestro es justo,  
Yo el cuidado os ofrezco, y el secreto,  
Y aun prevenir vuestro ánimo robusto  
De armas si hubiere en vuestra entrada efeto:  
Ahora idos llegando con recato  
Al postigo, y allí aguardarme un rato.

La obscura sombra de aquella alta torre  
Paso os dará seguro que no os vea  
La cuidadosa vela, y se nos borre  
El concierto, y en daño de ambos sea:  
Dijo, y él con atentos pasos corre  
Al fin de la venganza que desea,

Y en tanto que va á dar con el postigo  
Ella se entró con su engañoso amigo.

Púsose al pié del carecomido muro,  
La orden siguiendo de la falsa dueña,  
Por juzgarse á la sombra mas seguro,  
Y mas á mano de cualquiera seña:  
Cuando de las ventanas por lo obscuro  
Sobre él bajó una nube no pequeña  
De tierra, piedra, palos, agua, horrura,  
Sin que haya á su rigor parte segura.

Él huye aquí y allí por no ser visto,  
Ni creer que pueda ser caso pensado,  
Y por mas que anda á todas partes listo,  
Siempre un tiro le alcanza desmandado:  
Jamás en otro igual rigor se ha visto,  
Ni en tan penosas burlas agraviado,  
Ya se arde en ira, ya de la venganza  
Reportado le vuelve la esperanza.

Ya mil veces se vió determinado  
De hacer todo el castillo una hoguera,  
Y otras tantas humilde y reportado  
La cólera volvió á enfrenar ligera:  
Mas de Bootes ya que el carro helado  
Lo alto ocupó de la esmaltada esfera,  
La luna en medio el cielo, y las estrellas  
Lloviendo sueño altísimas y bellas,

Al postigo llegó la falsa dueña,  
De un fingido temor toda ocupada,  
Y al conde que acudió á la sorda seña,  
«Señor, la puerta, dijo, está cerrada:

Desgracia ha sido de ambos no pequeña,  
La gente está sin duda recatada,  
Las velas han doblado en el castillo,  
Y asegurado el paso á este portillo:

Pero si todavía estais dispuesto  
Al grave riesgo de la oculta entrada,  
Cierto artificio de madera enhiesto,  
Para al muro subir piedra labrada,  
Desta alta torre está al remate puesto,  
Yo echaré la maroma, y reforzada  
Al torno daré vueltas por serviros,  
Y así aventuraré á poder serviros.»

Libre el francés caudillo de sospecha  
La falsa astucia llama aguda traza,  
Y luego la engañosa dama le echa  
La cuerda, y él al cuerpo se la enlaza;  
Y tan á gusto ya la burla hecha,  
Gran fiesta, grita y alarido se alza,  
Comenzando á servirle por el viento  
En nueva risa y placentero acento.

Por pardas rejas de altos miradores  
Clara copia salió de luminarias,  
En manos de atrevidos saltadores,  
De leyes, vidas y costumbres varias:  
Con lanzas, dardos, flechas, pasadores,  
Por partes diferentes y contrarias  
Le pican, hieren, punzan, y sin tiento  
Salva le hacen, y suben por el viento.

El sin culpa francés que así ofendido  
De un ladrón se halla por tan varios modos,  
Y que en el aire ahora suspendido  
De risa sirve y ocasion de apodos,  
De enojo está y de rabia tan sentido,  
Y los contrarios victoriosos todos,  
La real persona, ya su riesgo puesta,  
Con obras y palabras le hacen fiesta.

Llovida á un tiempo dan sobre él con una  
Densa nube de lanzas enastadas,  
Y aunque las menos le hallan su fortuna  
Con duras carnes le valió encantadas:  
Por muerto al blanco rayo de la luna  
Unos le juzgan, y otros por domadas  
Sus fuerzas, cuando por la cuerda arriba  
Temieron todos que con alas iba.

Quedara el alto intento conseguido  
A no ir los que le suben aflojando,  
Mas Garilo sintiéndose perdido  
La tirante maroma fue alargando,  
Y con este remedio detenido,  
El apriesa subiendo, ellos bajando,  
Fijo en medio del aire parecía  
Que fingia subir, y no subia.

Así en el rio Cocito un avariento  
Las manos dicen que anda levantadas  
Por asirse de un árbol en el viento  
Braceando en vanos golpes y palmadas:  
Quiere dar pasto á su apetito hambriento  
Con huecas frutas de hollín tiznadas,  
Y nunca el vano intento se concluye,  
Que si él la fruta sigue, ella le huye.

Así ligero sube el grave Orlando,  
Y siendo ya imposible el detenello,  
De golpe allojan el subir, pensando  
Despenado una horrible pasta hacello:  
Y así de la honda cava al lino blando  
Bajo con la maroma por el cuello,  
Que estuvo de agua inmundada y lodo lleno,  
Que lo que el mundo no hizo hiciera cieno:

Mas fue sin riesgo la feliz caída,  
Si bien quedó entre el lodo sepultado;  
Díale el hallarse sin su arnés la vida,  
Que en turbia lama se ahogara armado:  
Y la varia fortuna condolidá  
De verle puesto en tan humilde estado  
Volvió pronta á sus ruegos los oídos,

Que es gran levantadora de caídos.

De allí el castillo á la profunda cava  
De ancha canal desagüadero hacia,  
Que el patio y las cocinas desagüaba,  
Y de aseó y reparo las servía,  
Por donde puerta halló el señor de brava  
Cuando menos recelos dél había,  
Y todos sin temor de lo pasado  
Ya por muerto le tienen, ya enterrado.

El rosieler de Venus, que en el cielo  
Estremo es de ambas luces, daba vida  
A las pintadas flores con el yelo  
Que en cuajados aljófares llovía,  
Restituyendo al sonoliento suelo  
El robado color que antes tenía,  
Cuando el francés fue á dar por la pecina,  
Al sótano y desvan de una cocina,

Lloviendo agua grasienta y negro cieno,  
De turbias heces y de hollín tiznado,  
Cual se viera de algun horrible seno  
Del infierno salir desfigurado:  
Mas luego que la luz y aire sereno  
El lugar le mostraron deseado,  
En su alegre venganza divertido  
Los pasados trabajos dió al olvido.

Y en diestro paso y reforzado aliento,  
Y al hombro en vez de espada media entena,  
De sala en sala, y cuadra en cuadra, á tienta  
A una llegó de saltadores llena,  
Que allí dormidos los dejó el contento  
Del vino, el juego, y la pasada cena,  
Al golpe puestas que traía ligero  
De sus perversos días el postrero.

La mitad despertó en día aciago,  
Y los demás tragó el eterno sueño:  
Los que despiertos miran el estrago  
Del grueso pino, y su tiznado dueño,  
Que sea el barquero del Estigio lago  
Piensan, que á golpes mata con su leño,  
O el Oreo obscuro, cobrador terrible  
Del triste censo de la muerte horrible.

Asordan roneos gritos el castillo,  
Huye el de mas valor acobardado,  
Deja medroso el catalán caudillo  
Frio de su dueña ya el caliente lado:  
Y el presto conde, de un voraz cuchillo  
El diestro vengativo brazo armado,  
Tras las memorias de su agravio corre  
Cruel de sala en sala y torre en torre.

Bien como el yerto jabalí celoso,  
Vengador de las sañas de Diana,  
Con los blancos colmillos, y el cerdoso  
Lomo, y los ojos de color de grana,  
Siguiendo corre el escuadron medroso  
De la florida juventud greeiana,  
Enturbiando los médanos de arena  
Al claro Achéloo en su ribera amena.

A tres doblados seis quitó la vida,  
Y otros tantos colgó por las almenas,  
Garilo huyó, huyó la fermentida  
Dueña con otras seis de engaños llenas;  
Que ningún caballero fue homicida  
De mujeres jamás, malas ni buenas,  
Que es frágil gente, y todos sus errores,  
O son por ignorancia, ó por amores.

En esto á toda rienda por el llano  
Vió el conde á su enemigo en Brilladoro:  
«Todo el trabajo me ha salido en vano,  
Dijo, si libre se me va este moro,  
Pues mi venganza pierdo, y mi lozano  
Caballo de espumante freno de oro:  
Quédese todo así, quiero seguílo,  
Que en mas tengo el caballo que el castillo.»

En una sala de su arnés preciado  
Las ricas piezas vió de oro gravadas,

Y aprisa dellas como pudo armado  
Contando va á Garilo las pisadas:  
El como rayo huye acelerado,  
Metiendo hierro al bayo en las ijadas,  
Que es gran ginete el miedo, y su congoja  
Un Roldán le figura en cada hoja.

Así dos partes de las tres del día  
Fue el uno huyendo, el otro dando caza,  
Cuando este en una selva se escondía,  
Aquel entraba en la escombrada plaza:  
Al armado Orion se parecía,  
Que al centauro persigue y amenaza,  
Y tras él corre con dorada lanza,  
El cielo vuela, y él jamás le alcanza.

Ya el día descolgaban al Poniente  
Las dos balanzas del zenit del cielo,  
Cuando de oro un alcázar puesto enfrente  
Al medroso Garilo dió consuelo,  
Cien torres de cristal resplandeciente  
Clara luz dan en torno al rico suelo  
De un monte, cuyas cumbres de esmeralda  
En rubias llamas de oro hacen que arda.

De lustroso carmin rojas almenas  
Con hermosos perfiles de oro ufanas,  
De claros visos cristalinos llenas  
Las anchas claraboyas y ventanas,  
Que bullidas del sol tocar apenas  
La vista dejan sus vislumbres vanas,  
Haciendo junto un sin igual tesoro  
El oro del castillo, y montes de oro.

Fingida tez de hueco encantamiento  
El catalán juzgó el oro que vía,  
Y pincel de dormido pensamiento  
El sabio conde que tras él venía:  
Y corriendo ambos mas que el suelto viento,  
Cuanto mas se acercaban, mas huía  
El vano lustre de la rubia masa,  
Y se humillaba la soberbia casa.

Así de oro celajes encrepados,  
Si el rubio sol se cuelga al Occidente,  
En roja sangre suelen dar manchados  
Los vivos de su luz resplandeciente;  
Y al irse el día menos encrepados  
Vuelto en ceniza el rosieler ardiente,  
Se hacen de sus puntas mas gallardas  
Obscuras teced de unas nubes pardas.

Tal el fingido alcázar, que de fuera  
Un dorado teatro componía,  
Con tanta torre, y tanta vidriera,  
Tanto chapitel de oro y pedrería,  
Llegando al pié una choza frágil era  
De seca paja, que oro parecía;  
Las torres y homenaje eran de sueño,  
Que es gran pintor de un ademan su dueño.

El sagaz catalán que allí ha salido  
De su imaginación vana burlado,  
Y antes á guarecerse había corrido  
Al rubio alcázar de aire fabricado,  
El caballo dejó, por quien seguido  
Con tal tesón se vió, y con tal cuidado,  
Y en la chozuela, si hay lugar á donde,  
Se entró á esconder del ofendido conde.

Lo que antes montes de oro parecía,  
Humildes valles eran de aire llenos,  
Que un vistoso celaje les fingía  
Los ricos chapiteles por sus senos;  
Y de torres de viento componía  
Las que campeaban mas, y las que menos,  
El dueño de la casa en traje extraño  
Un alquimista que es el mismo engaño.

Vestido de contrarios tornasoles,  
Entre aguas y alambiques diferentes,  
Humos, cenizas, sal, baños, crisoles  
Magistrales de ley, pastas ardientes,  
Gretas, hornos, cendradas, alcoholes,

Tintas, barnices, lustres aparentes,  
Un camaleón por armas, que en el viento  
Es uno solo, y se transforma en ciento.

Es su oficio infundir quintas esencias,  
Dar nueva forma y hábito á las cosas,  
Gastar hacienda y tiempo en esperiencias,  
Sin provecho las mas, todas costosas;  
Fingir quimeras, inventar sapiencias,  
Cifrar secretos, disfrazarles g'osas,  
Y al no alijar Mercurio con la luna  
Dar sin razón querellas de fortuna.

Este es Arnaldo, que en la Flandria conde  
Nació, y ya sin estado y patrimonio,  
Por hacerse otros Midas vino á donde  
Dió en su pobreza al mundo testimonio,  
Que siempre á la codicia corresponde  
Miseria eterna, ó pactos del demonio,  
Y los deseos del oro, y del infierno,  
Mas cerca están que el frío, y el invierno.

Y así no atento ya á seguir el curso  
A las humanas cosas necesario,  
Ni de la alquimia el natural concurso  
Por el camino y término ordinario,  
A la superstición volvió el recurso,  
Pasó á ser pigromante de herbolario,  
Y con una sortija abrió el profundo,  
La tierra hacia temblar, y arderse el mundo.

Cuando la bella Angélica á Meioro  
Desde Francia llevó á la rica China,  
Gastó en el largo viaje gran tesoro,  
Que es reina amante, y con su amor camina;  
Y entre otras la sortija ilustre de oro,  
Que á un hombre esconde en sombra peregrina,  
A un pescador de Cádiz la dió un día,  
Porque les dé su barco, y sea su guía.

Dióla en rica señal para obligalle  
Con ella, porque un ánimo escelente  
Solo su gusto estima, y por compralle



Diera Angélica el reino del Oriente:  
Mas fortuna tomando el gobernalle,  
Al salir contra el viento y la corriente  
Por la barra del puerto, en un bajío  
La quilla desfondó, y rompió el navío.

Salieron derramados por la playa  
Marineros á un tiempo y navegantes,  
El perdido patrón huyó á Vizcaya;  
Y el anillo llevó de los amantes:

Deudas le desterraron, y en la raya  
De Francia, entre gascones caminantes,  
Las gentes de una escuadra forajida  
La joya le quitaron, y la vida.

De allí de mano en mano el rico anillo  
A dar á las de Arnaldo fue encubierto,  
Cuya humilde chozuela era el castillo,  
Y puerto á los ladrones de aquel puerto:  
Conoció su valor, supo encubrirlo,

Compróle á menos precio, y hecho cierto  
Ya en su virtud famosas experiencias  
Para su arte vió, y halló á sus ciencias.

No solo en invisible sombra esconde  
A quien le trae en la boca, mas quien mira  
Un rayo de su piedra para donde  
El sol los suyos al tocarle gira:  
Como quiere se muda, y corresponde  
A la verdad tan fácil la mentira,  
Que sin trocarse el hombre, en un momento  
Es sierpe, es yerba, es flor, es agua, es viento.

La forma que le da la fantasía,  
Esa es muestra, y esa es figura;  
Proteo con este hechizo se vestía  
Las varias formas de su cueva obscura:  
Contar lo que con él su dueño hacía,  
De aquel yermo en la choza mal segura,  
De truecos y mudanzas, menos pena  
Sería contar al mar ondas y arena.

El medroso ladrón llegó turbado,  
Que el conde ya á caballo le seguía,  
Y al confuso alquimista, rodeado  
De hornos, crisoles y ceniza fría,  
Habiéndole su miedo declarado,  
La alteracion y riesgo en que venía,  
Que le ampare le pide con cautela,  
Pues es de los cursantes de su escuela.

El mago de su anillo un rayo hermoso  
Le derramó en el rostro, con que luego  
De un remendado gato el bulto airoso  
Saltó lanzando por los ojos fuego;  
O sea natural, ó artificioso,  
Propio, ó impropio aquel rebozo ciego,  
No lo sé, solo sé que la vislumbre  
El cuerpo hace mudar, no la costumbre.

Y por su inclinacion el falaz godo  
Tomó entonces prestada esta figura,  
Que en tienda de alquimista por su modo  
Todo se muere, trueca y desfigura:  
La plata, el oro, la sapiencia, todo  
Al vaciar el crisol se vuelve horrorosa,  
Y las promesas de mayor cimiento  
Torres pintadas con pincel de viento.

Llegó el conde á la casa del engaño  
Y recibióle el mago comedido,  
El viendo un hombre en traje tan extraño  
Y oficio tan humilde entretenido,  
Y no al sagaz ladrón hecho ermitaño,  
Que en su presencia se ha desaparecido,  
«Sin duda, dijo, yo estoy encantado,  
O es todo sueño lo que me ha pasado.

¿Decidme vos, señor, con mas colores  
Que el arco de las nubes y mas pintas,  
¿Quién sois? ¿qué oficio el vuestro? ¿qué pintores  
Compran y gastan tan diversas tintas?  
¿Tantos aceites, aguas y licores,  
Tantas bugetas varias y distintas,  
De qué menester son? ¿a cual enfermo  
Juntas proveen salud en este yermo?

¿Uno que en esta choza entró huyendo,  
Qué se hizo? ¿dónde fue, ó está escondido?»  
«Señor, respondió el mago, estoy temiendo  
De os ver tan desdeñoso y mal sufrido,  
Como que solo vos habéis pudiendo,  
Y sea lo demás tiempo perdido:  
Pero aliviad un poco el cuerpo lacio,  
Si gustais de saber quien soy de espacio.

Conde Arnaldo de Espurg, si en los Estados  
Bajos de mí teneis noticia alguna,  
Debajo algunos signos marañados  
Rico nací con infeliz fortuna:  
A Mercurio combusto en los airados  
Rayos del sol, y la inconstante luna  
En el noveno ángulo nocturno,  
Tristo y lóbrega casa de Saturno.

Gasté en buscar en el fligir divino.  
Y hacer quintas esencias fabulosas  
Para alijar el cielo, y de oro lino  
Como Midas volver todas las cosas,  
Cuanto oro tuve, y á mis mianos vino.  
¡Oh necias esperanzas codiciosas,  
Que haciendo yo cenizas mi tesoro,  
De los carbones piense sacar oro!

Tres lustrós viva salamandra hecho,  
Dí fuego sin cesar á un horno ardiente,  
Para hacer el napelo sin provecho,  
Ya en mi vana ambicion resplandeciente:  
Cuando el engaño y el crisol deshecho,  
En humo vuelto el círculo aparente,  
De mis trazas corrido y apurado,  
Por huir de mí, dejó casa y estado.

Y en busca de Tabir un nuevo engaño  
Segunda vez salí á surcar la tierra,  
Y de antojo en antojo, y daño en daño,  
A los collados vine desta sierra,  
Donde por modo y artificio extraño  
Algun tesoro incógnito se encierra,  
Si ya de la filosofal piedra el tesoro  
No es quien convierte aquí hasta el aire en oro.

Quedé viendo los riscos admirado  
En oro ardiendo y en beldad divina,  
Creí en ellos hallar de mí cuidado  
Cumplida la insaciable golosina:  
Pero dejéme el aire al fin burlado,  
Que el codicioso siempre se imagina  
Lleno de montes de oro el pensamiento,  
Que al echarles la mano son de viento.

Salieron á mis ojos destas lomas  
Las fingidas riquezas al encuentro,  
Y en esta choza de untos y redomas  
Un nuevo personaje hallé dentro:  
Yo viéndome entre fuegos, y entre gomas,  
De mi necia pasión me ví en el centro,  
Y al dueño en el oficio y traje extraño  
En verle conocí que era el engaño.

Así de mezclas y colores hecho,  
Que en la vista sutil se deshacía,  
Vario, mudable, sin lealtad, contrechó,  
De alma falaz, y astuta hipocresía;  
Y el mismo al fin que puesto en el estrecho  
Que estoy y estaba entonces me tenía,  
Y yo por engañar al mismo engaño,  
No conocer tingí su bulto extraño.

A la infeliz sazón que yo llegaba  
En afeitar palabras entendía,  
Y hechas de vidrio así las barnizaba,  
Que parecer diamantes las hacía:  
Sola la piedra toque las quebraba,  
Y como esa en su tienda no la había,  
A los que entraban á comprar entonces,  
Aunque eran vidrios, parecían bronce.

Antiguamente de diamantes era  
El trato que en el mundo se vendía,  
Por de dentro seguro, y por de fuera,  
Que cuanto estaba en él se traslucía:  
Colgar de un sí de entonces bien pudiera  
Uno la suerte de mayor valía,  
Mas hoy ya morirá de mil maneras,  
Quien fiare de palabras lisonjeras.

Eran diamante, y son de vidrio ahora,  
Que á cualquiera desden se quiebra y salta,  
Y el engaño las pule y las colora,  
Y nunca un vulgo que las compre falta:  
Tiene la adulacion lengua sonora,  
Cuyo sagaz pincel tan vivo esmalta  
Un corazón, que al mas astuto pecho  
Parece natural, y es contrahecho.

Mas qué mucho que un ánimo aparente  
Del que no es noble dé falsa acogida,  
Si en lo mejor del mundo la elocuente

Adulacion con gusto es admitida :  
No hay sol sin sombra ; al gusto mas prudente  
La lisonja es suavísima bebida,  
Y el corazon mas claro, y mas sabido,  
En cavernas sin luz vive escondido.

Tambien entonces iba fabricando  
Del elegir divino alegres llamas,  
Cuyas vislumbres dan de cuando en cuando  
Vuelos oro estos montes y sus ramas :  
Preguntéle ¿quién era? y él usando  
De los ciegos enredos de sus tramas  
Así me respondió, y así yo atento  
De su boca bebí este dulce cuento.

Antes que en las esferas presurosas  
Del cielo hubiese curso y movimiento,  
Ni al sol, luna, ni estrellas poderosas  
Campo espacioso dió el firmamento,  
Cuando esta eterna sucesion de cosas  
Se estaba en el divino entendimiento,  
Lo que es ahora mundo y clara esfera,  
Un caos ciego y confuso entonces era.

Estaba el fuego, el aire, el agua y tierra,  
Sin forma de agua, tierra, de aire y fuego,  
El aire duro, líquida la tierra,  
Enjuta el agua, sin su fuego el fuego :  
Pesado el aire, sin pesar la tierra,  
Quemando el agua, y enfriando el fuego,  
Aunque sin aire, fuego, tierra, ni agua,  
Ni enfriaba el fuego, ni quemaba el agua.

Yo aquí entre las demás imperfecciones  
Del ciego caos aun sin vivir vivía,  
Hasta que el Dios de todas las naciones  
La preñez sacó á luz que en él había ;  
Y dando á las criaturas ricos dones  
Del firme y nuevo ser que las vestía,  
A mí del bien comun desheredado  
Por mas provecho me dejó olvidado.

Y el rico tiempo de la edad dorada  
Ciego, y por los desvanes escondido,  
Del liviano temor acrecentada  
La persona fingí que aun no he tenido :  
A lo obscuro engañaba con no nada,  
O en eco por los montes convertido  
Las mordidas palabras repetía,  
Fingiendo en esto el ser que no tenía.

Hasta que ya el dios Júpiter, cansado  
De reinar con su padre, quiso un día  
Para sí todo el reino, que el dorado  
Cetro gózase mal en compañía :  
Yo entonces al rey viejo acobardado  
Tristes miedos fingí en la fantasía,  
Con que huir le hice, y dejar solo  
El reino al gran rector del alto polo.

Y el nuevo rey en pago á mi servicio,  
Esta librea me dió diferenciada,  
Y que solo de noche use mi oficio  
Con arancel y marca señalada :  
Mas que no venda por virtud el vicio,  
Ni mi tienda abra entre la gente honrada,  
Con que el favor templó la mano ingrata  
Lo que al mundo duró la edad de plata.

Mas ya llegando la del bajo cobre,  
Medallas del por de oro las vendía,  
Con que rico perdí el nombre de pobre,  
Y en ceros fui creciendo cada día,  
Que como no hay quien la gubela cobre  
De la nueva inventada granjería,  
Es fácil el mentir, y de importancia  
Al mercader hambriento de ganancia.

Salieron á este tiempo de mi escuela  
Ciertos doctores de ambicion cargados,  
Que el interés y la honra los desvela,  
Y los traen consumidos sus cuidados :  
Fingen pena y dolor sin que les duela,  
Lágrimas sin llorar bienes pasados,

Su nombre es de filósofos, y el pecho  
De hipocresias cautelosas hecho.

Gózase al mundo esta doblada gente -  
Aquel dichoso sig'o en que tenía  
Tal precio la virtud, que aunque aparente,  
El aire aficionaba que traía :  
Mas ya el vicio atrevido osadamente,  
Despreciando el barniz de hipocresia,  
En el mundo ha tomado tal licencia,  
Que entra con la virtud en competencia.

Llegó la última edad de hierro frio,  
Y yo al colmo tambien de mi reinado :  
Júpiter viendo el ciego desvario  
Con que el mundo en mi trato está enredado,  
Atajar quiso y conedir mi brio,  
Y revocarme el privilegio dado,  
A la muerte mandó que me buscasse,  
Y la vida ó las fuerzas me quitase.

Pudiera mal librarme de sus manos  
Si acertara una vez á dar en ellas,  
Que al fin todos son términos humanos  
Cuantos corren debajo las estrellas :  
No quise mirar mas respetos vanos,  
Ni dar sin fruto á Júpiter querellas,  
Que en graves casos de materia honrosa.  
Siempre es la floja dilacion dañosa.

Del amor tuve fama que era ciego,  
Y que á tienta volaba por el mundo,  
Aquí está mi remedio dije luego,  
Yo seré en adestrarle amor segundo ;  
Y si es cual dicen superior su fuego  
A la muerte, no mal mi intento fundo,  
Que á su sombra ampararme he de manera,  
Que el golpe que me espanta no me hiera..

No poco tiempo, á mucho riesgo mio,  
En mi demanda anduvo desvelado,  
Cuando un niño encontré de altivo brio,  
Nacido en mis rincones y criado,  
Que con nombre de amor el señorío  
Del mundo sin razon tenia usurpado,  
De alegres ojos mas que un linco, agudos,  
Y que por flechas de oro arroja escudos.

Pretendíome engañar con mis liciones,  
Y es torpe el interés sin favor mio,  
Y así pasé el raudal de sus razones,  
Como un sediento el de un enjuto rio ;  
Y tras mi intento el mundo y sus regiones  
Con nuevo aliento á desvolver porfio,  
Villas, ciudades, córtes y cortijos,  
Calles, plazas, rincones y escondrijos.

Hice al rico interés ancho camino,  
Lo que antes era senda mal trillada,  
Por donde ya con ciego desatino  
La gran corriente ya del mundo errada,  
Llamando ocio infeliz de hombre sin tino  
Hacer por otra senda la jornada,  
Que el camino real, cursado en todo,  
Es interés de un modo ó de otro modo.

Cansado del rodeo que llevaba,  
Sin duda dije en mí que voy perdido,  
Pues la bonanza busco en la mar brava,  
Y en el mundo el amor que nunca ha habido :  
Cuando un ciego muchacho que volaba,  
En tirar con un arco entretenido,  
Vi en la pajiza choza de un serrano,  
Las flores esperando del verano.

Voló la fama, pregonando luego  
Ser el soberbio dios de los amores,  
De Venus y las gracias blando fuego,  
Tahur de apetitosos disfavores,  
Que á tienta de su arco el golpe ciego  
La tierra asombra y siembra los dolores,  
Y que es tambien fingido este segundo,  
Que el verdadero amor no es deste mundo.

Y aunque desnudo, ciego, y niño alado,

Sacrificarme quise á su servicio,  
Que es al fin de importancia bien mirado  
En casa de algun dios tener oficio:  
Recibíome por ayo y por criado,  
Y fuele de importancia mi ejercicio,  
Que para perfeccion del que él usaba,  
Solo aprender el mio le faltaba.

No hallé cosa en las suyas desabrida,  
Sino es llamar la muerte sus amantes,  
Que el nombre, y el temor de su venida,  
Mudar cada hora me hacia semblantes:  
Mas como no hay posada así escondida,  
Ni almenas tan tejidas de diamantes,  
Que contra el brazo basten de la muerte,  
Yerro es pensar huir la humana suerte.

Llegó una tarde de matar cansada  
Donde en las alas yo de amor vivia,  
Y á citar para la última jornada  
De parte del gran Júpiter me envia:  
Dile una rica cena, y sobornada  
De un lleno frasco mientras vino el dia,  
Troqué á las venas de su aljaba estrechas  
Por las rubias de amor sus negras flechas.

Y ya con la sutil traza seguro,  
Y el mundo en no advertido riesgo puesto,  
Con un tiro el amor al reino oscuro  
El mancebo enviaba mas dispuesto:  
Y de la seca muerte el arco duro  
Del viejo helado el carcomido gesto,  
Alegre en sangre ardiente remozaba,  
Y trataba de amar, y enamoraba.

Viera su general ruina el mundo  
Si por volverlo á su primer concierto  
Júpiter no me da en pacto segundo  
Treguas al golpe de la muerte incierto:  
Quedó mi estéril pecho ya fecundo  
No inmortal, mas seguro de ser muerto  
Mientras durare el mundo, y los mortales  
Dieren al interés cereos iguales.

Y ya con gusto y ánimo voltario,  
Tras una larga anatomía de cosas,  
Tal vez me vi pintor, tal herbolario,  
Y tal fingido intérprete de hermosas:  
Dando en bruñida tez de un barniz vario  
Del ya pasado abril hurtadas rosas,  
Y de mi rico cofre á la mas casta  
Lo que para engañar los ojos basta.

Ahora en soñada alquimia me entretengo,  
Que de mis lazos es el mas tejido,  
Y de afeitar lisonjas me mantengo,  
En dulce hablar, y en ademán fingido:  
Desde aquí voy á la ciudad y vengo,  
Y un gran mundo me asombrá, que perdido  
A peso de oro compra estas bablillas,  
No por mas bien que el oropel de oillas.

Así el Engaño me contó su historia,  
Si algo de historia tiene el cuento extraño,  
Que del sabio discurso en la memoria,  
Ni todo ello es verdad, ni todo engaño:  
Esta es al fin, señor, casa notoria  
De la fraude del mundo, este es su escaño,  
Y yo aquí por costumbre y ejercicio,  
Por heredarle me quedé en su oficio.

Es ido á la francesa corte ahora.  
Rico á vender su lisonjera fruta,  
Que un Conde Galalon que en ella mora  
Con todo al imperial dosel tributa:  
Y en lenguaje atrevido, y voz sonora,  
Es quien todo lo aprueba, ó lo refuta,  
Y gobernado un rey de un lisonjero,  
El reino aun tumbó está del dia postrero.

Y esto en suma, señor, que habeis oido.  
Es el breve discurso de mi vida,  
Esta la casa donde habeis venido  
Del mundo mas cursada y mas sabida:

El ladrón que de vos venia huido,  
Su abreviada persona reducida  
En este remendado gato puso,  
Nudo infeliz á su ánimo confuso.

Admiró al Conde el vano coronista,  
Sospechoso que en todo le engañaba,  
Bien que al volver hacia el ladrón la vista,  
Los blancos dientes vió que arremangaba;  
Y sin curar mas dél, ni su alquimista,  
Tras el caballo fué que le guiaba,  
Y Garilo, ido el Conde su enemigo,  
Arañar quiso al sospechoso amigo.

Mas fuese á él, y con la vista atenta  
La piedra mira, y vuelve á su figura.  
Y humilde ruega al sabio le dé cuenta  
De qué artifice fue tal escultura,  
Y por mayor regalo le consienta  
Mirar si deja verse su beclura,  
Porque en todo contar pueda, y en parte,  
Della el primor, y de su autor el arte.

Dentro en la fragua en que se forja el dia.  
Está, respondió Arnaldo, la sagrada  
Masa de lumbre con que el cielo cria  
Cuanta se ve en sus bóvedas sembrada:  
Comun á todos dioses ser solia,  
Mas ya á cargo del hado encomendada  
Por su ajustado peso se reparte,  
Y da á su dueño la dichosa parte.

Traen desta santa luz los celestiales  
En la divina frente cierta estrella,  
Que impasibles los vuelve de inmortales,  
Y toda su deidad les nace della:  
Y cuando á ver los términos mortales  
De lo alto bajan de su corte bella,  
Así en vapor sutil vuela sobre ellos,  
Que la vista mortal no alcanza á vellos.

Con ella se convierte y se transforma  
En la figura cada cual que quiere,  
Y della los fingidos miembros forma  
En que su infatigable aliento ingiere,  
Y el cielo en su virtud tambien reforma  
Cuanto en el ancho mundo nace y muere,  
Y desta lumbre al fin á cuanto llega  
Cierta deidad y olor de Dios se pega.

El antiguo Prometeo esta lumbre  
Del escalado cielo hurtó un dia,  
Y este anillo labró de una vislumbre  
Que del humano ser sobrado habia:  
Y cuando allá del Cáucaso en la cumbre,  
Conforme al sacrilegio merecia,  
Fue por el dios Mercurio aprisionado,  
Y al insaciable buitres encomendado.

Hércules le libró de aquel tormento,  
Y él en pago le dió el precioso anillo.  
El primero en el mundo, y de mas cuento,  
Que pulió lima, ni forjó martillo:  
Y entre otras ricas joyas el hambriento  
Ladron Caco le hurtó de su castillo,  
Deste le hubo su padre el dios del fuego,  
Que á su querida Venus le dió luego.

Venus despues al fin le dió á Cupido,  
Dél le hurtó el Engaño, y yo con arte  
Dél le hube, en cuyo circulo esculpido  
De lo criado está la mejor parte:  
De una oculta virtud enriquecido,  
Que dejo de decir por no cansarte,  
Y él por mí te dirá, si coronista  
Haces de su primor tu atenta vista.

Dijo, y mostrando el dedo en que tenia  
La sortija, á Garilo dió la mano,  
Que del cuento admirado, y lo que via,  
Ilusion le parece, ó sueño vano:  
Mas advirtiéndole el lance que ofrecia  
De la centella el circulo galano,  
Que es, en respecto de su gran tesoro,



La plata humilde estaño, y cobre el oro:

Dando una vneita y otra sacar pudo  
Del dedo el soberano engaste, y luego  
Formado de un dragon el feroz nudo,  
Humo lanzando por la boca y fuego,  
En torno revolvió el cuerpo membrudo:  
El mago huyó, y el que del Rey Gallego  
Dueño se halló de la preseña mas prima,  
Que de Vulcano abrió la sutil lima.

Quedó el vano alquimista vuelto en humo,  
Como otras veces su saber burlado,  
Rico el ladrón con el precioso grumo  
De celestiales luces amasado:  
La virtud sabia, el artificio sumo  
Del cerco de oro, y del que le ha robado,  
Yo lo diré otra vez, sino se embebe  
En ocasion mas grave el tiempo breve.

Que ahora Malgesí, en el centro oscuro  
De su barco rayando en un cuaderno,  
A voces pide al carcomido muro  
De la pálida muerte medio infierno;  
Donde apenas se oyó el acento impuro,  
Cuando á porfia pasa el lago Averno  
Una oscura legion, que al aire blando  
El navio levantó, y llevó volando.

Traía el mago á Reinaldos del Oriente.  
A vengar el agravio recibido,  
Y porque á Carlos sin su espada ardiente  
Muerto le ve, y su ejército perdido,  
Cuando del turbio Egeo el mar potente  
De cien navios el suyo dió coñido,  
A quien mil golpes añadió Morgante,  
Que ahora en verse volar paró arrogante.

Seis triángulos de oscuros marineros  
El timon rigen y las huecas velas,  
Y solo al tango con sus tres guerreros  
Del leño ciñen las gurbadas duelas:  
Paró alegre el jayán sus golpes fieros,  
Viendo quedar del mar las carabelas,  
Y él subir esgrimiendo en raudal vuelo,  
Vencido el mundo, con su espada al cielo.

Reinaldos y Orimandro que el gigante  
En trato y gusto ven mas reportado,  
Con amigable paz le van delante  
Todos tres uno de otro aficionado;  
O fue su complexion, ó fue el radiante  
Aspecto de astro bien afortunado,  
O Malgesí con su apurado infierno,  
Que aun todavía rezaba en el cuaderno.

Salió el mago francés de lo escondido  
Viendo en conforme amor los tres guerreros,  
Y dellos con agrado recibido  
A regir se sentó sus marineros:  
El corzo, que por señas ha entendido  
Ser aquel quien los lleva así altaneros  
Por la región del aire, á él se llega,  
Y que le diga donde va le ruega.

«Señor, le respondió el francés turbado,  
Yo á ver enderezaba un nuevo mundo  
Que á hallarse vendrá, y á ser ganado  
Cuando sus golfos abra el mar profundo;  
Tiénelo hasta su tiempo oculto el hado,  
Mas mi primer intento haré segundo,  
Como vo sepa el vuestro, y á vos solo  
De mi nuevo viaje el firme polo.»

«Antes, dijo Morgante, á esas famosas  
Regiones nos llevad, que yo os lo pido,  
Que quien ver no desea extrañas cosas  
Animo tiene corto y encogido;  
Y si allá hav aventuras peligrosas  
Mostrádmelas con ánimo atrevido,  
Que este brazo, á pesar de las estrellas,  
Seguro paso os abrirá por ellas.»

Dijo, y contentos del famoso vuelo  
Con que su esquife corta el aire blando,

Los anchos mares, y el humilde suelo,  
De lo alto miran irse adelgazando:  
Y cuanto mas el curso sube al cielo,  
El mundo tanto mas se va abreviando,  
Que de su ser fantástico desnudas  
Todas las suyas son cosas menudas.

El mas hinchado monte humilde envia  
Su preñez vana, los colosos feos,  
Cuya altura las nubes escedia,  
Mirados desde arriba son pigmeos:  
Ejércitos de hormigas parecia  
La mas noble ciudad, sus coliseos,  
De balcones cubiertos y de rejias,  
Breves castillos de un panal de abejas.

El sabio en medio de los tres guerreros,  
«Mirad, dijo, en el mundo y sus regiones,  
Cuán breves puntos y pequeños fueros  
Las grandezas alcanzan y ambiciones:  
¡Qué humildes sus alcázares roqueros!  
¡Qué menudos sus grandes escuadrones!  
¡Que abreviada parece de lo alto  
La grave magestad del rey mas alto!

¡Sobre qué estrecho y breve fundamento  
Estriba y pára la ambición humana!  
¡Por cuán angosto y apretado asiento  
El cetro corre y mitra mas ufana!  
¡En qué puño de tierra halla el viento  
Tan grandes leguas de locura vana!  
¡Y por cuán pobres causas y ocasiones  
El deseo de mandar mueve cuestiones!

Suelen los niños en la edad primera,  
Con el corto caudal de su talento,  
Dar sazon á sus juegos de manera,  
Que de veras les sirven al contento:  
Quién caballos de caña, quién de cera,  
Quién libreas de papel, ruedas de viento,  
Toros, guerras, hogueras y castillos,  
Que como el tiempo son sus ciudadillos.

Sacan tal vez sus débiles muñecas,  
Y allí sus fiestas fingen y sus bodas,  
Y aunque de humildes paños cañas huecas,  
En gusto vencen la que asombró á Rodas:  
A unas ponen estrados, á otras ruecas,  
Aquellas sirvan, y á esta sirvan todas,  
Esta sea hoy la reina, esta mañana,  
Vistan á esta sayal, y á la otra grana.

Son ensayos del tiempo venidero,  
Por donde el mundo corre en curso blando:  
Ser caballo de caña ó verdadero,  
Va á decir poco á quien le está mirando:  
Ser castillo fingido, ó ser roquero,  
Los soldados de veras, ó burlando,  
Las libreas de papel, ó rasos llenos,  
Todo es un poco mas, ó un poco menos.

Es el mundo una farsa de opiniones,  
Que á todos encandila y entretiene,  
Y aunque humilde reparte estimaciones  
Conforme el tiempo y la ocasion le viene,  
El que hoy es Salomon en sus razones,  
Manana ni le valen ni la tiene,  
El que fue ayer gigante, hoy es enano,  
Y muere rey el que nació villano.

¿Quién al hombre no ve en humilde puesto  
Ser juguete inconstante de fortuna,  
En entremeses y mudanzas puesto,  
Viejo en el ataúd, niño en la cuna?  
¿Un día con salud, otro indispuerto,  
Ya al rincón, ya en el cuerno de la luna,  
Ya alegre, ya con triste sobrecejo,  
Ya gorgoando, ya tosiendo á viejo?

Pues si de sus soberbias los blasones  
Mas encumbrados mira y altaneros,  
Verá del hueco mundo las regiones  
Quererse hacer millares, y ser ceros;  
Iguales caballeros y peones,



Do un tamaño los reyes y escuderos,  
Solo que la fortuna por su gana  
A estos presta sayal, y aquellos grana.

Bien que estos varios juegos de fortuna,  
Los graves altibajos de su rueda,  
Así los que hay encima de la luna,  
Como lo que por nuestro abuso queda,  
Todo es traza divina, á quien ninguna  
Otra puede llegar por mas que pueda,  
Sin quien la hoja del árbol no se mueve,  
Ni una gota de mas ó menos llueve.

Mas que sean breves y menudas cosas  
Cuantas el mundo tiene por trofeos,  
¿Quién jamás lo ignoró? ¿quién sus pomposas  
Torres no ve ser nidos de pigmeos?  
Y si estas no son voces poderosas  
Para desencantar vanos deseos,  
Y ver que en su soberbia nube hinchada  
Quien mas llegó á alcanzar no alcanzó nada:

Ved esta breve mancha, que torcida  
La forma hace de un dragon hermoso,  
Y es de Europa la tierra, en quien ceñida  
Del mundo está la parte mas precio a:  
Sana, templada, fértil y florida,  
De rubio oro y regalos abundosa,  
Honesto trato y nobles calidades,  
Villas, pueblos, castillos y ciudades.

La Sarmacia de Europa es la primera  
Que allí de Asia arrinconan los mojonos,  
Y el Hiperbóreo monte una ladera  
Voraz carcome dentro en sus regiones:  
Donde seis meses tienen noche entera  
Los que entre el ye'o rompen sus terrores,  
Y sin mudar jamás temple ni cielo,  
De unas estrellas gozan, y de un cielo.

Allí son los altísimos Rifeos,  
Y el Tanais que en sus faldas nace y erece.  
Y sin gozar del mar ni sus deseos  
En la laguna Meotis fenecer:  
El Bósforo es aquel, y allí los feos  
Agatirsos están, aquí parece  
El sitio de los sármatas y alanos,  
Y allí los masagetas inhumanos.

La Chersoneso Táurica es aquella  
Que al parricida Orestes vió asombrado,  
Y en el sangriento altar de la doncella  
A su alfange divino arrodillado:  
Dácia, y el gran Doriseo en medio della,  
Allí hace cien mil hombres, con que armado  
Quiso Xerxes escudo por escudo  
Su ejército contar, y apenas pudo.

Como famoso labrador que echa  
Su limpia parva en el agosto amigo;  
No cuenta grano á grano la cosecha,  
Mas á colmadas troges mide el trigo;  
Así en aquel Doriseo, que una estrecha  
Celda de aquí parece, el rey que digo  
Su ejército midió á teatros llenos,  
Sin que cupiese aun en entorce senos.

El monte Hemo es este, que su altura  
Casi nos cierra el paso sobre el viento,  
Cuyas cumbres descubren la llanura  
Del Egeo mar, y el Jonio turbulento;  
Y el Ismaro cubierto de frescura,  
Por donde Orfeo derramó su acento,  
Y del Pangeo monte la cabeza,  
Que al mar aprime y rompe su braveza.

Esta que así arrimada al mediodía  
Una ancha hoja forma de higuera,  
Donde del istmo estrecho la porfía  
A pesar de dos mares persevera,  
Es el Peloponeso, fuente y cría  
De las humanas letras: la severa  
Corinto aquella, que de sus ruinas  
Roma gozó riquezas peregrinas.

Los Léleges, Teléboes y Curetes  
Son los que allí parecen derramados,  
Y aquellos los caballos y ginetes  
De Acarnania, y sus pueblos celebrados  
Y los que entre tus pinos entremetes,  
Oh humilde Arcadia, de árboles criados  
Son estos, y los otros los mojonos,  
De Pelagios, Parresios, Licaeones.

El Ténaro es aquel, que el mar salado  
Fuegos del hondo Flegeton vomita,  
Y el promontorio Málea señalado,  
Que el paso á las erradas naos evita:  
El Espartano pueblo celebrado  
Allí (si aun dura su memoria) habita,  
Y estos son los remansos cristalinos  
De Erimanto, y de Ménalo los pumos.

La Pirrea Tesalia, coronada  
De señalados montes, es aquella:  
El altísimo Olimpo, y su nevada  
Frente, que toca á la mas alta estrella;  
Y de Oeta la cumbre celebrada,  
Con el sepulcro de Hércules en ella:  
El Osa, de los dioses enemigo,  
Y de centauros el establo antiguo.

Aquí es el valle Flegra peñascoso,  
Donde la celestial caballería  
Peléó con todo un campo monstruoso,  
Que en favor de los Titanes venia;  
Donde del gran destrozo belicoso  
Las reliquias se gozan todavía,  
Y los collados aun se están cubiertos  
De blancos huesos de gigantes muertos.

Este es el alto Pélion que al Oriente  
Hurta la primer luz de la mañana,  
Y de escalon sirvió y altiva puente  
En la disforme guerra soberana:  
Y aquel rio de cristal resplandeciente,  
Que entre el monte Osa y el Olimpo mana,  
Es el padre de Danae, el gran Peueo,  
Que al mar lleva un clarísimo rodeo.

Y aquel pequeño valle, por quien pasa  
De flores coronado y hermosa,  
El celebrado Tempe, en quien sin tasa  
Flora vertió su cuerno de frescura;  
Donde en verde jardín y alegre casa  
El florido verano siempre dura,  
Y Anfriso por allí voltea solo,  
Ufano de mudar el nombre á Apolo.

El turbio Anagro de aguas hediondas,  
Donde lavó el Centauro sus heridas,  
Es el que por allí lleva las hondas  
Riberas, de veneno ennegrecidas:  
Y el claro Anáuro de plateadas ondas,  
Sesgo, sereno, y de olas recogidas,  
Que con vapores, nieblas, ni rocío,  
Jamás destempla, ni hace el aire frío.

Esta costa de mar, que del Egeo  
Al Jónio va á buscar la estrecha puerta,  
Y del frío y altísimo Pangeo  
Hasta el Acroceranio corre abierta,  
Es Acaya, y su templo Dodoneo,  
Adonde en su inmortal selva, cubierta  
De encinas duras, daba un Dios potente  
Respuestas otros tiempos á la gente.

La antigua Macedonia y sus collados  
Son estos con que el ancho Epiro erece,  
A quien dos veces en contrarios bados  
Romana sangre sin por qué humedece;  
Y aquellos rayos de cristal grabados,  
Que otro cristal mayor desaparece,  
Sesenta navegables rios y fuentes  
Son, que al Danubio entregan sus corrientes.

Y él, cargado de gentes belicosas,  
Feroces pueblos, bárbaras naciones,  
Por selvas de arboledas deleitosas

Del mar de Scitia busca los rincones,  
Donde por siete puertas anchurosas  
En él descarga sus preciosos dones,  
Dando en testigo á su feliz entrada  
La hermosa Péuceu de ovas coronada.

Entre estas ferocisimas riberas  
Y el Adriático mar corre la costa  
Del Ilirico reino, y sus fronteras,  
Contrapuestas en playa y luna angosta,  
La Albania, la Dalmacia y las laderas  
De Liburnia, y la Istria, á cuya costa  
El azote parió en parto fecundo  
De Atila otra Venecia nueva al mundo.

Debajo aquel celaje y niebla fria  
Que del Bantisco mar se va exhalando  
La alta Podolia corre, y la Rusia,  
La Prusia, Frigia y el Holsacio bando:  
Cracovia, Pomerania, y la Dania,  
La fria Noruega de continuo helando,  
Con otro inmenso y áspero gentío,  
De leyes varias, y de asiento frio.

Y aquel celaje azul, que ancho y tendido  
Un raso cielo desde aquí parece,  
Es el Gótico mar, que allí escondido  
Al polo con sus olas humedece:  
De potentes islas oprimiento,  
Donde Tile en sus fuegos resplandece,  
Y asombra con fantasma ordinarias,  
Las resaca á sus playas solitarias.

Las Orcades pendientes sobre el yelo  
Allí han de estar sembradas y esparcidas,  
Y las Ebudas de un estéril suelo  
Entre nieve acullá y cristal metidas,  
Con las que al Norte por zenit del cielo  
En cuatro euripos tienen repartidas,  
Y la Hipérborea, libre gente ociosa  
En quieta vida goza, y paz sabrosa,

Mas ya dejando este intratable cielo  
De fria niebla y de rigor vestido,  
Y el eje eterno de cristal y yelo  
Sobre que se revuelve el mundo unido,  
Volved los ojos á aquel fresco suelo  
Que ufano estiende allí el cuerno florido,  
Y vereis la dichosa y rica tierra  
Que el Apenin divide, y el mar cierra.»

#### ALEGORIA.

Orlando burlado por tantos modos de Garilo, significa que el desengaño y confianza suele traer á los hombres á grandes riesgos, y el recato con que ha de vivir el que no quiere ser engañado de traidores. En el alquimista, y sus engañosas fabulas, se apuntan las que algunos charlatanes desta profesion usan para encandilar al vulgo, que si bien es verdad que hay en esta arte grandes secretos, son pocos los que los alcanzan, y muchos los que tratan de burlar á su sombra el mundo, con que vienen á perder los menos por los mas; no obstante que la piedra filosofal, ó flogir divino, figurado por el anillo de Angélica, haga tan admirables transformaciones en las cosas, que las que aquí van apuntadas por encarecimiento, sean en su comparacion cortas, y de poco nombre, si ya no queremos entender por el anillo la virtud, que es la que hace en el mundo las mayores transformaciones y maravillas.

En el truco de las flechas del amor, y de la muerte, se muestra la poca seguridad de la vida humana, aun en sus juveniles años, y cómo aunque el tiempo en el hombre consume y gasta la potencia del cuerpo, el alma, que nunca se envejece, suele tener en la vejez tan floridos deseos como en la mocedad.

La conversion de Garilo en gato, dice cuan dificultosa es de mudar la inclinacion, aunque se muda el estado y profesion de la vida.

Malgesi, que con sus conjuros levanta volando su navio, y sus tres compañeros en él, significa el alma contemplativa, cuando con sus tres potencias, entendimiento, memoria y voluntad, figurados en el rey de

Persia, en Reynaldos y Morgante, se levanta á la contemplacion de las cosas superiores, comenzando por las inferiores, y su caduquez y poca substancia.

#### LIBRO DÉCIMO-SESTO.

ARGUMENTO. Prosigue Malgesi su viaje y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia; y habiendo hecho á petición de Orlimandro un famoso epilogo de las grandezas de España y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que el cielo tiene prometido á la monarquía española.

Dijo, y templando en vuelo sosegado  
Las velas al favor de un fresco viento,  
En dia claro y cielo sosegado  
Fue descubriendo el italiano asiento:  
Y el mundo donde vuelan asombrado  
De su nuevo viaje, ciento á ciento  
De las ciudades salen, y las villas,  
A ver las nunca vistas maravillas.

Puesto ya el pescador su corvo anzuelo  
Al engañoso cebo, y levantada  
La tembladora caña en alto al cielo,  
Con la vista se queda embelesada:  
Y el humilde ganan rompiendo el suelo  
Con la yunta de bueyes alquilada,  
De tan nuevos portentos asombrado  
A la manquera se quedó arrimado.

No hubo pobre oficial tan codicioso  
Que por verlos no deje su tarea,  
Ni rey á quien no asombre el espantoso  
Barco que el aire y su region pasca,  
Ni villano tan tereo y malicioso  
Que con la boca abierta no los vea,  
Ni viejo así encogido y encorvado  
Que esta ocasion no le haya enderezado.

Como en tiempo de eclipse el temeroso  
Vulgo, en bandos y cuentos repartido,  
El enlutado sol mira medroso,  
A quien su hermana tiene oscurecido;  
Que cualquiera hecho astrologo famoso  
Su historia dice, y cuenta lo que ha oido,  
Y el natural efecto del planeta  
Asu traça y su modo lo interpreta.

Así el barco volando por el viento  
El mundo tiene en bandos alterado,  
Y á cada cual conforme á su talento  
Con mas temor ó menos asombrado:  
Quizá del estrellado firmamento  
La argonautica se ha desecado,  
Y cargada de dioses va camino  
En busca de algun nuevo vellocino.

Otro menos leido, y mas medroso,  
La barca dice que es del lago Averno,  
Que preñada de mundo mentiroso  
Traslada hombres fingidos al infierno;  
O que es la nao sagrada del glorioso  
Pedro, barquero celestial y eterno,  
Que huyendo del mundo en feliz vuelo,  
Con la fe y la verdad se sube al cielo.

Y ellos siguiendo el celestial camino  
Del asombrado mundo van gozando,  
Cuando el suelo de lejos ven latino  
La hermosura del mundo sustentando:  
Y prosiguiendo el mágico alvino,  
La proa á la Calabria enderezando;  
«El que allí encumbra, dijo, su cabeza,  
De riscos coronada y de maleza;

Es el Gárgano altísimo, sagrado  
Alcázar del Arcángel poderoso,  
Que al católico ejército fue dado  
Por capitán y principe glorioso,  
Y el pueblo de Diomedes, ya trocado  
El nombre en apellido mas dichoso,  
Cuyos collados del Salmicio bando  
Cuerpos estan y sangre regoldando.



Las ruinas del gran templo de Minerva,  
Sus torres y gastados chapiteles,  
Allí á pesar del tiempo los conserva  
Luceria entre sus bosques y vergeles:  
Cilaro baña allí la fresca yerba,  
De azucenas manchada y de claveles,  
Que él despues con sus ondas mal seguras  
De tiernas flores vuelve piedras duras.

El rio Ausida, que con sangre humaua  
Al mar de Adria llevó nuevas crecientes,  
Es el que allí de hirpinos bosques mana,  
Y por la Nursia tuerce sus corrientes;  
Y allí á Hetrucio, que en la suerte vana  
Del rey de Epiro, y sus vencidas gentes,  
Muestra al mundo, que solo al cielo es dado  
Saber el fin que al hombre guarda el hado.

Aquellos son los muros de Tarento,  
Que al mar dan nombre y sombra de contino,  
Y Scileo, promontorio turbulento,  
Que á Caribdis y Scila está vecino:  
Y de Ardea su alto alcázar, y el asiento  
Que le dió Turno, y le quitó su sino,  
Quando á pesar del fuego hizo al cielo  
Le prestase alas, y otorgase el vuelo.

Aquel euripo estrecho, que parece

A pesar de dos mares abrir paso,  
Por donde el régio promontorio crece,  
Y el Plores se arroja al mar escaso,  
Es el Tirreno angosto, en quien fenece  
De la fértil Italia el campo raso,  
Y á donde con bramido temeroso  
Al mar turba Caribdis su reposo.

La que allí está á las ondas entregada,  
Y fue de tierra firme dividida,  
Es la antigua Tinacria, así nombrada  
De las tres puntas con que está ceñida;  
La que la Libia al astro ve tostada,  
En continuos bochornos encendida,  
Es Lilibeo, aquel el gran Paquino  
Que oye bramar los ciclopes contino.

El Peloro se llama estotra punta,  
Que ya un tiempo llamarse Italia pudo,  
Y en blancos huesos dió, y gente difunta,  
Nevado de Leucosa el canto agudo:  
Y el que los encendidos globos junta  
A las altas estrellas, y el membrado  
Enclado entre el bronce y pez derrite,  
Y hace que fuegos sin cesar vomite,

Es el asiento de Etna peñascoso,  
De llamas y de nieve incorporado,

Cuyas masas de fuego monstruoso  
El cielo tienen con hollín tiznado;  
Y lanzando del vientre caluroso  
Derretidos peñascos, y nevado  
Con la ceniza el campo aborrecible,  
El pecho hierve en hueco estruendo horrible.

Es fama que de un rayo poderoso  
En aquellas cavernas soterrado  
Está el gigante Encélado espantoso  
De todo el monte altísimo cargado:  
Del pecho resoplando caluroso  
Fuego, humo y azufre requemado,  
Y al anhelar del pecho que relhierve,  
La tierra tiembla en toruo, y el mar hierve.

Allí también están del feo Vulcano  
Las fraguas y hornazas encendidas,  
Y el ciclope nudoso al aire vano  
Roncas estruendos forma y estampidas:  
Hierve en los yunques su pesada mano,  
Y revuelve las masas encendidas,  
Resuena el sordo valle, y por los huecos  
Peñascos braman los quebrados ecos.

Y no lejos de allí en un prado ameno  
La agradable Aretusa resplandece,  
Por quien Alfeo ya en paso sereno  
Al mundo su cristal desaparece:  
El monte Ibla, de flor y abejas lleno,  
Y el río Panchayo es el que allí parece,  
Manso después que Ceres sabiamente  
El ruido le enfrenó de su corriente.

Las islas Eolias, donde el rauda viento  
Tiene en sombrías cavernas su morada,  
Son las que allí con espumoso asiento  
La mar muestran en torno salpicada.  
Donde Cáprea sustenta ancho cimientó  
A la Tiberia torre celebrada:  
Cipara es esta, aquella Enaria angosta,  
Y esta Surrento, y su apacible costa.

El río Numineio de ondas sosegadas,  
Donde el cuerpo de Eneas fue hallado,  
Es el que allí regando las yugadas  
Del fértil Lacio busca el mar salado:  
Y Peneste de almenas levantadas,  
Hechas de fuego y pedernal labrado,  
Es aquella, y aquellos que allí vestes  
Los Tetrios montes, ásperos y tristes.

La ciudad Aretina, y sus pantanos  
Siempre exhalando destemplados vientos,  
Y la soberbia Tibur, cuyos llanos  
Gozan los telagónicos asientos:  
El sonoro Sarno, y los ufanos  
Cuernos del Iris claro, y los cimientos  
Son estas de Minturnia destruida,  
Que á Mario en sus lagunas dió la vida.

Las blancas piedras de Anxur celebradas,  
Y los collados que con su agua riega,  
Son aquellos, y aquellas las cañadas  
Con que al Pontino lago las entrega:  
Y los mirtos y encinas consagradas,  
Que al sol esconden la florida vega  
Del reino de Diana, son aquellos,  
Con su gran sacerdote y rey en ellos.

La fértil Cumas con dichoso agüero  
Allí fue de los Calcidas fundada,  
Y aquella es Capua, que un Alcon mañero  
Nombre le dió, y la hizo señalada,  
Por donde el río Volturno va ligero  
Huyendo de su vida regalada,  
Que afeminó á Anibal el pecho fuerte,  
Y á César dijo y anunció la muerte.

Allí sus baños tiene celebrados  
La fértil Vayas de aguas excelentes,  
Y los Cimerios pueblos soterrados  
Solían allí esconder sus negros gentes:  
Los valles son de olivas coronados

Del gran Tiburno los que veis presentes;  
Tolfa es aquella, aquellos sus alumbres,  
Y este Argentario, y sus altivas cumbres.  
Nápoles queda allí, y sus altos muros,  
Mejor por sus contrarios renovados  
Que los hicieron los Calcidias duros,  
De graseros terrones amasados:  
Y de Circe los bosques mal seguros,  
De olas antiguamente rodeados,  
Y anudados ahora con la tierra,  
Ya del mar vencen la importuna guerra.

Aquí aun se dura el rastro y las señales  
De haber vivido allí una rubia diosa,  
Circe, hija del sol, que á los mortales  
Era á dar nuevos cuerpos poderosa:  
La que en varias figuras de animales,  
Al toque de su vara milagrosa,  
De Ulises convirtió los compañeros  
En osos, tigres, puercos y carneros.

Por allí da tributo al mar Tirreno  
El Tiber de victorias coronado,  
Aquel mismo tributo que en su seno  
De cincuenta y dos ríos ha cobrado;  
A donde en el Tarpeyo monte ameno  
Roma su capitolio vió encumbrado,  
Que el mundo gobernó, y hoy mejorada  
Del Vicario de Cristo es gobernada.

Volved la vista ahora á estotra parte  
Del mar de Adria, y vertientes de Apenino,  
Vereis un templo del furor de Marte  
Hecha la ciudad áspera de Urbino,  
Y del puerto de Ancona el aluarle  
Que Trajano fundó de mármol lino,  
Y su Cumerio puerto puesto en modo,  
Que al mar parece que le da del codo.

Allí está el fértil campo de Loreto,  
Bien que ahora ni muy rico ni estimado;  
Mas yo veo tiempo ya que será acepto  
En el mundo, y su nombre celebrado,  
Cuando por modo altísimo y secreto  
A él se ha un aposento trasladado,  
Que de Judea vino á Esclavonia,  
Y en él á Cristo concibió Maria.

Allí es Perugia, donde la hambre ayuna  
De Antonio estuvo un tiempo apoderada,  
Y esta la gran Florencia, que ninguna  
Cual ella se vió en flores asentada:  
Luca, y el promotorio de la Luna,  
Y Pisa por su loza celebrada,  
Parma, Modena, Lodi, Alejandria,  
Milan, Cremona, Bérgamo y Pavia.

Haciendo cruces con la mano diestra  
Fue señalando el sabio estas ciudades,  
Y prosiguiendo, dijo: «allí se muestra  
Rávena ilustre, antigua en mil edades;  
Y Felsina-Bolonia, gran maestra  
En toda ciencia y todas facultades,  
Está allí derramando un mar al mundo  
De graves letras y saber profundo.

Ved á Ferrara puesta en la ribera  
De Eridano, y sus ondas espejadas,  
Donde Faeton su vida y su carrera  
Juntas dejó de un golpe rematadas:  
Allí está Mantua, y Andes, la primera  
Entre tierras y gentes celebradas,  
Donde nació la fuente de quien mana  
La alta facundia y elocuencia humana.

Por allí pasa Mincio, mas ufano  
Que el claro Anfriso por el rey de Delo,  
Y en sus principios como el mar liviazo  
Con olas suele amenazar al cielo,  
Donde Bérgamo goza asiento llano,  
Y Trento parte con los Turcos suelo,  
Y aquel el Rubicon, raya liviana  
De la prosperidad y paz romana.

Las incultas almenas mal lahradas,  
Que allí lava la mar y azota el viento,  
Donde unas gentes del temor guiadas  
A buscar fueron mas seguro asiento,  
Tristes reliquias son despedazadas  
Del destrozo de Atila, y su escarmiento  
Les hará, sin que el tiempo las consuma,  
Ir creciendo en la mar como su espuma.

Es su nombre Venecia, y sus agüeros  
Así dichosos desde el primer día,  
Que pasará en los siglos venideros  
De república el nombre á monarquía:  
Destas cumbres los gajos altaneros  
Los Alpes son blanqueando nieve fría,  
Que al bárbaro furor con muro estrecho  
La rica Italia apartan sin provecho;

Donde al pié en sus collados mas vecinos,  
De fértil grama y flores coronados,  
Ricos pueblos fundaron los Taurinos  
Allí desde Liguria trasladados:  
Mas mira ahora los montes cristalinos  
Que á tu isla Cirno batén los costados,  
Rey de Córcega, y la otra su vecina,  
Que apenas desde aquí se determina.

En la una, si la fama no se engaña,  
La miel el nombre pierde de sabrosa,  
Y en la otra sin querer rie y regaña  
Al que su yerba prueba venenosa:  
La que allí sus mariscos acompaña  
Es Egilos, de cabras abundosa,  
Y la palmosa Ilba acá parece,  
Rica del hierro que en sus venas crece.

Entre el puerto de Venus, y el trofeo  
De Augusto, y entre el Varo tortuoso,  
Y el río Macra, que en feliz rodeo  
Del Apenin descende presuroso,  
Correr al austro la Liguria veo,  
De áspera tierra y sitio montuoso,  
Donde en su costa Génova parece  
Hermoso lirio que entre espinas crece.

Mas ya aquí se descubren las vistosas  
Cumbres del Alpe, y á la diestra mano  
Ambas las Alemanias belicosas,  
Que el frío Reno las divide en vano:  
Las dos ilustres Bélgicas famosas,  
Todas llenas de imperio soberano,  
De marcas, reinos, títulos, blasones,  
Duques, lansgraves, condes y barones.

Aquellas altas peñas, que nevadas  
La espuma dan que por sus playas crece,  
Las rocas son de Albiones celebradas,  
A donde Anglia sus términos fenece:  
Aquellas son sus selvas encantadas,  
Merlín allí y su ciencia permanece,  
De quien he yo apuntado en mis lecciones  
Escolios mil, y mil anotaciones.

Es reino ilustre, rico y belicosa,  
De gente afable, humana, y sus banderas  
Temor del gran Océano espantosa  
Serán en las edades venideras:  
¡Oh pueblo muchas veces venturoso,  
Si tan cerca á Alemania no tuvieras,  
Que criará una hidra y un briareo,  
Que agoten cuantos bienes en tí veo.

Allí es Brabancia, Flandes, Picardia,  
Y aquí Francia mi patria regalada,  
Con su ciudad, de adonde nace el día  
Hasta donde se esconde celebrada:  
Allí Garona, allí Secuana envía  
Sus peces y aguas á la mar salada:  
Allí se traga el Ródano á la Sona,  
Y aquí parte á Marsella de Narbona.

Bretaña es esta, aquella Normandía,  
Y estotra la Provenza regalada  
Por donde Druenza su corriente guía,

Y está Auñon sobre el Ródano sentada:  
Allí es Tolosa, allí Fuenterrabia;  
Y allí la ardiente cumbre ahora helada  
Del Pirineo, que en fuegos encendido  
Arroyos sudó de oro derretido.

Aquellos valles que una niebla fría  
Parecen exhalar de humor sangriento,  
Cuya espantosa cumbre al sol y al día  
De Francia enlutan con su grueso aliento,  
Los Roncesvalles son, en quien solía,  
A los aspectos de su cielo atento,  
Pronosticar Merlin cierta caída  
En la gente del mundo mas temida.

Los astrónomos puntos de impresiones  
Que señalo de burla, ó verdaderos,  
Ya van en las postreras conjunciones;  
Trueque el cielo en mejores sus agüeros,  
Y al nuevo imperio en todas ocasiones  
Del brio enemigo rinda los aceros,  
Y á pesar de los astros engañosos  
Sus lirios de oro salgan victoriosos.

Ya de aquí se descubren las regiones  
De la feliz y belicosa España,  
Famoso reino en las demás naciones,  
Que la tierra encadena y el mar baña,  
Cuya grandeza en todas ocasiones,  
Si de la fama el crédito no engaña,  
Única ha sido, y es en cuanto encierra  
De nobleza y valor en paz y en guerra.

Allí es San Sebastian, Huesca y Bayona,  
Y acá Colibre al mar Mediterráneo,  
Aragon, Cataluña y Tarragona,  
Y el promontorio Venus Perpiñano:  
Allí su puerto guarda Barcelona,  
Y allí el famoso Grao valenciano,  
Denia, Alicante, Murcia, Cartagena,  
Sus costas gozan de riquezas llenas....

«Paso, dijo Orimandro, que el intento  
Mayor que me sacó de Persia un día  
Fué ver de España el belicoso asiento  
Y asombros del valor que della oía;  
Y pues se me ha venido tan á cuento,  
Y sin buscarlo, lo que hallar quería,  
Templad las velas, y volad despacio,  
Que quiero ver de Marte el gran palacio.

Y pues que vos por sabio, y por vecino,  
Podeis darnos razon y luz de todo,  
Gobernad el timon, y abrid camino  
Por este aire benévolo, de modo  
Que yo os deba este gusto á que me inclino,  
Y el contar su grandeza al reino godo,  
Y todos tres gozar en este vuelo  
La magestad de tan heróico suelo.»

Dijo, y el francés mágico; ahora sea  
Por dar al persa gusto, y á Morgante,  
Que lo mismo parece que desea  
En los halagos del feroz semblante,  
O por curiosidad, en que se vea  
De su leccion y ciencia lo importante,  
Que es gusto al fin mostrarse un hombre sabio  
Y entre reyes mover á tiempo el labio.

Así con blando y sosegado vuelo,  
«¿Quién, señor, dijo, en tan pequeño rato  
Del real valor deste invencible suelo  
Darte podrá cual pides un retrato?  
¿Quién de su clima, temple y paratelo,  
Fertilidad, riqueza y aparato,  
Decir podrá en palabras suficientes  
Lo que á España se debe, y á sus gentes?»

En lo mejor del habitable mundo  
Como cabeza dél la asentó el cielo,  
Combatida de un crespo mar profundo,  
Que por tres partes ciñe el fértil suelo,  
No en el clima tercero, ni el segundo,  
Ni en el sexto, ni séptimo, en que el yelo

Con tal rigor sobre sus golfos baja,  
Que en rocas de cristal los trepa y enaja.

Aquí nunca del canero el caluroso  
Chele los fuegos llueve que en Egipto,  
Ni del boreal Cefeo perezoso  
El yelo se cayó de hito en hito:  
Ni es de suelo tan frío y tan ventoso  
Como Francia, ni abraza en su distrito  
Los bochornos del monte de Carena,  
De incultas riscos llenos, y de arena.

Penetrada con vientos de ambos mares  
Conserva un aire limpio y cielo sano,  
Y de riquezas llena singulares,  
No hay quien no tenga algunas de su mano:  
No todas cosas dan todos lugares,  
Ni el mundo es todo cuesta, ó todo llano:  
La India envía marfil, la Arabia incienso,  
Perlas el mar, y á él los rios su censo.

Seda el Catay, el Alpe da cristales,  
Pero alabastro, Cándida alegre vino,  
Piedras Ormuz, Sicilia sus corales,  
Vasos Corinto, el Ganges oro fino,  
Jaspes Copto, Preneste pedernales,  
Scitia las blandas martas, y el benino  
Aire de Tible miel, y Tiro ufana  
En sus conchas la púrpura de grana.

Por todo el mundo del empero cielo  
Donde descienden de influencias varias;  
Esta grandeza es propia deste suelo,  
La otra de aquel, destotra las contrarias:  
Aquí extraño calor, acullá yelo,  
Cosas raras aquí, y allí ordinarias:  
Solo los campos fértiles de España  
Ninguna cosa tienen por extraña.

¿A la seda de Murcia, y de Granada,  
De Toledo y Valencia, quien le llega?  
Cuando el gusano en cama regalada  
De frescas hojas de moral se pega,  
Y allí encantado en bóveda cerrada  
Al dulce sueño del morir se entrega,  
Dejando sus capullos y edificios  
En herencia al regalo y á sus vicios.

¿Al cristal lusitano, y á las martas  
Gallegas, quien iguala? ¿ó al coral lino  
Del Catalano golfo, cuando en sargas  
Por un cuello se anuda alabastrino?  
¿Quién al rojo oro en granos con que hartas,  
Oh rica España, la hambre del vecino  
Bárbaro alarbe, oh apartado griego,  
Que á todos tu alicion quita el sosiego?

No engendra Ormuz mas fina pedrería  
Que tu Puebla Moron y Caridemo,  
Ni á las turquesas que Zamora cria  
Llega el Oriente en su mayor extremo:  
A tus jaspes no igualan los que envía  
El Paro, el Copto, ni el helado Hemo,  
Ni á la miel de Beger, y la de Baza,  
De Júpiter el nectar en su taza.

Sus búcaros de barros lusitanos  
Escuden los de Dólone y Corinto,  
Y la loza del pueblo toledano  
En color la esmeralda y el jacinto:  
Sus vinos al falerno y al greciano,  
De Yepes, San Martín, Ocaña y Pinto,  
Alanis, Ribadavia, Coea y Toro,  
De humana ambrosia celestial tesoro.

¿Que pudo repartir al mundo el cielo  
Para el provecho humano, ó su deleite,  
Que le negase á este dichoso suelo,  
Y en él no sirva de virtud, ó afeite?  
Aquí un fértil sembrado, allí un majuelo,  
Acá un lugar de vino, allá de aceite,  
La cabra, el toro, el oso, el ciervo, el gamo,  
Y la perdiz burlada del reclamo.

Si á Colcos dió valor un vellocino,

Y fama en tantos siglos y naciones,  
Por solo un lustre de oro peregrino  
Que en sus guedejas daba reflexiones;  
¿Cuánto le exceden en precioso y fino  
Del estreño campo los vellones?  
¿Y á las conchas de Tiro, y de sus riscos,  
La grana que se enaja en sus lentiscos?

Es toda junta una preciosa pasta  
De linos y riquísimos metales,  
Que antiguamente pudo, y ahora hasta  
Los deseos á hartar de los mortales:  
Los griegos, los romanos y la vasta  
Africa de sedientos arenales,  
Con las preciosas sombrias de sus venas,  
Sus flotas vian de riquezas llenas.

En otras partes la codicia humana  
Entra por oro á desvolver la tierra,  
Y en hondas grutas con sudor se afana,  
Y por sacarlo á luz le hace guerra:  
Mas aquí él solo por los riscos mana,  
O el arado al pasar lo desentierra,  
Y como convidándose á sus gentes  
Los arroyos le manan y las fuentes.

Que por hijo feliz de un fértil suelo,  
Y de madre nacido tan fecunda,  
Lozano da vislumbres sin recelo  
Que avariento le dé cárcel segunda:  
¿Mas qué bien ó favor ha dado el cielo  
A la tierra que aquí no nazca y cunda?  
¿Y á porfía brotando de sus senos,  
Sus campos deje de riquezas llenos?

Cuanto al sustento y pompa es necesario  
Sobre su noble tierra abrió camino,  
El rojo trigo, el vino, el jasje vario,  
El lustroso azabache, el mármol fino,  
El hierro duro, el cobre su contrario,  
El liviano algodón, el blando lino,  
El vivo azogue, el soliman y afeite,  
Y de Sevilla y Ecija el aceite.

Su bronce, plata, estaño, y sus alumbres  
Al mundo dejan bastecido y harto,  
Cuyas reventaciones por las cumbres  
Los montes vierten con felice parto:  
Goza del fino acero las vislumbres,  
La rica greña del humilde esparto,  
El lustroso alcohol, y el pardo lomo  
Que en masas crece de pesado plomo.

Los montes de un alegre abril manchados  
De frescas yerbas olorosas llenos,  
De laurel verde y cedros encespados  
Los sombríos bosques tejen mas amenos:  
Cárdenos lirios, alelís morados,  
Rojos claveles, y en los hondos senos  
De sus valles tomillo, y rojo acanto,  
El fértil trébol, y el romero santo.

Desto sus campos labran las alfombras  
Con que el florido abril los entapiza,  
De mas fino color y alegres sombras  
Que las que Persia para tí matiza:  
Y si destas grandezas no te asombras,  
Oye con que de nuevo se autoriza  
En los soberbios ánimos valientes  
De sus gallardas invencibles gentes.

¿Quién á un bravo español en osadía  
Y atrevido ademán pasó adelante?  
¿O al trato hidalgo, y noble cortesía,  
Igualar pudo en ánimo arrogante?  
¿Quién la reportación y valentía  
No ve ser destas gentes semejante  
A sus furiosos rios, que en sonoro  
Curso llevan cristal envuelto en oro?

Son de ánimos valientes, atrevidos,  
Trestos en los peligros, y arrojados,  
Francos en amistades, comedidos,  
Graves, briosos, nobles, arriscados:



Para trabajos, fuertes y sufridos,  
Para nobles, leales y esforzados,  
Que la traición es mancha de cohardes,  
Y estos desta nación propios alardes.

¿En qué region del mundo sus banderas  
No han de dar sombra, y asombrar el mundo?  
En Persia, Africa, Arabia y las postreras  
Islas que ciñe y bate el mar profundo:  
¡Oh venturosa España! ¡si tuvieras  
De tus Eneas un Marón segundo,  
O á tus nuevos Aquiles un Homero,  
Cuan poca envidia hubieran del primero!

Tus verdades esceden sus ficciones,  
Y tu ordinario estilo á sus portentos,  
Y en descubrir y hallar nuevas regiones  
A los mas arrojados pensamientos:  
En fe y lealtad, las bárbaras naciones,  
En letras, en virtud, y entendimientos  
Cuanto la Grecia y el Egipto encierra,  
Y en armas todo el resto de la tierra.

Precióse Roma, y tuvo por grandeza  
Dar Césares al ancho mundo en paga,  
Que al oro, plata, perlas y riqueza,  
Que le tributa y pecha, satisfaga:  
Y arrogante y soberbia en ser cabeza,  
Su misma vanagloria le empalaga,  
Trayendo en ella por blason altivo,  
«Césares doy, si lo demás recibo.»

España dió al imperio los mejores  
Príncipes que ya tuvo en su gobierno,  
Y en todas facultades mil autores  
De soberana fama y nombre eterno:  
Y no solo dió á Roma emperadores,  
Mas en los siglos de su parto tierno  
Le abrió la zanja, y en feliz agüero  
A su muro arrimó el terron primero.

De nadie mendigó favor humano,  
Ni tras de la ambicion y la zozobra  
El mundo saqueó en rigor tirano,  
Por rehacer su falta de otra sobra;  
Y así en blason pondrá su rica mano,  
«Nada me falta á mí, todo me sobra,  
Todo lo doy, de todo soy barata,  
Césares, reyes, reinos, oro y plata.»

A Roma dió principios venturosos,  
Y al que alzó en Asia los troyanos muros,  
Y en Galia á mis franceses belicosos  
De Mongrana los ánimos mas puros:  
No son hablas ni cuentos fabulosos,  
Ni va por atenores tan oscuros  
Su clara sucesion, que no lo sea  
A quien saberla de raíz desea.

Abuelo de Milon fue Claramonte,  
Fundador de la casa de Mongrana,  
Puesta del Alpe en un soberbio monte,  
Y él de la sangre y sucesion troyana:  
De Deifovo nieto, que en Piamonte  
Cetro tuvo y corona soberana,  
Y fue de Franco Héctor descendiente,  
Y todos tres de la española gente.

Y aun yo, no tan de lejos, otra parte  
De español tengo, no de poca estima:  
Egilona, mujer de Durandarte  
Segundo, fue del rey Vitiza prima:  
Desta nació mi abuelo Balisarte,  
Que en España vivió, y en la honda sima  
Del rico Tajo me crió, con gana  
Que aprendiese la ciencia toledana.

Allí secretos alcancé importantes  
A los cursos del mundo y su gobierno,  
Y en mis alegres años principiantes  
Los cercos aprendí del lago Averno:  
¿Mas para qué son cuentos tan distantes,  
Y la revolucion de un mundo eterno,  
Si desde aquí podeis gozar presente

La magestad del reino y de su gente?

Otros se ocupen en contar las rocas  
Del helado Proponto y del Egeo,  
Y por sus playas celebrar las focas  
Del fingido rebaño de Proteo,  
Que yo á tener cien lenguas y cien bocas,  
Juntas las diera á este famoso empleo,  
Y mostrara con ellas, aunque humildes,  
De tus grandezas las pequeñas tildes.

Este que ambas provincias belicosas  
De España y Francia veis como divide,  
Y en freno de oro y riendas poderosas  
A sus altivos ánimos preside,  
Y con sus mismas cumbres deleitosas  
Lo que hay de un ancho mar al otro mide,  
Un tiempo vió sudando por sus lomas  
Arroyos de oro y plata en vez de gomas.

Subió tan alto el vuelo de su llama,  
Que alumbró á España, y de su ardor sonoro,  
Para eternas memorias de la fama,  
Nuevo nombre compró á diluvios de oro:  
El nombre es Pirineo, así se llama  
Del fuego que dió al mundo tal tesoro,  
Que á los Fenices, y á su rey Siqueo,  
Hartar pudo la hambre del deseo.

Aquella altiva peña es la Collarda,  
Y estotra de Sobrarbe la alta sierra,  
Y la otra donde Atlante tuvo en guarda  
A Rugero por miedo de la guerra:  
Aquella estrecha senda blanca y parda  
El real puerto de Andorra, en cuya tierra  
Alemania clavó de limpio acero  
Una memoria al siglo venidero.

Quipúzcoa es aquella que los gajos  
Del Pirineo con sus pueblos trilla,  
Haciendo de enricados altibajos  
Murallas á los reinos de Castilla:  
Vidaso corre allí, y por valles bajos  
Soberbio al Olearso mar se humilla,  
Ufano en dividir con su corriente  
De la francesa la española gente.

Allí por las montañas de Salinas  
Cruzar verás al cristalino Deva,  
Y en lo alto de su puerto entre sabinas  
Una grandeza y maravilla nueva:  
De aquella estrecha ermita, y sus ruinas,  
En humilde vertiente aumenta y ceba  
A dos contrarios golfos y arenales  
Aguas con las que lloran sus canales.

O sea aquí lo mas alto deste mundo,  
O el principio de todas las corrientes,  
Las unas de Cantabria al mar profundo  
El turbio Deva pecha en sus crecientes;  
Y las canales del combez segundo,  
Que al descubierto Sur hacen vertientes,  
El rio Cadorra al Ebro las entrega,  
Y él al Mediterráneo mar las llega.

Y así con tiernos brazos cristalinós  
Esta pequeña ermita abraza á España,  
Y por diversas sendas y caminos  
De humildes ondas la rodea y baña:  
Aquellos de Vergara son los pinos  
Con que sus edificios acompaña,  
Y allí los Mondragones de Arrasate,  
Y el pueblo y villa célebre de Oñate.

Estos dos huecos y ásperos peñascos,  
Que nos atajan por el aire el vuelo,  
De hierro, acero, pinos y carrascos,  
Así amasados por virtud del cielo,  
Son del monte Gorbeya sendos cascos,  
Y las dos Babilonias deste suelo,  
Y el valle de Arrazola en su frescura  
Quien goza puesto en medio tanta altura.

El rio Urrola de herrerías lleno,  
Con mas fraguas que Lipara y Vulcano,



Riega allí el valle de Legaspi ameno,  
Y por entre dos pueblos pasa ufano:  
Las peñas de Motrico, que en su seno  
El mar le cubre y le descubre en vano,  
Allí le sirven de mojon y raya,  
Y estas son las mimbreras de Zumaya.

Entre el de Arajes y este helado río  
La antigua villa queda de Guetaria,  
Las altas sierras y el asiento frío  
De Arracilo y su cumbre en flores varía:  
Álava allí, y el noble señorío  
De Vizcaya, que en costa solitaria  
Su helado y crespo mar rodea y baña  
La hidalga sangre del valor de España.

Sus amenas florestas son aquellas  
Y de Bilbao aquel el fértil valle,  
A cuyo verde asiento las estrellas  
Noble y precioso aumento esperan dalle:  
Allí es Durango, y las murallas bellas  
De la ciudad de Orduña aquella calle:  
Esta es su peña, y la que está adelante  
Lequetio, en marineros abundante.

El que allí da frescura y sombra á un prado  
Es el árbol famoso de Garnica,  
A oír reales consultas enseñado,  
De extranjeros Pelasgos patria rica:  
Allí de un pié descalzo, otro calzado,  
Sus privilegios jura y ratifica  
El que entra á ser señor, y de aquel modo  
Cetro absoluto cobra, y mando en todo.

Allí está el gran Bermeo, que en las juntas  
Tiene la primer voz, y el cristal claro  
De la mar quiebra por las corvas puntas  
Que á su ancho puerto sirven de reparo:  
Esta es Navarra, y sus florestas juntas,  
De quien nombre, á pesar del tiempo avaro,  
Eterno heredará, y de sus estrellas,  
Gentes de invictos pechos, y armas bellas.

O ya sea poblacion de los troyanos,  
Y sus naves y arados le den nombre,  
O naciese el que tiene de sus llanos,  
Y ahora con su altivez el mundo asombre;  
Aquellos son sus valles comarcanos,  
Y el que allí tiene de Bastan renombre,  
Cegó ya el pozo que parió un tesoro  
De sangre á Francia, y á Navarra de oro.

Aquellas son innumerables fuentes  
De sal estéril, esponjosa y hueca,  
De tal virtud que aumenta sus crecientes  
Cuanto mas crece y es mayor la seca:  
Allí nuevas almenas dió á las gentes  
En Pamplona Pompeyo, y allí en hueca  
Fortuna, en ala y rueda no pequeña,  
Las vistosas almenas de Sansueña.

Allí es Puentelareina, y su ribera  
De alegres rojos vinos abundante:  
Aquí Estela, y Tafalla acullá entera  
La corva costa corre de levante:  
La raya de Aragon es la primera  
Que los celtas con animo arrogante  
Otro tiempo poblaron, y el telano  
Hércules les dió nombre de su mano.

El que desde Fontible hasta Tortosa  
Con toda el agua destos reinos crece,  
Y entre fresca arboleda deleitosa  
De aquí una sierpe de cristal parece,  
Es el río Ebro, y su ciudad famosa  
Zaragoza la que allí florece,  
Y aquella su ancha huerta de Almozara,  
Que es quien la suele hacer barata ó cara.

Aquella es Jaca, á quien fundó el tebano  
Dionisio y Huesca, donde un día Sertorio  
Hizo academia, y con rigor tirano  
Degolló en otro todo su auditorio:  
Aquel blanco arroyuelo es el Turiano,

Y allí en el edetano territorio  
Parece el pueblo de Teruel antiguo,  
Por su cabeza puesto y sano abrigo.

Tras él en aquel sitio peñascoso  
De Albarracin está la ciudad bella,  
Entre riscos metida del lodoso  
Túria, y su gran centauro encima della:  
Así pendiente, que su cerro umbróso  
Al día la mejor luz carcome y mella:  
Allí guía por Tortosa su corriente  
El fértil Ebro al rico mar de Oriente.

De aquí hasta Perpiñan sobre Colibre  
De Cataluña corre el principado,  
Que así este suelo belicoso y libre  
Fue de Otonerio Catalan llamado;  
Y él sin que á su ancha espada se le libre  
Moro, que ya le vió una vez tirado,  
Recobró en compañía de otros nueve  
Toda esa costa que la mar embebe.

Aquí está Perpiñan, de adonde el fuego  
Del Pirineo asió primer centella,  
Y la sima que abrió, y el pozo ciego,  
Que rubias masas de oro dió á Marsella:  
Gerona es la que allí se sigue luego,  
Que el César ganó ahora, y puso en ella  
Para adorno á su templo en bronce y oro  
Divinos bultos de inmortal tesoro.

Empurias, de franceses y españoles  
Antigua poblacion de aquella costa,  
Allí entre su arenal y caracoles  
Sus anebas ferias tuvo y plaza angosta:  
Allí hace Palamós sus tornasoles  
De conchas y coral, y allí ensangosta  
Su playa el mundo, y aculla la ansancha  
La punta de la Luna corva y ancha.

Estos riscos bellísimos que al cielo  
Con tantas puntas alzan la cabeza,  
A quien rodean de cristal y yelo  
El río Lobregat y su aspereza,  
Feliz reventacion del fértil suelo  
Que preñado parió tanta belleza,  
Son entre gajos de encrespadas peñas  
De Monserrate las floridas greñas.

Allí del santo y célebre Ermitano  
El delito se vió y la vida nueva,  
Allí al estupro y homicidio extraño  
Secreto albergue fue la oculta cueva:  
Allí en lágrimas dió remedio al daño,  
Y allí la celestial princesa, en prueba  
Del perdonado yerro, dió la vida  
A la muerta, y la habla al homicida.

Si á las torres y altivos chapiteles,  
Que allí hacen sombra y peso á Barcelona,  
Amilear dió balcones y rejeles,  
De Hércules las fundó la real persona;  
Y en Monjuí dió altares y laureles  
Al padre de los hijos de Latona,  
En el lugar que ahora aquella torre  
Sus playas mira, y su cristal recorre.

Aquella punta que la mar adentro  
De hermosa poblacion rompe cargada,  
Y las olas que salen al encuentro  
De blanca espuma nos la dan cercada,  
Es Tarragona, la cabeza y centro  
De su antigua provincia celebrada,  
A quien de Armenia dijeron pobladores  
Las antiguas majadas de pastores.

El campo de Igualada y de Cervera,  
Si es digna de algun crédito la fama,  
Del Franco pueblo la nobleza entera  
Vuelta tierra, en la suya se derrama,  
Que sin salvarse escuadra ni bandera,  
Donde en confusa voz el vulgo llama  
La matanza, la flor del reino todo  
A las manos murió del valor godo.

Mas ya dejad esa manchada tierra  
 Por ver del ancho mar la costa brava,  
 Que á las ricas Asturias hace guerra,  
 Y en crespas olas sus arenas lava,  
 Donde el arado el oro desentierra,  
 O entre sus venas al cruzar se traba:  
 Tierra en el resto estéril y olvidada,  
 Y de sola esta hambre y sed buscada.

Los astóricos celtas por mineros  
 Las quebradas buscando de sus riscos  
 A sus puertos llegaron los primeros,  
 Y dieron pueblo y nombre á sus mariscos:  
 La que entre aquellos rios placenteros  
 A vueltas crece de llayas y lentiscos  
 Es Oviedo, y acá en la costa llana  
 La antigua poblacion de Santillana.

Aquí está de Monsagro la ancha cueva,  
 Que al santo cofre que de Siria vino,  
 Por sacro relicario y guarda nueva  
 La dió Pelayo, y su primado Urbino:  
 Y acá entre aquellas peñas, la que lleva  
 A todas en altura la de un pino,  
 Es Covadonga, humilde fortaleza,  
 En que hizo pié de España la braveza.

Allí los gajos corren de Idubeda  
 De la llana Navarra hasta Galicia:  
 Montesdoca es allí, allí la Fresneda,  
 Y allí Ebro de su fuente se desquicia:  
 La de Oja en aquel risco estrecho queda,  
 Y allí su nombre y aguas desperdicia  
 De la fértil Rioja en las vertientes,  
 De aire abrigado y belicosas gentes.

De Orbion el cerro con su muerto lago,  
 De arboledas cercado resonantes,  
 Es el que allí con movimiento vago  
 Asombra en su quietud los caminantes,  
 Y á ver descende el mauritano estrago  
 En torno de los muros mas constantes,  
 Que desde el mar de Calpe á su montaña  
 Contra la altiva Roma tuvo España.

Scipion la destruyó despues que tuvo  
 Tres lustros de años guerras sin dejallas,  
 Y contra Italia y su poder mantuvo  
 Su espada libre, y sanas sus murallas;  
 Gastando en lo que en esto se detuvo  
 Ochenta mil romanos en batallas,  
 Y no quedando en ella un hombre sano,  
 De quien triunfar pudiese el africano.

De aquí se arroja por Berlanga Duero,  
 Y de rosas nevado y de jazmines  
 A Osma baña y Gormaz, y en curso entero  
 De Aranda la ancha vega, y sus conlines;  
 Y de rios cargado, mas ligero  
 Que por el mar Carpacio sus delfines,  
 Mejorado de pesca, del gran moro  
 Olid descubre el valle, y busca á Toro.

Allí entre verdes pámpanos sentada  
 Sobre un risco la halla por alfombra,  
 Llevando su corriente mejorada  
 Desde Simancas por el aire y sombra:  
 Toda del rio Pisuerga salpicada  
 La tierra en torno, y el que mas se nombra  
 De los vecinos rios, nombre y agua  
 Juntos á un tiempo en su cristal desagua.

Con esto llega á Toro, y de allí pasa  
 A bañar las Turquesas de Zamora,  
 Riega á Miranda, y por campaña rasa  
 En Portugal cuanto ha bebido llora:  
 Aquella es de Galicia tierra escasa,  
 La otra abreviada gente, la que mora  
 Entre el rio Duero y Miño, que á las vueltas  
 Los bracatos poblaron, y los celtas.

Porto es aquel, á quien los nobles galos  
 El nombre dieron, y él al reino todo,  
 Y Miño, quien por bárbaros regalos

Del rojo embije dió la mina y modo;  
 Galogreba por largos intervalos  
 Cetra conservó allí hasta el primer godo:  
 Esta es de Alia la fuente, allí está Lugo,  
 Que á la de Miño presta el primer jugo.

Aquellas son del Vierzo las montañas,  
 Y las sin afeitar puntas bermejas,  
 De sus ricas medulas las entrañas,  
 Que ya solian dorar las corvas cejas:  
 Y tú que á Carracedo el suelo bañas,  
 Y los peces produces con orejas,  
 Aunque no alcanzo á ver por donde naces,  
 La rueda vemos de cristal que haces.

Lago mas claro, y de agua mas corriente,  
 De jaspeadas truchas abundante,  
 Es el que Astorga allí le presta fuente,  
 Y Sanabria en su risco ve triunfante;  
 Donde á sus frescas olas eminente  
 Un bello alcázar sube, semejante  
 Al que á Neptuno entre sus reinos de agua  
 De Vulcano labró la sutil fragua.

Esta es Astorga, aquel su rio Orbego,  
 Donde el poder suevo cayó en tierra  
 A los piés de un rey godo, cuyo fuego  
 Talando fue cuanto aquel mundo encierra:  
 Y el que en cristal de blanca espuma ciego  
 Al Rabanal carcome la ancha sierra  
 Es Molina, que allí de peña en peña  
 Por sus hondas quebradas se despeña.

Ved, pues, de Miño el cristalino curso  
 Con que busca la mar, y en su ribera  
 A Lugo y su muralla, que el concurso  
 De Roma la labró, y conserva entera:  
 Y en sus calientes baños el recurso  
 De la humana salud, que aun persevera  
 El muro argamasado, y ricas termas,  
 De que cargaron sus riberas y rermas.

Adelante está Orense, á quien el griego  
 Ansiloco de Turno, afable amigo,  
 Dió cimientos y nombre, y en el fuego  
 De su ardiente agua consumió el antiguo:  
 Y Ribadavia, la que en dulce entrego  
 Sus frescas parras da, y por fiel testigo  
 A Baco, que al licor de su bodega,  
 El que su taza brinda no le llega.

Tuy, que los amigos de Diomedes  
 Fundaron en su orilla al mismo rio,  
 Es aquella, y aquellas las paredes  
 Del real alcázar y jardin sombrío,  
 Que allí un rey godo con tejidas redes  
 De flores enramó al templado frio;  
 Y acá sobre la mar la estéril sierra,  
 Que el fin la llama el vulgo de la tierra.

Aquellos ricos y altos chapiteles,  
 Y torres de follajes coronadas,  
 Del rey Alfonso y sus gallegos fieles  
 De nuevo en Compostela levantadas,  
 Arcos son, claraboyas y rejiles  
 Al gran patron de España consagradas,  
 Cuyo cuerpo en pronóstico dichoso  
 Su rey le descubrió en un bosque umbrroso.

La Coruña es aquella, y la alta torre  
 Del eucantado y cuidadoso espejo,  
 Que al Brigantino puerto da y socorre  
 Con tempranos avisos y consejo:  
 Y en la ancha costa, que hácia el Norte corre,  
 El Ferrol, y Viberio por parejo  
 Gozan un fresco mar, cuyas arenas  
 Azotan los delfines y ballenas.

Las que dentro del golfo están cercadas  
 Por todas partes de crecientes ondas,  
 Las islas Casitérides llamadas,  
 Del blanco peltre dan masas redondas;  
 Y sus peñas en él incorporadas  
 En grutas se abren y cavernas hondas

Y el derretido en varios tornasoles  
Por sus hornazas corre á sus crisoles.

Las dos Castillas, cuya fortaleza  
Les dió el famoso nombre que hoy les dura,  
Son las que allí dejando la aspereza  
De las montañas buscan la llanura:  
Esta es Segovia, donde la línea  
De Aragón en sus vellones mas se apura,  
Y aquella la real puente de Trajano,  
Y el Balsahin, ó paraíso luiano:

Fundóla el rey Hispan de gente estraña,  
Aunque en dichosa y favorable estrella,  
Comenzó á tener nombre cuando España,  
Corriendo en esto por igual con ella:  
Sigüenza es la que allí la vista engaña,  
Pareciendo de lejos no tan bella,  
Como un tiempo los griegos ó almonides,  
De muros la vistieron y de vides.

Aquellos son los montes de Cebreros,  
Y Avila la que está en aquella sierra,  
La vera de Plasencia y sus linderos,  
La que en fresco verano allí se encierra:  
El rio Tormes aquel, y los agüeros  
De Salamanca, en cuya fértil tierra,  
De aquel espeso humo rodeado,  
Un famoso castillo está encantado.

Es fábrica de un sabio nigromante,  
A honra de un español contrario mio;  
Mas ya volved los ojos al Levante  
A ver de Cuenca el caudaloso rio,  
De menudos carizos abundante,  
Plumas á Roma un tiempo, hoy atavio  
A sus parleras ondas, cuya arena  
De granos de oro va y de espuma llena.

Allí son las vequillas de sus fuentes,  
Y aquí de Cuenca olvida los collados,  
Allí el rio se bebe de Cifuentes,  
Y acá al Alcarria cruza los costados:  
Refuerza los peñascos eminentes  
De Zurita, y sus cañes celebrados  
Los costados le asombran con ladridos,  
De ásperos riscos y cristal ceñidos.

Cargado de arboledas y frescura  
Busca de Aranjuez los ricos valles,  
Sus collados vistiendo de verdura,  
Y de jazmines sus vistosas calles;  
Y por entre florida arquitectura  
Ufano el curso alarga, con dejalles  
A las hayas y alisos el sonore  
Ruido de su cristal y arenas de oro.

Aquí al hondo raudal del rio potente  
Jarama en verde tal los suyos lanza,  
Dándole sin las aguas de su fuente  
Las que de Henares y Tajuña alcanza:  
De á donde con grandeza suficiente  
Soberbio se derriba y abalanza,  
Hasta besar con reverencia y miedo  
El pie de las murallas de Toledo.

Por esta cinta de cristal pequeña,  
Blanca ceja á las márgenes floridas,  
Que allí en revuelta van, y en crespa greña,  
De alegres sombras sin temor vestidas,  
El fresco Manzanares se despeña,  
Las sienas de un eterno abril ceñidas,  
Cuya urna fértil entre el oro mana  
Las mieses de la tierra carpentana:

Y el pueblo humilde, á cuyos pies se eriza  
De su crespo licor el rumbo hinchado,  
Que de álamos frondosos se entapiza  
Sus sombríos sotos y florido prado,  
Es Madrid, donde á España profetiza  
Con limpia estrella el favorable hado,  
Que el tiempo le ha de dar de su tesoro  
La monarquía del mundo en riendas de oro.

Cuando aquel fértil monte, ahora inculto,

Haga genir la ilustre pesadumbre  
De un real alcázar, que el soberbio bulto  
Al mundo espanto dé, y á España lumbre,  
Y en pompa insigne del divino culto  
La firme basa estribe en su techumbre,  
Y sea contra el tiempo y la fortuna  
De la romana Iglesia la columna;

O ya al futuro siglo prenda hermosa,  
Donde de España, y de ambas las Castillas,  
El rico tiempo en vuelta presurosa  
Eterno trono labra en tus orillas:  
Desta que ha de venir edad dichosa  
Mil años goces, goces de sus sillars,  
Y aquellas magestades sacrosantas,  
Que ya contemplo entre tus verdes plantas.

Aquel globo de luz que de allí envía  
Centellas de oro, y como nube roja  
Donde ya se escondió el pintor del día,  
Relámpagos de fuego al aire arroja.  
Es claustro santo de una imagen pia,  
Que de la guerra la mortal congoja,  
Y el celoso temor del moro airado  
De aquel bosque escondió en lo mas guardado.

Mas, ¡oh del cielo sacrosanto ejemplo!  
¡Madre del hijo en todo sin segundo!  
Ya en honra de ambos desde aquí contemplo  
Un altar de inmortal fuego fecundo,  
Donde entre cimbrias de un soberbio templo  
Incienso ofrezca lo mejor del mundo,  
Y de ella humilde Atocha á la vislumbre  
Lámparas de oro den inmortal lumbre.

Mas ved de aquellos fértiles rastrojos  
Las varias flores de que están manchados,  
Que ahora en fe las brotan á manojos,  
De que han de ser por ángeles labrados:  
Cuando á la blanca mies sus granos rojos  
Del cielo le cultiven los arados,  
Y sus terrones siembren de centellas  
Rejas que fueron otro tiempo estrellas.

Es cierto que arará este fértil llano  
Isidro, un labrador, á cuyo celo  
De su milicia y pueblo cortesano  
Yuntas que ajen por él prestará el cielo.  
Con que así Manzanares corra ufano,  
Que su inmortal corona adorne el suelo,  
Y él levantada su gallarda frente  
Al Tajo huióille, y crezca la corriente.

Con que en curso feliz vuelto al Poniente  
De Estremadura busca los riucones,  
Y en porcelanas de barniz luciente  
Talavera le ofrece ricos dones:  
Ve de Almaraz la antigua y corva puente,  
De Alconeta los arcos, los blasones  
De Almonte, á quien Orlando quitó el brio,  
Y él en herencia dió su nombre al rio.

Aquellos graves y altos edificios,  
De torreadas almenas coronados,  
Son los que ya con griegos artificios  
Dejó el prudente Ulises anasados:  
Y de aquella ancha playa los bullicios  
Que los cristales muestran encrespados,  
La rica puerta al mar, y el fértil deajo  
Del aurífero Tajo vuelto en tejo.

Mas ya volved la vista á la otra parte  
De aquellos campos de tejido acero,  
Y quien nombre dará el sangriento Marte  
Con timbre ilustre al siglo venidero:  
Calatrava, y Montiel, en quien si el arte  
De Merlin no se engaña, un rey severo,  
Que él allí llama tragadora arpia,  
Morirá á manos de su hermano un día.

Aquella verde mancha de hermosura,  
Que allí corre en floridos arcos bella  
Es la que heredó el nombre y la frescura  
De las manchadas flores que hay en ella:

Del claro Javalon el agua pura  
Allí entre juncia y concha va, y aquella  
Es la célebre Oretó, cuyos llanos  
Los pueblos ocuparon oretanos.

En su rastro quedó la antigua ermita,  
Que ya Roma labró en su puente al río,  
Cuyo arco humilde, que al del cielo imita,  
De conchas lleno va, juncia y rocío:  
Allí Almagro nos da su agua esquisita,  
Y la Nava el suave licor frío,  
Que en dulce gusto el agrio que destila  
La hijada sana, el bazo desopila.

De aquel valle amenísimo de peñas,  
Ahora humildes chozas de pastores,  
Que el claro Javalon las verdes greñas  
De rosas viste, y de pintadas flores,  
Un cisne nacerá de alas pequeñas,  
Que si el tiempo las llega á ser mayores,  
La fama bará dellas, por memoria  
Del valor vuestro, una inmortal historia.

Ya en mi esperanza el tierno fruto veo  
De dos mirtos salir parto fecundo,  
Y del sol imitando el gran rodeo  
Los golfos desvolver del mar profundo;  
Y por cómo á mi altísimo deseo  
Cruzar le veo el Viejo y Nuevo Mundo,  
Juntando de ambos para el grave acento  
Lo de mayor substancia y fundamento.

Allí es Ruidera, aquellas sus lagunas  
Que á Guadiana dan principio y fuente,  
Y ellas con sus molinos y aguas brunas,  
Parda harina y lóbrega corriente,  
Allí se embeben sin quedar ningunas,  
Y haciendo río á la enterrada gente  
Van largo trecho por debajo el mundo  
A fundar fuente y manantial segundo.

Aquí está Guadalupe, allí Trujillo,  
Y acá su pueblo en opinión contrario,  
Que el hado adverso al celestial caudillo  
Pleito á sus campos repartió ordinario:  
Los arruinados muros de ladrillo  
Que hizo Roma, y deshizo el tiempo vario,  
Allí, si aun viva guarda su grandeza,  
Mérida los levanta en la cabeza.

La paz Augusta es la á quien luego toca  
Del río falaz el curso cristalino,  
Y de allí en Portugal de roca en roca  
Huye al Algarbe, y busca el mar vecino:  
Allí es Lepe, Ayamonte, allí su boca,  
Y el que adelante está Castromarino,  
Y aquella estrecha tierra puesta enfrente  
De Portugal la costa del Poniente.

Acá son los algarbes de Algecira,  
Y aquel su rico estrecho celebrado,  
Por allí Guadalete en torno gira  
Un campo, aunque florido, desdichado:  
Y el que en sus transparentes senos mira  
Pinos y olivas de que va cargado,  
Regando un fértil mundo hasta Sevilla,  
Que á besar de su torre el pie se humilla,

Primero se llamó Betis, y ahora  
Guadalquivir á su pesar se llama,  
Que el nio pueblo que sus campos mora  
Creció su nombre, y decreció su fama;  
Y con la misma infancia que desdora  
Su voz el resto de Castilla infama,  
Castilla, cuyo reino, y cuyos reyes  
Al mundo han de poner y quitar leyes.

Mas ya volved al reino de Valencia  
Los ojos, y á sus golfos de Levante,  
Cuyos bellos jardines en presencia  
Son de un mayo inmortal parto abundante:  
Esta de su ancho Grao es la escelencia,  
Y Guadalabiar el que triunfante  
Se arroja al hondo mar, que entre sus olas

Rodea á Mallorca de islas españolas.

De Ibiza y Formentera los pinares  
Allí las nubes buscan con su altura,  
Y tímidos conejos, que á millares  
De sus bosques carcomen la frescura:  
En aire, en suelo, en temple singulares,  
Y la que al Norte está entre niebla oscura,  
Es donde el cielo por mancha extraña  
Todo el veneno desterró de España.

Aquel es el río Júcar, que al contrario  
Del Tago nace de su misma sierra,  
Y por torcida senda y curso vario  
De Castilla á Valencia se destierra:  
Allí en Huéllamo nace, aquí voltario  
A Cuenca dentro de su roca encierra,  
Hace á Alarcon fortísima muralla,  
Y por Villena humilde cruza y calla.

Allí á Alcira rodea, firme llave  
Del reino, y el que corre en aquel llano  
Es Bayren, que de blanco azúcar sabe  
Nevar á tiempo el suelo valenciano:  
Los panales de Bejar, que en suave  
Golpe de miel convierten el verano,  
Aquellos son, y aquellos los tomillos  
De que hacen las abejas sus castillos.

Dióle este río su nombre al mar Surense  
De Suero, que fue el suyo; allí es Gandía,  
Y Denia aquí, en que la nación focense  
El templo tuvo que Efeso tenia;  
Y deste pueblo un mágico ateniense,  
Que el Planisferio de Merlín sabia,  
Al tiempo venidero dió por nuevas,  
Que veria dos monarcas en sus cuevas.

Allí están las dulzuras de Alicante  
Aquella es Murcia, la otra Cartagena,  
De Caravana allí la agua abundante  
De peces nace destrozados llena:  
Lorca y Velez el Rubio están delante,  
Huesca, y el fértil campo de Purchena,  
Y aquellos los diamantes de Almería,  
Que son estrellas cuando nace el día.

Allí de Loja la sabrosa fuente  
Sale alegrando al mundo, acullá Baza,  
De un hondo valle á su licor caliente  
Florida forma y peregrina taza:  
Guadix, que á los vergeles del Oriente  
En flores vence, tiene allí su plaza,  
Con el río de la vida al muro enjerto,  
De almendras todo, y de azahar cubierto.

Allí helados zodiacos invernizos  
Sin igual da en dulzura y en grandeza,  
Y aquí vinos claretos y mestizos,  
Estremos de alegría y fortaleza:  
Aquellos son los baños y carrizos  
De Alhama arrebolados de belleza,  
Y allí los de Alcuin mas singulares,  
Y aquellos los madroños de Comares.

Allí están los jardines de Granada,  
Y de su Alhambra allí los chapiteles,  
Aquella áspera sierra es la Nevada,  
Y de sus Alpujarras los vergeles:  
Málaga con su Axarquía matizada  
Cubierta da la playa de bajeles,  
Y aquellas torres que se ven de claro  
De su Alcazaba son, y Gibralfaro.

La que sobre aquel monte se descubre  
La ciudad es famosa de Antequera;  
Y aquel risco la fuente que la cubre  
De agua, y fértil cosecha su ribera:  
Su gran salina la que allí se encubre,  
Y su canal de eterna primavera,  
La que cercada allí de Saxifraga,  
Dando siempre salud jamás la estraga.  
Allí están los alumbres de Marbella,  
Y de su bella mar el firme puerto,

Ronda, y su Guadiaro rio con ella  
Es el que cruza por allí en abierto:  
La ciudad nueva de Algecira aquella,  
Y aquel el paso que Hérenles dió abierto  
Con su fornida clava á los dos mares,  
Y aquellas sus columnas y pilares.

Allí muestran ahora el fin del mundo,  
Mas ya están por el cielo decretadas,  
A que serán de un Hérenles segundo  
Sin segundo á otro mundo trasladadas,  
Cuando los golfos deste mar profundo  
Mil flotas sobre sí verán sembradas,  
Y acometidos de cualquiera barco.  
Cual si el mar fuese algun pequeño charco.

Allí es la antigua Cádiz, en quien hubo  
Templos de Alcides, y sus cortas gentes  
Pozos labraron, que contrarios tuvo  
La mar á sus manguantes y crecientes:  
Allí sembrado en el sepulcro estuvo,  
Que guarda de Gerion los descendientes,  
Un árbol, que de humana sangre lleno,  
Cubria de triste sombra el valle ameno.

El otro altivo y descollado risco,  
De blanca escarcha de azahar nevado,  
Y de encarnadas rosas y lentisco,  
Y carmesíes claveles salpicado,

Que en el reino cristiano y el moriseo  
Mas rico y fértil suelo no hay labrado,  
Es Zahara su nombre, y su belleza  
Lo último de hermosura y fortaleza.

El que allí de las rosas de su falda  
Entre jazmines se destila y nace,  
Y en sus riberas hechas de esmeralda  
Una iris bella con sus vueltas hace,  
Es el rio Guadalete, y su guirnalda  
La que á mayo en sus orlas contrahace,  
A donde dió de la fortuna el codo  
El último desden al valor godo.

Allí ciñe á Jerez, y hace frontera  
A un muro de diestrisimos ginetes,  
Y aquí de Baco y Ceres placentera  
Sus campos son alfombras y tapetes:  
Entapiza sus riscos por de fuera  
Mayo con sus floridos gallardetes,  
Que al descolgar del abundante agosto  
Granos se vuelven de oro, y rios de mosto.

Mas ya estotro rincon que solo queda  
Por ver de España á voces nos convida,  
Que en él cerremos la gallarda rueda  
En que va á su grandeza y pompa unida:  
De aquellas sierras de Alcaraz hereda,  
Y de la que con ellas está asida,



El claro Betis argentada espuma,  
Que es primer cero de su inmensa suma.  
Aquella es la Argentaria, que á tu hermano,  
Oh rey Morgante, dió castillo y muro,  
Y la que yerta va á la diestra mano,

De árboles llena, breña y monte oscuro,  
La alta preñez del monte Mariano,  
Estofada de plata y oro puro,  
De rojo cobre y bermellon los riscos,  
Y de grana nevados sus lentiscos.

Allí es Linares, que el Parnaso antiguo  
Sobre sus hombros tuvo, y aquel cerro  
El que encima la frente por su abrigo  
Un castillo labró y forjó de hierro;  
El puerto Muradal es el que digo,  
Donde, si un punto de Merlin no yerro,  
Degollaran mas moros en un día,  
Que á España dé en cien años Berberia.

Bilches, que fue un jayán, hoy encantado  
Encima aquel pináculo parece,  
Y el limpio arroyo de cristal nevado,  
Que cual veis nace allí, y aquí fenece,  
Será Guadalimar, que el un costado  
Rompe á Guadalquivir, donde le ofrece  
Entre una ola y otra al disimulo  
Las ruinas y destrozos de Castulo.

Por medio de ambas alza la cabeza  
A aquella tierra fértil y florida,  
Donde se ajusta de Úbeda y Baeza  
Con cadenas de flores la medida:  
Allí cayó por tierra la braveza  
De Africa, y la de Roma agradecida  
Le dió nombre y almenas por sus manos  
En los soberbios pueblos oretanos.

Aquellos riscos que al nacer el día  
La luz le toman y á la aurora el paso,  
Y en puntas sus pirámides envía  
El que está de los dos al turbio ocase,  
Son donde ya Castaon ser solía,  
Y ahora Cazorla está, que en día escaso  
Goza el verano, y su encumbrada breña  
Al sol le asombra la dorada greña.

Aquel cristal, verdura y chapiteles  
Que allí coronan de oro una alta cumbre,  
De torres, de balcones, de rejales  
Cargada su soberbia pesadumbre,  
Son de Jaen las fuentes y verjeles,  
Que al sol deslumbran la dorada lumbre;  
Y allí es Andújar, cuya alegre caza  
Examina al lebel de mejor raza.

La fértil sierra, donde el cielo quiso  
Por los riscos fundar y ásperas breñas  
A los ojos del mundo un paraíso,  
Y á Córdoba de sí un retrato y señas,  
Es la que allí se engarza de improviso,  
Cuyos jardines y floridas greñas,  
Entre cedros, olivos y parrales  
Bellos cuadros componen celestiales.

Es una alegre piña de frescuras,  
Florido y concertado ramillete,  
Que sin tierra nacido en peñas duras  
Al mundo sirve de inmortal pebete:  
Nieve el tierno azahar verdes alturas,  
El jazmín aquí un bosque, allí un retrete  
De lentisco y retamas, y por ellas  
Las rubias cidras, y toronjas bellas.

Allí los persas dieron por sus manos  
A su grandeza los primeros muros,  
Que despues destruyeron los romanos,  
Y abrieron de cimientos mal seguros:  
Aquí de Ategua los collados sanos  
Guadajós rompe con cristales puros,  
Y es la que por allí campea Baena,  
De ricos granos y granadas llena.

Las torres de Santella y Bujalance  
Del gran reino de Ceres son aquellas:  
Allí á Betis le da Genil alcance,  
Y á Ecija moja las almenas bellas;  
Donde en mortal se vió y temido trance  
Un escudron divino de doncellas,  
Que por guardarse intactas á su esposo  
La tez mancharon de su rostro hermoso.

Aquellas son las ruedas sonorasas  
De sus azudas, y estas las canales,  
Por donde en crespas olas espumosas

Los surcos humedecen sus cristales:  
Allí Parma y Carmona aguas vistosas  
A sus flores encañan y frutales,  
Y aquella es la pomposa cañería  
Que agua á las plazas de Sevilla envía:

La famosa ciudad que Alcides quiso  
Contra el gusto fundar de un agorero,  
Y la que Hlspal fundó en hado preciso,  
Feliz estrella, y venturoso agüero:  
Y de su torre el levantado friso,  
Que por el aire rompe y vuela entero  
A esconder su Giralda en una nube,  
Es la que allí alegrando el mundo sube.

Con cinta de cristal por hemisferio  
En dos mitades la divide el rio:  
Itálica fué allí, que dió al imperio  
Monarcas en un tiempo y señorío;  
Y Utrera en substancioso refrigerio  
De sazonado pan le aumenta el brio:  
Y el Ajarafe rico en mas deleite  
Con su verde aceituna, y rubio aceite.

Guadalquivir allí en vuelta prolíja  
Una isla hizo antigua celebrada,  
Que á los pintados pueblos de Lebrija  
Templo les tuvo, y torre levantada;  
Donde el bastardo hijo de la hija  
Del griego Cadmo la dejó fundada  
Del grave rio en el raudal agudo,  
De quien el tiempo desmembrarla pudo.

Estepa es aquel pueblo, cuyo asiento  
En puesto y en valor se hace eminente,  
Grave, y nunca vencido alojamiento  
De una tasada y combatida gente:  
Contra el romano ejército sangriento  
Campo mantuvo y ánimo valiente  
Por largos años, cuya fuerza pudo  
De sus espadas defender su escudo.

Mas desahuciada ya la resistencia  
Del muro, sin socorro, y sin abrigo,  
Y que del largo cerco la inclemencia  
La victoria otorgaba al enemigo;  
Arrestados de bárbara impaciencia,  
Poniendo al mundo en ella por testigo,  
Las puertas abren, dejan las murallas  
Los que han sobrado á las demás batallas:

Y en repentina cólera abrasada  
La noble sangre de sus firmes pechos,  
Las armas toman, y una tropa osada  
Van contra el enemigo campo hechos,  
A morir de una vez, ó dar vengada  
La ofensa de sus muros ya deshechos;  
Y el arrojado asalto fue de modo,  
Que en confuso tropel lo alteró todo:

Y sin dejar de todos hombre vivo,  
Ni menos que primero no matase,  
Su roto campo el general esquivo  
Al desierto lugar manda que pase;  
Y con asalto nuevo el muro attivo,  
Que sin defensa y gente está, se arrase,  
Y haga el saco y leyes de la guerra  
De la romana hambre cuanto encierra.

Entran llevados de la sed del oro,  
Cuando en la plaza una funesta hoguera  
Ardiendo en ella hallan el tesoro,  
Que el premio injusto de sus riñas era:  
Suben del humo en reclinarse sonoro  
Globos en que lá llama reverbera,  
Mostrando entre sus olas y bullicio  
Las victimas del nuevo sacrificio.

Los que antes por guardar el fragil muro  
Entre niños quedaron y mujeres,  
Ardiendo hallaron en el humo obscuro  
Del fuego que abrasaba sus haberes:  
Cien mozos á este fin de ánimo impuro,  
Que eran derramar sangre sus placeres,



Dejaron que en su cruel intento hijos  
Tras sus padres matasen á sus hijos.

Asombrado quedó el furor romano  
Del no esperado bárbaro suceso,  
Y dejándose el pueblo entero y sano  
Lluvió, y al huir mandó con bando espreso,  
Que nadie en sus despojos ponga mano,  
Mas que su alcázar y su muro ileso  
Al mundo eterno por coluna quede  
Desta victoria, y lo que España puede.»

Así el sabio francés volando abría  
Camino por las nubes con su barco,  
Que ya por cima el Betis revolvía  
La proa á ver de Océano el gran charco,  
Y un nuevo curso comenzar quería,  
Que al mundo haga con su vuelta un arco,  
Y como el sol en su carroza bella  
Le ciña en torno tras los rastros della.

Cuando de Persia el rey, que en gusto atento  
De la sabrosa historia iba colgado,  
Y sin perder acción ni movimiento,  
En su sabio discurso embelesado,  
Alegre al discurrir del dulce viento,  
« Señor, le dijo, pues habeis tomado  
Por gusto nuestro tan hermosa punta,  
Satisfacedme ahora una pregunta.

He oído que hay dudosas opiniones  
De sabios hombres, y de cuerda gente,  
Que tienen por soñadas invenciones  
Los que Antipodas llama el vulgo ausente:  
Y que de cinco, solas dos regiones  
El mundo goza en temple suficiente  
De poderse habitar, y el demás suelo,  
O lo abrasa el calor, ó abruma el yelo.

Deseo saber ¿ si el Orion armado  
Dejó tal día de cernir su nieve?

¿ Si el frío Bootes tiene el mar cuajado,

O cual los otros él sus ondas mueve?

¿ Si el Sirio Can en llamas abrasado,

Que fuego al mundo de inclemencias llueve,

Tiene algun temple en su tostada estrella,

O siempre lumen los carbones della?

¿ Dónde este inmenso mar se acaba? y ¿ dónde

Sus olas hallan término y ribera?

¿ Adonde el sol, cuando de aquí se esconde,

Con sus dorados rayos reverbera!

¿ Si es de creer que allí la luna ronde

En perpétuo silencio y noche entera?

¿ O el día le dé lumbré y luz diversa? »

Dijo, y el sabio así respondió al persa:

« Ha estado en opinion, y lo está ahora.

¿ Si hay otro mundo mas que aquí parece,

O si es gente soñada la que mora

Donde ni el día crece ni decrece?

¿ Si hay pueblos adelante de la aurora,

Y el sol á otras naciones ananece?

¿ O cuando esconde aquí su luz divina

Es toda soledad cuanto camina?

¿ Si en el aire la tierra está colgada,

Y por abajo la rodea el cielo?

¿ Si anda la gente en ella trastornada,

Y es posible tenerse en aquel suelo?

¿ Si es region firme, ó solo imaginada?

¿ O si el rojo calor, ó el blanco yelo

Con su rigor la tienen consumida,

Sin cosa en ella que sustente vida?

Ya hubo grave opinion que nos dió escrito,

Que al anheló mundo en torno le abrazaba

En vacío de inmenso circuito,

A quien llegando sin pasar parabá,

Y en que podía volar tiempo infinito,

Quien se arrojase á su profunda cava,

Sin le hallar eternamente suelo,

Ni él recibir cansancio con su vuelo.

Otro que estaba, dijo, sobre Atlante

La columna que al cielo sostenía,  
Y que la tierra y mar de allí adelante  
Con rojo fuego en su calor hervía:  
Y para hacer mas mundo en lo restante  
Otras varias quimeras componía  
De sombríos centauros y dragones,  
Pígmios menudos, y anebos patagones.

Son fábulas del vulgo así admitidas,  
Que tiene por error verlas dudadas,  
De ignorancia engendradas y nacidas,  
Y con la larga edad acreditadas:  
Mas vendrá tiempo en que serán sabidas  
Las gentes que detrás del mar sentadas  
Aparte hacen su mando y vida ahora,  
Y nuestra noche tienen por aurora.

Entonces se verá, que aunque colgada  
La tierra tenga el aire, está sujeta  
A ser de humanos piés toda pisada,  
En firme globo de igualdad perfecta:  
Y llegará esta edad de oro cargada,  
El día que España á hierro y fuego meta  
La grave carga que ahora le hace guerra,  
Y de una ley y un Dios haga su tierra.

Entonces sus banderas victoriosas,  
Llevando al sol por relumbrante guía,  
Tremolando darán sombras vistosas,  
Donde se acaba y donde nace el día:  
Verán pueblos y gentes monstruosas,  
Y descubriendo cuanto el mar cubría,  
Podrán decir que hallaron y vencieron  
Mas mundo que otros entender supieron.

Verán nuevas estrellas en el cielo,  
Nuevos árboles, plantas y animales,  
Y lleno un abundante y fértil suelo  
De ricas pastas, de ásperos metales:  
De perlas, plata y oro un dulce anzuelo,  
Que con su cebo pesca hombres mortales,  
De cuyo gran tesoro sus armadas  
Cada año á España volverán cargadas.

Y porque no se tengan por ficciones  
De blanda cama y sueño concebidas,  
Y que la tierra tiene otras regiones  
A un santo rey guardadas y escondidas,  
Quiero á pesar del hado y sus prisiones  
Romper las nieblas de que están vestidas,  
Y hacer antes de tiempo si es posible,  
Lo que en otro ha de ser claro y visible.

Y porque en presto aliento y vista aguda  
El Nuevo Mundo os muestre su belleza,  
Sin que en sus sombras la haya tan menuda,  
Que no la alcance á ver vuestra grandeza;  
La parda raíz desta encautada ruda  
Su luz os prestará y su fortaleza,  
Y deste verso harán los puntos rojos,  
Que mas sean que de línce vuestros ojos.»

Dijo, y rumiando en sí de cuando en cuando  
De oculta ciencia nombres poderosos,  
Obdecidiendo el aire fue aclarando  
De su esfera los senos mas nublosos:  
Y unos anteojos de cristal forjando,  
De lunas y de cereos milagrosos,  
Así avivó con ellos sus sentidos,  
Que pudieran aun ver los no nacidos.

Ya el rubio sol, huyendo del gran vuelo  
Con que el veloz navío le seguía,  
A dar la nueva al enebuerto suelo  
De su viaje descendido había;  
Y por su ausencia el enlutado cielo,  
Cuajándose de varia pedrería,  
A festejar la blanca luna bella  
Aquí salía un lucero, allí una estrella.

Y aunque los que contemplan la hermosura  
De un limpio cielo, juzgan sus estrellas  
Vivas centellas, que en la noche obscura  
La luna rondan que camina entre ellas:



Mas á los que se acercan á su altura,  
Así se muestran en grandeza bellas,  
Que ya no son estrellas, mas sin cuento  
Islas de oro sembradas por el viento.

Es el cielo una masa soberana,  
Limpia, clara, sutil, sin mezcla alguna,  
Mas que el aire delgada y mas liviana,  
Sin impresion ni alteracion ninguna,  
Por donde vuela el sol cada mañana,  
Y las estrellas corren tras la luna,  
Como las aves por el fresco viento  
En vuelo igual, y sesgo movimiento.

Así las islas Cíanes moverse  
Solían sobre el Bósforo de Tracia,  
Y con nuevas riberas estenderse  
Hácia el crespo Carambe, ó la Sarmacia;  
Y sin hundir las olas, ni esconderse,  
Medir con su inconstante pertinacia  
Del un polo y del otro las anchuras,  
A sus libres y sueltas aventuras.

Y así también por el delgado cielo  
Volando vemos ir sus globos de oro,  
O bien como ahora en sosegado vuelo,  
O cual sospechan en cantar sonoro,  
Lloviendo en barajado curso al suelo  
De sus varias vislumbres el tesoro,  
Y midiendo los años y los días  
Con luz ardiente, ó con tinieblas frías.

### ALEGORIA.

En este libro, epílogo de las grandezas de España, se muestra que lo importante de la virtud, mas consiste en las obras, que en las palabras; y que el punto de la honra, mas está en merecerla, que no en celebrarla; pues España, atenta á mostrar su valor por obras, tan poca cuenta ha hecho siempre de encarecerlo con palabras: al revés de otras naciones, que de cualquiera menudencia se han preciado de hacer grandes catálogos.

## LIBRO DÉCIMOSEPTIMO.

ARGUMENTO. Prosigue Magesi su viaje, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del engaño. Acouneten los necios del meson de la Fortuna á saquear el Parnaso: defiéndesele el Leonés, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo, y las Musas, en honra de su victoria, le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un leon y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido.

Iba el barco tan alto, que pudiera  
Aferrar con el áncora en la luna,  
Y tomar puerto en ella, si quisiera  
Ver el mudable reino de fortuna;  
Y no allí solo, en sola aquella esfera,  
Mas en todas pudiera de una en una,  
Que como islas doradas á porfía,  
Que nacieran unas de otras parecía.

Así á los que huyendo las riberas  
De la bárbara Peucen, si el camino  
Tomaban, dejando el Ponto y sus laderas,  
A ver de Chio el regalado vino,  
Las Cicladas les van naciendo enteras  
Por el golfo á su estrecho mas vecino:  
Aquí Scirno, allí Lesbos, allí Amato,  
Y el Naxo puerto de un amante ingrato.

Y por el cielo así al cubrirse el día  
Islas se fueron descubriendo de oro,  
La húmeda luna, la montaña fría  
De Saturno, y de Venus el tesoro,  
Su lucero amasado de alegría,  
De Marte el ronco estrépito sonoro,

Y la mayor fortuna que en su cumbre  
Joviales rayos da de alegre lumbre.

El sabio que en los ángulos del cielo  
Tan cerca vió la celestial milicia,  
De oír el son de su compuesto vuelo,  
Y ver sus globos de oro se acudía:  
Y ya perdiendo de la vista el suelo,  
Del mundo superior dió así noticia,  
A aquellos que primero de la tierra  
Las pobrezaas contó que su orbe encierra.

¿A quién no admira tu saber profundo,  
Oh arquitecto de amor, rey soberano,  
Si el uno considera y otro mundo  
Divina traza de tu heroica mano?  
¿El dulce contrapuesto amor fecundo,  
De su engace inmortal nudo galano,  
Conque su bien medida arquitectura,  
Si quedó mas hermosa, es de mas dura?  
¿Este reloj de universal concierto,  
En ruedas, cursos y ejes tan medido,  
Que al sabio punto del primer acierto,  
Ni en tiempos ha ni en vueltas desmentido,  
A quien no admira, y deja descubierto  
De su autor el saber nunca sabido,  
Que ser le dió en su idea antes que fuese,  
Ni una esfera tras otra se moviese?

Allí estrellas labró, allí movimientos,  
Cielos, luces, planetas, conjunciones,  
Signos, centro, epiciclos, detrimentos,  
Puntas, gozos, caída, esaltaciones,  
Casas, orbes, apogios, decrementos,  
Solsticios, cursos, vueltas, estaciones,  
Aspectos, rayos, ajes, deferentes,  
Climas, ruedas, esferas, y ascendientes.

El firme engace y armonía de cosas,  
Tan á plomo y compas encadenadas,  
Sin que haya una demás, todas forzosas  
A conservar un mundo enderezadas:  
En esto con sus vueltas presurosas  
A todos tiempos y horas ocupadas,  
Produciendo conforme á sus aspectos  
Una infinita variedad de efectos.

Si solo un cielo en nuestro mundo hubiera,  
Todas las cosas fueran de un tamaño;  
O siempre otoño, invierno, ó primavera,  
O todo plata, cobre, ó todo estaño:  
Nada se renovara, ni muriera,  
Ni en mil edades se acabara un año,  
Y el mundo en rueda fuera una pintura  
De unos mismos dibujos y figura.

A este fin el segundo movimiento  
Fue á las humanas cosas necesario,  
En que hacen debajo el firmamento  
Siete ruedas de luz curso contrario;  
Y mudando de casas y de asiento  
Un concurso revuelven ordinario,  
Con que del suelo las alegres vidas  
Unas ganadas van, y otras perdidas.

Lo que Saturno rompe y menoscaba,  
Júpiter lo reforma y consolida,  
A Marte temple la aspereza brava  
Del sol la antorcha de cristal lucida:  
Alegre Venus, y Mercurio agrava,  
El bien ó el mal; la luna repartida  
En mil rostros ayuda y favorece,  
Y así la variedad del mundo crece.

Estos aspectos, estas mutaciones  
De signos y planetas diferentes,  
La variedad nos dan de inclinaciones,  
Y sucesos del mundo y de sus gentes:  
Ciencias, habilidades, gracias, dones,  
Pechos villanos, ánimos valientes,  
Fuerza, disposicion, brio y belleza,  
Rica abundancia, y áspera pobreza.

Esmáltanse los campos de sus flores,

Brota el jazmín, y crece la azucena,  
El ambar nace, y los demás olores  
La tierra dejan de perfumes llena:  
El hierro, plata, el oro, y las mejores  
Perlas que dió la mar, y vió su arena,  
Prados, yerbas, frutales, bosques, fuentes,  
Destas mudanzas toman sus corrientes.

Y el mundo al fin, que sin los cielos fuera  
Sombrio desierto, claustro tenebroso  
Con el invierno es, y ahí la primavera  
Vergel florido, y campo deleitoso:  
¿Quién trazó esta armonía? ¿en qué manera  
Su edificio se hizo milagroso?  
Antes de fabricarlo, ¿dónde estaba  
El gran saher que su beldad pintaba?

De lo que fue en los siglos eternos,  
Cuando aun no bien el mundo habia nacido,  
¿Qué razón se hallará entre los mortales?  
¿Quién lo oyó? ¿quién lo supo? ¿quién lo vido?  
¿En qué cimiento, sobre qué puntales  
A la tierra se dió asiento medido?  
Al enarcar las bóvedas del cielo,  
¿Quién sus cimbras trazó? ¿quién dió el modelo?  
¿De qué veta salió la podrería  
Que en ellas desde acá vemos sembrada?

¿De qué conchuela de oro nació el día?  
¿Y al sol quién le vistió su luz dorada?  
El alba, y sus celajes de alegría,  
¿De qué pasta de nacar fue amasada?  
¿De qué sutil y soberano aliento  
El aire adelgazó, y respiró el viento?  
¿De qué limpio cristal el agua pura  
Su licor destiló fresco y suave?

¿Quién le vistió á la nieve su blancura,  
Y sus alientos de volar al ave?  
¿Desta immortal lazada la hermosura  
Qué ojos la vieron dar? ¿qué sabio sabe  
Su duración, el tiempo que le queda,  
Y cuantas vueltas faltan á su rueda?

Si ya quisiese el brazo soberano,  
Que aun lo que ser no tiene le obedece,  
Deshacer con la fuerza de su mano  
El mundo, y cuanto en él crece y descrece,  
Y lo visible vuelto en aire vano,  
Si huyendo de su ser desaparece,  
Porque gusta de hacerlo de otro modo,  
Siéndole fácil y posible todo;

Quando esta inmensa máquina ahreviada  
Hubiese á su primer no ser venido,  
Y con divinas fuerzas apretada



A un punto indivisible reducido:  
Lo que ahora vive, convertido en nada,  
¿A qué nuevo lugar se habria huido?  
De nuestras cosas, y de nuestro mundo,

¿Quién llevaria las nuevas al segundo?  
¿Mas dónde va mi pensamiento ahora?..  
¡Oh! lo que puede un levantar al cielo  
Los ojos! que el gran bien que dentro mora

Al mas caído espíritu da vuelo:  
Desta mi digresion fue causadora  
La luz de su beldad, ante ella apelo;  
Y vosotros, oh nuevos lince sabios,  
Su hermosura escuchad puesta en mis labios.

Ved en la cumbre y bóvedas distantes  
De la altura del mundo dos centellas,  
Que los celos de Juno hicieron antes  
Osos feroces, y el amor estrellas:  
Y la rica guirnalda de diamantes,  
Que de Ariana ciñó las sienes bellas,  
Sobre los hombros de oro por mas fiesta,  
De un perezoso carretero puesta.

El frio dragon que en rosas de oro al polo  
Como un rio de estrellas se dilata,  
Y Hércules que sobre él en un pié solo  
Su clava esgrime de encendida plata:  
La grave lira del sonoro Apolo,  
Que en el leon ardiente se remata,  
Y sus luces esconde cuando entero  
Del mundo se despide el turbio enero.

Ahora deba á sus cuerdas la armonía  
Que un tiempo oyó Pitágoras, el cielo,  
O el blanco cisne le haga compañía  
Tambien en el cantar, como en el vuelo;  
Que despues que de Aquiles la porfia  
Volvió en ligera pluma el blanco pelo,  
Con nuevas alas sobre el frio polo  
Subió á buscar la cítara de Apolo.

De Andrómeda la bella el padre anciano  
Es aquel rey de la tiznada gente,  
Que rubia estrella hecho, vuela ufano,  
Del Capricornio en la arrugada frente:  
De Casiopea el trono soberano,  
Sentado en el torcido Cancro ardiente,  
Y en el sagaz Perseo la cabeza  
Del Gorgon vuelta á su primer belleza.

Del triángulo son esas las centellas  
Que hacen corona al vellocino de oro;  
Y Andrómeda desnuda en medio dellas,  
Lloviendo aljófar de importuno lloro,  
A un peñasco ligada hecho de estrellas,  
Dos signos antes del florido Toro;  
Que aun sobre el firmamento levantados  
Los peces nadan por sus piés dorados.

El monstruo de la sangre de Medusa,  
A quien sobre la elin la mano puesta,  
El frio Aquario de verter no escusa  
La urna de nieves y cristal compuesta;  
Sus cerdas ahora en tempestad difusa  
De aguas se lave, ó en carrera presta  
Quiera sobre el de aquel tupido yelo  
Fluirse á mas templado y fértil cielo.

El delphin que á Arion en sus espaldas  
Apoyó un tiempo, y ahora alumbra el mundo,  
Y la saeta con las manchas pardas  
De la ldra negra, y su veneno inmundado:  
El águila real de uñas bastardas,  
Que de Troya robó el parto fecundo,  
De adonde trasladado á mejor plaza,  
De néctar sirvió á Júpiter la taza.

El Oluco soberbio serpentario  
Aquel es, y el dragon en oro abierto  
Le da en el cuerpo nudo extraordinario,  
De estrellas todo y claridad cubierto:  
Y entre el Tauro y el Géminis el vario  
Eritronio, que es hombre en sierpe enjerto,  
Con los otros seis signos, cuyo vuelo  
Corre por este cóncavo del cielo.

Mirad tambien del Orion armado  
A esotra parte del contrario mundo,  
El ceño horrible, el talabí dorado:  
Con que altera, y amansa el mar profundo:  
El sirio Can en llamas abrasado,  
Con la luz del primero y del segundo,

Que el cielo alegren, y su fuego ofende,  
Cuando en mas rayos de oro el sol lo enciende.

Ved como de ambas luces temerosa  
Huyendo la estrellada liebre vuela,  
Y del griego Jason la nave hermosa,  
Que fue del navegar primera escuela:  
De Alcides la ancha hidria cavernosa,  
Que así su plateada escama yela,  
Que á enfriar puso en su nevada plaza  
Ganimedes de Júpiter la taza.

El negro cuervo, blanco antiguamente  
Quando era paje de Corónis bella,  
De llamas de oro allí resplandeciente  
Hecha de luces da una ardiente pella:  
Y el centauro Chiron, ayo prudente,  
De Aquiles y Esculapio vuelto estrella,  
Y allí el cruel rey de Arcadia lobo hecho,  
De luces lleva remendado el pecho.

El ara en otro tiempo ardiendo incienso,  
El mudo pez, la incógnita ballena,  
El Eridano hermoso á quien dan censo  
De ámbar las arboledas de su arena:  
La rueda de Ixion, que en cerco inmenso  
De estrellas, resplandor y luces llena  
Compone un cielo aparte, y el milano  
Que volvió rica á Júpiter la mano.

Así por la ancha máquina del cielo  
Notando el sabio iba aspectos varios,  
Con prudente midiendo y fértil vuelo  
Efectos uniformes y contrarios:  
Mas yo que por tan alto paralelo  
Fuera voy de caminos ordinarios,  
Al bajo suelo vuelvo, no suceda  
Trastornar dos Factones una rueda.

Que en tanto que ellos por region tan nueva  
Gozando van del celestial tesoro,  
Bernardo en la espantosa oculta cueva  
La luz bebiendo está de un rayo de oro,  
Que con prudente paso á dar le lleva  
De la escondida gruta al mejor poro,  
Que le escupió de su profundo entierro  
Al pié florido de un vistoso cerro.

Conoció por las señas el Parnaso  
De dos puntas que buscan las estrellas,  
Y en moderado aliento y grave paso  
Subiendo fue por las vertientes dellas:  
La senda hueculla y el camino escaso  
Advierte que hay de allí á sus cumbres bellas,  
Y el confuso escuadron que al pié del monte  
Horrible hace y bárbaro horizonte.

Los monstruos digo, que la ebúrnea puerta  
De aquellos valles lóbregos vomita,  
Cuya escuadra con trápala y rehuita  
Cercada va de confusion y grita:  
En estraños visajes descubierta  
La vana inclinacion á que la incita  
El brutal gusto del brebaje extraño  
De la dorada taza del engaño.

Púsose á ver el español guerrero,  
De una alta peña por un breve rato,  
De aquel descuadernado vulgo fiero  
El tropel ciego y bárbaro rebato:  
Las nuevas sendas en que un mundo entero  
Sin rienda corre al diferente trato,  
Que ahora sea justo, ahora injusto,  
A cada cual le trae y pide el gusto.

Iban á dar con ejercicios varios  
Por marañadas sendas y caminos,  
(Aun en oficio y opinion contrarios,  
Que tambien hay contrarios desatinos)  
A un gran palacio, cuyos lacunarios,  
Y almenajes de lazos peregrinos,  
De fuera un cielo hacen, y de dentro  
Son de desórden y locura el centro.

El meson y hospedaje de la luna

Este alto alcázar lóbrego se llama,  
Hospital de los locos de fortuna,  
Que á tienta siembra el bien y el mal derrama;  
Donde apenas de mil cabezas una  
De los ramos se libra desta rama;  
Que en nuestra infina esfera y tierra obscura,  
¿Quién hay sin senda ó ramo de locura?

De esfinges, hidras, sátiros, briareos,  
Faunes, arpias, ciclopes, quimeras,  
De centauros, gigantes y pigmeos,  
Cubiertas van del monte las laderas:  
Seilas, Caribdes, y otros monstruos feos  
De hermafroditas trazas y maneras,  
Cada uno por su senda y su camino,  
Tras su discurso y nuevo desatino.

Una envidiosa Aglaura, convertida  
En dura piedra; un Midas avariento,  
Que de las mesas de ore sin comida  
Ayuno queda, y se levanta hambriento;  
Un Argos, velador de ajena vida,  
Dormido á su importancia, y soñoliento;  
Una Aragne sutil, que es cuanto toca  
Tejer ajenas vidas con la boca.

Un Licaon en lobo, que se traga  
La sangre y el honor de su vecino;  
Un Calidonio jabali, que estraga  
Cuanto se encuentra y halla de camino:  
Atis, un vano amante, que por paga  
De su amor queda convertido en pino;  
Una obstinada Niobe de peña,  
Y una arrogante Antigone en cigüeña.

Un Anteon en ciervo, que sus perros  
Por cazar él á otros, le dan caza;  
Un cruel Edipo, que entre duros hierros,  
Por sus dos hijos la garganta enlaza:  
Un ruiseñor cantando ajenos yerros,  
Medeas, que de sus carnes hacen plaza;  
Y mil Progenes de tocas alheñadas,  
Que sus hijos ó hijas dan guisadas.

Cadmos aquí y allí vueltos dragones,  
Mil Cécropes en simias burladoras,  
Hipómenes y Atlanta hechos leones,  
Y en grajas las Pyeres burladoras,  
Contra mujeres nuevos Pigmaleones,  
Y ellas en habla y músicas sonoras  
Sirenas vueltas ciegos los sentidos,  
Que quedan por sus costas destruidos.

Un Proteo, un Vertuno, que se muda  
En diferentes formas cada rato,  
Y con lisonjas de alcanzar no duda  
De la mesa del rey el mejor plato:  
Y otro menos discreto, que se anuda  
Como yedra á un estéril olmo ingrato,  
Que en tanto pueblo de malicias lleno  
Bien cabe el asno inútil de Sileno.

Los gigantes pigmeos, contra el cielo,  
Y los que de anchos hongos producidos  
Tan nuevo fingen su linaje al suelo,  
Que apenas quieren de hombres ser nacidos;  
Mas fuera del humano paralelo  
Darse en nuevas fantasmas convertidos,  
Con el ropaje que les dió de nuevo  
Del dulce engaño el venenoso cebo.

Todas estas fantásticas figuras,  
Que en contrahechos bultos de animales,  
Por las cavernas van saliendo oscuras  
Al teatro de las lumbres celestiales,  
Del sacro monte puesto en las alturas,  
Ajeno contemplaba de sus males  
El discreto español, á quien el hado  
Igual le dió la luz con el cuidado.

Y sin dar paso atrás por el camino,  
Que ya se muestra en el subir mas llano,  
De un collado á la alegre cumbre vino,  
Puesta á la sombra de un laurel lozano,

De donde en un confuso torbellino  
Venir sin orden vió un vulgo liviano  
Contra el sagrado monte, cuya sierra  
Al mundo su mayor tesoro encierra.

Y por la senda que delante tiene  
Correr la posta mira á un caballero,  
Que á dar el prevenido aviso viene  
Del ciego vulgo y campo vocinglero:  
»Huid, dice, señor, huid, que conviene,  
Huid á lo mas alto, huid ligero,  
Que el confuso escuadron del vulgo triste  
Al sacro monte sin piedad embiste.»

Y sin mas aguardar á toda rienda  
Volando pasa la montaña arriba,  
Sin que el español jóven nada entienda  
Del temeroso sobresalto en que iba:  
Bien que por ver la desigual contienda,  
Con que al monte el confuso vulgo arriba  
Entre una hueca polvorienta nube,  
Al crespo gajo de un peñasco sube.

De allí acercarse mira á la montaña  
El monstruoso rebaño de quimeras,  
Que en cuerpos de hombres traen (¡cosa extraña!)  
Enjertos rostros y ánimos de fieras:  
Melancólico sueño que le engaña  
Juzga de tantos monstruos las maneras,  
Los corvos dientes, los torcidos lomos,  
Y gruesos labios de testuces romos.

En bayo desbocado frisen viene,  
Sin firme freno ni compuesta silla,  
Un hinchado jayán, que el cargo tiene  
De capitán de la infeliz cuadrilla:  
Y el petre, sin boeado que le enfrene,  
Aquí le encumbra, y acullá le humilla;  
Tras él su gente, que en seguirle en todo  
Sabe, y no en mas guardar sin orden modo.

Sen todos á un compás cortos de vista,  
Causa que nadie venga sin antojos,  
Y aunque unos de una, y otros de otra lista,  
De grandes lenguas y pequeños ojos;  
Que el necio es importuno coronista,  
Y cuanto alcanza y sabe, por anteojos:  
Sin armas; que las suyas mas atroces  
Son en vez de razon confusas voces,

Era, sabed, señor, el gran fracaso  
De la canalla bárbara importuna,  
Que á saquear acemitió el Parnaso  
Los necios del meson de la Fortuna,  
Que en cuarto aparte con celebre escaso  
Los rostros adivinan de la luna,  
Y ahora de viento las cabezas llenas,  
De la gavia han rotpido las cadenas.

Salieron todos del convento oculto  
A gritos pregonando sus locuras,  
Como en la misa suele el pueblo inculto  
Con voces espantar las sepulturas:  
Y de un ciego escuadron el negro bulto  
Mal formadas endechas brama á obscuras,  
Inquietando en confusas vocerías  
De sus difuntos las cenizas frías.

En ridículos gestos y visajes  
La inútil descompuesta escuadra corre:  
Unos en huecos y anchos personajes  
Su pompa quieren que sus pases borre:  
Otro que su habla sirva de celajes  
Que su ignorancia cubra, y él aborre  
Con prevenidos dichos aparentes  
La opinion que no alcanza en los oyentes.

Quién, al arco de un vano amor fingido  
Idolatrando va en unos cabellos:  
Quién con un cerco piensa mal medido  
De los cielos saber cuanto hay en ellos:  
Quién, hecho un torpe mozo desabrido  
Los otros quiere á golpes deshacerlos:  
Y quién, averiguar con grave celo

Lo que viste el cabron ¿si es lana, ó pelo?

Quién, de la barba encrespa la guedeja,  
Por hacer mas robusta la figura;  
Quién, se finge leon, siendo de oveja  
Un binechado pulmon de sangre obscura;  
Quién, por parecer niña, siendo vieja,  
Desplega el rostro, y pliega la cintura,  
Haciendo en sus historias y entremeses,  
Los meses dias, y los años meses.

Quién, buscando arreboles desentraña  
Las ricas conchas que la Arabia cria,  
Quién, los de su florido rostro empaña  
Comiendo tierra desabrida y fria,  
Quién, con fingida hipocresía engaña  
Al que sin recatarse dél se fia,  
Y en el cielo los ojos, con la mano  
El corazon le roba almas cercano.

Admirado dejó al valiente godo  
El delirar de la ignorante gente,  
Y cuan fuera de término y de modo  
De sus locuras iba la corriente:  
Cuando en nuevo alarido el campo todo  
Del monte dió en las faldas de repente,  
Perturbando con ánimos crueles  
La agradable quietud de sus laureles.

Cogieron vanamente humildes flores  
De las que en el vallar del bosque habia,  
Y pudieran los riesgos ser mayores  
En daño á la sagrada compañía  
De aquel que con dorados resplandores  
Rastrando trae tras su carro el dia,  
Que á visitar bajaba en la espesura  
De Adonis la florida sepultura:

Si el gallardo español al torpe asalto  
Con la desnuda espada no hiciera  
De la alta peña un atrevido salto,  
Que fue del monte la primer barrera,  
Cuyo invencible brazo al campo falto  
Estrecho freno puso de manera,  
Que á fuerza de rigor suspendió el paso  
De la hurtada subida del Parnaso.

Y allí esgrimiendo la luciente espada,  
A este asombra, aquel mata, al otro hiere  
De tajo, de mandoble, y de estocada,  
Uno cae, otro huye, y otro muere:  
Con barba adulterina y alheñada  
Un embustero le aguardó, que quiere  
En negra tizne y vano pasatiempo  
Las canas esconder, y atar el tiempo.

Llevóle de los dos carrillos uno,  
La costa haciendo menos y el trabajo,  
Y á otro en su afectado brio importuno  
Contrecho le dejó de un altibajo:  
A uno de graves pasos sin ninguno,  
A otro el cerebro le rompió de un tajo,  
Cuya herida exhaló mas vano aliento  
Que contra Eneas sopló el señor del viento.

Y él cercado de incautas sabandijas  
Un importuno enjambre le persigue.  
Tal que en triste esgrimir voces prolijas,  
Adonde quiera sin piedad le sigue:  
No de Aqueronte las nocturnas hijas,  
Cuando del mundo su rigor consigue  
Tiránica victoria, mas espanto  
Los gritos causan de su horrible llanto.

Nien mayor confusion andan las cosas  
En sus sangrientas manos barajadas,  
Que en aquellas escuadras monstruosas,  
De diversas fantasmas anasadas:  
El rubio Apolo con sus nueve diosas,  
Del súbito alarido alborotadas,  
Del monte se voló á la enhiesta cumbre,  
Que al cielo incienso da, y al mundo lumbre.

Alegre el sacro coro en honra mira  
Del español mancebo las batallas,

Y el brio gallardo en que revuelve y gira  
Del limpio acero las turbadas mallas:  
El aliento y valor con que retira  
De los lingidos monstruos las canallas  
Que huyen dél como volando sube  
Del hueco humo la liviana nube.

Ya el alterado vulgo alharaquiento  
Medroso á la esperiencia de la mano  
Del gallardo leonés, por huir sin tiento,  
Cayendo iba en los senos de un pantano:  
Cuando arrogante en contralicho aliento,  
Mas que pluma el jayan salió liviano  
En frison, que en menguante luna nueva,  
Sin freno aquí y allí le trae y lleva.

Pensó hundirlo á descompuestas voces  
La aplomada figura corpulenta,  
Y que él á espantos, y supotro á coces  
En breve dieran de su orgullo cuenta:  
Mas de qué fruto son gritos feroces,  
Si el alma sus corajes no alimenta,  
Y al compuesto español medir le agrada  
El corte de su lengua al de su espada?

Por ella le embasó una aguda punta,  
Y de un diestro revés le abrió un costado,  
Con que sin alma la amasada junta  
De desconciertos vino al verde prado:  
(¡Caso extraño!) la máquina difunta  
Apenas midió el suelo arbolado,  
Cuando los monstruos que su campo encierra  
Los unos se hacen á los otros guerra.

Bernardo que de aquella inútil gente  
Libre se vió, y desocupado el paso,  
Por su primer camino diligente  
Buscando va las cumbres del Parnaso:  
Cuando del escuadron resplandeciente,  
Que los cristales guarda de Pegaso  
Rodeado se vió, y que en nueva gloria  
El parabien le dan de la victoria.

Y en pago al gran servicio de su mano,  
El dios que al rubio sol presta la lumbre,  
En nueva pompa y triunfo soberano  
Del monte le subió á la excelsa cumbre,  
Adonde en medio de un florido llano  
Se descubre la ilustre pesadumbre  
Del templo heróico de una diosa santa,  
Que al tiempo vence y á la muerte espanta.

Las dóricas columnas levantadas  
De lustroso cristal y jaspé obscuro,  
De cuatro en cuatro en proporcion sentadas  
Cien arcos forman en lugar de muro,  
Con otras tantas bóvedas grabadas  
En finos lazos de oro y mármol duro,  
Adonde en forna esférica se afija  
Del edificio la primer cornija.

Sobre ellas de aeroterias levantada,  
En compuesta labor y arquitectura,  
La fábrica feliz sube cargada  
De mas precio, mas gala, y mas hechura,  
De siete hermosas torres coronada,  
Que á las nubes igualan en altura,  
Con chapiteles de oro, y las almenas  
De varios lazos y molduras llenas.

En tres órdenes de arcos va subiendo  
El vuelo de la máquina vistosa,  
Los revelados altos decreciendo  
Cuanto en materia crecen mas preciosa:  
Por las últimas bóvedas naciendo  
De tres torres la fábrica espaciosa,  
Con balcones, andenes, y pretilles  
En traza varios, y en labor sutiles.

Cien brazos suben de alto las primeras  
Columnas, las segundas son menores,  
Menores y mas ricas las terceras,  
De lazos llenas todas y de flores:  
Las vetas de almendrado jaspé enteras,

En contrahechos brutescos dan labores  
Al cristal, al zafiro, al rubí ardiente,  
Que por las cimbrias vuelan de su frente.

En el redondo cerco, que enlosado  
De alabastro y de pórfido parece,  
Un firme globo en aire fabricado,  
Con variedades mil crece y decrece:  
Y en otras cien colúνας levantado  
De carbuncos un cielo resplandeco,  
Con una y otra y otra torre; y dellas  
Las que mas se levantan son mas bellas.

La postrera de todas, que en altura  
A las delgadas nubes se adelanta,  
Con luz de su divina arquitectura,  
Mientras mas se contempla mas espanta,  
Donde en nuevos primores su escultura  
La máquina feliz cierra, con cuanta  
Beldad y gracia puede en esta parte  
Decir la lengua, y alcanzar el arte.

De alados hombres, y en la mano un peso,  
Con que el viento nos pesa de la vida,  
Grave en los males, y en el bien sin seso,

Y siempre en ambas partes de partida,  
El viejo tiempo, universal proceso  
De las edades, carga desabrida,  
De giralda servia en esta torre,  
Que el tiempo vuela adonde su airo corre.

Y al gran discurso del reloj mudable  
Volcando el mundo va de rueda en rueda,  
Y tras él la fortuna, que de inestable  
Jamás supo tener la suya queda:  
Yendo en carrera y curso irreparable  
La corta vida humana, hasta que queda,  
Deshilvanando el tiempo lisonjero  
Un día y otro y otro, en el postrero.

De preciosos colores matizadas,  
Por las salas y patios anchurosos,  
Bellas historias, fábulas preñadas  
De doblados centauros belicosos,  
Del niño amor empresas regaladas,  
De su padre los rayos poderosos,  
Con cuanto el mundo oyó, y la fama gira  
En sus cien ojos si con tantos mira.

Los imperios, gobiernos, monarquías



De Persas, Medos, Griegos y Romanos  
Su crecer y menguar, y las porfías  
De astutos Mirmidones y Troyanos:  
Las sirenas, selenos y arpías,

El Itacense y sus naufragios vanos,  
Niobes, Progenes, Cleópatras, Lucrecias,  
Unas crueles, locas, y otras necias.  
Aquí Augustos, Pompoyos, Scipiones,



Allí Atilas, Yugurtas y Anibales,  
Crasos, Círos, Mecencios, Licaones,  
Scilas y Marios, Prognos y Tubales:  
Para cada Torcato hay dos Nerones,  
Que siempre es poco el bien, muchos los males:  
Arcos, torres, pirámides, colosos,  
Obras vanas do pechos ambiciosos.

Al fin cuanto en el mundo ha merecido  
En famoso pregon ser celebrado,  
Libre de la polilla del olvido,  
Por privilegio y cédula del hado,  
Con eternos buriles esculpido,  
O con pincel divino dibujado,  
En aquel templo esférico servia  
De agradable inmortal tapicería.

Altivos hechos del valor de España  
En cuadros de oro daban resplandores,  
Cuyos colosos de grandeza estraña  
De los mas altos quedan superiores:  
A donde al bronce que la vista engaña  
Su rica estatua dió nuevos primores,  
Con los diestros buriles de la fama,  
Que á eterna duracion la suya llama.

»Esta le dijo Apolo, en nombre eterno  
Aquí del tuyo queda consagrada,  
A quien tu duro brazo, ahora tierno,  
Dejará de grandezas coronada;  
Y aunque entre nieblas de un prolijo invierno  
Por estos ocho siglos olvidada,  
Sin la luz volará que ahora tiene,  
Ni esto te entibie, ni tu espada enfrene.

Que apenas de los dos planetas de oro  
La magna conjuncion que ayer se hizo  
En el frio Sagitario al pueblo moro  
Favorable, y su cetro advenedizo;  
A España entero volverá el tesoro,  
Que su infeliz concurso le deshizo,  
Cuando segunda vez tu heroico nombre,  
Como tu espada ahora el mundo asombre.

Digo que cuando el orbe goce desta  
Séptima conjuncion las maravillas,  
Y España en su primer grandeza puesta  
De una silla real haga sus sillars;  
De un ramo de laurel desta floresta  
En una nacerá de dos Castillas,  
A vueltas de otros cisnes una pluma,  
Que á tus hechos dará compendio y suma.

Entonces volverá florido al mundo  
Tu nombre con el suyo renovado,  
De los senos sacando el profundo  
Lo que de tí allí tiene escrito el hado:  
Tú serás el primero, él el segundo,  
Ambos de un mismo nombre y un cuidado,  
Tú en hacer con tu espada maravillas,  
Y él con su humilde pluma en escribillas.»

Dijo, y del templo á la famosa fuente,  
Que abrió en un risco la uña de Pegaso,  
En medio el escudron resplandeciente,  
Que al mundo luz, y fama da al Parnaso,  
Venia Bernardo, cuando á su corriente  
El gajo de una Peña toreó el paso;  
Saltóle el agua al rostro, y al ruido  
Huyó á esconderse cuanto vió dormido.

Hallóse dentro en la sagrada cueva  
Sobre las secas yerbas recostado,  
De que poco antes se hizo cama nueva,  
Y á la dama labró un humilde estrado:  
Y aunque el sueño huyó en bastante prueba  
De no ser todo sueño lo soñado,  
Mojado se halló el rostro del rocío,  
Que al caliente Morfeo volvió frio.

Y bien que no de la agua del Parnaso,  
Era al fin de las ramas y maleza,  
De que cercado estaba, y Olla acaso  
Las sacudió al pasar con la cabeza:

Salíó con gusto enflaquecido y liso,  
Dejando de la cueva la aspereza,  
Y con la dama de la suya al lado  
A buscar se dispuso algun poblado.

Por una senda de la selva espesa,  
Que al primer paso sin pensar les vino,  
A buscar el lugar donde atraviesa  
De comun parecer abren camino:  
Y cuando el sol el dia en igual pesa  
A un arroyo llegaron cristalino;  
Que su frescura entre el calor paria  
Deseos de tenerle compañía.

Su alegre sombra, y la encalmada siesta  
La bella china dieron desmayada  
Y al ruido de la fuente y la floresta  
Entre la yerba en sueño sepultada:  
Y su jóven, el alma en bandos puesta,  
La cabeza en la mano reclinada;  
A pesar de cuidados, el florido  
Prado á un tiempo tambien le vió dormido.

Mas en tanto que al breve sueño un rato  
Del fiel cuidado afloja la memoria  
El sucesor del español Viriato,  
De su valor retrato y de su gloria,  
Quiero por principal, ó por ornato  
Al grave asunto desta heroica historia,  
Satisfacer á una pequena duda,  
Que cobrar podria lengua, aunque está muda.

Yo digo del furor del sueño estraño  
Que á Bernardo alteró la fantasia,  
¿Si fue mágico embuste, ó ciego engaño,  
Que le antojaba ver lo que no via?  
¿Si era fingido ó verdadero el daño,  
Que en los collados del Parnaso hacia  
Aquel monstruoso ejército de gente,  
Rendida al golpe de su espada ardiente?

Los mas condenan por fingido el caso,  
Vana imaginacion, sombras de viento,  
Que sucesos de Musas y Parnaso,  
Mas que historia y verdad, parecen cuento:  
¿Quién jamás vió la fuente de Pegaso?  
¿Quién de Helicon supo el propio asiento?  
Las Musas, y su rubio presidente,  
Sueños de Homero ¿quién los hizo gente?

Solo para quedar soñado es bueno  
El cuento, dice el émulo envidioso,  
Y bien que de alma y de doctrina lleno,  
Causado en lo demás y sospechoso:  
Yo ahora ni lo apruebo ni condeno,  
O sea verdadero, ó fabuloso;  
Lo siguiente es verdad, lo demás quede  
A quien con discrecion juzgarlo puede.

De Peñalonga un real sepulcro antiguo  
Nombre ilustre conserva de Bernardo,  
Y el tiempo de grandezas enemigo  
Su fino jaspe ha vuelto en mármol pardo:  
Este por ser de su valor testigo,  
Y el bulto verde, pecho tan gallardo,  
Y su arnés de enemiga sangre tinto,  
Abrir mandó el invicto Carlos Quinto.

Abriéronlo, y hallaron hecho tierra  
El que antes asombro de los hombres  
Porque del que asombró vivo en la guerra,  
De que sea polvo tú tambien te asombres:  
Al fin cuanto la antigua tumba encierra  
Es eco de los célebres renombres  
Que en el mundo alcanzó su brazo fuerte,  
Y allí volvió ceniza el de la muerte.

Pasó el César despues que á los famosos  
Huesos honra añadió con su presencia,  
Y uno de los que en ojos cuidadosos  
Del sepulcro notaron la escelencia;  
Vió que de aquellos miembros belicosos  
La fria ceniza hacia diferencia:  
Y á la heroica cabeza levantada



Algo de antigüedad daba almohada.

Metió la mano, y encontró de acero

Un cofre, y retiróla sin sacalle,

Que la golosa hambre del dinero

A solas, si oro es, quiere gozalle:

Volvio de noche, y al que un mundo entero

Temió, no teme ahora de roballe

En su quietud un ánimo avariento,

Que lo suele asombrar con aire el viento.

Sacó del tiempo el cofre consumido,

Y dentro dél en otro rico de oro

Vió un libro en sus cubiertas repartido

A su hidrópica sed largo tesoro:

Abriólo, y en lenguaje desabrido,

Aunque en estilo y discurrir sonoro,

De Bernardo halló, y desta victoria,

En graves versos una heróica historia.

Dióle avariento premio á su trabajo

Del escondido cofre el oro fino,

Y el rico libro por humilde y bajo

De mano en mano á las de un sabio vino,

Que un día á las mias por favor le trajo,

O en desden, ó en espíritu adivino,

De que en el mio había atrevimiento

Al arrojado antojo de su cuento.

Toméle, y de su amor en los engaños

Mi ciega juventud entretenia,

Y notando los nombres y los años,

¿Si habla, dije, de mi esta profecía?

Glorias tan altas, casos tan estraños,

¿Contar sabrá la humilde pluma mia?

¿Tanto por dicha bajarán el vuelo

Los que un tiempo volaron por el cielo?

Y entre el temer y osar, un nuevo aliento

Divino ó natural nació en mi pluma,

Para hacer, conforme á mi talento,

Del grande libro una pequeña suma:

Este es de mi alta historia el fundamento;

Quien no quiera agraviarme, no presuma

Que yo para su adorno y elegancia

Cosa le añada ó quite de importancia.

El sueño fue verdad, y esto sin duda

Ser este el no sabido fundamento,

De que un plebeyo vulgo en lengua ruda

Tantos groseros poemas siembre al viento;

Pues para que en fecundo parto acuda

La madura preñez de un pensamiento,

Conviene que el ardiente seso alumbre

De Temis santa la divina lumbre.

Ya en esto de Bernardo el sueño apenas

Vista y sentidos le dejó encantados,

Cuando unas voces de alboroto llenas

De quietos los dejaron alterados:

Y del corriente arroyo en las arenas

Una doncella en pasos desmayados

Caida vió, que llena de agonía

La ardiente boca de un león buía.

Llegó el rojo animal sobre la fuente,

O cebado en la tímida doncella,

O en insufrible sed, la siesta ardiente

Del monte le bajase á beber della:

Dió el español un salto diligente

Conque al chocar de encuentro le atropella,

Y de otro golpe con destreza rara

A un tiempo le destronca y desquijara:

No con mas brio, ni pecho mas gallardo,

En lo ancho del Nemeo bosque umbroso,

De Alcúmena solia el gran bastardo

Un león destrozar, rendir un oso,

Ni el que puesto en los signos por resguardo

Bochornos llueve al mundo caluroso

Con mas valientes garras mide el cielo,

Que el que muerto envió Bernardo al suelo

Libre la dama ya del primer llanto

Conque animaba su veloz huida

Los temores perdió, mas no el espanto

De aquel valor que le amparó la vida:

Y ya desahogado el pecho tanto,

Que aliento dió á la voz enflaquecida,

«¡Oh valiente mancebo! el cielo al modo

De tu brazo te dé la diela en todo.»

Dijo, y al márgen de la fresca fuente

Con Olfa fue á sentarse, que agradada

De su gallardo talle, en el presente

Sobresalto la vuelve reportada:

Y ella, «¡oh alegre beldad! dichosamente,

Dijo, del mismo Marte acompañada,

Bien es tal hermosa y gracia dina

De ser dueño de joya tan divina.

Y si lo sois, señora, cual sospecho,

Deste gallardo brazo peregrino,

Decidme ¿dónde por aquí derecho

Para mi bien tomastes el camino?

Si por ventura vais, como sospecho,

A las fiestas de Acaya, yo adivino

Que Crisálba saldrá del triste aprieto

En que la tiene un bárbaro sugeto.»

Con nuevas rosas refrescando el mayo

De ambas mejillas respondió la dama:

«No sé que sea señora del que travo,

Ni que él tenga otro dueño que á su fama,

Si ya de un sol el poderoso rayo

Nos ha hecho á él y á mi siervos de una ama:

De fiestas no sabemos que las haya,

Que el mar cual veis nos escupió en la playa.»

Bernardo ufano en la sagaz respuesta,

Que el seso dió de la prudente china,

¿Adónde, ó por qué fin se hace la fiesta?

A la doncella pide peregrina:

A quien ella, «señor, está propuesta

En Milene, ciudad circunvecina,

Donde Gloricia por mayor tesoro

Guarda á Crisálba en un castillo de oro.

Es Crisálba hija del señor de Creta,

De su tierra heredera obedecida,

Tierra á quien infeliz virtud secreta

En tristes llantos tiene consumida:

De adonde la Alemana huyó discreta

Con su nieta, que es alma de su vida,

Y la que en Creta es reina por empresa,

De Acaya es, antes de heredar, duquesa.

Tiene en Milene corte y real palacio

De su ancha mar en la espumosa raya,

Donde con grave pompa en largo espacio

Lo mejor de sus golfos atalaya:

Aquí desde el Lignio al mar Carpacio

Tributa y da su cristalina playa,

Para adorno y regalo de su corte,

Cuanto la Libia encierra, y mira el Norte.

Y aquí de cinco reyes comarcas

Pedidas fueron sus alegres bodas,

El rey de Licaonia, el de Romanos,

El de Sicilia, el de Corinto, y Rodas:

Pero su padre con temores vanos,

Viendo en su daño las demandas todas,

Con el acuerdo de su astuta abuela,

Que en el bien de la infanta se desvela,

En el real campo de Milene quiere

Alegres justas se hagan, donde acuda

A conquistar mujer quien la quisiere,

Con lanza que hable, y con la lengua muda;

Y que sea la duquesa de quien fuere

Mas valeroso, sin que quede en duda,

Si su padre le dió ó quitó imprudente

Esposo mas ó menos excelente.

Es nuestro rey Tifeo advenedizo

A estas ardientes islas de aquel suelo,

A quien el encubierto Norte hizo

Guerra ordinaria de importuno yelo:

Amor le trajo á Creta, allí su hechizo

De su patria olvidar le hizo el cielo,  
Y el cetro de gran duque de Colonia  
Al de Acaya trocó, y de Macedonia.

Un bárbaro Sajon su rico estado  
Por fuerza de armas usurpó á Gloria,  
Que de tesoros rica su hijo amado  
Huyó de la tiránica avaricia:  
Y por volver al cetro despojado  
Solo un yerno magnánimo codicia,  
Y á este fin son las fiestas, y á esta fama  
Su clarín un entero mundo llama.

La codicia de joya tan preciosa  
Llena le dió de príncipes la tierra,  
Que por tal reino, y tan gallarda esposa,  
¿Quién del suyo no sale, y se destierra?  
Nunca ganaron mas bizarra diosa  
Los gigantes que al cielo hicieron guerra,  
Aunque ya con victoria en las estrellas  
A la luna escogieran las mas bellas.

Y sin los reinos que heredando viene  
Le da Gloria seis castillos de oro,  
Que el mundo todo en su caudal no tiene  
Junto ni repartido igual tesoro:  
Mas ya no hay cosa que su gusto llene,  
Todo es luto y temor, después que un moro,  
Que en Getulia nació, con brio orgulloso  
Subió también á pretension de esposo.

Es de alma aceda y desabrido trato,  
De miembros y estatura de gigante,  
Del vaporoso Encélado un retrato  
En brutal pecho y ánimo arrogante:  
Este en bárbaro estruendo y aparato  
A las fiestas llegó en bajel triunfante,  
Y el mismo día en orgulloso brio  
En un cartel fijó este desafío.

Que un año justará lanza por lanza  
Con cuantos presumieren estorballe  
De la bella Crisálida esperanza,  
De que ya goza, de gozar su talle:  
Hoy hace un mes que con feroz pujanza  
Su partido defiende, sin que halle  
Quien la segunda justa le mantenga,  
Y al suelo del primer chocar no venga.

Esto tiene asombrada á la princesa,  
La corte puesta en confusion y espanto,  
Que si el bárbaro sale con la empresa  
Las tristes fiestas pararán en llanto:  
Ayer fue la primer jornada, y esa  
Quedó por suya, y hoy será otro tanto,  
Y lo mismo también será mañana,  
Que á un atrevido todo se le allana.

Yo á una cercana fortaleza puesta  
Sobre la mar á prevenir venia,  
Para mayor adorno de la fiesta,  
Ciertos bajeles que en su puerto habia:  
Y al pié de un árbol, por pasar la siesta,  
Apenas me incliné, cuando salia  
Del bosque este leon, y el monte abajo  
A conocer vuestro valor me trajo.

Así dijo Faustina, y por la senda  
Que el bosque para hallar la fuente tiene  
Un caballero vieron, que de rienda  
Guiando un palafren gallardo viene:  
Llegó, y viendo al leonés, que sin contienda  
Al fresco con las damas se entretiene,  
«A sazón, dijo, vengo en que fortuna  
Hará de dos beldades mía la una.

Yo traigo palafren, tú no le tienes,  
Que aun á tí no te veo con caballo,  
Si ya no eres tan bravo que ahora vienes  
A las fiestas de Acaya á procurarlo:»  
«A la voz, respondió, de tus desdenes,  
¿Qué podré yo hacer sino otorgarlo?»  
Cuando la otra doncella con gran brio  
A voces dijo, «el palafren es mio.»

«Yo, señora, le hallé en esta floresta,  
Y sease vuestro alor sin porfia,  
Aqui en paz le teneis, si estais dispuesta  
De mi gusto á seguir la compañía:»  
«A bien poco trabajo está conquistada,  
Bernardo dijo, la pasión que ardia:

Vos, señora, mirad si os está á cuento  
La gran persona y noble ofrecimiento,  
Que yo á pié ¿cómo puedo defenderos  
De un orgulloso pecho así valiente,  
Que relorzado en el placer de veros.  
Será á un entero campo suficiente?»  
Rieronse las dos, y el de los fieros,  
Viéndose desdenar del de la fuente,

Poniendo con furor mano á su espada,  
Le envió por respuesta una estocada,  
Reparóla Bernardo en el escudo,  
Dando paso á la furia del caballo,  
Que lo arrojó sobre él con cuanta pudo,  
Para de aquel encuentro atropellarlo:  
Mas asiendo las riendas por el nudo,  
A las ancas saltó, y al despeñallo,  
De la grabada silla, en lo profundo

Del lago de cristal lo escondió al mundo,  
Quedó el valiente en la caída estrañado,  
Del golpe y armas ahogado y muerto,  
Y la griega doncella en ver la hazaña  
La vista absorta, y el cabello yerto:  
La aguda china dijo, «á la gran saña,  
Y al vivo fuego del amor despierto,  
Para templarlos en su ardiente fragua,  
Pues la razón no pudo, pueda el agua.

Y bien que de la súbita presteza  
Dejarme ahora de admirar no puedo,  
Ni celebrar la diestra gentileza,  
Que á la una dió favor, y á la otra miedo:  
No se si le dé nombre de grandeza,  
Desta segunda hazaña á su denuesto,  
Porque es golpe inferior, y no empareja,  
Que el que un leon mató, mate una oveja.

Rieron desto, y ya el leonés queria  
A la ciudad partirse á ver la fiesta,  
Cuando una tropa vieron que venia  
Con un jayan bajando por la cuesta:  
Aguardaron por ver lo que seria,  
Y viendo al que salió de la floresta  
Muerto en la fuente, el espantoso Oronte,  
De un doloroso grito asombró el monte.

Era Oronte del Rey Getulio Argante  
Vasallo, y de su guarda: y el difunto  
Querida preuda del feroz gigante,  
Y de su condicion vivo trasunto:  
Dió en verle muerto un grito resonante,  
Y voz, alfange, y golpe todo junto  
A la venganza echó, que en rabia loco  
Un mundo para hacerla fuera poco.

Dió escudo el español, y hallando alzada  
La visera al jayan, con tan buen tino  
Metió una punta, que sacó la espada  
De los ojos la luz al mas vecino:  
Y pasando al celebró la estocada,  
Fuera de sí tras ella al suelo vino,  
Y los seis sobre el bravo leon de España,  
A quitarle la gloria de su hazaña.

Cinco golpes á un tiempo larga pieza  
Traspás le hicieron dar por un ribazo,  
Cuando otro le encontró con tal presteza,  
Que ambos del prado fueron al regazo:  
Cayó sobre el jayan, cuya braveza,  
Así en ansia mortal, y estrecho abrazo  
Le tuvo, que pudieran sin saltalle,  
O prendelle los suyos, ó matalle.

Mas mientras que el mas diestro se detiene  
En dejar el caballo, con su daga  
El lazo rompe que á su brazo tiene,

Que nuevas pruebas de quien es no haga.  
Y al uno de los seis que sobre él viene,  
Por mas ligero le libró la paga  
En un revés, con que en el suelo lacio  
En un pié le dejó porque ande á espacio.

Y entre los otros cinco se revuelve  
Con tal desenvoltura, y tal desvío,  
Que á este amaga, á aquel da, y al otro vuelve,  
Y al mas brioso le refrena el brio:  
Al uno las entrañas le desvuelve  
De un golpe, y de otro al otro deja frio:  
Un caballero entre los seis venia,  
Que en ninguna deidad ni ley creia.

Hijo de una judía y de un pagano,  
Nacido en lo mejor de Palestina,  
Que fue un tiempo rabi, y otro cristiano,  
Gentil, y de la secta sarracina,  
Maniqueo, talmudista, y arriano,  
Y ahora á ninguna religion se inclina,  
Creiendo que es para cuidar del suelo  
Miembro distante, y apartado el cielo.

Este con tal coraje y desatino  
Al valiente guerrero perseguia:  
Que en el herir y entrar, al torbellino  
De sus confusas leyes parecia:  
Hasta que al vuelo de un revés le vino  
A la espada al leonés, con que lo envia  
A averiguar de espacio en el infierno,  
Que secta gasta allá mas fuego eterno.

Murió, y de los guerreros y el gigante  
A pocos golpes no quedaron vivos,  
Sino un zegrí que le hurtó delante,  
Mas que el acero pasos fugitivos,  
Y el que una pierna el golpe penetrante  
De la espada le echó de los estribos,  
Que apremiado contó al valiente godo  
De la traicion del falso Argante el modo.

La fuerza de la mar que la doncella  
De la princesa á prevenir veia,  
Hecho el jayan aleva dueño della,  
A dar aviso al falso rey volvia;  
Que por robar á la duquesa bella  
Seis mil corvos alfanges de Turquia  
Dentro sembró á traicion, y á dar el corte  
En el robo infeliz volvia á la corte.

A Faustina asombró la triste historia  
Del que sin la acabar se acaba y muere,  
Y á hacer con tiempo la traicion notoria,  
Partir con alas si las halla quiere:  
Y el dueño singular de la victoria,  
Que el grave riesgo de la infanta infiere,  
Seguilla piensa, y con su invicto brazo  
De la oscura traicion romper el lazo:

Vuelan los tres las dos pequeñas millas,  
Que de la real ciudad nació la fuente,  
Y en la plaza entre nuevas maravillas  
Al rey Argante miran, y á su gente;  
Y que á sus lanzas sin poder sufrillas,  
Las demás se le dan calladamente,  
Cuando á la plaza por la calle opuesta  
Un caballero entró á aumentar la fiesta:

Cubierto de enlutada sobrevista,  
El caballo tambien negro enlutado,  
Blanca en la frente una pequeña lista,  
De ambas las manos y de un pié calzado,  
De hermoso talle, y de gallarda vista,  
Lozano huello, altivo desenfado,  
Y hacia Argante se fue, que oyendo estaba  
Diferentes las nuevas que esperaba.

Pidióle justa, y él con el disgusto  
De la contraria desabrida nuova,  
Furioso respondió, «de mejor gusto  
La batalla haria á toda prueba:»  
«Así sea,» replicó el valor robusto,  
Antes cortés, y una dorada greva

Por gaje le arrojó, y para enconrallo,  
Como con alas revolvió el caballo.

Suspendióse la plaza, estuvo quedo  
El viento, y en los pechos mas briosos,  
O sea de sobresalto, ó sea de miedo,  
Darse latidos vieron presurosos:  
Y partiendo ambos en igual desnudo,  
Al chocar los encuentros poderosos,  
Sembró hechas astillas por el aire  
Ambas lanzas la furia y el donaire.

Como dos huecas nubes retocadas  
De azul retinto, y lóbregos asientos,  
Si de contrarios humos amasadas  
Las impelen tambien contrarios vientos,  
Del cierzo y austro ardiente arrebatadas  
Al encontrarse dejan sus violentos  
Vapores de los rayos y los truenos,  
Las vistas ciegas, y los aires llenos;

Así del uno y otro caballero  
En los firmes encuentros resurtia  
El ronco son del relevado acero,  
Que el aire de relámpagos cubria:  
El de lo negro, en firme y en ligero,  
Un morcillo centauro parecia,  
Que sin que nada baste á perturbarlo  
Nacido va inmutable en su caballo.

Y aunque Argante tambien guardó la silla,  
De dos ningun estribo guardar pudo,  
Hincó al pasar el bayo una rodilla,  
Y su dueño perdió lanza y escudo:  
El pueblo en ver que el hábaro se humilla  
Trocó en alegre fiesta el estar mudo,  
Y él corrido del caso no pensado,  
De vergüenza quedó y temor turbado.

Bien que blandiendo la desnuda espada  
Vuelve buscando alegre á su enemigo,  
Que cabe él con la suya levantada,  
«Primero, dijo, quiero como amigo  
Tu nombre conocer, si á la jornada  
Encubrir no te importa lo que digo:  
Argante, rey de Fez, porque te asombre,  
Sabrás, sino lo sabes, que es mi nombre.»

«El tirano, no el rey, dijo el del luto,  
Que el verdadero rey tú le mataste,  
Y en fe traidora, y pecho disoluto,  
De su heredera el reino despojaste;  
Y pues mi espada el pretendido fruto  
De su venida halló, lo dicho baste,  
Que de los dos al uno por concierto  
Sobre esta causa herede el campo, muerto.»

«Como lo pides,» le respondió Argante,  
Y haciendo á un tiempo golpe las espadas,  
Con solo aquel, en opinion bastante  
Sus personas dejaron aprobadas:  
Y el del luto á su yelmo resonante  
De estrellas vió las bóvedas sembradas,  
Y asimismo con ellas, y su cielo,  
En grandes riesgos de venir al suelo.

El tirano de Fez sobre el caballo  
Por la plaza fue un rato sin sentido,  
Y aunque pudo el del luto degollarlo,  
Quiso mas que valiente comedido  
Que vuelva sobre sí por no matarlo,  
Como él á su señor mató dormido:  
Volvió en su acuerdo, y vió del yelmo de oro  
Por el suelo sembrado su tesoro;

Y del trenzado arnés la rubia malla,  
Que el prado argenta, y su contrario fuerte,  
Que no estimando el fin de la batalla  
Le aguarda sin temor: vió el de la muerte,  
Que aun en los pechos bárbaros se halla,  
Y él que la suya irreparable advierte:  
«Si es forzoso morir, muera conmigo,  
Dijo, á pesar del cielo, mi enemigo.»

Y llegando al que intrépido le espera,

Sobre él un golpe y otro y otro envía  
Tal, que un medroso ciego el son tuviera  
Por de una sonora herrería:

La duquesa de Acaya, que ya entera  
La encubierta traición del rey sabía  
De su doncella, y el valor bastante  
Del que el león mató y rindió al gigante:

Pagada de la fama y gentileza  
Del que mirando la batalla estaba,  
Y de ver deseosa la braveza,  
Que su doncella de alabar no acaba:  
Un caballo que el viento en ligereza  
La suya le prestó, y le azota y lava  
Mas penachos de perlas en la frente,  
Que el alba cuaja sobre el mar de Oriente:

Tascando nieve el espumante freno,  
De fina plata y clavos de oro herrado,  
Rayó á la vista, y al oído trueno,  
En el curso veloz y atropellado:  
Del fuego que las manos siembran lleno  
El precioso aderezo de brocado,  
Con sobrevesta orlada de cupidos  
En llamas de oro, y de rubis ceñidos:

Y una lanza también grabada de oro  
Le envió con la doncella, y á rogalle  
Rompa en servicio suyo aquel tesoro  
Con el de mayor brío y mejor talle:  
Y si de la otra se escapare el moro,  
Nadie de aquella ya pueda escapalle,  
Ni su traición le ayude, ni le valga  
Mahoma, aunque á ello del infierno salga.

Recibiólo, y en modo cortesano,  
Agradeciendo el don, dijo á Faustina,  
«Tan heroica merced, y de tal mano,  
De un monarca del mundo fuera dina:  
Ni hay que temer ya al bárbaro africano,  
Pues en notorio descaecer declina,  
Y quien ponerle pudo en tal estrecho,  
No le dará á otra espada de provecho.»

Ni se engañaba el español guerrero,  
Que el del luto de suerte le traía,  
Que mas de roja sangre que de acero  
El fino arnés grabado parecía:  
Y él viendo á su contrario tan entero,  
Que aun en sus armas mella no tenía,  
A riesgo de morir, matando quiere  
Matar á quien le mata, pues que muere.

Cerró con él á ejecutar su intento,  
Sin reparar á tiempo un alitibajo;  
Que en golpe fue cortando tan violento,  
Que el brazo del escudo le echó abajo:  
Y al ya vencido moro sin aliento,  
Al caer del caballo, un diestro tajo  
Así á compás corrió su ligereza,  
Que arrebató á los hombros la cabeza.

Miró la plaza en suspension notable,  
Hecho piezas el rey de Berbería,  
Que aun no dos horas antes espantable  
Los hombres solo con mirar venía:  
Cogió su gente el cuerpo miserable,  
Que un destroncado robie parecía,  
Y el vencedor con gallardía robusta  
En su puesto se puso á esperar justa.

No venia de intento á ver las fiestas,  
Sino á vengar á Flérida de Argante,  
Que en él sus nuevas esperanzas puestas,  
Para hacerlo le dió poder bastante:  
Mas viendo sin pensar tan bien dispuestas  
Sus pretensiones, quiso en lo restante  
Probar la gentileza y gallardía  
Que en los valientes de aquel reino había.

Salió el duque de Arcadia valeroso,  
El joven rey de Tebas, y Erinanto,  
Salió el robusto Ménalo furioso,  
Que á todos daba su grandeza espanto:

El jayán Adargusto pavoroso,  
Por vengar de su muerto rey el llanto,  
Salió también, mas uno á uno todos  
Al suelo fueron por diversos modos.

Y sin hacer desden ni movimiento,  
Ni revés el caballo ni mudanza,  
Diez derribó de los de mas aliento,  
Y algunos dellos sin romper la lanza;  
Con tanto gusto y general contento,  
Como si cada uno su esperanza  
Empleada la tuviera por entero  
En el brazo y valor del caballero.

Bernardo aficionado á su destreza  
Quisírale probar sin enfadalle,  
Que ha hecho tanto en tan pequeña pieza,  
Que pedirle mas justa es agravialle:  
Mas viendo que mil soles de belleza  
Del real balcón le hablan con miralle,  
Que en verle sin justar toda la tarde  
Le tendrán por remiso, ó por cobarde:

Llegando al bravo y singular guerrero,  
«Aunque parezca, dijo, desacato  
Demandar nueva justa á un caballero,  
Que tanto ha hecho en tan pequeño rato;  
Ese heroico valor, que tan entero  
Se muestra, es quien nos vende por barato  
El pundonor de ser vuestro vencido,  
Por el riesgo y dolor de haber caído.

Y así no os causará, señor, disgusto  
Añadiros de nuevo esta victoria,  
Que nadie justa ya, ni yo ahora justo  
Para usurparos la alcanzada gloria:  
Mas por un rato de solaz y gusto,  
O altiva presunción y vanagloria,  
De no salir de aquí (decirlo quiero)  
Sin probar lanza de tan gran guerrero.»

Dijo, y sin responder á sus razones,  
Mas que con una humilde cortesía,  
Dieron á un tiempo vuelta los frisonos,  
Que el mas pesado una ave parecía:  
Y con iguales términos y acciones  
De gentil apostura y gallardía,  
Hundiendo vuelven con furor la tierra.  
Los dos soberbios rayos de la guerra.

Volaron por el aire las astillas  
De las quebradas lanzas, los guerreros  
Tan firmes y compuestos en las sillas,  
Como si fueran pajas sus aceros:  
Ni los ojos pudieron percibillas,  
Ni la herida de golpes tan ligeros;  
Ellos solos en modo extraordinario  
Cada uno se admiró de su contrario.

Toman segundas lanzas escogidas,  
Y armándose de nueva fortaleza,  
Por el cielo en astillas esparcidas  
Asombros dió á la plaza su braveza:  
Procuran otras, y otras mas fornidas,  
Y estimando del otro la destreza  
Cada uno á propia mengua, á cada encuentro  
La tierra hacían temblar hasta su centro.

Seis veces se encontraron, y en seis truenos  
La ciudad resonó, cuando el del luto,  
Quizá temiendo en algo el ir á menos,  
Sacó la espada, y dijo resolutivo:  
«Esta mejor decir podrá alomenos,  
Si ya romper mas lanzas es sin fruto,  
Cuya ha de ser deste solaz la gloria,  
Pues para dos no es harto una victoria.»

El español, si con su honor cumpliera,  
De gusto le rindiera la batalla  
Por su propia afición, y porque fuera  
Contento general el excusalla:  
Mas viendo acometerse, sacó fuera  
De la vaina la espada, y al sacalla  
Dijo, «por esta juro, que contigo

Mas deseo obras de amor, que de enemigo.»

Mas el del luto, ó ya por el coraje  
De no poder vencer un caballero,  
O porque á punto no entendió el lenguaje,  
Por respuesta le dió sobre el plumero  
Un golpe tal, que hizo que se abaje  
Mal de su grado hasta el acion primero,  
Que tiene á desenvuelta villanía  
Que le hablen sin hacelle cortesia.

Perdió con esto el godo el sufrimiento,  
Y hecho nueva serpiente ardiendo en ira,  
Un golpe y otro, y otro en firme aliento  
Le da, le carga, le redobla, y tira:  
Y él dando escudo á su furor violento,  
Ni por ellos se aparta ni retira,  
Antes así con su rigor revive,

Que dos le da por uno que recibe.  
Arde el ciego furor, arden sañudos  
En el fuego que escupen los arneses,  
Y sin hacer reparo en los escudos  
Mil tajos se ejecutan y reveses:  
Que el mismo enojo que los tiene mudos,  
De compuesto los hace descortesés,  
Y no curar de tiempos ni posturas,  
Ni otras sin para qué desenvolturas.

Mas á todo rigor por lo mas breve  
La muerte se procuran de ordinario,  
Tan juntos al herirse, que se bebe  
El aliento cada uno del contrario,  
Así bravos, que á verlos no se atreve  
El vulgo en gustos y opiniones vario,  
Antes en furia popular robusta  
Dar treguas quiso á la batalla injusta.

Hirió el del luto al español de punta  
Por medio de los pechos con tal fuerza,  
Que la cabeza con las ancas junta  
El cuerpo le hace con dolor que tuerza;  
Y otra tras ella al corazon le apunta  
Por debajo del peto, que era fuerza,  
A no torcerse sin pensar la espada,  
Quedar la injusta brega rematada.

Mas paró en un rasguño el riesgo todo,  
Aunque la sangre que sacó la espada,  
Si en lo fino mostró que era de godo,  
Mejor lo descubrió en quedar vengada;  
Que aferrando la suya, de tal modo  
Le asentó la respuesta en la celada,  
Que la plaza asombró, y el ya confuso  
Seso, que dentro estaba, perdió el uso.

No reforzado tiro de bombarda,  
De vivo azufre y de salitre lleno,  
A quien el fuego en descender mas tarda  
Que él en formar de su estampida el trueno;  
Ni respuesta envió en la nube parda  
Mas presta, ni del aire el hueco seno,  
Al escupir sonó el rayo encendido  
En mas medroso y súbito ruido.

Arrodilló el caballo ambas las manos,  
Y caida en las ancas la cabeza,  
A su dueño llevó en clamores vanos  
Sin tiento por la plaza larga pieza:  
Quedaron los del muerto Argante ufanos:  
Usar del poder todo no es grandeza,  
Y así el joven no quiso, aunque herido,  
Su furia ejecutar en un rendido.

Volvió á la vida, cuando ya por muerto  
La plaza le lloraba; y vuelve, y mira  
Cuan cerca della estuvo, y cuan cubierto  
De gloria su contrario se retira:  
El destrozado escudo sin concierto  
De envidia arroja, y de dolor suspira,  
Y á la venganza llama al enemigo,  
Que antes merece premio que castigo.

Corre á dar muerte el uno, el otro atiende  
En bizarro ademán: llegan, y á un punto

Sobre cada uno de los dos descende  
Del contrario rigor el poder junto,  
Con que de nuevo así el herir se enciende,  
Que de la muerte son vivo trasunto,  
Y forzoso llorar al uno muerto,  
Si ya no es morir ambos lo mas cierto.

Tienen al pueblo oscuro deslumbrado  
De su herir los relámpagos dudosos,  
Que el día ya su luz se habia llevado  
Por esconderla á golpes tan furiosos:  
Cada uno del contrario está admirado,  
Y el mundo de ambos pechos valerosos,  
Y aunque es la igualdad grande, todavia  
No es del luto, si la hay, la mejoría.

Pudieran combatir á las vislumbres  
De los dorados rayos y centellas,  
Que en las grabadas armas la costumbre  
Del dar y resurtir volvian estrellas:  
Mas del palacio real pomposa lumbre  
De infinidad salió de antorchas bellas,  
Que á pesar de la oscura noche fria  
A la plaza salió de nuevo día.

Pareció con las luces mas hermosa  
Y de mayor espanto la batalla,  
En seis horas de tiempo así dudosa,  
Que un punto apenas de ventaja se halla:  
Cuando el bravo del luto en rabia airosa  
Se atrevió de una vez á rematalla,  
Y lanzándose á tiempo á su enemigo  
En duro abrazo le apretó consigo.

Hizo cada uno presa en su contrario,  
Y en ella mas vistosa la contienda,  
Porque del caracol revuelto y vario  
No hay quien la entrada ni salida entienda;  
Que al brio de los caballos voluntario  
El suyo dejan, sin curar de rienda,  
Y así en su lucha se asen y se ligan,  
Que á ellos les fuerzan que sus vueltas sigan.

Y aunque no por holgados ni lozanos  
Los frisonos rifaron á su modo,  
Y altas las manos con relinchos vanos  
Sacó el moreillo en alto el cuerpo todo;  
Y su dueño en las garras de las manos  
De la cabeza el fino yelmo al godo,  
Que por desencajarle de la silla  
No le dejó de aquel vaiven hebillas.

Y dando la victoria por ganada  
Caer le deja, y de su espada afierra,  
Cuando en él la hermosa vió estremada,  
Que viva en su feliz memoria encierra:  
Y en nueva admiracion la ativa espada  
Con furia arroja á la sangrienta tierra,  
Y «¡ay triste!» dice, y tras el ay profundo  
«¿Quién podía ser, sino la flor del mundo?»  
Goza como mereces la victoria,  
Y el rico venturoso premio della,  
Que yo doy la ventaja por notoria  
A ti en valor, y en la ventura á ella:  
Dijo, y con arrogante vanagloria  
El caballo picó, y la plaza huella,  
Dejando convertido su denuedo  
En nueva admiracion el primer miedo.

El valiente español, que en el bastardo  
Resonar de la gente y pueblo rudo,  
Y con el alboroto y el resguardo  
De hacer nueva celada de su escudo,  
La oscura voz, y el ademan gallardo  
De su contrario fiel notar no pudo,  
Viéndole ahora salir de la batalla  
Como huyendo, está suspenso, y calla.  
Hasta que ya informado del suceso  
Con nueva admiracion sale á buscalle,  
Que tambien juzga por honrado escudo  
En corteses virtudes no igualalle:  
Quiere saber ¿quién es? y á saber eso



Riendas vuelve y espuelas al caballo,  
Por donde al parecer se le figura  
Que en sombras vuela de la noche oscura.

Quedó la alegre plaza alborotada  
Con la partida y el suceso raro,  
Y la cretense infanta mas pagada  
Del héroe invicto, y su valor preclaro:  
La ocasion del partirse oye turbada,  
Y en son que busca su favor y amparo,  
Al pueblo manda que su alcance siga,  
Y el peligro en que está sin él le diga.

Y él al cruzar por una angosta calle  
Una tropa encontró de caballeros,  
Y el uno, que jayan era en el talle,  
Previniendo á sus falsos compañeros:  
«Por aquí, dijo, es fácil atajalle,  
Y ver si le defienden sus aceros,  
A que se quede sin vengar la muerte  
De un rey tan desgraciado como fuerte.»

Bien sospechó el leonés que aquella junta  
A acometer salía á alguno, aleve,  
Y que si en ella le hay, el riesgo apunta,  
Al leal pecho á quien él la vida debe:  
Picó el caballo, y al tropel se junta,  
Y á la enemiga de la luz se atreve:  
No lo echaron de ver, y aunque de paso,  
De la intencion traidora entendió el caso.

El jayan Califerno, que el tirano  
Argante en Trípol hizo su regente,

Por vengar su debida muerte en vano  
La escuadra guía de alevosa gente:  
Y á la entrada de un bosque comarcano,  
Que al pueblo ciñe la almenada frente,  
Un caballero vieron que sin miedo,  
Por ver qué buscan dél, se estuvo quedo.

Conócenle en el brio, y cierra entera  
La espada, y al tropel de acometello,  
«Muera el traidor, dan voces, muera, muera,  
Que al rey de Fez mató sin merecello.»  
Mas el altivo aliento, que no fuera  
Un mundo poderoso á detene-  
Volvió, aunque sin espada y sin escudo,  
De enojo ciego, y de coraje mudo.

Y llevando de encuentro por delante  
Al que primero halló, sacó Bernardo  
Su espada, que á la parte del gigante  
Venía haciendo en atencion resguardo:  
Diciendo en voz y grito resonante,  
«Haceos afuera, ó espíritu gallardo,  
Que yo libre os daré del riesgo nuevo,  
O en él la vida perderé, que os debo.»

Y con la alegre voz en las estrellas,  
Y la tajante espada en Califerno,  
Echó de un golpe dos á vista dellas,  
Con la mitad se contentó el infierno:  
Y asombrando sus golpes y centellas  
Al quieto bosque su silencio eterno,  
La oscura brega urdieron de manera,



Que niugun vivo sin temor la viera.

El de las negras armas quo ha entendido  
De la traicion el riesgo peligroso,  
Y se ve de Bernardo socorrido,  
Y en el gigante el golpe monstruoso:  
De su mismo suceso inadvertido  
De la ocasion no alcanza el fin dudoso,  
Ni cual sea el que á buscarlo los traia  
Con el leal mancebo en compañía.

Mas entre estos cuidados diligente  
Así las armas juega, que á lo oscuro  
Del marañado bosque, el mas valiente  
Ni dél está ni su esgrimir seguro;  
Que en las espaldas uno, otro en la frente,  
Rayos su alfange da de acero puro,  
Y al lado del que allí le da su ayuda  
Un mundo entero acometer no duda.

Ya del jayan y veinte caballeros  
Solos quedaban ocho, cuando el uno,

Que por entre acebuches y romeros  
Al pié cayendo fue de un aceituno,  
De su cobarde espada los aceros  
A tiempo revolvió tan oportuno,  
Que al caballo del luto, aunque lozano,  
De las dos le dejó sin la una mano.

Vino caballo y caballero al suelo,  
Y por mal de quien fue el tropezon vino,  
Que de un diestro revés á todo vuelo  
Sin dos piés le dejó, y sin niugun tino:  
Y á coger otro potro con recelo  
Por el bosque se entró, y perdió el camino,  
Entrampado en sus árboles de modo,  
Que á volver no acertó al valiente godo.

Bien que él así se avino en su refriega,  
Que en breve rato no hubo sarracino,  
Que por la selva oscura, ó noche ciega,  
No abriese huyendo á su temor camino:  
Solo á los victoriosos dos les niega



Senda para encontrarse su destino,  
Que en tanto que con mas atenta oreja  
Se busca el uno al otro; mas se aleja.  
Y anegados sin guia en la espesura  
De poderse hallar pierden el tino,

Hasta que al descaecer la noche oscura  
El dia con sus risueños ojos vino...  
Despues diré del otro la ventura,  
Y á qué fin le guió su desatino,  
Que á Bernardo la luz que al alba guia



En la ciudad le halló cuando salía.

Donde el cansancio y falta de reposo,  
Que era le dijo de metal humano,  
De cuerpo ni divino ni glorioso,  
Ni como el de los cielos soberano:  
Y á reposar se entró al palacio hermoso,  
Que en suave modo y trato cortésano,  
Para rehacer su descaecido aliento  
Lo mejor le ofreció de su aposento.

### ALEGORIA.

Malgesi, que muestra á sus compañeros las imágenes del cielo, significa que el verdadero contemplativo no se ha de quedar en la consideración de las cosas humanas, sino levantar luego el vuelo á las superiores y celestiales. La dificultad de la subida del Parnaso significa la que á los principios se siente en el camino de la virtud, y en adquirir las ciencias humanas; y los monstruos del escuadrón de la ignorancia, las muchas que se hallan en las locuras del vulgo; y el heroico y célebre premio de la virtud, en la honrosa subida de Bernardo al templo de la inmortalidad. En el sepulcro suyo se muestra que las riquezas y fama del hombre virtuoso en todo tiempo son provechosas al mundo, y la gran luz que dan para ser imitados y seguidos.

## LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

ARGUMENTO. Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya, ofrécele Gloria á su nieta en casamiento, y él enamorado de Arcángelica se escusa con la prisión de sus padres: recibe una carta, y atormentado con ella trata de partirse. Crisálba hace gran sentimiento, y por no apartarse del, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia: Bernardo se lo concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una estraña aventura. Malgesi, volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la luna, y desde allí pasa á ver las de las Indias occidentales, donde el mago Tascalan le ataja el vuelo, y muestra las maravillas de su cueva.

O sea del envidioso Momo, ó sea  
Traza de otra deidad mas soberana,  
Que desde el celestial balcón otea,  
Y el curso rige de la vida humana;  
Cuanto de gusto en ella se desea  
Al nuestro acude al parecer sin gana,  
El bien medido, y su placer por tasa,  
Y los enfados como á propia casa.

Dicen que á envidia de la humana suerte,  
Los prevenidos dioses en su cielo,  
Al bien dieron y al mal nudo tan fuerte,  
Que ninguno bajó sin mezcla al suelo:  
La vida encadenaron con la muerte,  
Penas con glorias, gustos con recelo,  
Y la alegría, que de su cosecha  
De risa era, quedó de azares hecha.

Y aun si se dieran por medida iguales  
Las dos porciones de contrarios vinos,  
Pudieran beber, y los mortales  
De dos sendas abrieran mil caminos:  
Mas viene agitado el bien, puros los males,  
Tras un acierto, veinte desatinos,  
Que es varia la librea del engaño,  
Y la de la verdad de solo un paño.

Parece nuestro mundo humilde fuego,  
De aquellos que pisando las estrellas  
Sus tragedias contemplan, y enan ciego  
El hombre que es su autor camina en ellas:  
Llega á soplar para alumbrarse el fuego,  
Y saltarle á los ojos las centellas;  
Va el otro á su ocasión, y no se advierte  
Que en la que busca está la de su muerte.  
Camina Calíferno, y va liado,

Para salir con la traición urdida,  
En el que mas vecino lleva al lado,  
Y es el primero en le quitar la vida:  
Combate el caballero disfrazado,  
Y procura matar de una herida,  
A quien si antes de herirle conociera,  
La vida por salvar la suya diera.

Salíó á buscar el godo, y de hallado,  
Sin pensar le perdió, suspira, y calla,  
Que es siempre lo postrero, y mas guardado,  
Lo que se busca, cuando acaso se halla:  
Tambien el ciego bosque era liado,  
La oscura noche, y la infeliz batalla,  
Y el no saber la tierra, fueron causa

Del nuevo yerro, de sus gustos pausado.  
Bien creyó el español que volveria,  
El encubierto amigo á ver la tela,  
Que por ausencia suya mantenia,  
Y de solo su brazo la recela:  
Mas ni volvió aquel día ni otro día,  
Ni la gran voz que de su fama vuela.  
Le descubrió, ni de su arnés el rayo  
El sol volvió á enlutar del campo acayo.

Dieron las nunca vistas maravillas

De sus armas al godo declarado  
Por digno sucesor de las dos sillas  
De la Acaya, y del cretense estado;  
Y que ante la princesa de rodillas,  
De inmortales laureles coronado,  
El rico premio goce, y joya puesta  
A la honrosa victoria de la fiesta.

Subió en medio del griego pueblo ufano

Al real dosel el vencedor guerrero,  
Donde la infanta con gallarda mano  
La guirnalda y su amor le ofrece entero:  
Y él con bizarro estilo cortésano,  
«Señora, dijo, el premio verdadero  
Mio será, que el lauro se mejore,  
Donde el mundo le envidie, y yo le adore.

Y vuestra soberana frente sea  
Divino templo á su trofeo de gloria,  
Para que como yo pretendo vea  
Mas que los cielos alta mi victoria:  
Y á vos gallarda y celestial idea  
Tambien por premio quede y por memoria  
Deste humilde servicio, como es justo  
Entera libertad en vuestro gusto,  
Para elegir con él esposo dino  
A vuestro real valor y heroica casa,  
Sin que con temerario desatino  
Nadie en esto os dé ley ni ponga tasa:  
El solo sea la regla y el camino,  
Y de vuestra eleccion la libre basa,  
Que vos que habeis de dar al mundo leyes,  
No es bien que las tomeis de ajenos reyes.

Y si algun descompuesto caballero  
Por humilde interés violar quisiere  
Desta mi nueva libertad el fuero,  
Campo y armas señale, y sea quien fuere,  
Que la puerta del gusto no es de acero,  
Ni á Palas Venus sujetar se quiere,  
Antes sin estimar su escudo y lanza  
Sola y desnuda la victoria alcanza.»

Engrandeció el cretense señorío  
Del hidalgo español el noble intento,  
Perdió en oírle la princesa el brio,  
Celosa aun de su mismo pensamiento:  
No sabe si es de amor, ó si es desvío,  
El fin del generoso ofrecimiento,  
Que á un empeñado gusto en dulces bienes  
La alegre libertad sabe á desdenes.

Y hecha de un cielo de placer trasunto,  
Ahora de uno y luego de otro modo,  
De su amoroso pensamiento el punto  
Claro descubre al encubierto godo:

Y en fiestas puesto el griego reino junto  
A oñtreenle en gusto atiendo todo,  
Y ella en cuidados prevencion atenta  
De mil cosas le pide y le da cuenta.

Ya en agradables músicas, ya en cazas,  
El gusto y el placer se dan las manos,  
Y en reales mesas espumantes tazas  
La alegría hacen y el amor hermanos,  
Con que tú, oh niño celestial, eulazas  
De la doncella los cuidados vanos,  
Y de su ilustre huésped siempre á tiento  
De uno en otro se vuela el pensamiento.

Gloricia en tanto, á quien la oculta ciencia  
De sus mágicos versos adivina  
La masa real y heróica descendencia,  
Que al mundo en siglos por venir camina:  
Destas dos sangres, que hoy en diferencia  
Tiene el amor, y el cielo determina  
Que una se hagan, y su nudo santo  
Honra á la fama dé, y al suelo espanto.

Un día así con el valiente godo,  
En su real cuadra á solas retirada,  
«¡Oh valor, dijo, en quien por dulce modo  
De nuevo mi esperanza veo cifrada!  
Si el cielo no hizo diferente en todo  
Mi antiguo origen de tu patria amada,  
Y ahora ordena que aumentado quede,  
Con tu real sangre lo haga como puede.

Sabrás, oh ilustre espíritu gallardo,  
Que el manantial primero de mi gente,  
No por camino oculto ni bastardo,  
De lo mejor de España trae su fuente:  
De Viriato gentil, bello resguardo  
De la española libertad potente,  
Que en el precioso zamorano asiento  
Marte le dió el primer vital aliento.

Deste procedió Clodio lusitano,  
De espíritu é ingenio peregrino,  
Cánio deste nació, deste Daciano,  
Y deste el bravo capitán Crastino,  
De cuya invicta y atrevida mano  
La primer lanza abrió rojo camino  
Al real de Pompeyo, y fue el primero  
Que á César hizo rey de un mundo entero.

Deste nació Taurino, que Alencastro  
Al mundo dió, y al curso del río Reno,  
De Colonia los muros de alabastro,  
Con pueblo ilustre de riquezas lleno:  
Y dejando de sí glorioso rastro,  
De príncipes nació en día sereno,  
Y en estrella feliz per sol del mundo,  
El segundo Alencastro sin segundo.

Deste gran duque fui prima y esposa,  
Y de los dos, Tifeo rey de Creta  
Unico hizo, cuya estrella odiosa  
La mía á mil desdichas trae sujeta:  
Crióse en trato libre y vida ociosa,  
Y la fama que todo lo inquina,  
Con la beldad de una cretense infanta,  
De su raíz destroncó mi altiva planta.

Y ya cautivo el libre pensamiento,  
Por verla aborreció el paterno estado,  
Y no solo olvidó ciudad y asiento,  
De la tierna beldad nueva encantado:  
Mas de su religion y nacimiento  
(¡Notable desventura!) ya olvidado,  
De idólatra de amor, gustos livianos  
Serlo hicieron también de dioses vanos.

Aunque en remedio suyo el justo cielo,  
Por sano acuerdo del letargo extraño,  
De horribles monstruos le ha sembrado el suelo,  
Que para su provecho le hacen daño:  
Ni vuelve en sí, ni al religioso celo,  
Ni de su obstinacion deja el engaño,  
Antes con nuevos mágicos errores

Los daños crecen cada día mayores.

Ha inventado de honesta sangre humana  
A un idolo espantosos sacrificios,  
¡Estraña crueldad! ¡ley inhumana!  
De un corazón sin Dios claros indicios:  
Y de error en error su alma liviana  
Con los pasados los presentes vicios,  
Le han hecho dar á una ranera hermosa,  
Por serlo, sacro altar y honor de diosa.

Yo de Colonia huí la acerba muerte,  
Y las crueles cadenas del tirano,  
Y á Creta me arrojó la adversa suerte,  
Un reino entonces mas que ahora humano;  
Donde Crisálba, que en placer convierte  
Cuanto su vista ve y toca su mano,  
Con solo el gusto de hallarla pudo  
De mi alma conservar el frágil nudo.

Con ella huyendo del horrible infierno  
En que arde el reino, y mi obstinado hijo,  
Aquí me retiré, y su pecho tierno,  
A que con gusto y gravedad corrijo:  
Y de mi ley erística el pacto eterno  
En mi alma tengo, y en la suya fijo,  
Deseando desta humilde tierra obscura  
Volar con ella á mas constante altura.

Mi intento á esto trazó las reales fiestas,  
En que su ánimo muestre el mas lozano,  
Porque en tan valerosos hombros puestas  
Mis pretensiones corran de su mano:  
La tuya no la sé, las mías son estas,  
Cobrar mi antigua patria del tirano  
Que ahora la usurpa, y á mi nieta bella  
Lejos de Creta ver reinando en ella.

¡Oh brazo ilustre, á quien el santo cielo  
Ahora para este bien tiene guardado,  
No quieras violentar su feliz vuelo,  
Cumple su ordenacion y mi cuidado!  
Que deste dulce nudo al patrio suelo  
De nuestra España espero que dé el hado  
Tal sucesion de príncipes, que sea  
De todo lo mejor del mundo idea.»

La prudente Gloricia en este modo  
Su ofrecimiento y diligencias hizo,  
A quien el firme y generoso godo  
Con discretas palabras satisfizo:  
Era de su liviana excusa el todo,  
La injuria con que un rey antojadizo  
Puestos tenia sus padres en prisiones,  
Su estado en riesgo, su honra en opiniones,

Con esto el jóven por entonces puso  
A aquel nuevo fervor silencio y pausa,  
Bien que en sí mismo sin saber confuso  
Quien el cuidado y suspension le causa:  
Admirase también que se dispuso  
La bella Olfa á le dejar sin causa,  
Y sin darle razon de su partida,  
Ni se sabe el por qué, ni á donde es ida.

Cercado destos varios pensamientos,  
La ociosa soledad por compañía,  
Dando y tomando cuenta á sus intentos,  
Y el medio que en seguirlos tomaria:  
Viendo cual juegan con la mar los vientos  
Desde el real mirador estaba un día,  
Cuando un villano vió con una carta,  
Que absorto de mirarle no se harta.

Y en el humilde suelo una rodilla,  
«Señor, le dijo, un caballero andante,  
Que de luto vestido, una cuadrilla  
A un grave entierro lleva semejante,  
Al tiempo de embarcarse en una villa,  
Que da á un puerto de mar playa inconstante,  
Este papel me dió, que en propia mano  
Os diese...» y puesto allí calló el villano.

Vió que conforme el simple mensajero  
Las claras señas da, la carta viene

Del ausente enlutado caballero,  
Que en cuidadosa suspensión le tiene:  
Y en gusto deseando mas entero  
Lo que el secreto del papel contiene,  
De sobresalto lleno y de alegría,  
Al desdoblarlo vió que así decía:

«La encubierta princesa de la China,  
Del tiempo perseguida y sus azares,  
A tí de estirpe al parecer divina  
En tus proezas y hechos singulares;  
Salud, si el que á deseartela me inclina  
Darla á tí puede, como á mí pesares,  
Porque con ella en años no veloces  
El nuevo gusto en que te empleas goces.

El cielo sabe, oh jóven soberano,  
A quien la vida tantas veces debo,  
Que despues que por tí en el mar Greciano  
A ver volví mi libertad de nuevo,  
Ni te estimé en tan poco, ni en tan vano  
Cuidado el que me dan tus cosas llevo,  
Que á no ir ciega cual fui en mi desafío,  
Nunca contra tu brazo alzara el mio.

Perdona, oh felicísimo guerrero,  
Si en algo estorbo fui á tu nuevo gusto,  
Aunque á salir con el honor entero  
Jamás dudase tu ánimo robusto:  
Mas por lo que mereces y te quiero,  
Aunque escediendo del estilo justo,  
No se si ahora diga que me pesa  
De haberme desistido de la empresa.

No por vana arrogancia de vencerte,  
Que serlo yo de tí tengo por gloria,  
Ni por hacerme á mí, ni deshacerte,  
Ni acortar con la mia tu memoria:  
Pero quizá de envidia por no verte  
El gran premio gozar de la victoria,  
Que el dolor deste vicio sin provecho  
¿A qué altiva mujer no escarva el pecho?

Mas ya que esta intencion es devaneo,  
Tu gusto que se estienda á los estraños  
Eterno goces como yo deseo,  
De azares libre, y de temor de engaños;  
Aunque el ver sepultados cual los veo  
Dentro en Acaya tus floridos años,  
No sé si ya por lo que á tí se debe,  
Mas que no á envidia á compasion me mueve.

A tus felices bodas fuera justo  
Quedarme, y celebrarlas cual conviene,  
Mas en materia de alegría y gusto,  
Nadie es posible dar lo que no tiene:  
Yo habia de estar sobrada, donde al justo  
El resto en igualdad se anuda y viene,  
Y así esta breve falta tuve en menos,  
Que agüerar con mi mal gustos ajenos.

Fueme tambien forzoso dar derecho  
A la infanta de Fez del falso Argante,  
A quien mi real palabra dí de hecho  
De cobrarle del reino lo importante:  
Y aunque lo mas del caso tengo hecho  
Muerto el tirano, falta lo restante,  
Que me parto á acabar á toda priesa,  
Por la queda en sus causas la princesa.

A Olla mi dama, si la suerte amiga  
Salva contigo echó en la playa angosta,  
Porque voy sola manda que me siga  
Del rio de Fez á la veciua costa:  
Y si de allí faltare, á la enemiga  
Francia sin estorbar tome la posta,  
Cuando el fin que me prometo en estas  
Causas, seré de las francesas fiestas.

Dejara en tu servicio la doncella,  
Para que lo que yo de mejor gana  
Hiciera en tu servicio y causas, ella  
En amistad hiciese honesta y llana:  
Mas pues te sobra todo, y yo con ella,

No te falta por culpa tan liviana  
Conocimiento en ley y fe de amigo,  
Que estubo tu valor en mas que digo.»

Dejó suspenso al español valiente  
El dulce estilo de la aguda carta  
Tan sabia, que de leerla atentamente  
Una vez y otra y otra no se harta:  
Y al rudo mensajero diligente  
Aparte por saber cosas aparta,  
Dándole por su parte una cadena  
De ricas cifras de diamantes llena.

Dél supo entre otras pláticas sabrosas,  
Que Olla llegó á la playa el mismo dia,  
Que su ama por las olas espumosas  
Del puerto, al mar salió de Berberia:  
Y en un presto bajel de alas pomposas,  
Que con refresco al real galeon seguia,  
En voz que lleva una preciosa espada  
Al vengador de Fez, salió embarcada.

Conoció el oro de la rica hoja  
Que la infanta arrojó la hermosa china,  
Y entre turbados gustos y congoja  
La ciega noche por la hallar camina:  
Que la oye en cada rama se le antoja,  
Y mientras busca mas, menos atina,  
Que es tal el peligroso bosque espeso,  
Que el tío le hurtó, y pudiera el seso.

Hallóse con el dia en una aldea,  
Y dándole al reposo, dió el siguiente  
Al gusto de buscar lo que desca,  
Sola de pueblo en pueblo, y gente en gente:  
Por aquí ataja, por allí rodea,  
En rastro de la reina del Oriente,  
Hasta que llegó al fin, donde aquel dia  
Tomó tras ella de Africa la via.

Bernardo, alborotado el pensamiento  
Con la carta, y la nueva, habiendo al justo  
Trazado el tiempo de uno y otro intento,  
Seguir quiere los rastros de su gusto,  
Que es fuego amor, y con cualquiera viento  
El corazon altera mas robusto,  
Y ya impaciente de su ociosa vida,  
Y sus gustos ordena la partida.

Y para atravesar el hondo charco,  
Que tiene el reino de Fortuna en peso,  
A toda diligencia aprestó un barco,  
Que hace gemir las aguas con su peso:  
Y en medio el sesgo puerto, al tumbo y arco  
De crespas olas, y de aljér grueso,  
La áncora corva en el arena agarra,  
Y al primer viento ha de dejar la barra.

Sintió Crisalba el pensamiento nuevo  
De su querido huesped, en quien puso  
Amor su gusto, y la fortuna el cebo  
De las lisonjas que á su honor compuso:  
Pierde el color, marchitase el renuevo  
Que en su deseo florecia confuso,  
Y queda entre recelos sin sosiego,  
Ya confiando, y desconfiando luego.

Mas viendo del partir la hora llegada,  
Y que ya su licencia sola espera,  
Con el dolor el alma traspasada  
Del miedo los recatos echó fuera;  
Y en seca lengua al paladar pegada,  
La voz quebrada, y la congoja entera,  
Así habló de la pena los enojos,  
Reventando las señas por los ojos:

«¡Oh valor para todos de provecho,  
Para mi sola de tormento y daño,  
En quien el cielo dió á mi alma hecho  
El de toda su gloria á tu tamaño!  
Si ya no cubre en tan hidalgo pecho  
Sinistro azar la capa del engaño,  
¿Cómo es posible que tan presto al viento  
La esperanza hayas dado de mi intento?

¿Qué se hizo aquel gran bien que amanecía  
Con la luz de tu fama en mi memoria,  
Que aunque contaba menos que yo vía,  
No era menor que mis deseos su gloria?  
¿Cómo, señor, tan presto de la mia  
Huérfana quedaré, en queja notoria  
De la alegre esperanza que me diste,  
Cuando venciendo tuya me hiciste?

Goza en tanto á lo menos del descanso  
Que este revuelto tiempo se mitiga,  
Y el tempestuoso mar se muestra manso,  
Y en menos ola su arenal fatiga;  
Mientras que de los rios el remanso  
A dar claro tributo al mar prosiga,  
Y vayan no tan turbios y abultados,  
De ordinarias riberas abrazados.

Ya por mi mal he visto en suerte loca  
Gente á dudosos vientos confiada,  
El rigor darla de una oculta roca  
Por el áspero mar toda sembrada:  
Si tan de lejos mi dolor te toca,  
Que por él no merezco alcanzar nada,  
Ablande ahora ese tu duro pecho,  
Ya que no mi dolor, ver tu provecho.

No te pido la fe del casamiento  
Que mi vana altivez me prometia,  
Ni que á esa cuenta dejes tu contento  
Por el remedio de la pena mia,  
Solo que aguardes que te ofrezca el viento  
Mas firme soplo, y apacible dia:  
Mira si aunque en tu pecho yo estuviera,  
Mas breve y corto don pedir pudiera.

No quiero cansar mas, da la sentencia  
Que ya en tus ojos se conoce clara,  
Que si entendiera que esta triste ausencia  
Hasta acabar de oírme se alargara,  
Por no verme apartar de tu presencia  
Eternamente sin cesar hablara,  
Quedando así, en las causas que me pones,  
Igual tu sinrazon con mis razones.»

Dijo, y dijera mas si la congoja  
Mas ánimo le diera, y mas aliento;  
Mas vuelta en gualda ya la color roja,  
La habla á un tiempo perdió y el movimiento:  
Quedó cual de neli marchita hoja,  
Y al español su tierno sentimiento  
Anuncia sino abrevia la partida,  
De amor tan fino su lealtad velada.

Y así en los brazos de Faustina bella,  
Y otras llorosas damas desmayada,  
Que en triste asombro acuden á varella,  
La real casa les deja alborotada:  
Y el constante mancebo huyendo della,  
En ojos tiernos va, y alma obstinada,  
Al ciego mar, adonde en fragil barca,  
Que á él solo espera, sin pensar se embarca.

Y dando al viento las latinas velas  
El ligero batel deja la playa,  
Que un amor y otro amor sirven de espuelas  
Para que huyendo ahora de ambos vaya:  
Un amor descubierto sin cautelas,  
En vez de encender fuego le desmaya,  
Que siempre el gusto incierto se sublima,  
Y lo dado de balde no se estima.

Volvió de su amoroso desacuerdo  
La bella infanta, y al abrir los ojos  
Aunque alterada, con semblante cuerdo  
La causa fue á buscar de sus enojos:  
Y no viendo allí, puesta en su acuerdo,  
Y el desdénado espíritu entre abrojos,  
Torna á cerrarlos, que sin ver su amante,  
Tiniebla es todo cuanto ve delante.

Mas ya certificada en su partida,  
Y en la muerte esperanza de su gloria,  
Si el cruel dolor no le acabó la vida,

Fue por darlo mayor con la memoria:  
Y entre una y otra pena divertida,  
En todas de su muerte ve la historia,  
Hasta que vuelta ya á mejor discurso  
Dió al alma vado, y á sus penas curso.

Y recogiendo á lo mejor del pecho  
El grave mal que su quietud destruye,  
Gozar un rato quiere sin provecho  
De ver su huésped por la mar cual huye:  
De un rico balcon de oro al antepecho  
El crespo golfo vió, y en verlo arguye,  
Si un tan gran cuerpo mueve un aire vano,  
No es mucho sea como él el gusto humano.

Vió volar el pequeño barco altivo,  
Surcando el mar con todo su tesoro:  
«Ay, dijo, cruel, cobarde, fugitivo,  
¿Quo solo huyes de mí porque te adoro!  
Si tanto el mar te agrada, un mar al vivo  
Verás en estas lágrimas que lloro:  
Vuelve, y navega en él á tu contento,  
Que mis suspiros servirán de viento.

Vuelve, y verás el gusto de quererte  
Hecho verdugo de mi amarga vida,  
Y cuan vecina de mi triste muerte  
La vana ocasion fue de tu partida:  
Mas no vuelvas, cruel, que en solo verte  
El alma, que ya tengo aborrecida,  
Por tuya cobrará su aliento y brio,  
Para pena mayor y agravio mio.

Que ese mar, como tú inconstante y vario,  
Trono de la fortuna sin asiento,  
Si ahora afable, como á mi contrario,  
Paso te ofrece y favorable viento;  
Yo espero que volviendo á su ordinario,  
Tu barco arroje con furor violento  
Sobre algun pardo risco en que fenezca,  
Y que en lo duro y cruel se te parezca.

Mas si solo por ser venganza mia  
Olvidare su estilo la fortuna,  
Estos suspiros que mi pecho envia  
De tí no han de dejar reliquia alguna:  
Tu barco anegarán, mas ¡ay porfia  
Vana, que á quien mi vista es importuna,  
Los suspiros que doy, bien se concluye  
Que serán viento en popa, cuando huye!

Mas sean en tu favor, sean en mi daño,  
Como quiera que son te los envío,  
Que en amor verdadero no hay engaño,  
Y esto en su fe por escelerencia el mio:»  
Así la infanta dijo, y con el baño  
De perlas lleno el rostro de rocío,  
Como la luz quedó de la mañana,  
Que el sol aun no le dió color de grana.

Y entre tanto la playa lisonjera,  
Como si sorda oyera su agonía,  
En huecos tumbos se alza de manera,  
Que sus deseos ya en temor volvia;  
Y lo que sino amara le vistiera  
El vengativo gusto de alegría,  
Ya en pálido temor el riesgo mira  
Del que antes anegar queria la ira.

Cuando el barco, en confuso torbellino  
De roncadas olas, al amigo puerto  
Entre peñascos saludando vino,  
Ya de los dos el un costado abierto:  
Corrió la infanta al reino cristalino,  
Ya el pecho sin recato descubierto,  
A recibir el fugitivo rayo  
Del sol, que á su alma da un florido mayo.

Con roja tez el español valiente  
Segunda vez tomó puerto en Acaya,  
Si bien como discreto alegremente  
La furia alaba de la ronca playa:  
«No es bien dejar ciudad tan escelerente,  
Ni que yo huyendo de mi bien me vaya,»

Dijo, y á la princesa en la ancha plaza  
Pide humilde perdon, y ella le abraza.

Y ya en solemne triunfo victoriosa,  
Cercada de su pueblo cortesano,  
Del alcázar volvió á su cuadra hermosa,  
Con su vencido huésped de la mano:  
Y con alma en sus gustos recelosa,  
Que no es durable juzga el bien humano,  
Y al que ahora le dió el viento busca modos  
A conservarle encaminados todos.

Y no hallando ninguno poderoso  
Al importante fin que pretendia,  
Tierna le pide al jóven valeroso  
Hasta Colonia le haga compañía;  
Con que su estado cobre, ó su reposo,  
O juntos ambos bienes en un día,  
Que amor es hijo de un hidalgo trato,  
Y la ausencia parió al olvido ingrato.

Fue de Gloricia traza este concierto,  
Que de su amada nieta el bien desea,  
Y por mil esperiencias halla cierto  
Cumplido de valor el que allí emplea:  
Y aun lo que convirtió al vecino puerto  
En raudales de vientos la marea,  
Artificio tambien fue de la sabia,  
Forjado en mezcla de alcion y rabia.

No pudo el español por mas que quiso  
El cuerpo ahora hurtar á esta demanda;  
Encubrió el sentimiento, y con aviso  
A la alegre jornada aprestar manda;  
No es en sus gustos el amor remiso,  
Que con dos alas por los aires anda,  
Y así como por ellos en un punto  
Cuanto importó al partir se halló junto.

Un preñado galeon de nuevo lleno  
De aparato y riquísimo tesoro,  
Que Dédalo labró en un bosque ameno,  
Lo mas precioso dél de nâcar y oro;  
Hecho al compás y bordos de su seno  
Un mudable jardin, alegre coro  
De aves parleras, donde su armonía  
Los parabienes da al reir del día:

Aquí en real pompa á la marea liviana,  
Que al huir del sol parió un celaje pardo,  
Por la barra salió de espumas cana  
Con la princesa el español gallardo:  
Seguia por magestad la Capitana,  
Mas que para defensa ni resguardo;  
Ociosa flota, que el valiente godo  
Todo lo ampara, y lo asegura todo.

La cressa mar con un templado viento  
Por sus golfos les abre ancho camino:  
Dejan á Macedonia á barlovento,  
El Jónio estrecho, el cabo de Paquino;  
Y volteando del tinaerio asiento  
Con viento en popa el yerto mar vecino,  
Al dar la vuelta al cabo de Peloro,  
Que huye de Italia por llegarse al moro,

Un pequeño batel entre ola y ola  
Andar de lejos vieron sobreaguado,  
Que ni las velas nadie le enarbola,  
Ni dellas tiene ni el timon cuidado:  
Solo de cuando en cuando una vez sola  
El viento rasga, y del rumor quebrado  
En las letras del eco que resuena,  
Mas que palabras manifiesta pena.

Gobierna á ver el real galeon de Creta  
El pequeño batel que no se mueve,  
Y cuanto mas se acerca, mas perfecta  
El viento trae la voz ligera y leve;  
Y á todas partes, de la mas secreta  
Del leño sale el ay confuso y breve,  
Entre un horrible estruendo de cadenas,  
De que parecen sus cavernas llenas.

Y en un tapete de oro recostado

Sobre la corva puente un caballero,  
El solo hermoso rostro desarmado,  
Vestido lo demás de limpio acero.  
De lágrimas cubierto y de cuidado,  
Y en el semblante y gravedad severo;  
Bernardo que le vió perdió el sentido,  
De su presencia y suspension herido.

Conoció la beldad que amor le puso  
En lo mejor del alma retratada,  
Y vio que el que allí va triste y confuso,  
O es sueño, ó su Arcangélica agraviada:  
Quiso arrojarse dentro, mas traspuso  
La nao de velas y de amor preñada,  
Quedándose el batel pequeño en calma,  
Que al tierno montañés le robó el alma.

Manda el galeon parar, manda la infanta,  
Sobresaltada en el temor de oïllo,  
Saber la causa que en presteza tanta  
Al mar se arroja su español caudillo:  
Cuando el bajel, cuya quietud espanta,  
Su barquillo arribó, y de su barquillo  
Apenas saltó dentro, que el mar ciego  
En crespas olas enrizó el sosiego.

Quedó en mayor espanto que primero,  
Habiendo en su combés reconocido,  
Ser un arnés pintado el caballero,  
Que la princesa habia parecido;  
Y el son de las cadenas lastimero,  
O fue imaginacion, ó fue fingido,  
Y el fragil barco, si tambien no engaña,  
El que una noche le sacó de España.

Alteróse la mar, y el raudal viento  
La flota al barco le escondió el día,  
Y éf sin remos ni vela, en pensamiento  
En su ligero vuelo parecia:  
Perdió el grave español el sufrimiento,  
Burlado de su ciega fantasía,  
Que un nuevo gusto le pintó en el seno  
Del vacío bajel, de engaños lleno.

Teme sin ocasion haber dejado  
La cretense beldad, teme y suspira  
Por ello ser de sin lealtad notado,  
Y su aficion hallar trocada en ira;  
Que aunque no está rendido á su cuidado,  
Ni al dulce premio de su amor aspira,  
Es efecto de amor propio, ó forzado,  
Amar de un modo, ó de otro, el que es amado.

Mas entre los recelos y el disgusto  
De hallarse en el batel burlado y solo,  
Cuando tocaba en horizonte al justo  
Del mar de Fez la lámpara de Apolo,  
Cobrando aliento su ánimo robusto,  
La noche oscura, y encubierto el polo,  
A ver se puso la ligera priesa  
Con que el golfo su góndola atraviesa.

Juzga de su volar que no anda tanto  
De un nuevo amante el pensamiento altivo,  
Como ella envuelta en el confuso manto  
De la noche sin luz y el golfo esquivo:  
Cruza mil sierras de agua, cuyo espanto  
Otro ánimo dejara apenas vivo,  
Cuando ya por entre una y otra roca  
De un rio profundo le tragó la boca.

Y los prolivos golfos reducidos,  
A una angosta canal mira abreviadas  
Sus olas, y él y su batel metidos  
Entre riberas de árboles copadas;  
Por donde de la furia compelidos,  
Que allí los dió á las ondas sosegadas,  
Del cristal de Elbro la barquilla altiva,  
Cual rayo sube la corriente arriba.

Salía sembrando aljôfares y plata  
La blanca aurora por el cressa rio,  
Guiando por entre una y otra mata  
Sus tiernos soplos al batel vacío;

Cuando en un remolino le arrebató  
La densa niebla de un celaje frío,  
Que de sus lentas ondas se levanta,  
Y al día mas claro con su sombra espanta.

El nacer y el morir la luz del alba  
En su presencia todo fue en un punto,  
Y de la obscura nube hacerle salva  
Con roncacos truenos, fuego y rayos junto;  
Pasando la pequeña barca salva  
Entre las rojas llamas un trasunto  
De la encendida fragua en que al verano  
Sus rayos labra á Júpiter Vulcano.

Volaba ardiendo sin quemarse el barco  
Sobre el agua que en blando fuego ardía,  
Cuando de en medio el encendido charco  
De un dragon la escamosa tez nacía,  
De las colores que en el cielo el arco  
Vestirse suele al trastornarse el día,  
Cuya garganta, aunque escarchada de oro,  
Llamas lanzaba en anhelar sonoro.

Así al cruzar Cháron el lago Averno  
Con su negra barquilla, le recibe  
La abierta boca del horrible infierno,  
Del fuego llena que en su vientre vive;  
Y entre el obscuro arder del humo eterno,  
Que á cada culpa su castigo escribe,  
Su leño alija, y la laguna amarga  
Al peso gime de la inútil carga.

Y así la fusta en que el valor de España  
Entre el fuego y el agua iba rompiendo,  
A las gargantas de la sierpe extraña  
Bajar se vió con espantoso estruendo:  
Tragó el gran dragon, que una montaña  
Es breve hormiga con su bulto horrendo...  
Yo no me atrevo á dar tras dél un paso,  
Que es irse á despeñar horrible caso.

Seguir ahora el rumbo ilustre quiero  
De otro navio que próspero navega,  
Y remedar un gusto lisonjero,  
Que solo al tiempo del placer se llega;  
Y él sobre el aire así vuela altanero,  
Que el mundo ya por bajo se le niega,  
Y en ver la luna Malgesi tan junta,  
Las bolinas biró, y tomó otra punta.

Dióle medroso horror ver si anochece  
Del cielo trastornarse la techumbre,  
Y que lo que de acá luna parece,  
Huecas montañas son llenas de lumbre;  
Y la argentada tez, que niengua y crece  
En su resplandeciente pesadumbre,  
Es luz del sol, que como á un limpio espejo,  
Ya de un lado le da, ya por parejo,

Sus plateados riscos y montañas  
Lagunas de un cristal que se movía,  
Entre cuyas riberas y espadañas  
Las sombras viven de la noche fría;  
Y aquellas negras cejas y pestañas  
Que aquí parecen y desde allí se vía  
Ser de un jayán el bulto, que tendido  
Sobre un blanco arenal vive dormido.

Guarda su sueño en hermosura rara,  
Mil perlas ensartando de una en una,  
Una blanca mujer, cuya ancha cara,  
En viéndola, les dijo ser la luna:  
La tez del rostro transparente y clara,  
Cada ojo del compás de una laguna,  
La boca un ancho río, y ella junta  
Mayor que el monte Olimpo faldá y punta.

Las riendas de la mar tenía en la mano,  
Y de espejo su golfo le servía,  
De las flores cercada del verano,  
De cuyas perlas su frescor se cria:  
Admiróles el mundo soberano,  
Que así volando por sus hombros guía,  
Dando los ojos al humilde suelo,

Medrosos del furor de tanto vuelo.  
Juzgan mayor el globo de la tierra  
Que el primer resplandor dos treinta veces,  
Y el ancho mar, que en ámbito le cierra,  
De un mudable cristal lustrosos teces,  
Donde haciendo del sol los rayos guerra  
Nuevas lumbres producen sus comabeces,  
Que de sombras tejidas y reflejos  
Otra luna inferior forman de lejos.

Absortos al placer de andar volando  
En medio de ambos climas ya sin tino,  
Ni ven si van subiendo, ó si bajando,  
Ni de cual mundo siguen el camino:  
Cuando el diestro piloto en curso blando  
Cambió el timon, y mareando el lino  
Las bolinas trocó, y humilló el vuelo,  
Que es de riesgo sin fe subirse al cielo.

Fueron al fin á renatur la punta  
A los bajos Antipodas del mundo,  
Pasando en invariable vuelo junta  
La obscura inmensidad del mar profundo,  
Hasta donde con él se engaza y junta  
Suelto del primer orbe este segundo,  
Que hoy á España tributa y da barata  
La sangre de sus venas vuelta en plata.

Ven hácia el Sur tendidas las regiones,  
Y el belicoso clima de la tierra,  
Que en los menos altivos corazones  
Discordia inluye; presuncion y guerra;  
Hasta los encubiertos Patagones,  
Y el largo estrecho que sus playas cierra,  
Por donde Magallanes sin contienda  
Del rico Oriente halló la inútil senda.

Ven del Brasil los páramos incultos,  
Los Andes, el Dorado, y los temidos  
Desiertos del Darien, llenos de insultos,  
Aunque frescos entonces y floridos:  
Del viejo y mozo Potosí los bultos  
De riquezas preñados, y hoy paridos,  
Y las playas de Chile de oro llenas,  
Y ahora mas de sangre que de arenas.

La rica tierra y blancos arenales  
En que llover no supo el seco cielo,  
Y la vecina sierra y sus raudales,  
Que en frescos valles dan partido el suelo:  
El Cuzco de los Incas naturales  
Silla imperial, y el claro y fértil vuelo  
Con que la equinoccial sembrando brasa  
Por los muros de Quito rompe y pasa.

En Panamá, y su costa el nudo estrecho,  
Que dos contrarios mundos encadena,  
Y el hueco monte, que de llamas hecho  
De Nicaragua por las playas suena:  
Del valle de Campeche el dulce pecho  
Queda de roja miel y abejas llena,  
Y los vergeles que el cacao señala  
Por el rico Tabasco, y Guatemala.

Miran el brazo de cristal que ataja  
De Chiapa los desiertos arenales,  
Y de Guajaca la florida faja  
De regalados temples y frutales:  
Las dos ricas Mistecas alta y baja,  
Con sus frescas moreras y nogales,  
Las nevadas alturas de Perote,  
Y el mar que á vista de él sirve de azote.

Ven, entre el fresco Panico y Guatolco  
A Tlasecala, y el reino Mejiense,  
A Mechoacán, Colima, y Acapulco  
Del mar del Sur el puerto mas cercano:  
Los pueblos de Quiseo y Tlajamulco  
Y en sus contornos y florido llano  
La abundante laguna de Chapala,  
Que al Océano en profunda anchura iguala.

Miran de Zacatecas la riqueza  
Entonces en sus venas enterrada,





Y otro Méjico al norte de grandeza,  
O ya sea verdadera, ó sea soñada:  
De la sierra de Topia la belleza,  
De fina plata y oro incorporada,  
Y á Culiacán, que en temple no bien sano  
Al mundo crió la flor de su verano.

Los riscos de Chiametla y de Copala,  
Y de su rica playa las salinas;  
La áspera Guaynámeta, que la iguala  
En fieras gentes, y en preciosas minas;  
Los altos montes de Xalisco y Xala,  
Llenos de miel sabrosa, y de sabinas;  
Los jardines del valle de Vanderas,  
Y reventando el mar por sus riberas.

El gran volcan de Xala, mónstruo horrible  
Del mundo, y sus asombros el mas vivo,  
Que ahora con su roja luz visible  
De clara antorcha sirve á lo que escribo:  
Y á tí, oh soberbio Olimpo inaccesible,  
Desta historia feliz rico motivo,  
Tambien verian de allí, puestos por tilde  
A tu alta frente y tu laguna humilde.

Y aun pienso que si el sabio lo fue en todo,  
Entre sus ninfas de cristal veria,  
Danzando por las juncias á su modo,  
La que me sirve aquí de aliento y guia;  
Pues hilando su estambre al valor godo,  
La tela entonces inmortal teja  
De los ricos dibujos con que ahora  
Felices partos da en mi voz sonora.

Aquí entre sus laureles inmortales,  
En fresco temple y agradable frio,  
De aquellos pensamientos celestiales  
Esta heroica preñez concibió el mio:  
Aquí entre verdes juncias y cristales  
Manó la humilde fuente deste rio,  
De la quietud y paz que aquí se encierra,  
Deseos de fama urdieron esta guerra.

Ya desde el aire el mágico adivino,  
Lo mismo contemplando que yo ahora,  
La vuelta queria dar por donde vino,  
A encontrar los caballos del aurora:  
Cuando el brio atajado y el camino,  
Vencido su saber, se vió á deshora  
Caer al suelo con su barco y guia,  
Y la gente que dentro dél venia.

Sobre los riscos de un volcan ardiente,  
Que entre Tlascala y Méjico levanta  
Al cielo, y á su luz el humo y frente,  
Con que á ella ciega y tizna, y á él espanta,  
Del risco mas fragoso y eminente  
Un gajo sube, que entre planta y planta,  
Del sabio Tlascalán la cueva horrible,  
Si el humo da lugar, vuelve visible.

Era este nigromántico severo,  
Corpulento jayan, doblado en ciencia,  
Que los roncós bramidos del Cerbero  
A los suyos prestaban obediencia:  
Ni por bárbaro inculto, ni por fiero,  
De imperfecta amistad, grave en presencia,



El calvo rostro como una ancha adarga,  
La hórrida barba espesa, cana y larga.

Ciento y ochenta cursos de su esfera  
La lámpara del sol pasado había,  
Después que al sabio dió la luz primera,  
Y él con ella gozó su primer día;  
Y tantos de salud y vida entera  
En experiencias mágicas tenía,  
Cuyas lecciones, y saber profundo,  
Los círculos parar solían del mundo.

Subía los ríos á buscar su fuente,  
Y á los ojos el siglo venidero,  
A los mas firmes montes dió corriente,  
Y cadenas al tiempo mas ligero:  
Y temiendo tambien como prudente  
El segundo morir tras el primero,  
Al riesgo hacia de la humana suerte  
De la virtud escudos á la muerte.

Pues este, á quien las luces del ocaso  
Los rayos humillaron á su cueva,  
Luego que el barco vió en el cielo raso  
Seguir en rumbo tal senda tan nueva,  
Con firmes signos le detuvo el paso,  
Y él, su patron, y los que dentro lleva,  
Ya de su mago cerco roto el vuelo,  
Sin ver por quién, se hallaron en el suelo.

Mas cuando en los perfumes y centellas  
Del ya violado círculo y conjuros,  
Y la sombra infeliz que dellos y ellas  
Los cursos le aclaró primero oscuros,  
Manifestas halló las causas bellas  
Con que volando al aire iban seguros,  
Y el cerco hermoso, y el diverso mundo,  
Que en el primero vieron, y el segundo:

Con razon admirado y envidioso  
Del vuelo ilustre seguidor del día,  
Al ya quebrado barco el mago ocioso  
Con rostro vino ileno de alegría;  
Y «el cielo, dijo, oh pueblo valeroso,  
El fin dichoso os dé como la guía,  
Porque el feliz viaje deste modo  
Sea, cual vuestro valor, único en todo.

No tristes vueltas de contrario sino,  
Ni aspecto inútil de enemiga estrella,  
Al dichoso bajel cortó el camino,  
Y su fuerza y virtud dejó sin ella;  
Mas nueva treza del saber divino,  
Que por los pasos quiso de esta huella,  
Cumplidos ya vuestros deseos, mostraros  
De un mundo oculto los sucesos raros.

Y pues la eterna prevencion divina  
Vuestra venida á tal sazón dispuso,  
Ya el pié dichoso, oh gente peregrina,  
En los riscos poned que el cielo os puso;  
Que yo, á quien esa misma fuerza inclina  
Que en todo os sirva de mi oficio al uso,  
Para ello saqué á luz grandezas tales  
Que al resto escedan, y aun que os sean iguales.»

Dijo, y el francés sabio, que vencido  
Su poder vió de aquel oculto mago,  
Roto el ligero barco, y él rendido  
A un superior espíritu aciago:  
Ya que en voz noble y trato comedido  
El roto esquiife suelta con halago,  
Y en amigo hospedaje los convita,  
Y á él y á los suyos da la bienvenida:

Cerrando ahora del primer agravio  
La oculta saña en lo interior del pecho,  
Que el encubrir la afrenta es de hombre sabio,  
Cuando no es el vengarla de provecho:  
Con rostro alegre y bisonjero labio,  
Fingidas gracias da al agravio hecho;  
Y en real grandeza el mágico á su cueva  
Con segura amistad y paz los lleva.

Por las venas sin luz del monte horrible,

Que al turbio cielo escupe ardiente llama,  
Una gruta de altura inaccesible  
En preñadas cavernas se derrama:  
Patente un tiempo fue, mas ya invisible,  
Toda su magestad guarda la fama,  
Adonde el sabio los subió, y tenía  
Cuanto de gusto el suyo le pedía.

Hecho á la entrada de un pendiente risco  
De un alto mirador el corvo lecho,  
A quien de alegres rejas rojo aprisco  
Alfombras labra al rústico antepecho:  
De yedras entoldado, y de lentisco,  
Donde la vid lozana trecho á trecho  
De tiernos grumos hace que se cuaje  
La red de su tejido ventanaje.

Entrando por la cueva, á quien ninguna  
En riqueza igualó ni en aposento,  
Tan vecina á la esfera de la luna,  
Que por humilde deja á la del viento,  
El cristal ven temblar de una laguna,  
Que es de aquel mundo el mas florido asiento,  
Y en sus retretes tales maravillas,  
Que allí el verlas pasmó, y aquí el oíllas.

Era la hermosa cuadra, que en altura  
Poner la suya quiso en las estrellas,  
No hecha por humana arquitectura,  
Sino por la influencia y virtud dellas:  
Dentro en los huecos de una Peña obscura,  
A quien dan luz los rayos y centellas  
De puntas de diamantes y esmeraldas,  
Que el cielo le cuajó en su cumbre y faldas;

Vése del tiempo y la humedad cubierta  
La hueca Peña de menudas flores.  
En partes jaspeada, en partes muerta,  
En sombras una, y otra en resplandores:  
Haciendo un todo de hermosura inserta  
Sus diversos metales y colores,  
Y esmaltada la tez que los remata  
De grumos de oro y escurchada plata.

El natural desórden con que puso  
El ciego tiempo estos rasguños bellos,  
Como arrojados en monton confuso,  
Es el mayor primor y gala en ellos;  
Pues tanto sus brutescos descompuso,  
Y en tantas formas se euredó por ellos,  
Que parece los hizo en competencia  
Del artificio de la humana ciencia.

Pues á los capitalizados de la sala,  
Sembrados de preciosa pedrería,  
Ni el oro les faltaba para gala,  
Ni crústulas de varia argentería,  
Ni azul y verde jaspe, á quien no iguala  
El Copto ardiente, ni la Scitia fria,  
En vez de los doseles y tapices,  
De huecas sombras, sendas y matices.

Que la alta corpulencia de la piedra,  
De diversas riquezas amasada,  
La falta suple, y con ganancia medra  
Mil hermosuras de que está sembrada:  
Que el oro entre lo verde de la yedra,  
Y entre lo azul del risco plata helada,  
Labores hacen de tan diestra mano,  
Que vuelven pobre al artificio humano.

Destá real sala puerta á otras menores,  
Menores no en riqueza ni hermosura,  
Que de manchados jaspes y labores  
Divina hacen y nueva arquitectura:  
No todas de cavernas y furoros,  
Ni brutos senos de la piedra dura,  
Que en mucha parte el bárbaro edificio  
Al natural juntaba el artificio.

Dejó admirados de la gruta estraña  
La no vista belleza á los presentes,  
Sus frondosos jardines, con que engaña  
Del veloz tiempo el sabio las corrientes:

Y en sillas de oro, y áspera montaña,  
Del grave estudio cuadros excelentes  
Gozan, en que el pincel subió de punto  
De un mundo y otro el artificio junto.

Era esta cavernosa cuadra hecha  
De un amasado risco de esmeraldas,  
Que un fresco mirador arroja y echa  
Del jardín bello á las floridas faldas,  
De adonde un cielo ve y un mundo acecha,  
La vista al Sur, y al Norte las espaldas,  
Con un río que al romper de Peña en Peña,  
En verde juncia y ovas se despeña.

A cuyo ruido el canto de las aves  
De altivo sirve y dulce contrapunto,  
Y el tiple agudo en los bemoles graves  
Afinándose mas sube de punto:  
Al fin juncias, bemoles, cantos suaves,  
Río, flores y peñas todo junto,  
Entretiene, suspende, alegra, engaña  
La vista, el campo, el bosque, y la montaña.

Aquí el mago tenía de sus ciencias  
El estudio, instrumentos y aparato;  
Aquí su anatomía y experiencias  
Con vigilancia hacia, y con recato;  
Aquí de globos varias diferencias,  
O por necesidad, ó por ornato,  
Que en paredes y bóvedas colgaban,  
Alegre asombro á quien las via daban.

En huecos bultos de sombrías figuras  
Sus malogradas almas detenidas,  
De las regiones lóbregas y oscuras  
Por nuevos rumbos mágicos traídas;  
Y aunque á la vista son simples pinturas,  
Estrechas gozan y espantosas vidas,  
Dando al mago en diversos tiempos juntas  
Sospechosa respuesta á sus preguntas.

Tiene de yerbas, raíces, y de gomas,  
Venenos, piedras, sierpes, monstruos, fieras,  
En cajas, urnas, vasos, hotes, pomas,  
Varias sumas de hechizos y quimeras;  
De agua del río Averno dos redomas,  
De las tres furias nueve cabelleras,  
Hollín del barco de Charon, y entero  
Un colmillo y dos uñas del Cerbero.

De pardo lobo ayuno, que enmudece  
Los perros con su vista, buche y pelo,  
Cabellos de Prosérpina, y el pece  
Rémora, que á un navío entume el vuelo,  
Hiel y ojos de trimelga, que entorpece  
Al pescador el brazo del anzuelo,  
Un grano de alcanfor, y otro de helecho,  
Y de dos escorpiones cuello y pecho.

Un aspid soñoliento, una escamosa  
Piel de serpiente azul de manchas llena,  
Corrupta sangre de mujer celosa,  
Mortal cicuta, mágica verbena,  
Plumas de salamandria calurosa,  
Espuma de doblada anfesibena,  
Soga de hombre ahogado en accuche,  
De arpia las garras, y de un buho el buche.

De la serpiente emórois el veneno,  
Que despiende en sudor la sangre humana;  
De la sedienta hidra el cuero lleno  
De ponzoña, y del sirio can la lava:  
La ala del presto yáculo, que al seno  
De la Peña se arroja mas cerceña;  
Dipsas, que al que su tósigo salpica,  
La sed hasta la muerte multiplica.

Un corazón de niño, que la hambre  
Los huesos enjugó y secó la vida,  
De la rueca de Cloto el blando estambre,  
A quien del mundo está la hebra asida:  
Una cabeza de encantado alambre,  
De contrahecha voz, y alma fingida;  
Los ojos de un dragon y un basilisco,

En sangre de camello berberisco.

Dientes de cocodrilo y elefante,  
Dos buches de avestruz, menstroo de vieja,  
De la grulla la piedra vigilante,  
Y la electroria húmeda y bermeja:  
Del buho el ojo izquierdo penetrante,  
El diestro de la aguda comadreja,  
Con la piedra de la agüila, que dentro  
Va con preñados senos á su centro.

Yerba del Pito contra el hieiro duro,  
Ceniza de hombre muerto de algun rayo,  
Estéril tierra de sepulcro obscuro,  
Dos huesos de abubilla y papagayo,  
Yedra cortada de arruinado muro,  
Ruda encantada con rocío de mayo,  
Pares de un abortivo, y la testera  
De unicornio, habaella, y de pantera.

Un cuerno de cerasta, que en la arena  
Arma escondida venenosos lazos;  
De la engañosa y lóbrega hiena  
Las azules escamas de los brazos,  
Con que en las tristes sepulturas suena,  
Haciendo los cadáveres pedazos;  
De la ave fénix una roja pluma,  
Y de una hidra el tósigo en espuma.

Y en mas virtud y adorno de la cueva,  
En maga ostentacion y fuerza oculta,  
De noble pedrería un cielo lleva  
En realces de oro por la Peña inculta,  
Así en signo observado y luna nueva,  
Que de su variedad y luz resulta  
Belleza al muro, estimacion al arte,  
Y á la mágica ayuda por su parte.

El cristalino Erindro, que humedece  
Con su frialdad el aire circunstante;  
Y dando siempre lágrimas, parece  
De algun ausente gusto tierno amante:  
La dura celosía, á quien no empeece  
El fuego, y el celonte penetrante,  
El adivino y verde Silenite,  
Que con la luna en la inquietud compite.

Las castas esmeraldas, el topacio  
Contra el vacío tumor de la locura,  
El balax, casa hermosa y real palacio  
Del carbunco, y la onix triste y obscura:  
La verde orites, que en pequeño espacio  
Bebida hace abortar la criatura,  
Y la andromata de agradables rayas,  
Que el mar Bermejo escupe por sus playas.

La roja peridonia, que las manos  
Con su disimulada lumbre quema;  
La preciosa bezár, que los lozanos  
Ciervos del buche crian en la flema;  
La ágata, llena de manchados granos;  
La encendida amatista, que desflema  
De Baco el humo; el záfiro, y á este  
El jacinto, salud contra la peste.

La amandriana de agudos resplandores,  
De agoreros autora y adivinos;  
La acates de jardines y de flores  
Llena, y rasguños de oro peregrinos;  
La aquelonia sembrada de labores,  
Los duros inmortales abestinos,  
En quien si el fuego prende sus centellas,  
Ni ellos se gastan, ni se apagan ellas.

No faltó la pantera á maravilla  
De encontradas colores salpicada,  
Ni la que en su celebro la abubilla  
A entender da los sueños aplicada:  
Ni á tí, Liparis bella, faltó silla,  
Que de flecha jamas fuiste ballada;  
Ni á tí, Diacodos, que á las noches manas  
Vanos asombros, y fantasmas vanas.

De este cielo de estrellas amasado  
La alta bóveda el suyo componia,

Y un elitrepío en humildad bañado,  
Que entoldar suele de tiniebla el día,  
Con la que del cerebro coronado  
Del gallo nace, y de su humor se eria,  
A vueltas de diamantes y rubazos,  
Que alegres hacen y vistosos lazos.

Y en medio los festones y guirnaldas,  
Que tejen de grabada enlazadura,  
Rojos rubis y alegres esmeraldas,  
Como pomposo rey de la hermosura,  
Dando centellas de oro y luces gualdas,  
Hacia un carbunco de la sombra obscura  
De aquel rico desvan, si sombra habia,  
A pesar de la noche eterno el día.

Ufano el sabio, que en silencio atentos  
La novedad los tiene de su cueva,  
Su admirable riqueza, y los portentos  
Con que los ojos y los gustos ceba;  
Por mas recrear sus ánimos sedientos,  
Y darles mas que su apetito beba,  
Del hueco monte los subió á la cumbre,  
Rico inmortal blandon de eterna lumbre.

Pasan á vista de la llama ardiente,  
Que al cielo de su vientre azul vomita,  
Cuyas masas de luz resplandeciente  
El bronce en ellas hace se derrita:  
Ven las hornazas, y el metal luciente,  
Que hirviendo en las canales huecas grita,  
Y entre el humo, que al aire pardo tupe,  
Torcidos rayos en contorno escupe.

Y ya despues que por revueltas calles,  
Y obscuros socavones, en la cumbre  
Del erizado monte, volvió á dalles  
Segunda vez del rubio sol la lumbre,  
Una sala se vió llena de entalles,  
Tan lleno de oro el suelo y la techumbre,  
Que el avariento Midas pudo solo  
Labrarla, antes de entrar al rio Pactolo.

De grave y compasada arquitectura,  
Aunque por magos círculos movable,  
Que en tal aspecto abrieron su figura,  
Que en ella un mundo y otro hacen visible,  
En luz tan nueva y claridad tan pura,  
Que la tierra y el cielo inaccesible,  
Lo por venir, pasado, y lo presente  
Volar se via por su corva frente.

En firmes arcos sus murallas hechas  
De contrapuestos cóncavos espejos,  
Que en cortas luces, y saetias estrechas,  
Nuevas figuras dan, nuevos reflejos;  
Y las vislumbres entre si deslechas  
De vario aspecto y rayos mal parejos,  
En las teches ponian ingeniosas  
Nueva admirable variedad de cosas.

A este real mirador un fresco llano  
De pomposo teatro le servia,  
Donde un alegre pueblo en traje ufano  
Con placenteros bailes se esterdiá;  
Cuando en suave modo el mago anciano,  
Dándoles sillas de oro y pedrería,  
Así tuvo en palabras elocuentes  
De sus labios colgados los oyentes:

«Aunque la alegre suspension que veo  
Mis cosas hace de mayor estima,  
Pues en tan graves pechos, cual deseo,  
Alegre espanto dan, y causan grima,  
El admirable círculo y rodeo  
Con que del nuevo mundo á ver la cima  
Llegado habeis, así le escede y pasa,  
Que es mi grandeza ya grandeza escasa.

¿Quién jamás supo dar tan alto vuelo,  
Aunque ayudase con su industria y alas,  
Un hombre antiguo, que en esotro suelo  
Haber, dicen, labrado al aire escalas?  
¿Quién por tan alto rumbo y paralelo

Llegarse pudo á las supremas salas,  
A oír de las estrellas el lenguaje,  
Y ver la inmortal luz de su viaje?

Tiéndose por sospechas que esta lumbre,  
Que es de todas las lumbres la primera,  
No como el mundo juzga está en la cumbre,  
Mas en el fijo centro de la esfera;  
Y la demás inmensa muchedumbre  
De estrellas rubias con su rueda entera  
En torno rueda dél, y tambien rueda  
La tierra, aunque parece estarse queda.

Que él, como silla y soberano asiento  
De los dioses, se está inmutable y fijo,  
De cuya eterna luz toma sustento  
La suya, y della el mundo regocijo:  
Vosotros, que en los páramos del viento  
Recodo y vuelo disteis tan prolijo,  
Sabreis quizá lo que ahora se desea,  
¿Si se anda el sol, ó el mundo le rodea?

A los que el cielo han visto, ¿qué grandeza  
No les parecerá menuda y corta?  
A quien gozó del orbe la belleza,  
¿Ver esta estrecha gruta qué le importa?  
De la tierra el caudal todo es pobreza,  
Y así la vista al parecer absorba  
En lo que ahora veis, quizá proviene  
De la desproporcion que el caso tiene.

Mas si hay equivalencia ó puede habeila,  
En lo que está por ver, y habeis ya visto,  
En esta sala está, y ahora por ella  
En raudo vuelo pasa, y curso listo:  
Aquí el gran rayo está de una centella,  
Que ha de encenderse de la luz de Cristo,  
Y á la alegre venida de su aurora,  
Aquellas gentes hacen fiesta ahora.

Grandes cosas sabreis, estadme atentos,  
Pues á esto el cielo os arrojó á mi cueva,  
Y para que quieteis los pensamientos,  
Y mi voz todos juntos se los beba:  
Seguro os doy, que salvos y contentos,  
Por un breve camino, y senda nueva,  
Al mundo volveréis de quien salistes,  
Y los montes vereis que otra vez vistes.

Tú, heróico persa, á quien un alma altiva  
En tanta duda puso y desconsuelo,  
No ya te atijas mas, que sana y viva  
A mejor ocasion la guarda el cielo,  
Que ni de Creta la beldad esquivo,  
Ni otra inclemencia ni rigor del suelo,  
Por otra ocasion nueva, ni por esta,  
La vida acabará que tantas cuesta.

El tributo cruel que en Creta puso  
De un cereo mago el prodigioso cero,  
Por quien el ciego reino trae confuso  
De un falso dios el nombre lisonjero,  
Se alzara de una vez, y el torpe abuso  
Del sacrilego altar cayera entero,  
Si la heróica beldad, que de las aras  
Medroso arrebataste, le dejaras.

Hizo el encantamento riguroso  
Con tales cercos el sangriento mago,  
Que hasta que un rostro llegue así hermoso  
Que de fealdad le falte un corto amago:  
Del cruel reino el triste altar odioso,  
Del mundo, y su hermosura será estrago,  
Sola Angélica pudo darle el justo  
Libre aquel día del tributo injusto.

Mas si el sol pasa desta edad florida  
Por largos siglos durará su llanto,  
Que dar del todo nna beldad cumplida,  
Ni el mundo llega ni su fuerza á tanto:  
Con esta regla ha de salir medida,  
De treinta nesgas ha de hacer su manto;  
Tantas Elena tuvo, y tantas tiene  
La bella reina que de Oriente viene.

En tres facciones, cual la blanca nieve,  
Y en otras tantas gorda y colorada,  
En tres larga también, y otras tres breve,  
Y gorda en tres, y en otras tres delgada,  
Y ser estrecha en tres la dama debe,  
Y en tres ancha, estendida y dilatada,  
Pequeña en tres; y si esto no tuviere  
En Creta morirá, si á Creta fuere.

El cuerpo y dientes blanco, y los cabellos  
Cual se descubre el sol por la mañana,  
De negro las pestañas y ojos bellos,  
La parte menos bella, y mas humana:  
Como el coral los labios, y con ellos  
Las uñas y mejillas como grana;  
El cuerpo, manos, el altivo cuello  
Largo importará ser, si ha de ser bello.

Los pies, dientes y orejas delicadas,  
De breves puntos, y perfecta hechura,  
Pestañas y caderas dilatadas,  
Y anchos pechos de alegre arquitectura,  
Y las tres perfecciones mas notadas,  
Pequeña boca, y breve de cintura,  
Con lo demás que amor justo ó injusto,  
Breve lo pide, como lo es su gusto.

Del medio inferior cuerpo otras tres cosas  
Que no sean flacas pide la belleza,  
Si bien la honestidad por peligrosas  
A los ojos cubrió su gentileza:  
La nariz, las dos pomas celestosas,  
Pequeñas, y pequeña la cabeza,  
Y los dedos, los labios, y cabellos  
Delicados serán, si han de ser bellos.

Destos varios engaces de oro juntos  
La imagen se hace de beldad perfecta,  
Y el limpio aspecto y rayas destos puntos  
El firme encanto desharán de Creta;  
Y en la japona reina los trasuntos  
Desta medalla pública y secreta  
Salud le dieran, si el temor estrecho  
No lo estorbara de tu ardiente pecho.

Y tú, francés, á quien la nueva guerra  
De tu patria hará de llanto un lago,  
Y en la subida de una inculca sierra  
En sus flores de lis sangriento estrago;  
Apriesa vuelve á tu enemiga lierra  
A dar venganza al agraviado mago,  
Que está del sacro imperio el guion alto  
De insignes capitanes y armas falto.

En el Franco Pomier, donde yo, puse  
Su casa un tiempo y su jardín Morgana,  
Morgana ilustre hada, que el concurso  
Ahora de la riqueza rige humana:  
Diosa del interés, y de su abuso,  
Y del rey Artus halagüeña hermana,  
Un castillo encantó, y un bosque esquivo,  
Donde á su hermano tiene, ó muerto, ó vivo.

Y allí en la rica sala del tesoro,  
Por nueva injuria á su enemiga Francia,  
Los capitanes de mayor decoro,  
Que del imperio rigen la importancia,  
Hechos tiene insensibles bultos de oro,  
Que esa es del oro la mayor ganancia,  
Y el interés en ánimo avariento,  
Confuso lazo y ciego encantamiento.

Y así este, aunque desnudo de provecho,  
Como mal sin remedio no le alcanza,  
Que un hombre avaro estatua de oro hecho,  
No hay, de que vuelva á ser quien fue, esperanza:  
Solo á la puerta en un sepulcro estrecho  
De un muerto cuerpo está la semejanza,  
Que suele con ponerseles delante  
Del sueño despertarlos semejante.

Aquí, pues, ves lo que á tu patria importa:  
Abrir hará la antigua sepultura,  
Y al muerto bulto, que la muerte absorba

Con su voz rompa la lazada obscura;  
Que á quien del oro el interés transporta,  
La sola muerte cura su locura,  
Y aun suele el rumor della á mejor vida  
Dar despierta la estatua mas dormida.

Hay fama que es el poderoso muerto  
El Anglio rey, que allí en podrida llama  
Su enjuto cuerpo tiene, y viendo abierto  
El lóbrego ataúd, deja su cama:  
Y á su antigua virtud y honor despierto.  
Al mas dormido da deseos de fama,  
Y el oro hace olvidar que es tierra el oro,  
Y un hombre insigne celestial tesoro.»

### ALEGORIA.

Bernardo, que por ninguna via quiere dejar el seguimiento de Arcángela, significa, que el ánimo codicioso del apetito de venganza, con ningún partido ni medio se quieta, ni otra satisfacción tiene por honrosa, que aquella que por si mismo alcanza de quien le ofendió. El gran vuelo del sabio Malgesí, ya hemos dicho que es figura de la vida contemplativa, que de las cosas visibles inferiores pasa la mira á las celestiales, con la cual llegará la felicidad del nuevo mundo, que es la bienaventuranza prometida al hombre, como á la monarquía española las Indias Occidentales. Por Tlascalán, sabio antiguo, que tiene su morada en las cavernas y gruta de un monte, es entendido el apetito de las riquezas que se erian en las entrañas de la tierra: el cual muchas veces es poderoso á traer al suelo con su fuerza al hombre contemplativo, que antes con gran deleite volaba sobre su pensamiento, ocupado en solo contemplar la hermosura del mundo y secretos de la naturaleza: al cual la solitud de las riquezas impide la quietud, que tan necesaria es al ánimo contemplativo, como Aristóteles dice en las Eticas, que si para la vida activa ayudan mucho, para la contemplativa totalmente son estorbo. El mirador de la cueva de Tlascalán, significa la imaginativa, de adonde se vía tanta variedad de cosas. En el modo que á Reynaldos se da para desencantar las estatuas de la sala del tesoro, se muestra como sola la muerte, ó su memoria eficaz, es la que puede despertar á los avarientos de su peligroso encantamiento.

### LIBRO DECIMONONO.

ARGUMENTO. Cuenta el sabio Tlascalán las espantosas hazañas de Hernando Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesión de los reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Carlos Quinto. Hállase Bernardo en el suelo de la fuente de las Maravillas, donde habiendo acabado un artificioso encantamiento, y ganado en él la famosa espada Balisarda, la hada Itheria le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linajes de España.

Así de lo profundo de su pecho  
El sabio al mundo siembra maravillas,  
Y en la gruta retumba el cervo techo,  
Y oyen los héroes en doradas sillas,  
Que en observado signo y cercos, hecho  
De luciente oro márgenes y orillas,  
El feliz mirador da en sus víriles,  
Aun á los por nacer cuerpos sutiles.

Y él viendo el siglo por venir patente,  
De superiores luces alumbrado,  
Vuelto un Proteo mortal, hacia presente  
Del que escuchaba el venidero hado,  
Como al rey Persa, y al francés valiente  
De nuevas trazas amasó el cuidado,  
Y en su piloto ahora el rostro fijo,  
Así siguiendo su discurso dijo:

«Si cual te dió el antiguo Balisarte  
En el francés aguado el valor godo,  
Sin mezcla de otro azar supiera darte  
De castellana masa el pecho todo,



Ni mi voz fuera ni mis ciencias parte  
A suspender de tu viaje el modo,  
Libre pasaras con tu intacto vuelo,  
O por la humilde tierra, ó por el cielo :

Que la estrella de España en este mundo  
En todo es superiora de otra estrella;  
Así los cielos en saber profundo  
Para mas bien lo dispusieron della :  
Del rubio oro el feliz parto fecundo,  
Y de luciente plata blanca pella,  
Ahora recoge, guarda y desentraña,  
Para en cambio de fe ofrecello á España.

Cuando tu patria en nuevas opiniones  
La religion verá que ahora profesa,  
Y en la fe sospechosa, y sus razones,  
Muchas confesará que hoy no confiesa;  
De España los católicos pendones,  
Y el primer papa en ellos por empresa,  
En señal que es el agua de su fuente,  
A dar luz bajarán á nuestra gente.

Compraremos entonces (¡cosa estraña!)  
El cielo con la escoria de la tierra,  
El desengaño y luz con lo que engaña,  
La eterna paz con la mudable guerra :  
Daremos plata humilde y oro á España  
Por la divina religion que encierra,  
Como en limpio granero, que es manciella  
Sembrar, sino está limpia la semilla.

Y si deseais á estos ocultos casos  
La estampa ver de su mudable idea,

Y los eternos encubiertos pasos  
Por donde el cielo su girar voltea :  
Si de lo por venir bultos escasos  
Ver deseais, y hay vista que los vea,  
Oid, héroes de otro mundo, oid, que quiero  
Al presente sacar el venidero.

Al mutable cristal desta laguna,  
Del polo helado, y su encubierta gente,  
Domando en riendas de oro la fortuna  
Otro tiempo bajó un pueblo valiente :  
Rindió incultas naciones, que ninguna  
Fiel tributo negó á su rey potente,  
Y él en victorias y poder ufano  
Leyes dió al nuevo mundo de su mano.

Y aunque de mar á mar la estrecha tierra  
Con armas tiene su furor turbada,  
Con quien mas ciego enojo y firme guerra  
El rigor trae de la ambición trabada,  
Es con la que á las faldas desta sierra,  
Ahora en pomposas plumas señalada,  
Con ancho baile y músicas celebra,  
Del ya domado ardor la primer quiebra.

Es la hidalga nación que á las vertientes  
De Tlasecala por mia heredó el cielo,  
Y á estas feroces extranjeras gentes  
El mas contrario y enemigo suelo :  
Y aunque en sangrientas lides diferentes  
Victorias les ganó de la honra el celo,  
De su teson y aliento belicoso  
Nunca hora hemos gozado de reposo.

Hubiera á su pomposa vanagloria  
Sin mi rendido el cuello el pueblo mio,  
Y en triste servidumbre á su victoria  
Las riendas diera del vencido brio:  
Mas yo que al siglo por venir notoria  
Miro la gran revolucion, confio  
Que han de dar las estrellas libre el paso  
A la luz de su Oriente en vuestro ocaso.

Y no solo inviolables sus mojonés  
Hará esto á las edades venideras,  
Mas aun los mejicanos escuadrones  
Cuando al mundo asombraren sus banderas,  
Y á su tremolar tiemblen las naciones  
Que de ambos mares ciñen las riberas,  
Y sea de su ambiciosa monarquía  
La tierra toda en que se encierra el día.

Entonces mi constante pueblo altivo,  
Sin nunca ver de espaldas la fortuna,  
La verde juncia en ademán esquivo  
Y el cerco ha de asombrar de su laguna:  
Cuando ya llegue al colmo fugitivo  
De su prosperidad la llena luna,  
Y á un rey sañudo que su cetro tenga  
Del rubio sol á verle un hijo venga.

Ya allí de un mundo y otro las estrellas  
El curso trocarán de su corriente,  
Y á los peñascos destas playas bellas  
Nueva vendrá y desconocida gente:  
Ya veo sus naos llegar, ya veo sobre ellas  
Los timbres de oro y armas del Oriente,  
Ya á sus invictos capitanes veo  
De un alta cruz labrar feliz trofeo.

Ya de un Cortés caudillo el pecho honroso  
Premio á mis ricas esperanzas sienta,  
Y la gloria del hecho mas famoso  
Que caber pudo en cuerdo atrevimiento:  
Insigne hazaña de ánimo brioso  
Será dar velas al mudable viento,  
Y embestir bravo desde el mar profundo  
Con un tasado campo los de un mundo.

Barrenar de su flota el frágil leño,  
Y allí sacrificarse á su cuidado,  
Como quien se hace indubitable dueño  
Deste occidental mundo, ¡hecho fue osado!  
¡Bella osadía! con campo tan pequeño  
Quererse quedar solo, y desarmado  
En medio de enemigos tan esquivos,  
Que se suelen comer los hombres vivos.

Mas la heroica hazaña, en quien se agota  
El largo discurrir del seso humano,  
Mayor que armar ni barrenar la flota,  
Ni á dar asalto al reino Mejicano,  
Será entre un pueblo inculto, y gente ignota,  
Con fuerza humilde, y desarmada mano,  
Su monarca prender, ceñirle hierros,  
Y castigar en él fingidos yerros.

Grande será prender un enemigo,  
Que de mortal envidia el pecho lleno  
A estorbarle vendrá, y él por testigo  
Le tomará, y por suyo el campo ajeno:  
Mas ni esto, ni el abrir ciego postigo  
Al mejicano pantanoso cieno,  
Con bergantines y chalupas puestas  
De diez mil hombres en las corvas cuevas:

Ni otro, ni otro furor, ni todo junto  
Desta hazaña iguala el fundamento,  
Que las demás con ella caen de punto,  
Y ella vencido deja el pensamiento:  
Serán las otras suyas contrapunto  
De anasados ejércitos sin cuento,  
De que saldrán estas montañas llenas  
Por ver tal prisionero en sus cadenas.

Mas hincillar con nombre y voz de preso  
La imperial magestad, mudarle casa,  
Sitiarle guardas, fulminar proceso,

Y en su libre vivir ponerle tasa,  
¿Qué huésped se arrojará á tanto esceso  
Con suceso feliz, que escede y pasa  
A los que en árduos hechos por famosos  
El mundo estatuas levantó y colosos?

Pues deste mis invictos lascaltecas  
Favor serán, y tomarán amparo,  
Y á sombra suya oirán sus playas huecas  
Mi nombre mas que sus cristales claro:  
Y del abrigo destas cumbres secas,  
Que hoy de muros me sirven y reparo,  
Las banderas saldrán, saldrá el castigo  
Deste tirano pueblo, mi enemigo.

Y no tardará el cielo en dar la vuelta  
Al eje eterno en que se mueve el hado,  
Y esta tragedia en lágrimas envuelta  
Al teatro salir acostumbrado,  
Mas que fortuna, de una vez resuelta,  
Alegre á España vuelva el rostro arado,  
Y ella dé limpia con sangrienta guerra  
De las horrruras de Africa su tierra.

De reyes siete cuadros mira el cielo,  
Que tras el rico bien desta esperanza,  
Los rios harán del agraviado suelo  
Correr morisca sangre en su venganza:  
Al grave Alfonso, cuyo casto celo  
A lo temido iguala de su lanza,  
Y de los riscos ásperos de Asturias  
De Francia enfrena y de Africa las furias;

Sucedirá un valiente don Ramiro,  
De un santo hebreo valido, que en Galicia  
Sepulcro oculto tiene, y un suspiro  
Suyo le hará soldado en su milicia;  
Cuya sangrienta espada inmortal miro  
En los ilustres pechos que acaricia  
La noble España, dando su denuedo  
Honra al cristiano, y al pagano miedo.

Oirá Clavijo en fiesta milagrosa  
El santo voto, que al patron divino  
Castilla hará, cuando su espada honrosa  
Al campo moro lleva un mar sanguino:  
Y luego Ordoño, en lanza belicosa,  
Por la Gascuña estrago repentino,  
Y en los rendidos páramos de Soria  
Y Salamanca eterna su memoria.

El magno Alfonso, deste Ordoño hijo,  
Entrará al reino, y en sangrientas manos,  
Porque no vean su pompa y regocijo,  
Los ojos sacará á sus tres hermanos:  
Dará de azules peñas cerco lijo  
A los deshechos muros zamoranos,  
Cuando sus hijos con orgullo altivo  
El cetro romperán del padre vivo.

Hará la inobediencia de García  
El reino suyo, y guerra al pueblo moro  
Con tasadas victorias, hasta el día  
Que á la muerte avasalle el cetro de oro:  
Vendrá Ordoño, que al padre la osadía  
También heredará como el tesoro,  
Si algo á sus hechos inclitos no humilla  
La muerte de los condes de Castilla.

Como en venganza suya el cruel hermano  
Froyla quitará el reino á sus sobrinos,  
Y en nobles pechos con rigor tirano  
Furioso hará sangrientos desatinos:  
Desmembraráse el reino castellano,  
Y al gobierno pondrá jueces divinos,  
Quedándose el sangriento rey cubierto  
De áspera lepra por sus culpas muerto.

Seguirleha Alfonso, de imprudencias ciego,  
Y de indiscreto celo arrebatado,  
Renunciará en su hermano el cetro, y luego  
Le pesará de haberlo renunciado:  
Mas Ramiro hecho rey, aunque por ruego,  
Cegarleha, ya del reino apoderado,



Que no ha menester ojos, luz, ni día,  
Quien pudo, y no miró lo que hacía.

Será famoso rey, pondrá en prisiones  
A Almanzor, y á los hijos de Frúela,  
Y en Simancas los bárbaros pendones,  
En que el poder de Arabia y Libia vuela:  
Degollará sus mauros escuadrones,  
Y en cuidadosa y vigilante vela  
Cuatro lustros verá, y luego el prudente  
Ordoño heredará su reino y gente.

Tendrá sangrientas guerras con su hermano,  
Que ha de alterar el reino la codicia,  
A Lisboa saqueará su invicta mano,  
Y el brio y furia enfrenará á Galicia:  
Sucedérleha don Sancho el Gordo, ufano  
En gobernar de España la milicia,  
Y hará en ley nueva, y público estatuto,  
Libres las nobles casas de tributo.

Volaránle á Castilla el homenaje  
De un libre azor las alas, y un caballo  
Hará de paz á Córdoba un viaje,  
Y alzarseha rey un sin lealtad vasallo:  
Sudará fuego el mar entre un celaje,  
Y saldrá un traidor conde á regalallo  
Con frutas, de que ya morir le miro,  
Y sucederle el niño don Ramiro.

Por estos siglos, bárbaros normandos  
En Galicia barán gruesas entradas,  
Y los moriscos cordobeses bandos  
Del reino en las fronteras descuidadas:  
Y con ley nueva, y rigurosos mandos,  
A las mozarbes gentes bautizadas  
Su Dios querrá que dejen, ó las vidas,  
Ya por su amor ganadas de perdidas.

Alzarseha con Galicia don Bermudo,  
Y el descuido del rey será de modo,  
Que con su muerte, el que él deshacer pudo,  
Señor quede absoluto y rey de todo:  
Será de alma prudente y seso agudo,  
Y en desgracias igual al postrer godó,  
Cuyo tierno deleite y gustos vanos  
Sin piés le harán, y le atarán las manos.

Será dueño Almanzor de sus victorias,  
Y en costoso aparato y triunfo dellas,  
Del hueco y firme bronce hará memorias,  
Que su honra alumbré á su mezquita en ellas:  
Suyas serán las trágicas historias  
De los infantes siete, ó siete estrellas,  
De la sangre de Lara, y la que baña  
Del sitiado Leon la alta montaña.

Sucedérleha su hijo Alfonso el Quinto,  
Que asombrará de Córdoba los muros,  
Y sus reyes con oro en sangre tinto  
A su ira comprarán breves seguros:  
Dará en su corte un bello laberinto  
De argamasados mármoles oscuros,  
Mas en Visco una infeliz herida  
Quitará al reino el rey, y al rey la vida.

Vendrá tras él el último Bermudo,  
Que muerto de Carrion en las riberas,  
De Castilla y Leon se dará un nudo,  
Que en mil edades dure venideras:  
Matará su cuñado, al que no pudo  
La ardiente Arabia y sus legiones fieras,  
Sentándose Fernando así en la silla  
Primera de Leon, y de Castilla.

Será este rey en ánimo y grandeza  
Un Pompeyo segundo, y el primero  
Que al noble Cid honrará la braveza,  
Y arnés le armare de bruñido acero:  
Homillarleha Toledo su cabeza,  
Y serleha de Sevilla el rey pechero,  
Llevando hasta Leon su pueblo moro  
Al gran doctor Isidro en andas de oro.

Florecerá en su alegre edad la santa

Casilda de Toledo, infanta bella;  
Mas ya tanta grandeza, y dicha tanta,  
A su ambicioso hermano enfadó el vella,  
Y contra el de Navarra baja cuanta  
Marcial potencia tiene y rige en ella,  
Sin que haile su pasión otro concierto,  
Que de heredar el campo al uno muerto.

Pondrá el río Ebro el vencedor Fernando  
Por lindero á Navarra y á Castilla,  
Y del romano imperio al grave mando  
Libre, cual lo es, su castellana silla:  
Mas ya al general término llegando  
Con poco acuerdo dejará en rencilla  
Tres hijos reyes, que es á toda cuenta  
La compañía del reinar sangrienta.

Castilla del valiente Sancho, y luego  
Leon de Alfonso, y de García Galicia,  
Ninguno el reino gozará en sosiego,  
Que es glotona de reinos la codicia:  
Huirá á Toledo Alfonso, y el gallego  
Aun le enterrará preso la avaricia,  
Y Vellido en el muro zamorano  
Al uno vengará y al otro hermano.

Voiverá el bravo Alfonso del destierro  
A ser universal señor de cuanto  
Su anciano padre dividió por yerro,  
Y juntó en él el uno y otro llanto:  
Escalará triunfante el sacro cerro  
Que Tajo lava y enriquece tanto,  
Dando á su ilustre alcázar de su mano  
Al castellano Cid por castellano.

Mas la instable fortuna, en recompensa  
De mil victorias, con faltarle en una,  
Feudo de todas cobrará, que piensa  
Que sin estas mudanzas no es fortuna:  
Y su santo heredero en nube densa,  
De armas rendido, á la africana luna,  
De la fuente de Uclés en el desierto  
Quedará, á vueltas de otros muertos, muerto.

Dará una hija á Enrique, hijo segundo  
Del conde Lotoringa, hecha duquesa  
Del fertil suelo, donde el mar profundo  
El remate de España lava y besa;  
De cuya insigne fuente un río fecundo  
De real sangre tendrá la portuguesa,  
Hasta que acabe en Africa, en el día  
Que vuelva á ser de España monarquía.

A este dichoso siglo venidero  
La religión Templaria militante,  
De limpio armada y de cristiano acero,  
Por luz del mundo nacerá en Levante:  
Verá el rey de sus días el postrero,  
Y Alfonso de Aragón vendrá triunfante  
Por invicto Monarca, que en Castilla  
De cinco ensalzará sola una silla.

Será su emperador, será su espada  
De España muro, y del morisco espanto,  
Y en veinte y ocho batallas barnizada,  
Tantos triunfos tendrá del cielo santo:  
Dará á la libre reina ocasionada  
Del rico patrio suelo el rojo manto,  
Y tras su libertad Alfonso el bravo  
Vendrá, aunque sin segundo, á ser octavo

De España emperador, cuyos vasallos  
El de Aragón serán y el de Navarra,  
Y del vándalo Betis cien caballos  
En su carroza real, tropa bizarra:  
(¡Suerte humana!) que al tiempo de gozallos  
Por cama en la fresneda una pizarra  
Del muradal rigor dará el camino  
El alma al cielo, el cuerpo á un pardo espino:  
Cuándo tras dél, de Sancho el Deseado  
Vida y virtud se volará en deseo,  
Pues de un año de reino, y mal logrado,  
Cortarle el hilo ya la parca veo:



Dejará un tierno niño encomendado  
De Castro á la lealtad, y ella el empleo  
De su príncipe, reino y señorío,  
Salvos conservará del rey su tío.

A Avila el niño huirá de Soria,  
Que en rico alcázar le tendrá seguro  
Hasta cobrar su reino, y con victoria  
Libre salir del abulense muro:  
Mas de Africa el orgullo y vanagloria  
Sus fuerzas veo juntar, desde el obscuro  
Nacimiento del Nilo, hasta donde  
Atlas el día en su arboleda esconde.

Y con el apartado gáramante,  
Etiopie adusto, y árabe ligero  
Por Castilla entrará, y saldrá triunfante  
De Alarcos todo el mauritano acero:  
Bien que en Tolosa el bárbaro pujante,  
De las Navas poblado el campo entero  
De muertos dejará, cuyos millares  
De un ciento y de otro ciento serán pares.

Fundará, porque al mundo se publique,  
De las Huelgas de Burgos la grandeza,  
Y allí enterrado el mal logrado Enrique  
De España, y su valor será cabeza:  
Gobernará á prudencia de un Manrique,  
Gozará de Malfada la belleza,  
Y de un golpe una teja desmentida  
Al caer malogrará su tierna vida.

Soldará este dolor Fernando el Santo,  
En cuyo reino y siglo venturoso,  
Ni hambre ni peste habrá, ni azar, ni llanto,  
Ni guerra en que no salga victorioso:  
Córdoba será suya, y será cuanto  
Del claro Betis riega el curso hermoso,  
Restituyendo en hombros de cautivos  
Del bronce de Almanzor los sonos vivos.

Hará suya á Jaen, Murcia y Sevilla,  
Y tributario el reino de Granada,  
Y al cetro de Leon y de Castilla  
Eterno nudo, é inmortal lazada:  
Ilustrará con santidad sencilla  
Domingo su real sangre, y la abrasada  
Cueva del monte Alberno y sus espantos,  
Que hay tambien siglos que producen santos.

Llevará á Salamanca de Palencia  
Las letras que la harán rica y florida,  
Seguirleha su hijo Alfonso, á quien la ciencia  
De los astros promete inmortal vida:  
Y aunque rey sabio, mucha suficiencia  
Suele sin humildad verse perdida,  
Que del saber el moderado freno  
Al bueno hace mejor, y al malo bueno.

Con hija de un rey santo, en cuyo escudo  
Un bello cielo azul tres lirios baña,  
En retrógrada estrella, y día desnudo  
De la real magestad, y no de saña,  
Con soberana pompa en santo nudo  
El príncipe ligar hará de España,  
Cuyas dos plantas por violentas leyes  
Duques darán al mundo en vez de reyes.

Compondrá el astronómico secreto  
De las tablas y leyes del juzgado,  
De Roma emperador se verá eleito,  
Y de uno y otro cetro despojado,  
Que el ambicioso Sancho, sin respeto  
Contra el incauto padre rebelado,  
Se ha de quedar con la usurpada silla,  
Y el despojado rey muerto en Sevilla.

Alcanzarlehan las graves maldiciones  
Del sabio rey al hijo inobediente,  
Con que en guerras será, y en disensiones,  
De su ambicioso reino la corriente:  
Entrará en heredadas turbaciones  
Un niño rey, que en ánimo imprudente  
De dos vasallos morirá emplazado,

O por su grave culpa, ó su cuidado.

Quedará niño Alfonso el Justiciero,  
Ultimo de los reyes deste nombre,  
Y el alterado reino, edad de acero  
Será en guerra civil que al mundo asombre:  
Avila sola con feliz agüero  
De leal conservará el primer renombre,  
Siendo en su fiel custodia real brinquiño,  
Cual ya otra vez lo fue de otro rey niño.

Al bravo Alboacen, rey de Marruecos,  
Contra él veo ya alterar la Libia ardiente,  
Y resonar por los peñascos huecos  
Del sordo mar su innumerable gente,  
Tal, qué aun me asombran los quebrados ecos  
Del intiel campo, adonde veo presente  
La africana potencia, y mortal rabia  
Que hay desde el mar Océano al de Arabia.

Todo este campo bárbaro amasado  
De diversas provincias y escuadrones,  
Por vengar un infante mal logrado  
Blandos dará en su sangre los terrones  
De Tarifa, y volcando el rio Salado  
Destrozados arneses y pendones  
Correrá al mar, y llevará el tributo  
De maura sangre, y de africano luto.

Después ganar en cerco veo prolijo  
De la firme Tarifa las almenas,  
Y las de Gibraltar constante y fijo  
De llanto dejará y de luto llenas:  
Entrará al reino su soberbio hijo  
Don Pedro, tierno jóven; mas apenas  
El real cetro empuñará en la mano,  
Cuando descubra su ánimo inhumano.

Habrá una gran mudanza en las noblezas  
Destos crecientes siglos y menguantes,  
Alzando unos fantásticas cabezas,  
Y humillando otros las que alzaban antes:  
Será un Neron en abrasar grandezas,  
Y destruir sugetos importantes,  
Lavando en sangre sus impuras manos  
De parientes, mujer, madre y hermanos.

Hasta que al fin el cielo por castigo  
De su cruel pecho, y corazon tirano,  
Abrazado le ponga á su enemigo  
En lucha horrible de uno y otro hermano,  
Donde el dichoso Enrique por testigo  
Dirá el puñal en su sangrienta mano,  
Que ni es ni fue al presente desconcierto.  
Cain el vivo, porque lo es el muerto.

Triunfará el fraticida rey afable,  
De ánimo ilustre y nobles condiciones,  
En vista alegre, en compostura amable,  
Y en mercedes magnánimo y razones:  
Bien que de la fortuna variable  
El fin verá de sus mudables dones,  
Que con veneno el cielo soberano  
Ya vengar determina al muerto hermano.

En datiladas flores de un coturno  
Berberisco la muerte irá argentada,  
Luego que del periodo de Saturno  
La media vuelta dé su edad dorada:  
Morirá al fin el rey, tocará el turno  
Del cetro de oro y la diadema amada  
Al primer Juan, que por templado y grave  
La magestad pesada hará suave.

Pondrá el noble distrito de Vizcaya  
En su real corona timbre altivo,  
Y un rey Armenio á su española playa  
Del llano Egipto bajará cautivo:  
Romperá fiero á Portugal la raya;  
Mas volverleha fortuna el rostro esquivo,  
De su ejército haciendo, y de su flota,  
El inmortal blason de Aljubarota.

Y su temprana muerte á las riberas  
Del desgraciado Henares, á caballo



Con los diestros farfanes de las fieras  
Naciones libias subirá á buscarlo:  
Mas ya de su hijo Enrique veo las veras  
Que temello harán y respetallo,  
Cuando en Burgos, temblando ante su silla  
La grandeza se arroje de Castilla.

Y de su alcázar el dorado techo  
Tan trocado le veo el rostro humano,  
Que en trono de oro ponga al de mas pecho  
Temor la ardiente espada de su mano:  
Y en el pueblo feliz por Hispal hecho  
En castigos será un nuevo Trajano,  
Mas la aleve punzada de un veneno  
Junto robará al mundo tanto bueno.

El segundo don Juan, rey justiciero,  
A este sucederá desde la cuna,  
Que como único sol hará severo  
Crecer y decrecer la altiva luna:  
Y el cuarto Enrique, nieto del tercero,  
Tras él vendrá con desigual fortuna,  
Que toda se guardó á su heroica hermana,  
Mas que el sol bella, y que la aurora ufana.

Yo digo de Isabel, por quien Fernando  
El reino de Aragon dará á Castilla,  
Y ambos, deshecho ya el morisco bando,  
Del todo limpia su española silla.

Y por tan santos medios acribando  
El cielo su católica semilla,  
Su luz abrirá el alba á nuestra gente,  
Y el sol dará en los mundos del Poniente.

Hará volar con soberanos fines  
Del ligurio Colon los pensamientos,  
Que mudando los hombres en delfines  
Domará el mar, y enfrenará los vientos;  
Y llegando á las playas y confines  
Que á este incógnito mundo dan cimientos,  
Alegres viendo su encubierta gente,  
Della cargados volverán á Oriente.

Veránse entonces las estrellas fijas,  
Que por la rueda de Ixion clavadas,  
Al Antártico dan vueltas prolijas,  
Y con la nieve suben escarchadas:  
Y la fortuna y fama, nobles hijas  
Del trabajo y virtud, á un yugo atadas,  
De honra y riqueza afeitarán sus teceas,  
Deidades que se juntan raras veces.

Volverá á renacer el siglo de oro,  
Con el que sudará el suelo fecundo,  
Y de sus ricas nave el tesoro  
Gemir el golfo hará del mar profundo:  
Y estos dioses sin alma que hoy adoro  
Piedra á ser volverán en nuestro mundo,

Y en el suyo las nuevas maravillas  
Nuevos asombros parirá el oíllas.

Ya el prudente Colon, blanca paloma,  
Pronóstico de paz á nuestra guerra,  
La empresa de añadir á España toma  
Del nuevo mundo la encubierta tierra:  
!Oh alma siempre feliz! preciosa poma  
De la luz santa que el morir destierra,  
Nazca ya de tu honor el rayo ardiente,  
Que la aurora ha de ser de nuestro Oriente.

Dé vuelta á su dichoso curso el cielo,  
Y el vasto mar sus crespos gollos rinda,  
Para que alumbre de su lustre el vuelo  
La gente que ahora con la noche alinda:  
Digno fervor de aquel heróico celo,  
Que á tu alma santos pensamientos brinda,  
De dar paso al furor del mar profundo,  
Y á Castilla y Leon un nuevo mundo.

Bien tu valor y autoridad merece  
Silla entre reyes, y en los cielos silla;  
Crezca tu nombre, crezca cual florece  
Con mayo el mundo, con tu honor Castilla;  
Que el signo que á tu estrella favorece,  
Si á corta sucesion su curso humilla,  
En nuevo lustre y voz de inmortal gloria  
El blason crecerá de tu memoria.

Cuando ya en suspension de largos años,  
Vacía de sucesion tu ilustre casa,  
De avara ingratitud lllore los daños,  
Larga en el merecer, y en premio escasa,  
Pues dando al natural, y á los estraños,  
Las venas que tú hallaste, oro sin tasa,  
Tu real grandeza te darán ceñida  
De un breve estado á la porción medida.

Entonces pues el cielo soberano,  
Con nuevo crecimiento y gloria nueva,  
Un príncipe ha de darte de su mano,  
Para quien todas sus crecientes lleva:  
Si has de ganar un rico mundo ufano,  
Si harás que á tu inmortal valor se deba  
Cuanto tesoro da y reparte España  
Por su invencible gente, y por la estraña:

Si has de domar el mar, si has de ver hecho  
De nueva luz el contrapuesto polo,  
Si al corto seno de un bajel estrecho  
Mas oro has de añadir que alumbra Apolo;  
Si al gran mundo en que queda el día deshecho  
La antes cerrada puerta has de abrir solo,  
Y dar á Europa la encubierta gente,  
Que ahora las sombras guarda del Poniente:

Todo es en rica fe de labrar casa  
A este gran sucesor de tu grandeza,  
En quien fortuna lloverá sin tasa  
Los bienes que antes daba con pereza:  
Si en ti la sucesion se cortó escasa,  
La corona ducal de su cabeza  
Pródigo de honra hará en parto fecundo  
De eterno curso tu memoria al mundo.

Este es quien juntará al grabado peso  
Del mundo, que adornar tus armas pudo  
De la casa de Córdoba el rey preso,  
Y de Toledo el jaquelado escudo:  
Las bandas de Aragon, y del suceso  
De Orique el real cuartel, precioso nudo,  
Con las diez torres que orlan las esquinas  
A las invictas portuguesas quinas.

Destos reales blasones reservados  
A tu creciente esfera, el tiempo envía  
El gran premio debido á tus ciudades,  
Que otro inferior á deuda tal sería;  
Y en don Nuño Colon resucitados  
Los bienes que tu heróico aliento cria:  
Será de honra española ardiente fragua,  
Gran almirante, y duque de Veragua.

Marqués de la encubierta Jamaica,

En preciosas maderas eminente,  
De ricos pastos y metales rica,  
Si bien de ociosa y descuidada gente;  
En cuyos gruesos campos multiplica  
Al mundo por venir, oro luciente,  
Que ahora por las riberas de Caguaya  
Forma en cereos de luz lustrosa raya.  
Aquí tambien, si el arco de la esfera  
Incierta luz no llueve á mi memoria,  
El sacro pastoral báculo espera  
Al que yo autor espero desta historia:  
Allí en sombras de eterna primavera,  
Mientras tu fama al mundo hace notoria,  
En esperanzas de mayores bienes  
Preciosa mitra ceñirá sus sienas.

Ya del claro Genil la fértil vega,  
De sangre llena y de espantosas lides,  
A quien ni Troya, Tebas, ni Argos llega,  
Ni en sus batallas Héctores y Alcides,  
Entre el cristal que sus arenas riega,  
Las rojas cruces de sus bravos Cides,  
En victoriosas lanzas por las cumbres  
De sus almenas formarán vislumbres.

Cuando de nuestro mundo las señales  
Por tímbrs campearán de su victoria  
Y de estos encubiertos arenales,  
Que al día hurtan la luz, harán memoria:  
Mas no luego en columnas de cristales  
Del plus ultra á volar saldrá la gloria,  
Hasta que de Austria y Recaredo juntas  
Las sangres pongan sobre el sol sus puntas.

En una bella Juana, ilustre hija  
De Isabel y Fernando, ordena el cielo  
Unión á estas heróicas sangres fija,  
Y á la fama en su fruto inmortal vuelo:  
Un sol que al mundo dé en vuelta prolija  
Lumbre, y amor, honor, y miedo al suelo,  
Y á su ley santa en riendas de oro atilde  
Al soberbio alemán, y al indio humilde.

Y así en real pompa de su entrada al mundo  
La fortuna feliz ordena el medo,  
Que añadiendo al primero este segundo,  
Invicto nazca emperador de todo:  
Y sin que espanten ya del mar profundo  
Los anchos golfos su estandarte godo,  
La vuelta dé por cuanto gira entorno  
Del día la luz, de la fortuna el torno.»

Así el sabio en los senos de su cueva  
Los hados por venir descubre á España,  
Y en potentes retratos, y en voz nueva  
El curso teje de su vuelta estraña:  
Y en reforzada voz cuanto da y lleva  
Del tiempo el vuelo con que al mundo engaña  
Hacer queria presente, y con suave  
Vuelta á las suyas destorcer la llave.

Cuando en trueno confuso y rayo ardiente  
La máquina gimió del monte horrendo,  
Y la gruta capaz de oro luciente  
Al centro pareció bajar huyendo:  
Ahora del mundo la deidad prudente,  
Que á su gobierno asiste, el ronco estruendo  
Diese, agravada en ver vuelta una masa  
De clara luz las sombras de su casa:

O sea, si ya no es esto lo mas cierto,  
Que el sabio Malgesí con nuevo engaño  
De oculto signo, ó círculo encubierto,  
Del aire hiciese el movimiento estraño:  
Y dejando al contrario mago muerto,  
Libre huyese del pasado daño  
Por las cavernas, ó que el monte ciego  
Roto se ardiese en invencible fuego.

Como tal vez del rayo la violencia,  
Que á la alta torre de un alcázar baja,  
Si el duro jaspé en firme resistencia  
Su vuelo impide, sus murallas raja,

Hunde los techos de oro sin clemencia,  
Los frisos rompe, el mármol desencaja,  
Y en ricas sillas de marfil sentados  
Los graves Reyes quedan desmayados;

Tal ruido se oyó, tal en un punto  
El suelo dió en terrible terremoto,  
Tristes gemidos, resonando junto  
El yerto monte y el vecino soto:  
Y el súbito estallido fiel trasunto  
De un mundo fue descuadrado y roto,  
Cuando el quebrado cielo en fuego ardiente  
La tierra hará carbon, y arder su gente.

Mas ya en esta sazón otra garganta,  
En estruendo no menos resonante,  
De un dragon negro, cuyo bulto espanta  
Los pardos olmos que le ven delante,  
Sobre el cristal de un río se levanta,  
Y vivo en ella traga un noble infante,  
Que el crespó mar con nueva maravilla  
Del claro Ebro escupió en la verde orilla.

De los huecos celajes con que lberia  
De Anteon la fuente disfrazó celosa  
La sierpe vino, cuya horrible arteria  
Posada al gran Bernardo dió espantosa:  
Y él, reducido á la última miseria,  
Al bajar la garganta tenebrosa,  
Dió en el profundo vientre de la fiera,  
Que se tragara una montaña entera.

Pide al caer medroso ayuda al cielo,  
Que á tanto riesgo sin pensar le trajo,  
Cuando de un tumbo y otro un verde suelo  
De sus floridos piés halló debajo:  
Llenas las rosas de escarchado yelo  
De verdes hojas el torcido gajo,  
Y él sin riesgo mayor que la congoja  
Con que aun allí estar muerto se le antoja.

Del fresco prado en las floridas faldas  
Labrado de oro pareció un palacio,  
De ricos frisos y molduras gualdas  
A las vislumbres hechas de un topacio,  
Que en el mas pobre y deslucido espacio  
Dan sus rubias colores mas centellas,  
Que en su vía láctea cuenta el cielo estrellas.

Y á el fresco Alpende, de su puerta altiva  
Un bárbaro jayan barriendo el suelo  
Con furia trae una beldad cautiva,  
Que favor pide en tanto agravio al cielo:  
Y era la desigual batalla esquivo  
De la codicia, y de la dama el celo  
De guardar limpia una desnuda espada,  
Que en sangre presto se verá manchada.

Hecha dorada presa en los cabellos,  
Que el alba no es mas bella cuando nace,  
El gallardo español, que en ella y ellos  
La injuria vió que el cruel jayan les hace,  
Por entre rosas y jazmines bellos  
A deshacer se arroja el torpe engace,  
Que por los dedos del soberbio moro  
Hacian las ofendidas hebras de oro.

Sacó su firme espada, que con ella  
Vengada y libre ya juzga la dama,  
Dejó el jayan la sin piedad doncella,  
Y de acero una almadana encarama,  
Así horrible, que pone espanto el vella,  
Y el silbo mas con que bajando brama  
En busca del guerrero, que si le halla,  
Ni ha menester mas paz, ni mas batalla.

Hurtó el cuerpo, tembló la tierra en torno,  
Y por ella enterró el martillo un brazo,  
Cuando el gallardo jóven por retorno  
Del fino arnés le desmembró un pedazo:  
Da el uno, el otro amaga, y el contorno  
Resuena, gime, y coge en su regazo  
Los peligrosos golpes, cuando el vario

Revolver los desvía del contrario.

Era el bruto jayan gruesa quimera,  
De obscura tez, y bulto corpulento,  
De así hidrópico vientre, que pudiera  
Hartar lleno de plata á un avariento;  
Y en su diestro esgrimir tan ágil era,  
Que es con su ligereza plomo el viento,  
Y de su clava el aire mas furioso,  
Que el que al Egeo mar turba el reposo.

La bella ninfa que del bulto grueso  
Del jayan libre vió su heróica espada,  
Con ella en la una mano, en la otra un peso,  
La una á la otra balanza nivelada,  
De la batalla el áspero suceso  
Mira en rico sitio de oro sentada,  
Que en la vecina sala en pedrería  
Y finas telas de brocado ardía.

Cuando en iguales golpes los guerreros  
Los techos de oro vieron de la sala,  
Y en su destreza y revolver ligeros  
De un alentado combatir la gala;  
Mas del leonés alfanje los aceros,  
A un revés que el de un rayo no le iguala,  
Se entraron por la hidrópica barriga  
De la sombra fantástica enemiga.

Y abriéndole una puerta, que pudiera  
Por ella entrar el mismo que la hizo,  
Cuando el grave jayan creyó que diera  
En tierra muerto, su vigor rehizo;  
Corriendo á un tiempo de la herida fiera,  
Por sangre y negra tez, rubio granizo  
De miles doblas de oro, que sin tasa  
El suelo hinchieron de la alegre casa.

Bastara su agradable golosina  
El gusto ocasionar al mas templado,  
Y trocar la batalla por la fina  
Y rubia masa del metal preciado:  
Mas al que al solo noble honor se inclina  
No las riquezas turban su cuidado,  
Que el oro es metal pobre para el hombre  
Que en la virtud aspira á inmortal nombre.

Y así á solo vencer pone la mira,  
Y el oro pisa que en tan poco tiene,  
Cuando una extraña novedad le admira,  
Que envuelta en el metal precioso viene:  
Por donde su corriente alegre gira,  
Y la dorada sangre se detiene,  
Reñonecer se vieron mil espadas,  
Por otros tantos brazos levantadas.

Parto infeliz de la preñada tierra,  
Hecho en favor del sin lealtad gigante,  
Que ya con arinas de oro hace guerra,  
A quien con las de acero no es bastante:  
No da tantos renuevos la alta sierra,  
Que es de Gascuña y Leon muro importante,  
Ni tantas flores cuaja en su ladera,  
Cuando derrama abril su primavera;

Como del enlosado suelo duro  
Espadas floreció la lluvia de oro,  
Que en tejido escuadrón, y denso muro,  
Hieren á un tiempo en martillar sonoro:  
Nunca el leonés se vió menos seguro,  
Ni con tantos contrarios; que el tesoro  
Puede sembrado mucho, aunque en el pecho  
Del avariento muera sin provecho.

Ya en la Morea tal vez los blancos dientes  
De una sierpe en marcial furor sembrados  
Espigas dieron de enemigas gentes  
Y los surcos se armaron de soldados:  
Las serpientes al fin dieron serpientes,  
Y al armado gañan hombres armados,  
Mas sembrar oro, y espigar rencilla,  
Esa es la nunca vista maravilla.

Y el valido jayan contra Bernardo  
De tantos brazos, mientras él su espada

Con todos prueba, sube en paso tardo  
Al trono en que la ninfa está sentada,  
En traje altivo, y ademan gallardo,  
De luz vestida, y de oro coronada,  
Volviendo con su rica espada en cielo  
De aquella escuadra el escondido suelo.

Y él de unos torpes brazos defendido,  
Y de otros levantando á la doncella,  
Al suelo humilde de su trono erguido  
En comprados favores dió con ella:  
Quitóle el peso y manto guarnecido,  
Y el rico engaste de la espada bella,  
Y fue segun la saña concebida  
No poco bien dejarla con la vida.

Mas con la nueva espada y nuevo brio,  
De las balanzas de oro, una balanza  
Hecha dorado escudo, al desalio  
Y á su victoria da nueva esperanza:  
Bien que cerrado el rubio ardienterio  
Del precioso metal, vió la mudanza  
Del humano favor, que en ser comprado,  
No dura mas que el oro su cuido.

Y con las nuevas armas mas ligero  
Y desangrado que antes, da y recibe  
Doblados golpes sobre el terso acero,  
Limpio papel donde su enojo escribe:  
Anda el combate así trabado y fiero,  
Que cada cual parece que revive  
Con las heridas de la mano agena:

Gimen los dos, y el bosque en torno suena.

Siente en su hoga el leonés brega tan larga,  
Y dando al limpio estoque ambas las manos,  
Sobre el bulto fantástico descarga  
Un golpe, y otro, y otro, y todos vanos;  
Que un grave peso de oro por adarga  
Los gigantes en fuerzas vuelve enanos,  
Y el valido de aquí por allí se entra,  
Y de una punta al que le ofende encuentra.

No guardó como pudo la cabeza  
La furia de la punta desmandada,  
Mostro sobre ella el jóven su destreza,  
Y él en el cuerpo la escondió la espada:  
Perdió el herido monstruo la braveza,  
Y la hueca cabeza barrenada  
En viento se exaló á vista del godo,  
Que era aire, como lo es el favor todo.

Tembló la cuadra al revolverse en viento  
De la máquina hinchada el bulto obscuro,  
Y al aire horribles sombras ciento á ciento  
Bramar hicieron del palacio el muro:  
Del hinchado odre el soplo turbulento,  
Que el griego Ulises detenía seguro,  
Al huirse así, de tempestades lleno  
Los piélagos dejó del mar Tirreno.

Y Bernardo entre el humo que el tesoro  
Con negro hollin enturbia del palacio  
La espada mira, que el vencido moro  
Sangrienta le escondió en el cuerpo lacio:  
Su agudolilo, y sus recazos de oro,  
Medroso saca en detenido espacio,  
Su ancha cuchilla barnizada toda  
En lino rosicler de sangre goda.

Vió ser la sangre mas, y el riesgo menos,  
Cuando el alcázar de oro puesto á punto,  
Con huecos tiros y sonoros truenos,  
Salva le hizo á su victoria junto:  
Y de alegre rumor los aires llenos,  
Clarines dan de plata el contrapunto,  
A una armonia de cítaras suave,  
En pasas dulce, y consonancias grave.

Huyeron las fantasmas, volvió el día  
A su primer beldad la rica sala,  
Bañada en oro y noble pedrería,  
En la vista empezó á sembrar su gala,  
Que en dorados blasones componía



Un marcial trono, que al del cielo iguala,  
De esmaltados escudos, y de arneses,  
Grabadas armas, timbres y paveses.

Era esta sala el fondo de la fuente  
Que aquello da á beber que se desea,  
Banquetes al gloton, honra al prudente,  
Amores al galán, gala á la fea,  
Trazas de guerra al capitán valiente,  
Armas, triunfo y victoria al que pelea:  
Trofeos halló Bernardo, que trofeos  
De fama es cuanto abrazan sus deseos.

Y absorto en el bellissimo aposento,  
Mira, y no entiende, que armas en escudos  
Son, para quien no sabe el fundamento,  
Las mas parleras, personajes mudos:  
Cuando la dama, á quien violó su asiento  
El jayán, que por sangre sembró escudos,  
Con nuevo adorno entró, y con nueva gala,  
Como el día por el mundo, por la sala.

Y haciendo al victorioso infante fiesta,  
Célebres versos canta á su victoria,  
Y en silla de oro al diestro lado puesta,  
Así de obscura luz teje su historia:  
»Oh tú que en sangre ilustra traces compuesta  
Del mundo la nobleza mas notoria,

En quien el vald gótico al de España  
Juntar pudo el gran conde de Saldaña:

Ya con la rica espada, que en tu mano  
El fino esmalte de tus venas muestra,  
En mas agudo filo, y temple sano,  
Segura queda de impresion siniestra:  
El corte sin defensa al cuerpo humano  
Tu sangre se le dió, y dará tu diestra  
El lugar que merece, y todo junto  
Venganza á quien la ha puesto en este punto.

El dios del fuego en su ahumada cueva  
Para las armas la forjó de Aquiles,  
Las misinas armas que ahora en honra nueva  
Tu gentil cuerpo adornan con perfiles:  
Diólas la hada del tesoro á prueba  
De Argalla á los miembros juveniles,  
Argalia, hijo del jayan que reina  
Donde la aurora sus cabellos peina.

No le dió entonces la preciosa espada,  
Que al observado punto de una estrella,  
Para en temple dejarla refinada,  
Y sin defensa el filo y golpes della,  
En su oriental estadio retirada  
Por su gusto asistia una doncella,  
Dándole de oro una invencible lanza,  
Mientras la fria virtud del astro alcanza.

Hizo con ella el alentado chino  
Famosos golpes, hasta el triste dia  
Que en Francia á un fresco arroyo cristalino  
Ferragut lo mató con quien reñia:  
Tomó el moro prestado el yelmo fino,  
Y cobró la sombra de Argalia,  
Dando el entero arnés por testimonio  
En fiel custodia al muerto Telamonia.

La espada en el jardin de Falerina,  
Al tiempo que iba á dar su aspecto el astro,  
Orlando con violencia repentina  
Quitó á la hada y á la estrella el rastro:  
Pasó el fatal concurso la hoja fina,  
Quedó imperfecta, el muro de alabastro  
Del florido vergel roto, y por ella  
Muerto el dragon, y presa la doncella.

Peleó con ella Orlando algunos dias,  
Y de Rugero la cobró Morgana,  
Que de su ciencia haciendo anatomías,  
A darle el temple halló salirle vana;  
Sin honra y sin provecho sus porfías,  
Que es río que pasa la ventura humana,  
Y al punto que pasó, si el punto pasa,  
No hay brazo humano que le vuelva á casa.

Solo si al ciego lin de una batalla  
Real sangre le bañare el corte y punta,  
De aquel primer perdido aspecto halla  
Que alcanzará otra vez la virtud junta:  
Esto á la hada tocó, y el mejoralla  
Al rosicler que en tu costado apunta  
De la gótica sangre, que acompaña  
Las reales venas de la antigua España.

Al tiempo que se entró por un costado  
Su aspecto hacia la observada estrella,  
Con que acabó Morgana su cuidado,  
Y victoria cantó por tí y por ella:  
A esto en vuelo te trajo apresurado  
De los suspiros de Crisálba bella,  
Que á huirse de la espada este planeta,  
Tú quedarás sin luz, y ella imperfecta.»

Así al grave leonés la niufa explica  
El curso con que el hado el suyo lleva,  
Y atenta á la atencion con que la rica  
Tapiceria contempla de su cueva,  
Su cortés gusto el noble suyo aplica,  
Y para darle del relacion nueva,  
Con dulce lengua así dió nuevo lustre  
De su real sala al aparato ilustre:

«Cuando Roma trabó guerra consigo,

Que ya al resto del mundo la habia hecho,  
Para no reservar ningun amigo  
Las armas revolvió á su mismo pecho:  
Nadie quedó en la tierra por testigo,  
Todos se hicieron cómplices del hecho,  
¿Quién libraria á España, si era España  
Del romano furor la mejor saña?

Pompeyo el dueño; César, quien queria  
Serlo solo á pesar de las estrellas,  
El fiel Petreyo á su cohorte un dia  
Las de Afranio juntó, y juntó con ellas  
Cuanta nobleza á España enriquecia  
Del río Segre en las riberas bellas,  
Donde al gran César dieron la batalla,  
Y el imperio feliz del mundo en dalla.

Ahogó el río Segre ó su fortuna,  
Dos veces siete cohortes de soldados  
De española nobleza, que ninguna  
Sintió mas limpia sangre en sus costados:  
Y el corriente raudal vuelto laguna  
Infinitos sorbió timbres dorados,  
Destos mismos que ahora en esta sala  
Adorno dan con su aparato y gala.

Segre al Cinea los trajo, el Cinea al Ebro,  
Ebro á mi cueva, y yo á esta cuadra hermosa,  
Adonde en cuadros de marfil, celebro  
Su noble casta y sucesion famosa:  
Estas las armas son, con que ahora quiebro  
Al tiempo y muerte su arco y flecha airosa,  
Y en el árbol precioso de la fama  
Esta es para asir dél la mejor rama.

Muchos linajes destos goza el mundo,  
Y hoy su entereza y resplandor se adora,  
Otros de aquel tendrán parto fecundo,  
Y otros serán de los que son ahora:  
Cual del primer lugar, cual del segundo,  
Que el tiempo, ó los humilla, ó los mejora,  
¿Qué cosa hay en la tierra que no tenga  
Crecientes y menguantes, vaya y venga?

Mas á todos aquí su asiento eterno  
Al mundo de una vez señaló el hado,  
O sean de bronce duro, ó vidrio tierno,  
O del primero, ó del segundo grado:  
Este es su archivo, aquí está su cuaderno,  
Y desta oculta cueva el río sagrado,  
Por varios cursos á la madre España  
En sangre antigua de noblezas baña.

Ahora, de la honra humana ó noble diosa,  
Del tiempo y la virtud ilustre hija,  
Tu aliento he menester, tu voz preciosa  
Me presta, y mis acentos regocija,  
Porque en rueda feliz, y ala pomposa,  
El medio mas suave y dulce elija  
A un belicoso alarde, en que se apunta  
De España la mayor nobleza junta.

Oyan los nobles de ánimos briosos,  
Que no quiero atencion de menor gente,  
Que honrosa voz de hechos valerosos  
Gusto pide eficaz, y ánimo ardiente:  
Trate sucesos menos caudalosos,  
Y con menores cosas se contente  
Quien tiene menos tomo, y menos suerte,  
Y la igualdad dejemos á la muerte.

Que cuando el hueco son de la trompeta  
Al arma, al arma, al arma ribombando,  
El castizo caballo el freno aprieta,  
Y con sabor le está despedazando,  
Eriza el corvo cerro, y se inquieta,  
Aquí vuelve, y revuelve allí buscando,  
Y en su cólera ardiendo no se halla  
Hasta verse engrifado en la batalla.

Bien así en cualquier cuento generoso  
De armas y amor, en gusto y alegría  
El ánimo gentil, al son airoso  
Alientos cobra, y gozo al alma envia,



Sacando fuera el corazon brioso  
Lo que la noble sangre dentro cria,  
Como yo ahora en los semblantes siento  
Del grave pueblo que me escucha atento.

Mas si en el rico alarde y noble suma  
Este blason ó el otro no se encierra,  
Nadie á falta lo ponga de mi pluma,  
Ni de su sangre ni su ilustre tierra:  
Mas de su insigne antigüedad presuma  
Que no siguió á Petreyo en esta guerra,  
Y así no vió sus armas el rio Ebro,  
Ni Iberia en él, ni yo en las que celebro.  
¿Qué brazo llega á todo? ¿quién alcanza  
Del cerco lácteo el número de estrellas,  
O el honor español lanza por lanza  
La suma sin faltar á alguna dellas?  
Ni esto cabe en humana confianza,  
Ni un rayo llega á tantas luces bellas;  
Yo solo á la agradable ninfa sigo  
Del divino hablar el cuento amigo.

Y ella en vuelo feliz al siglo nuevo,  
Que estaba por venir, arrebatada,  
En líneas de oro daba al rubio Febo  
La sangre y sucesion aun no engendrada;  
Y en agradables voces al maneebo,  
Que de divina luz la ve cercada,  
Así habló, y así en fatal aliento  
Un mundo por venir sembró en el viento:

«Tu primo el gran Gundemaro, que envuelto  
Ahora en sus desdichas va engolfado,  
Y los tumbos del mar, y el tiempo suelto  
De uno en otro le llevan despenado;  
Cuando ya á sus primeras dichas vuelto  
Los montes goce donde fue engendrado,  
De oro estas dos calderas jaqueladas  
De armiños volará en argen orladas.

Entonces por blason eterno al mundo  
De la gótica sangre tendrá España,  
Por el Guzman primero, y el segundo,  
Honra en Medina, y gloria en la montaña:  
Y enfrenando de Libia el mar profundo  
De enroscadas serpientes la maraña,  
Sobre orla de castillos y leones  
Tus héroes gozarán ricos toisones.

Deste escudo, ó cuarteles, dos de armiños  
En tres bandas, y estotros de panelas,  
De cinco en cinco, hará nobles cariños  
Guevara al mundo, y á su honor espuelas:  
Aquí de Troya los infantes niños  
Dieron la primer sangre, al que las duelas  
De un rico erario romperá en prado,  
De real tesoro ya en sazón cargado.

De aquel prudente hurto, nombre honroso,  
De ladrones tendrán, y del robado  
Otro noble apellido valeroso  
Mendoza habrá, no menos estimado;  
Que en semejantes trances es forzoso  
Que uno sea el Ladrón y otro el Hurtado,  
Ambos de sangre real preciosas fuentes  
De héroes insignes, y ánimos valientes.

Diez panelas de plata en campo goles  
Rayos de luz serán del sol romano,  
Que armarán en sangrientos arreboles  
Al montañés Mendonío, y á su hermano,  
Hasta que sobre verdes tornasoles,  
Por la banda y lebrero soberano,  
Trueque el Salado ese feliz Berbete,  
Y él se quede á la casa de Cañete.

De Zúñiga es esta dorada barra,  
Que negra á ser vendrá, cuando un infante  
Por muerte de su rey cubra en Navarra  
De obscuro luto el timbre rutilante,  
Cuya real sangre en sucesion bizarra  
Ducal corona hará á Béjar triunfante,  
Y á España de diversos resplandores,

Miranda, Miravel, Manrique, y Flores.

La misma negra banda en campo de oro  
De Sandoval será el hectorio eseuo,  
En quien el tiempo del mayor tesoro  
De España ha de engazar un firme nudo:  
Y del la fama con clarín sonoro,  
Estando el mundo á oírle alegre y mudo,  
Grandezas mil le contará, y entre ellas  
Mas príncipes que al limpio cielo estrellas.

En Bureba ganó en un desafío  
Rojas, por la defensa de una dama,  
Cinco azules estrellas, que en rocío  
De oro serán luceros de su fama:  
Mas cuando á esta gran banda junte el brio,  
Injerta á un tronco real su ilustre rama,  
Sombra á un mundo hará feliz ventura  
Del que hoy durmiere á sombra tan segura.

Cinco luceros, ó cometas bellas,  
Fonseca en un dorado escudo goza  
Del romano Fonteyo, que con ellas  
En Portugal metió triunfal carroza:  
Rayo de luz será destas estrellas,  
El que con sangre ardiente, y alma moza,  
Las paces rompa en Francia, y á Castilla  
De Austria traya feliz la imperial silla.

De la septentrional Penisca bella  
Los valientes Bastanes, fundadores  
De Baza y de Bastán, la fija estrella  
Dejaron entre helados resplandores,  
Y á mostrar de su espada la centella,  
Al paso de los godos atamores,  
La tierra atravesando y mar profundo,  
A conquistar salieron nuevo mundo.

Estos despues que la africana rabia  
En lo mejor de España hizo presa,  
De triunfos llenos y prudencia sabia,  
Del hado por huir la suerte aviesa,  
Al Pirineo subieron su alta gavia,  
Y de Bastán en la florida mesa  
Al real palacio dieron de su nombre  
Nobles cimientos, y feliz renombre.

Allí del mauritano brio son freno,  
Y ardiente espuela del cristiano brio,  
Donde presto harán su valle ameno  
De franca sangre caudaloso rio;  
Y del vencido bárbaro agareno  
Mil ricos presos estandartes fio,  
Que los blancos escaques de su escudo  
Parlara fama den, y blason mudo.

Aquellos dos castillos y leones  
Enriquez son, que han de venir al mundo  
De un hermano de un rey, cuyas prisiones  
Le pondrán de desdicha en lo profundo:  
Del primero serán estos blasones,  
Del infante, fortuna es el segundo,  
Entre cuatro leones un castillo,  
El campo todo azul, y él amarillo.

De ortigas estos riscos coronados,  
De tres linajes son heroica empresa,  
Que del leonés Friela derivados,  
Real sangre participan de la inglesa:  
Y una cifra de estremos coronados  
De la anglia Emilia la beldad confiesa,  
Y á Vivero, Fajardo, y Bahamonte  
Por nobles palmas de su escelso monte.

Del eetro real será sucesor dino,  
Y por sola ambicion desheredado,  
El que de Cerda el nombre peregrino  
Resucitare á su valor pasado:  
De Francia y de Castilla lo mas fino  
Pondrá en su escudo, y por le haber privado  
Del patrio eetro la fortuna escasa,  
Duques heredarán la de su casa.

De azul y blancos veros los barones  
De Velasco traerán banderas llenas,



Y de sangre real los corazones,  
Que en vivo aliento pulsará en sus venas:  
Condestables serán, serán toisones  
De seis invictos cuellos las cadenas,  
De una Amazona real parto divino,  
Que en Bohemia nació, y á España vino.

Harán los siglos de dorada gente  
De un marqués, y de un duque la eminencia,  
Que á Italia el uno, el otro en el Pontiente  
Dos mundos colgará de su prudencia:  
¿Quién tan sabio será? ¿quién tan valiente?  
¿Quién de tan vivo ingenio y elocuencia,  
Que así como él, gobierne cuanto baña  
La luz del sol, cuando se esconde á España?

Al insigne apellido de Contreras  
Tres azules bastones sobre plata,  
Con orla rica de aspas de oro enteras,  
Este dosel conserva de escarlata:  
Tesoro á las edades venideras  
De ilustre sangre, nunca al mundo ingrata  
En producir varones excelentes  
A todas las memorias de las gentes.

Dejo de inclilos héroes larga historia  
Que desta real prosapia contar puedo,  
De ricos hombres la inmortal memoria,  
De España amparo y del contrario miedo:  
Dejo tres arzobispos, lustre y gloria  
De Valencia, de Méjico y Toledo:  
Dejo de Burgos un obispo santo,  
¿Mas quién en breve tiempo podrá tanto?

De un rey que en Asia ha de nacer pechero,  
Y Taborlán despues será del mundo,  
Vendrá al enfermo Enrique, rey Tercero,  
Un real presente por el mar profundo,  
Donde en la rica suma el mayor cerro  
Será en nombre y beldad ángel fecundo  
Una nieta del rey claro de Hungría,  
Mas bella que la luz que engendra el día.

Esta, ayutada en himeneo sauto  
Al mejor ramo desta planta ilustre,  
Fruto lleno de honor dará por cuanto  
El sol con rayos de oro el mundo ilustre;  
Y aunque de las medallas deste espanto  
Nuevo deleite te causará el lustre,  
En tan estrecho tiempo no es posible  
Hacer tan larga sucesion visible.

Un varon solo de su ilustre rama,  
Mas que el sol agradable en vista y trato,  
Por muestra quedará, en que dé la fama  
De sus juntas grandezas un retrato;  
Y al secreto gobierno á que le llama  
De un español monarca el rostro grato,  
Grave le ofrecerá un saber profundo,  
Y Alcides vendrá á ser de un nuevo mundo.

De la agradable sucesion de Lara  
Son sobre plata aquellas dos calderas  
Labradas de oro y negro, empresa rara  
De Roma á las edades venideras:  
Los Manriques pondrán (¡sangre preclara!)  
Por la de un rey Alfonso en sus banderas  
Rico timbre, y en él al dividillo,  
Sierpes, calderas, águila y castillo.

Siete infantes de aquí dará amasados  
De su invencible sangre el rey Ramiro,  
Y Arabiana en sus traidores prados  
De aleva muerte el último suspiro:  
Mas de un cuervo andaluz veo ya vengados  
Los ocho cuellos que cortados miro,  
Y de un su nieto con la honrada saña  
Libre la antigua hidalguía de España.

Serán tres hijos deste pecho altivo  
Pomposo triunvirato de Castilla,  
Hasta el duro rigor de un hado esquivo,  
Que á un corto estado su grandeza humilla:  
Mas cuerdo en trazas, y en juzgar mas vivo.

Rodrigo hará por atajar rencilla  
Suya á Molina, y de su sangre rica  
Reinas en Lusitania, y en Garuica.

Y añadiendo á los triunfos de su casa  
Sangre real de Navarra y de Castilla,  
Cuajará el cielo de su heroica masa  
De los Manriques la inmortal semilla:  
Príncipes raros de valor sin tasa,  
A quien el reino del honor se humilla,  
Y en corriente feliz el mundo hereda  
Grandes duques de Nájera y Maqueda.

Estas partidas floridísimas bellas,  
Antigua y real nobleza de Arellano,  
Nuevos luceros son de doce estrellas,  
Que alumbra de Navarra el fértil llano:  
Un sol te formará dellos y dellas,  
Que á Uclés feliz trairá un pendon romano,  
Y el príncipe será de los Cameros,  
Y condes de Aguilar sus herederos.

Estos cuatro preciosos lirios de oro,  
De ocho blancos luneles rodeados,  
De los Lancienses bético decoro  
Serán á los Ledesmas trasladados:  
Nacerá de Almensar este tesoro,  
Y dél mil caballeros señalados,  
Y un Mens Rodriguez de Sanabria entre ellos,  
Que al mundo hará adorar sus lirios bellos.

Los Vargas y Machucas que á Sevilla,  
Con el valor y filos de su espada,  
Darán ganada á la española silla,  
Desta fuente tendrán sangre preciada:  
Y aun desta á los monarcas de Castilla  
Dos secretarios da una edad dorada,  
Que en riendas de oro muevan el prudente  
Gobierno de los mundos del Pontiente.

De aquel castillo en sangre un real tesoro  
Dávalos gozará en la alegre cuna  
De un condestable que en jaqueles de oro  
Su escudo ha de crecer con su fortuna:  
Mas los agüeros de un parlero moro  
Menguar le harán en la creciente luna,  
Que tambien menguará en estando llena,  
Que en creciendo la mar mengua la arena.

Versela huyendo y pobre (¡extraño dejo!)  
El que ha de ser tan rico en breve espacio,  
Que el rey irá á su casa por consejo,  
Cuando él no se lo lleve á su palacio:  
No es el humano estambre mas parejo;  
Así lo hila el tiempo; así el topacio  
Del sol la luna en formas mil altera,  
Y él cuanto hay debajo de su esfera.

Mas de aquel rico escudo el blason hecho  
Con dos calderas de oro en campo goles  
De real sangre de Lara hirviendo el pecho,  
Verá Herrera en dorados arreboles  
Un noble alumno suyo, que á despecho,  
De falsos envidiosos tornasoles,  
Torne el sol claro, y el honor estable,  
Del sin culpa ofendido condestable.

Y bien que al generoso pecho ilustre  
Del franco amigo mucho se le deba  
De la opinion el reparado lustre,  
De su lealtad la mas segura prueba,  
Sin miedo que otro azar se la destre,  
Ni otra loca fortuna se le atreva,  
Serán en sucesion al mundo rara  
Los príncipes del Basto, y de Pescara.

Aquel nunca vencido leon rapante,  
Que sobre plata da barrado en oro  
Al grave hijo de Amon, cuartel triunfante,  
Y asombró con su vista al campo moro;  
Rica empresa será á un pecho arrogante,  
Que de la fama en el clarín sonoro  
Triunfos pondrá de mil moriscas lides,  
Y nombre y sangre real en Venavides.

Estos dos rojos desollados lobos,  
Que ya en Clavijo tremolando al viento  
Blason fueron de Osorio, y Villalobos,  
A quien dió el español patron su aliento,  
Del voraz tiempo los sutiles robos  
Jamás descrecerán su altivo asiento,  
Que agradecida Astorga flores nuevas  
Cada año alegre ofrecerá á sus grevas.

Las dos calderas de oro jaqueladas  
Del valle de Toranios son Pachecos;  
Sangres de la romana acrecentadas,  
Que á España vino á hacer famosos truecos;  
De quien mil sienies ya veo laureadas  
De ducales coronas, y en los huecos  
Plumeros, los invictos resplandores  
De sus marqueses, condes y señores.

Dos negros y ceñidos Calderones  
El nombre y armas dan de su apellido,  
Real prosapia de ínclitos varones,  
De ricoshombres timbre esclarecido,  
Por quien promete el cielo de sus dones  
Un principe entre todos escogido,  
Cuya privanza ha de subir sin tasa  
La gloria al colmo de su ilustre casa.

La negra banda que en dorada lumbré  
Medio cuerpo descubre de doncella,  
Será de Carvajal rica vislumbre  
Con la real sangre de Leon en ella,  
Por quien de Martos la enriscada cumbre  
Plaza enlutada hará su plaza bella  
A un emplazado rey; que el justo cielo  
No deja agravio sin venganza al suelo.

Sobre ondas de agua aquellos cisnes bellos,  
Que un lirio azul en torno los contempla,  
Sendas coronas de oro por los cuellos,  
Con que el cruel hado su aspereza tiempla,  
Armas son de Cisneros, ó son ellos  
Ya cisnes, cuyo canto le destiempla  
Los clarines al mauro infiel, de modo  
Que á un grito suyo tiembla el campo todo.

O tengan con la sangre de Lorena  
En Leon sus belicosos nacimientos,  
O de los monstruos de la selva amena  
Alguna sombra de verdad los cuentos;  
Ella es nobleza insigne, y casa llena  
De antigüedad y heróicos fundamentos,  
Cuya es tambien la tarja de amarillo  
De aquel leon, girones y castillo.

Los otros jaquelados tres girones  
Que aquella ilustre tarja vuelven rica,  
Con rica fruta de ínclitos varones  
Este tronco feliz los multiplica:  
Sus timbres han de ser reales toisones,  
Su nombre en su blason se significa,  
Sus principes, si el alma no me engaña,  
Gloria á Osuna darán, y honor á España.

Tres palillas de plata en campo blao,  
Y en torno nueve lunas, de Padilla  
Noble empresa componen, y á Billbao  
Sangre real han de dar, y honra á Castilla:  
Y á cuatro maestros del sangriento Tao,  
Uclés y Calatrava la rodilla,  
Y toda España á una beldad que pudo  
La dura alma ablandar de un rey sañudo.

Del soberano imperio del Oriente  
El César tendrá un hijo, que sin miedo  
Libre á Toledo ampare, y á su gente,  
Y dello herede el nombre de Toledo:  
Su escudo es el que ves resplandeciente  
Con jaqueles de azul y oro, en que puedo  
Pronosticar, que á España ha de hacer salva,  
Y ser de sus mejores días el alba.

Aquel en resciler grifo lozano  
Entre cadenas de oro, es de Peralta  
Blason ilustre, cuya sangre y mano

Lo mejor de Navarra y Francia esmalta:  
De cuyo real linaje Agramontano,  
Pamplona ha de heredar sucesion alta  
De insignes condestables, y uno dellos  
Su mitra arrastrará por los cabellos.

Destas cinco panelas de oro espera  
Cobos su ilustre tarja, á quien ya humilla  
Su mas florida y rica primavera  
El reino de Aragon y de Castilla;  
Y así con pluma volará altanera,  
Que será al mundo octava maravilla,  
El que al cesáreo trono del Poniente  
El pecho ofrezca, y voz mas elocuente.

En boca de dos lobos dos corderos  
De Haro son los señores de Vizcaya,  
Del gran Zuria nobles herederos,  
De española nobleza última raya:  
Fuente feliz de no violados fueros  
Es cuanto encierra su argentada playa,  
Y el libre país de su áspera montaña,  
El brio hidalgo del honor de España.

Destas real sangre tomarán corriente  
Lodio, Corbera, Cárcamo y Urbina,  
Orozoo, Avellaneda, y el valiente  
Illestrosa, y con vuelta peregrina,  
Del nunca firme tiempo la creciente,  
Reinas y sucesion dará divina  
A Navarra, y mil principes famosos  
Del Carpio á los palacios venturosos.

Del franco Orlando, que ahora el mundo asombra,  
Un rio de sangre real verá este suelo,  
Y entre bocinas de oro la ancha sombra,  
Que de águilas hará el pomposo vombro:  
Mas hoy un Ponce que de Leon se nombra,  
Los clarines y plumas de ese cielo,  
Yerno de un rey, hará sobre escarlata  
Bastones de oro, y rojo leon en plata.

De aqui un maestre de las trabas de oro,  
Y un don Manuel Paqui, nuevos Aquiles:  
Uno á la vega, y otro al campo moro,  
De sangre mas que el sol pondrán perfiles:  
Por quien el monstruo del clarin sonoro  
Al mundo proezas contará gentiles,  
Cuando al favor de un arrojado guante,  
El leon de Cadiz los de Libia espante.

Este escudo á cuarteles con seis fajas  
De sangre, y diez veneras sobre verde,  
Son de los Pimentarios las ventajas  
Con que de vista Pimentel se pierde:  
Y de los graves condes de Barajas  
Jaquelados coturnos, que los muerde  
Real sangre de Aragon, que ha de hacer dellos  
Su rica taza Ganimedes bellos.

Los dos rojos bastones, y honda cueva,  
Que aquel verde dragon de oro vomita,  
Nombre á un real linaje y armas lleva,  
Si el tiempo mi esperanza no marchita:  
A cuya gruta hará que España deba  
Mas principes que estrellas resucita  
La muerta luz, y Cadmo hombres valientes  
Vió en los arados surcos de sus dientes.

Cuando á Galicia azules fajas de oro  
Megia traslade de la Misia fria,  
De maestros sembrará un precioso coro  
Por toda la marcial caballería;  
Donde añada Alcaraz, de un gran tesoro  
Que le ha de dar su espada en Berbería,  
De escamosas serpientes la confusa  
Guedeja de las celines de Medusa.

Trece estrellas, que en rubia centinela  
Los lirios de oro guardan deste escudo,  
Y él no menos que el sol alumbrá y vuela  
Con marcial calor y rayo agudo,  
De Salazar la espada sin cautela  
De un pendon cortará á un jayan membrudo,

Cuando dé en Francia con clarín sonoro  
Su invicto nombre, escrito en letras de oro.

Nieto suyo será el que en fuerzas dobles,  
Robusto natural, y años prolijos,  
De traviesa tendrá, en mujeres nobles,  
Seis veces veinte valerosos hijos:  
Y él de otra tanta edad, los duros robles  
De sus venablos en el cerco fijos  
De Algecira pondrá, donde, aunque fuerte,  
Como hombre al fin se rendirá á la muerte.

Las cuatro fajas deste roto escudo  
Para Montemayor le guardo un día,  
Que al granadino orgullo ha de hacer mudo  
De su Alcaudete y dél la valentía:  
La espada que con alas de oro pudo  
Volar, llenando el mundo de alegría,  
Será de don Manuel, preciosa infancia  
De ambos imperios de Castilla y Francia.

Aquella blanca luna en campo rojo  
Armas dará á un linaje y apellido,  
De una infanta feliz rico despojo,  
Por mayor bien en Aragón nacido:  
De aquí fortuna por su loco antojo

Un mónstruo formará, que en ser querido,  
Y desamado, muestre al mundo en vano  
Las cortas raíces del favor humano.

Las cinco águilas indas con coronas  
De oro los picos son los Coroneles,  
De Scipion, Cornelio, y sus matronas  
Consigo por guardar su honor crueles:  
Unas con fuego abrasan sus personas,  
Por honra á su limpieza otras mas fieles,  
Con astucia prudente á un rey amante  
Le estorbaron llevar su error delante.

Las cuatro fajas que en cuartel dorado  
Limpias se ven de sangre real cubiertas,  
Un real apellido celebrado

De Córdoba dará en su mano abiertas:  
Otro le añadirán aprisionado,  
Por las señas mas vivas y mas ciertas,  
De aquel valor, á cuya ardiente espada  
Llorará Italia, y temblará Granada.

Del grave Tiber bajará don Mendo  
Cinco nobles Andrades á Galicia,  
Y uno á dos reyes, que en abrazo horrendo  
Pondrá del cetro de oro la codicia,



Alzará en la mortal baraja haciendo  
Su suerte el tiempo, el cielo su justicia;  
Y él por barato al reino que se pierde  
Banda volará de oro en campo verde.

Del valiente Gelasio se derrama,  
Por empresa de guerra y timbre mudo,  
Este principio de armas, y esta rama  
De roeles de oro en acerado escudo;

Ceros de los guarismos de la fama,  
Con que aumentar la de su nombre pudo  
El jayán, á quien Artus los dió en suerte,  
Y él á mil nobles casas con su muerte.

Cual las hermosas pléyades, que al cielo  
La frente vuela del templado toro,  
Cuando al invierno su natural yelo  
El aire cuaja de importuno lloro;  
Tales verá en alegre paralelo  
Bustamante sus siete lirios de oro,  
Argüello cinco, diez Saltamirano,  
Y Roelas seis con veros de su mano.

A Avila dió otros tantos, de quien puede  
Nuevo blason mostrar resplandeciente  
Por armas del dichoso Balbano,  
De oculta sangre real preciosa fuente:  
En Ronda un sucesor de su denuedo  
Su peudon volará, y dará á su gente  
Siete mas sobre seis, y al pueblo moro  
En Gibraltar por bodas lato y lloro.

O sean ocasionados desto en algo  
Los roeles de oro en cielo azul sereno,  
O el noble escote que pagó un hidalgo  
A un real convite de ocasiones lleno:  
Con ellos á mil trances de armas salgo,  
Con ellos el furor de Arabia enfreno,  
Ellos son mi nobleza, ellos mi saña,  
Y llenas lunas del honor de España.

Del bravo asturiano Grijano el bravo,  
Que bravo nombre á su linaje puso,  
Es el castillo jaquelado al cabo,  
Y al pié de ondas de plata un mar difuso:  
Y el que de un jayán rey, que hizo su esclavo,  
Dos ciervas de oro á su cuartel traspuso,  
Cervantes descendiente de Cervino  
Las ganará de un nieto de Mambrino.

Quitarlela al ya vencido rey la empresa  
Por armas de su casa y apellido,  
Y de las ciervas la una el prado besa,  
Y en vela la otra está del franco exido:  
Cinco cuervos que en oro hacen la presa,  
Y el rubio Apolo los armó en su nido,  
En favor de Publicola á Corvera  
Nombre darán, blason, y fama entera.

Es cierto que á un sangriento desafío  
De un valiente francés, y este romano  
Un cuervo al franco velmo hizo sombrío,  
Y el pulso entorpeció á la diestra mano:  
Faltó al uno, y al otro creció el brio,  
Venció el favorecido italiano,  
Y el cuervo en fe desta merced no escasa  
Timbre á sus gentes dió, y nombre á su casa.

De aquel castillo, leon, y banda verde  
En plateado campo con dragantes,  
Harán, si el tiempo su volar no pierde,  
Los Castillas sus armas como de antes,  
Y con ellas al mundo que se acuerde  
Del rey que mató Enrique, y los infantes  
Que aprisionó en Berlanga, y por medida  
De sus cadenas dió la de su vida.

Las jaqueladas barras, que de Alcides  
Se precian descender en sangre envueltas,  
Son de Sotomayor; y el que en las lides  
Marinas ondas lleva en sangre sueltas,  
De los Marines es, cuyos ardidés  
Mostrarán en la mar, y sus riberas,  
Que no es todo ficción lo que se suena,  
De haber sido su madre una sirena.

La primer reina Loba que en Galicia  
La ley siguió de un Dios resucitado,  
Sobre un testuz de lobo á la milicia  
Del cielo aquel lucero hurtó dorado:  
Y el que hoy al noble pecho le acaricia,  
Y con su empresa le hace señalado,  
Es Lobera, que en armas y apellido

La clara fuente da, en que fue nacido.

Dos negros lobos en plateado escudo  
Hará don Vela de Aragón infante,  
Parlera fama, que en lenguaje mudo,  
El invicto valor de Ayala cante:  
Y dando con Salcedo un casto nudo  
Del rubio conde con la hija amante,  
Serán al real pavés nuevo tesoro,  
Verdes panelas, sauce, y campos de oro.

Ya desta vela real alegres rayos  
De invicta y noble luz gozará España,  
Del árabe infeliz tristes desmayos,  
Y del cristiano pueblo honrada saña:  
Brotarán rosas los floridos mayos,  
Y deste real enjerto la montaña,  
Mas solares de hidalgos sucesores,  
Que de abril fuentes, ni de mayo flores.

De aquí el conde Floyan, Percira espera  
Un señor en Trastámara, que alumbre  
Del firme escudo la plateada esfera,  
Con roja alegre cruz de inmortal lumbre:  
Y un condestable portugués, que entera  
La sacra insignia en pompa heroica encumbre  
Entre ocho escudos las reales quinas,  
Que en bella orla serán flores divinas.

De aquí Basurto, Calderon, Zaldierna,  
Gaúboa, Marroquín, Barbosa y Monte,  
En brio, armas, linaje y fama eterna,  
Mas luz darán que el carro de Faetonte:  
De aquí en un rayo desta vela tierna,  
Cuando á la bella Munia se confronte,  
Del gran Carlos Martel nieta escelente,  
Dos cometas saldrán de Marte ardiente.

De la una, ya en la invicta Soria crece  
De inmortal lumbre la segunda vela,  
Cuya águila, si en plata resplandece  
Entre lisonjas de fortuna vuela:  
Y de la otra, á la roja espada crece  
Un gran maestro Martel, Marte en su escuela,  
Que á su escudo dará en igual distancia,  
Bastones de Aragón, lirios de Francia.

Destos dos troncos la tercera rama  
Vela y Martel serán, despues Balbuena,  
Que al castillo Ferral su brazo y fama  
La insignia subirá de trabas llena:  
Mas la enemiga de quietud, que trama  
La humana estambre al pulso de su vena,  
Con la potencia de Baeza y Baza,  
Rendir le hará la conquistada plaza.

Y él, ya ofendido del contrario hado,  
Sus armas renunciando y su apellido,  
A eremítica vida retirado,  
Nada parecerá de lo que ha sido:  
Aquí de vanos faustos descartado,  
A los firmes del cielo reducido,  
Del valle ameno, y de su dicha buena,  
De Vela el nombre trocará en Balbuena.

Dará allí su virtud al mundo ejemplo,  
Y con favor de un casto rey potente,  
De castas almas un sagrado templo  
A la Virgen, de amores castos fuente;  
Cuya grandeza así crecer contemplo,  
Que en la real proteccion claustral emiente  
De cándidos armoños será al suelo,  
Que el eco suban de su nombre al cielo.

Deste santo Hilarion un noble aliento  
Sucesor de su casa tendrá vida,  
Que á defender la de un delin atento,  
Y hallar la empresa de un toison perdida,  
Por las tinieblas de la noche á tienta  
A su águila dos lirios de oro ántida,  
Victoriosa guirnalda del tesoro  
De los hallados eslabones de oro.

Hiijo suyo será el valiente pecho,  
Que con roja florida cruz armado,

Sobre Guadix pondrá á la fama hecho  
De ilustre sangre el título de honrado:  
Y el que á un rey justiciero sin provecho  
De Alcaraz el pendon dará bordado,  
Y el magnánimo Enrique en su servicio,  
De Notario mayor el grave oficio.

De aquí un yerno de un noble adelantado  
Feliz muro será de su frontera,  
Otro obispo en Valencia, otro el grabado  
Bastón ha de regir en Antequera,  
Otro á donde se ahoga el sol dorado,  
Cuando en la tierra ya no reverbera,  
Del gran sello imperial con la potencia  
A Jálisco á fundar irá una audiencia.

Del noble valle destas limpias flores,  
Con rosicleres de Velasco ardientes,  
Si bien ya de encubiertos resplandores,  
Que el tiempo hace menguantes y crecientes,  
Nueva guirnalda de inmortales loores  
Dará el hado á tus hechos escelentes,  
Y á un ramo suyo lengua y fuerza tanta,  
Que al mundo asombre con lo que ahora espanta.»

### ALEGORIA.

En las grandes hazañas de Hernando Cortés, se muestra la magnanimidad y atrevimiento de un verdadero capitán español, que intrépido acomete, y sale á pesar de la fortuna con lo que intenta.

En el corpulento jayán que Bernardo vence en la fuente de las Maravillas, que preñado de oro derramaba oscuros por sangre, se muestra la fuerza del dinero y como á veces compra favores y brazos, que le dan la mano para alcanzar la justicia, que por otra vía no le fuera posible, y lo que pueden las dádivas para salir con esto.

## LIBRO VIGÉSIMO.

**ARGUMENTO.** Libra Bernardo á Garilo de la horca, y él aquella noche, en pago del beneficio, le hurta el caballo y la espada: quita otro día á Udon la suya para pelear con Orlando, á quien en una famosa batalla deja vencido. Encuentra al pasar de un río á don Tendonio y á Garilo presos, pónelos en libertad; y habiéndole conocido Tendonio, le da nuevas de la prisión de sus padres: haceles Garilo otro engaño, por el cual pierden la vida el mismo Garilo y Tendonio. Encuentra Bernardo á Olla en un monte florando un caballero muerto; dale nuevas de Arcangetica, y partense juntos en su alcance: llegan al famoso castillo del Carpio, donde Bernardo prueba su admirable encantamiento.

¡Raro suceso! el cielo soberano  
Los monstruos trueque en favorable agüero,  
Y como puede haga de su mano  
Feliz el caso que asombró primero:  
Al fresco arrimo de un laurel lozano,  
Que alegre mayo hacia á un turbio enero,  
Como á pedir favor la musa mia,  
Tras un pro' curso llegó un día.

No es traza, ni invención, si bien parece  
Obra suya de puma artificiosa:  
Por donde á un fresco arroyo la orla crece  
De verde juncia y grana revoltosa,  
Cuando el temprano almeidro aun no florece,  
Ni el verde apunta á la encarnada rosa,  
A que me ampare fui del sol que ardía,  
Del hojoso troncon la sombra fría.

Allí ocupado en trasuntar al vivo  
Mi espíritu á un papel (¡extraño caso!)  
De una águila real el vuelo altivo  
El silencio rompió del aire raso:  
Y de repente dando en lo que escribo,  
En los duros artejos el escaso  
Borron arrebató, y hácia la esfera  
De la agradable luz volvió ligera.

Quedé absorto, y á ver el rauda vuelo  
Que dió en mi daño la traidora arpía,  
Puesto en pié mil suspiros doy al cielo,  
Que sordo al parecer ninguno oía:  
Y el sin piedad ladrón con el señuelo  
Volando entre las nubes parecía  
Correo de Arabia, que en los aires lleva  
De Palestina á Persia alguna nueva.

Seguíle con los piés un rato en vano,  
Y cuando mas no pude, con la vista,  
Contemplando en sus garras del liviano  
Papel la blanca tremolante lista;  
Cuando furiosa en vuelo mas lozano,  
A ser de un nuevo mundo coronista,  
En mis ojos faltó, y en mí el sentido  
Al peregrino caso sucedido.

Y lo que en mil desvelos de cuidado  
Mi humilde musa concertado habia,  
El rigor de un suceso no pensado,  
Viéndolo yo, lo destruyó en un día:  
¡Oh cielos! ¿si el trabajo dilatado  
Por tantos años desta historia mia  
Ha de desaparecer la voladora

Y cruel arpía del tiempo en sola un hora?

¿Si ha de acabarse aquí en el primer vuelo,  
O ha de volar sin fin de gente en gente?

¿Si subió el ave mi papel al cielo,  
O caer le dejó de impertinente?

¿Quién me dirá este enigma? este recelo  
¿A quién no hace encoger hombros y frente?

El tiempo lo hará claro, y mi motivo  
Los sabios, que es el pueblo á quien escribo.

Ni es bien que el frío temor entibie tanto,  
Que el noble aliento del valor consuma,  
Mas fiar con firme fe del cielo santo,  
Que el tiempo ha de ser cero desta suma;  
Que si el ave voraz me hurtó un canto,  
El papel se llevó, y dejó la pluma,  
Y haciendo en ella próspero el agüero,  
Así ahora explicar sus miedos quiero.

Que el águila, que es reina de las aves,  
Será mi fama de los tiempos reina,  
Que con vuelo immortal, y acentos graves,  
De aquí, donde la oscura noche reina,  
Hasta donde entre músicas snaves  
El alba de oro sus cabellos peina,  
Mis papeles, mis versos, mis razones,  
Volará de naciones en naciones.

Esto se quede á cargo de la fama,  
Que es de los venturosos sabios norte,  
Y la que por sus términos los llama,  
Y sube á grandes de su casa y corte:  
Feliz yerba es la yedra, si se enrama  
A un muro altivo, á quien no alcanza el corte  
De la envidia, pues queda con su altura,  
El mas vistoso, y ella mas segura.

Pues dando el cielo á mi encogida yedra  
Por muro el que lo ha sido y es de España,  
Hecha ya basa de tan firme piedra,  
Ni agüeros teme, ni temor le daña:  
Si el buen arrimo da segura medra,  
Quien se llega al mejor ¿cómo se engaña?  
Pare el miedo servil, vuelvo á mi estilo,  
La hebra anudo, y corra de oro el hilo.

En dulce suspension el noble godo  
Mirando estaba en el compás pequeño  
De aquel bello teatro el rico modo  
De su adorno, sus armas, y su dueño;  
Cuando á un cerrar los ojos huyó todo,  
Cual blandas sombras de templado sueño,  
Y en un campo se halló florido y verde,  
A quien de Ebro el cristal las faldas muere.

Y el día siguiente caminando en duda,  
Sin conocer la tierra donde estaba,  
Al darle el tumbo á una cuchilla aguda

Que el seguido camino en dos cortaba,  
Pidiendo vió en el llano al cielo ayuda  
A un hombre, á quien el cruel verdugo ataba  
Un lazo al cuello, y en engace doble  
Al corvo gajo de un nudoso roble.

Estaban otros cuatro por testigos,  
Y el leonés viendo el lastimoso paso,  
«Teneos, á voces dijo, tené, amigos,  
Sepamos la ocasion, suspende el caso:»  
Y por entre alcornoques y quejigos  
A toda rienda sale al campo raso,  
Cuando ya ellos tambien á toda priesa  
El nudo daba á la sogá gruesa.

Él por llegar á tiempo, ellos por dalle  
Muerte, sin que haya estorbo que lo impida,  
Todos priesa se dan, á mí dejalle  
En esto, la que tengo me convida,  
Que veo á Orlando en un profundo valle  
De ciego monte, y áspera salida,  
Donde para volver á su camino,  
Si el caballo cobró, no cobró el tino,  
Dejó la humilde casa del engaño,  
Y aquel que serlo en ella parecia,  
Y el astuto Garilo, con el daño  
Que en el robado anillo hecho habia,  
Tras el perdido conde el país extraño  
A ciegas cruza, y al buirse el día,  
Del grave sueño en la quietud profunda,  
El caballo le hurtó la vez segunda.

Saltó en la silla, y á la luz menguante  
De la fria luna, «¡oh capitán robusto!  
¿Vos sois, le dijo, el principe de Anglante,  
Y el general baston del cetro augusto?  
¿Así en desvelo y guarda vigilante  
Las reliquias poneis de vuestro gusto?  
Quien en el sueño como vos se olvida,  
Ni su honra tiene en mucho, ni su vida.»

Despertó el conde, y viendo á Brilladoro  
Segunda vez en manos de Garilo,  
La paciencia perdió, perdió el decoro,  
Y de su autoridad el grave estilo:  
Y cual vencido garrochado toro,  
A quien acosa de la gente el hilo,  
Los ojos cierra, y con la corva frente  
Por los palenques rompe, y por la gente,  
El impaciente conde, así en gallardo  
Y altivo brio, saltó arrogante y fiero,  
Que á hacerse el presto Brilladoro tardo,  
Ambas deudas cobrara por entero:  
Huyó el ladrón, y cual ligero pardo  
Siguiendo un ciervo, va tambien ligero,  
Y al que le huye su caballo fuerte  
Le salva á un tiempo, y le condena á muerte.

Aquella noche, y el siguiente día,  
Y sin ese otros seis siguió su alcance,  
Que á uno el enojo, á otro la alegría,  
De uno los empenaba en otro lance:  
Cuando una tarde el catalán que huía,  
Temeroso que el rayo no le alcance,  
A la ancha entrada de una estrecha puente  
A Dudonio encontró, y su franca gente.

Volvía de Zaragoza, adonde vino  
Por sabio embajador de Carlo Mano,  
A granjear del rey, que por vecino  
Favor ni gente preste al asturiano:  
Y viendo el descompuesto desatino,  
Con que al sudado potro aguija en vano  
El medroso ginete, y que él bufando,  
A falta de voz, dice, que es de Orlando:

Hizo alto el escuadron, cuando él en medio  
De cien franceses puesto de improviso,  
Aunque con sus embustes dar remedio  
Al impensado aprieto y riesgo quiso,  
Faltóle en el brevisimo comedio  
Para saber fingir tiempo y aviso,

Y así antes de advertirse del suceso,  
Sin pensar que lo estaba, se halló preso.

Llegó tras él el principe de Brava,  
Que ya tan al estribo le seguia,  
Que donde un pié el caballo levantaba,  
Los suyos él por le alcanzar ponía:  
Mandó al ladrón colgar, que era á quien daba  
Del sin piedad verdugo la porfia  
Espantosa lazada, cuando pudo  
Bernardo á tiempo ver el mortal nudo.

No vió á Dudon, ni al ofendido conde,  
Que iban ya dentro de la selva espesa,  
Y del árbol ninguno le responde,  
Listos á darse en lo que hacen priesa:  
Visto el rigor el español, por donde  
Mas breve el paso vió, fiero atraviesa  
A socorrer el riesgo, que es de modo,  
Que á un pié de dilacion se pierde todo.

Y por ver si la nueva espada corta,  
Alta en la mano, y alto el brazo fuerte,  
«Paso, dice, cobardes, que me importa  
Saber la causa de esa infame muerte:»  
Cuando uno de los cuatro le reporta,  
Y en blanda voz: «señor, le dice, adviérté  
Que esa lazada al cuello es propia ajorca  
De un ladrón, y su tálamo la horca:

Y este, en los de su oficio el mas cursado  
Que de Jaca amparó la inculca sierra,  
Ya dos veces á Orlando le ha robado  
Su caballo, y su fino arnés de guerra:  
Hale traído ofendido y acosado  
Desde su patrio suelo al desta tierra,  
Adonde hoy le prendió Dudon el noble,  
Y él ponerle mandó en el primer roble.

Púdolo hacer el senador romano,  
Por ser quien es, y porque dello gusta;  
Firma es esta sentencia de su mano,  
Y basta el serlo para ver que es justa:  
Los dos al pié del bosque comarcano  
La dan por tal; si te parece injusta,  
No van lejos de aquí, ni un mundo es lejos  
Para libres volver por sus consejos.»

Así el franco, y así el leonés llegando  
La aguda punta el lazo cortar quiere:  
«Sea todo eso verdad, sea el conde Orlando  
De Roma senador, sea lo que fuere,  
El preso es noble, y español; y cuando  
Esas fingidas culpas cometiere,  
No es Francia dueño, Roma es parte extraña  
A castigar por sí culpas de España:

Y sobre esto á la franca gente junta  
Si toda viene estorbaré esta muerte,»  
Dijo, y corriendo la delgada punta,  
La lazada cortó del nudo fuerte:  
Y el que en cortés respuesta á su pregunta  
Satisfecho dejó, ya de otra suerte,  
Al dulce corte de su aguda espada,  
Su honra satisfacer quiere agravada.

Al verdugo feroz manda ejecute  
Su oficio, mientras él el de su saña,  
Porque ningún cobarde arnés le impute  
Flaqueza al noble suyo en tierra extraña,  
Saca su espada, y quiere que comute  
En sangre su primer piedad España,  
Y el godo al noble término obligado  
Ofender no pretende al que no ha errado.

Y así en la muerta fama de su escudo  
Los vivos golpes sin le herir recibe:  
Los que al diestro esgrimir del filo agudo  
De humilde amparo ven que se apercibe,  
Cobarde ánimo cobran, y en menudo  
Combate en su grabado arnés escribe  
Feroz cada uno la destreza que usa,  
Mas él de cuatro á solo el uno exusa.

Que á tres golpes la falda de la sierra



De los tres heredó cuerpo y acero,  
Y el cuarto ya la maltratada guerra  
Paró asombrado, y dijo al caballero:  
«¡Oh ilustre parto desta inviata tierra,  
De nobleza y virtud un cielo entero!  
Quiero estimarle ya, pues me le ofrees,  
Un vivir que te debo tantas veces.»

Y como absorto en ver su gallardía  
El caballo volvió á seguir su gente,  
Y el godo hácia Garilo, que venia  
A le ofrecer la libertad presente:  
En cuya peligrosa compañía,  
Al pié de un sauce, al márgen de una fuente,  
Agradable reposo la espesura  
Al luto ofrece de la noche oscura.

El falso catalán, por no negalle  
Su premio al beneficio recibido,  
Tenerle quiso compañía en el valle,  
Que es servirle mostrarse agradecido:  
Y por mas á su intento desvelalle  
Largos cuentos fingió, y después dormido  
La rica espada hurtó al siniestro brazo,  
Llave sutil del mal logrado lazo.

Despertó al rubio sol el noble godo,  
Y hallando al huesped y á su espada menos,  
Vió que es volver por un ladrón en todo  
Hacer propios agravios los ajenos:  
Sintió el perder sus armas, sintió el modo  
De pagarle tan mal deseos tan buenos,  
Y que sea de su patria ingrato vicio  
Afrontar con desden el beneficio.

Buscó el caballo, y viendo hurtado el freno  
Agradeció la mano comedida,  
Que quien á él la espada, y á otro el heno  
Robó, robar también pudo su vida:  
Volvió, y siguiendo de disgustos lleno  
La senda menos agra, y mas seguida,  
Como en rastro del alba dos luceros,  
Parir la selva vió dos caballeros.

Dudon el uno, el otro el conde Orlando,  
Que en busca suya, y del traidor Garilo,  
La siempre amarga envidia devanando  
Memorias de dolor los trae de hilo:  
Fue el vencido francés así ensalzando  
La libre espada, y el compuesto estilo  
Del victorioso godo, y la jactancia  
De defenderse en campo á los de Francia,

Que ardiendo en ambiciosos movimientos,  
Dueño cada uno del agravio todo,  
Sin darse uno á otro parte en los intentos,  
En busca entraron del ausente godo:  
Corriéronse de ver sus pensamientos,  
Al encontrarse heridos por un modo,  
De una envidia, y que dos tan graves lanzas  
A un agravio le busquen dos venganzas.

Y sin torcer el curso acelerado,  
Cada uno al otro pide el ir delante,  
Cuando el florido tumbo de un collado  
Les dió un muerto escuadrón poco distante,  
Sin espada, y á pié un doncel armado:  
Dudan si es él, si bien su real semblante,  
A quien le mira da en lenguaje mudo  
Mas voces que la fama de su escudo.

Sus tres franceses mira Orlando muertos,  
De tan nuevas heridas asombrado,  
De los golpes los dos por medio abiertos,  
Y sin hombro el tercero, y sin costado:  
La voz suspensa, y los cabellos yertos,  
El contemplarlos deja al mas osado;  
Cuando así el conde al príncipe de España,  
Quién sea el autor pidió de tal hazaña.

«¿Sabreis, señor, sabreis, señor, decirme  
Destos tres golpes donde está la espada,  
En alentado pulso y brazo firme,  
Mas que en consejo ni en razón fundada?

¿Quién hay que tal crueldad por buena afirme?»

A quien Bernardo, la visera alzada,  
«Señor, le respondió la espada bella  
Ayer fue mía, ahora no sé della;

Que el mismo á quien dió vida en este valle,  
Sin salir del la hurtó lleno de engaños,  
Que escusar á un ladrón la muerte, es dalle  
Osada libertad á nuevos daños:  
Yo que hice mal confieso en alargalle  
La indigna vida á mal gastados años,  
Mas fue fuerza volver en mi hazaña  
Por la ofendida libertad de España.»

«A estar allí esta mía, dijo Orlando,  
La potencia de España no pudiera  
De mi decreto suspender el mando,  
Ni al ladrón estorbar que no muriera:  
¿Vos sois alguno de su infame bando,  
Pues volvistes por él de esta manera?  
Que si es ladrón quien hurta, ya se entiende  
Que lo será también quien lo defiende.»

Reportóse Bernardo, y dijo: «vienes  
Con justo sentimiento alborotado  
Del nuevo estrago que presente tienes,  
De una injusta ambición ocasionado:  
Ni puedo responder á tus desdenes,  
Hasta que Orlando, como lo he jurado,  
Perdon á mis piés pida del exceso  
De haber tenido un libre español preso.»

Hallóse el sagaz jóven puesto en duda  
De cuál fuese Dudon, y cuál el conde,  
Y en esta estratagema quiso aguda  
De los dos conocer quien le responde:  
Orlando con su lengua tartamuda,  
«Yo soy, dijo, á quien buscas, mira á donde  
A morir has venido, á serme dado  
Dar la muerte á un muchacho desarmado.»

No al brio gallardo de un ginete mozo,  
En el alegre orgullo de la caza,  
El presto gamo causa mayor gozo,  
Que el bosque con sus cuernos despedaza,  
Ni al vulgo juvenil mas alborozo  
Un presto toro en medio la ancha plaza,  
Que á Bernardo causó tener delante  
El tan nombrado príncipe de Anglante.

Y así le respondió: «tienes tan tuya  
La fama, invicto conde, que en su mengua  
No sé si tus hazañas atribuya  
Mas á tu heroico brazo, que á tu lengua:  
Mas ahora las aumente, ó disminuya,  
Hecha un golfo de mar que crece y mengua,  
No es todo falso en sí lo que pregona,  
Segun la magestad de tu persona.

Y pues tal dicha el cielo me ha ofrecido,  
En tenerle á mi brazo y voz presente,  
Para saber si tienes, ó has tenido,  
Lo que la fama cuenta de valiente;  
En lo que dices que ladrón he sido,  
Como ahora tú, quien lo dijere miente,  
Y mentirá también quien no confiesa  
La ventaja española á la francesa.

Y porque á falta de mi arnés entero  
La batalla no escuses deseada,  
Al que contigo viene le requiero  
El caballo me dé, y preste su espada,  
Con que ganando ya la tuya, quiero  
Dejar la que me hurtaron mejorada;  
Y si de voluntad no me la diere,  
Habrà de ser por fuerza, sea quien fuere.»

Dudon, que á los principios la cordura  
Del mancebo estimó su talle y brio,  
Ya por loco le tiene, y por locura  
Cuanto habla, y su razon por desvario:  
Y al agravio de tal desenvoltura  
Deja el caballo, y toma el desafío,  
Y la desnuda espada que apetece



Por la delgada punta se la ofrece.

Puso el brioso español mano á su daga,  
Y al francés bravo, que blandiendo tiene  
La relumbrante hoja, antes que haga  
Seguro golpe que sus bríos enfrente,  
Rebatiendo una punta al pecho amaga,  
Y á la vista á compas volando viene  
El agudo puñal, que al yelmo fino  
Quitó mil luces, y á Dudon el tino.

Y ayudando á su nuevo desacuerdo  
Con él cerró á cobrar su acero agudo,  
Y en abrazo enemigo mas que cuerdo  
Hechos fueron al verde prado un nudo  
El leonés vivo al franco sin acuerdo  
La daga que á su mano volver pudo,  
Ya ciego en su primer ventaja, prueba  
A darle lugar nuevo, y puerta nueva.

Rompió al grabado yelmo las hebillas,  
Y al aire dió la desarmada frente,  
Y en sus vencidos pechos de rodillas,  
Que vuelva espera en sí el que allí no siente:  
Cobró vista el francés, vió maravillas,  
Piensa que es sueño lo que ve presente,  
Que es al vuelo de un tiempo tan escaso,  
Mudarse todo un hombre extraño caso.

Era Dudon gran duque de Marsella,  
De fuertes inie mbros y ánimo excelente  
De la real Francia, y de los bravos della,  
De diez, de seis, de cuatro el mas valiente  
En comenzar batalla, y fenecella,  
De colérica espada, y brio ardiente;  
Ahora de un golpe se halla en tal estrecho,  
Que ni brio ni espada es de provecho.

Así tal vez se vió pino lozano,  
Beldad y sombra del vecino otero,  
Que á un estallido por el suelo llano  
Su duro tronco echó rayo ligero;  
Al dar en tierra, el segador cercano  
Que ampararse á su sombra iba primero,  
Suspense, ni se acerca, ni retira,  
Mas asombrado y triste calla y mira.

«Yo no quiero de tí, dijo Bernardo,  
Mas que espada y caballo, con que vea  
Este invencible paladin gallardo  
Lo que ahora como yo tambien desea:  
A que con gusto me lo des aguardo,  
O la vida con ello; tuya sea  
La culpa, si por bien no me concedes,  
Lo que ya defender por mal no puedes.»

Asombró á Orlando el valeroso hecho:  
Dudon lleno de confuso espanto,  
La espada ya en su mano sin provecho  
Libre dió, y del caballo hizo otro tanto:  
Y en fuego ardiendo de venganza el pecho,  
El conde puesto por testigo en tanto,  
En la batalla se aprestó, en que piensa  
Tomar de tantos daños recompensa.

Bien que atento á las fuerzas del contrario,  
Su vivo aliento, su altivez ligera,  
El breve asalto, el golpe temerario,  
Y del suceso la victoria entera,  
Las mudanzas temió del tiempo varió,  
Y esta dicen que fue la vez primera  
Que al conde halló el temor, y tuvo á una  
Por variable el rostro de fortuna.

La blanca garza, á quien de la Noruega  
Los prestos sacres siguen por el viento,  
Callando sube, y remontada niega  
La vista al mundo, alcance al pensamiento;  
Y aunque uno le da, otro le llega,  
Otro la sigue, y la encaraman ciento,  
Cuando el que ha de matalla sale al vuelo,  
A quejarse comienza del cielo.

El mismo impulso al corazón del conde  
En el presente trance dió latidos,

Y sin ver causa, ni saber por donde,  
Sus fuerzas siente y pulsos impedidos,  
Y una nueva tibieza corresponde  
A los alientos antes no vencidos  
En esta lid, que le hace entrar en ella  
Con pocos alborozos de vencella.

Estaba el conde en la grandeza dina  
De su antigua opinion de miedo ajena,  
Como en el fértil campo parda encina,  
De antiguos años y despojos llena,  
Que ni el viento la mueve, ni le inclina  
De los nudosos ramos la cadena,  
Antes en medio de los bosques puesta,  
A sola ella hacen los pastores fiesta.

Bernardo de otra parte altivo estaba,  
Si no de tanto nombre de mas brio,  
Con un bullicio y lozanía, que daba  
Al de mas fama y opinion desvío:  
En vencer solo con destreza brava  
Sin otros medios, puesto el albedrío,  
Y en salir con real pecho y osadía  
A cuanto la ira y gusto le pedía.

Cual presto rayo que su lumbré ardiente  
Por los aires derrama repartido  
El mundo asombra, y de temor la gente  
Dando paso se humilla al gran ruido,  
Y él deslumbrando cruza de repente  
El rico alcázar, que dejó abatido,  
Que ni de antiguo muro hace caso;  
Ni el bronce oprime ni le ataja el paso.

Y él en tanto la silla del caballo  
En aire brioso cobra, y le revuelve,  
Y al deseo de justar para incitallo  
La firme lanza empuna, y feroz vuelve:  
Conoce el conde que es desafío,  
Y en vengar tanto agravio se resuelve,  
Partiendo con tal cólera á buscallo,  
Que el bosque hizo temblar, y gimió el valle.

No el monte Olimpo, y su vecino el Osa,  
Si arrebatados de contrarios vientos,  
Por fuerza de violencia milagrosa  
La eterna raíz faltase á sus cimientos,  
En medio el Tempe junta mas furiosa,  
Ni golpes sonarian mas violentos,  
Ni del Pelion los riscos al encuentro  
Mayor bramido harian en su centro,

Que el hueco valle y montes comarcanos,  
Al ronco trueno y súbita estampida,  
Con que los dos guerreros á las manos  
De su furia vinieron encendida:  
Y habiendo vuelto en átomos livianos  
Dos pinos, que aun se estaban con la vida,  
Mas firme los contempla el campo raso,  
Que el cierzo á las dos puntas del Parnaso.

Asombró cada cual á su enemigo,  
Y Dudon lo fue, allí de lo que via,  
Que al grave caso puesto por testigo,  
Que sueña piensa, y que le engaña el día:  
Y aunque con ojos y afición de amigo  
Al conde acata y mira todavía,  
Halló que si hay ventaja, ó puede habella  
Entre los dos, que el godo está con ella.

Mas ellos las espadas ya en la mano,  
Y su furia y rigor en los escudos,  
Con tal priesa se hieren, que hacen vano  
El cuidado de golpes tan menudos:  
En Flegra, en el combate soberano,  
Cuando sobre los Titanes membrados  
Llovía Júpiter rayos, sus espantos,  
Ni fueran en rigor tales, ni tantos.

Dió el conde á su contrario un altibajo,  
Que á la fama cortó brazo y clarines  
En el grabado escudo, y á él le trajo  
A besar del caballo cuello y elines;  
Y á alcanzalle el segundo por mas bajo,

Francia gozara mas sus paladines,  
Y aun él quizá tambien de esa manera  
Por invencible el mundo le tuviera.

Mas resbaló la espada por lo alto  
De la celada, y el valiente godo,  
De honor herido, y de paciencia falto,  
A vengarse ó morir se arrojó todo:  
Y puesto en los estribos, dando un salto  
Su frison, alcanzó al francés de modo,  
Que le hizo besar á un mismo vuelo,  
El su caballo, y su caballo al suelo.

Dió un grito Don Dudonio del espanto  
Que el golpe le causó, y mayor le tuvo,  
Cuando vió que el feroz mancebo, en tanto  
Que el conde volvió en sí, parado estuvo,  
Que á segundar con otro, ni el encanto  
Del yelmo de Manbrino, ni el que hubo  
De Almonte, ni su hadada fortaleza,  
Libre del riesgo dieran su cabeza.

Mas ya viendo en su acuerdo el triste estado  
En que aquel brazo y su valor le tiene,  
Con la afrenta y furor desesperado  
La espada aprieta, y á buscarle viene;  
Y el español no menos arriscado  
Con la suya á dos manos le detiene,  
Hasta que en rebatir furioso á una  
Del hado tientan la última fortuna.

Y vueltos á encenderse en su refriega,  
Con mas aliento y brios que primero,  
Donde uno se retira, el otro llega,  
Y ninguno al herir llega el postrero:  
Uno el escudo hiende, el otro siega,  
Cual trigo de sazon, mallas de acero;  
Uno da, otro recibe, y ambos juntos,  
Ni atienden ocasion, ni aguardan puntos.

Cual dos fieros centauros, que á las cumbres  
De Osa celosos muestran su braveza,  
Porque de Deyanira las dos lumbres  
Con igual gusto miran su destreza;  
De sus duros peñascos las vislumbres  
Vueltas centellas giran larga pieza,  
Resuena el bosque, y cubrese la tierra  
De los destrozos de la horrible guerra:

Así la honra francesa, y la española,  
Celosas de la fama que las mira,  
Como el hinchado Egeo entre ola y ola  
En fuerzas crece, y se derrama en ira,  
Resuena el valle, el aire se arrebola,  
De las centellas de oro que retira  
Del rebatido acero, que el desierto  
De rajas tiene y confusion cubierto.

Dió el francés un mandoble en el escudo,  
Que de la fama al suelo echó un pedazo,  
Y no fue el godo en responderle mudo  
Del firme acero con el gran recazo:  
Que á alcanzarle la espada mas de agudo,  
A cercen de los dos llevara un brazo,  
Mas del hombro y encaje de una greva  
Sobre el campo salió una luna nueva.

Y tras él otro, y otro le segunda,  
Como sobre su yunque el duro Bronte,  
Cuando en masas de fuego forja y funda  
Rayos contra el flamígero Faetonte:  
La sima al hondo valle mas profunda  
Suena, y los ecos del preñado monte,  
Hacen un triste son y estruendo horrible,  
A solo el duro mar apetecible.

Ya del día la mitad la blanda yerba  
Del bosque, el cruel teson sufrido habia,  
Y á ellos entre un palenque de superba  
Gente, que en busea de Dudon volvía:  
Ningun brio allí ni maña se reserva,  
Que á la victoria de su gran porfia,  
Aunque hay muchos, no quieren mas testigo  
Que un muerto, y que ese sea el enemigo.

Cansados de herir con las espadas  
A brazos hacen de sus fuerzas prueba,  
Las manos por los hombros amudadas,  
Cada uno al otro aquí y allí le lleva:  
Crujen las duras grevas apretadas  
Entre el brio de los músculos que ceba  
Su furor en la lucha, y los caballos,  
Ni pueden ya traerlos, ni llevarlos.

Gimen, sudan, anhelan, y arrodilla  
El mas brioso caballo: uno se estaca,  
Otro la yerba en caracoles trilla,  
Y de su centro las raíces saca:  
Petos, golas y arneses deshébilla  
Del teson duro la mortal resaca,  
En un grueso anhelar, y aliento vario,  
En que cualquiera bebe el del contrario.

Sacó el conde una daga, y al costado  
Arrimarla probó del enemigo;  
Mas él, no en tales lances descuidado,  
Picó el caballo, y le llevó consigo:  
Perdió la silla, y fue á buscar el prado:  
Saltó el godo tras él, que no es amigo  
De ventajas; mas viéndose la suya,  
Medroso está Dudon que la concluya.

Y ellos con nuevos brios y denuedo  
Tras su porfia quieren acaballa,  
Y como ya se hieren á pié quedo,  
Mayor espanto pone la batalla:  
Solos los dos del riesgo están sin miedo,  
Que los demás que se hallan á miralla,  
Aun desde fuera no se ven seguros  
Del grave riesgo de sus golpes duros.

Así el horrible Marte con Briareo,  
Si proballe tal vez le cupo en suerte,  
Darian soberbios golpes, y al deseo  
Diversos modos de hallar la muerte:  
Tales los dos en su combate veo,  
Y el batir las espadas de tal suerte,  
Que como con cien brazos á un momento  
Se dan un golpe y otro, treinta y ciento.

Ya el sol, que por mirar su gentileza  
Aquel día madrugó á alegrar la gente,  
Tibia su luz, y ardiendo la braveza  
De los guerreros vió desde el Poniente:  
Y contemplando el número y grandeza  
De golpes y heridas, juzga y siente,  
Que era en su batallar mayor el vuelo  
De su ira y su furor, que el de su cielo.

Y no queriendo ver de compasivo  
La muerte de los dos, ni de ninguno,  
Cerró la noche, y con un golpe esquivo  
Roldan con su colérico importuno:  
No quedó rostro ni semblante vivo,  
Ni de los que le vieron pecho alguno  
Que no se estremeciese al estallido,  
Y el corazon le diese algun latido.

Fue tan cargado el golpe, que sin tino  
Traspiés dió por caer el firme godo,  
Y á no volver la furia en desatino,  
Fuera el segundo vencedor del todo:  
Mas erró este postrero el paladino,  
Y su contrario se arrestó de modo,  
Que arrojando de sí el mellado escudo,  
Con su furia llegó hasta donde pudo.

Y á dos manos la espada, el yelmo fino  
Al fiero golpe resonó tan hueco,  
Que á las grutas del monte, y al vecino  
Bosque se vió sonar una hora el eco:  
Cayó al suelo el famoso paladino  
Vivo, mas sin sentido; ¡extraño trueco  
Y vuelta de fortuna! que por junto,  
Cuanto en mil años da, lleva en un punto.

Pudo á su voluntad darle la muerte,  
O de veras saber si era encantado;  
Mas nunca en un rendido, un pecho fuerte

Con sangre noble, dió golpe sobrado:  
Antes dolido de la adversa suerte,  
Que un hombre tal ha puesto en tal estado,  
Solo el escudo le quitó en memoria  
De que por suya queda la victoria.

Y á don Dudonio dijo: «este le llevo  
Para que el bravo conde me le pida,  
Cuando por bien tuviere que de nuevo  
Nuestra batalla quede fenecida:»  
Y cual presto neblí, el feroz mancebo



Ya en la silla, hace que el caballo mida  
El campo en tan lozana gallardía,  
Como si al fresco hubiera holgado el día.

Y haciéndole en bizarra contenenencia  
Salir ligero, al tiempo del sacallo,  
«Señor, dijo á Dudon, con tu licencia  
Llevo, pues mas no puedo, tu caballo:  
Y á Dios, que ya la luz ha hecho ausencia;  
Y yo que no sé el puesto en que me hallo,  
Buscar quiero acogida, antes que llegue  
La noche á su rigor, y me la niegue.»

Y sin otra respuesta á lo cerrado  
Del bosque tomó el paso mas derecho,  
Dejando el campo en suspension callado  
Al increíble aliento de su pecho;  
Celebrando el silencio, el no esperado  
Fin, la insigne victoria, y raro hecho,  
Con que á Roldan, de un golpe sin herida,  
La fama le quitó, y dejó la vida.

Corrió Dudonio á socorrerle cuando  
Del desacuerdo con furor volvía,  
Y á su ausente contrario amenazando

La espada entre los suyos esgrimía:  
Quiérenlo sosegar, pero no hallando  
Muerto á sus pies al que antes combatía,  
Con un nuevo dolor pierde el sentido  
Que el corazón le da, que está vencido.

Y aunque Dudon, lo menos mal que pudo,  
El caso le doró, y cubrió la afrenta,  
El verse sin contrario, y sin escudo,  
Le hace mas que el amigo engaño sienta:  
Y dando de ansia á la garganta un nudo,  
Tal tragedia el honor le representa,  
Que á ser menor de Astolfo el beneficio,  
Segunda vez se hallara sin juicio.

Pero á sola una rama que le queda,  
Que es morir, ó vengarse, echa la mano,  
Y sin que nadie detenerlo pueda  
Parte á este fin el senador romano:  
Mas cuando la ventura queda fuera  
Es darse priesa caminar en vano,  
Que en vano ara la mar, quien desde el suelo  
Los cursos piensa gobernar del cielo.

Desvolvió en seguimiento de la saña,

Que un infierno labró de su memoria,  
Tras su venganza lo mejor de España,  
Y tras su pena la perdida gloria:  
Dejando del furor que le acompaña  
De ilustres hechos una heroica historia,  
Quo fuera de aparato y alegría,  
A poderla aquí hacer suya, á la mia.

La ilustre empresa de los arcos de oro  
Que eu Alarcos ganó, la imágen bella  
Que en los floridos campos del tesoro  
El rayo le dió vida de una estrella,  
Y de Guisando el encantado toro  
Con que la tierra aró, sembrando en ella  
Las perlas de un laurel, que dieron gente  
Mas que en Tebas á Cadmo, y mas valiente,

Y otros insignes hechos, cuya fama  
Al mundo hacen soberbio alarde y pompa;  
Mas ni á tan grande voz la mia me llama;  
Ni es justo que en su hilo el mio se rompa:  
Ya algun día el cielo esta menuda rama  
Tronco al Parnaso hará de heroica trompa,  
En tanto que dé ahora á lo importante  
Del grave curso del señor de Anglante.

Que feroz de aventura en aventura,  
De arar cansado el real solar de España,  
Sin hallar de la muerte que procura  
El rastro, tras que el dulce honor le engaña,  
Arrojado del tiempo, y la ventura,  
Del Pirineo pasó la alta montaña,  
Y á su campo llegó el alegre día  
Que el César admitió en su compañía.

De otra parte, despues que el grave peso  
De su batalla el vencedor Bernardo  
Libre arrojó de sí, y en largo esceso  
Vencido dió de Francia al gran bastardo;  
Ni mas ufano ni arrogante en eso,  
En cortés compostura, y paso tardo,  
Dejó el suspenso campo, y al vecino  
Bosque á buscar reposo abrió camino.

Y al salir dél, tras las doradas señas  
Que un claro fuego desde lejos hizo,  
Al pié de un monte, entre sus crespas greñas,  
De una quinta halló el solar pajizo,  
Donde en mesas cenó de humildes peñas,  
Lo que el cansado espíritu rehizo,  
Y al dulce curso de un sabroso sueño  
El de la fria noche fue pequeño.

Informóse otro día de la tierra,  
Y de Leon el camino mas sabido,  
Por donde tras el fin que su alma encierra  
Algunos dias le llevó seguido;  
Cuando al recodo con que el paso cierra  
Un claro arroyo al de un collado erguido,  
En duros hierros sin piedad ligados  
Con dos presos venir vió diez soldados.

Mas ya del grave conde de Saldaña,  
Y de Teudonio la áspera cadena,  
Que del fuerte castillo en la montaña  
De Luna en triste son trágico suena,  
A contar de ambas la desgracia estraña  
Ambas manos le da, y la pluma llena,  
Que de un signo infeliz la adversa suerte  
A un desdichado sigue hasta la muerte.

Despues que del rey Casto el pecho esquivo  
En obscura prision al conde puso,  
Y el muro de la cárcel vengativo  
Al sol de su clemencia le antepuso,  
Jamás el reino supo si era vivo,  
O si habia del vivir perdido el uso,  
Dónde, ni cómo estaba, ó en cual sima  
El valor se hundió de tanta estima.

Hasta que ya al real pecho obstinado  
La agradable piedad halló camino,  
Y con nuevos servicios obligado  
Del notorio valor de su sobrino,

De dar trazó la libertad y estado  
Al preso conde, y á este fin previno,  
Para hacer un perdon en los dos primos  
De don Teudonio, la prision que vimos.

Mas de don Sancho la enemiga estrella,  
Quo contra su ventura peleaba,  
Al mejor tiempo le dejó sin ella,  
Y su luz vuelta de apacible en brava;  
Que como los dos héroes sin temella,  
Ni saber lo que el Casto rey trazaba  
En darle libertad, se hallaron presos,  
Y graves del castigo los escesos,

Juntos ya en el torreado alcázar fuerte,  
Con la jurada fe y lealtad alzados,  
Al sospechoso alcaide dieron muerte,  
Y á dos partes de tres de sus soldados;  
Cuando sus pechos la contraria suerte  
De mayor brio que prudencia armados,  
Un nuevo capitan los dió vencidos,  
Y á su primer estado reducidos.

Al ofendido rey vivas pasiones  
Nacieron, muerta la piedad primera,  
Con protesto que nuevas ocasiones,  
Graves servicios de humildad pechera,  
De los dos á ninguno las prisiones  
Libre el cuello daran hasta que muera:  
Y en esto firme el brazo justiciero  
Las cadenas dobló, y creció el acero.

Y porque el nuevo mal sea con esceso,  
Y la larga prision menos suave,  
Llevar á don Teudonio manda preso,  
Adonde en inmortal cadena acabe,  
A cargo de Teudisco, hombre sin seso,  
De fantástico brio, y zúño grave,  
En quien ni alivio tenga, ni halle abrigo,  
Que un necio nunca fue de nadie amigo.

Con diez de su gallega gente, Ardano  
Para Ledesma el preso ilustre guia,  
Cuando al pié de un aliso en medio un llano  
Durmiendo hallaron á Garilo un día,  
Pocos despues que en término villano,  
Y en maliciosa ingratitud habia  
A Bernardo, ya en sueño sepultado,  
La rica espada y el caballo hurtado.

Y alegres de la presa, antes que el sueño  
Entera libertad diese al sentido,  
Con las manos atrás su incauto dueño,  
En las suyas sin ver se halló rendido:  
Cuando al claro cristal de un rio pequeño  
Bernardo, el escuadron desvanecido  
Encontró, y los dos presos, cuyos yerros  
Hacian mas graves los pesados hierros.

Al uno en grave compostura un todo  
De valor encubierto corresponde,  
Y que lo ha visto le parece al godo,  
Si bien no tiene en la memoria adonde:  
Al otro en diferente talle y modo  
Conoce que es el que libró del conde,  
Y por la recompensa de librallo  
La espada le hurtó, y llevó el caballo.

Holgóse de encontrar á su enemigo,  
Y no por su caballo ni su espada,  
Ni por dar á sus culpas el castigo,  
Ni por vengar la ingratitud pasada;  
Mas por quitarle como honrado amigo  
Segunda vez del cuello la lazada,  
Y probar si podrá en su pecho fiero  
El segundo favor mas que el primero.

Detuvo el brioso paso al firme freno  
El potro al márgen del arroyo escaso,  
Y el pequeño escuadron, de altillo lleno,  
Por él pasando fue sin hacer caso:  
Sintiólo el jóven, y en hablar sereno,  
Tan reportado el pecho como el paso,  
Cortés y afable, á la arrogante junta,

¿Dónde, y por qué los presos van? pregunta.

«No es de vuestro cuidado, ni os importa  
Lo que incauto pedís,» respondió Ardano,  
Ardano capitán, de vista corta,  
Y de soberbio corazón villano;  
«Mas fácil os será saber si corta  
El rigor de mi espada, y de mi mano:  
Pasad el río, despejad la arena,  
Sino queréis terciar en la cadena.»

«Ahora, replicó el joven valeroso,  
Saber por fuerza quiero lo que os pido,  
Que á ser vos noble, el pecho generoso,  
Como honrado os hiciera comedido:»  
Y enviando tras la voz un golpe airoso  
Sobre el pomposo yelmo, en dos partido  
Al suelo le arrojó; que su ceguera  
El resguardo no hizo que debiera.

La escuadra vil que al capitán difunto  
Vió del golpe primero en tal estado,  
En confuso tropel y escuadron junto  
A darle corre sin sazón vengado;  
Que el valeroso godo, que un trasunto  
Es del marcial furor cuando está airado,  
Mas que Vulcano rayos en su fragua,  
Armas, sangre, y centellas llueve al agua.

A uno el brazo desgarró, al otro el pecho,  
Ya este y aquel ensarta de uno en uno,  
Aquel de cuatro brazos deja hecho,  
Y aquel del primer golpe sin ninguno:  
Cual rojo tigre en acosado estrecho  
El tejido escuadron rompe importuno,  
Y en las sangrientas garras, y en la boca,  
Cuanto su ardiente rabia encuentra apoca.

De diez, de ocho, de seis, de cuatro altivos,  
Que el preso defendían generoso,  
Muertos los otros á sus golpes vivos,  
De dos, perdon le pide el mas brioso,  
Y el mas cobarde en pasos fugitivos  
Por el vecino bosque huyó medroso,  
Y él á dar fue con su victoria ufano  
Libertad á los presos, de su mano.

Habiale ya en los golpes conocido  
Garilo, y en las ricas armas bellas,  
Y aunque sin fe, quisiera de corrido  
Antes morir que en su servicio vellas:  
El noble don Teudonio comedido,  
Viéndose en dulce libertad por ellas,  
Para rendir las gracias á su dueño  
Cualquier término juzga por pequeño.

Del rico yelmo la visera de oro  
El noble godo levantó lozano,  
Para en su libertad con mas decoro  
Al generoso preso dar la mano:  
Mas del bello semblante que el tesoro  
Cubria de las armas de Vulcano  
La luz salió, que al gran Teudonio pudo  
Del gozo de mirarla volver mudo.

Conoció luego el generoso aliento,  
Que ya en Miduerna vió en igual destreza,  
Cuando al rey Casto del traidor intento  
De Mahamud, libró su fortaleza;  
Y como arrebatado del contento  
Del no esperado bien, y su grandeza,  
«¡Oh cielos! dijo, ¡oh pecho en quien cifrado  
Fortuna al mundo un bien cumplido ha dado!

Dadme, ¡oh brazo invencible, en quien unido  
El valor godo está! esa invicta mano,  
Para que en feudo á vuestro honor debido  
Mi propia sangre reverencie ufano:  
¡Hijo del mejor padre que ha nacido,  
Honra del noble suelo castellano,  
Defensa de Leon, leon de España,  
Fama del mundo, y gloria de Saldaña!

Si la primer salud y vida os debo,  
Cuando en Miduerna vuestro brazo fuerte

Al Casto rey libró del cruel mancebo,  
Que desde Lugo quiso darle muerte;  
La libertad que aquí me dais de nuevo,  
Que no os la debo la ocasión me advierte,  
Que esto restituir ahora ha sido  
Lo mismo que por vos habia perdido.

Por dar á vuestro ilustre padre ayuda  
A recobrar la libertad perdida,  
La adversa suerte, un breve tiempo en duda,  
Varía entre favorable y desabrida,  
Desta cadena de piedad desnuda  
Mi garganta cual veis dejó ceñida,  
Y por la venerable suya puesta  
Otra de mas rigor y oprobio que esta.»

Así el principe godo al noble hijo  
Del desgraciado conde de Saldaña  
De su gran padre la prision le dijo,  
Y el tormento que en ella le acompaña;  
Y en larga relacion, y hablar prolijo,  
De su antiguo discurso la maraña,  
De la infanta su madre la clausura,  
Y la injusta pasión que en el rey dura.

Atento al largo discurrir del godo,  
En una suspension honrada puesto,  
Con prudente sentir lo advierte todo,  
Bravo interior, y en lo exterior compuesto;  
Trazando en sabia prevencion el modo,  
A su honor menos grave, y mas modesto,  
Con que guiar las enconadas cosas  
A mejor fin, y á vueltas mas dichosas.

Viénele á la memoria, que Proteo  
Le prometió en obscura profecía  
Un preso que alumbrase el gran deseo,  
Que entonces de saber quién es tenia:  
Ve ser Teudonio el que el pastor Nereo  
En confusas enigmas le advertia,  
Y hallándole tan cierto, se embaraza  
En el temor de su última amenaza.

Mas á un ánimo ilustre no hay quien pueda  
Contrastar con temores su pujanza,  
Y así seguro en sus recelos queda,  
Y el alma coronada de esperanza:  
La grandeza de casos con que enreda  
El tiempo á los dos principes, no alcanza  
A tratar de las causas de Garilo,  
Que es humillar sin para qué el estilo.

Que en heróicos propósitos metidos,  
A solas los dos godos retirados,  
Con nuevas trazas, medios y partidos  
Los discursos ordenan comenzados:  
Y viendo los cristales encendidos  
Del río ya sin luz amortiguados,  
Y la callada sombra que se llega  
De los vecinos montes á su vega,

Pasar en su ribera sosegada  
La quietud quieren del sabroso sueño,  
Ya del grabado arnés la rica espada,  
Que antes Garilo hurtó, vuelta á su dueño;  
En tal aspecto celestial forjada,  
Que hace gigante el brio mas pequeño,  
Y al pecho humilde apaga el miedo frío,  
Y al brioso corazón aumenta el brio.

Mas el falso Garilo, siempre atento  
A proseguir su inclinación traviesa,  
De maquinan con libre pensamiento  
Nuevas traiciones sin lealtad no cesa;  
Que á un malo, cuando lo es de nacimiento,  
Raras veces del hecho mal le pesa,  
Y en el que ahora intenta sin provecho,  
El resto echó de su dañado pecho.

Envidioso del joven escelente,  
De la fama que al cielo le subia,  
Y del deseo que el rey, el reino y gente,  
De verle ya en su ejército tenia,  
Con las sombras que á un rey burló imprudente,

Y el cetro de Monzon le quito un día,  
Su anillo quiso en ambicioso intento  
El honor usurpar de aquel contento :

Y de su luz al rayo prodigioso  
Del jóven se invistió la hermosura,  
Armas, persona, brio, talle airoso,  
Habla, trato, ademán, cuerpo y figura;  
Y en medio del silencio perezoso,  
Que el manto llueve de la noche oscura,  
Despertando á Teudonio á toda priesa  
Por la selva se entraron mas espesa.

Vistióse el godo el fino arnés de acero,  
Que ya de Ardano fue timbre gallardo.  
Y llevando el vencido caballero,  
Que de sus golpes le sobró á Bernardo,  
Ituyen del mismo que seguian primero,  
Dejan sin guarda al que era su resguardo,  
Y por un valle bajan, cuando el día  
Por sus espaldas y árboles subia.

Nuevo Teudonio en el embuste extraño,  
Del falso catalan admitió el ruego  
Del irse, y dejar al mismo del engaño,  
Que linge que es el que se queda ciego,  
Que de la luz del mago anillo el baño  
Así al seso mayor turba el sosiego,  
Que erce el godo que va con el que deja,  
Y que del mismo con quien va se aleja.

Parece en lo exterior caso inventado,  
Con poco de posible y verdadero,  
Del rico anillo el prodigioso hado  
En alterar su luz un hombre entero :  
Mas que mucho, si el cerco está encantado  
En que le fabricó mágico acero,  
Y su apremiado espíritu hacia  
Las contrahechas sombras que fingia.

Historia es cierta, que el sutil Marguto  
De un mundo en riesgo fue traidor cuchillo,  
Valido en la virtud que el negro luto  
Del sombrío Pluton dió al mago anillo :  
Engañó al rey Zaydin de ánimo bruto,  
Al avariento Ardán de oro amarillo,  
Y en contrahecho rostro al viejo Elido  
El reino le usurpó, y dejó corrido.

Urdió la sutil tela del engaño,  
Que solo al que era noble aparecia,  
Cuyas labores verlas en su paño  
Ningun bastardo espíritu podia,  
Ni el perfil rico del dibujo extraño,  
Quien de otro padre es hijo que decia,  
También dan por embuste desta jimia  
Los fingidos napelos de la alquimia.

Con geománticos puntos dejó hecho  
Un inmortal engaño en los mortales,  
Tal que le aprueban, y le dan el pecho  
Mil sabios, ó tenidos ya por tales,  
Y con mirar la mano sin provecho  
No hizo en gente vulgar pequeños males ;  
Al fin él fue de embuste y embeleco  
Con su encantado anillo al mundo un eco.

Y ahora Garilo para echar el sello,  
Mudado de Bernardo en la figura,  
Con Teudonio se fué, y al jóven bello  
Durmiendo dejó solo en la espesura :  
Que cuando del sol claro el rubio bello  
Vistiendo salió el mundo de hermosura,  
Los ojos abre, y como á nadie via,  
Pienso si está durmiendo todavía.

Mas ya despierto cuidadoso mira  
Entre las flores por Teudonio en vano,  
Y en ver que le dejó, y se fue, se admira  
Bél, y su trato al parecer liviano :  
Siente la sinrazon, siente y suspira  
La poca fe del pueblo castellano,  
Pues dos favores que á su gente ha dado,  
Ambos de ingratitud se han malogrado.

Y el divertido pensamiento lleno  
Del nuevo agravio, y del desdén presente,  
Cuando de la alba el argentado seno  
Al mundo el sol parió resplandeciente,  
A pié, solo y sin guia, el bosque ameno  
A cruzar comenzó confusamente,  
Buscando á tienta al pueblo mas vecino,  
Si el cielo se lo ofrece, algun camino.

Ya de la selva la áspera maraña  
En varias sendas tanteado habia,  
Y del sembrado aljófár la campaña  
Aun en tiernos relámpagos bullia  
Cuando por el combez de una montaña,  
Huyendo hácia donde él salió, volvía  
Un sangriento soldado conocido  
Por el que fue aquel día su vencido.

Suspendió el paso el jóven valeroso,  
Y el que huia también suspendió el paso  
Y en ver vivo á Bernardo mas medroso  
Que antes absorto al no entendido caso :  
« Señor, dijo, si en cuerpo ya glorioso  
Destas montañas aun guardais el paso,  
Y muerto me quereis vencer, mi intento  
Es daros vivo y muerto el vencimiento.

Mas si como se ve del aire vivo  
Respirando gozais suave aliento,  
Y no estais, cual yo ví, de un golpe esquivo  
Pasado el noble corazon sangriento :  
El mas notable engaño, y mas al vivo,  
Que hasta hoy cegó mortal entendimiento,  
Ha pasado por mí, y sospecho y digo,  
Que también por Teudonio vuestro amigo.

Antes que el alba arreholase el día,  
Entre flores dejamos y rocío,  
Por orden vuestra, en vuestra compañía,  
El sueño y las riberas deste rio ;  
Y eaminando al canto y armonía  
Que á la nueva luz daba el bosque umbrío,  
Por entre la alameda de una fuente  
Nos dió del primer sol el rayo ardiente

Y tras él, de un cerrado bosque inculto,  
Que al diestro lado sin temor quedala  
Un pequeño escuadron salió, que oculto  
Nuestra muerte en sus árboles guardala :  
Y en sorda tropa, y en callado insulto,  
A mí cual veis, y á vos la furia brava  
De un venablo cruel travesó el pecho,  
O yo, señor, soñé lo dicho y hecho.

Mas la sangre y rigor desta herida  
(Mostrando todo el cuerpo atravesado)  
Si fuese sueño, aun estaria mi vida  
En no tan peligroso y triste estado :  
Mas que me causo en cosa tan sabida ;  
Tras la loma, señor, deste ancho prado  
Os vereis muerto vos, y á don Teudonio,  
Y allí de mi verdad el testimonio.»

Dijo, y el laso espíritu reñido  
De la perdida sangre, cayó muerto,  
Como si solo hubiera allí venido  
A declarar del caso lo encubierto :  
Bernardo en su estrañeza divertido  
Piensa que está dormido ; y si despierto,  
Que el tiempo anda con él en las mas varias  
Tragedias de sus vueltas ordinarias.

No sabe qué entender de aquel suceso  
Con un discurso moderado pueda,  
O si perdía con la sangre el seso  
El que ya muerto entre las flores queda :  
Mas descubriendo al fin el bosque espeso,  
La clara fuente, el rio y la alameda,  
Bastro halló en el llano no pequeño  
De no ser todo lo pasado sueño.

Al gran Teudonio, en el confuso estrago  
De rotos cuerpos, y vencida gente,  
De armas cenido halló en sangriento lago



De un tejido escudador resplandeciente,  
Que en batalla infeliz campo aciago  
La honra sustenta de su espada ardiente,  
Ya de heridas los músculos cubiertos,  
Y el rojo prado de enemigos muertos.

Entre ellos, del luciente hierro agudo  
De un ligero venablo atravesado,  
Un cuerpo vió, que en armas y en escudo,  
Era del y las suyas un traslado:  
Admiróse del caso, mas no pudo  
Por entonces ver mas, que el brazo honrado  
Del amigo, de sí le sacó al punto,  
Que su vida y su herir vió acabar junto.

Las destrozadas armas pieza á pieza  
El rigor de los golpes echó al suelo,  
Y del abierto pecho la braveza  
De un sangriento desmayo el mortal yelo,  
De seis agudas puntas la destreza  
Su cuerpo dió á la tierra, el alma al cielo.  
Cuando llegaba en su favor Bernardo,  
Cual en campo Marsilio suelto pardo.

Quedó viendo caer el caro amigo  
De un desmayo mortal cubierto el pecho,  
Maldice airado su favor mendigo,  
Y su tarda venida sin provecho:  
Y no mas fiero el Jónio sin abrigo  
Entre escollos levanta el crespo pecho,  
Cuando de Acroceraunio la alta roca  
Con lueca espuma las estrellas toca;

Qué el brazo altivo, y el semblante fiero  
Del ofendido godo, á la canalla  
Que de la furia del sangriento acero  
Sobró al feroz Teudonio en la batalla:  
Ni en mas presteza el cauto marinero,  
Que entre sus peñas y arenal se halla,  
De los riesgos del golfo descubierto,  
Huye al abrigo del vecino puerto;

Que las sobras del campo sin aliento  
Los filos huyen de la ardiente espada  
Del nuevo capitán, que en triste acento  
El fin celebra á su infeliz jornada,  
Viendo del roto cuerpo el río sangriento  
Que del vivir la fuente dió agotada,  
Y al grave caso que trazado habia  
La mayor usurpó y la mejor guía.

Mas vuelto á su valor: «el cielo, dice,  
Es dueño universal del curso humano,  
¿Qué saber hay, si el suyo contradice,  
Que en su mayor caudal no salga en vano?  
Lo que en mí fuere haré, cual siempre lica,  
Lo demás quede al peso de su mano,  
Que cada vida tiene su corriente,  
Y las riendas del tiempo el que es prudente.»

Dijo, y tras esto supo de un herido,  
Ser de aquel triste caso el fundamento,  
Que el mismo que antes de temor huido  
De su espada se entró en la selva á tiesto,  
El mas cercano pueblo conmovido  
A vengar el pasado atrevimiento,  
Y recobrar su preso, sacó y puso  
En la emboscada su tropel confuso.

Y en hombros de las gentes, que al asalto  
De la vecina sierra habian venido,  
El real cuerpo de vida y sangre faltar  
Mandó al pueb'o llevar mas conocido,  
Donde en sepulcro ilustre el valor alto  
De su linaje muestre esclarecido,  
Y de la pira en el silencio mudo  
La última honra le dé que antes no pudo.

Mandó tambien de su retrato al vivo  
En un difunto ver la muerta cara;  
Vióla, y quedó de nuevo pensativo,  
La dudada verdad patente y clara:  
Asombróse de verse muerto y vivo  
A una misma sazon (¡grandeza rara!)

Que uno sin vida, y otro de asombrado,  
Ambos mostraban el color robado.

Cuando de los villanos, que en miralle  
Armas y semejanza están con miedo,  
Uno que lo vió, acaso por hurtalle,  
El mago anillo le sacó del dedo:  
Huyó tras él el rostro, el brio, el talle,  
Y quedándose el cuerpo muerto quedo,  
La lueca sombra del barniz liviano  
Desvanecida huyó en el aire vano.

Cual con la viva luz de Febo ardiente,  
Blanco celaje que antes encubria  
Altivo risco, huye y de repente  
Sus pardas greñas manifiesta al dia;  
La vana sombra así delgadamente,  
Que antes ajenos miembros componia  
Del frio difunto, y de su embuste extraño,  
Al campo descubrió el notorio engaño.

Mas admirado el godo que primero,  
El vario cuerpo desangrado mira,  
Que contra el golpe del templado acero  
No le valió la mágica mentira;  
Y sin saber el fundamento entero  
De su transformacion, ni á qué fin tira  
Allí se le dejó, y por la espesura  
A dar se fué á Teudonio sepultura.

Y en santa devocion, y animo pio,  
A la universal deuda satisfecho,  
A la real corte de su casto tio  
De allí tomó el camino mas derecho:  
Cuando un dia por un bosque entró sombrío,  
De alisos verdes y laureles hecho,  
Que en lo mejor del encubierto valle  
Alegre plaza hacian, y ancha calle.

Aquí al amparo de un peinado risco,  
Que el pié un arroyo de cristal le baña,  
Entre la verde grama y el lentisco  
La humilde paja vió de una cabaña;  
De serrano pastor seguro aprisco  
Juzgó la choza el principe de España,  
Cuando del prado vió en las flores bellas  
Sobre un muerto llorando dos doncellas.

Admiróle del sitio la estrañeza,  
Y de la nueva compasion llevado  
Conoció de las dos la una belleza,  
Y en verla allí, y llorar, quedó turbado:  
Era Olfa, que en sus laldas la cabeza  
Del cuerpo sustentaba desangrado  
De un gallardo manco recien muerto,  
De sangre todo y de beldad cubierto.

La otra doncella, cuyo sentimiento  
La dura roca á compasion movia,  
Ya con furiosa voz, ya sin aliento,  
A suspenderse en su dolor venia:  
Bernardo hallando en tan estraño asiento  
La que en Grecia perdió su compañía,  
Cual ligero neblí se arroja al prado,  
La visera y el yelmo levantado,

«¡Santo cielo! (dijo Olfa, conociendo  
Al gallardo león) ¡qué encuentro estraño!»  
Y el nuevo gusto y alegría creciendo  
La pena olvida del ajeno daño:

A pedirle las manos fue corriendo,  
Y el bello jóven dice: «¿si es engaño  
Mostrar con ceremonias que me precia,  
Que solo me dejó sin causa en Grecia?»

Y al blanco cuello en nudos deleitosos  
Afable cñe los honestos brazos,  
Y con mil pensamientos deliciosos,  
Que esté de aquella selva en los ribazos  
La diosa de sus gustos amorosos,  
Nuevas le pide de los dulces lazos  
En que amor le prendió, y de cualquier modo  
De la que es de los dos el dueño en todo.

¿Cómo, ó por dónde, en el lugar presente



La piedad, ó el rigor, la echó del cielo?  
¿Qué tragedia infeliz de hado inclemente  
Llorando yace en su sangriento suelo?  
¿Quién un doncel mató tan escelente?  
¿Quién puso en tal beldad tal desconsuelo?

Y dónde su princesa está divina?  
Dijo, y le respondió la hermosa china:

«Señor, desde aquel día que por vella  
Sali, sin ver como sali, de Acaya,  
Siempre con rastro fresco, y nuevas della,  
De golfo en golfo vine, y playa en playa:  
De Grecia á Libia, desde allí á Marbella,  
De allí á Toledo, y desde allí á la raya  
Deste monte, en que ayer de lance en lance  
A darle vine al fin dichoso alcance.»

Mostró alegre placer de mi venida,  
Y en no saber de ti la vi suspensa,  
Y hoy de un suceso en otro divertida  
Al bosque entró desta arboleda densa,  
Adonde al tiempo que llegó perdida,  
Sin poderle tener en su defensa,  
Mancharon seis villanos caballeros  
En esta limpia sangre sus aceros.

Movida á compasión de la hermosura,  
Que ves sobre ese cuerpo desmayada,  
En procurar consuelo y sepultura  
A mal tan grave me dejó ocupada;  
En tanto que ella con su arnés procura  
La infame deslealtad dejar vengada.

En los cobardes seis, que á toda rienda  
La vuelta hurtaron desta estrecha senda.

La triste causa á esta infeliz desdicha  
Aun no la sé, ni á eso lugar me ha dado  
La enmudecida pena; tú si á dicha  
Templar sabes dolor tan destemplado,  
Llega afable, y al alma que entredicha  
El sentimiento tierno, darán vado  
Tus discretas palabras, y sabremos  
La estraña sinrazon del mal que vemos.

Dijo, y ambos con blando sentimiento  
El suyo templan á la mora bella,  
Que en triste son, y doloroso acento,  
Quejas envía á su enemiga estrella,  
Pidiéndole si sabe el fundamento  
De tal crueldad; á quien con llanto ella,  
Entre desmayos y ansias, sin ver dónde  
Ni á quién habla, ó pregunta, así responde:

«Ay alma noble y bella, que desnuda  
Con tal rigor del rico monte tuyo,  
No es mucho que en tu esfera estés en duda  
Si es tu cuerpo mas bello que no el suyo!  
¿De qué provecho? ¡ay triste! ¿de qué ayuda?  
¿De qué recurso es ya lo que rehuyo?  
O ¿por qué temo hacer triste memoria  
Del infeliz suceso de tu historia?»

¿Qué importa ya en el mundo haber nacido  
De justa causa ó pensamiento reo,  
Si dejar ya no puede de haber sido



(¡Ay cielos! ¡cómo vivo, si tal veo!)  
Del noble Doriscán hijo querido?  
Esposo, vida, luz, alma, deseo,  
Nombres mas propios son de ti, mi cielo,

Que el que heredaste de Dedran tu abuelo.  
En las montañas de Oca fuiste ilustre,  
Y á España fueras único heredero,  
Si como la fortuna te dió el lustre,

Te diera, pues fue tuyo, el cetro entero:  
¡Oh hermoso Dedran! que aun el deslustre  
De la muerte no llega á volver fiero  
Ese bello semblante, cuya suerte  
Mi vida solia ser, y es ya mi muerte.

¡Oh cruel Zamall! viejo tirano,  
De pecho avaro, y corazon hambriento,  
El santo cielo abrase de su mano  
Con rayo ardiente tu ánimo sangriento:  
Deste fue Harpali mozo liviano,  
Hijo de infame y bajo nacimiento;  
Y él del reino de Nájera confuso  
Bastardo rey por tiranía intruso.

Puso el liviano Harpali los ojos  
En mi mal conocida hermosura,  
Y ciego en el correr de sus antojos,  
Todo su amor paró en mi desventura:  
Yo que siempre di el alma por despojos  
A la beldad desta mortal figura,  
Y con nombre de esposo ya gozaba  
El bien que el cielo y tierra me envidiaba:

Cansábanme imprudentes pretensiones  
De un fantástico bárbaro arrogante,  
Que en tiranas y locas presunciones  
Se daba á todos gustos por bastante:  
Tuvo con mi Dedran varias pasiones  
De envidia y celos, que uno para amante,  
Y el otro para enfados, umbos fuistes  
Los que mas destos géneros tuvistes.

Fue el suyo siempre azar de nuestro gusto,  
Y universal enfado de la gente,  
Hasta que á su soberbia el cielo justo  
La pena dió y castigo suficiente:  
Del duro tronco de un moral robusto,  
Que hacia del real jardin sombra á una fuente,  
De mi esposo en la ilustre casa ufana  
Colgado le halló el sol de la mañana.

O ya fuese á ofender las nobles canas  
De Doriscán en su gallarda hija,  
O que con pretensiones mas profanas  
Amor el gusto y el deseo aflija;  
Al fin cuando del cielo en las ventanas  
La alegre aurora al mundo regocija,  
Colgado apareció de un moral, hecho  
A ver muertos amantes sin provecho.

Nunca se supo de la justa muerte  
La causa justa, ni la heroica mano,  
Por mas que del rey fiero el brazo fuerte  
Quiso y trató de averiguarla en vano;  
Y aunque unos de una y otros de otra suerte  
La atribuyen al cielo soberano,  
Siempre el tirano rey tuvo querella  
De ser mi amado esposo el autor della.

A sangre y fuego destruyó la casa,  
Que ya fue honra y amparo al reino todo,  
Y al noble Doriscán entre la brasa,  
Que de sus techos de oro andaba á todo:  
Prendió á su bella hija, y tan sin tasa  
La ira se desmandó, y creció de modo,  
Que á nadie perdonó, solo mi esposo  
Huyó escondido el golpe riguroso.

Salió huyendo de la patria amada;  
Y yo, del fuego que en mi alma ardía,  
Tras él como á mi esfera, arrebatada  
En dulce trueco di cuanto en mí habia:  
Hacienda, vida y honra rematada,  
Que todo en él cumplido lo tenia;  
Y que mucho trocar en este modo  
Uno por mil, si aquel lo encierra todo.

De sierra en sierra huyendo, y valle en valle,  
Dos cuerpos trajo amor á esta ribera,  
Donde unos breves dias en gozalle  
Ya fue del cielo de mi gusto esfera:  
Aquí fortuna á esta florida calle  
(¡Quién tal pensara! ¡ay Dios!) porque en flor muera

De su cruel mano, entre el sombrío luto  
Mi bien sembró, y cogió la muerte el fruto.

Dos veces ya los argentados cuernos  
Con tibio oro bañó la blanca luna,  
Y tantas de la Estigia humos eternos  
La hicieron esconder sin lumbre alguna,  
Después que en mirros y cristales tiernos,  
Huyendo los rigores de fortuna,  
La vida que hoy en lágrimas se acaba  
En sabrosa quietud de amor pasaba!

O en diestras flechas los ligeros gamos  
Volviendo alegre presa á nuestro gusto,  
O con fingido silbo en los reclamos  
Contrahaciendo un dulce engaño al justo,  
O ya aliviando los pesados ramos  
Del dulce fruto, ó con tirar robusto  
Blanco venablo ardiente al bosque umbrroso  
Tendiendo al suelo el jabali cerdoso:

O en dulces lazos ¡ay de mí! ceñida  
Por premio á mil trabajos la garganta  
Del molo grado esposo, que sin vida  
Los ojos que antes dió regalo, espanta:  
De seis verdugos hecho un homicida,  
O ya traicion de entre esta inculca planta,  
Por vengar de Harpali la infeliz suerte,  
Sin culpa dieron á mi vida muerte.

¡Ay cielos! ¿qué es posible que ya al mundo  
No vive?...» y sin poder pasar delante  
El alma llena de un dolor profundo,  
A dejarla de él libre fue bastante:  
Y el pecho, que en amar fue sin segundo,  
Sobre el cuerpo cayó del muerto amante,  
Siendo del vive el último suspiro  
Puerta del alma, y de la muerte el tiro.

Acudió por valerle la doncella,  
Creyendo ser desmayo el de la muerte;  
Y hallándola sin vida, huyó della,  
Asombrada de fe y amor tan fuerte:  
¿Qué ojos habrá sin lágrimas en vella,  
Aunque á verla el Neron del mundo acierte?  
Bernardo, y su amorosa compañera,  
Ambos lloran allí de una manera.

Y al pie del risco, al margen de la fuente,  
En flores dieron pobre sepultura,  
A los que merecio su fuego ardiente  
Sombra piramidal de insigne altura:  
Y de la activa pena en lo eminente  
Puso el noble Bernardo esta escritura:  
«A dos cuerpos dió amor tierra tan breve,  
Seales él favorable, y ella leve.»

Y habiendo toda la siguiente tarde,  
Con las tinieblas de la noche fria,  
Hecho de su esperanza un rico alarde,  
Por si su premio cual quedó volvía:  
Viendo que ya en la nueva lámpara arde  
De la aurora la luz del tierno dia,  
Determina buscar la oculta dama,  
O por el rastro suyo, ó de su fama.

Algunos dias á terminos contrarios,  
Llevados de uno en otro desatino,  
Por sendas fueron y caminos varios,  
Y á las veces sin senda ni camino;  
Cuando uno por huir senos volitarios,  
Que un ancho arroyo hace cristalino,  
Dos caballeros al salir de un monte,  
La blanca ceja abrió del horizonte.

Juntáronse en el llano, y preguntando  
El gallardo español por la que adora:  
«Señor, respondió el uno suspirando,  
Bien os diré del que buscáis ahora,  
Que pudiera hacer suyo peleando,  
Cuanto hay de adonde estamos á la aurora;  
Mas su mismo valor, y alma atrevida,  
Antes de tiempo le quitó la vida.

En rastro de seis moros caballeros,

De quien habia un agravio recibido,  
Deste prado á los árboles postremos,  
Que ya testigos de su esfuercio han sido,  
Pedazos hechos en sus golpes fieros,  
Su victoria cantó el laurel florido,  
Que al fugitivo Tormes acompaña,  
Y él de frío cristal sus troneos baña.  
De allí á ver el castillo de la fama,  
Que hoy tan grande la tiene en esta tierra,  
Su altivo brio y presunción le llama;  
Con lo que entre su ardiente seno encierra:  
Probó del fuego azul la rubia llama,  
Tragólo entre su luz, tembló la tierra,  
Y enterrado en su báratro profundo,  
Hasta hoy le espera en su combez el mundo.

Tres dias dudando de la adversa suerte,  
Restituido esperamos verle al valle,  
Y tantos nos dió lástima su muerte,  
Aficionados de la traza y talle:  
Mas con mago furor no hay pecho fuerte,  
Por demás pienso que es, señor, buscame;  
Si dais fe entra á la verdad que os digo,  
Bien desde aquí os podreis volver conmigo.  
«En nada, respondió el discreto godo,  
De cuanto me habeis dicho pongo duda,  
Que á su valor y al vuestro es creible todo;  
Mas si á un pecho valiente el cielo ayuda,  
Yo dudo que sea muerto de ese modo;  
Lo que también vuestro discurso anda,  
Que las fingidas sombras del encanto  
No llegan mas que á un aparente espanto.

Son huecos personajes, cuya saña  
Asombros forma de amasado viento,  
Que solo con temor fingido engaña,  
Y hace aparente y falso movimiento:  
La vista sola con su humo empaña,  
El sentido suspende, y el aliento,  
Y lo demás lo acaba á poca pena.  
La fortuna del astro á quien se ordena.

Y así per ver si en esto me acomodo  
En algo á la verdad con vuestro gusto;  
Saber querría deste caso el todo,  
O lo que dél tuviéredes por justo;  
Que aunque para probarlo no haya modo,  
Ni en mis venas aliento tan robusto,  
Ni en verlo sientoriesgo, ni me ofusco  
En ir allá á buscar al que aquí buscó.»

«Señor, dijo el guerrero de la selva,  
No lejos del raudal deste ancho río,  
Que su florida juncia y grama enselva,  
Como por aquel bosque veis florido,  
Un pequeño collado hace que vuelva  
En rosca de cristal el suyo frío,  
Y besándole el pié sus flores ata  
Con blandos grillos de bruñida plata.

Allí, ó sea del lado, que encubiertos  
Al ciego mundo sus secretos tiene,  
O que de Clomesin á estos desiertos,  
Y á su cueva en antigua herencia viene,  
Un muro altivo, cuyos gajos yertos  
Las huecas nubes el menor sostiene,  
Al aire claro, y á la luz del mundo,  
Poco ha que en Tormes lo parió el profundo.

De cien torres altísimas cargado,  
Que en torno hacen gemir el corvo suelo,  
Sin otras diez, que en cuello levantado  
De en medio suben á escalar el cielo:  
Mas la que vuela en chapitel dorado,  
Así á las huecas nubes tiende el vuelo,  
Que no hay garza que tanto se abalance,  
Ni vista que le alcance á dar alcance.

De hermosas rejás con balcones de oro  
El infinito ventanaje crece,  
Á quien si de la luz llega el tesoro,  
Con su vivo brillar desaparece:

De vario jaspe, y de metal sonoro,  
El amasado muro resplandece;  
De rojo bronce las grabadas puertas,  
De corvas puntas aceradas yertas:  
Las altas torres con relieves varios,  
De almenas coronadas y molduras,  
De real stucco sutil lazos voltarios,  
De alegres contrapuestas ligaduras;  
Y en columnas de mármoles contrarios,  
Huecos globos, bellísimas figuras,  
Que en pompa adornan, puestos por niveles

El peso á los bruñidos chapiteles,  
De noche esta gran máquina embestida,  
De claras y encendidas luminarias,  
Ardiendo toda en torno, convertida  
Se muestra en sombras de colores varias,  
Y en diverso matiz de luz encida:  
Forma en el hueco viento iris contrarias,  
Como si su confusa pedería  
El jaspe fuera que la Scitia envía.

Por las soberbias torres sus almenas  
Bellos cercos componen y guirnaldas,  
De varias luces de colores llenas,  
Rojas, verdes, de azul, carmin y gualdas,  
Contrahaciendo al brillar luces serenas  
Mil zafiros, topacios, esmeraldas,  
Amatistas, rubíes, perlas, diamantes,  
Y otras nuevas bellezas semejantes.

La altiva puerta en quicios resonantes,  
Que el limpio muro en firme bronce embebe,  
De ardientes llamas da pasos triunfantes,  
A quien pasarlos sin quemar se atreve;  
Por donde invictos ánimos bastantes  
A heróicas obras, se ha tragado en breve  
La máquina voraz, y últimamente  
Tragó el guerrero que buscais valiente.

Sobre la mayor torre, hueca masa  
De rojo fuego en claridad difusa  
El aire enciende, y el contrario abrasa,  
Y en luz eterna la tiniebla escusa:  
Cual si del limpio sol la ardiente brasa,  
Que alegre hace la sombra mas confusa,  
De un peñasco en la cumbre se pusiese,  
Donde mejor tocada y vista fuese.

Esto es lo que de fuera se halla y mira;  
Lo que en su oculto seno se describe  
¿Quién lo podrá decir? ó ¿á qué fin tira  
El gran saber que en sus cavernas vive?  
Sobre un padron de bronce, cuya mira  
A lo de dentro apunta y apercebe,  
Estas palabras, y estos versos muertos,  
En oro están como vereis abiertos:

«Labrado fue para el mejor del mundo  
Este ardiente castillo de la Fama,  
El que se hallase en el lugar segundo  
No pruebe entrar por la encendida llama;  
Que del tesoro que hay en su profundo  
Por su dueño al mejor del mundo llama,  
Como á la rica fuente de quien viene  
La nobleza mayor que España tiene.»

Esto es, señor, lo que al castillo toca,  
Que desta sierra le hallareis vecino;  
Pero si á verlo su beldad provoca  
El probarlo parece desatino:  
Dijo, y á ver la celebrada roca  
Bernardo alegre prosiguió el camino,  
Después de haberselo en término debido  
Del cortés caballero despedido.

Con nuevos pensamientos, que el cuidado  
De la princesa del Catay le puso,  
Ola, y su caballero enamorado,  
Del encantado bosque entran al uso:  
La una medrosa, el otro desvelado,  
Cuando sembrando fue el aire difuso  
Por sus ojos la máquina hermosa,

De alegre bulto, y gallardía vistosa.  
Las puntas de oro que en diversos trajes  
Volando sube el edificio altivo,  
Entre huecos y altísimos celajes  
Vivos reales parecen del sol vivo;  
Crecen los globos, crecen los plumajes,  
Y cunde por el aire fugitivo,  
El real palacio, que á la ilustre cima  
De un monte carga da, y al mundo grima.

No probara Bernardo la aventura  
Habiendo leído su padron primero,  
Sino fuera buscando la hermosura  
De quíen amor le hizo prisionero;  
Que de su noble pecho la cordura  
El brio hace humillar mas altanero,  
Para que no por verse que es bastante  
A la empresa, se pierda de arrogante.

Mas del sin fin deseo arrebatado,  
Que allí en tan varios trances le ha traído,  
Por la encendida puerta se entró armado,  
De su espada y escudo apercebido;  
Donde apenas el quicio ardiente, helado  
Con diestro pié pisó, cuando encendido  
De rojas llamas de oro largo espacio,  
Su cortorzo gimió, y tembló el palacio.

Y no en ronco bramar de horrible estruendo  
Cual los demás guerreros recibía,  
Mas todo en nueva hermosura ardiendo  
Vuelto se vió en suavisima armonía,  
Que en las doradas bóvedas rompiendo  
Los resonantes ecos, parecía  
Que el mundo allí de todas sus regiones  
El contento lloviese en varios sonos.

Con esta salva, de un florido espacio,  
Que en sieto arcos triunfales se estendia,  
Del acerado muro al real palacio  
Pasado el singular guerrero habia;  
Llegó en música al patio, en que el topacio  
De oro ardientes relámpagos hulla,  
Y el tiempo se trocó, cerróse el muro,  
Manchando el claro cielo de aire obscuro.

La hueca nube de su claro seno  
De cruel fuego llovió rojo granizo,  
Que el acerado arnés, cual seco heno,  
Sobre el real cuerpo le abrasó y deshizo;  
Quedó de ciego humo el patio lleno,  
Y él sin las armas que Vulcano hizo,  
Cuando entre el humo y el granizo de oro anduvo  
Los cuernos vió salir de un fuerte toro.

Pudiera, si le hallara descuidado,  
Ponerle á un golpe la victoria en duda,  
Mas en su ligereza confiado,  
El encuentro huyó, y con él se anuda;  
Firme el toro resuena en lo enlazado  
De la techumbre de oro no desnudado,  
El grueso aliento, que á la obscura loma  
Del soberbio animal Bernardo doma.

#### ALEGORIA.

En Garilo, que habiéndole Bernardo librado de la muerte le hurta el caballo y la espada, se pinta el dañado pecho de un ingrato, que con ningún beneficio pierde su dañada inclinación; y en los dos paladines vencidos, cómo sabié Dios humillar á los soberbios, cuando mas confiados y al parecer insuperables van en su ambición y soberbia. En la muerte de Garilo se ve, cómo casi siempre los malos tienen por verdugo á su misma culpa, hasta morir á sus manos. En Bernardo, que encuentra á Olfa florando un cuerpo muerto, y habiéndole dado sepultura se va en seguimiento de Arcángelica, se muestra cómo el que va tras su venganza, se le ofrecen al camino mil espantosas ocasiones, que con su horror procuran matarle los intentos; y él, corriendo siempre tras su deseo, por toda pasa, sin reparar en nada.

## LIBRO VIGESIMOPRIMERO.

ARGUMENTO. Venca Bernardo el encantamento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el origen y sucesión de la excelentísima casa de Castro. Halla allí á su ayo Oronles, y treientos caballeros de su linaje que le acompañan para ir á la corte de su tío el rey Casto. Hallanse Morgante y Orindandro en Africa; cuéntanse las desgracias de Angélica, las tragedias de Arminda y su amante, las de Artabano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fueron de Anteo, hijo de la tierra y rey de Libia, y con ellas la llave de Hierentes.

Ya entre los cuernos de un furioso toro,  
Al resplandor del fuego que salía  
De la encendida masa, ó globo de oro,  
Que en medio el aire de aquel patio ardía,  
Del gran Bernardo el anhelar sonoro,  
El turbio y negro viento ensordecía;  
Y al gemir ronco de ambos duros pechos,  
El eco suena en los dorados techos.

Hizo firme hincapié la honra de España  
En el de una columna, y revolviéndose  
Sobre el toro un vaiven con fuerza y maña,  
Rodando el uno fue, y ámbos cayendo;  
El hueco patio de grandeza estraña  
La obscura boca abrió de un pozo horrendo,  
Que ámbos á un tiempo en observados puntos,  
De un aspecto infeliz los tragó juntos.

Así en las playas del tiznado infierno  
Si algun peñasco horrible se desgaja,  
El agua salta; suena el lago Averno,  
Y de amarilla espuma y pez se cuaja;  
Suenan los bosques, que en silencio eterno  
Del mundo guardan la mortal baraja,  
Asombrando los árboles vecinos  
Sus negros espumosos remolinos.

Resurtió el agua fuera con bramidos,  
Y por la sima obscura, y sus taladros,  
Vomitó el suelo globos encendidos,  
Y dió el aire tristesimos baladros;  
Truenos confusos, roncós estallidos,  
Que el blanco estuco en los sutiles cuadros  
Temblar hicieren, y pensar si habia  
Llegado el mundo á su última agonía.

Cundió confuso el espantoso estruendo  
Por las cavernas y techumbres de oro,  
Del hueco alcázar, que del son horrendo  
Temblando el muro está en gemir sonoro;  
Y el gallardo español, que al ir cayendo  
Se dió por muerto, al de peñarle el toro,  
Al lago obscuro, así perdió el sentido,  
Cual si en las ondas diera del olvido.

No volvió en sí, ni pudo en largo rato  
Suspense al delirar de un dulce sueño;  
Que en caricia amorosa, y tierno trato,  
De un rostro alegre el pecho zahareño  
Un noble gusto le vendió barato,  
Y de un rico tesoro le dio dueño,  
Trocado en bella dama el fiero toro,  
La laguna en cristal, la sima en oro.

Ni fue todo quimera lo soñado  
Que vuelto en sí de la pasada riña,  
No con un toro se halló abrazado,  
Mas á una tierna y delicada niña;  
Sobre alfombras y telas de brocado,  
De aljofar y diamantes cada piña,  
En rica cuadra y aposento hecho  
De jaspe el muro, y de alabastro el techado.

Cercada de doradas vidrieras,  
Que le sirven de bellas luminarias,  
Por donde el rosicler de mil maneras  
El aire lúe de vislumbres varias;  
Y los rayos y luces verdaderas  
Que forman del cristal iris contrarias,

Quebrándose en el oro y pedrería,  
Añaden luz á la que saca el día.

Hurtan sus miradores y ventanas  
Suaves olores de un jardín ameno,  
Que de rosa y clavel muchas tempranas  
De agradables guirnalda les hacen lleno:  
Prende el olmo gentil parras lozanas,  
La grama trepa por el verde heno,  
La vedra por los muros, y las flores  
El aire y suelo manchan de colores.

De las arpadas lenguas la armonía  
Con que alegran los árboles el viento,  
Al contrapunto que al romper del día  
La luz al mundo vuelve su contento.  
Nueva hermosura da, nueva alegría  
Del rico cuarto al agradable asiento,  
Con los tiernos redobles que al canario  
El ruiseñor alienta el tiple vario.

Era en cien pasos de contorno hecho  
De alegre jaspé y firme arquitectura,  
De oro y verde nielado el blanco techo,  
Que las estrellas busca con su altura;  
Y entre reales de estuco trecho á trecho  
Primores de pincel y de escultura,  
Y en rasguños, bosquejos y perfiles,  
Escorizadas sin luz sombras sutiles.

Bernardo que domando un fiero toro  
Se vió en los lances de su águila cuerno,  
Y libre ahora en el regazo de oro  
De una tierna beldad de un mirar tierno  
Admirado de hallar gusto y tesoro,  
Donde encontrar pensó pena é infierno,  
Así con suspensión y regocijo,  
Alegre vuelto á la doncella dijo:

«Grandes son los milagros desta casa,  
Grande el saber que los trazó, y los hizo,  
Sus techos de oro, su encendida masa,  
Su horrible sombra, su áspero granizo;  
Mas lo que á todo junto escede y pasa,  
Y la primera admiración deshizo,  
Es el placer y gusto que retoza  
Por esta alegre cuadra, y quien la goza.

Y tú, bullo gentil, luz peregrina,  
O seas diosa inmortal, ó sombra humana,  
Si huele á humano cosa tan divina,  
Si es de la tierra luz tan soberana,  
Ora de honor mortal, ó de inmortal dina,  
De eterna vida, ó de caduca y vana,  
Dime ¿á cuál dios le debo deste templo  
El bien que gozo en él, y en tí contemplo?

¿Qué deidad rige, qué virtud alumbra  
Estas cuevas y sótanos del mundo,  
Cuando les falta el oro que relumbra  
Siempre en tus sienas, y ahora en tu profundo?  
Tu bello rostro, que al del sol deslumbra,  
Y de valor le da el lugar segundo,  
¿De qué esmero de gloria, de qué cielo  
Amor le hizo para bien del suelo?»

Dijo el leonés, y la beldad gallarda  
Compró unos nuevos bellos arboles,  
Que el tenor le labró, que le acobarda,  
En ambas las mejillas sendos soles:  
Al fin con voz medrosa, y lengua tarda,  
Haciendo el rostro varios tornasoles,  
«Toda, dijo, señor, esta armonía  
Es solo un medio á la ganancia mia.

Hércules hizo esta espantosa cueva,  
Y en ella enterró vivo un agorero,  
Al sabio Clemesi, que en luna nueva  
Via todo junto el mundo venidero:  
Cuyas cenizas por bastante prueba  
Esta urna guarda de bruido acero,  
Y parte de su espíritu esta sala,  
En lo que al tiempo por venir señala.

Era en los Carpios de Africa nacido,

Y del antiguo origen de su tierra,  
Por mayor gloria el suyo dió añadido  
A esta que ahora su sepulcro encierra:  
De aquí el Carpio nació, cuyo apellido  
Si el gran saber de Clemesi no yerrara  
Será por las hazañas de tu mano.

Mayor que el Uicene y Africano,  
Prendióle Alcides, y enteróle vivo,  
Porque en supersticiosa hipocresía  
O con alma envidiosa, ó pecho altivo,  
Estorbar sus grandezas pretendía,  
Y como al claro Betis fugitivo  
A Sevilla usurpó, también quería  
A Tormes impedir con sus conjuros su curso.

De Salamanca los insignes muros  
Llegando Hércules libó á las riberas  
Del fresco Betis, que en templado cielo,  
Entre las flores dair fuentes palabras  
Blando ruido y cristal al fértil suelo,  
Fundar quiso á las gentes venideras  
Ciudad que fuese á su valor modelo,  
Cuando el astuto y envidioso mago

Con un conjuro lo estorbó aciago,  
Pasó el hijo de Osiris helicoso  
Su reino á Italia; Hispal entretanto  
Con el paterno brio al pueblo honroso  
Felices muros dió, y principio santo:  
Volvió de Tuscia el capitán famoso,  
Y del frío Tormes en el rico manto  
Otro pueblo trazó, y el sabio en vano

Quiso segunda vez irle á la mano.  
Sabía por su astronómica experiencia  
Destos dos sitios en el mundo raros,  
Que de aquel en aumentos de excelencia,  
Y Graudeza, magestad, y hechos preclaros,  
Y deste en letras, santidad, y ciencia,  
Al mundo con la luz de ingenios claros  
Nacerian mas Hércules y Apolos,

Que al cielo estrellas sobre entrambos polos.  
Y envidioso que Alcides de su mano  
En la tierra dejase tal memoria,  
La primer poblacion le estorbó ufano,  
Y á Hispal pasó de tanto honor la gloria:  
Mas porque pretendió tambien en vano  
La segunda impedir, es firme historia  
Que aquí le enterró vivo y deste agüero

A Salamanca dió nombre primero.  
Es tradición que en los antiguos años,  
Que á Clemesi esta cueva tuvo preso,  
Sin dar recurso á sus presentes daños,  
Ni destos montes sacudir el peso,  
Puntos en su saber alcanzó estraños,  
Labró esta sala real, y en ella impreso  
De los futuros siglos un discurso,  
Que al mundo iguala en duracion su curso.

De España las grandezas mas notables  
Al venidero siglo y al pasado,  
De gurbios y pinceles admirables  
Es cuanto está en contorno dibujado:  
Sus reyes, sus monarcas, sus afables  
Príncipes, sangre, magestad, estado,  
Graves sucesos, reales sucesiones,  
De ilustres casas, de inclitos varones.

Mas donde el sabio mágico dispuso  
El punto echar, y de su ciencia el resto  
Donde mas fuerza de planetas puso,  
Y el cielo á su intencion halló mas puesto  
Fue en aquel rico espejo, en quien difuso,  
Con mágicos caracteres compuesto,  
A los ojos dejó un discurso entero  
Del mundo que pasó, y del venidero.

Así dijo, y tomando por la mano  
Al regalado jóven se levanta,  
Y al fiel cristal, que del tesoro humano  
La mas antigua muestra y rica planta,



Con él se va, y en modo cortesano,  
«Aquí, dice, señor, se encierra cuanta  
Nobleza y sangre ilustre España encierra,  
Y de la tuya heredarás su tierra.»

Era el valiente artíficeso espejo  
De media globo en proporción ovado,  
De alto diez codos, de cristal parejo,  
En firme y rica tarja relevado,  
Donde el diestro buril del sábio viejo  
Excedió al pensamiento mas delgado,  
Pues siendo de oro y pedrería gran parte,  
A toda la materia vence el arte.

Así en tan nueva perspectiva hecho,  
Que salir de su centro parecía  
Un movable escudron, que trecho á trecho  
Por el lustroso alinde se estendia;  
Y aunque en espacio de compás estrecho,  
Puesto en tales diámetros, que hacia  
En la mas firme vista la figura  
De entera proporcion y hermosura.

Ahora el techo y distancias de la sala  
En tal aspecto y reflexion tuviese,  
Que cuanto en ella por adorno y gala  
El pincel puso en su cristal se viese;  
O el arte allí á lo natural iguala,  
En los cercos su artifice fingiese  
Bullirse tras la clara vidriera  
Encantadas figuras de oro y cera:

En él se vían notables hermosuras,  
Gusto á los ojos, y al sentido espanto,  
Y por su limpio seno las figuras,  
Aunque muertas, moverse por encanto;  
Y en bellos ademanes y posturas  
Dar deleite á la vista, y entre tanto  
Que Bernardo lo goza desde afuera,  
La dama prosiguió desta manera

«Antes de declarar las maravillas  
Que este cristal en su artifice encierra,  
Cual en lengua sutil supo decillas  
El que me trajo á conocer tu tierra,  
Desde las paflagónicas orillas  
Donde nací, y me dió la primer guerra,  
Con mil dudas y asaltos al deseo,  
El gusto de la gloria que poseo:

Contarte quiero el espantoso enredo  
Por donde amor me trajo á conocerte;  
Perdone el pundonor, que ya no puedo  
Mas encubrir el bien que gozo en verte:  
Sabrás, señor, que entre esperanza y miedo,  
La suerte varia de mi buena suerte  
Me tiene aquí esperando tu venida,  
Poco menos que el tercio de mi vida.

Después que en los ejércitos troyanos  
Fue Pilemon con griegas armas muerto,  
Y á Paflagonia llena de tiranos  
Los Henetos dejaron sin concierto;  
Cuando en Italia dieron por sus manos  
A Padua muros, y á Venecia puerto,  
Un hijo que quedó del rey vencido,  
En Asia fue por tal obedecido.

Deste fue nieto Cicio el elocuente,  
Que en el boreal Carambe peñascoso,  
Asombró el mundo, y gobernó la gente,  
Que en torno riega el Hales caudaloso:  
De aquí Acrisio nació, de aquí Valente,  
Y Cenon deste tronco generoso  
Fue emperador de Grecia, y deudo suyo  
Orontes, que es mi tío, y ayo tuyo.

Sobre las playas que en el Ponto Euxino  
Atruenan el sonoro Termidonte,  
Y con ruido y curso cristalino  
A Farnacia hace muro y horizonte,  
De mi padre fue el reino mas vecino,  
A quien su infiel hermano Anímedonte  
Mató á traicion, y con injusta guerra

Por rey se alzó de la usurpada tierra.

Quedé yo sola y niña al riesgo puesta  
De la violenta espada del tirano,  
De donde me libró, y me puso en esta  
Gruta, de Orontes la prudente mano,  
Con firmes esperanzas, que dispuesta  
Mi causa por el cielo soberano,  
Libradas me traiera el bien de verte  
Ricas mejoras de ventura y suerte.

A este fin me ha traído aquí escondida,  
Y en muchas veces que de tí me hablaba,  
De tu valor, tu sangre, y tu venida,  
El gusto con sus cuentos me endulzaba:  
De tu real sucesion la no vencida,  
Grandeza y real progenie me contaba,  
Los héroes que de aquella imagen tuya  
Al mundo han de salir por gloria suya.

Mas aunque deste espejo soy maestra  
Por lo mucho que en él me habló mi tío,  
Aquel nuevo escudron que allí se muestra  
Nacer de ambos retratos tuyo y mio,  
Y ocupada de cetro real la diestra,  
Es traslado aquel jóven de tu brio,  
No sé, aunque lo sospecho, cuyo sea  
Hasta que mas probables causas vea.

De estotra sucesion de sangre ilustre  
Que trae de tantos reyes su corriente,  
Y de tu pecho hereda un nuevo lustre  
Como del claro sol el fresco Oriente,  
Que sin que le carezca ni deslustre  
La pollilla del tiempo esa creciente,  
Por mil siglos dará su heroica rama  
Príncipes dignos de gloriosa fama:

De esta si te diré lo que aprendido  
Me dió el deleite de prolijos años;  
Oye, leonés, el cuento nunca oído,  
Y los sucesos en grandeza estraños,  
De los que el español reino perdido  
Librarán de mil riesgos y mil daños,  
Y con prudencia y fortaleza entera  
A su opinion le volverán primera.

Aquí verás, y no de industria mia  
Fingida historia, mas del justo cielo  
Ricos favores que á tu España envia  
Que á sus castigos sirvan de consuelo,  
Que aunque hoy está cual ves su monarquía,  
Tiempo vendrá que de su santo celo  
Gobierno y leyes tomen en una hora  
Los que el ocaso habitan y la aurora.

Aquella gran princesa de Colonia  
Que hace á tu imagen dulce acogimiento,  
Cuya caricia y tierna ceremonia  
A ti causa placer, y á mi tormento,  
Rayo es de aquel valor que en Macedonia  
A Julio César puso atrevimiento,  
De acometer con pecho furibundo  
La empresa que le dió señor del mundo.

Yo digo de aquel ínclito Crastino  
De Viriato ilustre descendiente,  
Por quien tambien después lo fue Turino,  
En lengua y manos bravo y elocuente;  
Este en el fiel ejército agripino  
Por hijo tuvo un capitán valiente,  
Que á Colonia le dió campos seguros  
Y sobre el reino levantó sus muros.

Destos príncipes fue Astiran caudillo  
Que á los Elverios trajo arrinconados,  
Y el que á los Hunos defendió el castillo  
De rota puerta y muros arruinados;  
Y el valiente Alencastro, que un portillo  
Libre solo guardó á tres mil soldados,  
Y su valor y nombre dió en Herencia  
A esta insigne é ilustre descendencia.

Deste gran duque es digna sucesora  
La que haré alegres tus felices años,

Después que la francesa y gente mora  
De esa espada á tus piés llóre sus daños:  
Cuando tu ingrata patria burladora  
A tu padre te niegue, y los extraños  
Te ofrezcan cetro de oro, y real corona,  
Llamados del valor de tu persona.

Entonces ya cansada de mudanzas,  
Y de trazarte agravios y deslenes,  
Trocando la fortuna las balanzas,  
Con este bien te colmará de bienes;  
Y en legítima union, si á verlo alcanzas,  
Un dulce nieto te dará en rehenes.  
Que á Asturias volverá en casa ilustre,  
Dando á Flandes envidia, á España lustre.

Aquel blanco alemán, que resplandece  
Cual nuevo Marte en las moriscas lides,  
En quien tu sangre y tu valor florece,  
Con los roeles del gentil Persides,  
Si ya no es sueño cuanto aquí parece,  
Tu nieto espera ser Niño Belchides,  
Y esta su esposa, hija del que apenas  
A Burgos reformó, y visitó de almeas.

Vesle allí en Peñalonga disfrazado  
Con bordon y esclavina de romero,  
Que á visitar de Cristo el primo amado  
Bajó á Galicia, y quiso ver primero  
El claustro, en que estará depositado  
Tu cuerpo real al siglo venidero,  
Dando de una alta fe y nobleza indicios  
Su católico voto y sacrificios.

Aquel que allí le espera, para dalle  
Su condado y su hija en casamiento,  
Y con nudo legítimo obligalle  
Que haga en su primera patria asiento,  
Es don Diego Porcelos, que en su talle,  
En su eleccion, y grave entendimiento,  
Representa un monarca, y en Castilla  
El supremo gobierno, y primer silla.

Estos dos, que en braveza y hermosura  
A la española vencen y alemana,  
En quien tu sangre gótica mas pura  
Corre, que en el Oriente la mañana,  
Dos nietos suyos són, Nuño Rasura,  
Juez de la real grandeza castellana,  
Del conde Hernan Gonzalez digno abuelo,  
Luz de Castilla, y norte de su cielo.

Otro es Bustos Gonzalez, padre ilustre,  
De aquel que lo será de siete infantes,  
Que á la sangre de Lara han de dar lustre,  
Y la suya á mil riesgos importantes;  
Y sin que envidia y muerte les deslustre,  
Esta masa de estrellas radiantes  
Héroes serán, cuya gallarda saña  
Miedo á Libia dará, y honor á España.

Mas ¿qué valor habrá en su monarquía,  
Que del suyo no tome su creciente?  
¿Qué armas, qué antigüedad, qué hidalguía,  
¿Qué casa, qué solar, qué honor, qué gente?  
Querer contar su número, sería  
Medir á puños de agua la corriente  
De Tormes, de ambos polos las estrellas,  
Y los gustos que amor contempla en ellas.

Que todo aquel vellón, neblina ó velo  
De sombras y de luces marañado,  
Como en el lácteo círculo del cielo  
Los globos de oro, de que está amasado,  
Serán estrellas del íbero suelo,  
Si el tiempo les da luz, y vuela el hado;  
¿Quién bastará á contar su muchedumbre,  
De aspectos, rayos, cursos, lustre y lumbré?

Solo hasta aquel mancebo generoso,  
Que un Júpiter parece entre sus dioses,  
Cuyo ademan gallardo, y brio airoso,  
Temo que á remedar apenas oses;  
Aquel que en freno de oro poderoso

Un mundo alable hará, y que tú reboses,  
En virtud de ser él tu descendiente,  
Por las bocas y lenguas de la gente.

Hasta él, y su retrato, donde el arte  
Lo vivo escude en magestad y gloria,  
En mi discurso irá, por no cansarte,  
De tu real sucesion la grave historia;  
Donde podreis oir, y yo contarte,  
Del mundo lo mas digno de memoria,  
De la fama un crisol, de España un muro,  
Y de tu sangre el rosicler mas puro.

No pasaré de allí, porque en los años  
Que la luz de este sol naciere al mundo,  
Desagraviada España de sus daños,  
Ya el siglo de oro gozará segundo;  
Y arrojando de sí yugos extraños,  
Desde el francés distrito al mas profundo  
Volverá á su primera monarquía:

Oye pues lo que Orontes me decía.  
Aquel que niño entre los niños nobles,  
Cual perla va entre aljófares menudos,  
De cuya fama los acentos dobles  
Oirán los sordos, y hablarán los mudos;  
El que á Junquera de los duros robles  
Por trofeos colgará nuevos escudos,  
Y á España dará un brazo, que en el mundo,  
Ni en valor tiene, ni tendrá segundo;

Es Don Gonzalo, hijo de Rasura,  
Y del el conde Hernan Gonzalez hijo:  
Y aquella alegre tierna hermosura,  
De la alma y de los ojos regocijo,  
Su hermana y tia, de los dos hechura,  
De un cielo sabio, permanente y fijo;  
Esposa de Lain Calvo, y primer fuente  
De reyes sabios, y de un Cid valiente.

Hijo suyo será el que allí parece,  
Poblando á Peñalí, y haciendo ufano  
El venturoso siglo, en que florece  
Brazo tan uoble, pecho tan cristiano:  
Y este que ahora entre las armas crece,  
Y con su orgullo menguará el pagano,  
Biznieto vendrá á ser del rey Bermudo,  
De Africa espada, y de Castilla escudo.

El que de Castro Anzures, y de Osorio,  
Las reales sangres juntará en un peso,  
Es fruto del dichoso desposorio  
De Ruy Fernandez, y el de tanto seso,  
Que el valor será á España mas notorio  
Que en aquel siglo gozará, y tras eso  
Ayo de un rey, y defensor sin miedo  
De los muros y alcázar de Toledo.

Casará con la bella Estefanía,  
De sus dos reyes valerosa hermana,  
Cuya fértil y alegre compañía  
Rica su casa volverá y ufana:  
Será en braveza invicto, en cortesía,  
De afable conciliacion, sincera y llana,  
Sin doblez, sin cautela ni maraña,  
Que un español, si es noble, nunca engaña.

Dará hecha esta verdad su pecho ufano,  
Cuando en Garcí Navarro la fortuna  
En otra ambicion haga un golpe vano.  
Y otro el saber y fortaleza á una;  
Y cuando en lubrical su trato llano  
Cautela vuelva el no tener ninguna,  
Perdiendo por su leal trato sincero  
De un conde la prision, y un caballero.

A este el valor, esfuerso y gentileza  
Hereditará don Pedro el Castellano,  
Que en Jerez, de los hombros la cabeza  
Le quitará á un rey moro, de su mano;  
Y contra todo el brio y la braveza  
Del pundonor leonés, y el asturiano,  
Hará unos baños, y temblar en ellos  
Quien se atreviere sin su gusto á vellos.



Deste será hijo el valeroso infante  
Alvar Perez de Castro, cuyo lustre  
Segunda vez hará que al mundo espante  
De Sandoval en él la sangre ilustre:  
Valiente Adelantado, que delante  
Del suyo no hay valor que no deslustre,  
Pues contra todo el campo de Castilla  
De sirgo hará murallas á una villa.

Ha de ser de la bella Irene esposo,  
Que á Martos librará de un campo armado,  
Y él de Jerez al trance peligroso,  
De todos el valor más declarado,  
Formará de Machuca el nombre honroso,  
Y á su nobleza un hijo señalado,  
A quien un sabio rey su estado entregue,  
Antes que á edad madura y sazón llegue.

A dejar de dolor el mundo lleno,  
Con su temprana muerte, tendrá vida  
Don Pedro, que, cual flor en valle ameno,  
Su juventud se pasará florida:  
Cuya falta guiará el curso sereno  
Esta real descendencia esclarecida  
A don Fernán Ruiz, segundo hermano  
Del príncipe don Pedro el Castellano.

Sobrino suyo; hijo del que digo,  
Don Gutierrez será el descalabrado,  
Que á Torono del bando su enemigo  
Recobrará con parte de su estado:  
Y el rey por deudo, ó por afable amigo,  
O porque al tronco vuelva tu condado,  
Con el aplauso general de España  
En nuevo feudo le dará á Saldaña.

Seguirle ha don Fernando, que en Galicia  
Cobrará de su antiguo patrimonio  
A Sarria y Lemos, siéndonle propicia  
La bella Emilia en dulce desposorio:  
Después que muestre en la áspera milicia  
De Africa con bastante testimonio,  
Que él de trofeos la ha de hacer mas llena,  
Que el aire y sol de palmas y de arena.

Deste brio, y la sangre de Mendoza,  
Nacerá un don Esteban, para estrago  
Del bárbaro feroz, que ahora goza  
De España el reino, y de fortuna el pago:  
Y si este siglo de bro se remoja,  
Pertigero mayor de Santiago,  
Y adelantado se verá en Galicia,  
Yerno de un rey, y rey de la milicia.

El que de una bellísima Violante,  
Del rey don Sancho el Bravo hija amada,  
Allí es esposo noble y tierno amante,  
Y en paredes la mas temida espada,  
Es don Fernando; y el que al ir delante  
En esfuerzo y braveza no igualada  
Queda único, don Pedro de la guerra,  
Marte español, si Marte hay en la tierra.

Tendrá dos hijas reinas valerosas,  
Una de Portugal, y otra en Castilla,  
Y él por su brazo y fuerzas poderosas  
En Lerma y Peñafiel la primer silla:  
Darán en Tarifa heridas espantosas,  
En Badajoz asombro y maravilla,  
Mas es mortal, y aunque su nombre admira,  
Al fin vendrá á morir en Aljecira.

Ya deste origen tomarán corriente  
De Arroyo los dos condes lusitanos,  
Aqui los del Villar su noble fuente  
Llena de sangre real verán ufanos:  
Y aun deste mismo tronco, y su creciente,  
Arboles nacerán tan soberanos,  
Que el mundo dellos cueleque, y de su hebilla  
La real corona y cetro de Castilla.

- Deste don Pedro es hijo aquel Fernando,  
De dos reyes cuñado, y de otro yerno,  
Que su lealtad primera sustentando,

En Anglia heredará renombre eterno:  
La que el mundo tras él está admirando  
Con su brio gallardo y mirar tierno,  
Su bella hija Isabel, y aquel su esposo  
Gran conde, y condestable poderoso.

El que allí duque espera ser de Arjona,  
Y en Peñafiel tener prision y entierro,  
Cuando de luto cubra su persona  
El mismo rey que le prendió por verro:  
Hijo de los dos es, y esta matrona  
(Si de Orontes los cómputos no verro)  
Doña Beatriz, que en dulce desposorio  
Dará su sangre real á la de Osorio.

El que allí de ambas por igual florece,  
Y en la santa conquista de Granada  
Entre grabado acero resplandece  
De sangre llena su invencible espada,  
Es don Rodrigo, y la que del parece  
Que el brio toma y magestad prestada  
La segunda Beatriz de Osorio y Castro,  
Digna de mil estatuas de alabastro.

Aquel real Lusitano es su marido  
Y la beldad que su sitio rodea  
Doce príncipes, fruto enriquecido  
De cuanta humana gloria se desea:  
Dejo el primero, que será escogido  
Para que toda junta suya sea,  
Dos prelados de Cuenca y de Sevilla,  
Gloria de Portugal, luz de Castilla.

Aquel comendador mayor de Cristo,  
Que aun desde ahora alegra su esperanza  
Las dos bellas duquesas que ya has visto  
Allá en Veragua, aquella está en Braganza:  
De cuyo cetro el mando mero misto  
Hasta los mundos por venir alcanza  
Una y otra condesa hermosa y sábia,  
Esta en Chancel, aquella en Ribadavia.

¿Quién bastará á decirte las grandezas  
Que el sabio destos príncipes contaba?  
Los triunfos, las victorias, las proezas,  
Con que me entretenía y asombraba:  
Títulos, nombres, señorios, riquezas,  
Que este tiempo á su casa amontonaba?  
Será ponerme yo á tratarte dellas,  
Contar arena al mar, al cielo estrellas.

Basta en suma decirte, que el que aumenta  
Con el de Andrade su famoso estado,  
Y un gran marqués de Sarria representa  
De un invencible emperador al lado,  
Es don Fernán Ruiz, que en esta cuenta  
Bisabuelo es del rayo señalado,  
Que allí nos da con su retrato solo  
Mas firme luz que en su carrera Apolo.

Hijo suyo será el que en gloria nueva  
A los timbres añade de su casa  
La ilustre sangre de la antigua cueva,  
Que en profundo valor se abrió sin tasa:  
De quien saldrá el que en Nápoles de prueba  
De la prudencia con que á Nestor pasa,  
Y á Ulises deja atrás en su gobierno,  
Y al fiel Acates en piadoso y tierno.

Si á esta real masa soberana junta,  
De limpia sangre y rosicler de gloria,  
El rico Sandoval la suya ayunta,  
De imperio digna, y de inmortal memoria,  
La luz vendrá á nacer, á quien apunta  
Lo mas florido de una heroica historia:  
Que el mundo espera, á quien el nombre suyo  
Famoso el infio hará, y eterno el tuyo.

¡Oh heroico pecho! en cuyo real semblante  
No un mundo, mas un cielo resplandece,  
Con mas glorias que estrellas carga Atlante,  
Cuando á su vista el sol desaparece:  
De presa el hado á un bien tan importante,  
Y el reino que en el rico abril florece,

De tu valor, sin que jamás fallezca,  
Cual tú en virtud, así en tus honras crezca.  
¿Quién como tú á los mundos donde sueñas?  
Saldrá príncipe y sabio todo junto,  
Cuando tu real palacio ser de Atenas  
Podrá en graves filósofos trasunto?  
Dándole tú, cual nuevo Augusto, llenas  
De honra las letras, y al difícil punto  
De la virtud con tus heroicos pasos  
Subida fácil, y caminos rasos.

Ya veo colgar de tu ánimo prudente  
Del occidental orbe el noble peso,  
Y en tu grave modestia, y sangre ardiente  
De Marte el brio, y de Minerva el seso:  
De tu espíritu altivo y elocuente  
En todas facultades el exceso,  
Con que así en las materias te adelantas,  
Que al sabio admiras, y al soberbio espantas.

Los otros dos que á la una y otra mano  
Su gala dejan de grandezas llena,  
Y en lo mejor de un mundo cortesano  
La suya en agradable aplauso suena;  
El uno ha de ser duque Taurisano,  
Honor del lacio campo, en que resuena  
Con mil dones de su ánimo excelente,  
Amor y asombro á la toscana gente.

Del tierno bozo el grave lustre apenas  
A su rostro dará sombra y decoro,  
Cuando de la una de las tres serenas  
El reino enfrenará con riendas de oro,  
Y de sus reales obras nubes llenas  
De honor enlucará el clarín sonoro  
De la parlar fama, cuyas voces  
Tu alegre tiempo eternos siglos goces.

Reducirá con su prudencia sola  
A Roma un voveciano arrojamiento,  
Cuando en riesgo mayor entre ola y ola  
Amenazar parezca un fin violento.  
¡Oh! á la tusca nación, gloria española!  
¿Quién pudiera el preñado pensamiento  
De tus grandezas darle al mundo entero,  
Con la pluma en que vencies la de Homero!

El otro que ya allí en ginete ardiente  
Un español Narciso representa,  
Gallardo, brioso, galán, sabio y prudente,  
Que ánimo y brío á quien le mira alienta,  
Del rico Gelves esconde valiente,  
Y la suma feliz desta real cuenta,  
Y todos gloria del iberio suelo,  
Rayos de un claro sol, soles de un cielo.

Y allí los tres ardiendo en llamas de oro  
A vista veo del español monarca,  
Mas floridos que el mes que alumbra el Toró  
Hacer todos los gustos de su marca;  
Donde también la mina del tesoro,  
Que tal le dará al mundo, alegre enarcea  
Los graves ojos, para entrar por ellos  
Segunda vez al alnia hijos tan bellos.

Será sabia Minerva del ocaso  
Del real palacio el peso que mas pesa,  
Mas ya es tiempo que pase, aunque de paso,  
A decirte algo desta real princesa,  
Desta nueva deidad, que en cielo raso  
Da gloria á quien la mira, y deja impresa  
En el alma una fe y amor, que inclina  
Y fuerza á darle honor y honra divina.

Querida prenda del valor que ahora  
Ves, que en su fama ha de aclarar la tuya;  
Mas tan gran magestad, tan gran señora,  
¿De quién pudiera ser, sino era suya?  
Ser la mayor beldad que España adora,  
La que mas gracias y primor incluya,  
De sangre real del mundo celebrada,  
De un gran duque de Lerma hija amada.

Todo es humilde nombre á su grandeza,

Y la mayor de todas ser esposa  
Del alto y poderoso emperador  
Deste asombro del tiempo, en cuya alteza  
La suya halló la esfera en que reposa:  
El mundo ofrezca, oh norte de belleza,  
Corona eterna á tu cabeza hermosa,  
La Arabia incienso, oro el indio adusto,  
Los años vida y fama, el cielo gusto.

Siete siglos y medio está distante  
Este sol de tu vista y de su Oriente,  
Ciento y cincuenta lustros adelante,  
Vestirá de arreboles el Poniente,  
Y su grave prudencia firme Atlante  
Será de una encubierta y nueva gente,  
Que allá en la otra región del mundo mora,  
Y nuestra noche tiene por aurora.

Ayudadme, oh bellísimos retratos,  
Que en gurbias de oro por encanto hechos,  
Prestais vuestras estatuas para ornatos  
Del vario jaspé deste muro y techos:  
Celebremos con fiestas y aparatos  
Ya dignos destos dos heroicos pechos,  
El bien que en su venida se atesora,  
Y en su esperanza alegría desde ahora.

Dijo la sabia, y en rumor sonoro  
Que al alma sus oficios suspendia,  
Con graves arpas cien estatuas de oro  
La gloria celebraron de aquel día:  
Quedó absorto Bernardo, ardió el tesoro  
Del real palacio en fuegos de alegría,  
El castillo tembló, y del nuevo espanto  
El mundo al rico peso hizo otro tanto.

Mas luego que en la grave pesadumbre  
Que al corvo monte la ancha espalda oprime,  
El resonar del oro en la techumbre  
Y el nuevo asombro con que el bosque gime,  
Sosegándose fue, y la clara humbre  
Que en rayos de oro por el aire esgrime,  
Ya el vivo resplandor volvió á su seno,  
Y dejó el alir en su quietud sereno.

En el uso perfecto del sentido,  
De su resplandeciente arnés armado,  
El valeroso godo reducido  
Fuera se halló del término encantado:  
Donde en el mago espejo entretenido  
La corriente feliz contempla al bado,  
Y el prevenido vió fruto fecundo,  
Que de su sangre real espera el mundo.

Huyóse de la máquina presente  
El mágico furor desvanecido,  
Y el rico alcázar pareció patente,  
De fuerte muro natural ceñido,  
De arquitectura y fábrica excelente,  
No con perfumes bárbaros lingido,  
Mas en mármol y bronce, el jaspé y oro  
De firme magestad hacen tesoro.

Por altos patios, y anchos corredores  
Confusa tropa vió de armada gente,  
Que con ilustres títulos y honores  
Honrando vienen su ánimo valiente,  
Tras la anciana vejez, y años mayores  
Del grave Orontes, que en saber prudente,  
Y en vida allí contemplativa vive,  
Y con alegres brazos le recibe.

Tres centurias de ilustres caballeros  
Con este ardid juntó el cuidadoso anciano,  
En sangre godos, en las armas fieros,  
Deudos los mas del jóven asturiano,  
Lanzando otros cualquiera aventureros,  
Que á probar iban el castillo en vano,  
La blanda llama entre su humo extraño  
Sin mas riesgo que el miedo del engaño.

Estos con ricas armas en tesoro  
De fina pedrería y luz sembradas,  
Y espumantes frisiones de sonoro  
Nevado freno, y cines alheñadas,

Hiriendo al viento los jaces de oro,  
Y al timble en presunción plumas doradas,  
Yalzando estrellas por los aires mudos  
El vivo centellar de los escudos.

Alegre hacen y noble compañía  
Al bello jóven, y al prudente mago,  
Que de Leon á la corte partió un día,  
De cuantos pudo el menos aciago,  
A ver su casto río, y si podría  
De su nueva presencia el tierno alhago  
Ser á sus presos padres de provecho,  
Y del rey ablandar el duro pecho.

No sé cual riguroso signo veda  
Causa tan justa, que ninguna ahora  
Hallo, que sin notorio agravio pueda  
Ser desta ingrata injusticia autor;  
Mas á un gran vuelo que por dar me queda  
Al reino voy donde la noche mora,  
A buscar los amigos de Morgante,  
Que en la gruta dejó de un nigromante.

De Tlascalán en la profunda cueva,  
Al confuso rumor de la montaña,  
Absortos los tragó por senda nueva  
Del pozo ardiente la abertura extraña;  
Dando de allí con ellos donde lleva  
Sus corrientes la muerte, y donde baña  
Con sus torcidas ondas Flegetonte  
Las carcomidas grutas de Aqueronte!

Mas luego que por quiebras infernales  
La tierra vomitó los tres guerreros,  
Sobre los africanos arenales,  
Como en sus mas pacíficos linderos:  
Malgesi, que al hallarse en los umbrales  
De su patria cobró nuevos aceros,  
Al vivo gusto de tomar venganza  
En el contrario bando de Maganza,

Con dos humosos cercos, y un conjuro,  
A Reinaldos llevó en su frágil leño  
Al real de Francia en el silencio obscuro  
De la fria madre del templado sueño:  
Dejando al campo alarbe mal seguro  
Los otros dos, que en su bajel pequeño  
Del ancho mundo vieron los puntales,  
Y las playas cruzaron infernales.

Halláronse en un bosque á la marina  
Orimandro y Morgante una mañana,  
Donde la corva playa cristalina  
Huye de la mayor sirte africana;  
Y en la costa del mar circunvecina  
En un roto batel tropa liviana  
De descompuesto vulgo, que á porfía  
En confuso monton se combatía.

Mas la Angélica reina de la aurora  
El curso vuelve de mi pluma vario,  
Que al mar de Alcina en una fusta mora  
Con otras la robó un cruel corsario  
A vista de Orimandro, que la adora,  
Y el turbio mar se la escondió voltario  
Al punto que su luz cerraba el día,  
Y al presto bergantin otro embestia.

Eran todos corsarios, que al pillaje  
En corso el mar desvuelven cristalino,  
Y allí el bárbaro fin de su viaje  
El cerúleo color volvió sanguino;  
Y fue el firme pelear con tal coraje,  
Que cuando la vecina aurora vino,  
Mostró que del rigor de la batalla  
Nadie vivo sobró para gozalla.

Solo quedó un, mancebo mal herido,  
De alegre rostro, y grave gallardía,  
Y un morábito viejo mal nacido,  
De larga barba y flaca hipocresía,  
Que de cobarde habiéndose escondido  
Mientras el pelear duró, fingía  
A Mahoma enviar vanos mensajes

En ridículos gestos y visajes.

Este hallándose solo, y victorioso,  
Y ambos bajeles á su riesgo y cuenta,  
Viejo atrevido, hipócrita engañoso,  
De astucias lleno, y de colicia hambrienta,  
Saltó al contrario baren, aunque medroso,  
Y halló á Angélica en él, que se lamenta,  
En compañía de otras dos doncellas,  
Como en la de la luna las estrellas.

Lloraban el rigor, la desventura,  
Del cruel estrago, y general destroz,  
Que esta vez la fortuna mal segura  
La victoria dejó vacía de gozoz;  
Y de las tres la de mayor ternura  
Su faldá daba al desangrado mozo,  
Enviando de los ojos á la herida  
Lágrimas, que eran bálsamo á su vida.

Era la dama Arminda, hija de Janto,  
Príncipe de Corfú, y nieto de Alcina,  
Y el mancebo archiduque de Lepanto,  
Isla del mismo mar circunvecina:  
Criáronse los dos en dulce encanto  
En la cretense corte su vecina,  
Donde el trato, la edad, y el ejercicio  
En producir amor hizo su oficio.

Sacó la hada del cretense infierno  
La amada nieta, prenda de alegría,  
Dejando dentro del su amante tierno  
Y á ella fuera del cielo en que vivía:  
Y ambos en soledad y llanto eterno,  
Hasta que amor dió trazo como un día  
Leoncio robase del jardín de Alcina  
Su dulce joya de beldad divina.

Tuvo dichosamente conseguido  
El amante su fin, su amada bella  
Del tierno amor el premio merecido,  
Y él á las dos robó que halló con ella:  
Mas la que dar no supo bien cumplido  
Retrógrada infeliz volvió su estrella,  
Y el gusto que en su alma amanece,  
Antes se le murió, que viese el día.

El morábito viejo cateloso,  
Que en la fusta saltó, viendo de Arminda  
En el regazo el jóven valeroso,  
Que ya sin habla con la muerte alinda,  
Temió aun así mortal su aire brioso,  
Y que si vivo escapa, se le rinda  
La una y otra fortuna y sea de modo,  
Que el solo quede vencedor de todo.

Y así sobre el furioso se abalanza  
(¡Estraña crueldad!) ¡oh Arminda bella!  
¡Qué golpe tan cruel á la esperanza  
Que cuega el hilo de tu vida en ella!  
El limpio boj de la cobarde lanza,  
De quien nadie jamás formó querella,  
De solas tus desdichas ayudado  
Dar pudo fin á lo que habia empezado.

Y del flaco vivir el tibio aliento,  
Que ya se esfuerza, y prestó se mitiga,  
Entre el brazo amoroso, y el violento,  
Y la agradable mano, y la enemiga,  
Cual tierna exalación la bebió el viento  
En el regazo de su amada amiga,  
Sabrosa cana, y temeroso lecho,  
A tan suave amor y horrible hecho.

Quedó, mas que su amigo, Arminda muerta,  
Y en un punto furiosa acelerada,  
La llama del amor antes cubierta  
Por los ojos brótó la alma agraviada:  
Y cual parda cerasta, antes cubierta,  
Del basto pié del labrador pisada,  
Salta, y con lengua de ponzoña muda  
Por la garganta en rosas se le anuda:

Así la dama herida en lo mas tierno,  
Contra el cobarde bárbaro enemigo

Furiosa arremetió, vuelto en infierno  
El rostro que era gloria de su amigo;  
Y no en abrazo regalado y tierno,  
Mas en horribles nidos de castigo,  
Los antes tiernos brazos, de ira llena  
Por el infame cuello le encañena.

Dió con el débil descarnado moro  
Sobre el duro combés la tierna dama,  
Y á bocados, perdido ya el decoro,  
Vengar quiere á su amante, y á su fama:  
Las otras solas dos, que en tierno lloro  
De la tragedia cruel crecen la trama,  
Que en el auto presente solos cuatro  
Los personajes hacen, y el teatro.

Viendo el triste suceso, y brio furioso,  
Del nuevo nudo, y peligrosa liga,  
Con pecho mas que de mujer brioso  
A la venganza acuden de su amiga:  
Y las tres al morabito medroso,  
En brega desigual, lucha enemiga,  
Mientras una le tiene, otras le ayudan,  
Y en firmes lazos de rigor le anudan.

Creció la rabia, y de las blancas tocas  
Duras esposas y cadenas hechas,  
Entre firmes lazadas, y no pocas,  
Las mal regidas manos tiene estrechas:  
Hállanse en la ocasión, y en furia locas,  
Ciegas en ira y en dolor deshechas,  
Quieren con su crueldad al enemigo  
Mostrar que es de mujeres el castigo.

Y así ligado en la sangrienta plaza  
Del destrozado barco, al liero intento  
Sus mujeres armas desembrazan  
La de mas reportado sufrimiento:  
De sutiles agujas nueva traza,  
Nunca antes vista al mundo de tormento,  
Sacaron, y en venganza á sus antojos  
Con ellas al morabito los ojos.

Y por las mas cerradas covachinas,  
Y partes mas sensibles de la vida,  
Del acero sutil las puntas duras  
Al alma le entran sin darle herida:  
Y en los nervios y blandas ligaduras  
Anatomía hacen no aprendida,  
Que solo pudo hallar igual tormento  
De ofendida mujer el pensamiento.

Así del tierno hijo en la desgracia  
Hécuba con su pueblo advenedizo,  
Sobre el avaro monstruo rey de Tracia  
Otro castigo semejante hizo:  
De las nuestras la loca pertinacia  
Al moro miembro á miembro le desbizo,  
Mudándole el tormento en mil maneras,  
Que la mujer cruel, eslo de véras penas.

Dos días que el mar con su bramir sonó  
Tardó en sacar á la africana arena  
El triste barco, al desmembrado moro  
La vida le duró, el tormento y pena  
Y de las tres el importuno lloro:  
Y al tercer día, que con luz serena  
Alumbra el mundo, y descubrió la costa,  
Que de las sirtes es canal angosta,

A bordo vieron del bajel perdido  
Otro, que aunque á la playa huyendo viene,  
Hallando aquel en calma detenido,  
Que ni trae velas, ni gobierno tiene;  
Por llevarle de encuentro divertido  
En su huir medroso se detiene,  
Saltando dentro en brio denodado  
Por nuevo asombro un caballero armado.

De Trípol para Tunéz descendia  
Del fiero rey Gebel huyendo en vano  
Con la bella Axa, que robado había  
Ardiendo en sus amores Artabano:  
Y ella, que en torpe amor tambien se ardía,

Al robo la ocasion le dió en la mano,  
Y el ofendido rey con gente armada  
Tras su honra viene, y su opinion robada.

Era Artabano infiel, de alma inquieta,  
Traidor en trato, en nacimiento obscuro,  
Mollita en Fez, alcaide en la Góleta,  
En fe inconstante, en corazón perjuro;  
Y ahora cual ligerísimo cometa  
En busca va de su enrisecado muro,  
Hecho mas al deleite que al acero,  
Y al sensual amor que al verdadero.

Y encontrando el bajel, que sobrecaguado  
Las olas traen por faltarle gente,  
Dentro saltó, de acero y miedo armado,  
O por la muerte huir, que ve presente,  
O del gusto primero empalagado,  
Y ocasionado de otro mas ardiente,  
Nacida aunque de lejos su centella  
De los rayos de Angélica la bella.

Mas sea con este ó con aquel intento,  
Sin mas curar de la que trae robada,  
Como quien se descansa del tormento  
Con que ya el gusto que alcanzó le enfada,  
Al bergantín se arroja, y dando al viento  
Vela, lealtad, y fe, á la playa amada  
La herrada proa y la esperanza guia  
Con seis de su alévosa compañía.

Mas no pudo el intento comenzado  
Tan á su gusto y salvo efectuarse,  
Que del rey ofendido el bando airado  
No llegase con él á barloarse:  
Quedó rendido y preso el abordado,  
Y la instable fortuna al mejorarse  
Pasó las damas del bajel pequeño  
Cautivas del segundo al tercer dueño.

Y presas ya tres veces, y ninguna  
Con las últimas armas, un sanjaço  
Saltó de Marte á la bordada cuna,  
Mas que á la guerra atento al robo y saco:  
Vió las tres damas, y cautivo de una,  
Que en la region nació que venció Baco,  
Sin buscar otra presa, ciego en vella  
A su esquisie saltó, y se fue con ella.

No dió el segundo ayuda al primer viento,  
Que era un seco Levante el que corría,  
Mas aunque aire contrario al de su intento,  
La proa adonde el que sopla quiere guia:  
Cazóle á popa, y con furor violento  
A la playa le echó, cuando del día  
Por los albores la parlara hermanina  
A entoldallos salia de oro y grana.

A los humildes ranchos de una gente,  
Que de pescar y de robar vivía,  
El barco zaborió en la arena hirviendo,  
Que de las blancas rocas resurtía:  
Acudió al saco un escuadron valiente,  
Que á la mar á pillar, si hay qué, venia,  
Y al frio sanjaço, en su infeliz huida  
La dama le quitaron, y la vida.

Saquean el barco, y en deleite y gozo  
Por su confusa gente el furor arde,  
Matan sin reservar viejo ni mozo,  
Al soldado valiente, y al cobarde;  
Y entre el confuso bárbaro destrozo  
Solo el alegre rostro haciendo alarde  
De Angélica se está libre y segura,  
Que hasta alarbes respeta la hermosura.

Mas ya que al llaco lecho no ha quedado  
Despojo que robar, ni hombre con vida,  
Y en la sangrienta popa el bulto amado  
A ver su rostro y su beldad convida;  
El bárbaro escuadron, ocasionado  
Del robo, la cruel mano homicida  
Vuelta contra su pecho feroz riñe,  
Y en sangre propia el barco ajeno tñe.

Y mientras del marcial furor la prueba  
Teje la ciega lid mas espantosa,  
A un gallardo numida en sangre nueva  
El tierno amor le presta alma briosa:  
Este con dos que en su resguardo lleva  
De Medoro robó la altiva esposa,  
Y con ella á la selva mas vecina  
Cercado de armas y despojos camina.

En igual ademán el campo griego  
Vió á los fieros verdugos entregada  
La bella hija del rey, que el sagaz ruego  
De Ulises dió por victima sagrada,  
Y á la orilla del mar de un monton ciego  
De armas, hacia la selva mas guardada,  
Así la llevarian, como ahora  
Los tres á la oriental emperadora.

Al tiempo que el rey pérsico, y Morgante,  
De Pluton vomitados en la playa,  
Salir la aurora vieron rutilante,  
De aljofar llena su florida sayá:  
Cuya luz les mostró poco distante,  
Del bravo mar sobre la corva raya,  
Los tres, que con la Angélica belleza  
Del bosque iban á entrarse en la maleza.

Fue á la playa el jayan, que son sus gustos  
Traer siempre las armas en las manos,  
Y el persa hácia los tres brazos robustos,  
Que llevar ve su amada presa ufanos:  
Mas cuando en lo mayor de sus disgustos  
Sin pensar vió los ojos soberanos  
Que dan brio á su amor, vida á su fama,  
Y halló tan cerca su perdida dama;

Nunca del codicioso ojos hambrientos  
Al centellar las rubias masas de oro,  
Que el corvo arado en céspedes sedientos  
Al pasar descubrió de un gran tesoro,  
Mas prestos en mirar, ni mas atentos  
Al ruido vuelven del metal sonoro,  
Ni por ellos al alma entró en un punto  
Mayor deleite y sobresalto junto.

Que en el alma del persa la divisa  
De los primeros puso de su dama,  
Si bien la priesa con que va le avisa  
Del conocido riesgo de su fama:  
Y así sin pedir cuenta, ni pesquiza,  
¿De quién, dónde, ó por qué? feroz derrama  
Por la espada sus zelos, y su brazo  
Del tierno cuello rompe el torpe lazo.

No era el bárbaro amante tan sin brio,  
Ni en su alfanje tan muertos los aceros,  
Que no pensase en limpio desafío  
Su opinion defender á diez guerreros:  
Antes al paso con feroz desvío,  
De en medio de sus bravos compañeros,  
Desnudo sale á defender su fama,  
Que es de las dos la mas querida dama.

No le fue al rey tan fácil la victoria  
Con la desnuda gente que acudia,  
Que mientras la ganó perdió su gloria,  
Y el nuevo gusto que hallado habia:  
Ora le fuese oculta, ora notoria  
La espada que por ella combatia,  
Mientras duró el reñir, por mas segura  
Huyendo se escondió en una espesura.

Al antes victorioso rey, venido  
Los rigores dejaron de su estrella,  
Seguro de que ya era conocido,  
Pues tanto huye su enemiga hella:  
Siguiera el rastro, mas el rastro ha sido  
En todo tan sin él, y él tan sin ella,  
Como el que antes soñando halló un tesoro,  
Que al despertar se huyó en la sombra del oro.

El jayan corzo á la contraria parte  
Paz acudió á poner, ó nueva guerra,  
Que como en raso campo un feroz Marte

Con todos en monton confuso cierra;  
Y en tantos golpes su furor reparte,  
Que aquel, á este, y al otro echa por tierra.  
Huyendo los demás, como sin tiento  
De un feroz toro el vulgo alharagüento.

Y juntos los guerreros valerosos  
A pié se entraron por la selva espesa,  
Con pasos y con ojos cuidadosos,  
Aunque á fin vario, y diferente empresa:  
Morgante á sus encuentros belicosos,  
Orimandro buscando á la princesa,  
Sin hallar por los campos en tres días  
Mas que de alarbes pobres rancheros.

Cuando una noche lóbrega sin tino  
El valle que un preñado monte hacia,  
De un apartado fuego del camino,  
Albergue al parecer les ofrecia:  
Siguen la luz, y al pié de un cespicio encino  
Plantado un pabellon vieron que habia,  
Y al grueso hogar una abundante cena  
Vacía de gente y de aparato llena.

Las blancas mesas por las frescas flores  
De pichelos cargadas y de lazas,  
Sobre grasicentas brasas asadores  
Homeando llenos de diversas cazas,  
Seis ginetes caballos corredores  
Paciendo al prado sus peiores plazas,  
Y por principio del convite aciago  
De fresca sangre un espumoso lago.

Tres armados varones recién muertos,  
Las armas y los cuerpos destrozados,  
Unos de heridas sin piedad abiertos,  
Otros á crueles golpes desmembrados;  
Sin hallar de tan varios desconciertos,  
La victoriosa espada, ni sobrados  
Los que al triste marcial campo sangriento,  
Dueños pudiesen ser del vencimiento.

La cena y el combite placentero  
En triste cena trágica mudado:  
Las trastornadas tazas, que el postero  
Licor, aun no han del todo derramado:  
Por las brasas humeando el ciervo entero  
El tierno corderillo medio asado:  
Y del jabali el testuz, la espalda, entera  
Del carnero, y de leche una ternera.

Morgante alegre con la hallada cena,  
Recurso de la hambre que traia,  
Sin aguardar mas huéspedes, condena  
Por plato suyo cuanto en torno habia:  
Séntase á la abundante mesa, llena  
Ya de lo que antes sobre el fuego habia,  
Y sin hacerle salva al compañero  
Por ante se comió un venado entero.

El prudente Orimandro, mas atento  
A lo que falta allí, que á lo que sobra,  
Con alma busca prouida el intento  
De los fieros autores de tal obra:  
Y repartido en mil el pensamiento,  
En ninguno quietud segura cobra,  
Que un triste de continuo tiene el pecho  
Nueva oficina de desgracias hecho.

Parécete que suena en la montaña  
Rumor de gente, salta de la mesa,  
Y el quebrado eco de la voz estraña  
Buscando se entra por la selva espesa,  
Y no mucho en su bosque se enmaraña,  
Cuando oyó del Catay la gran princesa  
Que al cielo favor pide, y el herido  
De su violencia el alma dió al oido.

Y en mas velocidad que al centro lleva,  
De un grave cuerpo el peso violentado,  
O de prudente mago á la voz nueva,  
Alma sutil, ó espíritu apremiado,  
A dar de un risco fue á una oculta cueva,  
De adonde el bello bulto destrozado



Sacaban dos alegres caballeros,  
Ya con tiernos halagos, ya con fieros.

Quieren á fuerza de la suya injusta  
Poner en ella el gusto que no tiene.  
Mas el celoso amante, á quien la adusta  
Cólera hasta privarle el seso viene,  
La espada aprieta, y con virtud robusta,  
Feroz, ni se embaraza, ni detiene  
A darles de sí cuenta, ni tomalla,  
Ni pedir ni ofrecerles la batalla.

Mas con celeridad arrebatada,  
«Afuera, dice, pueblo vil y obscuro,  
Indigno de beldad tan acabada,  
De fe sin ley, y de hábito perjurio;»  
Y á no ver con sus lazós enredada  
Su hermosa yedra en el infame muro  
Que en su honor carga, con la espada fuera  
La primer salva, y prevención primera.

Y los dos, á quien mas temores causa  
El acto infame que el contrario esquivó,  
En la primer fuerza hicieron pausa,  
Y á la segunda ofrecen pecho altivo:  
Quedó de la cuestión libre la causa,  
Que mientras dura, en paso fugitivo  
Huyendo á tienta por la selva obscura,  
Ni aquí está sin temor, ni allí segura.

No fue el combate mucho, que el enojo  
Y la razon lo era del persiano,  
Y así aunque en defender su torpe antojo  
A los dos puso su ánimo liviano,  
A pocos lances sobre el campo rojo  
Con sangre propia firman de su mano,  
Que del torpe deleite la bebida,  
O con la honra se escota, ó con la vida.

Murieron ambos, que á los golpes fieros  
Del persa no hay escudo que resista,  
Y él victorioso ya, con pies ligeros  
Su dama busca, y con atenta vista:  
Mas aunque vio á los árboles postreros  
Parir del bosque en argentada lista  
El rubio sol, no vió el de su cuidado,  
Que ama ingrata beldad, y es desamado.

Y seguir al amor sin la ventura,  
Es tropezar continuó en la desgracia:  
Otro sus pasos siga, ó su locura,  
Que yo á Morgante vuelvo, y en su gracia.  
Al frío silencio de la noche obscura  
Quiero á su mesa ver como se espacia  
En el brindar el mosto, que el gigante  
Un mar se beberá que halle delante.

De gruesa vianda lleno el vientre hambriento,  
Y del dulce licor ocasionado,  
A solo el gusto de su gula atento,  
En vino quedó y sueño sepultado,  
Hasta que al desacuerdo sonoliento  
La luz del día gastó, y se halló cercado  
De la escuadra infeliz, que en triste suerte  
De entre las tazas se bebió la muerte.

Admiróle el estrago, y ver peralido  
Su altivo compañero, y por buscallo  
Al entrar en el bosque oyó ruido  
De un triste llanto en el vecino valle:  
Siguió la voz, y halló al conbez florido  
De la salida de una umbrosa calle,  
Llorando sobre un muerto caballero  
La preciosa lealtad de un escudero.

Eran los muertos dos, mas solo al uno  
Con ternura lloraba el fiel sirviente:  
Llegó el jayán, cesó el llanto importuno,  
Temiendo que la espada sea valiente,  
Que con vida de dos dejó á ninguno:  
Quiso medroso huir, vienda presente  
Tal bulto; mas detúvole el gigante  
Por saber del suceso lo importante.

Y habiéndole mandado le dé cuenta

¿Qué origen han tenido aquellas muertes?

¿Quién alcanzó victoria tan sangrienta?

¿Qué espada llegó á dar golpes tan fuertes?

¿Qué se hizo el vencedor, por cuya afrenta

De venganza se dieron tantas suertes?

El siervo humilde al corzo antojadizo,

Temblando, en todos sí le satisfizo:

«Larga tragedia, casos lastimosos

Son los que me pedís, señor, que os diga,

Que pechos falsos, y hombres engañosos,

Así el cielo y su culpa los castiga:

La Arabia dos hermanos helicosos.

De obscura sangre dió en virtud mendiga,

Que arrogantes, soberbios y valientes,

De Mahoma se fingen descendientes.

Fueron Gerber, y el poderoso Argante,

A quien por su traicion y valentia

La fortuna en favores abundante

Reyes de humilde sangre hizo un día:

Este el cetro de Fez rige triunfante,

De Trípol le dió al otro en Berberia

Silla y corona, y hoy la incierta guerra

Triste sepulcro en esta inculta sierra.

Aja, una mora, á quien la adversa suerte

Para nuevas tragedias echó al mundo,

Reina de Trípol fue, de Origio el Fuerte

Mujer alevé y cruel, de pecho immundo,

Que dió á su esposo fiel traidora muerte,

Y tras él á Geber cetro segundo,

Subiendo á rey de Trípol el tirano.

Por el favor de su alevosa mano.

No fue el nuevo adulterio en sus antojos

La última liviandad que en ellos hizo,

Que en otros muchos sus risueños ojos

Varios contentos levantó y deslizo;

Hasta que toda al fin se dió en despojos

A Artabano, este moro advenedizo,

Que ante tus pies el corazon abierto

De ese golpe de espada está ahora muerto.

A su delito igual la justa pena

Le dió la muerte; advierte ahora el sino

Por donde el discurrir del cielo ordena

A cada vida el fin de su camino:

Argante, de ambicion el alma llena,

Casamiento pretende peregrino

En Acaya, y Geber su incauto hermano,

Para darle favor se ha puesto en vano.

Querian robar á la cretense infanta

Juntos los dos hermanos de concierto,

Y á esto con sus bajeles, y con cuanta

Gente pudo, Geber salió del puerto:

Mas un frío Cierzo con braveza tanta

Barrió del mar Carpacio el seno abierto,

Que el día que pensó llegar á Acaya,

Arribar le forzó á su misma playa.

Y en tanto que de Trípol el tirano

Por la mar forcejaba contra el viento,

Su casta esposa en brazos de Artabano

La honra vendia por un vil contento:

Y así rindió su corazon liviano,

Que por no mudar gusto, mudó asiento,

Y la patria trocó, el honor, y estado,

Por el adulterino ingrato amado.

Salió con él robada el mismo día

Que el rey volvía á su abrigado puerto

De adversa suerte lleno, y de alegría

A ver la pena de su mal concierto:

Lloró el perdido honor, y al que huía

Con el siguió y prendió, y á este desierto

Vino á morir con su traidora espada,

Que el cielo es justo, y no perdona nada.

Alcanzóle en la mar, prendiéndole vivo,

Que por mas se vengar no le dió muerte,

Y por cobrar, teniéndole cautivo,

De su áspera Goleta el risco fuerte:

Guardó la ingrata vida este motivo,  
Cuya mano (tal es la humana suerte!)  
La suya quitó al rey, que dejó acaso  
Su gente en guarda de un estrecho paso.  
Y con el preso, y este incauto moro  
Por su guarda, llegó á esta estéril sierra.  
En cuya verde falda un bulto de oro  
Ofender vieron con injusta guerra;  
Una dama, que el mundo en su tesoro  
Otra joya de igual primor no encierra.  
En poder de unos bárbaros feroces,  
Contra quien daba en su defensa voces.  
Libraron con su fuerza á la que pudo  
Con la suya rendir sus torpes ojos,  
Y al tirano Geber suspenso y mudo  
En su gusto sembrar nuevos antojos;  
No sé si aquí me engañó, mas no dudo  
Del triste estrago destos campos rojos,  
Que en lugar de la adúltera quería  
Que la nueva reinase en Berbería.  
Este gallardo jóven, cuya muerte  
Triste presagio de la mia ha sido,  
Y su real nombre Bahamel el Fuerte,  
Y de Orgio primó y sucesor querido,  
O ya rendido de la misma suerte  
Del bello rostro en llanto consumido,  
O que con la ocasión quisiese en ella  
Cobrar de un golpe el reino, y la doncella,  
Hecho su oculto trato con el preso,  
Y de armas prevenido de su mano,  
Feliz á los principios el suceso,  
Suya fue la virtud, y de Artabano  
Matan al rey Geber, matan tras eso  
Del rude pueblo el escuadron villano,  
Que él trazando su amor, y ellos su cena,  
De nada estaban con temor ni pena.  
Vuelto sangriento lago el aparato  
Del banquete real, vió la floresta  
Entre tazas y muertos un retrato  
De los Centauros en su horrible fiesta:  
Huyó la bella dama con recato  
De la turbada mesa descompuesta,  
Siguiéndola caal diestros cazadores  
De la matanza cruel los agresores.  
Desta vecina gruta en las entrañas  
Huyendo se escondió, los dos tras ella  
Victoriosos desvuelven las montañas  
Al turbio rayo de una obscura estrella.  
Cuando entre ásperos riscos y espadañas  
Su luz la descubrió cual Diana bella,  
Que al romperse la hueca nuhe fria  
Hurtando sale la hermosura al día.  
Mas, ahora al fin de la cruel matanza  
Algun furor quedase con la vida,  
O el justo cielo diese á la venganza  
Del caso atroz tan misera salida;  
Casi triunfando ya de su esperanza,  
Y por la frente la ocasión asida,  
La vuelta daban de esa gruta obscura  
Con la recién hallada hermosura:  
Cuando un soberbio bulto denegrido  
Las sombras amasaron desta sierra,  
Del ciego infierno á castigar venido  
Los alevos destrozos de tal guerra:  
Mas que de acero, de rigor vestido,  
De dos golpes cual ves echó por tierra  
Las malogradas vidas, que en una hora  
Venus triunfantes vió, muertas la aurora.  
De la infeliz tragedia por testigo  
Yo solo me salvé en la gruta obscura,  
Medroso que del cielo al fiel castigo  
No habia en el mundo ya parte segura;  
Cuando del vientre obscuro, cuyo abrigo  
El temor me prestó, vi una figura  
En horrible anhelar sembrando fuego,

Que este mundo alumbró, y se apagó luego.  
Así el medroso moro al rey Morgante  
De su infeliz tragedia acabó el cuento,  
Y él viendo la honda cueva, que delante  
Con horrible preñez se traga el viento,  
Sintió en su hueco tumba resonante  
Nuevo rumor, y con gallardo aliento,  
Sin mas escudriñar causas ni efectos,  
Entró á ver de sus senos los secretos.  
Tembló el hinchado monte, gimió el valle,  
Y vomitó la cueva un fuego horrible,  
Huyó el cobarde moro, que á tornalle  
El amor de Bohamel no fue posible.  
Lo que al corzo le ayino abriendo calle  
Por el obscure concavo invisible,  
Ni aun para dallo ahora en breve suma  
Palabras, tiene ni lugar ni pluma.  
Monstruosas sombras, ásperos portentos,  
Preñeces fueron desta cueva obscura,  
Que al estrecho rigor de mis intentos  
En tiempo esceden hoy, y en coyuntura:  
Otra trompa les dé claros acentos,  
Basta al contesto y fin desta escritura  
Que el mismo día salió el corzo triunfante,  
El fino arnés vestido de un gigante.  
Del esforzado Anteo, que fue hijo  
De la fria tierra, está la urna eminente  
En la alta gruta de un peñasco fijo,  
De un cuajado cristal resplandeciente,  
En cuyo seno halló el bulto prolijo,  
De escamados artejos de serpiente,  
Que por arnés el monstruo se vestía.  
En perlas anudado y pedrería.  
Tuvo á las faldas desta inculca sierra,  
Con Alcides una áspera batalla,  
Alcides que en los puntos de la guerra  
Ni al mundo otro mayor ni igual se halla;  
Y el hijo altivo de la humilde tierra  
Así el perdido aliento halló al tocalla,  
Que el caer al golpe de la hercúlea clava,  
La primer fuerza que perdió le daba.  
Hasta que el héroe invictó el cauto pecho  
Del suelo levantó, y suspenso en calma,  
Los músculos cerró en un nudo estrecho,  
Que al perezoso cuerpo exaló el alma,  
Dejando al vencedor nuevo derecho  
Del libio reino, y del honor la palma,  
Y á esta cueva en blason de sus porfias  
Su fino arnés, y sus cenizas frías.  
Hércules por trofeo á su victoria,  
La limpia clava que forjó Vulcano  
Al sepulcro añadió para memoria  
Que allí lo abrió su poderosa mano:  
Y el corzo rey en nueva vanagloria  
Vestido el serpentino arnés ufano,  
Al salir pareció la clava al hombre,  
Nuevo Alcides del mundo, y nuevo asombro.  
De un escamado cuero de serpiente  
Que en ore cada escama se cogía,  
Cuya ancha boca la arrugada frente  
Y áspero cuello del jayán cenía.  
Hecho un feroz dragon resplandeciente  
Dejó la cueva, y el siguiente día  
Al liso pié de un álamo sombrío,  
Un caballero vió al randal de un río,  
Que apesar de la ardiente siesta el punto,  
Y del seco aire la tostada llama,  
Se aprestaba, y cabe él vivo el trasunto  
De la belleza en hábitos de dama:  
Mas del campo de Francia el grave asunto  
A dar noticia entera de él me llama,  
De su gente, sus fiestas, y de cuanto  
Al mundo en sus bravezas causa espanto.



## ALEGORIA.

Por Bernardo, que habiendo visto en los encantamientos del Carpio la clara sucesión de su linaje no tralámas de buscar á Arcángelica, se muestra, que el varón heroico, que antes caminaba tras el gusto de sus apetitos, habiendo llegado á la contemplación y verdadero desengaño de lo porvenir, y á enterarse en los grandes premios de gloria que le están prometidos en el otro mundo, de todo punto olvida y deja lo que antes le traía destruido, y procura acompañado de virtudes volver á la obediencia y jurisdicción del entendimiento, de donde los deseos de venganza le habían sacado.

Hallarse Orimandro y Morgante en los arenales de Africa, después de haber dado una vuelta al mundo, siendo Orimandro figura del entendimiento, y Morgante de la voluntad, es decir, que sin la memoria, entendida por Reinaldos, aunque uno haya dado vuelta á todas las grandezas del mundo, se hallará en un arenal estéril y desierto, y sin acordarse de cosa alguna mas que si por él no hubieran pasado.

Las desgracias de Angélica, tan arrojada de unas en otras, dicen al natural la vida de una mujer distraída y dada á las libertades de su antojo. En la tragedia de Arminda y Leucio se descubre la crueldad de las mujeres, que como por la mayor parte les falta prudencia, son cruces por escuso. En la tragedia de Artabano, se pinta el lamentable y desdichado fin de un adultero.

En Murgante, que habiéndose perdido de Orimandro, gana las armas de Anteo, hijo de la tierra, se significa, que en apartándose la voluntad de la luz del entendimiento, toda se arma y viste de cosas de la tierra, sin quedarle mas que algunas cortas inspiraciones del cielo, entendidas por la clava de Hércules.

## LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

ARGUMENTO. Atemoriza á Carlo Magno un espantoso sueño, interpretado Malgesi, Montesinos refuerza con sus razones las del sabio, Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo francés: déjanse por ellas las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo para España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer resaca de su gente. Ferragut encuentra en Africa, á la ribera de un río, con Angélica; y estando para gozar de ella sobreviene Morgante que lo echa, y dejándolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento á Biserta, donde hace grande estrago hasta embarcarse tras ella para España: Orimandro halla á Artaja en un gran desconsuelo, y en su compañía le sucede una maravillosa aventura.

Ya en este tiempo el bélico aparato  
Del francés campo, con marchar, sonoro  
Al son de los clarines, y al rebato  
De las trompetas y los lirios de oro,  
La fama con las sombras del retrato,  
De su grandeza, al africano, al moro,  
Al montañés, al asturiano, al godo,  
Todo lo asombra, y ya alborota todo.

Decretóse en París, que á la importancia  
Del francés brío, la imperial persona,  
A toda diligencia y toda instancia,  
Al campo bajó que venció á Girona:  
Que allí le siga lo mejor de Francia,  
Invicto cetro de su real corona,  
Suspendiendo las fiestas por cuando  
Con los demás se cobre el fuerte Orlando.

Llegaron en un tiempo los franceses  
Con su César al campo belicoso;  
Roldán por varios trances y reveses  
Buscando el español brazo brioso,  
Que de él probó y Dudonio los arneses,  
Y de ambos salió libre; y victorioso  
Reinaldos, de haber hecho con su vuelo  
Una raya en la mar, y otra en el cielo.

Trajo tras sí de Amon el hijo amado  
Del muro antiguo las estatuas de oro,  
Que la codicia del metal preciado  
Con ella aumentar hizo el tesoro:

Del rey Artus el cuerpo sepultado  
En rica tumba de metal sonoro,  
A la ancha puerta de la sala estuvo  
Los siglos que su estrella le entreluvo.

De allí el eféreo cuerpo, ó sombra humana,  
Aun no del todo adelgazado en viento,  
Con blando curso por la esfera vana  
De aire volaba en débil movimiento:  
Cuya fantasma, aunque al mover liviana,  
Al sepulcro dió nuevo movimiento,  
A la roma figura y breve amigo,  
Que á un cetro obscuro hizo el francés mago.

Al fin con la sagaz lección del sabio,  
Que los mundos gobierna del Poniente,  
El encantado pueblo el vil resabio  
De su metal perdió resplandeciente:  
Sembró la fama en placentero labio  
La gran resurrección del pozo ardiente,  
Alegro se el real, y el campo ufano  
Con la vista creció de Carlo Mano.

Manda otra vez en honra de su gusto  
Que de nuevo se vistan de alegría  
Las resfriadas fiestas, premio injusto  
De un deseado malogrado día:  
Crecen al débil pecho y al robusto  
Orgullos que la ardiente sangre eria,  
Y abre un fresco placer al pensamiento  
La vecina jornada del contento.

Así tal vez de entre los cuernos de oro  
Del toro alegre de calor fecundo,  
El rubio alegre sol siembra el tesoro  
De Flora, y llueve regocijo al mundo:  
Crece en las selvas el parlero coro  
De las aves sin dueño, el mar profundo  
Serena sus riberas, rien sus playas  
En crespas olas y argentadas rayas.

Tal del campo francés fue el alborozo,  
Tal de sus claros héroes la venida,  
Tal de sus almas el ardiente gozo,  
Que á las ya muertas fiestas diéron vida:  
Mas siempre este placer trajo rebozo,  
Siempre en estrella se trazó impedida,  
Siempre huyendo fue, y de lance en lance  
Nunca á sus trazas dió el contento alcance.

Por la renunciación de Alfonso el Casto  
Se comenzó en los campos de Girona,  
De allí por nuevo azar mudó su gasto  
A Perpiñán el César la corona:  
Ya en París con rumor confuso y vasto  
Le pregonó la fama; hoy le pregonó  
En Liriojes, y al fin de día en día  
Tarde amanecerá el de su alegría.

Ya Febo sobre el mar del pardo moro  
Templaba al rojo carro las centellas,  
Desguarneciendo al mundo del tesoro  
De su luz, y bordándolo de estrellas:  
Del yugo ardiente las coyundas de oro,  
Las rubias horas, y las ninfas bellas  
Le desatan, y puestas en contorno  
De magestad le sirven, y de adorno.

Quién las riendas le toma de la mano  
Cargadas de encendida pedrería,  
Quién la corona, quién el manto ufano,  
Que el cielo y tierra visten de alegría;  
Quién peina á su cabello soberano,  
La luz de adonde al mundo nace el día,  
Quién le alivia el calor, quién la mañana  
De oro en rocíos de olor le temple y baña.

Quién el fogoso pértigo levanta  
Al carro que anda trastornando sinos;  
Quién los caballos da, quién los enmanta,  
Frenos tascando de diamantes finos;  
Quién de los piensos de la ambrosía santa  
A sus pesebres da colmos divinos,  
Y quién le carga á la encubierta noche

De dulce sueño el enlutado coche.

Apoderóse la quietud callada;  
En sesgo vuelo y pasos descuidados,  
De la fría tierra sin color sembrada,  
De nuevos animales desmayados,  
Al sabroso sosiego encomendada  
La importuna batalla de cuidados,  
Las doradas estrellas encendidas:  
Sus cursos abreviando y nuestras vidas.

Cuando en la sala real ardiendo en oro,  
En blanda pluma, y en pomposo lecho;  
Al grave César hurlan el tesoro  
Del sueño los cuidados de su pecho:  
Céranle el alma y sin guardar decoro  
Al tiempo, á la persona, ni al provecho,  
En parlero silencio no se halla  
Cosa que en su quietud no ande en batalla.

Entre el rico brocado y blando lino  
Reposo busca en vano de mil modos,  
Aquí vuelve y allí, y ningún camino  
De paz encuentra, aunque los prueba todos;  
Que el descuidado sueño en mejor timo  
Viene á la humilde plebe que á los godos,  
Y siempre goza dél en mayor suma  
La seca paja, que la blanda pluma.

Tras larga noche al fin el dulce frío  
Del alba, en pereñoso y tardo sueño,  
El rostro le bañó, y con su rocío  
La pasada inquietud quedó sin dueño:  
Huyeron los cuidados, perdió el frío  
Y de la altiva magestad el ceño  
Quedando en el olvido, y el semblante  
A los demás mortales semejante.

Mas como el gran sentir de una alma grave  
Mayor estruendo y máquina revuelve,  
De interiores figuras, el suave  
Sueño, que en la del César ya se envuelve  
Al real tesoro destoreó la llave,  
Y en pomposo aparato y forma vuelve  
Cercado de fantasmas fugitivas,  
Que aunque son muertas le parecen vivas.

Y por la ociosa y libre fantasía  
El pintado Morfeo, en el concurso  
De un grave teatro representa y guía  
De nuevas cosas un fatal discurso:  
Y en unos valles lóbregos, que el día  
Ni el sol alcanza á trastornar su curso,  
Por entre pardas grutas y anchas quiebras,  
De dragones peñadas y culebras;

Cercado de sus bravos paladines,  
En pomposo ademan caza gallarda  
Empezar le parece, y que á los fines  
Del monte un rojo leon feroz le aguarda,  
A quien de aquellos riscos los confines  
Por su defensa tienen, y por guarda  
De un rico árbol que lleva pomas de oro  
Mejor que Atlante, y de mayor tesoro.

Aficionó al francés la nueva fruta,  
Y la piel roja del leon gallardo,  
Y con sus doce príncipes la gruta  
Altivo escala, y sube al risco pardo,  
De donde cada cual le da y tributa  
Al desenvuelto leon un presto dardo,  
Que el victorioso en su escombrada plaza  
Con dientes y uñas rompe y despedaza.

No queda flecha sana, ni arma entera,  
Que no destrocen sus valientes garras,  
Solo se salva el que ligero afuera,  
Saltando del palenque, huye las barras  
De sus lanzas: la suya por postrera,  
Ya en posturas lanzar quería bizarras,  
Confiado de le dar con ella alcance,  
En presto golpe y en seguro lance.

Cuando el limpio venerable en brío cetero  
Rompiendo el aire el rey dormido arroja;

Mas no tan presto el relumbrante acero

Del crespó cerro balló la espalda roja,  
Que atrás reció toruó, volviendo entero  
Al rey, que huyendo va en mortal congoja  
Por no hallar de las suyas arma entera:  
Que todas las rompió y tragó la fiera.

Sueña que huye entre quebradas breñas  
Del monstruo horrible que tragó á los doce,  
Sobre difuntos cuerpos, cuyas señas  
En obscuras fantasmas desconoce;  
Cuando en las puntas de unas altas penas  
Que un cielo hacen que la vista goce  
Sobre columnas de cristal parece:  
Que una abultada real máquina crece.

De un suntuoso palacio alto motivo  
De arquitectura y mármoles de pario  
Bellas estatuas, donde el bronce vivo  
Magestad crece sobre el jaspé vario  
Vuela la pompa, sube el arco altivo  
En hombros de oro su alto lacunario,  
Cargado de bellísimos despojos,  
Gloria á su vencedor, gusto á los ojos.

Glme la firme tierra con la carga  
Del palacio y su inmensa pesadumbre,  
Que es donde menos el valor se alarga  
Cristal los frisos, y oro la techumbre  
Y de hadas allí de vida larga  
Una sombría y ciega muchedumbre,  
Dando á Demogorgon, que está presente  
Pesadas quejas del, y de su gente.

A cuya cruel venganza, por decreto  
De las obscuras parcas, de unas quiebras  
Salir horrible vió á la furia Aleto,  
A peinar sobre Francia sus culebras,  
De quien llover notó fuego secreto  
Entre sus negras marañadas hebras  
A su infeliz ejército, de modo  
Que todo ardía, y lo abrasaba todo.

Las demás furias del confuso averno  
Blandones vió arrojar y hachas ardientes,  
Y al cernel barquero del pasaje eterno  
Por una barca hacer dos largas puentes;  
Vió ensancharse los senos del infierno  
Para hacerse capaces de mas gentes,  
Y que las parcas no podían unidas  
Los hilos cercenar de tantas vidas.

Bien que de un mago cerco la figura  
El fuego ardiente sin pensar le apaga,  
Y con los rayos de otra nube obscura  
El un incendio al otro incendio traga,  
Cuando al rey del cuidado la apretura  
Lo dulce así de su quietud le estraga,  
Que el sueño le escondió, y él sin aliento  
Manos y ojos abrió, y asió del viento.

Turbada el alma, el pensamiento lleno  
De las medrosas formas que antes via  
Suspense mira de la luz el seno  
Donde murió su sueño, y nació el día  
Y aunque ve que es el delirar sin freno  
Vana obra de inconstante fantasía  
Por mas que de la suya alza la mano,  
Sacudir de sí el miedo intenta en vano.

Al fin de graves causas lleno el pecho  
En la real cnadra, de su altiva gente  
Un sabio y noble parlamento hecho,  
En silla de oro y en diadema ardiente,  
Del sueño prodigioso el nudo estrecho,  
Que su alma embe y su memoria siente  
Largo discurso hace, á quien seguro  
Consejo pide y luz en tanto obscuro.

«¿Qué sombras, dijo, en varias impresiones  
De nuevo el santo cielo á mi alma envía?  
¿Qué agüeros, qué prodigios, qué visiones  
La noche asombran, y le afean el día?  
¿Qué neblinas, qué sombríos escuadrones,



Qué fiero leon, qué nueva montería  
Mis ojos vieron? ¿deste peso grave  
Quien á mi pecho hará un rigor suave?»

Dijo, y en varios pareceres puesto  
Del fatal sueño juzga el gran senado  
Lo que al olvido puede dar mas presto,  
Entre pena menor, menor cuidado;  
Que la lisonja pudo, y puede en esto  
Así á su gusto interpretar el hado,  
Y el curso trastornarle por tal senda,  
Que antes el daño llegue que se entienda.

Mas el mago francés, que está presente,  
Del ignorante delirar se admira,  
Y cuan sin miedo el lisonjero diente  
La verdad muerde, y masca la mentira;  
Y bien que escucha, y calla, advierte, y siente  
El triste blanco á donde apunta y mira  
En su presagio el cielo por entero  
De aquel sueño fatal el triste agüero.

Viendo que los demás en él ya puestos  
Los cuidadosos ojos, del semblante  
Con que oye los oráculos propuestos  
Rastreando van del caso lo importante;  
Así al César por términos modestos  
El hado por venir pone delante,  
Y la revolucion de un mundo ambigo  
De las estrellas baja al pueblo amigo.

«Prosperé el cielo, y como puede haga  
Mi miedo incierto, y vana mi sospecha;  
Y si es que á no herir tal vez amaga,  
En esta deje la esperiencia hecha:  
Creeza el valor francés; mas si empalaga  
Su grandeza á los hados, ¿qué aprovecha,  
Contra el rigor de inevitables daños,  
Dorar lisonjas, ni afeitar engaños?»

La ardiente llama de las negras celines  
De la discordia que en tu gente ardia  
Dirá de tus soberbios paladines

Presto la furia y la paciencia mia:  
El rojo leon, que á mas sangrientos fines  
Su dulce caza el hado incierto guia,  
De dragones cercado, y de culebras,  
En ciegos valles, y en profundas quiebras,  
Es el invicto Leon, reino de España,  
De africanos dragones rodeado,  
De cuyas garras y atrevida saña  
No hay asta entera, ni venablo arma lo  
Sino es el tuyo, al tuyo no le daña,  
Tú solo volverás, solo á ti el hado  
La vuelta otorga en su infeliz desastre,  
Los demás ¡ay de mí!... mas esto baste.»

Rieron unos, y otros mas prudentes  
Del sábio ponderaron las razones,  
Conforme el gusto y causas diferentes  
Con que alargan, ó enfrenan sus pasiones;  
Hasta que Montesinos, de elocuentes  
Palabras, y de honradas pretensiones,  
Viendo en los de Maganza el regocijo  
Con que de Malgesí se burlan, dijo:

«Después que del traidor Rangorio el brazo  
De ilustre sangre el Mopsa dió cubierto,  
Y el conde don Grimaldo en el regazo  
De la universal madre cayó muerto;  
Viuda la mia ya del dulce lazo  
Que una traicion deshizo en San Lamberto,  
A España huyó, llevando en compañía  
A mi hermano, y á mí, que aun no vivia.

Allí se retiró de su violencia,  
Y allí yo, en el rigor de una montaña,  
A ver salí del cielo la presencia,  
Y el primer aire respiré de España:  
Allí el nombre me puso la inclemencia  
Del peñascoso sitio y tierra extraña,  
Allí es mi patria, aunque de Flandes vengo,  
De España soy, por español me tengo.

Es de Fuente Grimaldo la alta sierra,

Fúnebre pira á los heróicos huesos  
De mis difuntos padres, donde encierra  
De un triste fin mil trágicos sucesos:  
Cuando en mi sangre real la ingrata tierra  
De Francia hizo tiránicos escesos,  
Y la enemiga patria parricida  
A su antiguo señor dejó sin vida.

Los perseguidos huesos desterrados,  
En sangrienta urna humilde recogidos,  
Del español Alfonso acariciados,  
En pompa ilustre fueron recogidos  
Con los demás tras ellos arrojados:  
Ni ambos ya por nacer, ni ambos nacidos,  
Que en lo mejor de la española tierra  
Mando en la paz nos dió, y honra en la guerra.

Mi hermano don Teobaldo de Guevara,  
Del rey navarro, y de su hermosa hija  
Esposo, y yerno, en posesion mas clara  
El comenzado domicilio alija:  
A mí del Casto la prudencia rara  
Por su embajador hizo que me elija  
Al César, donde en la ocasion presente  
Por razon le granjee, ó por pariente.

Y así á las importantes que he propuesto  
Para que esta jornada se desista,  
Lo mucho de ambicion y poco honesto  
En que se funda examinada y vista,  
Juntando á las demás que ha dicho y puesto  
En sabia copia, y en prudente lista,  
Malgesi, los agüeros, y el aviso,  
Que en ellos dar el cielo al César quiso.

Digo que en zelo santo y noble pecho  
Dejar se debe el bélico aparato,  
O volver de las armas el petrecho  
Contra la gente infiel del pueblo ingrato:  
Contra las mauras sierpes, que á despecho  
De la ley santa en infernal retrato  
El español distrito tienen puesto  
En daño grave, y riesgo manifiesto.

Y que seguir el curso de las cosas  
Es hacer la pasion que ahora las guia  
Las enemigas armas poderosas,  
Y dar rendida España á Berbería:  
Y á las naciones al cristiano odiosas  
Con la nuestra aprobar su tiranía,  
Y darse del sin ley pueblo precito  
Cómplices en la culpa y el delito.

El desnudar el alma de ambiciones,  
Mostrar la saña y cólera medida,  
Y en freno de oro gobernar pasiones,  
Dando á las leyes con la suya vida,  
Es propio de cesáreos corazones,  
Del pecho real la senda mas sabida:  
Esto es ser rey, reinar en sí primero,  
O sea el reino un lugar, ó el mundo entero.

Mas pensar que el soberbio cetro de oro,  
La ardiente mitra y la imperial corona,  
Tengan su magestad en el tesoro,  
Mas que en el pecho heróico y real persona:  
Que sea mas rey, quien del cristiano ó moro  
Mas reinos gana y cetros amontona,  
Es tiránico abuso, es desatino  
De la grandeza y magestad indino.

Y así al que en parecer contrario fuere,  
Y en lisonjero labio alzare vientos,  
O con vanos discursos pretendiere  
Negar, ó deshacer mis fundamentos:  
A uno, á dos, y á tres, y á los que hubiere  
Desta opinion, yo solo en sus intentos,  
Si á ver mi espada, y á probarla llegan,  
Confesar les haré lo que ahora niegan.»

Dijo, y un sordo murmurar confuso  
Se derrama en el grave parlamento,  
Que en diferentes opiniones puso  
De la resolucion el alto intento:

A unos del bravo paladin compuso  
El gallardo ademan y altivo aliento,  
Y á otros el dulce razonar severo,  
Y á otros del César el soñado agüero.

Mas el soberbio Orlando, ó ya ofendido  
Del reto y desafio disfrazado,  
Con que en brio colérico encendido  
Tras sí quiso arrastrar todo el senado,  
O por sus mismas causas desabrido,  
O de su altivo honor disimulado,  
En arrogante tono, y voz severa,  
Al montañés habló desta manera:

«Son de los reyes los intentos altos  
Ocultas sendas á la humilde plebe,  
Por mas que el seso en temerarios saltos  
La inteligencia busque que los mueve;  
Y así en grandeza prodigos, ni faltos,  
La imprudencia inferior juzgarlos debe,  
Ni daries tasa, regla, traza, ó modo,  
Sino adorarlo y admirarlo todo.

Tú si á pedir veniste desafio  
Contra Oliveros, hijo de Rangorio,  
Por vengar de tu padre el cuerpo frio,  
Y la agraviada sangre de Sertorio;  
Allá al campo aplazado guarda el hrio,  
Allá pon leyes, y te haz notorio;  
Mas si acaso del Casto rey gallego  
Al César traes razon, ó humilde ruego,

Propon el caso, ordena de otra suerte  
En inferior estilo tu embajada,  
Negocia humilde que su campo fuerte  
Por bien de paz suspenda la jornada:  
Que la sentencia, y el rigor de muerte,  
Ya contra España y su arrogancia dada,  
Se dilate algun tiempo, ó trueque el modo,  
Sino es posible revocarse todo.

Mas querer por tu antojo dar medida  
A los grandes motivos de la empresa,  
Y á tus vanos discursos reducida  
Sin mas razon la magestad francesa,  
Es loca presuncion, lengua atrevida,  
Frívola ostentacion, que se atraviesa  
Sin fundamento al paso, freno estrecho,  
Mas que de discrecion de ambicion hecho.

Yo ahora desta célebre jornada,  
Ni apruebo ni repruebo el grave intento,  
Que si por una parte está infamada  
De ambicioso y liviano fundamento,  
Por otra basta dello acreditada  
La gran presencia del cesáreo aliento,  
Que no habrá guerra injusta, si la abona  
La grave autoridad de tal persona.

Y así de tu discurso al postrer punto,  
En que á todos te opones temerario,  
Viendo que del imperio el poder junto  
Aprueba y sigue el parecer contrario,  
Por todos digo que al soberbio asunto,  
Que á defender te ofreces voluntario,  
No bastas, ni tu espada y brazo alcanza  
Al blason de tan bárbara alabanza.

Y en razon dello el campo y desafio  
Por todos juntos desde ahora aceto,  
Que como general de Francia es mio,  
Y como á tal me toca y hiere el reto:  
Dijo, y del paladin flamenco el brio,  
Que en España nació, al gallardo efeto  
De provocarle el conde á la batalla,  
Brioso pide luego el comenzalla.

Mas el galan y bravo Durandarte,  
Contra el rostro feroz del conde esquivo,  
Narciso en cuerpo, y en-braveza Marte,  
Así se puso en medio, y dijo altivo:  
«Cuanto mi primo ha dicho, en todo, ó en parte,  
O en propia empresa, ó general motivo,  
Es razon y verdad, y no la dice

Quien esta con pasion le contradice.

Y porque la batalla, que aplazada  
Antes de ahora está con Oliveros,  
Entrar le impide luego en la estacada,  
Y poner freno á esos livianos fieros,  
Yo estoy aquí, y aquí mi libre espada,  
Que con la razon mia, y sus aceros,  
Haré al conde de Brava que confiese  
La contraria opinion, aunque le pese.»

Dijo, y el bravo principe de Orange  
Meridian, de Durandarte hermano,  
Aunque antes no le hablaba, al rico alfanje  
Furioso pone la atrevida mano,  
Y al del cuartel del rojo escudo afrange,  
«Mio es, le dice, el campo, el campo en vano  
Procura de otra espada y de otra via,  
Quien le tiene aplazado con la mia.

El campo de mi hermano y de mi primo,  
Yo solo lo haré, yo solo basto  
A la vana arrogancia que no estimo,  
Ni mi brazo, si el suyo no contrasto:  
Bien sabe el conde el imprudente arrimo  
Que de Celindos dió al intento casto,  
Por no decir tirana alevosia,  
Que en la condesa de Irlas pretendia.

Cuando con loca y bárbara arrogancia,  
A sola su pasion y gusto atento,  
Fiero juró, á pesar de toda Francia,  
De hacer el intentado casamiento:  
A esta incauta promesa, á esta jactancia,  
Con mi espada he de dar el escarmiento:  
Sobre este punto la batalla quiero  
Por todos tres, pues la acepté primero.»

Dijo, y el bravo Orlando ardiendo en ira,  
Cual marsilio leon, que en medio un cerro,  
Un venablo de aquí, y de allí una vira,  
Un cazador de acá, y de acullá un perro,  
Le ciñe, ladra, le amenaza y tira,  
Y él pone á todos encrespado el cerro,  
Así el conde feroz con tres compite,  
Y este, y aquel, y el otro campo admite.

«Salid todos, replica, á todos quiero,  
Y sacad con vosotros todo el mundo,  
Que todo junto, cuando sea de acero,  
No deshará mi brazo furibundo:  
¿Qué parais en segundo ni en primero?  
Sed primero los tres, Francia el segundo,  
Que á Francia, y á los tres, y á todo el resto  
Para matarlo junto estoy dispuesto.»

Así dijo, y Celindos el infante,  
A quien Meridian trató de aleve,  
«Mio es el campo, ya en cuerpo bastante  
De edad me ha puesto, dijo, el tiempo leve:  
Con Meridian lo quiero, pues delante  
De mí ya el conde Dirlos no se atreve,  
Medroso que haga en él mi ardiente rabia,  
Lo que hacer no pudo la de Arabia.

Con encogido miedo, temeroso  
De la batalla que aplazó conmigo,  
Por los desiertos anda receloso,  
Sin osarse acercar al campo amigo:  
Mas pues ya se llegó el tiempo dichoso  
Que por mí puedo responder, le digo  
Que miente, quien dijere, dijo, y dice,  
Que yo las nuevas de su muerte hice.

Y sin esta batalla, con su hermano  
Entrar en la segunda quiero luego  
En razon que con término villano  
En los amores de Belerma ciego,  
Que habiéndome ella á mi dado la mano,  
Y de sí misma un maridal entrego,  
Se alaba que la sirve, y que es su amante,  
Y que hubo...» y no pasó mas adelante.

Que el gran Reynaldos con semblante horrendo  
El brazo alzó por darle, si alcanzara,

Un libre bofetón; mas no pudiendo  
La mano, el guante le arrojó á la cara:  
Y en bético coraje y furia ardiendo  
Contra él y Durandarte se declara,  
A entrambos pide campo, á entrambos dice,

Si cada cual por sí no se desdice:

Celindos del infame y torpe enredo  
Que contra el conde Dirlos ha inventado,  
Y el galán Durandarte del denuedo  
Con que se linge de Belerma amado:  
Que de pura verdad, ó puro miedo,  
Confiese por quimera su cuidado,  
Y á ella mentar en público y secreto  
Esposa de su hermano Ricardeto.

Salieron á la parte del infante  
Celindos, don Roldán, y don Gayferos,  
Que á un mismo tiempo el ánimo arrogante  
Entre las armas barajó los fieros:  
Reynaldos dentro en su feroz semblante  
Libre se opone á todos los aceros,  
Y el bravo Durandarte al mismo modo  
Por su amada Belerma al mundo todo.

Sin respetar la grave imperial silla,  
Ni la cesárea magestad en ella,  
La pasion arde, crece la renzilla,  
Y todo el furor ciego lo atropella:  
Cae el honesto respeto, y se amancilla  
La debida obediencia con perdella:  
Los nobles héroes, y el senado santo,  
Un ciego nudo son de horrible espanto.

Mil lucientes espadas en un punto  
Rayos al aire dan, y al sol vislumbres,  
Cuyos golpes en triste contrapunto  
El oro hacen temblar de las techumbres:  
Suena en confuso estruendo todo junto,  
Héroes, rayos, furor, armas, vislumbres,  
Sin que el brazo del rey, que está delante,  
Para enfrenar su furia sea bastante.

Reynaldos al valiente Durandarte,  
Que á Celindos tiró un revés ligero,  
Del rico manto una bordada parte  
Al suelo le arrojó de un golpe fiero:  
Dobló el francés el cuerpo, y por la parte  
Que halló camino el peligroso acero,  
Así al hijo de Amon se entró derecho,  
Que los dos tercios le escondió en el pecho.

Hizo á soslayo la mortal herida  
Golpe sin riesgo, que á encarnar la espada,  
Costara al noble paladin la vida  
La injusta brega sin sazón trabada:  
Cuando á Orlando á sus piés dejó sin vida  
Al jóven Meridian de una estocada,  
Y el zeloso ofendido Durandarte  
A Celindos pasó de parte á parte.

Hirió el traidor Anselmo á don Gayferos,  
Dudón al generoso Baldovinos,  
Y por cubrirse á un golpe de Oliveros,  
Naymo en el hombro izquierdo á Montesinos:  
Nunca en riesgo mayor lances mas fieros,  
Ni en mas furor mas ciegos desatinos  
En su córté vió el César, ni en su gente  
Discordia igual, ni fuego mas ardiente.

Galatón, que del centro de su gusto  
La marañada confusion miraba,  
Al lado puesto del monarca Augusto,  
Calor á la confusa brega daba:

«Pon, dice, ó gran señor, pecho robusto  
En prender al traidor señor de Brava,  
Y á Reynaldos, que abrió del desacato  
La aleve puerta en el primer rebato.»

El grave cetro de la mano arroja  
El César, ya de lágrimas cubierto  
Viendo á Roldán, y con mortal congoja  
Al principe de Orange á sus piés muerto:  
Tinta su ardiente espada en sangre roja,



Cabe él Celindos el costado abierto,  
Revuuelto el campo, y sin hallar camino  
Con que atajar su extraño desatino.

Quiso prender el César de su mano  
Al hijo de Milon, y á Montesinos:  
Fue á cometer un nuevo error en vano,  
Y alterar no pensados desatinos:  
Que á defender su senador romano  
Salieron los ejércitos latinos,  
Que allí á su cuenta vienen, y á su mando,  
Que es de la iglesia capitan Orlando.

El soberbio Reinaldos de otra parte  
A Montesinos defender pretende,  
Mas contra todo el campo Durandarte  
A su venganza el grave fuego enciende:  
Hiere, desmiembra, rompe, quiebra y parte,  
Nadie sino es huyendo se defiende,  
Que en la venganza de su muerto hermano  
Cualquier exceso juzga por liviano.

Crece la gente en bandos repartida,  
Arde el furor, y el campo sin caudillo,  
Sin pendon, sin bandera conocida,  
Unos á otros se meten á cuchillo:  
Y ya al vulgo la saña reducida,  
No hay podello aplacar, ni reducillo,  
Que sin saber por qué, de mil maneras  
Sin caudillo pelean, ni banderas.

Ya la primer discordia apaciguada,  
De nuevo otra sin ver por qué se enciende,  
Aquí la gente corre amontonada,  
Acullá en tropas el furor se estiende;  
Todo en confusa guerra marañada,  
Nadie aun su misma pretension entiende,  
Los que dieron principio al civil Marte,  
Ya para apaciguarlo no son parte.

El traidor Galalon, que en pompa ufana  
Ya el general baston del rey tenia,  
Que para apaciguar la furia insana  
Del popular motin dado le habia;  
Con la dignidad nueva soberana  
Vengar propias pasiones pretendia,  
Que quien de la virtud no sigue el bando,  
Para solo hacer mal pretende el mando.

Así el fingido conde de Pontiero  
No el alterado ejército apacigua,  
Ni el fuego que el furor vuela altanero,  
De paz con blandos medios amortigua:  
Mas para ocasionar su ánimo fiero  
A cruel venganza en su pasión antigua,  
La injuria le refresca mas liviana  
Que a la real sangre debe de Mongrana.

Y ciego en sus confusos desatinos,  
Cercado de diez condes de Maganza,  
Para prender al noble Montesinos  
Por el revuelto ejército se lanza:  
Cuando el hijo de Amon, que en Baldovinos  
Iba á tomar de su traición venganza,  
Sin pensar le encontró, y de un altibajo  
Al yelmo de oro echó el plumero abajo.

«Bien sabes, dice, ó magancés valiente,  
Mejor que ahora el corte de mi espada,  
Cuando por tu mordaz lengua á tu frente  
Esa divisa le dejó estampada:  
Con ella vengué á Orlando mi pariente,  
Y á su madre dejé desagraviada,  
A quien tú con embustes peregrinos  
Madre quisiste hacer de Baldovinos.

El no vengó por no perder su afrenta,  
Yo si que estoy á estas venganzas hecho,  
Desde que en juventud, de honor sedienta,  
A tu hermano pasé el alevé pecho,  
Porque con lengua quiso alharaquenta  
De mi madre infamar el casto lecho,  
Y haciéndose mi padre á su albedrío,  
Desheredarme del valor del mío.

Mas no quedó la injuria sin castigo,  
Que su lengua en la punta de mi lanza,  
A todo el mundo universal testigo  
De su delito fue, y de mi venganza:  
Degollé á Bertolage, que conmigo  
A probar se atrevió el brio de Maganza,  
Y á Naymo, y á sus hijos en persona  
Vivos los abrasé, y quité á Bayona.

Tú, maquinante esfera de traiciones,  
No sabes mas, que en hábito encubierto  
Mi estampa dibujar por los cantones,  
Cuando la fama finge que soy muerto:  
Yo, traidor, no me valgo de ficciones,  
Que en tu vil rostro pinto al descubierto  
Retratos de quien eres, como ahora  
Si aguardas, que es mi espada gran pintora.»

Dijo, y á fenecer lo comenzado  
Con paso arremetió y brazo furioso,  
Mas el cobarde conde amedrentado  
Atrás revolvió el suyo presuroso;  
En tanto el escuadron alborotado  
Sin orden en su brega ni reposo,  
En diferentes bandos repartido  
Con triste suena y bárbaro gemido.

De la horrible discordia el fiero estrago  
Mientras mas va con mas rigor crecia,  
Hecho de roja sangre el campo un lago,  
Que un mar, si hay mar de sangre, parecia:  
Cuando de un negro cielo el turbio amago  
En densa nube ató el medroso día,  
Derramando de rayos, agua y truenos,  
Nuevo diluvio sus preñados senos.

Del turbio cielo la áspera cortina  
Ponerles pudo en el herir sosiego,  
Su tormenta dió paz á su mohina,  
Su agua apagó de la discordia el fuego,  
Que á huir del celestial rigor camina  
El que se halla en cólera mas ciego:  
El sabio Malgesí con este medio,  
Adonde no le habia dió remedio.

Quedó así el francés pueblo destrozado,  
Y tan sin gusto el César desabrado,  
Por ver del agorero sueño el hado  
Tan presto en todo su rigor cumplido  
Muertos de los mejores de su estado  
Dos príncipes, el campo consumido,  
Que las fiestas dejó, y por estatuto  
El alegre aparato trocó en luto.

Y á concertar los graves desconciertos  
Del presente desman ocasionados,  
Hacer el sentimiento por los muertos  
Debido á su grandeza y sus estados,  
Aparar los rencores descubiertos  
La corriente volvió de sus enuidados,  
Y á su lugar la alegre paz perdida,  
Sin quien ni el rey ni el reino tienen vida.

Y esto en prudente traza y fiel recato  
A conveniente ejecución venido,  
Y en su afable amistad y primer trato  
El antes ciego campo reducido,  
Y en la sangrienta quiebra del rebato  
De nueva gente el escuadron tejido,  
Sin sombra del pasado enojo y saña,  
Marchar el real clarín convida á España.

No se le concedió contra Oliveros  
El campo á Montesinos que pedia,  
Por no volver la guerra á los primeros  
Riesgos, y al fuego en que primero ardía  
La pasión sola de los dos guerreros  
En la general paz no entró aquel día,  
Sola esta causa en el silencio mudo  
Del conformar placer caber no pudo.

Que de Grimaldo el valeroso hijo,  
Cuya sangre hervir su pecho siente,  
Vuelto contra el traidor Rangorio, dijo

(El César y su ejército presente):

«No hay término de tiempo tan prolijo,  
Que los días no le abrevien la corriente,  
Ni venganza de un ánimo cobarde,  
Que no sepa llegar por mas que tarde.

Yo me parto, Oliveros, á esperarte  
A España, adonde vas, y adonde quiero  
No seguir de las dos ninguna parte,  
Hasta ponerte ante mis pies primero:  
Y despues que rescate con matarte  
Mi vida del dolor en que ahora muero,  
Mi libre espada seguirá el partido  
De quien mejor la hubiere merecido.»

Dijo, y dando la vuelta en brio gallardo  
Suspense dejó el campo belicoso,  
Y en grave contoneo y paso tardo  
Volvió á Navarra el pecho victorioso,  
Donde el reto cumplió con el resguardo  
A su pacto debido generoso,  
No siguiendo en la una ni otra parte  
De Francia ni de España el estandarte.

Hasta que en la batalla de la sierra,  
Donde Leon humilló de Francia el brio,  
A su alevé contrario en dura guerra  
La palabra cumplió, y el desafío:  
Y dejando el difunto cuerpo en tierra,  
El rojo rastro de un sangriento rio,  
Siguió del caro primo Durandarte  
De una montaña por la inculpa parte.

Donde al querido cuerpo desangrado  
Por su mano arrancó del pecho abierto  
El tierno corazón enamorado  
Antes de vida que de amor desierto,  
Que á su amada Belerma el primo amado  
Restituir mandó despues de muerto,  
Y él tras el riguroso sacrificio  
De legado leal hizo el oficio.

En tanto el campo, tremolando al viento  
Los victoriosos estandartes, llega  
Del Pirineo al abrasado asiento,  
Y al seno hermoso de una fértil vega,  
Donde la nueva fama ciento á ciento  
Las libres lenguas con fervor despliega,  
Sembrando en cuanto España tiene vida  
Del enojado campo la venida.

Crece su honor, y en lisonjero labio  
Sus antiguas victorias engrandece,  
Que piensa que es hacer al rico agravio,  
Si el viento con sus cosas no ensordece:  
Mas el augusto rey en pecho sabio  
Todo lo mira, y todo le parece  
De riesgos lleno, y por si alguno hubiere  
Hacer reseña de sus campos quiere.

Mas mientras el pomposo alarde pasa,  
Y el campo crece en aparato y gente,  
Y de Gaseña á la campaña rasa  
Marchando llega, y sus frescuras siente,  
A los que en Libia el canero ardiente abrasa,  
Y el fiero brazo de un jayán valiente,  
La portentosa novedad me obliga,  
Que solo el vuelo de su espada siga.

Despues de las tragedias de Granada,  
Que en otro tiempo contará mi pluma,  
Ferraguto á la Libia fue abrasada,  
Y allí surgió en herviente y blanca espuma;  
Cuando Biserta vió de gente armada  
En su seco arenal crecer la suma,  
Y al ronco son de la española guerra,  
Al crespo mar bajar la ardiente tierra.

Sulemán, que por muerte de Agramante  
Del grave imperio el cetro real tenia,  
Y en deseos de vengar su alma arrogante  
Contra el pueblo francés de nuevo ardia:  
Desde el Nilo sin fuente al mar de Atlante;  
Y de la alta Etiopía á Beberla,

Al pie de su estandarte, en ira y celo  
Lo mejor convocó del libio suelo.

Surgió el gallardo hijo de Lanfusa  
Junto á Biserta al desbravar de un rio,  
Donde entre un fresco mirto vió reclusa  
La perseguida Angélica sin brio:  
Triste, acosada, del rigor confusa,  
Con que de un cruel planeta el desvario,  
De un mal en otro mal la arroja y sigue,  
Y en mar y en tierra la halla, y la persigue.

Y aunque de pena y miedo demudada,  
El lugar nuevo, y la pasada ausencia,  
Pudieran en el moro dar trocada  
La dama en no pequeña diferencia;  
Apenas vió de la beldad amada  
El bulto alegre, y la imperial presencia,  
Cuando en su alma aclaró la luz del fuego  
Que en Francia se encendió, y le dejó ciego.

Y cual presto neblí al veloz señuelo  
Con que la blanca garza le acodicia,  
Los aciones dejó, y se arrojó al suelo  
En cortesano término y caricia:  
Quiso medrosa huir de su recelo,  
Y el ya trocado moro la acaricia,  
Dándose á conocer con larga historia,  
Si en una ingrata puede haber memoria.

Contóle tanto al fin, que en brio lozano  
Aire le dió de sus pasados gustos,  
Y el tiempo alegre que por Francia en vano  
Brazos la celebraron tan robustos:  
Vió pasada la flor de aquel verano  
Acabados sus gustos y disgustos,  
Y otros que dieron ya con sus proezas  
Asonbro al mundo, y fama á sus bellezas,

Muerto el leal Sacripante, el rey Gradaso,  
El soberbio Agrican, el fiel Rugero,  
Y del hijo de Amon el fuego eseo,  
En quien principio dió su amor primero,  
Y el que en el rojo Oriente y pardo Ocaso  
Su amparo fue, y galán mas verdadero,  
El príncipe de Anglante ya en su acuerdo,  
De loco vuelto, como de antes, cuerdo.

Todo esto á la mudable fantasía  
La vista dió del conocido moro,  
Y á la dulce memoria el primer día  
Que amor le abrió á las glorias de Medoro,  
Cuando en su regalada compañía  
Volvió al Oriente sus matices de oro:  
Causóle soledad, y al largo tiro  
De su discurso remató un suspiro.

Y vuelta al moro: «salvo, dice, sea  
Mi honor contigo, oh capitán valiente,  
Como en heróico amante, en quien se vea  
Que en tu leal pecho amor no fue accidente:  
Una honra te encomiendo, que desea  
La hagas propia, y á mi patria y gente,  
Deste país y la aspereza suya,  
Cual promete tu fe, me restituva.»

Dijo, y al moro con su alegre vista,  
Del renovado amor la antigua llama,  
Olvidar le hizo á España, y su conquista,  
Al rey Marsilio, y de su honor la jama:  
Y sin que en darse dude, ni resista,  
Todo se entrega á la extranjera dama,  
Libre persona, y salva compañía,  
Hasta los reinos donde nace el día.

Y sin pensar de allí embarcarse luego  
Quiere con la que reina en el Oriente,  
Que es amante novel, y el dulce fuego,  
Ni mas discurso ni razon consiente:  
Es inviolable ley de amor un ruego,  
El dejar la ocasión, lance imprudente,  
Y el dilatar en vano su deseo,  
Perder el gusto, y no gozar su empleo.

En esta nueva traza, ó loco antojo,



El ciego amante con su dama estaba,  
 Cuando de un cruel dragon con el despojo,  
 Sobre el diestro hombro la acerada clava,  
 Hecho un áspid de Libia pardo y rojo  
 Morgante al río de un peñol bajaba,  
 Deslumbrando en su luz la vista al moro  
 Con las escamas y las grevas de oro.

En igual ademán al sabio hermano  
 De Europa bella, en hórrida serpiente  
 Al medio convertir el fértil llano  
 De Acaya vió la escama reluciente:  
 Y el jayan fiero en su victoria ufano,  
 Pasar quiere también la siesta ardiente  
 A la sombra del álamo, y al frío  
 Que el aire sube del profundo río.

Llegó, y aunque de paz venia, al punto  
 Que los risueños ojos de la dama  
 En los suyos tocaron, y un trasunto  
 De beldad vió en los rayos de su llama,  
 Lleno de amor y celos todo junto  
 En su bárbaro pecho gime y brama,  
 Que ahora por propiedad, ó por antojos,  
 Nadie libre quedó, si vió sus ojos.

Y vuelto al moro: «esta doncella, dijo,  
 Quiero yo para mí, y aquesto baste;»  
 Mas de Lanfusa el arrogante hijo,  
 Ya enfadado que el bárbaro contraste  
 Lo sea de su nuevo regocijo,  
 Y en guerra quiera y disension se gaste,  
 Del feo dragon en la luciente cresta  
 La espada á su demanda dió respuesta.

Sintió Morgante el golpe, y el estorbo  
 De conseguir su gusto, y con la clava  
 Del reforzado alfanje el filo corvo  
 Resiste y templea con violencia brava:  
 «Si yo, le dice, tu contento estorbo,  
 La culpa sea de amor, que mi alma agrava,  
 Que para mí no hay Dios, ni ley, ni justo,  
 Ni mas regla en el mundo, que mi gusto.»

Y con otra igual furia que su antojo,  
 Un golpe, y otro, y otro dobla y carga,  
 La ira crece y furor, crece el enojo,  
 Y al breve gusto la batalla larga:  
 De la encantada sierpe el fiel despojo  
 Ceñido hace el jayan segura adarga,  
 Y al moro antiguo en brega tan confusa  
 Los reforzados cercos de Lanfusa.

La perseguida Angélica, que el fuego  
 De la ardiente discordia vió encendido,  
 Y que entre un riesgo y otro su sosiego  
 De temor y esperanza está metido,  
 Sin aguardar el fin confuso y ciego  
 Que le dé la fortuna del vencido,  
 Por árboles y matas encubierta  
 Escondida se fue, y se entró en Biserta.

Las dos serpientes, que en saña y en figura  
 De la revuelta lucha y devaneo,  
 En nudo estrecho, y en lazada obscura,  
 Horrible hacen y nuevo caduceo,  
 Uno el alfanje mueve sin cordura,  
 Otro la clava en bárbaro rodeo,  
 Y ciegos de pasión los varios modos  
 Que saben de matar, los prueban todos.

El moro ardiendo en belicosa saña  
 Su gloria mira sin pensar perdida,  
 Tan altivo el jayan, y él tan sin maña,  
 Que aun no le ha dado la primer herida:  
 Y el fiero corzo, que á buscallo á España  
 De Cirno hizo la infeliz salida,  
 A conocerle allí, ninguna suerte  
 De encanto le escusara de la muerte.

Que á un fiero golpe de acerada maza,  
 Que al yelmo ardiente y al escudo fino  
 De lleno le acertó, á la verde plaza,  
 Cual duro roble destroncado vino:

Cayó, y no se detiene ni embaraza  
 En ver si es vivo ó muerto el sarracino,  
 Que cual león libio entre una y otra palma  
 En busca va de quien le lleva el alma.

Y á vista de los muros de Biserta,  
 Tras las señas del rastro de su dama,  
 Furioso descubriendo iba la puerta,  
 Que en lengua suya de la Mar se llama;  
 Cuando de luto y de beldad cubierta,  
 Entre una divisó y entre otra rama,  
 En son de presa una mujer gallarda,  
 Con diez armados hombres en su guarda.

Sobre un morcillo palafren asoma  
 De tela de oro negra encubertado,  
 Y en otro igual una enlutada poma,  
 Funesta urna infeliz de oro nielado:  
 Y al verde pié de la pequeña loma  
 Con diez riñendo un caballero armado,  
 Que en el arnés, y en el escudo antiguo,  
 Halló las señas del perdido amigo.

Era el persiano rey, que en seguimiento  
 De la misma hermosura que él venia;  
 Y la que en luto llora su contento,  
 Su muerta libertad, y su alegría,  
 La bella Arlaja, que el rigor del viento,  
 Y su desgracia, allí la arrojó un día,  
 Y ahora á embarcarse al puerto de Biserta  
 Iba forzada, y de dolor cubierta.

Admiró el nuevo luto al rey persiano,  
 Y por librar á la afligida infanta,  
 Con su atrevida espada en medio el llano,  
 Unos rinde feroz, y otros espanta:  
 A este, al otro, y aquel hiere lozano,  
 Y á todos en braveza se adelanta,  
 Cuando en su ayuda entró el jayan valiente,  
 Cual por seco rastrojo rayo ardiente.

Salen en tropa á defender su intento  
 Los que de afuera en guarda de la dama  
 Antes eran notando el firme aliento  
 Del rey, fieles notarios de su fama:  
 Baja en rocío cruel humor sangriento  
 Del verde prado á la sedienta grama,  
 Pagando en muerte el de mayor ventaja  
 El tierno llanto y suspirar de Arlaja.

Y ella ya libre del poder tirano  
 En la ancha boca de una cueva obscura,  
 De un fresco mirto entre el verdor lozano  
 Escondida dejó su hermosura:  
 Con la urna de oro en la pesada mano,  
 Que por mayor martirio y mas segura  
 Consigo la llevó, donde enterrada  
 Quedó del miedo y pena desmayada.

En tanto los gallardos dos guerreros  
 Ningun honrado dejan con la vida,  
 Que solo el diestro huir sus golpes fieros  
 Tiene, y no otra defensa su herida:  
 Cuando uno que quedó de los postreros,  
 La honra en cobarde miedo convertida,  
 Determinó salvar con piés livianos  
 La vida, que no puede con las manos.

Mas el feroz jayan, que le es camino  
 Seguir al que le huye á poco trecho,  
 A un golpe que á traición le dió, convino  
 Quedar una espantosa pasta hecho:  
 Y el rey persiano por el bosque á tino  
 En busca entró del afligido pecho  
 De Arlaja, que anegada en tierno llanto  
 En lo espeso la halló del mirto santo.

Volvió en su acuerdo la turbada mora,  
 Y en lagrimosos ojos, y voz nueva,  
 «¡Ay Dios! dijo ¡mi bien no estaba ahora  
 Conmigo junto en esta obscura cueva?  
 Mas ¡ay cruel hado! ¡suerte burladora!  
 ¡Agüero triste, que á morir me lleva!  
 Ya veo que aquí, ó en otra gruta obscura,

Nuestro tálamo hará una sepultura.

Sola una alma nos dió, sola una vida,  
Llena de amargo azar la infeliz suerte,  
Si está en dos tristes cuerpos repartida,  
Vuelva lo que apartó á juntar la muerte:  
¡Oh rey valiente! sangre esclarecida  
Del divino Agrién, y Ciro el fuerte,  
Así en años y siglos no veloces  
El alto fin de tus intentos goces,

Que por postrer favor, y último ruego,  
Aquí me otorgue ese tu brazo altivo,  
Que las frias cenizas de aquel fuego,  
Que á mi alma dieron luz mientras fue vivo,  
Y á esta urna triste puso un rigor ciego  
Por sola culpa de mi hado esquivo,  
En un sepulcro gocen de un reposo,  
Pues no alcanzaron lecho mas dichoso.»

Dijo, y en la ansia, y la color difunta,  
Una, y otra y mil veces se desmayó:  
El generoso rey, que ya barruntó  
El triste golpe que á morir la ensaya,  
Entre un consuelo y otro le pregunta  
De su amante el suceso, y quien les haya  
Perturbado su bien; la bella Arlaja  
Así en voz respondió turbada y baja.

«Luego que entre la furia de los vientos  
Tu ausencia nos dejó, y el gran Bernardo,  
Y por los dos confusos elementos  
Haciendo fuimos al morir resguardo,  
En diez dias, entre montes turbulentos  
De un fiero cierzo el huracán bastardo  
Nos arrojó en la playa de Biserta,  
En triste estrella y punto descubierta.

En lugar de Agramante, que en batalla  
Murió á los piés del senador romano,  
Reina Sulmán, que de mi padre Abdalla  
Sobriño es, hijo de Sulmán su hermano:  
De mi tragedia aquí para cortalla  
La triste hebra guió el hado inhumano,  
Y la fortuna teatro doloroso  
De su muerte trazó á mi caro esposo

De los peñascos que en la costa brava  
Al mar rompen los ásperos espejos,  
Nuestro bajel que en ellos se anegaba  
Flores juzgó los gajos mal parejos:  
Y el torpe vulgo, que en la playa andaba  
Al robo atento, viéndonos de lejos,  
Al despojo corrió en furor de guerra,  
Bárbara usanza desta ingrata tierra.

Fue la asaltada nao en mil escesos  
Saqueada de los fieros nasamones,  
Y al rey mi esposo y yo traídos presos,  
O por despojo, ó por preciosos dones:  
Sulmán, que de los trágicos sucesos  
Tenia ya de Valencia relaciones,  
Y la muerte que al príncipe mi hermano,  
Mas le dió mi desdicha, que otra mano;

Viédome en su poder, la culpa mía  
¡Ay cielos! en mi mal logrado esposo  
Vengar quiso el cruel, porque hacia  
En dos el fiero golpe mas vistoso:  
Quemarle vivo en el siguiente día  
Mandó, y en un retrete tenebroso  
Muerto le halló en la cárcel la sentencia,  
Que el dolor le mató, ó mi triste ausencia.

Y el frio cuerpo, en la hoguera roja  
Ya en cenizas estériles trocado,  
A esta urna triste, y mi mortal congoja,  
Por tormento mayor fue encomendado;  
Y hoy en funestos hábitos me arroja  
Su feliz reino al mio desdichado,  
Porque el padre ofendido laga en mi vida  
A su antojo venganza mas cumplida.

A esto, señor, esos soldados fieros  
Que tu espada venció venian conmigo,

Y estos son de mis ansias los postreros  
Lances que debo al tiempo mi enemigo:»  
Así en roto gemir, males enteros  
La triste Arlaja cuenta al persa amigo,  
Cuando un asombro y maravilla nueva  
Temblando el mirto se mostró en la cueva.

En la una mano una desnuda espada,  
En la otra un claro y relumbrante escudo,  
Pálido el rostro, la color turbada,  
Gundémaro salió de armas desnudo;  
Y viendo al persa con su Arlaja amada.  
Suspendió el paso embelesado y mudo  
De hallarla en tal lugar, y el luto triste  
Que el cuerpo al parecer y el alma viste.

La mora que le vió, del lago Averno  
A llamarla creyó que se volvía,  
Y con intrépida alma, y amor tierno,  
«Ya voy, mi bien, ya voy tras tí, decía:  
Solo el no verte tengo por infierno,  
Que este cielo será en tu compañía,  
Y el muerto corazon en solo verte  
Vida tendrá en los reinos de la muerte.»

Dijo, y con brio y ánimo arrojado,  
Que el vivo fuego del amor la lleva,  
Al brazo alegre de su esposo amado  
Ciega se arroja en la profunda cueva:  
Quedó el persa del caso embelesado,  
El español con la esperiencia nueva  
De hallarse en brazos de su dulce amiga,  
Ni sabe qué se entienda, ni qué diga.

Mas cuando vueltos del primer espanto  
En estado se ven tan diferente,  
Y en la tragedia de su amargo llanto  
La accion trocada en el placer presente,  
Y que su error ha hecho el cielo santo  
Bienes, hijos de un mal solo aparente,  
Con nuevo amor, y alegres sentimientos,  
El parabien se dan de sus contentos.

Y el rey persiano con la hermosa Arlaja,  
Despues de haber á su leonés contado  
Del grave riesgo la mortal baraja  
En que el engaño puso su cuidado,  
¿Cómo ahora la fortuna en tal ventaja  
Sus favorables brazos ha trocado?  
Alegre les pregunta, y ¿de qué suerte  
Origen tuvo su fingida muerte?

Quando del real alcázar, cuyos muros  
Aun daban sombra al bosque comarcano,  
Arma oyeron tocar, y con obscuros  
Acentos engrosarse el aire vano:  
No tienen ya los mirtos por seguros,  
Ni el detenerse allí juzgan por sano:  
El gallardo Guzman al caso incierto  
Del fino arnés se armó de un hombre muerto.

Y amparándose mas con la espesura  
De la ciudad se apartan sin provecho,  
Mientras la sombra de la noche obscura  
Al mundo entolda su estrellado techo,  
Buscando para el mar senda segura;  
Mas la lóbrega selva, y bosque espeso,  
Los briosos caballos les enfrena,  
Y el cielo esconde, y de la mar la arena.

Ya el carro de oro señalaba al cielo  
El medio curso de la noche muda,  
Y en su quietud mayor el muerto suelo  
Al dulce sueño con silencio ayuda;  
Quando entre riscos, breñas y recelo,  
De una alta loma la enchilla aguda  
La mar les descenbró, y el anejo puerto,  
De sorda grita y confusion cubierto.

Vieron por él en tristes luminarias  
La pingüe brea arder de los navios,  
Subiendo al cielo entre cometas varias  
De su humo en vellon bultos sombríos;  
Por la playa correr gentes contrarias,

Tejidas en confusos desvarios,  
Unos por huir del fuego á la agua fria,  
Y otros por apagar el que ya ardía.

Los dos guerreros con la hermosa dama,  
Validos del favor del aire obscuro,  
A un capitan, que con su gente y fama  
Hacer parece al mar campo seguro.  
Del claro incendio, y la grasienta llama,  
Que alegre hierve en el breado muro,  
¿Quién la sembró? preguntan, y el pagano  
Así en estilo respondió villano:

«¿Vosotros por ventura sois nacidos  
De las incultas rocas desta sierra,  
Que solos ignorais los nunca oídos  
Destrozos desta estraña y nueva guerra?  
¿O sois á dicha en compañía venidos,  
Del que en la mar ardiendo y en la tierra,  
A sus victorias y obras temerarias  
Tan crueles deja y tristes luminarias?»

Daos á prision: sepamos ¿á qué parte  
Del mundo vais? ¿quién sois? ¿de qué naciones?  
¿Y si en quitar acaso fuisteis parte  
Hoy una infanta á treinta Nasamones?»  
Dijo, y cuando el leonés, que hecho un Marte,  
Como español escucha sus razones,  
Como español tambien en la respuesta,  
Mas que la lengua, fue la espada presta.

La mano que le fue á tomar la rienda,  
Para della prendelle, le echó al suelo;  
Y en fiero asalto, y lóbrega contienda,  
A unos heridas da, y á otros recelo:  
La ciega noche una batalla horrenda  
Del nuevo hizo y mal fundado cielo,  
Y el daño hecho en la cobarde gente,  
De mayores recelos el presente.

Los dos por no perder la bella Arlaja,  
En defenderla, y defenderse atentos,  
A unas rocas que el mar de espuma cuaja  
Cuando le alteran con soplar los vientos,  
A espacio se retiran con ventaja,  
Y del áspero risco en los asientos,  
Por donde el mar sus ásperas alcobas  
De marisco le viste, y verdes ovas.

Un barco vieron suelto, y que la gente  
Que en él ha de ir se embarca con recato,  
Al tiempo que la aurora en el Oriente  
Labraba en oro el día su retrato:  
Zarpaban ya del ancla el corbo diente  
Por hacerse á la mar, cuando el rebato  
Sobre ellos arrojó á los guerreros,  
Menos seguidos ya, y con menos fieros.

Gundémaro que halló el batel á punto,  
Por medio el crespo mar metió el caballo,  
Hasta llegar de su bauprés tan junto.  
Que á su satisfaccion pudo abordallo:  
Cuando en la popa vió el bello trasunto  
De Zoraida y su amigo, y fué á abrazallo  
Quitado el yelmo, y dellos conocido,  
El dudoso placer salió cumplido.

Supo allí el rey que Angélica la bella  
Huyendo va en ligera fusta á España  
De un jayan espantoso, que por ella  
Mortandad en Biserta ha hecho estraña,  
Donde al persa feroz para ir á vella  
Con esperanza nueva amor le engaña,  
Y ya en un barco todos, y un intento,  
Las anchas velas dan al fresco viento.

Preguntó el rey al noble Floridano  
De la huida de Angélica el motivo,  
¿Quién el bulto persigue soberano?  
Ó ¿por qué culpas se le muestra esquivo?  
«No es, dijo, el español pecho inhumano  
Arma arrogante, ó gusto vengativo,  
Quien la sigue es amor, la dulce guerra  
Que hacen sus ojos la echan de la tierra.

¿Quién la sangrienta trápala y ruido  
Que ayer por su ocasion se vió en Biserta  
Contar cual fue sabrá? ó ¿cuál ha sido  
Del grave daño la ocasion mas cierta?  
Después que presa en el jardin florido  
De Alcina fue en su insula encubierta  
La Angélica beldad, y ante tus ojos  
De un corsario feliz ricos despojos,

Y después que en la mar la noche obscura  
Su vista nos quitó, y ofuscó el tino,  
Y al perderse la luz de su hermosura  
La bonanza perdimos, y el camino,  
Llevados de una en otra desventura  
No vimos mas su bulto peregrino,  
Hasta que ayer tras su fortuna incierta  
Huyendo de un gigante entró en Biserta;

Y de allí en un bajel, que en aquel punto  
A la vela salía, voló á España,  
Cnando el jayan llegó, que era un trasunto  
Del ciego infierno en la braveza y saña:  
Como toro feroz á un pueblo junto  
En barreado coso, ó en campaña,  
Solo arremete, y solo hace calle,  
Pueblla barreras, y despueblla el valle.

Así, él siguiendo de la bella dama  
El fresco rastro, entró en el pueblo moro  
De una serpiente armado, cuya escama  
De una en otra se engaza en nudos de oro:  
El turbio Egeo cuando en torno brama  
De Aulide al risco con hervir souoro,  
Ni en braveza se muestra tal, ni tanta,  
Ni mas á quien su furia mira espanta.

De horrible vista, de cabello yerto,  
De secos labios, de sangrientos ojos,  
De negro polvo y de sudor cubierto,  
En ronco aliento, respirando enojos,  
Cansado el cuerpo del camino incierto,  
Mas no el alma feroz de sus antojos,  
Que al fin sabroso, donde ufano mira,  
Con mil rayos de honor y amor respira;

Y como no halla á quien siguiendo viene,  
Bramando pide á voces la doncella,  
¿Quién, cuándo, cómo, adónde está, y la tiene  
En guarda oculta, ó sabe nuevas della?  
Ni aquí ni allí se pára ni detiene,  
Que rabioso por vella, y por no vella,  
La ardiente clava con furor violento  
Uno y otro abaraja, treinta y ciento.

En la plaza á la tropa de la gente,  
Que quiso por su mal tomarle el paso,  
Vuelto en el talle y el furor serpiente  
Destrozo hizo horrible, y cruel fracaso:  
Armas, huesos y carne, pecho y frente,  
Aplasta, muele, amasa, y no da paso  
Que alguna vida misera no cueste,  
Matando al uno, al otro, á aquel y á este.

A Cardel, de la reina Zaida hermano,  
En el herir y en el tañer maestro,  
Con un golpe mató, y de otro á Uliano,  
En jugar y en hacer caballos diestro:  
Y entre un confuso vulgo, el brazo insano,  
A un cabo y otro, á diestro y á siniestro,  
Espantosas heridas da y revuelve,  
Y mil por una que recibe vuelve.

Cual de Hircania en las ásperas montañas,  
Tigre de pecho, y lomo remendado,  
De dulce sangre hambriento entre espadañas  
La vista asombra del vecino prado:  
Huye en tropel confuso á las cabañas  
El fiel pastor, y el tímido ganado,  
Y él harto de matar, ardiendo en zelo,  
De sus sangrientas garras lame el pelo.

Así el jayan la tímida manada  
De humildes moros por delante lleva,  
La plaza y la ciudad alborotada,

En quien los golpes de su clava ceba :  
Acomete la real puerta dorada  
Del alcázar, adonde en furia nueva  
Haciendo entra en sus guardas y porteros  
Espantoso destrozo, y golpes lieros.

Tocan arma en las torres, y el rebato  
Suena por la ciudad con ronco estruendo :  
Corre la gente en tropa, y con recalo  
Unos aquí y allí, todos huyendo :  
En vista y hechos un cruel retrato  
De la furia mayor, dando y sufriendo  
Mortales golpes, la mejor adarga  
Hace á los suyos el que mas se alarga.

No en barreado coso toro altivo,  
Que nunca al corvo yugo ató la frente,  
Con mas furor se arroja al curso vivo,  
Con que dél huye la plebeya gente ;  
Ni del confuso vulgo fugitivo  
De mas tiros, ni en priesa mas ardiente  
Le acosan y le pican, que en mil modos  
Desde afuera al jayán combaten todos.

Cien espadas le hieren, y otros tantos  
Tiros repara en el valiente escudo ;  
Y él, sin dar paso atrás, rompe por cuantos  
Barreras le hacen con su acero agudo :  
Lleno el alcázar real de muerte y llantos,  
Y el fiero monstruo, de piedad desnudo,  
Cruel, cuando le falta gente, enclava  
Por cimbrias de oro la espantosa clava.

Del duro mármol las columnas bellas,  
Con sus grabados techos de oro abiertos,  
Que en ricos cuadros gozan por estrellas  
Retratos vivos de sus reyes muertos,  
Destroza, rompe y da, y entre ellos y ellas  
Caen, de su antigua magestad cubiertos  
Blasones, que del tiempo en la cruel llama  
Ya fueron salamandras de la fama.

Con las torres enteras caen los muros  
A sus soberbios piés, y en rabias ciego  
Por no hallar á quien busca, en los oscuros  
Desvanes siembra del alcázar fuego :  
Arde el cedro oloroso, arden los duros  
Cuadros de alerce, y al furioso entrego  
De la llama, molduras y artesones  
Caen en blanca ceniza hechos carbonces.

Creció el viento, y el fuego á las estrellas  
En resonantes globos se encarama,  
Escupiendo al subir vivas centellas,  
Que de nuevo al caer crece la llama :  
Arden las altas bóvedas, y dellas,  
El aire, el fuego á la ciudad derrama,  
Abrasando sus rojos torbellinos  
Del alcázar real los mas vecinos.

Entre esta horrible confusión, huyendo  
El cruel aspecto del feroz gigante,  
El día fué su luz desvaneciéndose,  
Dando la del incendio por bastante :  
Y él al mismo teson que entró saliendo  
De la ciudad al mar llegó triunfante,  
Donde fuego tambien sembró en la flota,  
Y tomó para España la derrota.

Puédeses presumir que tuvo nueva  
De Angélica, y que va en su seguimiento,  
O que algun superior furor le lleva,  
Tras un desesperado fin violento :  
Así el noble español el gusto ceba  
De los que en atencion gozan su cuento,  
Aunque al rey el recelo, y la sospecha,  
Mas las cadenas de su amor estrecha.

Y prosiguiendo el noble Floridano,  
A Gundémáro pide alegre cuenta  
De su prision, y ¿cuándo del tirano  
Libre salió con su afición contenta?  
¿Cómo, y por qué le hicieron muerto en vano?  
A quien él viendo que su Arlaja atenta,

Y el rey lo mismo pide en regocijo,  
Así satisfaciendo á todos dijo.

### ALEGORIA.

El sueño espantoso de Carlo Magno, significa las soberanas inspiraciones con que el cielo procura siempre regir y gobernar el apetito humano. En la discordia del campo francés, se muestran los grandes inconvenientes que trae consigo el haber en una república bandos y parcialidades, y como este es el mas eficaz desman para su destruicion y ruina; y tan poderoso, que si del cielo no viene llovido su remedio, ninguno hay en el mundo que se le pueda dar. Por Ferraguto, que estando para gozar de Angélica, y seguirla, haciéndole compañía hasta su reino, Morgante se lo estorba, dejándole de un golpe sin sentido, significa, que el apetito, estando dispuesto á seguir la virtud, aficionado de su hermosura, á la corriente del río, que es la vida humana, Morgante, que es la voluntad, armada de las armas de la tierra, le desvia de aquel propósito, y deja sin virtud y fuerzas para él; y tras de su desenfrenado antojo pasa haciendo grandes destrozos y desórdenes, sin gobernarse en ninguna cosa por la razón, á quien del primer golpe dejó muerta. Orimandro, que halla á Arlaja en un gran desconsuelo, y la libra dél, significa, que con la luz y favor del entendimiento todas las cosas se componen, y las desgracias se consuelan.

### LIBRO VIGÉSIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Cuenta Gundémáro el extraño suceso, por donde se libró de la prision de Sulmán, rey de Hiserta: el artificioso origen de la ciudad de Granada, y conversion de Estordian en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la gallarda reseña del campo de Francia.

«Es el amor omnipotente y santo,  
El leonés prosiguió, en obras divino,  
Que en liestas suele convertir el llanto,  
Y de fortuna alar el desatino;  
Pues este que en mis causas pudo tanto,  
Tambien en esta pudo abrir camino  
Al bien presente, aunque por varios modos  
De sangre y de dolor sembrados todos.

La reina Zaida, de Sulmán esposa,  
Por sangre igual, ó favorable signe,  
De una fuerza rendida poderosa  
A mi rostro volvió el suyo benigno :  
De mis desdichas, y de mi piadosa,  
El del rey tuvo por castigo indigno  
De los yerros de amor, y con su gusto  
En vano salió el real decreto injusto.

Dió el bárbaro en mi causa cruel sentencia  
Por el robo y la muerte desgraciada  
De mi Arlaja, y su hermano, que en Valencia  
Mas le mató su culpa, que mi espada :  
Que sea quemado vivo en su presencia,  
Y Arlaja en pompa fúnebre llevada,  
Con mis frias cenizas en la mano,  
Por mas tormento al reino valenciano.

La reina, á quien amor el blando pecho,  
O con mi vista, ó mi inocencia pudo  
Darlo de compasión humana hecho  
Al riesgo de mi vida un noble escudo ;  
O por hallar los ruegos sin provecho  
Con el tirano de piedad desnudo,  
O por hacerse dueño por tal via  
Del gusto que en el mío pretendia;

De mi obscura prision fue poderosa  
A darme libertad, hecho un contrato  
Con el alcaide, y una temerosa  
Y no oída invencion por mas recato :  
Un moro, que en la edad poco dichosa  
Era, y en talle y cuerpo mi retrato,  
Dieron en mi lugar á la cadena,

De mas agravios que eslabones llena.

Y luego que en la misera garganta  
Sus vueltas enredó el estrecho nudo,  
A un duro lazo dirón fuerza tanta,  
Que le dejó el espíritu desnudo;  
Y en una liera crueldad que espanta  
Muerto y desfigurado el rostro pudo  
Fingir que yo era el muerto, el que el engaño  
En mi provecho hizo, y en su daño.

Creó la estragema el rey tirano,  
Y la reina en prision mas amorosa  
Algunos dias me entretuvo en vano,  
Tras la esperanza de una fe engañosa,  
Haciendo los favores de su mano  
La triste cárcel menos rigurosa,  
Que cárcel era, y en prision vivía,  
Quien libertad y gusto no tenía.

En una torre altísima, que vuela  
Sobre los muros de un jardín florido,  
Que hace al vecino bosque centinela,  
Y lo mejor descubre de su ejido,  
Con cuidadoso recato y fiel cautela,  
De la piadosa reina entretenido,  
Secreto estuve, y libre del tirano,  
Que hizo el muerto volver ceniza en vano.

De la torre al jardín se descendía  
Por un secreto paso, en cuyas flores  
El amor con sus plumas me escribía.  
De mi querida esposa los primores:  
La reina Zaida aquí tambien venía  
A verme, y en su amor, y sus favores,  
Con mas recelos iba, y con mas tiento,  
Cuanto menos sabia de su intento.

Hasta que su alma al fin quitó el rebozo,  
Y haciendo en los regalos diferencia,  
Que era en ella mostró de verme el gozo  
Ardiente amor, y no benevolencia:  
Pidió el retorno en mí de su alborozo,  
Y el gusto, que no estaba en su presencia,  
Quedó en nuevo cuidado, y por mil vias  
Desvelando á su antojo las porfias.

Prometió darme el reino de Biserta,  
Y á su esposo matar por gusto mio,  
Como en Tripol Geber es cosa cierta  
Ser rey por semejante desvario:  
Mostróme la campaña y mar cubierta  
De armada y fiera gente á su albedrio,  
Y en belicoso alarde en mi presencia  
De su bárbaro imperio la potencia.

Después del campo haré un breve retrato,  
Y del primor con que su alarde hizo,  
Y adonde apunta el bélico aparato  
De aquel soberbio ejército mestizo:  
Cuando diga en qué modo, y cuan barato  
La fortuna estas máquinas deshizo,  
Cuando yo en laberinto tan obscuro,  
Ni puerta podia hallar, ni hilo seguro.

Del real jardín entre una selva inculta,  
Del ancho muro en el cimiento grueso,  
Una espantosa cueva tiene oculta,  
Perdida boca en aquel bosque espeso,  
Donde á gozar del fresco, que sepulta  
En aquella florida cárcel preso,  
Mil ratos me entretuve retirado  
En su alegre frescura, y mi cuidado.

Aquí entre verde grama y nuevas flores  
Un día el dulce sueño en tierno nudo  
Mis sentidos ligó, y de sus colores  
Un gran tesoro me mostró desnudo:  
De rubias masas de oro los mejores  
Rayos de alegre luz, con que ya pudo  
El deseo cautivar, que dió despierto  
Tristes suspiros por el sueño incierto.

Pareció que en los senos de la cueva  
Donde durmiendo estaba le tenía,

Y á gozar dél con gusto y fiesta nueva  
Mi dulce esposa tras de mí venía:  
Mas ya despierto, viendo que se lleva  
Morfeo entre sus alas mi alegría;  
Triste quedé, que en sueño de tal suerte  
Ventura es que el dormido no despierte.

Pasóse este accidente, olvidé el sueño  
En otros pensamientos divertido;  
Mas siempre del tesoro un dulce empeño  
De memoria alegraba mi sentido:  
Siempre que vía de la cueva el ceño,  
Que estaba allí me parecía escondido,  
Aquello mismo que el pincel liviano  
En el alma escribió con débil mano.

Hasta que al fin ayer libre y ocioso,  
No sé de quién, ni cuál furor llevado,  
A buscar el tesoro portentoso  
Por la cueva me entré tras mi cuidado,  
Y de uno en otro paso temeroso,  
De la fortuna y del amor guiado,  
A otro mundo llegué, y en otro mundo  
El bien hallé que gozo sin segundo.»

Así el leonés decía, y al persiano,  
Que con graves cuidados examina,  
Del ejército bárbaro africano,  
El fin que apunta, el blanco á que camina,  
Y qué gente hay en él, el cortesano  
Gundemaro, con lengua y voz divina;  
Así le da razon, y así trasunta  
Del grave alarde la soberbia junta.

«A instancia de Marsilio, que en España  
Tiene la silla real de Zaragoza,  
Llena de armadas gentes la campaña,  
De Biserta sus muros alborozó:  
Teme al francés, sospecha que le engaña  
En la jornada que hace, y que no goza  
Seguridad su reino, si el de Asturias  
Las suyas junta á las francesas furias.

Contra esto se previene, y con Abdalla  
Y Sulmán hecha liga por Valencia,  
Meter quieren su gente, y reforzalla,  
Tal que en Francia no halle resistencia:  
Reprimir al francés, y dar batalla  
A la Navarra, y la leonés potencia,  
Y sacudir de Córdoba con ello  
El duro yugo de su altivo cuello.

Y á todo esto de nuevo se ha juntado  
La sucesion del reino granadino,  
Por un grave rigor de adverso hado,  
Que es de dejarlo en el silencio indino:  
Viene á Sulmán el rico principado  
De la ciudad, que en curso cristalino  
El Darro abraza, si es cual dicen cierto  
Por espantoso modo su rey muerto.

Suceso es raro, bien que sin recelo  
Por verdadero corre en Berbería:  
Divinas obras, que el piadoso cielo  
Al mundo de su eterno brazo envía:  
O sea, ó no sea así verdad, dirélo  
Por las mismas palabras con que un día  
Zayda me lo contó, y á ella prudente  
Galirtos, que lo vió, y se halló presente.

Galirtos, rey de Alora, que pretende  
Serlo tambien del campo granadino,  
Y de la árabe sangre real descendiendo,  
Que á Sulmán á pedirle ayuda vino,  
Por verdad este así dicen que vende  
De Estordian el suceso peregrino,  
Así su muerte cuenta, y deste modo  
El origen tambien del reino todo.

Por festejar al bravo Ferraguto,  
Que á Doralice libertado habia  
De la infame prision de un jayan bruto,  
Granada en fiestas de placer se ardia:  
Alegre el rey, la infanta ya sin luto,

Del muerto Mandricardo, cuando un día...  
¡Oh humanas vueltas! ¿quién la inmortal rueda  
De los hados hará constante y queda?

A hacer de su riqueza y reino alarde,  
Y dar al de Aragon su amada infanta,  
De la Alhambra con él bajó una tarde  
De un real jardín á la florida planta;  
Y por donde mas fresco, y menos arde  
El sol, y mas Generalife espanta,  
A gozar fueron de las flores y aves,  
Suave olor, y músicas suaves.

Cuando por arrayanes y laureles  
De un moral descendieron á la sombra,  
Donde de rosas hecha y de claveles  
El suelo les prestó una fresca alfombra,  
Que en blanda murta, y blancos mirabeles,  
Entregada su belleza asombra,  
Convidando á quedarse por un rato  
Al gusto de aquel cielo, ó su retrato.

Y en agradable suspension metidos,  
Al ruido de una fuente que murmuraba  
De los arpados cantos no aprendidos,  
Que las aves le dan á su hermosura:  
Grande rumor se oyó, grandes ruidos,  
De cajas, grita y voces, que en la altura  
Y techos de oro del palacio suena,  
Retumba el bosque, y el jardín atruena.

Y entre el ronco atambor, y sorda grita,  
Que en bárbaros sonoros instrumentos  
Por la ciudad en música esquisita  
Acordes dan y consonos acentos:  
Así la confusion ataja y quita  
Su melodía á los parleros vientos,  
Que es cuanto suena en rudo desconcierto  
De un tupido rumor estruendo incierto.

Como tal vez debajo el polo helado,  
El Ismaro soberbio y belicoso,  
Atruena en sus banquetes ocupado  
Los collados del Rodope espantoso;  
Y entero un jabalí mal sazonado,  
Medio crudo, sangriento, y asqueroso,  
Brutalmente en las manos despedaza,  
Y tras él colma la espumante taza:

Crecen los humos del calor de Baco,  
Vuélvese horrible confusion la cena,  
Ruedan las tazas, y en el monte opaco  
El confuso ruido de arrias suena,  
Los finos petos del fornido Yaco,  
Y la selva de grita y voces llena,  
Los ecos quiebran por las duras peñas,  
De su imprudente horror bastantes señas:

Así por la ciudad el son confuso  
Se dice que sonó agradablemente:  
Ferraguto ignorante de aquel uso  
La causa preguntó, y el rey prudente,  
A quien en triste suspension le puso  
El ruido alegre que fornió la gente,  
Que aunque fue en otros gustos de alegría,  
En el suyo causó melancolía;

Así tras un suspiro el rostro vuelto  
Al bravo Ferragut dicen que dijo:  
«No hay bien que en mil azares no esté envuelto,  
Ni mal que en el durar no sea prolijo:  
Mil penas en el alma me ha revuelto  
Desta música el breve regocijo,  
Que siempre la memoria del contento  
Es triste soledad al pensamiento.

Ya un tiempo fue, que aunque en menor fortuna  
Gocé mi reino, la quisiera ahora,  
Que los gustos son olas de una en una,  
Y el pasado placer el que se llora:  
Oye, oh valiente, si de parte alguna  
Puedes saber lo que tu gusto ignora,  
Es de mi solo, estáme pues atento  
A cuenta del deleite de mi cuento.

Sabrás mi antiguo origen, y la causa  
De los alborotados instrumentos  
Con que este noble y rico pueblo aplausa  
Ciertos huéspedes suyos mal contentos:  
Hará mi gusto por el tuyo pausa,  
Y los infaustos sin piedad portentos,  
Con su larga espantosa pesadumbre,  
La ocasion te dirán desta costumbre.

Contarte he los principios de mi casa,  
Y desta gran ciudad que ves presente,  
Los caminos por donde tan sin tasa  
En nobleza creció y valor de gente:  
Quien me trajo á estos riscos, en que pasa  
El cristal sobre el oro reluciente,  
Cuento es notorio el mundo su testigo:  
Oye que así pasó como lo digo.

En la parte que de Africa se inclina  
A ver del mar Océano el semblante,  
Y de desnudas rocas la marina  
Llana le ofrece á su furor delante,  
De yertos riscos y árboles se inclina  
Sobre los otros montes el de Atlante,  
Como columna altísima, que el vuelo  
Sustenta de las bóvedas del cielo.

No se solia empuñar tan alto el risco,  
Mientras que Atlante fue en aquella costa  
Rey del mudable pueblo berberisco,  
De tostado arenal y playa angosta:  
Mas cuando vió del fiero basilisco  
La gorgona cabeza hecha aposta  
Para eriar montañas en la tierra,  
Cual hoy está quedó mudado en sierra.

Antes sobre los pinos desta cumbre  
Solia subirse á sustentar el cielo,  
Y cargando en los hombros la techumbre,  
De estrellas aliviar su curso y vuelo,  
Donde Hércules la inmensa pesadumbre  
Sufriendo hizo tal vez gemir al suelo:  
Aquí vuelto Atlas peña eternamente  
Sus orbes fija en la nevada frente.

Perseo, que es del sagaz Mercurio hermano,  
Después que hubo cortado la cabeza  
A Medusa, trayéndola en la mano  
Deste gran rey llegó á una fortaleza:  
Recibióle con término villano,  
Medroso que al jardín de su riqueza  
Hambriento despojase, y del tesoro  
El rico árbol que da manzanas de oro.

Por tan vil presuncion hecho peñasco  
Perseo le dejó, y el rico huerto,  
De un fuerte muro y diamantino casco  
Cercado en torno, y de cristal cubierto,  
Y allí un rojo dragon, que el gran carrasco,  
De las ricas granadas de oro enjerto,  
Con vigilancia eterna guarde y cele,  
Y sin dormir jamás sus puertas vele.

Y consagrado el dios que nació en Creta,  
De allí quedó el jardín florido de oro,  
Con tal virtud y propiedad secreta,  
Que no sea el reino mas que su tesoro:  
En él toda su dicha, esté perfecta,  
Su magestad consista en el decoro  
Que á su sagrado muro se guardare,  
Hasta allí llegue, y en parando pare.

Guardóse por mil siglos inviolable  
La fiel clausura del jardín sagrado,  
Hasta llegar la vuelta inevitable  
De los precisos términos del hado,  
Y del monstruoso pueblo variable,  
De honor el cetro real vino cargado  
A Ormindas, que fue ilustre padre mio,  
Y alma y reino perdió en un desvarío.

De la bella Zegrída, á quien el cielo  
Igual con la crueldad dió la hermosura,  
En los ojos amor labró un anzuelo





Por tropezon del mundo, y su cordura :  
Mi padre á su vejez vio este seuelo ,  
Y el fuego, aunque la yesca no es de dura ;  
En el seco vellon cunde sin tasa ,  
Y toda una centella la traspasa.

Dió él en amor, y en desamores ella,  
Ella en aborrecer, y él en amalla ,  
Mil trazas inventó para vencella ,  
Y ella para no entrar en su batalla :  
Mientras se rinde mas, mas le atropella ,  
Por demás es correr para alcanzalla ,  
Que el desamor los llanos vuelve sierra ,  
Y en gustos encontrados todo es guerra.

De un moro vil, aunque de tierno bozo ,  
Preso su pecho fiel tenia la dama ,  
Sintió el amaute viejo el gusto mozo ,  
Mas ¿ qué no alcanzará á saber quien ama ?  
Lloró celoso el ver que de su gozo  
Dueño sea quien de humilde el suyo infama ,  
Y que ande en competencia, y desamado  
Un rey, con quien no alcanza á ser criado.

Determinó quitarle con la vida  
Al nuevo Adonis el honor de sello ,  
Mas quien granjea el amor por homicida ,  
Ciego y lejos está de merecello :  
Quedó la dama tierna y ofendida ,  
Muerto sin ocasion su amante bello ,  
Aborrecido el rey, y el reino estrecho

De asombros lleno en tan horrible hecho.

Mas ya del todo el apetito ciego ,  
Intentar quiere, ó á querer se esfuerza ,  
Que á apagar ó encender su torpe fuego ,  
Pues no pudo el amor, pueda la fuerza :  
Vióse la dama muerta desde luego ,  
Que aunque no hay quien al alma haga fuerza ,  
Y el rey aun para el cuerpo no la tiene :  
Mirar por él y por su honor conviene.

Y en este noble pensamiento puesta ,  
Al rey que ardiendo ve en amor le pide ;  
Que pues ya en darle está su honor dispuesta ,  
Y el suyo con su ardiente gusto mide ,  
En honra dél una merced honesta  
Le haga, que su antiguo enojo olvide ,  
Y la goce sin él, con tal que sea  
En el rico lugar que ella desea.

El ciego amante, que tuviera á gusto  
Y á dicha darle un largo reino entero ,  
Como lo manda olvida su disgusto ,  
Y en semblante de amor trueca el severo :  
Y el don al parecer templado y justo  
Le otorga, y ella en rostro lisonjero  
Tornando alegre con caricia amiga ,  
Así de nuevo á que lo cumpla obliga.

« Señor, dijo, yo siento que á mi pecho  
El amor de aquel moro tu enemigo ,  
Con encantos le hizo tan estrecho

Un mago asluto que trató conmigo:  
Contra esto hay cierta yerba de provecho  
En este real jardín, que cual lo digo  
El sabio me lo dijo, y que es bastante  
A hacer aborrecer cualquier amante.

Haz por mí, porque yo por ti me esfuerce  
A olvidar lo que ya olvidar querría,  
Que en él, al tiempo que su paso tuerece,  
De la noche huyendo el blanco día,  
Los dos entremos, para que él refuerce  
En nuestro amor con su virtud la mía,  
Y me haga que sola de tu gloria  
Quede, y no de otro rastro en mi memoria.

Y aunque la tierna raíz con que Medea  
Al padre de Jason volvió mancebo,  
A este jardín alegre hermosea,  
Y le sustenta eternamente nuevo,  
Con ella yo también haré se vea  
Tu blanca barba como el rojo Febo,  
Si es de creer que su virtud conserva,  
Y el mundo aun goza tan preciosa yerba.

Darnos ha el árbol de su alegre fruta,  
Por tantos siglos antes no tocada,  
Y la de mi honra entre la yerba enjuta  
Del ramo de oro gozarás doblada:  
No es este antojo petición tan bruta,  
Que no me haya de ser por ti otorgada,  
Esto has de hacer por mí, señor, si quieres  
Mis regalos gozar, y sus placeres.

Mas si gracia me niegas tan menuda,  
Tendré este que amor llamas por antojo:  
Da á lo que pido un sí, no estés en duda,  
Que me es verte dudar notable enojo:»  
Dijo, y todo el semblante alegre muda  
En triste ceño, en blanco el color rojo,  
Con el confuso miedo, ó con la pena  
De la injusta merced de engaños llena.

De Zegrilda la gracia peregrina  
Al rey bastara, sin llegarle el cebo  
De la juvenil virtud divina,  
Que hacer sabe de un viejo un hombre nuevo:  
Darle el jardín abierto determina,  
Y en él buscar el inmortal renuevo,  
Que á un bien tan raro, y gusto de tal modo;  
No es mucho precio aventurarlo todo.

Son la vida y amor de los trofeos  
Humanos las deidades mas pujantes,  
Ante quien quedan los demás deseos  
En su comparacion por no importantes:  
¿Que mucho que ahora hagan devancos;  
Si arrastra cualquier dellos los gigantes,  
Y un viejo amante para un gusto nuevo  
Desea volver, si puede, á ser mancebo?

Determinó, pues se halla enamorado,  
Hacer obras de tal, y darle gusto  
A la que el suyo ha puesto en tal estado,  
Ahora sea justo, ahora injusto:  
Del oculto sagrario reservado  
Libre sacó con ánimo robusto  
Las llaves, cuyo peso soberano  
Jamás antes cargó otra mortal mano.

Y porque el hurto al mundo sea invisible  
Entre el mudo silencio y sombra obscura,  
Los dos amantes al umbral horrible  
Llegan, que habia de ser su sepultura:  
El muro del jardín tembló innovable,  
Y al resonar la hueca cerradura  
De las puertas de bronce en pavor llenas,  
De sus torres llovieron mil almenas.

El lustroso dragon, que puesto en vela  
Al árbol de oro inmenso tiempo habia,  
Que sin ver sueño estuvo en centinela,  
Ya en sabroso sosiego y paz dormia,  
Cuando al sordo rumor despierto vuela  
Con negras alas por la abierta via,

Que al ciego amante la engañosa dama  
A la venganza guia de su fama.

Y en los dos estrenando su veneno,  
Ambos á un tiempo los dejó sin vida,  
Y por el pueblo, ya de asombros lleno,  
Espantosa hace y ciega arremetida:  
Iluyó del viejo Atlante al fértil seno,  
Donde su furia en llamas encendida,  
Así lo alto encendió de la montaña,  
Que de sombra su humo cubrió á España.

Madrugó el sol por ver el ciego estrago  
Que la desencantada sierpe hizo,  
Y en el rey muerto el merecido pago  
Que la dama le dió, y su amor pozizo:  
Al jardín se cayó el muro aciago,  
Y el novelero vulgo antojadizo  
El oro saqueó, y el rico huerto  
El mismo día quedar se vió desierto.

Mas aquel Dios que en él por su decoro  
Claustro secreto á su deidad tenia,  
Los robos castigó, y cobró el tesoro  
Con tristes muertes que en crueldad llovía:  
Nadie sin religion tocó en el oro  
Que á la planta inmortal de luz vestia,  
Que aunque al templo la culpa restituya,  
No pague en infeliz morir la suya.

Hallóse la ciudad de muertos llena,  
De horribles sombras y temor los vivos,  
El reino des poblado, y yo en la pena  
Que podian darme males tan esquivos;  
Cuando un sabio alfaquí, en noche serena  
Contando al duro cielo los motivos  
De sus doradas vueltas, leyó en ellas  
El fin á que nos llaman las estrellas.

Y «huye, me dijo, de la tierra odiosa,  
Que ya aquí el hado el reino y paz te niega,  
Y en procurar ciudad mas venturosa  
Al viento manso y á la mar te entrega;  
Y de esa fruta de oro prodigiosa  
Con una busca la espaciosa vega  
Del rio, que buscando arenas de oro  
Con el suyo igualare á tu tesoro.

Allí al abrir el sol sus rayos bellos  
Sin arar la pondrás en su remanso,  
Y hasta que peines nieve por cabellos  
Deste azote el rigor hallarás manso:  
Allí tendrás alcázares, y en ellos  
Reino seguro y próspero descanso,  
Sin que la pena y el castigo lleves  
Desta culpa común, si alguno debes.»

Dijo, y con la dudosa profecía  
Habla y alina huyó del cuerpo muerto,  
Y yo entre tantos miedos otro día  
Con mis gentes bajé al vecino puerto:  
Junto á la playa un bosque espeso habia,  
De grama todo y de arrayán cubierto,  
Adonde con humildes sacrificios  
Los dioses intenté de hacer propicios.

Sentados de la selva en lo mas llano  
Siete lucidas vi abultadas peñas,  
Y en la mayor de todas de mi mano  
Hacer quise un altar entre las breñas:  
De una pesada aluádana lozano  
El peso alcé, y á las primeras señas  
De querer hacer golpe el pardo risco,  
Temblando comenzó á mostrarse arisco.

Y una voz, que aun ahora en los cabellos  
Su horror siento, sonó, que así me dijo:  
«Deja de herir los montes, á mí en ellos,  
Oh tú, del ciego Orminda incauto hijo:  
Deja el inútil campo, que á los bellos  
Del claro Darro harás curso prolijo,  
Y en los tiernos cristales de su orilla,  
De hermosura la octava maravilla.

En estas siete peñas convertidas

Dejó del fiero Górgon la cabeza,  
De Atlas las siete nietas conocidas  
Entre los astros con mayor belleza:  
Estas sus carnes son endurecidas,  
Huye de hacer agravio á su entereza,  
Que esta tierra de hoy mas á tus intentos  
Llena de horror está, toda es portentosa.»

Dijo, y como arrojado con las manos  
Del riguroso hado el puerto dejó,  
Y con mis temerosos africanos  
En cuatro naves por el mar me alejo,  
Por donde entre arrecifes y pantanos,  
Siguiendo de los cielos el consejo,  
Llegué á Motril, y allí en su tierra, como  
Por favorable agüero el puerto tomo.

Y en escuadron formado con mi gente  
Del lugar en que estoy me certifico,  
Y ciudad á mi pueblo permanente  
De argamasados muros fortifico:  
Un año estuve allí, que el inclemente  
Rigor del hado, en desventuras rico,  
Su crueldad templó, y en trato amigo  
La ira disimuló, y cubrió el castigo.

Mas dió principio á destemplarse el cielo,  
Arder el aire, y á humear la tierra,  
Y en mortal peste el enemigo suelo  
Manchó cuanto el humilde pueblo encierra:  
Yo, que en nuevos cuidados me desvelo,  
En triste estaba y congojosa guerra,  
Cuando una sombra, envuelta en sueño vano,  
Así en tono me dijo soberano:

«Las nieves rompe, y deste suelo ardiente  
En otro mas templado harán sus nidos,  
Los que á gozar bajaren de tu gente  
Del Genil claro páramos floridos:  
Allí el oro, que el árbol escelente  
Granó, te dará alcázares floridos,  
Y la fruta feliz, de hombres preñada,  
Parirla sentirás gente granada.»

Dijo, y yo temeroso los portentosos  
Adoro, y con su luz me determino,  
Y por las sierras pasos abro atentos,  
Y entre la blanca nieve ancho camino:  
Subo á la cumbre, doblo sus asientos,  
Llego al fin á este arroyo cristalino,  
Y haciendo adoracion debida al cielo,  
La tierra abrazo humilde, y beso el suelo.

Y el concurso dejando de los mios  
Por la corriente abajo, cuando el alba  
De blanco aljofar los escarches frios  
Se viste, con que al sol hace la salva;  
Sobre este monte, entre sus claros rios,  
En la ladera mas desierta y calva,  
La luz adoro, y mi granada fijo,  
Donde ya el cielo tantas veces dijo.

¡Estrano caso! solo concedido  
Al brazo eterno, que los mundos rige:  
Del sol el rayo apenas vió encendido  
Con su luz de oro el que primero dije,  
Cuando el preñado globo, revestido  
De alegre claridad, no hay quien afije  
En él los ojos; que otro sol parece  
De hermosura mayor que el que amanece.

Y como si en sus senos se embebiera  
El que por su horizonte iba naciendo,  
Para despues parir la luz entera  
Se fue esponjado, en proporcion creciendo:  
Creció el oro, creció la luz primera,  
Y dentro comenzó un sonoro estruendo,  
Como entre flores codicioso enjambre,  
Que del tierno rocío anda con hambre.

Y ya exalado en vaporosa nube  
El primer resplandor del oro ardiente,  
Cual dorado celaje, cuando sube  
Al descender el sol por el Poniente,

En breve rato que mirando estuve  
La neblina y vapor resplandeciente,  
Con la fuerza del sol fue adelgazando,  
Y á irse empezó tras el calor volando.

Y entre el desvanecerse la neblina,  
Y por su seno entrar la lumbre bella,  
En admirable pompa y luz divina  
Criarse esta ciudad pareció en ella:  
Su arquitectura y obra peregrina  
Entre vislumbres comenzó á movella  
Por los ojos la nube, que en su vuelo  
Subir se veia por el aire al cielo.

Comienzan á mostrarse los cimientos  
Que ya el oro amasó de piedra dura,  
A traslucirse el muro y los asientos  
Deste alcázar real, y su hermosura,  
Sus bellos ventanajes y aposentos,  
Y el romper de las torres por su altura,  
Las almenas y muros levantados,  
Y del humilde vulgo los tejados.

Y la reciente máquina, que activa  
Con torres y dorados chapiteles,  
Al parecer tras de la nube se iba,  
Plantada se quedó en estos vergeles;  
Y no solo ciudad, mas ciudad viva,  
Llena de hombres, no de ánimos crueles,  
Como unos que espigó otra vez la tierra,  
Que en miedo los sembró, y los parió en guerra.

Mas pueblo sin furor, gente amorosa,  
Que la granada amores significa,  
Y el ser de oro la vuelve mas preciosa,  
En fe mas noble, en condicion mas rica:  
Recibíome con pompa suntuosa  
La ciudad nueva, y que le sea suplica  
Piadoso rey pues sola en mi persona  
Sus muros de oro afijan la corona.

O fuese impulso natural, ó fuese  
La propiedad del oro que fue mio,  
O que ya el hado por allí quisiese  
Disculpar su pasado desvario;  
La ciudad nuevame pidió le diese  
Leyes, como su rey, á mi albedrío,  
Y por sus calles en soberbia pompa  
Mi nombre hacen que los aires rompa.

Admiróme de ver la muchedumbre  
De nuevas gentes sin nacer criadas,  
Sus palacios y templos, que una cumbre  
Del cielo hacen sus bóvedas doradas:  
De mi alcázar la excelsa pesadumbre  
Con las puertas de bronce no forjadas,  
Muros, torres, ventanas, miradores,  
Majadas poco antes de pastores.

Y entre estas maravillas y sobornos  
De la fortuna un nuevo sobresalto  
El alma me llenó de los retornos  
De que ningun contentó vive falto:  
Dejó mi primer pueblo en los contornos  
Deste collado generoso y alto,  
Esperando mi vuelta, ya no hallo  
Como en la ciudad nueva aposentallo.

Guerra se me apareja, ó hado incierto,  
Dije entre mí cuando pensé que había  
El ancla echado en el seguro puerto,  
Adonde me arrojó tu misma guia:  
Mas entre un bien dudoso, y un mal cierto,  
La ciudad llamo á la presencia mia,  
Donde cuenta le di de mi congoja,  
Y que el remedio en tanta duda escoja:

Ó admitiendo en sus muros á mi gente,  
O á mí dejándome ir á procuralle  
Ciudad y adonde un pueblo permanente  
Pueda, cual me lo manda el cielo darme:  
Mas todos en tropel confusamente,  
que no la saque piden de aquel valle,  
Mas que de su ciudad recién nacida

La mejor parte dé, y la mas cumplida.

Y á hacerse un pueblo de los dos conmigo  
Los de mas peso van y suficiencia,  
Pues en ser uno nuevo, y otro antiguo,  
Solo, y no en mas, está la diferencia:  
Yo, dando al cielo gracias, el amigo  
Escuadron busco en presta diligencia,  
Que al blando abrigo de una sierra fria  
Al reir del alba le dejó aquel día.

Mas, ¡oh altibajos de la humana vida,  
Y cuan inciertos sois al mas prudente!  
No mi gente hallé fuerte y fornida,  
Mas en vez della otra menuda gente,  
Que por las hojas de un moral subida  
Ciudad labraba, y pueblo diferente,  
De estrechas casas, y capullos ricos,  
A torno hechos de sus tiernas picos.

Quién va del todo alcanza el suyo hecho,  
Y quién le va enarcando y dando tumbo,  
Quién laba las paredes, quién el techo,  
Quién los cimientos, quién por otro rumbo,  
Echando los niveles trecho á trecho  
Su casa traza, y quién por el derrumbo  
De algun seco troncon desesprado,  
Por no labrar la suya, está ahorcado.

Los unos de uno, y otros de otro modo,  
Y todos juntos la obra comenzada  
Tejiendo apriesa, y revolviendo todo  
El fresco ramo donde va enredada,  
Siendo la tierra de argamasa y lodo  
De la ciudad en aire fabricada,  
La virtud que en sus venas fructifica  
Elque dellos con mas fervor fabrica.

Dejáronme asombrado los portentos,  
Mi nueva gente y sus menudos nidos,  
Cuando del cielo vino por los vientos  
Esta divina voz á mis oidos;  
«Tambien tú labrarás tus aposentos,  
Oh nuevo rey de los recién nacidos,  
Que aun tiene sobre ti el jardin derecho,  
Por sucesor del que lo dió deshecho.»

Huí medroso del rigor del hado,  
La nueva gente que tras mí venia,  
Viendo el largo escuadron, que allí abreviado  
Menudo pueblo en que meterle hacia:  
Compasivo del caso no esperado,  
Las casas cada cual que mas podia  
A las suyas por huéspedes se lleva,  
Y con cuidado las regala y ceaba.

Y así desean los nuevos ciudadanos,  
Que en el templado aliento de su pecho,  
Cada florido abril suelen ufanos  
Prestarles vida, como ahora han hecho:  
Y porque el cielo con temores vanos  
Tal vez de su quietud turba el provecho,  
Por asombrarles las fantasmas tristes  
A tiempos hacen el rumor que oistes.

En él la vida y medicina puesta  
De los asombros destas gentes tiene,  
A estos piadosos fines hace fiesta  
Elque en su casa huéspedes mantiene;  
Y este el origen es del reino, y desta  
Ciudad, y en lo que dentro se entretiene,  
De lo demás el cielo placentero  
Los monstruos trueque en favorable agüero.»

Así el anciano rey en su discurso  
Cuentan que relataba el de su vida,  
Y que en suspension triste acabo el curso  
Della, y ellos: el alma envejecida  
En ordinarias penas, al concurso  
De estrellas abreviada y reducida  
A un punto indivisible, en nuevo modo  
Tras sí se fue llevando el cuerpo todo.

Y encogiendo los miembros tan apriesa,  
Que se desbarató la forma humana,

Los blancos hilos de la barba espesa  
Seda se hicieron amarilla y cana;  
Y el abreviado cuerpo, haciendo presa  
En una hoja del moral liviana,  
Se dice que, en gusano convertido,  
Por ella comenzó á tejer su nido.

Causó el asombro desta nueva esquivia  
Miedo en el corazon mas confiado,  
Que ¿quién hay de los vivos que no viva  
A este riesgo sujeto y sentenciado?  
¿De qué se engrie el hombre, ó en qué estriba?  
¿En qué hace pié el soberbio, en qué el hinchado,  
Si el tiempo así á los reyes soberanos,  
Como al pueblo comun, vuelve gusanos?

Alborotóse la ciudad, la gente,  
Acudió á ver la nueva maravilla,  
La bella Doralice, que presente  
Al caso está turbada y amarilla,  
El llanto y el dolor con que lo siente  
Al de menos piedad causa mancilla,  
Cubrióse ella, el palacio, y Ferraguto,  
De tristes paños de grosero luto.

Y de la tierna dama el pecho tierno  
Prolijos dias sin salir estuvo  
En las tinieblas del dolor paterno,  
Que el justo sentimiento la detuvo;  
El moro aragonés, que al del infierno  
Le pareció tan largo llanto, tuvo  
Modo para partirse, aunque en la llama  
Antes se ardia de la bella dama.

Mas como por ventura era su intento  
El gusto de un antojo disoluto,  
Viendo tan dilatado sentimiento,  
Enfadóle el dolor, cansóle el luto:  
Ordea su partida, y dando al viento  
Los ajenos suspiros por tributo,  
Se va, y deja á los tristes sin alivio,  
Que un deseo ya cumplido siempre es tibio.

Llegó la nueva á la afligida dama,  
Con que se comenzó de nuevo el llanto,  
Y el suceso, el desman, la muerte llama  
De su primer esposo; y el espanto  
De su delito, el riesgo de su fama,  
Y el agravio presente pudo tanto,  
Que en sus lágrimas tierna consumida  
Llegó á perder tras el honor la vida.

Sobre el sepulcro de su muerto esposo,  
Como á pedir venganza del ausente,  
Lloró sus quejas, y el dolor copioso  
De lágrimas sacó larga corriente:  
Formóse dellas un estanque hermoso,  
Y de sus ojos una alegre fuente,  
Donde al tierno cristal que el llanto deja,  
El vulgo llama ya Fuentelaqueja.

Esto es la que á la reina el rey de Alora  
Contaba, y como yola aprendió della,  
O sea el modo de muerte con que llora  
Su rey Granada, y su princesa bella:  
Fingido, ó verdadero, no sé ahora  
Lo cierto de su hado, ni su estrella:  
El ser muerto es lo cierto, y que pretende  
Sulmán el reino en que el Genil se estiende.

Y á estas varias empresas, y al deseo  
De dar venganza al cuerpo de Agramante,  
Cuya cabeza es bárbaro trofeo  
Al fuerte escudo del señor de Anglante,  
De la abrasada Libia el pueblo feo, ¿  
Hecho un confuso ejército abundante,  
De altiva pompa, á vista de Biserta  
La playa tiene de beldad cubierta.

Siguen el tremolar de sus banderas  
Deste apartado mundo las naciones,  
Cuantas en torno habitan sus riberas,  
Siembran su arena, y vuelcan sus terrones,  
De adonde Atlas encumbra las laderas,

Hasta donde humean los carbones  
De la abrasada Nubia, y del tributo  
Del rio Niger al Canopo astuto.

Cuanto se embebe en la abrasada zona,  
Y el flojo suelo de su mundo ardiente,  
Por sus baldíos campos amontona  
En ocio inútil, y en mudable gente:  
Al clarín de la fama que pregona  
La nueva guerra, en bélico accidente  
Sus escuadrones bárbaros concierta,  
Y acude por mil partes á Biserta.

Cual sobre alegres cumbres y florestas  
Del monte Tauro van sombríos montones  
De pardas grullas, que en concierto puestas  
Tras nuevo temple cruzan sus regiones,  
O cuando con furor inarcial dispuestas  
En bello alarde forman escuadrones  
Contra el menudo pueblo, en cuya tierra  
El aire llueve ejércitos de guerra:

Por tantas partes en igual concierto  
Africa llega gentes contra España,  
Y de la gran Biserta al ancho puerto  
Hombres vomita y armas la campaña,  
Del abrasado mauro el pueblo inerte  
Con el de los Luntanas, cuya saña  
Fundó á Marruecos, y en su mar profundo  
Acribó de tiznar Faeton el mundo.

Los Numidas sin frenos, abundantes  
En dulces palmas, y árboles sombríos;  
Los ociosos Getulios, que de antes  
Ya fueron de armas y primor vacíos,  
Y hoy sin ellas, ni frenos espumantes  
Los potros doman de mayores bríos;  
Los veloces Marmáridos, los Mazas,  
Y el Afeo diestro en sus alegres cazas.

La gente de Marsilia, que sentada  
Sobre el caballo, en cerco le revuelve  
Con una diestra vara, y la tostada  
Flecha cual parto por las ancas vuela:  
A los que Hesperia da fruta dorada  
Del árbol que el dragon ardiente envuelve  
En sus cerúleas roseas, cuya escama  
Los rayos doran de su rubia llama.

Los de la real ciudad de Taradante,  
Y á los que en los desiertos arenosos  
De Zahara sembró Perseo triunfante  
Sus manchados quelidros venenosos,  
Que del frío Górgon el feroz semblante,  
Después que en sangre y visos temerosos  
De Atlas creció la corpulenta sierra,  
Muertes llovió y ponzoñas á la tierra.

Nipor lejos del tráfigo del mundo  
El apartado Zénega se escusa,  
A quien el Niger da de olas profundo  
Las ricas armas que pintadas usa:  
Y él con su grueso ejército fecundo  
El aire asorda en trápala confusa  
De altivos Telgas, de Zuzingas feos,  
Y de Bardoas antiguos Sabateos.

El que en el caudaloso Dara goza  
Frescos palmares y aguas desabridas,  
Y en pomposos alardes alborozado  
Sus barrancosas playas carcomidas:  
El que en la humilde Génova retoza  
Tras los ligeros gamos, y ceñidas  
Las negras sienes en calor eterno,  
Del Niger mide el uno y otro cuerno,

Los que en Ceu, y sus ásperos desiertos,  
Y laguna de márgenes floridos,  
Anchos campos cultivan encubiertos,  
De rojas pieles de aspides ceñidos;  
O en el Bárlaro Zínche los inciertos  
Y mudables collados, ya cernidos  
De los aires, no alcanzan firme asiento,  
Que allí aun hasta los montes muda el viento.

Los que de alarde la espantosa sierra  
con increíble propiedad encanta,  
Y la virtud de sus peñascos cierra  
Paso á la voz, y tupe la garganta:  
De cuyo estrecho valle y parda tierra  
El hijo de Filipo llevó cuanto  
Bastó para labrar del nuevo encanto  
En Asia el real palacio del espanto.

Ni faltaron los bélicos flecheros  
De la ciudad de Bárbara potente  
Que en pieles visten de animales fieros  
Los corpulentos miembros de su gente:  
Traen de rojo leon ricos cimeros,  
Del remendado tigre la ancha frente,  
Del pardo lobo, del cervical, y el oso,  
Y escama de serpiente el mas brioso.

Son estos tantos, que si el rauda viento  
Con pestíferos soplos no barriese  
La sobrada salud, y en fin violento  
De ardiente arena y muerte los cubriese,  
Seria la ancha tierra estrecho asiento  
De su abundante parte al interese,  
Y necesario á su parir fecundo,  
O hacer de nuevo, ó ensanchar el mundo.

Traen estos en su escuadra por vecinos  
El Jélofe, y el áspero Gualata,  
Con los Tombutos, los Benais cetrimos,  
Y el duro Burno de color mulata,  
De la obscura Guinea vuelos linos,  
De plumas y brazales de oro y plata,  
Y la alta Nubia, que del Nilo bebe  
La luz primera que la Aurora llueve,

Tienen tambien aquí escuadron gallardo  
Los que de la Tebaida y fértil Lime  
Suave aire respiran, que el bastardo  
Bóreas jamás por su arboleda esgrime:  
Donde la negra pez y alquitran pardo,  
En bálsamo precioso y blanco anime  
La virtud vuela de su claro cielo,  
Rico manantial de aroma al suelo.

Del Avisimbo el campo vagamundo,  
Y escuadras del soberbio Troglodita,  
Que de obscuras cavernas lo profundo  
Con intratables ánimos habita:  
Estos son los primeros donde al mundo  
Ni el oro da riquezas, ni las quita,  
Y tienen por mas gusto, y mas placeres,  
Los hijos en comun, y las mujeres.

Los Megavaros, que de pardos toros  
Crudos yelmós fabrican, y ancho escudo,  
Y hacen volar tambien tiros sonoros,  
Que á herir llegan con lenguaje mudo:  
De su region los bárbaros tesoros  
Traen á Biserta en su escuadron membrado,  
Y con soberbios ánimos feroces  
La tierra hacen temblar y el aire á voces.

Ni de la alta Etiópia el Abisino  
Sus pardos miembros le negó á esta guerra,  
Si bien su grave emperador no vino  
Por su diversa ley, y estraña tierra:  
Rige este rey el cetro de oro fino  
De sesenta y dos reynos, en que encierra  
Cuanto se estiende en gente inculta, ó sabia,  
De su Océano oculto al mar de Arabia.

Los reinos Bernagaes, que al oriente  
Del mar Bermejo pescan nacar y oro,  
Tigrimaon, que aljófar reluciente  
En ricas sargas vende al pueblo moro,  
Con otros mundos, que en el cerco ardiente  
Que el dia iguala gozan el tesoro  
De una pareja luz, que en llama viva  
La vuelta enroscada de su frente alivia.

Y bien que la ancha faja que divide  
El orbe por su imperio se enmaraña,  
Ni del todo lo abraza, ni le mide,

Ni sus linderos con los suyos baña,  
Que el estrellado Cancro no le impide  
Su curso belicoso y vuelta estraña,  
Ni el fiero Capricornio, aunque mas lanza  
La uña postrera de su pié, le alcanza.

Mas cuanto el cielo por señales puso  
Del negro humo de su zona ardiente,  
Y en abrasados páramos difuso,  
Como de balde lo arrojó á la gente:  
Todo eso en masa, y en monton confuso,  
A los piés lo humilló del rey potente,  
A cuyo cetro, solo en su gobierno,  
Ni el verano le ciñe, ni el invierno.

Pues este, aunque por ser de ley contraria,  
Que adora al que murió por darnos vida,  
Gente no envió á Biserta la voltaria,  
Que anda en sus anchos reinos forajida:  
Hecha una tropa en opiniones varia  
Vino al torpe Jafés entretejida,  
Que en las altas montañas de la luna

La fuente al Nilo ve, si tiene alguna.

De entre sombrías selvas olorosas,  
De ameno loto y bálsamo preciado,  
De jazmines cubiertos, y de rosas,  
Modo en la guerra de su patria usado,  
Los Macrobios vi allí de armas preciosas,  
Pueblo hasta en las batallas sosegado,  
Con arcas, que el mas pobre se remata  
En oro rubio, ó en luciente plata.

Estos al sol bendicen, si amanece,  
Y al ponerse le ofrecen maldiciones,  
Donde en preciado cinamomo crece,  
La paz de sus compuestos corazones;  
Y á los de la isla Meroe, que florece  
Del sacro Nilo á los fecundos dones,  
Tambien hizo olvidar la nueva guerra  
Las dulces cazas de su fértil tierra.

Los que en la Ciene clara el Cancro ardiente  
Las sombras hurta, y les alarga el día,  
Con cuanto el llano Egipto goza y siente



De su oriental Leusipo á Alejandria:  
Los que en cien puertas da el muro potente  
De la ancha Tebas, cuanto Menfis cria  
Entre escelsas pirámides, que el suelo  
Hacen gemir, y recelarse al cielo.

Los que en la rica ArsStone, y sus valles,  
Y de la Ciene habitan las regiones,  
O en Berenice, y sus torcidas calles,  
De la infiel Sierte alcanzan ricos dones:  
Los Libiarcos de floridos talles,



Los bravos aunque pobres Nasamones,  
Los Psilos, á quien temen las serpientes,  
Y el Garamante y sus ociosas gentes.

Los Marcios de prolijas cabelleras,  
De avestruces vestidos y leones,  
De los dos Mauritánias las riberas,  
De suelta arena llenas y dragones,  
De la infeliz Cartago las postreras  
Faldas del firme Atlante, y sus naciones,  
A guerra cruel en belicosa saña,  
Desde Biserta desafían á España.»

Así el sabio español, el grave alarde  
Queen Africa notó, cuenta al persiano,  
Mientras el barco por el golfo que arde  
Las anexas velas da al austro liviano:  
Y sin que á la aferrada proa retarde  
Del peligroso mar el golfo cano,  
Con huecos tumbos de preñadas olas  
Las riberas descubren españolas.

Y en tanto que de Libia el suelo ardiente  
En preparar ejércitos se tarda,  
Y del rey Casto la invencible gente  
Sobre Pamplona á la de Francia agoarda;  
Del César puesto ya el campo potente  
Entre los Pirineos, acobarda  
Las armas y naciones extranjeras  
Con solo el tremolar de sus banderas.

Allí en carro imperial, á quien la esfera  
Del suelo adora entre realces de oro,  
Gustoso ver pasar su campo espera  
Al grave aliento de un clarín sonoro:  
Fue de Angelinos la primer bandera,  
Y de sus armas el mayor tesoro,  
Sobre mi frison furioso á cuyo huella  
Los campos tiemblan y el contrario en vello.

Como el soberbio Marte, cuando en Tracia  
Su altanaje esgrime y de su yelmo ardiente,  
En quien el sol los rayos de oro esparcia,  
Rigor influye en su inmutable gente;  
Tal el francés en ademán y en gracia  
Delante el campo va resplandeciente,  
Haciendo á las feroces gentes guía,  
Quien torcida corriente el Reno enfria.

Cual en el libio mar olas espesas,  
Si el armado Orion las alborota,  
En crespos montes de avenidas gruesas  
Sobre la playa hierven mas remota;  
O cual la roja mancha de traviesas  
Espigas, á quien zéloro alborota  
En crespas ondas, tales los agudos  
Plumeros vuelan, y arden los escudos.

El gran Dardín Dardeña, primer voto  
En las francesas córtés, le seguía  
En caballo alazan, cuyo alboroto  
A todo el brioso campo le ponía:  
Este de los jaeces de Carloto  
Fue grave presidente el triste día  
Que vengar intentó con pecho fuerte  
De Baldovinos la alevosa muerte.

Sobre un caballo remendado á manchas,  
Que el Albis le crió entre juncia verde,  
De cerviz corta, y de narices anchas,  
Y que en los ojos al correr se pierde;  
De ricas piedras y grabadas planchas  
El sonoro jaez que en oro muerde,  
A quien las perlas dan, y aljófar grueso,  
Vistumbres nuevas y soberbio peso;

Fiero enemigo á la nación hispana,  
Conocho mil Sajones representa  
El disforme Centauro, que en lozana  
Rueda en el polo Antártico se sienta,  
Con la robusta gente comarcana,  
Que al mar Britano sus resacas cuenta,  
Y los diestros venablos mal parejos  
Al distante escudron envía de lejos.

Ni callarán mis versos tu gran fama,  
Acompañada de beldad reciente,  
O ilustre Sansoneto, de la rama  
Del Soldan de Lamech fruto excelente;  
A quien el vulgo por grandeza llama  
Del bastardo Angriote descendiente,  
Que en la torre Bermeja tu gran padre  
A su nieta Ozamir te dió por madre.

Después que en aventuras importantes  
La fama acrecentó de su braveza,  
Y en los arcos probó de los amantes  
De su amoroso pecho la firmeza;  
A tu madre le dió prendas bastantes  
De su amor, y ella á ti de su belleza,  
Criándote en las grutas de Angulones  
Con sustanciosa leche de leones.

Pues este, no contento con la herencia  
Que de la isla materna alcanzar pudo,  
Las Fortunadas trajo á la obediencia  
Del rojo león de su rapante escudo;  
Y ahora con toda la mayor potencia  
De su reino feliz pasa el inebriado  
Betaneur, que por deudo, y por pariente,  
De su casa es caudillo, y de su gente.

Urgel de la gran fuerza en riendas de oro  
Tras este un liel polaco gobernaba,  
Con un coloso de metal sonoro,  
Timbre y despojo de su invicta clava:  
Que cuando el conde Dirlos contra el moro  
Alarbe su ancha flota navegaba,  
La galeaza suya de entre todas  
Derrotada arribó á la insigne Rodas.

Y el deseoso de ver la gran medalla,  
Que allí otro tiempo tuvo el sol luciente,  
De paz entró, y en sola una batalla  
Duque y señor salió de tierra y gente:  
Mas la que ahora tras él luce muralla,  
No es la que allí rindió su espada ardiente,  
Ni del ducado de Guayna rico,  
Que á su padre Gofredo dió Alarico.

Que el conde Ornufo, título y estado  
Hoy con tirana voz le usurpa y tiene;  
Y así el tercio que allí le abriga el lado,  
Es cuanto el narbonés Varo contiene:  
De Baldovinos jóven mal logrado  
Sofía esta escuadra ser, ahora le viene  
Detrás al grave Urgel, y en su reseña  
Aun floran los sucesos de Dardeña.

Entró tras deste el bello Ricardeto,  
Hijo de Amon, y de Reinaldo hermano,  
Que en rostro hermoso, y en fingir discreto,  
A Flordespina hurtó el fruto temprano;  
De quien nació el segundo Sansoneto,  
Padre de Arno t, y abuelo de Britano,  
De Cleves duque, de Borgoña verno,  
Y de la bella Arnulfa esposo tierno.

Destos á España sucesión gallarda  
Del tiempo trajo la inmortal vadicencia,  
No de sangre encubierta ni bastarda,  
Sino de ilustre y clara descendencia:  
De aquí de la color de la esmeralda  
Arnao sus bandadas toma y dependencia,  
Y en Méjico, y en Burgos, los de Mota  
Mas nobles son que el sol que la alba brota.

De aquí en báculo de oro, y mitra santa,  
Ya Tlascala un obispo goza ilustre  
De sus dichosos siglos, y de eunta  
Felicidad tendrá el colmado lustre:  
El grave tronco desta insigne planta,  
A quien tiempo voraz jamás deslustre,  
Fue el hijo de Beatriz, tras quien venia  
Cuanta braveza la Borguudia cria.

Por donde el grave Secuana divide  
De los Belgas y Celtas los mojones,  
Gente que con la sola espada mide

De amigos y enemigos las razones,  
Que á ninguno disculpas da ni pide,  
Ni de agravio admitió satisfacciones,  
Solo el brazo y su acero es quien sentencia  
La mas dificultosa competencia.

Tres mil pasaron destos, mas pomposos  
Que las aves de Juno en sus plumeros,  
Tras de quien los Carducios helicosos  
Y los Helbios siguieron altaneros,  
Con los que de Gebenâ los florosos  
Altos nevados riscos ven enteros,  
Gentes agrestes, cuya inculta sierra  
Lo importante produce de la guerra.

Las graves canas del feliz Ricarte  
Esta serrana escuadra hacian vistosa,  
Y él como anciano y venerable Marte  
En robusta vejez, y alma briosa:  
De oro orlada llevaba en su estandarte  
La Puente de Mantible, empresa honrosa  
A su primera edad, con que hacia  
La gloria florecer de Normandía.

Y bien que no en aquel ardor primero  
Que al gigante Galafre descompuso,  
Y la sangrienta puente ya de acero  
De su escudo al cuartel dorado puso:  
Mas todavía con su aliento entero,  
Que es de la áspera guerra padre el uso,  
Por lanza un pino, que en las puntas arde,  
Gallardo entró por el pomposo alarde.

Siguióle allí el fortísimo Organtino,  
De los Tabanes real fruto excelente,  
Del sabio Malgesí hijo adivino,  
Y de la reina de la Orcania ardiente:  
Esta en nocturnos caracteres vino  
A Montalvan mil veces del Oriente,  
A probar de sus cercos los efectos,  
Y del mago francés ciencia y secretos.

De ambos nació Organtino, que en la ciencia  
De sus mágicos padres fue eminente,  
Y de su franca sangre por la herencia  
Como el ser sabio tuvo el ser valiente:  
Este de insuperable suficiencia  
Su rico arnés labró resplandeciente,  
Templado así al hervir del lago Averno,  
Que en su dureza es el diamante tierno.

Mas no te aprovecharon, ó furtivo  
Fruto de Montalvan, y Orcania bella,  
Ni las yerbas tesálicas, ni el vivo  
Rayo infeliz de tu observada estrella;  
Que en una antigua espada el hado esquivo  
Su destrucción forjó, y tu muerte en ella,  
Que es Balisarda estoque de la muerte,  
Contra quien no hay escudo ni arnés fuerte.

Llevaba este dos mil tras su estandarte  
De Champayna abundante en rojo trigo,  
Con otros tantos mas que le dió aparte  
De su encubierta madre el sabio amigo:  
Tras dél, al huello de un templado Marte,  
La fama hecha de su honor testigo,  
De Rusellon pasó el duque Gerardo,  
Brioso jóven de ánimo gallardo.

Del gran Gui de Borgoña nieto amado,  
El que á Murpin mató, mágico moro,  
Que á Floripes la torre había escalado  
Por hurtarle su rica cinta de oro;  
Cuyo real cerco en pedrería grabado,  
Con bello adorno de inmortal tesoro,  
Al cuerpo que se anuda da en aumento  
Vida y salud, y á los demás sustento.

Sea mágica liecion, ó astro dichoso,  
Cuajado en la preciosa margarita,  
A todos, como un plato substancioso,  
El pecho alienta, y el desmayo quita;  
A quien rodea su círculo lumbroso,  
Y á quien su rayo da lumbre esquisita,

Todo lo alegra, y de sustento viste  
Los secos labios de la hambre triste.

Fue de Floripes esta cinta bella,  
Y ella del Almirante Balán hija,  
Que su real torre defendió con ella  
De un asedio cruel, y hambre prolija;  
Donde Murpin volando entró á prendella,  
Y ya la joya entre sus dedos fija  
Volver queria á volar, cuando sin vuelo,  
Sin cinta, y sin cabeza vino al suelo.

Gui de Borgoña le atajó el intento  
Con un diestro revés á tiempo dado,  
Valiente abuelo del que ahora al viento  
Pasa alumbrando con su arnés dorado:  
Acompañan sus lados ciento á ciento  
Los ricos pueblos del Escalde helado,  
Que de Alemania á Bélgica divide,  
Y el brio soberbio de sus campos mide.

Aquí del rey de Persia Lamostante  
Dos hijos iban de ánimo gallardo,  
Que aficionados al señor de Anglante,  
Padre y patria vendieron sin resguardo:  
Murió el rey, y del reino lo importante,  
Y ahora el bello Clarelo, y feo Copardo,  
Como un signo de Géminis florido  
Una divisa llevan, y un vestido.

Pasó Tudon, pasaron los hermanos  
Angelín y Angelieros, pasó el fiero  
Galtier de Mauleon, y los lozanos  
Avinio, Abonio, Oton, y Belenguero:  
Pasó el bello Drusian de ojos livianos  
Vestido mas de seda que de acero,  
Hijo del rey famoso Brasalante,  
Brioso jóven, cazador, y amante.

De Polisena, hija de Oliveros,  
Se profesaba tierno enamorado,  
No habida en casto lecho, ni en los fueros  
Del santo nudo, é himeneo sagrado:  
Que el paladin la hubo en los primeros  
Años de juventud, ocasionado  
De una hermosa princesa, que vivía  
En la torre celosa de Almería.

El ambicioso Galalon, armado  
De azules recamadas armas de oro,  
Tras estos se seguía, y á su lado  
Su bello hijo Salier, lustre y decoro  
De todo el rico maganécés estado,  
Envidia al campo franco, espanto al moro,  
Gran cazador de fieras, y en seguiillas  
Diestro hombre de á caballo en ambas sillas.

De diez mil de su casa acompañado,  
Todos de una librea, y de unos fueros,  
De azul, tela de plata, y de morado,  
Y de las mismas plumas los sombreros,  
Semejante al lucero coronado  
De las flores de mayo, y sus plumeros,  
Digno por cierto que le diera el hado  
Vida mas larga, y padre mas honrado.

Dos van tras deste de ánimo gallardo,  
Don Arnau, y Rainier, ambos amantes  
De Flordespín, y el uno hijo bastardo  
Del gran marqués de Güeldres Ballugantes,  
Que jóven, tras la caza de un leon pardo  
En las selvas de Ardeña resonantes,  
Una hada gozó, y en su escondrijo  
La dejó madre de Rayner su hijo.

Allí entre breñas se crió, y ahora  
Hecho grave marqués de Picardia,  
Seis mil vasallos lleva, y por señora  
A sola Flordespín; tras quien seguía  
Don Casaús, vizconde de Basora  
Sobre la Persia, y duque de Pavla,  
Dudon, Anselmo, Cleves, y Malarte,  
En ciencia Apolo, y en braveza un Marte.

Este del rey Gerion trae descendencia,

Que con tres cuerpos gobernó en España,  
Y en triplicada voz, forma, y presencia,  
Estado le hizo y magestad estraña:  
De tres cetros gozó la preeminencia,  
De tres tiaras sus sienes acompañá,  
Y de otros tantos cuellos hizo hambriento  
Hércules su gallardo vencimiento.

Este guiaba los pueblos que al Garona  
Las riberas cultivan y la greña,  
Tras de quien el marqués de Carcasona  
Feroz guió su tremolante seña:  
Godofre era su nombre, y su persona  
De altivo aliento, y alma zahareña:  
Tras de los dos Galbanes, hijo y padre,  
Belleza no hay que á su beldad no cuadre.

Entre oro, plumas, plata y pedrería,  
En dos blancos caballos, van iguales  
Al alba de oro el uno, el otro al día,  
Cuando alegrando salen los mortales,  
Ballugante y Arloto de Suria:  
Bujaforte y Franconio de Hardales  
Seguian, este lansgrave de Alemaña,  
Y del viejo hijo aquel de la montaña.

Pasó el gran Durandarte, pasó el fiero  
Farfarelo, Franconio, y Matalista,  
Bracamonte el galán, Guido el severo,  
El rico Astolfo, y el sutil Arista,  
Aymo, Hermion, Liofan, Claudio, y Galtero,  
Y Egibardo en dorada sobrevivista,  
Del César y del cielo tan amado,  
Que alcanzó sin envidia á ser privado.

Este solo nació y vivió en la tierra  
Sin le haber murmurado, este hombre solo  
De émulos se libró, y á la cruel guerra  
De acedos zelos fue encubierto polo:  
¡Oh cuanto odio mordaz la envidia encierra!  
Pues en el gran combez que alumbró Apolo,  
Uno solo ha pasado en feliz vuelo,  
Y aun ese ignora si nació en el suelo.

Que Egibardo de todos los anales  
Por un hombre marino es referido,  
Que en el mar de Sicilia entre corales  
Un pescador le halló recién nacido;  
De adonde el tiempo en cercos desiguales  
A ser segundo en Francia le ha subido,  
Si ya á dicha es segundo, y no primero,  
Y un privado no es todo un reino entero.

Y si como es la fama en el Pachino  
Concha de nacar le arrojó del seno,  
Y en los campos del reino cristalino  
Rocio le concibió del mar Tirreno;  
Sin duda fue su origen peregrino,  
Pronóstico feliz de dichas lleno,  
Y el parto de Parténope fecundo,  
Sirena cuyo canto encantó el mundo.

Es fama que otro tiempo dieron canas,  
De blancos huesos de hombres sus riberas  
En el mar de Sicilia, tres hermanas,  
Beldades crueles, y hermosuras fieras:  
Con música encantando, y voces vanas,  
Los capitanes y las naos guerreras,  
Que de lo mas distante de la tierra  
Marte guiaba á la troyana guerra.

Fue esta grave jornada á quien los hados  
Amasado quisieron dar el mundo,  
Y ellas las que á sus playas los forzados  
Navíos traían por el mar profundo:  
Solo Ulises con oídos destapados  
Pasó el primero, sin tener segundo,  
Al son de sus cantares, de quien pudo,  
Pues no fue en oídos sordo, no ser mudo.

Salvó todas sus gentes belicosas  
Con cerrarles el paso á las querellas  
De aquellas tres hambrientas tiernas diosas,  
Y élsus canciones escuchó, y en ellas

Acentos de palabras poderosas  
A detener su curso á las estrellas,  
Hacer correr los montes, y el violento  
Curso enfrenar del alterado viento.

Y aun si la entena en que él se había ligado  
Guardara entonces el primer sentido,  
Que en su selva la hizo árbol copado,  
De alguna antigua ninfa estrecho nido,  
Nunca él pasara libre, ni el sagrado  
Ilion diera en ceniza convertido,  
Mas sus desnudos huesos en la playa  
Fueran cual los demás cándida raya.

Tan poderoso fue el hablar gallardo  
De aquellos tres portentos de elocuencia,  
Señal que de una dellas fue Egibardo  
Parto feliz, pues heredó su ciencia,  
Con que al César hacia breve, ó tardo,  
Y en su gobierno aquella diferencia  
Que sus gustos pedían, y á ese modo  
Del reino lo mejor le seguía todo.

De diez veces quinientos la arrogante  
Escuadra daba al sol timbres dorados,  
Gente al trabajo con fervor constante,  
De fuerzas firme, y de ánimos doblados;  
En voladoras flechas abundante,  
Aljabas de marfil, y arcos pintados,  
Que al campo arrojan en crujir sonoro  
Nubes de arpones, como lluvia de oro.

Pues de tí, ó noble Lanio, que ya fuiste  
Nieta del vengativo Balisarte,  
Que de Carlos Martel en luto triste  
Del reino recibió el real estandarte,  
¿Cómo contaré el brio con que diste  
Placer al campo todo, envidia á Marte,  
En tu gallarda entrada, mas vistosa  
Que del florido mayo el alba hermosa?

Subiste altivo al grave oficio honroso  
De don Galfredo, hijo de Uliano  
Gran duque de Saboya, á quien brinso  
Dió injusta muerte el falso conde Gano,  
Feliz á no vivir tan receloso  
De su hermosa Olinda, casta en vano,  
Pues ella en lo mejor quedó perdida,  
Y el alevoso conde sin la vida.

Que el ofendido padre en la venganza  
Del muerto hijo destruyó su estado,  
Mató al conde, y á su única esperanza  
El bello Florambel, mató al culpado  
Guasco, mató diez condes de Maganza,  
Mató á Olinda, mató á su padre amado,  
Mató á dos hijos de su anciano suegro,  
Celin el blanco, y Alisandro el negro.

El uno en hacer mal á los caballos,  
Y otro en justar insignemente diestros,  
Ricos de fama, y ricos de vasallos,  
Pero de hados por igual siniestros,  
Pues pudo un muerto jóven degollarlos  
Por mas que fuesen en huir maestros,  
A quien sucedió Lanio, que llevaba  
Tras si una escuadra rozagante y brava.

Juzgóse encima de un obero armado  
Al dorado Orion, cuando espantoso,  
De pardas nubes y furor cercado,  
Sobre el Carpacio mar hierve espumoso:  
De los floridos pueblos rodeado,  
En gruesa tropa y escuadron vistoso,  
Que en el rio Liger con nevadas vueltas  
Las aguas hurtan á los montes Celtas.

No llevan estos, ni usan armas nobles  
De acicalado acero relucientes,  
Ni en carros suben, ni los duros robles  
En lanzas enderezan eminentes:  
Mas de sus diestras hondas los redobles  
Grandes riscos arrojan, y en valientes  
Cercos escupen, al voltear parejos,

Muertes al enemigo desde lejos.

Antea, que del Soldan hija se llama,  
Y del primer asirio rey descende,  
Y por ver solo á Montalvan es fama  
Que la suya por todo el orbe estiende,  
Guerrera la hizo amor de tierna dama,  
Que en la escuela de amor, ¿qué no se aprende?  
Y hoy es en la reseña su persona  
En hieldad Venus, y en furor Belona.

Dos mil de su frison siguen la huella,  
Con ricas telas de oro, y con turbantes,  
De lo mejor del Cáucaso, donde ella  
Cien castillos y mas rige importantes:  
Un sol parece entre su escuadra bella,  
Y los que van tras ella semejantes  
A las ardientes lumbres de alegría,  
Que tras su capitan la noche envia.

Mas ya de la imperial bandera el vuelo  
Con las águilas negras campeaba,  
A cuyo tremolar tienbla del suelo  
Cuanto el mar ciñe, y con sus tumbos lava:  
Roldan guía este cuartel, Roldan que el cielo  
Espada no crió ni alma mas brava,  
Dichoso, si entre tanta hazaña fuera  
Otra alguna antes desta la postrera.

Seguia por general de Francia el resto  
Del campo su estandarte, y á su lado  
Reinaldos, Oduardo, el duque Arnesto,  
Y Galtier, de Oliveros hijo amado:  
A este, con trato no del todo honesto,  
Meridiana parió en el celebrado  
Cerceo de Montalvan, que en cualquier modo  
El trato y la ocasion lo pueden todo.

Tuvo Oliveros (si en sus gustos hubo  
Lugar para ello, y fue á su amor posible)  
En dos el corazon, dos damas tuvo,  
Y en dos repartió el alma indivisible:  
A Florisena un tiempo la entretuvo,  
A Meridiana dió prenda visible  
De su amor, en la misma que ahora se arde  
En llamas de oro en el vistoso alarde.

Así el campo pasó, y así en serena  
Majestad hizo el águila su vuelo,  
Unos llenos de gusto, otros de pena,  
Unos de orgullo, y otros de recelo:  
Cada uno tras su suerte mala, ó buena,  
Que es destas varias frutas óz el suelo,  
Y con fortuna próspera, ó escasa,  
En las alas del tiempo todo pasa.

### ALEGORIA.

En el buen suceso de Gundémoro, y Arlaja, se muestra, que el cielo es tan justo en sus decretos, que pocas veces consiente que el inocente padezca sin culpa, sacándole libre de los riesgos, sin poner él de su parte mas que la limpieza de sus obras. En la muerte del rey Orminda, y su dama, se dice el castigo que da el cielo al príncipe, que debiendo ser el amparo de la religion, la menosprecia y quebranta. Y en el origen de la ciudad de Granada, que solo la abundancia del oro hace las ciudades ricas y populosas; y que del oro nacen todas las grandezas de la tierra. Y la conversion de los hombres en gusanos de seda, nos dice claro, que el fin universal de los vivientes es convertirse en gusanos, ó ir devanando la vida, labrando como el gusano de seda el capullo, que es la sepultura, no para acabarse allí, sino para resucitar con el alma inmortal; como palomita para volar á su esfera, cada uno conforme hubiere vivido. La transformacion de Doralice en fuente, significa, que todo el premio del vicio son lágrimas y arrepentimiento; y el alarde, ya en otra parte queda dicho lo que significa.

## LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

ARGUMENTO Llegan á descubrirse los campos de Francia y España. Ordena y anima cada capitan el suyo, y al embestirse, Morgante da principio á la famosa batalla. En la cual entre trágicos sucesos se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando, y los demás duces Pareja de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo, y sus españoles.

Si mi carta los cómputos no yerra  
Cerca de tierra estoy, tierra he sentido,  
Mas tierra es la que veo, tierra, tierra,  
Gracias al cielo, gracias, que ha traído  
Por los peligros que este golfo encierra  
Mi frágil leño al puerto conocido,  
Donde al cumplir el voto en sus extremos  
Al sacro templo cuelgue vela y remos.

A Dios, vanos temores, que ya distes  
En cobarde escuadron asalto al alma:  
A Dios, Graus, Caribdis, Scyllas tristes,  
A quien de miedo creí rendir la palma:  
Ya al puerto embisto, afuera los que fuistes  
A mi viento feliz prolija calma,  
Dejadme allá llegar, afuera, afuera,  
Que siento el fresco ya de la ribera.

Ya de la fama los clarines siento  
Con que le hacen sus devotos fiesta,  
Y del altivo templo por el viento  
Subir las puntas en dorada cresta:  
Ya de sus cisnes al divino acento  
La playa rie, y suena la floresta:  
Ya mi aliento me da, que al viaje ignoto  
De mi barca halle puerto, y cumpla el voto.

Ya entre los cuernos del caliente toro  
El rubio dios que tuvo cuna en Delo,  
Abriendo al mundo el celestial tesoro  
De nueva y tierna luz bordaba el suelo;  
Y del carro acerado el rayo de oro  
Con que Marte trastorna y mide el cielo  
Sobre los campos dió, y creció la saña  
Al francés brio, y al furor de España.

El nuevo orgullo del cercano día,  
Que habia de ser de tantos el postrero,  
Al clarín de oro despertó, que hacia  
Pomposa salva al rayo del lucero:  
Resonó el aire, y el furor que ardia  
Las fuerzas refinó al templado acero  
De aquellos mundos, que en dudosa suerte  
Las estrellas guiaban á la muerte.

Dejan los mudos lechos, y allí entero,  
El reposo que en tibia paz dormia,  
Y el miserable vulgo, que el entero  
Sol no ha de ver del comenzado día,  
En tropa acude y ánimo altanero  
A la tienda imperial, donde á porfia  
Da priesa, y solicita de la vida  
El postrer paso, y última partida.

¡Oh soberanas causas! que si el mundo  
A vuestro superior gobierno unido  
Trastornar os agrada, y con profundo  
Saber darlo á mejor discurso asido,  
Nuestra ignorancia que es medio segundo  
Nos cargais por primero, y convencido  
De error culpable nuestro incauto pecho,  
Solo lo que ordenais en todo es hecho.

Acandillando la orgullosa gente,  
Que á su cercano fin se precipita,  
El falso Galalon á la eminente  
Tienda imperial llegó en aplauso y grita,  
Donde en falaz discurso, y limpia frente,  
Así al César razona, y necesita  
A la cercana muerte que ya el hado  
De la fortuna á Franoia ha señalado.

«¡Oh invencible monarca! á quien del suelo  
Lo mejor por cabeza y rey adora,

A cuyos firmes hombros dará el cielo  
 Cuanto hasta el turbio ocaso ve la aurora :  
 El fin dichoso que en heróico celo  
 Aquí tus gentes trujo, y tiene ahora,  
 Ya llamando á tu puerta te convida,  
 Al triunfo y la victoria prometida.

Ya de tu ardiente carro los fogosos  
 Caballos con relinchos placenteros  
 Tus enemigos vuelven temerosos,  
 Y empañan con bufidos sus aceros :  
 Ya para ser señor de los famosos  
 Montes de España, y á tus francos fieros  
 Dar libre el rico saco que en sí encierra,  
 Solo lo impide esta pequeña sierra.

Que les mandes marchar te ruegan solo  
 Y á su altivo furor quites el freno,  
 Que en pago te darán de polo á polo  
 Cuanto de tierra y mar abraza el seno :  
 Verá tus lirios de oro el rubio Apolo  
 Cuando en el Ganges bebe, y cuando lleno  
 De la encendida lumbre que le abrasa  
 Tetis le ahoga en su profunda casa.

Esto el humilde pueblo, y los magnates,  
 Que tus pobladas águilas seguimos,  
 Por los vencidos reinos y combates  
 Que á tu servivio dieron te pedimos :  
 Con solo esto rogamos que rescates  
 Tu obligación, si alguna te pusimos,  
 Y que por la licencia que les dieres  
 Cobres á España, y goees sus placeres.

¿Quién te detiene el brio? ¿quién refrena  
 Del impetu francés tu pecho ardiente?  
 Mira que es remisión de culpa llena  
 En tí el vencer tan tibia y flojamente :  
 Rompe, señor, del todo desenfrena  
 Ese raudal de tu invencible gente,  
 Acepta el triunfo que te ofrece el hado,  
 Y ten vergüenza de vencer rogado.

Venga á justo derecho ó no de vengas,  
 La guerra que hoy fortuna va trazando,  
 Con tal que yo por capitán te tenga,  
 Y al romper de tu boca sienta el bando.  
 Tu gusto es ley, con venga, ó no convenga,  
 Tuyo es el mundo, y fue, ¿qué estás dudando ?  
 Un sol hay en el cielo, y en la tierra  
 Un solo emperador en paz y en guerra.

Todos cual ves esperan que estos pardos  
 Riscos, que solo impiden tu victoria,  
 Les mandes escalar, y á los bastardos  
 Godos quitar la antigua vanagloria;  
 Que ya llenos sus ánimos gallardos  
 Del deseo de dejar de sí memoria,  
 El de mas tibio y mas helado pecho  
 Está una salamandra de honra hecho.»

Dijo, y el César, ya con las razones  
 Del hionjero conde el alma llena  
 De hidrópica ambición, tras sus pendones  
 Que marche á toda furia el campo ordena :  
 Rompen trincheas, alzan pabellones,  
 Tocaban las cajas, y el clarín resuena  
 Por las cóncavas cuevas, y los riscos  
 De gramas entoldados y lentiscos.

Con el furor que la impelida llama  
 De un recio viento á un bosque seco arroja  
 La tragadora furia, en que arde y brama  
 En resonante hervir la selva roja,  
 Suda el verde laurel, arde la grama,  
 Vuela del Fresno en humo el tronco y hoja,  
 Y todo al fin por dó el incendio pasa,  
 El monte asombra, y su ladera abrasa ;

Así al son de trompetas y atambores,  
 Y con igual furor sube marchando  
 Por los riscos altivos miradores  
 Del grave Pirineo el francés bando :  
 Tiemblan los pinos, gimen los alcóres

Debajo el grave peso, y no bastando  
 A refrenar su furia, el valle escaso  
 Les da á no poder mas humilde el paso.

El viejo y encorvado Pirineo,  
 A quien del cielo el brazo eterno puso  
 Con riendas de oro al paso del deseo  
 De un pueblo y otro de su trato y uso ;  
 Y por mejor y altísimo trofeo  
 De paz y eternas treguas le compuso  
 Entre las dos naciones, que feroces  
 Hoy su sosiego han perturbado á voces ;

De las huecas aldobas, donde tiene  
 En estrados de plata reclinada  
 La grave espalda, que corriendo viene  
 De la una mar á la otra mar salada ;  
 Al rumor de la gente que detiene,  
 Su cabeza de encinas coronada  
 Dicen que alzó entre riscos, y la tierra  
 Tembló al abrir sus ojos la gran sierra.

Y viendo por sus hombros derramadas  
 Del francés reino las legiones fieras,  
 De las lustrosas armas las doradas  
 Luces, y el tremolar de las banderas,  
 Las leyes de sus límites quebradas,  
 Y que por pretensiones altaneras  
 Lo que el cielo apartó en concordia sana,  
 Juntar pretende la ambición humana :

«¿Quién, dijo, con tan bárbaros intentos  
 Del mundo la quietud ha revelado?  
 ¿Qué nuevos monstruos de ánimos violentos  
 Por mis revueltas breñas se han sembrado?

¿A qué fin con tan graves movimientos  
 De armas mi inculto seno veo preñado,  
 Que con ciego alboroto y son de guerra  
 Los confines asordan de mi tierra?

¿Qué mas discordia habrá, cuando en el cielo  
 El sol se abraza, y queme las estrellas?  
 ¿Cuando la mar se estiende sobre el suelo,  
 Y sus olas levante encima deltas?  
 ¿Cuando del tiempo el concertado vuelo  
 Se quiebre y rompa, y las lazadas bellas,  
 Que encadenaban toda esta armonía,  
 Las deshaga y censuma el postrer día?

Quando quebrada la mortal columna,  
 Que ahora es firme asiento de las cosas,  
 Tras la enlutada esfera de la luna  
 Las estrellas se arrojen perezosas;  
 Y en la mar anegadas de una en una,  
 Se encienda el aire en llamas espantosas  
 Que los polos abrasen, y entretanto  
 Todo se vuelva á su primer espanto.

Ni entonces podrá haber mayor revuelta,  
 Ni mundo mas confuso y alterado,  
 Ni aquella eterna noche en sombra envuelta  
 Le pondrá mas suspenso y enlutado :  
 La tierra veo un mar de sangre vuelta,  
 El aire de cometas rodeado,  
 Las estrellas sin luz, y en medio el cielo  
 Cubierto el sol de un amarillo velo.

Ya otras veces mis hombros deste peso  
 Cargado, y estas mismas armas tuve,  
 Mas no tan graves, ni de tanto escoco,  
 Como el que ora por cima dellos sube.  
 O aquí el mundo ha juntado el gran proceso  
 De sus edades, y esta densa nube  
 Preñada va de su potencia y saña,  
 O cual sentir caduco el mío se engaña.

Mas peso y carga de mayores gentes  
 Nunca de España el belicoso suelo  
 Junta oprimió, ni á brazos mas valientes  
 En un solo escuadrón dió aliento el cielo,  
 Ni cuando á saquear de mis vertientes  
 Las ricas costas de argentado yelo,  
 La hambre de Fenicia, ni el estrago  
 Sobre mi vino de la gran Cartago.

Ni cuando á sus soberbios pensamientos  
El fiero hijo de Isman alzó pendones,  
Cuyos mal reprimidos movimientos  
Desmembraron de Siria estas regiones;  
Y de Meroan cortando los intentos  
Al reino cordobés dieron blasones,  
Con que al mundo temblar, y á España hizo  
Humillarse á un tirano advenedizo.

Ni al tiempo que el mancebo Abenhumea  
En Portunio abatió su media luna,  
Ni cuando en riesgo la servil ralea  
De esclavos le embistió guerra importuna;  
Ni el cruel desman de otra francés pelea,  
Triste ensaye y agüero de fortuna,  
A este se iguala, con que altiva intenta  
De toda su ambicion tomarle cuenta.

Mas si el oculto discurrir del hado,  
Y de las parcas el estambre y huso,  
A la francesa magestad han dado  
Su crecimiento hasta este punto incluso;  
Si hasta aquí tiene el cielo decretado  
Que llegue, y por sus límites le puso  
La cumbre, que ya sube y quiere á una  
Que della le despena la fortuna;

Yo doy lugar á lo que el cielo ordena  
El paso libre, y el camino lano: to  
Esto á la gran montaña de años llena  
Es fama que le oyó el bosque cercano,  
Y el feroz campo, cuyo curso atruena  
Los vecinos contornos, llegó ufano  
A la alta cumbre, donde en vista fiera  
El español ejército le espera.

Tembló el brio francés viendo al contrario,  
Y de pálido y triste horror cubierto,  
Volvió en semblante humilde el temerario,  
Con que antes el vencer tuvo por cierto:  
Y ya en mas orden mide y pesa el vario  
Brazo de la fortuna sin concierto,  
Que hace diversos visos y reflejos  
Ver la muerte á los ojos, ó de lejos.

En tres gruesas escuadras su potente  
Ejército el francés ordena y parte,  
El diestro cuerno con la invicta gente  
Que arrastró de Girona el estandarte,  
Hecha á vencer lombardos; y al valiente  
Gradaso, y Mandricardo, da y reparte  
A cuenta de Reynaldos, que á su lado  
Parece un invencible Marte armado.

La segunda de ricos precios llena  
Del destrozado campo de Agramante,  
Que su fama á la ardiente Libia atruena  
En bélico aparato y voz triunfante,  
Con mas palmas que nacen en su arena,  
Y mas triunfos que alerees eria Atlante,  
A tí, fiero Dudon, y á tu braveza,  
Dió el César por gobierno, y por cabeza.

Lo restante del campo, que á la trompa  
De la fama añadió sonoro aliento,  
Y sin que el tiempo el de sus bronce rompa  
Sobre su altar tendrán eterno asiento,  
Con el César, que en grave aplauso y pompa  
Príncipes le acompañan ciento á ciento,  
A cuenta va del gran señor de Anglante  
A un invicto Centauro semejante.

Aquí entre otros jayanes, cuyas sienas  
Diadema de oro por los yelmos ciñe,  
Y á sus vecinos reinos con desdenes  
Fortuna á dar tributo y fe constrñe,  
Leofante va, y Fabúreo, por rehenes  
De la una y otra Arabia, que les tiñe  
De rojo los escudos, donde lleva  
Este un cisne, y aquel la luna nueva.

De la otra parte el grave Alfonso empieza  
A mover con su ejército asturiano  
En número inferior, mas no en braveza

A ningún pecho ni valor humano:  
Por gallardo caudillo, y por cabeza  
Del Carpio ilustre el dueño soberano,  
Cual delante del sol sale el lucero  
Ardiendo en llamas de oro, y limpio acero.

Sobre un caballo negro azabachado,  
De pequeñas orejas y cabeza,  
De un sol blanco en la frente remendado,  
Fogosos ojos, llenos de viveza,  
Tresalbo, ancho de pecho, y levantado,  
De corta clin, y presta ligereza,  
Las linehadas narices con su aliento  
Sen espuma al jaez, y fuego al viento.

Enaspando las manos de brioso,  
La cola entre las piernas escondida,  
De concertado freno, y paso airoso,  
Y á blanda rienda su altivez rendida;  
Armado el rico arnés de oro fogoso,  
Que ya fue de Vulcano obra escogida,  
Ardiendo en rayos de sus piedras bellas,  
Como el cielo en la luz de sus estreillas.

De blancas plumas un penacho altivo,  
Que el aire en crespo tremolar le enreda,  
De oro grabado el peto, en que el cautivo  
Pecho, mas no de amor, salvarse pueda:  
En el escudo de fortuna al vivo  
Hecha pedazos la inconstante rueda,  
De perlas, oro y pedería sembrada,  
Y por letra, «no hay otra que mi espada.»

Cual sobre el austro ardiente al pardo moro  
El soberbio Centauro mide el cielo,  
Y en margen de cristal tiembla el sonoro  
Golfo al ver trastornar su rauda vuelo,  
Y el con mallas de plata, y peto de oro,  
Su estrellada grandeza muestra al suelo,  
Tal en arnés vistoso relumbrante  
Bernardo está á su ejército delante.

Su venerable rey, que la potencia  
Del orbe sobre España venir siente,  
Y que para tan grave resistencia  
Cuanto tiene le importa de valiente,  
Mostrando en todo que su real presencia  
Es alma invicta á su invencible gente,  
De en media della, con saber profundo,  
Así empezó á hablar, y escuchó el mundo.

«Invictos héroes, que por tantos modos  
El tiempo en vuestros pechos examina  
El gran caudal que en los soberbios godos  
El feliz temple castellano alina;  
Hoy, por daros de un golpe juntos todos  
Los triunfos de la tierra, determina  
Rendir á vuestros pies, por vuestras manos,  
Los que en vencerla toda están ufanos.

Por no poder llevar vuestras espadas  
A trastornar los montes del Oriente,  
Ni á vencer las regiones escarchadas  
Del Norte, ni de Libia el suelo ardiente;  
Los triunfos todos de esas derramadas  
Naciones os los trae en esta gente,  
Que hoy en esta hora ha ganado por la tierra  
Al pie os la viene á dar desta alta sierra.

Mas no por verlos en tan grave punto,  
De la instable fortuna acariciados,  
Su arrogante opinion, vano trasunto  
De ambicion loca, os deje acobardados,  
Que toda esta altivez y orgullo junto  
Ya de vencerlo estais acostumbrados:  
¿Cuándo el furor fantástico de Francia  
Contra el brazo español fue de importancia?

Bien saben que es comprar á cargas de oro  
Un día de treguas y de paz á España,  
No huyendo del persa, ni del moro,  
Sino del catalan coraje y saña:  
Cuando Tendio, su rey, vida y tesoro  
Al paso les quitó desta montaña,



Habiéndole pagado hasta una huella  
A peso de oro de los riscos della.

Del estremeño Clanio la persona,  
Que ya dos veces con tasada gente  
De la francesa sangre en Carcasona  
Arroyos hizo, y sus montañas fuente,  
¿Fue mas que español nuestro? á Tarragona,  
Cuando de su nobleza lo eminente  
Dió montes de sepulcros á Igualada,  
¿Cuyo fue el brazo? ¿quién prestó la espada?

Ni penseis que los siglos han mudado  
A estas como á otras cosas las corrientes,  
Habiendo allí crecido, aquí menguado,  
Los ánimos y bríos de las gentes:  
Los mismos son que fueron: ya probado  
Tiene esta nuestra sierra y sus vertientes  
Su esfuerzo, sus dorados lirios bellos  
Bien saben vuestros brazos deshacerlos.

El bravo orgullo es este que delante  
Con fantásticos miedos os asombra.  
La causa de la guerra su arrogante  
Soberbia, otra aparente y vana sombra;  
Ambiciosa codicia es lo restante,  
Aunque el ofrecimiento mio la nombra:  
Vuestro derecho, oh héroes asturianos,  
Es librar nuestro reino de sus maros.

Quien de su amada patria el fiel regazo,  
Donde el dichoso nace, vive y muere,  
Y de la nueva esposa al dulce abrazo  
Volver sin mancha á su nobleza quiere;  
Quien del pequeño hijo el tierno lazo  
Tornar al grave cuello pretendiere,  
Y no humillar de la cerviz altiva  
El libre suyo á sujecion cautiva;

Con la enemiga sangre derramada  
Le importa iluminar la ejecutoria,  
Honor perdido, ó libertad ganada,  
Es ganar ó perder esta victoria:  
¡Oh intrépido escuadron! á cuya espada  
El cielo ofrece semejante gloria,  
Librad la invicta patria, y haced vuestra  
De un golpe la honra que de aquí se muestra.»

Dijo, y á su discurso el campo altivo  
En bélico furor se enciende y arde,  
Suena el arnés de Marte vengativo,  
Fuego ardiente al feroz, yelo al cobarde:  
Quién del diestro venablo, quién del vivo  
Filo del corvo alfange hace alarde,  
Y quién, blandiendo la nudosa lanza,  
Sin moverse al contrario se abalanza.

En tanto el francés campo el aire impuro  
Lleno de agüeros tristes mira atento,  
El negro valle de un celage obscuro  
En torno le entoldó, y espesó el viento:  
Del lado izquierdo, sobre un risco duro,  
Sonó de un pardo buho el ronco acento,  
Y de tres cuervos un combate fiero  
Entre la nube y su enlutado agüero.

Desvaneció la sombra, salió el día,  
Cubierto el sol con un sangriento velo,  
Y del Norte una alegre compañía,  
De doce blancos cisnes batió el vuelo;  
Cuando una águila altiva, que venia  
De hácia el campo español, cubriendo el cielo  
En pompa de alas, y de artejos bellos,  
Con engrifadas garras se entró en ellos.

Mezclóse al escuadron, creció la suma  
La reina de las aves, cuyo brio  
Hace que el blanco cerco se consuma,  
Y que las nubes den de sangre un rio:  
Caen los destrozados de nevada pluma,  
Y muertos uno á uno el aire frio  
Los doce cisnes vuelve, cuyo vuelo  
Antes de blanca cinta ciñó el cielo.

El César de tan graves causas lleno

Su cuidadoso discurrir revuelve;  
Mas ya empeñado el crédito, en sereno  
Semblante el alterado pecho vuelve:  
Rompe á la altiva magestad el freno,  
En ver el fin del hado se resuelve,  
Y fingiendo el placer, que no tenia,  
Así al campo habló que le seguía:

«Oh ya del mundo diestros vencedores,  
Pueblo indomable, á cuyos brazos fieros,  
No hay pechos tan osados, ni furoros,  
Que no os rindan humildes sus aceros,  
De adonde en aromáticos olores  
Del tierno día beben los primeros  
Rayos de alegre luz, al mas distante  
Pueblo, á quien da su sombra el viejo Atlante;

Ya de la gran jornada el postrer día,  
Con tantas diligencias procurado,  
Vuestra braveza llama y desafía  
Al modo de vencer acostumbrado:  
De los gallardos brazos la osadía  
Que el mundo hizo temblar, hoy con doblado  
Esfuerzo es el mostrarla conveniente  
En el vencer esta indomable gente.

No hay nacion tan remota y apartada  
Desde donde la oculta Tile lúmea,  
Hasta el feroz Centauro, que en dorada  
Uña en el polo Antártico pasea,  
Que al filo agudo de esa invicta espada  
Nuevo trofeo de altivez no sea,  
Ni desde el indio oculto al mar de Oriente  
Quien no se asombre á su vislumbre ardiente.

Ya pues para que en carros de leones,  
Y en triunfo universal gozeis la tierra,  
A vuestra fama solos los mojonos  
Resta allanar desta enemiga tierra;  
Con esto haceis de todas las naciones  
Un reino solo, solo en esta guerra  
Está el ser invencibles, ó que el mundo  
Aun todavía os dé el lugar segundo.

Mas ¿para qué en palabras entretengo  
El triunfo que tal brio me asegura,  
Si lo poco que en ellas me detengo  
De corriente le quito á mi ventura?  
Esto les doy de vida, hasta aquí vengo  
A serles franco rey, gozen segura  
Libertad este rato, ya el postrero  
Que el hado les otorga, y vuestro acero.

Que aunque ceñidas de laurel triunfante  
Por vuestra espada mis ancianas sienas  
Ya vi otras veces, nunca en tan pujante  
Gusto, ni en colmo de tan altos bienes:  
Ni cuando el fiero campo de Agramante  
Me dió en vencidos reyes sus rehenes,  
Ni cuando de Gradaso, y de Mambrino,  
Y Almonte, el triplicado triunfo vino:  
Ni cuando á Desiderio en Lombardia  
Mi tributario hice, ni con tanta  
Gloria entré en Roma á recibir un día  
Del sacro imperio la diadema santa:  
Que á todos estos actos de alegría  
Este los sobrepuja y adelanta,  
A esta victoria y triunfo los pasados  
Son márgenes de gustos abreviados.

Sola una cosa, oh jóvenes gallardos,  
La fe me otorgue de este pecho fiero,  
Que contra los rendidos vuestros dardos,  
Ni se armen de rigor, ni sean de acero:  
El que en ligero vuelo, ó pasos tardos,  
Se os rindiere, tendreis por compañero,  
Sea vuestro ciudadano el que huyere,  
O el que por no morir se defendiere.

De los demás sin reservar viviente  
La sangre riegue vuestros lirios de oro,  
Muera su rey falaz, muera su gente,  
Muera el leonés, el árabe y el moro:

A ellos, invicta casta descendiente  
Del que á Hector engendró, y á Polidoro,  
Que aun ya desdo esta altura donde estamos  
Por superiores suyos nos contamos.»

Dijo, y en frio silencio amortiguada  
Se vió el primer orgullo bullicioso,  
De la vecina muerte demudado  
El pálido semblante al mas brioso :  
Da latidos el pecho al mas osado,  
Temen el arrogante y el medroso,  
Y entibiar en tal trance los guerreros  
Es el peor de todos los agüeros.

Mas no solo temblaron los presentes  
De su cercano fin al triste ensayo,  
Que no se halló francés entre las gentes  
Que entonces no sintiese algun desmayo :  
O fuesen de los hados las corrientes,  
O de signo infeliz precioso rayo,  
Que á los francesas armas poderosas  
El curso trastornaba de las cosas.

Todos al fin los que en el mundo habia  
Por regiones incógnitas sembrados  
Los azares sintieron de aquel dia,  
Y los pechos hallaron desmayados :  
Los de la Libia cruel, los de la pia  
Moscovia, los humildes, los honrados,  
El que en Tiro sus púrpuras rescata,  
Y el que de solo el ocio en Paris trata.

El César á vencer acostumbrado  
Se vió tambien suspenso un rato en duda,  
Hiere al luciente acero el sol dorado,  
Y el aire en sangre y luto se demuda ;  
Cuando de la fortuna arrebatado  
El uno y otro ejército se muda

En busca de la muerte, que apostada  
Da el postrer filo á su tajante espada.  
Vánse acercando, suenan los clarines  
Entre las peñas con quebrados ecos,  
Y puestos ya en los últimos confines  
Del fatal monte y sus peñascos huecos ;  
Del vario tiempo los dudosos fines,  
Y del triste hado los variables trucos  
Su orgullo asombran, y al dudoso caso  
Suspenso dan el amagado paso.

En tanto la piedad y ambicion juntas  
En medio hacen su batalla aparte ;  
La piedad, viendo en aceradas puntas  
De Carlos y de Alfonso el estandarte,  
Que con doradas cruces, sus conjuntas  
Naciones hijas son de un mismo Marte,  
De un gremio, de una ley, de un clima y cielo,  
No sabe cual seguir por mejor celo.

Duda cual de los dos sea su enemigo,  
Si el católico rey, si el rey cristiano,  
Bien que de entrambos con halago amigo  
Tocar desea de paz la honesta mano :  
Ya en esto, puesto el cielo por testigo  
A emhestir iba el pecho á Carlo Mano,  
Cuando de la ambicion fue rebatida  
De un golpe tal, que la dejó sin vida.

Es ciega la ambicion, y ardiendo en ira,  
Ni tiene superior, ni igual consiente,  
Ni reconoce á Dios, ni á su ley mira,  
Ni guarda fe al amigo, ni al pariente ;  
Todo lo arrasa, á todos blancos tira,  
Y ahora, llena del furor presente,  
Pasó por mas victoria de su mano  
El duro corazon á Carlo Mano.

Y el resto del fantástico semblante  
Al justo de un feroz jayán lo entalla,  
Y por alma cruel lo da á Morgante,  
Que aquel dia antes vino á la batalla ;  
Donde puesto al ejército delante  
Sale ardiendo el primero á comenzalla,  
Y acrecentada de ambicion la injuria,

¿Que rienda bastará contra su furia?

Muévense entrambos campos, semejantes  
A dos tejidas selvas, cuyos pinos  
Son espigadas lanzas relumbrantes,  
Y las copadas hayas yelmos finos :  
Las ramas son plumeros tremolantes,  
Donde hace el viento bellos remolinos,  
Y á las varias centellas del acero  
En que el sol quiebra, se arde el bosque entero.

Llega junta á clorar la muchedumbre  
Al son de belicosos instrumentos,  
Ginió de Roncesvalles la alta cumbre  
En roncós y trísticos acentos :  
Suenan el acero, asombra su vislumbre,  
Y el Pirineo tembló por los cimientos,  
Las madres dentro en los vecinos techos  
Sus hijos abrigaron á sus pechos.

Ahora es tiempo, oh sacra Melpomene,  
Que en trágico furor vuele mi pluma,  
Y tal su belicoso acento suene,  
Que ni olvido ni envidia lo consuma ;  
Antes el mundo así sus versos llene,  
Que aun reducidos á compendio y suma,  
Tanto ensanche mi voz su nombre altivo,  
Que quien dellos no hablare no esté vivo.

Cual soberbio centauro, que el monte Osa  
En veloz curso rompe y atraviesa,  
Y entero un pino da á la poderosa  
Mano, haciendo dél liviana empresa,  
Tiembla la alta montaña cavernosa,  
Y él, cual turbio raudal rota la presa,  
Hasta arrojarle en el vecino valle,  
Por cuanto al paso encuentra hace calle ;

Tal Morgante, amor nuevo de la bella  
Angélica, á romper la primer lanza  
En el campo español vuela con ella,  
Y á entrarse por sus puntas se abalanza :  
Encontró á Gravelindos de la Estrella,  
Quitándole su encuentro la esperanza  
De suceder en Lugo á Bahamonte,  
Y sus armas trocar por las de Almonte.  
Rompió la lanza en él, y con la espada  
Furioso se arrojó en el campo hispano,  
Abriendo por la gente mas granada  
Sangriento estrago su arrogante mano :  
De tajo, de revés, y de estocada,  
Hiere, ahuyenta, y mata al mas cercano,  
Carga, y revuelve su indomable potro,  
De aquí, y de allí, sobre este, aquel, y el otro.

Reynaldos encontró del fiel Carpenito  
El gripado leon en verde escudo,  
Pasando entrambos cual ligero viento,  
Este herido en el brazo, y aquel mudo :  
Mas del feroz Roldan ¿quién el violento  
Curso dirá, y encuentro? que al membrudo  
Vidaurre dió en sus ocho escudos de oro  
Tal, que el monte atronó el rumor sonoro.

Fue el navarro á caer desacordado,  
Mas revolviendo con mejor sentido,  
Dejó al conde, que en medio del cerrado  
Escuadron ve de seis á un tiempo herido ;  
Y á Angelin encontró, que confiado  
De dar muerte á Reyner volvía teñido  
De fresca sangre el brazo, y un agudo  
Trozo de lanza por el roto escudo.

Del golpe que á Roldan causara espanto,  
O temor, si atendiera su pujanza,  
Al conde de Burdeos llegó tanto,  
Que pudo dar á su Reyner venganza :  
Rasgó el escudo, el brazo, el yelmo, y cuanto  
Desde el plumero á la escarcela alcanza,  
Dando al suelo de un golpe por entero,  
Plumas, armas, caballo, y caballero.

Al duque Astolfo, que á vengar venia  
La muerte de Angelin, volvió furioso,

Y en gallarda y trabada batería  
Dar principio se vió á un combate hermoso:  
Mas tanta era la gente que moría  
De un campo y otro, tanto el temeroso  
Resonar de los golpes y tormenta,  
Que no es posible dar de todos cuenta.

El bravo Durandarte, el gran Ricardo,  
Gayferos, Naymo, Oton, y Bellenguero,  
Anselmo, don Turpin, Avivio, Alardo,  
El alemán Godofre, el fiel Raynero,  
De todos hecho un escuadron gallardo,  
Lanzando rayos de su ardiente acero,  
Por el revuelto ejército de España  
Rompiendo van en mortandad estraña.

Destrozan, hieren, matan sin concierto,  
Rompen, desarman, y en sangriento lago  
Un número increíble dejan muerto,  
Y entre los vivos un horrible estrago:  
Quién el costado, quién el cuerpo abierto,  
Sin sentir de la muerte bebió el trago,  
Aquí uno, dos allí, y acullá ciento,  
Por tierra arroja su furor violento.

A un tiempo ambos ejércitos difasos,  
Sin orden, modo, sin concierto, ni arte,  
En espantosa trápala los usos  
Y reglas quiebran del sangriento Marte:  
En ciegas tropas, y en monton confusos,  
De aquí y de allí, por esta y la otra parte,  
De á caballo y á pié, todos á una  
Al gran desman se mezclan de fortuna.

Ni los diestros sargentos, ni el prudente  
Capitan, pueden reducir á modo  
La descompuesta confusión de gente  
En que se enreda y enmaraña todo:  
Mezclados el cobarde, y el valiente,  
El español, francés, normando, y godo,  
El noble, y el plebeyo, el alto, el bajo,  
El que viste armas, y el que no las trajo.

Retumba el hueco valle á los acentos  
Del ronco y triste són de las espadas,  
Hieren las voces los confusos vientos,  
Y el romper de las armas encontradas:  
Corren del monte horrible rios sangrientos,  
Volcando arneses, grevas y celadas  
A los vecinos valles, ya cubiertos  
De enteros escuadrones de hombres muertos.

Mézclase en los ejércitos la muerte,  
Y mil vidas se lleva de un encuentro,  
Que aunque cada una asida de su suerte,  
Todas al fin van á parar á un centro:  
Tráfico, yendo á herir á Ernesto el fuerte,  
Por la espada de Andronio se entró dentro,  
Quedando al descender el golpe incierto  
Libre el vencido, y el contrario muerto.

Llevóle Fanio á Isarco de una altiva  
Herida la cortés cabeza á vuelo,  
Ven los ojos quedarse el cuerpo arriba,  
Y ellos bajar con toda el alma al suelo:  
Rió Sarpelo en ver que medio viva,  
Yendo á hablar, le ató la lengua el velo,  
Y á él por trocar los yelmos una flecha  
Las sienes le cosió, y pasó derecha.

Un venablo por medio de los pechos  
Iba á Rubín buscando las espaldas,  
Cuando otros dos en él dieron derechos,  
Y él de aquel monte en las sangrientas faldas:  
Y el alma por tres pasos tan estrechos,  
A volver rojas las violetas gualdas,  
Duda el salir, cuando de un golpe abierta  
La cabeza le dió bastante puerta.

Cayó tras él Sirinto, y Aldigero,  
Con armas encontradas y sangrientas,  
Este gran bebedor, y aquel parlero,  
Y un golpe los libró de dos afrontas:  
De un campo y otro, Alcín aventurero,

Y el capitan Obando, las violentas  
Lanzas quebraron, yendo al campo abierto  
El uno medio vivo, el otro muerto.

A los piés de Chaquin cayó Sarrento,  
Que entre unos riscos de la mar tenía  
Mujer é hijos, y en quietud contento  
Con anclas redes de pescar vivía:  
Cre-ióle la ambición, mudó de intento  
Viniéndose á la guerra, y aquel día,  
De un fiero golpe ya rotos los cascos,  
Por la paz suspiró de sus peñascos.

Mas ¡cuál dios, oh Quevedo, el gran torrente  
De tu amorosa vena trocar pudo,  
Y de poeta altivo y elocuente  
Te trajo á ser entre las armas mudo?  
¿Quién por pluma te dió la espada ardiente,  
Por dulces versos el pesado escudo,  
Y el mal seguro yelmo que ahora tienes,  
Por el laurel de tus heroicas sienes?

Si querías guerras, con tu musa á solas  
Las pudieras cantar, cual ya hiciste  
Otro tiempo las armas españolas,  
Y de Rodrigo la tragedia triste:  
Mira, oh gallardo jóven, que las olas  
De antojos con que Apolo el alma embiste,  
Otras que no estas son, y que es de otra arte  
El poético furor, que no el de Marte.

Apenas de oro el escarcelado vello  
Hacia invisible sombra á tus mejillas,  
Cuando tu verso el mundo oyó, y en ello  
De Venus y de Adonis las manchillas:  
No sé por qué dejaste, oh jóven bello,  
De cantar las batallas por seguillas,  
Que para darteos desta una gran suma,  
Mas que tu espada nos valia tu pluma.

Mas con deseos de cantar á España  
De sus invictos héroes las heridas,  
De acero armado, y de tu misma saña,  
Fuiste al campo á aprenderlas, no de oídas:  
Con limpio arnés que el aire en lumbres baña,  
Y sobre el yelmo plumas esparcidas,  
Que en lo pomposo y hueco de su rama  
De las alas parecen de la fama.

En el escudo por empresa bella,  
Aludiendo al amor en que se funda,  
Tu vilueta, sin otra cuerda en ella  
Que una prima, y por letra «sin segunda»: «  
O sea la luz que te guió, tu estrella,  
Tu música, tu canto, ó tu profunda  
Vena, todo era tal, y de tal modo,  
Que á todo junto ajusta, y enadra á todo.

Deste gallardo y belicoso aliento,  
O espíritu gentil acompañado,  
A los mayores riesgos mas contento  
Entrar te hacia tu ánimo arrojado;  
Y matando enemigos ciento á ciento  
Ya cantar tu victoria habias trazado,  
Cuando el deseo de alcanzar á Arbante  
Al golpe guiar te pudo de Morgante.

Cual fiero leon, si al corto día de invierno  
Tras larga noche ayuno se levanta,  
Y al salir de su cueva un ciervo tierno,  
O nuevo toro ve entre planta y planta,  
A quien aun no ha salido firme el cuerno,  
Ni á los pechos le cuegla la garganta,  
Deja otras ocasiones, y al presente  
Las garras tienta, y apercebe el diente;  
Tal el gigante al jóven peregrino  
Su cruel hado le bizo que revuelva  
Con una lanza de un entero pino,  
Que ya fue adorno de una inculta selva:  
Pasó el dorado escudo, el peto fino,  
Y á salir hizo que la punta vuelva  
Por las espaldas, y el altivo cuello  
Caer dejó al un lado el rostro bello.

Mas ya es tiempo, oh deidades de Helicon,  
Que todas juntas deis á mi alma aliento,  
Que iguale, si es posible, á la persona  
De quien ya quiero comenzar el cuento;  
Y no en voz que se muda y desentona  
A cualquier paso, y con cualquiera viento,  
Mas en estilo de oro, y voz de acero,  
Vean que es de la verdad la fama un cerro.

Y de aquel brazo, cuyas maravillas  
Asombraron un tiempo las estrellas,  
Para que ahora hagan en oíllas  
Lo mismo que en el mundo hizo el vellas;  
De esas doradas sacrosantas sillas  
Bajad á oír mi canto, oh ninfas bellas,  
Por cuyas manos el licor se vierte,  
Que hace dulces engaños á la muerte.

Salió gallardo el príncipe de España  
Luego que el francés campo vió deshecho,  
Que hasta aquel punto reprinió la saña  
Para mejor justificar su hecho:  
Y cual hambriento león, si en la montaña  
La aguda hambre que le escarva el pecho,  
El tímido rebano, ya sin gente  
Ni pastor, desde lejos balar siente,

Haciendo estrago y riza de mil suertes  
Entra bañando en sangre diente y garras,  
Tal el feroz caudillo, de los fuertes  
Montañeses, saltó el palenque y barras:  
Y en varios golpes, y en diversas muertes,  
Lanceos nuevos probó, pruelas bizarras,  
Asombrando su espada al campo todo,  
Ya deste, ya de aquel, ya de otro modo.

Al galán Durandarte, desde lejos  
En ricas plumas y armas señalado,  
Pasar vió entre las lumbres y reflejos,  
Que el sol sacaba de su arnés dorado:  
Y al verse en sus clarísimos espejos  
Tan furioso llegó, que á no ir cebado  
En dar muerte al francés, si se mirara,  
De su misma braveza se espantara.

Mas la gallarda espada al brazo altivo,  
Igual en la fineza y la ventura,  
Sobre él corrió con golpe tan esquivo,  
Que ni bastó reparo ni armadura:  
Hiende el escudo, el yelmo, y á lo vivo  
Del costado bajó, donde en segura  
Paz su Belerma hermosa está escondida,  
Que pudo aquella vez darle la vida.

Traía entre un riquísimo tesoro  
Su dama en el escudo retratada  
Con tan nueva hermosura y tal decoro,  
Que fuera otra Medusa bien mirada:  
Un Cupido á sus piés labrado de oro  
Sobre su venda dando otra lazada,  
Y de diamantes esta cifra bella,  
«Medroso de morir si llega á vella.»

Sintió el tierno amador ver dividido  
De tal manera su encantado escudo,  
Que de la rica imagen de Cupido  
Nada dejó á su dama el filo agudo;  
Y desto mas que del dolor herido,  
Con cuanto brio su arrogancia pudo  
Tan fiero el brazo alzó que al derriballe  
El monte hizo temblar, y atronó el valle.

La cabeza humilló hasta los arzones  
Bernardo á la agraviada hermosura,  
Que en el menguado escudo sus facciones  
Muestran, que aun mas se debe á tal figura:  
Mas no se iguala el término á los dones,  
Que él fue cortés, pero ellos de hechura,  
Que al primer golpe que acertó de lleno  
Dió al valiente francés por cama el heno.

Reynaldos que llegó cuando caía,  
Admirado de heridas tan gallardas,  
«Valiente español, dijo, este es mi día,

Si como debes sin temor me aguardas:  
Con esa tuya, y con la espada mía,  
De roja sangre y de tinieblas pardas  
Famosa estatua te dará la suerte  
De heróicas hechas, y de honrada muerte.»

Dijo, y á un tiempo igual ambos guerreros,  
A dos manos sin guarda ni cubierta,  
A buscar su victoria bajan fieros,  
El uno á Balisarda, otro á Fushberta:  
Esta dobló en las armas sus aceros,  
Mas aquella con tal destreza acierta  
Sobre el hadado yelmo de Mambrino,  
Que todo el cerco de oro al suelo vino.

No le admiró á Reynaldos ver falsado  
El encantado acero, que ya pudo  
De todo un mundo defenderle armado,  
Ni roto el león barrado de su escudo,  
Que lo que entonces le dejó admirado  
El golpe fue del español sañudo,  
Con quien los de Mambrino, y los de Orlando,  
Golpes de folia son dados burlando.

Mas no por eso se acobarda un punto,  
Que el apetito de honra aumenta el brio;  
Antes con uno y otro aliento junto  
Rompe arrogante de furor un rio:  
Parece de los dos vivo el trasunto  
De Aquiles y Hector, cuyo desafío  
Dejó sobre los muros de Neptuno  
Después de gran porfía muerto al uno.

Hiere Reynaldos al valiente godo  
En confusa batalla de mil suertes.  
Y él tras su ofensa por el mismo modo  
Intenta en él mil generos de muertes:  
Todo lo buscan, y lo prueban todo,  
Con pechos nobles, y con brazos fuertes,  
De un golpe y otro, de una y otra herida,  
Buscando el fin de la contraria vida.

Por seis partes herido, y desangrado,  
De Montalvan el príncipe se via,  
Y su enemigo en todo tan guardado,  
Que hecho de un diamante parecia:  
Cuando ya de morir determinado  
El roto león borrado al suelo envia,  
Tomando á su Fushberta con dos manos,  
Que hizo temblar los montes comarcanos.

Y al sucesor del conde de Saldaña,  
Que cubierto se entró para esperrallo,  
Dió un golpe, y otro, y otro con tal saña,  
Que sin sentido le llevó el caballo,  
Hasta dónde al rey Casto una maraña  
De gente, ó por prendello, ó por matallo,  
Cercaba con el fiero rey Morgante,  
Que solo á todo junto era bastante.

Mas aunque herido en el honor le halla  
El presente rigor, con pecho entero,  
Sin mas volver á la primer batalla,  
A guarecer su rey pasó ligero;  
Y al gigante feroz, que á rematalla  
Iba á todo el rigor de un golpe fiero,  
De la una y otra cólera impelido  
El suyo le quitó todo el sentido.

Y al ofendido rey, que en tanto estrecho  
Halló sin esperanza de la vida,  
Cobrar caballo hizo, y largo trecho  
Arredrar dél la gente mal nacida,  
Que no hay tan fiero y arrogante pecho  
Que ose esperarle la segunda herida,  
Si el suyo con deseos de venganza  
A hacerla de veras se abalanza.

Y viendo en salvo al rey, «señor, le dijo,  
No es justo así arriesgar vuestra persona,  
Única y noble basa en que está fijo  
De España invieta el cetro y la corona.....»  
Mas ya á este tiempo de Milon el hijo,  
Que enteros campos riende y amontona,

Huyendo dél un escuadron confuso

Fin á sus ruegos y razones puso.

¿Quién dirá de una espada tan gallarda

Los golpes y heridas espantosas,

Si ya á mi débil voz y lengua tarda

Tan imposibles son como forzosas?

Pecho de hierro, y trueno de lombarda,

Se ahogará al tropel de tantas cosas,

Donde en las que hoy obró el señor de Anglante

Mil siglos tiene que la fama cante.

Cual del frío risco, ó cavernosa gruta,

Donde Eolo encierra los airados vientos

De un ciego huracan tempestad bruta

Al mar se arroja en soplos turbulentos,

Donde su rabia hórrida ejecuta

Tropa sutil de espíritus violentos,

Que trastornando el golfo hasta el profundo

La firme basa hace temblar del mundo.

Saca el turbio Neptuno su tridente,

Y en horrible bramar los amenaza,

Las ricas islas del Egeo potente

Con olas sorbe y golpes despedaza:

Clama Delo á su dios resplandeciente,

Sérifo hunde su pequeña plaza,

Tal del feroz Roldan la altiva y brava

Violencia de una gente en otra andaba.

Hiere, rompe, destroza, desbarata,

Socorre, da favor, rinde, ahuyenta,

Despedaza, desmiembra, corta, mata

Cuanto delante el campo le presenta:

A este el brazo, al otro le arrebató

La mano, el rostro, y nada le contenta:

Yelmos, escudos, petos, grevas, malla,

Abolla, rompe, quiebra, corta, y talla.

En esta horrible mortandad envuelto

Llegó cuando Bernardo revolvía

Sobre el feroz Morgan, que habiendo vuelto

De su primer desmayo parecía

Que entero un mundo en su furor revuelto

De su arrogante brazo descendía

Contra el gallardo jóven, que á otra parte

Si le mira hará temblar á Marte.

Y empezando los dos nueva batalla,

El conde que llegó seguro á vella,

Y á los primeros lances de miralla

Su contrario español conoció en ella;

Alegre de que en tal sazón se halla

Por cuanto encuentra rompe y atropella,

Gritando, «afuera que esta empresa es mía,

Aquesta es mi venganza, este es mi día.»

Puesto en medio los dos feroz retira

A una parte á Morgante, y á Bernardo

A dos manos dió un golpe con tal ira,

Que le hizo humillar el brio gallardo:

Mas el corzo colérico que mira

La grave injuria del francés bastardo,

Que en menosprecio suyo, y su arrogante

Brazo, al de su furor pasó adelante.

Sin mirar si es amigo, ó si enemigo,

Sobre él tal tempestad de golpes llueve,

Que el vivir le importó el seguro abrigo

Del encantado yelmo un tiempo breve:

Mas el leonés, que parte, y no testigo,

Quiere ser de aquel campo, lo que debe

Paga á dos manos con la fiera espada,

Que piensa de los dos salir vengada.

Cuando el franco Roldan al jóven fiero,

Y á su enemigo en medio el campo rojo,

«Venid, dice, los dos, que ambos espero

Que muertos me pagueis mejor mi enojo:

A entrambos juntos digo, á entrambos quiero,

Por mi honra al uno, al otro por mi antojo,

Que no se templará tambien mi saña

Si una muerte con otra no acompaña.»

Dijo, y de aquel, y deste rebatido,

Ni sabe á cuál herir, cómo, ni dónde,

Que los tres, uno de otro confundido,

Ninguno ve á quien da, ni á quien responde:

Tal la discordia en ellos se ha encendido,

Que el gran Bernardo al corzo, el corzo al conde,

El conde á él, y dellos cada uno

Con dos juntos se afirma, y con ninguno.

Llegó bravo Reynaldos á este punto,

Y viendo la confusa batería,

Y al golpe de su espada puesto á punto

El que siguiendo con furor venia,

Con el que en su ofendido pecho junto

Pudo caber á su Fusberta envia

Sobre el dorado yelmo, que el ruido

Le sacó por un rato de sentido.

Quiso segundar otro, y otro luego;

Mas despertó al primero, y pudo tanto

La nueva sinrazon del furor ciego,

Que dió de dos á Francia el primer llanto,

Y al español coraje tanto fuego,

Que aun del golpe hasta hoy dura el espanto,

Pues hecho dos el yelmo de Mambrino,

Con cuanto tenia dentro al suelo vino.

Cayó, y de Montalvan y Claramonte,

Toda la gloria junta vino al suelo,

¡Oh del mundo menor breve horizonte,

Vida mortal, tasado paralelo!

Sea á tu gran valor tumba este monte,

Fama el blason, y la capilla el cielo,

Pues tras tantas grandezas, de su mano

No te dejó otra cosa el tiempo vano.

Cayó tambien con él su leal Bayardo,

O atronado del golpe poderoso,

O que del signo triste el pasado tardo

Allí acabó su curso perezoso,

Que al rey Artus sirvió, y hoy del gallardo

Reynaldos al sepulcro temeroso,

En cuya compañía el fiel caballo

Muerto, nuevo dolor ponía mirallo.

Asombró el golpe los vecinos valles,

Y volvió el mas distante la cabeza;

Roldan, que al paso está, volvió á miralles,

Y de la herida viendo la fiera:

«¡Oh cielos, dijo, oh Francia, oh Roncesvalles,

Donde hoy cae del imperio la grandeza!

Fenezca aquí mi vida, ¡oh ciego hado!

¿Cómo tal fin á tal principio has dado?»

Dijo, y ya con la rabia de la muerte,

Por vengar de su primo el triste caso

Al jayan fiero, cuyo brazo fuerte

Vuelto enemigo le detiene el paso,

Un golpe, y otro, y otro de tal suerte

Furioso á un tiempo da, que al campo raso

Fuera de todo acuerdo el rey Morgante

A los piés vino del señor de Anglante.

Y sin mas curar dél por la batalla

Cruel se entra, á buscar la espada altiva

De aquel en quien vengar piensa, si le halla,

El muerto primo, y la congoja viva:

Ve de lejos lucir su ardiente malla,

Que á cada golpe un capitán derriba,

Y que de uno el bizarro pecho abierto

Al prado el duque Astolfo cayó muerto.

Trasasó otro dolor su pecho ardiente,

Y á matarle ó morir sale arrogante,

Cuando en tropa gentil resplandeciente

El paso le atajó un gallardo amante;

El bello Ascanio, hijo del valiente

Duque Estroci, que en brazo y brio triunfante

Volvió de matar por su persona

Cien franceses y un duque de Bayona.

Era el brioso jóven heredero

Del muerto duque y principe de Parma,

A quien la seda, mas que el duro acero,

La flor de sus lozanos miembros arma;

Mas aunque niño y tierno es altanero  
Y así el brio en su pecho toca al arma,  
Que despreciando el ceño de su tierra  
En busca de su honor vino á la guerra.

De la prudente Emilia, dulce hermana  
Del conde de Saldaña, es hijo hermoso,  
Unico alivio y prenda á la temprana  
Muerte infeliz de su querido esposo:  
Deseo del tierno primo, y de honra vana,  
Al bello Ascanio le quitó el reposo,  
Y entre una escuadra de toscana gente  
A la guerra le trajo á ser valiente.

De cien mancebos de su edad ceñido  
De armas grabadas y plumeros bellos,  
Con ricas sobrevistas de encendido  
Carmesi y oro, que alegraba el vello;  
El fresco, altivo jóven, que al flórido  
Rostro apuntaban les primeros vellos,  
En caballo tambien lozano y niño,  
De la color de un no manchado armiño.

Hechas de la alheñada clin á trechos  
Bellas guedejas encrespadas de oro,  
La altiva frente, y los fornidos pechos,  
Llenos de un grave y bárbaro tesoro:  
Del precioso jaez los trozos hechos  
De varias piedras, que en crugir sonoro  
Hacen con orgulloso movimiento  
Temblar las plumas, y asombrarse el viento.

Sus ricas armas, mas que el sol lucientes,  
De carbuncos cuajadas y diamantes,  
De alegres rayos dan luces ardientes,  
Que los aires abrasan circunstantes:  
La celada de plumas eminentes  
Blancas perlas esgrime por pinjautes,  
Sembrado el resto á trechos de follajes,  
Alcachofadas piñas y plumajes.

La roja espada de oro guarnecida,  
De cristalina pedrería sembrada,  
De los bordados tiros detenida,  
En rica vaina de marfil grabada:  
La varia sobrevista entretrejida  
Por su celeste azul plata escarchada,  
Y en sus bordados por divina traza  
Del bello Adonis la imprudente caza.

Viáanse del fiero jabali vengados  
Entre claveles sus perdidos tiros,  
Que si allá fueron flores de los prados,  
Aquí rubís ardientes y zafiros:  
Los bellos ojos del amor preñados  
De aljófar, y los labios de suspiros,  
Y su cárdeno cuerpo entre las flores  
Vertiendo sangre y derramando amores,

Con tan bello primor, que sobrepuja  
A la verdad la historia dibujada,  
Dulces cuidados de la diestra aguja  
De su tierna y ausente esposa amada;  
La limpia lanza en la dorada eja,  
La vista alegre, el alma enamorada,  
Cuyo capote y ceño, si se aira,  
Da gusto y regocijo á quien lo mira.

Era el luciente yelmo que traía  
De perlas y diamantes estrellado,  
Donde un bello zodiaco ceñía  
La altiva cresta y el gorjal labrado:  
Los signos de diversa pedrería,  
Y en el vellon de Coleos de un dorado  
Topacio hecho un sol, cuyo fecundo  
Rayo un nuevo verano abría al mundo.

Mas cuando en el fervor de la batalla  
Con su aliento el bruñido acero entibia,  
Del grave peso, y su dorada talla,  
Buscando aire el cabello crespo alivia;  
Y al que delante su ventura halla,  
Aunque sea el risco del Peñol de Libia,  
De amores vence, y mata con la vista,

Que á ella, ó su espada, no hay quien se resista.

Trala en el valiente y ancho escudo,  
Para mostrar la gloria que profesa,  
Sobre un peñasco de oro inculto y rudo  
De Alcides las columnas por empresa,  
Y señalando con lenguaje mudo  
La hermosura que en su alma vive impresa,  
En torno escrito de rubís, «si os viera,  
Sobre vuestra belleza las pusiera.»

Agrada á todos su hermosura y brio,  
El solo, ni se estima, ni se precia,  
Que con desdenes, y áspero desvío,  
Su blanda condicion quiere hacer recia:  
Mas por bien que en compuesto señorío  
Se ensaña, y á quien le ama menosprecia,  
Nunca su agrado pierde deleitoso,  
Que mientras mas airado es mas hermoso.

Vuelven sus enemigos á otra parte  
Las lanzas por no herir el rostro bello,  
Y él de ese amor se ofende de tal arte,  
Que los querría despedazar por ello:  
Atiza sus enojos, y reparte  
Ira suave entre el placer de vello,  
Mas ya destas sus flores placenteras  
Las parecas van hilando las postreras.

¡Oh bello jóven! diestro en el bullicio  
De la caza sagaz y sus engaños,  
¿Quién te trajo á tan áspero ejercicio  
En lo mejor de tus floridos años?  
Aquel ya de tu edad fue propio oficio,  
Y tú incapaz de otros mayores daños,  
Mas dióte el hado en sangre y hermosura  
Mucho de estado, y poco de ventura.

¡Miseró! que fiado en tus engaños  
De Marte sigues el clarín sonoro,  
Para causar deleite á los estraños,  
Y á tu madre infeliz tormento y lloro;  
¿Quién volvió azar tus florecientes años,  
Y agüero tus grabadas armas de oro?  
Rico trofeo, en quien la adversa suerte  
Principios dió de gloria, y fin de muerte.

Habia con su gallarda escuadra hecho  
Vistosos lances en la franca gente:  
Traspassó á Sergio el arrogante pecho,  
De la region gascona el mas valiente:  
Mató á Menon, á Galvo, y al contrucho  
Esquito, en dulces versos eminente;  
Y á ti, sesgo Foscion, que no supiste  
Reir, ni llorar, ni estar alegre, ó triste.

Pasó en diestro venablo la garganta  
A Démedes voraz, gloton, hambriento,  
Que despues que pasó á su vientre cuanta  
Renta dejó de Sergio el testamento,  
Se hizo alférez, y al fin por donde tanta  
Hacienda entró, tambien entró el violento  
Hierro, y fue en el tragar tan bruto y fuerte,  
Que cuando mas no halló tragó la muerte.

Cual cachorro leon de poca prueba,  
Por los rebaños de Getulia ardientes,  
Que antes la madre le traía á la cueva  
Conformes á su edad pastos recientes,  
Sintiendo al cuello la guedeja nueva,  
Las corvas garras, y los limpios dientes,  
Corre lozano en torno la campaña,  
Y á volver á su cueva no se amaña;

Así el hermoso Ascanio tras su muerte  
Por el francés ejército corria,  
Y en medio puesto de su escuadra fuerte  
Lucero entre celajes parecia;  
Cuando el rigor de la infelice suerte  
Al paso le sacó donde venia  
Del fiero conde Orlando la pujanza,  
A tomar en Bernardo cruel venganza.

Asombróle el furor del francés fiero,  
Tembló en ver el denuedo que traía,



Faltáronle las fuerzas, y el entero  
Brio que en su alma nueva amanecía:  
Vió que la guerra pide mas que acero,  
Y que no es la imprudencia valentía,  
Echa de ver que es niño, y no bastante  
Su fuerza á resistir á tal gigante.

Quiere volverse atrás, mas no le deja  
La honrada sangre que en las venas tiene;  
Temle el ir adelante, y en perpleja  
Lucha el miedo y la honra le detiene:  
Cúbrela un frío sudor, que la guedeja  
De oro á llover menudo aljófar viene,  
Y en triste agüero una amarilla sombra  
Volando en torno con temor le asombra.

Cual blanco cisne á su cantar atento,  
Si de las frescas juncias del Pó mira  
El águila de Júpiter, que al viento  
La sombra en torno de sus plumas gira,  
No hallando abrigo á su furor violento,  
Tiembia, suspende el canto y se retira,  
Y en la tierra quisiera entrarse al centro  
Por huir de sus uñas el encuentro;

Tal el hermoso jóven, que se halla  
Al golpe puesto del francés gallardo,  
Sin esperanza cierta en la batalla,  
Ni á su espada cruel hallar resguardo:  
No viendo ya razon con que excusalla,  
De un frío miedo impedido el brazo tardo  
Contra el conde le alzó, mas por defensa,  
Que por hacer á su arrogancia ofensa.

Mas el soberbio y cruel señor de Anglante,  
Que viendo á su querido primo muerto,  
Al tierno Adonis, y á su bella amante  
Que hallara, atropellara sin concierto;  
Al romano gentil que vió delante,  
De plumas, oro, y pedrería cubierto,  
Cual hambriento leon, que en diente y garra  
Tierno cordero á su sabor desgarró;

Así, yendo á vengar su rabia ardiente  
En el bravo español que le ha ofendido,  
Hallando sin pensar el inocente  
Pecho, dió en él la furia y el bramido:  
Retira el paso, oh jóven excelente,  
Da lugar á que acuda tu querido  
Primo, que va á valerte con su escudo  
La vuelta daba, mas llegar no pudo,

Que con tal furia á Duriudana embiste  
El conde sobre Ascanio, que á su acero  
Ni el suyo basta, ni rigor resiste,  
Que escudo y pelo rebanó el primero:  
Al segundo, anublado en muerte triste  
El semblante poco antes placentero,  
Cayó, y sintió al caer, mas que su muerte  
La rota estampa de su escudo fuerte.

Bernardo que al morir su primo amado  
En la defensa de su amor llegaba,  
Con el nuevo dolor quedó atajado  
De ver la prenda tal que en tanto amaba:  
«¡Oh bello jóven, dijo, malogrado!  
¡Oh enemigo cruel! ¡oh furia brava!  
El poder todo que hay en los humanos  
No te podrá dar libre de mis manos.»

Y arremetiendo al conde, que venia  
En igual ademán y brio de dale,  
Un escuadron entero que huía,  
Al uno y otro les tomó la calle:  
Despartió su furor el que traía  
El alterado campo, sonó el valle,  
Y el alboroto y el tropel de gente  
Los hizo dividir forzosamente.

Era esta grita un intrincado enredo  
Del fiero ardor del bárbaro Morgante,  
Que en espantable indómito denuelo  
Huyendo la llevaban por delante;  
Y no con armas, mas con solo el miedo,

Que es el miedo en el vulgo semejante  
Al ruido que en la nube se levanta,  
Que sin herir con amagar espanta.

Después que volvió en sí del golpe fiero  
Con que le dejó Orlando sin sentido,  
Rabioso en ver sus fuerzas, y su entero  
Brio dos veces en un día vencido;  
Las ricas armas de templado acero,  
Que ya en Libia ganó, quitó al fornido  
Cuerpo, dando á los campos el tesoro  
De la gran sierpe, y sus escamas de oro.

Y en impaciencia y voces turbulentas,  
Bramando, vuelto al cielo, escupe y dice:  
«¡Cobardes dioses! si á esas tan contentas  
Sillas, que os sueña el mundo, no desdice  
El ser todos locura, y las afrentas  
Vengar quereis, que ya en mi reino os hice;  
Sino sois solo palos y pinturas,  
Y tienen de deidad vuestras figuras;

Bajad todos á mí, ó volved al mundo  
Cuantos en él tuvieren nombre y fama,  
A Enciclado el gigante, que el profundo  
Valle de Etna recuece en viva llama,  
Los que en Flegra con hrio furibundo  
Ya os hicieron huir de rama en rama,  
Del horrible Briareo el hulto leve,  
Que en cien brazos cien mazas juntas mueve;

Dad á Nembrot por hálculo su torre,  
Y por soldados cuantos hubo en ella:  
Nazca de nuevo Anteo, si se corre  
De haber perdido su armadura bella;  
Y sin que de su madre aparte y borre  
La grave estampa, y la torcida huella,  
La que en su ayuda, si á sazón le viene,  
Juntos cuantos hermanos tuvo y tiene.

Saque Jason sus Argonautas fieros,  
Ulises, Telamon, y el griego Aquiles  
De nuevo multiplique compañeros  
De leones hechos, no de hormigas viles;  
Salgan de Troya y Grecia los guerreros;  
Salgan Golias, Sanson y los sultes  
Judios; salgan de Argos, y de Tebas,  
Los crueles campos, y sangrientas grevas;

Salgan Hector y París, salga Troilo,  
El fiel Tideo, el bravo Hipodemo, monte,  
El fuerte Alcides, y el que en sabio estilo  
Venció de Estinge el cavernoso monte;  
Turno, Eneas, Mecencio, Adastro, Egilo,  
Teseo, y la arrogancia de Faetonte,  
Y en su cruel hermandad, que ia ira atice,  
Rómulo y Remo, Eteocle y Polinice;

Salga mi antigua sombra, Capaneo,  
Poífemo, y los hijos de Vulcano;  
Y por no hacer mas áspero rodeo,  
Ni el disgusto gastar el tiempo en vano,  
Bajad, cobardes dioses, que no creo  
Que hay otro que esta clava de mi mano,  
Que si allá sube, y como aquí la afierra,  
Con todo vuestro cielo dará en tierra.»

Así en blasfemas voces contra el cielo  
Incautas iras y amenazas vierte,  
Y con sola la clava á todo el suelo  
Sin otras armas quiere dar la muerte:  
Mató á Arbel, á Sitareo y á Sartelo,  
A Eteo el rojo y á Gelon el fuerte,  
Y á los dos primos Menedemo y Janto,  
Este diestro en tañer, el otro en canto.

Degolló á Alceste, músico de flauta;  
Y á los dos Sacrisildos arrogates,  
Al honesto Episino, á quien incauta  
Egila dió su amor seis días antes;  
Y entre otros al fantástico Argonauta,  
Cuyas palabras eran semejantes  
A los áamos blancos en el fruto,  
Y así nadie por él se puso luto.

Entero el campo su furor llevaba,  
Como el fiero Orion si desarmado  
Al esgrimir de su acerada clava  
Hirviese el golfo del Proponto helado:  
En el cuartel de Argasto peleaba  
El gascon Mondevegas, de argentado  
Arnés, y un coronado leon rapante,  
Bandido á escaques de oro por delante.

Sobre este, tras la clava y su arrogancia,  
Ya la muerte bajando iba derecha,  
Cuando Alcín, que con él desde su infancia  
Se había criado en amistad estrecha,  
Tan diestro, que á cien pasos de distancia  
Clavaba á un tierno ruiseñor su flecha,  
Una á tiempo tiró tan oportuno,  
Que el golpe de dos ojos quitó el uno.

Pensó hundir el mundo el corzo tiero  
Con la rabia y dolor de la herida,  
Y arrancando la flecha, y allí entero  
El instrumento de la luz perdida,  
Furioso arremetió contra el flechero  
Por sacarle ambos ojos con la vida,  
Cuando él, en igual tiento y puntería,  
El otro le esclavó, y le escondió el día.

Bramó el ciego javan, resonó el valle,  
Y arremetiendo á bulto el torpe Anteo  
Al infeliz flechero, que por dalle  
Mas bien no se guardó, cogió al volo;  
Y cayendo sobre él para libralle  
No bastó de su amigo el fiel deseo,  
Que allí á bocados le quitó la vida,  
Y cien dardos la suya al homicida.

Ya en esto la fortuna, que suspensa  
Neutral estado había en la victoria,  
Y en una variedad de casos densa  
A unos y á otros sembraba vanagloria,  
Queriendo dar á un cabo con la inmensa  
Máquina de su rueda transitoria,  
Comenzó á trastornar la vuelta estraña,  
Francia á bajar, y á levantarse España.

Está el valle un sangriento lago hecho,  
Sepulcro triste de la flor del mundo,  
Y de sus bravos héroes trecho á trecho  
Caido aquí el primero, allí el segundo:  
El campo reducido á tal estrecho,  
Que de la muerte el cruel brazo iracundo,  
Ayudada de España y sus aceros,  
A los dieces quitado había los ceros.

No quiso la fortuna que tú fueses,  
Francia, en el mundo sola la invencible,  
Ni tu gloria fijar, sin que sintieses  
De su pesada mano el golpe horrible;  
Y así, despues que puso tus franceses  
De su arco en lo mas claro y mas visible,  
Coronados de triunfos y blasones  
De indómitas y bárbaras naciones;

Despues que á tus banderas humillados  
Entramos polos, y á tus lirios hellos  
Humildes parias dan postros  
Cuantos tuvieron ojos para vellos;  
Despues que del Oriente tus soldados  
Los astros asombraron, y tras ellos,  
Tan grande como el sol de playa en playa  
De honra abrieron al orbe una ancha raya;

Hoy quiso desnudarte esa grandeza,  
Que venia á tus holgados miembros ancha,  
Que aun para dalla junta á la braveza  
De España le convino echarle ensancha,  
Que como espera hacerla su cabeza,  
La tierra hasta sus limites ensancha,  
Criando nuevos mundos, en que tenga  
Majestad que á la suya le convenga.

El grave Emperador, que en la batalla  
Entró en su carro de marfil triunfante.  
A quien de petos y dorada malla

lhan seis mil tudescos por delante,  
Gente insigne, y el cargo de mandalla  
Al traidor Galalon, que en radiante  
Escudo de lisonjas por toas mengua  
Traia esta letra, «aquí, mas no en la lengua,»

Viendo el campo francés puesto en huida,  
Sus bravos paladines destrozados,  
Sus nobles capitanes de vencida,  
A riesgo su persona y sus estados,  
Ya la traidora pretension cumplida  
Del bando magancés y sus privados,  
La sangre helada, y el cabello yerto,  
De pena está, como los suyos, muerto.

Mas con pecho magnánimo la gloria  
Ajena encubre, y el dolor reprime,  
Y ya que no en clarines de victoria,  
En órden, porque nadie desanime,  
Tocan á retirar; mas la notoria  
Ventaja ya de España, en voz sublime  
Aclamando victoria, «España, España,»  
Ningun francés se libra de su saña.

Está el campo de muertos tan cubierto,  
Que el carro no descubre ni halla paso,  
Cuyo falcado tiro el pecho abierto  
Deja del que al pasar encuentra acaso:  
Alguno medio vivo y medio muerto,  
Entre el morir y aquel vivir escaso,  
Cruel quebranta, y con la rueda altiva  
La parte le llevó que tenia viva.

Otro le va venir, y no pudiendo  
El cuerpo desviar sin que le oprima,  
El débil cuello abaja al peso horrendo,  
Que con nuevo dolor le viene encima;  
Y él de sus armas con el ronco estruendo  
Pone en ver su furor espanto y grima,  
Corriendo por las ruedas sangre y sesos  
Píngües de las medulas de los huesos.

Llegó en esto á pasar el carro altivo  
Por donde el gran Reynaldos muerto estaba,  
Quedó el César en verlo tal, que el vivo  
Mas que el muerto cabe él dolor causaba;  
Y sin reparo ya del golpe esquivo  
Huyendo al hado su violencia brava,  
Del falso Galalon á toda instancia  
En un caballo salta, y huye á Francia.

El obispo Turpin, que entre el morado  
Manto vestia bruñido y limpio acero,  
A recoger del campo destrozado  
Salió, lo que sobró al vencedor fiero:  
De plumas y roquete señalado,  
Y en el escudo grave un trozo entero  
Sobre oro de agradable siempreviva,  
Y por letra «mi fama» puesto arriba.

Solo á este dejó España por testigo  
Y coronista desta su victoria,  
Aunque él con pluma en todo no de amigo  
Ya intentó y supo oscurecer su gloria:  
Halló á Oliveros muerto por castigo  
De su alevoso padre, que en memoria  
Del desaffo pasado, en aquel valle  
Acabó Montesinos de matalle.

Matóle, y tras su primo Durandarte  
Siguiendo el rastro de la sangre ardiente,  
Del monte por la mas cerrada parte  
Se entró llorando el grave mal presente:  
De Carlos la diadema, el estandarte,  
El triunfal carro, y la famosa gente,  
Hizo heroico trofeo, y dejó España  
A Roncesvalles por tan grave hazaña.

Bernardo en tanto, ya que por su mano  
Quitó á Rainer y á Don Dudon la vida,  
Al viejo Naimo, y á Godofre, hermano  
De Galvan el bastardo fratricida,  
Al fiel Dardín Dardeña, al inhumano  
Don Alberto de Fox, y la escogida

Sangre vertió de entrambos los Beltranes,  
Hijo y padre, famosos capitanes,

A los dos Angelinos, y al prudente  
Bibiano, ilustre príncipe en Saboya,  
De la famosa sangre descendiente  
Que á Hector derramó la suya en Troya,  
Viendo sin orden huir la franca gente  
De Roncesvalles por la inculta lloya,  
Espuelas á su leal caballo arrima,  
Y así á los suyos al alcance anima:

«Aun no está Francia en su altivez rendida  
Si esa gente que huye le dejamos,  
Que se alabe de haber abierto herida  
En los que sin vengarla nos quedamos:  
Dirá que la desórden fue fingida,  
Y que seguirla de temor no osamos,  
Pues le duró viniendo á nuestra tierra  
Lo que quisieron, y no mas, la guerra.

Id pues sin orden en monton confuso,  
Y pasad adelante al que ahora huye,  
Volvedme hácia España ese difuso  
Campo que así el vencer nos disminuye:  
Creed que es nuevo ardid de guerra intruso,  
Que cuando mas no puede nos destruye  
La victoria, y los triunfos vuelve vanos,  
Quitando lo mejor de nuestras manos.

Seguid el roto alcance, y diferente  
De lo que ellos pretenden les hiramós,  
No en las espaldas, sino frente á frente,  
Con que mayor el vencimiento hagamos:  
Sino es honra vencer cobarde gente,  
Ya que vencido habeis, no consintamos  
Que á los bravos de Francia ya sin vidas  
Por cobardes los den vuestras heridas.»

Dijo, y contra Turpin, que acaudillando  
Iba del roto campo el gran destrozo,



Viendo las altas plumas campeando,  
El caballo hirió y su pecho el gozo;  
Cuando hácia él venir al conde Orlando  
Vió, y con gallardo brio y alborozo,  
Dejando la primera empresa entera,  
Esta segunda eseege por primera.  
Cual generoso leon, que entre el rebaño

De algun collado de Getulia estrecho,  
Cansado de matar, y de hacer daño;  
Las garras lame, y el sangriento pecho;  
Si un dragon ve venir de bulto extraño,  
La oveja que á matar iba derecho  
Deja, y en erespa clin, y aire brioso,  
Se arroja al enemigo poderoso;

Así el bravo español viendo de lejos  
Lucir las armas del señor de Anglante,  
Tras sus nuevas vislumbres y reflejos  
Feroz sale á ponersele delante,  
Herida el alma de los tristes dejos  
Del malogrado primo y tierno amante,  
Bien que el Marte francés al desafío  
No salió con menor aliento y brío.

Antes en fuego de honra ardiendo el pecho,  
Y en deseos de venganza: «oh fiero hispano,  
Dijo, que el mundo á golpes has deshecho,  
¿Quién te dará ya libre de mi mano?  
Bien que la recompensa al daño hecho  
Será buscarla igual cuidado vano,  
Mas muere, y deje ahora aquí mi espada,  
Sino el agravio, la honra reparada.»

Así dijo, y cual dos dragones fieros,  
Que en los marsilios campos con la ardiente  
Ponzoña que vomitan los postreros  
Arboles se arden, y su hervir se siente,  
Gimen las costas y escamados cueros,  
Tiembra del grave monte la eminente  
Altura, y ellos la abrasada arena  
De roseas tienen y de golpes llena;

Tales los dos furiosos combatientes  
En su horrible batalla andan cubiertos  
De espantosas heridas, y valientes  
Golpes, furias, coraje y desconciertos;  
Rotas las finas armas, los ardientes  
Yelmos y arneses sin piedad abiertos,  
Sus penachos, escudos y testeras  
Ya hechos rajas cubren las laderas.

Dió Orlando al de Leon con Durindana  
A dos manos un golpe en el escudo,  
Que ni el temple acerado, ni la sana  
Pasta, valerle en su defensa pudo,  
Que ya partido en dos hasta la grana  
De sus venas no entrase el filo agudo,  
Matizando el color la malla toda  
Del fino rosieler de sangre goda.

Y él viendo ya el escudo sin provecho,  
Y sin provecho el dilatar la muerte  
De un enemigo tal como le ha hecho  
El cielo en brazo poderoso y fuerte;  
Alta la espada, y levantado el pecho,  
Su agudo filo le envió de suerte  
Que le partiera en dos, si la visera  
En menos cercos encantados fuera.

La sierra atronó el golpe, y con su tarda  
Lengua el eco sonó por las cavernas,  
Y al darle la encantada Balisarda  
Su fuerza y sus virtudes mostró internas,  
Que si las firmes armas su bastarda  
Cuchilla no halló del todo liernas,  
Tampoco en la dureza que primero  
Mostraba al mundo su inviolable acero.

Antes llevando á cereen la alta cresta  
Del encantado yelmo sin segundo,  
Bajando al hombro la cruel respuesta,  
Vivo llegó su filo á lo profundo:  
Corrió la primer sangre á la floresta  
Que del fuerte Roldan conoció el mundo,  
Y él de ver su arnés roto, y él herido,  
Quedó mas que del golpe sin sentido.

La vista absorta, y el cabello yerto,  
La sangre le cuajó un sudor helado,  
Y el negro bulto de su primo muerto  
En triste sombra se le puso al lado:  
Mas ya del breve frenesí despierto,  
De todo el golpe de su honor llevado,  
Uno y otro redobla al godo altivo,  
Milagro que con tantos quede vivo.

No en los fornidos yunques de Vulcano,  
Sobre las derretidas masas de oro,  
Labrando rayos á la diestra mano,

Que sola rige el estrellado coro,  
Con los membrudos cieles el vano  
Aire relumba en eco mas sonoro,  
Que el valle á las confusas estampidas  
De sus mortales golpes y heridas.

Llenos de horror y sangre, y los paveses  
Por el campo sembrades, los caballos,  
De las vueltas, vaivenes y revases,  
Ni ya pueden aquí ni allí llevarlos;  
Hechas sangrientas rajas los arneses,  
Por ver si así podrán mejor quebrarlos  
A brazos se asen, y en alientos mudos  
Los pechos gimen en los fuertes nudos.

De los guerreros la indomable fuerza  
La de los dos caballos trajo al suelo,  
Bonde saltando cada cual se esfuerza  
A mostrar la que en él ha puesto el cielo:  
Creen los nuevos golpes, y refuerza  
El honor lo que falta, que el recelo  
De perderle en el alma que le estima,  
La punta es de rigor que mas lastima.

Dió el francés á Bernardo una herida  
Tan á sazón, que pudo desarmarle  
Todo el hombro siniestro, y de encendida  
Sangre darle una nueva fuente al valle:  
Corrió notable riesgo de la vida,  
Mas cuando ya volvía á segundalle,  
Tan recio entró con él, que por las faldas  
De un gran peñasco le hizo dar de espaldas;

Y antes que hallase tiempo conveniente  
De rehacer su furia, con dos manos  
Alta la espada, sobre el yelmo ardiente  
Bajó gimiendo por los aires vanos:  
La celada rompió el golpe valiente,  
Sonó el eco en los valles comarcanos,  
Y aunque no cayó el conde, del ruido  
Quedó atronado el uso del sentido.

Queríale ya dejar, y un bulto mudo,  
Del muerto primo sombra temerosa,  
Vió en el aire pasar, y el dolor pudo  
Volver cruel su alma de piadosa:  
«Aunque es corta venganza á mal tan crudo,  
No te puedo dar mas, oh alma dichosa;  
Muere ahora, cruel, muere, homicida,  
Que aquí todo se paga con la vida.»

Dijo, y alzando el brazo vengativo,  
Al dar sobre él la fiera arma encantada,  
Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,  
Su heroica frente, y la enemiga espada;  
Cayó muerto Roldan, quedando vivo  
Su eterno nombre, su alma arrebatada  
Feroz voló á su esfera, y su gallardo  
Cuerpo á los piés cayó del gran Bernardo.

#### ALEGORIA.

Las persuasiones de Galalon al César muestran claro, cómo á las príncipes hasta de su misma destrucción hacen lisonjas con que paladeantes el gusto: y los agüeros que se ven en el aire antes de la batalla, significan las inspiraciones que envía el cielo para despertar la obstinación de un ánimo rebelde, que se hace sordo y dormido, rompiendo con la ambición todos los respetos y temores humanos: y en ser Morgante quien hace esto el primero, sin hallarse Orimandro en la batalla, es señal que toda ella procedió de una voluntad desenfrenada, y sin luz de entendimiento. En la discordia de Bernardo, Orlando, y Morgante, se muestra cómo la soberbia y arrogancia, ni aun en su favor no admite compañía; y en la hermosura de Ascanio, lo poco que puede la confianza humana, cuando no viene apoyada en grandes fundamentos de virtud: y en las muertes de Iteynaldos y los demás paladines, y últimamente en la de Orlando, que era encantado, muerto por Bernardo con la espada Balisarda, muestra como no hay encantamiento, armas, ni defensa que basten contra la muerte.

# ÍNDICE.

Noticias del autor.  
Dedicatoria.  
Prólogo.

## LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO. Describe este primer libro los estados de España y Francia, los alborotos de la guerra, el gran viaje de la Hada Alcina á los palacios de Morgana, la prision del conde de Saldana y de don Teudonio, el cual da cuenta al conde de su linaje y antigua privanza con el rey Casto, y cómo el tirano Manuces se apoderó del reino de Leon, y por negociacion suya el emperador Carlo Magno envió con don Gayferos un gran socorro de gente que Rodamante desbarató en el camino con la muerte de Rosia y su amante, y la hermosa arquitectura de los palacios de Morgana.

Alegoría.

## LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO. Cuenta Alcina á Morgana la causa de su venida, las admirables cosas que vió en la cueva de los Hados; y para darle entera relacion de la persona de Bernardo, que las ha de dar vengadas de Orlando y los demás paladines: refiere el origen de los godos en España, de cuyo linaje él descende. Morgana, agradada de las relaciones del mancebo, promete darle para adorno de su persona las celebradas armas de Aquiles. Píntase la casa de la Fama, y lo que hay de la venida del francés. Libra á Ferraguto una ninfa de las manos de un sátiro que se convierte en la fuente del Desengaño, y la ninfa en un lienzo de su labor en profecía le muestra algunos valerosos capitanes de España.

Alegoría.

## LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO. Ferraguto, envidioso de las alabanzas de Bernardo, se parte á buscarle para probarse con él. Prosigue Teudonio su historia, y en ella las grandezas de un valeroso doncel, que libró al rey Casto de cierta traicion, y dase á conocer el conde. Trátase de las fiestas de Francia y del consejo de guerra del César, donde queda confirmada la guerra contra España, y el modo con que el sabio Orontes robó á Bernardo.

Pág.

3  
4  
id.

Alegoría.

## LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO. Deja Orontes por su ciencia á Malgesí colgado de un árbol, donde cayéndosele el libro de sus conjuros, un demonio con la fuerza dellos saca algunas legiones del infierno para destruir á España, y su ángel Custodio lo refrena; y haciendo alarde de los muchos mártires españoles que la persecucion de los moros ha dado al cielo, promete á España un nuevo mundo en premio á su católica religion. Bernardo, entrando en un barco milagrosamente, llega á bordo de un galeon, donde halla presa á Angélica la bella; y habiéndose allí armado caballero por medio de un rey persiano, hace batalla con él por la libertad de la reina de la China, la cual es arrebatada de un carro de fuego por el aire.

Alegoría.

## LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO. Huye Garilo á Francia, donde encuentra á Orlando y otros paladines. Ferraguto libra á Argina de un saltador, y ella le cuenta el martirio de las dos santas Nimilo y Alodia, libra tambien á Auchali, esposo de Argina, y ambos mueren cristianos. Encuéntrase con Yuzef, tio de Galiana, y por relacion se enamora de ella; y al margen de una fuente ve en sueños su hermosura y la de sus famosos palacios. Píntase al fin del libro el consejo del rey Casto.

Alegoría.

## LIBRO SESTO.

ARGUMENTO. Cuenta Garilo una fábula á Orlando y á los suyos, á fin de divertirlos, preguntándoles cual sea el don mayor de la fortuna. Descubre Bernardo desde el navio persiano una fresca isla, donde lleva á Orimandro para curarle: halla en ella á Gundemaro, un noble español, que despues de curar al rey sus heridas hace á Bernardo una agradable relacion de sus aventuras.

Alegoría.

## LIBRO SETIMO.

ARGUMENTO. Prosigue Gundemaro su historia, y acábase en un extraño encantamento

Pág.

48

49  
61

id.  
74

75  
86

id.

	ÍNDICE.		315
	Pág.		Pág.
Ferraguto despierta á los gritos de una doucella que le cuenta las desgraciadas tragedias del caballo Clarion, al cual sigue el moro todo el día, y al fin á su vista le coge un villano y se le lleva, y él encuentra una hermosa tienda donde le sucede una estraña aventura. Llega al Tajo y libra á Galiana, infanta de Toledo, de una traicion con que la pretendia robar Biarabi, rey de Pamplona.	86	la pregunta de Garilo, cuenta en una artificiosa fábula lo mucho que la ventura puede, disculpándose agudamente en ella de su antigua locura.	442
Alegoria.	400	Alegoria.	156
<b>LIBRO OCTAVO.</b>		<b>LIBRO DUODECIMO.</b>	
ARGUMENTO. Describese quién fue Arleta, la cual presenta el caballo Clarion á Rangorio, porque la vengue de Ferraguto, á quien hallan con la infanta de Toledo, acabando de vencer la gente que llevaba presa. Llega el campo de España á Sansueña, haciendo una gallarda reseña á vista de sus muros. Sale Carlidoro á reconocerlos, ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedon, compañeros suyos, hacen grande estrago en la gente dormida del real cristiano. Carlidoro, como lo trazó, roba á Florinda, y huyendo con ella da en una escuadra de cristianos, donde le matan, y á ella sin conocer la llevan presa á la tienda de su esposo.	401	ARGUMENTO. Roba Garilo á Orlando y á sus compañeros, y quedándose ellos vueltos estátuas de oro en una sala encantada, él se va triste y solo á dar en una cabaña de un pastor : reconoce el alcaide de Sansueña á Roselio por su hijo, el cual refiriendo el discurso de su vida, cuenta la gran penitencia que el rey dou Rodrigo hizo despues que perdió á España, con el origen del cabo de San Vicente y la desgraciada tragedia de Broacel y Glaura.	457
Alegoria.	413	Alegoria.	469
<b>LIBRO NONO.</b>		<b>LIBRO DECIMOTERCIO.</b>	
ARGUMENTO. Argildos, creyendo que Florinda es muerta ó robada, se quiere matar de pena, y ella sospechando ser su esposo el muerto, toma veneno para matarse, y sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo siguiendo una cierva encuentra á Angélica en las uñas de un dragon, síguela por las oscuridades de una cueva y hállase enredado en un estraño encantamiento, donde Proteo le descubre quien son sus padres. Arleta pide á Galiana justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con Rangorio, á quien mata y quita el escudo, y por las armas dél es tenido por francés, y acometido de la gente que de Toledo venia en favor de Galiana, de quien queda preso por culpa de su caballo : oye en un bosque ruido de armas, y por ver qué sea, se pierde con la obscuridad de la noche de los que iban con él.	id.	ARGUMENTO. Describese el gran aparato de las fiestas de Francia, la ferocidad de Morgante rey de Córcega, y las bravezas que hizo con las nuevas de la muerte de su hermano Bramante. Prosigue Orinandro en contar los mónstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una armada de corsarios, donde libra de prision á Arcangélica la bella, princesa de Catay; y enamorado de su hermosura, la pierde en una gran tormenta, de donde se escapa nadando sobre una antena.	id.
Alegoria.	430	Alegoria.	481
<b>LIBRO DÉCIMO.</b>		<b>LIBRO DECIMOCUARTO.</b>	
ARGUMENTO. Ferraguto perdido por unas selvas halla un castillo donde le sucedió un sabroso encantamiento : quiere despeñarle el caballo Clarion, y él le deja y llega á pié á una fortaleza, donde da la muerte al jayán Bramante, y libra á Doralice, y al rey su padre y á Garlitos; los cuales hacen compania á la infanta hasta Granada. Y Garlitos por entretenimiento del camino cuenta la artificiosa fábula del origen del deleite.	id.	ARGUMENTO. Sale Bernardo arrojado de la tormenta á la costa de Acaya en compania de Olfa, que le da cuenta de quién sea Arcangélica, cómo salió tan valerosa en armas, y la opinion que hay de que sea hija del dios Marte : tocando á vueltas da su discurso una galana geografia de casi toda la Asia. Bernardo entra en la cueva de la diosa Temis, donde halla un admirable retrato de la vida humana, y los mónstruos que al mundo paren la ignorancia y el engaño.	id.
Alegoria.	442	Alegoria.	491
<b>LIBRO UNDÉCIMO.</b>		<b>LIBRO DECIMOQUINTO.</b>	
ARGUMENTO. Roban segunda vez unos corsarios á Angélica á vista de Orinandro, que en compania de Bernardo se embarca en su seguimiento : y habiéndola perdida de vista hace grandes sentimientos, y cuenta su vida y linaje, y la ocasion por donde Angélica vino á su poder. Orlando con la ocasion de	id.	ARGUMENTO. Encuentra Orlando á Garilo sobre su caballo, vale siguiendo hasta un castillo, donde se le hace fuerte. Quiere el francés ponerle fuego y el catalan lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra dentro y cobra sus armas. Garilo se le huye y esconde en la tienda de un alquimista, que le cuenta la sutil novela del engaño y Garilo despues lleva al alquimista el famoso anillo de Angélica la bella. Malgesí levanta con sus conjuros su navio volando por el viento, llevando dentro de él á Reynaldos, Morgante y Orinandro, á los cuales en un admirable discurso va mostrando toda la herinosura de Europa.	192
		Alegoria.	203
		<b>LIBRO DECIMOSESTO.</b>	
		ARGUMENTO. Prosigue Malgesí su viaje y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia; y habiendo hecho á petición de Orinandro un famoso epilogo de las grandezas de España y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que el	



cielo tiene prometido á la monarquía española.  
Alegoría.

## LIBRO DECIMOSÉTIMO.

ARGUMENTO. Prosigue Malgesí su viaje, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del engaño. Acometen los necios del meson de la Fortuna á saquear el Parnaso: defiendese el Leonés, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo y las Musas, en honra de su victoria, le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un leon y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido.

Alegoría.

## LIBRO DECIMO-OCTAVO.

ARGUMENTO. Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya, ofrécele Gloricia á su nieta en casamiento, y él enamorado de Arcángélica se escusa con la prision de sus padres: recibe una carta, y alborotado con ella trata de partirse. Crisálba hace gran sentimiento, y por no apartarse del, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia: Bernardo se le concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una estraña aventura. Malgesí volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la luna, y desde allí pasa á ver las de las Indias Occidentales, donde el mago Tlascalan le ataja el vuelo, y muestra las maravillas de su nueva.

Alegoría.

## LIBRO DECIMONONO.

ARGUMENTO. Cuenta el sabio Tlascalan las espantosas hazañas de Hernán Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesion de los reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Carlos Quinto. Hállase Bernardo en el suelo de la fuente de las Maravillas, donde habiendo acabado un artificioso encantamento, y ganado en él la famosa espada Balisarda, la llada Iberia le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linajes de España.

Alegoría.

## LIBRO VIGESIMO.

ARGUMENTO. Libra Bernardo á Garilo de la horca, y él aquella noche, en pago del beneficio, le hurta el caballo y la espada: quita otro dia á Dudon la suya para pelear con Orlando, á quien en una famosa batalla deja vencido. Encuentra al pasar de un rio á don Teudonio y á Garilo presos, pónelos en libertad; y habiéndolo conocido Teudonio le da nuevas de la prision de sus padres: háceles Garilo otro engaño, por el cual pierden la vida el mismo Garilo y Teudonio. Encuentra Bernardo á Olfá en un monte llorando un

caballero muerto: dále nuevas de Arcángélica, y pártense juntos en su alcance: llegan al famoso castillo del Carpio, donde Bernardo prueba su admirable encantamento.

Alegoría.

## LIBRO VIGESIMOPRIMERO.

ARGUMENTO. Vence Bernardo el encantamento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el origen y sucesion de la excelentísima casa de Castro: Halla allí á su ayo Orontes y trescientos caballeros de su linaje que le acompañan para ir á la corte de su tío el rey Casto. Hállanse Morgante y Orimandro en Africa; cuéntanse las desgracias de Angélica, las tragedias de Arminda y su amante, las de Artabano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fueron de Anteo, hijo de la tierra y rey de Libia, y con ellas la clava de Hércules.

Alegoría.

## LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

ARGUMENTO. Atemoriza á Carlo Magno un espantoso sueño, interprétalo Malgesí, Montesinos refuerza con sus razones las del sabio, Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo francés: déjanse por ellas las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo por España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer reseña de su gente. Ferraguto encuentra en Africa, á la ribera de un rio, con Angélica; y estando para gozar de ella sobreviene Morgante que lo estorba, y dejándolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento á Biserta, donde hace grande estrago hasta embarcarse tras ella para España; Orimandro halla á Arlaja en un gran desconsuelo, y en su compañía le sucede una maravillosa aventura.

Alegoría.

## LIBRO VIGESIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Cuenta Gundemaro el estraño suceso, por donde se libró de la prision de Sulmán, rey de Biserta: el artificioso origen de la ciudad de Granada y conversion de Estordian en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la guarda reseña del campo de Francia.

Alegoría.

## LIBRO VIGESIMOCUARTO.

ARGUMENTO. Llegan á descubrirse los campos de Francia y España. Ordena y anima cada capitán el suyo, y al embestirse, Morgante da principio á la famosa batalla, en la cual entre trágicos sucesos se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando y los demás doce Pares de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo y sus españoles.

Alegoría.





BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

---

# LA ARAUCANA,

POEMA

DE D. ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA,

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SANTIAGO, GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DE LA Magestad DEL EMPERADOR,

Dirigido á la del rey don FELIPE II.



MADRID.

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,  
calle del Príncipe núm. 4.

1852.

THE [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]



## NOTICIAS

# DEL AUTOR DE ESTA OBRA.

---

DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA nació en Madrid á 7 de agosto de 1533; pero traía su origen de Bermeo, cabeza del Señorío de Vizcaya, de donde era natural *Fortun García de Ercilla* su padre, eminente jurisconsulto que murió en Valladolid á 29 de setiembre de 1534 á los 40 de su edad. Fué tambien de Bermeo *Martin Ruiz de Ercilla*, Señor de la Torre de Ercilla, abuelo de nuestro don Alonso. Su madre fue *doña Leonor de Zúñiga*, Señora de Bovadilla, cuya villa, muerto Fortun García, fue incorporada en la Corona, y ella nombrada guarda-damas de la emperatriz *doña Isabel*. Procrearon estos nobles casados tres hijos: *don Francisco de Zúñiga*, que murió mozo en Madrid á 28 de julio de 1545: *don Juan de Zúñiga*, abad de Hormedales, limosnero mayor de la reina *doña Ana* de Austria, y maestro del príncipe don Fernando, el cual murió en Almaraz á 28 de agosto de 1580; y nuestro Don Alonso, que desde sus tiernos años se crió en palacio en calidad de paje del príncipe don Felipe, hijo del emperador Carlos V, y á la sombra de su madre *doña Leonor*. Era de ingenio vivo, naturalmente culto, de atinado juicio y de espíritu belicoso: prendas que mejoró con el estudio de las buenas letras, y perfeccionó con las varias peregrinaciones que hizo por Europa y América; porque siguió á Felipe II en cuantas jornadas hizo por mar y tierra, corriendo una y otra vez todas las provincias que contiene España, Italia, Francia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Moravia, Silesia, Austria, Ungria, Stiria y Carintia. Y como siempre fue inclinado y amigo de inquirir y saber, segun confiesa él mismo (1), adquirió gran caudal de noticias y de prudencia, viendo, como otro Ulises, tanta diversidad de naciones y de humanas costumbres.

El año de 1547 acompañó al príncipe don Felipe, que, llamado de su padre el emperador, pasó á Bruselas y tomó posesion del ducado de Brabante. Llegó á aquella capital de Flandes, atravesando la Italia, la Alemania, y el ducado de Luxemburgo, y el año de 1551 se restituyó á España, desandando el mismo camino. El coronista Juan Esteban Calvete, que refiere este viaje, llama á nuestro ERCILLA *don Alonso de Zúñiga*, usando del segundo apellido.

Seguió tambien Don Alonso al mismo príncipe cuando el año de 1554 pasó á Inglaterra á casarse con *doña María*, heredera de aquel reino. En esta sazón llegó á Londres la noticia del levantamiento del Estado de Arauco. Y hallándose en aquella corte Geró-

nimo de Alderete, que habia venido del Perú, le nombró el rey capitán y adelantado de aquella tierra, con cargo de pacificarla. Partió, pues, de Londres Alderete llevando en su compañía á Don Alonso de edad de 21 años, siendo esta la primera vez que ciñó espada, como él dice (2). Pero muriendo el adelantado en Taboga cerca de Panamá, continuó ERCILLA su viaje á Lima, capital del Perú. Era virey de aquel reino don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, y con noticia de la muerte del adelantado, y en virtud de sus facultades, nombró á su hijo don García por capitán general de Chile, á donde le envió con una lucida escuadra para sujetar á los inobedientes araucanos. Pasó, pues, Don Alonso á Chile, incorporado en esta escuadra, como él asegura (3), y lo confirma el coronista Herrera.

Entonces dió principio Don Alonso á las reñidas y sangrientas guerras del Arauco, obrando en el discurso de ellas mas proezas con la espada de las que escribió con la pluma, como dice el *Licenciado Oña* (4); pues, como del otro Troyano cantó Virgilio, fue nuestro Don Alonso gran parte de ellas, siendo Chile el teatro en donde hizo alarde de las primicias de su valor y de su ingenio. Hallóse en siete batallas campales, tolerando con heróico esfuerzo todas sus calamidades y riesgos de la vida: y no contentó con estas empresas, acompañó á su general don García Hurtado de Mendoza á la conquista de la última tierra que por el estrecho de Magallanes estaba descubierta hasta el valle de Chile; aunque él pasó adelante, y seguido de otros diez soldados, venciendo dificultades insuperables y atravesando dos veces en piraguas el peligrosísimo desaguadero del Archipiélago de Anendbox, entró la tierra adentro, y para testimonio de la intrepidez de su corazón, en la corteza del árbol mas robusto que vió allí grabó con un cuchillo la siguiente octava (5):

Aqui llegó, donde otro no ha llegado,  
don Alonso de Ercilla, que el primero  
en un pequeño barco deslastrado,  
con solos diez, pasó el desaguadero;  
el año de cincuenta y ocho entrado  
sobre mil y quinientos, por febrero,  
á las dos de la tarde el postrer día,  
volviendo á la dejada compañía.

(2) Canto XIII.

(3) En el mismo canto.

(4) *Arauco domado*, canto VI.

(5) Canto XXXVI.

(1) Canto XXXVI.



Volvió en efecto después de varias fortunas y peligros á la ciudad de la Imperial, en donde estuvo á riesgo de perder entre los suyos la vida, que supo libertar en tantas ocasiones del poder de sus enemigos. Porque concurriendo á la sazón en la ciudad, dice el mismo ERCELLA (1), gran número de gallardos jóvenes, concertaron una justa y desafío, en donde mostrase cada cual su valor y destreza. El doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, dice (2): que estas fiestas las mandó celebrar don García para solemnizar la noticia que se recibió en Chile de la coronación del rey Felipe II, en virtud de la renuncia que en Bruselas hizo en él el emperador Carlos V, su padre. «Hubo (añade Figueroa) entre otros regocijos Estafiermo, á que salieron muchos armados. Sobre quien «había herido en mejor lugar, hubo diferencia entre «don Juan de Pineda y don Alonso de Ercilla, pa- «sando tan adelante que pusieron mano á las espadas. «Desenvaináronse en un instante infinitas de los de «á pié, que sin saber la parte que habían de seguir, «se confundían unos con otros, creciendo el alboroto «con estremo. Esparciose voz que había sido deshecha «para causar motín, y que ya los fingidos émulos le «tenían meditado, por haber precedido algunas oca- «siones aunque ligeras. Prendiéronse por orden del «general, que para infundir temor entre los demás, «los condenó á degollar, sabiendo ser cualquier seve- «ridad eficazísima para asegurar la milicia. Sosegóse «el tumulto, y hecha informacion, y hallado que «había sido caso improvisado de los dos, se revocó la «sentencia, etc.»

Hace mención de este suceso el mismo ERCELLA, y dice espresamente que fue sacado á la plaza á degollar (3):

Turbó la fiesta un caso no pensado,  
y la celeridad del juez fue tanta,  
que estuve en el tapete, ya entregado  
al agudo cuchillo la garganta:  
el enorme delito exagerado,  
la voz y fama pública lo canta,  
que fue solo poner mano á la espada,  
nunca sin gran razon desenvainada.

y lo confirma en otro lugar hablando del mismo caso (4):

Ni digo como al fin por accidente  
del mozo capitán acelerado  
fui sacado á la plaza injustamente  
á ser públicamente degollado; etc.

de modo que, según esta relacion, revocó don García la sentencia estando para ejecutarse. Siguióse después tener gran tiempo preso á Don Alonso, para enmendar con este el primer yerro, como él asegura (5), sucediendo á la prision un trabajoso destierro; mas no por eso faltó en ninguna accion ni asaltos de plazas que después se ofrecieran. Pero estimulado del agravio que sufrió en la Imperial, salió de Chile y llegó prósperamente al Callao de Lima, en donde estuvo hasta que llegaron las noticias de las crueldades que ejercía en Venezuela Lope de Aguirre; y determinándose de ir contra él, llegó á Panamá, en donde supo que habían ya desbaratado y quitado la vida á aquel rebelde (6). Era Lope de Aguirre un guipuzcoano, natural de Onate, que, viviendo en Lima, fue uno de los cuatrocientos hombres que bajo el mando del capitán Pedro de Ursúa fueron enviados el año

de 1539 por el marqués de Cañete, virey del Perú, á la conquista de los Omeguas; pero rebelándose Aguirre contra su capitán, le quitó la vida y se hizo reconocer por caudillo de la gente, ejecutando tales crueldades, que justamente le compara ERCELLA á Herodes y á Neron, pues no perdonó á su propia hija. Desbaratóle en Tocuvo Diego García de Paredes, y cortándole la cabeza le descuartizaron el año de 1561. Por este tiempo padeció ERCELLA una larga y estraña enfermedad, convalecido de la cual, tocando en las Terceras, se restituyó á España á los 29 años de su edad; de donde á breve tiempo salió para correr la Francia, Italia, Alemania, Silesia, Moravia y Panonia (7), Pero hallándose en Madrid el año de 1570 contrajo matrimonio con doña María Bazán, hija de Gil Sanchez Bazán y de doña Marquesa de Ugarte, dama de la reina doña Isabel de la Paz, la cual y el emperador Rodolfo fueron sus padrinos, como dice Esteban de Garibay, citado por don Luis de Salazar. (8). Hace mención Don Alonso en su *Araucana* de esta señora, alabándola sobre todas las que, arrebatado en sueños por Belona, vió juntas en un ameno prado; y deseando ocuparse en canciones amorosas, me sentí, dice (9)

con gran gana y codicia de informarme  
de aquel asiento y damas tan hermosas,  
en especial y sobre todas una,  
que vi á sus piés rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba  
en su sosiego discrecion madura,  
y á mirarme parece la inclinaba  
su estrella, su destino y mi ventura:  
yo, que saber su nombre deseaba,  
rendido y entregado á su hermosura,  
vi á sus piés una letra que decía:  
DEL TRONCO DE BAZAN DOÑA MARIA.

Si es verdad que Don Alonso casó por enero de 1570, como asegura Garibay, no pudo ser su madrina la reina doña Isabel de la Paz, que murió á 4 de octubre de 1568 (10). Acaso quiso decir doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, y hermana de los príncipes Rodolfo y Ernesto, que se criaban en Madrid: de donde llamó al primero Maximiliano II su padre, el año de 1572, para coronarle rey de Ungría: el siguiente de 1573 fue coronado rey de Bohemia en Praga, y el de 1576 sucedió á su padre en el imperio bajo el nombre de Rodolfo II (11). De este emperador fue gentil-hombre Don Alonso de Ercilla, y acaso le acompañó en sus viajes en Alemania. Pero por los años de 1580 parece vivía retirado en Madrid su patria, aunque altamente quejoso de la fortuna. Porque, sin embargo de los continuos y penosos servicios que hizo en la milicia y en la casa real; sin embargo de sus estimables prendas de calidad, de estudios y de ingenio, nada parece medró en la milicia ni en palacio, de lo cual se queja abiertamente al mismo rey diciendo que tuvo siempre la desgracia de navegar contra la corriente de la fortuna; que fueron siempre infructuosos los inmensos trabajos que padeció en su servicio; que el disfavorle tenía arrinconado y reducido á la miseria suma; pero que á lo menos había corrido con honor la carrera de su vida; y aunque destituido de premios, tenía la gloria de haberlos sabido merecer, que es en lo que verdaderamente consisten (12). En los *Avisos para palacio* (13) se refiere es-

(7) Canto XXXVI.

(8) *Advertencias históricas*, pág. 15.

(9) Canto XVIII.

(10) Cabrera, *Historia de Felipe II*.

(11) Rodrigo Mendez de Silva, *Vida de la emperatriz doña María*, pág. 56.

(12) Canto XXXVII.

(13) *Impresos á continuación de la Carta y Guía de casados*, folio 194.

(1) En el mismo canto XXXVI.

(2) *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete*, pág. 105 y 104.

(3) Canto XXXVI.

(4) Canto XXXVII.

(5) Canto XXXVI.

(6) En el mismo canto.

te caso de nuestro Ercilla: «Hablando algunas veces á Felipe II Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, siendo muy discreto hidalgo, que compuso el poema la *Araucana*, se perdió siempre, sin acertar con lo que quería decir, hasta que conociendo el rey por la noticia que tenía de él, que su turbación nacía del respeto con que ponía los ojos en la magestad, le dijo: «don Alonso, habládme por escrito. Así lo ejecutó, y el rey le despachó é hizo merced.»»

Si Don Alonso recibió esta merced, no parece fue suficiente para desarmarle de las razones de sus quejas. Desahuciado finalmente de las esperanzas humanas, recurre á Dios, protestando que había dado sin rienda al mundo el tiempo mas florido de su vida (1). Entre otras flaquezas que le remorderian á Don Alonso serian sin duda aquellas mocedades de que fueron fruto varios hijos que tuvo fuera de matrimonio (pues legítimo no tuvo ninguno), y que con toda espresion refiere don Luis de Salazar, con autoridad de Esteban de Garibay (2) de los cuales la mas notable fue doña María Margarita de Zúñiga, dama de la emperatriz doña María, que casó altamente, pues fue su marido don Fadrique de Portugal, señor de las Baronías de Orani, caballero mayor de la misma emperatriz, hijo de los condes de Faro y Mira.

No sabemos cuando murió Don Alonso de Ercilla. El año de 1596 le supone vivo el licenciado Mosquera, pues entonces decía que estaba ocupado en escribir con felicidad las victorias de don Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, cuyo poema no sabemos si la muerte le dió lugar de finalizar (3).

Fue Don Alonso de Ercilla soldado tan valeroso, que sin el auxilio de las letras propias, sustentaría en la posteridad la opinion de sus heroicos hechos; pero floreció tanto en ellas, que parece no necesita de la recomendacion de sus proezas para ocupar un lugar distinguido entre los mas famosos españoles: ó antes bien él solo se basta á sí mismo para hacerse inmortal con la espada y con la pluma, siendo á un mismo tiempo el héroe y el poeta: mas dichoso en esto que Aquiles y Alejandro, á quien poco hubieran aprovechado sus heroicidades si Homero y los historiadores griegos y latinos no las hubieran trasladado á la memoria de los hombres, y solo comparable con César, historiador de lo mismo que obraba. Véase esto en su *Araucana*, poema heroico, que Miguel de Cervantes gradua de uno de los mejores que hay escritos en lengua castellana, y de una de las mas ricas pren-

das de poesia que tiene España (4): poema por el cual el humanista Juan de Guzman llama á Don Alonso el *Homero Hispano* y *Príncipe de los poetas españoles* (5): cuyo libro, dice Andres Escoto, que leían muchos con asombro, y nunca lo dejaban de las manos (6); y de cuyo autor dijo Vicente Espinel (7):

Que en el heroico verso fue el primero  
que honró á su patria, y aun quiza el postrero.

Consta este poema de tres partes, que compuso como él dice, escribiendo de noche lo que obraba de dia. Es su argumento las guerras que con obstinacion temeraria sustentaron los araucanos para defender su rebelion contra su rey don Felipe II, en cuya relacion guardó don Alonso la mas escrupulosa puntualidad; porque se propuso caminar siempre por el rigor de la verdad, como él advierte (8). Y como las batallas y sucesos de la guerra son tan parecidos, solo la fuerza de su invencion pudo lograr referir con grata variedad unos sucesos uniformes, y dar bulto y cuerpo agigantado á unos acacimientos cuyos autores, especialmente de parte de los araucanos, eran unos personajes particulares, desconocidos y agrestes.

## SONETO

DEL DUQUE DE MEDINACELI.

¿Quién jamás vió caber en un sugeto  
Tres virtudes heroicas sublimadas,  
Como se ven en vos hoy colocadas  
Con provechoso fruto y raro efeto,  
En que os habeis mostrado tan discreto  
Cuanto vos las teneis mas adornadas,  
Con dulcísimo son comunicadas  
Mas al que en juicio fuere mas perfeto?  
Así en Virgilio y Livio no se vieron  
Ni en el divino Julio esclarecido,  
Que su fama hasta vos han sustentado.  
Déseos la palma, pues habeis subido  
Donde pocos al fin hasta hoy subieron,  
Y os han Marte y las Musas consagrado.

(4) *Historia de Don Quijote*, tom. 1, cap. 6.

(5) *Convite de Oradores*, Conv. VI y VII.

(6) *Bibl. Hisp.* verb. *Fortunius Garcia*.

(7) *Casa de la Memoria*.

(8) Prólogo de la parte II.

(1) Canto XXXVII.

(2) *Advertencias históricas*, pág. 14.

(3) *Comentario de disciplina militar*, pág. 173.

## PRIMERA DEDICATORIA DEL AUTOR

# AL SEÑOR REY DON FELIPF II.

S. C. R. M.

Bien sé que es mayor atrevimiento dirigir á V. M. mis obras que sacarlas á juicio de un mundo como el que hoy tenemos: mas, como en mí no hay parte que no esté ofrecida á V. M., como á fin donde todos los míos van enderezados, oso ponerle delante este pequeño tributo. Suplico á V. M. se sirva de mi trabajo, pues no puedo quedar satisfecho dél hasta que V. M. le dé por bueno, dejándome remunerado con aceptarle, y la obra amparada y defendida de las objeciones que se le podrían poner. Nuestro Señor la S. C. R. persona, etc. En Madrid á 15 de junio. Año 1578.

S. C. R. M.

Criado de V. M. que sus reales manos besa,

DON ALONSO DE ERCILLA.

## PRÓLOGO DEL AUTOR.

Si pensara que el trabajo que he puesto en esta obra me habia de quitar tan poco el miedo de publicarla, sé cierto de mí que no tuviera ánimo para llevarla al cabo. Pero considerando ser la historia verdadera y de cosas de guerra, á las cuales hay tantos aficionados; me he resuelto en imprimirla, ayudando á ello las importunaciones de muchos testigos que en lo demás dello se hallaron, y el agravio que algunos españoles recibirian quedando sus hazañas en perpétuo silencio faltando quien las escriba: no por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Perú, que no se puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupacion de la guerra, que no da lugar á ello; y así el que pude hurtar le gasté en este libro, el cual porque fuese mas cierto y verdadero se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabian seis versos, que no me costó despues poco trabajo juntarlos; y por esto, y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el celo y la intencion con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si á alguno le pareciere que me muestro algo inclinado á la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías mas estendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que mu-

chos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tal constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiracion que no poseyendo los araucanos mas de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo, ni armas, á lo menos defensivas, que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinacion hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos; no faltando á los muertos quien les suceda en llevar su opinion adelante; pues los hijos ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas, se ofrecen al rigor de la guerra: y es tanta la falta de gente por la mucha que ha muerto en esta demanda, que, para hacer mas cuerpo y henchir los escuadrones, vienen tambien las mujeres á la guerra, y peleando algunas veces como varones se entregan con grande ánimo á la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay agora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aquí escribo, á ellos remito la defensa de mi obra en esta parte, y á los que la leyeren se la encomiendo.



# LA ARAUCANA,

POEMA

DE D. ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA.

## PRIMERA PARTE.

### CANTO PRIMERO.

El cual declara el asiento y descripción de la provincia de Chile y Estado de Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen. Asimismo trata en suma la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas de caballeros canto enamorados; ni las muestras, regalos, ni ternezas de amorosos afectos y enuidados: mas el valor, los hechos, las proezas de aquellos españoles esforzados que á la cerviz de Arauco no domada, pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré también harto notables de gente que á ningún rey obedecen, temerarias empresas memorables que celebrarse con razón merecen: raras industrias, términos loables que mas los españoles engrandecen; pues no es el vencedor mas estimado de aquello en que el vencido es reputado.

Suplicoos, gran Felipe, que mirada esta labor, de vos sea recibida, que, de todo favor necesitada, queda con darse á vos favorecida: es relacion sin corromper, sacada de la verdad, cortada á su medida; no desprecieis el don, aunque tan pobre para que autoridad mi verso cobre.

Quiero á Señor tan alto dedicarlo, porque este atrevimiento lo sostenga,

tomando esta manera de ilustrarlo, para que quien lo viere en mas lo tenga: y si esto no bastare á no tacharlo, á lo menos confuso se detenga, pensando que, pues va á vos dirigido, que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado, que crédito me dá por otra parte, hará mi torpe estilo delicado, y lo que va sin órden lleno de arte: así, de tantas cosas animado, la pluma entregaré al furor de Marte; dad orejas, Señor, á lo que digo, que soy de parte de ello buen testigo.

Chile, fértil provincia, y señalada en la region Antártica famosa, de remotas naciones respetada por fuerte, principal y poderosa: la gente que produce es tan granada, tan soberbia, gallarda y belicosa, que no ha sido por rey jamás regida, ni á extranjero dominio sometida.

Es Chile Norte Sur de gran longura, costa del nuevo mar del Sur llamado, tendrá del Este al Oeste de angostura cien millas, por lo mas ancho tomado: bajo del polo Antártico en altura de veinte y siete grados prolongado; hasta dó el mar Océano y Chileno mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden, pasando de sus términos, juntarse, baten las rocas y sus olas tienden; mas esles impedido el allegarse: por esta parte al fin la tierra lienden y pueden por aquí comunicarse; Magallanes, Señor, fue el primer hombre que, abriendo este camino, le dió nombre.

Por falta de piloto, ó encubierta causa, quizá importante y no sabida, esta secreta senda descubierta quedó para nosotros escondida: ora sea yerro de la altura cierta, ora que alguna isleta removida del tempestuoso mar y viento airado, encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que Norte Sur corre la tierra, y baña la del Oeste la marina; á la banda del Este va una sierra que el mismo rumbo mil leguas camina: en medio es donde el punto de la guerra por uso y ejercicio mas se afina: Venus y Amor aquí no alcanzan parte; solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demareado, por donde su grandeza es manifiesta, está á treinta y seis grados el Estado que tanta gente estraña y propia cuesta: esto es el fiero pueblo no domado que tuvo á Chile en tal estrecho puesta, y aquel que por valor y pura guerra hace en torno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el cual sujeto lo mas de este gran término tenia, con tanta fama, crédito y coneceto que del un polo al otro se estendia: y puso al español en tal aprieto enal presto se verá en la carta mia: veinte leguas contienen sus mojonos; poseénla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis caciques y señores es el soberbio estado poseído, en militar estudio los mejores que de bárbaras madres han nacido: reparo de su patria y defensores, ninguno en el gobierno preferido; otros caciques hay, mas por valientes son estos en mandar los preeminentes.

Solo al señor de imposicion le viene servicio personal de sus vasallos, y en cualquiera ocasion cuando conviene puede por fuerza al débito apremiallos; pero así obligacion el señor tiene en las cosas de guerras doctrinallos, con tal uso, cuidado y disciplina, que son maestros despues de esta doctrina.

En lo que usan los niños en teniendo habilidad y fuerza provechosa, es que un trecho seguido han de ir corriendo por una áspera cuesta pedregosa; y al puesto y fin del curso revolviendo le dan al vencedor alguna cosa: vienen á ser tan sueltos y alentados que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al ejercicio los apremian por fuerza y los incitan, y en el bélico estudio y duro oficio, entrando en mas edad, los ejercitan: si alguno de flaqueza da un indicio, del uso militar le inhabilitan; y al que sale en las armas señalado conforme á su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia no son por flacos medios proveidos, ni van por calidad, ni por herencia, ni por hacienda y ser mejor nacidos; mas la virtud del brazo y la excelencia, esta hace á los hombres preferidos; esta ilustra, habilita, perficiona y quilata el valor de la persona.

Los que están á la guerra dedicados no son á otro servicio constreñidos, del trabajo y labranza reservados

y de la gente baja mantenidos: pero son por las leyes obligados de estar á punto de armas proveidos, y á saber diestramente gobernallas en las lícitas guerras y batallas.

Las armas dellos mas ejercitadas son picas, alabardas y lanzones, con otras puntas largas enhaustas de la faicion y forma de punzones: hachas, martillos, mazas barreadas, dardos, sargentas, flechas y hastones, lazos de fuertes mimbres y bejucos, tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas de estas armas han tomado de los cristianos nuevamente agora, que el continuo ejercicio y el cuidado enseña y aprovecha cada hora; y otras, segun los tiempos, inventado; que es la necesidad grande inventora, y el trabajo solícito en las cosas, maestro de invenciones prodigiosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes, arma comun á todos los soldados, y otros á la manera de savetes, que son, aunque modernos, mas usados: grevas, brazales, golas, capacetes de diversas hechuras encajados, hechos de piel eurtida y duro cuero, que no basta á ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente ha de aprender y en ella ejercitarse, y es aquella á que mas naturalmente en la niñez mostráre aficionarse: de esta sola procura diestramente saberse aprovechar, y no empacharse en jugar de la pica el que es flechero, ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse en formado escuadrones distintos muy enteros, cada hila de mas de cien soldados, entre una pica y otra los flecheros, que de lejos ofenden desmandados bajo la proteccion de los piqueros, que van hombro con hombro, como digo, hasta medir á pica al enemigo.

Si el escuadron primero que acomete por fuerza viene á ser desbaratado, tan presto á socorrerle otro se mete, que casi no dá tiempo á ser notado: si aquel se desbarata, otro arremete, y estando ya el primero reformado, moverse de su término no puede hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guardarse por el daño y temor de los caballos, donde suelen á veces acogerse, si viene á suceder desbaratallos: allí pueden seguros rehacerse, ofenden sin que puedan enojallos; que el falso sitio y gran inconveniente impide la llegada á nuestra gente.

Del escuadron se van adelantando los bárbaros que son sobresalientes, soberbios cielo y tierra despreciando, ganosos de estreimarse por valientes: las picas por los cuentos arrastrando, poniéndose en posturas diferentes, diciendo: Si hay valiente algun cristiano salga luego adelante mano á mano.

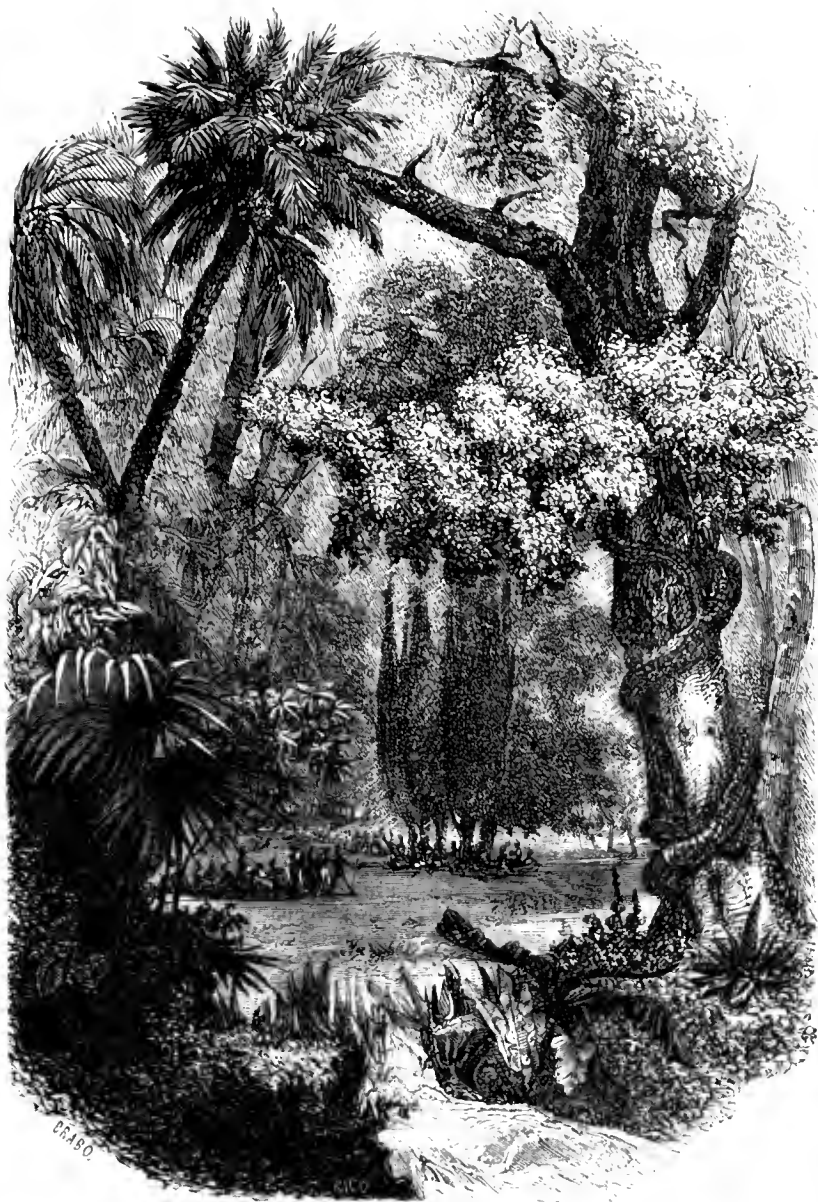
Hasta treinta ó cuarenta en compañía ambiciosos de crédito y loores, vienen con grande orgullo y bizarria al son de presurosos atambores: las armas matizadas á porfia con varias y finisimas colores;

de poblados penachos adornados  
saltando acá y allá por todos lados.

Haen fuerzas ó fuertes cuando entienden  
ser el lugar y sitio en su provecho,  
ó si ocupar un término pretenden,  
ó por algun aprieto y grande estrecho,  
de dó mas á su salvo se defienden,  
y salen de rebato á caso hecho.

recogiéndose á tiempo al sitio fuerte,  
que su forma y hechura es de esta suerte:

Señalado el lugar, hecha la traza,  
de poderosos árboles labrados  
cercan una cuadrada y ancha plaza  
en valientes estacas afirmados,  
que á los de fuera impide y embaraza  
la entrada y combatir, porque, guardados



del muro los de dentro, facilmente  
de muchase defiende poca gente.

Solían antiguamente de tablones  
hacer dentro del fuerte otro apartado,  
puestos de trecho á trecho unos troncones  
en los cuales el muro iba fijado  
con cuatro levantados torreones  
á caballero del primer cercado,  
de pequeñas troneras lleno el muro,

para jugar sin miedo y mas seguro.

En torno de esta plaza poco trecho  
cercan de espesos hoyos por de fuera:  
cual es largo, cual ancho, y cual estrecho;  
y así van, sin faltar desta manera,  
para el incauto mozo que de hecho  
apresura el caballo en la carrera  
tras el astuto bárbaro engañoso,  
que le mete en el cerco peligroso.



También suelen hacer boyos mayores con estacas agudas en el suelo, cubiertos de carrizo, yerba y flores, porque puedan picar mas sin recelo: allí los indiscretos corredores, teniendo solo por remedio el cielo, se sumen dentro, y quedan enterrados en las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera tienen de tiempo antiguo acostumbrada; que es hacer un convite y borrachera cuando sucede cosa señalada; y así cualquier señor que la primera nueva del tal suceso le es llegada, despacha con presteza embajadores á todos los caciques y señores;

Haciéndoles saber como se ofrece necesidad y tiempo de juntarse, pues á todos les toca y pertenece; que es bien con brevedad comunicarse; segun el caso así se lo encarece, y el daño que se sigue dilatarse; lo cual, visto que á todos les conviene, ninguno venir puede que no viene.

Juntos, pues, los caciques del senado, proponen el caso nuevamente; el cual por ellos visto y ponderado, se trata del remedio conveniente; y resueltos en uno, y decretado, si alguno de opinion es diferente, no puede en cuanto al débito eximirse, que allí la mayor voz ha de seguirse.

Despues que cosa en contra no se halla, se va el nuevo decreto declarando por la gente comun y de canalla que alguna novedad está aguardando: si viene á averiguarse por batalla, con gran rumor lo van manifestando de trompas y atambores altamente, porque á noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado para se ver sobre ello y remirarse, tres dias se han de haber ratificado en la definicion sin retractarse: y el franco y libre término pasado, es de ley imposible revocarse; y así como á forzoso acacimimiento se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso asiento en mil florestas escogido, donde se muestra el campo mas hermoso de infinidad de flores guarnecido; allí de un viento fresco y amoroso los árboles se mueven con ruido, cruzando muchas veces por el prado un claro arroyo limpio y sosegado.

Dó una fresca y altísima alameda por orden y artificio tienen puesta en torno de la plaza, y ancha rueda capaz de cualquier junta y grande fiesta, que convida á descanso, y al sol veda la entrada y paso en la enojosa siesta: allí se oye la dulce melodía del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios ni ley, aunque respeta á aquel que fue del cielo derribado, que como á poderoso y gran profeta es siempre en sus cantares celebrado: invocan su furor con falsa seta y á todos sus negocios es llamado, teniendo cuanto dice por seguro del próspero suceso ó mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla con él lo comunican en su rito; si no responde bien, dejan de dala,

aunque mas les insista el apetito; caso grave ó negocio no se halla dó no sea convocado este maldito; llámanle *Eponamon*, y comunmente dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros, ciencia á que naturalmente se inclinan, en señales mirando y en agüeros, por las cuales sus cosas determinan: veneran á los necios agoreros que los casos futuros adivinan; el agüero acrecienta su osadía, y les infunde miedo ó cobardía.

Algunos de estos son predicadores, tenidos en sagrada reverencia, que solo se mantienen de loores, y guardan vida estrecha y abstinencia: estos son los que ponen en errores al liviano comun con su elocuencia, teniendo por tan cierta su locura como nos la evangélica Escritura.

Y estos que guardan orden algo estrecha no tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados; mas solo aquel vivir les aprovecha de ser por sabios hombres reputados: pero la espada, lanza, el arco y flecha tienen por mejor ciencia otros soldados; diciendo que el agüero alegre ó triste en la fuerza y el ánimo consiste.

En fin, el hado y clima de esta tierra, si su estrella y pronóstico se miran, es contienda, furor, discordia, guerra, y á solo esto los ánimos aspiran: todo su bien y mal aquí se encierra; son hombres que de súbito se aíran, de condicion feroces impacientes, amigos de domar extrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados, bien formados los cuerpos y crecidos, espaldas grandes, pechos levantados, rēcios miembros, de nervios bien fornidos, ágiles, desenvueltos, alentados, animosos, valientes, atrevidos, duros en el trabajo, y sufridores de frios mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase esta soberbia gente libertada, ni extranjera nacion que se jactase de haber dado en su términos pisada; ni comarcana tierra que se osase mover en contra y levantar espada: siempre fue exenta, indómita, temida, de leyes libre y de cerviz erguida.

El potente rey Inga, aventajado, en todas las antárticas regiones, fue un señor en extremo aficionado á ver y conquistar nuevas naciones; y por la gran noticia del estado á Chile despachó sus Orejones; mas la parlera fama de esta gente la sangre les templó y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos los despoblados ásperos rompieron, y en Chile algunos pueblos belicosos por fuerza á servidumbre redujeron: á dó leyes y edictos trabajosos con dura mano armada introdujeron, haciéndoles con fueros disolutos pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra y reformado el campo con ejército pujante, en demanda del reino deseado movieron sus escuadras adelante: no hubieron muchas millas caminado, cuando entendieron que era semejante

el valor á la fama que alcanzada tenía el pueblo araucano por la espada.

Los Promaucaes de Maule, que supieron el vano intento de los lugas vanos, al paso y duro encuentro les salieron, no menos en buen orden que lozanos; y las cosas de suerte sucedieron que, llegando estas gentes á las manos, murieron infinitos Orejones perdiendo el campo y todos los pendones.

Los indios Promaucaes es una gente que está cien millas antes del estado, brava, soberbia, próspera y valiente, que bien los españoles la han probado: pero con cuanto digo, es diferente de la fiera nación, que, cotejado el valor de las armas y excelencia, es grande la ventaja y diferencia.

Los lugas, que la fuerza conocían que en la provincia indómita se encierra, y cuán poco á los brazos ganarian llevada al cabo la empezada guerra; visto el errado intento que traían, desamparando la ganada tierra, volvieron á los pueblos que dejaron, donde por algun tiempo reposaron.

Pues don Diego de Almagro, adelantado, que en otras mil conquistas se habia visto, por sabio en todas ellas reputado, animoso, valiente, franco y quisto, á Chile caminó determinado de estender y ensanchar la fe de Cristo; pero en llegando al fin de este camino dar en breve la vuelta le convino.

A solo el de Valdivia esta victoria con justa y gran razon le fue otorgada, y es bien que se celebre su memoria, pues pudo adelantar tanto su espada: este alcanzó en Arauco aquella gloria, que de nadie hasta allí fiera alcanzada; la altiva gente al grave yugo trujo, y en opresion la libertad redujo.

Con una espada y capa solamente, ayudado de industria que tenia, hizo con brevedad de buena gente una lucida y gruesa compañía; y con designio y ánimo valiente toma de Chile la derecha via, resuelto en acabar de esta salida la demanda difícil ó la vida.

Vióse en el largo y áspero camino por la hambre, sed y frio en gran estrecho; pero con la constancia que convino puso al trabajo el animoso pecho; y el diestro lido y próspero destino en Chile le metieron, á despecho de cuantos estorbarlo procuraron, que en su daño las armas levantaron.

Tuvo á la entrada con aquellas gentes batallas y encuentros peligrosos, en tiempos y lugares diferentes, que estuvieron los fines bien dudosos; pero al cabo por fuerza los valientes españoles, con brazos valerosos, siguiendo el hado y con rigor la guerra, ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdidas de vidas asediados seis años sostuvieron, y de inculcas raíces desabridas los trabajados cuerpos mantuvieron, dó las bárbaras armas oprimidas á la española devocion trujeron, por ánimo constante y raras pruebas eriendo en los trabajos fuerzas nuevas.

Después entró Valdivia conquistando

con esfuerzo y espada rigurosa, los Promaucaes por fuerza sujetando, Curios, Cauquenes, gente belicosa; y, el Maule y rauda Itata atravesando, llegó al Andalien, dó la famosa ciudad fundo de muros levantada, felice en poco tiempo y desdichada.

Una batalla tuvo aquí sangrienta donde á punto llegó de ser perdido: pero Dios le acorrió en aquella afrenta; que en todas las demás le habia acorrido; otros dello darán mas larga cuenta, que les está este cargo cometido; allí fue preso el bárbaro Ainavillo, honor de los Pencones y caudillo.

De allí llegó al famoso Biobio, el cual divide á Penco del estado, que del Nibequeten, copioso rio, y de otros viene al mar acompañado; de donde con presteza y nuevo brio, en orden buena y escuadron formado pasó de Andalicau la áspera sierra, pisando la araucana y fértil tierra.

No quiero detenerme mas en esto, pues que no es mi intencion dar pesadumbre; y así pienso pasar por todo presto, huyendo de importunos la costumbre: digo con tal intento y presupuesto que antes que los de Arauco á servidumbre viniesen, fueron tantas las batallas, que dejó por prolizas de contallas.

Ayudó, mucho el ignorante engaño de ver en animales corregidos hombres que por milagro y caso extraño de la region celeste eran venidos: y del súbito estruendo y grave daño de los tiros de pólvora sentidos, como á inmortales dioses los temian, que con ardientes rayos combatian.

Los españoles hechos hazañosos el error confirmaban de inmortales, afirmando los mas supersticiosos, por los presentes los futuros males: y así tímidos, suspensos y dudosos, viendo de su opresion claras señales, debajo de hermandad y fe jurada dió Arauco la obediencia jamás dada.

Dejando allí el seguro suficiente adelante los nuestros caminaron; pero todas las tierras llanamente, viendo Arauco sujeta, se entregaron; y reduciendo á su opinion gran gente siete ciudades prósperas fundaron, Coquimbo, Penco, Angol y Santiago, la Imperial, Villa-rica, y la del Lago.

El felice suceso, la victoria, la fama y posesiones que adquirian los trujo á tal soberbia y vanagloria, que en milleguas diez hombres no cabian; sin pasarles jamás por la memoria que en siete pies de tierra al fin habian de venir á caber sus hinchazones, su gloria vana y vanas pretensiones.

Crecian los intereses y malicia, á costa del sudor y daño ajeno, y la hambrienta y misera codicia con libertad paciendola iba sin freno: la ley, derecho, el fuero y la justicia era lo que Valdivia habia por bueno, remisio en graves culpas y piadoso, y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo castellano, en mal y estimacion iba creciendo, y siguiendo el soberbio intento vano tras su fortuna próspera corriendo:

pero el Padre del cielo soberano  
atajó este camino, permitiendo  
que aquel á quien él mismo puso el yugo  
fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El estado araucano acostumbrado  
á dar leyes, mandar, y ser temido,  
viéndose de su trono derribado,  
y de mortales hombres oprimido;  
de adquirir libertad determinado,  
reprobando el subsidio padecido,  
acude al ejercicio de la espada,  
ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento  
(por ver con qué rigor se tomaría)  
en dos soldados nuestros, que á tormento  
mataron sin razon y causa un dia:  
disimulóse aquel atrevimiento,  
y con esto crecióse la osadía;  
no aguardando á mas tiempo, abiertamente  
comienzan á llamar y juntar gente.

Principio fue del daño no pensado  
el no tomar Valdivia presta enmienda  
con ejemplar castigo del estado;  
pero nadie castiga en su hacienda:  
el pueblo sin temor desvergonzado  
con nueva libertad rompe la rienda  
del homenaje hecho y la promesa,  
como el segundo canto aquí lo espresa.

## CANTO II.

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la elección de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado  
á la engañosa alteza desta vida,  
que Fortuna los ha siempre ayudado  
y dádoles la mano á la subida,  
para, después de haberlos levantado,  
derribarlos con misera caída,  
cuando es mayor el golpe y sentimiento,  
y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza  
que el contento es principio de tristeza,  
ni miran en la súbita mudanza  
del consumidor tiempo y su presteza:  
mas con altiva y vana confianza  
quieren que en su fortuna haya firmeza;  
la cual, de su aspereza no olvidada,  
revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un revés de todo se desquita,  
que no quiere que nadie se le atreva,  
y mucho mas que dá siempre les quita,  
no perdonando cosa vieja ó nueva:  
de crédito y de honor los necesita,  
que en el fin de la vida está la prueba,  
por el cual han de ser todos juzgados,  
aunque lleven principios acertados.

Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda  
sino pena, dolor y pesadumbre?  
Pensar que en él Fortuna ha de estar queda,  
antes dejará el sol de darnos lumbre:  
que no es su condicion fijar la rueda,  
y es malo de mudar vieja costumbre.  
El mas seguro bien de la Fortuna  
es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia:  
ejemplo dello aquí puede sacarse,  
que no bastó riqueza, honor y gloria,  
con todo el bien que puede descarse,  
á llevar adelante la victoria;  
que el claro cielo al fin vino á turbarse,  
mudando la Fortuna en triste estado

el curso y órden próspera del Hado.

La gente muestra ingrata se hallaba  
en la prosperidad que arriba cuento,  
y en otro mayor bien, que me olvidaba,  
hallado en pocas casas, que es contento:  
de tal manera en él se descuidaba  
(cierta señal de triste acacimiento)  
que en una hora perdió el honor y estado  
que en mil años de afán había ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos  
de los indios los nuestros; pero olieron  
que de mujer y hombre eran nacidos,  
y todas sus flaquezas entendieron:  
viéndolos á miserias sometidos,  
el error ignorante conocieron,  
ardiendo en viva rabia avergonzados  
por verse de mortales conquistados.

No queriendo á mas plazo diferirlo,  
entre ellos comenzó luego á tratarse  
que, para en breve tiempo concluirlo  
y dar el modo y órden de vengarse,  
se junten á consulta á definirlo,  
do venga la sentencia á pronunciarse,  
dura, ejemplar, cruel, irrevocable,  
horrenda á todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando  
los campos con la gente que marchaba,  
y no fue menester general bando,  
que el deseo de guerra los llamaba  
sin promesas ni pagas, deseando  
el esperado tiempo, que tardaba,  
para el decreto y áspero castigo,  
con muerte y destruccion del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron  
es bien que haya memoria de sus nombres,  
que, siendo incultos bárbaros, ganaron  
con no poca razon claros renombres:  
pues en tan breve término alcanzaron  
grandes victorias de notables hombres,  
que de ellas darán fe los que vivieren,  
y los muertos allá donde estuvieron.

Tucapel se llamaba aquel primero  
que al plazo señalado había venido;  
este fue de cristianos carnicero,  
siempre en su enemistad endurecido:  
tiene tres mil vasallos el guerrero,  
de todos como rey obedecido.  
Ongol luego llegó, mozo valiente,  
gobierna cuatro mil, lucida gente.

Cayocupil, cacique bullicioso,  
no fue el postrero que dejó su tierra,  
que allí llegó el tercero, deseoso  
de hacer á todo el mundo él solo guerra:  
tres mil vasallos tiene este famoso  
usados tras las fieras en la sierra.  
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino,  
que cinco mil gobierna de continuo.

Paicabi se juntó aquel mismo dia,  
tres mil fuertes soldados señorea.  
No lejos Lemolemo del venia,  
que tiene seis mil hombres de pelea.

Mareguano, Gualemo y Lebopía  
se dan prisa á llegar, porque se vea  
que quieren ser en todo los primeros;  
gobiernan estos tres tres mil guerreros.

No se tardó en venir, pues, Elicura,  
que al tiempo y plazo puesto había llegado,  
de gran cuerpo, robusto en la hechura,  
por uno de los fuertes reputado:  
dice que estar sujeto es gran locura  
quien seis mil hombres tiene á su mandado.  
Luego llegó el anciano Colocolo;  
otros tantos y mas rige este solo.

Tras este á la consulta Ongolmo viene,  
que cuatro mil guerreros gobernaba.

Purén en arribar no se detiene,  
seis mil súbditos este administraba.  
Pasados de seis mil Lincoya tiene,  
que bravo y orgulloso ya llegaba,  
diestro, gallardo, fiero en el semblante,  
de proporción y altura de gigante.

Peteguelen, cacique señalado,  
que el gran valle de Arauco le obedece  
por natural Señor, y así el estado  
este nombre tomó, según parece,  
como Venecia, pueblo libertado,

que en todo aquel gobierno mas florece:  
tomando el nombre de él la Señoría,  
así guarda el estado el nombre hoy día.

Este no se halló personalmente,  
por estar impedido de cristianos;  
pero de seis mil hombres que él valiente  
gobierna, naturales araucanos,  
acudió desmandada alguna gente  
á ver si es menester mandar las manos.  
Canpolican el fuerte no venia,  
que toda Palmaiquen le obedecía.



Tomé y Andahecan también vinieron,  
que eran del araucano regimiento,  
y otros muchos caciques acudieron,  
que por no ser prolijo no los cuento.  
Todos con leda faz se recibieron,  
mostrando en verse juntos gran contento.  
Después de razonar en su venida  
se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso anababa,  
y mal de las tinajas el partido,

de palabra en palabra se llegaba  
á encenderse entre todos gran ruido:  
la razón uno de otro no escuchaba:  
sabida la ocasión do había nacido,  
vino sobre cual era el mas valiente  
y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando  
las mesas, de manjares ocupadas,  
aguijan á las armas desgajando,  
las ramas al depósito obligadas;

y dellas se aperciben, no cesando palabras peligrosas y pesadas que atizaban la cólera encendida con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucapél claro decía que el cargo de mandar le pertenece, pues todo el universo conocía que si va por valor que lo merece: ninguno se me iguala en valentía; de mostrarlo estoy presto, si se ofrece (añade el jactancioso) á quien quisiere, y aquel que esta razón contradijere...

Sin dejarle acabar, dijo Elicura: á mí es dado el gobierno desta danza, y el simple que intentare otra locura ha de probar el hierro de esta lanza. Ongolmo, que el primero ser procura, dice: yo no he perdido la esperanza en tanto que este brazo sustentare y con él la ferrada gobernare.

De cólera Lincova y rabia insano responde: tratar de eso es devaneo, que ser señor del mundo es en mi mano; si en ella libre este baston poseo. Ninguno, dice Ongol, será tan vano que ponga en igualarse el deseo, pues es mas el temor que pasaría que la gloria que el hecho le daría.

Cayocupil furioso y arrogante la maza esgrime, haciéndose á lo largo, diciendo: yo veré quien es bastante á dar de lo que ha dicho mas descargo: haceos los pretendores adelante, veremos de cual de ellos es el cargo; que de probar aquí luego me ofrezco que mas que todos juntos lo merezco.

Alto, sus, que yo acepto el desafío (responde Lemolemo), y tengo en nada poner á nueva prueba lo que es niño. que mas quiero librarlo por la espada: mostraré ser verdad lo que porfio á dos, á cuatro, á seis en la estacada; y si todos cuestion quereis conmigo, os haré manifiesto lo que digo.

Purén, que estaba aparte, habiendo oído la plática enconosa y rumor grande, diciendo en medio de ellos se ha metido que nadie en su presencia se desmunda; y ¿quién á imaginar es atrevido que donde está Purén mas otro mande?

La grito y el furor se multiplica, quien esgrime la maza y quien la pica.

Tomé y otros caciques se metieron en medio de estos bárbaros de presto, y con dificultad los despartieron, que no hicieron poco en hacer esto: de herirse lugar aun no tuvieron, y en voz airada ya el temor pospuesto. Colocólo, el cacique mas anciano, á razonar así tomó la mano.

Caciques, del estado defensores, codicia del mandar no me convida á pesarme de veros pretendores de cosa que á mí tanto era debida: porque, según mi edad, ya veis, señores, que estoy al otro mundo de partida; mas el amor que siempre os he mostrado á bien aconsejaros me ha incitado.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos, y ser en opinión grande tenidos, pues que negar al mundo no podemos haber sido sujetos y vencidos? y en esto averiguarnos no queremos, estando aun de españoles oprimidos: mejor fuera esa furia ejecutalla

contra el fiero enemigo en la batalla.

¿Qué furor es el vuestro ¡oh Araucanos! que á perdición os lleva sin sentillo?

¿Contra vuestras entrañas teneis manos, y no contra el tirano en resistillo?

¿Teniendo tan á golpe á los cristianos volveis contra vosotros el cuchillo?

Si gana de morir os ha movido, no sea en tan bajo estado y abatido.

¡Volved las armas y ánimo furioso á los pechos de aquellos que os han puesto en dura sujecion, con afrentoso partido, á todo el mundo manifiesto: lanzad de vos el yugo vergonzoso; mostrad vuestro valor y fuerza en esto: no derrameis la sangre del estado que para redimirnos ha quedado.

No me pesa de ver la lozanía de vuestro corazon, antes me esfuerza; mas temo que esta vuestra valentía, por mal gobierno el buen camino tuerza: que, vuelta entre nosotros la porfía, degolléis nuestra patria con su fuerza: coriad, pues, si ha de ser desa manera, esta vieja garganta la primera:

Que esta flaca persona, atormentada de golpes de fortuna, no procura sino el agudo filo de una espada, pues no la acaba tanta desventura. Aquella vida es bien afortunada que la temprana muerte la asegura; pero, á nuestro bien público atendiendo, quiero decir en esto lo que entiendo.

Pares sois en valor y fortaleza; el cielo os igualó en el nacimiento; del linaje, de estado y de riqueza hizo á todos igual repartimiento; y en singular por ánimo y grandeza podeis tener del mundo el regimiento: que este precioso don, no agradecido, nos ha al presente término traído.

En la virtud de vuestro brazo espero que puede en breve tiempo remediarse, mas ha de haber un capitán primero que todos por él quieran gobernarse: este será quien mas un gran madero sustentare en el hombro sin pararse; y pues que sois iguales en la suerte, procure cada cual ser el mas fuerte.

Niun hombre dejó de estar atento oyendo del anciano las razones, y puesto ya silencio al parlamento, hubo entre ellos diversas opiniones: al fin, de general consentimiento, siguiendo las mejores intenciones, por todos los caciques acordado lo propuesto del viejo fue aceptado.

Podría de algunos ser aquí una cosa que parece sin término notada, y es que en una provincia poderosa, en la milicia tanto ejercitada, de leyes y ordenanzas abundosa, no hubiese una cabeza señalada á quien tocasse el mando y regimiento; sin allegar á tanto rompimiento.

Respondo á esto, que nunca sin caudillo la tierra estuvo electo del senado; que, como dije, en Penco el Ainavillo fue por nuestra nación desbaratado; y viniendo de paz, en un castillo se dice, aunque no es cierto, que un bocado le dieron de veneno en la comida, donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traído, (no me atrevo á decir lo que pesaba),

era un macizo libano fornido,  
que con dificultad se rodeaba:  
Paicabí le aferró menos sufrido,  
y en los valientes hombros le afirmaba  
seis horas le sostuvo aquel membrudo,  
pero llegar á siete jamás pudo.

Cayocupil al tronco aguija presto,  
de ser el mas valiente conlido,  
y encima de los altos hombros puesto,  
lo deja á las cinco horas de cansado:  
Gualem lo probó, jóven dispuesto;  
mas no pasó de allí; y esto acabado,  
Ongol el grueso leño tomó luego:  
duró seis horas largas en el juego.

Purén tras él lo trujo medio día,  
y el esforzado Ongolino mas de medio;  
y cuatro horas y media Lebopía,  
que de sufrirle mas no hubo remedio:  
Lemolemo siete horas le traía,  
el cual jamás en todo este comedio  
dejó de andar á acá y allá saltando,  
hasta que ya el vigor le fue faltando.

Elicura á la prueba se previene,  
y en sustentar el libano trabaja;  
á nueve horas dejarle le conviene,  
que no pudiera mas si fuera paja.  
Tucapelo catorce lo sostiene,  
encareciendo todos la ventaja.  
Pero en esto Lincoya apercebido  
mudó en un gran silencio aquel ruido.

De los hombros el manto derribando  
las terribles espaldas descubria,  
y el duro y grave leño levantando  
sobre el fornido asiento le ponía:  
corre ligero aquí y allí; mostrando  
que poco aquella carga le impedía:  
era de sol á sol el día pasado,  
y el peso sustentaba aun no cansado.

Venia aprisa la noche, aborrecida  
por la ausencia del sol; pero Diana  
les daba claridad con su salida,  
mostrándose á tal tiempo mas lozana:  
Lincoya con la carga no convida  
aunque ya despuntaba la mañana,  
hasta que llegó el sol al medio cielo,  
que dió con ella entones en el suelo.

No se vió allí persona en tanta gente  
que no quedase atónita de espanto,  
creyendo no haber hombre tan potente  
que la pesada carga sufra tanto:  
la ventaja le daban, juntamente  
con el gobierno, mando, y todo cuanto  
á digno general era debido,  
hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro y contento  
de haberse mas que todos señalado;  
cuando Caupolican á aquel asiento  
sin gente á la ligera habia llegado:  
tenia un ojo sin luz de nacimiento,  
como un fino granate colorado;  
pero lo que en la vista le faltaba  
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,  
varon de autoridad, grave y severo,  
amigo de guardar todo derecho,  
áspero, riguroso, justiciero,  
de cuerpo grande y relevado pecho,  
hábil, diestro, fortísimo y ligero,  
sabio, astuto, sagaz, determinado,  
y en casos de repente reportado.

Fue con alegre muestra recibido,  
(aunque no sé si todos se alegraron):  
el caso en esta sumareferido  
por su término y puntos le contaron:  
viendo que Apolo ya se habia escondido

en el profundo mar, determinaron  
que la prueba de aquel se dilatase  
hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfía  
que causó esta venida entre la gente;  
cual se atiene á Lincoya, y cual decia  
que es el Caupolican mas valiente:  
apuestas en favor y contra habia;  
otros sin apostar dudosamente  
hácia el Oriente vueltos aguardaban  
si los féroces caballos asomaban.

Ya la rosada aurora comenzaba  
las nubes á bordar de mil labores,  
y á la usada labranza despertaba  
la miserable gente y labradores:  
ya á los marchitos campos restauraba  
la fresca perdida y sus colores,  
aclarando aquel valle la luz nueva,  
cuando Caupolican viene á la prueba.

Con un desden y muestra confiada,  
asiendo del troncon duro y ñudoso,  
como si fuera vara delicada,  
se le pone en el hombro poderoso:  
la gente enmudeció, maravillada  
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso:  
la color á Lincoya se le muda,  
poniendo en su victoria nueva duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,  
y á toda priesa entraba el claro día;  
el sol las largas sombras acortaba,  
mas él nunca deserece en su porfía:  
al ocase la luz se retiraba,  
ni por esto flaqueza en él habia:  
las estrellas se muestran claramente,  
y no muestra cansancio aquel valiente.

Salíó la clara luna á ver la fiesta  
del tenebroso albergue húmedo y frio,  
desocupando el campo y la floresta  
de un negro velo lóbrego y sombrío:  
Caupolican no alloja de su apuesta,  
antes con nueva fuerza y mayor brio  
se mueve y representa de manera  
como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos ejidos  
la esposa de Titon ya parecia,  
los dorados cabellos esparcidos,  
que de la fresca helada sacudia,  
con que á los místios prados florecidos  
con el húmido humor reverdecia,  
y quedaba engastado así en las flores  
cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo  
del mar por el camino acostumbrado:  
sus sombras van los montes recogiendo  
de la vista del sol; y el esforzado  
varon, el grave peso sosteniendo,  
acá y allá se mueve no cansado;  
aunque otra vez la negra sombra espesa  
tornaba á parecer corriendo aprisa.

La luna su salida provechosa  
por un espacio largo dilataba:  
al fin turbia, encendida y perezosa,  
de rostro y luz escasa se mostraba:  
paróse al medio curso mas hermosa  
á ver la extraña prueba en qué paraba;  
y viéndola en el punto y ser primero  
se derribó en el ártico hemisférico.

Y el bárbaro en el hombro la gran viga,  
sin muestra de mudanza y pesadumbre,  
venciendo con esfuerzo la fatiga,  
y creciendo la fuerza por costumbre.  
Apolo en seguimiento de su amiga  
tendido habia los rayos de su lumbre;  
y el hijo de Leocan en el semblante  
mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el sol cuando el enorme peso de las espaldas despedía, y un salto dió en lanzándole disforme, mostrando que aun mas ánimo tenia: el circunstante pueblo en voz conforme pronunció la sentencia, y le decia: sobre tan firmes hombros descargamos el peso y grave carga que tomamos.

Al nuevo juego y pleito difinido, con las mas ceremonias que supieron por sumo capitan fue recibido, y á su gobernacion se sometieron. Creció en reputacion, fue tan temido, y en opinion tan grande le tuvieron, que ausentes muchas leguas del temblaban, y casi como á rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado, y están en duda muchos hoy en dia, pareciéndoles que esto que he contado es alguna ficcion ó poesia: pues en razon no cabe, que un senado de tan gran disciplina y policia pusiese una eleccion de tanto peso en la robusta fuerza y no en el seso.

Sabed que fue artificio, fue prudencia del sabio Colocolo, que miraba la dañosa discordia y diferencia y el gran peligro en que su patria andaba, conociendo el valor y suficiencia de este Caupolican que ausente estaba, varon en cuerpo y fuerzas estremado, de rara industria y ánimo dotado.

Así propuso astuta y sabiamente, para que la eleccion se dilatase, la prueba al parecer impertinente en que Caupolican se señalase, y en esta dilacion secretamente dándole aviso, á la eleccion llegase, trayendo así el negocio por rodeo á conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el senado de la justa eleccion la fiesta honrosa, y el nuevo capitan, ya con cuidado de dar principio á alguna grande cosa, manda á Palta sargento que, callado, de la gente mas presta y animosa ochenta diestros hombres apereciba, y á su cargo apartados los recibia.

Fueron pues escogidos los ochenta de mas esfuerzo y menos conocidos; entre ellos dos soldados de gran cuenta por quien fuesen mandados y regidos, hombres diestros usados en afrenta, á cualquiera peligro aperebidos: el uno se llamaba Cayeguano, el otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados tenian para el seguro de la tierra, de fuertes y anchos muros fabricados, con foso que los ciñe en torno y cierra: guarnecidos de pláticos soldados, usados al trabajo de la guerra; caballos, bastimento, artilleria que en espesas troneras asistia.

Estaba el uno cerca del asiento adonde era la fiesta celebrada; y el araucano ejército contento, mostrando no tener al mundo en nada: que con discurso vano y movimiento queria llevarlo todo á pura espada; pero Caupolican mas cuerdateamente trataba del remedio conveniente.

Habia entre ellos algunas opiniones de cercar el castillo mas vecino; otros, que con formados escuadrones

á Penco enderezasen el camino: dadas de cada parte sus razones, Caupolican en nada desto vino, antes al pabellon se retiraba y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar al castillo fácilmente les da industria y manera disfrazada, con espresa instruccion que plaza y gente metan á fuego y á rigor de espada; porque él luego tras ellos diligente ocupará los pasos y la entrada: despues de haberlos bien amonestado pusieron en efeto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio la entrada á los de Arauco defendida, salvo los necesarios al servicio de la gente española, estatuida á la defensa de ella y ejercicio de la fiera Belona embravecida; y así los cautos bárbaros soldados de feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos á las demandas y preguntas, siguen su intento y el camino usado, las cargas en hilera y orden juntas, habiendo entre los haces sepultado astas fornidas de ferradas puntas; y así contra el castillo, descuidado del encubierto engaño, caminaban, y en los vedados limites entraban.

El puente, muro y puerta atravesando, miserables, los gestos afligidos, algunos de cansados cojeando, mostrándose marchitos y encogidos; pero dentro las cargas desatando, arrebatan las armas atrevidos, con amenaza, orgullo y confianza de la esperada y súbita venganza.

Los fuertes españoles salteados, viendo la airada muerte tan vecina, corren presto á las armas, aterados de la estraña cautela repentina; y, á vencer ó morir determinados, cual con celada, cual con coracina, salen á resistir la furia insana de la brava y audaz gente araucana.

Asáltanse con impetu furioso, suenan los hierros de una y otra parte; allí muestra su fuerza el sanguinoso y mas que nunca embravecido Marte: de vencer cada uno deseoso, buscaba nuevo modo, industria y arte de encaminar el golpe de la espada por dó diese á la muerte franca entrada.

La saña y el coraje se renueva con la sangre que saca el hierro duro, y la española gente á la india lleva á dar de las espaldas en el muro. Ya el infiel escuadron con fuerza nueva cobra el perdido campo mal seguro, que estaba de los golpes esforzados cubierto de armas, y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los cristianos, de temor y vergüenza constreñidos, las espadas aprietan en las manos, en ira envueltos y en furor metidos: cargan sobre los fieros araucanos, por el impetu nuevo enflaquecidos; entran en ellos, hieren y derriban, y á muchos de enidado y vida privan.

Siempre los españoles mejoraban, haciendo fiero estrago y tan sangriento en los osados indios, que pagaban el poco seso y mucho atrevimiento: casi defensa en ellos no hallaban: pierden la plaza y cobran escarmiento:



al fin de tal manera los trataron  
que á fuerza de los muros los lanzaron.

Apenas Cayeguan y Taleaguano  
salían, cuando con paso apresurado  
asomó el escuadron Caupolicano,  
teniendo el hecho ya por acabado;  
mas viendo el esperado efecto vano,  
y el puente del castillo levantado,  
pone cerco sobre él, con juramento  
de no dejarle piedra en el cimiento.

Sintiendo un español mozo que habia  
demasiado temor en nuestra gente,  
mas de temeridad que de osadía,  
cala sin miedo y sin ayuda el puente,  
y puesto en medio dél alto decia:  
«Salga adelante, salga el mas valiente;

uno por uno á treinta desafio,  
y á mil no negaré este cuerpo mio.»

No tan presto las fieras acudieron  
al bramar de la res desamparada,  
que de lejos sin órden conocieron  
del pueblo y moradores apartada,  
como los araucanos cuando oyeron  
del valiente español la voz osada,  
partiendo mas de ciento presurosos,  
del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene  
el gallardo español, ni esto le espanta,  
antes al escuadron que espeso viene  
por mejor recibirle se adelanta:  
el curso enfrena, el ímpetu detiene  
de los fieros contrarios, que con tanta



furia se arroja entre ellos sin recelo,  
que rodaron algunos por el suelo.

De dos golpes á dos tendió por tierra,  
la espada revolviendo á todos lados:  
aquí esparce una junta, y allí cierra  
á donde ve los mas amontonados:  
igual andaba la desigual guerra,  
cuando los españoles bien armados,  
abriendo con presteza un gran postigo  
salen á la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,  
y en medio de aquel campo y ancho llano,  
al ejercicio del sangriento Marte  
viene el bando español y el araucano:  
la primera batalla se desparte,  
que era de ciento á un solo castellano.

vuelven el crudo verro no teñido  
contra los que del fuerte habian salido.

Arrojense con furia, no dudando  
en las agudas armas por juntarse,  
y con las duras puntas van tentando  
las partes por do mas puedan dañarse:  
cual los ciclopes suelen martillando  
en las vulcanas yunque fatigarse,  
así martillan, baten y cercenan,  
y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la victoria así igualmente;  
mas gran ventaja y diferencia habia  
en el número y copia de la gente,  
aunque el valor de España lo suplía:  
pero el soberbio bárbaro, impaciente,  
viendo que un nuestro á ciento resistia

con diabólica furia y movimiento  
arranca á los cristianos del asiento.

Los españoles sin poder sufrillo  
dejan el campo, y de tropel corriendo  
se lanzan por las puertas del castillo,  
al bárbaro la entrada resistiendo:  
levan el puente, calan el rastrillo,  
reparos y defensas previniendo:  
suben tiros y fuegos á lo alto,  
temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento,  
y aprovecharles poco ó casi nada,  
de voto y de comun consentimiento  
su clara destruición considerada,  
acuerdan de dejar el fuerte asiento;  
y así en la oscura noche deseada,  
cuando se muestra el mundo mas quieto  
la partida pusieron en efeto.

A punto estaban y á caballo, cuando  
abren las puertas, derribando el puente,  
y á los prestos caballos aguijando  
al escuadron embisten de la frente;  
rompen por él hiriendo y tropellando,  
y sin hombre perder dichosamente  
arriban á Puren, plaza segura,  
cubiertos de la noche y sombra oscura.

Mientras esto en Arauco sucedía,  
en el pueblo de Penco mas vecino,  
que á la sazón en Chile florecía,  
fertil de ricas minas de oro fino,  
el capitán Valdivia residía;  
donde la nueva por el aire vino,  
que afirmaba con término asignado  
la alteración y junta del estado.

El comun, siempre amigo de ruido,  
la libertad y guerra deseando,  
por su parte alterado y removido,  
se va con este son desentonando:  
al servicio no acude prometido,  
sacudiendo la carga y levantando  
la soberbia cerviz desvergonzada,  
negando la obediencia á Carlos dada.

Valdivia, perezoso y negligente,  
incrédulo, remiso y descuidado,  
hizo en la Concepción copia de gente,  
mas que en ella en su dicha confiado:  
el cual, si fuera un poco diligente,  
hallaba en pie el castillo arruinado,  
con soldados, con armas, municiones,  
seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho  
que alguna gente armada le enviase,  
la cual á Tucapel fuese en derecho,  
donde con él á tiempo se juntase:  
resoluto en hacer allí de hecho  
un ejemplar castigo, que sonase  
en todos los confines de la tierra,  
porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso,  
y, descuidado dél, torció la vía,  
metiéndose por otro, codicioso  
que era donde una mina de oro había:  
y de ver el tributo y don hermoso  
que de sus ricas venas ofrecía,  
paró de la codicia embarazado,  
cortando el hilo próspero del hado.

A partir (como dije) antes, llegaba  
al concierto en el tiempo prometido;  
mas el metal goloso que sacaba  
le tuvo á la sazón embebecido:  
después salió de allí, y se apresuraba  
cuando fuera mejor no haber salido.  
Quiero dar fin al canto, porque pueda  
decir de la codicia lo que queda.

### CANTO III.

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á  
la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos  
á los corredores en el camino en un paso estrecho y danle des-  
pués la batalla, en la cual fue muerto él y toda su gente por  
el grande esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga!  
con tanta diligencia alimentada,  
vicio comun y pegajosa liga,  
voluntad sin razón desenfrenada;  
del provecho y bien público enemiga;  
sedienta bestia, hidrópica hinchada,  
principio y fin de todos nuestros males.  
¡Oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores  
contentos en el alto asiento vemos,  
ni á pobrecillos bajos labradores  
libres de esta dolencia conocemos:  
ni el deseo y ambición de ser mayores  
que tenga fin y límites sabemos:  
el fausto, la riqueza y el estado,  
hinchaba, pero no harta, al mas templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante  
si era poco el estado que tenía,  
cincuenta mil vasallos que delante  
le ofrecían doce marcos de oro al día:  
esto y aun mucho mas no era bastante,  
y así la hambre allí lo detenía;  
codicia fue ocasión de tanta guerra,  
y perdición total de aquesta tierra.

Esta fue quien halló los apartados  
indios de las antárticas regiones;  
por esta eran sin orden trabajados  
con dura imposición y vejaciones:  
pero rotas las cinchas de apretados,  
buscaron modo y nuevas invenciones  
de libertad, con áspera venganza,  
levantando el trabajo la esperanza.

Cuán cierto es, como claro conocemos,  
que al doliente en salud consejos damos,  
y aprovecharnos dellos no sabemos;  
pero de predicarlos nos preciamos.  
Cuando en la sosegada paz nos vemos,  
¡qué bien la dura guerra platicamos!  
¡qué bien damos consejos y razones  
lejos de los peligros y ocasiones!

¡Cómo de los que yerran abominan  
los que están libres en seguro puerto!  
¡qué bien de allí las cosas encaminan,  
y dan en todo un medio y buen concierto!  
¡con qué facilidad se determinan,  
visto el suceso y daño descubierto!  
Dios sabe aquel que la derecha vía,  
metido en la ocasión, acertaría.

Valdivia iba siguiendo su jornada,  
y el duro disponer del hado duro,  
no con la furia y priesa acostumbrada,  
présago y con temor de mal futuro:  
sospechoso de bárbara emboscada,  
por hacer el camino mas seguro,  
echó algunos delante para prueba,  
pero jamás volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto  
los tardos corredores no volvían,  
unos juzgan el daño manifiesto,  
otros impedimentos les ponían:  
hubo consejo y parecer sobre esto;  
al cabo en caminar se resolvían,  
ofreciéndose todos á una suerte,  
á un mismo caso y á una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino,  
en sus valientes brazos se atrevieron,  
y á su próspera suerte y buen destino  
el dudoso suceso cometieron:

no dos leguas andadas del camino,  
las amigas cabezas conocieron,  
de los sangrientos cuerpos apartadas,  
y en empinados troncos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente  
causó en los firmes ánimos mudanza;  
antes con ira y cólera impaciente  
se encienden mas, sedientos de venganza:  
y de rabia incitados nuevamente  
maldicen y murmuran la tardanza:  
solo Valdivia calla y teme el punto;  
pero rompió el silencio y pena junto.

Diciendo: ¡oh compañeros! dó se encierra  
todo esfuerzo, valor y entendimiento:  
ya veis la desvergüenza de la tierra,  
que en nuestro daño dá bandera al viento:  
veis quebrada la fe, rota la guerra,  
los pactos van del todo en rompimiento:  
siento la áspera trompa en el oído,  
y veo un fuego diabólico encendido.

Bien conoceis la fuerza del estado,  
con tanto daño nuestro autorizada:  
mirad lo que Fortuna os ha ayudado  
guiando con su mano vuestra espada;  
el trabajo y la sangre que ha costado,  
que de ella está la tierra alimentada;  
y pues tenemos tiempo y aparejo,  
será bueno tomar nuevo consejo.

Quien estos son tendreis en la memoria;  
pues hay tanta razon de conocellos;  
que si de ellos no hubiésemos victoria  
y en campo no pudiésemos vencellos,  
será tal su arrogancia y vanagloria,  
que el mundo no podrá despues con ellos;  
dudoso estoy, no sé, no sé qué haga  
que á nuestro honor y causa satisfaga.

La poca edad y menos experiencia  
de los mozos livianos que allí habia,  
descubrió con la usada inadvertencia  
á tal tiempo su necia valentia,  
diciendo: ¡oh capitán! danos licencia,  
que solos diez sin otra compañía  
el bando asolaremos araucano,  
y haremos el camino y paso llano.

Lo que jamás hicimos en estrecho,  
no es bien por nuestro honor que lo hagamos,  
pues cierto es, que cuanto habemos hecho,  
volviendo atrás un paso, lo manchamos:  
mostremos al peligro osado pecho,  
que en él está la gloria que buscamos.  
Valdivia, de la réplica sentido,  
enmudeció de rabia y de corrido.

¡Oh Valdivia, varón acreditado!  
¡cuanto la verdé plática sentiste!  
no solias tú temer como soldado,  
mas de buen capitán ahora temiste:  
vas á precisa muerte condenado,  
que como diestro y sabio lo entendiste;  
pero quieres perder antes la vida  
que sea en ti una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un indio amigo,  
y á sus piés en voz alta arrodillado  
le dice: ¡oh capitán! mira que digo  
que no pases el término vedado:  
veinte mil conjurados, yo testigo,  
en Tucapel te esperan, protestado  
de pasar sin temor la muerte honrosa  
antes que vivir vida vergonzosa.

Alguna turbacion dió de repente  
lo que el amigo bárbaro propuso:  
discorre un miedo helado por la gente;  
la triste muerte en medio se les puso:  
pero el gobernador osadamente,  
que tambien hasta allí estuvo confuso,  
les dice: caballeros, ¿qué dudamos?

¿sin ver los enemigos nos turbamos?

Al caballo con ánimo hiriendo,  
sin mas les persuadir, rompe la via;  
de los miembros el miedo sacudiendo,  
le sigue la esforzada compañía:  
y en breve espacio el valle descubriendo  
de Tucapel, bien lejos parecia  
el muro, antes vistoso levantado,  
por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró, y dijo: ¡oh constante  
española nacion de confianza!  
por tierra está el castillo tan pujante,  
que en él solo estribaba mi esperanza:  
el pérfido enemigo veis delante;  
ya os amenaza la contraria lanza:  
en esto mas no tengo que avisaros,  
pues solo el pelear puede salvaros.

Estaba como digo así hablando,  
que aun no acababa bien estas razones,  
cuando por todas partes rodeando  
los iban con espesos escuadrones,  
las astas de anchos hierros blandiendo,  
gritando: ¡engañadores y ladrones!  
la tierra dejareis hoy con la vida,  
pagándonos la deuda tan debida.

Viendo Valdivia serle ya forzoso  
que la fuerza y fortuna se probase,  
mandó que al escuadron menos copioso  
y mas vecino, á fin que no cerrase,  
saliese Bobadilla, el cual furioso,  
sin que Valdivia mas le amonestase,  
con poca gente y con esfuerzo grande,  
asalta el escuadron de Mareande.

La piquería del bárbaro calada,  
á los pocos soldados atendia;  
pero al tiempo del golpe levantada,  
abriendo un gran portillo, se desvia:  
dales sin resistir franca la entrada,  
y en medio el escuadron los recogia;  
las hileras abiertas se cerraron,  
y dentro á los cristianos sepultaron.

Como el caiman hambriento, cuando siente  
el escuadron de peces, que cortando  
viene con gran bullicio la corriente,  
el agua clara en torno alborotando;  
que abriendo la gran boca, cautamente  
recoge allí el pescado, y apretando  
las cóncavas quijadas lo deshace,  
y al insaciable vientre satisface:

Pues de aquella manera recogido  
fue el pequeño escuadron del homicida,  
y en un espacio breve consumido,  
sin escapar cristiano con la vida;  
ya el araucano ejército movido  
por la ronca trompeta obedecida,  
con gran estruendo y pasos ordenados  
cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada,  
tendia el paso con mas atrevimiento;  
viéndola así Valdivia adelantada,  
no escarmentado, manda á su sargento,  
que escogiendo la gente mas granada  
de sobre ella con recio movimiento;  
pero diez españoles solamente  
pusieron á la muerte osada frente.

Contra el escuadron bárbaro importuno,  
ir se dejan sin miedo á rienda floja,  
y en el encuentro de los diez, ninguno  
dejó allí de sacar la lanza roja:  
desocupó la silla solo uno,  
que con la basea y última congoja  
de la rabiosa muerte el pecho abierto,  
sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve despues tambien cayeron,  
haciendo tales hechos señalados,

que digna y justamente merecieron  
ser de la eterna fama levantados :  
hechos pedazos todos diez murieron ,  
quedando de su muerte antes vengados :  
en esto la española trompa oída  
dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte  
los dientes y las lanzas apretado ,  
que de cuatro escuadrones , al mas fuerte  
le van un largo trecho retirando :  
hieren , dañan , tropellan , dan la muerte ,  
piernas , brazos , cabezas cercenando :  
los bárbaros por esto no se admiran ,  
antes cobran el campo y lo retiran.

Sobre la vida y muerte se contiene ,  
perdone Dios á aquel que allí cayere ;  
del un bando y del otro así se ofende ,  
que de ambas partes mucha gente muere :  
bien se estima la plaza y se defiende ;  
volver un paso atrás ninguno quiere :  
cubre la roja sangre todo el prado ,  
tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas  
los templados arneses reteñian ,  
y las vivas entrañas escondidas  
con carníceros golpes descubrian :  
cabezas de los cuerpos divididas ,  
que aun el vital espíritu tenian ,  
por el sangriento campo iban rodando ,  
vuelos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso  
todo en color de sangre lo convierte ;  
siempre el acometer es mas furioso ,  
pero ya el combatir es menos fuerte :  
ninguno allí pretende otro reposo  
que el último reposo de la muerte :  
el mas medroso atiende con cuidado  
á solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente  
crió en los nuestros fuerza tan estraña ,  
que con deshonra y daño de la gente  
pierden los araucanos la campaña :  
al fin dan las espaldas ; claramente  
suenan voces : ¡ victoria ! ¡ España ! ¡ España !  
mas et incontestable y duro hado  
dió un estraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido ,  
que á Valdivia de paje le servia ,  
acariciado dél y favorito ,  
en su servicio á la sazón venia :  
del amor de su patria conmovido ,  
viendo que á mas andar se retraía ,  
comienza á grandes voces á animarla ,  
y con tales razones á incitarla :

¡ Oh ciega gente , del temor guiada !  
¿ á dó volveis los temerosos pechos ?  
que la fama en mil años alcanzada  
aquí perece y todos vuestros hechos :  
la fuerza pierden hoy , jamás violada ,  
vuestras leyes , los fueros y derechos :  
de señores , de libres , de temidos ,  
quedais siervos , sujetos y abatidos.

Manchais la clara estirpe y descendencia ,  
y engerís en el tronco generoso  
una incurable plaga , una dolencia ,  
un deshonor perpétuo , ignominioso :  
mirad de los contrarios la impotencia ,  
la falta del aliento , y el fogoso  
latir de los caballos , las hijadas  
llenas de sangre y de sudor bañadas.

No os desnudeis del hábito y costumbre  
que de nuestros abuelos manteneamos ,  
ni el araucano nombre , de la cumbre  
á estado tan infame derribemos :  
huid el grave yugo y servidumbre ;

al duro hierro osado pecho demos ;  
¿ por qué mostrais espaldas esforzadas  
que son de los peligros reservadas ?

Fijad esto que digo en la memoria ,  
que el ciego y torpe miedo os va turbando ;  
dejad de vos al mundo eterna historia ,  
vuestra sujeta patria libertando :  
volved , no relucís tan gran vitoria ,  
que os está el hado próspero llamando :  
á lo menos firmad el pié ligero ,  
vereis como en defensa vuestra muero.

En esto una nervosa y gruesa lanza  
contra Valdivia , su señor , blandía :  
dando de sí gran muestra y esperanza ,  
por mas los persuadir arremetía :  
y entre el hierro español así se lanza  
como con gran calor en agua fria  
se arroja el ciervo en el caliente estío  
para templar el sol con algun frio.

De solo el primer bote uno atraviesa ,  
otro apunta por medio del costado ,  
y aunque la dura lanza era muy gruesa  
salió el hierro sangriento al otro lado :  
salta , vuelve , revuelve con gran priesa ,  
y barrenando el muslo á otro soldado ,  
en él la fuerte pica fue rompida ,  
quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la asta dañosa , luego aferra  
del suelo una pesada y dura maza ;  
mata , hiere , destroza y echa á tierra ,  
haciendo en breve espacio larga plaza :  
en él se resumió toda la guerra ;  
cesa el alcance y dan en él la caza ;  
mas él aquí y allí va tan liviano ,  
que hieren por herirle el aire vano.

¿ De quién prueba se oyó tan espantosa ,  
ni en antigua escritura se ha leído ,  
que estando de la parte vitoriosa ,  
se pase á la contraria del vencido ?  
y que solo valor , y no otra cosa ,  
de un bárbaro muchacho , haya podido  
arrebatar por fuerza á los cristianos  
una tan gran victoria de las manos ?

No los dos Publios Decios , que las vidas  
sacrificaron por la patria amada ,  
ni Curcio , Horacio , Seecola y Leonidas  
dieron muestra de sí tan señalada :  
ni aquellos que en las guerras mas reñidas  
alcanzaron gran fama por la espada ,  
Furio , Marcelo , Fulvio , Cincinato ,  
Marco Sergio , Filon , Sceva y Dentato.

Decidme : estos famosos , ¿ qué hicieron  
que al hecho deste bárbaro igual fuese ?  
¿ qué empresa ó qué batalla acometieron  
que á lo menos en duda no estuviese ?  
¿ á qué riesgo y peligro se pusieron  
que la sed del reinar no los moviese ;  
y de intereses grandes insistidos  
que á los tímidos hacen atrevidos ?

Muchos emprenden hechos hazañosos  
y se ofrecen con ánimo á la muerte ,  
de fama y vanagloria codiciosos ,  
que no saben sufrir un golpe fuerte :  
mostrándose constantes y animosos ,  
hasta que ven ya declinar su suerte ,  
faltándoles valor y esfuerzo á una ,  
roto el crédito fragil de fortuna.

Este el decreto y la fatal sentencia ,  
en contra de su patria declarada ,  
turbó y redujo á nueva diferencia ,  
y al fin bastó á que fuese revocada :  
hizo á Fortuna y Hados resistencia ,  
forzó su voluntad determinada ,  
y contrastó el furor del vitorioso ,  
sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado ,  
y el desigual cambate mas revuelto ,  
cuando Caupolicano reportado ,  
á las amigas voces habia vuelto :  
tambien habian sus gentes reparado ,  
con vergonzoso ardor en ira envuelto ,  
de ver que un solo mozo resistia  
á lo que tanta gente no podia .

Cual suele acontecer á los de honrosos  
ánimos , de repente inadvertidos ,  
ó cuando en los lugares sospechosos  
piensan otros que van desconocidos ,  
que en pendencias y encuentros peligrosos  
huyen : pero si ven que conocidos  
fueron de quien los sigue , avergonzados ,  
vuelven furiosos , del honor forzados :

Así los araucanos revolviendo  
contra los vencedores arremeten :  
y las rendidas armas esgrimiendo ,  
á voces de morir todos prometen :  
treme y giñe la tierra del horrendo  
furor con que ambas partes se acometen ,  
derramando con rabia y fuerza brava  
aquella poca sangre que quedaba .

Diego Oro allí derriba á Paynaguala ,  
que de una punta le atraviesa el pecho ;  
pero Caupolicano le señala ,  
dejándole gozar poco del hecho :  
al sesgo la ferrada maza cala ,  
aunque el furioso golpe fue al derecho  
pues quedó por de dentro la celada  
de los bullentes sesos rociada .

Tras este otro tendió desfigurado ,  
tanto que nunca mas fue conocido ;  
que la armada cabeza y todo el lado  
donde el golpe alcanzó quedó molido :  
Valdivia con Ongolmo se ha topado ,  
y háuse el uno al otro acometido ,  
hiere Valdivia á Ongolmo en una mano ,  
haciendo el araucano el golpe en vano .

Pasa recio Valdivia , y va furioso ,  
que con Ongolmo mas no se detiene ,  
y adonde Leucoton , mozo animoso ,  
estaba en una gran pendencia , viene :  
que contra Juan de Lamas y Reinoso  
solo su parte y opinion mantiene ;  
el cual con su destreza y mucho seso  
la guerra sustentaba en igual peso .

Partióse esta batalla , porque cuando  
Valdivia llegó adonde combatía ,  
parte acudió del araucano bando ,  
que en su ayuda y defensa se metía :  
fuese el daño y destrozo renovando ;  
de un cabo y de otro gente concurría :  
sube el alto rumor á las estrellas ,  
sacando de los hierros mil centellas .

Gran rato anduvo en término dudoso  
la confusa vitoria de esta guerra :  
lleno el aire de estruendo sonoro ,  
roja de sangre y húmida la tierra :  
quién busca y sólo quiere un fin honroso ,  
quién á los brazos con el otro cierra ,  
y por darle mas presto cruda muerte  
tienta con el puñal lo menos fuerte .

A Juan de Gudiel no le fue sano  
el tenerse en la lucha por maestro ,  
porque sin tiempo y con esfuerzo vano  
cerró con Guaticol , no menos diestro :  
y en aquella sazón Puren , su hermano ,  
que estaba cerca dél , en el siniestro  
lado le abrió con daga una herida ,  
por dó la muerte entró y salió la vida .

Andrés de Villaroel , ya enflaquecido  
por la falta de sangre derramada ,  
andaba entre los bárbaros metido

procurando la muerte mas honrada .

Tambien Juan de las Peñas , mal herido ,  
rompiendo por la espesa gente armada ,  
se puso junto dél ; y así la suerte  
los hizo á un tiempo iguales en la muerte .

Era la diferencia incomparable  
del número infiel al hantizado :  
es el un escuadron innumerable ,  
el otro hasta sesenta numerado :  
ya inierta la Fortuna variable ,  
que dudosa hasta entonces habia estado ,  
aprobó la maldad , y dió por justa  
la causa y opinion hasta allí injusta .

Dos mil amigos bárbaros soldados ,  
que el bando de Valdivia sustentaban ,  
en el flechar del arco ejercitados ,  
el sangriento destrozo acrecentaban  
derramando mas sangre , y esforzados ,  
en la muerte tambien acompañaban  
á la española gente , no vencida  
en cuanto sustentar pudo la vida .

Cuando de aqueste y cuando de aquel canto  
mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte ,  
haciendo por la espada todo cuanto  
pudiera hacer el poderoso Marte :  
no basta á reparar él solo tanto ,  
que falta de los suyos la mas parte :  
los otros , aunque ven su fin tan cierto ,  
ningun medio pretenden ni concierto .

De dos en dos , de tres en tres cayendo  
iba la desangrada y poca gente ,  
siempre el impetu bárbaro ereciendo ,  
con el ya declarado fin presente :  
fuese el número flaco resumiendo  
en catorce soldados solamente ,  
que constantes rendir no se quisieron  
hasta que al crudo hielro se rindieron .

Solo quedó Valdivia acompañado  
de un clérigo , que acaso allí venia ;  
y viendo así su campo destrozado ,  
el mal remedio y poca compañía ,  
dijo : Pues pelear es escusado ,  
procuremos vivir por otra vía ;  
pica en esto al caballo á toda prisa ,  
tras él corriendo el clérigo de misa .

Cual suelen escapar de los monteros  
dos grandes javalis fieros , cerdosos ,  
seguidos de solicitos rastros  
de la campestre sangre codiciosos ,  
y salen en su alcance los ligeros  
lebreles irlandeses generosos :  
con no menor codicia y pies livianos  
arrancan tras los míseros cristianos .

Tal tempestad de tiros , Señor , lanzan ,  
cual el turbion que granizando viene :  
en fin , á poco trecho los alcanzan ,  
que un paso ceagoso los detiene :  
los bárbaros sobre ellos se abalanzan :  
por valiente el postrero no se tiene :  
murió el clérigo luego , y maltratado  
trujeron á Valdivia ante el senado .

Caupolican , gozoso en verle vivo  
y en el estado y término presente ,  
con voz de vencedor y gesto altivo  
le amenaza y pregunta juntamente .  
Valdivia , como misero cautivo ,  
responde y pide humilde y obediente  
que no le dé la muerte , y que le jura  
dejar libre la tierra en paz segura .

Cuentan que estuvo de tomar movido  
del contrito Valdivia aquel consejo ;  
mas un pariente suyo empedernido ,  
á quien el respétaba por ser viejo ,  
le dice : por dar crédito á un rendido  
quieres perder tal tiempo y aparejo ?

y apuntando á Valdivia en el cerebro  
descarga un gran baston de duro enebro.

Como el furioso toro, que apremiado  
con fuerte amarra al palo, está bramando,  
de la tímida gente rodeado,  
que con admiracion le está mirando;  
y el diestro carnívero ejercitado,  
el grave y duro mazo levantando,  
recio al cogote cóncavo descendiendo,  
y muerto estremeciéndose le tiende:

Así el determinado viejo cano,  
que á Valdivia escuchaba con mal ceño,  
ayudándose de una y otra mano,  
en alto levantó el ferrado leño:  
no hizo el crudo viejo golpe en vano,  
que á Valdivia entregó al eterno sueño,  
y en el suelo con súbita caída,  
estremeciendo el cuerpo, dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,  
y el gran Caupolicán dello enojado,  
quiso enmendar el libre desacato,  
pero fue del ejército rogado:  
salió el viejo de aquello al fin barato,  
y el destrozo del todo fue acabado,  
que no escapó cristiano de esta prueba  
para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida  
solos de los tres mil; que como vieron  
la gente nuestra rota y de vencida,  
en un jaral espeso se escondieron:  
de allí vieron el fin de la reñida  
guerra, y puestos en salvo lo dijeron;  
que como las estrellas se mostraron,  
sin ser de nadie vistos se escaparon.

La oscura noche en esto se subía  
á mas andar á la mitad del cielo,  
y en las alas lóbregas cubría  
la noche y redondez del ancho suelo:  
cuando la vencedora compañía,  
armadas las armas sin recelo,  
danzas en anchos cercos ordenaban,  
donde la gran vitoria celebraban.

Fue la nueva en un punto discurriendo  
por todo el araucano regimiento,  
y antes que el sol se fuese descubriendo  
el campo se cubrió de bastimento:  
gran multitud de gente concurriendo,  
se forma un general ayuntamiento  
de mozos, viejos, niños y mujeres,  
participes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban,  
y alegres sus cantares repetían,  
un sitio de altos árboles cercaban,  
que una espaciosa plaza contenían:  
y en ellos las cabezas empalaban  
que de españoles cuerpos dividían:  
los troncos, de sus ramas despojados,  
eran de los despojos adornados;

Y dentro de aquel círculo y asiento,  
cercado de una amena y gran floresta,  
en memoria y honor del vencimiento,  
celebran de beber la alegre fiesta:  
el vino así aumentó el atrevimiento  
que España en gran peligro estaba puesta;  
pues que promete el mínimo soldado  
de no dejar cimientó levantado.

Era allí la opinion generalmente  
que sin tardar, doblando las jornadas,  
partiese un grueso número de gente  
á dar en las ciudades descuidadas:  
que tomadas de salto y de repente,  
serian con solo el miedo arruinadas;  
y la patria en su honor restituida  
no dejando cristiano con la vida.

Y dado orden bastante, y esto hecho,

para acabar de ejecutar su saña,  
con gran poder y ejército de hecho  
querian pasar la vuelta de la España:  
pensándola poner en tanto estrecho,  
por fuerza de armas, puestos en campaña,  
que fuesen cultivadas las ibéricas  
tierras de las naciones extranjeras.

El hijo de Leocano bien entiende  
el vano intento, y quiere desviarlo,  
que como diestro y sabio, otro pretende,  
y por mejor camino enderezarlo:  
el tiempo espera y la sazón atiende  
que estén mejor dispuestos á tratarlo:  
la fiesta era acabada y borrachera,  
cuando á todos los habla en tal manera:

Menos que vos, señores, no pretendo  
la dulce libertad tan estimada,  
ni que sea nuestra patria, yo defendiendo,  
en el sublime trono restaurada:  
mas base de atender á que, pudiendo  
gaurar, no se aventure á perder nada;  
y así, con este celo y fin, procuro  
no poner en peligro lo seguro.

Tomad con discrecion los pareceres  
que van á la razon mas arrimados,  
pues cobrar vuestros hijos y mujeres  
está en ir los principios acertados:  
vuestra fama, el honor, tierra y haberes,  
á punto están de ser recuperados;  
que el Tiempo, que es el padre del consejo,  
en las manos nos pone el aparejo.

A Valdivia y los suyos habeis muerto,  
y una importante plaza destruido:  
venir á la venganza será cierto  
luego que en las ciudades sea sabido:  
demo al enemigo el paso abierto:  
esto asegura mas nuestro partido:  
vengan, vengan con furia á rienda suelta,  
que difícil será despues la vuelta.

La vitoria tenemos en las manos,  
y pasos en la tierra mil seguros,  
de ciénagas, lagunas y pantanos,  
esposos montes ásperos y duros:  
mejor pelean aquí los araucanos:  
españoles mejor dentro en sus muros:  
cualquier hombre, en su casa acometido,  
es mas sabio, mas fuerte y atrevido.

Esto os vengo á decir, porque se entienda  
cuanto con mas seguro acertaremos,  
para poder tomar la justa enmienda,  
que en sitios escogidos esperemos,  
donde no habrá en el mundo quien defienda  
la razon y derecho que tenemos:  
cuando temor tuviesen de buscarnos,  
á sus casas iremos á alojarnos.

Con atencion de todos escuchada  
fue la oracion que el general hacia,  
siendo de los mas de ellos aprobada,  
por ver que á su remedio convenia:  
La gente ya del todo sosegada,  
Caupolicán al jóven se volvía  
por quien fue la vitoria, ya perdida,  
con milagrosa prueba conseguida.

Por darle mas favor, lo tenía asido  
con la siniestra de la diestra mano,  
diciéndole: ¡oh varón, que has estendido  
el claro nombre y límite araucano!  
por tí ha sido el estado redimido,  
tú le sacaste del poder tirano:  
á tí solo se debe esta vitoria,  
digna de premio y de inmortal memoria.

Y, señores, pues es tan manifiesto  
(esto dijo volviéndose al senado)  
el punto en que Lautaro nos ha puesto,  
(que así el valiente mozo era llamado):

yó por remunerarle en algo desto, con vuestra autoridad que me habeis dado, por paga, aunque á tal deuda insuficiente, le hago capitán y mi teniente.

Con la gente de guerra que escogiere, pues que ya de sus obras sois testigos, en el sitio que mas le pareciere se ponga á recibir los enemigos, adonde hasta que vengan los espere; porque yo con la resta y mis amigos ocuparé la entrada de Elicura, aguardando la misma coyuntura.

Del grato mozo el cargo fue acetado, con el favor que el general le daba: aprobó el común aficionado; si á alguno le pesó no lo mostraba: y por el orden y uso acostumbrado el gran Caupolicán le tresquilaba, dejándole el copete en trenza largo, insignia verdadera de aquel cargo.

Fue Lautaro industrioso, sabio, presto, de gran consejo, término y cordura, manso de condición y hermoso gesto, ni grande ni pequeño de estatura: el ánimo en las cosas grandes puesto, de fuerte trabazón y compostura, duros los miembros, recios y nervosos, anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fueron alargadas, ejercitando siempre nuevos juegos de saltos, luchas, pruebas nunca usadas, danzas de noche en torno de los fuegos. Había precios y joyas señaladas, que nunca los troyanos ni los griegos, cuando los juegos mas continuaron, tan ricas y estimadas las sacaron.

Llegó á Caupolicán estando en esto un bárbaro turbado sin aliento, perdida la color, mudado el gesto, cubierto de sudor y polvoriento, diciéndole: señor, socorre presto, tu campo es roto y cierto el perdimiento; que la gente que estaba en la emboscada es muerta la mas della y destrozada.

Por tierra de Elicura son bajados eatorce valentísimos guerreros, de corazas finísimas armados, sobre caballos prestos y ligeros: por estos solos son desbaratados dos escuadrones tuyos de piqueros; y visto el gran estrago, al improviso partí corriendo á darte de ello aviso.

Caupolicán con muestra no alterada, hizo que del temor se asegurase, diciendo que tan poca gente armada al cabo era imposible que escapase; y con la diligencia acostumbrada mandó al nuevo teniente que guiase con la mas presta gente por la vía, que luego con el resto le seguía.

Lautaro, en lo acetar no perezoso, escogiendo una escuadra suficiente, marcha con tanta prisa, codicioso de ganar opinión entre la gente... Mas de Marte el estruendo sonoro me llama, que me tardo injustamente: de los eatorce es tiempo que se trate, y del sangriento y áspero combate.

Estiéndase su fama y sea notoria, pues que tanto su espada resplandece, y de ellos se eternice la memoria si valor en las armas lo merece: testimonio dará dello la historia; pero acabar el canto me parece; que á decir tan gran cosa no me atrevo,

sino es con nuevo aliento y canto nuevo.

#### CANTO IV.

Vienen eatorce españoles por concluirlo á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel: hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un portado reencuentro: llega Lautaro con gente de refresco; mueren siete españoles y todos los amigos que llevan; escápanse los otros por una gran ventura.

¡Cuán buena es la justicia y qué importante! por ella son mil males atajados, que si el rebelde arauco está pujante con todos sus vecinos alterados, y pasa su furor tan adelante, fue por no ser á tiempo castigados: la llaga que al principio no se cura requiere al fin mas áspera la cura.

Que no es virtud, mas vicio y negligencia, cuando de un daño otro mayor se espera, el no curar con hierro la dolencia, si del mal lo requiere la manera: mas no con tal rigor que la clemencia pierda su fuerza y la virtud entera; clemente es y piadoso el que sin miedo por escapar el brazo corta el dedo.

No quiero yo decir que á cada paso traiga el hierro en la mano la justicia, sino segun la gravedad del caso, y la importancia y fin de la malicia: pues vemos claro en el presente paso, que al cabo corrompida de avaricia, dió á la maldad lugar que se arraigase, y en los ánimos mas se apoderase.

Mas no se ha de entender, como el liviano, que se entrega al primero movimiento, que por ser justiciero es inhumano, y por alcanzar crédito es sangriento; y como aquel que con injusta mano, sin término, sin causa y fundamento, por solo liviandad y vanagloria, quiere dejar de su maldad memoria.

No faltara materia y coyuntura para mostrar la pluma aquí curiosa; mas no quiero meterme en tal hondura, que es cosa no importante y peligrosa: el tiempo lo dirá, y no mi escritura; que quizá la tendrán por sospechosa: solo diré que es opinión de sabios, que donde falta el rey sobran agravios.

Pero á nuestro propósito tornando, dejaré de tratar de sinrazones, que es trabajar en vano, derramando al viento en el desierto las razones: de los nuestros diré, que peleando estaban con los fieros escuadrones, ganando fama y prez, honor y gloria, haciendo cosas dignas de memoria.

Fue hecho tan notable que requiere mucha atención, y autorizada pluma: y así digo que aquel que lo leyere, en que fue de los grandes se resume. Diré cuanto en mi estilo yo puiere, aunque todo será una breve suma; y los nombres tambien de los soldados, que con razon merecen ser loados.

Almagro, Cortés, Córdoba, Nereda, Moran, Gonzalo Hernandez, Maldonado, Peñalosa, Vergara, Castañeda, Diego García Herrero el arriscado, Pero-Niño, Escalona, y otro queda con el cual es el número acabado: don Leonardo Manrique es el postrero, igual en el valor siempre al primero.

Estos eatorce son los que venían



á verse con Valdivia en el concierto, que del pueblo Imperial partido habian sin saber que Valdivia fuese muerto: por la alta cuesta de Puren subian, y en el mas alto asiento y descubierto los caminos de rama ven sembrados, señal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra está alterada, y que de gentes hacen llamamiento; no torcieron por esto la jornada, ni les mudó el temor el firme intento: la fresca y nueva Aurora colorada daba con su venida gran contento, y las sombras del sol se retraían, cuando el líctreo valle descubrían.

Aquí estaban los indios emboscados esperando á los nuestros si viniesen, por cogerlos sin orden descuidados antes que de peligro se advirtiesen: de un bosque á mano hecho rodeados, para que mas cubiertos estuviesen, hasta que, inadvertidos del engaño, pudiesen á su salvo hacer el daño.

Los catorce españoles abajaban por un repecho, al valle enderezando, donde ocultos los bárbaros estaban cubiertos de los ramos aguardando: los nuestros con el bosque aun no igualaban cuando los indios, sùbitos sonando bárbaras trompas, roncós tamborinos, los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegría, cuando mas sin pensar la fiebre echada de súbito por medio de la vía salta de entre los piés alborotada; cuanto causó la muestra y vocería del vecino escuadron de la emboscada, á nuestros españoles, que al instante arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron de puntas de diamante una muralla; pero los españoles no pararon hasta de parte á parte atravesalla: hombres, picas y mazas tropearon, revuelven, por dar fin á la batalla, con mas valor y esfuerzo que esperanza, vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados el paso les cercaron y la huida: viéndose así de bárbaros cercados, piensan abrir por ellos la salida: otra vez arremeten apiñados, y aunque una escuadra dellos fue rompida volvieron á su puesto recogidos, quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces embistieron desta suerte, las cerradas escuadras tropellando; mas viéndose cercanos á la muerte, prosiguen su derrota, enderezando al desolado sitio y casa fuerte, á diestro y á siniestro derribando, que las indios entre ellos van mezclados, hiriéndolos tambien por todos lados.

Estréchase el camino de Elieura por la pequeña falda de una sierra: la causa y la razon de esta angostura es un lago que abajo el valle cierra: para los nuestros esto fue ventura, pues siguen su jornada haciendo guerra que solo un español que atrás venia la bárbara arrogancia resistía.

Ellos que iban así por una espesa mata, al calar de un áspero collado ven un indio salir á toda priesa, el vestido y el rostro demudado,



el cual en el camino se atraviesa, y del seno sacó un papel cerrado que Juan Gomez de Almagro el propio dia, dando aviso á Valdivia escrito habia.

El mismo mensajero ven lloroso, que dellos adelante habia partido: de Valdivia el suceso lastimoso les dijo, y lo demás acontecido: y que el castillo el bárbaro furioso le habia por los cimientos destruido. Viendo el remedio y presupuesto vano, tomaron á la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lomas rodeado, aunque por esta senda y paso abierto, del Este, Norte, Oeste está abrigado, y el Sur le hiere casi en descubierto: por dó seguido va el camino usado, de los ligeros bárbaros cubierto en espaciosa hila prolongada, sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo, en el llano asimismo repararon, y la gente espareida recogiendo, dos gruesos escuadrones reformaron: los catorce españoles, conociendo que era mejor romper, se aparejaron: mueven los escuadrones concertados por el fuerte Lincoya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncós instrumentos, alto estruendo, alaridos desdeñosos,

salen los fieros bárbaros sangrientos  
contra los españoles valerosos,  
que convertir esperan en lamentos  
los arrogantes gritos orgullosos:  
tanto el esfuerzo y ánimo les crece,  
que poca gente en contra les parece.

Aunque allí un español desfigurado,  
que yo no digo aquí cual dellos era,  
dijo, viendo tan poca gente al lado:  
¡oh si nuestro escuadron de ciento fuera!  
pero Gonzalo Hernandez animado,  
vuelto al cielo, responde: á Dios pluguiera  
fuéramos solos doce, y dos faltaran,  
que doce de la fama nos llamáran.

Los caballos en esto apercibiendo,  
firmes y recogidos en las sillas,  
sueltan las riendas, y los piés batiendo,  
parten contra las bárbaras cuadrillas:  
las poderosas lanzas requiriendo,  
afiladas en sangre las cuchillas,  
llamando en alta voz á Dios del cielo,  
hacen gemir y retremblar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas  
los bárbaros las picas al momento,  
de la suerte que suelen las espigas  
derribarse al furor del recio viento:  
no bastaron las armas enemigas  
al ímpetu español y movimiento,

que los nuestros rompieron por un lado,  
dejando el escuadron aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,  
lejos las rotas lanzas arrojadas,  
vuelven al enemigo y fiero bando,  
en alto ya desnudas las espadas:  
otra vez arremeten, no bastando  
infinidad de puntas enastadas,  
puestas en contra de la airada gente,  
á que no se mezclasen igualmente.

Los unos, que no saben ser vencidos,  
los otros á vencer acostumbrados,  
son causa que se aumenten los heridos,  
y que bajen los brazos mas pesados:  
de llamas los arneses encendidos,  
con gran fuerza y presteza golpeados,  
formaban un rumor, que el alto cielo  
del todo parecia venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernandez, presumiendo  
imitar al de Córdoba famoso,  
iba por el ejército rompiendo,  
no menos diestro y fuerte que animoso.  
Peñalosa y Vergara conociendo  
que vencer ó morir era forzoso,  
hacen de sus personas arriscadas  
de esfuerzo y fuerza pruebas señaladas.

El valiente soldado de Escalona,  
la rigurosa espada ejercitando,



aventura y señala su persona  
mil bárbaros valientes señalando:  
don Leonardo Manrique no perdona  
los golpes que recibe, antes doblando  
los suyos con gran priesa y mayor ira,

los castiga, maltrata y los retira.

Otro, pues, que de Córdoba se llama,  
mozo de grande esfuerzo y valentía,  
tanta sangre araucana allí derrama,  
que hizo mas de cien viudas aquel día:

por una, que venganza al cielo clama,  
saltan todas las otras de alegría;  
que al fin son las mujeres variables,  
amigas de mudanzas y mudables.

Cortés y Pero-Niño por un lado  
hacen un fiero estrago y cruda guerra;  
Moran, Gomez de Almagro y Maldonado  
siembran de cuerpos bárbaros la tierra:  
el Herrero, como hombre acostumbrado  
y diestro en golpear, mata y alietta:  
pues Nereda también, que era maestro,  
hiere, derriba á diestro y á siniestro.

Como si fueran á morir desnudos,  
las rabiosas espadas así cortan;  
con tanta fuerza bajan golpes crudos,  
que poco fuertes armas les importan:  
lo que sufrir no pueden los escudos,  
los insensibles cuerpos los comportan  
en furor encendidos, de tal suerte,  
que no sienten los golpes ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados,  
con poderosos golpes los martillan,  
y de muchos con fuerza redoblados  
los cargados caballos arrojan:  
abollan los arneses relevados,  
abren, desclavan, rompen, deshevilan;  
ruedan las rotas pieas y celadas,  
y el aire atruena el son de las espadas.

Lincoya combatiendo y derribando  
anima con hervor los escuadrones,  
contra su fuerza y maza no bastando  
de crestas altas fuertes morriones.  
Cortés un golpe suyo reparando,  
la cabeza inclinó entre los arzones,  
llevándole el caballo medio muerto,  
suelto el freno, corriendo á campo abierto.

Con el cuello inclinado adormecido  
acá y allá el caballo le traía;  
pero tornando luego en su sentido,  
vergonzoso las riendas recogía:  
vuelve á buscar aquel que le ha herido,  
y al punto que miró le conocía,  
que al mayor araucano que allí andaba  
de los hombros arriba le llevaba.

Conécelo también en la braveza  
que mostraba, animando allí su gente,  
y en la facilidad y ligereza  
con que esgrime la maza diestramente.  
Como el suelto lebre, por la maleza  
se arroja al javali fiero y valiente,  
así asalta Cortés al araucano,  
la adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al través le hirió por un costado,  
no le valiendo el coselete duro;  
mas de aquella manera le ha mudado,  
que mudara un peñasco ó fuerte muro:  
pasa récio el caballo espoleado,  
y Cortés de Lincoya ya seguro,  
por medio de la espesa escuadra hiende,  
y al un lado y al otro muchos tiende.

Almagro cuerpo á cuerpo combatía  
con el jóven Guacon, soldado fuerte;  
pero presto la lid se decidía,  
que poco se mostró neutral la suerte:  
de un golpe Almagro al bárbaro hería,  
por donde una ancha puerta abrió á la muerte,  
sale de ella de sangre roja un río,  
y ocupa el desangrado cuerpo el frío.

Airado Castañeda en la batalla  
mata, atropella, daña, hiere, ofende;  
acaso á Narpo á la derecha halla,  
y allí la rigurosa espada tiende:  
no le valió el jubon de fina malla,  
ni un peto de dos cueros le defiende,  
que la furiosa punta no calase,

y el cuerpo del espíritu privase.

La gente una contra otra se embravece,  
crece el hervor, coraje y la revuelta,  
y el río la corriente sangre crece,  
bárbara y española toda envuelta:  
del grueso aliento el aire se escurece,  
alguna infernal furia andaba suelta,  
que por llevar á tantos en un día  
diabólico furor les infundía.

Tanto el teson entre ellos ha durado,  
que espanta como alzar pueden los brazos;  
estaban por el uno y otro lado  
de amontonados cuerpos los ribazos.  
El sol había en su curso declinado,  
cuando ya sin vigor hechos pedazos,  
de manera igualmente enflaquecían,  
que moverse adelante no podían.

Como el aliento y fuerzas van faltando  
á dos valientes toros animosos  
cuando en la fiera lucha porfiando  
se muestran igualmente poderosos,  
que se van poco á poco retirando  
rostro á rostro con pasos perezosos,  
cubiertos de un humor y espeso aliento,  
y esparcen con los pies la arena al viento.

Los dos puestos así se retiraron,  
sin sangre y sin vigor desalentados,  
que jamás las espaldas se mostraron,  
mas siempre frente á frente careados:  
ambos á un mismo tiempo repararon,  
á un punto hicieron alto, y desviados  
los unos de los otros tanto estaban,  
que aun un tiro de flecha no distaban.

Mirábanse de uno y otro bando  
en el sitio y contrario alojamiento,  
cubiertos de agua y sangre, y jadeando,  
que no pueden hartarse del aliento:  
los fatigados miembros regalando,  
el pecho y boca abierta al fresco viento,  
que con templados soplos respiraba,  
mitigando del sol la fuerza brava.

Y desde allí con lenguas injuriosas  
á falta de las manos se ofendían:  
diciéndose palabras afrentosas  
la muerte con rigor se prometían;  
y á vueltas de esto flechas peligrosas  
los enemigos arcos despedían,  
que aunque el aliento y fuerza les faltaba  
el rabioso rencor las arrojaba.

Yo no sé de cual brazo descansado  
una flecha con ímpetu saliendo,  
á manera de rayo arrebatado,  
el aire con rumor iba rompiendo:  
tocó en soslayo á Córdoba en un lado,  
y la furiosa punta no prendiendo,  
torció á Moran el curso, y encarnada  
por el ojo derecho abrió la entrada.

El buen Moran con mano cruda y fuerte  
sacó la flecha y ojo en ella asido;  
Gonzalo, al duro paso de la muerte  
le aperece, y esfuerzo condolido;  
pero Moran gritó: no estoy de suerte  
que me sienta de esfuerzo enflaquecido;  
que solo, así herido, soy bastante  
á vencer cuantos veis que están delante.

Pica el caballo temerariamente,  
que galopar no puede de cansado,  
contra todo aquel número de gente,  
que en escuadron estaba reformado:  
pero Gonzalo Hernandez diligente  
se le puso delante acelerado,  
que ya Lincoya al paso le sabía,  
y al puesto, aunque por fuerza le volvía.

Con grande alarde, estruendo y movimiento,  
sobre la cumbre de una verde loma,

tendidas las banderas por el viento,  
Lautaro con la presta gente asoma.  
Como cuando de lejos el hambriento  
leon, viendo la presa, placer toma,  
y mira acá y allá, feroz rugiendo,  
el bedijoso cuello sacudiendo;

Lautaro así veloz, por un repecho  
bajaba, enderezando á los de España,  
pensando el solo dar fin á aquel hecho,  
si no le desamparan la campaña.  
Delante de su gente va gran trecho:  
digna es de celebrarse tal hazaña;  
solos catorce esperan, hechos piezas,  
rotos los brazos, piernas y cabezas.

Cuatro mil sobrevienen vitoriosos;  
apiñados los nuestros los esperan,  
no do ver tanta gente temerosos,  
porque aun morir con mas honor quisieran:  
los fieros enemigos orgullosos  
en alta voz gritaban: ¡mueran! ¡mueran!  
y el Lincoyano ejército animado,  
tambien acometió por otro lado.

Lanzaron los caballos los cristianos,  
batiendo bien de espacio el hueco suelo  
contra los descansados araucanos  
que fieros amenazan tierra y cielo:  
vienen con tardos piés á prestas manos,  
y del primer encuentro hecho un hielo  
Pero-Niño tocó la blanca arena,  
bañándola de sangre en larga vena.

Atravesóle el cuerpo la herida,  
aunque en atribuirle hay desconcierto:  
unos dicen que Angol fue el homicida,  
otros que Leocoton, y esto es mas cierto:  
cualquier de ellos que fue, de gran caída  
Pero-Niño quedó en el campo muerto  
con un trozo de pica atravesado,  
donde fue del tropel despedazado.

Tambien el de Manrique volteando  
á los piés de Lautaro muerto vino;  
rompen los otros doce, enderezando  
por las espesas armas al camino:  
pero Ongolmo, los piés apresurando,  
de un golpe derribó fuera de tino  
á Nereda, que en guerras era esperto;  
Cortés de muy herido cayó muerto.

Tras él al suelo fue Diego García,  
de una llaga mortal abierto el pecho;  
de otro golpe Escalona se tendia  
que Tucapel le acierta por derecho:  
los demás españoles en la via  
(considere quien ya se vió en estrecho)  
con cuanta priesa baten las hijadas  
de los lasos caballos desangrados.

El fiero Tucapel haciendo guerra  
á todos con audacia los asalta,  
y en viendo que estos dos baten la tierra,  
gallardo por encima dellos salta:  
topa á Almagro y con él ligero cierra,  
en los piés levantado, y la maza alta,  
que sobre él derribándola venia  
con toda la pujanza que tenia.

O fue mal tiento, ó furia que llevaba,  
ó que el Sumo Señor quiso librallo,  
que el tiro á la cabeza señalaba,  
y á dar vino á las ancas del caballo:  
con tanta fuerza el golpe le cargaba,  
que Almagro mas no pudo meneallo,  
quedando derrengado de manera  
que si fuera de masa ó blanda cera.

Almagro con presteza por un lado,  
viendo el caballo cojo, se derriba,  
ora fue su ventura y diestro lado,  
ora siniestro del que tras él iba,  
el cual era el valiente Maldonado,

que envuelto en sangre y polvo al punto arriba  
que el golpe segundaba Tucapel,  
y por poco con él diera en el suelo,

Con el ginete estribo en el derecho  
lado al bárbaro encontrá de pasada,  
y cuatro ó cinco pasos ó mas trecho  
lo lleva hácia delante por la estrada:  
brama el bárbaro ardiendo de despecho;  
vívora no se vió mas enconada,  
ni pisado escorpion vuelve tan presto  
como el indio volvió el airado gesto.

Muda el intento, muda la sentencia  
que contra Juan de Almagro dado habia,  
y la furiosa maza é impaciencia  
al triste Maldonado revolvía:  
cala un golpe con toda su potencia;  
mas el presto caballo se desvia:  
Tucapel de furioso el tiro yerra,  
y el ferrado troncon metió por tierra.

No escapó Maldonado de la muerte,  
que al punto llega el bravo Lemolemo  
con un largo baston ñudoso y fuerte,  
á manera de corvo y grueso remo:  
y un golpe le señala de tal suerte,  
que no le erró el ferrado y duro extremo.  
ni celada prestó de estofa llena,  
que los sesos saltaron por la arena.

En esto una gran nube tenebrosa,  
el aire y cielo súbito turbando,  
con una obscuridad triste y medrosa  
del sol la luz escasa fue ocupando:  
salta Aquilon con furia procelosa  
los árboles y plantas inclinando,  
envuelto en raras gotas de agua gruesas,  
que luego descargaron mas espesas.

Como el diestro atambor, que aperebiendo  
al duro asalto y liera batería,  
va con los tardos golpes previniendo  
la presta y animosa compañía;  
pero el punto y señal última oyendo,  
suena la horrenda y áspera armonía;  
así el negro nublado turbulento  
lanza un diluvio súbito y violento.

En oscura tiniebla el cielo vuelto,  
la furiosa tormenta se esforzaba,  
agua, piedras y rayos todo envuelto  
en espesos relámpagos lanzaba:  
el araucano ejército revuelto  
por acá y por allá se derramaba:  
crece la tempestad horrenda, tanto  
que á los mas esforzados puso espanto.

De Juan Gomez la próspera ventura  
hizo que al punto el cielo se cerrase,  
y la tiniebla de la noche oscura  
gran rato en su favor se anticipase:  
turbado se metió en una espesura  
hasta tanto que el impetu pasase  
de aquella gente bárbara furiosa,  
de la española sangre codiciosa.

Cuando vió en su violencia el torbellino,  
y que él podía salir mas encubierto,  
el bosque deja y toma su camino,  
que el temor se le muestra bien abierto:  
cayendo y levantando al cabo vino,  
de sangre, lodo y de sudor cubierto,  
junto donde los nuestros esperaban  
si las furiosas aguas aplacaban.

Estaban del camino desviados,  
y uno de los caballos relinchando,  
el español con pasos sosesgados  
al alegre rumor se fue acercando:  
llegó á donde los seis amedrentados  
con baja voz estaban dél tratando,  
y en aquella sazón se les presenta,  
dándoles del suceso entera cuenta.

Con espanto fue luego conocido, que entre ellos ya por muerto se tenía, y cada uno de lástima movido, á morir en su ayuda se ofrecia: mas él como animoso y entendido, viendo que aprovechar no le podia, dice: de mí, señores, nadie cure, la vida el que pudiere la asegure.

Esto no dijo bien, cuando esforzado por el bosque tomó una senda incierta, y aquella mas usada deja á un lado, de gente y pueblos bárbaros cubierta: otro trance mayor le está aguardado; pero pues hay de Chile historia cierta, allí lo podrá ver el que quisiere, si gana de salvarlo le viniere.

El cronista Estrella escribe al justo de Chile y del Perú en la historia: con tanta erudicion, que será justo que dure eternamente su memoria, y la vida de Carlos quinto agosto, y en versos los encomios y la gloria de varones ilustres en milicia, gobernacion, en letras y justicia.

Vuelvo á los seis guerreros, que sintiendo la desgracia de Almagro, lo mostraban; pero ayudalle en ella no pudiendo, á la Imperial ciudad enderezaban: la tempestad furiosa iba creciendo, relámpagos y truenos no cesaban, hasta que salió el sol y el claro día la plaza de Puren los descubria.

Era un castillo, el cual con poca gente le habia Juan Gomez antes sustentado hallándose una noche de repente de multitud de bárbaros cercado: repelidos al fin gallardamente fue por su industria el cerco levantado: no escribo esta batalla, aunque famosa, por no tardarme tanto en cada cosa.

Allí los seis guerreros arribados fueron con tierna muestra recibidos de los caros amigos admirados de verlos á tal término traídos; míseros, alligidos, demudados, flacos, roncós, deshechos, consumidos, corriendo sangre y lodo, sin celadas, las armas con las carnes destrozadas.

Casi veinte y cuatro horas sustentaron las armas defendiendo su partido, que nunca en este tiempo descansaron, haciendo lo que habeis, Señor, oído: un rato en el castillo reposaron, del cual la noche atrás habian salido, no con poco temor de los de casa, y mas cuando supieron lo que pasa.

La sangre les cuajó un temor helado, gran turbacion les puso á todos cuando el caso de Valdivia desastrado les fueron por sus términos narrando: y así viendo el castillo mal parado, de consejo comun, considerando la pujanza que el bárbaro traia, le dejaron desierto el mismo día.

Hacia Gauten tomaron la jornada, llevando á Almagro acaso de camino, que por venir la noche tan cerrada libre salió del campo lautarino: la fuerza fue por tierra derribada, que luego el enemigo pueblo vino talando municiones y comidas que en el castillo estaban recogidas.

Dieron vuelta los bárbaros gozosos hacia dó su ejército venia, retumbando en los montes cavernosos

el alegre rumor y vocería; y por aquellos prados espaciosos, con la alegre vitoria de aquel día, tales cantos y juegos inventaban que el cansancio con ellos engañaban.

Juntos, el general con grave muestra los habla y los recibe alegremente; y asiendo blandamente de la diestra al valiente Lautaro, su teniente, una escuadra le entrega de maestra, escogida, gallarda y buena gente, en armas y trabajo ejercitada, para cualquier empresa y gran jornada.

A Lautaro dejemos, pues, en esto, que mucho su proceso me detiene: forzoso á tratar del volveré presto, que llegar hasta Penco me conviene, pues hace tanto á nuestro presupuesto decir como á la guerra se previene que sangrienta y mortal se aparejaba, y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la Fama, ligera embajadora de tristes nuevas y de grandes males, á Penco atormentaba de hora en hora, esforzando su voz ruines señales: cuando llegan los indios á deshora, los dos que ya conté que en los jales, viendo á Valdivia roto, se escondieron, y estos el triste caso refirieron.

Por mensajeros ciertos entendiendo el duro y desdichado acaecimiento, viejos, mujeres, niños concurriendo se forma un triste y general lamento: el cielo con aguda voz rompiendo, hinchen de tristes lástimas el viento: nuevas viudas, huérfanas, doncellas, era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros, mas que flores bellos eran de crudos puños ofendidos, y marojos dorados de cabellos andaban por los suelos esparcidos; vieran pechos de nieve y tersos cuellos de sangre y vivas lágrimas teñidos; y rotos por mil partes y arrojados ricos vestidos, joyas y tocados.

No con menor estruendo los varones de la edad mas robusta juntamente daban de su dolor demostraciones, pero con otro modo diferente: suenan las armas, suenan municiones, suena el nuevo aparato de la gente; y la ronca trompeta del dios Marte á guerra incita ya por toda parte.

Unos botas espadas afilaban, otros petos mohosos enlucian, otros las viejas cotas remallaban, hierros otros en astas enjerian, cañones reforzados apuntaban, al viento las banderas descogian; y en alardosa muestra los soldados iban por todas partes ocupados.

Caudillo era y cabeza de la gente Francisco Villagran, varon tenido por sabio en la milicia y suficiente, con suma diligencia prevenido: de Pedro de Valdivia fue teniente, despues de su persona obedecido: sentido del suceso y caso fuerte brama por la venganza de su muerte.

Las mujeres de nuevos alaridos hieren el alto cóncavo del cielo, viendo al peligro puestos los maridos y ellas en tal trabajo y descosuelo: con lagrimosos ojos y gemidos, echadas de rodillas por el suelo,

les ponen los hijuelos por delante; pero cosa á moverlos no es bastante.

Ya de lo necesario aparejados en demanda del bárbaro salían, de arneses lucidísimos armados, que vistosos de lejos parecían: las mujeres por torres y tejados con fijos ojos tiernos los seguían; y echándoles de allí mil bendiciones, vuelven á Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano, que del pueblo saliera á acompañallos, y en busca del ejército araucano pican á toda priesa los caballos: dejan á la siniestra á Mareguano, y á la diestra de Talca los vasallos, hijo de Talcaguano, que su tierra la ciñe casi en torno el mar y sierra.

De los seguros límites pasando, pisan de Andalican la enjuta arena, y el espacio llano atravesando, suben las lomas, y el rumor no suena; y al pié del cerro andálico llegando, sin entender lo que Lautaro ordena, solo el miedo de entrar por el estado les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, agrio y estrecho, de la banda del Norte está á la entrada por un monte asperísimo y derecho, la cumbre hasta los cielos levantada: está tras este un llano á poco trecho, y luego otra menor cuesta tajada, que divide el distrito andalicano del fértil valle y límite araucano.

Esta cuesta Lautaro habia elegido para dar la batalla, y por concierto tenia todo su ejército tendido en lo mas alto della y descubierto: viendo que á pié en lo llano es mal partido seguir á los caballos campo abierto, el alto y primer cerro deja esento, pensando allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tome bien del sitio el tino quiero aquí figurarle por entero: la subida no es mala del camino, mas todo lo demás despenadero: tiene al Poniente al bravo mar vecino, que bate al pié de un gran derrumbadero, y en la cumbre y mas alto de la cuesta se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado del poderoso ejército enemigo, y el camino al entrar desocupado, sin defensa ni estorbo, como digo: pasado el primer monte, habia llegado al pié deste segundo el bando amigo; pero aquí Villagran confuso estuvo, que el peligroso trance le detuvo.

Como el romano César, receloso el pié en el Rubicon fijó á la entrada, pensando allí de nuevo el peligroso hecho que acometia y gran jornada; al fin soltó las riendas animoso, diciendo: ¡Sus! la suerte ya es echada... así nuestro español rompió el camino, dando libre la rienda á su destino.

Apenas el primer paso habia dado, cuando luego tras él osadamente por el fragoso monte levantado alegre comenzó á subir la gente: Lautaro sin moverse, arrinconado, franca les da la entrada llanamente; diez mil hombres gobierna, gente usada en el duro ejercicio de la espada.

Tenia su campo en torno de la cuesta,

y mandado que nadie se moviese un paso á comenzar la dura fiesta hasta que el son de arremeter se oyese, con una irremisible pena puesta para aquel que del término saliese, que estaban así quedos y callados cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la española gente, deseando ejercitar la vencedora diestra, se va á los enemigos acercando por la banda del bárbaro siniestra: Lautaro al puesto término llegando; presenta la batalla en bella muestra, con gran rumor de bárbaras trompetas; atambores, bocinas y cornetas.

Paréceme, Señor, que será justo dar fin al largo cauto en este paso, porque el deseo del otro mueva el gusto; y porque de cantar me siento laso. Suplicoos que el tardar no os dé disgusto, pareciéndoos que voy tan paso á paso, que aun de gentes agravio una gran suma, atento á no llevar prolija pluma.

## CANTO V.

Contiéndose la muy reñida batalla que entre los españoles y los araucanos hubo en la cuesta de Andalican, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles, fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad de ellos, juntamente con la de tres mil indios amigos.

SIEMPRE el benigno Dios, por su clemencia, nos dilata el castigo merecido, hasta ver sin enmienda la insolencia, y el corazon rebelde endurecido: y es tanta la dañosa inadvertencia, que aunque vemos el término cumplido y ejemplo del castigo en el vecino, no queremos dejar el mal camino.

Digolo, porque viene muy contenta nuestra gente española á las espadas, que en el fin de Valdivia no escarnienta, ni mira haber seguido sus pisadas: presto la vereis dar estrecha cuenta de las culpas presentes y pasadas; que el verdugo Lautaro, ardiendo en saña se muestra con su gente en la campaña.

Villagran con la suya á punto puesto, en el estrecho llano se detiene; plantando seis cañones en buen puesto, ordena aquí y allí lo que conviene: estuvo sin moverse un rato en esto por ver el órden que Lautaro tiene, que ocupaba su gente tanto trecho que mitigó el ardor de mas de un pecho.

De muchos fue esta guerra deseada; pero sabe ora Dios sus intenciones, viendo toda la cuesta rodeada de gente en concertados escuadrones: la sangre, del temor ya resfriada, con presteza acudió á los corazones; los miembros, del calor desamparados, fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento están bramando, porque la trompa de partir no suena; tanto el trance y batalla deseando que cualquiera tardanza les da pena. De la otra parte el araucano bando, sujeto á lo que su caudillo ordena, rabiaba por cerrar; mas la obediencia le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo, que impaciente, cuando el competidor ve ya cercano, bufa, relincha, y con soberbia frente hiere la tierra de una y otra mano;

así el bárbaro ejército obediente, viendo tan cerca el campo castellano, gime por ver el juego comenzado, mas no pasa del término asignado.

De esta manera, pues, la cosa estaba, ganosos de ambas partes por juntarse; pero ya Villagran consideraba que era dallas mas ánimo el tardarse: tres bandas de ginetes apartaba de aquellos codiciosos de probarse, que a la seña, sin mas amonestallos, ponen las piernas recio á los caballos.

El campo con ligeros piés batiendo, salen con gran tropel y movimiento; Rauco se estremeció del son horrendo, y la mar hizo extraño sentimiento. Los corregidos bárbaros temiendo de Lautaro el espreso mandamiento, aunque por los herir se deshacian, el paso hacía adelante no movian.

Con el concierto y órden que en Castilla juegan las cañas en solemne fiesta, que parte y desembraza una cuadrilla revolviendo la darga al pecho puesta: así los nuestros, firmes en la silla, llegan hasta el remate de la cuesta, y vuelven casi en cerco á retirarse, por no poder romper sin despenarse.

Toman al retirar la vuelta larga, y desta suerte muchas vueltas prueban; pero todas las veces una carga de flecha, dardo y piedra espesa llevan: á algunos vale allí la buena adarga, las celadas y grebas bien aprueban, que no pueden venir al corto hierro por ser peinado en torno el alto cerro.

Firme estaba Lautaro sin mudarse, y cercada de gente la montaña; algunos que pretenden señalarse salen con su licencia á la campaña: quieren uno por uno ejercitarse de la pica y baston con los de España; ó dos á dos, ó tres á tres soldados, á la franca eleccion de los llamados.

Usando de mudanzas y ademanes vienen con muestra airosa y contoneo, mas bizarros que bravos alemanes, haciendo aquí y allí gentil paseo: como los diestros y ágiles galanes en público ejercicio del torneo, así llegan gallardos á juntarse y con las duras puntas á tentarse.

Quien piensa de la pica ser maestro sale á probar la fuerza y el destino, tentando el lado diestro y el siniestro, buscando lo mejor con sabio tino: cuál acomete, vence y hurta presto, hallando para entrar franco el camino; cuál hace el golpe vano, y cuál tan cierto que dá con su enemigo en tierra muerto.

Otros de estas posturas no se curan, ni paran en el aire y gentileza; que el golpe sea mortal solo procuran, y en el cuerpo y los piés llevar firmeza: con ánimo arrojado se aventuran, llevados de la cólera y braveza; esta á veces los golpes hace vanos, y ellos venir mas juntos á las manos.

Pero por mas veloz en la corrida el mozo Curio man se señalaba, que con gallarda muestra y atrevida larga carrera sin temor tomaba: y blandiendo una lanza muy fornida en medio de la furia la arrojaba, que nunca de ballesta al torno armada

jara con tal presteza fue enviada.

Habia siete españoles ya herido, mas nadie se atraviesa á la venganza, que era el valiente bárbaro tenido por su esfuerzo, destreza y gran pujanza: en esto Villagran algo corrido, viéndole despedir la octava lanza, dijo con voz airada: ¿no hay alguno que castigue este bárbaro importuno?

Diciendo esto, miraba á Diego Cano, el cual de osado crédito tenia, que una asta gruesa en la derecha mano su rabican preciado apercebía; y al tiempo cuando el bárbaro lozano con fuerza extrema el brazo sacudia, en la silla los muslos enclavados hiere al caballo á un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropel y gran ruido sale el presto caballo desenvuelto hacía el gallardo bárbaro atrevido, que en esto las espaldas habia vuelto; pero el fuerte español, embebecido en que no se le fuese, el freno suelto, bate al caballo á priesa los talones hasta los enemigos escuadrones.

No el araucano y fiero ayuntamiento con las espesas picas derribadas, ni el presuroso y recio movimiento de mazas y de bárbaras espadas pudieron resistir al duro intento del airado español, que las pisadas del ligero araucano iba siguiendo, la espesa turba y multitud rompiendo:

Donde á pesar de tantos y á despecho, con gran esfuerzo y valerosa mano rompe por ellos, y la lanza el pecho de aquel que dilató su muerte en vano: y glorioso del bravo y alto hecho, al caballo picó á la diestra mano, abriendo con esfuerzo y diestro tino por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el escudron ginete al araucano ejército llamando, que á esperarle parece que acomete, y valse luego al borde retirando: una, cuatro y diez veces arremete, poco el arremeter aprovechando; que en aquella sazon ninguna espada habia de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban, mas poco del trabajo se aprovecha, que los nuestros en vano les picaban, heridos y ostigados de la flecha: las bravezas de algunos aplicaban viéndose en aquel punto y cuenta estrecha, ellos lasos, los otros descansados, los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temerosa artillería á toda furia y priesa disparaba, y así en el escudron indio batía, que cuanto topa enhiesto lo allanaba: de fuego y humo el cerro se cubria, el aire cerca y lejos retumbaba: parece con estruendo abrirse el suelo y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautaro serle conveniente quitar y deshacer aquel nublado que lanzaba los rayos en su gente y habia gran parte della destrozado; al escudron que á Leucoton valiente por su valor le estaba encomendado le manda arremeter con furia presta y en alta voz diciendo le amonesta:

¡Oh fieles compañeros vitoriosos á quien fortuna llama á tales hechos!



va es tiempo que los brazos valerosos  
nuestras causas aprueben y derechos :  
sús , sús , calad las lanzas animosas ;  
rompan los hierros los contrarios pechos ,  
y por ellos abrid roja corriente  
sin respetar á amigo ni á pariente.

A las plazas guíad , que si ganadas  
por vuestro esfuerzo son , con tal vitoria  
célebres quedarán vuestras espadas ,  
y eterna al mundo dellas la memoria :  
el campo seguirá vuestras pisadas ,  
siendo vos los autores desta gloria.  
Y con esto la gente envanecida  
hizo la temeraria arremetida.

Por infame se tiene allí el postrero ,  
que es la cosa que entre ellos mas se nota .  
el mas medroso quiere ser primero ,  
á probar si la lanza lleva bota :  
no espanta ver morir al compañero ,  
ni llevar quince ó veinte una pelota  
volando por los aires hechos piezas ,  
ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo ,  
ni punto los detiene el temor ciego ;  
antes si el tiro á alguno lleva el brazo ,  
con el otro la espada esgrime luego :  
llegan sin reparar hasta el ribazo  
donde estaba la máquina del fuego ;  
viéranse allí las balas escupidas  
por la bárbara furia detenidas.

Los demás arremeten luego en rueda ,  
y de tiros la tierra y sol cubrían :  
pluma no basta , lengua no hay que pueda  
figurar el furor con que venían :  
de voces , humo , fuego y polvareda  
no se entienden allí ni conocían ;  
mas poco aprovechó este impedimento ,  
que ciegos se juntaban por el viento.

Tardaron poco espacio en concertarse  
las enemigas haces ya mezcladas :  
lo que allí se vió mas para notarse  
era el presto batir de las espadas :  
procuran ambas partes señalarse ,  
y así vieran cabezas y celadas  
en cantidad y número partidas ,  
y piernas de sus troncos divididas.

Unos por defender la artillería  
con tal ímpetu y furia acometida ,  
otros por dar remate á su porfía  
traban una batalla bien reñida :  
para un solo español cincuenta habia ,  
la ventaja era fuera de medida ;  
mas cada cual por sí tanto trabaja ,  
que iguala con valor á la ventaja.

No quieren que atrás vuelva el estandarte  
de Carlos Quinto , máximo glorioso ;  
mas que , á pesar del contrapuesto Marte ,  
vaya siempre adelante vitorioso :  
el cual terrible y fiero á cada parte ,  
envuelto en ira y polvo sanguinoso ,  
daba nuevo vigor á las espadas ,  
de tanto combatir aun no cansadas.

Rennuévase el furor y la braveza  
según es el herir apresurado ,  
con aquel mismo esfuerzo y entereza  
que si entonces la hubieran comenzado :  
las muertes , el rigor y la crueza ,  
esto no puede ser significado ,  
que la espesa y menuda yerba verde  
en sangre convertida el color pierde.

Villagran la batalla en peso tiene ,  
que no pierde una mínima su puesto ;  
de todo lo importante se previene ,  
aquí va , y allí acude , y vuelve presto :  
hace de capitán lo que conviene

con usada experiencia , y fuera desto ,  
como osado soldado y buen guerrero  
se arroja á los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre á Torbo mira  
que en los cristianos hace gran matanza ;  
lleva el caballo , y él llevado de ira  
requiere en la derecha bien la lanza :  
en los estribos firme al pecho tira ;  
mas la codicia y sobra de pujanza  
desatentó la presurosa mano ,  
haciendo antes de tiempo el golpe en vano.

Hiende el caballo desapoderado  
por la canalla bárbara enemiga ,  
revuelve á Torbo el español airado ,  
y en bajo el brazo la gineta abriga ;  
pásale un fuerte peto tresdoblado  
y el jubon de algodón , y en la barriga  
le abrió una gran herida por dó al punto  
vertió de sangre un lago y la alma junto.

Saca entera la lanza , y derribando  
el brazo atrás , con ira la arrojaba :  
vuelve la furiosa asta reclinando  
del ímpetu y pujanza que llevaba ,  
y á Corpillan que estaba descansando  
por entre el brazo y cuerpo le pasaba ,  
y al suelo penetró sin dañar nada ,  
quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagran , la espada fuera ,  
por medio de la lueste va á gran priesa ;  
haciendo con rigor ancha carrera  
á donde vá la turba mas espesa.  
No menos Pedro de Olmos de Aguilera  
en todos los peligros se atraviesa ,  
habiendo él solo muerto por su mano  
á Guancho , Cano , Pillo y Titaguano.

Hernando y Juan , entrambos de Alvarado ,  
daban de su valor notoria muestra ,  
y el viejo gran ginete Maldonado  
voltea el caballo allí con mano diestra ,  
ejercitando con valor usado  
la espada , que en herir era maestra ,  
aunque la débil fuerza envejecida  
hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano á dos manos , sin escudo ,  
no deja lanza enhiesta ni armadura ,  
que todo por rigor de filo agudo  
hecho pedazos viene á la llanura :  
pues Peña , aunque de lengua tartamudo ,  
se revuelve con tal desenvoltura  
eal Cesio entre la armas de Pompeo ,  
ó en Troya el liero hijo de Peleo.

Por otra parte el español Reinoso ,  
de ponzoñosa rabia estimulado ,  
con la espada sangrienta va furioso  
hiriendo por el uno y otro lado ;  
mata de un golpe á Palta , y riguroso  
la punta enderezó contra el costado  
del fuerte Ron , y así acertó la vena ,  
que la espada de sangre sacó llena.

Benal , Pedro de Aguayo , Castañeda ,  
Ruiz , Gonzalo Hernández y Pantoja  
tienen hecha de muertos una rueda  
y la tierra de sangre toda roja :  
no hay quien ganar del campo un paso pueda  
ni el espeso herir un punto afloja ,  
haciendo los cristianos tales cosas  
que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente ,  
y tampoco el remedio y confianza ,  
que á muchos les faltaba juntamente  
la sangre , aliento , fuerza y la esperanza :  
llegados , pues , al fin de la corriente ,  
sin poder resistir la gran pujanza ,  
pierden un largo trecho la montaña  
con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza  
sin aliojar los nuestros siempre usaron;  
no se vió en español jamás flaqueza  
hasta que el campo y sitio les ganaron:  
mas viéndose á tal hora en estrechez,  
que pasaba de cinco que empezaron,  
comienzan á dudar ya la batalla  
perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudau por ver al bárbaro tan fuerte,  
cuando ellos en la fuerza iban menguando;  
representóles el temor la muerte,  
las heridas y sangre resfriando:  
algunos desaniman de tal suerte  
que se van al camino retirando,  
no del todo, Señor, desbaratados,  
mas haciéndoles rostro y ordenados.

Peró el buen Villagran, haciendo fuerza,  
se arroja y contrapone al paso airado,  
y con sabias razones los esfuerza,  
como de capitán escarmentado,  
diciendo: caballeros, nadie tuerza  
de aquello que á su honor es obligado;  
no os entregéis al miedo, que es, yo os digo,  
de todo nuestro bien grande enemigo.

Sacudidle de vos, y vereis luego  
la deshonra y afrenta manifiesta:  
mirad que el miedo infame, torpe y ciego  
mas que el bierro enemigo aquí os molesta:  
no os turbeis, reportaos, tened sosiego,  
que en este solo punto teneis puesta  
vuestra fama, el honor, vida y hacienda,  
y es cosa que despues no tiene enmienda.

¿A dó volveis sin órden y sin tiento,  
que los pasos tenemos impedidos?  
¿Con cuánto deshonor y abatimiento  
seremos de los nuestros acogidos?  
La vida y honra está en el vencimiento,  
la muerte y deshonor en ser vencidos:  
mirad esto, y vereis huyendo cierta  
vuestra deshonra y mas la vida incierta.

De la plaza no ganan cuanto un dedo  
por esto y otras cosas que decia,  
según era el terror y extraño miedo  
en que el peligro puesto los habia.  
¿Dónde quedar mejor que aquí yo puedo?  
diciendo Villagran, con osadia  
temeraria arremete á tanta gente,  
solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta,  
por no estar al rigor de ser juzgado;  
teme mas que á la muerte alguna afrenta  
y el verse con el dedo señalado:  
no quiere andar á todos dando cuenta  
si á volver las espaldas fue forzado;  
que por dolencia ó mancha se reputa  
tener hombre el honor puesto en disputa.

Cuán bien desto salió, que del caballo  
al suelo le trujeron aturdido;  
cuál procura prendello, cuál matallo,  
pero las buenas armas le han valido;  
otros dicen á voces: desarmallo;  
acude allí la gente y el ruido....  
Mas quien saber el fin desto quisiere,  
al otro canto pido que me espere.

#### CANTO VI.

Prosigue la comenzada batalla, con las estrañas y diversas  
muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la  
poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos  
todos á cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte,  
ni revolver de hado riguroso  
le pueden presentar caso tan fuerte  
que le traigan á estado vergonzoso;  
como ahora á Villagran, que con su muerte,

no siendo de otro modo poderoso,  
piensa atajar el áspero camino  
adonde le tiraba su destino.

Sus soldados, el paso apresurando,  
en confuso monton se retrujeron,  
cuando en el nuevo y gran rumor mirando  
á su buen capitán en tierra vieron:  
solos trece, la vida despreciando,  
los rostros y las riendas revolvieron,  
rasgando á los caballos los hijares  
se arrojan á embestir tantos millares.

Con mas valor que yo sabré decillo  
el pequeño escuadron ligero cierra,  
abriendo en los contrarios un portillo,  
que casi puso en condición la guerra:  
rompen hasta dó el mísero caudillo  
de golpes aturdido estaba en tierra;  
sin ayuda y favor desamparado,  
de la enemiga turba rodeado.

Todos á un tiempo quieren ser primeros  
en esta empresa y suerte señalada,  
y estaban como lobos carniceros  
sobre la mansa oveja desmandada:  
cuando discordes con alullidos fieros  
forman música en voz desentonada;  
y en esto los mastines del ejido  
llegan con gran presteza á aquel ruido.

Así los enemigos apiñados,  
en medio al triste Villagran tenían,  
que por darle la muerte, embarazados,  
los unos á los otros se impedían:  
mas los trece españoles esforzados  
rompiendo á la sazón sobrevenían,  
de roja y fresca sangre ya cubiertos  
de aquellos que dejaban atrás muertos.

Con gran presteza del amor movidos,  
á donde á Villagran ven se arrojaban,  
y los agudos bierros atrevidos  
de nuevo en sangre nueva remojaban:  
desamparan el cerco los heridos,  
acá y allá medrosos se apartaban:  
algunos sustentaban con mas suerte  
su parte y opinion hasta la muerte.

Si un espeso monton se deshacia,  
desocupando el campo escarmentados,  
otra junta mayor luego nacia,  
y estaban sus lugares ocupados:  
del sueño Villagran aun no volvía;  
mas tal maña se dieron sus soldados,  
y así las prestas armas revolvieron,  
que en su acuerdo á caballo lo pusieron,

A tardarse mas tiempo fuera muerto,  
y á bien librar salió tan mal parado  
que, aunque estaba de planchas bien cubierto,  
tenia el cuerpo molido y magullado:  
pero del sueño súbito despierto,  
viendo trece españoles á su lado,  
olvidando el peligro en que aun estaba,  
entre los duros bierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo  
sin escarmiento ni temor hendia,  
llevando en su defensa al bando amigo  
que destrozando bárbaros venia:  
trillan, derriban, hacen tal castigo  
que duran las reliquias hoy en día,  
y durará en Araucó muchos años  
el estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere á Mailongo de pasada  
de un valiente altibajo á fil derecho;  
no le valió de acero la celada,  
que los filos corrieron hasta el pecho:  
Aguilera al través tendió la espada,  
y al dispuesto Guaman dejó mal trecho;  
haciendo ya el temor tan ancha senda  
que bien pueden correr á toda rienda.

Salen, pues, los catorce vitoriosos donde los otros de su bando estaban, que turbados, sin orden, temerosos de ver su muerte ya remolinaban, no bastaron ni fueron poderosos Villagran y los otros que llegaban á estorbar el camino comenzado, que ya el temor gran fuerza habia cobrado.

Viendo bravo y gallardo al araucano, del todo de vencer desconfiados, y los caballos sin aliento, en vano de importunas espuelas fatigados; á grandes voces dicen: ¡A lo llano! no estemos desta suerte arrinconados: y con nuevo temor y desatino toman algunos de ellos el camino.

Cual de cabras montesas la manada, cuando á lugar estrecho es reducida, de diestros cazadores rodeada y de importunos tiros perseguida; que viéndose ofendida y apretada, una rompe el camino y la huida, siguiendo las demás á la primera; así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados corren á la bajada de la cuesta, sin orden ni atencion apresurados, como si al palio fueran sobre apuesta: aunque algunos valientes ocupados con firme rostro y con espada presta, combatiendo animosos, no miraban como así los amigos los dejaban.

No atienden al huir, ni se previenen de remedio tan flaco y vergonzoso; antes en su batalla se mantienen, trayendo el fin á término dudoso: y con heróicos ánimos detienen de los indios el ímpetu furioso, y la disposicion del duro hado en daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen, contrastando al destino, que parece que el valor araucano disminuyen, y el suyo con difícil prueba crece: mas viendo á los amigos como huyen, que á mas correr la gente desaparece, hubieron de seguir la misma via, que ya fuera locura y no osadía.

Quiero mudar en lloro amargo el canto, que será á la sazón mas conveniente, pues me suena en la oreja el triste llanto del pueblo amigo y género inocente. No siendo el ser vencidos, tanto cuanto ver pasar las espadas crudamente por vírgenes, mujeres, servidores, que penetran los cielos sus clamores.

La infantería española sin pereza y gente de servicio iban camino, que el miedo les prestaba ligereza, y mas de la que á algunos les convino; pues con la turbacion y gran torpeza muchos perdieron de la cuesta el tino, ruedan unos, los lomos quebrantados, otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos, los arroyos de sangre el llano riegan, rompiendo el aire el llanto y alaridos que en son desentonado al cielo llegan: y las lástimas tristes y genidos, (puestas las manos altas) con que ruegan y piden de la vida gracia en vano al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba caza dando, con mano presta y piés en la corrida, hiriendo sin respeto y derribando

la inútil gente, misera, impedida, que á la amiga nacion iba invocando la ayuda en vano á la amistad debida, poniéndole delante con razones la deuda, el interés y obligaciones.

Y aunque mas las razones obligaban, si alguno á defenderlos revolvía, viendo cuanto los otros se alargaban, alargarse tambien le convenia. Ni á los que por amigos se trataban, ni á las que por amigos se debía, con quien habia amistad y cuenta estrecha, llamar, gemir, llorar les aprovechía.

Que ya los nuestros sin parar en nada por la carrera de su sangre roja dan siempre nueva furia á su jornada, y á los caballos priesa y rienda floja: que ni la voz de virgen delicada, ni obligacion de amigos los congoja. La pena y la fatiga que llevaban era que los caballos no volaban.

Sordos á aquel clamor y endurecidos, miden con sueltos piés el verde llano; pero algunos de lástima movidos, viendo el fiero espectáculo inhumano; de una rabiosa cólera encendidos, vuelven contra el ejército araucano que corre por el campo derramado, la mas parte en la presa embrazado.

Determinados de morir, revuelven haciendo al sexo tímido reparo, y de suerte en los bárbaros se envuelven; que á mas de diez la vuelta costó caro: por esto los primeros aun no vuelven, que quieren que el partido sea mas claro, y no poner la vida en aventura, cuanto lejos de allí tanto segura.

Torna la lid de nuevo á refrescarse; de un lado y otro anda igual trabada: pecho con pecho vienen á juntarse, lanza con lanza, espada con espada; pueden los españoles sustentarse, que la gente araucana derramada el alcance sin orden prosegua haciendo todo el daño que podia.

Cual banda de cornejas esparcidas que por el aire claro el vuelo tienden, que de la compañera cordolidas, por los chirridos la prision entienden; las batidoras alas recogidas á darle ayuda en círculo dicienden; el bárbaro escuadron de esta manera al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre, viendo el tumulto y aire polvoroso deja el alcance, y de tropel concurre al son de las espadas sonoro: cada araucano con presteza ocurre á donde era el favor mas provechoso, y los sangrientos hierros en las manos, cercan el escuadron de los cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo, crece el son de las armas y refriega, y los nuestros se van disminuyendo, que en su ayuda y socorro nadie llega: pero con grande esfuerzo combatiendo ninguno la persona á ciento niega, ni allí se vió español que se notase que á su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte, como si del cielo tuvieran el seguro de las vidas, se meten y se arrojan sin recelo por las furiosas armas homicidas: caen por tierra, y echan por el suelo, dan y reciben ásperas heridas,

que el número dispar y aventajado suple el valor y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo la muerte y furia bárbara importuna, el ímpetu y pujanza resistiendo de la gente, del hado y la fortuna: mas contrastar á tantos no pudiendo sin socorro, favor ni ayuda alguna, dilatando el morir les fue forzoso volver á su camino trabajoso.

Parece el esperar mas desatino, que van los delanteros como el viento; usar de aquel remedio les convino y no del temerario atrevimiento: muchos mueren en medio del camino por falta de caballos y de aliento, y de sangre tambien, que el verde prado quedaba de su rastro colorado.

Flojos ya los caballos y encalmados, los bárbaros por piés los alcanzaban, y en los rendidos dueños derribados las fuerzas de los brazos ensayaban: otros de los peones empachados, digo, de los cristianos que á pié andaban; casi moverse al trote no podían, que con solo el temor los detenían.

Los cansados peones se contentan con las colas ó acciones aferradas, y en vano lastimosos representan estrechas amistades olvidadas: de sí los de á caballo los ausentan, si no pueden á ruego á cuchilladas, como á los mas odiosos enemigos; que no era á la sazón tiempo de amigos.

Atruena todo el valle el gran bullicio, armas, grita, clamor triste se oía de la gente española y de servicio que á manos de los indios perecía: no se vió tan sangriento sacrificio, ni tan estraña y cruda anatomía como los fieros bárbaros hicieron en dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al suelo mal heridos, de los lomos al vientre atravesados, por medio de la frente otros hendidos, otros mueren con honra degollados: otros, que piden medios y partidos, de los cascós los ojos arrancados, los fuerzan á correr por peligrosos peñascos sin parar precipitados.

Y á las tristes mujeres delicadas el debido respeto no guardaban, antes con mas rigor por las espadas sin escuchar sus ruegos las pasaban: no tienen miramiento á las preñadas, mas los golpes al vientre encaminaban, y aconteció salir por las heridas las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cuesta al que mas puede, y paga el perezoso y negligente, que á ninguno mas vida se concede de cuanto puede andar ligeramente: y aquel torpe es forzoso que se quede que no es en la carrera diligente; que la muerte que airada atrás venía, en afirmando el pié le sacudia.

Aunque la cuesta es áspera y derecha, muchos á la alta cumbre han arribado, adonde una albarrada hallaron hecha, y el paso con maderos ocupado: no tiene aquel camino otra desecha, que el cerro casi en torno era tajado, del un lado le bate la marina, de otro un gran peñon con él confina.

Era de gruesos troncos mal pulidos

el nuevo muro en breve tiempo hecho, con arte unos en otros engeridos que cerraban la senda y paso estrecho: dentro estaban los indios prevenidos, las armas sobre el muro y antepecho; que segun orgullosos se mostraban, al cielo, no á la gente, amenazaban.

Viendo los españoles ya cerrados los pasos y cerrada la esperanza, á pasar ó morir determinados, poniendo en Dios la firme confianza, de la albarrada un trecho desviados prueban de los caballos la pujanza, corriendo un golpe de ellos á romperla, y los bárbaros dentro á defenderla.

Así la gente estaba detenida, que todo su trabajo no importaba, ni al peligro hallaba la salida, hasta que el viejo Villagran llegaba: que vista la escusada arremetida cuán poco en el remedio aprovechaba, sin temor de morir ni muestra alguna dió aquí el último tiento á la fortuna.

Estaba en un caballo derrivado de la española raza poderoso, ancho de cuadra, espeso, bien trabado, castaño de color, presto, animoso, veloz en la carrera y alentado, de grande fuerza y de ímpetu furioso, y la furia sujeta y corregida por un débil bocado y blanda brida.

El rostro le endereza, y al momento bate el presto español recio la hijada, que sale con furioso movimiento y encuentra con los pechos la albarrada: no hace en el romper mas sentimiento que si fuera en carrera acostumbrada, abriendo tal camino, que pasaron todos los que de abajo se escaparon.

Los bárbaros airados defendían el paso, pero al cabo no pudieron, que por mas que las armas esgrimían los fuertes españoles los rompieron: unos hácia la mano diestra guían, otros tan buen camino no supieron, tomando á la siniestra un mal sendero que á dar iba en un gran despeñadero.

A la siniestra mano hácia el Poniente estaban dos caminos mal usados, estos debían de ser antiguamente por dó al agua bajaban los venados: digo en tiempos pasados, que al presente por mil partes estaban derrumbados, y el remate tajado con un salto de mas de ciento y veinte brazas de alto.

Por órden de Natura no sabida ó por gran sequedad de aquella tierra; ó algun diluvio grande y avenida, fue causa de tajarse aquella sierra: pues por allí la gente mal regida ocupada del miedo de la guerra, huyendo de la muerte ya sin tino á dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando que repararse un paso no podía, el segundo al primero tropellando, y el tercero al segundo recio envía: el número se va multiplicando, un cuerpo mil pedazos se hacia, siempre rodando con furor violento hasta parar en el mas bajo asiento.

Como el fiero Tifeo presumiendo lanzar de sí el gran monte y pesadumbre cuando el terrible cuerpo estremeciendo sacude los peñascos de la cumbre,

que vienen con gran ímpetu y estruendo  
hechos piezas abajo en muchedumbre;  
así la triste gente mal guiada  
rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene,  
de verle con presteza el fin procura:  
ninguno por el otro se detiene,  
que detenerse ya fuera locura:  
rodar también alguno le conviene,  
que mas de lo posible se apresura:  
á caballo y á pié, y aun de cabeza  
llegaron á lo bajo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,  
que muertos los señores han caído;  
otros desocuparlos fue forzado  
que por flojos la silla habían perdido:  
cuál ligero cabalga y cuál turbado,  
del temor de la muerte ya impedido,  
atinar al estribo no podía,  
y el caballo y sazon se le huía.

No aguardaban por esto; mas corriendo  
juegan á mucha priesa los talones,  
al delantero sin parar siguiendo,  
que no le alcanzan á dos tirones:  
votos, promesas entre sí haciendo  
de ayunos, romerías, oraciones,  
y aun otros reservados solo al papa  
si Dios de este peligro los escapa.

Venían ya los caballos por el llano  
las orejas tremiendo derramadas:  
quírenlos aguijar, mas es en vano,  
aunque recio les abren las hijadas;  
el hermano no escucha al caro hermano:  
las lástimas allí son escusadas:  
quien dos pasos del otro se aventaja,  
por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso  
siente al furioso toro acercarse,  
que piensa atribulado y temeroso  
huyendo de aquel ímpetu salvarse,  
y se aflice y congoja presuroso  
por correr, y no puede menearse;  
así estos á gran priesa á los caballos  
no pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza  
sigue el alcance y siempre los aqueja:  
dichoso aquel que buen caballo alcanza,  
que de su furia un poco mas se aleja:  
quién la adarga abandona, quién la lanza,  
quién de cansado el propio cuerpo deja:  
y así la vencedora gente brava  
la fiera sed con sangre mitigaba.

A aquel que por desdicha atrás venía,  
ninguno (aunque sea amigo) le socorre,  
despacio el mas ligero se movía,  
quien el caballo trota mucho corre:  
el cansancio y la sed los afligia:  
mas Dios, que en el mayor peligro acorre;  
frenó el ímpetu y curso al enemigo,  
según en el siguiente canto digo.

## CANTO VII.

Llegan los españoles á la ciudad de la Concepción hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad había, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepción.

TENER en mucho un pecho se debía  
á dó el temor jamás halló posada,  
temor que honrosa muerte nos desvia  
por una vida infame y deshonrada:  
en los peligros grandes, la osadía  
merece ser de todos estimada.

el miedo es natural en el prudente,  
y el saberlo vencer, es ser valiente.

Esto podrán decir los que picalan  
los causados caballos aguijando;  
pues tanto de temor se apresuraban  
que les daremos crédito aun callando:  
con los prestos calcaños lo afirmaban,  
con piernas, brazos, cuerpo hijadeando  
también los araucanos sin aliento  
la furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados  
en el largo y veloz curso alojaron,  
y por el gran teson desalentados  
á seis leguas de alcance los dejaron.  
Los nuestros, del temor mas aguijados,  
al entrar de la noche se hallaron  
en la estrema ribera del Biobío,  
á donde pierde el nombre y ser de río.

Y á la orilla un gran barco asilo vieron  
de una gruesa cadena á un viejo pino!  
los mas heridos dentro se metieron,  
abriendo por las aguas el camino;  
y los demas con ánimo atendieron  
hasta que el esperado barco vino,  
y con la diligencia comenzada  
á la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cual llegarían  
del trabajo y heridas maltratados,  
algunos casi rostros no traían,  
otros los traen de golpes levantados:  
del infierno parece que salían:  
no hablan ni responden, elevados:  
á todos con los ojos rodeaban;  
y mas callando el daño declaraban.

Después que dió el cansancio y torpe espanto.  
licencia de decir lo que pasaba,  
dejando el pueblo atónito, y á cuanto  
súbito en triste tono levantaba  
un alboroto y doloroso llanto,  
que el gran desastre mas solemnizaba;  
y al son discordes y áspera armonía  
la casa mas vecina respondía:

Quién llora el muerto padre, quién marido,  
quién hijos, quién sobrinos, quién hermanos;  
mujeres como locas sin sentido  
ansiosas fuercen las hermosas manos:  
con el fresco dolor crece el gemido,  
y los pretextos de accidente vanos:  
los niños abrazados con las madres  
preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publican lo  
las voces y clamores esforzados  
los muertos que murieron peleando  
y aquellos infelices despeñados:  
mozas, casadas, viudas lamentando,  
puestas las manos y ojos levantados,  
piden á Dios, para dolor tan fuerte,  
el último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban  
al son de dolorosos instrumentos:  
mas el día venido, se atajaban  
con otro mayor mal estos lamentos:  
diciendo que á gran furia se acercaban  
los araucanos barbaros sangrientos,  
en una mano hierro, en otra fuego,  
sobre el pueblo español, de temor ciego.

Ya la parlara Fama pregonando  
torpes y rudas lenguas desataba:  
las cosas de Lautaro acrecentando,  
los enemigos ánimos menguaba:  
que ya cada español casi temblando,  
dando fuerza á la Fama, levantaba  
al mas flaco araucano hasta el cielo,  
derramando en los ánimos un hielo.

Levántase un rumor de retirarse,

y la triste ciudad desamparalla,  
diciendo que no pueden sustentarse  
contra los enemigos en batalla:  
corrillos comenzaban á formarse:  
la voz común aprueba el despoblalla:  
algunos con razones importantes  
reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas,  
del temor y el amor de la hacienda;  
la poca gente, muertes y heridas,  
dicen que la ciudad no se defiende:  
las haciendas y rentas adquiridas,  
al liberal temor cogen la rienda:  
mas luego se esforzó y creció de modo,  
que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende

desamparar el pueblo y propio nido:  
el temeroso vulgo aun no lo entiende,  
mas tiende oreja atenta á aquel ruido:  
visto el público trato, mas no atiende;  
que súbito, alterado y removido,  
de nuevo esfuerza el llanto y las querellas,  
poniendo un alarido en las estrellas.

Quién á su casa corre pregonando  
la venida del bárbaro guerrero;  
quién aguija, la silla procurando  
cincharla en el caballo mas ligero.  
Las encerradas vírgenes, llorando  
por las calles sin manto ni escudero,  
atónitas, de acá y allá perdidas,  
á las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas



de las queridas madres apartadas,  
balando van perdidas presurosas,  
haciendo en poco espacio mil paradas,  
ponen atenta oreja á todas cosas,  
corren aquí y allí desatinadas;  
así las tiernas vírgenes llorando,  
á voces á las madres van llamando.

De rato en rato se renueva y crece  
el llanto, la aflicción y el alarido:  
tal vez hay que de súbito enmudece,  
reduciendo el sentir solo al oído:  
cualquier sombra, Lautaroles parece,  
su rigurosa voz cualquier ruido,  
alzan la grito y corren, no sabiendo  
mas de ver á los otros ir corriendo.

Era cosa de oír bien lastimosa  
los suspiros, clamores y lamento,

haciéndolos mayores cualquier cosa  
que trae de nuevo el miedo por el viento:  
desampara la turba temerosa  
sus casas, posesión y heredamiento,  
sedas, tapices, camas, recamados,  
tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestos, requiriendo  
que no sea la ciudad desamparada,  
responde el principal: yo no lo entiendo  
oi de mi voluntad soy parte en nada;  
pero el temor un viejo posponiendo,  
les dice: gente vil, acobardada,  
deshonra del honor y ser de España,  
¿qué es esto, dónde vais, quién os engaña?

No fue esta corrección de alguna provecho  
ni otras cosas que el viejo les decía,  
muestran todos hacerse á su despecho

y van al que mas corre ya la via.  
Es justo que la fama cante un hecho  
digno de celebrarse hasta el día  
que cese la memoria por la pluma  
y todo pierda el ser y se consuma.

Doña Mencía de Nidos, una dama  
noble, discreta, valerosa, osada,  
es aquella que alcanza tanta fama  
en tiempo que á los hombres es negada:  
estando enferma y flaca en una cama,  
siente el grande alboroto, y esforzada,



asíendo de una espada y un escudo,  
salió tras los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,  
volviendo atrás los rostros afligidos  
á las casas y tierras que dejaban,  
oyendo de gallinas mil graznidos:  
los gatos con voz hórrida maullaban,  
perros daban tristísimos ahullidos,  
Progne con la turbada Filomena  
mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con mas dolor doña Mencía,  
que dello daba indicio y muestra clara,  
con la espada desnuda lo impedía,  
y en medio de la cuesta y dellos para.  
El rostro á la ciudad vuelto decía:  
¡Oh valiente nación, á quien tan cara  
cuesta la tierra y opinion ganada  
por el rigor y filo de la espada!

Decidme, ¿qué es de aquella fortaleza  
que contra los que así teméis mostrastes?  
¿qué es de aquel alto punto y la grandeza  
de la inmortalidad á que aspirastes?  
¿qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza  
y el natural valor de que os preciastes?  
¿á dónde vais, cuñados de vosotros  
que no viene ninguno tras nosotros?

¡Oh cuántas veces fuistes imputados  
de impacientes, altivos, temerarios,  
en los casos dudosos arrojados,  
sin atender á medios necesarios:  
y os vimos en el yugo traer domados  
tan gran número y copia de adversarios,  
y emprender y acabar empresas tales,  
que distes á entender ser inmortales!

Volved á vuestro pueblo ojos piadosos,  
por vos de sus cimientos levantado;  
mirad los campos fértiles viciosos  
que os tienen su tributo aparejado;  
las ricas minas, y los caudalosos  
ríos de arenas de oro, y el ganado  
que ya de cerro en cerro anda perdido  
buscando á su pastor desconocido.

Hasta los animales, que carecen  
de vuestro racional entendimiento,  
usando de razón se condolesen,  
y muestran doloroso sentimiento:  
los duros corazones se enternecen,  
no usados á sentir, y por el viento  
las fieras la gran lástima derraman,  
y en voz casi formada nos inflaman.

Dejais quietud, hacienda y vida honrosa,  
de vuestro esfuerzo y brazos adquirida,  
por ir á casa ajena embarazosa  
á do tendremos misera acogida:  
¿qué cosa puede haber mas afrentosa  
que ser huéspedes toda nuestra vida?  
Volved, que á los honrados vida honrada  
les conviene, ó la muerte acelerada.

Volved, no vais así de esa manera,  
ni del temor os deis tan por amigos;  
que yo me ofrezco aquí, que la primera  
me arrojare en los hierros enemigos:  
haré yo esta palabra verdadera,  
y vosotros seréis dellos testigos.  
¡Volved! ¡volved! (gritaba) pero en vano,  
que á nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado,  
que piensa reducir con persuasiones  
al hijo, del propósito danado,  
y está alegando en vano mil razones,  
que al hijo incorregible y obstinado  
le importunan y cansan los sermones:  
así al temor la gente ya entregada,  
no sufre ser en esto aconsejada.

Ni á Paulo le pasó con tal presteza  
por las sienes la Yáculo serpiente,  
sin perder de su vuelo ligereza,  
llevándole la vida juntamente:  
como la odiosa plática y braveza  
de la dama de Nidos por la gente,  
pues apenas entró por un oído  
cuando ya por el otro había salido.

Sin escuchar la plática, del todo  
llevados de su antojo caminaban:  
mujeres sin chapines por el lodo  
á gran priesa las faldas arrastraban:  
fueron doce jornadas de este modo,  
y á Mapoehó al fin dellas arribaban:  
Lautaro, que se siente descansado,  
me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,  
pues élno se se descuida en nuestro daño,  
y á donde le dejamos volveremos,



que fue donde dejó el alcance extraño :  
en muy poco papel resumiremos  
un gran proceso y término tamaño :  
que fuera necesario larga historia  
para ponerlo estenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada  
me detendré lo menos que pudiere ,  
y las cosas menudas, de pasada  
tocaré lo mejor que yo supiere :  
pido que atenta oreja me sea dada ,  
que el cuento es grave y atención requiere ,  
para que con curiosa y fácil pluma  
los hechos de estos bárbaros resumia ;

Que luego que el alcance hubo cesado  
volviendo al hijo de Pillan gozoso ,  
que atrás un largo trecho había quedado ;  
mas por autoridad que de medroso ,  
al general despaechan un soldado ,  
alojándose el campo en el gracioso  
valle de Talcamábida importante ,  
de pastos y comidas abundante .

Un bárbaro valiente que tenía  
la estancia y heredad en aquel valle ,  
halló un indio cristiano por la vía ;  
pero no se preciano de matarle ,  
prisionero á su casa le traía ,  
y comienza en tal modo á razonarle :  
la vida ¡ oh miserable ! quiero darte ,  
aunque no la mereces por tu parte .

Pues que va que á la guerra tú venias ,  
gozando del honor de los guerreros ,  
¿ por qué con las mujeres te escondias  
viendo á hierro morir tus compañeros ?  
mujer debes de ser , pues que temias  
tanto de alguna espada los aceros ;  
y así quiero que tengas el oficio  
en todo lo que toca á mi servicio .

Mandó que del oficio se encargase  
que á la mujer honesta es permitido ,  
y la posada y cena concertase ,  
en tanto que del sueño convencido  
los fatigados miembros recrease :  
y habiéndose á su cama recogido ,  
al mundo el sol dos vueltas había dado ,  
y no habia el araucano despertado ;

Sepultado en un sueño tan profundo  
como si de mil años fuera muerto ,  
hasta que el claro sol dió luz al mundo  
á la vuelta tercera, que despierto  
pidió la usada ropa , y lo segundo  
si estaba la comida ya en concierto :  
el diligente siervo respondia  
que despues de guisada estaba fria :

Diciéndole tambien como habia estado  
cincuenta horas de término en el lecho ,  
del trabajo y manjares olvidado ,  
con todo lo demás que se habia hecho ;  
y que el comer estaba aparejado ,  
si del sueño se hallaba satisfecho .

El bárbaro responde : no me espanto  
de haber sin despertar dormido tanto ;

Que el cuidadoso Lautaro apercibido ,  
por hacer desear vuestra llegada ,  
la gente en escuadrones ha tenido  
con tal orden y tasa castigada ;  
que aun el sentarnos era defendido  
en acabando Apolo su jornada ,  
hasta que ya los rayos de su lumbre  
nos daban de la vuelta certidumbre .

Si alguno de su puesto se movia ,  
sin esperar descargo le empalaba ,  
y aquel que de cansado se dormia  
en medio de dos picas le colgaba :  
quien cortaba una espiga , allí moria ,  
de mas de la racion que se le daba :

con órdenes estrechas y preceitos  
nos tuvo, como digo, así sujetos.

Esta suerte estuvimos los soldados  
mas de catorce noches aguardando ,  
las picas altas, á ellas arrimados ,  
vuestra tarda venida deseando :  
del sueño y del cansancio quebrantados ,  
pasando gran trabajo, hasta cuando  
supimos que llegábades ya junto ,  
que nos quitó el cansancio en aquel punto .

Viendo el silencio que en el valle habia ,  
le pregunta si el campo era partido :  
el mozo dice : ayer antes del dia  
salió de aquí con súbito ruido ;  
afirmarte la causa no sabria ;  
aunque por claras muestras he entendido  
que la ciudad de Penco torreada  
era del español desamparada .

Así era la verdad , que caminado  
habian los escuadrones vencedores  
hacia el pueblo español desamparado  
de los inadvertidos moradores .  
La codicia del robo y el cuidado  
les puso espuelas y ánimos mayores :  
siete leguas del valle á Penco habia  
y arribaron en solo medio dia .

A vista de las casas ya la gente  
se reparte por todos los caminos ,  
porque el saco del pueblo sea igualmente  
lleno de ropa y falto de vecinos :  
apenas la señal de partir sienten ,  
cuando cual negra banda de estorninos  
que se abate al monton del blanco trigo ,  
baja al pueblo el ejército enemigo .

La ciudad yerma en gran silencio atiende  
el presto asalto y fiera arremetida  
de la bárbara furia , que deciendo  
con alto estruendo y con veloz corrida :  
el menos codicioso allí pretende  
la casa mas copiosa y bastecida :  
vienen de gran tropel hacia las puertas ,  
todas de par en par francas y abiertas .

Corren toda la casa en el momento ,  
y en un punto escudriñan los rincones :  
muchos por no engañarse por el tiento  
rompen y desceerrajan los cajones ;  
baten tapices , rimas y ornamento ,  
camas de seda y ricos pabellones ,  
y cuanto descubrir pueden de vista ,  
que no hay quien los impida ni resista .

No con tanto rigor el pueblo griego  
entró por el troyano alojamiento ,  
sembrando frigia sangre y vivo fuego ,  
talando hasta en el último cimiento ;  
cuanto de ira , venganza y furor ciego ,  
el bárbaro , del robo no contento ,  
arruina , destroza , desperdicia ,  
y así aun no satisface su malicia .

Quién sube la escalera y quién alaja ,  
quién á la ropa y quién al cofre aguja ,  
quién abre , quién desquicia y deseneja ,  
quién no deja fardel ni baratija ;  
quién contiene , quién riñe , quién baraja ,  
quién alega y se mete á la partija :  
por las torres , desvanes y tejados  
aparecen los bárbaros cargados .

No en colmenas de abejas la frecuencia ,  
priesa y solicitud , cuando fabrican  
en el panal la miel con providencia ,  
que á los hombres jamás lo comunican ;  
ni aquel salir , entrar , y diligencia  
con que las tiernas flores melifican ,  
se puede comparar , ni ser figura  
de lo que aquella gente se apresura .

Alguno de robar no se contenta

la casa que le da cierta ventura;  
que la insaciable voluntad sedienta  
otra de mayor presa le figura;  
haciendo codiciosa y necia cuenta  
busca la incierta y deja la segura;  
y llegando, el sol puesto, á la posada,  
se queda por buscar mucho sin nada.

Tambien se roba entre ellos lo robado,  
que poca cuenta y amistad habia,  
si no se pone en salvo á buen recado,  
que alli el mayor ladron mas adquiria;  
cuál lo saca arrastrando, cuál cargado  
va, que del propio hermano no se fia:  
mas parte á ningún hombre se concede  
que aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen  
las guardosas hormigas avisadas,  
que á la abundante troje van y vienen  
y andan en acarreo ocupadas,  
no se impiden, estorban, ni detienen,  
dan las vacías paso á las cargadas;  
así los araucanos codiciosos  
entran, salen y vuelven presureros.

Quien buena parte tiene, mas no espera,  
que presto pone fuego al aposento;  
no aguarda que los otros salgan fuera,  
ni tiene al edificio miramiento:  
la codiciosa llama de manera  
iba en tanto furor y crecimiento,  
que todo el pueblo misero se abrasa,  
corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y bajo el fuego se derrama;  
los cielos amenaza el son horrendo;  
de negro humo espeso y viva llama  
la infelice ciudad se va cubriendo:  
treme la tierra en torno, el fuego brama,  
de subir á su esfera presumiendo:  
caen de rica labor maderamientos  
resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad mas fértil de oro  
que estaba en lo poblado de la tierra,  
y á donde mas riquezas y tesoro,  
según fama, en sus términos se encierra:  
¡oh! cuantos vivirán en triste lloro  
que les fuera mejor continua guerra!  
pues es mayor miseria la pobreza  
para quien se vió en próspera riqueza.

A quien diez, á quien veinte, y á quien treinta  
mil ducados por año les rentara:  
el mas pobre tuviera mil de renta,  
de aquí ninguno de ellos abajara:  
la parte de Valdivia era sin cuenta,  
si la ciudad en paz se sustentara,  
que en torno la cercaban ricas venas  
fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servian  
á los de la ciudad desamparada,  
sacar tanto oro en cantidad podian  
que á tenerse viniera casi en nada:  
esto que digo y la opinion perdian  
por aliojar el brazo de la espada,  
ganados, heredades, ricas casas  
que ya se van tornando en vivas brasas.

La grito de los bárbaros se entona;  
no cabe el gozo dentro de sus pechos,  
viendo que el fuego horrible no perdona  
hermosas cuadras ni labrados techos:  
en tanta multitud no hay tal persona  
que de verlos se duela así deshechos;  
antes suspiran, gimen y se ofenden  
porque tanto del fuego se delienden.

Parécenos que es lento y espaciado,  
pues tanto en abrasarlos se tardaba,  
y maldicen al Tracío proceloso  
porque la flaca llama no esforzaba:

al caer de las casas sonoros  
un terrible alarido resonaba,  
que junto con el humo y las centellas,  
subiendo amenazaba las estrellas.

Crece la fiera llama en tanto grado  
que las mas altas nubes encendia;  
Tracío con movimiento arrebatado  
sacudiendo los árboles venia;  
y Vulcano al rumor, súcio y tiznado,  
con los herreros fuelles acudia,  
que ayudaron su parte al presto fuego,  
y así se apoderó de todo luego.

Nunca fue de Neron el gozo tanto  
de ver en la gran Roma poderosa  
prendido el fuego ya por cada canto,  
vista solo á tal hombre deleitosa;  
ni aquello tan gran gusto le dió, cuanto  
gusta la gente bárbara dañosa  
de ver como la llama se estendia,  
y la triste ciudad se consumia.

Era cosa de oír dura y terrible  
de estallidos el son y grande estruendo;  
el negro humo espeso é insufrible,  
cual nube en aire, así se va imprimiendo;  
no hay cosa reservada al fuego horrible,  
todo en sí lo convierte, resumiendo  
los ricos edificios levantados  
en antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento  
de aquella fiera gente vengativa,  
aun no parando en esto el mal intento,  
ni planta en pié, ni cosa dejan viva.  
El incendio acabado, como cuento,  
un mensajero con gran presa arriba  
del hijo de Leocan, y su embajada  
será en el otro canto declarada.

## CANTO VIII.

Júntanse los caciques y señores principales á consejo general  
en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y  
Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial,  
fundada en el valle de Cauten.

Un limpio honor del ánimo ofendido,  
jamás puede olvidar aquella afrenta,  
trayendo al hombre siempre así encogido  
que dello sin hablar da larga cuenta:  
y en el mayor contento, desabrido  
se le pone delante, y representa  
la dura y grave afrenta, con un miedo  
que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miraran  
y al temor con esfuerzo resistieran,  
sus haciendas y casas sustentaran,  
y en la justa demanda feneccieran:  
de mil desabrimientos no gustaran,  
ni al terrero del vulgo se pusieran:  
del vulgo, que jamás dice lo bueno,  
ni en decir los defectos tiene freno.

Pero de un bando y de otro contemplada  
la diferencia en número de gentes,  
la ciudad sin reparos, descercada,  
con otra infinidad de inconvenientes:  
y el ver puestas al filo de la espada  
las gargantas de tantos inocentes,  
niños, mujeres, virgenes, sin culpa,  
será bastante y licita disculpa.

Si no es disculpa y causa lo que digo,  
se puede atribuir este suceso  
á que fue del Señor justo castigo.  
visto de su soberbia el gran exceso:  
peroiitiendo que el bárbaro enemigo,  
aquel que fue su súbdito y opreso,  
los eche de su tierra y posesiones,  
y les ponga el honor en opiniones.

Bien que en la Concepcion copia de gente estaba á la sazón; pero gran parte de barba blanca y arrugada frente, inútil en la dura y bélica arte, y poca de la edad mas suficiente á resistir el gran rigor de Marte y á la parcial fortuna, que se muestra en todos los sucesos ya siniestra.

¿Quién podrá con el bando lautarino, viendo que su opinion tanto crecia, y la fortuna próspera el camino en nuestro daño y su provecho abría? No piensa reparar hasta el divino cielo y arruinar su monarquía, haciendo aquellos bárbaros bizarros, grandes fieros, bravezas y desgarros.

Pues al pueblo de Penco desolado y de la fiera llama consumido, dije como á gran prisa habia llegado un indio mensajero, conocido, que por Caupolicán era enviado; y habiendo de su parte encarecido la gran batalla, digna de memoria, las gracias les rindió de la victoria.

Dijo tambien, sin alargar razones, que el general mandaba que partiese Lautaro con los prestos escuadrones, y en el valle de Arauco se metiese, donde el senado y junta de varones tratase lo que mas les conviniese; pues en el fértil valle hay aparejo para la junta y general consejo.

En oyendo Lautaro aquel mandato, levanta el campo, sin parar camina, deja gran tierra atrás, y en poco rato al monte Andalicano se avencia: y por llegar con súbito rebato el camino torció por la marina, ganosos de burlar al bando amigo, tomando el nombre y voz del enemigo.

Tanto marchó, que al asomar del día dió sobre el general súbitamente, con una baraunda y vocería que puso en arma y alteró la gente: mas vuelto el alboroto en alegría, conocida la burla claramente, los unos y los otros sin firmarse sueltas las armas corren á abrazarse.

Caupolicán alegre, humano y grave, los recibe, abrazando al buen Lautaro, y con regalo y plática suave le da prendas y honor de hermano caro: la gente, que de gozo en sí no cabe, por la ribera de un arroyo claro, en juntas y corrillos derramada, celebran de beber la fiesta usada.

Algun tiempo pasaron despues de esto antes que el gran senado fuese junto, tratando en su jornada y presupuesto desde el principio al fin sin faltar punto: pero al término justo y plazo puesto llegó la demás gente, y todo á punto, los principales hombres de la tierra entraron en consulta á uso de guerra.

Llevaba el general aquel vestido con que Valdivia ante él fue presentado; era de verde y púrpura, tejido con rica plata y oro recamado, un peto fuerte, en buena guerra habido, de fina pasta y temple relevado, la celada de claro y limpio acero, y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los capitanes señalados á la española usanza se vestían, la gente del comun y los soldados

se vistén del despojo que traían; calzas, jubones, cueros desgarrados, en gran estima y precio se tenían; por inútil y bajo se juzgaba el que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos, ordenaron el venir á la junta así vestidos, y en el consejo, como digo, entraron ciento y treinta caciques escogidos: por su costumbre antigua se sentaron, segun que por la espada eran tenidos. Estando en gran silencio el pueblo ufano, así soltó la voz Caupolicano:

Bien entendido tengo yo, varones, para que nuestra fama se acreciente, que no es menester fuerza de razones, mas solo el apuntarlo brevemente; que segun vuestros fuertes corazones, entrar la España pienso fácilmente, y al gran emperador invicto Carlo al dominio araucano sujetarlo.

Los españoles vemos que ya entienden el peso de las mazas barreadas, pues ni en campo ni en muro nos atienden: sabemos como cortan sus espadas y cuan poco las mallas los defienden del corte de las hachas aceradas; si sus picas son largas y fornidas, con las vuestras han sido ya medidas.

De vuestro intento asegurarme quiero, pues estoy del valor tan satisfecho, que gruesos muros de templado acero allanareis poniéndoles el pecho: con esta confianza, yo el primero seguiré vuestro bando y el derecho que teneis de ganar la fuerte España y conquistar del mundo la campaña.

La deidad de esta gente entenderemos, y si del alto cielo cristalino decide, como dicen, abriremos á puro hierro anclisimo camino; su género y linaje asolaremos: que no bastará ejército divino, ni divino poder, esfuerzo y arte, si todos nos hacemos á una parte.

En fin, fuertes guerreros, como digo, no puede mi intencion mas declararse: aquel que me quisiere por amigo, á tiempo está que puede señalarse: téngame desde aquí por enemigo el que quisiere á paces arrimarse. Aquí dió fin, y su intencion propuesta, esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió, y aun el aliento apenas al espíritu halló via mientras duró el soberbio parlamento que el gran Caupolicano les hacia. Hubo en el responder el cumplimiento y ceremonia usada en cortesía; á Lautaro tocaba, y escusado, Lincoya así responde levantado:

Señor, yo no me he visto tan gozoso despues que en este triste mundo vivo, como en ver manifesto el valeroso intento tuyo, el ánimo y motivo: y así, por pensamiento tan glorioso, me ofrezco por tu siervo y tu cautivo: que no quiero ser rey del cielo y tierra si hubiese de acabarse aquí la guerra.

Y en testimonio desto, yo te juro de te seguir y acompañar de hecho; ni por áspero caso, adverso y duro, á la patria volver jamás el pecho: desto puedes, Señor, estar seguro; todo faltará y será deshecho

antes que la palabra aereditada  
de un hombre como yo por prenda dada.

Así dijo; y tras él, aunque rogado,  
el buen Peteguelen, Curaca anciano,  
de condicion muy áspera enojado,  
pero afable en la paz, fácil y humano,  
viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,  
señor de aquel hermoso y fértil llano,  
con espaciosa voz y grave gesto  
propuso en sus razones sabias esto:

Fuerte varon y capitan perfeto,  
no dejaré de ser el delantero  
á probar la fineza deste peto  
y si mi hacha rompe el fino acero;  
mas, como quien lo entiende, te prometo  
que falta por hacer mucho primero  
que salgan españoles desta tierra,  
cuanto mas ir á España á mover guerra.

Bien será que, Señor, nos contentemos  
con lo que nos dejaron los pasados.  
y á nuestros enemigos desterremos  
que están en lo mas dello apoderados:  
despues, por el suceso entenderemos  
mejor el disponer de nuestros hados.  
Esto á mi me parece; y quien quisiere  
proponga otra razon si mejor fuere.

Callando este cacique, se adelanta  
Tucapel, de cólera encendido,  
y sin respeto así la voz levanta  
con un tono soberbio y atrevido,  
diciendo: A mi la España no me espanta,  
y no quiero por hombre ser tenido  
si solo no arruino á los cristianos,  
ora sean divinos, ora humanos.

Pues lanzarlos de Chile y destruírlos  
no será para mí bastante guerra;  
que pienso, si me esperan, confundirlos  
en el profundo centro de la tierra;  
y si huyen, mi maza ha de seguirlos,  
que es la que deste mundo los destierra:  
por eso no nos ponga nadie miedo,  
que aun no haré en hacerlo lo que puedo:

Y por mi diestro brazo os aseguro,  
(si la maza dos años me sustenta)  
á despecho del cielo, á hierro puro  
de dar desto descargo y buena cuenta,  
y no dejar de España enhiesto muro;  
y aun el ánimo á mas se me acrecienta,  
que despues que allanare el ancho suelo  
á guerra incitaré al supremo cielo.

Que no son bados, es pura flaqueza  
la que nos pone estorbos y embarazos:  
pensar que haya fortuna, es gran simpleza;  
la fortuna es la fuerza de los brazos:  
la máquina del cielo y fortaleza  
vendrá primero abajo hecha pedazos,  
que Tucapel en esta y otra empresa  
falte un minimo punto en su promesa.

Peteguelen, la vieja sangre fria  
se le encendió de rabia, y levantado  
le dice: ¡oh arrogante! la osadía  
sin discrecion jamás fue de esforzado.....  
Pero Caupolicán que conocía  
del viejo á tiempo el ánimo arrojado,  
con discrecion le ataja las razones,  
haciendo proponer á otros varones.

Puren se ofrece allí, y Angol se ofrece  
no con menor braveza y desatiento:  
Ongolmo no quedó, segun parece,  
de mostrar su soberbio pensamiento:  
del uno en otro multiplica y crece  
el número en el mismo ofrecimiento.  
Colocolo, que atento estaba á todo,  
sacó la voz, diciendo de este modo:

La verde edad os lleva á ser furiosos,

¡oh hijos! y nosotros los ancianos  
no somos en el mundo provechosos  
mas de para decir consejos sanos:  
que no nos ciegan humos vaporosos  
del juvenil hervor y años lozanos:  
y así, como mas libres, entendemos  
lo que siendo manebos no podemos.

Vosotros, capitanes esforzados,  
de sola una victoria envanecidos,  
estais de tal manera levantados,  
que os parecen ya pocos los nacidos:  
templad los pechos alterados  
y esos vanos esfuerzos mal regidos;  
no hagais de españoles tal desprecio  
que no venden sus vidas á mal precio.

Si dos veces, por dicha, los venciésteis,  
mirad cuando primero aquí vinieron  
que resistir su fuerza no podísteis,  
pues mas de cinco veces os vencieron:  
en el licúreo campo ya lo vistes  
lo que solos catorce allí hicieron:  
no será poco hecho y buen partido  
cobrar la tierra y crédito perdido.

Debemos procurar con seso y arte  
redimir nuestra patria, y libertarnos,  
dando á vuestras bravezas menos parte,  
pues mas pueden dañar que aprovecharnos.  
¡Oh hijo de Leocán! quiero avisarte,  
si quieres como sabio gobernarnos,  
que temples esta furia, y con maduro  
seso, pongas remedio en lo futuro.

El consejo mas sano y conveniente  
es que el campo en tres bandas repartido,  
á un tiempo, aunque por parte diferente,  
dé sobre el Cauten, pueblo aborrecido:  
bien que esté en su defensa buena gente,  
es poca; y este asiento destruído,  
Valdivia de allanar fácil sería,  
pues no alcanza arcabuz ni artilleria.

Solo á mí Santiago me dá pena;  
pero modo á su tiempo buscaremos  
para poderla entrar, y la Serena  
fácilmente despues la allanaremos.  
Aunque sujeto á lo que el hado ordena,  
es el mejor camino que tenemos.  
Acabando con esto el sabio viejo,  
á muchos pareció bien su consejo.

Tras este otro Curaca, hechicero,  
de la vejez decrepita impedido,  
Puchecalco se llama el agorero,  
por sabio en los pronósticos tenido,  
con profundo suspiro, íntimo y liero,  
comienza así á decir entristecido:  
Al negro Eponamón doy por testigo  
de lo que siempre he dicho y ahora digo.

Por un término breve se os concede  
la libertad, y habeis lo mas gozado:  
mudarse esta sentencia ya no puede,  
que está por las estrellas ordenado,  
y que fortuna en vuestro daño ruende:  
mirad que os llana ya el preciso hado  
á dura sujecion y trances fuertes:  
repárense á lo menos tantas muertes.

El aire de señales anda lleno,  
y las nocturnas aves van turbando  
con sordo vuelo el claro día sereno,  
mil prodigios funestos anunciando:  
las plantas con sobrado humor terreno  
se van, sin producir fruto, secando:  
las estrellas, la luna, el sol lo afirman;  
cien mil agujeros tristes lo confirman.

Mírolo todo, y todo contemplado,  
no sé en qué pueda yo esperar consuelo,  
que de su espada el Oríon armado  
con gran ruina ya amenaza el suelo:

Júpiter se ha al Ocaso retirado ;  
solo Marte sangriento posee el cielo,  
que denotando la futura guerra  
enciende un fuego bélico en la tierra.

Ya la furiosa Muerte irreparable  
viene á nosotros con airada diestra ;  
y la amiga Fortuna favorable  
con diferente rostro se nos muestra ;  
y Eponamon horrendo y espantable,  
envuelto en la caliente sangre nuestra,  
la corba garra tiende, el cerro yerto,  
llevándonos al no sabido puerto.

Tucapel, que de rabia reventando  
estaba oyendo al viejo, mas no atiende,  
que dice : Yo veré si adivinando  
de mi maza este necio se defiende :  
diciendo esto, y la maza levantando,  
la derriba sobre él, y así lo tiende,  
que jamás mudó curso de planeta  
ni fue mas adivino ni profeta.

Quedóle desto el brazo tan sabroso,  
según la muestra, que movido estuvo  
de dar tras el senado religioso,  
y no sé la razón que lo detuvo.  
Caupolicán atónito y rabioso  
transportada la mente un rato estuvo ;  
mas vuelto en sí, con voz horrible y fiera  
gritaba : Capitanes, ¡ muera ! ¡ muera !

No le dió tanto gusto á aquella gente  
lo que Caupolicano le decía,  
cuanto al soberbio bárbaro impaciente  
viendo que ocasion tal se le ofrecía :  
era alto el tribunal, pero el valiente  
los hace saltar de él tan á porfía,  
que ciento y treinta que eran, en un punto  
saltan los ciento y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedaron  
son los en esta historia señalados,  
que jamás de su asiento se mudaron,  
de donde lo miraban sosegados :  
que de ver uno solo no curaron  
mostrarse por tan poco alborotados,  
aunque los que saltaron de tan alto  
en menos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapel de fina malla  
saltó como un ligero y suelto pardo  
en medio de la tímida canalla,  
haciendo plaza el bárbaro gallardo :  
con silbos, grita, en desigual batalla ;  
con piedra, palo, flecha, lanza y dardo  
le persigue la gente de manera  
como si fuera toro ó brava fiera.

Según suele jugar por gran destreza  
el liviano montante un buen maestro  
hiriendo con extraña ligereza  
delante, atrás, á diestro y á siniestro ;  
con mas desenvoltura y mas presteza,  
mostrándose en los polvos fuerte y diestro ;  
el fiero Tucapel en la pelea  
con la pesada maza se rodea.

De tullir y mear no se contenta,  
ni para contentarse esto le basta ;  
solo de aquellos tristes hace cuenta  
que su maza los hace torta ó pasta :  
rompe, magulla, muele y atormenta,  
desgobierna, destroza, estrópa y gasta :  
tiros llueven sobre él arrojados  
cual tempestad furiosa de granizos.

Pero sin miedo el bárbaro sangriento  
por las espesas armas discurría ;  
brazos, cabezas y ánimos sin cuento  
soberbios quebrantó en solo aquel día ;  
y cual menuda lluvia por el viento  
la sangre y frescos sesos esparcía :  
no discernie al pariente del extraño,

haciéndolos iguales en el jaño.

Las armas eran solo en defenderle  
de la canalla bárbara araucana,  
que en monton trabajaba de ofenderle ;  
mas el temor la ofensa hacia liviana.  
Era, cierto, admirable cosa verle  
saltar y acometer con furia insana,  
desmembrando la gente, sin poderse  
de su maza y presteza defenderse.

Caupolicán, del caso no pensado  
en tal furor y cólera se enciende,  
que estaba de bajar determinado  
aunque su gravedad se le defiende :  
pero Lautaro alegre y admirado  
miraba como solo así contiene  
un hombre contra tanto barbarismo,  
incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al general, con el debido  
respeto y ojos bajos en el suelo,  
le dice : una merced, señor te pido,  
si algo merece mi intención y celo,  
y es, que el gran desacato cometido,  
perdones francamente á Tucapel,  
pues ha mostrado en campo claramente  
valer él mas que toda aquella gente.

Perplejo el general estaba en duda ;  
pero mirando al fin quién lo pedía,  
luego el ejecutivo intento muda,  
y con el rostro alegre respondía :  
él ha tenido en vos bastante ayuda,  
por la cual le perdono ; y mas decía,  
que fuese á las escuadras, y mandase  
que el combatirle mas luego cesase.

Baja Lautaro al campo, y prestamente  
el rico cuerno á retirar tocaba,  
al son del cual se recogió la gente,  
que recogerse á nadie le pesaba :  
solo lo siente el bárbaro valiente,  
que satisfecho á su sabor no estaba ;  
y volviendo á Lautaro el fiero gesto,  
en alta y libre voz le dijo aquesto :

¿ Cómo, buen capitán, has estorbado  
el tomar desta vil canalla enmienda  
y verme destos rústicos vengado  
para que mi valor mejor se entienda ?  
Lautaro le responde : es escusado  
quien viniere contigo á la contienda  
que se pueda valer contra tu diestra,  
según que dello has dado aquí la muestra.

Connigo puedes ir, que te aseguro  
que ningún daño ó mal te sobrevenga.  
Tucapel le responde : yo te juro  
que un paso ese temor no me detenga :  
mi maza es la que á mí me dá el seguro ;  
lo demás como quiera vaya y venga :  
que el miedo es de los niños y mujeres.  
Sús, alto, vamos luego á dō quisieres.

Juntos los dos al tribunal llegando,  
Tucapel de Lautaro adelantado  
subió por la escalera, no mostrando  
punto de alteración por lo pasado :  
el sagaz general disimulando  
con graciosa apariencia le ha tratado ;  
y de la rota plática el estilo  
Lautaro así diciendo añadó el hilo :

Invicto capitán, yo he estado atento  
á lo que estos varones han propuesto,  
y no sé figurarte el gran contento  
que me da ver su esfuerzo manifiesto :  
si de servirte tengo sano intento,  
mis obras por las tuyas dirán esto ;  
pues para ser del todo agradecidas  
será poco perder por tí mil vidas.

Estos fuertes guerreros ayudarte  
quieren á restaurar la propia tierra,

porque en ello les va tambien su parte;  
y por el vicio grande de la guerra:  
no puedo yo dejar de aconsejarte,  
(aunque todo el consejo en tí se encierra)  
aquello que mejor me pareciere  
y mas bien al bien público viniere.

Es mi voto que debes atenuarte  
al consejo, con término discreto,  
del sabio Colocolo, que por suerte  
le cupo ser en todo tan perfecto:  
así que, gran señor, sin detenerte,  
cumple que esto se ponga por efecto  
antes que los cristianos se aperceban,  
porque mas flacamente nos reciban.

Y pues que Mapochó solo es temido,  
despues que lo demás esté allanado,  
por el potente Eponamion te pido  
que el cargo de asolarle me sea dado:  
la tierra palmo á palmo la he medido,  
con españoles siempre he militado:  
entiendo sus astucias é invenciones,  
el modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

Quinientos araucanos solamente  
quiero para la empresa que yo digo,  
escogidos en toda nuestra gente:  
un soldado de mas no ha de ir conmigo.  
Aquí lo digo, estando tú presente  
y estos sabios caciques, que me obligo  
de darte la ciudad puesta en las manos  
con cien cabezas nobles de cristianos.

Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,  
y gran rato sobre ello platicaron:  
pareciéndoles modo provechoso,  
todos en este acuerdo concordaron:  
despues dó estaba el pueblo deseoso  
de saber novedades, se bajaron,  
donde lo difinido y decretado  
con general pregon fue declarado.

Estuvieron allí catorce días  
en grande regocijo y mucha fiesta,  
ocupados en juegos y alegrías,  
y en quien mas veces bebe sobre apuesta:  
despues contra los pueblos del Mesías  
la alborozada gente en orden puesta,  
marcha Caupolican con la vanguardia,  
quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso  
de la Imperial, fundada en sitio fuerte,  
donde el fiero enemigo victorioso  
la pensaba entregar presto á la muerte:  
mas el Eterno Padre poderoso  
lo dispone y ordena de otra suerte,  
dilatando el azote merecido,  
como vereis, prestando atento oído.

### CANTO IX.

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército: no ha efecto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, á donde les vino nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion: vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos  
como se vieron en la edad pasada,  
es causa haber agora pocos santos,  
y estar la ley cristiana autorizada:  
y así de cualquier cosa hacen espantos  
que sobre el natural uso es obrada;  
y no solo al autor no dan creencia,  
mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,  
por su costumbre y tiempo convalere:  
si al bajo miserable levantarle,  
por modos ordinarios le engrandecere

si al soberbio hinchado derribarle,  
por naturales terminos se ofrece:  
de suerte que las cosas de esta vida  
van por su natural curso y medida.

Por dó vemos que Dios quiere y procura  
hacer su voluntad naturalmente,  
sirviendo de instrumento la Natura,  
sobre la cual él solo es el potente;  
y así los que creyeren por fe pura  
merecen mas que si palpablemente  
viesen lo que despues de ya visible  
sacarlos de que fue seria imposible.

En contar una cosa estoy dudoso,  
que soy de poner dudas enemigo,  
y es un extraño caso milagroso  
que fue todo un ejército testigo:  
aunque yo soy en esto escrupuloso,  
por lo que dello arriba, Señor, digo,  
no dejaré en efecto de contarlo,  
pues los indios no dejan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en día  
que, porque la Ley sacra se estendiese,  
nuestro Dios los milagros permitia  
y que el natural orden se escudiese:  
Presumirse podrá por esta vía  
que, para que á la fe se redujese  
la bárbara costumbre y ciega gente,  
usase de milagros claramente.

Ya dije que el ejército araucano  
de la Imperial tres leguas se alejaba,  
en un dispuesto asiento y campo llano  
y que Caupolican determinaba  
entrar el pueblo con armada mano:  
tambien como el castigo dilataba  
Dios á su pueblo ingrato y sin enmienda,  
usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastada  
de armas, de munición y vitualla;  
bien que la gente della era escogida,  
pero muy poca para dar batalla:  
fuera por los cimientos destruida,  
cualquier fuerza bastara á arruinalla;  
y persona de dentro no escapara  
si á vista el pueblo bárbaro llegara.

Cuando el campo de allí queria mudarse,  
que ya la trompa á caminar tocaba,  
súbito comenzó el aire á turbarse,  
y de prodigios tristes se espesaba:  
nubes con nubes vienen á cerrarse,  
turbulento rumor se levantaba,  
que con airados impetus violentos  
mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua recia, granizo, piedra espesa  
las intrincadas nubes despedian:  
rayos, truenos, relámpagos á priesa  
rompen los cielos y la tierra abrian:  
hacen los vientos áspera represa,  
que en su entera violencia competian:  
cuanto topa arrehata el torbellino,  
alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual á todos atormenta:  
no hay corazon, no hay ánimo así entero,  
que en tanta confusion, furia y tormenta  
no temblase, aunque mas fuese de acero.  
En esto Eponamion se les presenta  
en forma de un dragon horrible y fiero,  
con enroscada cola, envuelto en fuego,  
y en ronca y torpe voz les habló luego,

Diciéndoles: que á priesa caminasen  
sobre el pueblo español amedrentado;  
que por cualquiera banda que llegasen  
con gran facilidad seria tomado;  
y que al cuchillo y fuego le entregasen  
sin dejar hombre á vida y muro alzado.  
Esto dicho, que todos lo entendieron,

en humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos fueron sus movimientos aplacando, y los desenfrenados cuatro vientos se van á sus cavernas retirando: las nubes se retraen á sus asientos, el cielo y claro sol desocupando: solo el miedo en el pecho mas osado no dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesada, el raso cielo vistió el húmedo campo de alegría; cuando con claro y presuroso vuelo en una nube una mujer venia cubierta de un hermoso y limpio velo, con tanto resplandor, que al mediodía la claridad del sol delante della es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada á todos confortó con su venida: venia de un viejo cano acompañada, al parecer de grave y santa vida: con una blanda voz y delicada les dice: ¿á dónde andais, gente perdida? volved, volved el paso á vuestra tierra, no vais á la Imperial á mover guerra.

Que Dios quiere ayudar á sus cristianos y darles sobre vos mando y potencia; pues ingratos, rebeldes é inhumanos así le habeis negado la obediencia: mirad, no vais allí, porque en sus manos pondrá Dios el cuebillo y la sentencia. Diciendo esto, y dejando el bajo suelo, por el aire espacioso subió al cielo.

Los araucanos la vision gloriosa de aquel velo blanquísimo cubierta siguen con vista fija y codiciosa, casi sin alentar la boca abierta: ya que desapareció, fue estraña cosa que, como quien atónito despierta, los unos á los otros se miraban, y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazon y pensamiento, sin esperar mandato ni otro ruego, como si solo aquel fuera su intento, el camino de Arauco toman luego: van sin orden, ligeros como el viento; paréceteles que de un sensible fuego por detrás las espaldas se encendian, y así con mayor ímpetu corrian.

Heme, Señor, de muchos informado, para no lo escribir confusamente: á veinte y tres de abril, que hoy es mediado, bara cuatro años cierta y justamente que el caso milagroso aquí contado aconteció, presente tanta gente, el año de quinientos y cincuenta y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad en suma declarada, segun que de los bárbaros se sabe, y no de fingimientos adornada, que es cosa que en materia tal no cabe. Tienen ellos por cosa averiguada (que no es en prueba desto poco grave) que por esta vision hubo en dos años hambres, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar, reprimiendo sus vapores, faltó la agua y vertientes de la sierra, talando el sol en tierna edad las flores, ayudado del fuego de la guerra. Como creció la seca y las calores, por falta de humedad la árida tierra rompió banco y alzóse con los frutos dejando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introdujese en el distrito y término araucano,

y fue que carne humana se comiese, (¡inorme introduccion, caso inhumano!) y en parricidio atroz se convirtiese el hermano en sustancia del hermano: tal madre hubo, que al hijo muy querido al vientre le volvió dō habia salido.

Digo, pues, que los bárbaros llegando al valle de Puren, paterno suelo, las armas por entonces arrimando, dieron lugar al tempestuoso cielo. Es este tiempo, en estas partes, cuando el encogido invierno con su hielo del todo apoderándose en la tierra pone punto al discurso de la guerra.

Espárcese y derrámase la gente, dejan el campo y buscan los poblados, cesa el fiero ejercicio comunemente, la tierra cubren húmidos nublados. Mas cuando enciende á Escorpio el sol ardiente y la frígida nieve los collados sacuden de sus cimas levantadas, ya de la nueva hierba coronadas.

En este tiempo el bullicioso Marte saca su carro con horrible estruendo, y ardiendo en ira belicosa parte, por el dispuesto Arauco discurriendo, hace temblar la tierra á cada parte, los ferrados caballos impeliendo; y en la diestra el sangriento bierro agude bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego á furor movidos los guerreros toman las armas, dejan el reposo; acuden los remotos forasteros al cebo de la guerra codiciosa: de los hierros renuevan los aceros; templan la cuerda al arco vigoroso; el peso de las mazas acrecientan, y el duro fresno de las astas tientan.

La gente andaba ya desta manera, con el son de las armas y bullicio, que codiciosa comenzar espera el deseado bélico ejercicio: juntáronse á la usada borrachera (orden antigua y detestable vicio) la mas illustre gente y señalada á dar difinicion en la jornada.

Tratando en general concilio estaban del bien y aumentacion de aquel estado, cuando cuatro soldados arribaban con triste muestra y paso apresurado, haciéndoles saber como ya andaban en el sitio de Penco arruinado cantidad de españoles trabajando, un grueso y fuerte muro levantando;

Diciéndoles: venimos, oh guerreros, de parte de los pueblos comarcanos con facultad bastante á prometeros, si desterrais de nuevo á los cristianos, que pagarán con suma de dineros el trabajo y labor de vuestras manos; y no habiendo el efecto deseado, la tercera parte hayais de lo asentado.

Viendo el poco reparo y resistencia que sin vuestro favor todos tenemos, les dimos llanamente la obediencia que en el tiempo infelice dar solemos. No fue por opresion, no fue violencia; pues, aunque desdichados, entendemos cuan breve es el sospiro de la muerte, que pone fin y límite á la suerte:

Mas, porque estando Arauco tan vecino, y fija en su favor la instable rueda, la paz nos pareció mejor camino para que remediar todo se pueda;



ya que lo estrague el áspero destino, tiempo para morir después nos queda; pues no estarán los brazos tan cansados que no puedan abrir nuestros costados.

Y pues os es patente y manifiesta la embajada y gran priesa que traemos, en ella hora tratad, que la respuesta con la resolución esperaremos: brevedad os pedimos, que con esta podrá ser que sin riesgo derribemos la soberbia española y confianza, antes que les dé esfuerzo la tardanza.

No se puede decir el gran contento que les dió á los caciques la embajada: de todos desde allí en el pensamiento, antes que se acabase fue acetada: pero tuvieron freno y sufrimiento, que la primera voz estaba dada al hijo de Leocan, que consultado, así responde en nombre del senado:

Estamos con razon maravillados de lo que en este caso hemos oído, ¿y es verdad que hay cristianos tan osados que quieren con nosotros mas ruido? Sís, sís, que estos varones esforzados acetan la promesa y el partido: no dando entero fin á la jornada, del trabajo no quieren llevar nada.

Bien os podeis volver luego con esto, que sin duda en efecto lo pondremos, y sobre los cristianos, lo mas presto que se pueda dar orden, llegaremos; donde se mostrará bien manifiesto lo poco en que nosotros los tenemos: pero habeis de advertir con sabio modo que aviso se nos dé siempre de todo.

Muy alegres los cuatro se partieron por llevar tal respuesta; y caminando en breve á sus señores se volvieron, que estaban por momentos aguardando: y visto el buen despacho que trujeron, el contento y traicion disimulando, sufrían con discrecion las vejaciones encubriendo las falsas intenciones.

Domésticos se muestran en el trato, nadie toma la causa y la defiende, conociendo que el medio mas barato del araucano ejército depende; y con doble y solícito contrato la esperada venganza se pretende debajo de humildad y gran secreto para que su intencion viniese á efecto.

De nuestra gente y pueblo destrozado gran descuido en hablar he yo tenido; mas como es en el mundo acostumbrado desamparar la parte del vencido: así yo tras el bando afortunado he llevado camino tan seguido; y si aquí la ocasion no me avisara jamás pienso que della me acordara.

Conté de la ciudad la despoblada y de sus ciudadanos el camino; púselos en el fin de la jornada, do forzoso dejarlos me convino: pues volviendo á la historia comenzada y al duro proceder de su destino, estuvieron el tiempo en Santiago que yo dellos mencion aquí no hago.

Retirados allí, se reformaron de todo el aparato conveniente, donde por los mas votos acordaron reedificar á Penco nuevamente. Con gran trabajo y gasto levantaron pequeña copia y número de gente: afirmar la ocasion desto no puedo,

si fue la poca paga á mucho miedo.

Al yerno Penco herboso habían llegado, y un sitio, que en mitad del pueblo había, le tenían de tapion fortificado, que en recogido cuadro le ceñía, de dos fuertes bastiones abrigado, que cada uno dos frentes descubría, y á cada frente asiste una bombarda que con maeiza bala el paso guarda.

La gente comarcana, con fingida muestra, la paz malvada aseguraba, esperando la ayuda prometida que á cencerros tapados caminaba; pero no fue secreta esta partida, pues entre los cristianos se trataba que el valiente Lautaro había pasado las lomas con ejército fornado.

Suénase que Purén allí venia, Tomé, Pillolco, Angol y Cayeguanu, Tucapel, que en orgullo y bizarria no le igualaba bárbaro araucano, Ongolmo, Lemolemo y Lehopia, Caniomangue, Elicura, Mareguano, Cayocupil, Lincoya, Lepomande, Chilcano, Leucoton y Mareande.

Todos estos varones señalados fueron para esta guerra aperecebidos con otros dos mil pláticos soldados en el copioso ejército escogidos. Venían de fuertes petos arreados, gruesas picas de hierros muy fornidos, ferradas mazas, hachas aceradas, armas arrojadizas y enastadas.

De esta manera el escuadron camina en la callada noche y sombra oscura, debajo del gobierno y disciplina del enidoso Lautaro, que procura llegar cuando la estrella matutina alegra el místico campo y la verdura; antes que por aviso y doble trato de su venida hubiese algun recato.

Pero los españoles, de un amigo bárbaro que con ellos contrataba, saben como el ejército enemigo con riguroso intento se acercaba: pues avisados desto, como digo, y de cuanto en secreto se trataba, al trance se aparejan y batalla, requiriendo los fosos y muralla.

Era caudillo y capitán de España, el noble montañés Juan de Alvarado, hombre sagaz, solícito y de maña, de gran esfuerzo y discrecion dotado; el cual con orden y presteza estraña, del presente peligro recatado, sazón no pierde, tiempo y coyuntura, antes las prevenciones apresura.

Que al punto, aperecebidos los soldados, en su lugar cada uno de ellos puesto, manda á nueve guerreros mas cursados que salgan á correr la tierra presto: y en la cerrada noche confiados llegan al campo bárbaro, y en esto del callado escuadron fueron sentidos, levantando terribles alaridos.

La grito, el sobresalto, los rumores, el súbito alboroto de la guerra, las sonoras trompas y atambores hacen gemir y estremecer la tierra: en esto los astutos corredores, atravesando una pequeña sierra, toman la vuelta por mas corta via, dando aviso á la amiga compañía.

Juan de Alvarado con ingenio y arte de la fuerza lo flaco fortifica,

y en lo mas necesario, allí reparte gente del arcabuz y de la pica: proveído recaudo en toda parte, á recibir al araucano pica: con la ligera escuadra de caballo, por no mostrar temor en esperar.

La nueva claridad del día siguiente sobre el claro horizonte se mostraba, y el sol por el dorado y fresco oriente de rojo ya las nubes coloraba: á tal hora Alvarado con su gente del prevenido fuerte se alejaba en busca de la escuadra lautarina, que á mas andar tambien se le avecina.

Los nuestros media legua aun no se habían de aquel su muro lejos alorgado, cuando al calar de un monte descubrian el araucano ejército ordenado.

Allí las limpias armas relucian mas que el claro cristal del sol tocado, cubiertas de altas plumas las celadas verdes, azules, blancas, encarnadas,

¿Quién pintaros podrá el contento cuando sienten los araucanos el ruido, que, las diestras en alto levantando, pusieron en el cielo un alarido? Mil instrumentos bárbaros tocando, con grande orgullo y paso mas tendido se vienen acercando á los de España, sonando en torno toda la campaña.

Quieren los españoles responderlos con el horrible son de armada mano, calan el monte á fin de acometerlos, teniendo por mejor el sitio llano: bajas las lanzas vienen á romperlos; pero la osada muestra salió en vano, que los bárbaros ya disciplinados del todo se cerraron apiñados.

Tan espesas las picas derribaron con pié y con rostro firme hácia delante, que no solo el encuentro repararon, pero á desbaratarlos fue bastante: los nuestros sin romper se retiraron, y ellos gloriosos con furor pujante por dar remate al venturoso lance siguen con piés ligeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente, los nuestros resistiendo y peleando, hasta el estrecho paso de una puente, que allí Lautaro, al cuerno aliento dando, el araucano ejército obediente se va al son conocido reparando; del fuerte tanto trecho esto sería cuanto tira un cañon de puntería.

Detúvose Lautaro, con intento de esperar al caliente medio día, porque de la mañana el fresco viento los caballos y gente alentaría: reforma su escuadron, haciendo asiento á vista de los nuestros, que á porfia se habían al sitio fuerte recogido, teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba no declinando á parte un solo punto, y la aguda chicharra se entonaba con un desapacible contrapunto, el astuto Lautaro levantaba su campo en escuadron cerrado y junto con grande estruendo y paso concertado hácia el sitio español fortificado.

Con audacia, desden y confianza Lautaro contra el fuerte caminaba: síguele atrás la gente en ordenanza, y el con gracioso término arrastraba una larga, fluida y gruesa lanza,

que airoso poco á poco la terciaba, y tanto por el cuento la blandía, que juntar les estremos parecía.

Los pocos españoles salen fuera, que encerrados no quieren esperallos, de arcabuces delante una hilera, otras de picas luego, y los caballos á los lados: y así desta manera con fiera muestra vienen á buscarlos. Llegados á dō ya podian herirse los unos á los otros dejan irse;

Y de rencor intrínseco aguijados los movidos ejércitos venian: suenan los arcabuces asestados: del humo, fuego y polvo se cubrian. Los corvos arcos con vigor flechados gran número de tiros despedian: vuelan nubes de armas enastadas, por los valientes brazos arrojadas,

Cuales contrarias aguas á toparse van con rauda corriente sonora, que, resistiendo al tiempo del mezclarse, aquella mas violenta y poderosa á la menos pujante, sin pararse volverla contra el curso es cierta cosa: así á nuestro escuadron forzosamente le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava del número de gente y movimiento, al español el bárbaro llevaba como á liviana paja el recio viento. Entran sin orden, que ya rota andaba, todos mezclados en el fuerte asiento, y dentro del cuadrado y ancho muro comienzan pié con pié un combate duro.

Algunos españoles castigados recogerse en la fuerza no quisieron, que eran de corazones congojados y de verse en estrecho rehuyeron: quieren el campo abierto, y por los lados del turbado monton se dividieron; pero los de mas ser, con mano osada procuran amparar la plaza entrada.

Allí quieren morir ó defenderse: la carrera mas larga otros tomaron, que acordaron con tiempo guarecerse: otros á la marina se llegaron metiéndose en un barco, sin poderse sufrir, las corvas áncoras alzaron; satisfaciendo al miedo y bajo intento las velas con presteza dan al viento.

Quien en llegar es algo perezoso, viendo levar el áncora á la nave, no duda en arrojarle al mar furioso, teniendo aquel morir por menos grave. Quien antes no nadaba, de medroso las olas rompe ahora y nadar sabe: mirad, pues, el temor á que ha llegado, que viene á ser de miedo el hombre osado.

Los que están en la fuerza retraídos, como buenos guerreros se defienden; muertos quieren quedar y no vencidos, que ya solo un honrado fin pretenden: y con tal presupuesto embravecidos, sin esperanza de vivir ofenden, haciendo en los contrarios tal estrago que la plaza de sangre era ya lago.

Lautaro, gente y armas contrastando, en la fuerza el primero entrado había, y muerto á dos soldados en entrando que en suerte le cupieron aquel día. Lincoya iba hiriendo y derribando: mas ¿quién podrá decir la bravura de Tucapel, que el cielo acometiera si hallara algun camino ó escalera?

No entró el fuerte por puerta ni por puente,  
antes con desenvuelto y diestro salto,  
libre el foso saltó ligeramente,  
y estaba en un momento en lo mas alto:  
no le pudo seguir por allí gente,  
él solo de aquel lado dió el asalto;  
mas, como si de mil fuera guardado,  
se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pié firme en la plaza,  
cuando el furioso bárbaro, esgrimiendo  
la ejercitada, dura y gruesa maza,  
iba los enemigos esparciendo:  
no vale malla fina ni coraza;  
y las celadas fuertes, no pudiendo  
sufrir los recios golpes que bajaban,  
machucando los sesos se abollaban.

Unos dejan tullidos y contrechos,  
otros para en su vida lastimados,  
á quién hunde el pescuezo por los pechos,  
á quién rompe los lomos y costados  
cual si fueran de blanda cera hechos:  
magulla, muele y deja derrengados,  
y en el mayor peligro osadamente  
se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada  
que habia muerto á Torquin, mozo animoso,  
la maza alta, y la vista en él clavada,  
rompe por el tropel de armas furioso:  
no sé cual fue la espada señalada  
ni aquel brazo pujante y provechoso  
que el mástil cercenó del araucano  
y dos dedos con él de la ana mano.

Con el encendimiento que llevaba  
no sintió la herida de repente;  
mas cuando el brazo y golpe descargaba,  
que los dedos y maza fallar sienten,  
herida tigre bíreana no es tan brava,  
ni acosado leon tan impaciente  
como el indio, que lleno de postema,  
del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los piés estriba,  
y en ellas la persona mas levanta:  
el brazo cuanto puede atrás derriba,  
y el trozo impele con violencia tanta  
que á Ortiz, que alta la espada sobre él iba,  
la celada y los cascos le quebranta,  
y del grave dolor desvanecido  
dió en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro con esto no vengado,  
viene sobre él con furia acelerada,  
y con la diestra, aun no medrosa, airado,  
á Ortiz arrebató la aguda espada:  
alzándole la cota por un lado,  
le atravesó de la una á la otra hijada,  
y la alma del corpóreo alojamiento  
hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el indio trueca,  
sintiéndose tullido de la diestra,  
y del golpe primero otro derrueca,  
que tambien en herir era maestra:  
como suele segar la paja seca  
el presto segador con mano diestra,  
así aquel Tucapel con fuerza brava  
brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dejándose guiar por do la ira  
le llevaba furioso discurriendo,  
unos hiere, maltrata, otros retira,  
la espesa selva de astas deshaciendo:  
acaso al Padre Lobo un golpe tira,  
que contra cuatro estaba combatiendo,  
el cual sin ver el fin de aquella guerra  
dió el alma á Dios y el cuerpo dió á la tierra.

El grave Leucoton, no menos fuerte,  
con el valor que el cielo le concede,  
hiere, aturde, derriba y da la muerte,

que nadie en fuerza y ánimo le escede:  
no sé cómo á escribirlo todo acierte,  
que mi cansada mano ya no pueda  
por tanta confusion llevar la pluma,  
y así reduce mucho á breve suma.

Tambien Angol, soberbio y esforzado,  
su corvo y gran cuchillo en torno esgrime,  
hiere al jóven Diego Oro, y del pesado  
golpe en la dura tierra el cuerpo imprime:  
pero en esta sazon Juan de Alvarado,  
la furia de una punta le reprime,  
que al tiempo que el furioso alfange alzaba  
por debajo del brazo le calaba.

No halló defensa la enemiga espada;  
lanzándose por parte descubierta,  
derecho al corazon hizo la entrada,  
abriendo una sangrienta y ancha puerta:  
la cara antes del jóven colorada  
se vió de marilloz mustia cubierta;  
descoyuntóle el brazo un mortal hielo,  
batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano,  
que airado á todas partes discurría,  
llegó al tiempo que Angol por diestra mano  
al riguroso hierro se rendía:

era su íntimo amigo y primo hermano,  
de estrecho trato antiguo y compañía;  
pues fue siempre en la vida igual la suerte,  
quiere dijo tambien que sea en la muerte:

Y contra el matador con repentina  
rabia, que el pecho y venas le abrasaba,  
un macizo y fornido tronco empina,  
y con fuerza sobre él lo derribaba.  
Mas temiendo del golpe la ruina  
Alvarado, que el ojo alerta estaba,  
saca presto el caballo apercebido,  
y en el suelo el tronco quedó metido.

Chilean, Ongolmo, Cayeguan de un lado,  
Lepomande y Purén en compañía,  
habian así á los nuestros apretado,  
que ganaron gran crédito aquel dia:  
Tomé, Cayceupil y el esforzado  
Pillolco, Caniomangue y Lebopía,  
Mareande, Elicura y Lemolemo  
de su valor mostraron el extremo.

En esto un rumor súbito se siente  
que los cóncavos cielos atronaba,  
y era que la victoria abiertamente  
por el bárbaro intiel se declaraba:  
ya la española destrozada gente  
al camino de Itá enderezaba,  
desamparando el suelo desdichado,  
de sangre y enemigos ocupado.

Del todo á toda furia comenzando  
iban los españoles la huída,  
siempre mas el temor apresurando  
con agudas espuelas la corrida.  
Sigue el alcance y valos aquejando  
la bárbara canalla embravecida,  
envuelta en una espesa polvoreda,  
matando al que por flojo atrás se queda.

Alvarado con ánimo y cordura  
los anima y esfuerza y no aprovecha;  
que la turbada gente en tal rotura  
huye la muerte y plaza tan estrecha:  
cuál encamina al monte, y cuál procura  
de Mapochó la senda mas derecha,  
y cuál, y cuál constante todavía,  
ánimoso con Atropos porfia.

Estos honrosa muerte deseando  
despreciaban la vida deshonrada,  
aquel forzoso punto dilatando  
con raro esfuerzo y volerosa espada:  
presto quedó la plaza sin un bando,  
de almas vacía y de cuerpos ocupada,

que animosos los pocos que quedaban á las armas y muerte se entregaban.

Unos por los costados caen abiertos; otros de parte á parte atravesados; otros que de su sangre están cubiertos, se rinden á la muerte desangrados: al fin, todos quedaron allí muertos, del riguroso hierro apedezados.

Vamos tras los que aguijan los caballos, que no haremos poco en alcanzallos.

Quién por camino incierto, quién por senda áspera, peligrosa y desusada, bate el caballo y dale suelta rienda,

que el miedo es grande y grande la jornada; el bárbaro escuadron con grita horrenda, por sierra, monte, llano y por cañada las espaldas les iba calentando, hiriendo, dando muerte y derribando.

Habia de la comarca concurrido gente armada por uno y otro lado, que á la mira imparcial habia asistido hasta ver el derecho declarado: en esto alzando un súbito alarido, con el orgullo á vencedores dado, baja las armas, hasta allí neutrales, en daño de las señas imperiales.



Lautaro al frente de su ejército.

Sale en el codicioso seguimiento de la española gente, que corría con furia y ligereza mas que el viento, sin hacerse uno á otro compañía: la mucha turbacion y desaliento que á los nuestros el miedo les ponía los lleva sin caminos, esparcidos por sierras, valles, montes; por ejidos.

Los que tienen caballos mas ligeros ¡oh cuán de corazon son envidiados! ¡qué poco se conocen compañeros de largo tiempo y amistad tratados!

no aprovechan promesas de dineros, ni de bienes allí representados: tanto el miedo ocupado los habia que lugar la codicia aun no tenia;

Antes los intereses despreciando se muestran allí poco codiciosos, tras las ricas celadas arrojando petos de fina plata embarazosos: y así, de las promesas no curando, jugaban los talones presurosos: solo las alas de learo quisieran, aunque pasando el mar se derritieran.

Juan Hernando Alvarados la jornada  
y con el valiente Ibarra apresuraban,  
animando la gente desmayada,  
mas no por esto el paso moderaban :  
abren por la carrera embarazada,  
que ligeros caballos gobernaban ,  
y aunque con viva espuela los batian ,  
alargarse de un indio no podian.

Delante largo trecho de la gente ,  
á los tres les da caza y atormenta  
un espaldudo bárbaro valiente  
Rengo llamado, mozo de gran cuenta :

este solo los sigue osadamente  
y á voces con palabras los afrenta ,  
y los aprieta y corre á campo raso ,  
sin poderle ganar un solo paso.  
¡Jo! ¡jo! (les vá gritando) ¡espera! ¡espera!  
que mas en castellano no sabia ;  
pero en su natural lengua primera  
atrevidas injurias les decia.  
Tres leguas los corrió desta manera ,  
que jamás de las colas se partia  
por mucho que agujjasen los rociues ,  
llamándolos infames y ruines.



Llevaba una arma en alto levantada ,  
que no hay quien su faccion y forma diga :  
era una gruesa haya mal labrada  
de la grandeza y peso de una viga ,  
de metal la cabeza barreada ;  
y esgrimela el garzon sin mas fatiga  
que el presto esgrimidor suelto y liviano  
juega el fácil baston con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado  
los caballos el bárbaro alcanzaba ,  
era de fuerza el golpe tan cargado  
que casi derrengados los dejaba ;  
así cada caballo escarmentado

sin espuelas el curso apresuraba :  
que jamás fué baqueta en la corrida  
como el baston del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se aleja  
del seguro monton y amigo bando ,  
no por esto la dura empresa deja ,  
antes mas los persigue y vá afrentando :  
con prestos piés y maza los aqueja ,  
la nacion española profanando  
en language araucano , que entendian  
los tres , que á mas correr dél se desvian.

Veinte veces revuelven los cristianos ,  
dando sobre él con súbita presteza ;

á todos tres les dá llenas las manos,  
con su diabólica arma y ligereza :  
entre tanto llegaban los ufanos  
indios en el alcance sin pereza;  
y volviendo los tres á su carrera  
el bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte ni ágría cuesta  
alloja el curso y animoso brio;  
antes cual correr suele sobre apuesta  
tras las fieras el Puelche en desafío,  
los corre, aflige, aprieta y los molesta;  
y á diez millas de alcance, por do un río  
el camino atraviesa al mar corriendo,  
se fué en la húmida orilla deteniendo.

El bárbaro escuadron parado habia,  
solo el contumaz Rengo po fiando,  
desistir de la empresa no queria,  
aunque no ve persona de su bando :  
los tres lasos cristianos á porfia  
iban el ancho vado atravesando,  
cuando Rengo cargó de una pesada  
piedra la presta honda del usada.

El tronco en el suelo húmido lijado;  
rodea el brazo dos veces, despidiendo  
el tosco y gran guijarro así arrojado,  
que el monte retumbó del sordo estruendo :  
las ninfas por lo mas sesgo del vado,  
las cristalinas aguas revolviendo,  
sus doradas cabezas levantaron  
y á ver el caso atentas se pararon.

El importuno bárbaro no cesa  
ni alloja de la empresa que pretende;  
antes con silbos, grita y piedra espesa,  
la agua á mas de la cinta los ofende;  
y dándoles en esto mueba priesa,  
el beber los caballos les defiende,  
diciendo : sús, salid, salid afuera,  
que yo os manterné campo en la ribera.

Viendo Alvarado á Rengo así orgulloso,  
de la soberbia tema ya impaciente,  
dice á los dos : ¡oh caso vergonzoso,  
que á tres nos siga un indio solamente  
y triunfe de nosotros victoriosos!  
no es bien que de españoles tal se cuente :  
volvamos, y de aquí jamás pasemos  
si primero morir no le hacemos.

Así dijo, y las riendas revolviendo,  
segunda vez el vado atravesaban;  
de morir ó matarle proponiendo,  
los caballos cansados aguijaban :  
en esto el araucano, conociendo  
la cólera y furor con que tornaban,  
olvidando la maza y presupuesto,  
las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por la arena  
los tres á toda furia le siguieron,  
aunque en valde tomaron esta pena,  
que el indio mas corrió que ellos corrieron :  
faltos, no de intencion pero de lena,  
de cansados las riendas recogieron;  
y en un áspero sitio y peligroso  
les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada,  
revolviendo á los tres con osadía,  
y á falta de la maza acostumbrada,  
á menudo la honda sacudia :  
de allí con mofa, silbos y pedrada;  
sin poderle ofender los ofendía,  
por ser aquel lugar despeñadero,  
y mas que ellos el bárbaro ligero.

Visto Alvarado serle así escusado  
el fin de lo que tanto deseaba,  
dejando libre al bárbaro esforzado,  
que bien de mala gana se quedaba,  
pasa otra vez el ya seguro vado.

y al usado camino se tornaba,  
triste en ver que Fortuna por tal modo  
se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dejado el campo lautarino  
de seguir el alcance grande rato;  
iban los españoles sin camino,  
como ovejas que van fuera de bato.  
De no seguirlos mas me determino,  
que por lo que adelante dellos trato,  
dejarlos por agora me es forzado  
donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente araucana quiero andarme,  
dichosa á la sazón y afortunada;  
y, como se acostumbra, desviarme  
de la parte vencida y desdichada :  
por donde tantos van quiero guiarme;  
siguiendo la carrera tan usada,  
pues la costumbre y tiempo me convence;  
y todo el mundo es ya ; *viva quien vence!*

¡Cuán usado es huir los abatidos  
y seguir los soberbios levantados,  
de la instable Fortuna favoritos  
para solo despues ser derribados!  
Al cabo estos favores, reducidos  
á su valor, son bienes prestados  
que habemos de pagar con siete tanto,  
como claro nos muestra el nuevo canto.

## CANTO X.

Ufanos los araucanos de las victorias habidas, ordenan unas  
fiestas generales donde concurririeron diversas gentes así ex-  
tranjeras como naturales, entre las cuales hubo grandes  
pruebas y diferencias.

CUANDO la varia diosa favorece  
y las dádivas prósperas reparte,  
¡cómo al ánimo flaco fortalece,  
que de triste mujer se vuelve un Marte;  
y derriba, acobarda y enflaquece  
el esfuerzo viril en la otra parte,  
haciendo cuesta arriba lo que es llano  
y un gran cerro la palma de la mano!

¡Quién vió los españoles colocados  
sobre el mas alto cuerno de la luna  
de sus famosos hechos rodeados,  
sin punto y muestra de mudanza alguna!  
¡Quién los ve en breve tiempo derribados!  
¡Quién ve en miseria vuelta su fortuna,  
seguidos, no de Marte dios sanguíneos,  
pero del tímido sexo femenino!

Mirad aquí la suerte tan trepada,  
pues aquellos que al cielo no temian,  
las mujeres, á quien la rueca es dada,  
con varonil esfuerzo los seguian.  
y con la diestra á la labor usada  
las atrevidas lanzas esgruñian,  
que por el hado próspero impelidas,  
hacian crudos electos y heridas.

Estas mujeres digo que estuvieron  
en un monte escondidas esperando  
de la batalla el fin; y cuando vieron  
que iba de rota el castellano bando,  
hiriendo el cielo á gritos descendieron.  
el mujerial temor de sí lanzando,  
y de ajeno valor y esfuerzo armadas,  
tomau de los ya muertos las espadas :

Y á vueltas del estruendo y muchedumbre,  
tambien en la victoria embebecidas,  
de medrosas y blandas de costumbre  
se vuelven temerarias homi idas :  
no sienten ni les daban pesadumbre  
los pechos al correr, ni las crecidas  
barrigas de ocho meses ocupadas,  
antes corren mejor las mas preñadas.

Llamábase infelice la postrera,

y con ruegos al cielo se volvía,  
 porque á tal coyuntura en la carrera  
 mover mas presto el paso no podía.  
 Si las mujeres van desta manera,  
 ¿la bárbara canalla cuál iría?  
 De aquí tuvo principio en esta tierra  
 venir tambien mujeres á la guerra.

Vienen acompañando á sus maridos,  
 y en el dudoso trance están paradas;  
 pero si los contrarios son vécidos  
 salen á perseguirlos esforzadas:  
 prueban la flaca fuerza en los rendidos  
 y si cortan en ellos sus espadas,  
 haciéndolos morir de mil maneras,  
 que la mujer cruel esto de veras.

Así á los nuestros otra vez signieron  
 hasta donde el alcance habia cesado,  
 y desde allí la vuelta al pueblo dieron,  
 ya de los enemigos saqueado:  
 que cuando hacer mas daño no pudieron,  
 subiéndolo en los caballos que en el prado  
 sueltos sin órden y gobierno andaban,  
 á sus dueños por juego remedaban.

Quién hace que combate, y quién huía,  
 y quién trás el que huye vá corriendo;  
 quién tinge que está nuerto, y se tendía,  
 quién correr procuraba no pudiendo:  
 la alegre gente así se entreténia,  
 el trabajo importuno despidiendo,  
 hasta que el sol rayaba los collados  
 que el general llegó y los mas soldados.

Los unos y los otros aguijaban  
 con gran priesa á abrazarse estrechamente;  
 pero algunos, por mas que se esforzaban,  
 la envidia les hacia arrugar la frente:  
 francos los vencedores se mostraban,  
 repartiendo la presa alegremente;  
 que aun en el pecho vil contra natura  
 puede tanto la próspera ventura.

Una solemne fiesta en este asiento  
 quiso Caupolicán que se hiciese,  
 donde del araucano ayuntamiento  
 la gente militar solo estuviere;  
 y con alegre muestra y gran contento,  
 sin que la popular se entremetiese,  
 en danzas, juegos, vicio y pasatiempo  
 allí se detuvieron algun tiempo.

Los juegos y ejercicios acabados,  
 para el valle de Arauco caminaron,  
 do á las usadas fiestas los soldados  
 de toda la provincia convocaron:  
 fueron bastantes plazos señalados,  
 joyas de gran valor se pregonaron,  
 de los que en ellas fuesen vencedores,  
 premios dignos de grandes contendores.

La fama de la fiesta iba corriendo  
 mas que los diligentes mensajeros,  
 en un término breve apercibiendo  
 naturales, vecinos y extranjeros:  
 gran multitud de gente concurriendo,  
 creció el número tanto de guerreros,  
 que ocupaban las tiendas forasteras  
 los valles, montes, llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno día,  
 que tanta gente estaba deseando,  
 al campo su color restituía,  
 las importunas sombras desterrando:  
 cuando la bulliciosa compañía  
 de los briosos jóvenes, mostrando  
 el juvenil hervor y sangre nueva,  
 en campo estaban prestos á la prueba.

Fue con solemne pompa referido  
 el órden de los precios, y el primero  
 era un lustroso alfange, guarnecido  
 por mano artificiosa de platero:

este premio fue allí constituido  
 para aquel que con brazo mas entero  
 tirase una fornida y gruesa lanza,  
 sobrando á los demás en la pujanza:

Y de cendrada plata una celada,  
 cubierta de altas plumas de colores,  
 de un cerco de oro puro rodeada,  
 esmaltadas en él varias labores,  
 fue la preciosa joya señalada  
 para aquel que entre diestros luchadores  
 en la difícil prueba se estremase  
 y por señor del campo en pié quedase.

Un lebrat animoso, remendado,  
 que el collar remataba una venera  
 de agudas puntas de metal herrado,  
 era el precio de aquel que, en la carrera,  
 de todos armas y presteza armado,  
 arribase mas presto á la bandera  
 que una gran milla lejos tremolaba  
 y el trecho señalado limitaba:

Y de nervos un arco, hecho por arte,  
 con su dorada aljaba que pendía  
 de un ancho y bien labrado talabarte  
 con dos gruesas hebillas de atangia,  
 este se señaló y se puso aparte  
 para aquel que con flecha á puntería,  
 ganando por destreza el precio rico,  
 llevase al papagayo el corvo pico.

Un caballo morcillo, rabicano,  
 tascando el freno estaba de cabestro,  
 precio del que con suelta y presta mano  
 esgrimiese el baston como mas diestro.  
 Por juez se señaló á Caupolicano,  
 de todos ejercicios gran maestro.  
 Ya la trompeta con sonada nueva  
 llamaba opositores á la prueba.

No bien sonó la alegre trompa, cuando  
 el jóven Orompello, ya en el puesto,  
 airoso el manto derribando,  
 mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto  
 y en la valiente diestra blandiendo  
 una maciza lanza. Luego en esto  
 se ponen asimismo Lepomande,  
 Crino, Pillolco, Guambo y Marende.

Estos seis, en igual hila corriendo,  
 las lanzas por los fieles igualadas,  
 á un tiempo las derochas sacudiendo,  
 fueron con seis gemidos arrojadas:  
 salen las astas con rumor crujendo,  
 de aquella fuerza á ímpetu llevadas,  
 rompen el aire, suben hasta el cielo,  
 bajando con la misma furia al suelo.

La de Pillolco fue la asta primera  
 que falta de vigor á tierra vino,  
 trás ella la de Guambo, y la tercera  
 de Lepomande, y cuarta la de Crino,  
 la quinta de Mareande, y la postrera  
 haciendo por mas fuerza mas camino,  
 la de Orompello fue, mozo pujante,  
 pasando cinco brazas adelante.

Trás estos otros seis lanzas tomaron,  
 de los que por mas fuertes se estimaban,  
 y aunque con fuerza extrema procuraron  
 sobrepujar el tiro, no llegaban:  
 otros trás estos, y otros seis probaron,  
 mas todos con vergüenza atrás quedaban;  
 y por no detenerme en este cuento,  
 digo que lo probaron mas de ciento.

Ninguno con seis brazas llegar pudo  
 al tiro de Orompello señalado,  
 hasta que Leucoton, varon membrudo,  
 viendo que ya el probar habia aflojado,  
 dijo en voz alta: De perder no dudo,  
 mas porque todos ya me habeis mirado,  
 quiero ver este brazo lo que puede



y á d6 llegar mi estrella me concede.

Esto dicho, la lanza requerida,  
en ponerse en el puesto poco tarda;  
y dando una ligera arremetida,  
hizo muestra de sí fuerte y gallarda:  
la lanza por los aires impelida  
sale cual gruesa bala de bombarda,  
ó cual furioso trueno, que corriendo,  
por las espesas nubes vá rompiendo.

Cuatro brazas pasó con raudito vuelo  
de la señal y raya delantera;  
rompiendo el hierro por el duro suelo,  
tiembla por largo espacio la asta fuera:  
alza la turba un alarido al cielo,  
y de tropel con súbita carrera  
muchos á ver el tiro van corriendo,  
la fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho á piés medían  
y examinan el peso de la lanza,  
otros por maravilla encarecían  
del esforzado brazo la pujanza:  
otros van por el precio, otros hacían  
al vencedor cantares de alabanza,  
de Leucoton el nombre levantando  
le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello, y por la turba hiende,  
y aquel rumor, colérico, baraja,  
diciendo: aun no he perdido, ni se entiende  
de solo el primer tiro la ventaja:  
Caupolicán la vara en esto tiende,  
y á tiempo un encendido fuego ataja,  
que Tucapel al primo había acudido,  
y otros con Leucoton se habían metido.

Caupolicán, que estaba por juez puesto,  
mostrándose imparcial, discretamente  
la furia de Orompello aplaca presto  
con sabrosas palabras blandamente:  
y así, no se altercando mas sobre esto,  
conforme á la postura, justamente  
á Leucoton, por mas aventajado,  
le fue ceñido el corvo alfanje al lado.

Acabada con esto la porfía,  
y Leucoton quedando vitorioso,  
Orompello á una parte se desvía,  
del caso algo corrido y vergonzoso;  
mas como sabio mozo lo encubría,  
de verse en ocasiones deseoso  
por d6 con Leucoton, y causa nueva,  
venir pudiese á mas estrecha prueba.

Era Orompello mozo asáz valido,  
que desde su niñez fue muy brioso,  
manso, tratable, fácil, corregido,  
y, en ocasion metido, valeroso;  
de muchos en asiento preferido  
por su esfuerzo y linaje generoso,  
hijo del venerable Mauropande,  
primo de Tucapel y amigo grande.

Puesto nuevo silencio y despejado  
el campo d6 la prueba se hacia,  
el diestro Cayeguan, mozo esforzado,  
á mantener la lucha se metía:  
no pasó mucho, cuando de otro lado  
con gran disposición Torquin salía  
de haber en él pujanza y ligereza,  
ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal, con pasos ordenados  
los dos gallardos bárbaros se mueven;  
ya los víerades juntos, ya apartados;  
ora tienden el cuerpo, ora le embeben:  
por un lado y por otro recatados  
se inquietan, cercan, buscan y remueven,  
tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,  
y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas y ellos recogidos,  
en su fuerza procuran conocerse;

pero de ardor colérico encendidos  
comienzan por el campo á revolverse;  
cíñense piés con piés, y entretegidos  
cargan á un lado y otro, sin poderse  
llevar cuanto una mínima ventaja,  
por mas que el uno y otro se trabaja.

Andando así, en un tiempo, cauteloso  
metió la pierna diestra Cayeguan;  
quiso Torquin ceñirla codicioso  
cargando con gran fuerza á aquella mano:  
sácala á tiempo Cayeguan mañoso,  
y el cuerpo de Torquin quedando en vano,  
del mismo peso y fuerza que traía  
á los piés enemigos se tendía.

Tras este el fuerte Rengo se presenta,  
el cual, lanzando fuera los vestidos,  
descubre la persona corpulenta,  
brazos robustos, músculos fornidos:  
mirale la confusa turba atenta,  
que de cuatro entre todos escogidos  
este valiente bárbaro era el uno,  
jamás sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo  
se apareja á la lucha y desafío,  
y al vencedor contrario apercibiendo  
le vá á buscar con animoso brío:  
de la otra parte Cayeguan saliendo  
en medio de aquel campo á su albedrío;  
vienen los dos gallardos á juntarse,  
procurando en la presa aventajarse.

Un rato los juzgaron igualmente,  
y anduvo en duda la vitoria incierta;  
mas luego Rengo dió señal patente  
con que fue su pujanza descubierta:  
que entre los duros brazos reciamente  
al triste Cayeguan, la boca abierta,  
sin dejarle alentar, le retraía,  
y acá y allá con él se revolvía.

Alzóle de la tierra: y apretado,  
en el aire gran pieza le suspende;  
Cayeguan sin color, desalentado,  
abre los brazos y las piernas tiende:  
viéndolo así rendido, el esforzado  
Rengo que á la vitoria solo atiende,  
dejándole bajar, con poca pena  
le estampa de gran golpe en el arena.

Sacáronle del campo sin sentido,  
y á su tienda en los hombros le llevaron:  
todos la fuerza grande y el partido  
de Rengo en alta voz solemnizaron:  
pero cesando en esto aquel ruido,  
á sus asientos luego se tornaron,  
porque vieron que Talcó aparejado  
el puesto de la lucha había tomado.

Fue este Talcó de pruebas gran maestro,  
de recios miembros y feroz serablante,  
diestro en la lucha y en las armas diestro,  
ligero y esforzado, aunque arrogante;  
y con todas las partes que aquí muestro,  
era Rengo mas suelto y mas pujante,  
usado en los robustos ejercicios,  
que dello su persona daba indicios.

Talcó se mueve y sale con presteza,  
Rengo espaciosamente se movía;  
fiase mucho el uno en la destreza,  
el otro en su vigor solo se fia:  
en esto con estraña ligereza,  
cuando menos cuidado en Talcó había,  
un gran salto dió Rengo no pensado,  
cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tigre cauteloso,  
viendo venir lozano al suelto pardo,  
el cuello bajo, lerdo y perezoso,  
con ronco son se mueve á paso tardo,  
y en un instante súbito y furioso

salta sobre él con ímpetu gallardo,  
y echándole la garra, así le aprieta,  
que le oprime, le rinde y le sujeta :

De esta manera Rengo á Talco afierra  
y, antes que á la defensa se prevenga,  
tan recio le apretó contra la tierra,  
que el lomo quebrantado lo derrienga:  
viéndolo pues así, lo desafierra,  
y á su puesto, esperando que otro venga,

vuelve, dejando el campo con tal hecho  
de su estremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre allí tal osadía  
que á contrastar al bárbaro se atreva;  
y así, porque la noche ya venia,  
se dilirio la comenzada prueba  
hasta que el carro del siguiente día  
alegrase los campos con luz nueva :  
sonando luego varios instrumentos,



de las mesas hinchieron los asientos.

Pues otro día, saliendo de su tienda  
el hijo de Leocan, acompañado  
de gran gente, al lugar de la contienda  
con altos instrumentos fue llevado :  
Rengo, porque su fama mas se estienda,  
dando una vuelta en torno del cercado  
entró dentro con una bella muestra,  
y á mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto

sin que nadie la plaza le pisase,  
que no se vió soldado tan dispuesto  
que, viéndole, el lugar vacío ocupase :  
pero ya Leucoton mirando en esto,  
que, porque su valor mas se notase,  
hasta ver el mas fuerte había esperado,  
con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo  
entre el parlero vulgo se levanta  
de ver estos dos juntos, conociendo

en ambos igualmente fuerza tanta. Leucoton, la persona recogiendo, á recibir á Rengo se adelanta, que con gallardo paso se venia de esfuerzo acompañado y lozania.

Vienen al paragon dos animosos que en esfuerzo y pujanza par no tienen : unas veces aguijan presurosos, otras frenan el paso y lo detienen : andan en torno y miran cautelosos, y á todos los engaños se previenen ; pero no tardó mucho que cerraron, y con estrechos fuídos se abrazaron.

Juntándose los dos pechos con pechos, van las últimas fuerzas apurando : ya se afirman y tienen muy estrechos, ya se arrojan en torno volteando, ya los izquierdos, ya los piés derechos se enclavijan y enredan, no bastando cuanta fuerza se pone, estudio y arte, á poder mejorarse alguna parte.

Acá y allá furiosos se rodean, la fuerza uno del otro resistiendo ; tanto forcejan, gimen, hijadéan, que los miembros se van entorpeciendo ; tiemblan de la fatiga y titubean las cansadas rodillas, no pudiendo comportar el teson y furia insana, que al fin eran de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento cubiertos los dos bárbaros andaban, y del fogoso y recio movimiento roncous los pechos dentro resonaban : ellos siempre con mas encendimiento, sacando nuevas fuerzas, procuraban llegar la empresa al cabo comenzada por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida no se vió allí, ni de flaqueza indicio ; ambos jóvenes son de edad florida, iguales en la fuerza y ejercicio : mas la suerte de Rengo enflaquecida, y el hado, que hasta allí le fue propicio, hicieron que perdiese á su despecho del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo hácia el un lado, engaste de un guijarro y nuevamente estaba de su asiento levantado por el concurso y huella de la gente : desto el cansado Rengo no avisado, metió el pié dentro, y desgraciadamente, cual cae de la segur herido el pino, con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto resurte arriba del macizo suelo, ni la águila, que al robo caía de alto, sube en el aire con tan recio vuelo ; como de corrimiento el seso falto, Rengo rabioso, amenazando al cielo, se puso en pié, que aun bien no tocó en tierra, y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido por el furioso Alcides derribado, que de la tierra madre recogido, cobraba fuerza y ánimo doblado ; así el airado Rengo embravecido, que apenas en la arena habia tocado, sobre el contrario arriba de tal suerte, que al extremo llegó de honrado y fuerte.

Tanta afrenta, vergüenza y dolor siente el público lugar considerando, que abrasado de fuego y rabia ardiente se le fueron las fuerzas aumentando ; y furioso, colérico, impaciente, de suerte á Leucoton va retirando,

que apenas le resiste ; y el suceso oíreis en el siguiente canto espreso.

## CANTO XI.

Acábanse las fiestas y diferencias, y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre el donde tuvieron una recia batalla.

CUANDO los corazones nunca usados á dar señal y muestra de flaqueza se ven en lugar público afrentados, entonces manifiestan su grandeza, fortalecen los miembros fatigados, despiden el cansancio y la torpeza, y salen fácilmente con las cosas que eran antes, Señor, dificultosas.

Así le avino á Rengo, que en cayendo, tanto esfuerzo le puso el corrimiento, que lleno de furor y en ira ardiendo se le dobló la fuerza y el aliento : y al enemigo fuerte, no pudiendo ganarle antes un paso, agora ciento alzado de la tierra le llevaba, que aun afirmar los piés no le dejaba.

Adelante la cólera pasara y hubiera alguna brega en aquel llano, si, receloso de esto, no bajara presto de arriba el hijo de Pillano, que de Caupolicán traía la vara, y él propio los aparta de su mano : que no fue poco, en tanto encendimiento tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruido departida la lucha ya enconada, le fue á Rengo su honor restituído, mas quedó sin derecho á la celada : aun no estaba del todo difinido, ni la plaza de gente despojada, cuando el mozo Orompello dijo presto : mi vez ahora me toca, mio es el puesto.

Que bramando entre sí se deshacía esperando aquel tiempo deseado, viendo que Leucoton ya mantenía, del tiro de la lanza no olvidado : con gran desemboltura y gallardía salva el palenque y entra el estacado, y en medio de la plaza, como digo, llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.

La trápala y murmurio en el momento creció, porque parando el pueblo en ello, conoce por allí cuán descontento del fuerte Leucoton está Orompello : témesese que vendrán á rompimiento, mas nadie se atraviesa á defenderlo, antes la plaza libre les dejaron y los vacios lugares ocuparon.

El pueblo, de la lucha deseoso la mas parte á Orompello se inclinaba ; mira los bellos miembros y el airoso cuerpo que á la sazón se desnudaba, la gracia, el pelo crespo y el hermoso rostro, donde su poca edad mostraba, que veinte años cumplidos no tenía, y á Leucoton á fuerzas desafia.

Juzgan ser desconformes los presentes las fuerzas de estos dos por la apariencia ; viendo del uno el garbo y los valientes nervios, edad perfecta y experiencia ; y del otro los miembros diferentes, la tierna edad y grata adolescencia ; aunque á tal opinion contradecía la muestra de Orompello y osadía :

Que puesto en su lugar, ufano espera el son de la trompeta, como cuando

el fogoso caballo en la carrera  
la sena del partir está aguardando;  
y cual halcón, que en la húmida ribera  
ve la garza de lejos blanqueando,  
que se alegra y se pule ya lozano,  
y está para arrojarle de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba  
aquel alegre son para moverse,  
que de ver la tardanza, imaginaba  
que habían impedimentos de ofrecerse.  
Visto que tanto ya se dilataba,  
queriendo á su sabor satisfacerse,  
derecho á Leucoton sale animoso,  
que no fue en recibirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,  
quedando mudos todos los presentes  
en medio de la plaza, mano á mano,  
salen á se probar los dos valientes.  
Como cuando el lebré y fiero alano,  
mostrándose con ronco son los dientes,  
yertos los cerros y ojos encendidos,  
se vienen á morder embravecidos;

De tal modo los dos amordazados,  
sin esperar trompeta ni padrino,  
de coraje y rencor estimulados,  
de medio á medio parten el camino,  
y en un instante iguales, aferrados,  
con estremada fuerza y diestro tino  
se enjeron los brazos poderosos,  
echándose á los pies lazos hudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,  
los lleva, arroja y vuelve á todos lados;  
viciánlos sin mudarse á veces tales  
que parecen en tierra estar clavados:  
donde ponen los pies, dejan señales,  
caban el duro suelo, y apretados,  
juntándose rodillas con rodillas,  
hacen crujir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza y maña  
usaba que en tal tiempo usar podía,  
viendo el duro tesón y fuerza extraña  
que en su recio adversario conocía:  
revuélvense los dos por la campaña,  
sin conocerse en nadie mejoría;  
pero tanto de acá y de allá anduvieron  
que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron.

Fue tan presto el caer, y en el momento  
tan presto el levantarse, por manera,  
que se puede decir que el mas atento,  
á mover la pestaña, no lo viera:  
ventaja ni señal de vencimiento  
juzgarse por entonces no pudiera;  
que Leucoton arrodilló en el llano  
y Orompello tocó sola una mano.

En esto los padrinos se mezclaron,  
y á cada lado el suyo retirando,  
en disputa la lucha resumieron,  
sus puntos y razones alegando:  
de entrambas partes gentes acudieron,  
la porfía y rumor multiplicando;  
quién daba al uno el precio, honor y gloria;  
quién cantaba del otro la vitoria.

Tucapel, que estaba en un asiento  
á la diestra del hijo de Pillano,  
visto lo que pasaba, en el momento  
salta en la plaza, la ferrada en mano;  
y con aquel usado atrevimiento  
dice: El precio ganó mi primo hermano,  
y si alguno esta causa me defiende,  
hárale yo entender que no lo entiende:

La joya es de Orompello, y quien bastante  
se crea á reprobear el voto mío,  
en campo estamos, hágase adelante,  
que en suma le desmienta y desafío.  
Leucoton con un término arrogante

dice: Yo amansaré tu loco brio,  
y el vano orgullo y necio devaneo,  
que mucho tiempo ha ya que lo deseo.

Conmigo lo has de haber, que comenzado  
juego tenemos ya, dijo Orompello.  
Responde Leucoton fiero y airado:  
contigo y con tu primo quiero habello.  
Caupolicán en esto era llegado,  
que del supremo asiento, viendo aquello,  
había bajado á la sazón, confuso,  
y allí su autoridad toda interpuso.

Leucoton y Orompello, conociendo  
que el gran Caupolicán allí venía,  
las enconosas voces deteniendo  
cada cual por su parte se desvía:  
mas Tucapel, la maza revolviendo,  
que otro acuerdo y concierto no quería,  
lleno de ira diabólica, no calla,  
llamando á todo el mundo á la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada  
del hijo de Leocán ni de otra gente,  
diciendo que á Orompello la celada  
por vencedor le den primeramente:  
después, que en plaza franca y estacada  
con Leucoton le dejen libremente,  
donde aquella disputa se decida,  
perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolicán en este aprieto,  
lleno de rabia y de furor inmovido,  
le dice: haré que guardes el respeto  
que á mi persona y cargo le es debido.  
Tucapel le responde: yo prometo  
que por temor no baje del partido;  
y aquel que en lo que digo no viniere,  
haga á su voluntad lo que pudiere.

Guardaréte respeto, si derecho  
en lo que justo pido me guardares,  
y mientras que con recto y sano pecho  
la causa sin pasión de esto mirares:  
mas si, contra razón, solo de hecho,  
torciendo la justicia lo llevares,  
por ti y tu cargo, y todo el mundo junto,  
no perderé de mi derecho un punto.

Caupolicán, perdida la paciencia,  
se mueve á Tucapel determinado;  
mas Colocolo, viejo de experiencia,  
que con temor le andaba siempre al lado,  
le hizo una acatada resistencia  
diciendo: ¿estás, señor, tan olvidado  
de ti y tu autoridad y salud nuestra  
que lo pongas en solo alzar la diestra?

Mira, señor, que todo se aventura:  
mira que están los mas ya diferentes:  
de Tucapel conoces la locura  
y la fuerza que tiene de parientes;  
lo que enmendarse puede con cordura  
no lo enmiendes con sangre de inocentes:  
dale á Orompello el contenido precio,  
y otro al competidor de igual aprecio.

Si por rigor y término sangriento  
quieres poner en riesgo lo que queda,  
(puesto que sobre tijo fundamento  
fortuna á tu sabor mueva la rueda,  
y el juvenil furor y atrevimiento  
castigar á tu salvo te conceda)  
queda tu fuerza mas disminuida,  
y al fin tu autoridad menos temida.

Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas  
que el límite araucano han estendido,  
y en las fieras naciones apartadas  
hacen que sea tu nombre tan temido:  
si ahora han sido aquí desacatadas,  
mira lo que otras veces han servido  
en trances peligrosos, derramando  
la sangre propia y del contrario bando.

Imprimieron así en Caupolicano las razones y celo de aquel viejo, que frenando el furor dijo: en tu mano lo dejo todo y tomo ese consejo. Con tal resolución, el sabio anciano, viendo abierto camino y aparejo, habló con Lencotón, que vino en todo, y á los primos despues del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los persuadiera, que en tal discordia y caso tan diviso, lo que el mundo universo no pudiera pudo su discrecion y buen aviso: fuélos, pues, reduciendo de manera, que vinieron á todo lo que quiso; pero con condicion que la celada por precio al Orompello fuese dada.

Pues la rica celada allí traída al ufano Orompello le fue puesta; y una cuera de malla guarnecida de fino oro á la par vino con esta, y al mismo tiempo á Leucotón vestida. Todos conformes, en alegre fiesta á las copiosas mesas se sentaron, donde mas la amistad confederaron.

Acabado el comer; lo que del día les quedaba, las mesas levantadas, se pasó en regocijo y alegría, tejiendo en corros danzas siempre usadas, donde un número grande intervenia de mozos y mujeres festejadas; que las pruebas cesaron y ocasiones atento á no mover nuevas cuestiones.

Cuando la noche el horizonte cierra y con la negra sombra al mundo abraza, los principales hombres de la tierra se juntaron en una antigua plaza á tratar de las cosas de la guerra, y en el discurso dellas dar la tiza, diciendo que el subsidio padecido habia de ser con sangre redemido.

Salieron con que al hijo de Pillano se cometiese el cargo descado, y el número de gente por su mano fuese absolutamente señalado: tal era la opinion del araucano y tal crédito y fama habia alcanzado, que si asolar el cielo prometiera crédito á la promesa se le diera.

Y entre la gente jóven mas granada fueron por él quinientos escogidos, mozos gallardos, de la vida airada, por mas bravos que pláticos tenidos: y hubo de otros por ir esta jornada tantos ruegos, protestos y partidos, que escusa no bastó ni impedimento á no esceder la copia en otros ciento.

Los que Lautaro escoge son soldados perdidos por bullicio y disensiones, en el duro trabajo ejercitados, diabólicos, rufianes, desgarrones, á cualquiera maldad determinados, amigos de mudanzas y cuestiones, homicidas, sangrientos, temerarios, grandisimos ladrones y corsarios.

Con esta buena gente caminaba pacífico hasta el Maule atravesando, y las tierras, despues, por do pasaba iba á fuego y á sangre sujetando: todo sin resistir se le allanaba, sometiéndose al yugo y nuevo mando; caciques y señores le obedecen; con haciendas y gentes se le ofrecen.

Los bárbaros en pueblos y ciudades la comarca arruinan y destruyen: talan comidas, casas y heredades,

que los indios de miedo al pueblo huyen: estupros, adulterios y maldades por violencia sin término concluyen, no reservando edad, estado y tierra, que á fuego y sangre rota era la guerra.

No paran con la gana que tenian de venir con los nuestros á la prueba: los indios comarcanos que huían llevan á la ciudad la triste nueva: rumores y alborotos se movian, el bélico bullicio se renueva, aunque algunos que el caso contemplaban á tales nuevas crédito no daban.

Dicen que era locura claramente pensar que así una escuadra desmandada de tan pequeño número de gente se atreviese á emprender esta jornada, y mas contra ciudad tan eminente, y lejos de su tierra y apartada; pero los que de Penco habian salido tienen por mas el daño que el ruido.

Votos hay que saliesen al camino, estos son de los jóvenes briosos; otros que era imprudencia y desatino, por los pasos y sitios peligrosos: á todos con presteza se previno, que de grandes reparos ingeniosos el pueblo fortalecen, y en un punto despachan corredores todo junto,

Debajo de un candillo diligente, que verdadera relacion trujese del número y designio de la gente; con comision, si lance le saliese á su honor y defensa conveniente, que al bárbaro escuadron acometiese, volviendo á rienda suelta dos soldados para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado, abrevio con decir que se partieron, y al cuarto día, con ánimo esforzado, sobre el campo enemigo amanecieron: travóse el fuego, y no duró travado, que los bárbaros luego los rompieron, y todos con cuidado y piés ligeros revolvieron á ser los mensajeros.

Sin aliento, cansados y afligidos vuelven con testimonio asaz bastante, de como fueron rotos y vencidos por la fuerza del bárbaro pujante, lasos, llenos de sangre, mal heridos, con pérdida de un hombre, el cual delante y en medio de los campos desmandado, á manos de Lautaro habia espirado.

Cuentan, que levantado un muro habia á donde con sus bárbaros se acoge, y que infinita gente le acudia, de la cual la mas diestra y fuerte escoge: tambien que bastimentos cada día y cantidad de municion recoge, afirmando por cierto, fuera desto, que sobre la ciudad llegaría presto.

Quien incrédulo dello antes estala, teniendo allí el venir por desvario, á tan clara señal crédito daba, belándole la sangre un miedo frio: quién de pura congoja trasudaba, que de Lautaro ya conoce el brio; quién con ardiente y animoso pecho bramaba por venir mas presto al hecho.

Villagran enfermado acaso habia, no puede á la sazón seguir la guerra; mas con ruegos y dádivas movia la gente mas gallarda de la tierra: y por caudillo en su lugar ponía un caro primo suyo, en quien se encierra

todo lo que conviene á buen soldado , Pedro de Villagran era llamado.

Este , sin mas tardar , tomó el camino en demanda del bárbaro Lautaro , y el cargo que tan loco desatino como es venir allí le cueste caro : dióse tal prisa á andar , que presto vino á la corva ribera del rio elaro , que vuelve atrás en circulo gran trecho , despues hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña , elige un puesto , de donde estaba el bárbaro alojado , en el lugar mejor y mas dispuesto , y allí por ver la noche ha reparado : estaba á cualquier trance y rumor presto , de guardia y centinelas rodeado , cuando sin entender la cosa cierta gritaban : ¡ arma ! ¡ arma ! ¡ alerta ! ¡ alerta !

Esto fue que Lautaro habia sabido como allí nuestra gente era llegada , que despues de la haber reconocido por su misma persona y numerada , volvióse sin de nadie ser sentido ; y mostrando estimar aquello en nada , hizo de los caballos que tenia soltar el de mas furia y lozanía.

Diciendo en alta voz : si no me engaño , no deben de saber que soy Lautaro de quien han recibido tanto daño , daño que no tendrá jamás reparo : mas , porque no me tengan por extraño ; y el ser yo aquí venido sea mas claro , sabiendo con quien vienen á la prueba , quiero que este rocín lleve la nueva.

Diez caballos , señor , habia ganado en la refriega y última revuelta : el mejor ensillado y enfrenado , porque diese el aviso cierto , suelta : siendo el feroz caballo amenazado , hacía el campo español toma la vuelta al rastro y al olor de los caballos , y esta fue la ocasion de alborotallos.

Venia con un rumor y furia tanta , que dió mas fuerza al arma y mayor fuego ; la gente recatada se levanta con sobresalto y gran desasosiego : el escándalo tanto no fue cuanta era despues la burla , risa y juego , de ver que un animal de tal manera en arma y alboroto los pusiera.

Pasaron sin dormir la noche en esto , hasta el nuevo apuntar de la mañana , que con ánimo y firme presupuesto de vencer ó morir de buena gana salen del sitio y alojado puesto contra la gente bárbara araucana , que no menos estaba aenciada de venir al efecto de la espada.

Un edicto Lautaro puesto habia que quien fuera del muro un paso diese , como por crimen grave y rebeldía , sin otra informacion luego muriese : así , el temor frenando á la osadía , por mas que la ocasion la conmoviese , las riendas no rompió de la obediencia ni el ímpetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto , no dejando salir soldado fuera ; quiere que su partido sea mas cierto , encerrando á los nuestros de manera que no les aproveche en campo abierto de ligeros caballos la carrera mas solo ánimo , esfuerzo y entereza , y la virtud del brazo y fortaleza.

Era el órden así , que acometiendo

la plaza , al tiempo del herir volviesen las espaldas los bárbaros huyendo , porque dentro los nuestros se metiesen : y algunos por defuera revolviendo , antes que los cristianos se advirtiesen , ocuparles las puertas del cerreado , y combatir allí á campo cerrado.

Con tal ardid los indios aguardaban á la gente española que venia ; y en viéndola asomar , la saludaban alzando una terrible vocería : soberbios desde allí la amenazaban con audacia , desprecio y bizarria , quién la fornida pica blandeando , quién la maza ferrada levantando.

Como toros que van á ser lidiados , cuando aquellos que cerca los desean , con silvos y rumor de los tablados (seguros de peligro) los torea , y en su daño los hierros amolados sin miedo amenazándolos blandean ; así la gente bárbara araucana del muro amenazaba á la cristiana.

Los españoles , siempre con semblante de parecerles poca aquella caza , paso á paso caminan adelante , pensando de allanar el fuerte y plaza , en alta voz diciendo : no es bastante el muro , ni la pica y dura maza á estorbaros la muerte merecida , por la gran desvergüenza cometida.

Llegados de la fuerza poco trecho , reconocida bien por cada parte , pónenle el rostro , y sin torcer , derecho asaltan el fosado baluarte : por acabado tienen aquel hecho : de los bárbaros huye la mas parte , ganan las puertas francas con gran gloria , cantando en altas voces la vitoria.

No hubiera relacion deste contento si los primeros indios aguardáran tanto espacio y sazón cuanto un momento que las puertas los últimos tomáran : mas viéndolos entrar , sin sufrimiento , ni poderse abstener , luego reparan : haciendo la señal que no debían , hicieron revolver los que huían.

Como corre el caballo cuando ha oido las yeguas que atrás quedan y querencia , que allí el intento inclina y el sentido , gime y relincha con celosa ausencia , alaja el curso , atrás tiende el oído alerta á si el señor le da licencia , que á dar la vuelta aun no le ha señalado , cuando sobre los piés ha volteado ;

De aquel modo los bárbaros huyendo , con muestra de temor , aunque fingida , firman el paso presuroso oyendo la alegre y cierta seña conocida : y encontra de los nuestros esgrimiendo la cruda espada , al parecer rendida , vuelven con una furia tan terrible que el suelo retendió del son horrible.

Como por sesgo mar del manso viento siguen las graves olas el camino , y con furioso y recio movimiento salta el contrario coro repentino : que las arenas del profundo asiento las saca arriba en turbio remolino , y , las hinchadas olas revolviendo , al tempestuoso coro van siguiendo ;

De la misma manera á nuestra gente , que el alcance sin término seguía , la subita mudanza de repente le turbó la victoria y alegría :

que, sin reparar, violentamente por el mismo camino revolvía, resistiendo con ánimo esforzado el número de gente aventajado.

Mas como un caudaloso río de fama, la presa y palizada desatando, por inculto camino se derrama, los arraigados troncos arrancando; cuando con desfrenado curso brama, cuanto topa delante arrebatando, y los duros peñascos enterrados por las furiosas aguas son llevados;

Con impetu y violencia semejante los indios á los nuestros arrancaron, y, sin paralles cosa por delante, en furiosa corriente los llevaron: hasta que con veloz furor pujante de la cerrada plaza los lanzaron, que el miedo de perder allí la vida les hizo el paso llano á la salida.

De mas priesa y con piés mas desenvueltos los sueltos españoles que á la entrada, en una polvorosa nube envueltos salen del cerco estrecho y palizada: entre ellos van los bárbaros revueltos, una gente con otra amontonada, que sin perder un punto se herían de manos y de piés como podían.

No el alzado antepecho y agujeros que fuera dél en torno había cavados, ni la fagina y suma de maderos con los fuertes bejuco amarrados detuvieron el curso á los ligeros caballos, de los hierros ostigados; que, como si voláran por el viento, salieron á lo llano en salvamento.

Los españoles sin parar corriendo, libre la plaza á los contrarios dejan, que la fortuna próspera siguiendo con prestos piés y manos los aquejan: pero los nuestros, el morir temiendo, siempre alargan el paso y mas se alejan, reparando á las veces reciamente la gran furia y pujanza de la gente.

Bien una legua largi habian corrido á toda furia por la seca arena; solo Lautaro no los ha seguido, lleno de enojo y de rabiosa pena: viendo el poco sesen del mal regido campo, tan recio el rico cuerno suena, que los mas delanteros lo sintieron, y al son, sin mas correr, se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado, que mirarle á la cara nadie osaba, y al pabellon él solo retirado un nuevo edicto publicar mandaba, que guerrero ninguno fuese osado salir un paso fuera de la cava, aunque los españoles revolviesen y mil veces el fuerte acometiesen.

Después llamando á junta á los soldados, (aunque ardiendo en furor) templadamente les dice: amigos, vamos engañados si con tan poco número de gente pensamos allanar los levantados muros de una ciudad así eminente: la industria tiene aquí mas fuerza y parte que la temeridad del fiero Marte.

Esta los fieros ánimos reprime, y á los flacos y débiles esfuerza: las cervices indómitas oprime en el yugo domésticas por fuerza: esta el honor y pérdidas redime, y la sazón á usar della nos esfuerza; que la industria solícita y fortuna

tienen conformidad y andan á una.

Cumple partir de aquí, muestras haciendo que solo de temor nos retiramos, y asegurar los españoles, viendo como el honor y campo les dejamos; que después á su tiempo revolviendo haremos lo que así dificultamos, teniendo ellos el llano, y por guarida vecina la ciudad fortalecida.

El hijo de Pillan esto decia, cuando asomaba el bando castellano, que con esfuerzo nuevo y osadia quiere probar segunda vez la mano. Fue tanto el alborozo y alegría de los bárbaros viendo por el llano aparecer los nuestros, que al momento gritan y baten palmas de contento.

En esto los cristianos acercando poco á poco se van á la batalla, y al justo tiempo del partir llegando, dejan irse á la bárbara canalla: que unola maza en alto, otro bajando la pica, el cuerpo esento en la muralla, con animoso esfuerzo se mostraban, y al ejercicio bélico incitaban.

Unos acuden á las anchas puertas y comienzan allí el combate duro; descuidos las cabezas bien cubiertas se llegan otros al guardado muro; otros buscan por partes descubiertas la subida y el paso mas seguro: linche el bando español la cava honda, y el araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo español con osadia, cubierto de fortisimos escudos, la lluvia de los tiros resistia y los botes de lanzas muy agudos. Era tanta la grita y armonia, y el espeso batir de golpes crudos, que Maule el rauda curso refrenaba confuso al son que en torno rimbombaba.

Por las puertas y frente y por los lados el muro se combate y se defiende; allí corren con priesa amontonados á donde mas peligro haberse entiende: allí con prestos golpes esforzados á su enemigo cada cual ofende con tan terrible afeto y fuerza dura que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros hacía atrás se retrujeron, de los tiros y golpes impelidos, tres veces, y otras tantas revolviéron de vergonzosa cólera movidos: gran pieza á la fortaleza resistieron: mas ya todos andaban mal heridos, flacos, sin fuerza, lasos, desangrados, y de sangre lo fiero colorados.

El coraje y la cólera de suerte, que va en aumento el daño y la crueza, hallan los españoles siempre el fuerte mas fuerte y en los golpes mas dureza: sin temor acometen de la muerte; pero poco aprovecha esta braveza, que el que menos herido y flaco andaba por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta de ver lo que los nuestros han sufrido de espesos golpes, flecha y piedra tanta que sin cesar sobre ellos ha llovido; y cuán determinados y con cuanta furia tres veces han acometido, desto los enemigos impacientes apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamás cesa, antes que va en furioso crecimiento,



cuando la congelada piedra espesa  
hiere los techos y se esfuerza el viento :  
asi los duros bárbaros, apriesa,  
movidos de vergüenza y corrimiento,  
con lanzas, dardos, piedras arrojadas,  
baten dargas, rodela y celadas.

Los cansados cristianos, no pudiendo  
sufrir el gran trabajo incomfortable,  
se van forzosamente retrayendo  
del vano intento y plaza inespugnable :  
y el destrozado campo recogiendo,  
vista su suerte y hado miserable,  
por el mismo camino que vinieron,  
aunque con menos furia, se volvieron.

Aquella noche al pié de una montaña  
vinieron á tener su alojamiento,  
segura de enemigos la campaña,  
que ninguno salió en su seguimiento :  
decir prometo la cautela extraña  
de Lautaro despues, que ahora me siento  
flaco, cansado, ronco ; y entre tanto  
esforzaré la voz al nuevo canto.

### CANTO XII.

Reengido Lautaro en su fuerza, no quiere seguir la vitoria por  
entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con el Marco  
Veaz, por las cuales Pedro de Villagrau viene á entender el  
peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se re-  
tira. Viene el marques de Cañete á la ciudad de Los Reyes en  
el Perú.

Virtud difícil y difícil prueba  
es guardar el secreto peligroso,  
que la dificultad bien claro prueba  
cuanto es sano, seguro y provechoso ;  
y el poco fruto y mucho mal que lleva  
el vicio inútil del hablar dañoso :  
ejemplo los de Líbico homicidas,  
y otros que les costó el hablar las vidas.

Veránse por los ojos y escrituras  
en los presentes tiempos y pasados  
crueidades, ruinas, desventuras,  
infamias, puniciones de pecados,  
grandes yerros en grandes coyunturas,  
pérdidas de personas y de estados :  
todo por no sufrir el indiscreto.  
la peligrosa carga del secreto.

De los vicios, el menos de provecho  
y por donde mas daño á veces viene,  
es el no retener el fácil pecho  
el secreto hasta el tiempo que conviene :  
rompe y deshace al fin todo lo hecho ;  
quita la fuerza que la industria tiene,  
guerra, furor, discordia, fuego enciende :  
al propio dueño y al amigo vende.

Por esto el sabio hijo de Pillano  
la causa á sus soldados encubria  
de no dejar salir gente á lo llano  
siguiendo la vitoria de aquel dia :  
y el retirado campo castellano,  
seguro á paso largo por la via,  
como dije, la furia quebrantada,  
toma de la ciudad la vuelta usada.

Usar Lautaro desta maña, entiendo  
que fuese para algun segaz intento,  
el cual, por conjeturas, comprehendo  
ser de gran importancia y fundamento.  
Dejado esto á su tiempo, y revolviendo  
á los nuestros, que así del fuerte asiento  
se alejan, á tres leguas otro dia  
hicieron alto, asiento y rancheria.

Dos dias los españoles estuvieron  
haciendo de los bravos aguardando ;  
pero jamás los bárbaros vinieron,  
ni gente pareció del otro bando :  
al fin dos de los nuestros se atrevieron

á ver el fuerte, y cerca dél llegando,  
oyeron una voz alta del muro  
diciéndoles : llegaos, que os doy seguro.

Al uno por su nombre lo llamaba,  
con el cierto seguro prometido,  
el cual, dejando al otro, se llegaba  
por conocer quien era el atrevido :  
llegado el español junto á la cava,  
el de la voz fue luego conocido,  
que era el gallardo hijo de Pillano,  
tratado dél un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado  
con sobrevista de oro guarnecida,  
en una gruesa pica recostado  
por el ferrado regaton asila :  
el ancho y duro hierro colorado  
y de sangre la media hasta teñida ;  
puesta de limpio acero una celada  
abierta por mil partes y abollada.

Llegado el español donde podia  
hablarle y entenderle claramente,  
el bizarro Lautaro le decia :  
Marcos, de tí me espanto estrañamente  
y desa tu ignorante compañía,  
que sin razon y seso, ciegamente  
penseis así de mi opinion mudarme  
y ser bastantes todos á enojarme.

¿Qué intento os mueve ó qué furor insano,  
que así quereis tyrarizar la tierra ?  
¿no veis que todo agora está en mi mano,  
el bien vuestro y el mal, la paz, la guerra ?  
¿no veis que el nombre y crédito araucano  
los levantados ánimos atierra ?  
¿qué solo el son al mundo pone miedo  
y quebranta las fuerzas y el denuedo ?

En los pueblos no fuistes poderosos  
de defender las propias posesiones,  
que es cosa, que aun los pájaros medrosos  
hacen rostro en su nido á los leones :  
¿y en los desiertos campos pedregosos  
pensais de sustentar los pabellones  
en tiempo que estais mas amedrentados,  
y mas vuestros contrarios animados ?

Es, á mi parecer, loca osadía  
querer contra nosotros sustentarnos,  
pues ni por arte, maña ni otra via  
podeis en nuestro daño aprovecharos :  
si lo quereis llevar por valentia,  
haste el presente estrago á escarmentaros ;  
que fresca sangre aun vierten las heridas,  
y della aquí las yerbas veo teñidas.

Pues dejar yo jamás de perseguiros,  
segun que lo juré, será escusado,  
hasta dentro en España he de seguiros,  
que así lo he prometido al gran senado :  
mas si quereis en tiempo reduciros,  
haciendo lo que aquí será mandado,  
saldré de la promesa y juramento,  
y vosotros saldreis de perdimiento.

Treinta mujeres vírgenes apuestas  
por tal concierto habeis de dar cada año,  
blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,  
de quinze años á veinte, sin engaño :  
han de ser españolas ; y tras estas  
treinta capas de verde y fino paño,  
y otras treinta de púrpura, tejidas  
con fino hilo de oro guarnecidas :

Tambien doce caballos poderosos  
nuevos y ricamente enjaezados,  
domésticos, ligeros y furiosos,  
debajo de la rienda concertados :  
y seis diestros lebreles animosos  
en la caza, me habeis de dar cebados :  
este solo tributo estorbaria  
lo que estorbar el mundo no podría.

Atento el castellano le escuchaba, estando de la plática gustoso; mas cuando á estas razones alegaba no pudo aquí tener ya mas reposo: así impaciente al bárbaro atajaba diciéndole: no estés tan orgulloso, que las parias que pides ¡oh Lautaro! te costarán, si esperas, presto caro.

En pago de tu loco atrevimiento te darán españoles por tributo cruda muerte, con áspero tormento, y Arauco cubrirán de eterno luto. Lautaro dijo: es eso hablar al viento; sobre ello, Marcos, mas yo no dispueto; las armas, no la lengua, han de tratarlo. y la fuerza y valor determinarlo.

Libre puedes decir lo que quisieres, como aquel que seguro le está dado, que tú despues harás lo que pudieres, y yo podré hacer lo que he jurado: tratemos de otras cosas de placeres, quede para su tiempo comenzado; y quíerote mostrar, pues tiempo hallo, una lucida escuadra de caballo.

Que, para que no andéis tan al seguro, acuerdo de tener tambien caballos, y de imponer mis súbditos procuro á saberlos tratar y gobernarlos. Esto dijo Lautaro, y desde el muro á seis dispuestos mozos sus vasallos mandó que en seis caballos cabalgasen, y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes, á la vez caladas, salieron á caballo seis chilcanos, pintadas y anchas dargas embrizadas, gruesas lanzas terciadas en las manos: vestidas fuertes cotas, y tocadas las cabezas al modo de africanos, mantos por las caderas derribados, los brazos hasta el codo arremangados:

Y con airosa muestra por delante del atento español dos vueltas dieron; pero ni de su puesto y buen semblante punto que se notase le movieron: antes con muestra y ánimo arrogante, en alta voz, que todos lo entendieron, (que el muro estaba ya lleno de gente) habló así con Lautaro libremente.

En vano ¡oh capitán! cierto trabaja quien pretende con fieros espantarme; no estimo lo que ves en una paja, ni alardes pueden punto amedrentarme; y por mostrar si temo la ventaja, yo solo con los seis quiero probarme, dó verás, que á seis mil seré bastante: vengan luego á la prueba aquí delante.

Lautaro respondió: Marcos, si mueres tanto por nos mostrar tu fuerza y brío, el mínimo que dellos escogieres á pié vendrá contigo en desafío del modo y la manera que quisieres: elige armas y campo á tu albedrío, ora con ellas, ora desarmados; á puños, coces, uñas y á bocados.

El español le dijo: yo te digo que mi honor en tal caso no consiente darles uno por uno su castigo, porque jamás se diga entre la gente que cuervo á cuerpo bárbaro conmigo en campo osase entrar singularmente: por tanto, si no quieres lo que pido, no quiero yo acetar otro partido.

No vinieron en esto á concertarse: despues por otras cosas discurrieron; pero llegado el tiempo de apartarse,

del bárbaro, los dos se despidieron: vueltos á su camino, oyen llamarse, y á la voz conocida revolvieron, que era el mesmo Lautaro quien llamaba, diciendo: una razon se me olvidaba.

Tengo mi gente triste y allijida, con gran necesidad de bastimento, que me falta del todo la comida por órden mala y poco regimiento: pues la teneis de sobra recogida, haced un liberal repartimiento proveyéndonos della, que á mi cuenta mas la gloria y honor vuestro acrecienta:

Que en el inculto estado es uso antiguo, y entre buenos soldados ley guardada, alimentar la fuerza al enemigo para solo oprimirle por la espada: estad, Marcos, atento á lo que digo, y entended, que será cosa loada, que digan que las fuerzas sujuzgastes que para mayor triunfo alimentastes.

Que se llame victoria yo lo dudo cuando el contrario á tal extremo viene que en aquello que nunca el valor pudo la hambre miserable poder tiene, y al fuerte brazo indómito y membrudo lo debilita, doma y lo detiene; y así por bajo modo y estrechez, viene á parecer fuerte la flaqueza.

Era, señor, su intento que pensase ser la necesidad, fingida, cierta, para que nuestra gente se animase de industria abriendo aquella falsa puerta; y con esto inducir la á que esperase, teniendo así su astucia mas cubierta, hasta que el fin llegase deseado del cauteloso engaño fabricado.

Marcos, de las palabras conmovido, le dice: yo prometo de intentallo por solo esas razones que las movido; y hacer todo el poder en procurallo. Habiéndose con esto despedido, revolviendo las riendas al caballo, él y su compañero caminaron hasta que al español campo llegaron.

De todo al punto Villagrá informado cuanto á Marcos Lautaro dicho habia, sospechoso, confuso y admirado de ver que bastimentos le pedia: era sagaz, celoso y recatado revolviendo la presta fantasía, los secretos designios comprehende, y el peligroso estado y trance entiende;

Y, en el presto remedio resuelto, cuando el mundo se muestra mas oscuro, sin tocar trompa, del peligro instruto, toma el camino á la ciudad seguro, maravillado del ardid astuto.

Pero de nuestra gente ahora no curo, que quiero antes decir el modo extraño de la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aun no era bien la nueva luz llegada, cuando luego los bárbaros supieron la súbita partida y retirada, que no con poca muestra lo sintieron, viendo claro que al fin de la jornada por un espacio breve no pudieron hacer en los cristanos tal matanza que nadie dellos mas tomara lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña, que es en un bajo y recogido llano, de acequias copiosísimas se baña por zanjias con industria hechas á mano: rotas al nacimiento, la campaña se hace en breve un lago y gran pantano;

la tierra es honda, floja, anegadiza,  
hueca, falsa, esponjada y movidiza:

Quedáran, si las zanjas se rompieran,  
en agua aquellos campos empapados;  
moverse los caballos no pudieran  
en pegajosos lodos atascados:  
á donde, si aguardáran, los cogieran  
como en liga á los pájaros cebados:  
que ya Lautaro, con despacho presto,  
había en ejecución el ardid puesto.

Triste por la partida y con despecho  
la fuerza desampara el mismo día,  
y el camino de Arauco mas derecho  
marcha con su escuadron de infantería:  
revuelve y traza en el cuidadoso pecho  
diversas cosas, y en ninguna había  
el consuelo y disculpa que buscaba,  
y entré si razonando, suspiraba.

Diciendo: ¿qué color puede bastarme  
para ser desta culpa reservado?  
no pretendí yo mucho de encargarme  
de cosa que me deja bien cargado?  
¿de quién sino de mí puedo quejarme,  
pues todo por mí mano se ha guiado?  
¿Soy yo quien prometió en un año solo  
de conquistar del uno al otro polo?

Mientras que yo con tan lucida gente  
ver el muro español aun no he podido,  
la Luna ya tres veces frente á frente  
ha visto nuestro campo mal regido:  
y el carro de Faeton resplandeciente  
del escorpio al Acuario ha discurrido;  
y al fin damos la vuelta maltratados,  
con pérdida de mas de cien soldados.

Si con morir tuviese confianza  
que una vergüenza tal se colorase,  
haria á mi inútil brazo que esta lanza  
el débil corazon me atravesase;  
pero daria de mí mayor venganza  
y gloria al enemigo si pensase  
que temí mas su brazo poderoso  
que el flaco mio cobarde y temeroso.

Yo juro al infernal poder eterno,  
si la muerte en un año no me atierra,  
de echar de Chile el español gobierno,  
y de sangre empapar toda la tierra:  
ni mudanza, calor, ni crudo invierno  
podrán romper el hilo de la guerra,  
y dentro del profundo reino oscuro  
no se verá español en mí seguro.

Hizo tambien solene juramento  
de no volver jamás al nido caro,  
ni del agua, del sol, sereno y viento  
ponerse á la defensa ni al reparo:  
ni de tratar en cosas de contento  
hasta que el mundo entienda de Lautaro  
que cosa no emprendió dificultosa  
sin darla, con valor, salida honrosa.

En esto le parece que alojaba  
la cuerda del dolor, que á veces tanto  
con grave y dura afrenta le apretaba,  
que de perder el seso estuvo á canto:  
así el feroz Lautaro caminaba,  
y al fin de tres jornadas, entre tanto  
que el esperado tiempo se acerca,  
se aloja en una vega á la marina.

Junto á donde con recio movimiento  
baja de un monte titá caudaloso,  
atravesando aquel umbroso asiento  
con sesgo curso, grave y espaciado:  
los árboles provocan á contento,  
el viento sopla allí mas amoroso,  
burlando con las tiernas florecillas,  
rojas, azules, blancas y amarillas.

Siete leguas de Penco justamente

es esta deleitosa y fértil tierra,  
abundante, capaz y suliciente  
para poder sufrir gente de guerra:  
tiene cerca á la banda del oriente  
la grande cordillera y alta sierra  
de donde el caudo titá apresurado  
baja á dar su tributo al mar salado.

Fue un tiempo de españoles; pero habia  
la prometida fe ya quebrantado,  
viendo que la fortuna parecia  
declarada de parte del Estado;  
el cual veinte y dos leguas contenia:  
este era su distrito señalado;  
pero tan grande crédito alcanzaba  
que toda la nacion le respetaba.

Los españoles ánimos bríosos  
este los puso humildes por el suelo;  
este los bajos, tristes y medrosos  
hace que se levanten contra el cielo,  
y los extraños pueblos poderosos  
de miedo de este viven con recelo;  
los remotos vecinos y extranjeros  
se rinden y someten á sus fueros.

Pues la flor del Estado desamoldo  
estaba al tardo tiempo en esta vega,  
tardo para quien gusto está esperando;  
que al que no espera bien, bien presto llega;  
pero, el tiempo y sazón apresurando,  
á sus valientes bárbaros congrega,  
y antes que se metiesen en la via,  
estas breves razones les decia:

Amigos: si entendiése que el deseo  
de combatir sin otro miramiento,  
y la fogosa gana que en vos veo,  
fuese de la vitoria el fundamento,  
hágoos saber de mí que cierto creo  
estar en vuestra mano el vencimiento;  
y un paso atrás volver no me hiciera  
si el mundo sobre mí todo viniera.

Mas no es solo con ánimo adquirida  
una cosa difícil y pesada:  
¿qué aprovecha el esfuerzo sin medida  
si tenemos la fuerza limitada?  
Mas ésta (aunque con límite) regida  
por industrioso ingenio y gobernada,  
de duras y de muy dificultosas  
hace llanas y fáciles las cosas.

¿Cuántos vemos el crédito perdido  
en afrentoso y misero destierro  
por solo haber sin término ofrecido  
el pecho osado al enemigo hierro?  
que no es valor, mas antes es tenido  
por loco, temerario y torpe yerro:  
valor es ser al orden obediente,  
y locura sin orden ser valiente.

Como en este negocio y gran jornada  
con tanto esfuerzo así nos destruimos,  
fue porque no miramos jamás nada  
sino al ciego apetito á quien seguimos:  
que á no perder, por furia anticipada,  
el tiempo y coyuntura que tuvimos,  
no quedara español ni cosa alguna  
á la disposición de la Fortuna.

Si al entrar de la fuerza reportados  
alli algun sufrimiento se tuviera,  
fueran vuestros esfuerzos celebrados,  
pues ningún enemigo se nos fuera:  
en la ciudad estaban descuidados:  
con la gente que andaba por defuera  
hiciéramos un hecho y una suerte  
que no la consumieran tiempo y muerte.

Pero quiero poneros advertencia,  
que habeis por la razon de gobernarnos,  
haciendo al movimiento resistencia  
hasta que la sazón venga á llamarnos:

y no salirme un punto de obediencia ,  
ni á lo que no os mandare adelantaros;  
que en el inobediente y atrevido  
haré ejemplar castigo nunca oído.

Y, pues volvemos ya donde se muestra  
nuestro poco valor, por mal regidos,  
en fe que habeis de ser, alza la diestra,  
en el primer honor restituidos,  
o el campo regará la sangre nuestra,  
y habemos de quedar en él tendidos  
por pasto de las brutas bestias lieras,  
y de las sucias aves carniceras.

Con esto fue la plática acabada,  
y la trompeta á levantar tocando,  
dieron nuevo principio á su jornada,  
con la usada presteza caminando:  
yendo así al descubrir, de una ensenada,  
por Mataquino á la derecha entrando,  
un bárbaro encontraron por la vía,  
que del pueblo les dijo que venia.

Este les afirmó con juramento  
que en Mapochó se sabe su venida;  
ora les dió la nueva della el viento,  
ora de espías solícitas sabida:  
tambien que de copioso bastimento  
estaba la ciudad ya prevenida,  
con defensa, reparos, provisiones,  
pertrechos, aparatos, municiones.

Certificado bien Lautaro desto,  
muda el primer intento que traía,  
viendo ser temerario presupuesto  
seguirle con tan poca compañía:  
piensa juntar mas gentes, y de presto  
un fuerte asiento que en el valle habia  
con ingenio y euidado diligente  
comienza á reforzarle nuevamente.

Con la priesa que dió dentro metido,  
y ser dispuesto el sitio y reparado,  
fue en breve aquel lugar fortalecido,  
de foso y fuerte muro rodeado:  
gente á la fama desto habia acudido,  
codiciosa del robo deseado.  
Forzoso me es pasar de aquí corriendo  
que siento en nuestro pueblo un gran estruendo.

Sábase en la ciudad por cosa cierta  
que á toda furia el hijo de Pillano,  
guiando un escuadron de gente esperta,  
viene sobre ella con armada mano:  
el súbito temor puso en alerta  
y confusion al pueblo castellano;  
mas la sangre, que el miedo helado habia,  
de un ardiente coraje se encendia.

A las armas acuden los bríos,  
y aquellos que los años agravaban  
con industrias y avisos provechosos  
la tierra y partes flacas reparaban:  
tras estos treinta mozos animosos  
y un astuto caudillo se aprestaban,  
que con algunos bárbaros amigos  
fuesen á descubrir los enemigos.

Villagrà á la sazón no residia  
en el pueblo español alborotado,  
que para la Imperial partido habia  
por camino de Arauco desviado:  
mas ya con nueva gente revolvía,  
y junto de dó el bárbaro cercado  
de gruesos troncos y fagina estaba,  
sin saberlo una noche se alojaba.

Cuando la alegre y fresca aurora vino,  
y él la nueva jornada comenzaba,  
al calar de una loma, en el camino  
un comarcano bárbaro encontraba,  
el cual le dió la nueva del vecino  
campo, y razon de cuanto en él pasaba;  
que todo bien el mozo lo sabia,

como aquel que á robar de allá venia.

Entendió el español, del indio, cuanto  
el bárbaro enemigo determina,  
y como allega gentes, entretanto  
que el oportuno tiempo se avecina:  
no puso á los cautenes esto espanto,  
y mas cuando supieron que vecina  
venia tambien la gente nuestra armada,  
que dellos aun no estaba una jornada.

Villagrán le pregunta si podria  
ganar al araucano la albarrada:  
sonriéndose el indio respondia  
ser cosa de intentar bien escusada,  
por el reparo y sitio que tenia,  
y estar por las espaldas abrigada  
de una tajada y peñascosa sierra,  
que por aquella parte el fuerte cierra.

Dijole Villagrán: Yo determino  
por esa relacion tuya guiarme,  
y abrir por la montaña alta el camino,  
que quiero á cualquier cosa aventurarme  
y si donde está el campo lautarino  
en una noche puedes tú llevarme,  
del trabajo serás gratificado,  
y al fuego, si me mientes, entregado.

Sin temor dice el bárbaro: Yo juro  
en menos de una noche de llevarle  
por difícil camino aunque seguro;  
desta palabra puedes confiarle:  
de Lautaro despues no te aseguro;  
ni tu gente y amigos serán parte  
á que si vais allá no os coja á todos  
y os dé civiles muertes de mil modos.

No le movió el temor que le ponía  
á Villagrán el bárbaro guerrero,  
que visto cuan sin miedo se ofrecia,  
le pareció de trato verdadero:  
y á la gente del pueblo, que venia,  
despacha un diligente mensajero,  
para que con la priesa conveniente  
con él venga á juntarse brevemente.

Pues otro dia allí juntos, se dejaron  
ir por dó quiso el bárbaro guiallos,  
y en la cerrada noche no cesaron  
de aligir con espuelas los caballos.  
Despues se contará lo que pasaron,  
que cumple por agora aquí dejallo,  
por decir la venida en esta tierra  
de quien dió nuevas fuerzas á la guerra.

Hasta aquí, lo que en suma he referido  
yo no estuve, Señor, presente á ello;  
y así, de sospechoso, no he querido  
de parciales intérpretes sabello:  
de ambas las mismas partes lo he aprendido,  
y pongo justamente solo aquello  
en que todos concuerdan y confieren,  
y en lo que en general menos difieren.

Pues que, en autoridad de lo que digo,  
vemos que hay tanta sangre derramada,  
prosiguiendo adelante, yo me obligo,  
que irá la historia mas autorizada:  
podré ya discurrir como testigo  
que fui presente á toda la jornada,  
sin cegarme pasion, de la cual huyo,  
ni quitar á ninguno lo que es suyo.

Pisada en esta tierra no han pisado  
que no haya por mis piés sido medida;  
golpe ni cuchillada no se ha dado  
que no diga de quien es la herida:  
de las pocas que dí estoy disculpado,  
pues tanto por mirar, embebecida  
truje la mente en esto y ocupada,  
que se olvidaba el brazo de la espada.

Si causa me incitó á que yo escribiese  
con mi pobre talento y torpe pluma,

fue que tanto valor no pereciese,  
ni el tiempo injustamente lo consuma:  
que el mostrarme yo sabio me moviese,  
ninguno que lo fuere lo presuma:  
que, cierto, bien entiendo mi pobreza  
y de las flacas sienes la estrechez.

De mi poco caudal bastante indicio  
y testimonio aquí patente queda:  
va la verdad desnuda de artificio,  
para que mas segura pasar pueda:  
perosi fuera desto lleva vicio,  
pido que por merced se me conceda  
se mire en esta parte el buen intento,  
que es solo de acertar y dar contento:

Que aunque la barba el rostro no ha ocupado,  
y la pluma á escribir tanto se atreve,  
que de crédito estoy necesitado,  
pues tan poco á mis años se le debe;  
espero que será, Señor, mirado  
el celo justo y causa que me mueve;  
y esto la voluntad se tome en cuenta  
para que algun error se me consienta.

Quiero dejar á Arauco por un rato:  
que para mi discurso es importante  
lo que forzado aquí del Perú trato,  
aunque de su comarca es bien distante:  
y para que se entienda mas barato,  
y con facilidad lo de adelante,  
si Lautaro me deja, diré en breve  
la gente que en su daño ahora se mueve.

El marqués de Cañete era llegado  
á la ciudad insigne de los Reyes,  
de Carlos Quinto máximo enviado  
á la guarda y reparo de sus leyes:  
este fue por sus partes señalado  
para virey de donde dos vireyes  
por los rebeldes brazos atrevidos  
habian sido á la muerte conducidos.

Oliendo el virey nuevo las pasiones  
y maldades por uso introducidas,  
el ánimo dispuesto á alteraciones,  
en leal apariencia entretejidas;  
los agravios, insultos y traiciones,  
con tanta desvergüenza cometidas,  
viendo, que aun el tirano no hedia,  
que aunque muerto, de fresco se bullia;

Entró como sagaz y receloso,  
no mostrando el cuchillo y duro yerro,  
que fuera en aquel tiempo peligroso,  
y dar con hierro en un notable yerro:  
mostrándose benigno y amoroso,  
trayéndoles la mano por el cerro,  
hasta tomar el paso á la malicia,  
y dar mas fuerza y mano á la justicia.

En tanto que las cosas disponia,  
para limpiar del todo las maldades,  
quitando las justicias, las ponía  
de su mano por todas las ciudades;  
estas eran personas que entendia  
haber en ellas justas calidades,  
de Dios, del rey, del mundo temerosas,  
en semejantes cargos provechosas.

Entretenia la gente y sustentaba  
con son de un general repartimiento,  
y el mas culpado mas premio esperaba,  
fundado en el pasado regimiento.  
El marqués entre tanto se informaba,  
llevando deste error diverso intento;  
que no solo dió pena á los culpados,  
mas renovó los yerros perdonados:

Pues cuando con el tiempo ya pensaron  
que estaban sus insultos encubiertos,  
en público pregon se renovaron,  
y fueron con castigo descubiertos,  
que casi en los mas pueblos que pecaron

amanecieron en un tiempo muertos  
aquellos que con mas poder y malo  
habian seguido el bando del tirano.

No condono, Señor, los que murieron,  
pues fueron perdonados y admitidos,  
cuando á vuestro servicio en sazón fueron,  
y en importante tiempo reducidos;  
quedando los errores que tuvieron  
á vuestra gran clemencia remitidos.  
De vos solo, Señor, es el juzgarlos,  
y el poderlos salvar ó condenarlos.

Dar mi secreto en esto yo no puedo,  
que siempre en casos de honra lo rehúso:  
solo digo el terror y extraño miedo  
que en la gente soberbia el marqués puso  
con el castigo á la sazón acedo,  
dejando el reino atónito y confuso,  
del temerario hecho tan dudoso,  
que aun era imaginarlo peligroso.

A quien hallaba culpa conocida,  
del Perú le destierra en penitencia,  
que es entre ellos la afrenta mas sentida  
y que se toma menos en paciencia:  
el justo de ejemplar, y recta vida,  
temeroso escudriña la conciencia,  
viendo el rigor de la justicia airada,  
que ya desenvainado habia la espada.

Y algunos capitanes y soldados,  
que con lustre sirvieron en la guerra  
y esperaban de ser gratificados,  
conforme á los humores de la tierra,  
recelando tenerlos agraviados,  
del reino en son de presos los destierra,  
remitiendo las pagas á la mano  
de rey tan poderoso y soberano.

Esto puso suspensa mas la gente,  
la causa del destierro no sabiendo;  
no entiende si es injusto ó justamente;  
solo sabe callar y estar tremiendo:  
teme la furia y el rigor presente,  
y á inquirir la razon no se atreviendo,  
tiende á cualquier rumor atento oído;  
mas no puede sentir mas del ruido.

Temor, silencio y confusion andaba,  
atónita la gente discurría,  
nadie la oculta causa preguntaba,  
que aun preguntar error le parecia:  
por saber, uno á otro se miraba,  
y el mas sabio los hombros encogia,  
temiendo el golpe del furor presente,  
movida al parecer por accidente.

Fue hecho tan sagaz, grande y osado,  
que pocos con razon le van delante,  
asaz en estos tiempos celebrado,  
y á los ánimos sueltos importante:  
por él quedó el Perú atemorizado,  
temerario, rebelde y arrogante  
y á la justicia el paso mas seguro,  
con mayor esperanza en lo futuro.

Así enfrenó el Perú, con un bocado  
que no le romperá jamás la rienda,  
haciendo al ambicioso y alterado  
contentarse con sola su hacienda;  
y el bullicio y deseo inordenado,  
le redujo á quietud y nueva enmienda:  
que poco lo mal puesto permanece,  
como por la experiencia al fin parece.

Quien antes no pensaba estar contento  
con veinte ó treinta mil pesos de renta,  
enfrena de tal suerte el pensamiento  
que solo con la vida se contenta:  
después hizo el marqués repartimiento  
entre los beneméritos de cuenta  
para esforzar los ánimos caídos  
y dar mayor tormento á los perdidos.

Con ejemplos así y acaecimientos,  
¿cómo vemos que tantos van errados,  
que sobre arena y frágiles cimientos  
fabrican edificios levantados?  
Bien se muestran sus flacos fundamentos,  
pues por tierra tan presto derribados  
con afrentoso nombre y voz los vemos,  
huyendo su infición cuanto podemos.

¡Oh vano error! ¡oh necio desconcierto,  
del torpe que con ánimo ignorante  
no mira en el peligro y paso incierto  
las pisadas de aquel que va delante,  
teniendo, á costa ajena, ejemplo cierto,  
que el brazo del amigo mas constante  
ha de esparcir su sangre en su disculpa,  
lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algún tiempo falsamente  
sobre traidores hombres sostenido,  
que el viento que se mueve de repente  
le aligie, altera y turba aquel ruido:  
pues que cuando la voz del rey se siente,  
no hay son tan duro y áspero al oído:  
que tiene solo el nombre fuerza tanta  
que los huesos le oprime y le quebranta.

Que le asome fortuna algún contento,  
¡con cuántos sinsabores va mezclado!  
aquel recelo, aquel desabrimiento,  
aquel triste vivir tan recatado:  
traga el duro morir cada momento,  
témese del que está mas confiado:  
que la vida antes libre y amparada  
está sujeta ya á cualquier espada.

Negando al rey la deuda y obediencia,  
se somete al mas mínimo soldado,  
poniendo en contentarle diligencia,  
con gran miedo y solícito cuidado;  
y aquellos mas amigos en presencia,  
las lanzas le enderezan al costado,  
y sobre la cabeza aparejadas  
le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta,  
cualquier secreto piensa que es negarle:  
si el brazo mueve alguno y lo levanta,  
piensa el triste que fue para matarle  
la sogá arrastra, el lazo á la garganta:  
¿qué confianza puede asegurarle?  
pues mal el que negar al rey procura  
tendrá con un tirano fe segura.

Si no bastare verlos acabados  
tan presto, y que ninguno permanece,  
y los rollos y términos poblados  
de quien tan justamente lo merece;  
bandos, casas, linajes estragados,  
con nombre que los mancha y escurece;  
baste la obligacion con que nacemos,  
que á nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo.  
del discurso y materia que seguia;  
pero aunque vaya ciego discurriendo,  
por caminos mas ásperos sin guia,  
del encendido Marte el son horrendo  
me hará que atine á la derecha via;  
y así seguro desto y confiado,  
me atrevo á reposar que estoy cansado.

### CANTO XIII.

Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Perú; llegan mensajeros de Chile á pedirle socorro el cual, vista ser su demanda importante y justa se le envia grande por mar y por tierra. Tambien se tiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagran, guiado por un indio viene sobre Lautaro.

Dichoso con razon puede llamarse  
aquel que en los peligros arrojado  
dellos sabe salir sin ensuciarse,  
y libre de poder ser imputado:

pero quien destos puede desviarse  
le tengo por mas bienaventurado:  
aunque el peligro afina lo perfeto,  
aquel que dél se aparta es el discreto:

Que muchas veces dá la fantasia  
en cosas que seguro nos promete,  
y un ánimo á salir con ellas cria  
que con temeridad las acomete:  
despues en el peligro desvaria,  
y no acierta á salir de dó se mete:  
que la señora al siervo sometida,  
pierde la fuerza y tino á la salida.

Vereis en el Perú que han procurado  
levantar el tirano y ayudarle,  
para solo mostrar despues de alzado,  
la traidora lealtad en derribarle:  
y con disignio y ánimo dañado  
le dan fuerza, y despues viene á matarle  
la espada infiel, de la maldad autora,  
al rey y amigos pérdida y traidora.

Fraguan la guerra atizan disenciones  
en hábito leal, aunque engañoso,  
pensando de subir mas escalones  
por un áspero atajo y tropezoso:  
al cabo las malvadas intenciones  
vienen á fin tan malo y afrentoso,  
como vereis si bien miráis la guerra  
civil y alteraciones desta tierra.

Deshechos, pues, del todo los nublados  
por el audaz marqués y su prudencia,  
curando con rigor los alterados,  
como quien entendió bien la dolencia:  
en nombre de su rey, á otros tocados  
de aquel olor descubre la clemencia;  
que hasta allí del rigor cubierta estaba,  
con general perdon que los lavaba.

No el atrevido caso y espantoso,  
en el Perú jamás acontecido,  
ni el ejemplar castigo riguroso  
que amansó el fiero pueblo embravecido,  
fue en tal tiempo bastante y poderoso,  
de ensordecer el bárbaro ruido,  
y la voz araucana y clara fama  
que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas  
del daño y perdición de nuestra gente,  
por las vitorias grandes y jornadas  
del araucano bárbaro potente:  
pidiendo las ciudades apretadas  
presuroso socorro y suficiente,  
haciendo relacion de cómo estaban  
y de todas las cosas que pasaban.

Gerónimo Alderete, adelantado,  
á quien era el gobierno cometido,  
hombre en estas provincias señalado,  
y en gran figura y crédito tenido:  
donde como animoso y buen soldado  
habia grandes trabajos padecido;  
(no pongo su proceso en esta historia,  
que dél la general hará memoria).

Presente no se halla á tanta guerra  
y á tales desventuras y contrastes;  
mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,  
cuando la fe de nuevo allí plantastes:  
allí le distes cargo desta tierra,  
de allí con gran favor le despachastes;  
pero cortóle el áspero destino  
el hilo de la vida en el camino.

Fue su muerte así súbita sentida,  
y mas el sentimiento acrecentaba  
ver a gobernacion tan corrompida  
que cada uno por sí se gobernaba:  
andaba la discordia ya encendida,  
la ambicion del mandar se desmandaba:  
al fin, es imposible que acaezca

que un cuerpo sin cabeza permanezca.

Aquellos que de Chile habían venido á pedir el socorro necesario, viendo á su Adelantado fallecido y todo á su propósito contrario, con un semblante triste y alligido, de parecer de todos voluntario piden á don Hurtado que se vea, y de remedio presto los provea.

Diciendo : varón claro y excelente, nuestra necesidad te es manifiesta, y la fuerza del bárbaro potente que tiene á Chile en tanto estrecho puesta : el mas fuerte remedio es llevar gente, esta ya puedes ver cuan cara cuesta. De parte de tu rey te requerimos nos concedas aquí lo que pedimos.

A tu hijo ¡oh marqués! te demandamos, en quien tanta virtud y gracia cabe, porque con su persona confiámos que nuestra desventura y mal se acabe : de sus partes, señor, nos contentamos, pues que por natural cosa se sabe (y aun acá en el comun es habla vieja) que nunca del leon nació la oveja.

Y pues hay tanta falta de guerreros, haciendo esta jornada don García se moverá el comun y caballeros, alegres de llevar tan buena guía : y lo que no podrán muchos dineros podra el amor y buena compañía, ó la vergüenza y miedo de enojarte, ó su propio interés en agradarte.

El marqués de Cañete, respondiendo á la justa demanda alegremente, vino en ello de grado, conociendo ser cosa necesaria y conveniente : y el hijo, hacienda y deudos ofreciendo, al punto derramó en toda la gente gran gana de pasar á aquella tierra á ejercitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece allí y otro se ofrece, así gran gente en número se mueve, y aquel que no le hace, le parece que falta y no responde á lo que debe : hasta en cansados viejos reverdece el erdor juvenil, y se remueve el flaco humor y sangre casi helada con el alegre son de esta jornada.

¡Oh valientes soldados araucanos! las armas prevenid y corazones, y aquel raro valor de vuestras manos temido en las antárticas regiones ; que gran copia de jóvenes lozanos descoge en vuestro daño sus pendones, pensando entrar por toda vuestra tierra haciendo fiero estrago y cruda guerra ;

No con los hierros botos y mohosos de los que las paredes hermosean, ni brazos del torpe ocio perezosos que con gran pesadumbre se rodean, ni los ánimos hechos á reposos que cualquiera mudanza en que se vean los altera, los turba y entorpece y el desusado son los desvaneece ;

Mas hierros templadísimos y agudos, en sangre de tiranos afilados, fuertes brazos, robustos y membrudos, en dar golpes de muerte ejercitados ; ánimos libres, de temor desnudos, en los peligros siempre habituados, que el son horrendo que á otros atormenta los alegra, despierta y alimenta.

Cosa destas yo pienso que ninguna os puede derribar de vuestro estado ;

mas tiéneme dudoso sola una, que nadie della ha sido reservado : esta es la usada vuelta de Fortuna, que siempre alegre rostro os ha mostrado, y es inconstante, falsa y variable, en el mal firme, y en el bien mudable.

Que si la guerra el español procura, haciendo de su espada ufana muestra, ¿ querriáde preguntar, si por ventura corta por mas lugares que la vuestra ? Si la fuerza del brazo le asegura del poder vuestro, y vencedora diestra ; verá, si mira bien en lo pasado, el campo de sus huesos ocupado.

No sé ; pero soberbio y encendido en bético furor el pueblo veo, y al mas triste español apercibido de armas, rico aparato, y buen deseo. ¡ Oh Arauco ! yo te juzgo por perdido : si las obras igualan al arreo, y no templa el camino esta braveza, ¡ ay de tu presuncion y fortaleza !

Del apartado Quito se movieron gentes para hallarse en esta guerra : de Loja, Piura, de Jaen salieron : de Trujillo, de Guanaco y su tierra, de Guamanga, Arequipa concurren gran copia ; y de los pueblos de la sierra, la Paz, Cuzco, y los Charcas bien armados bajaron muchos pláticos soldados.

Trenie la tierra, brama el mar hinchado del alboroto, estruendos y rumores que suenan por el aire delicado de pífanos, trompetas y atambores contra el rebelde pueblo libertado, amenazando ya sus defensores con gruesa y reforzada artillería, que dentro del Estado el son se oía.

De aparatos, jaeces, guarniciones los gallardos soldados se arrecaban ; sobrevistas y galas, invenciones nuevas y costosisimas sacaban : estandartes, enseñas y pendones al viento en cada calle tremolaban : vieran sastres y obreros ocupados en hechuras, recamos y bordados.

Con el concurso y junta de guerreros el grande estruendo y trápala crecía, y los prestos martillos de herreros formaban dura y áspera armonía : el rumor de solícitos armieros todo el anecho contorno ensordecía ; los celosos caballos de lozanos relinchando triscaban con las manos.

Andaba así la gente embarazada con el nuevo bullicio de la guerra ; mas ya de lo importante aparejada, un caudillo salió luego por tierra : llevando copia della encomendada atrevesó á Atacama y la alta sierra con la desierta costa y despoblados, de osamenta de bárbaros sembrados.

La gente principal, todo aprestado, y reliquias del campo que quedaban, para romper el mar alborotado otra cosa que tiempo no aguardaban : mas viendo el cielo ya desocupado, y que las bravas olas aplacaban, con ordenada muestra y rico alarde salieron de Los-Reyes una tarde.

Yo con ellos tambien, que en el servicio vuestro empecé y acabaré la vida, que estando en Inglaterra en el oficio que aun la espada no me era permitida ; llegó allí la maldad en deservicio



vuestro, por los de Arauco cometida,  
y la gran desvergüenza de la gente  
á la real corona inobediente.

Y con vuestra licencia, en compañía  
del nuevo capitán y adelantado  
caminé desde Lóndres hasta el día  
que le dejé en Taboga sepultado;  
de donde, con trabajos, y porfía  
de la Fortuna y vientos, arrojado,  
llegué á tiempo que pude juntamente  
salir con tan furida y buena gente.

Otro escuadron de amigos se me olvida,  
no menos que nosotros necesarios,  
gente templada, mansa y recogida,  
de frailes provisos, comisarios,  
teólogos de honesta y santa vida,  
franciscos, dominicos, mercenarios,  
para evitar insultos de la guerra,  
usados mas allí que en otra tierra.

De varias profesiones y colores  
sale de Lima una lucida banda,  
y en el puerto tendidas por las flores  
estaban mesas llenas de vianda  
con vinos de odoríferos sabores,  
donde luego por una y otra banda  
sobre la verde yerba reclinados  
gustamos los manjares delicados.

Alegres los estómagos, contentos,  
levantados de allí, fuimos traídos  
á dó de verdes ramos y ornamentos  
estaban los bateles prevenidos;  
y al son de varios y altos instrumentos,  
de los caros amigos despedidos,  
en los ligeros barcos nos metemos,  
dando á un tiempo con fuerza al mar los remos.

Los bateles de tierra se alargaban  
dejando con penosa envidia á aquellos  
que en arenosa playa se quedaban,  
sin apartar los ojos jamás dellos.  
Sobre diez galeones arribaban  
los prestos barcos, y saltando en ellos,  
tiempo los marineros no perdieron,  
que las velas al viento descogieron.

De estandartes, banderas, gallardetes  
estaban las diez naves adornadas;  
hiriendo el fresco viento los trinquetes  
comienzan á moverse sosegadas:  
suenan cañones, sacres, falconetes,  
y al doblar de la isleta embarazadas,  
del Austro cargan á babor la escota,  
tomando al Sud-Sudueste la derrota.

Las naos por el contrario mar rompiendo  
la blanca espuma en torno levantaban,  
y á la furia del Austro resistiendo,  
por fuerza, á su pesar, tierra ganaban:  
pero sobre el Garbino revolviendo,  
de la gran cordillera se apartaban;  
y de sola una vuelta que viraron  
el Guarco, al Est-Nordeste se hallaron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos,  
con China de otro bordo emparejando;  
en alta mar trás estos nos metimos  
sobre la Nasca fértil arribando,  
y al esforzado Noto resistimos,  
su furia y bravas olas contrastando,  
no bastando los recios movimientos  
de dos tan poderosos elementos.

¿Que haya en Perú no es caso soberano  
tanta mudanza en tres leguas de tierra,  
que cuando es en los llanos el verano  
los montes el llavioso invierno cierra;  
y cuando espesa niebla cubre el llano  
en descubierta hiere el sol la sierra,  
y por esta razon van mas crecientes  
en el verano abajo las vertientes?

De los vientos, el Austro es el que manda,  
que deshace los húmidos nublados,  
y por todo aquel mar discurre y anda,  
del cual son para siempre desterrados:  
los otros vientos reinan á la banda  
de Atacamá, y allí son libertados,  
que bajar al Perú ninguno puede  
ni por natural orden se concede.

Pues las naves, del Austro combatidas,  
las espumosas olas van cortando,  
que de valientes soplos impelidas  
rompen la furia en ellas, azotando  
las levantadas proas guarnecidas  
de planchas de metal... Pero mirando  
al español del bárbaro vecino,  
halré de andar mas presto este camino.

Correré á Villagran, el cual por tierra  
tambien en su jornada se apresura,  
atravesando la fragosa sierra  
que iguala con las nubes su estatura:  
diré lo que sucede en esta guerra,  
y qué rostro le muestra la Ventura.  
Mas, porque todo venga á ser mas claro,  
quiero tratar un poco de Lautaro:

Que estaba con su escuadra de guerreros  
en el sitio que dije recogido,  
y de foso, laguna y de maderos  
le habia en breve sazon fortalecido.  
Tenia dentro soldados forasteros  
que á fama de la guerra habian venido,  
reparos, bastimento, y otras cosas  
para el tiempo y lugar menesterosas.

Sola una senda este lugar tenia  
de espías y centinelas ocupada;  
otra, ni rastro alguno no lo habia,  
por ser casi la tierra despoblada:  
aquella noche el bárbaro dormia  
con la bella Guacolda enamorada,  
á quien él de encendido amor amaba,  
y ella por él no menos se abrasaba,

Estaba el araucano despojado  
del vestido de Marte embarazoso,  
que aquella sola noche el duro Hado  
le dió aparejo y gana de reposo:  
los ojos le cerró un sueño pesado,  
del cual luego despierta congojoso,  
y la bella Guacolda sin aliento  
la causa le pregunta y sentimiento.

Lautaro le responde: amiga mia,  
sabrás que yo soñaba en este instante  
que un soberbio español se me ponía  
con muestra ferocísima delante,  
y con violenta mano me oprinía  
la fuerza y corazon, sin ser bastante  
de poderme valer; y en aquel punto  
me despertó la rabia y pena junto.

Ella en esto soltó la voz turbada,  
diciendo: ¡ay, que he soñado tambien cuanto  
de mi dicha temí, y es ya llegada  
la fin tuya y principio de mi llanto!  
Mas no podré ya ser tan desdichada;  
ni Fortuna conmigo podrá tanto,  
que no corte y ataje con la muerte  
el áspero camino de mi suerte.

Trabaje por mostrármese terrible  
y del tálamo alegre derribarme,  
que si revuelve y hace lo posible,  
de tí no es poderosa de apartarme:  
aunque el golpe que espero es insufrible,  
podré con otro luego remediarme;  
que no caerá tu cuerpo en tierra fria  
cuando estará en el suelo muerto el mio.

El hijo de Pillan con lazo estrecho  
los brazos por el cuello le ceñía:  
de lágrimas bañando el blanco pecho

en nuevo amor ardiendo respondia :  
no lo tengais, señora, por tan hecho,  
ni turbeis con agüeros mi alegría  
y aquel gozoso estado en que me veo,  
pues libre en estos brazos os poseo.

Siento el veros así imaginativa,  
no porque yo me juzgue peligroso;  
mas la llaga de amor está tan viva,  
que estoy de lo imposible receloso :  
si vos quereis, señora, que yo viva,  
¿quién á darme la muerte es poderoso?  
mi vida está sujeta á vuestras manos  
y no á todo el poder de los humanos.

¿Quién el pueblo araucano ha restaurado  
en su reputacion que se perdía,  
pues el soberbio cuello no domado  
ya doméstico al yugo sometía?  
Yo soy quien de los hombros le ha quitado  
el español dominio y tiranía :  
mi nombre basta solo en esta tierra,  
sin levantar la espada á hacer la guerra :

Cuanto mas que teniéndoos á mi lado,  
no tengo que temer ni daño espero :  
no os dé un sueño, señora, tal cuidado,  
pues no os lo puede dar lo verdadero :  
que ya á poner estoy acostumbrado  
mi fortuna á mayor despenadero ;  
en mas peligros que este me he metido ;  
y dellos con honor siempre he salido.

Ella menos segura y mas llorosa  
del cuello de Lautaro se colgaba,  
y con piadosos ojos lastimosa  
boca con boca así le conjuraba :  
si aquella voluntad pura amorosa  
que libre os di cuando mas libre estaba,  
y dello el alto cielo es buen testigo,  
algo puede, señor, y dulce amigo ;

Por ella os juro y por aquel tormento  
que sentí cuando vos de mí os partistes,  
y por la fe, si no la llevó el viento,  
que allí con tantas lágrimas me distes,  
que á lo menos me deis este contento,  
si alguna vez de mí ya lo tuvistes,  
y es, que os vistais las armas prestamente  
y al muro asistid con vuestra gente.

El bárbaro responde : harto claro  
mi poca estimacion por vos se muestra.  
¿En tan flaca opinion está Lautaro,  
y en tan poco teneis la fuerte diestra  
que por la redencion del pueblo caro  
ha dado ya de sí bastante muestra?  
;Buen crédito con vos tengo por cierto,  
pues me llorais de miedo ya por muerto!

¡Ay de mí! que de vos yo satisfecia  
(dice Guacolda) estoy, mas no segura ;  
¿ser vuestro brazo fuerte qué aprovechía  
si es mas fuerte y mayor mi desventura?  
Mas ya que salgá cierta mi sospecha,  
el mismo amor que os tengo me asegura  
que la espada que hará el apartamiento  
hará que vaya en vuestro seguimiento.

Pues ya el preciso hado y dura suerte  
me amenazan con áspera caída,  
y forzoso he de ver un mal tan fuerte,  
un mal como es de vos verme partida :  
dejadme llorar antes de mi muerte  
esto poco que queda de mi vida :  
que quien no siente el mal, es argumento  
que tuvo con el bien poco contento.

Trás esto tantas lágrimas vertía  
que mueve á compasion el contemplalla,  
y así el tierno Lautaro no podía  
dejar en tal sazon de acompañalla.  
Pero ya la turbada pluma mía,  
que en las cosas de amor nueva se halla,

confusa, tarda y con temor se mueve,  
y á pasar adelante no se atreve.

## CANTO XIV.

Llega Francisco de Villagran de noche sobre el fuerte de los  
enemigos sin ser dellos seguido : da al amanecer subito en  
ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la ba-  
talla con harta sangre de una parte y de otra.

¿Cuál será aquella lengua desmandada  
que á ofender las mujeres ya se atreva,  
pues venos que es pasion averiguada  
la que á bajeza tal y error las lleva ;  
si una bárbara moza no obligada  
hace de puro amor tan alta prueba,  
con razones y lágrimas, salidas  
de las vivas entrañas encendidas?

Que ni la confianza, ni el seguro  
de su amigo le daba algun consuelo,  
ni el fuerte sitio, ni el fosado muro  
le basta asegurar de su recelo :  
que el gran temor nacido de amor puro  
todo lo allana y pone por el suelo,  
solo halla el reparo de su suerte  
en el mismo peligro de la muerte.

Así los dos unidos corazones  
conformes en amor desconformaban,  
y dando dello allí demostraciones,  
mas el dulce veneno alimentaban :  
los soldados en torno los tizonen,  
ya de parlar causados reposaban,  
teniendo centinelas, como digo,  
y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagran con silencio y paso presto  
había el áspero monte atravesado,  
no sin grave trabajo, que sin esto,  
hacer mucha labor es escusado !  
llegado junto al fuerte, en un buen puesto,  
viendo que el cielo estaba aun estrellado,  
paró, esperando el claro y nuevo día  
que ya por el oriente descubría.

De ninguno fue visto ni sentido ;  
la causa era la noche ser oscura ;  
y haber las centinelas desmentido  
por parte descuidada por segura :  
caballo no relincha, ni hay ruido,  
que está ya de su parte la Ventura ;  
esta hace las bestias avisadas,  
y á las personas bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas y aire oscuro,  
con la esperada luz se adelgazaban,  
las centinelas puestas por el muro  
al nuevo día de lejos saludaban  
y pensando tener campo seguro  
también á descansar se retiraban ;  
quedando mudo el fuerte, y los soldados  
en vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora  
que la oscura Tiniebla, no pudiendo  
sufrir la clara vista de la Aurora,  
se vá en el occidente retrayendo :  
cuando la mustia Clice se mejora  
el rostro al rojo oriente revolviendo,  
mirando trás las sombras ir la Estrella,  
y al rubio Apolo Delfico trás ella.

El español, que vé tiempo oportuno,  
se acerca poco á poco mas al fuerte,  
sin estorbo de bárbaro ninguno,  
que sordos los tenia su triste suerte :  
bien descuidado duerme cada uno  
de la cereana inexorable muerte ;  
cierta señal, que cerca della estan  
cuando mas apartados nos juzgamos.

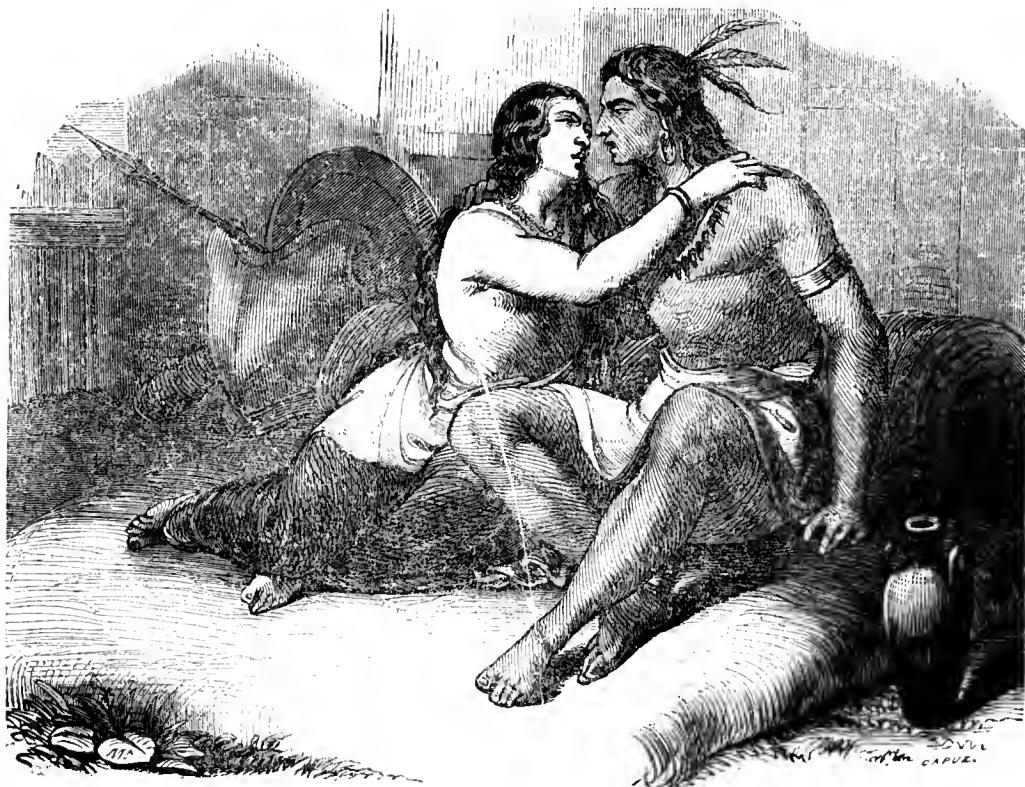
No esperaron los nuestros mas, que en viendo  
ser ya tiempo de darles el asalto,

de súbito levantan un estruendo  
con soberbio alarido horrendo y alto;  
y en tropel ordenado arremetiendo  
al fuerte van á dar de sobresalto;  
al fuerte, mas de sueño bastecido  
que al presente peligro apercibido.

Como los malhechores que en su oficio  
jamás pueden hallar parte segura,  
por ser la condicion propia del vicio  
temer cualquier fortuna y desventura :

que no sienten tan presto algun bullicio  
cuando el castigo y mal se les figura,  
y corren á las armas y defensa,  
segun que cada cual valerse piensa ;

Así medio dormidos y despiertos  
saltan los araucanos alterados,  
y del peligro y sobresalto ciertos,  
baten toldos y ranchos levantados :  
por verse de corazas descubiertos  
no dejan de mostrar pechos airados ;



mas con presteza y ánimo seguro  
acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño,  
y cobrando la furia acostumbrada,  
quién el arco arrebató, quién un leño,  
quién del fuego un tizon y quién la espada,  
quién aguija al baston de ajeno dueño,  
quién por salir mas presto vá sin nada,  
pensando averiguarlo desarmados,  
si no pueden á puños, á bocados.

Lautaro á la sazón, segun se entiende,  
con la gentil Guaco'da razonaba ;

asegúrala, esfuerza y reprehende  
de la desconfianza que mostraba :  
ella razon no admite y mas se ofende ;  
que aquello mayor pena le causaba ;  
rompiendo el tierno punto en sus amores  
el duro son de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza  
el mísero avariento enriquecido,  
que siempre está pensando en su riqueza,  
si siente de ladron algun ruido ;  
ni madre así acudió con tal presteza  
al grito de su hijo muy querido.

temiéndole de alguna bestia fiera,  
como Lautaro al son y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instante  
con un desnudo estoque, y él desnudo  
corre á la puerta el bárbaro arrogante,  
que armarse á sí tan súbito no pudo.  
¡Oh pérfida Fortuna, oh inconstante,  
como llevas tu fin por punto erudo;  
que el bien de tantos años en un punto  
de un golpe lo arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos  
por un lado la fuerza acometieron,  
que en ayuda y favor de los cristianos  
con sus pintados arcos acudieron,  
los cuales con violencia y prestas manos  
gran número de tiros despidieron:  
del toldo el hijo de Pillan sabía,  
y una flecha á busearle que venía.

Por el siniestro lado (¡oh dura suerte!)  
rompe la cruda punta, y tan derecho,  
que pasa el corazon mas bravo y fuerte  
que jamás se encerró en humano pecho;  
de tal tiro quedó ufana la Muerte  
viendo de un solo golpe tan gran hecho;  
y, usurpando la gloria al homicida,  
se atribuye á la Muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo  
que al bárbaro tendió sobre la arena,  
abriendo puerta á un abundante flujo  
de negra sangre por copiosa vena:  
del rostro la color se le retrujo,  
los ojos tuerce, y con rabiosa pena  
la alma, del mortal cuerpo desatada,  
bajó furiosa á la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y baluarte,  
que nadie los impide ni embarazo,  
y así por veinte lados la mas parte  
pisaba de la fuerza ya la plaza:  
los bárbaros con ánimo y sin arte,  
sin celada, ni esendo, y sin coraza,  
comienzan la batalla peligrosa,  
cruda, fiera, reñida y sanguinosa.

En oyendo los indios extranjeros  
que con Lautaro estaban recogidos  
el súbito rumor salen ligeros,  
del miedo y sobresalto apercebidos:  
mas oyendo los golpes carniceros,  
el ánimo turbado y los sentidos,  
con atentas orejas acechaban  
á donde con menor rigor sonaban.

Como tímidos gamos, que el ruido  
sienten del cazador, y quietamente  
altos los cuellos tienden el oído  
atento á aquel rumor confusamente;  
y el balar de la gama conocido  
que apedazan los perros crudamente,  
con furioso tropel toman la vía  
que mas de aquel peligro se desvía;

La baja y vil canalla, acostumbrada  
á rendirse al temor de aquella suerte,  
por ciega senda, inculca y desusada,  
rompe el camino y desampara el fuerte,  
acá y allá corriendo derramada;  
y era tan grande el miedo de la muerte,  
que al mas valiente y bravo se le antoja.  
ver un fiero español tras cada hoja.

Pero aquellos que nunca el miedo pudo  
hacerlos con peligros de su bando,  
poniendo osado pecho por escudo,  
están la antigua riña averiguando.  
La desnuda cabeza del agudo  
cuchillo no se ve estar rehusando,  
ni rehusa la espada la siniestra,  
ejercitando el uso de la diestra;

Que el joven Corpillan, no desmayado

porque su espada y mano á tierra,  
antes en ira súbito abrasado  
contra la parte del contrario cierra;  
y habiendo ya la espada recobrado,  
la diestra, que aun bullendo el puño afierra,  
lejos con gran desden y furia lanza,  
ofreciendo la izquierda á la venganza.

Flaqueza en Millapol no fue sentida,  
viéndose atravesado por la hijada  
y la cabeza de un revés hendida,  
ni por pasalle el pecho una lanzada;  
que de espumosa sangre á la salida  
vino la media lanza acompañada,  
dejando aquel lugar della vacío,  
aunque lleno de rabia, furia y brio:

Que á dos manos la maza aprieta fuerte,  
y con furia mayor la gobernaba:  
bien se puede llamar de triste suerte  
aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:  
con la rabia postrera de la muerte,  
una vez el ferrado leño alzaba;  
mas faltóle la vida en aquel punto,  
cayendo cuerpo y maza todo junto.

Aunque la muerte en medio del camino  
le quebrantó el furor con que venía,  
un valiente español á tierra vino  
del peso y movimiento que traía:  
pero luego fue en pie y con desatino,  
hácia el lugar del dañador volvía,  
y viendo el cuerpo muerto dar en tierra,  
pensando que era vivo con él cierra:

Y encima del cadáver arrojado,  
de dar la muerte al muerto deseoso,  
recio por uno y por el otro lado,  
hiere y ofende el cuerpo sanguinoso:  
hasta tanto que ya desalentado  
se firma recatado y sospechoso,  
y vió á aquel que aferrado así tenía  
vuelos los ojos y la cara fria.

Traía la espada en esto Diego Cano  
tinta de sangre, y con Picol se junta:  
haciendo atrás la rigurosa mano  
el pecho le barrena de una punta:  
turbado de la muerte el araucano  
cayó en tierra, la cara ya difunta,  
bascoso revolviéndose en el lodo,  
hasta que el alma despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado  
dió con el suelto Talco en tierra muerto;  
pero fue mal herido por un lado  
del gallardo Guaecoldo en descubierto:  
estuvo el español algo atronado;  
mas del atronamiento ya despierto,  
corriendo al fuerte bárbaro derecho  
la espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagran con la sangrienta  
espada por los bárbaros rompiendo,  
mata, hiere, tropella y atormenta,  
á tiempo á todas partes revolviendo:  
un golpe á Nico en la cabeza asienta,  
el cual los turbios ojos revolviendo  
á tierra vino muerto; y de otro á Polo  
le deja con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al acero,  
topando la desnuda carne blanda,  
ayudadas de un impetu ligero  
dan con piernas y brazos á la banda:  
no rehusa el segundo ser primero,  
antes todos siguiendo una demanda,  
como olas, que creciendo van, crecían,  
y á la muerte animosos se ofrecían.

La gente una con otra así se cierra,  
que aun no daban lugar á las espadas:  
apenas los mortales van á tierra,  
cuando estaban sus plazas ocupadas:

unos por cima de otros se dan guerra enhiestas las personas y empinadas; y de modo á las veces se apretaban, que á meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen, que los mas de los golpes son mortales, y los que no lo son así se imprimen, que dejan para siempre las señales: todos al descargar los brazos gimen; mas salen los efectos desiguales, que los unos topaban duro acero, los otros el desnudo y blando cuero,

Como parten la carne en los tajones con los corvos cuchillos carniceros, y cual de fuerte hierro los planchones baten en dura yunque los herreros; así es la diferencia de los sonos que forman con sus golpes los guerreros, quién la carne y los huesos quebrantando, quién templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagran firme en la silla contra Guarcondo á toda furia parte: y la lanza le echó por la tetilla con una braza de asta á la otra parte: el bárbaro, la cara ya amarilla, se arrima desmayado al baluarte; dando en el suelo súbita caída, el alma gomitó por la herida.

Pero Rengo, su hermano, que en el suelo el cuerpo vió caer descolorido, cuajósele la sangre, y hecho un hielo; del súbito dolor perdió el sentido: mas vuelto en sí se vuelve contra el cielo, blasfemando el soberbio y descreído; y el induso baston alzando en alto, á Juan de Villagran llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta hirió al caballo en medio de la frente, empinase el caballo el cuello enhiesta, al freno y á la espuela inobediente; y entre los brazos la cabeza puesta, sacude el lomo y piernas impaciente: rendido Villagran al duro bado, desocupó el arzon y ocupó el prado.

Apenas en el suelo habia caído cuando la presta maza descendía con una extraña fuerza y un ruido que rayo ó terremoto parecia; del golpe el español quedó adormido, y el bárbaro con otro revolvió, bajando á la cabeza de manera, que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho del caso desastrado del hermano, antes con nueva rabia y mas despecho, hiere de tal manera á Diego Cano, que, la barba inclinada sobre el pecho, se le cayó la rien ta de la mano; y sin ningún sentido, casi frío, el caballo lo lleva á su albedrío.

En medio de la turba embravecido esgrime en torno la ferrada maza: á cuál deja contrechó, á cuál tullido, cuál el pescuezo del caballo abraza; quién se tiende en las ancas aturdido, quién, forzado, el arzon desembara; que todo á su pujanza y furia insana se le bate, derriba y se le allana.

Por partes mas de diez le iba manando la sangre, de la cual cubierto andaba; pero no desfallece, antes bramando, con mas fuerza y rízor los golpes daba: ligero corre; acá y allá saltando arneses y celadas abollaba; hunde las altas crestas, rompe sesos,

muele los nervios, carne y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo de espadas, lanzas, grita y vocería, al cual confusamente, no sabiendo la causa mucha gente allí acudia: y era un gallardo mozo que esgrimiendo un fornido cuchillo, discurría por medio de las bárbaras espadas, haciendo en armas cosas estremadas.

Venia el valiente mozo belicoso de una furia diabólica movido, el rostro fiero, súcio y polvoroso, lleno de sangre y de sudor teñido. Como el potente Marte sanguinoso, cuando de furor bélico encendido, bate el ferrado escudo de Vulcano, blandiendo la asta en la derecha mano.

Con un diestro y prestísimo gobierno el pesado cuchillo rodeaba, y á Cron, como si fuera junco tierno, en dos partes de un golpe lo tajaba: tras este al diestro Pon envía al infierno, y tras de Pon á Lauro despachaba: no hallando defensa en armadura, descuartiza, desmiembra y desfigura.

Llamábase este Andrea, que en grandeza y proporcion de cuerpo era gigante; de estirpe humilde, y su naturaleza era arriba de Génova al levante: pues con aquella fuerza y ligereza á los robustos miembros semejante, el gran cuchillo esgrime de tal suerte, que á todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro á Guaticol por la cintura le divide en dos trozos en la arena, y de otro al desdichado Quilacura limpio el derecho muslo le cercena: pues de golpes así de esta hechura la gran plaza de muertos deja llena, que su espada á ninguno allí perdona, y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebatada la cabeza de un tajo, y luego tiende la espada hácia Mau'en, Señor de Itáta, y de alto á bajo de un revés le hiende: lanzas, hachas y mazas desbarata, que todo el pueblo bárbaro le ofende, llevando muchos tiros enclavados en los pechos, espaldas y en los lados.

Como la osa valiente perseguida, cuando la van monteros dando caza, que con rabia y dolor de la herida los indusos venablos despedaza; y furiosa, impaciente, embravecida, la senda y callejon desembara, que los heridos perros lastimados le dan ancho lugar escarmentados;

De la misma manera el fiero Andrea, cercado de los bárbaros venia, pero de tal manera se rodea, que gran canino con la espada abría: crece el hervor, la grita y la pelea tanto que la mas gente allí acudia. He aquí á Rengo tambien ensangrentado que llega á la sazón por aquel lado:

Y como dos mastines rodeados de gozques importunos, que en llegando á verse, con los cerros erizados se van el uno al otro regañando: así los dos guerreros señalados, las inhumanas armas levantando, se vienen á herir... Pero el combate quiero que al otro canto se dilate.

## CANTO XV.

En este quinceño y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos sin querer ninguno de ellos rendirse. Y se cuenta la navegación que las naos de Perú hicieron hasta llegar á Chile; y la gran tormenta que entre el río de Maule y el puerto de la Concepción pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?  
¿qué verso sin amor dará contento?

¿dónde jamás se ha visto rica vena  
que no tenga de amor el nacimiento?  
No se puede llamar materia llena  
la que de amor no tiene el fundamento:  
los contentos, los gustos, los cuidados,  
**son, si no son de amor, como pintados.**

Amor de un juicio rústico y grosero  
rompe la dura y áspera corteza;  
produce ingenio y gusto verdadero,  
y pone cualquier cosa en mas fineza:  
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibero (1),  
amor los trujo á tanta delgadeza:  
que la lengua mas rica y mas copiosa,  
si no trata de amor es desagustosa.

Pues yo, de amor desnudo y ornamento,  
con un inculto ingenio y rudo estilo,  
¿cómo he tenido tanto atrevimiento,  
que me ponga al rigor del rudo filo?

Pero mi celo bueno y sano intento  
esto me hace á mi añadir el hilo  
que ya con el temor cortado habia,  
pensando remediar esta osadía.

Quíselo aquí dejar, considerado  
ser escritura larga y trabajosa,  
por ir á la verdad tan arrimado  
y haber de tratar siempre de una cosa:  
que no hay tan dulce estilo y delicado,  
ni pluma tan cortada y sonorosa,  
que en un largo discurso no se estrague,  
ni gusto que un manjar no lo empalague.

Que si á mi discrecion dado me fuera  
salir al campo y escoger las flores,  
quizá el cansado gusto removiera  
la usada variedad de los sabores:  
pues como otros han hecho, yo pudiera  
entretejer mil fábulas y amores;  
mas, ya que tan adentro estoy metido,  
habré de proseguir lo prometido.

Al lombardo dejé y al araucano  
donde la guerra andaba mas trabada,  
que vienen á juntarse mano á mano,  
la espada alta y la maza levantada:  
de malla está cubierto el italiano,  
el indio la persona desarmada,  
y así como nias suelto y mas ligero,  
en descargar el golpe fue el primero.

El membrudo italiano, como vido  
la maza y el rigor con que bajaba,  
alzó el escudo en alto y recogido  
debajo del, el golpe reparaba:  
por medio el fuerte escudo fue rompido,  
y en modo la cabeza le cargaba,  
que batiendo los dientes vió en el suelo  
las estrellas mas mínimas del cielo.

El brazo descargó, que alto tenia,  
sobre el valiente bárbaro el lombardo,  
pensando que dos piezas le haria  
según era del ánimo gallardo:  
pero Rengo, que punto no perdía,  
como una onza ligera y suelto pardo  
un presto salto dió á la diestra mano,  
de suerte que el cuchillo bajó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea  
la poderosa maza, de manera  
que á acertarle de lleno, no al Andrea,

pero un duro peñasco deshiciera.  
Igual andaba entre ellos la pelea,  
aunque temo yo á Rengo á la primera  
vez que el cuchillo baje, si le halla,  
que habrá fin con su muerte la batalla,

Mas con desreza y gran reportamiento,  
desnudo de armas y de esfuerzo armado,  
entra, sale y revuelve como el viento,  
que en maña y ligereza era estremado:  
hace siempre su golpe, y al momento  
le halla el enemigo así apartado,  
que aunque el cuchillo de dos brazos fuera  
alcanzar á herirle no pudiera.

Mil golpes por el aire arroja en vano  
el furioso italiano embravecido,  
viendo cómo desnudo un araucano  
y él armado, le tiene en tal partido:  
la izquierda junta á la derecha mano,  
y apretando la espada, de corrido  
al bárbaro arremete, altos los brazos,  
pensando dividirle en dos pedazos.

El araucano con mañoso brio  
baja la maza, firme lo esperaba,  
mas el cuerpo hurtó con un desvío  
al tiempo que el cuchillo derribaba:  
así que el brazo y golpe dió en vacío,  
y de la fuerza inmensa que llevaba,  
el gran cuchillo sustentar no pudo,  
quedando allí en solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,  
cercando el presto bárbaro de hecho,  
y cuerpo á cuerpo así con él se abraza,  
que le imprime las mallas en el pecho;  
no por esto el lombardo se embaraza,  
mas piensa del así haber mas derecho,  
y con brazos durisimos lo atierra,  
creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo á Anteo  
quiso el nuestro hacer del araucano;  
mas no salió fortuna á su deseo,  
y así el deseado efecto salió en vano:  
que el esforzado Rengo de un rodeo  
lo lleva largo trecho por el llano,  
sobre los cuerpos muertos tropezando,  
siempre con mas furor sobre él cargando.

Andrea de empacho, ardiendo en rabia viva  
sintiéndose de un hombre así apurado,  
firme en el suelo con los pies estriaba,  
cobrando esfuerzo del honor sacado,  
y de manera sobre Rengo arriba  
que de tierra lo lleva levantado,  
que era de fuerza grande y de gran prueba,  
bastante á comportar la carga nueva.

Yo vi entre muchos jóvenes valientes  
sobre pruebas de fuerza porfiando,  
trabar el una cuerda con los dientes,  
asiendo cuatro de ella, y estribando  
todos á un tiempo á partes diferentes,  
á su pesar llevarlos arrastrando;  
y de solo los dientes se valia,  
que las manos atrás presas tenia.

Y con facilidad y poca pena,  
la mayor bota ó pipa que hallaba,  
capaz de veinte arrobas, de agua llena,  
de tierra un codo y mas la levantaba;  
y suspendida sin verter, serena,  
la sed por largo espacio mitigaba,  
bajándola despues al suelo llano  
como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando  
rios en esta tierra caudalosos,  
ir la corriente el impetu esforzando.  
á desbravar en riscos peñascosos:  
arrebata el barco, no bastando  
la fuerza de los remos presurosos,

(1) Garcilaso.



y él, cubierto de malla como estaba, luego animoso al agua se arrojaba;

Y una cuerda en la boca, revolviendo al furioso raudal el duro pecho, los pies y fuertes brazos sacudiendo, rompía por la canal casi derecho remolcando la barca, y, resistiendo el ímpetu del agua, del estrecho la sacaba á la orilla en salvamento, haciendo otras mil cosas que no cuento.

A Rengo aquí también sobrepujaba, que no fue de su fuerza menor prueba; pero Rengo que en ira se abrasaba, viendo que sin firmarse alto lo lleva, hizo por fuerza pié y sobre él tornaba, sacando la vergüenza fuerza nueva; pero al cabo los dos se desasieron, y otra vez á las armas acudieron:

Y comienzan de nuevo el fiero asalto como si descansaran todo el día, ora presto por bajo, ora por alto, sin miedo el uno al otro acometía: Rengo, que de armadura estaba falto, con tal destreza y maña se regía, que sostiene en un peso aquella guerra, no perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta al valiente cristiano por un lado, que toda la persona le atormenta, según que fue de fuerza muy cargado: otro redobla, y otro, y á mi cuenta al cuarto, que bajaba mas pesado, el astuto italiano se desvía, y de una punta al bárbaro hería.

La espada le atraviesa el brazo fuerte

abriéndole en el lado una herida; mas fue tal su ventura y diestra suerte que no le privó el golpe de la vida: el bárbaro en ponzoña se convierte, y con braveza fuera de medida, con el fiero enemigo fue en un punto, descargando la maza todo junto.

El italiano en alto el medio escudo alzó por recoger el golpe extraño; pero del todo resistir no pudo, aunque se reparó parte del daño: batióle la cabeza el golpe crudo, y cual si el morrion fuera de estaño, y no de fuerte pasta bien templado, así de aquella vez quedó abollado.

Dos ó tres pasos dió desvanecido del golpe el italiano, vacilando, perdida la memoria y el sentido, y anduvo por caer titubeando: la sangre por el uno y otro oído le reventó en gran flujo, como cuando revienta de abundancia alguna fuente, y en pié se tuvo bien difícilmente.

Pero vuelto en su acuerdo, que se mira lleno de sangre y puesto en tal estado, mas furioso que nunca, ardiendo en ira de verse así de un bárbaro tratado, el brazo con el pié diestro retira para tomar mas fuerza, y el pesado cuchillo derribó con tal ruido que rebecó en los montes del sonido.

Rengo, que el gran cuchillo bajar siente y el ímpetu y furor con que venía, cruzando la alta maza osadamente al reparo debajo se metía:



no fue la asta defensiva suficiente por mas barras de acero que tenia, que á tierra vino della una gran pieza, y el furioso cuchillo á la cabeza.

Fue este golpe terrible y peligroso, por do una roja fuente manó luego, y anduvo por caer Rengo dudoso, atónito y de saugre casi ciego: el italiano allí no perezoso, viendo que no era tiempo de sosiego, baja otra vez el gran cuchillo agudo

con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierto hiere al turbado Rengo el italiano, y hubiérale de arriba abajo abierto, si no torciera al descargar la mano: el golpe fue de llano, y como muerto vino al suelo tendido el araucano; y el cuchillo del golpe atormentado por tres ó cuatro partes fue quebrado.

Crino, que volvió el rostro al gran ruido del poderoso golpe y la caída,



viendo al valiente Rengo así tendido, pensó que era pasado de esta vida: y, de amistad y deudo conmovido, la espada de su propio amo homicida, que en Penco Tucapel ganado habia, en venganza del bárbaro esgrimis.

Pasa al Andrea de un golpe el estofado, no reparando en él la cruda espada, que, rompiendo la malla por el lado, le penetró hasta el hueso la estocada

vuelve con un mandoble, y recatado Andrea viendo venir la cuchillada, fue tan presto con él por resistirle, que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle mas lugar con él se afierra, donde en satisfacción de la herida, alzándole bien alto de la tierra, de espaldas le tendió con gran caída; y por dar presto fin á aquella guerra la espada le quitó y luego la vida;

metiéndose tras esto por la parte que andaba mas sangriento el fiero Marte.

Hiende por do el monton vemos estrecho; triste de aquel que allí con él se junta; uno parte al través, otro al derecho, otro al sesgo, otro ensarta de una punta; otros que tiende, aun no bien satisfecho, á coces los quebranta y descoyunta: brazos, cabezas por el aire avienta sin término, sin número, ni cuenta.

El buen Lasarte con la diestra airada en medio del furor se desenvuelve, pasa el pecho á Talcuen de una estocada, y sobre Titaguan furioso vuelve: abrídele la cabeza desarmada; mas el rabioso bárbaro revuelve, y antes que la alma diese le da un tajo, que se tuvo al arzon con gran trabajo.

Pacheco á Norpa abrió por el costado, y á Longoval derriña tras él muerto: pues Juan Gomez tambien por aquel lado, de fresca sangre bárbara cubierto, habia de un golpe á Colca derribado y á Calvo el desarmado vientre abierto: el bárbaro mortal, la color vuelta, dió en el postrer suspiro la alma envuelta.

Gabriel de Villagran no estaba ocioso, que á Cinga y á Pillolco habia tendido, y andaba revolviéndose animoso entre los fierros bárbaros metido. El rumor de las armas sonoro, los varios apellidos y el ruido, á las aves confusas y turbadas hacen estar mirándolos paradas.

Crece la rabia y el furor se enciende, la gente por juntarse se apiñaba, que ya ninguno mas lugar pretende del que para morir en pie bastaba: quién corta, quién barrera, rompe, hiende; y era el estrecho tal y prisa brava, que sin caer los muertos de apretados, quedaban á los vivos arrimados.

La soberbia, furor, desden, denuedo, la prisa de los golpes y dureza, figurarla del todo aquí no puedo, ni la pluma llevar con tal presteza: de la muerte ninguno tiene miedo, antes si vuelve el rostro mas tristeza mostraban, porque claro conocian que vencidos quedaban si vivian.

Mas aunque de vivir desconfiaban, perdida de vencer ya la esperanza, el punto de la muerte dilataban por morir con alguna mas venganza: y no por esto el paso retiraban, ni el pecho rehusaban de la lanza, si por mover un paso, como digo, desasen de ofender al enemigo.

Cuatro aquí, seis allí, por todos lados vienen sin detenerse á tierra muertos, unos de mil heridas desangrados, de la cabeza al pecho otros abiertos, otros por las espaldas y costados los bravos corazones descubiertos, así dentro en los pechos palpitaban, que bien el gran coraje declaraban.

Quién en sus mismas tripas tropezando al odioso enemigo arremetia, quién por veinte heridas resolando las cubiertas entrañas descubria: allí se vió la vida estar dudando por qué puerta de súbito saldría; al fin salia por todas, y á un momento faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.

Ya pues no estaba en pié la octava parte

de los bárbaros, muertos, no rendidos. Villagran, que miraba esto de aparte, viendo los que quedaban tan heridos, les envió dos indios de su parte á decir que se entreguen por vencidos sometiéndose al yugo y obediencia, y que usará con ellos de clemencia.

Todos los españoles retrujeron las espadas y el paso en el momento, y los dos mensajeros propusieron el pacto, condicion y ofrecimiento: pero los araucanos, cuando oyeron aquel partido infame, el corrimiento fue tanto y su coraje, que respuesta no dieron á la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos bramau, morir! morir! no dicen otra cosa, morir quieren, y así la muerte llaman gritando, ¡afuera vida vergonzosa! Esta fue su respuesta y esto claman; y á dar fin á la guerra sanguinosa se disponen con ánimo y braveza, sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban, algunos de rodillas combatiendo, que las tullidas piernas les faltaban, sostenerse sobre ellas no pudiendo: y aun así las espadas rodeaban; otros, que ya en el suelo reforciendo se andaban, por dañar lo que padian á los contrarios piés se revolvian.

Viéranse vivos cuerpos desmembrados con la furiosa muerte porfiando, en el lodo y sangraza derribados, que rabiosos se andaban revolcando: de la suerte que vemos los pescados cuando se va algun lago desaguando, que entre dos elementos se estremecen, y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sila, si Neron sangriento, (por mas sed que de sangre ellos mostraran) della vieran aquí el derramamiento, yo tengo para mí que se hartaran, pues con mayor rigor, á su contento en viva sangre humana se bañaran, que en Campo Marcio Sila carnicero, y en el foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos aquellos que rendir no se quisieron, que ya al fin de la vida conducidos á la forzosa muerte se rindieron: los lasos españoles mal heridos de la cercada plaza se salieron, de armas y cuerpos bárbaros tan llena; que sobre ellos andaban á gran pena.

Ningun bárbaro en pié quedó en el fuerte, ni brazo que mover pudiese espada; solo Mallen, que el punto de la muerte le dió de vivir gana acelerada: y rendido al temor y baja suerte, viéndose de una fiera cuchillada en el siniestro brazo malherido, detrás de un paredon se habia escondido.

No sintiendo el rumor que antes se oia, que en torno retumbaba toda el llano, que, como dije, ya la muerte habia puesto silencio con airada mano: dejó aquel paredon, y á ver salia si hallaba por allí algun araucano á quien se encomendar que le salvase, y la sensible llaga le apretase.

Mas cuando vió la plaza cual estaba, y en sus amigos tal carnicería, que aunque la muerte los desfiguraba, la envidia conocidos los hacia;

con ira vergonzosa presentaba la espada al corazon, y así decía :  
¿cómo! ¿yo solo quedo por testigo de la muerte y valor de tanto amigo?

Cobarde corazon, por cierto indino de algun golpe de espada valerosa, pues fue por eleccion y no destino perder una sazon tan venturosa : tú me partaste ¡oh llaco! del camino de un eterno vivir, y á vergonzosa muerte he venido ya con mengua tuya, por mas que la mi diestra lo rehuya.

Si á mi sangre con esta del estado mezclarse aquí le fuere concedido, viendo mi cuerpo entre estos arrojado, aunque de brazo débil ofendido, quizá seré en el número contado de los que así su patria han defendido : mas ¡ay triste de mí! que en la herida será mi flaca mano conocida.

¿Qué indicios bastarán, qué recompensa, qué emienda puedo dar de parte mia, que yo satisfacer pueda á la ofensa hecha á mi honor y patria y compañía? yo turbo el claro honor y fama inmensa de tantos, pues podrán decir que habia entre ellos quien de miedo, bajamente, del enemigo apenas vió la frente.

¿Por qué al temor doy fuerzas dilatando con prolijas razones mi jornada? Arrepentirme ¿qué aprovecha cuando ya el arrepentimiento vale nada? Aquí cerró la voz, y no dudando entregó el cuello á la homicida espada : corriendo con presteza el crudo hilo, sin sazon de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte airado, y descansen un poco las espadas, entre tanto que vuelvo al comenzado camino de las naves derramadas : que contra el recio Noto porfiado, de Neptuno las olas levantadas, proejando por fuerza iban rompiendo, del viento y agua el ímpetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron, llamadas Sangallás antiguamente, y las otras ignotas se dejaron á la diestra de parte del Poniente, á Chule á la siniestra, y arribaron en Arica, y despues difícilmente vimos á Copiapó, valle primero del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos, de sus cavernas cóncavas saliendo, y furiosos, indómitos, violentos, todo aquel ancho mar van discutiendo : rompiendo la prision y mandamientos de Eolo su rey, el cual temiendo que el mundo no arruinen, los encierra echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida, viéndose en sus cavernas apremiados, buscan con gran estruendo la salida por los huecos y cóncavos cerrados : y así la firme tierra removida tiembla, y hay terremotos tan usados, derribando en los pueblos y montañas hombres, ganados, casas y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el día al revés de la Europa, porque es cuando el sol del Equinoccio se desvía, y al Capricornio mas se va acercando, pues desde allí las naves, que á porfia corren, y al mar al Austro contrastando, de Boreas ayudadas luego fueron,

y en el puerto Coquimbico surgieron.

Apenas en la desecada arena, salidos de las naos el pié firmamos, cuando el prolijo mar, peligro y pena de tan largos caminos olvidamos : y á la nueva ciudad de la Serena, que es dos leguas del puerto, caminamos en lozanos caballos guarnecidos, al esperado tiempo prevenidos :

En donde un caricioso acogimiento á todos nos hicieron y hospedaje, estimando con grato cumplimiento el socorro y larguísimo viaje : y de dulce refresco y bastimento al punto se aprestó el matlotaje, con que se reparó la hambrienta armada, del largo navegar necesitada.

A la gente y caballos aguardaban, que por aspera tierra y despoblados rompiendo con esfuerzo caminaban, de hambres y trabajos fatigados : pero á cualquier fortuna contrastaban, y desde poco á la ciudad llegados, un mes en mucho vicio reposaron hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual, sin esperar la flota, reparados del áspero camino, toman de su demanda la derrota, llevando á la derecha el mar vecino : pasan la fértil Ligua, y á Quillota la dejaron á un lado, que convino entrar en Mapocho, que es lo pararon las reliquias de Penco que escaparon.

El sol del comun Géminis salia trayendo nuevo tiempo á los mortales, y del Solsticio por Zenit heria las partes y region septentrionales, cuando es mayor la sombra al Mediodia por este apartamiento en las Australes, y los vientos en mas libre ejercicio soplan con gran rigor del Austral quicio.

Nosotros, sin temor de los airados vientos, que entonces con mayor licencia andan en esta parte derramados mostrando mas entera su violencia, á las usadas naves retirados con un alegre alarde y apariencia las aferradas áncoras alzamos, y al Noroeste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno, el viento largo, fresco y favorable, desocupado el cielo y muy sereno, con muestra y parecer de ser durable : seis dias fuimos así; pero al seteno, fortuna, que en el bien jamás fue estable, turbó el cielo de nubes, mudó el viento, revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aquí tomó la mano con presurosos soplos esforzados, y súbito en el mar tranquilo y llano se alzaron grandes montes y collados : los españoles, que el furor insano vieron del agua y viento, atribulados, tomaran por partido estar en tierra, aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré solo dar cuenta, que era la capitana de la armada, que arrojada de la áspera tormenta andaba sin gobierno derramada : pero ¿quién será aquel que en tal afrenta estará tan en sí que falle en nada? que el general temor apoderado no me dejó aun para esto reservado.

Con tal furia á la nave el viento asalta, y fue tan recio y presto el terremoto,

que la cogió la vela mayor alta,  
y estaba en punto el mástil de ser roto :  
mas viendo el tiempo así turbado , salta  
diciendo á grandes voces el piloto :  
¡ larga la triza en banda ! ¡ larga ! ¡ larga !  
larga presto ¡ hay de mí ! ¡ que el viento carga !

La braveza del mar , el recio viento ,  
el clamor , alboroto , las promesas ,  
el cerrarse la noche en un momento  
de negras nubes lóbregas y espesas ;  
los truenos , los relámpagos sin cuento ,  
las voces de pilotos y las priesas ,  
hacen un son tan triste y armonía ,  
que parece que el mundo perecía .

¡ Amaina ! ¡ amaina ! gritan marineros ,  
¡ amaina la mayor ! ¡ ¡ ziza trinquete !  
esfuerzan esta voz los pasajeros ,  
y á la triza un gran número arremete :  
los otros de tropel corren ligeros  
á la escota , á la brazza , al chafaldete ;  
mas del viento la fuerza era tan brava ,  
que ningún aparejo gobernaba .

Abrese el cielo , el mar brama alterado ,  
gime el soberbio viento embravecido ;  
en esto un monte de agua levantado  
sobre las nubes con un gran ruido  
embistió el galeon por un costado ,  
llevándolo un gran rato sumergido ,  
y la gente tragó del temor fuerte  
á vueltas de agua la esperada muerte .

Mas quiso Dios que de la suerte como  
la gran ballena , el cuerpo sacudiendo  
rompe con el furioso hocico roño ,  
de las olas el impetu venciendo ,  
descubre y saca el espacioso lomo ,  
en anchos cercos la agua revolviendo ;  
asi debajo el mar salió el navio ,  
vertiendo á cada banda un grueso rio .

El proceloso Bóreas mas crecido  
la mar hasta los cielos levantaba ,  
y aunque era un mangle el mástil muy fornido  
sobre la proa la alta gabiá estaba :  
la gente con gran fuerza y alarido ,  
en amainar la vela porfiaba ,  
que en forma de arco al mástil oprimia ,  
y así la racamenta no corría .

Eolo , ó ya fue acaso , ó se doliendo  
del afligido pueblo castellano ,  
iba al valiente Bóreas recogiendo ,  
queriendo él encerrarle por su mano ;  
y abriendo la caverna , no advirtiendo  
al Célio que estaba mas cercano ,  
rotas ya las cadenas á la puerta  
salió bramando al mar , viéndola abierta .

Y con violento soplo , arrebatando

cuantas nubes halló por el camino ,  
se arroja al levantado mar , cerrando  
mas la noche con negro torbellino :  
y las valientes olas reparando ,  
que del furioso Cierzo repentino  
iban la via siguiendo , las airaba ,  
y el removido mar mas alteraba .

Súbito la borrasca y travesía ,  
y un turbion de granizo sacudieron  
por un lado á la nao , y así pendia ,  
que al mar las altas gabias descendieron .  
Fue la furia tan presta , que aun no habia  
amainado la gente ; y cuando vieron  
los pilotos la costa y viento airado ,  
rindieron la esperanza al duro Hado .

La nao , del mar y viento contrastada ,  
andaba con la quilla descubierta ,  
ya sobre sierras de agua levantada ,  
ya debajo del mar toda cubierta :  
vino en esto de viento una grupada ,  
que abrió á la agua furiosa una anchia puerta ,  
rompiendo del trinquete la una escota ,  
y la mura mayor fue casi rota .

Alzóse un alarido entre la gente ,  
pensando haber del todo zozobrado ,  
miran al gran piloto atentamente ,  
que no sabe mandar de atribulado :  
unos dicen ¡ zabora ! otros ¡ detente ;  
cierra el timon en banda ! y cual turbado  
buscaba escotillon , tabla ó madero ,  
para tentar el medio postrimero .

Crece el miedo , el clamor se multiplica ,  
uno dice ¡ á la mar ! otro ¡ arribemos !  
otro da grita ¡ amaina ! otro replica  
¡ á orza , no amainar , que nos perdemos !  
otro dice ¡ herramientas , pica , pica ,  
mástiles y obras muertas derribemos !  
atónita de acá y de allá la gente ,  
corre en monton confuso diligente .

Las gúmenas y jarcias rechinaban  
del turbulento Célio estiradas ,  
y las hinchadas olas rebramaban  
en las vecinas rocas quebrantadas  
que la oscura tiniebla penetraban ,  
y cerrazon de nubes intrincadas ;  
y así en las peñas ásperas batían ,  
que blancas hasta el cielo resurtían .

Travesía era el viento , y por vecina  
la brava costa de arrecifes llena ,  
que del grande reflujo en la marina  
hervia la agua mezclada con la arena :  
rota la escota , larga la bolina ,  
suelto el trinquete , sin calar la antena ,  
y la poca esperanza quebrantada  
por el furioso viento arrebatada .

## SEGUNDA PARTE.

### PRÓLOGO DEL AUTOR.

Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta segunda parte de la Araucana no muestre el trabajo que me cuesta, todavía quien la levere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad, pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una misma cosa; y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad y camino tan desierto y estéril, pareceme que no habrá gusto que no se canse de seguirme. Así, temeroso desto, quisiera mil veces mezclar algunas cosas diferentes; pero acordé de no mudar estilo, porque lo que digo se me tomase en descuento de las faltas que el libro lleva, autorizándole con escribir en él el alto principio que el rev nuestro señor dió á sus obras con el asalto y entrada de San Quintín, por habernos dado otro aquel mismo día los araucanos en el fuerte de la Concepcion. Asimismo trató el rompimiento de la batalla naval que el Señor don Juan de Austria venció en Lepanto. Y no es poco atrevimiento querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde, pero todo lo merecen los araucanos, pues ha más de treinta años que sustentan su opinion, sin jamás habérseles caído las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas y haciendas que tenían, por no dejar que gozar al enemigo; mas solo defienden unos terrones secos (aunque muchas veces humedecidos con nuestra sangre) y campos inculcos y pedregosos. Y siempre permaneciendo en su firme propósito y entereza, dan materia larga y campo abierto á los escritores. Yo dejo mucho, y aun lo mas principal, por escribir para el que quisiere tomar trabajo de hacerlo; que el mio le doy por bien empleado, si se recibe con la voluntad que á todos le ofrezco.

### CANTO XVI.

En este canto se acaba la tormenta. Contiénese la entrada de los españoles en el puerto de la Concepcion é isla de Talcahuano: el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron: la diferencia que entre Peteguelen y Tucapel hubo, asimismo el tenerdo que sobre ella se tomó.

SALGA mi trabajada voz, y rompa el son confuso y misero lamento con eficacia y fuerza que interrompa el celeste y terrible movimiento. La Fama con sonora y clara trompa, dando mas furia á mi cansado aliento, derrame en todo el orbe de la tierra las armas, el furor y nueva guerra.

Dadme ¡oh! sacro Señor! favor, pues creo que es lo que solo puede remediarne, que en tan grande peligro ya no veo sino vuestra fortuna en que salvarme: mirad donde me ha puesto el buen desseo, favoreced mi voz con escucharme, que luego el bravo mar viéndoos atento aplacará su furia y movimiento.

Y á vuestra nave, el rostro revolviendo, la socorred en este grande aprieto,

que, si decirse es lícito, yo entiendo que á vuestra voluntad todo es sujeto; aunque el soberbio mar, contraviniendo de los hados al áspero decreto, arrancando las peñas de su suelo mezele sus altas olas con el cielo.

Espero que la rota nave mia ha de arribar al puerto deseado, venciendo el odio y contumaz porfia del contrapuesto mar y viento airado: que procuran así impedir la vía y diferir el término llegado en que la antigua causa tan reñida por vuestra parte habia de ser vencida.

Los cuatro poderosos elementos, contra la flaca nave conjurados, traspasando sus términos y asientos, iban del todo ya desordenados, indómitos, airados y violentos, removidos, revueltos y mezclados, en su antigua discordia y fuerza entera, como en el caos y confusion primera.

Pues de tantos contrarios combatida la fatigada nave proejando iba casi de un lado sumergida, las poderosas olas contrastando; mas ya al furioso viento y mar rendida, sin poder resistir, se vá acercando á los yertos peñascos levantados, de las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente, las voces y las lástimas crecian, que llevadas del Célio inclemente lejos las rocas cóncavas herian: pilotos, marineros y la gente, como locos, sin orden discurrían: unos dicen: ¡alarga! y otros ¡iza! quien por ir á la escota vá á la triza.

El uno con el otro se atraviesa, y á sí turbado del temor se impide: quien á públicas voces se confiesa, y á Dios perdon de sus errores pide: quien hace voto espreso, quien promesa, quien de la ausente madre se despiere, haciendo el gran temor siempre mayores los lamentos, plegarias y clamores.

Por otra parte el cielo riguroso del todo parecia venir al suelo, y el levantado mar tempestuoso con soberbia linchazon subir al cielo. ¡Qué es esto, eterno Padre poderoso! ¿tanto importa anegar un navichuelo, que el mar, el viento y cielo de tal modo pongan su fuerza extrema y poder todo?

No la barca de Amiclas asaltada fue del viento y del mar con tal portía, que aunque de leños frágiles armada, el peso y ser del mundo sostenia: ni la nave de Ulises, ni la armada que de Troya escapó el último día vieron con tal furor el viento airado, ni el removido mar tan levantado.

La confianza y ánimo mas fuerte al temor se entregaban importuno, que la espantosa imagen de la muerte

se le imprimió en el rostro á cada uno :  
del todo ya rendidos á su suerte ,  
sin esperanza de remedio alguno ,  
el gobierno dejaban á los hados  
corriendo acá y allá desatinados ;

Cuando un golpe de mar incontrastable ,  
bramando , en un turbion de viento envuelto ,  
rompió de la gran mura un grueso cable ,  
cubriendo el galeon ya todo vuelto .  
Pero aquí sucedió un caso notable ,  
y fue , que el puño del trinquete suelto  
trabó el gran vaiven á la pasada  
el un diente de la áncora amarrada .

Y cual si fuera estaca mal asida  
la arranca de su asiento y la arrebató ,  
y acá y allá del viento sacudida  
todo lo abate , rompe y desbarata :  
mas Dios , que de los suyos no se olvida ,  
(aunque á las veces su favor dilata)  
hizo que en el bauprés dichosamente  
el áncora aferrase el corvo diente .

La vela se fijó , y en el momento  
la nave gobernó rumbo derecho ,  
y á despecho del mar y recio viento ,  
botando á orza el timon , salió al levecho :  
fue tanto nuestro súbito contento ,  
que el temeroso inadvertido pecho  
pudo sufrir difícilmente á un punto  
el extremo de pena y gozo junto .

Luego , pues , que la súbita alegría  
lanzó fuera al temor desconfiado ,  
y á su lugar volvió la sangre fría  
que había los miembros ya desamparado :  
la esforzada y enutrida compañía ,  
el rostro al cielo en lágrimas bañado ,  
con oracion devota y sacrificio  
dió las gracias á Dios del beneficio .

Mas el hinchado mar enlucido ,  
y el indómito viento rebramando  
al bajel acometen con ruido ,  
en vano (aunque se esfuerzan) porfiando ;  
que la Fortuna de Felipe asido  
á jorro le llevaba renolcando  
sobre las altas olas espumosas ,  
aun de anegar los cielos deseosas .

En esto la cerrada niebla oscura ,  
por el furioso viento derramada ,  
descubrimos al Leste la Herradura  
y al Sur la isla de Talca levantada .  
Reconocida ya nuestra ventura ,  
y la araucana tierra deseada ,  
viendo el Morro de Penco descubierto  
arribamos á popa sobre el puerto ;

El cual está amparado de una isleta  
que resiste al furor del norte airado ,  
y los continuos golpes de mareta  
que le baten furiosos de aquel lado .  
La corva y larga punta una caleta  
hace y seno tranquilo y sosegado ,  
dó las cansadas naves , como digo ,  
hallan seguro albergue y dulce abrigo .

La nave sin goberno destrozada  
surgió al alto reparo de una sierra ,  
en gruesa amarra y áncora afirmada ,  
que con tenace diente aferró tierra .  
Apenas la alta vela fue amainada  
cuando el alegre estruendo de la guerra  
nos estendió (tocando en los oídos)  
los ánimos y nervios encogidos .

La isleta es habitada de una gente  
esforzada , robusta y belicosa ,  
la cual viendo una nave solamente  
venida allí por suerte venturosa ,  
gritando ¡ guerra ! ¡ guerra ! alegremente  
toma las fieras armas , y furiosa ,

con gran rebato y prisa repentina ,  
corre en tropel confuso á la marina .

En la falda de un áspero recuesto  
en formado escuadron se representa ;  
y nosotros , con ánimo dispuesto  
á cualquiera peligro y grande afrenta ,  
arremetimos á las armas presto ;  
que el trabajo pasado y la tormenta  
nos hizo á todos estimar en nada  
cualquiera otro peligro y gran jornada .

Con recobrado aliento y nuevo brio  
corrimos al batel , de la manera  
que si lejos de tierra en un bajío  
encallada la nave ya estuviera :  
y por los anchos lados el navío  
sus dos grandes bateles echó fuera ,  
en los cuales saltamos tanta gente  
cuanta pudo caber estrechamente .

No es poético adorno fabuloso ,  
mas cierta historia y verdadero cuento ,  
ora fuese algun caso prodigioso ,  
ó extraño agüero y triste anuncio ,  
ora violencia de astro riguroso ,  
ora inusado y raptó movimiento ,  
ora el andar el mundo (y es mas cierto)  
fuera de todo término y concierto :

Que el viento ya calmaba , y en poniendo  
el pié los españoles en el suelo  
cayó un rayo , de súbito volviendo  
en viva llama aquel nublado velo ;  
y , en forma de largarto discurriendo ,  
se vió hender una cometa el cielo ;  
el mar bramó , y la tierra resentida  
del gran peso gimió como oprimida .

Cortó súbito allí un temor helado  
la fuerza á los turbalos naturales ,  
por siniestro pronóstico tomado  
de su ruina y venideros males ,  
viendo aquel movimiento desusado ,  
y los prodigios tristes y señales  
que su destrozo y pérdida anunciaban ,  
y á perpetua opresion amenazaban .

Destos medrosos , aguardar no osaron ,  
que saltando las armas ya rendidas ,  
del cerrado escuadron se derramaron ,  
procurando salvar las tristes vidas :  
el patrio nido al fin desampararon ,  
y con mujeres , hijos y comidas ,  
por secretos caminos y senderos  
se escaparon en balsas y maderos .

Luego los nuestros sin parar corriendo  
las casas yermas , chozas y moradas  
iban en todas partes descubriendo  
las rústicas viandas levantadas ,  
y con gran diligencia previniendo  
los caminos , las sendas y paradas :  
por cavernas y espesos matorrales  
buscaban los ausentes naturales ;

Donde en breve suzon fueron hallados  
algunos pobres indios escondidos ,  
otros en puel lezu los saltados ,  
que aun no estaban del miedo apercibidos :  
mas con buen tratamiento asegurados ,  
dándoles jotas , llantos y vestidos ,  
y palabras de amor , los aquietaban ,  
y á sus casas , de paz , los enviaban ,

Dándoles á entender que nuestro intento  
y causa principal de la jornada  
era la Religion y salvamento  
de la rebelde gente bautizada :  
que en desprecio del Santo Sacramento  
la recibida ley y fe jurada  
habian pérfidamente quebrantado  
y las armas ilícitas tomado ;

Pero que si quisiesen convertirse

á la cristiana ley que antes tenían, y á la fe quebrantada reducirse que al grande Carlos Quinto dado habían, en todas las mas cosas convenirse á su provecho y cómodo podrian, haciéndoles con prendas firme y cierto cualquier partido lícito y conierto.

Luego los instrumentos convenientes al uso militar y á la vivienda sacamos en las partes competentes, que no hay quien nos lo impida ni defienda; donde todos á un tiempo diligentes, euál arma pabellon, tienda, ni cosa, quién fuego enciende, y en el casco usado testa el húmido trigo mareado.

La negra noche horrenda y espantosa, cubriendo tierra y mar cayó del cielo, dejando antes de tiempo presurosa envuelto el mundo en tenebroso velo: no quedó pabellon, tienda, ni cosa que el viento allí no la abatiese al suelo, pareciendo con nuevo movimiento desencajar la isleta de su asiento;

Hasta que el tardo y deseado día las nubes desterró, y dejó sereno el cielo, revistiendo de alegría el aire oscuro y húmedo terreno: luego la trabajada compañía, conociendo el instable tiempo bueno, procura reparar con diligencia del riguroso invierno la violencia.

Unos presto destechan los pajizos albergues de los indios ausentados; otros con tablas, ramas y carrizos, al nuevo alojamiento van cargados: y sobre troncos de árboles rollizos en las hondas arenas afirmados gran número de ranchos levantamos, y en breve espacio un pueblo fabricamos.

Del modo que se ven los pajarillos de la necesidad misma instruidos por techos y apartados rinconcillos tejer y fabricar los pobres nidos, que de pajas, de plumas y ramillos van y vienen los picos impedidos, así en el yermo y descubierto asiento fabrica cada cual su alojamiento.

Ya que todos, Señor, nos alojamos en el húmido sitio pantanoso, y con industria y arto reparamos la furia del invierno riguroso, las necesarias armas aprestamos, soltando con estrépito espantoso la gruesa y reforzada artillería, que en torno tierra y mar temblar hacia.

En las remotas bárbaras naciones el grande estruendo y novedad sintieron: paços, vicuñas, tigres y leones, acá y allá medrosos discurrieron: los delfines, nereidas y tritones en sus hondas cavernas se escondieron, deteniendo confusos sus corrientes los presurosos rios y las fuentes:

Sintiósse en el estado la estampida, algunos tan atónitos quedaron, que la dura cerviz, nunca oprimida, sobre los vertos pechos inclinaron. Así avisados ya de la venida los instrumentos bélicos tocaron, descogiendo por todas las riberas sus lucidos pendones y banderas.

En el valle de Ongolmo congregados los diez y seis caciques araucanos, y algunos capitanes señalados de los interesados comarcanos,

todos en general deliberados de venir con nosotros á las manos, sobre el lugar, el tiempo y aparejo, entraron los caciques en consejo.

Rengo tambien con ellos, que admitido fue en consejo de guerra por valiente, que si ya os acordais, quedó aturdido en Mataquito entre la muerta gente; pero volvió despues en su sentido, y al cabo se escapó dichosamente; que, aunque falto de sangre, tuvo fuerte contra la furia de la airada muerte.

Caupolican, en medio de ellos puesto, á todos con los ojos rodeando, que con silencio y ánimo dispuesto estaban sus razones aguardando: con sesgo pecho, y con sereno gesto, la voz en tono grave levantando, rompió el mudo silencio, y echó fuera la soberbia intencion desta manera:

«Esforzados varones, ya es venido (segun vemos las muestras y señales) aquel felice tiempo prometido en que habemos de hacernos inmortales. que la fortuna próspera ha traído de las últimas partes orientales tantas gentes en una compañía para que las vengais en solo un día;

Y á costa y precio de su sangre y vidas del todo eterniceis vuestras espadas, y nuestras mudas leyes oprimidas sean en su libre fuerza restauradas; que por remotos reinos estendidas han de ser inviolables y sagradas, viviendo en igualdad debajo de ellas cuantos viven debajo las estrellas.

Y pues que con tan loco pensamiento estas gentes se os han desvergonzado, y en vuestra tierra y defendido asiento las banderas tendidas han entrado, es bien que el insolente atrevimiento quede con nuevo ejemplo castigado, antes que, dando cuerda á su esperanza, les dé fuerza y consejo la tardanza.

Así, en resolucion me determino, (sí, señores, tambien os pareciere) que demos con asalto repentino sobre ellos lo mejor que ser pudiere: y nadie piense que hay otro camino sino el que con su fuerza y brazo abriere; que las rabiosas armas en las manos, los han de dar por justos ó tiranos.

A la plática fin con esto puso, y el buen Peteguelen, viejo severo, por mas antiguo su razon propuso, como soldado y sabio consejero, diciendo: «¡Oh capitanes! no rehusó de derramar mi sangre yo el primero, que aunque por mi vez parezca helada, en el pecho me hierve alborotada.

Pero sola una cosa me detiene, haciéndome dudar el rompimiento, y es la cierta noticia que se tiene que es mucha gente y mucho el regimiento: así que, claro vemos que conviene gran resistencia á grande movimiento; que siempre de estimar poco las cosas suceden las dolencias peligrosas.

Que pues el sitio y puesto que han tomado es por natura fuerte y recogido, del mal y altos peñascos rodeado, por todas partes libre y defendido; será de mas provecho y acertado que á su plática y trato deis oído, y que no se les niegue y contradiga,



pues que solo el oír á nadie obliga:

Que no podrá dañar, y en el comedio  
podréis apercibir y juntar gente,  
y en secreto prestar para el remedio  
todo lo necesario y conveniente,  
en las cosas difíciles dar medio,  
proveer á cualquier inconveniente,  
atajar y romper los pasos llanos,  
y al cabo remitirnos á las manos.»

No pudo decir mas, que ardiendo en ira  
el bravo Tucapel, con voz furiosa  
diciendo (le atajó): «Quien tanto mira  
jamás emprenderá jornada honrosa;  
y si todo el estado se retira,  
por parecerle que esta es peligrosa,  
yo solo tomaré, sin compañía,  
las armas, causa y cargo á cuenta mia.

Por ventura ¿teneis desconfianza  
de vuestras propias fuerzas tan probadas;  
pues en cuanto arrojar pueden la lanza  
y rodear los brazos las espadas  
dais causa que se note en vos mudanza,  
y que vuestras victorias mancilladas  
queden con bajo y misero partido,  
y nuestro honor y crédito ofendido?

Pues entonces que mientras yo tuviere  
fuerza en el brazo y voz en el senado,  
diga Peteguelen lo que quisiere,  
que esto ha de ser por armas sentenciado:  
y quien otro camino pretendiere,  
primero le abrirá por mi costado;  
que esta ferrada maza, y no oraciones,  
le ha de dar las causas y razones.

Si los que así os preciáis de bien hablados,  
el ánimo os bastare y el denuedo  
de combatir sobre esto, en campo armados  
os probaré mas claro lo que puedo:  
mas quereis mostrar tan concertados,  
que llamando prudencia á lo que es miedo,  
por no poner en riesgo vuestra vida,  
a todo, con hablar, dareis salida.»

Peteguelen responde: «Pues no halla  
nunca en tí la razon acogimiento,  
yo solo, viejo, quiero la batalla,  
y castigar tu loco atrevimiento,  
de piel curtida armados ó de malla,  
con lanza, espada ó maza, á tu contento;  
para mostrar que en justas ocasiones  
tengo mas largas manos que razones.»

¿Quién pudiera pintar el rostro esquivo  
que Tucapel mostraba contra el cielo,  
lanzando por los ojos fuego vivo,  
no se dignando de mirar al suelo!  
dijo: «Al fin pensamiento tan altivo  
ya es digno del furor de Tucapelo;  
mas por mi honor y por tu edad querria  
que metieses contigo compañía.»

El viejo respondió: «Jamás de ajenas  
fuerzas en ningún tiempo me he ayudado,  
ni de sangre aun están vacías mis venas,  
ni siento el brazo así debilitado,  
que no te piense dar las manos llenas.»  
Mas Rengo, su sobrino, levantado  
se atravesó diciendo: «El desalio  
aceto yo, si quieres, por mi tío.»

«Quiérola, pido, y soy dello contento,  
(gritaba Tucapel) y á diez contigo.»  
Mas saltando Orompello de su asiento,  
dijo: «Tú lo has de haber, Rengo conmigo.»  
«Tambien enmendaré tu atrevimiento»,  
responde el fiero Rengo; y mas te digo,  
que en poco tu amenaza y campo estimo  
después que haya acabado el de tu primo.»

Tucapelo le dijo: «Castigare  
pienso de tal manera yo primero,

que le cabrá á Orompello poca parte,  
que á bien librar, serás mi prisionero:  
¡afuera; ¡afuera! súl! haceos á parte  
que dilatar el término no quiero,  
pues armas, tiempo y voluntad tenemos,  
sino que luego aquí lo averigüemos.»

Rengo y Peteguelen le respondieron  
á un tiempo con las armas y razones,  
si en medio á la sazón no se pusieran  
muchos caciques nobles y varones,  
pidiendo que suspendan y dilieran  
aquellas amenazas y cuestiones,  
hasta que la fortuna declarada  
diese próspero fin á la jornada.

Caupolicán estaba ya impaciente  
de ver que Tucapelo cada día  
en guerra, en paz, injusta ó justamente,  
sin ninguna atencion los revolvia:  
mas hubo de llevarlo blandamente,  
que el tiempo y la sazón lo requeria;  
y así, con gravedad y manso ruego  
les reprimió el furor y apagó el fuego,

Quedando entre ellos puesto y acetado,  
que luego que la guerra concluyesen  
el viejo y Tucapel en estacado  
francos de solo á solo combatesen;  
después que Tucapel, y Rengo armado  
ansimismo su causa difiniesen.

El rumor aplacado, Colorolo  
les comenzó á decir, hablando solo;

«Generosos caciques, si licencia  
tenemos de decir lo que alcanzamos  
los que por largos años y experiencia  
los futuros sucesos rastreamos;  
vemos que nuestras fuerzas y potencia  
en solo destruirnos las gastamos,  
y el tirano cuchillo apoderado  
sobre nuestras gargantas levantado.

Y lo que da señal clara que sea  
cierta vuestra caída y mi recelo,  
es que ya la fortuna titubea,  
y comienza á turbarse nuestro cielo:  
cuando un gran edificio se ladea,  
no está muy lejos de venir al suelo;  
la máquina que en falso asiento estriba  
a su misma pesadumbre la derriba.

Por lo cual ya si mi opinion no yerra,  
según el proceder y los indicios,  
temo, y con gran razon, de ver por tierra  
nuestros mal cimentados edificios:  
y convertido el uso de la guerra  
en serviles y bajos ejercicios  
quebrantándose, al fin, vuestra protervia,  
fundada en una vana y gran soberbia.

Muerto á Lantaro vemos, y perdidas  
con gran deshonra nuestra tres banderas,  
rotas nuestras escuadras, y tendidas  
al viento y sol por pasto de las fieras,  
las fuerzas y opiniones divididas,  
lleno el campo de gentes extranjeras,  
y las furiosas armas alteradas  
contra sus mismos pechos declaradas.

Mirad que así, por ciega inadvertencia,  
la patria muere y libertad perece,  
pues con sus mismas armas y potencia  
al derecho enemigo favorece:  
incurable y mortal es la dolencia  
cuando á la medicina no obedece,  
y bestial la pasión y detestable  
que no sufre el consejo saludable.

¿Por qué con tanta saña procuramos  
ir nuestra sangre y fuerzas apocando,  
y envueltos en civiles armas damos  
fuerza y derecho al enemigo bando?  
¿Por qué con tal furor despedazamos

esta union invencible , condenando nuestra causa aprobada y armas justas , justificando en todo las injustas?

¿Qué rabia ó qué rencor desatinado habéis contra vosotros concebido , que así queréis que el araucano estado venga á ser por sus manos destruido , y en su virtud y fuerzas ahogado , quede con nombre infame sometido á las estrañas leyes y gobierno en dura servidumbre y yugo eterno?

Volved sobre vosotros , que sin tiente correis á toda priesa á despeñaros ; refrenad esa furia y movimiento , que os lleva á destruir y arruinaros. ¿Sufrís al enemigo en vuestro asiento , que quiere como á brutos conquistaros , y no podeis sufrir aquí impacientes los consejos y avisos convenientes?

Que es cierto falta de ánimo , y bastante indicio de flaqueza disfrazada , teniendo al enemigo tan delante revolver contra sí la propia espada , por no esperar con ánimo constante los duros golpes de fortuna airada , á los cuales resiste el pecho fuerte , que no quiere acabarlo con la muerte.

Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra , que á veces por ser tanto lo condeno , y de vuestras hazañas , no esta tierra , mas todo el universo anda ya lleno ; cese , cese el furor y civil guerra , y por el bien comun tened por bueno no romper la hermandad con torpes modos , pues que miembros de un cuerpo somos todos.

Si á la cansada edad y largos días algun respeto y crédito se debe , mirad á estas antiguas capas mías y al bien público y celo que me mueve , para que suspendáis vuestras porfias por alguna sazon y tiempo breve , hasta que el español furor decline y la causa comun se determine.

Y pues de vuestra discrecion espero que os pondrá en el camino que conviene , traer otras razones mas no quiero , pues con vos la razon tal fuerza tiene : dejadas , pues , á parte , lo primero que venirá las manos nos detiene y pone freno y limite al deseo , es el poco aparejo que aquí veo :

Que por todas las partes nos divide este brazo de mar que veis en medio , y nuestra pretension y paso impide , sin tener de pasaje algun remedio : y pues el enemigo se comide á tratar de concierto y nuevo medio , aunque nunca pensemos acetarlos , no nos podrá dañar el escucharlos ;

Pues por este camino tomaremos lengua de su intencion y fundamento , que cuando no sea lícita , podremos venir de todo en todo á rompimiento : tambien en este término haremos de armas y municion preparamento , que estas serán al fin las que de hecho habrán de declarar este derecho.

Mas , conviene advertir , claros varones , para llevar las cosas bien guiadas , que nuestras esteriore intenciones vayan siempre á la paz enderezadas ; mostrándonos de flacos corazones , las fuerzas y esperanzas quebrantadas , y la tierra de minas de oro rica , cebo goloso en que esta gente pica :

Quizá por este término , sacalla podremos del isleño sitio fuerte , y con fingida paz aseguralla , trayéndola por mañas á la muerte ; y sin rumor ni muestra de batalla abramos la carrera de tal suerte , que venga á tierra firme confiada en el seguro paso y franca entrada.»

A su habla dió fin el sabio anciano , y hubo allí pareceres diferentes , diciendo que el peligro era liviano para tanto temor ó inconvenientes. Pero Puren , Lincoya y Talecaguano , Lemoemo , Elicura mas prudentes , al parecer del viejo se arrimaron , y así á los mas los menos se allanaron.

Despachando de allí con diligencia al jóven Millalauco , generoso , hombre de gran lenguaje y experiencia , cauto , sagaz , solícito y manoso : que con fingida muestra y apariencia de algun partido honesto y medio honroso nuestro intento y designios penetrase , y el sitio gente , y número notase :

El cual bien informado y instruido de lo que á su propósito convino , en una larga góndola metido , sin mas se detener tomó el camino : y de los prestos remos impelido , en breve á nuestro alojamiento vino , á donde sin estorbo , libremente saltó luego seguro con su gente.

Al puerto habian tambien con fresco viento tres naves de las nuestras arribado , llenas de armas , de gente y bastimento , con que fue nuestro campo reforzado : era tanto el rumor y movimiento del bélico aparato , que admirado el cauteloso Millalauco estuvo , y así confuso un rato se detuvo.

Mas sin dárlo á entender , disimulando , por medio del bullicio atravesaba ; los judiciosos ojos rodeando , las armas , gente y ánimos notaba : y el negocio entre sí considerando , el deseado fin dificultaba , viendo cubierto el mar , llena la tierra de gente armada y máquinas de guerra.

Llegado al pabellon de don García , hallándome con otros yo presente , con una moderada cortesía nos saludó á su modo , alegremente levantando la voz... Pero la mia , que fatigada de cantar se siente , no puede ya llevar un tono tanto , y así es fuerza dar fin en este canto.

## CANTO XVII.

Hace Millalauco su embajada : salen los españoles de la isla : levantando un fuerte en el censo de Penco , vienen los araucanos á dárles el asalto. Cuentase lo que en el aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintin.

Nunca negar se deben los oídos á enemigos ni amigos sospechosos , que tanto os dejan mas aperechidos , cuanto vos los teneis por cautelosos : escuchados , serán mas entendidos , ora sean verdaderos ó engañosos ; que siempre por señales y razones se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que mas os desatinan con su máscara falsa y trato extraño , con su despertar , avisan , encaminan , y encubriendo descubren el engaño : veis el blanco y el fin á donde atinan ,

el pro y el contra, el interés y el daño. No hay plática tan doble y cautelosa que della no se iuliera alguna cosa;

Y no hay lengua tan llena de artificio, que parlando no muestre algun conceto, que al fin alguna vez hará su oficio, y mas si el que oye sabe ser discreto. Nunea el hablar dejó de dar indicio, ni el callar descubrió jamás secreto: no hay cosa mas difícil, bien mirado, que conocer un necio si es llamado;

Y es importante punto y necesario tener el capitan conocimiento del arte y condicion del adversario, de la intencion, designio, y fundamento; si es cuerdo y reportado, ó temerario, de pesado ó ligero movimiento, remiso ó diligente, incauto ó astuto, vario, indeterminable ó resolutivo.

Asi venios que el bárbaro senado, por saber la intencion del enemigo, al cauto Millalauco habia enviado debajo de figura y voz de amigo: que con semblante y ánimo doblado, mostrándose cortés, como atrás digo, el rostro á todas partes revolviendo, alzó recio la voz así diciendo:

»Dichoso capitan y compañía, á quien por bien de paz soy enviado del araucano estado y señoría, con voz y autoridad del gran senado: no penseis que el temor ó cobardía jamás nos haya á término llegado, de usar (necesitados de remedio) de algun partido infame y torpe medio;

Pues notorio os será lo que se estiende el nombre grande y crédito araucano, que los estraños términos defiende y asegura debajo de su mano: y tambien de vosotros ya se entiende que, movidos de celo y fin cristiano, con gran moderacion y disciplina venis á derramar vuestra doctrina.

Siendo, pues, esto así, como la muestra que habeis dado hasta aquí lo verifíca, y la buena opinion y fama vuestra con claras y altas voces lo publica, yo os vengo á asegurar de parte vuestra; y así claro por mí se os certifica, que la ofrecida paz tan deseada será por los caciques acetada:

Que el inclito senado, habiendo oido de vuestra parte algunas relaciones, con sabio acuerdo y parecer, movido por legítimas causas y razones, quiere acetar la paz, quiere partido de licitas y honestas condiciones, para que no padezca tanta gente del pueblo simple y género inocente:

Que si la fe inviolable y juramento, de vuestra parte con amor pedido, y el gracioso y seguro acogimiento de nuestra voluntad libre ofrecido, pueden dar en las cosas firme asiento con honra igual y lícito partido, sin que los nuestros súbditos y estados vengan por tiempo á ser menoscabados,

A Carlos sin defensa y resistencia por amigo y señor le admitiremos, y el servicio indebido y obediencia de nuestra voluntad le ofreceremos: mas si quereis llevarlo por violencia, antes los propios hijos comeremos, y vereis con valor nuestras espadas por nuestro mismo pecho atravesadas.

Pero por trato llano, sin recelo podreis por vuestro rey alzar bandera; que el estado (las armas por e' suelo) con los brazos abiertos os espera, reconociendo que el benigno cielo le llama á paz segura y duradera, quedando para siempre lo pasado en perpétuo silencio sepultado.»

Aquí dió fin al razonar, haciendo á su modo y usanza una caricia, siempre en su proceder satisfaciendo á nuestra voluntad y á su malicia: y el bárbaro poder disminuyendo, nos aumentaba el ánimo y colicia, dándonos á entender que habia flaqueza, y abundancia de bienes y riqueza.

Oida la embajada, don García, haciéndole gracioso acogimiento, en suma respondió: que agradecia la propuesta amistad y ofrecimiento, y que en nombre del rey satisficiera su buena voluntad con tratamiento que no solo no fuesen agraviados, mas de muchos trabajos relevados.

Hizo luego sacar á dos sirvientes por mas confirmacion algunos dones, ropas de nil colores diferentes, jotas, flautos, chaquiras y listones; insignias y vestidos competentes á nobles capitanes y varones; siendo de Millalauco recibido con palabras y término cumplido.

Así, que con semblante y apariencia de amigo agradecido y obligado, pidiendo al despedir grata licencia, á la barca volvió que habia dejado; y con la acostumbrada diligencia, al tramontar del sol llegó al estado, do recibido fue con alegría de toda aquella noble compañía.

Visto pues el despacho, cautamente los caciques la junta dividieron, y dando muestra de esparcir la gente, á sus casas de paz se retrujeron, á donde sin rumor secretamente las engañosas armas previnieron, moviendo del comun las voluntades, aparejadas siempre á novedades.

Nosotros, no sin causa sospechosos allí mas de dos meses estuvimos, y á las lluvias y vientos rigurosos del implacable invierno resistimos: mas, pasado este tiempo, deseosos de saber su intencion, nos resolvimos en dejar el isleño alojamiento, haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes fueron en nuestro campo apercibidos, hombres trabajadores y valientes, entre los mas robustos escogidos, de armas y de instrumentos convenientes secreta y sordamente prevenidos: (yo con ellos tambien, que vez ninguna dejé de dar un tiento á la fortuna:)

Para que en un pequeño cerro esento, sobre la mar vecina relevado, levantasen un muro de cimiento de fondo y ancho foso rodeado: donde pudiese estar sin detrimento nuestro pequeño ejército alojado, en cuanto los caballos arribaban, que ya teniamos nueva que marchaban:

Pues salidos á tierra, entenderian la intencion de los bárbaros dañada, que en secreto las armas prevenian

con falso rostro y amistad doblada :  
de do, si se moviesen les darian  
algun asalto y súbita ruiada,  
que, quebrantado el ánimo y denuedo,  
volviesen á la paz de puro miedo.

Era imaginación fuera de tino  
pensar que los soberbios araucanos  
quisiesen de concordia algun camino,  
viéndose con las armas en las manos:  
pero con la presteza que convino,  
los ciento y treinta jóvenes lozanos  
pasaron á la tierra sin ayuda  
mas que el amparo de la no-he muda:

Y aunque era en esta tierra el tiempo cuando  
Virgo alargaba apriesa el corto día,  
las variables horas restaurando  
que usurpadas la Noche le tenia;  
antes que la Alha fuese desterrando  
las nocturnas estrellas, parecia  
la cumbre del collado levantada  
de gente y materiales ocupada.

Cuáles con barras, picos y azadones  
abren los hondos fosos y señales;  
cuáles con corvos y anchos cuchillones,  
hachas, sierras, seguros y destrales  
cortan maderos gruesos y troncones,  
y fijados en tierra, con tapiales  
y trabazon de leños y faginas,  
levantan los traveses y cortinas.

No con tanto hervor la tiria gente  
en la labor de la ciudad famosa,  
acá y allá sirviendo dil' gente  
tan solícita andaba y presurosa,  
ni Cesar lev ntó tan de repente  
en Dirrachio la cerca milagrosa  
con que cercó al ejército esparcido  
del enemigo yerno inadvertido.

Cuanto fue de nosotros coronada  
de una gruesa muralla la montaña,  
de fondo y ancho foso rodeada,  
con ocho piezas gruesas de campaña;  
siendo á vista de Aranco levantada  
bandera por Felipe rey de España,  
tomando posesion de aquel estado  
con los demás del padre renunciado.

Túvose por un caso nunca oído,  
de tanto atrevimiento y osadía,  
entre la gente plática tenido  
mas por temeridad que valentía;  
que en el soberbio estado así temido  
los ciento y treinta en poco nas de un día  
pudiésemos salir con una cosa  
tanto cuanto difícil peligrosa.

Nuestra gente del todo recogida,  
la cual luego segura al fuerte vino,  
que el alto sitio y pólvora temida  
hizo fácil y llano aquel camino,  
por las anchas cortinas repartida,  
segun y por el órden que convino,  
nos pusimos allí todos á una  
debajo del amparo de Fortuna.

La pregonera Fama ya volando  
por el distrito y término araucano  
iba de lengua en lengua acrecentando  
el abreviado ejército cristiano:  
la gente popular amedrentando  
con un hueco rumor y estruendo vano  
que lo incierto á las veces certifica,  
y lo cierto, si es mal, lo multiplica.

Llegada, pues, la voz á los oídos  
de nuestros enemigos conjurados,  
no mirando á los tratos y partidos  
por una parte y otra asegurados,  
con súbita presteza apercibidos  
de municiones, armas y soldados,

sin aguardar á mas, trataron luego  
de darnos el asalto á sangre y fuego.

Juntos para el efecto en Talcaguano,  
dos millas poco mas del fuerte asiento,  
el esforzado mozo Gracolano,  
de gran disposicion y atrevimiento,  
dijo en voz alta: «¡Oh gran Caupolicano!  
si en algo es de estimar mi ofrecimiento,  
prometo que mañana en el asalto  
arbolaré mi enseña en lo mas alto.

Y porque á ti, señor, y á todos quiero  
haceros de mis obras satisfechos,  
con esta usada lanza me profiero  
de abrir lugar por los contrarios pechos;  
y que será mi brazo el que primero  
barahuste las armas y pertrechos,  
aunque mas dificulten la subida  
y todo el universo me lo impida.»

Así dijo: y los bárbaros en esto,  
porque ya las estrellas se mostraban,  
al fuerte, en escuadron, con paso presto,  
cubiertos de la noche se acercaban:  
y en una gran barranca, oculto puesto,  
al pié de la montaña reparaban,  
aguardando en silencio aquella hora  
que suele aparecer la clara aurora.

Aquella noche yo mal sosegado  
reposar un momento no podia,  
ó ya fuese el peligro, ó ya el cuidado  
que de escribir entonces yo tenia.

Así imaginativo y desvelado,  
revolviendo la inquieta fantasía,  
quise de algunas cosas desta historia  
descargar con la pluma la memoria.

En el silencio de la noche oscura,  
en medio del reposo de la gente,  
queriendo proseguir con mi escritura,  
me sobrevino un súbito accidente:  
cortóme un hielto cada coyuntura,  
turbóseme la vista de repente,  
y procurando de esforzarme en vano,  
se me cayó la pluma de la mano.

Quisé: me quejar, mas fue imposible.  
del accidente súbito impedido,  
que el agudo dolor y mal sensible  
me privó del esfuerzo y del sentido;  
pero pasado el término terrible,  
y en mi primero ser restituido,  
del tormento quedé de tal manera  
cual si de larga enfermedad saliera.

Luego que con suspiros trabajados  
desfogando las ansias alfojaron  
mis descuidados ojos agravados  
del gran quebrantamiento se cerraron:  
así los lasos miembros relajados  
al agradable sueño se entregaron,  
que dando por entonces el sentido  
en la mas noble parte recogido.

No bien al dulce sueño y al reposo  
dejado el quebrantado cuerpo habia,  
cuando oyendo un estruendo sonoro  
que estremecer la tierra parecia,  
con gesto altivo y término furioso  
delante una mujer se me ponía,  
que luego vi en su talle y gran persona  
ser la robusta y áspera Belona.

Vestida de los piés á la cintura,  
de la cintura á la cabeza armada  
de una escamosa y lúcida armadura,  
su escudo al brazo, al lado la ancha espada,  
blandien lo en la derecha la asta dura,  
de las horribles furias rodeada,  
el rostro airado, la color teñida,  
toda de fuego bélico encendida:

La cual me dijo: «¡Oh mozo temeroso!

el ánimo levanta y confianza,  
reconociendo el tiempo venturoso  
que te ofrece tu dicha y buena andanza :  
huye del ocio torpe perezoso,  
ensancha el corazón y la esperanza,  
y aspira á mas de aquello que pretendes,  
que el cielo te es propicio si lo entiendes :

Que viéndote á escribir yo aficionado  
y de tu inclinacion el claro indicio,  
pues nunca te han la pluma destemplado  
las fieras armas y áspero ejercicio :  
tu trabajo tan fiel considerado,  
solo movida de mi mismo oficio,  
te quiero ya llevar en una parte  
donde podrás sin límite ensancharte.

En campo fértil, lleno de mil flores;  
en el cual hallarás materia llena  
de guerras mas famosas y mayores,  
donde podrás alimentar la vena :  
y si quieres de damas y de amores  
en verso celebrar la dulce pena,  
tendrás mayor sugeto y hermosura  
que en la pasada edad y en la futura.

Sigueme» dijo al fin; y yo admirado,  
viéndola revolver por donde vino,  
con paso largo y corazón osado  
comencé de seguir aquel camino,  
dejando del siniestro y diestro lado  
dos montes que el Atlante y Apenino  
con gran parte no son de tal grandeza,  
ni de tanta espesura y asperza.

Salimos á un gran campo, á do natura  
con manoliberal y artificiosa  
mostraba su caudal y hermosura  
en la varia labor maravillosa  
mezclando entre las hojas y verdura  
el blanco lirio y encarnada rosa,  
junquillos, azahares y mosquetas,  
azucenas, jazmines y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando  
el deleitoso asiento atravesaban,  
y los templados vientos respirando  
la verde yerba y flores alegraban :  
pues los pintados pájaros volando,  
por los copados árboles cruzaban,  
formando con su canto y melodía  
una acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas  
vi gran copia de ninfas muy hermosas,  
unas en varios juegos ocupadas,  
otras cogiendo flores olorosas :  
otras suavemente y acordadas  
cantaban dulces letras amorosas,  
con cítaras y liras en las manos,  
diestros sátiros, faunos y silvanos.

Era el fresco lugar aparejado  
á todo pasatiempo y ejercicio;  
quién sigue ya de aquel ya de este lado  
de la Casta Diana el duro oficio :  
ora atraviesa el puerco, ora el venado,  
ora salta la liebre, y con el vicio,  
gamuzas, capriolas y corcillas  
retozan por la yerba y florecillas :

Quién, el ciervo herido rastreando,  
de la llanura al monte atravesaba;  
quién, el cerdoso puerco fatigando,  
los osados lebreles ayudaba :  
quién, con templados pájaros volando,  
las altaneras aves remontaba :  
acá matan la garza, allá la cuerva,  
aquí el celoso gamo, allí la cierva.

Estaba justo en medio de este asiento  
en forma de pirámide un collado,  
redondo en igual círculo y esento,  
sobre todas las tierras empinado :

y sin saber yo cómo, en un momento,  
de la fiera Belona arrebatado,  
en la mas alta cumbre del me puso,  
quedando dello atónito y confuso.

Estuve tal un rato de repente  
viéndome arriba, que mirar no osaba,  
tanto que acá y allá medrosamente  
los temerosos ojos rodeaba :  
allí lleno de olores blandamente  
un agradable viento respiraba  
hasta la cumbre altísima el collado  
de verde yerba y flores coronado.

Era de altura tal que no podría  
un liviano neblí subir á vuelo;  
y así, no sin temor, me parecía  
mirando abajo estar cerca del cielo :  
de donde con la vista descubria  
la grande redondez del ancho suelo,  
con los términos bárbaros ignotos,  
hasta los mas ocultos y remotos.

Viéndome, pues, Belona allí subido,  
me dijo : «El poco tiempo que te queda  
para que puedas ver lo prometido  
hace que detenerme mas no pueda :  
mira aquel grueso ejército movido,  
el negro humo espeso y polvareda  
en el confin de Flandes y de Francia  
sobre una plaza fuerte de importancia.

Después que Carlos Quinto hubo triunfado  
de tantos enemigos y naciones,  
y como invicto príncipe bolland  
las Árticas y Antárticas regiones,  
triunfo de la fortuna y vano estado,  
y aseguró su fin y pretensiones,  
dejando la imperial investidura  
en dichosa sazón y coyuntura :

Y movido del pío y santo celo  
que el gobierno público tenia,  
pareciéndole poco lo del suelo,  
según lo que en el pecho concebía,  
vuelta la mira y pretension al cielo,  
el peso que en los hombros sostenía  
le puso en los del hijo, renunciados  
todos sus reinos, títulos y estados.

Viendo el hijo la próspera carrera  
del victorioso padre retirado,  
por hacer la esperanza verdadera  
que siempre de sus obras habia dado,  
por el principio y ocasión primera  
aquel copioso ejército ha juntado  
para bajar de la enemiga Francia  
la presunción, orgullo y arrogancia.

Aquella es San Quintín que ves delante,  
que en vano contraviene á su ruina,  
presidio principal, plaza importante,  
y del furor del gran Felipe dina.  
Hallase dentro della el almirante,  
debajo cuyo mando y disciplina  
está gran gente plática de guerra,  
á la defensa y guarda de la tierra.

En tres partes allí, como se muestra,  
el enemigo campo se reparte :  
Cáceres con su tercio, á mano diestra,  
donde esta de Felipe el estandarte:  
el pronto Navarrete á la siniestra  
con el conde de Mega; y de la parte  
del burgo Julian con tres naciones,  
españoles, tudescos y valones.

Llegamos, pues, á tiempo que seguro  
podrás ver la contienda portiada,  
y sin escalas por el roto muro  
entrar los de Felipe á pura espada:  
verás el fiero asalto y trance duro,  
y al fin la fuerte Francia aportillada;  
que al riguroso llado incontrastable,



no hay defensa ni plaza inespugnable.

Conviéneme partir de aquí al momento  
á meterme entre aquellos escuadrones,  
y remover con nuevo encendimiento  
los unos y los otros corazones :  
tú desde aquí podrás mirar atento  
las diferentes armas y naciones ,  
y escribir de una y otra la fortuna ,  
dando su justa parte á cada una. »

Luego la diosa airada y compañía  
por el aire en tropel se deslizaron ,  
y en un instante, sin torcer la via ,  
cual presto rayo á San Quintín bajaron ,  
donde atizandó el fuego que ya ardía ,  
con la amiga Discordia se juntaron ,  
que andaba entre las huestes y compañías  
infundiéndoles ira en las entrañas.

En esto el fiero ejército furioso ,  
por la señal postrera ya movido ,  
en un turbion espeso y polvoroso  
corre al batido muro defendido.  
¡ Quién fuera de lenguaje tan copioso  
que pudiera explicar lo que aquí vido !  
Mas , aunque mi caudal no llegue á tanto ,  
haré lo que pudiere en otro canto.

#### CANTO XVIII.

Da el rey don Felipe el asalto á San Quintín : entra en ella victorioso: vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles.

¿ CUAL será el atrevido que presume  
reducir el valor vuestro y grandeza

á término pequeño y breve suma ,  
y á tan humilde estilo tanta alteza ?  
que aunque por campo próspero la pluma  
corra con fértil vena y ligereza ,  
tanto el sugeto y la materia argue  
que todo lo deshace y disminuye.

Y el querer atreverme á tanto creo  
que me será juzgado á desatino ,  
pues llegado á razon , yo mismo veo  
que salgo de los términos á tino :  
mas de serviros siempre el gran deseo ;  
que siempre me ha tirado á este camino  
quizá adelgazará mi pluma ruda ,  
y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor (del cual procede  
esta mi presuncion y atrevimiento)  
es el que agora pido , y el que puede  
enriquecer mi pobre entendimiento :  
que si por vos , señor , se me concede  
lo que á nadie negais , sollaré al viento  
con ánimo la rouca voz medrosa ,  
indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza confiado ,  
por la justa razon con que lo pido ,  
espero que , señor , seré escuchado ,  
que basta para ser favorecido.  
Volviendo á proseguir lo comenzado ,  
dije en el canto atrás que arremetido  
había el furioso campo por tres vias  
á las aportilladas baterias :

Y en la veloz corrida, contrastando los tiros y defensas contrapuestas, lo va todo rompiendo y tropellando, con animoso pecho y manos prestas : y a los batidos muros arribando por los lados y partes mas dispuestas, los unos y los otros se afrontaron, y los ánimos y armas se tentaron.

Los franceses con muestra valerosa, armas y defensivos instrumentos, resisten la llegada impetuosa, y los contrarios ánimos sangrientos : mas la gente española, mas furiosa cuanto topaba mas impedimentos, con temoso coraje y porfiado rompe lo mas difícil y cerrado.

Vieran en las entradas defendidas gran contienda, revuelta y embarazos, muertes estrañas, golpes y heridas de poderosos y gallardos brazos : cabezas hasta el cuello y mas hendidas, y cuerpos divididos en pedazos ; que no bastaban petos ni celadas contra el crudo rigor de las espadas.

La plaza se espugnaba y defendía con esfuerzo y valor por todos lados ; era cosa de ver la herrería de las armas y arneses golpeados, la espantosa y horrenda artillería, las bombas y artificios arrojados de pólvora, alquitrán, pez y resina, aceite, plomo, azufre y trementina ;

Y á vueltas un granizo y lluvia espesa de lanzas y saetas arrojaban, peñas, tablas, maderos, que á gran priesa de los muros y techos arrancaban. La fiera rabia y gran teson no cesa ; hieren, matan, derriban ; y así andaban los unos y los otros muy revueltos en fuego, en sangre y en furor envueltos.

Unos la entrada sin temor defienden con libre y animosa confianza : otros de miedo por vivir ofenden, poniéndoles esfuerzo la esperanza : otros, que ya la vida no pretenden, procuran de su muerte la venganza, y que caigan sus cuerpos de manera que al enemigo cierren la carrera.

Como el furor indómito y violencia de una corriente y súbita avenida, que si halla reparo y resistencia, hierve y crece allí el agua detenida ; al fin, con mayor ímpetu y potencia, bramando abre el camino y la salida que las defensas rompe y desbarata, y en violento furor las arrebató :

De tal manera la francesa gente, sin batar resistencia y fuerza alguna, la arrebató la próspera corriente del hado de Felipe y su fortuna, que ya sin poder mas forzadamente á su furia rendida, por la una parte que estaba Cáceres dió entrada á la enemiga gente encarnizada.

Y aunque por esta parte el almirante el golpe de la gente resistía, no fue ni pudo al cabo ser bastante á la pujanza y furia que venía : quedó en prision con otros, y adelante la victoriosa y fiera compañía, dejando eterna lástima y memoria, iba siguiendo el hado y la victoria.

Pues en esta sazón, por la otra parte que el diestro Navarrete peleaba, sin ser ya la francesa gente parte,

á puro hierro la española entraba ; y á despecho y pesar del fiero Marte, que los franceses brazos esforzaba, haciendo gran destrozo y cruda guerra, de rota á mas andar ganaban tierra.

Fue preso allí Audalot, que encomendada le estaba la defensa de aquel lado : he aquí tambien por la tercer entrada, que Julian Romero habia asaltado : la suspensa fortuna declarada, abriendo paso al detenido Hado, la mano á don Felipe dió de modo que vencedor en Francia entró del todo.

Cortó luego un temor y frio hielo los ánimos del pueblo enflaquecido, rompiendo el aire espeso y alto cielo un general lamento y alarido.

Las armas arrojadas por el suelo, escogiendo el vivir ya por partido, acordaron con misera huida perder la plaza y guarecer la vida.

Pero los vencedores, cuando vieron su gran temor y poco impedimento, los brazos altos y armas suspendieron ; por no manchar con sangre el vencimiento ; y sin hacer mas golpe, arremetieron, vuelto en codicia aquel furor sangriento, al esperado saco de la tierra, premio de la comun gente de guerra.

Quién las herradas puertas golpeando quebranta los cerrojos reforzados : quién, por picas y gúmenas trepando, entra por las ventanas y tejados : acá y allá rompiendo y desquiciando, sin reservar lugares reservados, las casas de alto á bajo escudriñaban, y á tienta, sin parar, corriendo andaban.

Como el furioso fuego de repente, cuando en un barrio ó vecindad se enciende, que con rebato súbito la gente corre con priesa y al remedio atiende ; y por todas las partes francamente, quién entra, sale, sube, quién deciendo, sacando uno arrastrando, otro cargado el mueble de las llamas escapado ;

Así la fiera gente victoriosa, con prestas manos y con piés ligeros, de la golosa presa codiciosa, abre puertas, ventanas y agujeros, sacando diligente y presurosa cofres, tapices, camas y rimeros, y lo de mas y menos importancia, sin dejar una mínima ganancia.

No los ruegos, clamores y querellas que los distantes cielos penetraban de viudas y huérfanas doncellas la insaciable codicia moderaban ; antes, rompiendo sin piedad por ellas, á lo mas defendido se arrojaban, creyendo que mayor ganancia habia donde mas resistencia se hacia.

Viéranse ya las vírgenes corriendo por las calles, sin guarda, á la ventura, los bellos rostros con rigor batiendo, lamentando su hado y suerte dura : y las miserables monjas, que rompiendo sus estatutos, limite y clausura, de aquel temor atónito llevadas, iban acá y allá descarriadas.

Mas el pio Felipe, antes que entrasen, habia mandado á todas las naciones que con grande cuidado reservasen las mujeres y casas de oraciones : y amigos y conformes, evitasen pendencias peligrosas y cuestiones



que del saco y la presa á cada una diese su parte franca la fortuna.

Las mujeres, que acá y allá perdidas, llevadas del temor, sin tiento andaban, por órden de Felipe recogidas en seguro lugar las retiraban, donde de lieles guardas defendidas del bélico furor las amparaban; que aunque fueron sus casas saqueadas, las honras les quedaron reservadas:

Que los fieros soldados, obedientes al cristiano y espreso mandamiento, se mostraban en esto continentes, frenando aun el primero movimiento. La revuelta y la mezcla de las gentes, la mucha confusion y poco tiento, hizo que el daño en la ciudad creciese, y un repentino fuego se encendiese.

Súbito allí la llama alimentada, lanzando espeso el humo y las centellas, del fresco viento céfiro ayudada procuraba subir á las estrellas: la miserable gente afortunada, con dolorosas voces y querellas, fijos los tiernos ojos en el cielo, desmayando, esforzaban mas el duelo.

A todas partes gritos lastimosos en vano por el aire resonaban, y los tristes franceses temerosos en las contrarias armas se arrojaban, eligiendo, por fuerza, vergonzosos el modo de morir que rehusaban, antes que como flacos, encerrados, ser en llamas ardientes abrasados.

Mas del piadoso rey la gran clemencia habia las fieras armas embotado, que con remedio presto y diligencia todo el furor y fuego fue apagado. Al fin, sin mas defensa y resistencia, dentro de San Quintín quedó alojado, con la llave de Francia ya en la mano, hasta París abierto el paso llano.

El sol ya poco á poco declinaba al hemisferio antártico encendido, cuando yo, que alegrísimo miraba todo lo que en mi canto habeis oido, vi cerca una mujer que me hablaba, mas blanco que la nieve su vestido, grave, muy venerable en el aspecto, persona al parecer de gran respeto,

Diciendo: «Si las cosas que dijere por cierta y verdadera protecia, dificultosa alguna pareciere, creeme que no es ficcion ni fantasia; mas lo que el Padre Eterno ordena y quiere allá en su excelso trono y gerarquía, al cual está sujeto lo mas fuerte, el hado, la fortuna, el tiempo y muerte.

Desta guerra y rencores encendidos entre la España y Francia así arraigados, resultarán conciertos y partidos, por una parte y otra procurados; en los cuales serán restituidos al duque de Saboya sus estados, con otros muchos medios provechosos, en bien de Francia y á la España honrosos.

Y para que mas quede asegurada la paz, con hermandad y firme asiento, con la prenda de Henrico mas amada contraerá don Felipe casamiento; pero la cruda muerte acelerada temprano deshará este ayuntamiento: que el alto cielo así lo determina y el decreto fatal y órden divina.

En este tiempo Francia corrompida,

la católica ley adulterando, negará la obediencia al rey debida, las sacrílegas armas levantando: y con el cebo de la suelta vida cobrará la maldad fuerza. juntando de gente infiel ejército formado contra la Iglesia y propio rey jurado.

Por insolencias viejas y pecados, vendrá el reino á ser casi destruido; y Carlos de sus pérdidas soldados á término dudoso reducido: serán con desacato derribados los suntuosos templos, y ofendido el mismo Sumo Dios y Sacramento, sobrando á la maldad su sufrimiento.

Mas vuestro rey con presta providencia previniendo al futuro daño, luego atajará en España esta dolencia con rigor necesario á puro fuego. Curada la perversa pestilencia, las armas enemigas del sosiego con furia moverá contra el oriente, enviando al Peñon su armada y gente.

Aunque no pueda de la vez primera conseguir el efecto deseado, volverá la segunda de manera, que el áspero Peñon será espugnado; y dejando segura la carrera, y el morisco contorno amedrentado, por causa de los puertos é invernuada, retirará la victoriosa armada.

Vendrán á España á la sazón de Ungría dos príncipes de alteza soberana, hijos de César Máximo y María, de Carlos hija y de Felipe hermana, que acrecentando el gozo y alegría harán aquella corte y era ufana: el mayor es Rodolfo, el otro Ernesto, que á la fama darán materia presto;

Y de sus altas obras prometiendo en su pequeña edad grande esperanza, en años y virtud irán creciendo, virtud y años muy dignos de alabanza; en quienes se verá resplandeciendo un excelso valor, y la crianza del baron Dietristan, persona dina de dar á tales príncipes doctrina.

Luego en el año próximo siguiente toda la cristiandad amenazando la gruesa armada del infiel potente irá contra el poniente navegando, con tan gran aparato y tanta gente, que temblarán las costas; y arribando á la isla de Malta dará fondo, que boja veinte leguas en redondo:

Donde el grande maestre y caballeros, que dentro asistirán en este medio, con otros capitanes forasteros, ofrecerán las vidas al remedio: y siempre constantísimos y enteros resistirán gran tiempo el fuerte asedio, haciendo en la defensa tales cosas, que se podrán tener por milagrosas.

Será la isla batida reciamente por la tierra, por mar, por bajo y alto, y el fuerte de Santelmo crudamente entrado á hierro en el noveno asalto: el cual suceso á la cercada gente pondrá en grande peligro y sobresalto, porque en el puerto la turquesa armada tendrá por las dos bocas franca entrada.

Allí se verán hechos señalados, difíciles empresas peligrosas, ánimos temerarios arrojados, cuando las esperanzas mas dudosas:

postas, muros y fosos arrasados,  
crudas heridas, muertes lastimosas,  
casos grandes, sucesos infinitos,  
dignos de ser para en eterno escritos.

Mas cuando ya no baste esfuerzo humano,  
y la fuerza al trabajo se rindiere,  
el muro esté ya raso, el foso llano,  
y la esperanza al suelo se viñiere:  
cuando el sangriento bárbaro inhumano  
el cu-hillo sobre ellos esgriniere,  
será entonces de todos conocido  
lo que puede Felipe y es temido;

Pues con sola una parte de su armada  
y número pequeño de soldados,  
de su fortuna y crédito guiada  
rebatirá los otomanos bandos:  
y la afligida Malta restaurada,  
serán los enemigos retirados,  
las fugitivas velas dando al viento  
con pérdida increíble y escarmiento.

Luego el año después con poderoso  
ejército, en persona Solimano  
por tierra moverá contra el famoso  
César Augusto, emperador romano;  
y por la gran Panonia presuroso,  
dejando á la derecha al Trasilvano,  
y atrás la ancha provincia de Dalmacia,  
bajará á los confines de Croacia.

A Siguet, plaza fuerte y recogida,  
cuatro semanas la tendrá asediada,  
y al cabo, sin poder ser socorrida,  
del fiero Soliman será ocupada;  
mas la empresa difícil y la vida  
acabará en un tiempo, que la airada  
muerte, arribando el limitado curso,  
pondrá término y punto á su discurso.

Por otra parte, en Flandes los estados  
desasidos de Dios en estos dias,  
turbarán el sosiego, inficionados  
de perversos errores y herejías;  
y contra el rey Felipe conspirados  
tentarán de maldad diversas vías,  
 trayendo á estado y condición las cosas  
que durarán gran término dudosas.

Tambien con pretension de libertarse  
en el próspero reino de Granada  
los moriscos vendrán á levantarse  
y á negar la obediencia al rey jurada:  
la cual alteracion, por no estimarse  
ni ser á los principios remediada,  
será de grandes daños, y costosa  
de sangre ilustre y gente valerosa.

Irá á esta guerra un mozo que escondido  
anda en humildes paños y figura,  
que su imperial linaje esclarecido  
difíciles empresas le asegura;  
á quien tienen los hados prometido  
una famosa y súbita ventura:  
este es hijo de Carlos, que aun se cria,  
y encubierto estará por algun dia.

Andará, como digo, disfrazado  
hasta que el padre al tiempo de la muerte  
le dejará por hijo declarado,  
subiéndole en un punto á tanta suerte:  
será de todos, con razon, amado,  
franco, esforzado, valeroso y fuerte:  
es su nombre don Juan, y en esta parte  
no puedo mas decir ni revelarte.

Baste que á los moriscos alterados  
en su primera edad hará la guerra  
y los presidios rotos y ocupados  
los vendrá á retirar dentro en la sierra;  
á donde los tendrá tan apretados  
que al fin reducirá laalzada tierra,  
trasplantando en provincias diferentes

las raíces malvadas y simientes.

Esta guerra acabada, de Alemania  
(de damas y gran gente acompañada)  
la infanta Ana vendrá, reina de España,  
con el rey don Felipe desposada,  
donde con pompa y magestad estraña  
será la insigne boda celebrada  
en la antigua Segovia, un tiempo silla  
de los famosos reyes de Castilla.

Serán, pues, los dos príncipes llamados  
del padre emperador, que ya aquel dia  
querrá dar nuevo asiento en sus estados  
y hacer rey á Rodolfo de la Ungría:  
así que, para Génova embarcados  
arribarán, pasando á Lombardia,  
por la ribera del Danubio amena  
á su ciudad famosa de Viena.

Cuando ya la revuelta y turbaciones  
de los tiempos den muestra de acabarse,  
y el hélico furor y alteraciones  
parezcan declinar y sosegarse,  
entonces en las bárbaras regiones  
comenzarán de nuevo á levantarse  
las armas de los turcos inhumanos,  
contra los poderosos venecianos;

Y sacando una armada poderosa,  
de todas sus provincias allegada,  
en la vecina Chipre, isla famosa,  
descargará la furia represada:  
y con espada eruda y rigurosa  
será la tierra de ellos ocupada,  
entrando á Famagasta ya batida,  
sobre palabra falsa y fe metida.

Quedarán, pues, tan arrogantes desto,  
que, la armada de gente reforzando,  
con soberbio desguiso y presupuesto  
irán la vía de Italia navegando,  
despreciando del mundo todo el resto,  
y aun el poder del cielo despreciando:  
tanto será su orgullo y fiera muestra  
nacido del pecado y culpa vuestra.

Mas el alto Señor que otro dispone,  
y en vuestro bien por su piedad lo ordena  
que cuando faltan méritos compone  
con su sangre y pasión la deuda ajena,  
y por solo un gemir, luego repone  
la punición y merecida pena,  
quebrantará con golpe riguroso  
la soberbia del bárbaro ambicioso:

Que doliéndose ya de la fatiga  
del pueblo pecador, pero cristiano,  
contra la gente pérvida enemiga  
esgrinirá la poderosa mano.

Así de inspiracion habrá una liga,  
donde el papa y senado veneciano  
juntarán su poder, su fuerza y gente  
con la del rey católico potente.

Será en gracia de todos elegido  
general de la Liga dignamente  
el mozo en su niñez desconocido  
que anda en hábito humilde entre la gente.  
Pero no me es á mí ya concedido  
revelar lo futuro abiertamente:  
basta que lo verás, pues te asegura  
mas larga vida el hado que ventura.

Mas si quieres saber de esta jornada  
el futuro suceso enteramente,  
y la cosa mas grande y señalada  
que jamás se haya visto entre la gente;  
cuando pasares solo la cañada  
que ciñe del rio Raneo la corriente,  
verás al pié de un libano á la orilla  
una mansa y doméstica corcilla.

Conviénete seguirla con cuidado  
hasta salir en una gran llanura,

al cabo de la cual verás á un lado una fragosa entrada y selva escuñada; y tras la corza tímida emboscado hallarás en mitad de la espesura debajo de una tosca y hueca peña una oculta morada muy pequeña.

Allí, por ser lugar inhabitable, sin rastro de persona ni sendero, vive un anciano viejo venerable, que famoso soldado fue primero, de quien sabrás do habita el intratable Fiton, mágico grande y hechicero, el cual te informará de muchas cosas, que están aun por venir, maravillosas.

No quiero decir mas en lo tocante á las cosas futuras, pues parece que habrá materia y campo asaz bastante en lo que de presente se te ofrece para llevar tus obras adelante, pues la grande ocasion te favorece; que á mí solo hasta aquí me es concedido el poderte decir lo que has oído.

Mas, si el furor de Marte y la braveza te tuvieren la pluma destemplada, y quisieres mezclar con su aspereza otra materia blanda y regalada, vuelve los ojos, mira la belleza de las damas de España, que admirada estoy, segun el bien que allí se encierra; cómo no abraza amor toda la tierra.

Mas tente, que me importa á mí, primero que de los ojos fáciles te lies, prevenir al peligro venidero para que del con tiempo te desvíes; y no aguardes al término postrero, ni en tu fuerza y mi ayuda te confíes; que aunque quiera despues contraponerme, tú cerrarás los ojos por no verme.»

¡Oh condicion humana! que al instante que me privó que el rostro no volviese, solo aquel impedirme fue bastante á que el pronto apetito se encendiese; y así, sin esperar mas que adelante en el sano consejo procediese, volví los ojos luego, y de improviso vi (si decir se puede) un paraíso.

En un asiento fértil y sabroso, dó alegres plantas y árboles cercado, dó el cielo se mostraba mas hermoso, y el suelo de mil flores variado, cerca de un claro arroyo sonoro que atravesaba el fresco y verde prado vi junta toda cuanta hermosura supo y pudo formar acá natura.

Eran las damas del cercado aquellas que en la dichosa España florecian: el claro sol, la luna y las estrellas en su respecto oscuras parecian; y sobre sus cabezas todas ellas olorosas guirnaldas sostenian, de mil varias maneras rodeadas de rubias trenzas, fúidos y lazadas.

Andaban por acá y allá esparcidos gran copia de galanes estimados, al regalado y blando amor rendidos, corriendo tras sus lides y cuidados; unos en esperanzas sostenidos, otros en sus riquezas confiados, todos gozando alegres y contentos de sus lezanos y altos pensamientos.

En esto, con presteza y furia estraña arrebatado por el aire vano, la alta cumbre dejó de la montaña, bajando al deleitoso y fértil llano, donde, si la memoria no me engaña,

vi la mi guía á la derecha mano, algo medrosa y con turbado gesto de haberme en tanto riesgo y trance puesto;

Que luego que los pies puse en el suelo, los codiciosos ojos va cebando, libres del torpe y del grosero velo que la vista hasta allí me iba ocupando, un amoroso fuego y blando hielo se me fue por las venas regalando, y el brio rebelde y pecho endurecido quedó al amor sujeto y sometido.

Y deseoso luego de ocuparme en obras y canciones amorosas, y mudar el estilo, y no curarme de las ásperas guerras sanguinosas; con gran gana y codicia de informarme de aquel asiento y damas tan hermosas, en especial y sobre todas de una que vi á sus pies rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba en su sosiego discrecion madura, y á mirarme parece la inclinaba su estrella, su destino y mi ventura: yo, que saber su nombre deseaba, rendido y entregado á su hermosura, vi á sus pies una letra que decia:

DEL TRONCO DE BAZAN DOÑA MARIA.  
Y por saber mas della, revolviendo el rostro y voz á la prudente guía, súbito el alboroto y fiero estruendo de las bárbaras armas y armonia me despertó del dulce sueño, oyendo: ¡arma, arma! ¡presto! presto! y parecia romper el alto cielo los acentos de las diversas voces é instrumentos.

En esta confusion, medio dormido, á las vecinas armas corrí presto, poniéndome en un punto aperechido en mi lugar y señalado puesto: cuando con ferocísimo alarido por la áspera ladera del recuesto apareció gran número de gente, y la rosada aurora en el Oriente.

Luego tambien por una y otra parte, con no menores voces y denuevo, tanta gente asomó, que al fiero Marte con su temeridad pusiera miedo. Mas, para proceder parte por parte, segun estoy cansado, ya no puedo: en el siguiente y nuevo canto pienso de declararlo todo por estenso.

## CANTO XIX.

En este canto se contiene el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Peñco; la arremetida de Grieciano á la muralla; la batalla que los marineros y soldados que habían quedado en guarda de los navios tuvieron en la marina con los enemigos.

Hermosas damas, si mi débil canto no comienza á espareir vuestros loores, y si mis bajos versos no levanto á conceptos de amor y obras de amores: mi prisa es grande, y que decir hay tanto que á mil desocupados escritores, que en ello trabajasen noche y dia, para todos materia y campo habria.

Y aunque apartado, á mi pesar, me veo desta materia y presupuesto nuevo, me sacará al camino el gran deseo que tengo de cumplir con lo que os debo: y si el adorno y conveniente arreo me faltan, baste la intencion que llevo, que es hacer lo que puedo de mi parte, supliendo vos lo que faltare en la arte.

Mas la española gente, que se queja  
con causa justa y con razon bastante,  
dándome mucha priesa, no me deja  
lugar para que de otras cosas cante:  
que el ejército bárbaro la aqueja,  
cercando en torno el fuerte en un instante  
con amenaza grande y alarido,  
como en el canto atrás lo habeis oído.

Luego que en la montaña en lo mas alto  
tres gruesos escuadrones parecieron,  
juntos á un mismo tiempo hicieron alto,  
y el sitio desde allí reconocieron:  
visto el foso y el muro, al fiero asalto  
dada la seña, todos tres movieron,  
esgrimiendo las armas de tal suerte  
que á nadie reservaban de la muerte.

El mozo Gracolano, no olvidado  
de la arrogante oferta y gran promesa,  
de varias y altas plumas rodeado,  
blandiendo una tostada pica gruesa  
venia de ellos gran trecho adelantado,  
rompiendo por el humo y lluvia espesa  
de las balas y tiros arrojados  
por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando  
la larga pica, arremetió furioso,  
y en tierra el firme regaton lijando,  
atravesó de un salto el ancho foso:  
y por la misma pica gateando  
arriba sobre el muro victorioso,  
á pesar de las armas contrapuestas,  
lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido  
la barrera envistió tan facilmente,  
ni fue con tanta fuerza resistido  
de espesas armas y apiñada gente,  
como el gallardo bárbaro atrevido,  
que temeraria y venturosamente,  
abriendo lo difícil y mas duro,  
sube por fuerza al defendido muro;

Donde sueltas las armas empachadas,  
que aprovecharse dellas no podía,  
á bocados, á coces y á puñadas  
ganar la plaza él solo pretendia.  
Los tiros, golpes, botes y estocadas,  
con gran destreza y maña rebatia,  
poniendo pecho y hombro suficiente  
al impetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, á pié quedo  
sin ellas su promesa sustentaba,  
y con gran pertinacia y menos miedo,  
de morir mas adentro procuraba;  
y en el vano propósito y denuedo,  
herido ya en mil partes, porliaba:  
que su loca fortuna y diestra suerte  
tenian suspenso el golpe de la muerte.

Así que, en la demanda necia instando,  
se arroja entre los hierros, y se mete  
cual perro espumajoso que, rabando,  
á donde mas le hieren, arremete:  
y el peligro y la vida despreciando,  
lo mas dudoso y áspero acomete,  
desbaratando en torno mil espadas  
al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo, y tratado  
según la temeraria confianza,  
no de su pretensión desconfiado,  
mas con alguna menos esperanza,  
á los brazos cerró con un soldado,  
y de las manos le sacó la lanza,  
sobre la cual echándose, en un punto  
pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna, ya cansada  
de serle curadora de la vida,  
dió paso en aquel tiempo á una pedrada,

de algun gallardo brazo despedida,  
que en la cóncava sien la arrebatada  
piedra gran parte le quedó sumida,  
trabucandole luego de lo alto,  
yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio que, volando  
la tímida paloma por el cielo,  
con gran presteza el corvo arco flechando  
la atravesó en la furia de su vuelo,  
que retorciendo el cuerpo y revolando  
como redondo ovillo vino al suelo;  
así el herido mozo en descubierto  
dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y seis heridas justamente  
cayó el misero cuerpo atravesado,  
sin el último golpe de la frente,  
que el número cerró ya rematado;  
y la pica que el bárbaro valiente  
de franca y buena guerra habia ganado,  
quedó arrimada al foso de manera  
que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el jóven Pinol, que prometido  
habia de acompañarle en el asalto,  
y con él hasta el foso arremetido,  
aunque no se atrevió á tan grande salto,  
como al valiente amigo vió tendido,  
y descubrir la pica por lo alto,  
la arrebató, tomando por remedio  
poner con piés ligeros tierra en medio.

Mas, como no haya maña ni destreza  
contra el hado preciso y dura suerte,  
ni bastan prestos piés ni ligereza  
á esc. par de las manos de la muerte:  
que al que piensa huir, con mas presteza  
le alcanza de su brazo el golpe fuerte,  
como al ligero bárbaro le avino  
en mudando propósito y camino:

Que apenas cuatro pasos habia dado,  
cuando dos gruesas balas le cogieron,  
y de la espalda al pecho atravesado  
á un tiempo por dos partes, le tendieron:  
no dió la alma tan presto que un soldado  
de dos que á socorrerle arremetieron,  
de la costosa lanza no trabase,  
y con peligro suyo la salvase.

Luego de trompas gran rumor sonando,  
la gruesa pica en alto levantaron,  
y á toda furia en fila igual cerrando,  
al foso con gran impetu llegaron;  
donde forzosamente repararon,  
la municion y flechas de-cargaron  
en tanta multitud que parecian  
que la espaciosa tierra y sol cubrian.

Pues en esta sazón Martín de Elvira  
(que así nuestro español era llamado)  
de 'ejos la perdida lanza mira  
que el muerto Gracolan le habia ganado;  
y con vergüenza honrosa ardiendo en ira,  
de recobrar su honor deliberado,  
por una angosta puerta que allí habia  
solo y sin lanza á combatir salia.

Con un osado jóven, que delante  
venia la tierra y cielo despreciando,  
de proporcion y miembros de gigante,  
una asta de dos costas blandiendo:  
que acá y allá con término galante  
la gruesa y larga pica floreando,  
ora de un lado y de otro, ora derecho,  
quiso tentar del enemigo el pecho.

Tirando un recio bote, que cebado  
le retrujo seis pasos; de tal suerte,  
que el gallardo español desatinado,  
se vió casi en las manos de la muerte,  
pero, como animoso y reportado,  
haciendo recio pié, se tuvo fuerte,

pensando asir la pica con la mano ;  
mas este pensamiento salió vano :

Que el bárbaro advertido diestramente,  
dió un gran salto hácia atrás cobrando tierra ,  
y blandiendo la pica reciamente  
quiso con otro rematar la guerra.  
El español mañoso y diligente  
dándole lado , de la pica afierra ,  
y aguijando por ella , á su despecho ,  
cerró presto con él pecho con pecho ;

Y habiendo con presteza arrebatad  
una secreta daga que traia ,  
cinco veces ó seis por el costado  
del bravo corazon tentó la via :  
el bárbaro mortal , ya desangrado  
por todas , la furiosa alma rendia ,  
cayendo el cuerpo inmenso en tierra frio ,  
ya de sangre y espíritu vacío.

El valiente español , que vió tendido  
á su enemigo y la victoria cierta ,  
cobró la pica y crédito perdido ,  
retrayéndose ufano hácia la puerta ;  
donde , por los amigos conocido ,  
fue sin contraste en un momento abierta ,  
y dentro recibido alegremente  
con grande aplauso y grito de la gente.

En este tiempo ya por todos lados  
la plaza los contrarios espugnaban ,  
que , á vencer ó morir determinados ,  
por los fuegos y tiros se lanzaban :  
y encima de los muertos hacinados  
los vivos á tirar se levantaban ,  
de donde mas la cierta puntería  
el encubierto blanco descubria.

Unos con ramas , tierra y con maderos  
ciegan el hondo foso prestos :  
otros que mas presumen de ligeros ,  
hacen pruebas y saltos peligrosos :  
y los que les tocaba ser postreros ,  
de llegar á las manos deseosos ,  
tanto el ir adelante procuraban ,  
que dentro á los primeros arrojaban.

Mas de los muchos muertos y heridos ,  
de nuestros arcabuces de mampuesto ,  
y de otros arrojados y caídos ,  
el foso se cegó y allanó presto ;  
por dó los enemigos atrevidos  
arremetieron , el temor pospuesto ,  
llegando por las partes mas guardadas  
á medir con nosotros las espadas ;

Y prosiguiendo en el osado intento ,  
de nuevo empiezan un combate duro ;  
mas otros con mayor atrevimiento  
trepaban por las picas sobre el muro :  
que al bárbaro furor y movimiento  
ningun alto lugar habia seguro ,  
ni parte , por mas áspera que fuese ,  
donde no se escalase y combatiase.

Los nuestros sobre el muro amontonados  
los rebaten , impelen y maltratan ,  
y con lanzas y tiros arrojados  
derriban gente abajo y desbaratan :  
mas poco los demás amedrentados  
la difícil subida no dilatan ,  
antes procuran luego embravecidos  
ocupar el lugar de los caídos.

Unos así tras otros procediendo ,  
ganosos de honra y de temor desnudos ,  
siempre la prisa y multitud creciendo ,  
crece la furia de los golpes crudos.  
Los defendidos términos rompiendo ,  
cubiertos de sus cóncavos escudos ,  
nos pusieron en punto y apretura  
que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo Tucapel furioso

apareció gallardo en la muralla ,  
esgrimiendo un baston fuerte y nudoso ,  
todo cubierto de luciente malla :  
como el leon de Libia vejidoso ,  
que abriendo de la tímida canalla  
el tójido escuadron con furia horrenda  
desembaraza la impedida senda ,

Así el furioso bárbaro arrogante  
discurre por el muro , derribando  
todo lo que allí coge por delante ,  
su misma gente y armas tropellando.  
Quisiera tener lengua y voz bastante  
para poder en suma ir relatando  
el singular esfuerzo y valentía  
que el bravo Tucapel muestra este día.

No las espesas picas ni pertrechos  
bastan puestas en contra á resistirle ,  
ni fuertes brazos , ni robustos pechos  
pueden acometiéndole impedirle ;  
que montones de gente y armas hechos ,  
rompe y derriba sin poder sufrirle ;  
y aun , no contento desto , osadamente  
se arroja dentro en medio de la gente ;

Y al peligro las fuerzas añadiendo ,  
la poderosa maza rodeaba ,  
unos desbaratando , otros rompiendo ;  
siempre mas tierra y opinion ganaba.  
Al fin , los duros golpes resistiendo ,  
por las armas y gente atravesaba ,  
hiriendo siempre á diestro y á siniestro  
con grande riesgo suyo y daño nuestro.

Tambien hácia la banda del poniente  
habia Peteguelen arremetido ,  
y á despecho y pesar de nuestra gente ,  
en lo mas alto del bastion subido :  
que el valeroso corazon ardiente  
le habia por las entrañas esparcido  
un belicoso ardor , como si fuera  
en la verde y robusta edad primera.

Mucho no le duró , que á poca pieza  
le arrebató una bala desmaudada  
de los dispuestos hombros la cabeza ,  
rematando su próspera jornada :  
trás esta disparó luego otra pieza ,  
hácia la misma parte encaminada ,  
llevando á Guampicol que le seguia ,  
y á Surco , Longomulla y Lebopla.

La gente que en las naos habia quedado  
viendo el rumor y prisa repentina ,  
cuál salta luego arriba desarmado ,  
cuál con rodela , cuál con coacina ;  
quién se arroja al batel , y quién á nado  
piensa arribar mas presto á la marina ,  
llevando cada cual á quien debia ,  
y ninguno aguardaba compañía.

Así á nado y á remo , con gran pena  
el molesto y prolijo mar cortaron ,  
y en la ribera y deseada arena  
casi todos á un tiempo pié tomaron ,  
donde con disciplina y órden buena  
un cerrado escuadron luego formaron ,  
marchando á socorrer á los amigos  
por medio de las armas y enemigos.

Del mar no habian sacado los piés cuando  
por la parte de abajo con ruido  
les sale un escuadron en contra , dando  
una furiosa carga y alarido.

Venia el primero el paso apresurando  
el suelto Feniston , mozo atrevido ,  
que de los otros quiso adelantarse ,  
con gana y presuncion de señalarse.

Nuestra gente con órden y osadía ,  
siguiendo su derrota y firme intento ,  
á la enemiga opuesta arremetia ,  
que aun de esperar no tuvo sufrimiento :

y á recibir á Feniston salía,  
con paso no menor y atrevimiento,  
el diestro Julian de Valenzuela,  
la espada en mano, al pecho la rodela.

Fue allí el primero que empezó el asalto  
el presto Feniston anticipado,  
dando un ligero y no pensado salto,  
con el cual descargó un baston pesado;  
mas Valenzuela, la rodela en alto,  
á dos manos el golpe ha reparado,  
dejándole atronado de manera  
como si encima un monte le cayera.

Bajó la ancha rodela á la cabeza,  
tanto fué el golpe recio y desmedido,  
y el trasportado jóven una pieza  
fue rodando de manos aturrido;  
mas luego, aunque atronado, se endereza  
y volviendo del todo en su sentido,  
pudo al través, hurtándose de un salto,  
huir la maza que calaba de alto.

Entró el leño por tierra un gran pedazo  
con el gran peso y fuerza que traía,  
que visto Valenzuela el embarazo  
del bárbaro y el tiempo que él tenía,  
metiendo con presteza el pie y el brazo,  
el pecho con la espada le cosía,  
y al sacar la caliente y roja espada  
le llevó de revés media quijada.

El araucano ya con desatino  
le echó los brazos sin saber por donde;  
mas el jóven, tentando otro camino,  
arrancada la daga le responde:  
que con la priesa y fuerza que coavinó  
tres veces en el cuerpo se la esconde,  
haciéndole estender ya casi helados  
los piés y fuertes brazos añudados.

Ya en aquella sazón ninguno había  
que solo un punto allí estuviese ocioso;  
mas cada cual solícito corría  
á donde era el favor menesteroso:  
era el estruendo tal que parecía  
el batir de las armas presuroso  
que de sus tijos quició todo el cielo  
desencajado se viniese al suelo.

Por otra parte, arriba en la muralla,  
siempre con rabia y prisa hervorosa,  
andaba muy rebida la batalla,  
y la victoria en confusión dudosa:  
vuela en el aire la cortada malla,  
y de sangre caliente y espumosa  
tantos arroyos en el foso entran  
que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de ambas las partes reciamente  
por la plaza y hoga se contentía;  
quién sobre el muerto sube diligente,  
quién muerto sobre el vivo allí caía.  
Don García de Mendoza osadamente  
su cuartel con esfuerzo defendía,  
al gran furor y bárbara violencia  
haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado á la otra mano,  
don Francisco de Andía y Espinosa,  
y don Simón Pereira, lusitano,  
don Alonso Pacheco y Ortigosa,  
contrapuestos al impetu araucano,  
hacían prueba de esfuerzo milagrosa,  
resistiendo á gran número la entrada  
á pura fuerza y valerosa espada.

Vasco Juárez también por otra parte,  
Carrillo y don Antonio de Cabrera,  
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,  
Córdoba y Pedro de Olmos de Aguilera,  
subidos sobre el alto baluarte  
herían en los contrarios de manera  
que, aunque eran infinitos, bien seguro

por toda aquella banda estaba el muro.

No menos se mostraba peleando  
Juan de Torres, Garnica y Campo frío,  
don Martín de Guzmán y don Hernando  
Pacheco, Gutiérrez, Zúñiga y Berrio,  
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,  
haciendo cosas que el ingenio mío,  
aunque libre de estorbos estuviera,  
contarlas por estenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado  
los lieros araucanos allojaron,  
y rostro á rostro, en paso concertado,  
quebrantado el furor se retiraron:  
los otros, visto el daño no pensado,  
también del loco intento se apartaron:  
quedando Tucapel dentro del fuerte  
hiriendo, derribando y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardía  
en cólera rabiosa y viva saña,  
y acá y allá furioso discurría,  
haciendo en todas partes riza estraña:  
tropella á Bustamante y á Mejía,  
derriba á Diego Perez y á Saldaña.  
Mas ya es razón, pues he cantado tanto,  
dar fin al gran destrozo y largo canto.

## CANTO XX.

Retiranse los araucanos con pérdida de mucha gente: escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos: cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el extraño y lastimoso proceso de su historia.

NADIE prometa sin mirar primero  
lo que de su caudal y fuerza siente,  
que quien en prometer es muy ligero,  
proverbio es que despacio se arrepiente:  
la palabra es empeño verdadero  
que habemos de quitar forzosamente;  
y es derecho común y ley espresa  
guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera destas leyes ya la usanza  
que en este tiempo misero se tiene;  
promesas que os ensanchan la esperanza,  
y ninguna se cumple ni mantiene:  
así la vana y necia confianza,  
que estribando en el aire nos sostiene,  
se viene al suelo, y llega el desengaño  
cuando es mayor que la esperanza el daño.

De mí sabré decir cuán trabajada  
me tiene la memoria y con cuidado  
la palabra que di (bien escusada)  
de acabar este libro comenzado:  
que la seca materia desgustada  
tan desierta y estéril que he tomado  
me promete hasta el fin trabajo sumo,  
y es malo de sacar de un terron zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestras  
trás las roneas trompetas y atambores,  
pudiendo ir por jardines y florestas  
cogiendo varias y olorosas flores,  
mezclando en las empresas y requestas  
cuentos, ficciones, fábulas y amores,  
donde correr sin límite pudiera,  
y dando gusto yo le recibiera?

¿Todo ha de ser batallas y asperezas,  
discordia, fuego, sangre, enemistades,  
odios, rencores, señas y bravezas,  
desatino, furor, temeridades,  
rabias, iras, venganzas y fierezas,  
muertes, destrozos, rizas, crueldades,  
que al mismo Marte ya pondrán hastio,  
agotando un caudal mayor que el mío?

Pero forzoso habré de ser paciente,  
pues de mi voluntad quise obligarme;  
y así os pido, Señor, humildemente

que no os dé pesadumbre el escucharme :  
que el atrevido bárbaro valiente  
aun no me dá lugar de disculparme ;  
tal es la furia y prisa con que viene ,  
que apresurar la mano me conviene .

El cual como encerrada bestia fiera ,  
ora de aquella y ora desta parte  
abre sangrienta y áspera carrera ,  
y por todas el daño igual reparte ;  
con un orgullo tal que acometiera  
allá en su quinto trono al fiero Marte ,  
si viera modo de subir al cielo ,  
según era gallardo de cerbelo .

Mas viéndose ya solo y mal herido ,  
y el ejército bárbaro deshecho ,  
y todo el fiero hierro convertido  
contra su fuerte y animoso pecho ,  
se retrujo á una parte en la cual vido  
que el cerro era peinado y muy derecho ,  
sin muro de aquel lado , donde un salto  
habia de mas de veinte brazas de alto ,

Como si en tal sazón alas tuviera  
mas seguras que Dédalo las tuvo ,  
se arroja desde arriba de manera  
que parece que en ellas se sostuvo :  
hizo prueba de sí fuerte y ligera ,  
que el salto , aunque mortal , en poco tuvo ,  
cayendo abajo el bárbaro gallardo  
como una onza ligera ó suelto pardo .

Mas bien no se lanzó , que en seguimiento  
infinidad de tiros le arrojaron ,  
que aunque no le alcanzara el pensamiento  
antes que fuese abajo le alcanzaron :  
fue tanto el descargar , que en un momento  
en mas de diez lugares le flagaron ;  
pero no de manera que cayese  
ni solo un paso y pié descompusiese .

Viéndose abajo y tan herido , luego  
del propósito y salto arrepentido ,  
abrasado en rabioso y vivo fuego ,  
terrible y mas que nunca embravecido ,  
quisiera revolver de nuevo al juego



y vengarse del daño recibido ;  
mas era imaginarlo desatino ,  
que el cerro era tajado y sin camino .

Cinco ó seis veces la difícil via

y de fortuna el crédito tentaba ,  
que fácil lo imposible le hacia  
el coraje y furor que le incitaba :  
por un lado y por otro discurría ,



todo de acá y de allá lo rodeaba, como el hambriento lobo encarnizado rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin que era designio vano y de tiros sobre él la lluvia espesa, retirándose á un lado, vió en el llano la trabada batalla y fiero presa: y como el levantado halcon lozano, que yendo alta la garza, se atraviesa el cobarde milano, y desde el cielo caía á la presa con furioso vuelo.

Así el gallardo Tucapel, dejado el temerario intento infructuoso, revuelve á la otra banda, encaminado al reñido combate sanguinoso: en esto el bando infiel desconfiado, de mucha gente y sangre perdidoso, se retiró siguiendo las banderas que iban marchando ya por las laderas.

No por eso torció de su demanda un solo paso el bárbaro valiente, antes recio embistió por una banda, trepallando de golpe mucha gente: y dándoles terrible escurribanda, pasó de un cabo á otro francamente, hiriendo y derribando de manera que dejó bien abierta la carrera.

Quién queda allí estropeado, quién tullido, quién se duele, quién gime, quién se queja, quién cae acá, quién cae allá aturrido, quién haciéndole plaza de él se aleja; y en el largo escuadron de armas tejido un gran portillo y ancha calle deja. Con el furor que el fiero rayo apriesa rompe el aire apretado y nube espesa,

De tal manera Tucapel, abriendo de parte á parte el escuadron cristiano, arriba á los amigos, que siguiendo, iban la retirada á paso llano, con el concierto y órden procediendo que vemos ir las grullas el verano cuando de su tendida y negra banda ninguna se adelanta ni desmanda.

Nosotros, aunque pocos, cuando vimos que á espaldas vueltas iban ya marchando, de nuestro fuerte en gran tropel salimos en la campaña un escuadron formando, y á paso moderado los seguimos, de la victoria enteramente usando; pero dimos la vuelta apresurada temiendo alguna bárbara emboscada.

Duró, pues, el reñido asalto tanto que el sol en lo mas alto levantado, distaba del poniente en punto cuanto estaba del oriente desviado: nosotros ya seguros, entretanto que remataba el curso acostumbrado, dando lugar á las nocturnas horas del personal trabajo aliviadoras.

El ciego foso al rededor limpiamos, sin descansar un punto diligentes, y en muchas partes del desbaratamos anchas traviesas y formadas puentes: los lugares mas flacos reparamos con industria y defensas suficientes, fortificando el sitio de manera que resistir un gran furor pudiera.

La negra noche á mas andar cubriendo la tierra que la luz desamparaba, se fue toda la gente recogiendo segun y en el lugar que le tocaba la guardia y centinelas repartiendo que el tiempo estrecho á nadie reservaba: me cupo el cuarto de la prima en suerte en un bajo recuesto junto al fuerte,

Donde con el trabajo de aquel día y no me haber en quince desarmado, el importuno sueño me alligía, ballándome molido y quebrantado: mas con nuevo ejercicio resistía, paseándome deste y de aquel lado sin parar un momento: tal estaba que de mis propios piés no me liaba.

No el manjar de sustancia vaporoso, ni vino muchas veces trasegado, ni el hábito y costumbre de reposo me habian el grave sueño acarreado: que bizcocho negrisimo y moloso, por medida de escasa mano dado, y la agua llovediza desabrida, era el mantenimiento de mi vida.

Y á veces la racion se convertía en dos tasados puños de cebada, que cocida con verbas nos servía por la falta de sal la agua salada: la regalada cama en que dormía era la húmida tierra empantanada, armado siempre y siempre en ordenanza, la pluma ora en la mano, ora la lanza.

Andando, pues, así con el molesto sueño que me aquejaba portiando, y en gran silencio el encargado puesto de un canto al otro canto paseando: vi que estaba el un lado del recuesto lleno de cuerpos muertos blanqueando, que nuestros arcabuces aquel día habian hecho gran riza y batería.

No mucho despues desto, yo que estaba con ojo alerta y con atento oído, sentí de rato en rato que sonaba hácia los cuerpos muertos un ruido, que cada vez al fin se remataba con un triste suspiro sostenido, y tornaba á sentirse, pareciendo que iba de cuerpo en cuerpo escurriendo.

La noche era tan lóbrega y oscura que divisar lo cierto no podía, y así por ver el fin de esta aventura (aunque mas por cumplir lo que debía) me vine, agazapado en la verdura, hácia la parte que el rumor se oía, donde vi entre los muertos ir oculto andando á cuatro piés un negro bulto.

Yo de aquella vision mal satisfecho, con un temor, que agora aun no le niego, la espada en mano y la rodela al pecho, llamando á Dios, sobre él aguijé luego: mas el bulto se puso en pié derecho, y con medrosa voz y humilde ruego dijo: «Señor, señor, merced te pido, que soy mujer, y nunca te he ofendido:

Si mi dolor y desventura estraña á lástima y piedad no te inclinare, y tu sangrienta espada y fiera saña de los términos lícitos pasaren, ¿qué gloria adquirirás de tal hazaña, cuando los justos cielos publicaren que se empleó en una mujer tu espada, viuda, misera, triste y desdichada?

Ruégote, pues; señor si por ventura ó desventura, como fue la mía, con amor verdadero y con fe pura amaste tiernamente en algun día, me dejes dar á un cuerpo sepultura: que yace entre esta muerta compañía: mira que aquel que niega lo que es justo, lo malo aprueba ya y se hace injusto.

No quieras impedir obra tan pia, que aun en bárbara guerra se concede que es especie y señal de tiranía

usar de todo aquello que se puede :  
deja buscar su cuerpo á esta alma mía ;  
después furioso con rigor procede ,  
que ya el dolor me ha puesto en tal extremo  
que mas la vida que la muerte temo :

Que no sé mal que ya dañar me pueda ;  
ni hay bien mayor que no le haber tenido :  
acábese y fenezca lo que queda ,  
pues que mi dulce amigo ha fenecido :  
que aunque el cielo cruel no me conceda  
morir mi cuerpo con el suyo unido ,  
no estorbará , por mas que me persiga ,  
que mi agitado espíritu le siga .»

En esto con instancia me rogaba  
que su dolor de un golpe rematase ;  
mas yo , que en duda y confusion estaba  
aun , teniendo temor que me engañase ,  
del verdadero indicio no fiaba ,  
hasta que un poco mas me asegurase ,  
sospechando que fuese algun espía  
que á saber como estábamos venia .

Bien que estuve dudoso , pero luego  
(aunque la noche el rostro le encubria)  
en su poco temor y gran sosiego  
vi que verdad en todo me decia ;  
y que el perdido Amor ingrato y ciego  
en busca del marido la traia ,  
el cual en la primera arremetida  
queriendo señalarse dió la vida .

Movido , pues , á compasion de vella ,  
firme en su casto y amoroso intento ,  
de allí salido , me volví con ella  
á mi lugar y señalado asiento :  
donde yo le rogué que su querella  
con ánimo seguro y sufrimiento  
desde el principio al cabo me contase ,  
y desfogando la ansia descansase .

Ella dijo : « ¡ Ay de mí ! que es imposible  
tener jamás descanso hasta la muerte ,  
que es sin remedio mi pasion terrible  
y mas que todo sufrimiento fuerte :  
mas aunque me será cosa insufrible ,  
diré el discurso de mi amarga suerte :  
quizá que mi dolor , segun es grave ,  
podrá ser que esforzándole me acabe :

Yo soy Tegualda , hija desdichada  
del cacique Bracol desventurado ,  
de muchos por hermosa en vano amada ,  
libre un tiempo de amor y de cuidado ;  
pero muy presto la Fortuna , airada  
de ver mi libertad y alegre estado ,  
turbó de tal manera mi alegría  
que al fin muero del mal que no temia .

De muchos fui pedida en casamiento ,  
y á todos igualmente despreciaba ,  
de lo cual mi buen padre descontento ,  
que yo aceptase alguno me rogaba ;  
pero con franco y libre pensamiento  
de su importado ruego me escusaba :  
que era pensar mudarme de suario ,  
y martillar sin fruto en hierro frio .

No por mis libres y ásperas repuestas  
los firmes pretendores alojaron ;  
antes con nuevas puebas y requestas ,  
en su vana demanda mas instaron :  
y con danzas , con juegos y otras fiestas  
audaz mi firme intento procuraron ,  
no les bastando maña ni artificio  
á sacar mi propósito de quicio .

Muy presto , pues , llegó el postrero dia  
desta mi libertad y señorío ,  
¡ oh si lo fuera de la vida mía !  
pero no pudo ser , que era bien mío .  
En un lugar que junto al pueblo habia ,  
donde el claro Gualcho , manso río ,

después que sus viciosos campos riega ,  
el nombre y agua al ancho flata entrega .

Allí , para castigo de mi engaño ,  
que fuese á ver sus fiestas me rogaron ;  
y como habia de ser para mi daño ,  
fácilmente conmigo lo acabaron .  
Luego , por orden y artificio extraño  
la larga senda y pasos enrañaron ,  
pareciéndoles malo el buen camino  
y que el sol de tocarme no era dino .

Llegué por varios arcos donde estaba  
un bien compuesto y levantado asiento ,  
hecho por tal manera que ayudaba  
la maestra Natura al ornamento :  
el agua clara en torno mormuraba ;  
los árboles movidos por el viento  
hacian un movimiento y un ruido  
que alegraban la vista y el oido .

Apenas , pues , en él me habia asentado ,  
cuando un alto y solene bando echaron ,  
y del ancho palenque y estacado  
la embarazosa gente despejaron :  
cada cual á su puesto retirado ,  
la acostumbrada lucha comenzaron ,  
con un silencio tal , que los presentes  
juzgaran ser pinturas mas que gentes .

Aunque habia muchos jóvenes lucidos ,  
todos al parecer competidores ,  
de diferentes suertes y vestidos ,  
y de un fin engañoso pretendores ;  
no estaba en cuales eran los vencidos ,  
ni cuales habian sido vencedores ,  
buscando acá y allá entretenimiento ,  
con un ocioso y libre pensamiento .

Yo , que en cosa de aquellas no paraba ,  
el fin de sus contiendas deseando ,  
ora los altos árboles miraba ,  
de natura las obras contemplando ;  
ora la agua que el prado atravesaba ,  
las varias pedrezuelas numerando ,  
libre á mi parecer y muy segura  
de cuidado , de amor , y desventura :

Cuando un gran alboroto y vocería ,  
(cosa muy cierta en semejante juego)  
se levantó entre aquella compañía ,  
que me sacó de seso y mi sosiego .  
Yo , queriendo entender lo que seria ;  
al mas cerca de mí pregunté luego  
la causa de la grita ocasionada ,  
(que me fuera mejor no saber nada ) ;

El cual dijo : « Señora , ¿ no has mirado  
como el robusto jóven Mareguano ,  
con todos cuantos mozos ha luchado  
los ha puesto de espaldas en el llano ;  
y cuando ya esperaba confiado  
que la bella guirnalda de tu mano  
le cñera la ufana y leda frente ,  
en premio y por señal del mas valiente .

Aquel gallardo mozo bien dispuesto ,  
del vestido de verde y encarnado ,  
con gran facilidad le ha en tierra puesto ,  
llevándole el honor que habia ganado ;  
y el facil y liviano pueblo , desto  
como de novedad maravillado ,  
ha levantado aquel confuso estruendo ,  
la fuerza del mancebo encareciendo :

Y tambien Mareguano que procura  
de volver á luchar , el cual alega  
que fue siniestro caso y desventura ,  
que en fuerza y maña el otro no le llega :  
pero la condicion y la postura  
del espreso cartel se lo deniega ,  
aunque el jóven con ánimo valiente  
da voces que es contento y lo consiente :

Pero los jueces , por razon , no admiten

del uno ni del otro el pedimento, ni en modo alguno quieren ni permiten inovacion en esto y movimiento: mas que de su propósito se quiten, si entrambos de comun consentimiento, pareciendo primero en tu presencia, no alcanzaren de tí franca licencia?»

En esto, á mi lugar enderezando de aquella gente un gran tropel venia, que como junto á mí llegó, cesando el disorde alboroto y voceria, el mozo vencedor la voz alzando, con una humilde y baja cortesía, dijo: «Señora, una merced te pido, sin haberla mis obras merecido.

Que si soy extranjero y no merezco hagas por mí lo que es tan de tu oficio, como tu siervo natural me ofrezco de vivir y morir en tu servicio; que aunque el agravio aquí yo le padezco, por dar de esta mi oferta algun indicio quiero; si dello fueres tú servida, luchar con Mareguano otra caída.

Y otra, y otra, y aun mas, si él quiere, quiero, hasta dejarle en todo satisfecho; y consiento que al punto y ser primero se reduzca la prueba y el derecho; que siendo en tu presencia, cierto espero salir con mayor gloria de este hecho: danos licencia, rompe el estatuto con tu poder sin limite absoluto.»

Esto dicho, con baja reverencia la respuesta, mirándome, esperaba; mas yo, que sin recato y advertencia escuchándole atenta le miraba, no solo concederle la licencia, pero ya que venciese deseaba; y así le respondí: «Si yo algo puedo, libre y graciosamente lo concedo.»

Luego los dos cortés y alegremente sin detenerse mas se despidieron, y con grande alborozo de la gente, en la cerrada plaza los metieron, adonde los padrinos igualmente el sol ya bajo y campo les partieron; y dejándolos solos en el puesto el uno para el otro movió presto.

Juntáronse en un punto, y porfiando por el campo anduvieron un gran trecho, ora volviendo en torno y volteando, ora yendo al través, ora al derecho, ora alzándose en alto, ora bajando, ora en sí recogidos pecho á pecho, tan estrechos, gimiendo, se tenían que recibir aliento aun no podían.

Volvían á forcejar con un ruido que era de ver y oírlos cosa extraña pero el mozo extranjero ya corrido de su poca pujanza y mala maña, alzó de tierra al otro y de un gemido, de espaldas le trabuca en la campaña, con tal golpe que al triste Mareguano no le quedó sentido y miembro sano.

Luego de mucha gente acompañado á mi asiento los jueces le trujeron, el cual ante mis piés arrodillado, que yo le diese el precio me dijeron. No sé si fue su Estrella ó fue mi Hado, ni las causas que en esto concurrieron, que comencé á temblar, y un fuego ardiendo fue por todos mis huesos discurriendo.

Halléme tan confusa y alterada de aquella nueva causa y accidente, que estuve un rato atónita y turbada en medio del peligro y tanta gente;

pero volviendo en mí mas reportada, al vencedor en todo dignamente, que estaba allí inclinado ya en mi falda, le puse en la cabeza la giralda;

Pero bajé los ojos al momento de la honesta vergüenza reprimidos, y el mozo con un largo ofrecimiento inclinó á sus razones mis oídos. Al fin se fue, llevándome el contento y dejando turbados mis sentidos, pues que llegué de amor y pena junto de solo el primer paso al postrer punto.

Sentí una novedad que me apremiaba la libre fuerza y el rebelde brio, á la cual sometida se entregaba la razon, libertad y el albedrio. Yo que, cuando acordé ya me hallaba ardiendo en vivo fuego el pecho frio, aleé los ojos tímidos cebados, que la vergüenza allí tenia abajados.

Roto con fuerza súbita y furiosa de la vergüenza y continencia el freno, le seguí con la vista deseosa, cebando mas la llaga y el veneno; que solo allí mirarle y no otra cosa, para mi mal hallaba, que era bueno: así que, á donde quiera que pasaba tras sí los ojos y alma me llevaba.

Vile que á la sazón se aperecía, para correr el palio acostumbrado, que una milla de trecho y mas tenia el término del curso señalado: y al suelto vencedor se prometia un anillo de esmalte rodeado, y una gruesa esmeralda bien labrada, dado por esta mano desdichada.

Mas de cuarenta mozos en el puesto á pretender el precio parecieron, donde en la raya el pié cada cual puesto, prontos y apercebidos atendieron, que no sintieron la señal tan presto cuando todos en hila igual partieron con tal velocidad que casi apenas señalaban la planta en las arenas;

Pero Crepino, el jóven extranjero, que así de nombre propio se llamaba, venia con tanta furia el delanterero que al presuroso viento atrás dejaba: el rojo palio al fin tocó el primero, que la larga carrera remataba, dejando con su término agraciado el circunstante pueblo aficionado.

Con soleue triunfo, rodeando la llena y ancha plaza, le llevaron; pero despues á mi lugar tornando, que le diese el anillo me rogaron: yo un medroso temblor disimulando, que atentamente todos me miraron, del empacho y temor pasado el punto, le dí mi libertad y anillo junto.

El me dijo: «Señora, te suplico le recibas de mí, que aunque parece pobre y pequeño el don, te certifico que es grande la aficion con que se ofrece, que con este favor quedaré rico; y así el ánimo y fuerzas me engrandece, que no habrá empresa grande ni habrá cosa que ya me pueda ser dificultosa.»

Yo por usar de toda cortesía, que es lo que á las mujeres perliciona, le dije que el anillo recibía, y mas la voluntad de tal persona. En esto toda aquella compañía, hecha en torno de mí espesa corona, del ya agradable asiento me bajaron.

y á casa de mi padre me llevaron.

No con pequeña fuerza y resistencia,  
por dar satisfaccion de mí á la gente,  
encubrí tres semanas mi dolencia,  
siempre creciendo el daño y fuego ardiente;  
y mostrando venir á la obediencia  
de mi padre y señor, mañosamente  
le di á entender por señas y rodeo,  
querer cumplir su ruego y mi deseo.

Diciendo, que pues él me persuadía  
que tomase parientes y marido,  
al parecer, segun que convenia,  
yo por le obedecer le habia elegido:  
el cual era Crepino, que tenia  
valor, suerte y linaje conocido,  
junto con ser discreto, honesto, afable,  
de condicion y término loable.

Mi padre, que con sesgo y ledo gesto  
hasta el fin escuchó el parecer mio,  
besándome en la frente dijo: «en esto,  
y en todo me remito á tu albedrio,  
pues de tu discrecion y intento honesto  
que elegirás lo que conviene lio;  
y bien muestra Crepino en su crianza  
ser de buenos respetos y esperanza.»

Ya que con voluntad y mandamiento  
á mi honor y desco satisfizo,  
y la vana contienda y fundamento  
de los presentes jóvenes deshizo,  
el infelice y triste casamiento  
en forma y acto público se hizo  
hoy hace justo un mes; ¡oh suerte dura,  
qué cerca está del bien la desventura!

Ayer me vi contenta de mi suerte



Tegualda encuentra el cuerpo de su marido.

sin temor de contraste ni recelo:  
hoy la sangrienta y rigurosa muerte,  
todo lo ha derribado por el suelo.  
¿Qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte?  
¿qué recompensa puede darme el cielo  
á donde ya ningun remedio vale,  
ni hay bien que con tan grande mal se iguale?

Este es, pues, el proceso, esta es la historia,  
y el fin tan cierto de la dulce vida:

he aquí mi libertad y breve gloria  
en eterna amargura convertida.  
Y pues que por tu causa, la memoria  
mi llaga ha renovado encrudecida,  
en recompensa del dolor te pido  
me dejes enterrar á mi marido;

Que no es bien que las aves carniceras  
despedacen el cuerpo miserable,  
ni los perros y brutas bestias fieras

satisfagan su estómago insaciable : mas cuando empedernido ya no quieras hacer cosa tan justa y razonable , haznos con esa espada y mano dura iguales en la muerte y sepultura.»

Aquí acabó su historia , y comenzaba un llanto tal que el monte enterneceia , con una ansia y dolor que me obligaba á tenerle en el duelo compañía ; que ya el asegurarle no bastaba de cuanto prometer yo le podía ; solo pedia la muerte y sacrificio por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera , si don Simon Pereira , que á otro lado hacia tambien la guardia , no viniera á decirme que el tiempo era acabado : y espantado tambien de lo que oyera , que un poco desde aparte habia escuchado , me ayudó á consolarla , haciendo ciertas con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando , en el mar las estrellas trastornaba , y el crucero las horas señalando , entre el sur y sudeste declinaba : en mitad del silencio y noche , cuando visto cuanto la oferta le obligaba , reprimiendo Tegnaldá su lamento , la llevamos á nuestro alojamiento.

Donde en honesta guarda y compañía de mujeres casadas quedó en tanto que el esperado ya vecino día quitase de la noche el negro manto. Entretanto tambien razon seria , pues que todos descansan y yo canto , dejarlo hasta mañana en este estado , que de reposo estoy necesitado.

## CANTO XXI.

Halla Tegnaldá el cuerpo del marido , y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra. Llegan á Penco los españoles y caballos que venian de Santiago y de la Imperial por tierra. Hace Cau-policán nuestra general de su gente.

¿ Quién de amor hizo prueba tan bastante , quien vió tal muestra y obra tan piadosa como la que tenemos hoy delante desta infelice bárbara hermosa ? La Fama , engrandeciéndola , levante mi baja voz , y en alta y sonora , dando noticia della , eternamente corra de lengua en lengua y gente en gente.

Cese el uso dañoso y ejercicio de las mordaces lenguas ponzoñosas , que tienen de costumbre y por oficio ofender las mujeres virtuosas ; pues , mirándolo bien , solo este indicio sin haber en contrario tantas cosas , confunde su malicia y las condena á duro freno y vergonzosa pena.

Cuántas y cuántas vemos que han subido á la difícil cumbre de la fama , Judit , Camila , la fenisa Dido , á quien Virgilio injustamente infama ; Penelope , Lucrecia , que al marido lavó con sangre la violada cama ; Hippo , Tucia , Virginia , Fulvia , Clelia , Porcia , Sulpicia , Alceste y Cornelia .

Bien puede ser entre estas colocada la hermosa Tegnaldá ; pues parece en la rara hazaña señalada cuanto por el piadoso amor merece : así , sobre sus obras levantada , entre las mas famosas resplandece , y el nombre será siempre celebrado

á la inmortalidad ya consagrado.

Quedó , pues , como dije , recogida en parte honesta y compañía segura , del poco beneficio agradecida , segun lo que esperaba en su ventura . Pero la aurora y nueva luz venida , aunque el sabroso sueño con dulzura me habia los lasos miembros ya trabado , me despertó el aquejador cuidado.

Viniendo á toda prisa á donde estaba firme en el triste llanto y sentimiento , que solo un breve punto no alojaba la dolorosa pena y el lamento.

Yo con gran compasion la consolaba , haciéndole seguro ofrecimiento de entregarle el marido y darle gente con que salir pudiese libremente.

Ella , del bien incrédula , llorando , los brazos estendidos , me pedia firme seguridad ; y así llamando los indios de servicio que tenia , salí con ella acá y allá buscando : al fin entre los muertos que allí habia hallamos el sangriento cuerpo belado , de una redonda bala atravesado.

La misera Tegnaldá , que delante vió la marchita faz desfigurada , con horrendo furor en un instante sobre ella se arrojó desatinada , y junta con la suya , de abundante flujo de vivas lágrimas bañada , la boca le besaba y la herida , por ver si le podia infundir la vida.

» ¡ Ay cuñada de mí ! ( decia ) ¡ qué hago entre tanto dolor y desventura ! ¡ Cómo al injusto amor no satisfago en esta aparejada coyuntura ! ¿ Por qué ya , pusilánime , de un trago no acabo de pasar tanta amargura ? ¿ Qué es esto ? ¿ la injusticia á donde llega que aun el morir forzoso se me niega ? »

Así furiosa , por morir echaba la rigurosa mano al blanco cuello ; y no pudiendo mas , no perdonaba al afligido rostro ni al cabello : y aunque yo de estorbarlo procuraba , apenas era parte á defendello ; tan grande era la basca y ansia fuerte de la rabiosa gana de la muerte.

Despues que algo las ansias aplacaron por la gran persuasion y ruego mío , y sus promesas ya me aseguraron del gentilico intento y desvario , los prestos yanaconas levantaron sobre un tablon el yerto cuerpo frio , llevándole en los hombros suficientes á donde le aguardaban sus sirvientes.

Mas , porque estando así rota la guerra no padeciese agravio y demasia , hasta pasar una vecina sierra le tuve con mi gente compañía ; pero llegando á la segura tierra encaminada en la derecha via , se despidió de mí reconociendo del beneficio y obra recebida.

Vuelto al asiento , digo , que estuvimos toda aquella semana trabajando , en la cual lo deshecho rehicimos , el foso y roto muro reparando : de industria y fuerza , al fin , nos prevenimos con buen ánimo y orden , aguardando al enemigo campo cada día , que era pública fama que venia .

Tambien tuvimos nueva que partidos eran de Mapochó nuestros guerreros ,

de armas y municiones bastecidos, con mil caballos y dos mil flecheros: mas del lluvioso invierno los crecidos raudales y las ciénegas y esteros, llevándoles ganado, ropa y gente, los hacían detener forzosamente.

Estando, como digo, una mañana llegó un indio á gran prisa á nuestro fuerte, diciendo: «¡Oh temeraria gente insana! huid, huid la ya vecina muerte: que la potencia indómita araucana viene sobre vosotros, de tal suerte que no bastarán muros ni reparos, ni sé lugar donde podáis salvaros.»

El mismo aviso trujo á medio día un amigo cacique de la sierra, afirmando por cierto que venía todo el poder y fuerza de la tierra con soberbio aparato, donde había instrumentos y máquinas de guerra, puentes, traviesas, árboles, tablones y otras artificiosas prevenciones.

No desmayó por esto nuestra gente, antes venir al punto deseaba, que el menos animoso osadamente el lugar de mas riesgo procuraba: y con industria y órden conveniente todo lo necesario se aprestaba, esperando la gente apercibida al día amenazador de tanta vida.

Fuimos tambien por indios avisados de nuestros espiones, que sin duda nos darian el asalto por tres lados al postrer cuarto de la noche muda: así que, cuando mas desconfiados, no de divina, mas de humana ayuda, por la cumbre de un monte de repente apareció en buen órden nuestra gente.

¿Quién pudiera pintar el gran contento, el alborozo de una y otra parte, el ordenado alarde, el movimiento, el ronco estruendo del furioso Marte; tanta bandera descogida al viento, tanto pendon, divisa y estandarte; trompas, clarines, voces, apellidos, relinchos de caballos y bulidos?

Ya que los unos y otros con razones de amor y cumplimiento nos hablamos, y para los caballos y peones lugar cómodo y sitio señalamos, tiendas labradas, toldos, pabellones en la estrecha campaña levantamos en tanta multitud que parecia que una ciudad allí nacido habia.

Fue causa la venida desta gente que el ejército bárbaro vecino, con nuevo acenro y parecer prudente mudase de propósito y camino: que Colocolo astuta y sábilmente al consejo de muchos contravino, discurriendo por términos y modos, que redujo á su voto los de todos.

Aunque, como ya digo, antes tuvieron gran contienda sobre ello y diferencia, pero al fin por entonces diririeron la ejecucion de la áspera sentencia; y el poderoso campo retrujeron hasta tener mas cierta inteligencia del español ejército arribado, que ya le habia la Fama acrecentado.

Pero los nuestros, de mostrar ganosos aquel valor que en la nacion se encierra, enemigos del ocio, y descosos de entrar talando la enemiga tierra, procuran con afectos hervorosos

apresurar la deseada guerra, haciendo diligencia y gran instancia en prevenir las cosas de importancia.

Reformado el bagaje brevemente de la jornada larga y desabrida, la bulliciosa y esforzada gente, ganosa de honra y de valor movida, murmurando el reposo libremente, pide que se acelere la partida, y el día tanto de todos deseado que fue de aquel en cinco señalado.

En el alegre y esperado día, al comenzar de la primer jornada, llegó de la Imperial gran compañía de caballeros y de gente armada: que en aquella ocasion tambien venia por tierra, aunque rebelde y alterada, con gran chusina y bagaje, bastecida de municiones, armas y comida.

Ya, pues, en aquel sitio recogidos tantos soldados, armas, municiones, de cosas importantes advertidos, hechas las necesarias provisiones; fueron por igual órden repartidos los lugares, cuarteles y escuadrones, para que en el rebato y voz primera cada cual acudiese á su bandera.

Caupolicán con no menor doctrina y gran cuidado en todo y providencia, la gente de su ejército consina á los hombres de suerte y suficiencia, que en la arte militar y disciplina era de mayor prueba y experiencia. Y todo puesto á punto, quiso un día ver la gente y las armas que tenia.

Era el primero que empezó la muestra el cacique Pillolco el cual armado iba de fuertes armas, en la diestra un gran baston de acero barreado; delante de su escuadra, gran maestra de arrojar el certero dardo usado, procediendo en buen órden y manera, de trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros el fuerte Leucotón, á quien siguiendo iba una espesa banda de flecheros, gran número de tiros esparciendo. Venia Rengo tras él con sus maceros, en paso igual y grave, procediendo arrogante, fantástico, lozano, con un entero libano en la mano.

Tras él con fiero término seguia el áspero y robusto Tulcomara, que vestida en lugar de arnés traia la piel de un fiero tigre que matara: cuya espantosa boca le ceñia por la frente y quijadas la ancha cara, con dos espesas órdenes de dientes blancos, agudos, lisos y lucientes;

Al cual, en gran tropel, acompañaban su gente agreste y ásperezos soldados, que en apiñada muela le cercaban, de pieles de animales rodeados; luego los talemávidas pasaban, que son mas aparentes que esforzados, debajo del gobierno y del amparo del jactancioso mozo Caniataro.

Iba siguiendo la postrer hilera Millalerno mancebo floreciente, con sus pintadas armas, el cual era del famoso Picoklo descendiente, rigiendo los que habitan la ribera del gran Nibequeten, que su corriente no deja á la pasada fuente y río que todos no los traiga al Biobío.

Pasó luego la muestra Marcande, con una cunitarra y ancho escudo, mozo de presuncion y orgullo grande, alto de cuerpo, en propo cion membrudo: iba con él su primo Lepomande, desnudo, al hombro un gran cuchillo agudo, ambos de una divisa, rodeados de gente armada y pláticos soldados.

Seguia el orden tras estos Lemolemo, arrastrando una pica poderosa, delante de su escuadra, por extremo lucida entre las otras y vistosa: un poco atrás del cual iba Gualemo, cubierto de una piel dura y pelosa de un caballo marino, que su padre habia muerto en defensa de la madre.

Cuentan (no sé si es fábula) que estando bañándose en la mar, algo apartada, un caballo marino allí arribando, fue de él súbitamente arrebatada; y el marido á las voces aguijando de la cara mujer, del pez rohada, con el dolor y pena de perdella, al agua se arrojó luego tras ella.

Pudo tanto el amor, que el mozo osado al pescado alcanzó, que se alargaba, y abrazado con él por maña á nado, á la vecida orilla le acercaba, donde el marino monstruo sobreaguado (que tambien el amor ya le cegaba) dió recio en seco, al tiempo que el reflujo de las huidoras olas se retrujo.

Soltó la presa libre, y sacudiendo la dura cola, el suelo deshacia, y aquí y allí el gran cuerpo retorciendo, contra el mozo animoso se volvía: el cual, sazon y punto no perdiendo, á las cercanas armas acudia, comenzando los dos una batalla que el mar calmó, y el sol paró á miralla.

Mas con destreza el bárbaro valiente, de fuerza y ligereza acompañada, heria al furioso monstruo reciamente con una porra de metal herrada: al cabo el indio valerosamente dió felice remate á la jornada, dejando al gran pescado allí tendido, que mas de treinta piés tenia, medido:

Y en memoria del hecho hazioso, digno de le poner en escritura, del pellejo del pez duro y peloso hizo una fuerte y fácil armadura. Muerto Guacol, Gualemo valeroso las armas heredó y á Quilacura, que es un valle estendido y muy poblado de gente rica, de oro y de ganado.

Pasó tras este luego Talcaguano (que ciñe el mar su tierra y la rodea) un mástil grueso en la derecha mano, que como un tierno junco le blandea, cubierto de altas plumas muy lozano, siguiéndole su gente de pelea, por los pechos al sesgo atravesadas bandas azules, blancas y encarnadas.

Venia tras él Tomé, que sus pisadas seguian los puelches, gentes banderizas, cuyas armas son puntas enahastadas, de una gran braza largas y rollizas: y los trulos tambien, que usan espadas, de fe mudable, y cosas moveilizas, hombres de poco efecto, alharagientos, de fuerza grande y chicos pensamientos.

No faltó Andalicán con su lucida y ejercitada gente en ordenanza, una cola finísima vestida,

vibrando la fornida y gruesa lanza: y Orompello, de edad aun no cumplida, pero de grande muestra y esperanza, otra escuadra de prácticos regia llevando al diestro Ongolmo en compañía.

Elicura pasó luego tras estos armado ricamente, el cual traia una banda de mozos bien dispuestos, de grande presuncion y gallardía: seguian los llaucos de almagrados gestos, robusta y esforzada compañía, llevando en medio de ellos por caudillo al sucesor del ínclito Ainavillo.

Seguia despues Cayocupil, mostrando la dispuesta persona y buen deseo, su veterana gente gobernando, con paso grave y con vistoso arreo. Trás él venia Puren, tambien guiando con no menor donaire y contoneo una bizarra escuadra de soldados en la dura milicia ejercitados.

Lincoya iba tras él, casi gigante, la cresta sobre todos levantada, armado un fuerte peto rutilante, de penachos cubierta la celada. Con desleñoso término delante de su lustrosa escuadra bien cerrada el jóven Peicavi luego guiaba otro espeso escuadron de gente brava.

Venia en esta reseña en buen concierto el grave Caniomangue, entrístecido por el insigne viejo padre muerto, á quien habia en el cargo sucedido: todo de negro, el blanco arnés cubierto, y su escuadron de aquel color vestido, al tardo son y paso los soldados de roncacos atambores destemplados.

Fue allí el postrero que pasó en la lista (primero en todo) Tucapel gallardo, cubierta una lucida sobrevista de unos anchos escaques de oro y pardo: grande en el cuerpo, y áspero en la vista, con un huello lozano y paso tardo, detrás del cual iba un tropel de gente arrogante, fantástica y valiente.

El gran Caupolicán, con la otra parte y resto del ejército araucano, mas encendido que el airado Marte, iba con un baston corto en la mano: bajo de cuya sombra y estandarte venia el valiente Curgo y Mareguano, y e' grave y elocuente Colocolo, Millo, Teguan, Lambecho y Guampicollo.

Seguian luego detrás sus plimaikenos, tuncos, renoguelones y pencones, los itatas, mauleses y cauquenos, de pintadas divisas y pendones, nibequetenes, puelches y cautenos, con una espesa escuadra de peones, y multitud confusa de guerreros, amigos comarecanos y extranjeros.

Segun el mar las olas tiende y crece, así crece la liera gente armada; tiembla en torno la tierra y se estremece, de tantos piés batida y golpeada: lleno el aire de estruendo se escurece con la gran polvareda levantada, que en ancho remolino al cielo sube cual ciega niebla espesa ó parda nube.

Pues nuestro campo en orden semejante, segun que dije arriba, don García al tiempo de partir puesto delante de aquella valerosa compañía, con un alegre término y semblante, que dichoso suceso prometia,



moviendo los dispuestos corazones,  
comenzó de decir estas razones :

«Valientes caballeros, á quien solo  
el valor natural de la persona  
os trujo á descubrir el austral polo,  
pasando la solar tórrida zona  
y los distantes trópicos, que Apolo  
por mas que cerca el cielo y le corona,  
jamás en ningun tiempo pasar puede,  
ni el soberano Autor se lo concede ;

Ya que con tanto afán habeis seguido  
hasta aquí las católicas banderas,  
y al español dominio sometido  
innumerables gentes extranjeras,  
el fuerte pecho y ánimo sufrido  
poned contra estos bárbaros de veras,  
que, vencido esto poco, teneis llano  
todo el mundo debajo de la mano.

Y en cuanto dilatamos este hecho  
y de llegar al fin lo comenzado,  
poco ó ninguna cosa habemos hecho,  
que, la causa indecisa, igual derecho  
tiene el fiero enemigo en campo armado  
á todas vuestras glorias y fortuna,  
pues las puede ganar con sola una.

Lo que yo os pido de mi parte y digo  
es, que en estas batallas y revueltas,  
aunque os haya ofendido el enemigo,  
jamás vos le ofendais espaldas vueltas :  
antes le defended como al amigo  
si, volviéndose á vos las armas sueltas,  
rehuyere el morir en la batalla ;  
que mas es dar la vida que quitalla.

Poned á todo en la razon la mira,  
por quien las armas siempre habeis tomado,  
que pasando los términos la ira  
pierde fuerza el derecho ya violado :  
pues cuando la razon no frena y tira  
el ímpetu y furor demasiado,  
el rigor excesivo en el castigo  
justifica la causa al enemigo.

No sé, ni tengo mas acerca desto  
que decir ni advertiros con razones,  
que en detener ya tanto soy molesto  
la furia desos vuestros corazones :  
sús, sús, pues, derribad y allanad presto  
las palizadas, tiendas, pabellones,  
y movamos de aquí todos á una  
á donde ya nos llama la fortuna.»

Súbito las escuadras presurosas  
con grande alarde y con gallardo brio  
marchan á las riberas arenosas  
del ancho y caudaloso Biobio ;  
y en esquivadas barcas espaciosas  
atravesaron luego el ancho río,  
entrando con ejército formado  
por el distrito y término vedado.

Mas, según el trabajo se me ofrece  
que tengo de pasar forzosamente,  
reposar algun tanto me parece  
para cobrar aliento suficiente ;  
que la cansada voz me desfaltee,  
y siento ya acabárseme el torrente :  
mas yo me esforzaré, si puedo, tanto  
que os venga á contentar el otro canto.

## CANTO XXII.

Entran los españoles en el estado de Arauco : Iraban los araucanos con ellos una rebida batalla : hace Rengo de su persona gran prueba : corrian las manos por justicia á Colbarino, indio valeroso.

PÉRFIDO Amor tirano, ¿qué provecho  
piensas sacar de mi desasosiego ?  
¿No estás de mi promesa satisfecho,

que quieres afligirme desde luego ?  
¡Ay! que ya siento en mi cuidocho pecho  
labrarime poco á poco un vivo fuego ;  
y desde allí con movimiento blando  
ir por venas y huesos penetrando.

¿Tanto, traidor, te vá en que yo no siga  
el duro estilo del sangriento Marte,  
que así de tal manera me fatiga  
tu importuna memoria en cada parte ?  
Déjame ya, no quieras que se diga  
que, porque nadie quiere celebrarte,  
al último rincón vas á buscarte,  
y allí pones tu fuerza en aquejarme.

¿No ves que es mengua tuya y gran bajeza  
habiendo tantos célebres varones,  
venir á mendigar á mi pobreza,  
tan falta de concetos y razones ;  
y en medio de las armas y aspereza,  
sumido en mil forzosas ocasiones,  
me cargas por un sueño, quizá vano,  
con tanta pesadumbre ya la mano ?

Déjame ya, que la trompeta horrenda  
del enemigo bárbaro vecino  
no dá lugar á que otra cosa atienda,  
que me tiene tomado ya el camino :  
donde siento fraguada una contienda,  
que al ingenio mas raro y peregrino,  
en tal revolucion embarazado,  
no le diera lugar desocupado.

¿Qué puedo, pues, hacer, si ya metido  
dentro en el campo y ocasion me ven,  
sino al cabo cumplir lo prometido,  
aunque tire á otra parte mi deseo ?  
Pero á término breve reducido,  
por la mas corta senda sin rodeo  
pienso seguir el comenzado oficio  
desnudo de ornamento y artificio.

Vuelto á la historia, digo que marchaba  
nuestro ordenado campo de manera  
que gran espacio en breve se alejaba  
del Talcaguano término y ribera ;  
mas cuando el alto sol ya declinaba,  
cerca de un agua al pié de una ladera,  
en cómodo lugar y llano asiento  
hicimos el primero alojamiento.

Estábamos apenas alojados  
en el tendido llano á la marina,  
cuando se oyó gritar por todos lados :  
¡arma! ¡arma! ¡enfrena! ¡enfrena! ¡aína! ¡aína!  
luego de acá y de allá los derramados  
siguiendo la ordenanza y disciplina,  
corren á sus banderas y pendones,  
formando las hileras y escuadrones.

Nuestros descubridores, que la tierra  
iban corriendo por el largo llano,  
al remate del cual está una sierra,  
cerca del alto monte Andalicano,  
vieron de allí calar gente de guerra,  
cerrando el paso á la siniestra mano,  
diciendo : «¡espera! ¡espera! ¡tente! ¡tente!  
veremos quién es hoy aquí valiente.»

Los nuestros al auroparo de un repecho  
en forma de escuadron se recogieron,  
donde con muestra y animoso pecho  
al ventajoso número atendieron :  
pero los fieros bárbaros de hecho,  
sin punto reparar, los embistieron,  
haciéndoles tomar presto la vuelta,  
sin órden y camino, á rienda suelta ;

Aunque á veces en partes recogidos,  
haciendo cuerpo y rostro, revolvian,  
y con mayor valor que de vencidos  
al vencedor soberbio acometian :  
pero, de la gran furia compelidos,  
el camino empezado proseguian,

dejando á veces muerta y tropellada alguna de la gente desmandada.

Los presurosos indios desenvueltos, siempre con mayor furia y erecimiento, en una espesa polvareda envueltos, iban en el alcance y seguimiento. Los nuestros á calcaño y freno sueltos (á la sazón con mas temor que tiento) ayudan los caballos desbocados, arimándoles hierro á los costados.

Pero por mas que allí los aguijaban con voces, cuerpo, brazos y talones, los bárbaros por piés los alcanzaban, haciéndoles bajar de los arzones. Al fin, de constreñidos peleaban cual los heridos osos y leones cuando de los lebreles aquejados ven la guarida y pasos ocupados.

Como el airado viento repentino, que en lóbrego turbion con gran estruendo el polvoroso campo y el camino vá con violencia indómita barriendo, y en ancho y presuroso remolino, todo lo coge, lleva y vá esparciendo, y arranca aquel furioso movimiento los arraigados troncos de su asiento;

Con tal facilidad, arrebatados de aquel furor y bárbara violencia, iban los españoles fatigados, sin poderse poner en resistencia. Algunos, del honor importunados, vuelven haciendo rostro y apariencia; mas otra ola de gente que llegaba con mas presteza y daño los llevaba,

Así los iban siempre maltratando, siguiendo el liado y próspera fortuna, el rabioso furor ejecutando en los rendidos, sin clemencia alguna, por el tendido valle resonando la trulla y grito bárbara importuna, que, arrebatada de ligero viento, llevó presto la nueva á nuestro asiento.

En esto por la parte del poniente con gran presteza y no menor ruido Juan Remon arribó con mucha gente, que el aviso primero habia tenido; y en furioso tropel gallardamente, alzando un ferocísimo alarido, embistió la enemiga gente airada, en la vitoria y sangre ya cebada.

Mas un cerrado muro y baluarte de duras puntas al romper hallaron, que con estrago de una y otra parte, hecho un hermoso choque, repararon. Unos pasados van de parte á parte, otros muy lejos del arzon volaron, otros heridos, otros estropiados, otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto ¡oh pluma mia! las memorables cosas señaladas y los crudos efectos deste día de valerosas lanzas y de espadas; que aunque ingenio mayor no bastaría á poderlas llevar continuadas, es justo se celebre alguna parte de muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincova, que arrogante el primero escuadrón iba guiando, con muestra airada y con feroz semblante el firme y largo paso apresurando, cala la gruesa pica en un instante, y el cuento entre la tierra y pié afirmando, recibe en el cruel hierro fornido el cuerpo de Hernan Perez atrevido.

Por el lado derecho encaminado

hizo el agudo hierro gran herida, pasando el escaupil doble estofado, y una cota de malla muy tejida: el ancho y duro hierro ensangrentado abrió por las espaldas la salida, quedando el cuerpo ya descolorido fuera de los arzones suspendido.

Tucapelo gallardo, que al camino salió al valiente Osorio, que corriendo venia con mayor ánimo que tino, los herrados talones sacudiendo, mostrando el cuerpo, al tiempo que convino le dió lado, y la maza revolviendo, con tanta fuerza le cargó la mano, que no le dejó miembro y hueso sano.

A Cáceres, que un poco atrás venia, de otro golpe tambien le puso en tierra, el cual con gran esfuerzo y valentía la adarga embraza y de la espada afierra, y contra la enemiga compañía se puso el solo á mantener la guerra, haciendo rostro y pié con tal denuedo que á los mas atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustenta, la fuerza contra tantos no bastaba, que ya la espesa turba alharagüenta en confuso monton le rodeaba; pero en esta sazón mas de cincuenta caballos que Reinoso gobernaba, que de refresco á tiempo habia llegado, vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió que aunque hallaron de gruesas hastas un tejido muro, el cerrado escuadrón aportillaron, probando mas de diez el suelo duro; y al esforzado Cáceres cobraron, que cercado de gente, mal seguro con ánimo feroz se sustentaba, y matando la muerte dilataba.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño, Escobar, Juan Julré, Cortés y Aranda, sin mirar al peligro y riesgo extraño, sustentan todo el peso de su banda. Tambien hacen efeto y mucho daño Losada, Peña, Córdoba y Miranda, Bernal, Lasarte, Castañeda, Ulloa, Martin Ruiz y Juan Lopez de Gamboa;

Pero muy presto la araucana gente, en la española sangre ya cebada, los hizo revolver forzosamente y seguir la carrera comenzada. Trás estos otra escuadra de repente en ellos se estrelló desatinada; mas sin ganar un paso de camino, volver rostros y riendas les convino.

Y aunque á veces con súbita represa Juan Remon y los otros revolvian, luego con nueva pérdida y mas prieta la primera derrota proseguian; y en una polvorosa nube espesa envueltos unos y otros ya venian, cuando fue nuestro campo descubierto en orden de batalla y buen concierto,

Iban los araucanos tan cebados que por las picas nuestras se metieron; pero vueltos en sí, mas reportados, el impetu y la furia detuvieron: y corregidos luego y ordenados, la campaña al traves se retrujeron al pié de un cerro á la derecha mano, cerca de una laguna y gran pantano,

Donde de nuestro cuerno arremetimos un gran tropel á pié de gente armada, que con presteza al arribar les dimos espesa carga y súbita rociada:

y al cieno retirados, nos metimos  
trás ellos por venir espada á espada,  
probando allí las fuerzas y el desnudo  
con rostro firme y ánimo á pié quedo.

Jamás los alemanes combatieron  
así de firme á firme y frente á frente;  
ni mano á mano dando, recibieron  
golpes sin descansar á mantenerse,  
como el un bando y otro, que vinieron  
á estar así en el cieno estrechamente  
que echar atrás un paso no podían,  
y dando aprisa, aprisa recibían.

Quién, el húmido cieno á la cintura,  
con dos y tres á veces peleaba;  
quién, por mostrar mayor desenvoltura,  
queriéndose mover más se atascaba;  
quién, probando las fuerzas y ventura,  
al vecino enemigo se aferraba,  
mordiéndole y cegándole con lodo,  
buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse  
andaba igual, y en duda la fortuna,  
sin muestra ni señal de declararse  
mínima de ventaja en parte alguna:  
ya parecían aquellos mejorarse;  
ya ganaban aquestos la laguna:  
y la sangre de todos derramada  
tornaba la agua turbia colorada.

Rengo, que el odio y encendida ira  
le había llevado ciego tanto trecho,  
luego que nuestro campo vió á la mira,  
y que á dar en la muerte iba derecho,  
al vecino pantano se retira,  
y el fiero rostro y animoso pecho  
contra todo el ejército volvía,  
y en voz amenazándole decía:

«Venid, venid á mí, gente plebea,  
en mí sea vuestra saña convertida,  
que soy quien os persigue y quien desea  
mas vuestra muerte que su propia vida.  
No quiero ya descansar hasta que vea  
la nación española destruida;  
y en esa vuestra carne y sangre odiosa  
pienso hartar mi hambre y sed rabiosa.»

Así la tierra y cielo amenazando  
en medio del pantano se presenta,  
y la sangrienta maza floreado,  
la gente de poco ánimo amedrenta.  
No fue bien conocido en la voz cuando  
(haciendo de sus fieros poca cuenta)  
algunos españoles mas cercanos  
aguijaron sobre él con prestas manos:

Mas á Juan, yanacona, que una pieza  
de los otros osado se adelanta,  
le machuca de un golpe la cabeza,  
y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta;  
y contra el jóven Zúñiga endereza  
el tercero, con saña y furia tanta  
que, como clavo en húmido terreno,  
le sume hasta los pechos en el cieno.

Pero de tiros una lluvia espesa  
al animoso pecho encaminados,  
turbando el aire claro; á mucha priesa  
descargaron sobre él de todo lados:  
por esto el fiero bárbaro no cesa,  
antes con furia y golpes redoblados,  
el lodo á la cintura, osadamente  
estaba por muralla de su gente.

Cual el cerdo javalí herido,  
al cenagoso estrecho retirado,  
de animosos sabuesos combatido,  
y de diestros monteros rodeado,  
ronca, bufa y rebufa embravecido,  
vuelve y revuelve de este y de aquel lado,  
rompe, encuentra, tropella, hiere y mata,

y los espesos tiros desbarata;

El bárbaro esforzado, de aquel modo  
ardiendo en ira y de furor insano,  
cubierto de sudor, de sangre y lodo,  
estaba solo en medio del pantano  
resistiendo la furia y golpe todo  
de los tiros que de una y otra mano,  
cubriendo el sol sin número salían  
y como tempestad sobre él llovían.

Ya la esparcida y desmandada gente  
que el porfiado alcance había seguido,  
descubriendo en el llano á nuestra gente,  
se había tirado atrás y recogido:  
solo Rengo feroz y osadamente  
sustenta igual el desigual partido,  
á causa que la cienaga era honda  
y llena de espesura á la redonda.

Viendo el fruto dudoso y daño cierto,  
según la mucha gente que cargaba,  
que á grande prisa en orden y concierto  
desta y de aquella parte le cereaba,  
por un ineulto paso y encubierto,  
que la fragosa sierra le amparaba,  
le pareció con tiempo retirarse,  
y salvar sus soldados y él salvarse.

Diciéndoles: «amigos, no gastemos  
la fuerza en tiempo y acto infructuoso;  
la sangre que nos queda conservemos  
para venderla en precio mas costoso:  
conviene que de aquí nos retiremos  
antes que en este sitio cenagoso,  
del enemigo puestos en aprieto,  
perdamos la opinion y el el respeto.»

Luego, la voz de Rengo obedecida,  
los presurosos brazos detuvieron,  
y por la parte estrecha y mas tejida  
al son del atambor se retrujeron.  
Era áspero el lugar y la salida,  
y así seguir los nuestros no pudieron,  
quedando algunos dellos tan sumidos,  
que fue bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado  
iban los fieros bárbaros saliendo.  
Rengo, todo sangriento y enlodado,  
los lleva en retaguardia recogiendo,  
como el celoso toro madrigado  
que la tarda vacada va siguiendo,  
volviendo acá y allí espaciosamente  
el duro cervigüillo y alta frente,

Nuestro campo por orden recogido,  
retirado del todo el enemigo,  
fue entre algunos un bárbaro cogido,  
que mucho se adargó del bando amigo;  
el cual acaso á mi cuartel traído  
hubo de ser para ejemplar castigo  
de los rebeldes pueblos comarcanos,  
mandándole cortar ambas las manos:

Donde sobre una rama destroncada  
puso la diestra mano (yo presente),  
la cual de un golpe con rigor cortada,  
sacó luego la izquierda alegremente,  
que del troneo también saltó apartada,  
sin torcer ceja ni arrugar la frente;  
y con desden y menosprecio dello,  
alargó la cabeza y tendió el cuello.

Diciendo así: «Segad esa garganta,  
siempre sedienta de la sangre vuestra;  
que no temo la muerte ni me espanta  
vuestra amenaza y rigurosa muestra:  
y la importancia y pérdida no es tanta  
que haga falta mi cortada diestra,  
pues quedan otras muchas esforzadas  
que saben gobernar bien las espadas.

Y si pensais sacar algun provecho  
de no llegar mi vida al fin postrero,



aquí, pues, moriré á vuestro despecho, que si quereis que viva yo no quiero: al fin iré algun tanto satisfecho de que á vuestro pesar alegre muero, que quiero con mi muerte desplaceros, pues solo en esto puedo ya ofenderos.»

Así que, contumaz y porfiado la muerte con injurias procuraba, y siempre mas rabioso y obstinado, sobre el sangriento suelo se arrojaba; donde en su misma sangre revolcado acabar ya la vida deseaba, mordiéndose con muestras impacientes los desangrados troncos con los dientes.

Estando pertinaz desta manera, templándonos la lástima el enojo, vió un esclavo bajar por la ladera cargado con un bárbaro despojo: y como encarnizada bestia fiera que ve la desmandada presa al ojo, así con una furia arrebatada le sale de través á la parada;

Y en él los piés y brazos añudados, sobre el húmido suelo le tendia, y con los duros troncos desangrados en las narices y ojos le hería: al fin junto á nosotros á bocados sin poderse valer se le comia si no fuera con tiempo socorrido, quedando, aunque fue presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida voz en pié puesto, dijo: «Pues me queda alguna fuerza y sangre retraida con que ofender á los cristianos pueda, quiero acetar, á mi pesar, la vida aunque por modo vil se me conceda; que yo espero sin manos desquitarme, que no me faltarán para vengarme.

Quedaos, quedaos, malditos, que yo os digo que en mí tendreis con odio y sed rabiosa torcedor y solícito enemigo cuando dañar no pueda en otra cosa: muy presto entenderéis cómo os persigo, y que os fuera mi muerte provechosa. Diciendo así otras cosas que no cuente, partió de allí ligero como el viento.

No es bien que así dejemos en olvido el nombre deste bárbaro obstinado, que por ser animoso y atrevido el audaz Galbarino era llamado. Mas por tanta aspereza he discurrido que la fuerza y la voz se me ha acabado; y así habré de parar, porque me siento ya sin fuerza, sin voz, y sin aliento.

### CANTO XXIII.

Llega Galbarino á donde estaba el Senado araucano: hace en el Consejo una habla, con la cual desbarata los pareceres de algunos. Salen los españoles en busca del enemigo: pintase la cueva del hechicero Fiton y las cosas que en ella habia.

JAMÁS debe, Señor, menospreciarse el enemigo vivo, pues sabemos puede de una centella levantarse fuego con que despues nos abrasemos: y entonces es cordura recelarse cuando en mayor felicidad nos vemos; pues los que gozan próspera bonanza están aun mas sujetos á mudanza.

Solo la muerte próspera asegura el breve curso del felice hado, que mientras que la incierta vida dura nunca hay cosa que dure en un estado. Así que, quien jamás tuvo ventura podra llamarse bienaventurado, y sin prosperidad vivir contento, pues no teme infelice acaecimiento.

Y pues que ya tenemos certidumbre que nunca hay bien seguro ni reposo, que es ley usada, es orden y costumbre por donde ha de pasar el mas dichoso, gastar el tiempo en esto es pesadumbre: y así, por no ser largo y enojoso, solo quiero contar á lo que vino el despreciar al mozo Galbarino:

El cual aunque herido y desangrado; tanto el coraje y rabia le inducia, que llegó á Andálican, donde alojado Caupolican su ejército tenia. Era al tiempo que el inclito Senado en secreto consejo proveía las cosas de la guerra y menesteres, dando y tomando en ello pareceres.

Cuál con justo temor dificultaba la pretension de algunos imprudente: cuál, por mostrar valor, facilitaba cualquier dificultoso inconveniente; cuál un concierto licito aprobaba; cuál era deste voto diferente; procurando unos y otros con razones esforzar sus discursos y opiniones.

En esta confusion y diferencia Galbarino arribó, apenas con vida, el cual pidiendo para entrar licencia, le fue graciosamente concedida:

donde con la debida reverencia ,  
esforzando la voz enllaquecida ,  
falto de sangre , y muy cubierto della ,  
comenzó desta suerte su querella :

« Si solíades vengar , sacros varones ,  
las ajenas injurias tan de veras ,  
y en las estrañas tierras y naciones  
hicieron sombra ya vuestras banderas ,  
¿ cómo agora en las propias posesiones  
unas bastardas gentes extranjeras  
os vienen á oprimir y conquistaros ,  
y tan tibios estais en el vengaros ?

Mirad mi cuerpo aquí despedazado ,  
miembro del vuestro que por mas afrenta  
me envian lleno de injurias al Senado  
para que dellas sepa daros cuenta :  
mirad vuestro valor vituperado ,  
y lo que en mi el tirano os representa ,  
jurando no dejar caeque alguno  
sin desmembrarlos todos de uno en uno .

Por cierto bien en vano han adquirido  
tanta gloria y honor vuestros agüelos ,  
y el araucano crédito subido  
en su misma virtud hasta los cielos ,  
si agora infame , hollado y abatido  
anda de lengua en lengua por los suelos ,  
y vuestra ilustre sangre resfriada  
en los sucios rincones derramada .

¿ Qué provincia hubo ya que no tremiese  
de solo nuestro nombre y voz temida ,  
ni nacion que las armas no rindiese  
por temor ó por fuerza compeliada ,  
arribando á la cumbre porque fuese  
tanto de allí mayor nuestra caída ;  
y al término llegase el menosprecio  
donde de los pasados llegó el precio ?

Pues unos extranjeros enemigos ,  
con título y con nombre de clemencia  
ofrecen de acetaros por amigos  
queriéndoos reducir á su obediencia :  
y si no os sometéis , que con castigos  
prometen oprimir vuestra insolencia ,  
sin quedar del cuchillo reservado  
género , religion , edad , ni estado .

Volved , volved en vos , no deis oído  
á sus embustes , tratos y marañas ;  
pues todas se enderezan á un partido  
que viene á deslustrar vuestras hazañas :  
que la ocasion que aquí los ha traído  
por mares y por tierras tan estrañas :  
es el oro goloso que se encierra  
en las fértiles venas desta tierra .

Y es un color , es apariencia vana  
querer mostrar que el principal intento  
fue el estender la religion cristiana ,  
siendo el puro interés su fundamento :  
su pretension de la codicia mana ,  
que todo lo demás es fingimiento ,  
pues los vemos que son mas que otras gentes  
adúlteros , ladrones , insolentes .

Cuando el siniestro hado y dura suerte  
nos amenacen cierto en lo futuro ,  
podemos elegir honrada muerte ,  
remedio breve , fácil y seguro :  
poned á la fortuna el hombro fuerte ;  
á dura adversidad corazon duro ;  
que el pecho firme y ánimo invencible  
allana y facilita aun lo imposible .»

No pudo decir mas de desmayado  
por la infinita sangre que perdía ,  
que el laso cuello ya debilitado  
sostener la cabeza aun no podía :  
así el rostro mortal desfigurado  
en el sangriento suelo se tendía ,  
dejando aun á los mas endurecidos

de su esperada muerte condolidos .

Mas como no tuviese tal herida  
por do pudiese hallar la muerte entrada ,  
retuvo luego la dudosa vida  
en siéndole la sangre restañada :  
y la virtud con tiempo socorrida  
fue de tantos remedios confortada ,  
y el mozo se ayudó de tal manera  
que recobró su sanidad primera .

Fueron de tanta fuerza sus razones  
y el odio que á los nuestros concibieron ,  
que los mas entibiados corazones  
de cólera rabiosa se encendieron :  
así las diferentes opiniones  
á un fin y parecer se redujeron ,  
quedando para siempre allí escluido  
quien tratase de medio y de partido .

Los impacientes mozos descosos  
de venir á las armas braveaban ,  
y con muestras y afectos hervorosos  
el espacioso tiempo apresuraban ;  
pero los mas maduros y espaciosos  
aquella ardiente cólera templaban  
y el término de algunos indiscreto ,  
no reprobando el general decreto .  
Dejémoslos un rato , pues , tratando  
de dar no una batalla , sino ciento ,  
del orden , la manera , dónde y cuándo ,  
con varios pareceres y un intento ;  
que me voy poco á poco descuidando  
de nuestro alborotado alojamiento ,  
donde estuvimos todos recogidos  
con buena guardia y bien apercibidos .

Mas cuando el esperado sol salia ,  
la gente de caballo en orden puesta  
marchó quedando atrás la infanteria ,  
y del campo despues toda la resta ,  
con tal velocidad que á medio dia  
subimos la temida y agria cuesta ,  
de blancos huesos de cristianos llena ,  
que despertó el cuidado y nos dió pena .

Al araucano valle , pues , bajamos  
que el mar le bate al lado del poniente ,  
donde en llano lugar nos alojamos  
de comidas y pastos suficiente :  
y luego con promesas enviamos  
de aquella vecindad alguna gente  
á requerir la tierra comareana  
con la segura paz y ley cristiana .

Mas como al tiempo puesto no volviesen ,  
y pasasen despues algunos dias ,  
nipoz astucia y maña no supiesen  
de su resolucion nuestras espías ,  
fue acordado que algunos se partiesen  
por los vecinos pueblos y alquerías  
al salir tarde de la escasa luna  
á tomar relacion y lengua alguna .

Así yo apercibido sordamente ,  
en medio del silencio y noche oscura  
di sobre algunos pueblos de repente  
por un gran arcabuco y espesura  
donde la miserable y triste gente  
vivía por su pobreza en paz segura ;  
que el rumor y alboroto de la guerra  
aun no la habia sacado de su tierra .

Viniendo , pues , á dar al Chaillacano ,  
que es donde nuestro campo se alojaba ,  
vi en una loma al rematar de un llano  
por una angosta senda que cruzaba  
un indio , laso , flaco , y tan anciano  
que apenas en los pies se sustentaba ,  
corvo , espacioso , débil , descarnado ,  
cual de raíces de árboles formado .

Espantado del talle y la torpeza  
de aquel retrato de vejez tardía ,

llegué por ayudarle en su pereza,  
y tomar lengua del si algo sabía.  
Mas no sale con tanta ligereza  
sintiendo los lebreles por la vía  
la temerosa gama fugitiva,  
como el viejo salió la cuesta arriba.

Yo, sin mas atención ni advertimiento,  
arimando las piernas al caballo,  
á mas correr salí en su seguimiento,  
pensando (aunque volaba) de alcanzallo:  
mas el viejo, dejando atrás el viento,  
me fue forzoso á mi pesar dejallo,  
perdiéndole de vista en un instante  
sin poderle seguir mas adelante.

Halléme á la bajada de un repecho  
cerca de dos caminos desusados,  
por donde corre Rauco mas estrecho,  
que le ciñen dos cerros los costados:  
y mirando á lo bajo y mas derecho,  
en una selva de árboles copados  
ví una mansa corcilla junto al río  
gustando de las yerbas y roeño.

Ocurrió luego á la memoria mia  
que la razon en sueños me dijera  
cómo habia de topar acaso un día  
una simple corcilla en la ribera:  
y así yo con grandísima alegría  
comencé de bajar por la ladere:  
paso á paso siguiendo el un camino  
hasta que della vine á estar vecino.

Pádelo bien hacer, que en las quebradas  
era grande el rumor de la corriente,  
y con pasos y orejas descuidadas  
pacia la tierna yerba libremente:  
pero cuando sintió ya mis pisadas  
y al rumor levantó la altiva frente,  
dejó el sabroso pasto y arboleda  
por una estrecha y áspera vereda.

Comencéla á seguir á toda priesa  
llobrando á mi caballo los costados;  
mas tomando otra senda que atraviesa  
se entró por unos ásperos collados:  
al cabo enderezó á una selva espesa  
de matorrales y árboles cerrados,  
á donde se lanzó por una senda,  
y yo tambien tras ella á toda rienda.

Perdi el rastro y cerróseme el camino,  
sobreveniendo un aire turbulento,  
y así de acá y de allá fuera de tino  
de una espesura en otra andaba á tiento.  
Vista, pues, mi torpeza y desatino,  
arrepentido del primer intento,  
sin pasar adelante me volvíera  
si alguna senda ó rastro yo supiera.

Gran rato anduve así descarriado  
que la oculta salida no acertaba,  
cuando sentí por el siniestro lado  
un arroyo que cerca mormuraba;  
y al vecino rumor encaminado,  
al pié de un roble que á la orilla estaba  
vi una pequeña y misera casilla,  
y junto á un hombre anciano la corcilla.

El cual dijo: «¿Qué hado ó desventura  
tan fuera de camino te ha traído  
por este inculto bosque y espesura  
donde jamás ninguno he conocido?  
Que si por caso adverso y suerte dura  
andas de tus banderas foragido,  
haré cuanto pudiere de mi parte  
en buscar el remedio y escaparte.»

Viendo el ofrecimiento y acogida  
de aquel extraño y agradable viejo,  
mas alegre que nunca fui en mi vida  
por hallar tal ayuda y aparejo,  
le dije la ocasión de mi venida.

pidiéndome me diese algun consejo  
para saber la cueva do habitaba  
el mágico Fiton á quien buscaba.

El venerable viejo y padre anciano  
con un suspiro y tierno sentimiento  
me tomó blandamente por la mano  
saliendo de su frágil aposento:  
y por ser á la entrada del verano  
buscamos á la sombra un fresco asiento  
en una tosca y pedregosa fuente,  
do comenzó á decirme lo siguiente:

»Mi tierra es en Arauco, y soy llamado  
el desdichado viejo Guaticolo,  
que en los robustos años fui soldado  
en cargo antecesor de Colocolo:  
y antes por mi persona en esclacado  
siete campos vencí de solo á solo,  
y mil veces de ramos fue ceñida  
esta mi calva frente envejecida.

Mas como en esta vida el bien no dura,  
y todo está sujeto á desvario,  
mudóse mi fortuna en desventura  
y en deshonor perpetuo el honor mio:  
que por extraño caso y desventura  
vine con Ainavillo en desafío,  
donde toda mi gloria fue perdida  
quitándome el honor y no la vida.

Viéndome, pues, con vida y deshonorado,  
(que mil veces quisiera antes ser muerto)  
de cobrar el honor desesperado  
me vine, como ves, á este desierto,  
donde mas de veinte años he morado  
sin ser jamás de nadie descubierto  
sino agora de ti, que ha sido cosa  
no poco para mi maravillosa.

Así que, tantos tiempos he vivido  
en este solitario apartamiento,  
y pues que la fortuna te la traído  
á mi triste y humilde alojamiento,  
haré de voluntad lo que has pedido,  
que tengo con Fiton conocimiento,  
que aunque intratable y áspero, es mi tío,  
hermano de Guarcolo, padre mio.

Al pié de una asperísima montaña,  
pocas veces de humanos piés pisada,  
hace su habitacion y vida extraño  
en una oculta y lóbrega morada  
que jamás el alegre sol la baña,  
y es á su condicion acomodada,  
por ser fuera de término inhumano,  
enemigo mortal del trato humano.

Mas su saber y su poder es tanto  
sobre las piedras, plantas y animales,  
que alcanza por su ciencia y arte cuanto  
pueden todas las causas naturales:  
y en el oscuro reino del espanto  
apremia á los callados infernales  
á que digan por áspero conjuro  
lo pasado, presente, y lo futuro.

En la furia del sol y luz serena  
de noturnas tinieblas cubre el suelo,  
y, sin fuerza de vientos, llueve y truena  
fuera de tiempo el sosegado cielo:  
el rauda curso de los ríos enfrena,  
y las aves en medio de su vuelo  
vienen de golpe abajo amodorradas  
por sus fuertes palabras compelidas.

Las yerbas en su agosto reverdece,  
y entiende la virtud de cada una,  
el mar revuelve, el viento le obedece  
contra la fuerza y órden de la luna;  
tiembla la firme tierra y se estremece  
á su voz eficaz sin causa alguna  
que la altere y remueva por de dentro,  
apretándose recio con su centro.

Los otros poderosos elementos  
a las palabras deste están sujetos,  
y á las causas de arriba y movimientos  
hace perder la fuerza y los efectos:  
al fin, por su saber y encantamientos  
escondría y entiende los secretos,  
y alcanza por los astros influentes  
los destihos y hados de las gentes.

No sé, pues, cómo pueda encarecerte  
el poder deste mágico adivino,  
solo en tu menester quierio ofrecerte  
lo que ofrecerte puede un su sobrino.  
Mas, para que mejor esto se acierte,  
será bien que tomemos el camino,  
pues es la hora y sazón desocupada  
que podremos tener mejor entrada.»

Luego de allí los dos nos levantamos,  
y atando á mi caballo de la rienda,  
á paso apresurado caminamos  
por una estrecha é intrincada senda,  
la cual seguida un trecho nos hallamos  
en una selva de árboles horrenda,  
que los rayos del sol y claro cielo  
nunca allí vieron el umbroso suelo.

Debajo de una Peña socavada,  
de espesas ramas y árboles cubierta,  
vimos un callejón y angosta entrada,  
y mas adentro una pequeña puerta  
de cabezas de fieras rodeada,  
la cual de par en par estaba abierta,  
por donde se lanzó el robusto anciano  
llevándose trabado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos,  
no sin algun temor de parte mia,  
cuando á una grande bóveda salimos,  
do una lámpara eterna en medio ardía:  
y á cada banda en torno della vimos  
poyos puestos por orden, en que habia  
multitud de redomas sobre-escritas  
de ungüentes, yerbas, y aguas infinitas.

Vimos allí del lince preparados  
los penetrantes ojos virtuosos,  
en cierto tiempo y conjuncion sacados,  
y los del basilisco ponzoñosos;  
sangre de hombres bermejos enojados;  
espumajos de perros que rabiosos  
van huyendo del agua y el pellejo  
del pecoso chersidros cuando es viejo.

Tambien en otra parte parecia  
la coyuntura de la dura liena,  
y el meollo del ceneris, que se eria  
dentro de Libia en la caliente arena;  
y un pedazo del ala de una arpia;  
la hiel de la biforme anfisibena,  
y la cola del áspide revuelta  
que dá la muerte en dulce sueño envuelta:

Moho de calavera destroncada  
del cuerpo que no alcanza sepultura  
carne de niña por nacer, sacada  
no por donde la llama la natura;  
y la espina tambien descoyuntada  
de la sierpe cerastas; y la dura  
lengua de la emorrois, que aquel que hiere  
suda toda la sangre hasta que muere:

Vello de cuantos monstruos prodigiosos  
la supérflua natura ha producido;  
escupidos de serpientes venenosos;  
las dos alas del jáculo temido;  
y de la seps los dientes ponzoñosos,  
que el hombre ó animal della mordido,  
de súbito hinchado como un odre,  
huesos y carne se convierte en podre.

Estaba en un gran vaso transparente  
el corazón del grifo atravesado,  
y ceniza del fenix que en oriente

se quema él mismo de vivir cansado:  
el unto de la scítala serpiente,  
y el pescado echineis, que en mar airado  
al curso de las naves contraviene,  
y á pesar de los vientos las detiene;

No faltaban cabezas de escorpiones  
y mortíferas serpientes enconadas;  
alacranes y colas de dragones,  
y las piedras del águila preñadas:  
buches de los hambrientos tiburones;  
menstruo y leche de hembras azotadas;  
landres, pestes, venenos, cuantas cosas  
produce la natura ponzoñosas.

Yo, que con atención mirando andaba  
la copiosa botica embebecido,  
por una puerta que á un rincón estaba  
vi salir un anciano consumido  
que sobre un corvo junco se arrimaba,  
el cual luego de mí fue conocido  
ser el que habia corrido por la cuesta,  
que apenas le alcanzara una ballesta.

Diciéndome: «No es poco atrevimiento  
el que siendo tan mozo has hoy tomado  
de venir á mi oculto alojamiento,  
do sin mi voluntad nadie ha llegado:  
mas, porque sé que algun honrado intento  
tan lejos á buscarme te ha obligado,  
quiero, por esta vez, hacerte contigo  
lo que nunca pensé acabar conmigo.»

Visto por mi apacible compañero  
la coyuntura y tiempo favorable,  
pues el viejo tan áspero y severo  
se mostraba doméstico y tratable,  
se detuvo, mirándome primero  
con un come inimiento y muestra afable,  
por ver si responderle yo queria;  
mas, viéndome callar, lo respondia

Diciendo: «¡oh gran Fiton, á quien es dado  
penetrar de los cielos los secretos,  
que del eterno curso arrebatado,  
no obedecen la ley, á tí sujetos!  
tú, que de la fortuna y liero llado  
revocas cuando quieres los decretos,  
y el orden natural turbas y alteras  
alcanzando las cosas venideras;

Y por mágica ciencia y saber puro  
rompiendo el cavernoso y duro suelo,  
puedes en el profundo reino oscuro  
meter la claridad y luz del cielo;  
y atormentar con áspero conjuro  
la caverna infernal que con recelo  
tiembla de tu elíca fuerza, que es tanta  
que sus eternas leyes le quebranta;

Sabrás que á este mancebo le ha traído  
de tu espantoso nombre la gran fama,  
que, en las indas regiones estendido,  
hasta el ártico polo se derrama;  
el cual por mil peligros ha roído,  
tras su deseo corriendo, que le llama  
á celebrar las cosas de la guerra,  
y el sangriento destrozo desta tierra;

Que estando así una noche retirado  
escribiendo el suceso de aquel día,  
súbito fue en un sueño arrebatado,  
viendo cuanto en la Europa sucedia:  
donde le fue asimismo revelado  
que en tu escondida cueva entenderia  
extraños casos, dignos de memoria,  
con que ilustrar pudiese mas su historia:

Y que noticia le darias de cosas  
ya pasadas, presentes y futuras;  
bazañas y conquistas milagrosas,  
peregrinos sucesos y aventuras;  
temerarias empresas espantosas,  
hechos que no se han visto en escrituras:





este encarecimiento le molesta,  
y nos tiene suspensos tu respuesta.»

Holgó el mago de oír cuán estendida  
por aquella región su fama andaba,  
y vuelta á mí la cara envejecida,  
todo de arriba abajo me miraba:

«¡Mín, con voz pujante y espedida,  
que poco con las canas conformaba,  
y aspecto grave y muestra algo severa,  
la respuesta me dió desta manera:

«Aunque en razón es cosa prohibida  
profetizar los casos no llegados,  
y es menos alargar á uno la vida  
contra el fuerte estatuto de los Hados;  
ya que ha sido á mi casa tu venida  
por incultos caminos desusados,  
te quiero complacer, pues mi sobrino  
viene aquí por tu intérprete y padrino.»

Diciendo así, con paso tardo y lento  
por la pequeña puerta cavernosa  
me metió de la mano á otro aposento,  
y luego en una cámara hermosa,  
que su fábrica extraña y ornamento,  
era de tal labor y tan costosa,  
que no sé lengua que contarle pueda,  
ni habrá imaginación á que no esceda.

Tenia el suelo por orden ladrillado  
de cristalinas losas transparentes,

que el color entepuesto y variado  
hacia labor y visos diferentes:  
el cielo alto, diáfano, estrellado  
de innumerables piedras relucientes,  
que toda la gran cámara alegraba  
la varia luz que dellas revocaba.

Sobre columnas de oro sustentadas  
cien figuras de bulto en torno estaban,  
por arte tan al vivo trasladadas  
que un sordo bien pensara que hablaban:  
y dellas la hazañas figuradas  
por las anchas paredes se mostraban,  
donde se vía el extremo y excelencia  
de armas, letras, virtud y continencia.

En medio de esta cámara espaciosa,  
que media milla en cuadro contenía,  
estaba una gran poma milagrosa,  
que una luciente esfera la ceñía,  
que por arte y labor maravillosa  
en el aire por sí se sostenía,  
que el gran círculo y máquina de dentro  
parece que estribaban en su centro.

Después de haber un rato satisfecho  
la codiciosa vista en las pinturas,  
mirando de los muros, suelo y techo  
la gran riqueza y varias esculturas,  
el mago me llevó al globo derecho,  
y vuelto allí de rostro á las figuras,

con el corvo cayado señalando,  
comenzó de enseñarme así hablando :

«Habrás de saber, hijo, que estos hombres  
son los mas desta vida ya pasados,  
que por grandes hazañas sus renombres  
han sido y serán siempre celebrados;  
y algunos, que de baja estirpe y nombres  
sobre sus altos hechos levantados,  
los ha puesto su prospera fortuna  
en el mas alto cuerno de la luna :

Y esta bola que ves y compostura,  
es del mundo el gran término abreviado,  
que su difficilísima hechura  
cuarenta años de estudio me ha costado.  
Mas no habrá en larga edad cosa futura  
ni oculto disponer de inmóvil hado  
que muy claro y patente no me sea,  
y tenga aquí su muestra y viva idea.

Mas, pues tus aparencias codiciosas  
son de escribir los actos de la guerra,  
y por fuerza de estrellas rigurosas  
tendrás materia larga en esta tierra,  
dejaré de aclararte algunas cosas  
que la presente poma y mundo encierra,  
mostrándote una sola que te espante,  
para lo que pretendes importante :

Que, pues en nuestro Arauco ya se halla  
materia a tu propósito cortada,  
donde la espada y defensiva malla  
es mas que en otra parte frecuentada,  
solo te falta una naval batalla,  
con que será tu historia autorizada,  
y escribirás las cosas de la guerra  
asi de mar tan bien como de tierra :

La cual verás aquí tal, que te juro  
que vista la tendremos por dudosa,  
y en el pasado tiempo y el futuro  
no se vió ni verá tan espantosa :  
y el gran Mediterráneo mar seguro  
quedará por la gente vitoriosa,  
y la parte vencida y destrozada  
la marítima fuerza quebrantada.

Por tanto, á mis palabras no te alteres,  
ni te espante el horriso conjuero,  
que, si atento con ánimo estuvieres,  
verás aquí presente lo futuro :  
todo punto por punto lo que vieres,  
lo disponen los hados, y aseguro  
que podrás, como digo, ser de vista  
testigo y verdadero coronista. »

Yo con mayor codicia, por un lado  
llegué el rostro á la bola trasparente,  
donde ví dentro un mundo fabricado,  
tan grande como el nuestro y tan patente  
como en redondo espejo relevado,  
llegando junto el rostro, claramente  
vemos dentro un anchísimo palacio,  
y en muy pequeña forma grande espacio.

Y por aquel lugar se descubria  
el turbado y revuelto mar Ausonio :  
donde se definió la gran porfia  
entre César Augusto y Marco Antonio :  
asi en la misma forma parecia  
por la banda de Lepanto y Favonio,  
junto á las Curchulares, hácia el puerto  
de galeras el ancho mar cubierto.

Mas viendo las devisas señaladas  
del papa, de Felipe y Venecianos,  
luego reconocí ser las armadas  
de los infieles turcos y cristianos,  
que, en orden de batalla aparejadas,  
para venir estaban á las manos,  
aunque á mi parecer no se movian,  
ni mas que figuradas parecian.

Pero el mago Fiton me dijo : « Presto

verás una naval batalla estraña,  
donde se mostrará bien manifiesto  
el supremo valor de vuestra España. »  
Y luego con airado y fiero gesto,  
hiriendo al ancho globo con la caña  
una vez al través, otra al derecho,  
sacó una horrible voz del roncó pecho

Diciendo ! « Oreo amarillo, can Cerbero,  
oh gran Pluton, rector del bajo infierno,  
oh cansado Caron, viejo barquero;  
y vos, laguna Estigia y lago Averno;  
oh Demogorgon, tú que lo postrero  
habitas del tartáreo reino eterno,  
y las hervientes aguas de Aqueronte,  
de Leteo, Cocito, y Flegetonte ;

Y vos, Furias que asi con crueldades  
atormentáis las ánimas dañadas,  
que aun temen ver las inferas deidades  
vuestras frentes de víboras erinadas ;  
y vosotras, Gorgóneas potestades,  
por mis fuertes palabras apremiadas  
haced que claramente aquí se vea  
(aunque futura) esta naval pelea.

Y tú, Hécate ahumada y mal compuesta,  
nos muestra lo que pido aquí visible.  
¡ Hóla ! ¿ á quién digo ? ¿ qué tardanza es esta,  
que no os hace temblar mi voz terrible ?  
Mirad que romperé la tierra opuesta  
y os heriré con luz aborrecible,  
y por fuerza absoluta y poder nuevo  
quebrantaré las leyes del Erebo.

No acabó de decir bien esto cuando  
las aguas en el mar se alborotaron,  
y el seco leuordeste respirando  
las cuerdas y anchas velas se estiraron :  
y aquellas gentes súbito amhelando  
poco á poco moverse comenzaron,  
haciendo de aquel modo en los objetos  
todas las demás causas sus efetos.

Mirando (aunque espantado) atentamente  
la multitud de gente que allí habia,  
ví que escrito de letras en la frente  
su nombre y cargo cada cual tenia :  
y mucho me admiró los que al presente  
en la primera edad yo conocia,  
verlos en su vigor y años lozanos,  
y otros floridos jóvenes ya canos.

Luego, pues, los cristianos dispararon  
una pieza en señal de rompimiento,  
y en alto un crucifijo enarbolaron,  
que acrecentó el hervor y encendimiento :  
todos humildemente le salvaron  
con grande devocion y acatamiento,  
bajo del cual estaban á los lados  
las armas de los fieles coligados.

En esto, con rumor de varios sonos,  
acercándose siempre, caminaban ;  
estandartes, banderas y pendones  
sobre las altas popas trebolaban :  
las ordenadas bandadas y escuadrones,  
esgrimiendo las armas, se mostraban  
en torno las galeras rodeadas  
de cañones de bronce y pabesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo  
no es bien que de tan grande cosa cante,  
que es cierto menester aliento nuevo,  
lengua mas espedida y voz pujante.  
Así, medroso desto, no me atrevo  
á proseguir, señor, mas adelante.  
En el siguiente y nuevo canto os pido  
me deis vuestro favor y atento oído.

## CANTO XXIV.

En este canto solo se contiene la gran batalla naval, el desbarrate y rota de la armada turquesca, con la huida de Ochah.

La sazón, gran Felipe, es ya llegada  
en que mi voz, de vos favorecida,  
cante la universal y gran jornada  
en las ausónias olas diluida;  
la soberbia otomana derrocada,  
su marítima fuerza destruida,  
los varios hados, diferentes suertes,  
el sangriento destrozo y crudas muertes.

Abridme ¡oh sacras Musas! vuestra fuente,  
y dadme nuevo espíritu y aliento,  
con estilo y lenguaje conveniente  
á mi arrojado y grande atrevimiento,  
para decir estensa y claramente,  
deste naval conflicto el rompimiento,  
y las gentes que están juntas á una  
debajo de este golpe de fortuna.

¿Quién bastará á contar los escuadrones  
y el número copioso de galeras,  
la multitud y mezcla de naciones,  
estandartes, enseñas y banderas;  
las defensas, pertrechos, municiones,  
las diferencias de armas y maneras,  
máquinas, artificios, instrumentos,  
aparatos, divisas y ornamentos?

Vi croatos, dalmacios, esclavones,  
búlgaros, albaneses, transilvanos,  
tártaros, tracios, griegos, macedones,  
turcos, lidios, armenios, georgianos,  
sirios, árabes, licios, liciones,  
nómadas, sarracenos, africanos,  
genizaros, sanjacos, capitanes,  
chaulcos, belhelerveyes y bajanes.

Vi allí también de la nación de España  
la flor de juventud y gallardía,  
la nobleza de Italia y de Alemania,  
una audaz y bizarra compañía;  
todos ornados de riqueza estraña,  
con animosa nuestra y lozanía;  
y en las popas, carceses y trinquetes  
flámulas, banderolas, gallardetes.

Así las dos armadas, pues, venían,  
en tal manera y órden navegando  
que dos espesos bosques parecían  
que poco á poco se iban allegando.  
Las cicaladas armas relucían  
en el inquieto mar reverberando,  
ofendiendo la vista desde lejos  
las agudas bislumbres y reflejos.

Por nuestra armada al uno y otro lado  
una presta fragata discurría,  
donde venía un mancebo levantado  
de gallarda apariencia y bazarria,  
un riquísimo fuerte peto armado,  
con tanta autoridad que parecía  
en su disposicion, figura y arte,  
hijo de la Fortuna y del dios Marte.

Yo codicioso de saber quien era,  
aficionado al talle y apostura,  
mirando atentamente la manera,  
el aire, el ademan y compostura,  
en la fuerte celada en la testera  
vi escrito en el relieve y grabadura  
de letras de oro, el campo en sangre tinto.

DON JUAN, HIJO DE CÉSAR CARLOS QUINTO:

El cual acá y allá siempre corría  
por medio del bullicio y alboroto,  
y en la fragata cerca del venía  
el viejo secretario Juan de Soto,  
de quien el mago anciano me decía  
ser en todas las cosas de gran voto,  
persona de discurso y experiencia,

de mucha espedicion y suficiencia.

Don Juan á la sazón los exhortaba  
á la batalla y trance peligroso,  
con ánimo y valor que aseguraba  
por cierta la victoria y fin dudoso;  
y su gran corazón facilitaba  
lo que el temor hacia dificultoso,  
derramando por toda aquella gente  
un bélico furor y fuego ardiente,

Diciendo: «¡oh valerosa compañía,  
muralla de la Iglesia inespugnable!  
llegada es la ocasión, este es el día  
que dejais vuestro nombre memorable:  
calad armas y remos á porfía,  
y la invencible fuerza y fe inviolable  
mostrad contra esos pérfidos paganos,  
que vienen á morir á vuestras manos;

Que quien volver de aquí vivo desea  
al patrio nido y casa conocida,  
por medio desa armada gente crea  
que ha de abrir con la espada la salida:  
así cada cual mire que peca  
por su Dios, por su rey y por la vida,  
que no puede salvarla de otra suerte  
sino es trayendo al enemigo á muerte.

Mirad que del valor y espada vuestra  
hoy el gran peso y ser del mundo pende,  
y entienda cada cual que está en su diestra  
toda la gloria y premio que pretende:  
apresuremos la fortuna nuestra,  
que la larga tardanza nos ofende;  
pues no estais de cumplir vuestro deseo,  
mas del poco de mar que en medio veo.

Vamos, pues, á vencer; no detengamos  
nuestra buena fortuna que nos llama;  
del hado el curso próspero sigamos,  
dando materia y fuerzas á la fama:  
que solo deste golpe derribamos  
la bárbara arrogancia, y se derrama  
el sonoro estruendo desta guerra  
por todos los confines de la tierra.

Mirad por ese mar alegremente,  
cuanta gloria os está ya aparejada;  
que Dios aquí ha juntado tanta gente  
para que á nuestros pies sea derrocada,  
y someta hoy aquí todo el oriente  
á nuestro yugo la cerviz domada,  
y á sus potentes príncipes y reyes  
les podamos quitar y poner leyes.

Hoy con su perdición establecemos  
en todo el mundo el crédito cristiano,  
que quiere nuestro Dios que quebrantemos  
el orgullo y furor mahometano:  
¿qué peligro ¡oh varones! temeremos  
militando debajo de tal mano?  
¿y quién resistirá vuestras espadas  
por la divina mano gobernadas?

Solo os ruego que, en Cristo confiando,  
que á la muerte de Cruz por vos se ofrece,  
combata cada cual por él, mostrando  
que llamarse su milite merece;  
con propósito firme protestando  
de vencer ó morir, que si parece  
la victoria de premio y gloria llena,  
la muerte por tal Dios no es menos buena.

Y pues con este fin nos dispusimos  
al peligro y rigor desta jornada,  
y en la defensa de su ley venimos  
contra esa gente infiel y renegada,  
la justísima causa que seguimos  
nos tiene la victoria asegurada:  
así que, ya del cielo prometido,  
os puedo yo afirmar que habeis vencido.»

Súbito allí los pechos mas helados  
de furor generoso se encendieron,

y de los torpes miembros resfriados el temor vergonzoso sacudieron : todos, los diestros brazos levantados, la victoria ó morir le prometieron, teniendo en poco ya desde aquel punto el contrario poder del mundo junto.

El valeroso joven, pues, loando aquella voluntad asegurada, con súbita presteza el mar cortando, atravesó por medio de la armada, de blanca espuma el rastro levantando, cual luciente cometa arrebatada cuando veloz, rompiendo el aire espeso, le suele así dejar gran rato impreso.

Así que, brevemente habiendo puesto en órden las galeras y la gente, á la suya real se acosta presto, donde fue saludado alegremente; y señalando á cada cual su puesto, con el concierto y órden conveniente, la artillería bien puesta y alistada, iba la vuelta de la turca armada.

Llevaba el cuerno de la diestra mano el sucesor del ínclito Andrea Doria, de quien el largo mar Mediterraneo hará perpétua y célebre memoria : y Agustín Barbarigo, veneciano, proveedor de la armada senatoria, llevaba el otro cuerno á la siniestra, con órden no menor y bella muestra.

Pues los cuernos iguales y ordenados, la batalla guiaba el hijo dino del gran Carlos, cerrando los dos lados las galeras de Malta y Lomelino, las del papa y Venecia á los costados : así continuaban su camino, cargando con igual compás y estremos las anchas palas de los largos remos.

Iban seis galeazas delanteras, bastecidas de gente y artilladas, puestas de dos en dos en las fronteras, que á manera de luna iban cerradas : seguían luego detrás treinta galeras al general socorro dedicadas, donde el marqués de Santa Cruz venia con una valerosa compañía.

Por el órden y término que cuento la católica armada caminaba la vuelta de la infiel, que á sobreviento, ganándole la mar, se aventajaba : pero luego á deshora calmó el viento; y el alto mar sus olas allanaba, remitiendo Fortuna la sentencia al valor de los brazos y escelencia.

Opuesto al Barbarigo, al cuerno diestro va Siroco, virey de Alejandria, con Mehemet, bey, cosario y gran maestro, que á Negroponto á la sazón regía : Ochali, renegado, iba al siniestro con Carabei su hijo en compañía, y en medio en la batalla bien cerrada. Allí, gran general de aquella armada;

El cual, reconociendo el duro Hado, y de su perdición la hora postrera, como prudente capitán y osado, de la alta popa en la real galera, con un semblante alegre y confiado, que mostraba fingido por defuera, el cristiano poder disminuyendo hizo esta breve plática, diciendo :

«No será menester, soldados, creo, moveros ni incitaros con razones, que ya por las señales que en vos veo se muestran bien las fieras intenciones. Echad fuera la ira y el deseo

desos vuestros fogosos corazones, y las armas tomad, en cuyo hecho los Hados ponen hoy vuestro derecho.

Que jamás la Fortuna á nuestros ojos se mostró tan alegre y descubierta, pues cargada de gloria y de despojos se viene ya á meter por nuestra puerta. Rematad el trabajo y los enojos desta prolija guerra, haciendo cierta la esperanza y el crédito estimado que de vuestro valor siempre habeis dado.

No os altere la muestra y el ruido con que se acerca la enemiga armada; que sabed que ese ejército movido y gente de mil reinos allegada, Fortuna á una cerviz la ha reducido porque pueda de un golpe ser cortada, y deis por vuestra mano en solo un día del mundo al Gran Señor la monarquía :

Que esas gentes sin órden que allí vienen en el valor y número inferiores, son las que nos impiden y detienen el ser de todo el mundo vencedores. Muestrén las armas el poder que tienen, tomad desos indignos poseedores las provincias y reinos del poniente que os vienen á entregar tan riegamente.

Que ese su capitán envanecido es de muy poca edad y suficiencia, indignamente al cargo promovido, sin curso, disciplina ni experiencia : y así presuntuoso y atrevido, con ardor juvenil é inadverteencia trae toda esta gente condenada á la furia y rigor de vuestra espada.

No penseis que nos venden muy costosos los Hados la victoria deste día; que lo mas desa armada temerosa es de la veneciana señoría, gente no ejercitada ni industriosa, dada mas al regalo y policia, y á las blandas delicias de su tierra, que al robusto ejercicio de la guerra.

Y esotra turba multa congregada es pueblo soez y bárbara canalla, de diversas naciones amasada, en quien conformidad jamás se halla : gente que nunca supo qué es espada, que antes que se comience la batalla y el espantoso son de artillería la romperá su misma vocería.

Mas vosotros, varones invencibles, entre las armas ásperas criados, y en guerras y trabajos insufridos tantas y tantas veces aprobados, ¿qué peligros habrá ya tan terribles ni contrarios ejércitos ligados que basten á poneros algun miedo, ni á resfriar vuestro ánimo y denuedo?

Ya me parece ver gloriosamente la riza y mortandad de vuestra mano, y ese interpuesto mar con mas creciente teñido en roja sangre el color cano. Abrid, pues, y romped por esa gente, echad á fondo ya el poder cristiano; tomando posesion de un golpe solo del Gange á Chile, y de uno al otro polo.»

Así el bajá en el limitado trecho los dispuestos soldados animaba, y de la grande empresa y alto hecho el próspero suceso aseguraba; pero en lo hondo del secreto pecho siempre el negocio mas dificultaba, tomando por agüero ya contrario la gran resolucion del adversario :

Y mas cuando un genizaro, forzado, que iba sobre la gavia descubriendo, despues de haberse bien certificado, las galeras de allí reconociendo, dijo: «El cuerpo de en medio y diestro lado y el socorro que atrás viene siguiendo, si mi vista de aquí no desatina, es de la armada y gente pontentina.»

Bien que sintió el baja terriblemente lo que el cristiano cierto le afirmaba: pero, fingiendo esfuerzo, sabiamente el secreto dolor disimulaba, y al gran cuerpo de en medio frente á frente, que por órden y suerte le tocaba, enderezó su escuadra aventajada de sus dos largos cuernos abrigada.

Llegado el punto ya del rompimiento que los precisos Hados señalaron, con una furia igual y movimiento, las potentes armadas se juntaron, donde por todas partes á un momento los cargados cañones dispararon con un terrible estrépito, de modo que parecia temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo de los furiosos tiros escapidos; el recio destronar y enencentro horrendo de las proas y mástiles rompidos; el rumor de las armas estupendo, las varias voces, gritos y apellidos; todo en revuelta confusion hacia espectáculo horrible y armonia.

No la ciudad de Priamo asolada por tantas partes sin cesar ardia, ni el crudo efecto de la griega espada con tal rigor y estrépito se oia, como la turca y la cristiana armada que, envuelta en humo y fuego, parecia no solo arder el mar, hundirse el suelo, pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo don Juan, reconocida la enemiga real que iba en la frente, rompiendo recio la agua rebatida, arremete sobre ella osadamente; mas la turca con impetu impelida le sale á recibir, donde igualmente se embisten con furiosos encontronos rompiendo los herrados espolones.

No estaban las reales aferradas cuando de gran tropel sobrevinieron siete galeras turcas bien armadas, que en la cristiana súbito embistieron; pero de no menor furia llevadas, al socorro sobre ellas acudieron de la derecha y de la izquierda mano la general del Papa y veneciano,

Dó con segunda autoridad venia, por general del sumo Quinto Pio Marco Antonio Colona, á quien seguia una escuadra de mozos de gran brío, trás la cual al socorro arremetia por el camino y paso mas vacío la patrona de España y capitana rompiendo el golpe y multitud pagana.

El príncipe de Parma valeroso, que iba en la capitana ginovesa, hendiendo el mar revuelto y espumoso se arroja en medio de la escuadra apriesa: la confusion y revolver furioso, y del humo la negra nube espesa la codiciosa vista le impedia, y así á muchos allí desconocia.

Mons de Leñi con su galera presto por su parte embistió y cerró el camino, donde llegó de los primeros puesto

el valeroso príncipe de Urbino, que á la bárbara furia contrapuesto con ánimo y esfuerzo peregrino, gallarda y singular prueba hacia de su valor, virtud y valentia.

Luego con igual impetu y denuedo llegan unas con otras á bordarse, cerrándose tan juntas que á pié quedo pueden con las espadas golpearse. No bastaba la muerte á poner miedo, ni allí se vió peligro rehusarse, aunque al arremeter vieses derechos disparar los cañones á los pechos.

Así la airada gente deseosa de ejecutar sus golpes se juntaban, y cual violenta tempestad furiosa los tiros y altos brazos descargaban. Era de ver la priesa hervorosa con que las fieras armas meneaban: la mar de sangre súbito cubierta comenzó á recibir la gente muerta.

Por las proas, por popas y costados se acometen y ofenden sin sosiego; unos cayendo mueren ahogados, otros á puro lierro, otros á fuego; no faltando en los puestos desdichados quien á los muertos sucediese luego, que muerte ni rigor de artillería jamás bastó á dejar plaza vacía.

Quién por saltar en el bajel contrario era en medio del salto atravesado; quien por herir sin tiempo al adversario caía en el mar de su furor llevado: quien con bestial designio temerario, en su nadar y fuerzas confiado, al odioso enemigo se abrazaba y en las revueltas olas se arrojaba.

¿Cuál será aquel que no temblase viendo el fin del mundo y la total ruina: tantas gentes á un tiempo pereciendo, tanto cañon, bombarda y culebrina? El sol, los claros rayos rociogiendo, con faz turbada de color sanguina, entre las negras nubes se escondia por no ver el destrozo de aquel dia.

Acá y allá con pecho y rostro airado, sobre el rodante carro presuroso, de Tesifon y Aleto acompañado, discurre el fiero Marte sanguinoso. Ora sacude el fuerte brazo arinado, ora bate el escudo fulminoso; infundiendo ez la fiera y brava gente ira, saña, furor y rabia ardiente.

Quién, faltándole tiros, luego afierra del pedazo del remo ó de la entena; quien trabuca al forzado y lo deshierra arrebatando el grillo y la cadena: no hay cosa de metal, de leño y tierra que allí para tirar no fuese buena, rotos baucos, potizas, batayolas, barriles, escotillas, portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban (aunque del duro acero resurtiesen) en las sangrientas olas ya hallaban enemigos que en sí los recibiesen, y ardiendo, en la agua fría peleaban, sin que al adverso Hado se rindiesen, hasta el forzoso y postrimero punto que faltaba la fuerza y vida junto.

Cuáles, su propia sangre resorbiendo, andan agonizando sobreaguados; cuáles, tablas y gúmenas asiendo, quedan (rindiendo el alma) enclavijados; cuáles, hacer mas daño no pudiendo, á los menos heridos abrazados,

se dejan ir al fondo forcejando ,  
contentos con morir allí mataudo.

No es posible contar la gran revuelta  
y el confuso tumulto y son horrendo.  
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta  
alquitran , y resina , pez ardiendo :  
la presta llama con la breva revuelta ,  
por la seca madera discuriendo ,  
con fieros estallidos y centellas ,  
creciendo amenazaban las estrellas.

Unos al mar se arrojan por salvarse ,  
del crudo hierro y llamas perseguidos :  
otros , que habian probado el ahogarse ,  
se abrazan á los leños encendidos :  
así que , con la gana de escaparse ,  
á cualquiera remedio vano asidos ,  
dentro del agua mueren abrasados ,  
y en medio de las llamas ahogados.

Muchos , ya con la muerte porfiando ,  
su opinion aun muriendo sostenian ,  
los tiros y las lanzas apañando  
que de las fuertes armas resurtian ;  
y en las huidoras olas estribando ,  
los ya cansados brazos sacudian ,  
empleando en aquellos que topaban  
la rabia y pecas fuerzas que quedaban.

Crece el furor y el áspero ruido  
del continuo batir apresurado :  
el mar de todas partes rebatido  
hierve y regüelda cuerpos de apretado ,  
y sangriento , alterado y removido ,  
cual de contrarios vientos arrojado ,  
todo revuelto en una espuma espesa ,  
las herradas galeras bate apriesa.

En la alta popa junto al estandarte  
el inclito don Juan resplandecía ,  
mas encendido que el airado Marte ,  
cercado de una ilustre compañía.  
De allí provee remedio á toda parte :  
acá da priesa : allá socorro envia ,  
asegurando á todos su persona  
soberbio triunfo y la naval corona.

Don Luis de Requesens de la otra banda  
provoca , exhorta , anima , mueve , incita ,  
corre , vuela , revuelve , torna y anda  
donde el peligro mas le necesita :  
provee , remedia , acude , ordena , manda ,  
insta , da priesa , induce y solicita ,  
á la diestra , siniestra , á popa , á proa ,  
ganando estimacion y eterna loa.

Pues el conde de Pliego don Fernando ,  
diligente , solícito y cuidadoso  
acude á todas partes , remediando  
lo de menos remedio y mas dudoso.  
Así , pues , del cristiano y turco bando ,  
cada cual inquiriendo un fin honroso ,  
procuraban matando , como digo ,  
morir en el bagel del enemigo.

Era tanta la furia y tal la priesa  
que el fin y día postrero parecia :  
de los tiros la recia lluvia espesa  
el aire claro y rojo mar cubria.  
Crece la rabia y el teson no cesa  
de la presta y continua batería ,  
atronando el rumor de las espadas  
las marítimas costas apartadas.

El buen marqués de Santa Cruz , que estaba  
al socorro comun apercibido ,  
visto el trabado juego cual andaba  
y desigual en partes el partido ,  
sin aguardar mas tiempo , se arrojaba  
en medio de la priesa y gran ruido ,  
embistiendo con ímpetu furioso  
todo lo mas revuelto y peligroso.

Viendo , pues , de enemigos rodeada

la galera real con gran porfia ,  
y que otra de refresco bien armada  
á embestirla con ímpetu venia ,  
saltóle de través , boga arrancada ,  
y al encuentro y defensa se oponia ,  
atajando con presto movimiento  
el bárbaro furor y fiero intento.

Después rabioso sin parar , corriendo  
por la áspera batalla discurrea ;  
entra , sale y revuelve , socorriendo ,  
y á tres y á cuatro á veces resistia.  
¿ Quién podrá punto á punto ir refiriendo  
las gallardas espadas que este día  
en medio del furor se señalaron ,  
y el mar con turca sangre acrecentaron ?

Don Juan en esto airado y impaciente ,  
la espaciosa Fortuna apresuraba ,  
poniendo espuelas y ánimo á su gente ,  
que envuelta en sangre ajena y propia andaba.  
Allí baja , no menos diligente ,  
con gran hervor los suyos esforzaba ,  
trayéndoles continuo á la memoria  
el gran premio y honor de la victoria.

Mas la real cristiana aventajada  
por el grande valor de su caudillo ,  
á puros brazos y á rigor de espada  
albre recio en la turca un gran portillo ,  
por dó un grueso tropel de gente armada ,  
sin poder los contrarios resistillo ,  
entra con un rumor y furia estraña ,  
gritando : ¡ cierra ! ¡ cierra ! ¡ España ! ¡ España !

Los turcos , viendo entrada su galera ,  
del temor y peligro compelidos ,  
revuelven sobre sí de tal manera  
que fueron los cristianos rebatidos ;  
pero añadiendo furia á la primera  
los fuertes españoles ofendidos ,  
venciendo el nuevo golpe de la gente ,  
los vuelven á llevar forzosamente

Hasta el árbol mayor , donde afirmando  
el rostro y pié con nueva confianza  
renuevan la batalla , refrescando  
el fiero estrago y bárbara matanza.  
Carga socorro de uno y otro bando :  
fatigales y aqueja la tardanza  
de vencer ó morir desesperados ,  
dando gran priesa á los dudosos Hados.

La grande multitud de los heridos  
que á la batida proa recudian ,  
causaban que á las veces detenidos  
los unos á los otros se impedian ;  
pero de medicinas proveidos ,  
luego de nuevo á combatir volvian ,  
las enemigas fuerzas reprimiendo  
que iban , al parecer , convaleciendo.

En esta gran revuelta y desatino ,  
que allí cargaba mas que en otro lado ,  
viniendo á socorrer don Bernardino ,  
mas que de vista de ánimo dotado ,  
fue con súbita furia en el camino  
de un fuerte esmerilazo derribado ,  
cortándole con golpe riguroso  
los pasos y designio valeroso.

Fue el poderoso golpe de tal suerte ,  
de mas de la pesada y gran caída ,  
que resistir no pudo el peto fuerte  
ni la rodela á prueba guarnecida ;  
al fin el jóven con honrada muerte  
del todo aseguró la inquieta vida ,  
embainando en España mil espadas  
en contra y daño suyo declaradas.

En esto por tres partes fue embestida  
la famosa de Malta capitana ,  
y apretada de todas y abatida  
con vieja enemistad y furia insana ;

mas la fuerza y virtud tan conocida de aquella audaz caballería cristiana, la multitud pagana contrastando, iba de punto en punto mejorando.

Pero al virey de Argel, cosario esperto, que á la mira hasta entonces habia estado, hallando al cuerno diestro el paso abierto, que del todo no estaba bien cerrado, antes que se pudiesen en concierto, furioso se lanzó por aquel lado, echándole de nuevo tres bajeles con infinito número de infieles.

Los fuertes caballeros peleando resisten aquel impetu y motivo; pero al cabo, Señor, sobrepujando á las fuerzas el número escesivo, los entran con gran fuerza degollando, sin tomar á rescate un hombre vivo, vertiendo en el revuelto mar furioso de baptizada sangre un rio espumoso.

Las galeras de Malta, que miraron con tal rigor su capitana entrada, los fieros enemigos despreciaron con quien tenia batalla comenzada; y batiendo los remos, se lanzaron con nueva rabia y priesa acelerada sobre la multitud de los paganos verdugos de los mártires cristianos.

Tanto fue el sentimiento en los soldados y la sed de venganza de manera que, embistiendo á los turcos por los lados, entran haciendo riza carnicera: así que, victoriosos y vengados recobraron su honor y la galera, hallando solo vivos los primeros al general y cuatro caballeros.

Marco Antonio Colona, despreciando el impetu enemigo y la braveza, combate animosísimo, igualando con la honrosa ambicion la fortaleza. Pues Sebastian Veniero, contrastando la turca fuerza y bárbara fiera, vengaba allí con ira y rabia justa la injuria recibida en Famagusta.

La capitana de Sicilia en tanto tambien Portau bajá la combatia, la cual ya por el uno y otro canto cercada de galeras la tenia.

Era el valor de los cristianos tanto que la ventaja desigual suplía, no solo sustentando igual la guerra, pero dentro del mar ganando tierra;

Que don Juan, de la sangre de Cardona, ejercitando allí su viejo oficio, ofrece á los peligros la persona, dando de su valor notable indicio; y la fiera nacion de Barcelona hace en los enemigos sacrificio, trayendo hasta los puños las espadas todas en sangre bárbara bañadas.

No, pues, con menos ánimo y pujanza el sabio Barbarigo combatia, igualando el valor á la esperanza que de su claro esfuerzo se tenia. Ora oprime la turca confianza, ora á la misma muerte rebatia, haciendo suspender la flecha airada que ya derecho en él tenia asestada.

Bien que con muestra y ánimo esforzado contrastaba la furia sarracina, no pudo contrastar al duro Hado, ó por mejor decir, órden Divina; que ya el último término llegado, de una furiosa flecha repentina fue acertado en el ojo en descubierto

donde á poco de rato cayó muerto.

Aunque fue grande el daño y sentimiento de ver tal capitán así caído, no por eso turbó el osado intento del veneciano pueblo embravecido; antes con mas furor y encendimiento, á la venganza lícita movido, hiere en los matadores de tal suerte que fue recompensada bien su muerte.

En este tiempo andaba la pelea bien reñida del lado y cuerno diestro, donde el sagaz y astuto Juan Andrea se mostraba muy plático maestro. Tambien Hector Espinola pelea con uno y otro á diestro y á siniestro, señalándose en medio de la furia la esperta y diestra gente de Liguria.

Bien dos horas y media y mas habia que duraba el combate porfiado, sin conocer en parte mejoría, ni haberse la victoria declarado, cuando el bravo don Juan, que en saña ardía, cuasi quejoso del suspenso Hado, comenzó á mejorar sin duda alguna declarada del todo su fortuna.

En esto con gran impetu y ruido, por el valor de la cristiana espada el furor mahomético oprinido, fue la turca real del todo entrada, dó el estandante bárbaro abatido, la cruz del Redentor fue enarbolada, con un triunfo solemne y grande gloria cantando abiertamente la victoria.

Súbito un miedo helado discurriendo por los miseros turcos ya turbados, les fue los brazos luego entorpeciendo, dejándolos sin fuerzas desmayados: y las espadas y ánimos rindiendo, á su fortuna misera entregados, dieron la entrada franca (como cuento) al impetu enemigo y movimiento.

Ya, pues, del cuerno izquierdo y del derecho de la victoria sanguinosa usando, con furia inexorable todo á hecho los van por todas partes degollando. Quién al agua se arroja abierto el pecho, quien se entrega á las llamas, rebusando el agudo cuchillo riguroso, teniendo el fuego allí por mas piadoso.

El astuto Ocbali, viendo su gente por la cristiana fuerza destruida, y la deshecha armada totalmente al hierro, fuego y agua ya rendida, la derrota tomó por el pendiente, siguiéndole con misera huida las bárbaras reliquias destrozadas, del hierro y fuego apenas escapadas.

Pero el hijo de Carlos, conociendo del traidor renegado el bajo intento, con gran furia el movido mar rompiendo carga, dándole caza, en seguimiento. Iban tras ellos al través saliendo el de Bazan y el de Oria á sotavento con una escuadra de galeras junta procurando ganarles una punta.

Mas la triste canalla, viendo angosta la senda y ancho mar, segun temia, vuelta la proa á la vecina costa, en tierra con gran impetu embestia: y cual se ve tal vez saltar langosta en multitud confusa, así á porfia salta la gente al mar embravecido, huyendo del peligro mas temido.

Cuál con brazos, con hombros, rostro y pecho



el gran refluxo de las olas hiende;  
cuál sin mirar al fondo y largo trecho,  
no sabiendo nadar allí lo aprende:  
no hay parentesco, no hay amigo estrecho,  
ni el mismo padre al caro hijo atiende,  
que el miedo, de respetos enemigo,  
jamás en el peligro tuvo amigo.

Así que, del temor mismo esforzados,  
en la arenosa playa pié tomaron,  
y por las peñas y árboles cerrados,  
á mas correr huyendo se escaparon.  
Deshechos, pues, del todo y destrozados  
los miserables bárbaros quedaron,  
habiendo, fuerza á fuerza y mano á mano,  
rendido el nombre de Austria al Otomano.

Estaba yo con gran contento viendo  
el próspero suceso prometido,  
cuando en el globo el mágico hiriendo  
con el potente juncos retorcido,  
se fue el aire ofuscando y revolviendo,  
y cesó de repente el gran ruido;  
quedando en gran quietud la mar segura  
cubierta de una niebla y sombra oscura.

Luego Filon con plática sabrosa  
me llevó por la sala paseando,  
y sin dejar figura, cada cosa  
me fue parte por parte declarando,  
mas teniendo temor que os sea enojosa  
la relacion prolija, iré dejando  
todo aquello (aunque digno de memoria)  
que no importa ni toca á nuestra historia:

Solo diré que con muy gran contento  
del mago y Guaticolo despedido,  
aunque tarde, llegué á mi alojamiento,  
donde ya me juzgaban por perdido.  
Volviendo, pues, la pluma á nuestro cuento,  
que en larga digresion me he divertido,  
digo que allí estuvimos dos semanas  
con falsas armas y esperanzas vanas;

Pero en resolucion, nunca supimos  
de nuestros enemigos cautelosos,  
ni su designio y ánimo entendimos,  
que nos tuvo suspensos y dudosos;  
lo cual considerado, nos partimos,  
desmintiendo los pasos peligrosos  
en su demanda, entrando por la tierra  
con gana y fin de rematar la guerra.

Una tarde que el sol ya declinaba,  
arribamos á un valle muy poblado,  
por donde un grande arroyo atravesaba,  
de cultivadas lomas rodeado;  
y en la mas llana que á la entrada estaba,  
por ser lugar y sitio acomodado,  
la gente se alojó por escuadrones  
las tiendas levantando y pabellones.

Estaba el campo apenas alojado,  
cuando de entre unos árboles salía  
un bizarro araucano bien armado,  
buscando el pabellon de don García;  
y á su presencia el bárbaro llegado,  
sin muestra ni señal de cortesía,  
le comenzó á decir... Pero entre tanto  
será bien rematar mi largo canto.

### CANTO XXV.

Así entan los españoles su campo en Millarapué: llega á desafiarse  
los un indio de parte de Caupolicán: vienen á la batalla muy  
rebujada y sangrienta: señalanse Tucapel y Rengo: cuélanse  
también el valor que los españoles mostraron aquel día.

Cosa es digna de ser considerada  
y no pasar por ella fácilmente,  
que gente tan ignota y desviada  
de la frecuencia y trato de otra gente,  
de innavegables golfos rodeada,

alcance lo que así difícilmente  
alcanzaron por curso de la guerra  
los mas famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores  
á los que el arte militar hallaron;  
ni mas celebren ya á los inventores  
que el duro acero y el metal forjaron:  
pues los últimas indios moradores  
del araucano estado así alcanzaron  
el órden de la guerra y disciplina,  
que podemos tomar dellos doctrina.

¿Quién les mostró á formar los escuadrones,  
representar en órden la batalla,  
levantar caballeros y hastiones,  
hacer defensas, fosos y muralla,  
trincheas, nuevos reparos, invenciones,  
y cuanto en uso militar se halla,  
que todo es un bastante y claro indicio  
del valor desta gente y ejercicio?

Y sobre todo debe ser loado  
el silencio en la guerra y obediencia,  
que nunca fue secreto revelado  
por dádiva, amenaza ni violencia,  
como ya en lo que dellos he contado  
vemos abiertamente la experiencia;  
pues por maña jamás ni por espías  
dellos tuvimos nueva en tantos días.

Aunque en los pueblos comarcanos fueron  
presas de sobresalto muchas gentes  
que al rigor del tormento resistieron  
con gran constancia y firmes continentes:  
tanto, que muchas veces nos hicieron  
andar en los discursos diferentes,  
que pudiera causar notable daño,  
creciendo su cautela y nuestro engaño.

Pero, como ya dije arriba, estando  
apenas nuestro ejército alojado,  
vino un gallardo mozo preguntando  
dó estaba el capitán aposentado:  
y á su presencia el bárbaro llegando,  
con tono sin respeto levantado,  
habiéndose juntado mucha gente,  
echó la voz diciendo libremente:

«¡Oh capitán cristiano! si ambicioso  
eres de honor con título adquirido,  
al oportuno tiempo venturoso  
tu próspera fortuna te ha traído:  
que el gran Caupolicano, deseoso  
de probar tu valor encarecido,  
si tal virtud y esfuerzo en tí se halla,  
pide de solo á solo la batalla:

Que siendo de personas informado  
que eres maneo noble floreciente,  
en la arte militar ejercitado,  
capitán y cabeza desta gente,  
dándote por ventaja de su grado  
la eleccion de las armas francamente,  
sin escepcion de condicion alguna  
quiere probar tu fuerza y su fortuna.

Y así, par entender que muestras gana  
de encontrar el ejército araucano  
te avisa que al romper de la mañana  
se vendrá á presentar en este llano,  
do con firmeza de ambas partes llana,  
en medio de los campos mano á mano,  
si quieres combatir sobre este hecho,  
rimitirá á las armas el derecho:

Con pacto y condicion que si vencieres  
someterá la tierra á tu obediencia,  
y del podrás hacer lo que quisieres  
sin usar de respeto ni clemencia;  
y cuando tú por él vencido fueres,  
libre te dejará en tu preeminencia;  
que no quiere otro premio ni otra gloria  
sino solo el honor de la vitoria.

Mira que solo en que esta voz se estienda consigues nombre y fama de valiente, y on cuanto el claro sol sus rayos tienda durará tu memoria entre la gente; pues al fin se dirá que por contienda entraste valerosa y dignamente en campo con el gran Caupolican por persona por persona y mano á mano.

Esto es á lo que vengo, y así pido te resuelvas en breve á tu albedrío, si quieres por el término ofrecido rehusar ó aceptar el desafío, que, aunque el peligro es grande y conocido, de tu altiveza y ánimo confío que al fin satisfarás con osadía á tu estimado honor y al que me envía.»

Don García le responde: «Soy contento de aceptar el combate, y le aseguro que al plazo puesto y señalado asiento, podrá á su voluntad venir seguro.» El indio, que escuchando estaba atento, muy alegre le dijo: «Yo te juro que esta osada respuesta eternamente te dejará famoso entre la gente.»

Con esto, sin pasar mas adelante las espaldas volvió y tomó la vía, mostrando por su término arrogante en la poca opinion que nos tenia. Algunos hubo allí que en el semblante juzgaron ser mañosa y doble espía, que iba á reconocer con este tiento la gente y pertrechado alojamiento.

Venida, pues, la noche, los soldados en órden de batalla nos pusimos, y á las derechas picas arrimados, contando las estrellas estuvimos, del sueño y graves armas fatigados, aunque crédito entero nunca dimos al indio, por pensar que solo vino á tomar lengua y descubrir camino.

Ya la espaciosa noche declinando trastornaba al ocaso sus estrellas, y la aurora al oriente despuntando deslustraba la luz de todas ellas: las flores con su fresco humor rociando, restituyendo en su color aquellas que la tiniebla lóbrega importuna las habia reducido á sola una,

Cuando con alto y subito alarido apareció por uno y otro lado, en tres distintas partes dividido, el ejército bárbaro ordenado; cada escuadron de gente muy fornido que con gran muestra y paso apresurado iban en igual órden, como cuento, cercando nuestro estrecho alojamiento.

La gente de caballo aparejada, sobre las riendas la enemiga espera; mas antes que llegase, anticipada se arroja por una áspera ladera, y al escuadron siniestro encaminada, le acomete furiosa, de manera que un terraplano y muro poderoso no resistiera el impetu furioso.

Pero Caupolican, que gobernando iba aquel escuadron algo delante, el paso hasta su gente retirando, hizo calar las picas á un instante: donde, los piés y brazos afirmando, en las agudas puntas de diamante reciben el furor y encuentro extraño, haciendo en los primeros mucho daño.

Unos, sin alas, con ligero vuelo desocupan atónitos las sillas; otros, vueltas las plantas hácia el cielo,

imprimen en la tierra las costillas; y los que no probaron allí el suelo por apretar mas recio las rodillas, aunque mas se mostraron esforzados, quedaron del encuentro maltratados.

De sus golpes los nuestros no faltaron, que todos sin errar fueron derechos; cuales, de banda á banda atravesaron; cuales, atropellaron con los pechos: todos en un instante se mezclaron, viniendo á las espadas mas estrechos con tal priesa y rumor que parecia la espantosa vulcánica herrería.

El bravo general Caupolican, rota la pica de la maza afierra, y á la derecha y á la izquierda mano hiere, destroza, mata y echa á tierra: hallándose muy junto á Berzocano los dientes y el furioso puño cierra, descargándole encima tal puñada, que le abolló en los cascos la celada.

Tras este, otro derriba y otro mata, que fue por su desdicha el mas vecino; abre, destroza, rompe y desharata, haciendo llano el áspero camino: y al yanacona Tambo así arrebata que, como alcon al pollo ó palomino, sin poderle valer los mas cercanos, le ahoga y despedaza entre las manos.

Bernal y Leucoton, que deseando andaban de encontrarse en esia danza, se acometen furiosos, descargando los brazos con igual ira y pujanza; y las altas cabezas inclinando, á su pesar usaron de crianza hincando á un tiempo entrambos las rodillas con un batir de dientes y ternillas.

Mas cada cual de prestó se endereza, comenzando un combate fiero y crudo; ya tiran á los piés, ya á la cabeza, ya abollan la celada, ya el escudo. Así, pues, anduvieron una pieza; mas pasar adelante esto no pudo, que un gran tropel de gentes que embistieron por fuerza á su pesar los despartieron.

Don Miguel y don Pedro de Abendaño, Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda, Cortés y Juan Jufre con riesgo extraño sustentan todo el peso de su banda: tambien hacen efecto y mucho daño Reinoso, Peña, Córdoba, Miranda, Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa, Martín Ruiz, y Juan Lopez de Gamboa.

Pues don Luis de Toledo peleando, Carranza, Aguayo, Zúñiga, y Castillo resisten el furor del indio bando, con Diego Cano, Perez, y Morcillo: los primos Albarados Juan y Hernando, Pedro de Olmos, Paredes, y Carrillo derriban á sus piés gallardamente, aunque á costa de sangre, mucha gente.

El escuadron de en medio viendo asida por el cuerno derecho la contienda, acelerando el tiempo y la corrida, acude á socorrer con furia horrenda: mas nuestra gente en tercios repartida le sale á recibir á toda rienda, y del terrible estruendo y fiero encuentro la tierra se apretó contra su centro.

Hubo muchas caidas señaladas, grandes golpes de mazas y picazos: lanzas, gorguces y armas enbastadas volaron hasta el cielo en mil pedazos: vienen en un momento á las espadas, y aun otros, mas coléricos, á brazos,



dándose con las dagas y puñales  
heridas penetrables y mortales.

El fiero Tucapel habiendo hecho  
su encuentro en lleno y muerto un buen soldado,  
poco del diestro golpe satisfecho,  
le arrebató un estoque acicalado,  
con el cual barrenó á Guillermo el pecho,  
y de un revés y tajo arrebatado  
arrojó dos cabezas con celadas  
muy lejos de sus troncos apartadas.

Mata de un golpe á Torbo facilmente,  
y dió á Juan Yanaruna tal herida  
que la armada cabeza por la frente  
cayó sobre los hombros dividida.  
Revuelve de estocada diestramente  
y al robusto Picol quitó la vida;  
pero en esta sazon inadvertido  
de mas de diez espadas fue herido.

Carga sobre él de presto mucha gente,  
al rumor del estrago que sonaba,  
y cercándole en torno rícidamente  
en confuso monton le fatigaba:  
mas él con gran desden y altiva frente  
de tal manera el brazo rodeaba,  
que á muchos con castigo y escarmiento  
les reprimió el furor y atrevimiento.

Tanto en mas ira y mas furor se enciende  
cuanto el trabajo y el peligro crece;  
que allí la gloria y el honor pretende  
donde mayor dificultad se ofrece:  
lo mas dudoso y de mas riesgo emprende,  
y poco lo posib e le parece,  
que el pecho grande y ánimo invencible  
le allana y facilita lo posible.

El último escuadron y mas copioso,  
su derrota y designio prosiguiendo,  
con paso, aunque ordenado, presuroso,  
por la tendida loma iba subiendo:  
y en el dispuesto llano y espacioso,  
nuestro escuadron del todo descubriendo,  
se detuvo algun tanto astutamente  
reconociendo el sitio y nuestra gente.

Delante desta escuadra, pues, venia  
el mozo Galbarin sargenteando,  
que sus troncados brazos descubria,  
las llagas aun sangrientas amostrando.  
De un canto al otro apriesa discurría,  
el daño general representando,  
enciendiendo en furor los corazones  
con muestras elicaces y razones

Diciendo: «¡oh valentísimos soldados  
tan dignos deste nombre, en cuya mano

hoy la Fortuna y favorables Hados  
han puesto el ser y crédito araucano!  
estad de la victoria confiados,  
que ese tumulto y aparato vano  
es todo el remanente y son las heces  
de los que habeis vencido tantas veces.

Y esta postrer batalla fenecida,  
de vosotros así tan deseada,  
no queda cosa ya que nos impida,  
ni lanza enhiesta, ni contraria espada.  
Mirad la muerte infame ó triste vida  
que está para el vencido aparejada,  
los ásperos tormentos escesivos  
que el vencedor promete hoy á los vivos :

Que si en esta batalla sois vencidos,  
la ley perece y libertad se atierra,  
quedando al duro yugo sometidos,  
inhábiles del uso de la guerra;  
pues con las brutas bestias siempre unidos  
habeis de arar y cultivar la tierra,  
haciendo los oficios mas serviles  
y bajos ejercicios mujerieles.

Tened, varones, siempre en la memoria  
que la deshonra eternamente dura,  
y que perpétuamente esta victoria  
todas vuestras hazañas asegura.  
Considerad, soldados, pues, la gloria  
que os tiene aparejada la Ventura,  
y el gran premio y honor que, como digo,  
un tan breve trabajo trae consigo :

Que aquel que se mostrare buen soldado  
tendrá en su mano ser lo que quisiere,  
que todo lo que habemos deseado  
la Fortuna con ello hoy nos requiere.  
Tambien piense que queda condenado  
por rebelde y traidor quien no venciere,  
que no hay vencido justo y sin castigo  
quedando por juez ya su enemigo.»

De tal manera el bárbaro valiente  
despertaba la ira y la esperanza,  
que el escuadron apenas obediente  
podia sufrir el orden y tardanza;  
mas ya que la señal última siente,  
con gran resolucion y confianza,  
derribando las picas, bien cerrado  
irse dejó de su furor llevado.

En el esento y pedregoso llano,  
que mas de un tiro de arco se estendia,  
nuestro escuadron á un tiempo mano á mano  
asimismo al encuentro le salia,  
donde con muestra y término inhumano,  
y el gran furor que cada cual traía,  
se embisten los airados escuadrones  
cayendo cuerpos muertos á montones.

No duraron las picas mucho enteras,  
que en rajadas por los aires discurrieron;  
las estendidas mangas y hileras  
de golpe unas con otras se rompieron :  
hubo muertes allí de mil maneras,  
que muchos sin heridas perecieron  
del polvo y de las armas ahogados,  
otros de encuentros fuertes estrellados.

Trábase entre ellos un combate horrendo  
con hervorosa priesa y rabia estraña,  
todos en un teson igual poniendo  
la estrema industria, la pujanza y maña.  
Sube á los cielos el furioso estruendo,  
retumba en torno toda la campaña,  
cubriendo los lugares descubiertos  
la espesa lluvia de los cuerpos muertos.

Hierve el coraje, crece la contienda  
y el batir sin cesar siempre mas fuerte;  
no hay malla y pasta fina que defienda  
la entrada y paso á la furiosa muerte,  
que con irreplicable furia horrenda

todo ya en su figura lo convierte,  
naciendo del mortal y fiero estrago  
de espesa y negra sangre un ancho lago.

Rengo orgulloso, que al siniestro lado  
iba siempre avivando le pelea,  
de la roedora afrenta estimulado  
que en Mataquito recibíó de Andrea,  
el ronco tono y brazo levantado,  
discurre todo el campo y le rodea,  
acá y allá por una y otra mano  
llamando el enemigo nombre en vano.

Andrea, pues, asimismo procurando  
fenecer la cuestion le deseaba;  
mas lo que el uno y otro iba buscando  
la dicha de los dos lo desviaba :  
que el italiano mozo peleando  
en el otro escuadron distante andaba,  
haciendo por su estraña fuerza cosas  
que aunque licitas eran lastimosas.

Mata de un golpe á Trulo, y endereza  
la dura punta y á Pinol barrena,  
y sin brazo á Téguan una gran pieza  
le arroja dando vueltas por la arena;  
lleva de un golpe á Changle la cabeza;  
y por medio del cuerpo á Pon cercena,  
hunde á Narpo hasta el pecho, y á Brancolo  
como grulla le deja en un pié solo.

Veis, pues, aquí á Orompello, el cual haciendo  
venia por esta parte mortal guerra,  
que al gran tumulto y voces acudiendo,  
vió cubierta de muertos la ancha tierra;  
y al ginovés gallardo conociendo,  
como cebado tigre con él cierra,  
alta la maza y encendido el gesto,  
sobre las puntas de los piés enhiesto.

Fue de la maza el ginovés cogido  
en el alto crestón de la celada,  
que todo lo abolló y quedó sumido  
sobre la estofa de algodón colchada :  
estuvo el italiano adormecido,  
gomita sangre, la color mudada,  
y vió, dando de manos por el suelo,  
vislumbres y relámpagos del cielo.

Redobla otro el gallardo mozo luego,  
con mas furor y menos bien guiado,  
que á no ser á soslayo, el fiero juego  
del todo entre los dos fuera acabado :  
el ginovés desatinado y ciego  
fue un poco de través, pero cobrado  
se puso en pié con priesa no pensada,  
levantando á dos manos la ancha espada,

Y con la estrema rabia y fuerza rara  
sobre el jóven la cala de manera  
que, si el ferrado leño no cruzara,  
de arriba abajo en dos le dividiera :  
tajó el tronco cual junco ó tierna vara,  
y si la espada el filo no torciera,  
penetrara tan honda la herida  
que privara al mancebo de la vida.

Viéndose el araucano, pues, sin maza,  
no por eso amainó al furor la vela,  
antes con gran presteza de la plaza  
arrebata un pedazo de rodela,  
que sin se de tener punto lo embraza,  
y, como quien peligro no recela,  
con solo el trozo de baston cortado  
aguija al enemigo confiado.

Hirióle en la cabeza, y á una mano  
saltó con ligereza y diestro brio,  
hurtando el cuerpo así que el italiano  
con la espada azotó el aire vacío,  
quiso hacello otra vez, mas salió en vano,  
que entrando recio al tiempo del desvío,  
fue el ginovés tan presto que no pudo  
sino cubrirse con el roto escudo.

Echó por tierra la furiosa espada del defensivo escudo una gran pieza, huyendo con rigor á la celada que defender no pudo la cabeza : hasta el casco caló la cuchillada , quedando el mozo atónito una pieza ; pero en sí vuelto , viéndose tan junto , le echó los fuertes brazos en un punto.

El bravo ginovés , que al fiero Marte pensara desmembrar , recio le asía ; pero salió engañado , que en este arte ninguno al diestro jóven escedía : revuélvense por una y otra parte , el uno el pié del otro rebatía , intricando las piernas y rodillas con diestras y engañosas zancadillas.

Don García de Mendoza no paraba , antes como animoso y diligente unas veces airado peleaba , otras iba esforzando allí la gente. Tampoco Juan Remon ocioso estaba , que de soldado y capitán prudente con igual disciplina y ejercicio usaba en sus lugares el oficio.

Santillan , y don Pedro de Navarra , Avalos , Biezma , Cáceres , Bastida , Galdamez , don Francisco Ponce , Ibarra cuando muerte defienden bien su vida : el factor Vega , y contador Segarra , habian echado á parte una partida , siguiéndolos Velazquez , y Cabrera , Verdugo , Ruiz , Riberos , y Ribera.

Pasáranlo , pues , mal al otro lado , según la mucha gente que acudia , si don Felipe , don Simon , y Prado , don Francisco Arias , Pardo , y Alegría , Barrios , Diego de Lira , Coronado , don Juan de Pineda en compañía , con valeroso esfuerzo combatiendo , no fueran los contrarios reprimiendo.

Tambien acrecentaban el estrago Florencio de Esquivel y Altamirano , Villarroel , Moran , Vergara , Lago , Godoi , Gonzalo Hernandez y Andicano. Si de todos aquí mencion no hago , no culpen la intencion sino la mano , que no puede escribir lo que hacian tantas como allí á un tiempo combatian.

Sonaba á la sazón un gran ruido en el otro escuadron de mediodia , y era , que el fiero Rengo embravecido , llevado de su esfuerzo y valentia , se habia por la batalla así metido que volver á los suyos no podia , y de menuda gente rodeado , andaba muy herido y acosado.

Aunque se envuelve entre ellos de manera al un lado y al otro golpeando , que en rueda los hacia tener á fuera ; muchos en daño ajeno escarmentando ; pero la turba acá y allá ligera le vá por todas partes aquejando con tiros , palos y armas enbastadas , como á fiera de lejos arrojadas.

Uno deja tullido y otro muerto , sin valerles defensa ni armadura : á quien acierta golpe en descubierta del todo le deshace y desfigura : y el de menos efecto y mas incierto quebranta brazo , pierna ó coyuntura ; vieran arneses rotos y celadas junto con las cabezas machucadas.

Mas aunque , como digo , combatiendo mostraba esfuerzo y ánimo invencible , le van á tanto estrecho reduciendo

que poder escapar era imposible : y por mas que se esfuerza resistiendo , al fin era de carne , era sensible , y el furioso y continuo movimiento la fuerza le ahogaba y el aliento.

Estaba ya en el suelo una rodilla que aun apenas así se sustentaba , y la gente solícita en cuadrilla , sin dejarle alentar le fatigaba ; cuando de la otra parte por la orilla de la alta loma Tucapel llegaba , haciendo con la usada y fuerte maza por donde quiera que iba larga plaza.

Como el toro feroz desjarretado cuando brama , la lengua ya sacada , que de la turba multa rodeado procura cada cual probar su espada ; y en esto de repente al otro lado , la cerviz yerta y frente levantada , asoma otro famoso de Jarama , que deshace la junta y la derrama ;

Así el famoso Rengo ya en el suelo hincada una rodilla combatia en medio del monton que sin recelo poco á poco cerrándole venia ; cuando el sangriento y bravo Tucapelo que por allí la grito le traía , viéndole así tratar , sin poner duda , rompe por el tropel á darle ayuda.

Dejó por tierra cuatro ó seis tendidos , que estrecha plaza y paso le dejaron , y los otros en círculo esparcidos del fatigado Rengo se arredraron : y contra Tucapel embravecidos las armas y la grito enderezaron ; mas él daba de sí tan buen descargo , que los hacia tener bien á lo largo.

Llegóse á Rengo , y dijo : « Aunque enemigo esfuerzo , esfuerzo Rengo , y ten hoy fuerte , que el impar Tucapel está contigo , y no puedes tener siniestra suerte , que el favorable cielo y Hado amigo te tiene aparejada mejor muerte , pues está cometida al brazo mío , si cumples á su tiempo el desafío. »

Rengo le respondió : « Si ya no fuera por ingrato en tal tiempo reputado , contigo y con mi débito cumpliera , que no estoy , como piensas , tan cansado. » En esto mas ligero que si hubiera diez horas en el lecho reposado se puso en pié , y á nuestra gente asalta firme el membrudo cuerpo y la maza alta.

Tucapel replicó : « Seria bajeza y cosa entre varones condenada acometerte , vista tu flaqueza , con fuerza y en sazón aventajada : cobra , cobra tu fuerza y entereza , que el tiempo llegará que esta ferrada te dé la pena y muerte merecida como hoy te ha dado claro aquí la vida. »

No se dijeron mas ; y por la via los dos competidores araucanos , haciéndose amistad y compañía , iban como si fueran dos hermanos ; guardaba el uno al otro y defendía ; y así con diligencia y prestas manos , abriendo el escuadron gallardamente , llegaron á juntarse con su gente.

En esto á todas partes la batalla andaba muy reñida y sanguinosa , con tal furia y rigor que no se halla persona sin herida ni arma ociosa : cubre la tierra la menuda malla , y en la remota Turcia cavernosa ,

por fuerza arrebatados de los vientos,  
hieren los duros y ásperos acentos.

Era el rumor del uno y otro bando  
y de golpes la furia apresurada,  
como ventosa y negra nube cuando  
de Vulturno ó del Zéfiro arrojada  
lanza una piedra súbita, dejando  
la rana de sus hojas despojada,  
y los muros, los techos y tejados  
son con priesa terrible golpeados.

Pues de aquella manera y mas furiosas  
las homicidas armas descargaban,  
y con hondas heridas rigurosas  
los sanguinosos cuerpos desangraban:  
el gran rumor y voces espantosas  
en los vecinos montes resonaban;  
el mar confuso al fiero son retrujo  
de sus hinchadas olas el reflujo.

Pero la parte que á la izquierda mano  
la batalla primero habia trabado,  
donde por su valor Caupolicano  
contrastaba al furor del duro Hado,  
á pura fuerza el escuadron cristiano,  
del contrario teson sobrepujado,  
comenzó poco á poco á perder tierra  
hacia la espesa falda de la sierra.

Fue tan grande la priesa desta hora  
y el impetu del bárbaro potente,  
que por el araucano en voz sonora  
se cantó la victoria abiertamente:  
mas la misma Fortuna burladora  
la rueda revolvió súbitamente  
en contra de la parte mejorada,  
barajan lo la suerte declarada:

Que el último escuadron donde estribaba  
nuestro postrer remedio y esperanza,  
metido en el contrario peleaba  
haciendo fiero estrago y gran matanza;  
que ni el valor de Ongolmo alli bastaba  
ni del fuerte Lincoya la pujanza:  
ni yo basto á contar de una vez tanto,  
que es fuerza diferirlo al otro canto.

### CANTO XXVI.

En este canto se trata el fin de la batalla y retirada de los araucanos: la obstinacion y pertinacia de Galbarino, y su muerte. Asimismo se pinta el jardín y estancia del mago Fiton.

NADIE puede llamarse venturoso  
hasta ver de la vida el fin incierto;  
ni está libre del mar tempestuoso  
quien surto no se vé dentro del puerto:  
venir un bien tras otro es muy dudoso,  
y un mal tras otro mal es siempre cierto:  
jamás próspero tiempo fue durable,  
ni dejó de durar el miserable.

El ejemplo tenemos en las manos,  
y nos muestra bien claro aquí la historia  
cuán poco les duró á los araucanos  
el nuevo gozo y engañosa gloria;  
pues llevando de rota á los cristianos  
y habiendo ya cantado la victoria,  
de los contrarios Hados rebatidos,  
quedaron vencedores los vencidos:

Que, como os dije, el escuadron postrero  
á donde por testigo yo venia,  
ganando tierra siempre mas entero,  
al bárbaro enemigo retraía;  
que aunque el fuerte Lincoya el delantero  
a la adversa Fortuna resistia,  
no pudo resistir últimamente  
el impetu y la furia de la gente.

Por una espesa y áspera quebrada  
que en medio de dos lomas se hacia,  
la bárbara canalla, quebrantada

la dañosa soberbia y osadia,  
ya del torpe temor señoreada  
esforzadas espaldas revolvía,  
huyendo de la Muerte el rostro airado,  
que clara á todo ya se habia mostrado.

Siguen los nuestros la victoria á priesa,  
que aun no quieren venir en el partido,  
y de la inculta breña y selva espesa  
inquieren lo secreto y escondido;  
el gran estrago y mortandad no cesa,  
suenan el destrozo y áspero ruido,  
tirando á tienta golpes y estocadas  
por la espesura y matas intrincadas.

Jamás de los monteros en ojeo  
fue caza tan buscada y perseguida  
cuando con ancho círculo y rodeo  
es á término estrecho reducida,  
que con impacientísimo deseo,  
atajados los pasos y huída,  
arrojan en las fieras montesinas  
lanzas, dardos, venablos, javalinas.

Como los nuestros, hasta allí cristianos,  
que, los términos lícitos pasando,  
con crueles armas y actos inhumanos  
iban la gran victoria deslustrando;  
que ni el rendirse, puestas ya las manos,  
la obediencia y servicio protestando,  
bastaba á aquella gente desalmada  
á reprimir la furia de la espada.

Así el entendimiento y pluma mia,  
aunque usada al destrozo de la guerra,  
huye del grande estrago que este día  
hubo en los defensores de su tierra;  
la sangre, que en arroyos ya corria  
por las abiertas grietas de la sierra,  
las lástimas, las voces y gemidos,  
de los míseros bárbaros rendidos.

Los de la izquierda mano, que miraron  
su mayor escuadron desbaratado,  
perdiendo todo el ánimo, dejaron  
la tierra y el honor que habian ganado.  
Así la trompa á retirar tocaron,  
y con paso, aunque largo, concertado,  
altas y campeando las banderas,  
se dejaron calar por las laderas.

No será bien pasar calladamente  
la braveza de Rengo sin medida,  
pues que, desbaratada ya su gente,  
y puesta en rota y misera huída,  
liero, arrogante, indómito, impaciente,  
sin mirar al peligro de la vida,  
dando mas furia á la ferrada maza,  
solo sustenta la ganada plaza:

Y allí como invencible y valeroso  
solo estuvo gran rato peleando;  
pero viendo el trabajo infrutuoso,  
y gente ya ninguna de su bando,  
con paso tardo, grave y espacioso,  
volviendo el rostro atras de cuando en cuando,  
tomó á la mano diestra una vereda  
hasta entrar en un bosque y arboleda,

Donde ya de la gente destrozada  
habia el temor á algunos escondido;  
pero viendo de Rengo la llegada,  
cobrando luego el ánimo perdido,  
con nuevo esfuerzo y muestra confiada,  
en escuadron formado y recogido  
vuelven el rostro y pechos esforzados  
á la corriente de los duros llados.

Yo, que de aquella parte discurriendo  
á vueltas del rumor tambien andaba,  
la grita y nuevo estrépito sintiendo  
que en el vecino bosque resonaba,  
apresuré los pasos, acudiendo  
hacia donde el rumor me encaminaba,

viendo al entrar del bosque detenidos algunos españoles conocidos.

Estaba á un lado Juan Remon gritando: «Caballeros, entrad, que todo es nada;» mas ellos, el peligro ponderando, dificultaban la dudosa entrada.

Yo, pues, á la sazón á pié arribando donde estaba la gente recatada; Juan Remon que me vió luego de frente, quiso obligarme allí públicamente

Diciendo: «¡Oh don Alonso! quien procura ganar estimacion y aventajarse, este es el tiempo y esta es coyuntura en que puede con honra señalarse: no impida vuestra suerte esa espesura donde quieren los indios entregarse, que al que abriere la entrada defendida le será la victoria atribuida.»

Oyendo, pues, mi nombre conocido y que todos volvieron á mirarme, del honor y vergüenza compelido, no pudiendo del trance ya escusarme, por lo espeso del bosque y mas temido comencé de romper y aventurarme, siguiéndome Arias Pardo, Maldonado, Manrique, don Simon, y Coronado,

Los cuales, de vivir desesperados, los obstinados indios embistieron, que en una espesa muela bien cerrados las españolas armas atendieron. En esto, ya al rumor por todos lados de nuestra gente muchos acudieron, comenzando con furia presurosa una guerra sangrienta y peligrosa.

Renúevase el destrozo, reduciendo á término dudoso el vencimiento, el menos animoso acometiendo el mas dificultoso impedimento. ¡Cuál será aquel que pueda ir escribiendo de los brazos la furia y movimiento, y deste y de aquel otro la herida, y quién á cuál allí quitó la vida!

Unos hienden por medio, otros barrenan de parte á parte los airados pechos; por los muslos y cuerpo otros cercenan, otros miembro por miembro caen deshechos: los duros golpes todo el bosque atueñan, andando de ambas partes tan estrechos que vinieron algunos de impacientes á los brazos, á puños y á los dientes.

Pero la Muerte allí diligidora de la cruda batalla porfiada, ayudando á la parte vencedora, remató la contienda y gran jornada; que la gente araucana en poca de hora en aquel sitio estrecho destrozada, quiso rendir al hierro antes la vida que al odioso español quedar rendida.

Tendidos por el campo amontonados los indómitos bárbaros quedaron, y los demás con pasos ordenados, como ya dije, atrás se retiraron; de manera que ya nuestros soldados recogiendo el despojo que hallaron, y un número copioso de prisiones, volvieron á su campamento y pabellones.

Fueron entre estos presos escogidos doce los mas dispuestos y valientes, que en las nobles insignias y vestidos mostraban ser personas preeminentes: estos fueron allí constituidos para amenaza y miedo de las gentes, quedando por ejemplo y escarmiento colgados de los árboles al viento.

Yo á la sazón al señalar llegando,

de la cruda sentencia condolido, salvar quise uno dellos, alegando haberse á nuestro ejército venido; mas él luego los brazos levantando que debajo del peto habia escondido, mostró en alto la falta de las manos por los cortados troncos aun no sanos.

Era, pues, Galbarino este que cuento, de quien el canto atrás os dió noticia, que, porque fuese ejemplo y escarmiento, le cortaron las manos por justicia; el cual con el usado atrevimiento, mostrando la encubierta inimizia, sin respeto ni miedo de la muerte, habló, mirando á todos desta suerte:

«¡Oh gentes fementidas, detestables, indignas de la gloria deste día! hartad vuestras gargantas insaciables en esta aborrecida sangre mia; que, aunque los fieros llados variables trastornen la araucana monarquía, muertos podremos ser, mas no vencidos, ni los ánimos libres oprimidos.

No penseis que la muerte rehusamos, que en ella estriba ya nuestra esperanza; que si la odiosa vida dilatamos, es por hacer mayor nuestra venganza: que cuando el justo fin no consigamos, tenemos en la espada confianza, que os quitará, en nosotros convertida, la gloria de poder darnos la vida.

Sús, pues ya, ¿qué esperais, ó qué os detiene de no me dar mi premio y justo pago? La muerte y no la vida me conviene, pues con ella á mi deuda satisfago; pero si águn disgusto y pena tiene este importante y deseado trago es no haberos primero hecho pedazos con estos dientes y troncados brazos.»

De tal manera el bárbaro esforzado la muerte en alta voz solicitaba, de la infelice vida ya cansado, que largo espacio á su pesar duraba: y en el gentil propósito obstinado, diciéndonos injurias procuraba un fin honroso de una honrosa espada, y rematar la misera jornada.

Yo, que estaba á par del, considerando el propósito firme y osadía, me opuse contra algunos, procurando dar la vida á quien ya la atorrecia; pero al fin los ministros porfiando que á la salud de todos convenia, forzado me aparté, y él fue llevado á ser con los caciques justiciado.

A la entrada de un monte que vecino está de aquel asiento en un repecho, por el cual atraviesa un gran camino que al valle de Lincoya va derecho, con gran solemnidad y desatino, fue el insulto y castigo injusto hecho, pagando allí la deuda con la vida en muchas opiniones no debida.

Por falta de verdugo, que no habia quien el oficio hubiese acostumbraado, quedó casi por uso de aquel día un modo de matar jamás usa lo; que á cada indio de aquella compañía un bastante cordel le fue entregado, diciéndole que el árbol señalase donde á su modo él mismo se colgase.

No tan presto los plácens guerreros, del cierto asalto la señal tocando, por escalas, por picas y maderos suben á la muralta gateando,



cuanto aquellos caciques que ligeros por los mas grandes árboles trepando, en un punto á las cimas arribaron, y de las altas ramas se colgaron.

Mas uno de ellos algo arrepentido de su ligera prisa y diligencia, á nuestra devocion ya reducido, vuelto pidió para hablar licencia; y habiéndosela todos concedido, con voz algo turbada y apariencia, los ánimos cristianos conmoviendo, habló contritamente asi diciendo:

«Valerosa Nacion, invicta gente donde el extremo de virtud se encierra, sabe! que soy cacique, y descendiente del tronco mas antiguo desta tierra: no tengo padre, hermano, ni pariente, que todos son ya muertos en la guerra; y pues se acaba en mí la descendencia, os ruego useis conmigo de clemencia.»

Quisiera proseguir si Galbarino, que le miraba con airada cara, de súbito saliéndole al camino, la doméstica voz no le atajara diciendo: «Pusilánime, mezquino, deslustrador de la progenie clara, ¿por qué á tan gran bajeza así te mueve el miedo torpe de la muerte breve?

Dime, infame traidor, de fe mudable, ¿tienes por mas partido y mejor suerte el vivir en estado miserable que el morir como debe un varon fuerte? Sigue el Hado (aunque adverso) tolerable, que el fin de los trabajos es la muerte; y es poquedad que un afrentoso medio te saque de la mano este remedio.»

Apenas la razon habia acabado cuando el noble cacique arrepentido, al cuello el corredizo lazo echado, quedó de una alta rama suspendido: tras él fué el audaz bárbaro obstinado, aun á la misma muerte no rendido, y los robustos robles desta prueba llevaron aquel año fruta nueva.

Habida la victoria, como cuento, y el enemigo roto, retirado; dejando el infelice alejamiento todo de cuerpos bárbaros sembrado. Llegamos sin desman ni impedimento á la bajada y sitio desdichado do Valdivia fundó la Casa-fuerte, y le dieron despues infame muerte.

Levantamos un muro brevemente que el sitio de la casa rodeaba, donde el bagaje, chusma y remanente con menos daño y mas seguro estaba. De allí la tierra en torno facilmente sin poderlo estorbar se salteaba haciendo siempre instancia y diligencia de traerla, sin sangre, á la obediencia.

Una mañana alcomenzar del dia saliendo yo á correr aquella tierra donde por cierto aviso se tenia que andaba gente bárbara de guerra, dejando un trecho atrás la compañía, cerca de un bosque espeso y alta sierra senti cerca una voz envejecida, diciendo: «¿Dónde vais? que no hay salida.»

Volvi el rostro y las riendas hacia el lado donde la estraña voz habia salido, y vi á Fiton, el mágico, arrimado al tronco de un gran roble carcomido, sobre el herrado junco recostado, que como fue de mí reconocido, del caballo salté ligeramente,

saludándole alegre y cortesmente.

El me dijo: «Por cierto bien pudiera tomar de vos legítima venganza, y en esa vuestra gente que anda fuera, que habeis hecho en los nuestros tal matanza; pero aunque mas razon y causa hubiera, haciendo vos de mí tal confianza, no quiero ni será justo dañaros, antes en lo que es lícito ayudaros;

Que es órden de los cielos que padezca esta indómita gente su castigo, y antes que contra Dios se ensorberbezca le abaje la soberbia el enemigo: y aunque vuestra ventura agora crezca, no durará gran tiempo; porque os digo que, como á los demás, el duro Hado os tiene su descuento aparejado.

Si la fortuna así á pedir de boca os abre el paso próspero á la entrada, grandes trabajos y ganancia poca al cabo sacareis desta jornada: y porque á mí decir mas no me toca, me quiero retirar á mi morada, que tambien desta banda tiene puerta, pero á todos oculta y encubierta.»

Yo, de le ver así maravillado, y mas de la siniestra profecía, mi caballo en un libano arrendado, le quise hacer un rato compañía: y al fin de muchos ruegos acetado, siendo el viejo decrépito la guia, huidimos la espesura y breña estraña, hasta llegar al pié de la montaña.

En un lado secreto y escondido donde no habia resquicio ni abertura, con el potente báculo torcido blandamente tocó en la peña dura; y luego con horrisono ruido se abrió una estrecha puerta y boca oscura por do tras él entré, erizado el pelo, pisando á tienta el peñascoso suelo.

Salimos á un hermoso y verde prado que recreaba el ánimo y la vista, do estaba en ancho cuadro fabricado un muro de belleza nunca vista, de vario jaspe y pórvido escacado, y al fin de cada escaque una amatista; en las puertas de cedro barreadas mil sabrosas historias entalladas.

Abriéronse en llegando el mago á punto, y en un jardin entramos espacioso do se puede decir que estaba junto todo lo natural y artificioso.

Hoja no discrepaba de otra un punto, haciendo cuadro ó círculo ingenioso; en medio un claro estanque do las fuentes murmurando enviaban sus corrientes.

No produce Natura tantas flores cuando mas rica primavera envía, ni tantas variedades de colores como en aquel jardin vicioso habia. Los frescos y suavísimos olores, las aves y su acorde melodía dejaban las potencias y sentidos de un ajeno descuido poseidos.

De mi fin y camino me olvidára, segun suspenso estuve una gran pieza, si el anciano Fiton no me llamara haciéndome señal con la cabeza. Metiome por la mano en una clara bóveda de alabastro que á la pieza del milagroso globo respondia, á donde ya otra vez estado habia.

Quisiera ver la bola, mas no osaba sin licencia del mago acercarme:

mas él que mis designios penetraba, teniendo voluntad de contentarme, asílo por la mano, me acercaba, y comenzando él mismo á señalarme el mundo me mostró como si fuera en su forma real y verdadera.

Pero para decir por orden cuanto vi dentro de la gran poma lucida, es cierto menester un nuevo canto, y tener la memoria recogida.

Así, Señor, os ruego que entretanto que refuerzo la voz enflaquecida, perdoneis si lo dejo en este punto, que no puedo deciros tanto junto.

### CANTO XXVII.

En este canto se pone la descripción de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras. Cuéntase también como los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel; y como don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.

SIEMPRE la brevedad es una cosa con gran razon de todos alabada, y vemos que una plática es gustosa cuanto mas breve y menos afectada: y aunque sea la prolaja proverbiosa, nos importuna, causa, y nos enfada; que el manjar mas sabroso y sazonado os deja, cuando es mucho, empalagado.

Pues yo que en un peligro tal me veo, de la larga carrera arrepentido, cómo podré llevar tan gran roleo, y ser sabroso al gusto y al oído? Pero aunque de agradar es mi deseo, estoy ya dentro en la ocasion metido; que no se puede andar mucho en un paso, ni encerrar gran materia en chico vaso.

Cuando á alguno, Señor, le pareciere que me voy en el curso deteniendo, el extraño camino considere, y que mas que una posta voy corriendo: en todo abreviaré lo que pudiere; y así, á nuestro propósito volviendo, os dije como el indio mago anciano señalaba la poma con la mano.

Era en grandeza tal que no podian veinte abazar el cerco enteramente, donde todas las cosas parecen en su forma distinta y claramente. Los campos y ciudades se veian, el tráfico y bulleio de la gente; las aves, animales, lagartijas, hasta las mas menudas sabandijas.

El mágico me dijo: «Pues en este lugar nadie nos turba ni embaraça, sin que un minimo punto oculto reste verás del universo la gran traza: lo que hay del norte al sur, del este al oeste, y cuanto ciñe el mar y el aire abraza, rios, montes, lagunas, mares, tierras, famosas por Natura y por las guerras.

Mira al principio de Asia á Cabedonia; junto al Bósforo en frente de la Tracia, á Liria, Caria, Licia, y Liconia, á Panfilia, Bitinia y á Galacia, y junto al Ponto Euxinio á Paslagonia, la llana Capadocia, y la Farnacia, y la corriente de Eufrates famoso que entra en el mar de Persia caudaloso.

Mira la Siria, la Judea, la india tierra de promision de Dios privada, y á Nazareth dichosa, en Palestina, do á Maria Gabriel dió la embajada: ves las sacras reliquias y ruina

de la ciudad por Tito desolada, do el Autor de la vida, escarnecido, á vergonzosa muerte fue traído.

Mira el tendido mar Mediterraneo que la Europa del Africa separa, y el mar Bermejo, en punta, á la otra mano, que abrió Moises su aguas con la vara. Mira el golfo de Ormuz, y mar Persiano; y aunque á partes la tierra no está clara, verás hácia la banda descubierta las dos Arabias, Feliz, y Desierta.

Mira á Persia, y Carmania que confina con Susiana, al lado del poniente, donde el forjado acero se fulmina de pasta y temple fino y escelente: Draugiana, y Gredosia, que camina hasta el mar de India y ferias del Oriente; y adelante, siguiendo aquella via, verás la calurosa Aracosia.

Dentro y fuera del Gange mira tanta tierra de India, al levante prolongada; ves el Catai y su ciudad de Canta que sobre el Indo mar está fundada: la China, y el Maluco, y tola cuanta mar se estiede del este, y la apartada Tapobana famosa, antiguamente término y fin postrero del Oriente.

Ves la Hircania, Tartaria, y los Albanos hácia la Trapisonada dilatados, y otros reinos pequeños comarcanos, tributarios de Persia y aliados: los iberos que llaman Georgianos, y los pobres Cezacos derramados, que su lunada tierra en parte angosta toma del mar Mayor toda la costa.

Ves el revuelto Cirro caudaloso, que la Peria y Albania así rodea, y el alto monte Cáucaso fragoso, que su cumbre gran tierra sebercea: mira el reino de Colcos, tan famoso por la isla celebrada de Medea, á donde el trabajado Jason vino en busca del doado vellovino.

Mira la grande Armenia, memorable por su ciudad de Tauris señalada: y al sur la religiosa y venerable Soltania, sin respeto arruinada por la tártara furia irreparable del grande Tsho lan, que de pasada cuanto encontó lo puso por el suelo, cual ira ó rayo súbito del cielo.

Mira á Tig'is y Eufrates, que poniendo punto á Mesopotamia, en compañía hasta el golfo de Persia van corriendo, dejando á un lado á Egipto y á Siria: ves la Partia y la Media, que torciendo su coeva costa abraza al Mediódia; el Caspio mar, por otro nombre Hircano, que en forma oval se estiede al subsolano.

Mira la Asiria y su ciudad famosa, donde la confusion de lenguas vino que sus muros, labor ma avillosa, hizo Semiramis, madre de Nino: donde la acelerada y preurosa Muerte á Alejandro le salió al camino, cortándole en su próspera corrida el hilo de los Hadós y la vida.

Mira en Africa al sur los estendidos reinos del Preste Juan, donde parece que entre los mas insignes y escogidos Sevea en sus edificios resplandece: tres frutos da en el año repartidos, y tres veces se agosta y reverdece: tiene en veinte y dos grados su postura, al antártico polo por la altura.

Ves á Gógia y sus montes levantados, que á todos sobrepujan en grandeza, canos siempre de nieve los collados, y abajo peñascales y aspereza, que forman un gran muelle rodeados de breñales espesos y maleza, morada de osos, puercos y leones, tigres, panteras, grifos y dragones.

Destos peñascos ásperos pendientes, llamados hoy el Monte de la Luna, nacen del Nilo las famosas fuentes, y dellos rios sin nombre y fama alguna, que aunque tuercen y apartan sus corrientes, se vienen á juntar á una laguna tan grande que sus senos y laderas baten de tres provincias las riberas.

A Gógia y Beguemetros al oriente, y á Damibaya al poniente; del cual lado hay islas donde habita mucha gente, y todo el ancho círculo es poblado. De aquí el famoso Nilomansamente nace, y despues mas grande y reforzado parte á Gógia de Amara, y va tendido sin ser de las riberas restringido,

Hasta un angosto paso peñascoso que le va los costados estrechando, de donde con estrépito furioso se va en las cataratas embocando: despues, mas ancho, grave y espacioso, llega á Meroé, gran isla, costecando, que contiene tres reinos eminentes, en leyes y costumbres diferentes.

Mira al Cairo, que incluye tres ciudades, y el palacio real de Dultibeá, las torres, los jardines y heredades que su espacioso círculo rodea. Las pirámides mira y vanidades de los ciegos antiguos, que aunque sea señal de sus riquezas la hechura, fue mas que el edificio la locura.

Mira los despoblados arenosos de la desierta y seca Libia ardiente, Garamanta y los pueblos calurosos donde habita la bruta y negra gente. Mira los trogloditas belicosos, y los que baña Gambia en su corriente; mandingos, monicongos, y los feos zapes, biafras, gelofos y guineos.

Ves de la costa de Africa el gran trecho, los puertos señalados y lugares de las bocas del Nilo hasta el estrecho por do se comunican los dos mares: Apolonia, las Sirtes, y derecho Tripol, Tunez, y junto (si miráres) verás aun las reliquias y el estrago de la ciudad famosa de Cartago.

Mira á Sicilia fértil y abundosa, á Cerdeña y á Córcega de frente, y en la costa de Italia la vieiosa tierra que va corriendo hacia el poniente. Mira la ilustre Nápoles famosa, y á Roma que gran tiempo altivamente se vió del universo apoderada, y de cada nacion despues hollada.

Mira en Toscana á Sena y á Florencia, y dejando la costa al mediodía, á Bolonia, Ferrara, y la eminencia de la isleña ciudad y señoría: (1) Padua, Mantua, Cremona y á Placencia; Milan, la tierra y parque de Pavia, á donde en una rota de importancia Carlos prendió á Francisco rey de Francia.

Ve á Alejandria, y por Liguria entraudo,

á la soberbia Génova y Saona; y el Piamonte y Saboya atravesando, á Leon, á Tolosa y á Bayona; y sobre el viento Coro volteando, Burdeos, Poitiers, Orleans, París, Perona, Flandes, Brabante, Güeldres, Frisia, Olanda, Ingalaterra, Escocia, Hibernia ó Irlanda;

A Dinamarca, Dacia y á Noruega hacia el mar de Dantisco y costa helada, y á Suecia, que al confin de Gógia llega, que está en torno del mar fortificada, de donde á la Zelandia se navega: y mira allá á Grolandia, desviada del solar curso y la zodiaca via, do hay seis meses de noche y seis de día.

Mira al norte á Moscovia, que es tenida por última region de lo poblado, que rematan su término y medida las Rifeas montañas del un lado, y de las fuentes de Tanais tendida llega al monte Hiperbóreo y mar Helado; confina con Sarmacia y Tartaria, y corre por el austro hasta Rusia.

Mira á Livonia, Prusia y Lituania, Samogicia, Podolia y á Rusia, á Polonia, Silesia y á Germania, á Moravia, Bohemia, Austria y Ungría, á Croacia, Moldavia, Transilvania, Valaquia, Vulturía, Esclavonia, á Macedonia, Grecia, la Morea, á Candia, Chipre, Rodas, y Judea.

Mira al poniente á España y la aspereza de la antigua Vizcaya, de do es fama que depende y procede la nobleza que en aquellas provincias se derrama. Ves á Vermeo cercado de maleza, cabeza y primer tronco desta rama, y tu torre de Ereclla sobre el puerto de las montañas altas encubierto.

Ves á Burgos, Logroño y á Pamplona; y bajando al poniente á la siniestra, Zaragoza, Valencia, Barcelona, á Leon y á Galicia de la diestra. Ves la ciudad famosa de Lisbona, Coimbra y Salamanca que se muestra felice en todas ciencias, do solia enseñarse tambien nigromancia.

Mira á Valladolid que en llama ardiente se irá como la fénix renovando, y á Medina del Campo casi enfrente, que las ferias la van mas ilustrando. Mira á Segovia y su famosa puente; y el bosque y la Fonfria atravesando, al Pardo, y Aranjuez donde Natura vertió todas sus flores y verdura.

Mira aquel sitio inculto montuoso (2) al pié del alto puerto algo apartado, que aunque le ves desierto y pedregoso ha de venir en breve á ser poblado: allí el rey don Felipe victorioso, habiendo al Franco en San Quintin domado, en testimonio de su buen deseo levantará un católico trofeo (3).

Será un famoso templo incomparable; de suntuosa fabrica y grandeza, la máquina del cual hará potable su religioso celo y gran riqueza. Será edificio eterno y memorable, de inmensa magestad y gran belleza, obra, al fin, de un tal rey, tan gran cristiano, y de tan larga y poderosa mano.

Mira luego á Madrid que buena suerte

(2) El Escorial.

(3) El incomparable monasterio de S. Lorenzo.

(1) Venecia.

le tiene el alto cielo aparejada;  
y á Toledo fundada en sitio fuerte  
sobre el dorado Tajo levantada.  
Mira adelante á Córdoba, y la Muerte  
que airada amenazando está á Granada,  
esgrimiendo el cuchillo sobre tantas  
principales cabezas y gargantas (1).

Mira á Sevilla; ves la realeza  
de templos, edificios y moradas,  
el concurso de gente, y la grandeza  
del trato de las Indias apartadas,  
que de oro, plata, pe las y riqueza  
dos flotas en un año entran cargadas,  
y salen otras dos de mercadería,  
con gente, munición y artillería.

Mira á Cadiz donde Hércules famoso,  
sobre sus Hados prósperos corriendo,  
fijó las dos columnas victoriosas,  
*nihil ultra* en el mármol escribiendo;  
mas Fernando católico (2) glorioso,  
los mojonados términos rompiendo,  
del ancho y Naevo-mundo abrió la vía,  
porque en un mundo solo no cabía.

Mira por el océano bajando  
entre el húmido norte y el poniente  
las islas de Canaria, reparando  
en aquella del Hierro especialmente,  
que falta de agua, la Natura obrando,  
las aves, animales y la gente  
beben la que de un árbol se destila  
en una bien labrada y ancha pila.

Ves á la banda diestra las Terceras,  
que están de portugueses ocupadas;  
y corriendo al sudueste, las primeras  
islas que descubrió Colon, pobladas  
de gentes nunca vistas extranjeras,  
entre las cuales son mas señaladas  
los Lucayos, San Juan, la Dominica,  
Santo Domingo, Cuba, y Jamaica.

Ves de Bahama la canal angosta,  
y siguiendo al poniente, la Florida,  
la tierra inútil y torcida costa  
hasta la Nueva-España proseguida,  
donde Cortés con no pequeña costa,  
y gran trabajo y riesgo de la vida,  
sin término ensanchó por su persona  
los límites de España y la corona.

Mira á Jalisco y Mechoacan, famosa  
por la raíz medicinal que tiene;  
y á Méjico abundante y populosa,  
que el indio nombre antiguo aun hoy retiene.  
Ves al sur la poblada y montuosa  
tierra que en punta á prolongar se viene,  
que los dos anchos mares por los lados  
la van adelgazando los costados.

A Panama y al Nombre de Dios mira,  
que sus estrechos términos defienden  
á dos contrarios mares, que con ira  
romper la tierra y anegar pretenden.  
Ves la fragosa sierra de Capira,  
Cartagena, y las tierras que se estienden  
de Santa Marta y cabo de la Vela  
hasta el Lago y ciudad de Venezuela.

A Bogota y Cartama, que confina  
con Arima y Cali, tierra prolongada,  
Popayan, Pasto, y Quito que vecina  
está á la equinoccial línea templada.  
Mira allá á Puerto Viejo; do la mina  
de ricas esmeraldas fue hallada,  
y las tierras que corren por la vía  
del austro y del vorturno y mediodía.

Ves Guayaquil, que abunda de madera

por sus espesos montes y sombríos.  
Tumbez, Paita y su puerto, que es primera  
escala donde surgen los navíos:  
Piura, Loja, la Zarza, y cordillera  
de do nacen y bajan tantos ríos  
que riegan bien dos mil millas de suelo  
donde jamás cayó lluvia del cielo.

Mira los grandes montes y altas sierras  
bajo la zona tórrida nevadas,  
los mojos, bracamoros y las tierras  
de incultos chachapoyas habitadas:  
Cajamarca y Trujillo, que en las guerras  
fueron famosas siempre y señaladas:  
y la ciudad insigne de los Reyes,  
silla de las audiencias y vi-reyes:

Y Guánuco, Guamanga, y el templado  
terreno de Arequipa, y los mojoneros  
del Cuzco, antiguo pueblo y señalado  
asiento de los Incas y Orejones.  
Mira, el solsticio y trópico pasado,  
del austral Capricornio las regiones  
de varias gentes bárbaras estradas,  
los ríos, lagunas, valles y montañas.

Mira allá á Chuquibabo, que metido  
está á un lado, la tierra al sur marcada,  
y adelante el riquísimo y crecido  
cerro de Potosí, que de cenadrada  
plata de ley y de valor subido  
tiene la tierra envuelta y afumada;  
pues de un quintal de tierra de la mina  
las dos arrobas son de plata fina.

Ves la villa de Plata la postrera  
por el levante á la sinistra mano,  
y atravesando la alta cordillera,  
Calecháqui, Pilecomayo y Tucumano:  
los jurres, los diagaitas y ribera  
de los comerhingones, y el gran llano  
y fructífero término remoto  
hasta la fortaleza de Gaboto.

Ves, volviendo á la costa, los collados  
que corren por la banda de Atacama,  
y la desierta costa y despoblados  
do no hay ave, animal, yerba ni rama.  
Mira los copiapós, indios granados  
que de grandes flecheros tienen fama:  
Coquimbo, Mapochó, Cauquen, y el río  
de Maule, y el de Itata, y el Biobío.

Ves la ciudad de Penco y el pujante  
Arauco, estado libre y poderoso,  
Cañete, la Imperial y hacia el levante;  
la Villa-rica, y el volcan fogoso,  
Valdivia, Osorno, el Lago; y adelante  
las islas y archipiélago famoso;  
y siguiendo la costa al sur derecho,  
Chiloé, Coronados, y el estrecho

Por donde Magallanes con su gente  
al mar del Sur salió desembocando;  
y tomando la vuelta del poniente,  
al Maluco guió noruesteando.  
Ves las islas de Acaca y Zabú en frente,  
y á Matan do murió al fin peleando;  
Brunel, Bohol, Gilolo, Terrenate,  
Maebian, Mutir, Badan, Tidore, y Mate.

Ves las manchas de tierras, tan cubiertas  
que pueden ser apenas divididas,  
son las que nunca han sido descubiertas,  
ni de extranjeros piés jamás pisadas;  
las cuales estarán siempre encubiertas,  
y de aquellos celajes ocupadas,  
hasta que Dios permita que parezcan,  
porque mas sus secretos se engrandezcan.

Y como ves en forma verdadera  
de la tierra la gran circunferencia,  
pudieras entender, si tiempo hubiera,  
de los celestes cuerpos la esclencia,

(1) Las de los moriscos rebelados cuando el autor escribía.

(2) En la edición de 1578 decía: Carlos Quinto Máximo.

la máquina y concierto de la esfera, la virtud de los astros é influencia, varias revoluciones, movimientos, los cursos naturales y violentos.

Mas aunque quiera yo de parte mia dejarte mas contento y satisfecho, ha mucho rato que declina el día, y tienes hasta el sitio largo trecho.» Así haciéndome el mago con paña, me trujo hasta ponerme en el derecho camino, do en-ontré luego mi gente que me andaba á buscar confusamente.

Llegamos al asiento en punto cuando entraban á la guardia los amigos, donde gastamos tiempo procurando reducir á la paz los enemigos; unas veces por bien, acariciando, otras por amenazas y castigos, haciendo sin parar correrdu-ras por los vecinos pueblos y alquerías.

Mas no bastando diligencia en esto, ni las promesas, medios y partidos, que en su primer intento y presupuesto estaban siempre mas endurecidos. Vista, pues, la importancia de aquel puesto, por estar en la tierra mas metidos, con m. duro consejo fue acordado sustentar el lugar fortificado;

Y proveyendo al esperado daño de algunos bastimentos que faltaban, que aunque era fértil y abundante el año, los campos en cogollo y berza estaban, don Miguel de Velasco y Avendaño, con los que mas á punto se hallaban, haciéndoles yo escolta y compañía, tomamos de Cauten la recta va.

Aunque con riesgo, sin contraste alguno los peligrosos términos pasamos, y en tiempo aparejado y oportuno á la Imperial ciudad salvos llegamos, donde á los moradores de uno en uno con palabras de amor los obligamos no solo á dar graciosa la comida, pero á ofrecer tambien hacienda y vida.

Así que, alegres, sin rumor de guerra, con pan, frutas, semillas y ganados, dimos presto la vuelta por la tierra de pacíficos indios y alterados; y al descubrir de la pura sierra hallamos una escolta de soldados, digo de nuestra gente, que venia á asegurar la peligrosa via.

El sol ya derribado al occidente habia en el mar los rayos zahullido, dando la noche alivio á nuestra gente del cansancio y trabajo padecido; pero al romper el alba, alertamente se comenzó á marchar con gran ruido, el cargado bagaje y el ganado de todas las escuadras rodeado.

Iba yo en la vanguardia descubriendo por medio de una espesa y gran quebrada, cuando ví de través salir corriendo una mujer, al parecer turbada; yo tras ella los prestos piés batiendo, luego de mi caballo fue alcanzada. El que saber el fin desto desea atentamente el otro canto lea.

### CANTO XXVIII.

Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida. Asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Purén: pasa entre ellos una recia batalla; saquean los enemigos el bagaje: retiranse alegres aunque desbaratados.

QUEX tiene libre y sosegada vida le conviene vivir mas recatado,

que siempre es peligrosa la caída del que está del peligro descuidado; y vemos muchas veces convertida la alegre suerte en miserable estado, en dura sujecion las libertades, y tras prosperidad adversidades.

Es fortuna tan varia, es tan incierta, ya que se muestra alguna vez amiga, que no ha llamado el Bien á nuestra puerta, cuando el Mal dentro en casa nos fatiga: y pues sabemos ya por cosa cierta que nunca hay Bien á quien un Mal no siga, roguemos que no venga; y si viniere, que sea pequeño el Mal que le siguiere;

Que yo, de acuchillado en esto, siento que es de temer en parte la ventura; el tiempo alegre pasa en un momento, y el triste hasta la muerte siempre dura: y porque viene bien á nuestro cuento, á la bárbara oid, que en la espesura alcancé, como os dije, que en su traje mostraba ser persona de linaje.

Era mochacha grande, bien formada, de frente alegre y ojos estremados, nariz perfecta, boca colorada, los dientes en coral fino y gastados; espaciosa de pecho y relevada, hermosas manos, brazos bien sacados, ac-recentando mas su hermosura de un natural donaire y apostura.

Yo queriendo saber á qué venia sola por aquel bosque y aspereza, con mas seguridad que prometia su bello rostro y rara gentileza la aseguré del miedo que traía, la cual dando un suspiro, que á terneza al mas rebelde corazón moviera, comenzó su razon en tal manera:

»No sé si ya me queje desdichada, ó agradezca á los Hados y á mi Suerte, que me abren puerta y que nie dan entrada para que pueda recebir la muerte: pero si ya la historia desastrada quierdes saber y mi dolor tan fuerte, que aun le agravia mi poco sentimiento, te ruego que al proceso estés atento.

Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida, hija del buen cacique Quilacura, de la sangre de Friso esclarecida, rica de hacienda, pobre de ventura; respetada de muchos y servida por mi linaje y vana hermosura; mas ¡ay de mí! cuánto mejor me fuera ser una simple y pobre ganadera.

En casa de mi padre á mi contento como única heredera yo vivia, que su felicidad y pensamiento en solo darme gusto lo ponía: mi voluntad en todo y mandamiento como inviolable ley se obedecía, no habiendo de contento y gusto cosa que fuese para mí dificultosa;

Mas presto el envidioso Amor tirano; turbador del sosiego, adremente trujo á mi tierra y casa á Fresolano, mozo de fuerzas y ánimo valiente, de mi infelice padre primo hermano, y mucho mas amigo que pariente, á quien la voluntad tenia rendida, no habiendo entre los dos cosa partida.

Mi padre, como amigo alicionado, que yo le regalase me mandaba; y así yo con llaneza y gran cuidado por hacerle placer lo procuraba; mas él luego, el propósito estragado,

cuya fidelidad ya vacilaba, corrompió la amistad, salió de tino, echando por ilícito camino.

O fue el trato que tuvo allí conmigo, ó, por mejor decir, mi desventura, que esta sería mas cierto, como digo, que no la mal juzgada hermosura, que ingrato al hospedaje del amigo, del deudo y deuda haciendo poca cura, me comenzó de amar y buscar medio de dar á su cuidado algun remedio.

Visto yo que por muestras y rodeo muchas veces su pena descubria, conocí que su intento y mal deseo de los honestos limites salia.

Mas ¡ay! que en lo que yo padeceo veo lo que el misero entonces padecia; que á término he llegado al pié del palo que aun no puedo decir mal de lo malo.

Hallábase mil veces suspirando en mi los engañados ojos puestos; otras audaba tímido tentando entrada á sus osados presupuestos. Yo, la ocasion dañosa desviando con gravedad y términos honestos, que es lo que mas refrena la osadía, sus erradas quimeras deshacia.

Estando sola en mi aposento un dia, temerosa de algun atrevimiento, ante mi de rodillas se ponía con grande turbacion y desatiento diciendome temblando: «¡Oh Glaura mia! ya no basta razon ni sufrimiento, ni de fuerza una minima me queda que á la del fuerte Amor resistir pueda.

Tu, señora, sabrás que el dia primero de mi felice y próspera venida me trujo amor al término postrero desta penosa y desdichada vida; mas ya que por tu amor y causa muero, quiero saber si dello eres servida, porque siéndolo tú no sé yo cosa que pueda para mi ser tan dichosa.»

Viéndole al parecer, determinado á cualquiera violencia y desacato, disimuladamente por un lado salí dél sin mostrar algun recato diciendole de lejos: «¡Oh malvado, incestuoso, desleal, ingrato, corrompedor de la amistad jurada, y ley de parentesco conservada!...»

Iba estas y otras cosas yo diciendo que el repentino enojo me mostraba, cuando con priesa súbita y estreando un cristiano escuadron nos salteaba, que en cerrado tropel arremetiendo, nuestra alta casa en torno rodeaba, saltando Fresolano en mi presencia á la debida y justa resistencia.

Diciendo: «¡Oh fiera tigre endurecida, inhumana y cruel con los humanos! vuelve, acaba de ser tú la homicida, no dejes que hacer á los cristianos; vuelve, verás que acabo aquí la vida, pues no puedo á las tuyas, á sus manos, que aunque no sea la muerte tan honrosa, á lo menos será mas piadosa.»

Así furioso sin mirar en nada se arroja en medio de la armada gente, donde luego una bala arrebatada le atravesó el desnudo pecho ardiente: cayó ya la color y voz turbada, diciendo: «Glaura! Glaura! últimamente recibe allá mi espíritu, cansado de dar vida á este cuerpo desdichado.»

Llegó mi padre en esto al gran ruido, solo armado de esfuerzo y confianza; mas luego en el costado fue herido de una furiosa y atrevida lanza: cayó el cuerpo mortal descolorido; y vista mi fortuna y mal andanza, por el postigo de una falsa puerta salí, á mi parecer, mas que ellos muerta.

Acá y allá turbada, al fin por una montaña comencé luego á emboscarme, dejándome llevar de mi fortuna, que siempre me ha guiado á despeñarme. Así que, ya sin tino y senda alguna procuraba ¡cuitada! de alejarme; que con el gran temor me parecia que yendo á mas correr no me movia.

Mas como suele acontecer continuo que, huyendo el peligro y mal presente se suele ir á parar en un camino que nos coge y anega la creciente, así á mi ¡desdichada! pues me avino que, por salvar la vida impertinente, de un mal en otro mal, de lance en lance vine á mayor peligro y mayor trance.

Iba, pues, siempre ¡miseria! corriendo por espinas, por zarzas, por abrojos, aquí y allí, y acá y allá volviendo á cada paso los atentos ojos, cuando por unos árboles saliendo ví dos negros cargados de despojos, que luego en el instante que me vieron á la misera presa arremetieron.

Fuí dellos prestamente despojada de todo cuanto allí venia vestida, aunque yo ¡triste! no estimaba en nada el perder los vestidos y la vida: pero el honor y castidad preciada estuvo á punto ya de ser perdida; mas mis voces y quejas fueron tantas que á lástima y piedad movia las plantas.

Usó el cielo conmigo de clemencia guiando á Cariolan á mis clamores, que visto el acto enorme y la insolencia de aquellos enemigos violadores, corrió con provechosa diligencia diciendo: «Perros, bárbaros, traidores, dejad, dejad al punto la doncella, si no la vida dejareis con ella.»

Fueron sobre él los dos enconistente; mas él, flechando el arco que traía, al mas adelantado y diligente la flecha hasta las plumas le escondia: hizose atrás dos pasos diestramente, y al otro la segunda flecha envia con brújula tan cierta y diestro tino, que al bruto corazon halló el camino.

Cayó muerto, y el otro mal herido cerró con él furioso y empuerado; mas Cariolan, valiente y prevenido, en la arte de la lucha ejercitado, aunque el negro era grande y muy fornido, de su destreza y fuerzas ayudado, alzándole en los brazos hacía el cielo le trabucó de espaldas en el suelo.

Y sacando una daga acicalada, queriendo á hierro rematar la cuenta, por el desnudo vientre y por la hijada tres veces la metió y sacó sangrienta; huyó por allí la alma acelerada, y libre Cariolan de aquella afrenta se vino para mí con gran crianza pidiéndome perdon de la tardanza.

Supo decir allí tantas razones, haciendo Amor conmigo así el oficio, que medrosa de andar en opiniones,

que es ya dolencia de honra y ruin indicio,  
por evitar, al fin, mormuraciones,  
y no mostrarme ingrata al beneficio  
en tal sazón y tiempo recibido,  
le tomé por mi guarda y mi marido;

Y temiendo que gente acudiría,  
por el espeso bosque nos metimos,  
donde, sin rastro ni señal de vía,  
un gran rato perdidos anduvimos;  
pero, señor, al declinar del día,  
á la ribera de Lauquén salimos,  
por dó venia una escuadra de cristianos  
con diez indios, atrás presas las manos.

Descubriéronnos súbito en saliendo,  
que en to lo, al fin, nos persiguía la suerte,  
sobre nosotros de tropel corriendo,  
¡aguarda! ¡aguarda! ¡ten! gritando fuerte;  
pero mi nuevo esposo allí, temiendo  
mucho mas mi deshonor que su muerte,  
me rogó que en el bosque me escondiese,  
mientras que el con morir los detuviese.

Luego el temor, á trastornar bastante  
una flaca mujer inadvertida,  
me persuadió, poniéndome delante  
la horrenda muerte y la estimada vida:  
así, cobarde, tímida, inconstante,  
á los primeros ímpetus rendida,  
me entré, viéndolos cerca á toda prisa  
por lo mas ágrio de la selva espesa,



Y en lo hueco de un tronco, que tejido  
de zarzas y maleza en torno estaba,  
me escondí sin aliento ni sentido,  
que aun apenas de miedo resollaba,  
de donde escuché luego un gran ruido,  
que el bosque cerca y lejos atronaba,  
de espadas, lanzas y tropel de gente,  
como que combatiesen fuertemente.

Fue novo á poco, al parecer, cesando

aquel rumor y grita que se oía,  
cuando la obligación ya calentando  
la sangre que el temor helado habia,  
revolví sobre mí, considerando  
la maldad y traición que cometa  
en no correr con mi marido á una  
un peligro, una muerte, una fortuna.

Salí de aquel lugar, que á D os pluguiera  
que en el quedara viva sepultada,  
corriendo con presteza á la ribera  
á donde le dejé, desatinada:  
mas cuando no ví rastro ni manera  
de le poder hallar, sola y cuidada,  
podrás ver qué sentí; pues era cierto  
que no pudo escapar de preso ó muerto;

Solté ya sin temor la voz en vano,  
llamando al sordo Cielo injusto y crudo;  
preguntaba: ¿dó está mi Cariolano?  
y todo al responder lo hallaba mudo:  
Ya entraba en la espesura, ya á lo llano  
salía corriendo, que el dolor agudo,  
en mis entrañas siempre mas furioso,  
no me daba momento de reposo.

No te quiero cansar ni lastimarme  
en decirte las bascas que sentía:  
no sabiendo que hacer ni aconsejarme,  
frenética y furiosa discurría:  
muchas veces propuse de matarme,  
mas por torpeza y gran maldad tenia  
que aquel dolor en mí tan poco obrase  
que á quitarme la vida no bastase.

En tanta pena y confusión envuelta,  
de contrarios y dudas combatida,  
al cabo ya de le buscar resuelta,  
pues no daba el dolor fin á mi vida,  
hácia el campo español he dado vuelta,  
de noche y desde lejos escondida,  
por el honor, que mal me le asegura  
mi poca edad y mucha desventura.

Y teniendo noticia que esta gente  
era la vuelta de Cauten pasada,  
tambien que habia de ser forzosamente  
por e-te paso estrecho la tornada,  
me dispuse á venir cubiertamente,  
pensando que entre tantos disfrazada  
alguna nueva ó rastro hallaría  
deste que la Fortuna me desvia.

¿Qué remedio me queda ya captiva,  
sujeta al mando y voluntad ajena,  
que, para que mayor pena reciba,  
aun la muerte no viene, porque es buena?  
Pero aunque el Cielo cruel quiera que viva,  
al fin me ha de acabar ya tanta pena;  
bien que el estado en que me toma es fuerte,  
mas nadie escoge el tiempo de su muerte.»

Así la bella jóven lastimada  
iba sus desventuras recontando,  
cuando una gruesa bárbara emboscada  
que estaba á los dos lados aguardando,  
alzó al cielo una súbita algarada  
las salidas y pasos ocupando,  
creciendo indios así que parecían  
que de las yerbas bárbaros nacían.

Llegó al instante un yanacona mio,  
ganado no habia un mes en buena guerra.  
diciéndome: «Señor, échate al río,  
que yo te salvaré que sé la tierra,  
que pensar resistir es desvario  
á la gente que cala de la sierra:  
bien puedes ¡oh señor! de mí fiarte,  
que me verás morir por escaparte.

Yo, que al mancebo el rostro revolvía  
á agradecer la oferta y buen deseo,  
ví á Glaura que sin tiento arremetía  
diciendo: «¡oh justo Dios! ¿qué es lo que veo?



¿eres mi dulce esposo? ¡ay vida mía!  
 en mis brazos te tengo y no lo creo;  
 ¿qué es esto, estov soñando ó estov despierta?  
 ¡ay! que tan grande bien no es esta cierta.»

Yo atónito de tal acaecimiento,  
 alegre tanto dél como admirado,  
 visto de Glaura el misero lamento  
 en felice suceso rematado,  
 no habiendo allí lugar de cumplimiento,  
 por ser revuelto el tiempo y limitado,  
 dije: «Amigos, adios; y lo que puedo,  
 que es daros libertad, yo os la concedo.»

Sin otro ofrecimiento ni promesa  
 piqué al caballo, que salió ligero.  
 Pero aunque mas los indios me den priesa,  
 quiero, Señor, que aquí sepais primero  
 como á la entrada de la selva espesa  
 Cariolan vino á ser mi prisionero,  
 cuando medrosa de perder la vida  
 en el tronco quedó Glaura escondida.

Sabed, sacro Señor, que yo venia  
 con algunos amigos y soldados,  
 despues de haber andado todo el día  
 en busca de enemigos desmandados;  
 mas ya que á nuestro asiento me volvía  
 con diez prisiones bárbaros atados,  
 á la entrada de un monte y fin de un llano  
 descubrimos muy cerca á Cariolano.

Corrió luego sobre él toda la gente,  
 pensando que alas le prestara el miedo;  
 pero con gran desprecio y alta frente,  
 aperebiendo el arco, estuvo quedo:  
 llegando, pues, á tiro, diestramente  
 hirió á Francisco Osorio y Acebedo,  
 arrancando una daga, desenvuelto  
 el largo manto al brazo ya revuelto.

Tanta fue la destreza, tanta el arte  
 del temerario bárbaro araucano,  
 que no fue el gran tropel de gente parte  
 á que dejase un solo paso el llano;  
 que, saltando de aquella y desta parte,  
 todos los golpes hizo dar en vano,  
 unos hurtando el cuerpo desmenuzados,  
 otros del manto y daga rebatidos.

Yo, que ver tal batalla no quisiera,  
 al animoso mozo alicionado,  
 en medio me lancé diciendo: «Afuera  
 caballeros, afuera, hacéos á un lado,  
 que no es bien que el valiente mozo muera,  
 antes merece ser remunerado;  
 y darle así la muerte ya sería  
 no esfuerzo ni valor, mas villanía.»

Todos se detuvieron conociendo  
 cuán mal el acto infame les estaba;  
 solo el indio no cesa, pareciendo  
 que de alargar la vida le pesaba:  
 al fin, la daga y paso recogiendo,  
 pues ya la cortesía le obligaba,  
 vuelto hacia mí me dijo: «¿Qué te importa  
 que sea mi vida larga ó que sea corta?»

Pero de mí será reconocida  
 la obra pía y voluntad humana,  
 pía por la intención, pero entendida,  
 puede decirse impía ó humana;  
 que á quien ha de vivir misera vida  
 no le puede estar mal muerte temprana:  
 así que, en no matarme, como digo,  
 cruel misericordia usas conmigo.

Mas, porque no me digan que ya niego  
 haber de tí la vida recibido,  
 me pongo en tu poder, y así me entrego  
 á mi fortuna misera rendido.»  
 Esto dicho, la daga arrojó luego  
 doméstico el que indómito había sido,  
 quedando desde allí siempre conmigo,

no en figura de siervo, mas de amigo.

Ya el ejercicio y belicoso estruendo  
 de las almas y voces resonaba;  
 unos van en monton allá corriendo,  
 otros acá socorro demandaban.  
 Era la senda estrecha, y no pudiendo  
 ir atrás ni adelante, reparaban  
 que el bagaje, la chusma y el ganado  
 tenia impedido el paso y ocupado.

Es el camino de Purén derecho  
 hácia la entrada y paso del estado;  
 despues vá en forma oblica largo trecho  
 de dos ásperos cerros apretado;  
 y vienen á ceñirle en tanto estrecho  
 que apenas pueden ir dos lado á lado,  
 haciendo aun mas angosta aquella vía  
 un arroyo que lleva en compañía.

Así á trechos en partes del camino  
 revueltos unos y otros voceando,  
 andaban en confuso remolino  
 la tempestad de tiros reparando.  
 No basta de la pasta el temple fino,  
 grebas, petos, celadas abollando  
 la furia que zumbaba á la redonda  
 de galga, lanza, dardo, flecha y honda.

Unos al suelo van descalabrados  
 sin poder en las sillas sostenerse;  
 otros, cual rana ó sapo, aporreados  
 no pueden aunque quieren removerse;  
 otros á gatas, otros derrengados,  
 arrastrando procuran acogerse  
 á algun reparo ó hueco de la senda,  
 que de aquel torbellino los defienda;

Que en este paso estrecho el enemigo,  
 la gente y municion por orden puesta,  
 tenia á nuestros soldados, cómo digo,  
 de ventaja las piedras y la cuesta,  
 donde puedo afirmar como testigo  
 que era la lluvia tan espesa y presta  
 de las piedras, que cierto parecia  
 que el cerro abajo en piezas se venia.

Como cuando se ve el airado cielo  
 de espesas nubes lóbregas cerrado  
 querer undir y arruinar el suelo,  
 de rayos, piedra y tempestad cargado;  
 las aves mata en medio de su vuelo,  
 la gente, bestias, fieras y ganado  
 buscan corriendo, acá y allá perdidas,  
 los reparos, defensas y guaridas;

Así los españoles constreñidos  
 de aquel granizo y tempestad furiosa,  
 buscan por todas partes mal heridos  
 algun árbol ó peña cavernosa,  
 dó reparados algo y defendidos,  
 con la virtud antigua generosa,  
 cobrando nuevo esfuerzo y esperanza,  
 á la victoria aspiran y venganza;

Y desde allí con la presteza usada,  
 las apuntadas miras asestando,  
 les comienzan á dar una rociada,  
 muchos en poco tiempo derribando.  
 Ya por la áspera cuesta derrumbada  
 venian cuerpos y peñas volteando  
 con un furor terrible y tan extraño  
 que muertos aun hacian notable daño.

Así andaba la cosa, y entretanto  
 que en esta estrecha plaza peleaban,  
 con no menor revuelta al otro canto  
 donde mayores voces resonaban  
 se habian los indios desmandado tanto  
 que ya el bagaje y cargas saqueaban,  
 haciendo grande riza y sacrificio  
 en la gente de guarda y de servicio.

Quién con carne, con pan, fruta ó pescado  
 sube ligeramente á la alta cumbre;

quién de petaca ó de fardel cargado corre sin embarazo y pesadumbre; del alto y bajo, de uno y otro lado, al saco acude allí la muchedumbre, cual banda de palomas en verano suele acudir al derramado grano.

Viéndonos ya vencidos sin remedio por la gran multitud que concurría, procuré de tentar el postrer medio que en nuestra vida y salvación había: y así, rompiendo súbito por medio de la revuelta y empacliada vía, llegué dó estaban hasta diez soldados en un hueco del monte arrinconados,

Diciéndoles el punto en que la guerra andaba de ambas partes tan reñida que, ganada la cumbre de la sierra, la victoria era nuestra conocida; porque toda la gente de la tierra andaba ya en el saco embebecida, y solo en ver así ganado el alto los bastaba á vencer el sobresalto.

Luego, resueltos á morir de hecho, todos los once juntos de cuadrilla los caballos echamos al repecho, cada cual soliviado alto en la silla: y aunque el fragoso cerro era derecho, por la tendida y áspera enchilla llegamos á la cumbre deseada, de breña espesa y árboles pollada.

Saltamos á pié todos al momento, que ya allí los caballos no prestaban, que llenos de sudor, faltos de aliento, no pudiendo moverse, hijadeaban: donde sin dilación ni impedimento, al lado que los indios mas cargaban, en un derecho y gran derrumbadero nos pusimos á vista y caballero.

Dándoles una carga de repente de arcabuces y piedras que os prometo que aunque llevó de golpe mucha gente, hizo el súbito miedo mas efeto: y así, remolinando torpemente, les pareció, segun el grande aprieto, moverse en contra dellos cielo y tierra, viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza en nuestra ayuda algunos arribaron, que deseosos de áspera venganza, el daño y miedo en ellos aumentaron tanto que ya, perdida la esperanza, á retirarse algunos comenzaron, poniendo prestos piés en la huida, remedio de escapar la ropa y vida:

Cuál por aquella parte, cuál por esta, cargado de fardel ó saco, guía; cual por lo mas espeso de la cuesta arrastrando el ganado se metía: cuál con hambre y codicia deshonestas, por solo llevar mas se detenía, costando á mas de diez allí la vida la carga y la codicia desmedida.

Así la fiesta se acabó, quedando saqueados en parte y vencedores, la victoria y honor solemnizando con trompetas, clarines y atambores, al rumor de las cuales caminando, con buena guardia y diestros corredores, llegamos al Real todos heridos, donde fuimos con salvas recebidos.

Los bárbaros á un tiempo retirados por un áspero risco y monte espeso se fueron á gran paso, consolados con el sabroso robo, del suceso, y á donde estaba el general llegados.

que, sabido el desórden y el esceso que rindió la victoria al enemigo, hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiendo en Talcamavida juntado del destrozado campo el remanente, á consultar las cosas del estado llamó á la principal y digna gente; donde despues de haber allí tratado de lo mas importante y conveniente, les dijo libremente todo cuanto podrá ver quien leyere el otro canto.

## CANTO XXIX.

Entran los araucanos en nuevo consejo: traian de quemar sus haciendas. Pide Tucapel que se cumpa el campo que tiene aplazado con Rengo: combaten los dos en esclacado brava y animosamente.

¡Oh cuánta fuerza tiene, oh cuánto incita el amor de la patria; pues hallamos que en razon nos obliga y necesita á que todo por él lo pospongamos! cualquier peligro y muerte facilita; al padre, al hijo, á la mujer dejamos cuando en trabajo nuestra patria vemos, y como á mas parienta la acorremos.

Buen testimonio desto nos han sido las hazañas de antiguos señaladas, que por la cara patria han convertido en sus mismas entrañas las espadas, y su gloriosa fama han estendido las plumas de escritores celebradas Mario, Casio, Filon, Codro ateniense, Scelóla, Agesilao y el Uticense.

Entrar, pues, en el número merece esta araucana gente que, con tanta muestra de su valor y ánimo, ofrece por la patria al cuchillo la garganta; y en el firme propósito parece que ni rigor de llado y toda cuanta fuerza pone en en sus golpes la Fortuna en los ánimos hace mella alguna:

Que habiendo en solos tres meses perdido cuatro grandes batallas de importancia, no con ánimo triste ni abatido, mas con valor grandísimo y constancia, estaban, como atrás habeis oido, en consejo de guerra haciendo instancia en darnos otro asalto, mas la mano tomó diciendo así Caupolicano:

«Conviene ¡oh gran senado religioso! que vencer ó morir determinemos, y en solo nuestro brazo valeroso como último remedio confíemos: las casas, ropa y mueble infructuoso que al descanso nos llaman abrasemos, que habiendo de morir todo nos sobra, y todo con vencer despues se cobra.

Es necesario y justo que se entienda la grande utilidad que desto viene; que no es bien que haya asiento en la hacienda cuando el honor aun su lugar no tiene: ni es razon que soldado alguno atienda á mas de aquello que á vencer conviene; ni entibie las ardientes voluntades el amor de las casas y heredades.

Así que, en esta guerra tan reñida quien pretende descanso, como digo, piense que no hay mas honra, hacienda y vida de aquella que quitare al enemigo; que la virtud del brazo conocida será el rescate y verdadero amigo, pues no ha de haber partido ni concierto sino solo matar ó quedar muerto.»

Oido allí por los caciques esto;

muchos suspensos sin hablar quedaron, y alguno de ellos con turbado gesto, enarcan lo las cejas, se miraron; pero rompiendo aquel silencio puesto, sobre ello un rato dieron y tomaron, hallando en su favor tantas razones que se llevó tras sí las opiniones.

Así el valiente Ongolmo, no esperando que otro en tal ocasión le precediese, aprueba á voces la demanda, instando en que por obra luego se pusiese.

Siguió este parecer Purén, jurando de no entrar en poblado hasta que viese sin medio ni concierto, á fuerza pura, su patria en libertad y paz segura.

Lincoya y Canionangué, pues, no fueron en jurar el decreto perezosos, que aun mas de lo posible prometieron, segun eran gallardos y animosos. También Rengo y Gurbemo se ofrecieron, y los demás caciques orgullosos Talcaguan, Lemolemo y Ormpello; hasta el buen Colocolo vino en ello.

Resueltos, pues, en esto, decretado segun que aquí lo habemos referido, Tucapel, que á todo habia callado con gran sosiego y con atento oído, despues del alboroto rosea lo y aquel árduo negocio dilinido, puesto en pié levantó la voz ardiente, que jamás hablar pudo blandemente,

Diciendo: «Capitanes, yo el primero en lo que el general propone vengo por parecerme justo; y así quiero que se abraze y asuele cuanto tngo: en lo demás, al brazo me refiero, que si un mes en su fuerza lo sostengo, pienso escoger despues á mi contento el mayor y mejor repartimiento.

Y si algun miserable no concede lo que tan justamente le es pedido, por enemigo de la patria quede, y del militar hábito esluído; que ya por nuestra parte no se puede venir á ningun medio ni partido, sin dejar de perder, pues la contienda es sobre nuestra libertad y hacienda.

Así que, yo tambien determinado de seguir vuestros votos y opiniones, aunque parece en tiempo tan turbado que nuevo nuevas causas y cuestiones, del natural honor estimulado, y por otras legítimas razones, no puedo ya dejar por ningun arte de echar del todo un gran negocio á parte.

Ya tendreis en memoria el desafío que Rengo y yo tenemos aplazado; asimismo el que tuve con su tío, que quiso mas morir desesperado: viendo el gran deshonor y agravio mio, y cuánto á mi pesar se ha dilatado, quiero, sin esperar á mas rodeo, cumplir la obligacion y mi deseo;

Que asaz gloria y honor Rengo ha ganado entre todas las gentes, pues se trata que conngo ha de entrar en estacado, y así vanaglorioso lo dilata:

mas yo de tanta dilacion cansado, pues que cada ocasion lo desharata, pido que nuestro campo se fenezca, que no es bien que mi crédito padezca:

Que ya Peteguelen, astutamente, con apariencia de ánimo engañosa, á morir se arrojó entre tanta gente, por parecerle muerte mas piadosa:

y así se me escapó mañosamente, que fue puro temor y no otra cosa; pues si ambición de gloria le moviera, de mi brazo la muerte pretendiera.

También Rengo, de industria, cauteloso, anda en los enemigos muy metido buscando algun estorbo ó modo honroso que le escuse cumplir lo prometido; y debajo de muestra de animoso procura de quedar manco ó tullido, y para combatir no habilitado, glorioso con me haber desafiado.»

Así hablaba el bárbaro arrogante, cuando el airado Rengo echando fuego, sin guardar atencion se hizo adelante, diciendo: «La batalla quiero luego, que ni tu muestra y fanfarron semblante me puede á mí causar desasosiego; las armas lo dirán, y no razones que son de jactanciosos habladores.»

Arremetiera Tucapel, si en esto Caupolicán, que á tiempo se previno, con presta diligencia en medio puesto, la voz no lo atajara y el camino: y con severa muestra y grave gesto, reprehendiendo el loco desatino, por rematar entre ellos la porfia concedió á Tucapel lo que pedía.

Pues el campo y el plazo señalado, que fue para de aquel en cuatro dias, nacieron en el pueblo alborozado sobre el dudoso fin muchas porfias: quién apostaba ropa, quién ganado, quién tierras de labor, quién grangerías: algunos, que ganar no deseaban, las usadas mujeres apostaban.

Cercaron una plaza de tablonés en un esento y desenuerto llano donde los dos indómitos varones armados combatesen mano á mano, publicando en pregon las condiciones por el estilo y término araucano, para que á todos manifesto fuese, y ninguno ignorancia pretendiese.

Llegado el plazo, al despuntar del dia con gran gozo de muchos esperado, luego la bulliciosa compañía comenzó á rodear el estacado. Era tal el aprieto que no habia árbol, pared, ventana ni tejado de donde descubrirse algo pudiese que cubierto de gente no estuviese.

El sol algo encendido y perezoso apenas del oriente habia salido, cuando por una parte el animoso Tucapel asomó con gran ruido; por otra pues, no menos orgulloso, al mismo tiempo aparecer se vido el fantástico Rengo muy gallardo, ambos con fiera muestra y paso tardo.

Las robustas personas adornadas de fuertes petos dobles relevados, escarcelas, brazales y celadas, hasta el empeine de los piés armados: mazas cortas de acero barreadas, gruesos escudos de metal herrados, y al lado izquierdo cada cual ceñido un corvo y ancho alfange guarnecido.

Tenia, señor, la plaza á cada parte puertas como palenque de torneo, por las cuales el uno y otro Marte entran en ancho círculo y rodeo. Despues que con vistoso y gentil arte su término acabaron y pasen, airoso cada cual quedó á su lado

dentro de la gran plaza y estacado.

Hecho por los padrinos el oficio cual se requiere en actos semejantes, quitando todo escrúpulo y indicio de ventaja y cautelas importantes, cesó luego el estrépito y bullicio en todos los atentos circunstantes, oyendo el son de la trompeta en esto, que robó la color de mas de un gesto.

Luego los dos famosos combatientes, que la tarda señal solo atendían, con bizarros y airosos continentes en paso igual á combatir movían, y descargando á un tiempo los valientes brazos, de tales golpes se herían que estuvo cada cual por una pieza sobre el pecho inclínada la cabeza.

Redoblan los segundos de manera que, aunque fueron pesados los primeros, si tal reparo y prevención no hubiera, no llegara el combate á los terceros. ¿Quién por estilo igual decir pudiera el furor destos bárbaros guerreros, viendo el valor del mundo en ellos junto, y la encendida cólera en su punto?

Fue de tal golpe Tucapel cargado sobre el escudo en medio de la frente, que quedó por un rato embelesado, suspensos los sentidos y la mente. Llegó Rengo con otro apresurado, pero salió el efecto diferente, que el estruendo del golpe y dolor fiero le despertó del sueño del primero.

Serpiente no se vió tan venenoso defendiendo á los hijos en su nido, como el airado bárbaro furioso, mas del honor que del dolor sentido: así, fuera de término rabioso, de soberbia diabólica movido, sobre el gallardo Rengo fue en un punto, descargando la rabia y maza junto.

Salióle al fiero Rengo favorable aquel furor y acelerado brio que la ferrada maza irreparable el grueso extremo descargó en vacío: fue el golpe, aunque furioso, tolerable quitándole la fuerza el desvarío, que á cogerle de lleno, yo creyera que con él el combate feneciera.

Mas, aunque fue al soslayo, el araucano se fue un poco al través desvaneciendo; al fin puso en el suelo la una mano, sostener la gran carga no pudiendo; pero viendo el peligro no liviano, sobre el fuerte contrario revolviendo, con su desenvoltura y maza presta le vuelve aun mas pesada la respuesta.

Era cosa admirable la fiera de los dos en valor al mundo raros, la providencia, el arte, la destreza, las entradas, heridas, y reparos, tanto, que temo ya de mi torpeza no poder por sus términos contarlos la mas rebida y singular batalla que en relacion de bárbaros se halla.

Así el fiero combate igual andaba, y el golpear de un lado y de otro espeso, que el mas templado golpe no dejaba de magullar la carne ó romper hueso. El aire cerca y lejos retumbaba lleno de estruendo y de un aliento grueso, que era tanto el rumor y batería que un ejército grande parecía.

Dió el fuerte Rengo un golpe á Tucapelo, batiéndole de suerte la celada

que vió lleno de estrellas todo el suelo, y la cabeza le quedó atronada; pero en sí vuelto, blasfemando al cielo, con aquella pujanza aventajada, hirió tan presto á Rengo al desviarse que no tuvo lugar de repararse.

Cayó el pesado golpe en descubierta, cargando á Rengo tanto la cabeza que todos le tuvieron ya por muerto, y estuvo adormecido una gran pieza; mas del mismo peligro al fin despierto la abollada celada se endereza, y sobre Tucapel furioso aguija, que la maza rompió por la manija.

Mas, viéndole sin maza en esta guerra, que en dos trozos saltó lejos quebrada, la suya con desprecio arroja en tierra, poniendo mano á la fornida espada. En esto Tucapel otra vez cierra, la suya fuera en alto levantada; mas Rengo hurtando el cuerpo á la una mano hizo que descargase el golpe en vano.

Llegó el cuchillo al suelo, y gran pedazo, aunque era duro, en él quedó enterrado, y en este impedimento y embarazo fue Tucapel herido por un lado, de suerte que el siniestro guarda-brazo con la carne al través cayó cortado, y procurando segundar no pudo, que vió calar el gran cuchillo agudo.

Debajo del escudo recogido Rengo el desahogado golpe espera, el cual fue en dos pedazos dividido con la cresta de acero y la mollera: el bárbaro quedó desvanecido, y por poco en el suelo se tendiera; mas el esfuerzo raro y ardimiento venció al grave dolor y desatiento.

No por esto medroso se retira, antes hacer cruda venganza piensa, y así lleno de rabia, ardiendo en ira, acrecentada por la nueva ofensa, furioso de revés un golpe tira con la extrema pujanza y fuerza inmensa, que á no topar tan fuerte la armadura le dividiera en dos por la cintura.

Metióse tan á dentro que no pudo salir del enemigo ya vecino, por lo cual, arrojando el roto escudo, valerse de los brazos le convino. Tucapel, que robusto era y membrudo; al mismo tiempo le salió al camino, echándole los suyos de manera que un grueso y duro roble deshiciera.

Pero topó con Rengo, que ninguno le llevaba ventaja en la braveza, de diez, de seis, de dos él era el uno de mas agilidad y fortaleza.

Llegados á las presas, cada uno con viva fuerza y con igual destreza tientan y buscan de una y otra parte el modo de vencer la industria y arte.

Así que, pecho á pecho forcejando, andaban en furioso movimiento, tanto los duros brazos añadiendo que apenas recibir pueden aliento; y al arte nuevas fuerzas ayuntando, aspira cada cual al vencimiento, procurando por fuerza, como digo, de poner en el suelo al enemigo.

Era, cierto, espectáculo espantoso verlos tan recia y duramente asidos, llenos de sangre y de un sudor copioso los rostros, y los ojos encendidos: el aliento á grueso y presuroso,

el forcejar, gemir, y los ronquidos, sin descansar un punto en todo el día, ni haber ventaja alguna ó mejoría.

Mas Tucapel ardiendo en viva saña, teniéndose por flojo y afrentado, ara y revuelve toda la campaña, cargando recio deste y de aquel lado. Rengo con gran destreza y cauta maña; recogido en su fuerza y repertado, su opinion y propósito sostiene y en igual esperanza se mantiene.

Viendo, pues, al contrario algo metido, le quiso rebatir el pié derecho; mas Tucapel, á tiempo recogido, lo suspende de tierra sobre el pecho, y entre los duros músculos ceñido le estremece, sacude y tiene estrecho, tanto que con el recio apretamiento no le deja tomar tierra ni aliento.

En esto, pues, creyendo facilmente de aquella suerte rematar la guerra, Rengo, que era destrísimo y valiente, hizó pié con gran fuerza y cobró tierra: donde á un tiempo estribando reciamiente, de un fuerte rodeon se desalieria, llevándose en las manes apretado cuanto en la dura presa habia agarrado.

Fue Tucapel un rato descompuesto, dando de un lado y de otro zancadillas, y Rengo de la fuerza que habia puesto hincó en el suelo entrambas las rodillas: émbos corrieron á las armas presto, rajando los escudos en astillas, con tempestad de golpes presurosos

mas fuertes que al principio y mas furiosos.

Estaban los presentes admirados de aquel duro teson y valentia, viéndolos en mil partes ya llagados y la sangre que el suelo humedecía, los arneses y escudos destrozados, y que ningun partido y medio habia, sino solo quedar el uno muerto, aunque morir los dos era mas cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida, cogiéndole al soslayo la rodela, que, aunque de gruesos cercos guarnecida, entró como si fuera blanda suela. No quedó allí la espada detenida, que gran parte cortó de la escarecla y un doble zaragüel de hueso grueso, penetrando la carne hasta el hueso.

No se vió corazon tan sosegado que no diese en el pecho algun latido, viendo la horrenda muestra y rostro airado del impaciente bárbaro ofendido, que, el roto escudo lejos arrojado, de un furor infernal ya poseido, de suerte alzó la espada, que yo os juro que nadie allí pensó quedar seguro.

Guarte Rengo, ¡que baja! ¡guarda! ¡guarda! con gran rigor y furia acelerada el golpe de la mano mas gallarda que jamás gobernó bárbara espada. Mas quien el fin deste combate aguarda me perdone si dejo destroncada la historia en este punto, porque creo que así me esperará con mas deseo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

## TERCERA PARTE.

### CANTO XXX.

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo. Asimismo lo que Pran, araucano, pasó con el indio Andrésillo, yanacuna de los españoles.

CUALQUIERA desafio es reprobado por ley divina y natural derecho cuando no va el designio enderezado al bien comun y universal provecho; y no por causa propia y fin privado, mas por autoridad pública hecho, que es la que en los combates y estacadas justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafio es de derecho y de costumbre usada, pues con el ser del hombre y albedrio juntamente la ira fue erizada; pero sujeta al freno y señorío de la razon, á quien encomendada quedó, para que así la corrigiese que los términos justos no escediese.

Y el Profeta nos da por documento que en ocasion y á tiempo nos airemos, pero con tal templanza y regimiento, que de la raya y punto no pasemos; pues, dejados llevar del movimiento,

el ser y la razon de hombres perdemos; y es visto que difieren en muy poco el hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga, y es verdad, que sea ímpetu natural el que nos lleva, y por la alteracion de ira se vea que á combatir la voluntad se mueva: la ejecucion, el acto, la pelea, es lo que se condena y se reprueba, cuando aquella pasion que nos induce al yugo de razon no se reduce.

Por donde claramente, si se mira, parece, como parte conveniente, ser en el hombre natural la ira, en cuanto á la razon fuere obediente: y, en la causa comun puesta la mira, puede contra el campion el combatiente usar della en el tiempo necesario como contra legitimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardia, ó por jactancia vana ó alabanza, ó por mostrar la fuerza y valentia, ó por rencor, por odio ó por venganza; si es por declaracion de la porfia remitiendo á las armas la probanza, es el combate injusto, es prohibido,

aunque esté en la costumbre recebido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano de Rengo y Tucapel, que, peleando por solo presuncion y orgullo vano, como fieras se están despedazando: y con protervia y ánimo inhumano de llegarse á la muerte trabajando, estaban ya los dos tan cerca della cuanto lejos de justa su querella.

Digo que los combates, aunque usados, por corrupcion del tiempo introducidos, son de todas las leyes condenados y en razon militar no permitidos: salvo en algunos casos reservados, que serán á su tiempo referidos; materia á los soldados importante, segun que lo veremos adelante.

Déjolo aquí indeciso, porque viendo el brazo en alto á Tucapel alzado, me culpo, me castigo y reprehendo de haberle tanto tiempo así dejado. Pero á la historia y narracion volviendo, me oistes ya gritar á Rengo airado que bajaba sobre él la fiera espada por el gallardo brazo gobernala.

El cual viéndose junto y que no pudo huir del grave golpe la caída, alzó con ambas manos el escudo, la persona debajo recogida: no se detuvo en él el filo agudo, ni bastó la celada, aunque fornida, que todo lo cortó, y llegó á la frente, abriendo una abundante y roja fuente.

Quedó por grande rato adormecido, y en pié difícilmente se detuvo, que, del recio dolor desvanecido, fuera de acuerdo vacilando anduvo: pero volviendo á tiempo en su sentido, visto el último término en que estuvo, de manera cerró con Tucapel que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto, que por poco le hubiera trabucado, que de la gran pujanza que habia puesto anduvo de los piés desbaratado; pero volviendo á recobrarse presto, viéndose del contrario así aferrado le echó los fuertes y nulos brazos, pensando deshacerle en mil pedazos:

Y con aquella fuerza sin medida le suspende, sacude y le rodea; mas Rengo, la persona recogida, la suya á tiempo y la destreza emplea. No la falta de sangre allí vertida, ni el largo y gran teson en la pelea les menguaba la fuerza y ardimiento, antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo á tiempo el pié trocado del firme Tucapel ciñó el derecho, y entre los duros brazos apretado cargó sobre él con fuerza el duro pecho: fue tanto el forcejar que ambos de lado, sin poderlo escusar, á su despecho, dieron á un tiempo en tierra, de manera como si un muro ó torreón cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego comienzan por el campo á revolcarse, y con puños de tierra á un tiempo luego procuran y trabajan por cegarse: tanto que al fin el uno y otro ciego, no pudiendo del hierro aprovecharse, con las agudas uñas y los dientes se muerden y apedazan impacientes.

Así, fieros, sangrientos y furiosos, cual ya debajo cual ya encima andaban,

y los rancos acezos presurosos del apretado pecho resonaban: mas no por esto un punto vagarosos en la rabia y el ímpetu aflojaban, mostrando en el teson y larga prueba criar aliento nuevo y fuerza nueva:

Eran pasadas ya tres horas cuando los dos campeones, de valor iguales, en la creciente furia declinando, dieron muestra y señal de ser mortales: que las últimas fuerzas apurando, sin poderse vencer, quedaron tales que ya en parte ninguna se movian, y mas muertos que vivos parecian.

Estaban par á par desacordados, faltos de sangre, de vigor y aliento, los pechos garleando levantados, llenos de polvo y de sudor sangriento; los brazos y los piés enclavijados sin muestra ni señal de sentimiento, aunque de Tucapel pudo notarse haber mas porfiado á levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado sobre el contrario á la sazón tenia, lo cual de sus amigos fue juzgado ser notoria ventaja y mejoría; y aunque esto es hoy de muchos disputado, ninguno de los dos se rebullia, mostrando ambos de vivos solamente el ronco aliento y corazon latiente.

El gran Caupolicano, que asistiendo como juez de la batalla estaba, el grave caso y pérdida sintiendo, aprieta en la estacada plaza entraba: el cual sin detenerse un punto, viendo que alguna sangre y vida les quedaba, los hizo levantar en dos tableros á doce los mas inclitos varones;

Y siguiendo detrás con todo el resto de la nobleza y gente mas preciada, fue con honra solemne y pompa puesto cada cual en su tienda señalada: donde acudiendo á los remedios presto, y la sangre con tiempo restañada, la cura fue de suerte que la vida les fue en breve sazón restituida.

Pasado el punto y término temido, iban los dos á un tiempo mejorando, aunque del caso Tucapel sentido, no dejaba en arse braceando: pero el prudente general sufrido, con blandura la cólera templando, así de poco en poco le redujo que á la razon doméstico le trujo.

Qué dó entre ellos la paz establecida, y con solemnidad capitulado que en todo lo restante de la vida no se tratase mas de lo pasado, ni por cosa de nuevo sucedida en público lugar ni reservado pudiesen combatir ni armar cuestiones, ni atravesarse en dichos ni en razones;

Mas siempre como amigos generosos en todas ocasiones se tratasen, y en los casos y trances peligrosos se acudiesen á tiempo y ayudasen. Convenidos así los dos famiosos, porque mas los conciertos se afirmasen, comieron y bebieron juntamente, con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aquí desta manera en su conformidad y ayuntamiento, que me importa volver á la ribera del rio, que muda nombre en cada asiento: pues ha mucho que falto y ando fuera

de nuestro molestado alojamiento; para decir el punto en que se halla despues del trance y última batalla.

Luego que la victoria conseguimos con mas pérdida y daño que ganancia, al fuerte á mas andar nos recogimos que estaba del lugar larga distancia: y aunque poco despues, Señor, tuvimos otros muchos reencuentros de importancia, no sin costa de sangre y gran trabajo, iré, por no cansaros, al atajo;

Y, pasando en silencio otra batalla sangrienta de ambas partes y reñida, que, aunque por no ser largo aquí se calla, será de otro escritor encarecida; vista de munición y vitualla la plaza por dos meses basterida, pareció por entonces provechoso dejar por capitán allí á Reinoso.

Que las demás ciudades, trabajadas de las pesadas guerras nos llamaban, y las leyes sin fuerza arrinconadas, aunque mudas, de lejos voceaban: las cosas de su asiento desquiciadas todos sin gobernarse gobernaban, estando de perderse el reino á canto por falta de gobierno habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada, fértil de todas cosas y abundante, para fundar un pueblo aparejada, y el sitio á la sazón muy importante, quedó primero la ciudad trazada, de la cual hablaremos adelante, que aunque de buen principio y fundamento, mudó despues el nombre y el asiento.

Dejando, pues, en guarda de la tierra los mas diestros y pláticos soldados, en orden de batalla y son de guerra rompimos por los términos vedados; y atravesando de Purén la sierra, de la hambre y las armas fatigados, á la Imperial llegamos salvamente donde hospedada fue toda la gente,

Puso el gobernador luego en llegando en libertad las leyes oprimidas, la justicia y costumbres reformando por los turbados tiempos corrompidas, y el escaseo y desórdenes quitando de la nueva codicia introducidas; en todo lo demás por buen camino dió la traza y asiento que convino.

No habíamos aun los cuerpos satisfechos del sueño y hambre misera transida, cuando tuvimos nueva que de hecho toda la tierra en torno renovada, rota la tregua y el contrato hecho, viendo así nuestra fuerza dividida, ayuntaban la suya, con motivo de no dejar presidio ni hombre vivo.

Luego, pues, hasta treinta apercebidos de los que mas en orden nos hallamos, por la espesura de Tirú metidos la barrancosa tierra atravesamos, y los tomados pasos desmentidos, no con pocos rebatos arrihamos, sin parar ni dormir noche ni día, al presidio español y compañía.

Donde ya nuestra gente había tenido nueva del trato y tierra rebelada, que por extraño caso acontecido de la junta y designio fue avisada; y habiendo alegremente agradecido el socorro y ayuda no pensada, nos dió del caso relacion entera, el cual pasa, Señor, desta manera:

El araucano ejército entendiendo que su próspera suerte declinaba, y que Caupolicán iba perdiendo la gran ligura en que primero estaba, en secretos concilios discurriendo del capitán ya odioso murmuraba, diciendo que la guerra iba á lo largo por conservar la dignidad del cargo.

No con tan suelta voz y atrevimiento que el mas libre y osado no temiese, y del menor edicto y mandamiento cuanto una sola mínima escudiese: que era tanto el castigo y escarmiento, que no se vió jamás quien se atreviese á reprobar el orden por él dado, según era temido y respetado.

Pero temiendo, al fin, como prudente, el revolver del llado incontrastable, y la poca obediencia de su gente, viéndole ya en estado miserable, que la buena Fortuna fácilmente lleva siempre tras sí la Fé mudable, y un mal suceso y otro cada día la mas ardiente devoción resfria,

Quiso, dando otro tiento á la Fortuna, que del todo con él se declarase, y no dejar remedio y cosa alguna que para su descargo no intentase: entre muchas, al fin, resuelto en una, antes que su intencion comunicase, con la presteza y orden que convino, de municiones y armas se previno.

No dando, pues, lugar con la tardanza á que el miedo el peligro examinase y algun suceso y súbita mudanza los ánimos del todo resfriase, con animosa muestra y confianza mandó que de la gente se aprestase al tiempo y hora de silencio mudo el mas copioso número que pudo.

Hizo una larga plática al senado, en la cual resolvió que convenia dar el asalto al fuerte por el lado de la posta de Ongolmo al mediodía, que de cierto espion era avisado como la gente que en defensa habia, demás de estar segura y descuidada, era poca, bisona y desarmada:

Que el capitán ausente habia llevado la plática en la guerra y escogida, de no volver atrás determinado hasta dejar la tierra reducida: y en las nuevas conquistas ocupado; sin poder ser la plaza socorrida, en breve por asaltos facilmente podian entrarla y degollar la gente.

Fue tan grave y severo en sus razones, y tal la autoridad de su presencia, que se llevó los votos y opiniones en gran conformidad sin diferencia: y con ánimo y firmes intenciones le juraron de nuevo la obediencia, y de seguir, hasta morir, de veras, en entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resuelto habló con Pran, soldado artificioso, simple en la muestra, en el aspecto bruto, pero agudo, sutil y cauteloso, prevenido, sagaz, meloso, astuto, falso, disimulado, melencólico, lenguaz, letrado, práctico, discreto, cauto, pronto, solícito y secreto.

El cual en puridad bien instruido en lo que el árduo caso requería, de pobre ropa y parecer vestido,



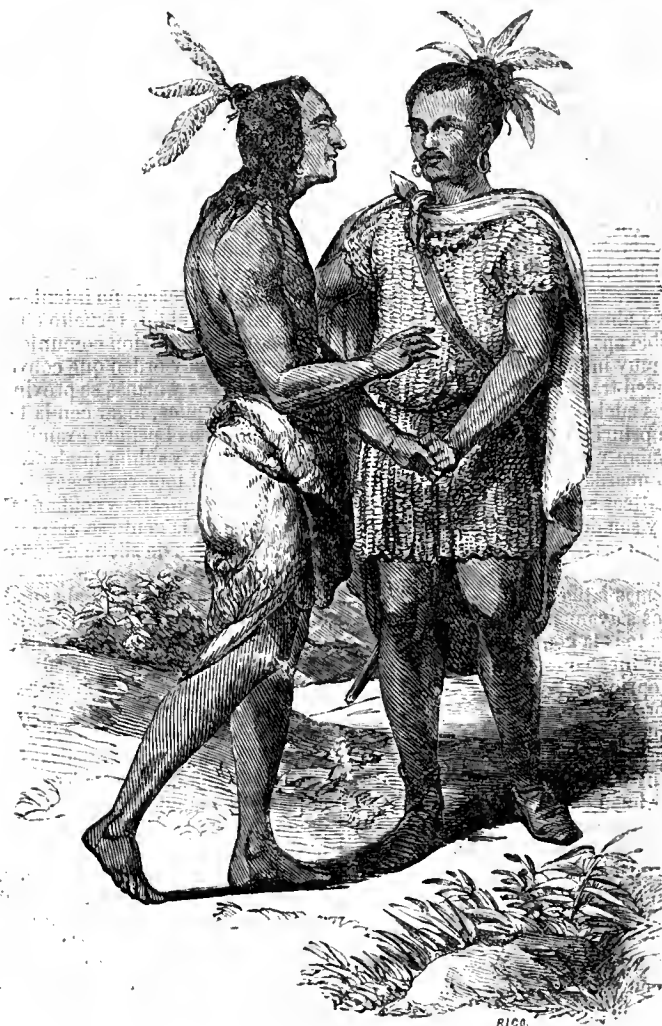
del presidio español tomó la vía,  
y fingiendo ser indio forujido  
se entró por la cristiana ranchería  
entre los indios mozos de servicio,  
dando en la simple muestra dello indicio ;

Debajo del cual miraba atento  
sin mostrar atencion lo que pisaba,  
y con disimulado advertimiento  
los ocultos designios penetraba:  
tal vez entrando en el guardado asiento,  
en la figura rústica , notaba

la gente, armas, el órden, sitio y traza,  
lo mas fuerte y lo flaco de la plaza.

Por otra parte, oyendo y preguntando  
á las personas menos recatadas,  
iba mañosamente escudriñando  
los secretos y cosas reservadas:  
y aqui y alli los ánimos tentando  
buscaba con razones disfrazadas  
vaso capaz y suliciente seno  
donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando, pues, los vados y el camino



por donde el trato fuese mas cubierto,  
de tiento en tiento y lance en lance vino  
á dar consigo en peligroso puerto ;  
que engañado de un bárbaro ladino,  
Andresillo llamado de concierto  
salieron juntos á buscar comida,  
cosa á los vanaconas permitida ;

Y con dobles y equívocas razones,  
que Pran á su propósito traía,  
vino el otro á decir las vejaciones  
que el araucano estado padecía,  
los insultos, agravios, sinrazones ,

las muertes, robos, fuerza y tiranía ;  
trayendo á la memoria lastimada  
el bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que habia salido  
tan presto el falso amigo á la parada ,  
hallando voluntad y grato oído  
y el tiempo y la ocasion aparejada,  
de la engañosa muestra persuadido,  
el disfrace y la máscara quitada,  
abrió el secreto pecho y echó fuera  
la encubierta intencion desta manera,

Diéndole: «Si sientes oh soldado,

a pérdida de Arauco lamentable  
y el infelice término y estado  
de nuestra opresa patria miserable,  
hoy la Fortuna y poderoso llado,  
mostrándonos el rostro favorable,  
ponen solo en tu mano libremente  
la vida y salvación de tanta gente:

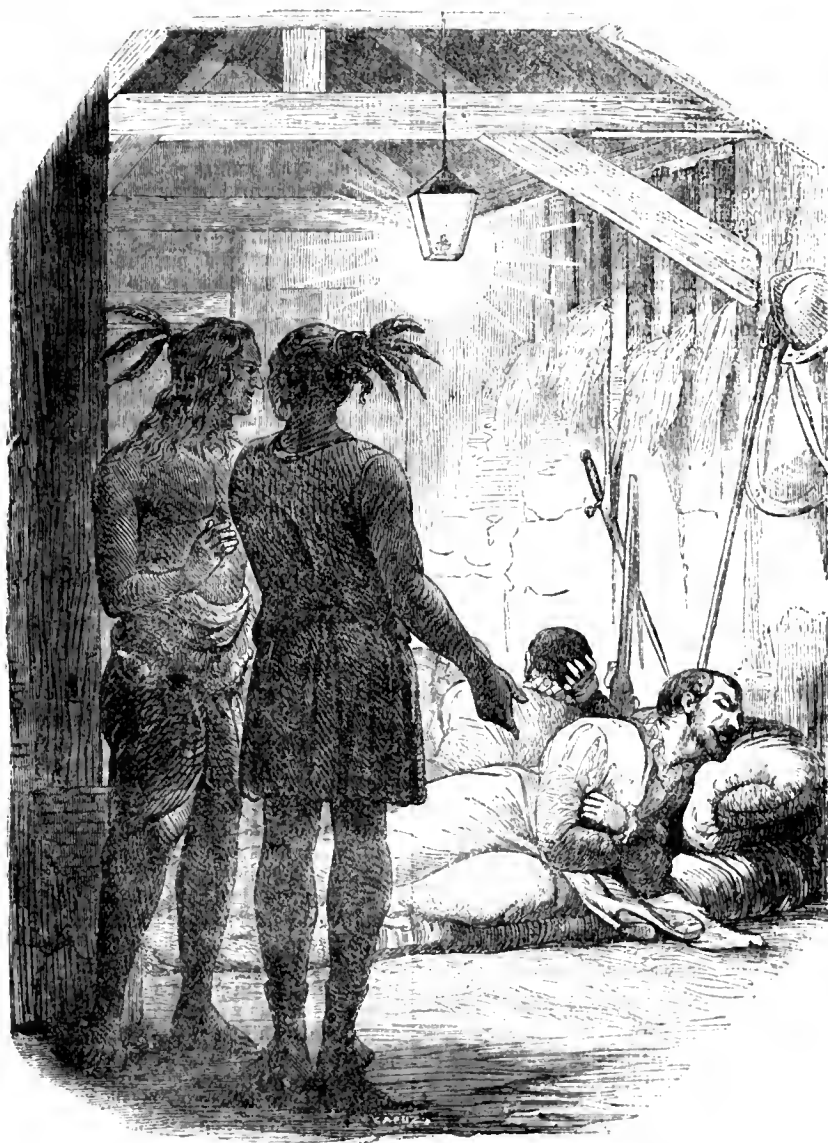
Que el gran Caupolicano, que en la tierra  
nunca ha sufrido igual ni competencia,  
y en paz ociosa y en sangrienta guerra  
tiene el primer lugar y la obediencia,  
quiere, viendo el valor que en tí se encierra,  
tu industria grande y grande suficiencia  
fiar en ocasión tan oportuna  
el estado común de tu fortuna;

Y que á tí, como causa, se atribuya

el principio y el fin de tan gran hecho,  
siendo toda la gloria y honra tuya,  
tuya la autoridad, tuyo el provecho:  
sola una cosa quiere que sea suya,  
con la cual queda ufano y satisfecho,  
que es haber elegido tal sugeto  
para tan grande y importante efeto.

Pues á tí libremente cometido  
puede suceso próspero esperarse:  
y á tu dichosa y buena suerte asido  
quiere llevado della aventurarse:  
y así en figura humilde travestido,  
porque de mí no puedan recatarse,  
vengo, cual ves, para que deste modo  
te dé yo parte dello y seas el todo.

Haciéndote saber como querría



(si no es de algun oculto inconveniente)  
dar el asalto al fuerte á medio dia  
con furia grande y número de gente;  
por haberle avisado cierta espía  
que en aquella sazón seguramente

descansan en sus lechos los soldados  
de la molesta noche trabajados:

Y sin recato la ferrada puerta  
no siendo á nadie entonces reservada,  
franca de par en par siempre está abierta,

y la gente durmiendo descuidada: la cual de salto fácilmente muerta, y la plaza despues desmantelada, en la region antártica no queda quien resistir nuestra pujanza pueda.

Así, que de tu ayuda confiado, que todo se lo allana y asegura, cerca de "quí tres leguas ha llegado cubierto de la noche y sombra oscura; á donde de su ejército apartado, debajo de palabra y fe segura quiere comunicar solo contigo lo que sumariamente aquí te digo.

Ensancha ensancha el pecho que si quieres gozar desta ventura prometida, demás del grande honor que consiguieres siendo por ti la patria redemida, solo á ti deberás lo que tuvieres, y á ti te deberán todos la vida, siendo siempre de nos reconocido haberla de tu mano recebido.

Mira pues lo que desto te parece, conoce el tiempo y la ocasion dichosa, no seas ingrato al cielo, que te ofrece por solo que la acetes tan gran cosa: dá la mano á tu patria, que perece en dura servidumbre vergonzosa; y pide aquello que pedir se puede, que todo desde aquí se te concede.»

Dió fin con esto á su razon, atento al semblante del indio sosegado, que sin alteracion y movimiento hasta acabar la plática habia estado; el cual con rostro y parecer contento, aunque con pecho y ánimo doblado, á las ofertas y razon propuesta dió sin mas detenerse esta respuesta.

«¿Quién pudiera aquí dar bastante indicio de mi intrínseco gozo y alegría de ver que esté en mi mano el beneficio de la cara y amada patria mia? que ni riqueza, honor, cargo ni oficio, ni el gobierno del mundo y monarquía podrán tanto conmigo en este hecho cuanto el comun y general provecho:

Que sufrir no se puede la insolencia desta ambiciosa gente desfrenada, ni el disoluto imperio y la violencia con que la libertad tiene usurpada; por lo cual la divina Providencia tiene ya la sentencia declarada, y el ejemplar castigo merecido al araucano brazo cometido.

Vuelve á Caupolicán, y de mi parte mi pronta voluntad le ofrece cierta, que cuanto en esto quieras alargarte te sacaré yo á salvo de la oferta; y mañana, sin duda, por la parte de la inculta marina mas desierta seré con él do trataremos largo desto que des le aquí tomo á mi cargo.

Por la sospecha que nacer podría será bien que los dos nos apartemos, y deshecha por hoy la compañía, á donde nos aguardan arribemos: que mañana despacio á medio día con mayor libertad nos hablaremos, y de mí quedarás mas satisfecho: adios, que es tarde; adios, que es largo el trecho.»

Así luego partieron el camino, llevándole diverso y diferente, que el uno al araucano campo vino y el otro á donde estaba nuestra gente: el cual con gozo y ánimo malino, habiendo al capitán secretamente,

le dijo punto á punto todo cuanto oirá quien escuchare el otro canto.

### CANTO XXXI.

Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado. Habla con Caupolicán cantelosamente, el cual, engañado, viene sobre el fuerte, pensando hallar á los españoles durmiendo.

La mas fea maldad y condenada que mas ofende á la bondad divina es la traicion sobre amistad forjada, que al cielo, tierra y al infierno indina: que aunque el señor de la traicion se agrada; quiere mal al traidor y le abomina: tal es este nefario maleficio, que indigna al que recibe el beneficio.

Raras veces vereis que el aveoso en estado seguro permanece, de nadie amado, á todo el mundo odioso, que el mismo interesado le aborrece: amigo en todo tiempo sospechoso: aunque trate verdad no lo parece; y al cabo no se escapa del castigo que la misma maldad lleva consigo.

Si en ley de guerra es pérfido el que ofende debajo de seguro al enemigo, ¿qué será aquel que al enemigo vende la libertad y sangre del amigo, y el que con rostro de leal pretende ser traidor á su patria, como digo, poniéndole con odio y rabia tanta el agudo cuchillo á la garganta?

Guardarse puede el sabio recatado del público enemigo conocido, del perverso, insolente, del malvado, pero no del traidor nunca ofendido que en hábito de amigo disfrazado, el desnudo puñal lleva escondido: no hay contra el desleal seguro puerto, ni enemigo mayor que el encubierto.

La prueba es Andresillo, que dejaba al amigo engañado y satisfecho; el cual, con la gran priesa que llevaba, en poco espacio atravesó gran trecho: y puesto ante Reinoso el cual estaba seguro y descuidado de aquel hecho, preciándose el traidor de su malicia, della y de la traicion le dió noticia

Deciéndole: «Sabrás que usando el Hado hoy de piadoso término contigo, las cosas de manera ha rodeado que puedo serte provechoso amigo: pues en mi voluntad libre ha dejado la muerte ó salvacion de tu enemigo, remitiendo á las manos de Andresillo la arbitraria sentencia y el cuchillo:

Mas negando la deuda y fe debida á mi tierra y nacion, por tu respeto, quiero, señor, sacrificar la vida por escapar la tuya deste aprieto: y en contra de mi patria aborrecida volver las armas y áspero decreto, desviando gran número de espadas que están á tu costado enderezadas.»

Tras esto allí le dijo todo cuanto con Pran le sucedió y habeis oído, que si me acuerdo, en el pasado canto lo tengo largamente referido.

Quedó Reinoso atónito de espanto, y con ánimo y rostro agradecido los brazos amorosos le echó al cuello dándole encarecidas gracias dello;

Y alabando la astucia y artificio conque del trato doble usado habia, exageró el famoso y gran servicio que á todo el reino y cristiandad hacia;

diciendo que tan grande beneficio siempre en nuestra memoria duraría, y con honroso premio de presente sería remunerado largamente.

Quedaron, pues, de acuerdo que otro día, sin que noticia dello á nadie diese, en el tiempo y lugar que puesto había con el vecino capitán se viese: que de la vista y habla entendería lo que mas al negocio conviniese, trayéndole por mañas y rodeo al esperado fin de su deseo.

Hízolo, pues, así; pero antes desto, á la salida de un espeso valle halló al amigo en centinela puesto, esperándole ya para guialle; donde Caupolicán con ledo gesto, saliendo algunos pasos á encontralle, adelantado un trecho de su gente, le recibió amorosa y cortesmente,

Diciendo: «¡Oh capitán! hoy por el cielo en esta dignidad constituido, á quien la redencion del patrio suelo justa y méritamente ha cometido; bien sé que solo con honrado celo de virtud propia y de valor movido, aspiras á arribar do ningún hombre tendrá puesto adelante mas su nombre:

Y habiendo de tu pecho penetrado el intento y designio valeroso, de tu fortuna próspera guiado, que promete suceso venturoso, estoy resuelto, estoy determinado que con golpe de gente numeroso demos, siendo tú solo nuestra guía, sobre el fuerte español á medio día;

Para lo cual ha sido mi venida sorda y secretamente en esta parte, donde, siendo tu boca la medida, quiero del justo premio asegurarte, y ver si á ti esta empresa cometida quieres della y nosotros encargarte, dando, como cabeza y dueño, en todo el orden, la instruccion, la traza y modo;

Que, demás de las honras, te aseguro de parte del senado un señorío, y por el fuerte Eponamón te juro que este será escogido á tu albedrío: en tus manos me pongo y aventuro, y á tu buen parecer remito el mío, para que des el orden que convenga y el esperado bien no se detenga;

Pues con tu ayuda y mi esperanza cierta, que me prometen próspera jornada, en una parte oculta y encubierta tengo cerca de aquí mi gente armada; y antes que sea de alguno descubierta y la plaza enemiga preparada, que es el peligro solo que esto tiene, apresurar la ejecucion conviene.

Resuélvete; oh varón! y determina, como de tí se espera, brevemente que detrás deste monte á la marina está el copioso ejército obediente: y por que puedas ver la disciplina, los ánimos, las armas y la gente, podrás llegar allá, que aquí te aguardo con esperanza y ánimo gallardo.

El traidor pertinaz, que atento estaba á cuanto el general le prometía, no la oferta ni el premio le mudaba de la fea maldad que cometía; bien que, algún tanto tímido, dudaba viendo de aquel varón la valentía, el ser gallardo y el feroz semblante,

la proporción y miembros de gigante.

Venia el robusto y grande cuerpo armado de una fuerte coraza barreada, y un dragon escamoso relevado sobre el alto crestón de la celada; en la derecha su bastón ferrado, ceñida al lado una tajante espada, representando en talle y apostura del furibundo Marte la figura.

Visto por Andresillo cuán barato podía salir con el malvado hecho, teniendo en su traición y doble trato andado en poco tiempo tanto trecho, con alegre semblante y rostro grato, aunque con doble y engañoso pecho, hincando ambas rodillas en el llano, tal respuesta volvió á Caupolicano:

«¡Oh gran Apó! no pienses que movido por honra, por riqueza ó por estado á tus pies y obediencia soy venido, á servirte y morir determinado; que todo lo que aquí me has ofrecido y lo que puede mas ser deseado no me provoca tanto ni me instiga cuanto la gran razon que á ello me obliga.

Gracias al cielo doy, pues mi esperanza, en tu prudencia y gran valor fundada, la siento ya con próspera bonanza ir al derecho puerto encaminada: y porque no nos dañe la tardanza será bien que apresures la jornada, siguiendo la fortuna, que se muestra declarada en favor de parte nuestra;

Que nuestros enemigos sin recelo, á las armas de noche acostumbrados, cuando va el sol en la mitad del cielo descensan en sus toldos desarmados: y despidos y echados por el suelo, en vino y dulce sueño sepultados, pasan la ardiente siesta en gran reposo hasta que el sol declina caluroso.

Y si estás, como dices, prevenido, y la gente vecina en ordenanza, que goces luego la ocasion te pido, no dejando pasar esta bonanza: que el tiempo es malo de cobrar, perdido, mayormente si dañe la tardanza; y pues no te detiene cosa alguna no detengas tus hados y fortuna;

Que á darte la victoria yo me obligo, no por el galardón que dello espero, que la virtud la paga trae consigo y ella misma es el premio verdadero: basta lo que en servirte yo consigo, y así graciosamente me prefiero de ponerte sin pérdida en la mano la desnuda garganta del tirano.

Mañana disfrazado, al tiempo cuando vaya el sol en mitad de su jornada, vendrá á mi estancia Pran, donde aguardando estaré sin venida deseada; y en el presidio y franca plaza entrando, verá la gente entonces entregada al ordinario y descuidado sueño, sin prevención, y al parecer sin dueño.

Esta noche, callada y quietamente, desviada á la diestra del camino, venga á ponerse en escuadron la gente una milla del fuerte y mas vecino: y cuando asome el sol por el oriente, echada en recogido remolino, bajas las armas por la luz del día, aguarde allí el aviso y orden mia.

Quiero ver, pues que dello eres servido, (por ir del todo alegre y satisfecho)

tu dichoso escuadron, constituido para tan alto y señalado hecho; por quien Arauco ya restituido en sus primeras fuerzas y derecho, echada la española tiranía, estenderá su nombre y monarquía.»

Quedó Caupolicano de manera que tuvo el trato y hecho por seguro, diciéndole razones, que moviera no un corazon movible pero un muro: y en señal de firmeza verdadera le dió un lucido llauto de oro puro y un grueso mazo de chaquirá prima, cosa entre ellos tenida en grande estima;

Y del alegre Pran acompañado al pié de un alto cerro montuoso vió el araucano ejército emboscado, de brava gente y número copioso: quedó el traidor de verlo algo turbado, y en la falsa y mudable fe dudoso; que en el ánimo vario y movedizo hace el temor lo que virtud no hizo.

Pero ya la maldad apoderada, dándole espuelas y ánimo bastante, la duda tropelló representada, llevando el mal propósito adelante: y así, encubriendo la intencion dañada, con mentirosas muestras y semblante loó el traidor encarecidamente el sitio, el órden, armas y la gente;

Y después de inquerir y haber notado lo que notar entonces convenia, visto el grande aparato, y tanteado la gente armada y cantidad que habia, advertido de todo y enterado, llegó al presidio al rematar del dia, á donde le esperaba ya Reinoso, de su larga tardanza sospechoso.

Hizo con singular advertimiento de su jornada relacion copiosa, dándole mayor ánimo y aliento nuestra llegada á tiempo provechosa; que si estuvistes á mi canto atento, por la montaña y costa montuosa al socorro llegué aquel mismo dia con los treinta que dije en compañía.

Gastóse aquella noche previniendo las armas é instrumentos militares, el foso, muro y plaza requiriendo, señalando á la gente sus lugares; hasta que fue la aurora descubriendo con turbia luz los hondos valladares, dando triste señal del dia esperado por tanta sangre y muertes señalado.

Jamás se vió en los términos australes salir el sol tan tardo á su jornada, rehusando de dar á los mortales la claridad y luz acostumbrada: al fin salió cercado de señales, y la luna delante del menguada, vuelto el mudable y blanco rostro al cielo por no mirar al araucano suelo.

Hecha la prevencion en confianza por una y otra parte ocultamente, con iguales designios y esperanza, aunque con hado y suerte diferente, veis aquí á Pran, que solo, y á la usanza de los mitayos indios, diligente, cargado con un haz de blanco trigo, viene á buscar al alevoso amigo,

Que á la salida de su rancho estaba, mirando á los caminos ocupado, pareciéndole ya que se pasaba el tiempo del concierto aun no llegado: tanto ya la maldad le aceleraba

de una furia maligna espoleado, que siempre en lo que mucho se desea no hay brevedad que dilacion no sea.

Llegado Pran le aseguró de cierto que la gente en dos tercios dividida habia el murado sitio descubierto sin ser de nadie vista ni sentida: y con paso callado y gran concierto, doméstica, ordenada y recogida, los pechos y las armas arrastrando venia derecho al fuerte caminando.

Con muestra del designio diferente dió Andresillo señal de su alegría, diciendo que sin duda nuestra gente ya, segun su costumbre, dormiría: luego, disimulada y quietamente, sin mas se detener, de compañía entraron en el fuerte preparado el falso engañador y el engañado.

Vieron en sus estancias recogidos todos los oficiales y soldados sobre sus lechos, sin dormir, dormidos; con aviso y cuidado, descuidados; los arneses acá desguarnecidos, los caballos allá desensillados, todo de industria, al parecer revuelto, en un mudo silencio y sueño envuelto.

Visto el reposo, Pran, visto el sosiego y poca guardia que en el fuerte habia, alegre dello tanto, cuanto ciego en no ver la sospecha que traia, sin detenerse un solo punto, luego por una corta senda que él sabia, haciendo de sus piés y aliento prueba, fue á dar al campo la esperada nueva.

Apenas habia el bárbaro traspuesto, cuando Andresillo en tono levantado dijo: «¡Oh fuertes soldados en quien puesto está el fin de la guerra deseado; tomad las vencedoras armas presto y rompéd el silencio ya escusado, saliendo á toda priesa porque os digo que á las puertas teneis al enemigo!»

Marinero jamás tan diligente de entre la vedijosa hernia salta cuando los gritos del piloto siente y la borrasca subita le asalta, como nosotros, que ligeramente, oyendo de Andresillo la voz alta, de los toldos con ímpetu salimos y á las vecinas armas acudimos.

Quién al usado peto arremetia, quién encaja la gola y la celada, quién ensilla el caballo, y quién salia con arcabuz, con lanza ó con espada: fue en un punto la gruesa artillería á las abiertas puertas asendada, llenos de tiros mil, de mil maneras los traveses, cortinas y troneras.

Puesta en órden la plaza, y encargado segun el puesto á cada cual su oficio, el silencio importante encomendado trabó las lenguas y aquietó el bullicio, quedando aquel presidio tan callado, que la gente estraneros de servicio, visto el sosiego y gran quietud, juzgaba que todo en igual sueño reposaba.

No fue Pran en el curso negligente, pues apenas estábamos armados, cuando los enemigos de repente se descubrieron cerca por dos lados; venian tan escondida y sordamente, bajas las armas y ellos inclinados, que entraran, si la vista ya no fuera mas presta que el oído y mas ligera.

Como el cursado cazador, que tiene la caza y el lugar reconocido, que poco á poco el cuerpo bajo viene entre la yerba y matorral escondido : ya apresura el andar, ya le detiene, mueve y asienta el paso sin ruido, hasta ponerse cerca y encubierto, donde pueda hacer el tiro cierto ;

Con no menor silencio y mayor tiento los encubiertos indios parecieron, y sobre nuestro fuerte en un momento á treinta y menos pasos se pusieron, de lo sin son de trompa ni instrumento en callado tropel arremetieron mas de dos mil en número á las puertas, con mas cuidado que descuido abiertas.

No se con qué palabras, con qué gusto este sangriento y crudo asalto cuente, y la lástima justa y odio justo, que ambas cosas concurren juntamente : el ánimo, ahora humano, ahora robusto, me suspende y me tiene diferente, que si al piadoso cielo satisfago, condono y doy por malo lo que hago ;

Si del asalto y ocasión me alejo, dentro della y del fuerte estoy metido ; si en este punto y término lo dejo, hago y cumplo muy mal lo prometido : así, dudoso el ánimo y perplejo destos juntos contrarios combatido, lo dejo al otro canto reservado, que de consejo estoy necesitado.

### CANTO XXXII.

Arremeten los araucanos al fuerte, son rebatidos con miserable estrago de su parte. Cauvalico se retira á la sierra deshaciendo el campo. Cuenta don Alonso de Ercilla, á ruego de ciertos soldados, la verdadera historia y vida de Dido.

ESCELENTE virtud, loable cosa : de todos dignamente celebrada, es la clemencia, ilustre y generosa, jamás en bajo pecho aposentada : por ella Roma fue tan poderosa, y mas gentes venció que por la espada ; donó y puso debajo de sus leyes la indómita cerviz de grandes reyes.

No consiste en vencer solo la gloria, ni está allí la grandeza y excelencia, sino en saber usar de la victoria, ilustrándola mas con la clemencia : el vencedor es digno de memoria que en la ira se hace resistencia ; y es mayor la victoria del clemente, pues los ánimos vence juntamente.

Y así, no es el vencer tan glorioso del capitán cruel inexorable, que cuanto fuere menos sanguinoso, tanto será mayor y mas loable ; y el correr del cuchillo riguroso mientras dura la furia, es disculpable ; mas pasado despues á sangre fria, es venganza, crueldad y tiranía.

La mucha sangre derramada ha sido (si mi juicio y parecer no yerra) la que de todo en todo ha destruido el esperado fruto desta tierra : pues con modo inhumano han escudido de las leyes y términos de guerra, haciendo en las entradas y conquistas crueldades inormes nunca vistas,

Y aunque esta en mi opinión dellas es una, la voz comun en contra me convence, que al fin en ley de mundo y de fortuna todo le es justo y licito al que vence :

mas, dejada esta plática importuna, me parece ya tiempo que comience el crudo estrago y excesivo modo, en parte justo, y lastimoso en todo.

Dejó el bárbaro campo sobre el fuerte, en medio del furor y arremetida, y la callada y encubierta muerte de mil géneros de armas prevenida : llevado, pues, del Hado y dura suerte, con presto paso y con fatal corrida emboca por la puerta y falsa entrada el gran tropel de gente amontonada.

¡ Dios sempiterno, qué fracaso extraño, qué riza, qué destrozo y batería hubo en la triste gente, que al engaño ciega, pensando de engañar venia ! ¿ Quién podrá referir el grave daño, la espantosa y tremenda artillería, el inblado de tiros turbulento que descargó de golpe en un momento ?

Unos vieran de claro atravesados, otros llevados la cabeza y brazos, otros sin forma alguna machucados, y muchos harrenados de picazos : miembros sin cuerpos, cuerpos desmembrados, lloviendo lejos trozos y pedazos, bigados, intestinos, rotos huesos, entrañas vivas y bulientes sesos.

Como la estrecha bien cebada mina cuando con gran estrépito revienta, que la furia del fuego repentina las torres vuela y máquinas avienta ; con mas estruendo y con mayor ruina, la fuerza de la pólvora violenta voló, y hizo pedazos en un punto cuanto del escuadron alcanzó junto.

La mudable sin ley cruda fortuna despedazó el ejército araucano, no habiendo un solo tiro ni arma alguna que errase el golpe ni cayese en vano : nunca se vió morir tantos á una, y así, aunque yo apresure mas la mano, no puedo proseguir, que me divierte tanto golpe, herida, tanta muerte.

Aun no eran bien los tiros disparados cuando, por verse fuera en campo raso, los caballos á un tiempo espoleados rompen la entrada y ocupado paso : y en los segundos indios, que ovillados estaban como atónitos del caso, hacen riza y mayor carnicería que pudiera hacer la artillería.

Quién aqueste y aquel alanceando abre sangrienta y ancha la salida ; quién á diestro y siniestro golpeando priva aquestos y aquellos de la vida : no hay ánimo ni brazo allí tan blando que no cale y ahonde la herida : ni espada de tan grueso y bota filo que no destile sangre hilo á hilo.

Quisiera aquí despacio figurarlos, y figurar las formas de los muertos ; unos atropellados de caballos, otros los pechos y cabeza abiertos : otros, que era gran lástima mirarlos, las entrañas y sesos descubiertos ; vieran otros deshechos y hechos piezas, otros cuerpos enteros sin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos, el miserable y lastimoso duelo, el rumor de las armas y alaridos hinchen el aire y cóncavo del cielo : luchando con la muerte los caídos se tuercen y revuelcan por el suelo, saliendo á un mismo tiempo tantas vidas

por diversos lugares y heridas.

Ya que libre dejó el súbito espanto al embaucado Pran, que estaba fuera, visto el destrozo cierto, y falso cuanto el traidor de Andresillo le dijera, a pena y sentimiento pudo tanto, que aunque escaparse el misero pudiera, en medio de las armas desarmado á morir se arrojó desesperado.

Mas los últimos indios venturosos, á los cuales llegó solo el estruendo, volviendo las espaldas presurosos muestran las plantas de los pies huyendo: los nuestros, del alcance deseosos, en carrera veloz los van siguiendo, hiriendo y derribando en los postreros los menos diligentes y ligeros.

Pero algunos valientes, que estimaban la ganada opinion mas que la vida, volviendo el pecho y armas, refrenaban el ímpetu de muchos y corrida: y aunque con grande esfuerzo peleaban, era presto la guerra definida, que la furiosa muerte allí su espada traia de entrambos cortes aliada.

Como en el ya revuelto cielo cuando se forman por mil partes los nublados, que van unos creciendo, otros menguando; otros luego de nuevo levantados; mas el norueste frigido soplando los impele y arroja amontonados hasta buscar del ábrego el reparo, dejando el cielo raso y aire claro,

Así la gente atónita y turbada, en partes dividida se esparcía, y á las veces juntándose, esforzada, haciendo cuerpo y rostro, revolvía: pero de la violencia arrebatada, dejó el campo y banderas aquel día, quedando de los rotos escuadrones gran número de muertos y prisiones.

Deshechos, pues, del todo y destruidos, y acabado el alcance y seguimiento, los presos y despojos repartidos, volvimos al dejado alojamiento, donde trece caciques escogidos, para ejemplar castigo y escarmiento, á la boca de un grueso tiro atados, fueron, dándole fuego, justiciados.

Muchos habrá de preguntar ganosos si en el monton y número de gente algunos de los indios valerosos fueron muertos allí confusamente: pues en todos los hechos peligrosos Rengo, Orompello y Tucapel valiente iban delante en la primera hilera, abriendo siempre el paso y la carrera:

Respondo á esto, señor, que no venia capitán ni cacique señalado, visto que el general usado habia de fraude y trato, entrellos reprobado; diciendo ser vileza y cobardía tomar al enemigo descuidado, y victoria sin gloria y alabanza la que por bajo término se alcanza.

Así que, una arrogancia generosa los escapó del trance y muerte cruda, que ninguno por ruego ni otra cosa quiso en ello venir ni dar ayuda; teniendo por hazaña vergonzosa vencer gente sin armas y desnuda: que el peligro en la guerra es el que honra, y el que vence sin él vence sin honra.

Quedó Caupolicán desta jornada rete, deshecho y fálte de pujanza,

que fue mucha la sangre derramada y poca de su parte la venganza: el cual, viendo la turba amedrentada y el ardor resfriado y la esperanza, deshizo el campo entonces conveniente, dando licencia á la cansada gente.

Quisose entretener mientras pasaba de los contrarios liados la corrida, conociendo de sí que peleaba con cansada fortuna envejecida: así la gente en partes derramaba, con orden que estuviese apercebida en cualquier ocasion y movimiento para el primer aviso y mandamiento;

Y con solos diez hombres retirado, gente de confianza y valentia, ora en el monte inculto, ora en poblado; desmintiendo los rastros parecia; y en lugares ocultos alojado, jamás gran tiempo en uno residia, usando de su bárbara insolencia por tenerlos en miedo y obediencia.

Nosotros en su incierto rastro á tino andábamos haciendo mil jornadas, no dejando lugar circunvecino que no diésemos salto y trasnochadas; y en los mas apartados del camino hallábamos las casas ocupadas de gente forajida de la tierra que ya andaba huyendo de la guerra

Diciendo que de grado volveria á sus yermos, estancias y heredades; pero que el general los compelia usando de inhumanas crueldades: y si en esto remedio se ponía, llanas estaban ya las voluntades para dejar las armas los soldados de la prolija guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado se puso en inquirir toda la tierra, no quedando lugar inhabitado, monte, valle, ribera, llano y sierra donde no fuese el bárbaro buscado: mas por bien ni por mal, por paz ni guerra, aunque todo con todos lo probamos, jamás señal ni lengua del hallamos.

No amenaza, castigo ni tormento pudo sacar noticia ó rastro alguno, ni caricia, interés ni ofrecimiento jarras á corromper bastó á ninguno: andábamos atónitos y á tienta segun la variedad de cada uno; de día, de noche, acá y allá perdidos, del sueño y de las armas afligidos.

Saliendo yo á correr la costa un día por caminos y pasos desusados, llevando por escolta y compañía una escuadra de pláticos soldados, dimos en una oculta ranchería de domésticos indios ausentados, que, por ser grande el bosque y la distancia, tomaron por segura aquella estancia.

Sobre un haz de arrancada yerba estaba en la cabeza una mujer herida, moza que de quince años no pasaba, de noble traje y parecer vestida: y en la color quebrada se mostraba la falta de la sangre, que esparcía por la delgada y blanca vestidura, la lástima aumentaba y hermosura.

Pregunté qué ocasion la habia traído á lugar tan extraño y apartado, cómo y por qué razon la habian herido y de inhumana crueldad usado: él con rostro y ánimo caído



y el tono del hablar debilitado, me dijo: «Es cosa cierta y prometida la muerte triste tras la alegre vida.

Porque entiendas el dejo y desvario que el humano contento trae consigo, aun no es cumplido un mes que el padre mio, usando de privado amor conmigo, me dió esposo elegido á mi albedrio esposo y juntamente grande amigo; tal, y de tantas partes, que yo creo que en él hallara término el deseo.

Pero su esfuerzo raro y valentía que della por extremo era dotado, le trujo á la temprana muerte el día que fue nuestro escuadron despedazado; donde cerca de mí, que le seguia, un tiro le pasó por el costado, que fuera menos crudo y mas derecho si abriera antes el paso por mi pecho.

Cayó muerto quedando yo con vida, vida mas enojosa que la muerte: mas viéndome un soldado así alligida, en parte condolido de mi suerte, me dió por acabarme esta herida con brazo, aunque piadoso, no tan fuerte que mi espíritu suelto le siguiese y un bien tras tanto mal me sucediese.

Dió conmigo en el suelo fácilmente, aunque no me privó de mi sentido, pasando el golpe y furia de la gente en confuso tropel con gran ruido: pero luego un cacique mi pariente, que en un hoyo al pasar quedó escondido, en brazos me sacó del gran tumulto, trayéndome á este bosque y sitio oculto,

Donde espero morir cada momento; mas ya, como esperado bien, se tarda: que es costumbre ordinaria del contento no acabar de llegar á quien le aguarda: y aunque ya de mi vida al fin me siento, conmigo el Cielo término no guarda, ni la llamada Muerte á tiempo viene, que mi deseo la impide y la detiene.

La vida así me cansa y aborrece viendo muerto á mi esposo y dulce amigo, que cada hora que vivo me parece que cometo maldad pues no le sigo: y pues el tiempo esta ocasion me ofrece, usa tú de piedad, señor, conmigo, acabando hoy aquí lo que el soldado dejó por flojo brazo comenzado.»

Así la triste jóven luego luego demandaba la muerte, de manera que algun simple de lástima á su ruego con bárbara piedad condecendiera; mas yo, que un tiempo aquel rabioso fuego labró en mi inculto pecho, viendo que era mas cruel el amor que la herida, corrí presto al remedio de la vida:

Y habiéndola algun tanto consolado, y traído á que viese claramente que era el morir remedio condenado, y para el muerto esposo impertinente; con el zumo de yerbas aplicado (medicina ordinaria desta gente) le apreté la herida lastimosa, no tanto cuanto grande peligrosa.

Dejando, pues, un práctico ladino para que poco á poco la llevase, y en los tomados pasos y camino del peligro al pasar la asegurase, partir á mi jornada me convino; mas primero que della me apartase supe que se llamaba Lauca, y que era hija de Millalaico y heredera

La vuelta del presidio caminando sin hallar otra cosa de importancia, iba con los soldados platicando de la fe de las indias y constancia de muchas (aunque bárbaras) loando el firme amor y gran perseverancia; pues no guardó la casta Elisa Dido la fe con mas rigor á su marido.

Mas un soldado jóven, que venia escuchando la plática movida, diciendo, me atajó, que no tenia á Dido por tan casta y recogida: pues en la Eneida de Maron veria que, del amor libidino encendida, siguiendo el torpe fin de su deseo, rompió la fe y promesa á su Siqueo.

Visto, pues, el agravio tan notabl y la objecion siniestra del soldado, por el gran testimonio incompensable á la famosa reina levantado, pareciéndome cosa razonable mostrarle que en aquello andaba errado él y todos los mas que me escuchaban, que en la misma opinion tambien estaban;

Les dije que, queriendo el Mantuano hermosear su Eneas floreciente, porque César Augusto Octaviano se preciaba de ser su decendiente, con Dido usó de término inhumano, infamándola injusta y falsamente; pues vemos por los tiempos haber sido Eneas cien años antes que fue Dido.

Quedaron admirados en oirme que así Virgilio á Dido disfamase, haciendo instancia todos en pedirme que su vida y discurso les contase. Yo, pensando tambien con divertirme que la cuerda el trabajo algo aflojase, recorriendo de nuevo la memoria les comencé á decir así la historia:

Cuento una vida casta, una fe pura de la fama y voz pública ofendida, en esta no pensada coyuntura, por raro ejemplo y ocasion traída; y una falsa opinion que tanto dura no se puede mudar tan de corrida, ni del rudo comun mal informado arrancar un error tan arraigado.

Y pues de aquí al presidio yo no hallo cosa que sea de gusto ni contento, sin dejar de picar siempre al caballo, ni del tiempo perder solo un momento, no pudiendo eximirme ni excusallo, por ser historia y agradable cuento, quiero gastar en él, si no os enfada, este rato y sazón desocupada:

Que el áspero sugeto desabrido, tan seco, tan estéril y desierto, y el estrecho camino que he seguido, á puros brazos del trabajo abierto, á término me tienen reducido, que busco anchura y campo descubierto donde con libertad, sin fatigarme, os pueda recrear y recrearme.

Viendo que os tiene sordo y atronado el rumor de las armas inquieto, siempre en un mismo ser continuado, sin mudar son ni variar sugeto; por espaciar el ánimo cansado y ser el tiempo cómodo y quieto, hago esta digresion, que acaso vino cortada á la medida del camino.

Y pues una ficecion impertinente que destruye una honra es bien oida; y á la reina de Tiro injustamente

infama y culpa su inculpable vida;  
la verdad, que es la ley de toda gente  
por quien es en su honor restituida,  
¿por qué no debe ser, siendo cantada,  
en cualquiera sazón bien escuchada?

Que la causa mayor que me ha movido,  
demás de ser, cual veis, importunado,  
es el honor de la constante Dido  
inadvertidamente condenado:  
preste, pues, atención y grato oído  
quien á oír la verdad es inclinado:  
que el mal ofende, aun dicho en pasatiempo:  
y para decir bien siempre es buen tiempo.

Cartago antes que Roma fue fundada  
setenta años contados comunmente,  
por la famosa Dido, venerada  
por diosa un tiempo de la tiria gente:

del rey Belo su padre fue casada  
con el sumo pontífice, asistente  
del gran templo de Alcides, el cual era  
después del rey la dignidad primera.

Este es aquel Siquéo ya nombrado,  
á quien Dido guardó la fe inviolable;  
varón sabio en sus ritos, y abastado  
de bienes y tesoro inestimable:  
mas lo que para alivio había allegado  
fue causa de su muerte miserable,  
que en fin, lo que codicia mucha gente  
ninguno lo posee seguramente.

Dejó Belo dos hijos herederos,  
uno Pigmaleón, y el otro Dido,  
á quien en los consejos postrimeros  
encargó la hermandad y amor unido:  
lo cual, aunque duró los días primeros,



de codicia el hermano corrompido,  
por haber los tesoros del enñado  
le dió la muerte envuelta en un bocado.

Sintió, pues, la mujer su muerte tanto  
que, no bastando á resistir la pena,  
soltó con doloroso y fiero llanto  
de lágrimas un flujo en larga vena;  
y cubriendo de triste y negro manto  
los bellos miembros y la faz serena,  
con pompa funeral ceremoniosa  
dió al cuerpo sepultura suntuosa.

Y aunque del casto amor notable indicio  
fue el soberbio sepulcro y monumento,  
no igualó en la grandeza el edificio  
al dolor de la reina y sentimiento:  
que siempre con devoto sacrificio  
y continuos sollozos y lamento,  
llamando al sordo espíritu, hacia  
á las frías cenizas compañía,

Diciendo: «¿Es justo, dioses, que yo quede  
en este solitario apartamiento?

¡Ay! que de tibia fe y amor procede  
no acabar de matarme el sentimiento:  
el mal no es grande que sufrir se puede,  
y corto al que no basta sufrimiento;  
mas quiere el Cielo dilatar mi muerte,  
porque dure el dolor mas que ella fuerte.»

Aunque el odio y rencor disimulaba  
contra el pérfido hermano poderoso,  
venganza al Cielo sin cesar clamaba  
con ira muda y con gemir rabioso;  
y cuando sola á ratos se hallaba,  
desfogando aquel impetu bascoso,

soltaba con un bajo son gimiendo,  
la reprimida rabia y voz diciendo:

«¿Traidor, dime, qué caso irremediable  
debajo de hermandad y ley fingida  
á maldad te movió tan detestable  
contra tu misma sangre cometida?  
Si fue sed de riquezas insaciable,  
quitárasle el tesoro y no la vida,  
templando tu impiedad y furia insana  
el amor y respeto de tu hermana.

Si no miraste, ingrato, al beneficio  
que del como enñado recibías,  
miraras al nefario sacrificio  
que del hermano de tu madre hacías,  
y al malvado y horrendo maleficio  
en tu pecho forjado tantos días,  
pues no podrías decir que fue accidente,  
que nunca nadie es malo de repente.

Si de tu inorme intento y desatino  
me hubieras con indicios advertido,  
no por tan duro y áspero camino  
el tesoro alcanzaras pretendido:  
mas el mal, cuando viene por destino,  
no puede ser á tiempo prevenido!  
¡Ay! ¿qué aprovecha el lamentarme ahora?  
que siempre es tarde ya cuando se llora.

¿Por qué, fiero enemigo, así quisiste  
dejarte arrebatado de tu deseo,  
tan ciego de codicia que no viste  
que matabas á Dido con Siquéo?  
Materia de maldad al mundo diste  
con un hecho atrozísimo y tan feo,  
que durará en los siglos por memoria

de tu traicion la abominable historia.

Cabe en razon, es cosa permitida  
que, siendo tú traidor, siendo tirano,  
perverso, atroz, sacrilego, homicida,  
tengas con estos nombres el de hermano?  
Y viéndome contigo convenida  
mi crédito andará de mano en mano,  
padeciendo mi honor agravio injusto,  
que no dice la fama cosa al justo.

Mas si huyo de tí, fiero enemigo,  
te irrita á que me sigas, pues que huyo;  
si á mi marido en la fortuna sigo,  
todo lo que pretendes queda tuyo:  
ai habiéndole tú muerto estoy contigo;  
mancho la fama y mi opinion destruyo;  
que en parte ya parece que consiente  
quien perdona ligera y fácilmente.

¿Qué medio he de buscar á mal tan fuerte?  
que el cielo ni la tierra no le tiene,  
y aquel forzoso y último, mi suerte  
(porque padezca mas) me lo detiene.  
¡Ay! que si es malo desear la muerte,  
es peor el temerla si conviene:  
que no es pena el morir á los cuidados,  
sino fin de las penas y cuidados.

Mas ya que el ser tú rey y recatado  
la venganza legítima me impida,  
procuraré atajar tu fin dañado  
con nuestra doble y hermandad fingida,  
y cuando pienses verte apoderado,  
quedarás con mi súbita partida  
sin hermana, tesoro y sin derecho,  
y con la infamia del enorme hecho.»

Así la triste reina dolorosa  
sobre el rico sepulcro lamentando  
pasaba vida triste y soledosa,  
la venganza y el tiempo deseando:  
pero de alguna fuerza recelosa,  
de su prudencia y discrecion usando,  
doméstica, amorosa y blandamente  
al hermano escribió, que estaba ausente,

Haciéndole entender que ya cansada  
del llanto y soledad que padecía  
en aquellos palacios y morada,  
no tuvo un tiempo alegre compañía,  
de la triste memoria lastimada,  
dando algun vado á su dolor, quería  
irse con él poniendo fin al lloro,  
con todas sus riquezas y tesoro:

Para lo cual secreta y prestamente  
una fornida flota le enviase,  
donde con todo su tesoro y gente,  
en arribando al puerto se embarcase,  
porque con el seguro conveniente  
el mar que estaba en medio atravesase,  
que era solo el temido impedimento  
de su esperado y último contento.

Llegada, pues, la nueva al ambicioso  
rey de aquello que tanto deseaba,  
viendo que al fin y puerto venturoso  
sus cosas la Fortuna encaminaba,  
alegre mas que nunca y codicioso,  
luego una gruesa flota despachaba  
de naves y galeras, bastecida  
de gente, de regalos y comida.

Llegó al puerto la flota deseada  
con presta y no pensada diligencia,  
lo la gente del rey desembarcada  
fue luego á dar á Dido la obediencia,  
que, mostrando placer de su llegada,  
con loable cuidado y providencia  
hizo luego hospedar toda la gente  
espléndida, cumplida y largamente.

En siendo tiempo la cuidadosa Dido  
á su gente mandó que se aprestase,

y con alarde y público ruido  
los empacados muebles embarcase:  
haciendo que de noche y escondido  
en la nave el tesoro se cargase,  
con tan grande secreto, que ninguno  
tuvo dello noticia ó rastro alguno.

Tenia sesenta cajas prevenidas,  
llenas de gruesa arena y aplomadas,  
de fuertes cerraduras guardadas,  
con dobles planchas de metal herradas:  
estas fueron en público traídas  
donde á vista de todos embarcadas,  
daban muestras que en ellas iba el oro,  
las joyas, las riquezas y tesoro.

Luego Elisa, con tierno sentimiento  
del lastimado pueblo, se embarcaba,  
dando presto la vela al manso viento  
que favorable en popa respiraba:  
la nave con sereno movimiento  
el llano y sosegado mar cortaba,  
comenzando á seguir toda la flota  
de la alta capitana la derrota.

Aquella noche y el siguiente dia  
corrió con viento próspero la armada;  
mas ya que el mar las costas encubria  
y del todo se vió Dido engolfada,  
la noble y obediente compañía,  
al borde de su nave congregada,  
hizo en torno allegar la demás gente,  
que á la vista tambien fuese presente.

Diciéndoles con pecho valeroso,  
que su desigüo y pretension no era  
ir al injusto hermano cauteloso,  
de quien era enemiga verdadera,  
porque con trato y término alevoso,  
debajo de hermandad y fe sincera,  
movido de sacrilego deseo  
habia dado la muerte á su Siquén.

Por donde ella tambien no asegurada  
de sus secretos, fraudes y traiciones,  
queria dejar la cara patria amada,  
su reino, su morada y posesiones:  
y al mar dudoso y vientos entregada,  
buscar nuevas provincias y regiones  
á donde con seguro viviria,  
lejos de su dominio y tiranía.

Y pues que sus riquezas habian sido  
la causa de su daño y perdimiento,  
matándole por ellas el marido,  
y lo serian quizá del seguimiento;  
todas consigo las habia traído,  
con voluntad y resuelto intento  
de echarlas en el mar do pudiesen,  
porque jamás á su poder viniesen.

Hizo luego sacar allí tras esto  
los cofres del arena barreados,  
y con alarde y auto manifiesto  
en el profundo mar fueron lanzados:  
los ministros del rey con triste gesto,  
atónitos, confusos y turbados,  
se miraban, teniendo por estraña  
de la animosa reina la hazaña.

Y por el grave caso discurriendo,  
que mudos y espantados los tenia,  
la furia del rey mozo conociendo,  
que el perdido tesoro aumentaria:  
suspensos y medrosos, no sabiendo  
qué razon ó descargo bastaria  
á que el airado rey no los culpase,  
y en ellos su furor no egeentase.

Pues como la entendida reina viese  
camino y coyuntura aparejada  
por do á su devorion se redujese  
la gente del hermano amedrentada,  
antes que el tiempo y la tardanza diese

lugar á alguna novedad pensada, haciendo sosegar toda la gente, así dijo prosiguiendo lo siguiente:

«Amigos, que del firme intento mio habeis visto á los ojos ya la prueba, y como la Fortuna á su albedrío errando por el ancho mar me lleva: podreis volver si ya no es desvarío, á dar al rey la desabrida nueva del tesoro anegado, y mi huida á tierra y á region no conocida.

Pero ya conoceis por experiencia su irreparable furia acelerada, que, viendo que volveis á su presencia sin el tesoro y prenda deseada, descargará con bárbara impaciencia sobre vuestra cerviz la mano airada, sin escuchar descargo ni disculpa, añadiendo maldad y culpa á culpa.

Y pues es de temer la tiranía y el ímpetu de un mozo rey airado, que así del caro reino y patria nina á buscar nuevas tierras me ha sacado; quien quisiere seguir mi compañía, no se verá de mí desamparado, mas de todo el provecho y bien que espero será participante y compañero.

El lugar y aparejo es oportuno, y para haber consejo me remueve: así que, pues sois sabios, cada uno elija de dos males el mas leve: si al rey volveis no ha de escapar ninguno; y este dolor y lástima me mueve á quereros rogar que vais conmigo, por no ser yo la causa del castigo.

Las muertes figurad y crueldades que en vosotros habrán de ejecutarse: no mireis á las casas y heredades, que todo por la vida es bien dejarse; que en fortunas y grandes tempestades solo en lo que se escapa ha de pensarse, conociendo que están todos los bienes sujetos á peligros y vaivenes.»

A las razones de la reina atentos los turbados ministros estuvieron, y en la perpleja mente y pensamientos mil cosas en un punto resolvieron: al cabo (aunque diversos los intentos) todos de un parecer se resolvieron de seguir hasta el fin en su viaje, dándole la obediencia y vasallaje.

La fe con juramento establecida sin que ninguno dellos refusase, dando vela, á la flota detenida mandó Dido que á Cipro enderezase donde graciosamente recebida, como allí su designio declarase, llevó del ciprioto pueblo amigo ochenta mozas vírgenes consigo,

Para á tiempo casarlas con la gente que en su servicio y devoción llevaba, buscando alguna tierra conveniente donde fundar un pueblo deseaba: así la vía de la Africa al poniente con favorable viento navegaba: mas forzoso será, según me siento, dividir en dos partes este cuento.

### CANTO XXXIII.

Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta: cuenta como fundó á Cartago y la causa porque se maló. Tambien se contiene en este canto la prision de Caupolican.

Muchos entran con ímpetu y corrida por la carrera de virtud fragosa,

y dan en la del vicio mas seguida, de donde es el volver difícil cosa; el paso es llano y fácil la salida de la vida reglada á la anchurosa, y mas ágrío el camino y ejercicio del vicio á la virtud, que della al vicio.

Así Pigmaleon habia tenido señales de virtud en su crianza, y con grandes principios prometido de justo y liberal buena esperanza; pero de la codicia pervertido, hizo en breve sazón tan gran mudanza, que no solo de bienes fue avariento, pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosia de la secreta muerte del cuñado que alegre y contentísimo vivia en la ley de hermandad asegurado: mayormente que entonces parecia el rey á la virtud aficionado; que no hay maldad mas falsa y engañosa que la que trae la muestra virtuosa.

Esta no le salió como pensaba, sino al contrario en todo y diferente, pues no solo no vió lo que esperaba, pero perdió las naves y la gente: la reina viento en popa navegaba, como dije, la vuelta del poniente, tocando con sus naves y galeras en algunas comarcas y riberas.

Torció el curso á la diestra bordeando, de las vadosas Sirte recelosa, y á vista de Licudia atravesando, corrió la costa de Africa arenosa: y siempre tierra á tierra navegando, pasó por entre el Ciervo y Lampadosa, llegando en salvo á Tínez con armada, por el fatal decreto allí guiada;

Donde viendo el capaz y fértil suelo, de frutíferas plantas adornado, y el aire claro, y el sereno cielo clemente al parecer y muy templado; perdido del hermano ya el recelo, por verle tan distante y apartado, quiso fundar un pueblo de cimientto, haciendo en él su habitacion y asiento;

Para lo cual trató luego de hecho con los vecinos que en el sitio habia le vendiesen de tierra tanto trecho cuanto un cuero de buey circundaria: los moradores viendo que provecho de su contratacion se les seguia, con la reina en el precio convenidos, hicieron sus asientos y partidos.

Hecha la paga, el sitio señalado, mandó Dido buscar con diligencia un grande y grueso buey, que desollado, hizo estirar el cuero en su presencia; y en tiras sutilísimas cortado, tanto trecho tomó, que á la prudencia de la reina sagaz y aviso extraño le quisieron poner nombre de engaño.

Pero recompensó la demasia, dejándolos contentos y pagados, descubriendo á los suyos que traía los ocultos tesoros escapados: que usado del ardid y astucia habia de los cofres de arena al mar lanzados, porque cuando el hermano lo supiese, faltando la ocasion, no la siguiese.

Corregidas las faltas y defectos al orden de vivir perjudiciales, fueron por la prudente reina electos cónsules, magistrados y oficiales; y traídos maestros y arquitectos,

juntos los necesarios materiales, dió principio la reina valerosa á la labor de la ciudad famosa.

Fue la ciudad por órden fabricada, mostrándose los Hados muy propicios, en breve ennoblecida y ilustrada, de suntuosos y altos edificios; y la nueva república ordenada, leyes instituyó, criando oficios con que el pueblo en razon se mantuviese, y en paz y órden política viviese.

Y por el gran valor y entendimiento con que el pueblo obediente gobernaba, iba siempre el concurso en crecimiento y los términos cortos dilatábase: así que, el trato y agradable asiento los ánimos y gustos provocaba, viniendo á vecindarse muchas gentes de tierras y lugares diferentes.

Y como en estos tiempos aun no habia la invencion del papel despues hallada, que en pieles de animales se escribía, y era cualquiera piel *carta* llamada, del cual nombre aun usamos hoy en día así aquella ciudad edificada en el lugar por una piel medido, de *carta* la llamó *Cartago* Dido.

Hízose en poco tiempo tan famosa y de tanta grandeza y eminencia, que era cosa de ver maravillosa el trato de las gentes y frecuencia: mostrando aquella reina valerosa en gobernar al pueblo tal prudencia, que muchos otros príncipes y reyes de su nueva ciudad tomaron leyes.

Y aunque era tal su ser, tal su cordura que por diosa vinieron á tenella, ninguna de su tiempo en hermosura pudo ponerse al paragon con ella: así que, por milagro de natura, como cosa no vista iban á vella; que no sé en las idólatras del suelo á quién mayores partes diese el cielo.

Grandes matronas hubo que animosas por la fama á la muerte se entregaron; otras que por hazanas milagrosas las opresas repúblicas libraron; pero todas perfectas tantas cosas como en Dido, en ninguna se juntaron; fue rica, fue hermosa, fue castísima, sabia, sagaz, constante y prudentísima.

Llegó luego la voz desto al oído del franco Yarbas, rey musulitano, mozo brioso y de valor, temido en todo el ancho término africano; el cual con juvenil furia movido de un impaciente y nuevo amor lozano, á la reina despacha embajadores de su consejo y reino los mayores.

Pidiéndole que, en pago del tormento que por ella pasaba cada hora, quisiese con felice casamiento de su persona y reino ser señora: donde no, que con justo sentimiento (como de tan gran rey despreciadora) sobre ella con ejército vendría y su gente y ciudad asolaría.

Hecha, pues, la embajada en el senado; que no quiso la reina estar presente, les fue á los senadores intimado el ruego y la amenaza juntamente. Causóles turbacion, considerado el casto voto y vida continente que la constante reina profesaba, que al intento de Yarbas repugnaba

Luego que los ancianos entendieron la demanda de Yarbas arrogante, llevar por artificio pretendieron el negocio difícil adelante:

así que, ante la reina parecieron con triste rostro y tímido semblante, bajos los ojos, la color turbada, mostrando desplacer con la embajada,

Diciéndole: «Sabrás que, habiendo oído Yarbas tu buen gobierno y regimiento, por la buena fama encrecido, y desta tu ciudad el crecimiento, de una loable pretension movido, pide que sin algun detenimiento veinte de tu consejeros instrutos vayan á reformar sus estatutos.

Y siendo de sufrir áspera cosa, impropia á nuestra edad y profesiones, dejar la patria cara y paz sabrosa por ir á incultas tierras y naciones á corregir de gente sediciosa las costumbres y viejas condiciones, todos tus consejeros lo rehusan y con causas legítimas se escusan.

Viendo que el caro y último sosiego sin esperanza de volver perdemos, y no condescendiendo al impío ruego en gran peligro la ciudad ponemos: pues con grueso poder y armada luego al indignado jóven rey tendremos para aselar á hierro y liera llama tu pueblo insigne y celebrada fama.

Esto es, en suma, lo que Yarbas pide con ruegos de amenaza acompañados, pero nuestra cansada edad lo impide, y las leyes nos hacen jubilados: pues no es razon, si por razon se mide, que de largos trabajos quebrantados dejemos nuestras casas y manida en el último tercio de la vida.

Si á los peligros en la edad primera por adquirir honor nos arrojamus, es bien que en la cansada postrimera gocemos del descanso que ganamos: y á nuestra abandonada cabecera, al tiempo incierto del morir, tengamos quien nos cierre los ojos con ternura y dé á nuestras cenizas sepultura.

Y pues tiene de ser en tu presencia esta prejudicial demanda puesta, conviene que con maña y advertencia te prevengas de medios y respuesta: atajando tu seso y providencia el mal que el mauritano rey protesta, de modo que la paz y amor conserves y de nuevos trabajos nos reserves.»

Estuvo atenta allí la reina Elisa á la compuesta habla artificiosa, y con alegre rostro y grave risa, aunque sentía en el ánimo otra cosa, á todos los trato y miró de guisa tan agradable, blanda y amorosa, que si en verdad la relacion pasara, de sus casas y quicios los sacara,

Diciendo: «Amigos caros que á los Hados jamás es vi rendidos vez alguna, y en los grandes peligros, esforzados, hicistes siempre rostro á la Fortuna: ¿Cómo de tantas prendas olvidados en tan justa ocasion, por solo una breve incomodidad de una jornada quereis ver vuestra patria arruinada?

Es á todos comun, á todos llano, que debe (como miembro y parte unida) poner por su ciudad el ciudadano

no solo su descanso, mas la vida ;  
y por razon y por derecho humano ,  
de justa deuda natural debida ,  
á posponer el hombre está obligado  
por el sosiego público el privado.

Al alto y grande Júpiter pluguiera  
que bastara á ofrecer la vida mia ,  
que presto el judicioso mundo viera  
cuán voluntariamente la ofrecia !  
Y pues habeis pasado la carrera  
por tan estrecha y trabajosa via ,  
no es bien que al rematar tan largo trecho  
borreis y deshagais euanto habeis hecho .»

Visto los senadores cómo Dido  
por el camino de razon llevada  
en el armado lazo habia caido  
en sus mismas palabras enredada ,  
cambiando en rostro alegre el afligido ,  
las manos altas , y la voz alzada ,  
le dicen : « Todos juntos como estamos  
tus urgentes razones aprobamos .

Justamente, señora, sentenciaste,  
sacándonos de duda y grande aprieto,  
que no hay razon tan eficaz que baste  
contra la autoridad de tu decreto :  
y porque tiempo en esto no se gaste ,  
es bien que te aclaremos el secreto ,  
pues por ningun respeto ni avenencia  
puedes contravenir á tu sentencia .

Sabrás, reina, que Yarbas no te envia  
por tus ancianos viejos impedidos ,  
que en todo buen gobierno y policia  
tiene su reino y pueblos corregidos :  
solo quiere tu gracia y compañía ,  
ofreciéndote en dote mil partidos ,  
con útiles y honrosas condiciones  
y un infinito número de dones .

Advierte que si acaso no acetares  
el santo conyugal ayuntamiento ,  
y con errado acuerdo despreciarés  
su larga voluntad y ofrecimiento ,  
harás que el hierro y llamas militares  
asuelen á Cartago de eimiento ;  
así que, en tu eleccion y á tu esecogida  
quedará la guerra ó paz comprometida :

Que si el buen ciudadano alegremente  
debe ofrecerse por la patria amiga ,  
con mas razon y fuerza mas urgente  
como cabeza á ti la ley te obliga ;  
y no puedes por causa suficiente  
dejar de redimir nuestra fatiga ,  
dándonos con el tiempo prosperado  
la sucesion y fruto deseado .

Cuando á seguir estés determinada  
el casto infrutuoso presupuesto ,  
mira á tus piés esta ciudad postrada  
y al inocente cuello el lazo puesto ,  
que por ti renunció la patria amada ,  
debajo de promesa y de protesto  
que al descanso y quietud que pretendias  
el sosiego comun antepondrias .»

Sintió la reina tanto al imprevisto  
la gran demanda y condicion propuesta ,  
que, por mas que encubrir la pena quiso ,  
della el rostro señal dió manifiesta ;  
mas con su discrecion y grande aviso ,  
suspendiendo algun tanto la respuesta ,  
soltó la voz serena y sosegada  
que la gran turbacion tenia trabada ,

Diciéndoles : « Amigos, yo quisiera ,  
para que todo escándalo se evite ,  
que responderos luego yo pudiera ,  
antes que Yarbas mas nos necesite :  
pero el negocio y caso es de manera ,  
que mi estado y canoza no permite

que me resuelva á responder tan presto ,  
aunque os parezca á todos que es honesto ;

Que es mostrar liviandad : y demás deso  
falto á la obligacion y fe que debo ,  
si del intento casto y voto espreso  
á la primera persuasion me muevo ,  
borrando el inviolable sello impreso  
de mi primero amor con otro nuevo .  
Así que , combatida de contrarios ,  
son el tiempo y consejo necesarios .

Tres meses pido , amigos, solamente  
para acordar lo que se debe en esto ,  
y dar satisfaccion de mí á la gente  
en no determinarme así tan presto :  
que el libertado vulgo maldiciente  
aun quiere calumniar lo que es honesto ;  
y como instituidores de las leyes ,  
tienen mas ojos sobre sí los reyes .

Yarbas no se dará por enemigo  
en cuanto el fin de los tres meses llega ,  
y pasado este término me obligo  
de responderle grata á lo que ruega  
tomar , pues , menos plazo del que digo  
mi honestidad y estimacion lo niega ;  
y no conviene á Dido dar disculpa ,  
que es indicio de error y arguye culpa .»

Cerróse aquí la reina, y fue forzado  
hacer con los de Yarbas nuevo asiento  
que aguardasen el tiempo señalado  
para determinar el casamiento :  
los cuales , por el ruego del senado  
y el gracioso hospedaje y tratamiento ,  
quedaron en Cartago aquellos dias  
con grandes regocijos y alegrías .

Y aunque el senado en la demanda instaba  
por el provecho y general sosiego ,  
la reina la respuesta dilataba ,  
dando gratos oídos á su ruego :  
y entretanto en secreto aparejaba  
lo que tenia pensado desde luego ,  
que era acabar la vida miserable  
primero que mudar la fe inmutable .

Llegado aquel funesto último dia ,  
el pueblo en la ancha plaza congregado ,  
ricamente la reina se vestía ,  
subiendo en un esento y alto estrado ,  
al pié del cual una hoguera habia  
para la inuola y sacrificio usado ,  
de donde á los atentos circunstantes  
les dijo las palabras semejantes :

« ¡ Oh fieles compañeros, que continuo  
en todos los trabajos lo mostrastes ,  
que por seguir mis Hados y camino  
vuestras casas y patria renunciastes !  
hoy la Fortuna y áspero Destino ,  
por el último fin de sus contrastes ,  
me fuerzan á dejar á costa mia  
vuestra cara y amable compañía .

Si apartarme de amigos tan leales  
hace esta mi partida dolorosa ,  
los consultados dioses celestiales  
no disponen ni pueden otra cosa :  
y así , por desviar los grandes males  
que tienen á Cartago temerosa ,  
pues ponen en mis manos el remedio ,  
quiere quitar la causa de por medio :

Que pues del Cielo el áspero decreto  
de poder tener bien me inhabilita ,  
y el ver á mi ciudad puesta en aprieto  
á quebrantar la fe me necesita ;  
quiere cortar á Yarbas el sugelo  
del engañado amor que así le incita ,  
dando á mi vida fin , pues deste modo  
faltando la ocasion cesará todo .

Esto será con darme yo la muerte ;

y aunque os parezca este remedio extraño,  
es mas fácil, mas breve y menos fuerte,  
y en fin, particular y poco el daño :  
pues, sin peligro vuestro, desta suerte  
saldrá el errado Yarbás de su engaño,  
y yo conservaré con mas pureza  
del casto y viudo lecho la limpieza.

Hoy por el precio de una corta vida  
la vejacion redimo de Cartago,  
dejando ejemplo y ley establecida  
que os obligue á hacer lo que yo hago;  
y con mi limpia sangre aquí esparcida  
al cielo y á la tierra satisfago;  
pues muero por mi pueblo y guardo entera  
con inviolable amor la fe primera.

No lamenteis mi muerte anticipada,  
pues el cielo la aprueba y solemniza;  
que una breve fatiga y muerte honrada  
asegura la vida y la eterniza :  
que si el cuchillo de la Parca airada  
al que quiere vivir le atemoriza,  
do os debe de pesar si Dido muere,  
nues vive el que se mata cuando quiere.

Adios, adios amigos, que ya os veo  
libres, y á mi marido satisfecho.»  
Y no les dijo mas con el deseo  
que tenia de acabar el fiero hecho :  
así, llamando el nombre de Siquéo,  
se abrió con un puñal el casto pecho,  
dejándose caer de golpe luego  
sobre las llamas del ardiente fuego.

Fue su muerte sentida en tanto grado,  
que gran tiempo en Cartago la lloraron,  
y en memoria del caso señalado  
un suntuoso templo le fundaron,  
donde con sacrificio y culto usado,  
mientras las cosas prósperas duraron,  
de aquella su ciudad ennoblecida  
por diosa de la patria fue tenida.

Y aborreciendo el nombre de señores,  
muerta la memorable reina Dido,  
por cien sabios ancianos senadores  
de allí adelante el pueblo fue regido;  
y creciendo el concurso y moradores  
vino á ser poderoso, y tan temido,  
que un tiempo á Roma en su mayor grandeza  
le puso en gran trabajo y estrechez.

Este es el cierto y verdadero cuento  
de la famosa Dido disfamada,  
que Virgilio Maron sin miramiento  
falsó su historia y castidad preciosa  
por dar á sus ficciones ornamento,  
pues vemos que esta reina importunada,  
pudiéndose casar y no quemarse,  
antes quemarse quiso que casarse.

Iban todos atentos escuchando  
el extraño suceso peregrino  
cuando al fuerte llegamos, acabando  
la historia juntamente y el camino,  
y en é! aquella noche reposando,  
venida la mañana nos convino  
procurar de tener con diligencia  
del buscado enemigo inteligencia.

Mas un indio que acaso inadvertido  
fue de una escolta nuestra prisionero,  
hombre en las muestras de ánimo atrevido,  
suelto de manos y de piés ligero,  
con promesas y dádivas vencido  
dijo : «Yo me resuelvo y me profiero  
de daros llanamente hoy en la mano  
al grande general Caupolicano.

En un áspero bosque y espesura,  
nueve millas de Ongolmo desviado,  
está un sitio muy fuerte por natura  
de ciénagas y fosos rodeado,

donde por ser la tierra tan segura  
anda de solos diez acompañado,  
hasta que vuestra próspera creciente  
aplaque el gran furor de su corriente.

Por una estrecha y desusada via,  
sin que pueda haber dello sentimiento,  
seré en la noche oscura yo la guía  
llevando á vuestra gente en salvamento;  
y antes que se descubra el claro día  
dareis en el oeuulto alojamiento,  
donde á cumplir del todo yo me obligo  
pena de la cabeza lo que digo.»

Fue la razon del mozo bien oida,  
viéndole en su promesa tan constante;  
y así luego una escuadra prevenida  
de gente esperta y número bastante,  
para toda sospecha apercebida,  
llevando al indio amigo por delante,  
salió á la prima noche en gran secreto,  
con paso largo y caminar quiéto.

Por una senda angosta é intricada,  
subiendo grandes cuestas y bajando,  
del solícito bárbaro guiada  
iba á paso tirado caminando :  
mas la oscura tiniebla adegazada  
por la vecina aurora, reparando  
junto á un arroyo y pedregosa fuente,  
volvió el indio diciendo á nuestra gente :

«Yo no paso adelante, ni es posible  
seguir este camino comenzado,  
que el hecho es grande y el temor terrible,  
que me detiene el paso acobardado :  
imaginando aquel aspecto horrible  
del gran Caupolican contra mí airado,  
cuando venga á saber que solo he sido  
el soldado traidor que le ha vendido.

Por este arroyo arriba, que es la guía,  
aunque sin rastro alguno ni vereda,  
dareis presto en el sitio y rancheria  
que está en medio de un bosque y arboleda :  
y antes que aclare el ya vecino día  
os dad prisa á llegar, porque no pueda  
la centinela descubrir del cerro  
vuestra venida oculta y mi gran yerro.

Yo me vuelvo de aquí, pues he cumplido  
dejándoos como os dejo en este puesto,  
á donde salvamente os he traído;  
poniéndome á peligro manifiesto :  
y pues al punto justo habeis venido,  
os conviene dar prisa y llegar presto,  
que es irrecuperable y peligrosa  
la pérdida del tiempo en toda cosa :

Y si sienten ruinar desta venida,  
el sitio es ocupado y penascoso,  
fácil y sin peligro la huida  
por un derrumbadero montuoso :  
mirad que os daña ya la detenida,  
seguid hoy vuestro llado venturoso,  
que menos de una milla de camino  
teneis al enemigo ya vecino.»

No por caricia, oferta ni promesa  
quiso el indio mover el pié adelante,  
ni amenaza de muerte ó vida opresa  
á sacarle del tema fue bastante :  
y viendo el tiempo corto y que la prisa  
les era á la sazón tan importante;  
dejándole amarrado á un grueso pino,  
la relacion siguieron y camino.

Al cabo de una milla, y á la entrada  
de un arcabuco lóbrego y sombrío,  
sobre una espesa y áspera quebrada  
dieron en un pajizo y gran bohío :  
la plaza en rededor fortificada  
con un despeñadero sobre un río,  
y cerca dél cubiertas de espadañas



chozas, casillas, ranchos y cabañas.

La centinela en esto descubriendo de la punta de un cerro nuestra gente, dió la voz y señal apercibiendo al descuidado general valiente : pero los nuestros en tropel corriendo le cercaron la casa de repente, saltando el fiero bárbaro á la puerta, que ya á aquella sazón estaba abierta.

Mas viendo el paso en torno embarazado y el presente peligro de la vida, con un martillo fuerte y acerado quiso abrir á su modo la salida : y alzándole á dos manos , empujando, por dille mayor fuerza á la caída, topó una viga arriba atravesada dó la punta encarnó y quedó trabada ;

Pero un soldado á tiempo atravesando por delante, acercándose á la puerta, le dió un golpe en el brazo, penetrando los músculos y carne descubierta : en esto el paso el indio retirando, visto el remedio y la defensa incierta, amonestó á los suyos que se diesen y en ninguna manera resistiesen.

Salió fuera sin armas, requiriendo que entrasen en la estancia asegurados, que eran pobres soldados que huyendo andaban de la guerra amedrentados : y así, con prisa y turbación, temiendo ser de los forajidos salteados, á la ocupada puerta había salido, de las usadas armas prevenido.

Entraron de tropel, donde hallaron ocho ó nueve soldados de importancia, que rendidas las armas, se entregaron con muestras aparentes de ignorancia : todos atrás las manos los ataron repartiendo el despojo y la ganancia, guardando al capitán disimulado con dobladas prisiones y cuidado ;

Que aseguraba con sereno gesto ser un bajo soldado de linaje ; pero en su talle y cuerpo bien dispuesto daba muestra de ser gran personaje. Gastóse gran espacio y tiempo en esto, tomando de los otros mas lenguaje, que todos contestaban que era un hombre de estimación común y poco nombre.

Ya entre los nuestros á gran furia andaba el permitido robo y grita usada, que rancho, casa y choza no quedaba que no fuese deshecha y saqueada, cuando de un toldo que vecino estaba sobre la punta de la gran quebrada se arrojó una mujer, huyendo apriesa por lo mas agrio de la breña espesa.

Pero alcanzóla un negro á poco trecho, que tras ella se echó por la ladera, que era intrincado el paso y muy estrecho y ella no bien usada en la carrera : llevaba un mal envuelto niño al pecho de edad de quince meses, el cual era prenda del preso padre desdichado, con grande estremo del y della amado.

Trájola el negro suelta, no entendiendo que era presa y mujer tan importante : en esto ya la gente iba saliendo al tino del arroyo resonante, cuando la triste Palla, descubriendo al marido, que preso iba adelante, de sus insignias y armas despojado, en el monton de la canalla atado,

No reventó con llanto la gran pena, ni de flaca mujer dió allí la muestra :

antes de furia y viva rabia llena, con el hijo delante se le muestra diciendo : «La robusta mano ajena que así ligó tu afeminada diestra, mas clemencia y piedad contigo usara si ese cobarde pecho atravesara.

¿Eres tú aquel varon que en pocos dias hinchió la redondez de sus hazñas, que con solo la voz temblar hacías las remotas naciones mas estrañas ? ¿Eres tú el capitán que prometías de conquistar en breve las Españas y someter el ártico hemisferio al yugo y ley del auracano imperio ?

¡Ay de mí ! como andaba yo engañada con mi altiveza y pensamiento ufano, viendo que en todo el mundo era llamada Fresia mujer del gran Caupolicano : y agora, miserable y desdichada, todo en un punto me ha salido vano, viéndote prisionero en un desierto, pudiendo haber honradamente muerto.

¿Qué son de aquellas pruebas peligrosas, que así costaron tanta sangre y vidas : las empresas difíciles dudosas por tí con tanto esfuerzo acometidas ?

¿qué es de aquellas victorias gloriosas de esos atados brazos adquiridas ? ¿Todo, al fin, ha parado y se ha resuelto en ir con esa gente infame envuelto ?

Dime, ¿faltóte esfuerzo, faltó espada para triunfar de la mudable diosa ? No sabes que una breve muerte honrada hace inmortal la vida y gloriosa ?

Miraras á esta prenda desdichada, pues que de tí no queda ya otra cosa ; que yo, apenas la nueva me viniera, cuando muriendo alegre te siguiera,

Toma, toma tu hijo, que era el fudo con que el lícito amor me había ligado ; que el sensible dolor y golpe agudo estos fértiles pechos han secado : cria, cria tú, que ese membrudo cuerpo, en sexo de hembra se ha trocado ; que yo no quiero título de madre del hijo infame del infame padre.»

Diciendo esto, colérica y rabiosa el tierno niño le arrojó delante, y con ira frenética y furiosa se fue por otra parte en el instante : en fin, por abreviar, ninguna cosa de ruegos ni amenazas fue bastante á que la madre ya cruel volviese, y el inocente hijo recibiese.

Diéronle nueva madre, y comenzaron á dar la vuelta y á seguir la vía, por la cual á gran prisa caminaron, recobrando al pasar la fida guía que atada al troneo por temor dejaron ; y en larga escuadra al declinar del día entraron en la plaza embanderada, con gran aplauso y alardosa entrada.

Hizose con los indios diligencia porque con mas certeza se supiese si era Caupolican. que su apariencia daba claros indicios que lo fuese : pero ni ausente del ni en su presencia hubo entre tantos uno que dijese que era mas que un incógnito soldado, de baja estofa y sueldo moderado ;

Aunque algunos después mas animados, cuando en particular los apretaban, de su cercana muerte asegurados, el sospechado engaño declaraban : pero luego delante del llevados,

cón medroso temblor se retractaban,  
negando la verdad ya comprobada,  
por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso,  
y que encubrirse al cabo no podía,  
dejando aquel remedio infructuoso  
quiso tentar el último que había;  
y así, llamando al capitán Reinoso,  
que luego vino á ver lo que quería,  
le dijo con sereno y buen semblante  
lo que dirán mis versos adelante.

#### CANTO XXXIV.

*Habla Caupolican á Reinoso, y sabiendo que ha de morir se vuelve cristiano: muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado. Los araucanos se juntan á la elección del nuevo general.*

¡Oh vida miserable y trabajosa  
á tantas desventuras sometida!  
¿prosperidad humana sospechosa,  
pues nunca hubo ninguna sin caída!  
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa  
que no sea amarga al cabo y desabrida?  
No hay gusto, no hay placer sin su descuento,  
que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido,  
á quien la vida larga ha deslustrado;  
que el mundo los hubiera preferido  
si la muerte se hubiera anticipado:  
Anibal desto buen ejemplo ha sido,  
y el cónsul que, en Farsalia derrocado,  
perdió, por vivir mucho, no el segundo,  
mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,  
famoso capitán y gran guerrero,  
que en el término américo-indiano  
tuvo en las armas el lugar primero:  
mas cargóle Fortuna así la mano,  
dilatándole el término postrero,  
que fue mucho mayor que la subida  
la miserable y súbita caída.

El cual, reconociendo que su gente  
vacilando en la fe titubeaba;  
viendo que ya la próspera creciente  
de su fortuna apriesa declinaba,  
hablar quiso á Reinoso claramente,  
que venido á saber lo que pasaba,  
presente el congregado pueblo todo,  
habló el bárbaro grave deste modo:

«Si á vergonzoso estado reducido  
me hubiera el duro y áspero Destino,  
y si esta mi caída hubiera sido  
debajo de hombre y capitán indino,  
no tuve el brazo así desfallecido  
que no abriera á la muerte yo camino  
por este propio pecho con mi espada,  
cumpliendo el curso y misera jornada;

Mas, juzgándote digno y de quien puedo  
recebir sin vergüenza yo la vida,  
lo que de mí pretendes te concedo  
luego que á mí me fuere concedida;  
ni pienses que á la muerte tengo miedo,  
que aquesa es de los prósperos temida;  
y en mí por esperiencias he probado  
cuán mal le está el vivir al desdichado.

Yo soy Caupolican, que el hado mío  
por tierra derrocó mi fundamento,  
y quien del araucano señorío  
tiene el mando absoluto y regimiento:  
la paz está en mi mano y albedrío,  
y el hacer y afirmar cualquier asiento,  
pues tengo por mi cargo y providencia  
toda la tierra en freno y obediencia.

Soy quien mató á Valdivia en Tucapel,

y quien dejó á Purén desmantelado;  
soy el que puso á Penco por el suelo,  
y el que tantas batallas ha ganado:  
pero el revuelto ya contrario cielo,  
de victorias y triunfos rodeado,  
me ponen á tus pies á que te pida  
por un muy breve término la vida.

Cuando mi causa no sea justa, mira  
que el que perdona mas es mas clemente;  
y si á venganza la pasión te tira,  
pedirte yo la vida es suficiente:  
aplaca el pecho airado, que la ira  
es en el poderoso impertinente;  
y si en darme la muerte estás ya puesto,  
especie de piedad es darla presto.

No pienses que aunque muera aquí á tus manos  
ha de faltar cabeza en el estado,  
que luego habrá otros mil Caupolicanos,  
mas como yo ninguno desdichado:  
y pues conoces ya á los araucanos,  
que dellos soy el mínimo soldado,  
tentar nueva fortuna error sería,  
yendo tan cuesta abajo ya la mia.

Mira que á muchos vences en vencerte,  
frena el ímpetu y cólera dañosa,  
que la ira examina al varón fuerte,  
y el perdonar venganza es generosa;  
la paz comun destruyes con mi muerte,  
suspende ahora la espada rigurosa,  
debajo de la cual están á una  
mi desnuda garganta y tu fortuna.

Aspira á mas, á mayor gloria atiende,  
no quieras en poca agua así anegarte,  
que lo que la fortuna aquí pretende  
solo es que quieras della aprovecharte;  
conoce el tiempo y tu ventura entiende,  
que estoy en tu poder, ya de tu parte,  
y muerto no tendrás de cuanto has hecho  
sino un cuerpo de un hombre sin provecho.

Que si esta mi cabeza desdichada  
pudiera ¡oh capitán! satisfacerte,  
tendiera el cuello á que con esa espada  
renatáras aquí mi triste suerte:  
pero deja la vida condenada  
el que procura apresurar su muerte,  
y mas en este tiempo que la mia  
la paz universal perturbaría.

Y pues por la esperiencia claro has visto  
que libre y preso, en público y secreto,  
de mis soldados soy temido y quisto,  
y está á mi voluntad todo sujeto:  
haré yo establecer la ley de Cristo,  
y que sueltas las armas, te prometo  
vendrá toda la tierra en mi presencia  
á dar al rey Felipe la obediencia.

Tenme en prision segura retirado  
hasta que cumpla aquí lo que pusiere;  
que yo sé que el ejército y senado  
en todo aprobarán lo que hiciere:  
y el plazo puesto y término pasado,  
podré también morir si no cumpliere;  
escoge lo que mas te agrada desto,  
que para ambas fortunas estoy presto.»

No dijo el indio mas, y la respuesta  
sin turbación mirándole atienda,  
y la importante vida ó muerte presta  
callando con igual rostro pedia:  
que por mas que fortuna contrapuesta  
procuraba abatirle no podía,  
guardando, aunque vencido y preso, en todo  
cierto término libre y grave modo.

Hecha la confesion como lo escribo,  
con mas rigor y priesa que advertencia  
luego á empalar y asaeitarle vivo  
fue condenado en pública sentencia.

No la muerte y el término escaseo causó en su gran semblante diferencia, que nunca por mudanzas vez alguna pudo mudarle el rostro la fortuna.

Pero mudóle Dios en un momento, obrando en él su poderosa mano, pues con lumbré de fe y conocimiento se quiso bautizar y ser cristiano: causó lástima y junto gran contento al circunstante pueblo castellano, con grande admiración de todas gentes y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste, aunque felice día, que con solemnidad le bautizaron, y, en lo que el tiempo escaseo permitia, en la fe verdadera le informaron, cercado de una gruesa compañía de bien armada gente le sacaron á padecer la muerte consentida, con esperanza ya de mejor vida,

Descalzo, destocado, á pié, desnudo; dos pesadas cadenas arrastrando, con una soga al cuello y grueso hudo de la cual el verdugo iba tirando,



cercado en torno de armas, y el menudo pueblo detrás, mirando y remirando si era posible aquello que pasaba, que visto por los ojos aun dudaba.

De esta manera, pues, llegó al tablado que estaba un tiro de arco del asiento, media pica del suelo levantado, de todas partes á la vista esento; donde con el esfuerzo acostumbrado, sin mudanza y señal de sentimiento, por la escala subió tan desenvuelto como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo mas alto, revolviendo á un lado y otro la serena frente, estuvo allí parado un rato viendo el gran concurso y multitud de gente, que el increíble caso y estupendo atónita miraba atentamente, teniendo á maravilla y gran espanto haber podido la fortuna tanto.

Llegóse él mismo al palo donde habia de ser la atroz sentencia ejecutada, con un semblante tal, que parecia tener aquel terrible trance en nada,

decidiendo: «Pues el llado y Suerte mia me tienen esta muerte aparejada, venga, que yo la pido, yo la quiero, que ningún mal hay grande si es postrero.»

Luego llegó el verdugo diligente, que era un negro geloso, mal vestido, el cual viéndole el bárbaro presente para darle la muerte prevenido, bien que con rostro y ánimo paciente las afrentas demás había sufrido, sufrir no pudo aquella, aunque postrera, diciendo en alta voz desta manera.

«¿Cómo qué? ¿en cristiandad y pecho honrado cabe cosa tan fuera de medida, que á un hombre como yo tan señalado le dé muerte una mano así abatida? Basta, basta morir al mas culpado, que al fin todo se paga con la vida; y es usar deste término conmigo inhumana venganza y no castigo.

¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas contra mí se arrancaron á porfia, que usada á nuestras miserias gargantas cercenara de un golpe aquesta mia? Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas maneras la fortuna en este día, acabar no podrá que bruta mano toque al gran general Caupolicano.»

Esto dicho, y alzando el pié derecho (aunque de las cadenas impedido) dió tal coz al verdugo, que gran trecho le echó rodando abajo mal herido: reprehendido el impaciente hecho, y él del súbito enojo reducido, le sentaron despues con poca ayuda sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante, por mas que las entrañas le rompiese barrenándole el cuerpo, fue bastante á que al dolor intenso se rindiese: que con sereno término y semblante, sin que labio ni ceja retorciese, sosegado quedó de la manera que si asentado en tálamo estuviera.

En esto seis flecheros señalados, que prevenidos para aquello estaban treinta pasos de trecho desviados, por orden y despacio le tiraban: y, aunque en toda maldad ejercitados, al despedir la flecha vacilaban, temiendo poner mano en un tal hombre, de tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas fortuna cruel, que ya tenía tan poco por hacer y tanto hecho, si tiro alguno avieso allí salía, forzando el curso le traía derecho: y en breves, sin dejar parte vacía, de cien flechas quedó pasado el pecho, por do aquel grande espíritu echó fuera, que por menos heridas no cupiera.

Paréceme que siento enternecido al mas cruel y endurecido oyente deste bárbaro caso referido, al cual, señor, no estuve yo presente, que á la nueva conquista había partido de la remota y nunca vista gente; que si yo á la sazón allí estuviera la cruda ejecución se suspendiera.

Quedó abiertos los ojos, y de suerte que por vivo llegaban á mirarle, que la amarilla y afreada muerte no pudo aun puesto allí desfigurarle: era el miedo en los bárbaros tan fuerte que no osaban dejar de respetarle; ni allí se vió en alguno tal denuedo

que puesto cerca dél no hubiese miedo.

La voladora fama presurosa derramó por la tierra en un momento la no pensada muerte ignominiosa, causando alteracion y movimiento: luego la turba incrédula y dudosa, con nueva turbacion y desatiento, corre con prisa y corazon incierto á ver si era verdad que fuese muerto.

Era el número tanto que bajaba del contorno y distrito comarecano, que en mucha y apiñada rueda estaba siempre cubierto el espacioso llano: credito allí á la vista no se daba, si ya no le tocaba con la mano, y, aun tocado, despues le parecia que era cosa de sueño ó fantasía.

No la afrentosa muerte impertinente para temor del pueblo ejecutada, ni la falta de un hombre así eminente, en que nuestra esperanza iba fundada, amedrentó ni acobardó la gente: antes de aquella injuria provocada á la cruel satisfaccion aspira llena de nueva rabia y mayor ira.

Unos con sed rabiosa de venganza por la afrenta y oprobio recibido, otros con la codicia y esperanza del oficio y baston ya pretendido, antes que sosegase la tardanza el ánimo del pueblo removido, daban calor y fuerzas á la guerra, incitando á furor toda la tierra.

Si hubiese de escribir la bravaria de Tucapel, de Rengo y Lepomande; Orompello, Lincoya y Lebopía, Purén, Cayocupil y Mareande, en un espacio largo no podría, y fuera menester libro mas grande, que cada cual con hervoroso afecto pretende allí y aspira á ser electo.

Pero el cacique Colocolo, viendo el daño de los muchos pretendientes, como prudente y sabio, conociendo pocos para el gran cargo suficientes, su anciana autoridad interponiendo, les hizo mensajeros diligentes para que se juntasen á consulta en lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban, luego para la junta se aprestaron, y muchos, recelando que tardaban, la diligencia y paso apresuraron: otros que á otro camino enderezaban, por no se declarar no rebuscaron, siguiendo sin faltar un hombre solo el sabio parecer de Colocolo.

Fue entre ellos acordado que viniesen solos á la ligera sin bullicio, porque los enemigos no tuviesen de aquella nueva junta algun indicio, haciendo que de todas partes fuesen indios que con industria y artificio instasen en la paz siempre ofrecida con nuestra humilde y contricion fingida.

El plazo puesto y sitio señalado, en un cómodo valle y escondido, la convocada gente del senado al término llegó constituido; y entre ellos Tucapel determinado de por bien ó por mal ser elegido, y otros que con mejores fundamentos mostraban sus preñados pensamientos.

Siento fraguarse nuevas disensiones, moverse gran discordia y diferencia.

hervir con ambicion los corazones,  
brotar el odio antiguo y competencia,  
variar los designios y opiniones,  
sin manera ó señal de conveniencia,  
fundando cada cual su desvarío  
en la fuerza del brazo y albedrío.

Entrados, como digo, en el consejo  
los caciques y nobles congregados,  
todos con sus insignias y aparejo,  
según su antigua preeminencia armados,  
Colocolo, sagaz y cauto viejo,  
viéndolos en los rostros demudados,  
aunque aguardaba á la sazón postrera,  
adelantó la voz desta manera...

Pero si no os cansais, señor, primero  
que os diga lo que dijo Colocolo,  
tomar otro camino largo quiero  
y volver el designio á nuestro polo:  
que, aunque á deciros mucho me profiero,  
el sugeto que tomo basta solo  
á levantar mi baja voz cansada,  
de materia hasta aquí necesitada.

Mas, si me dais licencia, yo querría  
(para que mas á tiempo esto reliera)  
alcanzar, si pudiese, á don García,  
aunque es diversa y larga la carrera:  
el cual en el turbado reino habia  
reformado los pueblos, de manera  
que puso con solicito cuidado  
la justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villa-rica el fértil llano  
que tiene al sur el gran volcan vecino,  
Iragua, según alirma, de Vulcano,  
que regoldando fuego está contino;  
de allí, volviendo por la diestra mano  
visitando la tierra, al cabo vino  
al ancho lago y gran desaguadero  
término de Valdivia y fin postrero:

Donde tambien llegué, que sus pisadas  
sin descansar un punto voy siguiendo,  
y de las mas ciudades convocadas  
iban gentes en número acudiendo  
pláticas en conquistas y jornadas;  
y así, el tumulto bélico creciendo,  
en sordo son confuso ribombaba,  
y el vecino contorno amedrentaba;

Que arrebatado del ligero viento;  
y por la fama lejos esparecido,  
hirió el desapacible y duro acento  
de los remotos indios el oído:  
los cuales, con turbado sentimiento  
huyen del nuevo y fiero son temido,  
cual medrosas ovejas derramadas  
del alullido del lobo amedrentadas.

Nunca el oscuro y tenebroso velo  
de nubes congregadas de repente,  
ni presto rayo que, rasgando el cielo,  
baja tronando envuelto en llama ardiente:  
ni terremoto, cuando tiembla el suelo  
turba y atemoriza así la gente,  
como el horrible estruendo de la guerra  
turbó y amedrentó toda la tierra.

Quién sin duda publica que ya entran  
destruyendo ga'ados y comidas:  
quién que la tierra y pueblos saqueaban  
privando á los caciques de las villas:  
quién que á las nobles dueñas deshonoraban  
y forzaban las hijas recogidas,  
haciendo otros insultos y maldades,  
sin reservar lugar, sexo ni edades.

Crece el desorden, crece el desconcierto  
con cada cosa, que la fama aumenta,  
teniendo y afirmando por muy cierto  
cuanto el triste temor les representa:  
solo el salvarse les parece incierto,

y esto los atribula y atormenta;  
allá corren gritando, acá revuelven.  
todo lo creen y en nada se resuelven.

Mas luego que el temor desatinado  
que la gente llevaba derramada  
dejó en ella lugar desocupado  
por donde la razon hallase entrada;  
el atónito pueblo reportado,  
su total perdicion considerada,  
se junta á consultar en este medio  
las cosas importantes al remedio.

Ha'lóse en este vario ayuntamiento  
Tuneonabala, plático soldado,  
persona de valor y entendimiento  
en la araucana escuela dotrinado,  
que por cierta cuestion y acaecimiento  
de su tierra y parientes desterrado,  
se redujo á doméstico ejercicio,  
huyendo el trato bélico y bullicio;

El cual viendo en el pueblo diferente  
el miedo grande y confusion que habia;  
pues sin oír trompeta ni ver gente  
le espantaba su misma vocería,  
en un lugar capaz y conveniente,  
junta toda la noble compañía:  
sossegado el rumor y alteraciones,  
les comenzó á decir estas razones:

«Escusado es, amigos, que yo os diga  
el peligroso punto en que nos vemos  
por esta gente pérvida enemiga,  
que ya cierto á las puertas la tenemos,  
pues el temor que á todos nos fatiga  
nos apremia y constriñe á que entreguemos  
la libertad y casas al tirano,  
dándole entrada libre y paso llano.

¿A qué fosado muro ó antepecho,  
á qué fuerza ó ciudad, á qué castillo  
os podeis retirar en este estrecho,  
que baste solo una hora á restillito?  
Si quereis hacer rostro y mostrar pecho,  
desnudo le ofrecemos al cuchillo,  
pues nos coge esta furia repentina  
sin armas, capitan, ni diciplina:

Que estos barbudos crueles y terribles,  
del bien universal usurpadores,  
son fuertes, poderosos, invencibles,  
y en todas sus empresas vencedores:  
arrojan rayos con estruendo horribles,  
pelean sobre animales corredores,  
grandes, bravos, feroces y alentados,  
de solo el pensamiento gobernados.

Y pues contra sus armas y fiera  
defensa no teneis de fuerza ó muro,  
la industria ha de suplir nuestra flaqueza,  
y prevenir con tiempo al mal futuro;  
que mostrando doméstica llaneza  
les podeis prometer paso seguro,  
como á nacion vecina y gente amiga,  
que la promesa en daño á nadie obliga;

Haciendo en este tiempo limitado  
retirar con silencio y buena maña  
la ropa, provisiones y ganado  
al último rincon de la montaña:  
dejando el alimento tan tasado,  
que vengan á entender que esta campaña  
es estéril, es seca y mal templada,  
de gente pobre y misera habitada.

Porque estos insaciables avarientos,  
viendo la tierra pobre y poca presa,  
sin duda mudarán los pensamientos,  
dejando por inútil esta empresa:  
y la falta de gente y bastimentos  
los cehará de este distrito aprieta,  
guiados por la breña y gran recuesto,  
de do quizá no volverán tan presto.

Teneis de Aneud el paso y estrechez  
cerrado de peñascos y jarales,  
por do quiso impedir naturaleza  
el trato á los vecinos naturales:  
cuya espesura grande y aspereza  
aun no pueden romper los animales,  
y las aves aligeras del cielo  
sienten trabajo en el pasarle á vuelo.

Llevados por aquí, sin duda creo  
que, viendo el alto monte peligroso,  
corregirán el ímpetu y deseo,  
volviendo atrás al paso presuroso;  
y si quieren buscar algun rodeo,  
desviarse de aquí será forzoso,  
dejando esta region por miserable  
libre de su insolencia intolerable:

Y aunque la libertad y vida mía  
sé que corre peligro en el viaje;  
con rústica y desnuda compañía  
salir quiero á encontrarlos al pasaje;  
y fingiendo ignorancia y alegría,  
vestido de grosero y pobre traje,  
ofrecerles he en don una miseria  
que arguya y dé á entender nuestra laceria.

Quizá viendo el trabajo y poco fruío  
que se puede esperar de la pobreza,  
la estéril tierra y misero tributo,  
el linaje de gente y rustiqueza,  
mudarán el intento resolutos,  
que es de buscar haciendas y riqueza;  
haciéndoles volver con maña y arte  
las armas y designios á otra parte.»

No acabó su razon el indio, cuando  
se levantó un rumor entre la gente  
el parecer á voces aprobando,  
sin mostrarse ninguno diferente:  
y así, la ejecucion apresurando  
en lo ya consultado conveniente,  
corrieron al efeto, retirados  
los muebles, vituallas y ganados.

Ya el español con la presteza usada  
al último confín habia venido,  
dando remate á la postrer jornada  
del límite hasta allí constituido;  
y puesto el pié en la raya señalada,  
el presuroso paso suspendido,  
dijo, si ya escucharlo no os enoja,  
lo que el canto dirá vuelta la hoja.

### CANTO XXXV.

Entran los españoles en demanda de la nueva tierra. Sádeles al  
paso Tunconabala, persnádeles á que se vuelvan; pero vien-  
do que no aprovecha, les ofrece una guia que los lleva por  
grandes despeñaderos, donde pasaron terribles trabajos.

¿Que cerros hay que el Interes no allana,  
y qué dificultad que no la rompa?  
¿qué pecho fiel, qué voluntad tan sana  
que este no le inficione y la corrompa?  
Destruye el trato de la vida humana,  
no hay orden que no altere y la interrompa,  
ni estrecha entrada ni cerrada puerta  
que no la facilite y deje abierta.

Este de parentescos y hermandades  
desata el nudo y vinculo mas fuerte,  
vuelve en enemistad las amistades,  
y el grato amor en desamor convierte:  
inventor de desastres y maldades,  
tropella á la razon, cambia la suerte,  
hace al hielo caliente, al fuego frio,  
y hará subir por una cuesta un rio.

Así por mil peligros y derrotas,  
golfos profundos, mares no sulcados,  
hasta las partes últimas ignotas  
trujo sin descansar tantos soldados;

y por vías estériles remotas,  
del Interes incitador llevados,  
piensan escudriñar cuanto se encierra  
en el círculo inmenso de la tierra.

Dije que don García habia arribado  
con práctica y lucida compañía  
al término de Chile señalado,  
de do nadie jamás pasado habia:  
y en medio de la raya el pié afirmado,  
que los dos nuevos mundos dividia,  
presente yo y atento á las señales  
las palabras que dijo fueron tales:

«Nacion á cuyos pechos invencibles  
no pudierou poner impedimentos  
peligros y trabajos insufribles,  
ni airados mares, ni contrarios vientos,  
ni otros mil contrapuestos imposibles,  
ni la fuerza de estrellas ni elementos;  
que rompiendo por todo habeis llegado  
al término del orbe limitado;

Veis otro nuevo mundo, que encubierta  
los cielos hasta agora le han tenido,  
el difícil camino y paso abierto  
á solo vuestros brazos concedido:  
veis de tanto trabajo el premio cierto  
y cuanto os ha Fortuna prometido,  
que siendo de tan grande empresa autores  
habeis de ser sin límite señores;

Y la parlera Fama discurriendo  
hasta el extremo y término postrero,  
las antiguas hazañas refiriendo,  
pondrá esta vuestra en el lugar primero:  
pues, en dos largos mundos no cabiendo,  
venis á conquistar otro tercero,  
donde podrán mejor sin estrecharse  
vuestros ánimos grandes ensancharse.

Y pues es la sazón tan oportuna  
y poco necesarias las razones,  
no quiero detener vuestra fortuna  
ni gastar mas el tiempo en oraciones:  
sús, tomad posesion todos á una  
de esas nuevas provincias y regiones,  
donde os tienen los Hados á la entrada  
tanta gloria y riqueza aparejada.»

Luego, pues, de tropel toda la gente  
á la plática apenas detenida,  
pisó la nueva tierra libremente,  
jamás del extranjero pié batida;  
y con orden y paso diligente,  
Por una angosta senda mal seguida,  
en larga retahila y ordenada  
dimos principio á la primer jornada.

Caminamos sin tino algunos dias  
de solo el tino por el sol guiados,  
abriendo pasos y cerradas vías  
rematadas en riscos despeñados.  
Las mentirosas fugitivas guias  
nos llevaron por partes engañados,  
que parecia imposible al mas gigante  
poder volver atrás ni ir adelante.

Ya del móvil primero arrebatado  
contra su curso el sol hacía el poniente  
al mundo cuatro vueltas habia dado  
calentando del pez la húmeda frente,  
cuando al bajar de un áspero collado  
vimos salir diez indios de repente  
por entre un arcabuco y breña espesa,  
desnudos, en monton, trotando apriesa,

Del aire, de la lluvia y sol curtidos,  
cubiertos de un espeso y largo vello,  
pañetes cortos de cordel ceñidos,  
altos de pecho y de fornido cuello,  
la color y los ojos encendidos,  
las uñas sin cortar, largo el cabello;  
brutos campestres, rústicos salvajes,

de fieras cataduras y visajes.

Venia un robusto viejo el delantero, al cual el medio cuerpo le cubría un roto manto de sayal grosero, que misera pobreza prometía. Este, pues, como dije allá, primero era Tunconabal, que pretendía mudar nuestros designios y opiniones con fingidos consejos y razones.

Fuimos luego sobre ellos, recelando ser gente de montaña fugitiva; mas ellos, nuestros pasos atajando, venían á mas andar la cuesta arriba; y al pié de una alta peña reparando, por do un quebrado arroyo se derriba, todos nos aguardaron sin recelo puestas sus flechas y arcos en el suelo.

Luego el anciano á voces y en extraña lengua de nuestro intérprete entendida, dijo: «¡ Oh gente infeliz, á esta montaña por falso engaño y relacion traída, do la serpiente y áspera alimaña apenas sustentar pueden la vida, y donde el hijo bárbaro nacido es de incultas raíces mantenido!

¿Qué informacion siniestra, qué noticia incita así vuestro ánimo invencible? ¿Qué dañado consejo, ó qué malicia os ha facilitado lo imposible? Frenad, aunque loable, esa codicia, que la empresa es difícil y terrible; y vais sin duda todos engañados, á miserable muerte condenados;

Que cuando no encontréis gente de guerra que os ponga en el pasaje impedimento, hallareis una sierra y otra sierra, y una espesura y otra y otras ciento: tanto, que la aspereza de la tierra por la falta de yerba y nutrimento y contagion del aire no consiente en su esterilidad cosa viviente:

Y aunque me veis en bruto transformado á la silvestre vida reducido, sabed que ya en un tiempo fuí soldado, y que tambien las armas he vestido: así que, por la ley que he profesado, viendo que va este ejército perdido, la lástima me mueve á aconsejaros que sin pasar de aquí queráis tornaros:

Que estas vermas campañas y espesuras, hasta el frígido Sur continuadas, han de ser el remate y sepulturas de todas vuestras prósperas jornadas: mirad destos salvajes las figuras, de quien son (como fieras) habitadas, y el fruto que nos dan escasamente, del cual os traigo un mísero presente.»

En esto, de un farfel de ovas marinas, á la manera de una red tejidas, sacó diversas frutas montesinas, duras, verdes, agrestes, desabridas; carne seca de fieras salvajinas, y otras silvestres rústicas comidas; langosta al sol curada, y lagartijas, con mil varias inmundas sabandijas.

Admirónos la forma y la extrañeza de aquella gente bárbara notable, la gran selvaticue y rustiqueza, el fiero aspecto y término intratable: la espesura de montes y aspereza, y el fruto de aquel suelo miserable, tierra yerma, desierta y despoblada, de trato y vecindad tan aparta la.

Preguntámosle allí, si prosiguiendo la tierra era adelante montuosa;

respondiéonos el viejo sonriendo, ser mas áspera, dura y mas fragosa: y que así la montaña iba creciendo, que era imposible y temeraria cosa romper tanta maleza y espesura, puesta allí por secreto de natura.

Pero visto nuestro ánimo ambicioso, que era de proseguir siempre adelante, y que el fingido aviso malicioso á volvernósnos atrás no era bastante, con un afecto tierno y amoroso, mostrando en lo exterior triste semblante, puesto un rato á pensar, afirmó cierto haber cerca otro paso mas abierto:

Que por la banda diestra del poniente, dejando el monte del siniestro lado, habia un rastro, cursado antiguamente, de la nacida yerba ya borrado, por do podia pasar salva la gente, aunque era el trecho largo y despoblado, para lo cual él mismo nos daría una práctica lengua y fida guia.

Fue de nosotros esto bien oído, que alguna gente estaba ya dudosa; y el donoso presente recibido, tambien la recompensa fue donosa: un manto de algodón rojo teñido, y una poblada cola de raposa, quince cuentas de vidrio de colores, con doce cascabeles sonadores.

La dádiva, del viejo agradecida, por ser joyas entre ellos estimadas, y la guia solícita venida, con todas las mas cosas aprestadas, pusimos en efeto la partida, siguiéndonos los indios dos jornadas, dando vuelta despues por otra senda, dejándonos el indio en encomienda.

El cual nos iba siempre asegurando gran riqueza, ganado y poblaciones, los ánimos estrechos ensanchando con falsas y engañosas relaciones diciendo: «Cuando Febo volteando seis veces alumbrare estas regiones, os prometo, so pena de la vida, henchir del apetito la medida.»

No sabré euacarecer nuestra altiveza, los ánimos briosos y lozanos, la esperanza de bienes y riqueza, las vanas trazas y discursos vanos: el cerro, el monte, el risco y la aspereza eran caminos fáciles y llanos, y el peligro y trabajo exorbitante, no osaban ya ponérsenos delante.

Ibamos sin cuidar de bastimentos por cumbres, valles hondos, cordilleras, fabricando en los llanos pensamientos, máquinas levantadas y quimeras. Así ufanos, alegres y contentos pasamos tres jornadas las primeras, pero á la cuarta, al tramontar del día, se nos huyó la mentirosa guia.

El mal indicio, la sospecha cierta, los ánimos turbó mas esforzados, viendo la falsa trama descubierta, y los trabajos ásperos doblados: mas, aunque sin camino y en desierta tierra, del gran peligro amenazados; y la hambre y fatiga todo junto no pudo detenernos solo un punto.

Pasamos adelante descubriendo siempre mas arcabucos y breñales, la cerrada espesura y paso abriendo con hachas, con machetes y destriales; otros con pico y azadon rompiendo



las peñas y arraigados matorrales,  
do el caballo ostigado y receloso  
alimase seguro el pié medroso.

Nunca con tanto estorbo á los humanos  
quiso impedir el paso la Natura,  
y que así de los cielos soberanos  
los árboles midiesen el altura:  
ni entretantos peñascos y pantanos  
mezcló tanta maleza y espesura  
como en este camino defendido,  
de zarzas, breñas y árboles tejido.

También el cielo en contra conjurado,  
la escasa y turbia luz nos encubría,  
de espesas nubes lóbregas cerrado,  
volviendo en tenebrosa noche el día.  
y de granizo y tempestad cargado,  
con tal furor el paso defendía,  
que era mayor del cielo ya la guerra,  
que el trabajo y peligro de la tierra.

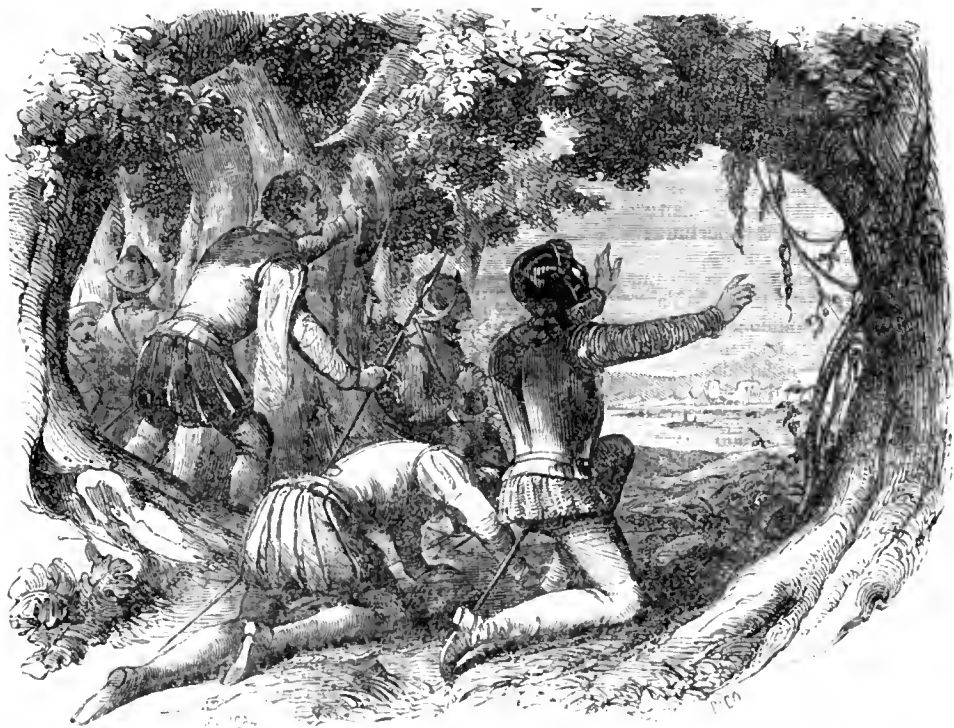
Unos presto socorro demandaban  
en las hondas malezas sepultados,  
otros, ayuda! ayuda! voceaban,  
en húmidos pantanos atascados;  
otros iban trepando, otros rodaban,  
los piés, manos y rostro desollados,  
oyendo aquí y allí voces en vano,  
sin poderse ayudar ni dar la mano.

Era lástima oír los alaridos,  
ver los impedimentos y embarazos,  
los caballos sin ánimo caídos,  
destrozados los piés, rotos los brazos:  
nuestros sencillos débiles vestidos  
quedaban por las zarzas á pedazos,  
descalzos y desnudos, solo armados,  
en sangre, lodo y en sudor bañados.

Y demás del trabajo incomportable,  
faltando ya el refresco y bastimento,  
la aquejadora hambre miserable  
las cuerdas apretaba del tormento;  
y el bien dudoso y daño indubitale  
desmayaba la fuerza y el aliento,  
cortando un dejativo sudor frío  
de los cansados miembros todo el brio.

Pero luego también considerando  
la gloria que el trabajo aseguraba,  
el corazón los miembros reforzando,  
cualquier dificultad menospreciaba:  
y los fuertes opuestos contrastando,  
todo lo porvenir facilitaba;  
que el valor mas se muestra y se parece  
cuando la fuerza de contrarios crece.

Así pues, nuestro ejército rompiendo,  
de sólo la esperanza alimentado,  
pasaba á puros brazos descubriendo



el encubierto cielo deseado  
ibanse ya las breñas destejendo,  
y el bosque de los árboles cerrado  
desviando sus ramas intrincadas,  
nos daban paso y fáciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por esta,  
la entrada de la luz desocupando,  
el verto risco y empinada cuesta  
iban sus altas cumbres allanando:  
la espesa y congelada niebla opuesta,  
el grueso vapor húmido exhalando,  
así se adelgazaba y espacia,

que penetrar la vista ya podía.

Siete días perdidos anduvimos  
abriendo á yerro el impedido paso,  
que en todo aquel discurso no tuvimos  
de poder reclinár el cuerpo laso:  
al fin una mañana descubrimos  
de Ancud el espacioso y fértil raso,  
y al pié del monte y áspera ladera  
un estendido lago y gran ribera.

Era un ancho archipiélago, poblado  
de innumerables islas deliciosas,  
cruzando por el uno y otro lado

gónzolas y piraguas presurosas.  
Marinero jamás desesperado  
en medio de las olas fluctuosas  
con tanto gozo vió el vecino puerto,  
como nosotros el camino abierto.

Luego pues, en un tiempo arrodillados,  
lentos de nuevo gozo y de ternura,  
dimos gracias á Dios, que así escapados  
nos vimos del peligro y desventura:  
y de tantas fatigas olvidados,  
siguiendo el buen suceso y la ventura  
con esperanza y ánimo lozano  
salimos presto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el estropeado,  
el cojo, el manco, el débil, el tullido,  
el desnudo, el descalzo, el desgarrado,  
el desmayado, el flaco, el deshambuido  
quedó sano, gallardo y alentado,  
de nuevo esfuerzo y de valor vestido,  
pareciéndole poco todo el suelo,  
y fácil cosa conquistar el cielo.

Mas con todo este esfuerzo, á la bajada  
de la ribera, en partes montuosas,  
hallamos la frutilla coronada  
que produce la murta virtuosa:  
y aunque agreste, montés, no sazónada,  
fue á tan buena sazón y tan sabrosa,  
que el celeste maná y ollas de Egipto  
no movieran mejor nuestro apetito.

Cual banda de langostas enviadas  
por plaga á veces del linaje humano,  
que en las espigas fértiles granadas  
con un sordo rozar no dejan grano;  
así pues, en cuadrillas derramadas,  
suelta la gente por el ancho llano,  
dejaba los murtales mas copados  
de fruta, rama y hoja despojados.

A puñados la fruta unos comían,  
de la hambre aquejados importuna,  
otros ramos y hojas engullían,  
no aguardando á cogerla una por una,  
quién huye al repartir la compañía,  
buscando en lo escondido parte alguna  
donde comer la rama desgajada,  
de las rapaces uñas escapada.

Como el montón de las gallinas cuando  
salen al campo del corral cerrado  
aquí y allí solícitas buscando  
el trigo de la trox desperdiciado;  
que con los pies y picos escarbando  
halla alguna el regojo sepultado,  
y alzándose con él, puesta en huida,  
es de las otras luego perseguida;

Así aquel que arrebatada buena parte,  
de este y de aquel aquí y allí seguido,  
huyendo se retira luego en parte  
donde pueda comer mas escondido:  
ninguno, si algo alcanza, lo reparte,  
que no era tiempo aquel de ser partido;  
ni allí la caridad, aunque la había,  
estenderse á los prójimos podía.

Estando con sabor de esta manera  
gustando aquella rústica comida,  
llegó una corva góndola ligera,  
de doce largos remos impelida;  
que zamborreado recio en la ribera,  
la chusma diestra y gente apercebida  
saltaron luego en tierra sin recato  
con muestra de amistad y llano trato.

Mas si quereis saber quien es la gente,  
y la causa de haber así arribado,  
no puedo aquí deciroslo al presente,  
que estoy del gran camino quebrantado:  
así para sazón mas conveniente  
será bien que lo deje en este estado,

porque pueda entretanto repararme  
y os dé menos fastidio el escucharme.

### CANTO XXXVI.

Saló el cacique de la barca á tierra: ofreció los españoles todo lo necesario para su viaje; y prosiguiendo ellos su derrota, lea alja el camino el desagadero del archipiélago: atraviesale don Alonso en una piragua con diez soldados: vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial. Embárcase don Alonso Ercilla para España, y recorre varias provincias de Europa: manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

QUIEN muchas tierras ve, ve muchas cosas  
que las juzga por fábulas la gente,  
y tanto cuanto son maravillosas,  
el que menos las cuenta es mas prudente:  
y aunque es bien que se callen las dudosas,  
y no ponerme en riesgo así evidente,  
digo que la Verdad hallé en el suelo,  
por mas que afirmen que es subida al cielo:

Estaba retirada en esta parte,  
de todas nuestras tierras escluida,  
que la falsa cautela, engaño y arte  
aun nunca habian hallado aquí acogida.

Pero, dejada esta materia aparte,  
volveré con la priesa prometida  
á la barca de chusma y gente llena,  
que bogando embistió recio en la arena,

Donde un gracioso mozo bien dispuesto,  
con hasta quince en número venia,  
crespo de pelo negro y blanco gesto,  
que el principal de todos parecia:  
el cual con grave término modesto,  
junta nuestra esparsa compañía,  
nos saludó cortés y alegremente,  
diciendo en lengua extraña lo siguiente:

«Hombres ó dioses rústicos nacidos  
en estos sacros bosques y montañas,  
por celeste influencia producidos  
de sus cerradas y ásperas entrañas;  
¿por cuál caso ó fortuna sois venidos  
por caminos y sendas tan extrañas  
á nuestros pobres y últimos rincones  
libres de confusion y alteraciones?

Si vuestra pretension y pensamiento  
es de buscar region mas espaciosa,  
y en la prosecucion de vuestro intento  
teneis necesidad de alguna cosa,  
toda comodidad y aviamiento  
con mano larga y voluntad graciosa  
hallareis francamente en el camino  
por todo el rededor circunvecino.

Y si quereis morar en esta tierra,  
tierra donde moreis aquí os daremos:  
si os aplace y agrada mas la sierra,  
allá seguramente os llevaremos;  
si quereis amistad, si quereis guerra,  
todo con ley igual os lo ofrecemos,  
escoged lo mejor, que á eleccion mia,  
la paz y la amistad escogeria.

Mucho agradó la suerte, el garbo, el traje  
del gallardo mancebo floreciente,  
el espedido término y lenguaje  
con que así nos habló bizarramente,  
el franco ofrecimiento y hospedaje,  
la buena traza y talle de la gente,  
blanca, dispuesta, en proporción fornida,  
de manto y floja túnica vestida,

La cabeza cubierta y adornada  
con un capelo en punta rematado,  
pendiente atrás la punta y derribada,  
á las ceñidas sienas ajustado,  
de fina lana de vellón rizada  
y el rizo de colores variado,  
que lozano y vistoso parecia

señal de ser el clima y tierra fria.

Las gracias le rendimos de la oferta y voluntad graciosa que mostraba, ofreciendo tambien la nuestra cierta, que á su provecho y bien se enderezaba, pero al fin, nuestra falta descubierta y lo mal que la hambre nos trataba, le pedimos refresco y vitualla debajo de promesa de pagalla.

Luego con voz y prisa diligente, vista la gran necesidad que habia, mandó á su prevenida y pronta gente sacar cuanto en la góndola traia, repartiéndolo todo francamente por aquella hambrienta compañía, sin de nadie acetar solo un cabello, ni aun querer recibir las gracias dello.

Esforzados así desta manera, y tambien esforzada la esperanza, se comenzó á marchar por la ribera, segun nuestra costumbre, en ordenanza; y andando una gran legua, en la primera tierra que pareció cómoda estanza, cerca del agua, en reparado asiento hicimos el primer alojamiento.

No estaba nuestro campo aun asentado, ni puestas en lugar las demás cosas, cuando de aquella parte y de este lado, hendiendo por las aguas espumosas, cargadas de maiz, fruta y pescado arribaron piraguas presurosas, refrescando la gente desvalida, sin rescate, sin cuenta ni medida.

La sincera bondad y la caricia de la sencilla gente de estas tierras daban bien á entender que la Codicia aun no habia penetrado aquellas sierras; ni la Maldad, el Robo y la Injusticia, alimento ordinario de las guerras, entrada en esta parte habian hallado ni la Ley natural inficionado.

Pero luego nosotros, destruyendo todo lo que tocamos de pasada, con la usada insolencia el paso abriendo, les dimos lugar ancho y ancha entrada: y la antigua costumbre corrompiendo, de los nuevos insultos estragada, plantó aquí la Codicia su estandarte con mas seguridad que en otra parte.

Pasada aquella noche, el día siguiente la nueva por las islas estendida, llegaron dos caciques juntamente á dar el parabien de la venida, con un largo y espléndido presente de refrescos y cosas de comida, y una lanuda oveja y dos vieuñas cazadas en la sierra á puras uñas.

Quedábanse suspensos y admirados de ver hombres así no conocidos, blancos, rubios, espesos y barbados, de lenguas diferentes y vestidos: miraban los caballos alentados, en medio de la furia corregidos, y mas los espantaba el fiero estruendo del tiro de la pólvora estupendo.

Llevábamos el rumbo al sur derecho, la torcida ribera costeano, siguiendo la derrota del estrecho, por los grados la tierra demarcando: pero cuanto ganábamos de trecho, iba el gran archipiélago ensanchando, descubriendo á distancias desviadas islas en grande número, pobladas.

Salian muchos caciques al camino á vernos como á cosa milagrosa;

pero ninguno tan escaso vino que no trujese en don alguna cosa quién el vaso capaz de nacar fino, quién la piel del carnero vedijosa, quién el arco y carcax, quién la vocina, quién la pintada concha peregrina.

Yo, que fui siempre amigo é inclinado á inquirir y saber lo no sabido, que por tantos trabajos arrastrado la fuerza de mi estrella me ha traído, de alguna gente moza acompañado, en una presta góndola metido, pasé á la principal isla cereana, al parecer de tierra y gente llana.

Vi los indios, y casas fabricadas de paredes humildes y techumbres, los árboles y plantas cultivadas, las frutas, las semillas y legumbres. Noté de ellos las cosas señaladas, los ritos, ceremonias y costumbres, el trato y ejercicio que tenían, y la ley y obediencia en que vivian.

Entré en otras dos islas paseando sus pobladas y fértiles orillas, otras fui torno á torno rodeando, cercado de domésticas barquillas, de quien me iba por puntos informando de algunas nunca vistas maravillas, hasta que ya la noche y fresco viento me trujo á la ribera en salvamento.

Pues otro día que el campo caminaba, que de nuestro viaje fue el tercero, habiendo ya tres horas que marchaba, hallamos por remate y fin postrero que el gran lago en el mar se desagaba por un hondo y veloz desagadero, que su corriente y ancha travesía el paso por allí nos impedía.

Cayó una gran tristeza, un gran nublado en el ánimo y rostro de la gente, viendo nuestro camino así atajado por el ancho raudal de la creciente; que los caballos de cabestro á nado no pudieran romper la gran corriente, ni la angosta piragua era bastante á comportar un peso semejante:

Y volver pies trás, visto el terrible trabajo intolerable y escetivo, tenían, segun razon, por imposible poder llegar en salvo un hombre vivo: quedar allí era cosa incompartible, y temerario el ánimo y motivo de proseguir el comenzado curso, contra toda opinion y bien discurso.

Viendo nuestra congoja y agonía un jóven indio, al parecer ladino, alegre se ofreció que nos daría para volver otro mejor camino: fue escusiva en algunos la alegría, y así dar vuelta luego nos convino, que ya el rígido invierno á los australes comenzaba á enviar recias señales.

Mas yo, que mis designios verdaderos eran de ver el fin desta jornada, con hasta diez amigos compañeros, gente gullarda, brava y arriscada, reforzando una barca de remeros, pasé el gran brazo y agua arrebatada, llegando á zaborar, hechos pedazos á puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa, sin lengua y sin noticia, á la ventura; áspera al caminar y pedregosa, á trechos ocupada de espesura; mas visto que la empresa era dudosa

y que pasar de allí sería locura,  
dimos la vuelta luego á la piragua,  
volviendo á travesar la furiosa agua.

Pero yo por cumplir el apetito,  
que era poner el pié mas adelante,  
fingiendo que marcaba aquel distrito,  
cosa al descubridor siempre importante,  
corrí una media milla, dó un escrito  
quise dejar para señal bastante,  
y en el tronco que ví de mas grandeza  
escribí con cuchillo en la corteza:

«Aquí llegó, donde otro no ha llegado,  
don Alouso de Ercilla, que el primero  
en un pequeño barco desastrado,  
con solos diez pasó el desaguadero;  
el año de cincuenta y ocho entrado  
sobre mil y quinientos, por febrero,  
á la dos de la tarde, el postrer día,  
volviendo á la dejada compañía.»

Llegado, pues, al campo, que aguardando  
para partir nuestra venida estaba,  
que el riguroso invierno comenzando  
la desierta campaña amenazaba;  
el indio amigo práctico guiando,  
la gente alegre el paso apresuraba;  
pareciendo el camino, aunque cerrado,  
fácil con la memoria del pasado.

Cumplió el bárbaro isleño la promesa,  
que siempre en su opinion estuvo fijo,  
y por una encubierta selva espesa  
nos sacó de la tierra como dijo.  
Voy pasando por esto á toda prisa,  
huyendo cuanto puedo el ser prolijo;  
que aunque lo fueron mucho los trabajos,  
es menester echar por los atajos.

A la Imperial llegamos, dó hospedados  
fuimos de los vecinos generosos,  
y de varios manjares regalados  
hartamos los estómagos golosos.  
Visto, pues, en el pueblo así ayuntados  
tantos gallardos jóvenes briosos,  
se concertó una justa y desafío  
donde mostrase cada cual su brio.

Turbó la fiesta un caso no pensado,  
y la celeridad del juez fue tanta,  
que estuve en el tapete, ya entregado  
al agudo cuchillo la garganta:  
el enorme delito exagerado,  
la voz y fama pública lo canta,  
que fue solo poner mano á la espada,  
nunca sin gran razon desenvainada.

Este acontecimiento, este suceso  
fue forzosa ocasion de mi destierro,  
teniéndome despues gran tiempo preso,  
por remendar con este el primer yerro:  
mas aunque así agraviado, no por eso  
(armado de paciencia y duro hierro)  
falté en alguna accion y correria.  
sirviendo en la frontera noche y dia.

Hubo allí escaramuzas sanguinosas,  
ordinarios rebatos y emboscadas,  
encuentros y reñiegas peligrosas,  
asaltos y batallas aplazadas,  
raras estratagemas engañosas;  
astucias y cautelas nunca usadas,  
que aunque fueron en parte de provecho,  
algunas nos pusieron en estrecho.

Mas, despues del asalto y gran batalla  
de la albarrada de Quípeo, temida  
donde fue destrozada tanta mella,  
y tanta sangre bárbara vertida,  
fortificado el sitio y la muralla,  
aceleré mi súbita partida;  
que el agravio, mas fresco cada dia,  
me estimulaba siempre y me roía;

Y en un grueso barcon, bajel de trato,  
que velas altas de partida estaba,  
sali de aquella tierra y reino ingrato,  
que tanto alan y sangre me costaba;  
y sin contraste alguno ni rebato,  
con el austro, que en popa nos soplabá,  
costa á costa y á veces engolfado  
llegué al Callao de Lima celebrado.

Estuve allí hasta tanto que la entrada  
por el gran Marañon hizo la gente,  
donde Lope de Aguirre en la jornada,  
mas que Neron y Herodes inclemente,  
pasó tantos amigos por la espada  
y á la querida hija juntamente  
no por otra razon ni causa alguna  
mas de para morir juntos á una.

Y aunque mas de dos mil millas habia  
de camino, por partes despoblado,  
luego de allí por mar tomé la via,  
á mas larga carrera acostumbrado:  
y á Panamá llegué, dó el mismo dia  
la nueva por el aire habia llegado  
del desbarate y muerte del tirano,  
saliendo mi trabajo y prisa en vano.

Estuve en Tierra-firme detenido  
por una enfermedad larga y estraña;  
mas luego que me ví convalecido,  
tocando en las Terceras, vine á España;  
donde no mucho tiempo detenido,  
corrí la Francia, Italia y Alemaña,  
á Silesia y Moravia hasta Posenia,  
ciudad, sobre el Danubio, de Panonia.

Pasé y volví á pasar estas regiones,  
y otras y otras por ásperos caminos,  
traté y comuniqué varias naciones,  
viendo cosas y casos peregrinos,  
diferentes y estrañas condiciones,  
animales terrestres y marinos,  
tierras jamás del cielo rociadas,  
y otras á eterna lluvia condenadas.

¿Cómo me he divertido y voy apriesa.  
del camino primero desviado?

¿Por qué así me olvidé de la promesa,  
y discurso de Arauco comenzado?  
Quiero volver á la dejada empresa,  
si no teneis el gusto ya estragado;  
mas yo procuraré deciros cosas  
que valga por disculpa el ser gustosas.

Volveré á la consulta comenzada  
de aquellos capitanes señalados,  
que en la parte que dije diputada,  
estaban diferentes y encontrados:  
contaré la eleccion tan porfiada,  
y cómo al fin quedaron conformados:  
los asaltos, encuentros y batallas,  
que es menester lugar para contallas.

¿Qué hago, en qué me ocupo, fatigando  
la trabajada mente y los sentidos,  
por las regiones últimas buscando  
guerras de ignotos indios escondidos;  
y voy aquí en las armas tropezando,  
sintiendo retumbar en los oidos  
un áspero rumor y son de guerra  
y abrasarse en furor toda la tierra?

Veo toda la España alborotada,  
envuelta entre sus armas vitoriosas,  
y la inquieta Francia ocasionada  
descoger sus banderas sospechosas:  
en la Italia y Germania desviada  
siento tocar la cajas sonoras,  
allegándose en todas las naciones  
gentes, portrechos, armas, municiones.

Para decir tan grande movimiento  
y el estrépito bélico y ruido  
es menester esfuerzo y nuevo aliento,

y ser de Vos, Señor, favorecido :  
mas ya que el temerario atrevimiento  
en este grande golfo me ha metido ,  
ayudado de Vos , espero cierto  
llegar con mi cansada nave al puerto.

Que si mi estilo humilde y compostura  
me suspende la voz amedrentada ,  
la materia promete y me asegura  
que con grata atencion será escuchada :  
y entretanto, Señor , será cordura ,  
pues he de comenzar tan gran jornada ,  
recoger el espíritu inquieto ,  
hasta que saque fuerzas del sugeto.

### CANTO XXXVII.

En este ultimo canto se trata como la guerra es de derecho de las gentes : y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reino da Portugal, juntamente con los requerimientos qué hizo á los portugueses para justificar mas sus armas.

CANTO el furor del pueblo castellano  
con ira justa y pretension movido ,  
el derecho del reino lusitano  
á las sangrientas armas remitido :  
la paz, la union , el vínculo cristiano ,  
en rabiosa discordia convertido ,  
las lanzas de una parte y otra airadas  
á los parientes pechos arrojadas.

La guerra fue del cielo derribada  
y en el linaje humano transferida  
cuando fue por la fruta reservada  
nuestra naturaleza corrompida :  
por la guerra la paz es conservada  
y la insolencia humana reprimida :  
por ella á veces Dios al mundo afflige ,  
le castiga , le enmienda y le corrige :

Por ella á los rebeldes insolentes  
opprime la soberbia y los inclina,  
desbarata y derriba á los potentes ,  
y la ambicion sin término termina :  
por la guerra es de derecho de las gentes ,  
el orden militar y disciplina  
conserva la república y sostiene ,  
y las leyes políticas mantiene.

Pero será la guerra injusta luego  
que del fin de la paz se desviare ,  
ó cuando por venganza ó furor ciego  
ó fin particular se comenzare ;  
pues ha de ser , si es público el sosiego ,  
pública la razon que le turbare ;  
no puede un miembro solo en ningún modo  
romper la paz y union del cuerpo todo.

Que así como tenemos profesada  
una hermandad en Dios y ayuntamiento  
tanto del mismo Cristo encomendada  
en el último eterno Testamento ,  
no puede ser de alguno desatada  
esta paz general y ligamiento ,  
sino es por causa pública ó querella  
y autoridad del rey defensor della.

Entonces, como un ángel sin pecado ,  
puesta en la causa universal la mira ,  
puede tomar las armas el soldado  
y en su enemigo ejecutar la ira :  
y cuando algun respeto ó fin privado  
le templa el brazo , encoge y le retira ,  
demás de que en peligro pone el hecho ,  
peca y ofende al público derecho.

Por donde en justa guerra permitida  
puede la airada vencedora gente  
herir , prender , matar en la rendida ,  
y hacer al libre , esclavo y obediente :  
que el que es señor y dueño de la vida ,  
lo es ya de la persona , y justamente  
hará lo que quisiere del vencido ,

que todo al vencedor le es concedido.

Y pues en todos tiempos y ocasiones  
por la causa comun , sin cargo alguno ,  
en batallas formadas y escuadrones  
puede usar de las armas cada uno ;  
por las mismas legítimas razones  
es lícito el combate de uno á uno ,  
á pié , á caballo , armado , desarmado ,  
ora sea campo abierto , ora estacado.

En guerra justa es justo el desalio ,  
la autoridad del príncipe interpuesta ,  
bajo de cuya mano y señorío  
la ordenada república está puesta :  
mas si por caso propio ó albedrío  
se denuncia el combate y se protesta ,  
ó sea provocador ó provocado ,  
es ilícito , injusto y condenado ;

Y los cristianos príncipes no deben  
favorecer jamás ni dar licencia  
á condenadas armas , que se mueven  
por odio , por venganza , ó competencia :  
ni decidan las causas , ni se prueben ,  
remitiendo á las fuerzas la sentencia :  
pues por razon oculta á veces veo  
que sale vencedor el que fue reo ;

Y el juicio de las armas sanguinoso  
justa y derechamente se condena ,  
pues vemos el incierto fin dudoso ,  
según la suma Providencia ordena :  
que el suceso , ora triste , ora dichoso ,  
no es quien hace la causa mala ó buena ,  
ni jamás la justicia en cosa alguna  
está sujeta á caso ni á fortuna.

Digo tambien que obligacion no tiene  
de inquerir el soldado diligente  
si es lícita la guerra y si conviene ,  
ó si se mueve injusta ó justamente :  
que solo al rey , que por razon le viene  
la obediencia y servicio de su gente ,  
como gobernador de la república  
le toca examinar la causa pública.

Y pues del rey como cabeza pende  
el peso de la guerra y grave carga ,  
y cuanto daño y mal della depende  
todo sobre sus hombros solo carga ,  
debe mucho mirar lo que pre'tende ,  
y antes que dé al furor la rienda larga ,  
justificar sus armas prevenidas ,  
no por codicia y ambicion movidas :

Como Felipe en la ocasion presente ,  
que de precisa obligacion forzado ,  
en favor de las leyes justamente  
las permitidas armas ha tomado :  
no fundado el derecho en ser potente ,  
ni de codicia de reinar llevado ,  
pues se estiende su cetro y monarquía  
hasta donde remata el sol su vía ;

Mas de ambicion desnudo y avaricia  
(que á los sanos corrompe y inficiona)  
llamado del derecho y la justicia ,  
contra el rebelde reino vá en persona :  
y á despecho y pesar de la malicia ,  
que le niega y le impide la corona ,  
quiere abrir y allanar con mano armada  
a la razon la defendida entrada.

Y aunque con justa indignacion movido ,  
sus fuerzas y poder disimulando ,  
detiene el brazo en alto suspendido ,  
el remedio de sangre dilatando ;  
y con prudencia y ánimo sufrido ,  
su espada y pretension justificando ,  
quebrantarás despues con aspereza  
del contumaz rebelde la dureza.

Oprimirá con fuerza y mano airada  
la soberbia cerviz de los traidores ,

despedazando la pujante armada de los galos piratas valedores : y con rigor y furia disciplinada , como hombres de la paz perturbadores , muerto Felipe Strozi su caudillo serán todos pasados á cuchillo.

No manchará esta sangre su clemencia , sangre de gente pérfida , enemiga , que si el delito es grave y la insolencia , clemente es y piadoso el que castiga : perdonar la maldad es dar licencia para que luego otra mayor se siga ; cruel es quien perdona á todos todo , como el que no perdona en ningún modo.

Que no está en perdonar el ser clemente , si conviene el rigor y es importante ; que el que ataja y castiga el mal presente huye de ser cruel para adelante.

Quien la maldad no evita la consiente y se puede llamar participante ; y el que á los malos públicos perdona la república estraga y inficiona.

No quiero yo decir que no es gran cosa la clemencia , virtud inestimable , que el perdonar vitoria es gloriosa , y en el mas poderoso mas loable : pero la paz comun tan poderosa , no puede sin justicia ser durable ; que el premio y el castigo á tiempo usados sustentan las repúblicas y estados :

Y no todo el exceso y mal que hubiere se puede remediar , ni se castiga , que el tiempo á veces y ocasion requiere que todo no se apure ni se siga. Príncipe que saberlo todo quiere , sepa que á perdonar mucho se obliga , que es medicina fuerte y rigurosa descarnar hasta el hueso cualquier cosa.

La clemencia á los mismos enemigos aplaca el odio y ánimo indignado , engendra devoción , produce amigos , y atrae el amor del pueblo aficionado : que el continuo rigor en los castigos hace al príncipe odioso y desamado : oficio es propio y propio de los reyes embotar el cuchillo de las leyes :

Y se puede decir que no impartara disimular los males ya pasados , si dello ánimo el malo no tomara para nuevos insultos y pecados : el miedo del castigo es cosa clara que reprime los ánimos dañados , y el ver al malhechor puesto en el palo corrige la maldad y enmienda al malo.

Mas tambien el castigo no se haga como el indocto y crudo cirujano , que siendo leve el mal , poca la llaga , mete los filos mucho por lo sano , y con el enconoso hierro estraga lo que sanara sin tocar la mano ; que no es buena la cura y esperiencia , si es mas recia y peor que la dolencia.

Quiérome declarar , que algun curioso dirá que aquí y allí me contradigo : virtud es castigar cuando es forzoso y necesario el público castigo : virtud es perdonar el poderoso la ofensa del ingrato y enemigo cuando es particular , ó que se entienda que puede sin castigo haber enmienda.

Vóime de punto en punto divirtiéndome , y el tiempo es corto y la materia larga , en lugar de aliviarme recibiendo en mis cansados hombros mayor carga : así , de aquí adelante resumiendo

lo que menos importa y mas me carga , quiero volver á Portugal la pluma , haciendo aquí un compendio y breve suma.

¿Qué es esto ¡oh lusitanos! que engañados contraponéis el obstinado pecho , y con armas y brazos condenados quereis violar las leyes y el derecho ? ¿qué no mueve esos ánimos dañados la paz comun y público provecho , el deudo , religion , naturaleza , el poder de Felipe y la grandeza ?

Mirad con qué largueza os ha ofrecido hacienda , libertades y exenciones , no á término forzoso reducido , mas con formado campo y escuadrones ; y casi murmurado , ha detenido las armas convenciéndoos con razones , cual padre que reduce por clemencia al hijo inobediente á la obediencia.

¿Qué ciega pretension ? ¿qué embaucamiento ? ¿qué pasión pertinaz desatinada saca así la razon tan de su asiento , y tiene vuestra mente trastornada que una unida nacion por sacramento y con la cruz de Cristo señalada , envuelta en crueles armas homicidas , dé en sus propias entrañas las heridas :

Y unas mismas divisas y banderas salgan de alojamientos diferentes , trayendo mil naciones extranjeras que derramen la sangre de inocentes , y introduzcan errores y maneras de pegajosos vicios insolentes , dejando con su peste derramada la católica España inficionada ?

A vos ¡eterno padre soberano ! el favor necesario y gracia pido , y os suplico queráis mover mi mano , pues en vos y por vos todo es movido , para que al portugués y al castellano dé justamente lo que le es debido , sin que me tuerza y saque de lo justo particular respeto ni otro gusto.

Y pues vos conoceis los corazones y el justo celo con que el mio se mueve ; y en los buenos propósitos y acciones el principio teneis y el fin se os debe , dadme espíritu igual , dadme razones con que informe mi pluma , que se atreve á emprender temeraria y arrojada con tan poco caudal tan gran jornada.

Queriendo Sebastian rey lusitano , con ardor juvenil y movimiento romper el anejo término africano , y oprimir el pagano atrevimiento , prometiéndole entrada y paso llano su altivo y levantado pensamiento , allegó de aquel reino brevemente la riqueza , poder , la fuerza y gente.

Mas el rey don Felipe , que al sobrino vió moverse á la empresa tan ligero , al errado designio contravino con consejo de padre verdadero : y pensando apartarle del camino que iba á dar á tan gran despeñadero , hizo que en Guadalupe se juntasen para que allí sobre ello platicasen.

No bastaron razones suficientes , ni el ruego y persuasion del grave tio , ni una gran multitud de inconvenientes que pudieran volver á trás un rio , ni el poner la cerviz de tantas gentes bajo de un solo golpe al albedrio de la inconstante y variable diosa , de revolver el mundo deseosa ;

Que el orgulloso mozo, prometiendo lo que el justo temor dificultaba, los prudentes discursos rebatiendo, todos los contrapuestos tropellaba: y tras la libre voluntad corriendo, su muerte y perdicion apresuraba; que no basta consejo ni advertencia contra el decreto y la fatal sentencia.

¿Quién cantará el suceso lamentable aunque tenga la voz mas espedita, y aquel sangriento fin tan miserable de la jornada y gente mal regida; la ruina de un reino irreparable, la fama antigua en solo un día perdida; todo por voluntad de un mozo ardiente, movido sin razon por accidente?

Otro reliera el aciago día que á los mas tristes en miseria escede, que aunque sangrienta está la pluma mia, correr por tantas lástimas no puede. Quiero seguir la comenzada via, si el alto cielo aliento me concede, que ya de aquesta parte tambien siento armarse un gran nublaro turbulento.

Despues que el mozo rey voluntarioso, al africano ejército asaltando, en el ciego tumulto polvoroso murió en monton confuso peleando: y la fortuna de un vaiven furioso derrocó cuatro reyes, ahogando la fama y opinion de tanta gente, revolviendo las armas del poniente,

Fue luego en Portugal por rey jurado don Enrique, el hermano del agüelo, cardenal y presbítero ordenado, persona religiosa y de gran celo, de años y enfermedades agravado, mas que para este mundo, para el cielo, ofreciéndole el reino la fortuna, con poca vida y sucesion ninguna.

El gran Felipe en lo íntimo sintiendo del reino y muerto rey la desventura, y del enfermo don Enrique viendo la mucha edad y vida mal segura, como sobrino y sucesor, queriendo aclarar su derecho en coyuntura, que por la transversal propinqua via á los reinos y títulos tenia,

Con celosa y loable providencia hizo juntar doctísimos varones, de grande cristiandad y suficiencia, desnudos de interesse y pretensiones, que conforme á derecho y á conciencia, no por torcidas vias y razones, mirasen en el grado que él estaba si el pretendido reino le tocaba.

Que doña Catalina, como parte, duquesa de Braganza; pretendia por hija del infante don Duarte que de derecho el reino le venia: y tambien don Antonio de otra parte á la corona y cetro se oponia; mas, aunque del comun favorecido, era por no legítimo escludido:

Y que hecho el examen cada uno á tan árduo negocio conveniente, sin miramiento ni respeto alguno diesen sus pareceres libremente: porque en tiempo quiéto y oportuno, prevenido al mayor inconveniente, si el reino á la razon no se allanase, sus armas y poder justificase.

Todos los cuales claramente viendo que el transversal por ley y fuero llano no representa al padre, sucediendo

el legítimo deudo mas cercano, el varon á la hembra prefiriendo, y al de menos edad el mas anciano, yendo la sucesion y procedencia por derecho de sangre y no de herencia;

Don Antonio escludido y apartado por ley humana y por razon divina, y el derecho igualmente examinado de don Felipe y doña Catalina, descendientes del trono en igual grado, él sobrino de Enrique, ella sobrina, él varon, ella hembra, él rey temido, mayor de edad y de mayor nacido;

Atento al fuero, á la costumbre, al becho, y otras muchas razones que juntaron, con recto, justo, igual y sano pecho, sin discrepar, conformes declararon ser don Felipe sucesor derecho, y el reino por la ley le adjudicaron, con tierras, mares, títulos y estados bajo de la corona conquistados.

Vista, pues, don Felipe su justicia por tan bastantes hombres declarada, sospechoso del odio y la malicia de la plebe ya gente libertada; y la intrínseca y vieja inimizia en los pechos de muchos arraigada, quiso tentar en estas novedades el ánimo del pueblo y voluntades;

Y con piadoso celo, deseando el bien del reino y público sosiego, en la mente perpleja iba trazando cómo echar agua al encendido fuego, por todos los caminos procurando aquietar el comun desasosiego, que ya con libertad, sin corregirse, comenzaba en el pueblo á descubrirse.

Para lo cual fue dél luego elegido don Cristóbal de Moura, en quien habia tantas y tales partes conocido cuales el gran negocio requería: de ilustre sangre en Portugal nacido, de quien como vasallo el rey podría con ánimo seguro y esperanza hacer tambien la misma confianza,

Y enterarse del celo y sano intento, tantas veces por él representado, entendiendo la fuerza y fundamento de su causa y derecho declarado; no traído por término violento ni deseo de reinar desordenado; mas por rigor de la justicia pura, por ley, razon, por fuero y por natura,

Así que, esto por él reconocido; como de rey tan justo se esperaba, mirase el gran peligro en que metido el patrio reino y cristiandad estaba: y tuviese por bien fuese servido de sosegar la alteracion que andaba, declarándole en forma conveniente por sucesor derecha y justamente:

Con que en el suelto pueblo cesaria el tumulto y escándalos estraños, y su declaracion atajaría grandes insultos y esperados daños; haciendo que en la forma que solia, para despues de sus felices años, el reino le jurase segun fuero por legítimo príncipe heredero.

Hecha por don Cristóbal la embajada, y de Felipe la intencion propuesta, tibiamente de Enrique fue escuchada, dando una ambigua y frivola respuesta, que, por mas que le fue representada la justicia del rey tan manifiesta,



procuraba con causas escusarse,  
sin quererla aclarar ni declararse.

Visto, pues, dilatar el cumplimiento  
de negocio tan árduo é importante,  
por donde el popular atrevimiento  
iba cobrando fuerzas adelante,  
don Felipe envió con nuevo asiento  
largo poder y comision bastante  
para sacar resolución alguna  
á don Pedro Giron, duque de Osuna,

Y al docto Guardiola juntamente,  
porque con mas instancia y diligencia,  
vista de la tardanza el daño urgente,  
contra la paz comun y conveniencia  
diesen claro á entender cual conveniente  
era en tan gran discordia y diferencia  
que el rey se declarase por decreto  
cortando á nil designios el sugeto.

Y porque cosa alguna no quedase  
por hacer, y tentar todos los vados,  
y la ciega pasion no perturbase  
el sosiego y quietud de los estados,  
antes que el odio oculto reventase,  
dos eminentes hombres señalados  
de los que en su real consejo habia  
últimamente á don Enrique envia.

Uno Rodrigo Vazquez, que en prudencia,  
en rectitud, estudio y disciplina,  
era de grande prueba y experiencia,  
de claro juicio y singular doctrina:  
el otro de no menos suficiencia,  
famoso en letras, el doctor Molina,  
ambos varones raros, escogidos,  
en gran figura y opinion tenidos,

Para que Enrique, dellos informado,  
y de todas las dudas satisfecho,  
á las córtés que ya se habian juntado  
informase tambien de su derecho:  
y al pueblo contumaz y apasionado,  
puesto delante el general provecho,  
fueros y libertades prometiesen  
con que á su devocion le redujesen.

Y aunque entendiese el viejo rey prudente  
ser esto lo que á todos convenia,  
pues por la espresa ley derechamente  
el reino á su sobrino le venia;  
con larga dilacion impertinente  
el negocio suspenso entretenia,  
á fin que aquellos súbditos y estados  
fuesen con mas ventaja aprovechados.

Pues como hubiese el tardo rey dudoso  
el término y respuesta diferido,  
llegó aquel de la muerte presuroso,  
del autor de la vida estatuido:  
por donde al sucesor le fue forzoso,  
viendo al rebelde pueblo endurecido,  
juntar contra sus fines y malicia  
las armas y el poder con la justicia:

Habiendo antes con todos procurado  
muchos medios de paz por él movidos,  
provocando al temoso y porfiado  
con dádivas, promesas y perdidos:  
mas el poblacho terco y obstinado,  
no estimando los bienes ofrecidos,  
la enemistad del todo descubierta,  
al derecho y razon cerró la puerta.

¡Quién pudiera deciros tantas cosas  
como aqui se me van representando,  
tanto rumor de trompas sonoras,  
tanto estandarte al viento tremolando,  
las prevenidas armas sanguinosas  
del portugués y castellano bando,  
el aparato y máquinas de guerra,  
las batallas de mar y las de tierra!

Veránse entre las armas y liezeza

materias de derecho y de justicia,  
ejemplos de clemencia y de grandeza,  
proterba y contumaz enemiciacia,  
liberal y magnánima largueza  
que los sacos hinchó de la codicia,  
y otros matices vivos y colores  
que felices harán los escritores.

Canten de hoy mas los que tuvieren vena,  
y enriquezcan su verso numeroso,  
pues Felipe les dá materia llena  
y un campo abierto, fértil y espacioso;  
que la ocasion dichosa y suerte buena  
vale mas que el trabajo infrutuoso:  
trabajo infrutuoso como el mio,  
que siempre ha dado en seco y en vacío.

¡Cuántas tierras corrió, cuántas naciones  
hácia el helado norte atravesando,  
y en las bajas antárticas regiones  
el antipoda ignoto conquistando:  
climas pasé, mudé constelaciones,  
golfos innavegables navegando,  
estendiendo, señor, vuestra corona  
hasta casi la austral frigida Zona!

¿Qué jornadas tambien por mar y tierra  
habeis hecho que deje de seguirsos?  
A Italia, Augusta, á Flandes, á Inglaterra  
cuando el reino por rey vino á pedirlos:  
de allí el furioso estruendo de la guerra  
al Perú me llevó por mas serviros,  
do con suelto furor tantas espadas  
estaban contra vos desenvainadas:

Y el rebelde indiano castigado,  
y el reino á la obediencia reducido,  
pasé al remoto Arauco, que alterado  
habia del cuello el yugo sacudido;  
y con prolija guerra sojuzgado,  
y al odioso dominio sometido,  
segui luego adelante las conquistas  
de las últimas tierras nunca vistas.

Dejo, por no cansaros y ser mios,  
los inmensos trabajos paderidos,  
la sed, hambre, calores y los frios,  
la falta irremediable de vestidos,  
los montes que pasé, los grandes rios,  
los yermos despoblados no rompidos,  
riesgos, peligros, trances y fortunas,  
que aun son para contadas importunas.

Ni digo como al fin por accidente  
del mozo capitán acelerado  
fui sacado á la plaza injustamente  
á ser públicamente degollado:  
ni la larga prision impertinente  
do estuve tan sin culpa molestado,  
ni mil otras miserias de otra suerte,  
de comportar mas graves que la muerte.

Y aunque la voluntad, nunca cansada,  
está para serviros hoy mas viva,  
desmaya la esperanza quebrantada  
viéndome prohejar siempre agua arriba:  
y al cabo de tan larga y gran jornada  
hallo que mi cansado barco arriba  
de la adversa fortuna contrastado  
lejos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfia  
me tenga así arrojado y abatido,  
verán al fin que por derecha vía  
la carrera difícil he corrido;  
y aunque mas inste la desdicha mia  
el premio está en haberle merecido,  
y las honras consisten no en tenerlas;  
sino en solo arribar á merecerlas;

Que el disfavor cobarde que me tiene  
arrinconado en la miseria suma  
me suspende la mano y la detiene  
haciéndome que pare aquí la pluma.

Así doy punto en esto, pues conviene  
para la grande innumerable suma  
de vuestros hechos y altos pensamientos  
otro ingenio, otra voz y otros acentos.

Y pues del fin y término postrero  
no puede andar muy lejos ya mi nave,  
y el temido y dudoso paradero  
el mas sabio piloto no le sabe:  
considerando el corto plazo, quiero  
acabar de vivir antes que acabe  
el curso incierto de la incierta vida,  
tantos años errada y destruida.

Que aunque esto haya tardado de mi parte,  
y á reducirme á lo postrero aguarde,

sé bien que en todo tiempo y toda parte  
para volverme á Dios jamás es tarde,  
que nunca su clemencia usó de arte;  
y así el gran pecador no se acobarde,  
pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio  
es olvidar la ofensa y no el servicio.

Y yo que tan sin rienda al mundo he dado  
el tiempo de mi vida mas florido,  
y siempre por camino despeñado  
mis vanas esperanzas he seguido,  
visto ya el poco fruto que he sacado,  
y lo mucho que á Dios tengo ofendido,  
conociendo mi error, de aquí adelante  
será razon que llore y que no cante.

FIN.

## DECLARACION DE ALGUNAS COSAS DE ESTA OBRA.

**Porque hay en este libro algunas cosas y vocablos que por ser de Indias no se dejan bien entender, me pareció declararlas aquí para que fácilmente se entiendan.**

**Angol.** Valle donde los españoles poblaron una ciudad, y le pusieron por nombre *los Confines de Angol*.

**Apó.** Señor ó capitán absoluto de los otros.

**Arauco (el Estado de).** Es una provincia pequeña de veinle leguas de largo y siete de ancho poco mas ó menos, la cual ha sido la mas belicosa de todas las Indias; y por esto es llamado el *Estado indómilo*. Llámase los indios de él Araucanos, tomando el nombre de la provincia.

**Arcabuco.** Espesura grande de árboles altos y bosque.

**Bohío.** Es una casa pajiza grande de sola una pieza sin alto.

**Cacique.** Quiere decir señor de vasallos, que tiene gente á su cargo. Los caciques toman el nombre de los valles de donde son señores, y de la misma manera los hijos ó sucesores que suceden en ellos: declárase esto porque los que mueren en la guerra se oírán despues nombrar en otra batalla, entiéndase que son los hijos ó sucesores de los muertos.

**Caupolicán.** Fue hijo de *Leocán* y *Lautaro* hijo de *Pillán*. Declaro esto, porque como son capitanes señalados de los cuales la historia hace muchas veces mencion, por no poner tantas veces sus nombres, me aprovecho de los de sus padres.

**Cauten.** Es un valle hermosísimo y fértil, donde los españoles fundaron la mas próspera ciudad que ha habido en aquellas partes, la cual tenía trescientos mil indios casados de servicio: llamáronla *la Imperial*, porque cuando entraron los españoles en aquella provincia, hallaron sobre todas las puertas y tejados águilas imperiales de dos cabezas hechas de palo, á manera de timbre de armas; que cierto es estraña cosa y de notar, pues jamás en aquella tierra se ha visto ave con dos cabezas.

**Coquimbo.** Es el primer valle de Chile donde pobló el capitán Valdivia un pueblo que le llamó *la Serena*, por ser él natural de la *Serena*: tiene un muy buen puerto de mar, y llámase tambien el pueblo Coquimbo, tomando el nombre del valle.

**Chaquiras.** Son unas cuentas muy menudas á manera de aljofar, que las hallan por las marinas, y cuanto mas menuda, es mas preciada: labran y adornan con ellas sus blautos, y las mujeres sus hinchos, que son como una cinta angosta que les ciñe la cabeza por la frente á manera de bicos óiertas puntillas de oro que se ponian en los birretes de terciopelo con que antiguamente se cubria la cabeza: andan siempre en cabello, y suelto por los hombros y espalda.

**Chile.** Es una provincia grande que contiene en sí otras muchas provincias: nóbrase Chile por un valle principal llamado así: fue sujeto al inga rey del Perú de donde le traian cada año gran suma de oro, por lo cual los españoles tuvieron noticia deste valle; y cuando entraron en la tierra, como iban en demanda del valle de Chile, llamaron Chile á toda la provincia hasta el estrecho de Magallanes.

**Eponamon.** Es nombre que dan al demonio, por el cual juran quando quieren obligarse infaliblemente á cumplir lo que prometen.

**Jola.** Véase. *Ojota*.

**Llauto.** Es un trocho ó rodete redondo, ancho de dos dedos, que ponen en la frente y les ciñe la cabeza: son labrados de oro y chaquiras con muchas piedras y dijes en ellos, en los cuales asientan las plumas ó penachos de que ellos son muy amigos: no los traen en la guerra, porque entónces usan celadas.

**Mapochó.** Es un hermoso valle donde los españoles poblaron la ciudad de *Santiago*, y llámase asimismo el pueblo Mapochó.

**Mita.** Es la carga ó tributo que trae el indio tributario.

**Mitayo.** Es el indio que lleva ó trae.

**Ojota**, y por contraccion **Jola.** Especie de calzado que usaban las indias, el cual era á modo de los alpargates de España. Dábalas el novio á la novia al tiempo de casarse: si era doncella se las daba de lana, y si no, de esparto.

**Paco.** Especie de carnero que se cria en Indias, algo mayor que el comun. Son muy lanudos y tienen el cuello muy largo. Son de varios colores, blancos, negros ó pardos. Es animal muy útil y provechoso, porque su carne es sabrosa y mantiene mucho. Sirve para el tráfico y conducucion de las merraderias y géneros que se llevan de una parte á otra. Los pacos á veces se enojan y aburren con la carga, y échanse con ella, sin remedio de hacerlos levantar.

**Pallá.** Es lo que llamamos nosotros señora: pero entre ellos no alcanza este nombre sino á la noble de linaje, y señora de muchos vasallos y hacienda.

**Penco.** Es un valle muy pequeño y no llano; pero porque es puerto de mar poblaron en él los españoles una ciudad, la cual llamaron *la Concepcion*.

**Puelches.** Se llaman los indios serranos, los cuales son fortísimos y ligeros, aunque de menos entendimiento que los otros.

**Valdivia.** Es un pueblo bueno y provechoso: tiene un puerto de mar por un rio arriba, tan seguro, que varan las naos en tierra, y está fundado no muy lejos de un gran lago, al cual y á la ciudad llamó Valdivia de su nombre. Entiéndese que quando se fundaron estos pueblos, era Valdivia capitán general de los españoles, y á él se atribuye la gloria del descubrimiento y poblacion de Chile.

**Vicuña.** Cabra montés que se cria en Indias: no tiene enernos y es mas alta de cuerpo que una cabra por grande que sea. Su lana es finisima y nunca pierde el color.

**Villa-rica.** Es otro pueblo que fundaron los españoles á la ribera de un lago pequeño cerca de dos volcanes, que lanzan á tiempos tanto fuego y tan alto, que acontece llover en el pueblo ceniza.

**Yanaconas.** Son indios mozos, amigos que sirven á los españoles, andan en su traje, y algunos muy bien tratados, que se precian mucho de policía en su vestido: pelean á las veces en favor de sus amos, y algunos animosamente, especial cuando los españoles dejan los caballos y pelean á pié, porque en las retiradas los suelen dejar en las manos de los enemigos, que los matan cruelisimamente.

## SUMARIO

### DE LOS CANTOS QUE CONTIENEN LAS TRES PARTES DE ESTA OBRA.

	PAG.		PAG.
PRIMERA PARTE.			
CANTO PRIMERO. El cual declara el asiento y descripción de la provincia de Chile y estado de Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen. Asimismo trata en suma la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar. . . . .	7	CANTO XI. Acábanse las fiestas y diferencias, y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él: donde tuvieron una recia batalla. . . . .	54
CANTO II. Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la elección de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron. . . . .	12	CANTO XII. Recogido Lautaro en su fuerte, no quiere seguir la victoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con él Marco Veaz, por las cuales Pedro de Villagran viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cañete á la ciudad de Los Reyes en el Perú. . . . .	59
CANTO III. Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos á los corredores en el camino en un paso estrecho y dándole después la batalla, en la cual fue muerto él y toda su gente por el grande esfuerzo y valentía de Lautaro. . . . .	18	CANTO XIII. Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Perú, llegan mensajeros de Chile á pedirle socorro; el cual, vista ser su demanda importante y justa, se le envía grande por mar y por tierra. También contiene al cabo este canto como Francisco de Villagran, guiado por un indio, viene sobre Lautaro. . . . .	64
CANTO IV. Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel: hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado reencuentro: llega Lautaro con gente de refresco: mueren siete españoles y todos los amigos que llevan: escápanse los otros por una gran ventura. . . . .	23	CANTO XIV. Llega Francisco de Villagran de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido: da al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra. . . . .	67
CANTO V. Contiénese la muy reñida batalla que entre los españoles y los araucanos hubo en la cuesta de Andalicán, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad de ellos, juntamente con la de tres mil indios amigos. . . . .	28	CANTO XV. En este quinceño y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos sin querer ninguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegación que las naos del Perú hicieron hasta llegar á Chile; y la grande tormenta que entre el río de Maule y el puerto de la Concepcion pasaron. . . . .	71
CANTO VI. Prosigue la comenzada batalla, con las extrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos á cuchillo. . . . .	32	SEGUNDA PARTE.	
CANTO VII. Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion. . . . .	33	CANTO XVI. En este canto se acaba la tormenta. Contiénese la entrada de los españoles en el puerto de la Concepcion é isla de Talcahuano: el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron: la diferencia que entre Peteguelen y Tucapel hubo; asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó. . . . .	77
CANTO VIII. Juntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Pucheralco, y Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad imperial, fundada en el valle de Cañten. . . . .	39	CANTO XVII. Hace Millalanco su embajada: salen los españoles de la isla: levantando un fuerte en el cerro de Penco, vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintín. . . . .	81
CANTO IX. Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército: no ha efecto su intencion por permisión divina. Dan la vuelta á sus tierras, á donde les vino nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion; vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla. . . . .	45	CANTO XVIII. Da el rey D. Felipe el asalto á San Quintín: entra en ella victorioso: vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles. . . . .	85
CANTO X. Ufanos los araucanos de las victorias habidas, ordenan unas fiestas generales donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias. . . . .	50	CANTO XIX. En este canto se contiene el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco: la arremetida de Graciano á la muralla: la batalla que los marineros y soldados que habian quedado en guarda de los navios tuvieron en la marina con los enemigos. . . . .	89
		CANTO XX. Retíranse los araucanos con pérdida de mucha gente: escápanse Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos: cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el extraño y lastimoso proceso de su historia. . . . .	92
		CANTO XXI. Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él, le lleva á su tierra. Llegan á Penco los españoles y caballos que venian de Santiago y de la Imperial por tierra. Hace Caupolicán muestra general de su gente. . . . .	98

	Pag.
CANTO XXII. Entran los españoles en el estado de Arauco: traban los araucanos con ellos una reñida batalla: hace Rengo de su persona gran prueba, cortan las manos por justicia á Galbarino, indio valeroso.	101
CANTO XXIII. Llega Galbarino á donde estaba el Senado araucano: hace en el consejo una habla, con la cual desbarata los pareceres de algunos. Salen los españoles en busca del enemigo: pintase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella habia.	101
CANTO XXIV. En este canto solo se contiene la gran batalla naval, el desbarate y rota de la armada turquesca, con la huida de Ochali.	110
CANTO XXV. Asientan los españoles su campo en Milla-rapué: llega á desafiarlos un indio de parte de Caupolican: vienen á la batalla muy reñida y sangrienta: señaláanse Tucapel y Rengo: cuéntase tambien el valor que los españoles mostraron aquel dia.	115
CANTO XXVI. En este canto se trata el fin de la batalla y retirada de los araucanos: la obstinacion y pertinacia de Galbarino y su muerte. Asimismo se pinta el jardin y estancia del mago Fiton.	120
CANTO XXVII. En este canto se pone la descripción de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras. Cuéntase tambien como los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel; y cómo don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.	125
CANTO XXVIII. Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida. Asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Puren: pasa entre ellos una reñida batalla: saquean los enemigos el abgaje: retiranse alegres aunque desbaratados.	126
CANTO XXIX. Entran los araucanos en nuevo consejo: tratan de quemar sus haciendas. Pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo: combaten los dos en estacado brava y animosamente.	150
TERCERA PARTE.	
CANTO XXX. Contiene este canto el fin que tuvo el	

	Pag.
cembate de Tucapel y Rengo. Asimismo lo que Pran, araucano, pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles.	153
CANTO XXXI. Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado. Habla con Caupolican caulelosamente, el cual, engañado, viene sobre el fuerte, pensando hallar á los españoles durmiendo.	158
CANTO XXXII. Arremeten los araucanos al fuerte, son rebatidos con miserable estrago de su parte. Caupolican se retira á la sierra deshaciendo el campo. Cuenta don Alonso de Ercilla, á ruego de ciertos soldados, la verdadera historia y vida de Dido.	141
CANTO XXXIII. Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta: cuenta como fundó á Cartago y la causa por qué se mató. Tambien se contiene en este canto la prision de Caupolican.	146
CANTO XXXIV. Habla Caupolican á Reinoso, y sabiendo que ha de morir se vuelve cristiano: muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado. Los araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general.	151
CANTO XXXV. Entran los españoles en demanda de la nueva tierra. Sádeles al paso Tunconabala, persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guia que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasaron terribles trabajos.	155
CANTO XXXVI. Sale el cacique de la barca á tierra: ofrece á los españoles todo lo necesario para su viaje: y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desagadero del archipiélago: atraviésale don Alonso en una piragua con diez soldados: vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad imperial. Embárcase don Alonso Ercilla para España, y recorre varias provincias de Europa: manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.	158
CANTO XXXVII. En este último canto se trata como la guerra es de derecho de las gentes: y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los portugueses para justificar mas sus armas.	161















**University of Toronto  
Library**

---

**DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET**

---

**Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU**

